



FRITZ

EN SANTA CLARA

**Nazis y ultraderecha
en el Perú de la Guerra Fría**
Felipe Burstein - Carlos Maza

Fritz en Santa Clara

**Nazis y ultraderecha en el Perú
de la Guerra Fría**

Felipe Burstein - Carlos Maza

*Fritz en Santa Clara.
Nazis y ultraderecha
en el Perú de la Guerra Fría*
Felipe Burstein, Carlos Maza

Con la colaboración de Yukyko
Takahashi, Carla López Medina y
Fernando Contreras, y el auspicio de
Benjamín Perelman.

Carátula: Magaly Sánchez
Edición: Carlos Maza
moskostrom@gmail.com
2.^a edición digital corregida,
septiembre de 2021
Miraflores, Lima, Perú

*La presente edición digital es interactiva:
las entradas del índice llevan a la página
indicada, los números de página en todo el
libro llevan al índice y las URL son enlaces
a internet.*

ÍNDICE

Nota preliminar	9
Introducción	13

PRIMERA PARTE: EUROPA

I. Weimar: del júbilo al terror.	23
Los nazis: organización e ideología	27
Esoterismo y ocultismo en la ideología nazi.	36
La <i>Thule Gesellschaft</i>	45
Antisemitismo de masas	48
Esoterismo nazi de posguerra.	53
II. El V-Mann de Heilbronn	73
Un empresario aventurero	76
Nazi 874181	82
Agente secreto	87
III. Dinero falso para el Reich.	93
Schwend y la operación Bernhard	98
Los agentes de Schwend	104
¿Qué pagó el dinero falso?	122
IV. Un asesinato en Italia.	145
La sentencia	145
El crimen	149
La sombra de Kamber	159
v. El final de la guerra	161
La operación Sunrise	161
El proyecto Safehaven	180

VI. Al servicio de los Aliados189
<i>Lost in translation</i>189
Emplear nazis.	200
Schwend, 1946	202
Los informes de <i>Flush</i>	207
VII. <i>Ratlines</i>221
La “ruta de los monasterios”223
Una <i>ratline</i> para Schwend	226
Negligencia.	245

SEGUNDA PARTE: AMÉRICA

VIII. Hacia el Cuarto Reich.	249
La Guerra Fría253
La Conferencia de Chapultepec	260
América Latina y los alemanes	270
La ultraderecha y la estrategia de la tensión273
La sombra del Cóndor	287
IX. ODESSA: mito y realidad	303
Schwend y sus contactos312
Los nazis de Ugarte321
Una ODESSA para Schwend345
La “Declaración” de la ODESSA361
X. El Perú de Fritz.379
El reino de la corrupción379
“¿Federico Schwend es Federico Schwend?”	407
Escándalo en Santa Clara: el asesinato de Sartorius417
XI. Entre espías y periodistas425
<i>Stroheim y Obermüller</i>	425
El “complejo Palisi/Tidow/Reich/Schwend”437
Agente secreto, ¿otra vez?.451
XII. En busca del patrimonio perdido	459
El Rembrandt que no era Rembrandt.	463

La condesa Kaunitz (y Schwend) contra Lenz & Co.	468
XIII. <i>Businessman</i>	475
Importador.	476
Emprendedor.	480
Campesino.	482
Falsificador, todavía	488
Estafador.	492
“Un barco para Bolivia”	495
XIV. Extorsionador	505
Por catálogo	505
Binder y el hospital amazónico	519
Contra Fritz Karnatz.	524
Contra <i>Stern</i>	543
Malto: el estafador estafado.	562
XV. Traficante de armas	585
Aviones para Egipto	585
Armas para Bolivia	587
Contrainsurgencia.	605
Merex	614
XVI. Cazar nazis	629
Fritz Bauer y la captura de Eichmann	636
El asesinato de Cukurs, el “verdugo de Riga”	642
Simon Wiesenthal.	649
Serge y Beate Klarsfeld	672
XVII. Ocaso y caída de don Federico.	681
El asesinato de Banchemo Rossi	681
El proceso	688
Cambio de causa	701
Schwend en prisión	709
Alemania, treinta años después	711
Epílogo	715
Nota sobre los archivos	721
Fuentes	731

NOTA PRELIMINAR

No conocí a Felipe Burstein. Falleció sorpresivamente antes de culminar este proyecto al que dedicó años recopilando información y proyectando el informe. Luego de su muerte, un grupo de amigos suyos me encargó continuar el trabajo, con la intención de honrar su memoria y, a la vez, de llevar a término la tarea de documentar y analizar estos hechos, reuniendo la información de voluminosos archivos que él inició con la colaboración de las historiadoras Yukyko Takahashi (con quien avanzó en la estructura de muchos capítulos del libro) y Carla López Medina (que tradujo numerosos documentos), y del historiador Fernando Contreras (cuya aportación mantuvo en orden la copiosa documentación consultada). Lo que para mí, en calidad de editor y escritor fantasma, era originalmente una tarea simple de redacción, conforme avanzaba en la lectura y la revisión de los materiales recopilados y parcialmente procesados por Burstein y su equipo, se fue transformando en necesidad de llenar los vacíos de una investigación que aún tenía muchas tareas pendientes.

Burstein había diseñado originalmente un esquema en tres volúmenes, cada uno de ellos de considerable extensión dada la cantidad de material de archivo, historiográfico, analítico y hemerográfico consultado y por consultar. Sin embargo, en este esquema muchos elementos se repetían, otros faltaban y en la voluntad de incluirlo todo, gran cantidad de información resultaba irrelevante, muy parcial o aislada. Cuando tomé la estafeta, en octubre de 2014, Takahashi había redactado los primeros capítulos de la historia de Federico Schwend; el resto era una hoja de ruta. Esos capítulos iniciales, así como gran cantidad de elementos provenientes de los archivos de Schwend a lo largo de la obra, han sido reescritos, mientras que otras partes se han extendido gracias a nuevos aportes y consultas que no habían sido considerados originalmente; asimismo, muchas traducciones fueron revisadas. Los nuevos hallazgos, una atención más sistemática a los archivos relevantes y la consulta exhaustiva de fuentes secundarias me llevaron a modificar el plan original de tres volúmenes para presentar el resultado de la investigación en dos partes, una centrada en Europa antes, durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial —el periodo de

influencia de los nazis—, y la otra en el Perú y Sudamérica durante los años más intensos de la Guerra Fría, hasta la década de 1970 —el proceso de conversión de los fascismos en la ultraderecha de nuestros días que se niega a desaparecer—.

Quienes me encargaron la culminación del proyecto me dieron a conocer las hipótesis que habían guiado informalmente el proceso de recopilación de información seguido por Burstein: las cosas en que creía, lo que le intrigaba y lo que deseaba probar. Pero nada en los materiales consultados permitiría sustentar las principales hipótesis, según las cuales Federico Schwend habría sido el cerebro de la presencia nazi en la Sudamérica de posguerra, protegido flagrantemente por la dictadura militar de Velasco Alvarado en el Perú. Era como si Burstein hubiera querido hacer de Friedrich Schwend un criminal nazi de la talla de Eichmann, Barbie o Mengele; como si hubiera querido forzar al Perú, que no tuvo la tenebrosa presencia nazi que vivieron Argentina y otros países sudamericanos, a convertirse en cómplice de las dictaduras de aquellos países (lo fue muy relativamente durante el gobierno de Morales Bermúdez, con el Perú integrado extemporáneamente en la operación Cóndor), como si le hiciera falta al Perú esa infamia cuando en realidad había sido uno de los bastiones de los “países no alineados”, contrapeso del liderazgo hemisférico estadounidense con un fuerte viraje a una izquierda, si bien autoritaria, izquierda al fin.

En cuanto a la necesidad de vincular los crímenes de Schwend con la dictadura de Velasco Alvarado, el gran villano en la narrativa de la oligarquía peruana —narrativa oficial del país que apenas comienza a resquebrajarse—, lo que fue posible probar es que la época de oro de los crímenes del alemán en la posguerra sucedió principalmente durante el primer gobierno de Belaúnde y que su caída fue provocada por las leyes proteccionistas de Velasco, quien no es el villano de la historia, sino al contrario, el factor que hizo posible el principio de la desarticulación de la oligarquía y del imperio del racismo, una batalla que está lejos de haber terminado de librarse.

Burstein quería demostrar que Schwend habría sido la eminencia gris detrás del resurgimiento nazi en Sudamérica y que sus principales víctimas habrían sido judíos, en este caso, peruanos. Pero don Federico —como se le conoció en el Perú— era un oportunista, no un nazi convencido. Si durante la guerra formó parte de las SS, fue de manera irregular (para cumplir las tareas de la operación Bernhard) y no era bien visto por la cúpula nazi de posguerra. Estafaba a quien tuviera a mano sin distinguir confesiones religiosas; era un criminal, pero no un nazi recalcitrante. Era un contrabandista, un estafador, un ladrón que no dudaría en asociarse con quien fuera

para alcanzar sus objetivos. Era también antisemita, pero su antisemitismo no era la rabiosa sentencia de muerte nazi sino uno parecido al de la sociedad que lo recibió con los brazos abiertos, la del catolicismo de la oligarquía peruana, con la que se sintió como en casa. Schwend despreció al pueblo indio, cholo, mestizo —las masas por siglos explotadas del Perú— exactamente de la misma manera en que lo hace la racista burguesía nacional.

Al ir encontrando las carencias de lo que Burstein había alcanzado, el proyecto se alargó: originalmente calculé seis meses, pensando sólo en corregir, armar y redactar, pero me tomó casi dos años y medio terminarlo pues había muchísimo que revisar, completar, analizar y escribir. En las notas de Burstein y su equipo —útiles colecciones de fichas más o menos ordenadas cronológicamente y con comentarios sueltos—, había llamadas que pedían abundar en la contextualización histórica pero, sociólogo y escritor al fin, yo encontraba que era ahí donde la investigación encontraría la argamasa que redondearía el relato: me parece necesaria la constante reescritura de la historia, su reinterpretación —cada época, cada generación debe reescribir su pasado; repetir la versión heredada equivale a olvidar— más que la revisión de la biografía anodina del criminal. Así, me puse manos a la obra con el objetivo de volver a caracterizar a la ultraderecha latinoamericana y global, heredera de fascismos y autoritarismos atroces. No se “probarían” las hipótesis originales, pero el libro podría ir más allá, vinculando la barbarie del siglo xx con el vuelco al autoritarismo y a la pérdida de libertades del neoliberalismo hegemónico en la actualidad, imperio ya sin cortapisas del capital, ese dueño de gobiernos y destinos globales.

Al revisar los primeros avances, quienes me encargaron el trabajo, instalados en una especie de “consejo editorial”, me pidieron que fuera más allá de los textos y archivos recopilados por Burstein y, así, me fui apropiando del proyecto, especialmente a raíz del desarrollo *in extenso* de los temas contextuales y analíticos. Un buen día, alrededor de dieciocho meses después de iniciado el proceso y a la luz de las nuevas aportaciones, me ofrecieron colocar mi nombre como autor junto al de Burstein: dejaría de ser fantasma, sería coautor. Agradecí sinceramente, en especial el auspicio de Benjamín Perelman, y me sentí más seguro para seguir adelante. Aceptaron también, lo que agradezco profundamente, cada extensión de tiempo que les pedí; probé la necesidad al mostrarles las limitaciones de lo que se había logrado y lo que quedaba por descifrar y desarrollar. Por fin, en diciembre de 2016, fijaron como fecha para la entrega final el último día de febrero de 2017.

Pero después de entregarles el manuscrito —casi— terminado, por razones que desconozco, no volví a saber de ellos. Me pidieron tiempo para

revisar el voluminoso texto —la presente edición, revisada con calma entre 2020 y 2021 gracias a la pandemia de covid-19, ha sido considerablemente reducida—, pero pasado un lapso razonable, no respondieron más mis correos electrónicos, no contestaron mis llamadas, no abrieron la puerta cuando fui a tocarla; todo muy misterioso. Nunca recibí retroalimentación de ellos sobre el manuscrito y, lo peor de todo, quedé imposibilitado de difundir el resultado pues había firmado agresivas cláusulas de confidencialidad y renunciado a cualquier derecho.

La investigación, de cualquier modo, está hecha y puede tener algún valor; pienso que debería darse a conocer no sólo como lo que originalmente era —una aproximación necesaria a la historia reciente del Perú y de Sudamérica—, sino también como reconocimiento al trabajo de investigación de Felipe Burstein y del historiador y las historiadoras que trabajaron con él.

Carlos Maza
Miraflores, agosto de 2021

INTRODUCCIÓN

Cualquiera que haya trabajado bajo la ilusión de pertenecer a la nueva elite del mundo, y que haya contribuido a dar forma al Reich alemán que estremeció al planeta durante doce años, sería incapaz de resignarse a llevar una vida normal.

Bettina Stangneth

Durante los primeros años de la Guerra Fría, América Latina consolidó una posición privilegiada —si cabe llamar así a una nueva fase de subalternidad— entre los países que después serían conocidos como del “Tercer Mundo” o “en vías de desarrollo”. El proceso consistió en alinearse una vez más con la estrategia geopolítica de los Estados Unidos que emergía de la Segunda Guerra Mundial como superpotencia. Tendrían que pasar casi dos décadas después de la guerra para que ciertos procesos políticos latinoamericanos comenzaran a orbitar alrededor del bloque soviético, la flamante superpotencia opuesta, siguiendo a la revolución cubana, la nueva oveja negra del continente. Las oleadas de inmigración europea hacia América Latina inmediatamente posteriores a la guerra se dieron en ese contexto amplio, ambiguo y descontrolado en el que los flujos de población confundían refugiados de todo tipo y de muchas naciones con criminales de guerra fugitivos. Entre ellos se contaron muchos, muchísimos nazis alemanes y austriacos, fascistas italianos, húngaros, croatas y colaboracionistas belgas, franceses, holandeses, ucranianos... Los criminales se mezclaron con marejadas de desplazados que buscaban dónde asentarse porque sus lugares de origen estaban destrozados o porque, después del dominio nazi, huían de otro totalitarismo, el comunista, que ahora ocupaba media Europa con un sistema de organización tan similar. Nazis, fascistas y ultraderechistas fugitivos, buscados —no pocas veces protegidos por los servicios secretos Aliados—, se ocultaron fácilmente entre los refugiados, los sin patria, los desplazados y los contingentes de judíos que sobrevivieron al genocidio.

Entre estas masivas oleadas de migrantes, muchos carecían de los recursos y los documentos necesarios para emigrar legalmente. La mayoría de los criminales fugitivos transitó hacia muchas partes del mundo; los Estados Unidos, Canadá, Australia, Sudáfrica, el norte de África, el Medio Oriente, de manera furtiva e ilegal, utilizando canales de contrabando, de tráfico de personas; con documentos falsificados u obtenidos mediante sobornos y engaños; con el apoyo de organizaciones clandestinas o de instituciones respetables, señaladamente en el caso de la Cruz Roja Internacional y sectores del Vaticano y la jerarquía católica que actuaron por cuenta propia pero con la anuencia del silencio papal.

Diversos fantasmas ideológicos recorrían Latinoamérica en esos años. A pesar de los esfuerzos por el reconocimiento de las enormes masas de población originaria que se produjeron luego de la Revolución mexicana y se afianzaron en los movimientos indigenistas en la política, la academia y el arte en países como México y el Perú, los indios seguían siendo poblaciones marginadas, olvidadas, despojadas, y tanto los Estados como sus elites económicas bloqueaban la necesidad de considerarlos un ingrediente de su renovada obsesión por el progreso, ahora denominado “desarrollo”, o siquiera un integrante de sus ideas de “nación”. En tales circunstancias y en consonancia con prácticas e ideologías iniciadas con la conquista española que sobreviven hasta hoy, el aliento a poblar territorios y a ocupar posiciones en sectores clave de la economía trajo muchos inmigrados de Europa, especialmente si contaban con conocimientos técnicos considerados necesarios para el “desarrollo” del país receptor, que veía en ellos una salida pronta y más efectiva que la inversión local en educación.

En la segunda mitad de los 40 y la primera de los 50, la forma en que encarnó este prejuicio tan latinoamericano fue la de dejar pasar a los fugitivos derrotados de la guerra, protegerlos y ocultarlos aunque tuvieran cuentas que pagar en sus países de origen. Cuentas millonarias: de millones de muertos, torturados, desaparecidos, desplazados. Cuentas impagables relacionadas con su fe irracional en ideas sobre la raza que tenían eco entre las racistas elites locales; lo tienen todavía hoy.

Esas estructuras de poder no sólo dejaron pasar criminales de guerra y contra la humanidad, sino que les dieron posiciones de poder, los hicieron miembros privilegiados de sus clases dominantes, les permitieron perpetuar el terror entre nosotros y sembrar semillas que aún están siendo cosechadas. No debemos pasar por alto que los intereses de los grandes contendientes de la Guerra Fría aprovecharon estas circunstancias para ocultar criminales que consideraron necesarios en la lucha entre los dos nuevos,

formidables adversarios: el comunismo y el llamado “mundo libre”. El papel de la CIA y el BND (el servicio secreto y de inteligencia de la Alemania Occidental) en el encubrimiento de criminales de guerra nazis utilizados en la contrainteligencia antisoviética está hoy bien documentado.

Este libro cuenta la historia de esas contradicciones usando como hilo conductor la biografía de uno de los criminales; un contrabandista alemán al servicio de los nazis que trabajó, entre otros, para los servicios secretos estadounidenses después de la guerra y luego se fugó, bajo identidad falsa, al Perú, donde se incorporó a la clase dirigente, paralelamente a otros que lo hicieron en Bolivia, Paraguay, Chile y Argentina, en España y Egipto, en Sudáfrica, en Siria y en Líbano, y que desarrolló sus artes al amparo del poder local y su extendida corrupción. Este es el relato de la Guerra Fría en Latinoamérica, protagonizada por el contrabandista nazi Friedrich Schwend, que encontró en el Perú tierra fértil para prolongar su carrera criminal.

El proceso penal que siguió al asesinato del magnate pesquero Luis Bancharo Rossi en 1972, arrojó a la luz pública la presencia de un oscuro personaje que medraba en las altas esferas del poder en el Perú de aquellos días: Friedrich Schwend, ciudadano alemán de alrededor de 65 años de edad en ese tiempo, residente en el Perú desde 1947. La investigación del crimen dirigido al juez *ad-hoc* (nombrado por el gobierno militar para resolver el “caso Bancharo”) José Santos Chichizola hacia este personaje que, al momento de ser aprehendido, se encontraba destruyendo papeles de sus archivos.

Eventualmente el caso Bancharo sería retirado de las manos de Santos Chichizola y resuelto de un plumazo mediante la atribución de la culpa a Juan Vilca, hijo del jardinero del magnate, en complicidad con la secretaria Eugenia Sessarego, en una decisión judicial llena de cabos sueltos que luego fue revisada para exculpar a la mujer. Pero las actividades de Schwend, ya colocado bajo los reflectores del caso, aunque desvinculado del asesinato de Bancharo, terminarían, de cualquier modo, por someterlo ante la justicia. Sería acusado, condenado y posteriormente expulsado del Perú por especular en el entonces ilegal mercado de divisas, tanto nacionales como extranjeras.

Aunque no fue la primera vez que aparecía en la prensa local, esta exposición policial y mediática hizo salir a la luz el pasado nazi de don Federico, como se conocía a Schwend en el Perú. Durante la Segunda Guerra Mundial había formado parte activa del régimen totalitario y criminal por

definición. Poco antes del ascenso de Hitler al poder en Alemania, en 1933, Schwend se afilió al partido nazi. Con acciones siempre al margen de la ley, fue incorporado a los servicios secretos nazis y, más tarde, hacia el final de la guerra, ostentó irregularmente el grado de *Sturmabannführer* —equivalente al de mayor, aunque él se presentaba como coronel— de las SS, cobertura bajo la cual estuvo a cargo de las acciones de lavado de dinero del Reich que se conocen como parte de la célebre operación Bernhard, un mecanismo de guerra económica que, explotando en un campo de concentración las habilidades de un grupo de prisioneros judíos relacionados con las artes gráficas, produjo cientos de miles de billetes falsos de libras esterlinas que fueron usados para pagar agentes secretos y acciones de inteligencia, para comprar metales preciosos, joyas, valiosas piezas de arte, armas y productos necesarios en la economía de guerra. Pero sobre todo, la conversión de ese dinero falso en valores y divisas reales sirvió para enriquecer personalmente a Schwend y a sus agentes.

Fritz en Santa Clara sigue la vida de este *V-Mann* —vocablo derivado del alemán *Vertrauensmann*, literalmente “hombre de confianza”, pero que designa a un agente clandestino, secreto, vinculado con la transmisión de información en estos ámbitos— en la prensa, en la literatura histórica y periodística, en los archivos desclasificados de la CIA y de otros servicios secretos estadounidenses, de la Stasi y el BND (los servicios secretos de las dos Alemanias de la Guerra Fría), y del Poder Judicial peruano, así como en su propio archivo, del cual fue posible conservar una copia que resguarda el Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo, gracias a la intervención de Volkmar Johannes Schneider-Merk, otro alemán, originalmente cómplice, que encaró a este superviviente nazi al ser también estafado por él.¹

Fritz en Santa Clara permite redondear el conocimiento de las acciones de inteligencia alemanas al final de la guerra, con énfasis en la operación Bernhard y en las que esta financió, cuyo conocimiento había sido entintado de leyenda, al menos hasta la aparición del libro *Krueger's Men* de Lawrence Malkin (2006). Lo que se sabía sobre esto seguía la narración de uno de sus protagonistas, el historiador austriaco, ex nazi, Wilhelm Höttl, de quien hoy sabemos que reinventó los acontecimientos de esta y otras facetas de la guerra. Con la exploración de los archivos de Schwend, que no se encuentran entre las fuentes de Malkin, el cuadro de esas acciones es más completo.

¹ Véanse al final la nota sobre los archivos consultados.

A través de estas páginas, mi interpretación de los hallazgos documentales de Burstein muestra piezas faltantes en el rompecabezas de las acciones criminales y del nefasto papel que jugaron en el desequilibrio del poder sudamericano, entre las décadas de 1950 y 1980, una serie de nazis que lograron escapar de la justicia después de la guerra, en la mayoría de los casos con la protección o la indiferencia de la CIA, y se instalaron en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, España, Paraguay y el Perú, entre muchos otros países, y actuaron coordinadamente, ya fuera para su propio beneficio o para a instalar un sistema totalitario postnazi, un Cuarto Reich andino, pesadilla que hubiera soñado el “carnicero de Lyon”, Klaus Barbie, íntimo amigo de Schwend, su huésped cotidiano; durante algún tiempo su vecino en Chacacayo, y su cómplice permanente en todo tipo de acciones en la sombra.

El libro está organizado en dos partes. La primera sigue las acciones de Schwend antes, durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. La segunda, su papel en el Perú junto con una red de contactos en Sudamérica durante las décadas de la Guerra Fría, hasta su muerte en 1981. El libro reconstruye el camino del oscuro mercenario a partir de las evidencias documentales: su papel antes de y durante la guerra; el asesinato que cometió u ordenó hacia el final del conflicto y por el cual sería perseguido por italianos y alemanes casi hasta el final de su vida; su arresto por los estadounidenses en Alemania al terminar la guerra y la “compra” de su libertad mediante la entrega de valores producto de la operación Bernhard a sus captores —a quienes después acusaría de haberle robado—; sus servicios al sistema de inteligencia Aliado durante 1945 y 1946, su huida a España y Brasil cuando entendió que ya no le era útil a ese sistema, y su establecimiento en el Perú bajo identidad falsa en 1947; la readopción de su identidad verdadera seis años después; sus contactos con la liga de ex miembros de las SS (ODESSA) encabezada por el “héroe de guerra” Otto Skorzeny desde la España de Franco; su estrecha y larga asociación de “negocios” con Barbie —y con los gobiernos de Bolivia y el Perú—, y la protección y financiamiento que ofreció a los excéntricos y asesinos planes de este criminal en la Bolivia de Barrientos y Banzer; la capitalización del mito de un Bormann vivo en Sudamérica; la asociación con otro “héroe de guerra” nazi, el as de la aviación Rudel, haciendo negocios de armas en Argentina, Bolivia, Ecuador, Paraguay y Perú, y mucho más, todo a través de capitalizar el clima de paranoia anticomunista del momento más crudo de la Guerra Fría, en la que sabemos cómo los nazis sobrevivientes fueron utilizados por el “mundo libre” para mantener a raya al poder detrás de la “cortina de hierro” (y viceversa, aunque en el campo ex soviético, si bien se

ha iniciado la desclasificación de archivos, aún está pendiente la investigación a profundidad).

Un ámbito en el que *Fritz en Santa Clara* ofrece hallazgos inéditos es la paulatina vinculación de Schwend con esferas del poder peruano hasta convertirse en un “asesor de inteligencia” para la Policía de Investigaciones (PIP) durante el primer gobierno de Belaúnde y el inicio de la dictadura de Velasco Alvarado; la protección que recibió del gobierno peruano cuando Italia solicitaba su extradición, los numerosos fraudes cometidos, las inculpaciones, el contrabando, las estrategias de combate antiguerrillero que ofreció al gobierno, los vínculos que señalan su relación con lo que más tarde sería la genocida operación Cóndor, heredera de los modos de operar nazis que la CIA alentó; su posible participación en crímenes como el asesinato de Banchem Rossi, y las insistentes acciones jurídicas que lo obsesionaron durante toda su vida en el intento, a veces exitoso, de recuperar riquezas europeas acumuladas durante la guerra que no pudo extraer por completo para disponer de ellas en el Perú.

Fritz en Santa Clara se constituye entonces como una nueva pieza en la reconstrucción de las acciones de los nazis después de la Segunda Guerra Mundial, así como en el testimonio del breve capítulo peruano en la infausta supervivencia nazi que plagó a América (también los Estados Unidos fueron un lugar seguro para criminales de guerra nazis, como ha informado Erich Lichtblau en *The Nazis Next Door*, 2014) durante la Guerra Fría y cuya oscura herencia, viva aún en prácticas secretas de gobiernos que atentan contra los derechos humanos, en movimientos racistas y ultraderechas violentas con o sin el sello de la suástica, es necesario seguir investigando. Un *modus operandi* en el que, como propone el investigador argentino Uki Goñi: “lo que creó la presencia de esas personas fue un clima de impunidad en el que es posible cualquier cosa. Si es posible que Eichmann sea nuestro vecino, ¿por qué nuestros propios militares no pueden quedar impunes y permanecer entre nosotros?” (Kummetz, 2007).

Las formas de enfrentar a la disidencia durante la primera gestión de Belaúnde y la dictadura velasquista —infiltración, traición, engaño y asesinato al margen de la justicia— contaron con la participación de este superviviente nazi. Los métodos y los intereses de la red criminal de ultraderecha que Schwend y Barbie dirigieron en Bolivia y el Perú emulan a los que se dieron en cada una de las dictaduras militares sudamericanas de aquellos terribles años.

En el Perú, la aplicación de métodos similares —después de que estos nazis desaparecieron— contra la sociedad campesina, tanto en los gobiernos

de tiempos de don Federico como en los 80 y durante la dictadura fujimorista, ¿no llevan acaso su impronta? Están aún entre nosotros. La presente investigación insiste en plantear estas preguntas, pues considera que nunca habrá denuncia suficiente, que es necesario conocer y recordar lo que pasó para mantener viva la conciencia crítica, único mecanismo capaz de evitar que la historia se repita.

Primera parte

Europa

SECRET (When Filled In)

PHOTO MOUNTING SHEET

SEE 201 FOLDER FOR ORIGINAL PHOTO(S)



SCHWEND, F.V.

BEST AVAILABLE COPY

201

CAPÍTULO I

WEIMAR: DEL JÚBILO AL TERROR

La Primera Guerra Mundial no fue solamente una cadena de acciones militares, ni son tan claros los factores que condujeron a su comienzo ni a su final: detrás de la guerra hay mucho más que el detonante protagonizado por un nacionalista fanático que asesinó a un heredero imperial y sus secuelas no se agotan en una rendición y un armisticio. Podemos analizar ahora la enorme relevancia de las conexiones que ese escenario tiene con los acontecimientos que lo precedieron y que lo condicionaron, y sobre todo, con los hechos que lo sucedieron y que prolongaron una situación caracterizada por nuevas versiones de los mismos conflictos geopolíticos y tensiones económicas similares; luchas subyacentes —de clases, de identidades nacionales y religiosas, de generaciones, de géneros—; viejas y nuevas aspiraciones coloniales e imperialistas de potencias reestructuradas; choques aparatosos de esos intereses contra las voluntades autonómicas de nacionalidades redescubiertas o inventadas, y sangrientos enfrentamientos entre ideologías. El armisticio de 1918 y los tratados de 1919, lejos de poner fin a los conflictos y contradicciones exacerbados por la guerra, contribuyeron a agudizarlos durante los siguientes veinte años y encontraron su desahogo en el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La mirada que podemos establecer hoy sobre la historia geopolítica del siglo xx nos obliga a entender el suceso militar como un puente entre conflictos, confusiones e intereses; un puente en una vía que llega hasta el presente. Entenderlo así nos permite también ser conscientes de las ramificaciones de esos sucesos, de sus riesgos desde el pasado hasta nuestros días, y nos advierten de la posibilidad de que el futuro se nos pueda ir de las manos: la fatalidad de que el absurdo de la guerra, el racismo asesino, el autoritarismo, el totalitarismo, el genocidio, caigan nuevamente sobre nosotros.

Las contradicciones que desencadenaron la Primera Guerra Mundial se pueden ver sobreviviendo, transmutadas, en el periodo que conocemos como de entreguerras. El inicio de la Segunda Guerra Mundial se transforma, entonces, en consecuencia de los cabos que dejó sueltos el precario equilibrio del Tratado de Versalles y, a la distancia, las dos guerras mundiales empiezan a

aparecer ante nosotros como un solo largo conflicto armado, relativamente interrumpido por dos vertiginosas décadas de creciente crisis en todos los ámbitos de la vida humana, en casi todos los rincones del planeta. La periodización es necesaria para delimitar el objeto si queremos conocerlo tan a fondo como sea posible, pero también podemos optar por un enfoque que se oriente hacia lo que eslabona los acontecimientos, lo que los liga, lo que comparten, y hacia las formas en que se influyen recíprocamente.

De este modo, la Gran Guerra, la caída del vetusto imperio austrohúngaro, que durante 400 años rigió una enorme monarquía multicultural, y el desmoronamiento del Segundo Reich alemán bajo el impulso popular y democrático de la revolución alemana de 1918; la creación de la República de Weimar y su luminoso y sorprendente pero accidentado transcurso; el ascenso del nazismo y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, son facetas de problemas que pervivieron en ese largo y complejo proceso que sólo se resolvería con la derrota del totalitarismo nazi en 1945, solución también temporal pues esas tensiones se prolongaron en la división del mundo en dos bloques de la Guerra Fría.

En el Tratado de Versalles no está solamente expuesta la condena establecida contra la parte derrotada; su lenguaje es el de la revancha; sus exigencias, las de un saqueo, y su condena, la reducción de un amplio conjunto de tensiones (el paneslavismo y el pangermanismo, los intereses imperialistas de cada una de las potencias, los nacionalismos de extrema derecha, el socialismo y el comunismo, el feminismo, la democracia directa, los privilegios de rancias aristocracias, los intereses de burguesías depredadoras, la irracionalidad de los fanatismos religiosos, místicos e ideológicos, las ideas de “pureza racial” y sus discriminaciones) a la identificación de un sujeto culpable: Alemania.

Cuando vemos que el ardoroso debate político que caracterizó el nacimiento y la primera etapa de la República de Weimar estuvo influenciado por el desarrollo de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, con la formación de comités de trabajadores, militares, estudiantes, artistas y mujeres; con los fragorosos debates entre los miembros del socialismo en la transición de la Segunda a la Tercera Internacional Socialista y su enfrentamiento con los movimientos de derecha radical, podemos establecer un enfoque no parcelario entre ese largo conflicto; estaríamos entonces ante una larga gran guerra mundial separada en dos eventos bélicos, y continuada en lo que posteriormente se conocerá como Guerra Fría.

Desde esta óptica debemos analizar si realmente hemos salido de ese portentoso círculo vicioso o si hoy corremos el riesgo de engañarnos como

se dejó engañar el pueblo alemán y, junto con él, buena parte de los ciudadanos del resto de Europa, de América, de Medio Oriente, de Japón, cuando Hitler se hizo con el poder y se alió con el fascismo y el imperialismo oriental, instaurando un Estado totalitario absurdo y asesino, el más terrible de la historia. Este proceso lleno de sobredeterminaciones, influencias e implicaciones era el contexto de la Europa de los años 20 y principios de los 30. Entenderlo puede ayudarnos a explicar a las personas que vivieron entonces y a conocer los contextos en que se dio mucho de lo que hicieron.

La República de Weimar, el régimen político que adoptó Alemania después de la revolución de 1918-1919 y del Tratado de Versalles, fue un periodo democrático durante el cual, no obstante estar regido por una nueva Constitución que garantizaba derechos y libertades de vanguardia en su tiempo, grandes sectores de Alemania (el movimiento obrero más radical, las bandas de ultraderecha; los partidos de centro religioso, el campesinado y, por supuesto, la rancia aristocracia), nunca confiaron en la democracia como forma de gobierno ni en el libre mercado como forma de organización económica. Probablemente ningún país, ninguna región y tiempo del mundo representen mejor la efervescencia de esos conflictos que la Alemania de Weimar. Pero apenas tres lustros después de su instauración, un pueblo cansado de los conflictos políticos, de las durezas económicas y de la incertidumbre, un pueblo que no aceptaba las condiciones de la derrota, que no entendía por qué había ido a la guerra ni cómo la había perdido, se dejó seducir por el terror. El ascenso del partido nazi le puso fin a ese notable momento de la historia de Alemania. En *La Alemania de Weimar: presagio y tragedia*, Eric D. Weitz advierte que la efímera democracia republicana alemana:

[...] evoca las graves dificultades que pueden surgir cuando en una sociedad no hay consenso para mirar al futuro y cualquier diferencia, por nimia que sea, desencadena enfrentamientos políticos entre ciudadanos, cuando los asesinatos y la violencia callejera se convierten en el pan nuestro de cada día y las fuerzas antidemocráticas buscan la salida más fácil: convertir a las minorías en [víctimas propiciatorias]. Representa, por encima de todo, una señal de peligro, porque todos sabemos cómo acabó: con la asunción del poder por los nazis el 30 de enero de 1933. (2009, p. 6)

Durante ese tiempo entre la guerra y el nazismo, una parte de Alemania, especialmente la urbana, fue arrollada por el vértigo de la modernidad, la transformación de la sociedad tradicional en sociedad de masas y la

locura del acceso al consumo. Pero Weimar fue también un periodo político de tremenda fragilidad, un proceso económico dos veces catastrófico y un caldo de cultivo para el dominio de las masas desde el discurso racista y nacionalista de la extrema derecha personificada en Hitler y el partido nazi. Especialmente los años finales de la década de 1920, después del proceso hiperinflacionario, cuando fue posible renegociar los términos del Tratado de Versalles y conseguir un equilibrio económico que permitió el surgimiento de una nueva y joven clase media con capacidad de consumo y deseos cosmopolitas, y justo antes de que esto se viniera abajo como consecuencia de la crisis económica de 1929 en los Estados Unidos, de cuya economía Alemania dependía estrechamente, Weimar fue una especie de paraíso de la modernidad.

Aunque sin la documentación que las ciencias sociales validan como evidencia y sin un método que pueda neutralizar las pasiones; armados con una mirada profunda y sabia sobre el tiempo y la condición humana tocada por el dolor y la rabia, poetas, escritores y artistas fueron capaces de mostrar todos esos acontecimientos con mayor profundidad y actualidad que los académicos. Podemos verlo en el expresionismo y el modernismo en las artes plásticas, en las novelas de Alfred Döblin o de Thomas Mann. Una visión certera de ese tiempo se encuentra en la vida y la obra de Klaus Mann, el autor maldito, hijo del célebre premio Nobel, cuya biografía —quiere la casualidad— corre paralela en el tiempo a la del personaje que nos ocupa en este libro: Friedrich Schwend. Nacidos ambos en noviembre de 1906, su infancia habría estado signada por la guerra, la revolución y la caída del imperio; su adolescencia y juventud, por aquellos “años dorados”. Pero, mientras Klaus Mann, el escritor, se formaba en Múnich en un ambiente acomodado y liberal, en conflicto con la sombra del célebre padre pero dentro del medio que dio a luz la gran riqueza de Weimar en el arte y la literatura, el otro, Schwend el oportunista, lo haría en el seno de una familia de clase media provinciana, tradicional y de fe protestante, en el suroeste de Alemania, en una región industrial y por lo tanto enredada entre el movimiento obrero y los antiguos valores de lo “auténticamente alemán”. Schwend habría enfrentado otra forma de sombra: desde el deseo de escalar socialmente, alentado por las novedades tecnológicas, el consumo, la modernidad, se habría enfrentado al tradicionalismo resignado de esa clase media empobrecida que cubría Alemania. Aprovechando los intersticios de la oportunidad en la locura de Weimar, Schwend ascendería.

Ambos, que contarían 26 años de edad cuando Hitler estaba por alzarse con el poder, pueden ser representados como dos caras irreconciliables de

una aciaga moneda: Klaus Mann se iría al exilio desde donde lucharía contra el totalitarismo; sería después rechazado por el *establishment* intelectual y terminaría sus días por su propia mano en 1949. Schwend, en cambio, optó, como lo hicieron millones de alemanes, ya fuera por voluntad propia o bajo coacción, por afiliarse al partido nazi antes incluso de su ascenso al poder y decidió buscar en el nuevo régimen mecanismos para desarrollar las habilidades del oportunista aprendidas durante la desenfrenada locura de Weimar, con su informalidad, sus mercados negros y su proclividad a la especulación económica. Al contrario de lo que se suele suponer por la apariencia de orden estricto y racional eficiencia transmitidos por la parafernalia nazi, lograría acomodarse y trepar por los caóticos vacíos del sistema, dentro de los que algunos lograrían aprender, como él, a beneficiarse. Después de amasar una fortuna en ese caótico contexto y en el de la guerra, Schwend emprendería una nueva vida en el Perú para seguir en busca de las oportunidades que necesitaba su insaciable ambición.

LOS NAZIS: ORGANIZACIÓN E IDEOLOGÍA

Al otro lado de la mesa, el funcionario hitle-
rista: las mismas mandíbulas, la misma cara
de trapecio, con el pelo casi afeitado encima
de las orejas y unas mechitas rubias, cortas
y tiesas sobre el cráneo.

André Malraux

Comenzamos este capítulo con una mirada sobre los convulsionados tiempos que precedieron al ascenso del nazismo, durante la República de Weimar, cuando la generación de Fritz Schwend vivió su juventud y alcanzó la mayoría de edad, y hemos esbozado elementos del nuevo régimen, el régimen totalitario por definición, sin haber explicado suficientemente —aunque creemos que nunca habrá explicación suficiente para el terror— las formas en que el partido nazi acabó con el luminoso pero precario orden democrático y liberal de Weimar. El orden social impuesto por el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, la organización de Hitler, es único en la historia, de compleja estructura y con una importante característica propia: la de ser definido de

manera particularmente incisiva por las individualidades que lo lideraron. Esto es relevante pues, a diferencia de otros sistemas —autoritarios o no, despóticos o autocráticos, sostenidos, en mayor o menor medida, por instituciones— el régimen nazi adquirió sus características directamente de las decisiones de su jerarquía en sustitución de una institucionalidad específica; es decir, a pesar de los numerosos edictos, leyes y reglamentos, las orientaciones definitivas del régimen no fueron escritas y tomaron forma a partir de lo que una compleja red de mandos (no se trataba de una línea de mando como la entienden la estructura militar o la empresarial) interpretaba a partir de órdenes verbales e incluso simples comentarios del Führer y de sus ministros y allegados. Esto es, por supuesto, una paradoja histórica central pues estamos hablando de la historia del siglo xx, cuyo rasgo más visible es el papel de las masas, así como la continua y creciente confianza que las sociedades parecen poner en las instituciones.

Pocos momentos de la historia reciente pueden ser definidos y explicados a tal grado por la biografía de quienes conformaron su cúpula, lo que nos obliga a analizar el régimen nazi, las ideas que esgrimió para conformar su masiva membresía y las estrategias con las que coaccionó a quienes colaboraron con él, ya fuera en complicidad, por miedo o por indiferencia. Entre el inagotable y siempre creciente cúmulo de investigaciones, ensayos, documentales audiovisuales y ficciones sobre el nazismo, se enredan prejuicios y clichés que, al imponerse sobre la mirada histórica general, terminan por falsear los sucesos y contribuyen a la peligrosa situación que representan el olvido, el desconocimiento, el conocimiento parcial y los estereotipos.

El metraje filmico y los archivos fotográficos que nos muestran la Alemania nazi durante su década de dominio, entre el ascenso de Hitler a la cancillería en 1933 y el momento en que los Aliados consiguen revertir el avance alemán diez años después, nos muestran por lo general una imagen de orden, pulcritud y fortaleza sin parangón en la historia. Hay que ponerse en el tiempo de los sucesos, antes de que esa cara de la moneda nazi mostrara su reverso de terror, para tratar de comprender el impacto que habría causado entre la gente de entonces, a lo largo y ancho del mundo. Si bien hoy miramos con crítico consenso de desconfianza y desaprobación a quienes se pronunciaron a favor de los nazis a principios de los años 30, en su momento no parecía tan sencillo realizar la crítica y oponerse. Hoy, en cierta medida, somos capaces de ver que detrás del pensamiento neonazi y otras formas de ultraderecha se agazapa el terror; suponemos que sus numerosos adeptos representan fallas o desviaciones del sistema social, pero ahí están, aunque no queramos verlos. Incluso hemos perdido de vista que

muchas tendencias ideológicas actuales —muy abarcadoramente agrupadas en la milenarista noción de “nueva era”—, consideradas “políticamente correctas” y abrazadas por masas acríticas cada vez más numerosas, tienen sus raíces en las mismas propuestas irracionistas, místicas, ocultistas y esotéricas articuladas alrededor de la ideología *völkisch* que contribuyó tan definitivamente a dar identidad y forma al nazismo, a su nacionalismo homicida y a sus ideas absurdas de pureza racial. Prueba de que estamos lejos de haber superado el peligro irracionista de esas ideologías es la existencia de movimientos nacionalistas por todo el mundo que encuentran argumentos para sus rabiosas causas en las páginas del libelo de Hitler, *Mein Kampf*.

No se puede negar la pericia de los nazis en el manejo de su propaganda. El título mismo del libro de Hitler —que según las leyes europeas ha pasado al dominio público a partir de 2016, lo que significa que su difusión tendrá aún menos límites que los que ha tenido hasta ahora— fue un acierto publicitario: como el alemán promedio de los años 30, el joven neonazi o ultraconservador que lo lee hoy lo vuelve propio al nombrarlo, “mi lucha”. Nosotros mismos, al redactar estas líneas, quisiéramos referirnos a él de cualquier manera excepto por su título con tal de no caer en la tramposa e involuntaria apropiación de ese emisario impreso del terror, disponible para cualquiera en incontables versiones digitales a través de internet. El título del manifiesto hitlerista es una operación semántica que hace accesible al lector la experiencia del autor, diseñada por Hans Amann, el editor de Hitler, a quien se debe la decisión de usar ese breve y contundente título en lugar del que el autor le había dado originalmente a su horrenda diatriba: *Cuatro años y medio (de lucha) contra la mentira, la estupidez y la cobardía*. Si el título original convertía al autor en una especie de héroe, el nuevo título (una decisión comercial) hizo que fuera el lector quien tomara el lugar de ese héroe mediante la apropiación personal de su contenido.

Este conjunto de factores: la innovación en el uso de la propaganda y los nuevos medios de comunicación masiva; la estructura del partido entretenera y confundida con el tejido social tanto como con el sistema de gobierno y con el ejército; la parafernalia espectacular de las concentraciones, los desfiles y los eventos oficiales; la pulcritud y la monumentalidad de la arquitectura monolítica; el misterioso esoterismo pagano sobre el que se construía la lealtad al régimen personificado por el Führer; se impondrían sobre los individuos, sobre las masas, con incuestionable naturalidad. Poco a poco, subrepticamente, por los resquicios de esta enorme puesta en escena nacionalista en expansión, penetraría el terror.

Ni las más avezadas recreaciones narrativas del poderío romano, ni las más fantasiosas visualizaciones de los imperios egipcio, azteca o inca, ni los descubrimientos arqueológicos que nos han mostrado a la poderosa China de la dinastía Qin, la de los guerreros de terracota, alcanzan a producir el paisaje de poder que consiguió el nazismo. Dicha imagen de escenografías monumentales y coreografías simples pero masivas, desarrolladas a la perfección, en las que cada asistente a un evento conocía el protocolo que se esperaba de él, se ha convertido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en símbolo de los peligros que se esconden detrás de la histeria nazi. Muchas narrativas —especialmente literarias, cinematográficas y hasta videolúdicas— han abrevado en la iconografía nazi para desarrollar ficciones distópicas, ucrónicas, apocalípticas; totalitarismos futuros que vuelven a imponerse sobre la libertad humana bajo una apariencia de límpida perfección, de incuestionable organización. La imagen del orden nazi está en clásicos de la literatura como *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *1984* de George Orwell, así como en numerosas distopías cinematográficas, iniciadas con *El gran dictador* de Chaplin —prohibida en el Tercer Reich, por supuesto—, que incluyen cintas extraordinarias como *Brazil* de Terry Gilliam y la versión cinematográfica de *Fahrenheit 451* de François Truffaut.

Sabemos que, en su momento, el éxito de los nazis en Alemania y la simpatía que generaron en amplios sectores alrededor del mundo tuvieron su origen en el sistema de propaganda diseñado por uno de los principales jerarcas del régimen: Goebbels. Sin embargo, es claro que no habrían tenido el impacto que alcanzaron si no hubiese existido una poderosa infraestructura escenográfica detrás, de la que fue responsable otro alto dignatario nazi, Albert Speer, arquitecto, diseñador de los mítines del Führer, creador de algunos de los edificios de la “Nueva Alemania” y ministro de Guerra y Armamento del Reich. La obra pública alemana, la recuperación económica estrechamente ligada al rearme, la derrota del comunismo, la nueva arquitectura —cuyo ostentosa pesadez desplazó al ágil funcionalismo de la escuela Bauhaus, tan característico de la República de Weimar—, el orden al que se sometían las masas, fueron todos factores de gran influencia en la construcción de la hegemonía nazi. Fueron a su vez factores que se aceleraron y se reforzaron gracias al uso controlado de un monopolio de comunicaciones masivas que quedó simbolizado para siempre en la funesta frase atribuida —sin pruebas— a Goebbels sobre la repetición de una mentira. El uso del espacio, las impresionantes “concentraciones” del partido, en las que se reunían decenas de miles de militantes en escenarios nunca antes vistos, formaron parte de este monopolio de la comunicación masiva.

Pero había algo más: algo que estaba en la médula del armazón nazi y que escapaba a la atención de observadores, opositores y simpatizantes, algo que sólo se comenzaría a ver después de la guerra y que quizás no podamos documentar por completo hoy. Ese algo se encuentra en los detalles de la organización nazi, en su forma interna, su fenomenología y sus procesos al interior de la élite y la jerarquía.

Al enfrentar la tarea de recopilar evidencias para la realización de los juicios de Núremberg, este factor saltó a la vista de los fiscales, como lo indican las palabras del juez estadounidense Jackson, que en su texto “El problema de las organizaciones nazis” trata de explicar bajo qué marco legal pueden ser consideradas criminales ciertas agrupaciones nazis:

Una de las siniestras peculiaridades de la sociedad alemana en el momento de la capitulación era que el Estado en sí mismo desempeñaba solamente un papel subordinado en el ejercicio del poder político, mientras que los controles verdaderamente drásticos sobre la sociedad alemana se originaban fuera de su gobierno nominal. Esto se consiguió mediante una compleja red de organizaciones exclusivas estrechamente entrelazadas, formadas por selectos grupos de voluntarios ligados bajo el juramento de ejecutar, sin demora ni cuestionamiento, los mandatos de los líderes nazis.

Estas organizaciones penetraron la vida de Alemania en su totalidad. El país fue subdividido en pequeños principados nazis de alrededor de 50 hogares cada uno, y cada una de estas comunidades tenía sus propios líderes del partido reconocidos, su policía del partido y sus espías encubiertos del partido. Estos principados se combinaban en unidades mayores con líderes de más alto rango, ejecutores y espías. El todo formaba una pirámide de poder al margen de la ley, con el Führer en su cúspide y los oficiales locales del partido en su amplia base, descansando pesadamente sobre la población alemana. De ahí que el despotismo nazi no estuviese conformado por estos acusados individuales por sí solos. Mil pequeños *führers* ordenaban; mil imitaciones de Göring se pavoneaban, mil Schirachs incitaban a la juventud, mil Sauckels esclavizaban trabajadores, mil Streichers y Rosenbergs instigaban el odio, mil Kaltenbrunnners y Franks torturaban y asesinaban, mil Schachts y Speers y Funks administraban, financiaban y sostenían el movimiento. El movimiento nazi era una fuerza integrada de la ciudad, el municipio y la aldea. El poder resultante de este sistema de organizaciones empezó por rivalizar y siguió por dominar el poder del propio Estado. (Office of the United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality, 1948)

Así, la compleja forma en la que tanto la sociedad civil como el Estado alemanes fueron penetrados por el partido nazi es otro de los factores esenciales para explicar la constitución de ese totalitarismo. El régimen nazi, siguiendo y exacerbando el modelo de pueblo uniformado que le brindó el fascismo italiano, ofrecía una imagen de perfección, de impecable orden y total sumisión de las masas a un supuesto “ideal” racial y nacionalista en la forma de una enorme maquinaria. Cada parte de esta máquina social, cada hombre, cada mujer —de entre los cuales habrá sido extirpado el germen de la imperfección y la impureza: discapacitados y enfermos; judíos, romanos, eslavos; homosexuales; no arios en general, es decir, los *Untermenschen* (infra o subhumanos)—, representaba un engranaje perfectamente aceitado y sincronizado, cuya función armonizaba con todos los demás y, en conjunto, *movía* a Alemania hacia la hegemonía europea, y desde ahí hacia las pretensiones coloniales, a la ampliación del *Lebensraum*, ese “espacio vital” que justificaba su expansionismo, como había apuntado Hitler en el primer capítulo de su libro. Sin embargo, detrás de esta puesta en escena en la que todo parecía estar sólidamente instituido y en la que nada parecía depender de la voluntad de los individuos, vivía una realidad muy diferente. Los reflectores y las cámaras, los saludos masivos y los brazos extendidos, las impecables paradas y coreografías, el rugido colectivo que repetía *Heil Hitler!*; la obligatoriedad de escribir esa frase en el pie de cada documento, de repetirla en cada encuentro como saludo y despedida; los uniformes, unos pardos y otros, los más siniestros, negros, todos relucientes, impecables, ocultaban un trasfondo de intrigas, de intereses personales o grupales que chocaban unos con otros, alentados por los vacíos que dejaba la particular forma de ejercer el poder del Führer y sus subordinados inmediatos: Goebbels, Göring, Himmler, Heydrich, Hess, Bormann, Kaltenbrunner, Eichmann. Porque el discurso del dictador, a quien todos los miembros del partido habían prestado juramento incondicional de lealtad y obediencia, ese discurso considerado por él mismo y por muchos de sus subalternos como infalible, no tenía respuesta para todo.

En los espacios vacíos que dejaba Hitler y que muchas veces eran sus propias dudas disfrazadas de confianza en el destino, crecían pugnas palaciegas, incesantes invasiones entre áreas de responsabilidad diferentes, duplicidad de funciones, excesos en el “cumplimiento del deber”, vacíos legales que se capitalizaban y, en general, se expandía un oscuro desdibujamiento de la “utopía” germánica (que se expresaría en los numerosos intentos de rendición, desertión y búsqueda de acuerdos de paz parciales de los subalternos a espaldas del Führer). Se generaban traslapes, cruzamientos,

choques y luchas por imponer la voluntad o una interpretación de la voluntad del Führer. Había preguntas que Hitler no quería o, más exactamente, no podía responder, y condiciones materiales que se negaba a reconocer. A partir de ellas delegaba la responsabilidad en quien gozara de su confianza en el momento y el conflicto interno se extendía como un cáncer hacia abajo de una cadena de mando que, detrás de su lustrosa apariencia, era en esencia caótica. Al estudiar la biografía de Adolf Eichmann, la filósofa Bettina Stangneth describe el sistema:

[...] en un régimen gobernado por relaciones, sólo el acceso personal a alguien en el poder tenía verdadera influencia. [...] El liderazgo nacional-socialista era un sistema que dependía de personalidades. [...] una simple decisión de Hitler o de Himmler sumergía inesperadamente todo en la confusión y truncaba carreras que antes parecían intocables. Cualquiera que tuviera acceso real a Himmler tenía la capacidad de desestabilizar completamente los planes de otros y, por tanto, era un hombre poderoso. (*Eichmann before Jerusalem*, 2014)

Otro ejemplo de estas rivalidades que representaban una especie de ley de la selva dentro del aparentemente perfecto aparato nazi está en una disertación de Richard L. McMaha: *The Politics of Espionage: Nazi Diplomats and Spies in Argentina, 1933-1945*, donde documenta la hipótesis de que la rivalidad de la RSHA (*Reichssicherheitshauptamt*, Oficina Principal de Seguridad del Reich) y la *Auswärtiges Amt* (Ministerio del Exterior) en la diplomacia alemana en Argentina no representaba objetivos de política internacional nazi sino “las ambiciones del titular de la Amt VI, Walter Schellenberg” (2009, p. 3).

La estructura de este desorden subyacente convertido en secretas pugnas por el poder nació con el movimiento nacionalsocialista mismo durante los años de Weimar. Los extremistas de derecha formaron violentas escuadras armadas y uniformadas, cuerpos paramilitares conocidos como *Freikorps*, para enfrentar el avance del movimiento obrero y apoyar el proceso mediante el cual habrían de conseguir, a través del miedo y la coacción, el voto o el apoyo de masas indecisas e inseguras o la imposición del orden en el que creían. Las violentas fuerzas paramilitares de ultraderecha que se agruparían alrededor de Hitler, fundadas en una base social más amplia que aquella de los comunistas, alcanzaron un grado de organización y una autonomía que pronto superaron a aquellas de los sectores más activos de la clase obrera. Esto permitió a Hitler, al ascender a la cancillería,

contar con un ejército propio sobre el cual depositar la responsabilidad de sacudirse a las fuerzas institucionales y a cualquier oposición e instaurar el nuevo orden que Hannah Arendt describió en el primer volumen de *Los orígenes del totalitarismo*.

La organización en la que Hitler se apoyó para hacerse del poder era un híbrido entre la estructura de militancia partidaria en el contexto de la democracia electoral de Weimar y la estructura de brigadas violentas, después armadas y convertidas en fuerzas paramilitares siguiendo el modelo de los *Freikorps*. Eric Weitz (2009) las describe así:

[...] cuadrillas militares constituidas en el invierno de 1918 a 1919, dirigidas por oficiales que contaban con el visto bueno de sus superiores y que, en un primer momento, fueron aceptadas y hasta recibidas con los brazos abiertos por el gobierno socialdemócrata que trataba de disponer de un cuerpo de seguridad al precio que fuera; estúpida y trágica decisión, porque nunca consiguieron que los *Freikorps* se pusieran del lado de la democracia. Se dedicaban a reventar huelgas y luchaban contra los comunistas en toda Europa oriental, al tiempo que se tomaban la justicia por su mano contra los trabajadores que tenían por radicales —alineaban a los huelguistas y fuerzas paramilitares de izquierdas contra una pared y los fusilaban— y organizaban pogromos contra los judíos.

La estructura paramilitar que terminaría por dominar Alemania, confundiendo primero y sustituyendo y absorbiendo después a las fuerzas legítimas, fue la de las SS, abreviatura de *Schutzstaffel*, que se ha traducido generalmente al español y al inglés con la frase “escuadras de protección”. Su proliferación en el contexto de uso de la fuerza por quien la tuviera que el frágil orden legal de Weimar permitió, fue casi espontánea. En un momento en que los mítines de un partido cualquiera podían ser atacados violentamente por los militantes de otro, voluntarios del partido nazi conformaron una guardia personal para proteger a sus líderes en Múnich en aquella situación “de riesgo”. Las SS, entonces, nacían de otro cuerpo paramilitar anterior: la SA o *Sturmabteilung* —literalmente “sección de asalto”, que bien podríamos entender como “grupo de choque”—, primera milicia nazi. Pero la SA no dependía directamente de Hitler; contaba con cierta independencia y carecía de la lealtad incondicional que exigía el líder, razón por la cual apoyó la creación de las SS. Casi de inmediato, estas escuadras de protección fueron imbuidas de un espíritu de cuerpo con un componente irracional ariocéntrico y antisemita simbolizado en el uso de algunas

de las antiguas runas del sol que diversos ocultistas habían venido sistematizando desde finales del siglo XIX. Los significados “profundos” u ocultos de las “Runas Armanem” de Guido von List están detrás de la elección de las famosas “SS” de trazo geométrico y de la propia suástica, también reverenciada y utilizada por los ocultistas desde el siglo XIX. La obra de List era profundamente “germanista” y efectivamente antisemita, y dio, por tanto, contenido y sentido místico a la ideología nacionalsocialista; las SS son el principal reflejo de ello.

El personaje más importante en la historia de las SS fue Heinrich Himmler, que se unió a estas escuadras en 1925 y las dirigió a partir de 1929. Poniéndolas al servicio incondicional de Hitler mediante el juramento obligatorio de lealtad absoluta hecho directamente al Führer, Himmler logró que tuvieran una influencia y un poder en el Reich paralelos a los de las fuerzas armadas regulares, la Wehrmacht. Pronto una sección de las SS se convertiría también en vanguardia del ejército alemán, usurpando en muchos casos el liderazgo legítimo de los viejos militares: las Waffen SS. Del mismo modo, el gobierno-policía de las SS de Himmler duplicaría o reemplazaría las funciones de otras instancias “legales”, como la Abwehr, la inteligencia militar, cuyas funciones sufrirían la competencia soterrada del *Sicherheitsdienst* o SD (Servicio de Seguridad), hasta que la creación de la RSHA, bajo el mando de Reinhard Heydrich primero y de Ernst Kaltenbrunner después, terminaría por absorberlo todo.

Eichmann before Jerusalem, el libro de Bettina Stangneth, es indispensable para comprender el fenómeno nazi. Más adelante volveremos a hablar de esta publicación pues su examen de la trayectoria de Adolf Eichmann aporta información sobre la presencia de ex nazis en Sudamérica, pero entre las numerosas características que hacen de ella un documento necesario está el hecho de que la autora se sumerge en archivos y materiales que no estaban disponibles cuando Eichmann fue secuestrado por el Mossad, trasladado a Israel, juzgado y ejecutado, entre mayo de 1960 y mayo de 1962. Esta información permite a Stangneth refutar la imagen del burócrata sin iniciativa que solamente cumplía órdenes, construida cuidadosamente por el propio Eichmann y su defensa durante su presentación en el juicio, y que llevó a Hannah Arendt a esbozar la polémica tesis de la “banalidad del mal”. Stangneth desenmascara las acciones deliberadas, las decisiones fríamente tomadas, los crímenes cometidos por este “experto en la cuestión judía” en su papel de administrador del exterminio con plena conciencia, que el criminal logró hacer pasar como eficacia instrumental en el cumplimiento de órdenes superiores. En el proceso, Stangneth dibuja al personaje

como alguien que se labró un “prestigio” de “hombre importante” en el régimen nazi, bajo la sombra del mismo Heydrich, mediante un cuidadoso manejo de la información sobre sí mismo y con una clara perspectiva de la importancia de lo simbólico. Para explicárnoslo, Stangneth propone algo que podemos extender a todo lo relacionado con la construcción de la imagen del poderío nazi: “El uso de ideales y simbolismo fue uno de los secretos detrás del éxito de los nazis. También *Mein Kampf* de Hitler aporta la advertencia de nunca subestimar el efecto de una figura simbólica”.

ESOTERISMO Y OCULTISMO EN LA IDEOLOGÍA NAZI

El abordaje del nazismo por la industria cultural, especialmente la estadounidense, desde la posguerra hasta nuestros días, ha generado ficciones muy atractivas para el público masivo sobre un conjunto de fenómenos que hasta hoy tienen un halo de misterio. Los “misterios nazis”, como los describe Goodrick-Clarke en *Black Sun: Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity*, son una fuente inagotable de ideas para la industria del entretenimiento pues proporcionan argumentos sobre nazis fugitivos (incluyendo las teorías de conspiración sobre la supervivencia y fuga del propio Hitler), reconstitución del Tercer Reich (o, en su defecto, la formación de un Cuarto), fundación de imperios bajo tierra, ovnis y otros productos de un supuesto desarrollo tecnológico nazi de posguerra, actividad esotérica y hasta satánica vinculada con la ritualidad de las SS como la quería Himmler y, por supuesto, inmensos tesoros ocultos. Determinadas características del nazismo, reales o atribuidas, han dado materia para toda una “mitología moderna”. Al hablar tangencialmente sobre este tema, Stangneth comenta con ironía: “nazis y sexo siempre venden” (citando una rica veta de literatura *pulp*).

Entre esas características destacan los temas relacionados con el esoterismo y el ocultismo que acompañaban y fundamentaban la ritualidad y la simbología de las SS, los discursos del partido nazi, su devastadora forma de antisemitismo y su delirante visión de sí mismos, los arios, como “raza superior y mesiánica”. Esta arista del nazismo en particular produjo exitosas caricaturas mediáticas de los nazis y de su pesadillesca utopía. Desde distintas formas de espiritismo hasta la reinención de mitologías

del pasado sin fundamentos arqueológicos o históricos, pasando por la adivinación, la astrología, la magia, la “lectura” de runas, la interpretación de la arquitectura tradicional; una exégesis *ad-hoc* de las ambiguas sagas nórdicas, la asignación de poderes especiales al magnetismo y la electricidad, en fin, un sinnúmero de contenidos esotéricos, sectarios, ocultos, se incorporaron a la ideología nazi y jugaron un papel importante en la construcción de la legitimidad de una tesis tan absurda como la supremacía de una “raza” sobre otras y la justificación no sólo de la guerra en pos de *Lebensraum* sino del exterminio de los judíos —a quienes acusaban de estar entregados a una conspiración de dominación global— y otros grupos definidos por los nazis como *Untermensch*. Goodrick-Clarke encuentra en *Black Sun* que “el nazismo, mistificado y romantizado, se convirtió en una religión neognóstica vinculada con la teosofía, con centros secretos en el Tibet, con rituales de culto y con toda la parafernalia de la magia negra”, y que su mayor difusión se dio a partir de principios de los 60, y alcanzó un pico en los 70.

Creemos que es importante volver sobre el tema ahora que muchos componentes de esa especie de mitología presente en el pensamiento nazi siguen o reaparecen en algunos de los productos culturales más exitosos de los últimos años, así como en ciertas tendencias políticas de nuestros días, de las que son ejemplos sangrientos las expresiones antiinmigracionistas en Europa o la radical intolerancia, con un componente claramente racial —el supremacismo blanco— de un presidente de los Estados Unidos como fue Donald Trump; todas estas, señales de que las perspectivas sectarias e intolerantes de los extremismos, y con ellas el recurso al terror, están bien lejos de haber sido conjuradas. No está de más llamar la atención —y levantar la guardia— ante los elementos que comparten con la cosmovisión esotérica nazi fenómenos de la cultura de masas como la música *black metal*, ciertas formas de misticismo *new age* engarzado en una ecléctica reinterpretación de lo folclórico en torno de culturas nativas en cualquier parte del mundo, enfáticamente el rescate de raíces precristianas entre los movimientos de “poder blanco”, como las modas de lo céltico, lo nórdico y lo germánico. En el paso del siglo xx al xxi, la superproducción cinematográfica de la obra de Tolkien, *El señor de los anillos*, devolvió temas que una global admiración por esa maravilla literaria había impedido o no había querido ver en la página impresa: la adaptación hizo que el maniqueísmo con fuerte acento racial de la obra original fuera más evidente... Pero nadie pareció notarlo. Tolkien, aunque un hombre de derecha interesado en la mitología nórdica, era un soldado británico, un antinazi. Su obra, sin embargo, parece haber

absorbido los prejuicios raciales comunes en su juventud, especialmente en su Sudáfrica natal. John Yatt, periodista de *The Guardian* escribía en 2002:

Las dos torres es la historia de la batalla entre Isengard y Rohan. En la esquina del bien, los jinetes de Rohan, también conocidos como “los de piel blanca”: “Amarillo es su cabello y brillantes son sus lanzas. Su líder es muy alto”. En la esquina del mal, los orcos de Isengard: “Una macabra y oscura banda, morena, de mirada torva” y los oscuros salvajes de las colinas. Así que los buenos muchachos son blancos y los malos son, eh... negros.

El auge de las cosmovisiones de la “Nueva Era”, en los 60 y 70, y su resurgimiento en nuestros días, también descansa en estas ideologías y pseudociencias aunque, afortunadamente, eliminando su componente racista (o desafortunadamente sustituyéndolo por algún otro tipo de intolerancia). Las ideologías de los ecologistas, los vegetarianos y veganos o los “animalistas” de nuestros días, por ejemplo, son un modelo interesante de pensamiento conservador que comparte con el esoterismo nazi la visión bucólica de una Arcadia premoderna, campesina y tradicional, revestida de una evidentemente falsa noción de “pureza” frente a la “contaminación materialista” que conllevan el progreso y el desarrollo de la “vida moderna”. Grupos neonazis en Inglaterra surgidos durante los años 90 y activos hasta nuestros días —con renovada energía a partir de la crisis de inmigración que afecta a Europa— han creado cosmovisiones y comunidades para enfrentar, incluso violentamente, lo que consideran la peor amenaza: la invasión de poblaciones no blancas procedentes de fuera de Europa. Anota Goodrick-Clarke en *Black Sun*: “regionalismo, ideas verdes y la Nueva Era se relacionan con la memoria folclórica y la emergencia de una nueva elite pagana para restaurar la salud del planeta y salvar el futuro de Europa”.

Ideas no necesariamente ciertas o probadas por la ciencia, pero articuladas sólidamente en sistemas de pensamiento compartidos por amplios sectores de población, se engarzan en la imagen que la gente se hace del mundo y, por lo tanto, influyen en su acción sobre él. Miles de jóvenes se ven atraídos hacia movimientos de protesta que consideran “revolucionarios” para salvaguardar, precisamente, valores tradicionales; un ejemplo de nuestros días de lo que el pensamiento nacionalista *völkisch*, aun antes del surgimiento del nazismo, hizo en los suyos: hacer pasar un modelo de pensamiento ultraconservador, autoritario e intolerante como movimiento revolucionario hacia ese futuro arcádico. Hay que llamar la atención sobre el poder de estas formas de pensamiento pues su acción en la cultura y la

sociedad puede ser mucho más peligrosa que la del burdo neonazismo en el que se utilizan abiertamente los símbolos nazis y se rinde culto a Hitler, condenándose así —por fortuna— al fracaso o a la marginalidad. No cabe duda de que, fundamentadas en ideas concebidas como no cuestionables, estas ideologías intolerantes son puertas abiertas al abismo autoritario.

En su libro de 1985 sobre estos temas, *The Occult Roots of Nazism. Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*, Goodrick-Clarke justifica la importancia de estudiar este componente ideológico aun después de la Guerra Fría:

[...] visiones idealistas del orden político han abierto el camino a ideologías de la identidad cultural en las que la religión juega un papel principal. El rápido crecimiento e impacto de la militancia islámica, del nacionalismo indio y del fundamentalismo cristiano en los años 90 nos han recordado concretamente que las creencias y los mitos pueden proporcionar una forma de expresión política dinámica y con frecuencia destructiva. La reemergencia de estas formas de religiosidad política hace que sea mucho más fácil entender el extraordinario atractivo del mito, de la imaginería religiosa y del idealismo político que animaron al nazismo en su momento.

Tan presentes son los peligros de las ideologías irracionalistas con características similares a las que dieron forma al nazismo, que el historiador decidió ampliar su estudio hacia la actualidad con el mencionado *Black Sun*, de 2002:

Trabajadores temporales, inmigrantes, migrantes económicos, refugiados y buscadores de asilo representan grandes flujos de población que llevan el excedente demográfico de los países en vías de desarrollo a tierras que tradicionalmente habían sido ocupadas por razas blancas de ascendencia europea. Estas economías industriales avanzadas absorben niveles de inmigración cada vez más altos y su compromiso político con la diversidad racial es ahora un artículo de fe. Los Estados Unidos y la mayoría de las naciones europeas enfrentan hoy un cambio demográfico que va en sentido contrario al de su composición nativa histórica.¹ El problema resultante en torno de la identidad blanca recapitula el dilema de los austriacos alemanes que temían perder su influencia en el viejo imperio de los Habsburgo.

¹ El autor parece olvidar que el territorio de los Estados Unidos no es uno en el que “la composición nativa histórica” fuera de poblaciones blancas procedentes de Europa.

Si bien el esoterismo y el ocultismo no explican el fenómeno nazi por sí solos, sí proporcionan parte de la materia necesaria para comprender el modo en que se avocaron a su tarea asesina. En los postulados esotéricos y ocultos de la ariosofía de preguerra que los nazis absorbieron y que se encontraban en el aire austroalemán desde tiempo atrás, hay elementos para explicar cómo el racismo asesino se constituyó en una pieza de la identidad de un pueblo que no se opuso a ellos, que los aceptó calladamente y que colaboró, ya fuera desde el miedo, la apatía o la negligencia.

Sin afán de desacreditar el reconocimiento de las raíces de lo que cada pueblo define como su identidad, lo que nos enseña la experiencia esotérica nazi es que debemos mantener la alerta ante cada celebración de lo “ancestral” pues, cuando se realiza sin fundamento ni perspectiva histórica, puede ocultar el germen de la intolerancia hacia lo que Umberto Eco llamó “opuestos autodefinidos” en su ensayo “Construir al enemigo”. Las ciencias sociales sostienen en general que no se puede definir una identidad (cultural, social, étnica) de manera estática y definitiva: la identidad es un proceso conflictivo y permanente de cambio, adaptación y reconstrucción. Si esto es cierto incluso para el individuo, lo es especialmente en sociedades diversas, pluriculturales, donde los grupos interactúan, se influyen, se presionan y se desarrollan en conflicto. De ahí que definir la identidad en términos estáticos, casi siempre apelando a la autoridad de una ancestralidad específica, represente un fuerte peligro autoritario.

El origen de estas ideas para el caso del nazismo se hunde en algunas manifestaciones, las más oscuras, del *zeitgeist* romántico que avasalló a Europa durante el siglo XIX, como respuesta, a través de la búsqueda de la armonía y la estabilidad más allá de lo real —una especie de escapismo social—, a una realidad que amenazaba con guerras, revolución e inestabilidad en todo momento. Los avances tecnológicos de la época, la rápida urbanización, la aparición de grupos o clases sociales nuevos o el fortalecimiento de aquellos que tradicionalmente habían permanecido en la sombra o en un nicho desde el que no representaban una amenaza; los cambios en el acceso a privilegios sociales (que pasaban de la aristocracia terrateniente a la burguesía financiera), llevaron a todos aquellos que se sintieron amenazados a aferrarse a mundos “metafísicos”, a buscar en la fantasía respuestas a sus temores. En el entorno germánico, buena parte del pensamiento irracionalista decimonónico y de principios del siglo XX encarnó en la ideología *völkisch*, una perspectiva nacionalista que podríamos traducir vagamente como “etnicista” o “folclorista”, e incluso “racista” en un sentido no peyorativo, si consideramos que antes del nazismo el racismo como forma de ver y

actuar en el mundo no había sido desacreditado, como lo ha sido hoy, por la ciencia, la filosofía y el derecho, sino que resultaba de la aplicación literal de la teoría de la evolución de Darwin al ámbito de la cultura: el darwinismo social tan aplaudido por Hitler.

Hay que decir que, si bien sólo los nazis y los fascistas derivaron una política totalitaria y asesina de esta visión de lo folclórico y lo tradicional, no fueron los únicos en idealizar las “raíces” de una sociedad particular para crear, fortalecer y ampliar los alcances de una “identidad” nacional que se entendía como requisito para el desarrollo o la supervivencia de un país. El nacionalismo se impuso, a lo largo y ancho del planeta, sobre pueblos que en realidad eran cultural y étnicamente diversos y que coexistían conflictivamente en un territorio determinado. La mayor parte de los nacionalismos de la primera mitad del siglo xx tuvo componentes similares a los que esgrimía la ideología *völkisch* germánica; basta consultar para ello el clásico de Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Ahí está, por ejemplo, el indigenismo en la pintura y la literatura peruanas o la romántica visión del campo y los campesinos que entregó la revolución mexicana de 1910-1917, primero a través del muralismo y luego popularizada con el cine de temas vernaculares.

En Austria y Alemania, por el influjo de personajes —pensadores, periodistas, intelectuales— a los que Goodrick-Clarke sigue la pista en *The Occult Roots of Nazism*, el pensamiento *völkisch* creció, se convirtió en movimiento y se fue llenando de contenidos pseudocientíficos, esotéricos y ocultos. Dos escritores y líderes de movimientos *völkisch* desarrollaron en Austria una nueva disciplina, la ariosofía, a partir de una reinterpretación germanista de la teosofía, una doctrina esotérica que tuvo impacto en Europa y, relativamente también en los Estados Unidos, esgrimida por una famosa figura del ocultismo y el esoterismo de fines del siglo xix: Madame Blavatski, a cuyo alrededor se concretó y posteriormente se sistematizó el renacimiento del interés por los conocimientos llamados “ocultos”, con raíces que se hunden tan lejos como el nacimiento del cristianismo. Los principales ingredientes del ocultismo, según Goodrick-Clarke en *The Occult Roots of Nazism*, son “el gnosticismo, los tratados herméticos sobre alquimia y magia, el neoplatonismo y la Cabbala”. Muchos de sus componentes sobrevivieron y se desarrollaron durante el siglo xix: la existencia de la *gnosis* (“conocimiento esotérico especial de asuntos espirituales”) que los herejes gnósticos de inicios del cristianismo decían tener, y que era la herramienta necesaria para enfrentar un mundo dividido en dos principios

radicalmente opuestos, el bien y el mal, y la idea de que el mundo material pertenecía al segundo. El maniqueísmo y el hermetismo son herederos directos del gnosticismo y han sobrevivido hasta nuestros días, manteniendo lo que parece ser el ánimo metodológico del ocultismo: una infinita operación de interpretación de lo real como metafórico y de lo metafórico como real en el contexto de un “estudio comparado” de las religiones a través del cual todas terminan por proponer exactamente lo mismo.

A fines del siglo XIX estas ideas encontraron su encarnación en la teosofía, secta fundada por la ocultista rusa Helena Petrovna Blavatsky. Su pseudoreligión, forjada a través de escritos en los que abundaba el plagio de textos contemporáneos sobre, según Goodrick-Clarke, “religiones antiguas y exóticas, demonología, francmasonería y espiritualismo”, abrevaba en fuentes esotéricas orientales, en religiones antiguas, conocimientos secretos y sectarios como los relacionados con el rosacruzismo, entre muchos otros elementos que, sin orden ni sistema, terminaron por constituir una especie de cosmovisión. Estas ideas no tardarían en ser adoptadas por diversos sectores sociales durante el convulsionado periodo que vio cerrarse el siglo XIX y nacer el XX, especialmente aquello relacionado con el desarrollo de la humanidad a través de ciclos cósmicos en los que se encarnaban unos míticos fundadores conocidos como “razas raíz”. Las primeras de estas razas raíz habían ido cayendo en la oscuridad —la oscuridad del mundo contemporáneo—, pero la *gnosis* permitía ver que los ciclos se revertían para un nuevo ascenso de razas “espirituales” superiores. “La quinta raza raíz”, sigue Goodrick-Clarke, “fue llamada raza aria y había sido precedida por la cuarta raza raíz, de los atlantes, que había desaparecido en una inundación que sumergió su continente en medio del Atlántico”. Así, el racismo, como lo entendía la mecanicista interpretación del darwinismo social, y el karma y la reencarnación tomados del hinduismo, se mezclaron con ideas elitistas y con el establecimiento de una jerarquía de hombres que se suponía espiritualmente dictada.

Dado que la teosofía subsiste hasta nuestros días, tanto como sociedad de estudios como en su calidad de disciplina, no faltan los defensores de Blavatsky que argumentan que no había en su pensamiento un racismo ario o antisemita —charlatanes como, por ejemplo, Alejandro Jodorowski—, pero historiadores como Goodrick-Clarke, Levenda y Cohn demuestran lo contrario: la “raza” aria era vista por los teósofos como descendiente de aquellos atlantes y, por lo tanto tenía un papel mesiánico, mientras que las razas semíticas, mediterráneas en general (árabes y judíos por igual), representaban el corrompido y perverso universo material.

Este *pastiche* pseudoreligioso encontró terreno fértil entre quienes se sentían amenazados por la modernidad, defraudados por las religiones tradicionales (los catolicismos romano y ortodoxo y los cristianismos protestantes de todo cuño) y necesitados de nuevas formas de salvación. Si bien fue en Austria donde primero hicieron su aparición estas ideas para el mundo nacionalista germánico, en Alemania encontraron terreno más fértil. Goodrick-Clarke hace en *The Occult Roots of Nazism* una descripción que no puede menos que asustarnos hoy:

Este movimiento representó un intento de la clase media por paliar los vicios de los tiempos modernos, derivados del crecimiento de las ciudades y la industria. Una gama de estilos de vida alternativos —que incluían medicina herbal y naturista, vegetarianismo, nudismo y comunidades rurales autosuficientes— fue abrazada por pequeños grupos de individuos que anhelaban restaurarse a sí mismos en una existencia natural. La atmósfera política del movimiento era en apariencia liberal e izquierdista por su interés en la reforma agraria, pero tenía demasiados traslapes con el movimiento *völkisch*.

La teosofía de Blavatsky arribó a Austria y Alemania en 1884, cuando ya la perseguían diversos escándalos relacionados con acusaciones de charlatanería en la India, entonces colonia británica. Ella se iría a continuar sus actividades en Inglaterra, mientras los escándalos crecían en Europa central y obligaban a los ocultistas alemanes a replantearse el asunto. Para esta época, un cúmulo de literatura esotérica había empezado a circular, creando una base pseudoteórica para las ideas por venir en el nuevo siglo. Los adeptos de estas disciplinas “metafísicas” encontraban en ellas sentido para el mundo en que vivían, un sentido espiritual —una operación sobre el alma— capaz de sobrellevar el sinsentido material de la realidad. Sin vínculos institucionales con la Sociedad Teosófica de Blavatsky, pero siempre con base en sus ideas, tocó a los pensadores *völkisch* de Viena dar el siguiente paso mezclando teosofía, ocultismo y pensamiento *völkisch* en un sistema de ideas que se diseminó como el fuego en el contexto de las luchas étnicas del imperio austrohúngaro.

En la ariosofía, como se llamó a esta nueva disciplina esotérica iniciada por Guido von List y llevada hasta las fronteras del naciente nazismo por Jörg Lanz von Liebenfels —lo que significa que se mantuvo al frente del pensamiento *völkisch* desde fines del siglo XIX hasta el final de la Segunda Guerra Mundial—, confluyeron ideas de los más extraños orígenes. Von

List fue el primero en efectuar esta síntesis y aderezó el resultado añadiendo su propia interpretación esotérica de la investigación genealógica y heráldica. En el proceso de desarrollo de este discurso, los discípulos de Von List no tardaron en reconocerlo como el “redescubridor de la ancestral sabiduría aria”. La fundación de sectas que seguían, a su modo, crípticos modelos derivados de las sociedades francmasónicas, rosacrucistas y templarias, con sus protocolos, rituales y jerarquías, produjo una réplica bávara que se conocería como la Orden del Thule y serviría de modelo para la ritualidad interna del partido nazi, especialmente de las SS. Para Goodrick-Clarke son sorprendentes las similitudes entre el orden ideal de List, “un estado varonil con un componente oculto”, con los posteriores planes de Himmler para un Estado bajo la orden de las SS.

List murió en 1919; un obituario apareció en un diario *völkisch* llamado *Münchener Beobachter*. Su editor era Rudolf von Sebottendorf y pronto se convertiría en la publicación oficial del partido nazi. Sería Lanz von Liebenfels, uno de los “discípulos” de List, quien sumaría un ardoroso racismo maniqueísta a esta ideología: en su obra se encuentra el germen de la política de limpieza racial que los nazis llevarían a cabo. Fue él quien habló primero de deportación de las “razas inferiores” a Madagascar —Eichmann pronto propondría a Himmler esta solución al “problema judío”—, de su esclavización y de “su incineración como sacrificio a Dios” —la máquina de guerra nazi las convertiría en realidad—. También fue en sus escritos y enseñanzas donde encarnó el milenarismo nazi que apostaba por un “Reich de mil años” sobre una base pseudocientífica que ya en los primeros años del siglo xx abogaba por una política de preservación y mejoramiento de la raza aria a través de la “eugenesia”, otra pseudociencia, de origen estadounidense (aplaudida por Henry Ford), relacionada con la selección natural aplicada a razas y naciones. Según explica Stephen Atkins en *Holocaust Denial as an International Movement* (2009), la eugenesia podía ser “positiva” (alentar la procreación a partir de los individuos “mejor adaptados”) o “negativa” (impedir la capacidad de reproducción de las razas consideradas débiles, como los judíos, a través de la esterilización).

LA *THULE GESELLSCHAFT*

Con base en runas germánicas y escandinavas, en genealogías aristocráticas y en las fuentes orientales que habían sido aportadas por Madame Blavatsky y sus teósofos, desde que definió su sociedad ideal Von List generó con ella una ecléctica simbología. Ya a principios del siglo xx, la suástica —al mismo tiempo la interpretación de una runa y un antiguo motivo en la simbología del hinduismo— se convirtió en uno de los símbolos favoritos del movimiento *völkisch*, pero fue a través de la Germanenorden austriaca y de su sucesora alemana, la *Thule Gesellschaft*, que los nazis la adoptaron definitivamente. En ciertas representaciones de la ideología ariosófica, Thule era el legendario lugar de origen de la raza aria: una tierra de gigantes —atlantes— en el punto más septentrional de la Tierra, identificado, según Peter Levenda (2002), con Islandia, tierra de origen de las *Edda*, las sagas mitológicas que, simplificadas y mistificadas, pasaron a formar parte del credo nazi. Es significativo que la filosofía nórdica haya entrado a esta ideología no a través de los estudios “serios” de los ariósofos, sino a través de una espectacular interpretación romántica de la mitología germánica: la serie operística *El anillo del Nibelungo* de Richard Wagner, autor que había escrito también textos antisemitas a mediados del siglo xix, textos que, a decir de historiadores como Atkins (2009), frecuentaba el joven Hitler en Viena.

Thule fue el nombre que Piteas, explorador del siglo iv a. C., dio a las tierras que encontró más al norte en su viaje allende el Mediterráneo, primera incursión al Mar del Norte para las civilizaciones clásicas. Los historiadores ignoran a qué tierras se refería el viajero, si las islas Shetland, las Feroe, algún punto de la costa noruega o la propia Islandia, aunque tienden a descartar esta última opción pues Piteas reportó que su Thule estaba habitada, mientras que la isla helada no lo estaría sino hasta mil años después. La equivalencia entre la Thule de Piteas e Islandia fue obra de Von Sebottendorf —aprovechando que de ahí provenían las *Eddas*— y la llamó “Ultima Thule”. También fue este personaje quien se encargó de vincular la mitología ariosófica con la acción política directa de la ultraderecha alemana en el nacimiento de la República de Weimar.

El culto de la *Thule Gesellschaft*, simbolizado por una larga daga superpuesta a una suástica, fue ganando adeptos entre las clases acomodadas de Múnich y pronto también entre sectores de la clase trabajadora no vinculados con la socialdemocracia o el comunismo y entre las clases medias,

sectores acorralados por el caos, la confusión, la inflación y la violencia política. Entre los personajes agrupados por Von Sebottendorf en las habitaciones Thule del hotel Vierjahreszeiten de Múnich se encontraban algunos que más tarde serían prominentes miembros del partido nazi, como Alfred Rosenberg y Rudolf Hess. Los miembros de la *Thule Gesellschaft* se unieron al Partido Alemán de los Trabajadores (DAP), dirigido por Anton Drexler, en contra del comunismo, la masonería y la judería internacional. En cuestión de un año, este proyecto sería el NSDAP o Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores.

Hitler se incorporó al DAP y fue ganando visibilidad e influencia entre sus adeptos hasta convertirlo en el partido nazi. Sin embargo, su posición respecto de la lucha contra el comunismo y la socialdemocracia difería significativamente de la perspectiva sectaria, de logia como las masónicas, cerrada y conformada por intelectuales, que promovía Von Sebottendorf en la *Thule Gesellschaft*. Para el nuevo líder de la ultraderecha alemana, aria, antisemita, mesiánica, tal como lo asentaría en su mamotreto, la estrategia de lucha debía ser la de la acción política de masas. La relación entre ambas perspectivas, el eslabón simbólico que las mantendría unidas, sería la suástica tal como la había diseñado uno de los primeros miembros de la sociedad Thule, Friedrich Krohn, con modificaciones hechas por el propio Hitler, una suástica negra, colocada en contra de las manecillas del reloj, al centro de un círculo blanco y sobre fondo rojo.

El paso de las ideas ariosóficas a la conformación ideológica de la vanguardia nazi, las SS, fue obra de Himmler principalmente, bajo la influencia del astrólogo Karl Maria Wiligut, el especialista en tradiciones nórdicas Herman Wirth y otros “académicos” del estilo. Tanto admiraba el Reichsführer a Wiligut, su mago de cabecera, que lo convirtió en SS *Brigadeführer* y le encargó tareas tan pintorescas como el diseño del emblema que identificaba a los miembros de las SS, el *Totenkopfring* o anillo de la cabeza de la muerte, o la programación de los ceremoniales pseudocaballerescos, de inspiración medieval, con castillos y consagraciones de los miembros de esos batallones de asesinos. La fuerza del famoso juramento de lealtad al Führer descansaba sobre estos delirios de honor medieval. La investigación de Goodrick-Clarke, que entresaca este componente esotérico como parte fundamental de la organización del Reich, permite relativizar la imagen de “operador eficiente y racional” de la máquina nazi que se le ha dado a Himmler en numerosas versiones de la historia. Estaba, más bien, obsesionado con la búsqueda de las raíces germánicas, lo que lo llevó a la creación de una especie de instituto de investigación dominado por el ocultismo y dirigido

por Wirth que llamó Ahnenerbe (instituto de investigación sobre la herencia ancestral), y después a la fundación del castillo y centro ceremonial de las SS, el Wewelsburg, en cuya sala principal se estableció, en el piso mármoleo, el símbolo del Sol Negro (una representación solar hecha a base de la runa armanista de las SS, reproducida circularmente doce veces, como los signos astrológicos y las horas, que ha permanecido como emblema, por ejemplo, de la obra de Savitri Devi según la glosan en nuestros días sus seguidores), y que para Himmler seguía el modelo del “Marienburg de los Caballeros Teutónicos medievales” (Goodrick-Clarke, 2004).

Los delirios esotéricos de Himmler jugaron un papel que no se puede desdeñar en la formación del “espíritu” de cuerpo de las SS y, desde ahí, en su autojustificación respecto de los crímenes que cometieron diariamente, sin descanso, sin pausa, desde antes del ascenso de los nazis al poder en 1933 hasta su caída en mayo de 1945. Pero esto tuvo que suceder bajo el estilo impuesto por Hitler quien, si bien se sintió identificado con el maniqueísmo ariosófico que atribuía todo bien al pueblo ario y todo mal a los demás —bajo la coordinación del enemigo por excelencia, el judío, cuyo complot de dominación mundial manipulaba al resto—, rechazó el carácter sectario y oculto de los grupos ariosóficos, y prefirió el activismo directo y de masas al academicismo esotérico.

Mientras el nazismo crecía bajo el modelo público y masivo del fascismo italiano para superarlo rápidamente, la vinculación esotérica avanzaba por su lado, a instancias de Himmler y otros nazis de alto rango, dotando de perverso sentido a los crímenes de las SS y el SD, especialmente a los crímenes contra la humanidad: la eliminación de los pueblos judío y romaní y de todos aquellos considerados racial y biológicamente inferiores (es decir, los minusválidos, los homosexuales, los enfermos, etc.). Ya en el poder —narra Goodrick-Clarke en *Black Sun*—, a través del Ahnenerbe de Himmler, se planearon expediciones a distintos lugares de Asia, África y Sudamérica. Himmler brindó su apoyo a delirantes ariósofos que, como Ernst Schäfer, deseaban encontrar los míticos lugares de origen de la raza aria, o el Santo Grial, el origen de los textos sagrados en lengua sánscrita, el de los Cátaros o los Templarios y otros temas esotéricos que han sido parodiados en filmes como *Los cazadores del arca perdida* de George Lucas (1981), primera de la saga del arqueólogo aventurero Indiana Jones. Himmler brindó su apoyo poco antes de que estallara la guerra a una expedición de Schäfer al Tibet. Otros mitos favorecidos por Himmler incluían la teoría del “mundo helado”, según la cual gigantescos deshielos habrían sumergido al continente perdido de la Atlántida; la vieja teoría de la “Tierra hueca” que albergaba

en su secreto interior el reino mítico de Agarttha, bajo el desierto de Gobi, y tenía su capital o una de sus más importantes ciudades —habitada por razas superiores— en la ciudad de Shambhala, y el papel de descendientes de los súper arios en la fundación de las grandes civilizaciones precolombinas americanas. Estas teorías esotéricas concebían el mundo interior como alcanzable: los puntos de entrada podían encontrarse en los polos o en lugares específicos de los Himalaya, los Andes, la cuenca amazónica —donde eran protegidos por jíbaros caníbales— o las pirámides egipcias.

Otro de los “científicos” ariosóficos de la Ahnenerbe de Himmler, Edmund Kiß, también creyente en la teoría del mundo helado, propuso expediciones a Abisinia (para buscar civilizaciones perdidas del periodo terciario y restos de una supuesta segunda luna que habría colisionado con la Tierra haciéndolas desaparecer), y al Perú y Bolivia, con base en sus “descubrimientos” en un viaje anterior, en 1928, en el que interpretó los bajorelieves de Tiahuanaco como evidencias que probaban la hipótesis de la civilización aria prehistórica y de la catástrofe lunar que acabó con ella, pero el estallido de la guerra impidió que estos proyectos se llevaran a término. La expedición que sí lograron realizar los nazis, además de la de Schäfer al Tíbet, fue a la Antártida, a fines de 1938 y principios de 1939, específicamente a la Tierra de la Reina Maud, bajo reclamo de Noruega. Esta aventura, aplaudida por Hitler, daría pie en la posguerra a las teorías de conspiración que proponían un nuevo Reich en desarrollo bajo tierra en el continente helado.

ANTISEMITISMO DE MASAS

Pero, como hemos mencionado, a Hitler y a nazis como Heydrich y Goebbels, el asunto esotérico no les sonaba. Tanto el Führer como Goebbels aprobarían el uso propagandístico de estas alucinadas ideas, específicamente todo lo relacionado con la argumentación sobre la superioridad racial aria, pero rechazarían su carácter sectario y elitista porque no ayudaba a desencadenar el movimiento de masas que buscaban. Heydrich se opondría de manera terminante a los asuntos esotéricos que sólo después de su muerte volverían a jugar un papel importante en el régimen. Para echar a andar el movimiento de masas del nazismo, es decir, para llevar el odio más allá de los *Freikorps*, fue necesario fabricar un enemigo “formidable”

que justificara la guerra hacia dentro y hacia fuera del Reich, y no dudaron en echar mano a otra vieja invención, engarzada también en esoterismo y secrecía: el complot judío para la dominación mundial. El timo que representan los *Protocolos de los sabios de Sión* ya circulaba con cierta amplitud durante los años de Weimar y jugaba un papel en la articulación del descontento que desembocaría en el masivo abrazo del nazismo. Una vez en el poder, después de 1933, tocó al ideólogo Johann von Leers —cuyas acciones seguiremos hasta mucho después de la guerra como protagonista activo, sobre todo en el ámbito ideológico, en los grupos de ex nazis fugitivos— publicar *El discurso del rabino*, una de las primeras sistematizaciones de la ficción conocida como la conspiración judía mundial, obra de Hermann Goedsche, que a mediados del siglo XIX se sumó a la panfletería antisemita y pronto comenzó a jugar un papel en los pogromos de Europa central y oriental. Es en este *Discurso* que se menciona por primera vez la idea de que los líderes de las doce tribus de Israel se reúnen cada determinado tiempo para evaluar su avance y dar forma a su proyecto de dominación global. En el libro titulado precisamente así, *El mito de la conspiración judía mundial: los Protocolos de los Sabios de Sión*, el historiador Norman Cohn (1984) relata esta azarosa historia: el capítulo “En el cementerio judío de Praga” de la novela *Biarritz* que Goedsche publicó bajo el pseudónimo de John Retcliffe —escribe Cohn— es “un ejemplo de ficción pura del tipo más románticamente sensacional, pero sin embargo iba a convertirse en la base de una falsificación antisemita muy influyente”: los *Protocolos*.

Umberto Eco dedicó parte de su extraordinaria narrativa de ficción a temas relacionados con estos asuntos. Ya en *El péndulo de Foucault* (1989) el personaje principal, interesado en asuntos esotéricos, hace numerosas referencias a las teorías de la tierra hueca, al reino de Agartha y a la ciudad de Shambhala, pero es en *El cementerio de Praga* (2012b), donde da vida al proceso que llevó a la falsificación de los infames *Protocolos*. Novela histórica certeramente documentada, *El cementerio de Praga* nos cuenta hoy la historia de cómo la Ojrana —la policía política zarista, antecesora de la KGB—, encargó la realización de esta falsificación para desencadenar la ira antisemita en el imperio ruso a fines del siglo XIX. En la historia real, la espuria factura que Eco cuenta con maestría literaria fue descubierta en 1921: los *Protocolos* eran un plagio casi exacto de numerosos fragmentos de un interesante libelo contra Napoleón III, el *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* del francés Maurice Joly. Aunque, según Eco, Joly plagió a su vez ideas novelísticas de Eugenio Sue —en *El judío errante* y en *Los misterios del pueblo* los conspiradores son los jesuitas y el objetivo de

su conspiración es echar abajo la República, dice el filósofo italiano en *Seis paseos por los bosques narrativos* (1996)—, lo cierto es que el *Diálogo en el infierno* es un brillante texto liberal. Publicado como anónimo en Bélgica en 1864 para ser distribuido clandestinamente en Francia, el libelo de Joly atacaba al régimen de Napoleón III desde las ideas ilustradas personificadas por el autor de *El espíritu de las leyes* y, para no mencionar el nombre del despótico emperador y eludir así la censura, utiliza la figura del florentino Maquiavelo, padre de la política práctica o *realpolitik*, cuyo *Príncipe* ha sido libro de cabecera de dictador tras dictador, incluyendo al primer Napoleón y al propio Hitler (y a políticos de nuestros días entre aquellos pocos que saben leer).

Para reforzar su denuncia, Joly le dio mayor protagonismo a su Maquiavelo que a su Montesquieu. Así, en este *Diálogo en el infierno*, el político y teórico que los Medici desdeñaron realiza la apología del despotismo, la imposición y el poder absoluto, la concentración de la riqueza, y el control de la prensa y la educación mediante la descripción de muchas decisiones y acontecimientos políticos que estaban teniendo lugar —o podrían tenerlo— en la Francia de Napoleón III. La estrategia narrativa clásica del diálogo le permite personificar los que considera males de su tiempo en la figura del terrible Maquiavelo, que en sus intervenciones traza un verdaderamente apocalíptico plan de dominio sobre el imperio francés. Pero el libro de Joly no llegó oportunamente a sus potenciales lectores. El tiraje que pretendía introducir de contrabando en Francia fue descubierto y confiscado por la policía, el libro prohibido y Joly preso. Una segunda edición, esta vez firmada por el autor, salió a la luz en los momentos finales del Segundo Imperio, cuando su utilidad y su interés ya no eran oportunos. Luego, en 1878, Joly se suicidó sin haber encontrado fama ni gloria y el *Diálogo* cayó en el olvido. No alcanzaría celebridad sino hasta más de 40 años después, cuando Philip Graves, corresponsal del *Times* en Constantinopla, publicó, con un ejemplar del libro Joly en mano, las pruebas de que los *Protocolos* eran un plagio. La investigación de Cohn sobre ellos llega a una interesante hipótesis sobre su creación:

[...] es prácticamente indudable que los *Protocolos* se urdieron en alguna fecha comprendida entre 1894 y 1899 [...]. El país de origen, sin duda, fue Francia [...]. Cabe suponer que el lugar exacto fue París [...] el trabajo se hizo en medio del caso Dreyfuss [...] probablemente en el punto álgido del gran debate que tan acerbamente dividió a Francia. Y, sin embargo, la falsificación es claramente obra de un ruso y está destinada a la derecha rusa. (1984, p. 111)

El origen de este plagio también es de novela; por eso *El cementerio de Praga* de Eco. Hay un policía secreto zarista que utilizó el texto de Joly para atribuir el complot napoleónico a un enemigo y en el proceso se eliminaron las intervenciones liberales de Montesquieu. Cohn comenta: “existe una cruel ironía en el hecho de que una defensa brillante, aunque olvidada, del liberalismo, haya constituido la base de una estupidez reaccionaria atrocemente escrita que ha dado la vuelta al mundo” (p. 78). Luego —relata Eco en una conferencia²—:

[...] un monje peregrino ruso, Serguei Nilus —una figura a medio camino entre el intrigante y el profeta— para sostener sus propias ambiciones “rasputinianas” (quería llegar a ser confesor del zar), obsesionado por la idea del Anticristo, publica y comenta el texto de los *Protocolos*. Después de lo cual el texto viaja a través de Europa hasta llegar a manos de Hitler. (1996, p. 150)

Pero el hecho de que se hubiese hecho público en 1921 que los *Protocolos* eran una invención nacida de una cadena de plagios y tergiversaciones, no impidió que los nazis los utilizaran para atizar el fuego de su antisemitismo asesino. Cohn describe el recorrido del documento utilizado en la provocación de pogromos en Rusia y otros países, y luego la forma en que el hitlerismo acudió a él para fundamentar la construcción de su “enemigo formidable” —no sin antes revisar la manera en que los *Protocolos* “dieron la vuelta al mundo”, llegando, por ejemplo, a los Estados Unidos bajo el auspicio del mayor antisemita de aquel país, Henry Ford—. Entre las conexiones de esta teoría de la conspiración está la identificación de la supuesta reunión secreta de los líderes judíos de la que hablan *El discurso del Rabino* y los *Protocolos*, con el congreso de Basilea de 1897 en el que Theodor Herzl fundó la Organización Sionista Mundial e inició el proceso de construcción de una identidad judía *nacionalista*, al ritmo de los tiempos. Pero Hannah Arendt ha revisado minuciosamente el nacimiento del antisemitismo moderno en el primer volumen de *Los orígenes del totalitarismo*, y rechaza la tesis sostenida por Cohn y muchos otros historiadores sobre una milenaria continuidad entre el viejo odio a los judíos y el antisemitismo asesino de los nazis:

El antisemitismo, una ideología secular decimonónica —cuyo nombre, aunque no su argumentación, era desconocido hasta la década de los años setenta de ese siglo— y el odio religioso hacia los judíos, inspirado por el

² El análisis lingüístico-estructural de Eco se basa también en el relato de Cohn (1983).

antagonismo recíprocamente hostil de dos credos en pugna, es evidente que no son la misma cosa; e incluso cabe poner en tela de juicio el grado en que el primero deriva sus argumentos y su atractivo emocional del segundo. La noción de una ininterrumpida continuidad de persecuciones, expulsiones y matanzas desde el final del Imperio Romano hasta la Edad Media y la Edad Moderna para llegar hasta nuestros días, embellecida frecuentemente por la idea de que el antisemitismo moderno no es más que una versión secularizada de supersticiones populares medievales no es menos falaz (aunque, desde luego, menos dañina) que la correspondiente noción antisemita de una sociedad secreta judía que ha dominado, o aspira a dominar, al mundo desde la antigüedad. [...] La única consecuencia directa y pura de los movimientos antisemitas del siglo XIX no fue el nazismo, sino, al contrario, el sionismo, que, al menos en su forma ideológica occidental, constituyó un género de contraideología, la ‘respuesta’ al antisemitismo. (1998, t. I, pp. 7-9)

Fue ante esta “amenaza” que los nazis esgrimieron los *Protocolos* para fundamentar el terror. Ya en su *Mein Kampf*, en 1924, poco tiempo después de que se hicieran públicas las pruebas de plagio e invención detrás de los *Protocolos*, Hitler salvaba el asunto de la falsificación con la famosa operación consistente en asegurar que su autenticidad descansa precisamente en las acusaciones sobre su falsedad:

Hasta dónde está toda la existencia de este pueblo [judío] basada en una permanente falacia, se prueba de manera originalísima por los *Protocolos de los sabios de Sión*, tan violentamente repudiados por los judíos. Con llantos y gruñidos, el *Fränkforter Zeitung* repite una y otra vez que son falsificaciones. Esto es evidencia suficiente de su autenticidad [...]. Lo que es de vital interés es que desenmascaran con casi aterradora precisión la mentalidad y los métodos de acción característicos del pueblo judío y estos escritos exponen en todas sus múltiples direcciones las metas últimas a las que los judíos apuntan. Como quiera, el estudio de sucesos reales es la mejor forma de juzgar la autenticidad de esos documentos. Si los desarrollos históricos que han tenido lugar durante los últimos siglos fueran estudiados a la luz de este libro, podríamos entender por qué la prensa judía los repudia y denuncia incesantemente. Y es que la amenaza judía será aniquilada en el momento en que el público general tenga en sus manos ese libro y lo comprenda. (pp. 423-424)

El resultado fue un uso masivo del texto falsificado. Los *Protocolos* se vendieron masivamente en Alemania, casi tanto como el propio mamotreto de Hitler, pero con la diferencia —ríe Cohn— de que los *Protocolos* sí se leían. Teniéndolos como eje, tocó el turno al ideólogo Alfred Rosenberg (“un alma sencilla” que “de verdad se creía las patrañas que escribía”, dice Cohn) para extender la conspiración judía de dominación global al bolchevismo y a los “aliados” de los judíos: los francmasones y los jesuitas, otros temidos enemigos de la ultraderecha alemana en la era de Weimar —y de muchas formas de ultraderecha hasta nuestros días—. Esta invención propagandística no tardó en convertirse en “la visión del mundo y la propaganda del Partido Nazi”, apunta Cohn. Pero una vez nombrado Goebbels jefe de propaganda del partido en 1928, el uso consciente y deliberado de mentiras, falsificaciones y difamaciones se convirtió en metodología de su comunicación social.

Johann von Leers, flamante catedrático en la universidad de Jena por imposición de Rosenberg durante el dominio nazi, y recalitrante hitleriano después de la derrota alemana, se convirtió en “especialista” en el *Discurso del rabino*, los *Protocolos* y asuntos como el mito de los asesinatos rituales con que se acusaba la “maldad intrínseca” de los judíos. En 1942, este intelectual nazi publicó un libro titulado *La naturaleza criminal de los judíos* en el que exponía el ambiente de opinión sobre este asunto —el “problema judío”— creado por los nazis. Por absurdo que parezca, la victoria Aliada sobre el nazismo, si bien fue desenmascarando poco a poco el terror que había sido perpetrado, no logró desarraigar por completo estas fanáticas ideas. El antisemitismo nazi había sido “exportado” y sobrevivió en la figura de los criminales fugitivos. Pronto, enredado con las ideas esotéricas que hemos descrito, comenzaría a reproducirse como ideología de la ultraderecha hasta encarnar en lo que conocemos en nuestros días como neonazismo, con sus “mártires”, sus ideólogos, su racismo ario y sus grupos terroristas.

ESOTERISMO NAZI DE POSGUERRA

Quedan por responder algunas preguntas sobre el papel que los componentes esotéricos jugaron en la visión del propio Hitler durante su década de poder y sobre su supervivencia después de la derrota nazi. Estas quimeras

pseudocientíficas y pseudofilosóficas siguieron activas después de 1945 y su permanencia hasta nuestros días es persistentemente amenazante pero, ¿qué papel jugaron los ex nazis y los neonazis en su difusión? Después de investigar la genealogía de “las raíces ocultas del nazismo”, que publicó en 1985, Goodrick-Clarke desarrolló una nueva pesquisa sobre este tema. En el prólogo a su *Hitler's Priestess: Savitri Devi, the Hindu-Aryan Myth, and Neo-Nazism* (2000) explica:

[...] tal como el movimiento *völkisch* original surgió como una ideología de defensa de la identidad alemana contra la modernidad a finales del siglo XIX, el renacimiento *neovölkisch* [de los 80 y 90] funge como ideología de defensa de la identidad blanca contra el multiculturalismo, la acción afirmativa [las luchas por los derechos civiles de las minorías] y la inmigración masiva desde el Tercer Mundo”. (p. 6)

No es necesario que seamos especialistas en estos temas para comprender que la crisis global de refugiados y migrantes, y las crecientes corrientes de oposición a la inmigración de ciudadanos de países de la periferia hacia países desarrollados tienen un pie en las ideologías neonazis o pueden ser la llave que les abra nuevamente la puerta. Particularmente influyentes en este sentido han sido escritores (y activistas) como el “héroe” belga Léon Degrelle, la “sacerdotisa de Hitler”, Savitri Devi, y el ex diplomático chileno Miguel Serrano, creador de la teoría conocida como “hitlerismo esotérico”. Vistas desde nuestra racionalidad crítica, se trata de fantasías absurdas, casi cómicas teorías de conspiración, si no fuera por su vinculación con los sobrevivientes del régimen nazi y por su capacidad de movilizar fanatismos hasta el extremo de la violencia, el asesinato y el terror. Hay muchos más; todos en mayor o menor medida esotéricos y vinculados con el antisemitismo de estilo *Protocolos*, así como con las ampliamente difundidas teorías conocidas como “negacionismo” que, de una u otra manera cuestionan la visión histórica del Holocausto afirmando que el exterminio de los judíos en Europa es una invención de los Aliados. Basta echar un ojo al índice de *Black Sun* de Goodrick-Clarke (2002), en donde se revisa cada uno de los más importantes movimientos neonazis de posguerra. Empieza con el neonazismo estadounidense de George Lincoln Rockwell, en cuyo entorno se acuñó la idea del “Gobierno Sionista de Ocupación” (ZOG por sus siglas en inglés), refiriéndose al gobierno de los Estados Unidos, y extendido a los del Reino Unido y a los soviéticos mientras existieron. Luego, el nazismo clandestino en el Reino Unido representado especialmente por Colin Jordan, fundador

de la Unión Mundial de Nacional Socialistas (WUNS por sus siglas en inglés), que se trazó los siguientes objetivos:

1. Crear un aparato político internacional, monolítico y capaz de entrar eficientemente en combate y, ulteriormente, de destruir el aparato internacional judío-comunista y sionista de traición y subversión.
2. Proteger y promover a la raza aria y su civilización occidental en cualquier parte del mundo donde se encuentren sus miembros y cualquiera que sea su nacionalidad.
3. Proteger a la propiedad privada y a la libre empresa de la lucha de clases comunista. (Goodrick-Clarke, 2002, p. 37)

Sumado a estos objetivos también estaba uno de largo plazo: “unidad de todos los pueblos blancos en un orden mundial nacionalsocialista con *apartheid* racial completo”.

También está el violento terrorismo de ultraderecha en Italia, bajo la influencia del filósofo esotérico Julius Evola —que dio sustento al antisemitismo del fascismo italiano antes de, durante y después de la guerra— representado, entre otros, por los fundadores del Ordine Nuovo y por el terrorista Stefano Delle Chiaie, a quien encontraremos en el entorno de Klaus Barbie en Bolivia. Todo esto sin mencionar los numerosos grupos neonazis clandestinos en Alemania y Austria que, a partir de finales de los 40 y hasta nuestros días aprovechan los temores de la población “blanca” ante la “invasión” de inmigrantes y la extensión de derechos humanos en comunidades pluriculturales, a veces desde un esoterismo que parece pacífico y *New Age* —pero es siempre racista—; a veces a través de la violencia y el terror. No faltan, por supuesto, aquellos neonazis que aportan evidencias y argumentos a favor de teorías en las que aparecen ovnis (tanto como productos de una tecnología nazi muy avanzada y desconocida, como en tanto herederos de los diseños de razas alienígenas superiores). Goodrick-Clarke anota en *Black Sun*:

En los años 90, Miguel Serrano, Norbert Jürgen-Ratthofer, Ralf Ettl y Jan van Helsing presentan los ovnis nazis dentro de una nueva ariosofía de orígenes arios semidivinos, junto con canalización [el uso de determinadas personas o métodos para “canalizar energías”], teorías de conspiración y creencias *New Age*. Secretos sumerios y templarios, sabios guías extraterrestres, pureza espiritual y la deslumbrante perfección de luminosos platillos voladores giratorios ofrecen símbolos arquetípicos positivos. Con ellos

no sólo se borra la cruel memoria del Tercer Reich sino que se sugiere que los nazis eran gente interesante y espiritual. Tal es el poder de la mitología ovni en la reconfiguración del nazismo para el siglo XXI. (2002, pp. 171-172)

Final, aunque no únicamente, están aquellos que abrazan una forma extrema de paganismo: el satanismo. El historiador de lo oculto describe también cómo estos movimientos e ideologías encarnan y se promueven a través de efectivas formas de comunicación en el ámbito de la cultura popular, particularmente en la música, con géneros musicales de gran atractivo para los jóvenes como el *white noise* y el *black metal*.

Goodrick-Clarke publicó su *Black Sun* en 2002, justamente cuando la industria de la televisión documental y de divulgación científica comenzaba a explotar una veta de alto poder comercial: cadenas como Discovery, History (propiedad de Hearst Co. y Disney-ABC) y National Geographic (vendida por la National Geographic Society a News Corp-Fox) dejaban atrás la poco comercial imagen de la televisión educativa y documental y empezaban a conquistar un público masivo a través del giro hacia el estilo testimonial al modo de los *realities* y recubriendo con un aura de cientificismo o de conocimiento confiable a todas estas teorías de conspiración, disciplinas pseudocientíficas y contenidos esotéricos. Así, los que fueron medios de difusión del conocimiento científico a fines del siglo XX, con un bajo perfil de audiencia, durante las primeras décadas del XXI se han convertido en irresponsables difusores de ideas estrechamente, cuando no directamente relacionadas con misterios nazis y con los esoterismos y teorías de conspiración que caracterizan a sus ideologías. El resultado para ellas ha sido una gran ampliación de sus audiencias y, por tanto, el éxito comercial de una televisión (ahora basada en testimonios) que antes sólo había existido gracias al subsidio. Para la sociedad, en cambio, el resultado ha sido un significativo crecimiento de la curiosidad morbosa y la credibilidad acrítica ante estos absurdos contenidos pseudocientíficos, porque “lo vi en History Channel”.

Entre los numerosos ideólogos, escritores, filósofos o teóricos de estas perspectivas hay tres particularmente interesantes para nosotros por sus relaciones con el mundo de los nazis, fugitivos o no, durante la posguerra, y que siguen siendo influyentes en nuestros días: el “héroe” nazi belga Léon Degrelle, la mística conocida como Savitri Devi —la “sacerdotisa de Hitler” de Goodrick-Clarke— y el “filósofo hitlerista” chileno Miguel Serrano.

Léon Degrelle

La violación de derechos humanos por políticos y grupos de ultraderecha violenta en América Latina, oficiales y no oficiales, tiene una historia que hunde sus raíces en los albores del siglo xx y extiende sus ramas en los del xxi. Han sobrevivido y se han reinventado las más alucinadas aristas de la ideología nazi, de su racismo asesino y su totalitarismo armado fundados en los misticismos de la “nueva era” y la reinención de determinados cultos precristianos; se mantienen vigentes el antisemitismo nazifascista y sus teorías de conspiración, y se reinventan en el proceso de rechazo de “otros” étnicos como los sirios y los norafricanos en Europa o los “latinos” en los Estados Unidos. Podemos seguir los pasos de esta historia a través de la biografía de uno de los ideólogos fascistas con mayor repercusión en Latinoamérica: el belga Léon Degrelle.

La historia de Degrelle como activista, combatiente y pensador de ultraderecha comenzó antes de la guerra y no se detuvo hasta su muerte en 1994, en España, a salvo de dos condenas a muerte *in absentia* dictadas en Bélgica por su participación en crímenes de guerra cometidos como *Obersturmbahnführer* de las Waffen SS. Nació en el seno de una familia católica acomodada, de origen francés, en Bouillon, Bélgica, de la que recibió una rígida educación católica en casa, quizás un poco más “combativa” en colegios jesuitas, justo después de que esta orden religiosa católica había sido expulsada de Francia. Así, la reacción contra el anticlericalismo francés marcó su formación y su temprana dedicación al periodismo como defensor de los “derechos de la fe” católica. Sus primeros artículos fueron publicados por el semanario católico *Christus Rex* (“Cristo es Rey”), portador de una ideología popular dentro del catolicismo, que había nacido contra el laicismo de la Revolución francesa. El “rexismo”, que Degrelle convertiría en partido político en 1930, paralelo al fascio italiano y a la falange española, reunía en un solo movimiento el conservadurismo católico y una posición radical a favor del sistema monárquico. No deja de ser interesante que fuera precisamente en Bélgica, cuyo emperador Leopoldo II había cometido en el Congo el genocidio más brutal de la historia, donde apareció una forma de ultraderecha católica como la de Degrelle. Su enemigo era la democracia, sistema político al que identificaba con el anticlericalismo.

Más adelante, Degrelle fundó un nuevo medio impreso, *Rex*, que se convirtió en portavoz de esta ideología en Bélgica y de la versión local de la Acción Católica a la que pertenecía, una forma de organización de laicos mediante la cual la jerarquía vaticana logró articular de manera corporativa,

muy a modo con el populismo y el nacionalismo de la época, una amplia serie de movimientos que actuaban independientemente, causando problemas en las ya complicadas relaciones iglesia-Estado. La institucionalización definitiva de la Acción Católica fue obra del papa Pío XI, a fines de 1928, y bajo control de las autoridades eclesiásticas echaría raíces en la Europa occidental católica y en la mayoría de los países latinoamericanos. Aunque aún existe formalmente, en su ámbito original de operación han aparecido diversos nuevos actores, entre los que podemos contar a “congregaciones” tan polémicas como las secciones laicas del Opus Dei, nacido en España; el Sodalicio de Vida Cristiana en el Perú (de cuyo líder, el pedófilo Figari encontraremos vínculos con la ultraderecha neonazi), o los Legionarios de Cristo en México. En la actualidad los sectores que habrían formado parte de la Acción Católica entre los años 30 y los 60 —principalmente clases medias urbanas católicas—, han optado por esas nuevas formas de asociación, pero las consecuencias políticas de la presencia y los modos de operación de la Acción Católica duran hasta nuestros días: pueden verse en las recurrentes movilizaciones “por la familia”, que con el aval del Vaticano presionan en contra de los métodos anticonceptivos y el aborto, y en contra de los procesos constitucionales que en todas partes tienden hacia la garantía de derechos civiles a personas con identidades no heterosexuales; políticas reaccionarias y ultraconservadoras que son vástagos directos de esa antigua alianza entre la derecha y la iglesia católica.

En Bélgica Degrelle abrazaría el fascismo y encontraría el modo de calzar en él su catolicismo monárquico radical. El eslabón de esta forma de ultraderecha católica con los totalitarismos italiano y alemán era, naturalmente, su feroz anticomunismo. Pero la jerarquía católica belga consideró que Degrelle iba demasiado lejos y terminó por separarse de él. Degrelle abandonaría el activismo de la fe, desencantado de la jerarquía católica que se mostraba tibia y negociadora y fundaría un grupo paramilitar similar a las SA de los orígenes del nazismo, la Legión Valonia, que sería absorbida por las Waffen SS cuando los nazis invadieron Bélgica. Después de la derrota huiría a España, donde sería protegido por la dictadura de Franco y mantendría vínculos con otros nazis de posguerra, especialmente con sus colegas, los “héroes” Skorzeny y Rudel, y desde donde actuaría como ideólogo a favor de los movimientos ultraderechistas neonazis.

A través de sus escritos y discursos, Degrelle creó para sí mismo, desde muy joven, una leyenda de héroe aventurero. Uno de los colaboradores de las publicaciones donde escribía Degrelle fue el genial autor y dibujante Hergé, creador de Tintin, joven protagonista de increíbles aventuras en una

de las más famosas series de cómics de la historia de este género, precursora del estilo conocido como “línea clara” que nació en Bélgica. El mismo Degrelle dedicó una especie de autobiografía —publicada de manera apócrifa póstumamente y después prohibida en Francia y Bélgica— a hablar de sí mismo a través del personaje de Hergé y del propio Hergé: “Fueron las tiras cómicas que le envié a Hergé desde América, y mis comentarios al regreso de mi periplo (las Antillas, Estados Unidos, Canadá) lo que provocó la creación de sus primeros cómics”; el mito de que Tintin había sido inspirado por Degrelle es una de las obras de Degrelle (2000).³ En esa publicación no sólo se asignaba a sí mismo el hecho de haber inspirado la creación de Tintin, sino que llegaba al extremo de publicar fotografías que muestran a un Hitler joven en las trincheras de la Gran Guerra acompañado de un perrito blanco en el que estaría inspirada, siempre según Degrelle, la mascota de Tintin, el pequeño y avisado Milou. Sin embargo no hay nada en la biografía de Hergé que confirme estas aseveraciones y, al mirar las fotografías de la época, es clarísimo que Tintin se parece mucho más a su autor que al fascista Degrelle (Hergé, de cualquier modo, enfrentó acusaciones de colaboracionismo porque siguió publicando sin trabas bajo la ocupación y la censura nazis y los réditos de sus publicaciones formaron parte de los recursos con los que se financió el terror nazi en Bélgica).

La “aventura” de Degrelle comenzó a fines de 1929, cuando decidió cruzar el Atlántico para conocer de primera mano el “martirio” que los campesinos mexicanos vivían bajo la persecución religiosa desencadenada por el gobierno posrevolucionario. Habían llamado su atención, desde el inicio del conflicto en 1926, las noticias que llegaban a Europa sobre miles de campesinos que “morían por su fe”, al grito de “¡Viva Cristo Rey!”, en oposición a la decisión del gobierno de aplicar y reglamentar, mediante los “decretos de suspensión de culto”, una separación iglesia-Estado que estaba escrita en la Constitución mexicana pero que no se llevaba a efecto. El detonante del viaje de Degrelle, de 23 años de edad, fue el asesinato del presidente electo, Álvaro Obregón, a manos de José de León Toral —“león” también, a fin de cuentas—, un miembro de la Acción Católica de la Juventud Mexicana y de la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa, católico fanático que hoy llamaríamos “fundamentalista”, en julio de 1928. El conflicto conocido como Cristiada o rebelión cristera en México es complejo y en él se

³ Puede encontrarse copia de *Tintin Mon Copain* en Scribd.com. La copia que hemos consultado había sido cargada en ese portal por “aaargh 2005”; aaargh significa *Association des Anciens Amateurs de Récits de Guerres et d'Holocaustes* (Asociación de Antiguos Aficionados a Relatos de Guerras y Holocaustos), colectivo neonazi francés, activo en Francia, España, Italia y algunos países latinoamericanos, parte del revisionismo/negacionismo neonazi internacional.

engarzan variables históricas, políticas y económicas de muy diversa índole (es innegable la crueldad con la que el gobierno persiguió, torturó y asesinó a las campesinos católicos levantados en armas bajo la arenga de curas fanáticos), pero para el joven Degrelle era simple: era la lucha de Dios contra el satán comunista. En 1933 reunió sus notas sobre México (algunas habían aparecido en *Christus Rex* y otros medios católicos belgas, y publicó en su recién fundada editorial, también llamada Rex, *Mis aventuras en México*, cuya primera edición mostraba en la carátula la fotografía de un cristero ahorcado en un poste de telégrafos.

El estilo de Degrelle en esa y el resto de sus publicaciones, artículos y discursos es muy peculiar: cuenta la crónica de la Cristiada como si hubiera luchado en ella y corrido el riesgo de morir (siempre feliz y orgulloso de poder hacerlo por la fe), aunque su paso por México se dio cuando ya las hostilidades entre la Liga y el gobierno habían terminado, a instancias del Papa, del gobierno de los Estados Unidos y de los propios obispos mexicanos. Su “periplo” de tres meses (de los cuales casi la mitad la pasó en tránsito) de aventuras en las que “se jugaba la vida”, si seguimos su narración, fueron más bien unas plácidas vacaciones tropicales. Narra de oídas el sufrimiento de los “mártires” católicos torturados por “el bolchevique”, como dice que le decían al presidente Plutarco Elías Calles; visita tumbas y locaciones de crueldades cometidas por el gobierno, pero es vivaz y testimonial en el recuento de las “orgías y bacanales” de los gobernantes revolucionarios a las que asistió (como espía, siempre de incógnito), de las corridas de toros que su “espíritu europeo” rechazaba (olvidando que dicha tradición es europea y no americana), de los manjares que pudo probar y las canciones que cantó entre piraguas en el florido lago de Xochimilco, de las personas importantes (estadounidenses, europeos) que conoció, de la soledad del desierto que cruzó. Excepto su tocayo Toral y algún cura, ningún mexicano fue mencionado por su nombre en el librito, y en cambio podemos encontrar prejuicios racistas en todas partes, como cuando mira con ternura paternal a los sacrificados campesinos mexicanos, pero con desprecio y asco a las “negras” de la Habana, o con oscura superioridad a la “judía polaca” que viaja en el mismo barco que él. Por supuesto, el joven Degrelle no ahorra a sus lectores, en ningún momento, la visión de sí mismo como héroe y mártir, ni los lánguidos sufrimientos de su pobre madre que ve con católica resignación a su hijo partir hacia el martirio inevitable (Degrelle, 1993).

Este estilo mitómano no haría más que exacerbarse con los años. Durante la guerra, Degrelle fue la figura central del colaboracionismo valón (franco-belga; los belgas flamencos colaboraron de manera más decidida

pues vieron en la intervención alemana una oportunidad separatista), y la historia de esa colaboración la escribió él mismo, incluyendo una *Historia de las Waffen SS*, un “clásico” del negacionismo (Goodrick-Clarke, 2002, p. 243).⁴ Hacia 1943 su discurso se reorientó hacia el ensalzamiento de la ancestralidad germánica de Valonia y sus acciones a buscar que los nazis lo convirtieran en autoridad política en Bélgica, pero los alemanes no se comieron el cuento. El jefe de la región militar belga, el general de la Wehrmacht Wilhelm Keitel, escribió en un informe que, en cuanto a lo político:

Degrelle es ambiguo, fácilmente influenciable, a menudo torpe y poco fiable como hombre de carácter... Como resultado de su temperamento y ciertos rasgos de carácter, a menudo aparecen en las fantasías de Degrelle exageraciones políticas que no tienen nada que ver con un sano optimismo, ni con consideraciones de realismo político. (Conway, 2005, p. 268)

Pero la derrota de los nazis lo atrapó en el Báltico. Huyó a Noruega, aún bajo control nazi, donde requisó un avión para volar a San Sebastián, España. Un aterrizaje forzoso en las playas de la costa vasca se incorporaría a la leyenda del aventurero: “Consta que ‘sólo un hombre fuerte de cuerpo y alma pudo sobrevivir a la tragedia y a las fracturas y lesiones de aquel forzosísimo y peligroso aterrizaje’”, citó sin mencionar la fuente de su entrecomillado el notario español Blas Piñar (2013), amigo de Franco y de Pinochet y principal opositor a la democracia postfranquista. Degrelle obtuvo la nacionalidad española en 1954, bajo el alias de León Ramírez Reina a través del método de adopción (“Yo autoricé, como Notario, la escritura de adopción”, confesó Piñar): hizo que una mujer española lo adoptara ¡a los 48 años de edad! Permaneció en ese país hasta su muerte, 40 años después. El gobierno belga, una vez liberado el país del invasor nazi, condenó a Degrelle *in absentia*, dos veces, a muerte por traición, y buscó su extradición entre los 40 y los 80, sin éxito, primero porque la dictadura española negó que sus acusaciones fueran crímenes de guerra, luego porque había desaparecido, luego porque ya era español, luego (incluso después de la muerte de Franco) porque sus crímenes habían caducado según el estatuto de limitaciones en Bélgica.

Su leyenda creció a partir de su exilio español entre la ultraderecha católica hispanoamericana, francesa y belga, así como entre el neonazismo;

⁴ No sería sino hasta 2004 que aparecería la primera investigación no degrelliana sobre la historia del nazismo valón en Bélgica (De Bruyne y Rikmenspoel, 2004).

siguió escribiendo ardientes libelos hasta su muerte, de los que un blog neonazi ofrece numerosísimos ejemplos en español, la editorial Kamerad (2016), que se describe “como un proyecto cultural y formativo [con] el desinteresado propósito de erigir una biblioteca virtual de donde pudiésemo descargarse de forma totalmente gratuita la prolífica literatura nacionalsocialista de los primeros tiempos de lucha hasta nuestros días”. Sin embargo, al menos en cuanto a los textos de Degrelle que la editorial difunde, encontramos reproducciones apócrifas, que se entregan, así, como simple propaganda neonazi en español para incautos internautas ultraderechistas. Un ejemplo es el libelo de quince páginas titulado “¿Y si Hitler hubiese ganado?”, que es en realidad una traducción al español del último capítulo del libro *Hitler pour 1000 ans*, publicado en 1969. El capítulo concluye con estas palabras:

De Nasser a De Gaulle, de Tito a Castro, de Argelia a Sudán, del Congo a Perú, por donde quiera que se mire, entre los viejos países que intentan resurgir del pasado, entre los nuevos de un tercer mundo que despierta, por todas partes salen a relucir las mismas fórmulas hitlerianas: nacionalismo y socialismo y, a la cabeza, el hombre fuerte, encarnación y guía del pueblo, orientador de voluntades, creador de ideal y de fe. El mito democrático al viejo estilo, pomposo, charlatán, incompetente, estéril, ya no es más que un globo desinflado que dejó de atraer e interesar y que incluso causa la hilaridad de la juventud. ¿Quién se preocupa todavía de los viejos partidos y de sus viejos bonzos, devaluados y olvidados? Pero, ¿quién olvidará alguna vez a Hitler y a Mussolini? Millones de nuestros muchachos murieron, tras una horrible odisea. ¿Qué ha sido, allá, a lo lejos, de sus pobres tumbas? Nuestras vidas, las de los supervivientes, fueron zarandeadas, destrozadas, definitivamente eliminadas. Pero los fascismos, para los que nosotros vivimos, modelaron nuestra época para siempre. En nuestra desgracia, no deja de ser esto un gran consuelo. El telón de la Historia puede caer sobre Hitler y Mussolini, como cayó sobre Napoleón. Los enanos ya no podrán cambiar nada. La gran revolución del siglo xx está hecha. (Degrelle, 1969)

Llama la atención que entre sus caudillos nazis Degrelle mencione a Castro y a Tito y que incluya al flamante dictador Velasco en el Perú junto a los comunistas de Argelia, el Congo y Sudán; es interesante la visualización de estos regímenes autoritarios, algunos de ellos totalitarios, característicos de los años 60 y 70, como señales de una especie de triunfo soterrado de la ultraderecha representada por Hitler y Mussolini. Estas inconsistencias, a lo largo de toda la “obra” del fanático Degrelle, han alimentado la imaginación

de generaciones de ultraderechistas y neonazis hasta —podemos verlo en su presencia en internet— nuestros días. Para Goodrick-Clarke, la principal contribución de Degrelle a la causa nazi en la posguerra fue:

[su] incesante glorificación del Tercer Reich y el aliento dado a una generación más joven de neonazis. [...] Cuando expiró el estatuto de limitaciones sobre sus sentencias, Degrelle se convirtió en una notable figura pública del movimiento neonazi [...] participando en grandes manifestaciones de derecha a partir de los años 60 y hasta que estaba bien entrado en sus ochenta años”. (2000, p. 185)

“La sacerdotisa de Hitler”

Maximiani Portas—nombre real de Savitri Devi—, nació en 1905 en Francia, en una familia de orígenes multinacionales, de los que eligió como fuente de su propia identidad la línea griega de su padre. Estudió en Grecia teología y filosofía y desarrolló un pensamiento independiente basado en su admiración por la Grecia clásica, aderezado con los prejuicios antisemitas que flotaban en la época y que se fue convirtiendo en simpatía por Hitler y el nazismo conforme este avanzaba hacia el dominio de Alemania. En su visión del mundo, Europa, al menos las naciones que habían sido paganas en la antigüedad, debía liberarse de toda influencia judeocristiana y por tanto abrazó fervorosamente la ideología nazi. Una subsecuente poderosa atracción por Oriente la convirtió en la más sólida defensora de las ideas que vinculaban el origen de la “raza superior” con los misterios de la antigüedad oriental, una idea surgida ya en la Ilustración y a favor de la cual argumentaron incesantemente filósofos de toda Europa durante el siglo XIX. Años después de su primer viaje a la India describió las razones que la llevaron hasta allá para ver de primera mano una civilización fundada en la idea de una “jerarquía racial natural”:

[...] buscar dioses y ritos semejantes a los de la antigua Grecia, la antigua Roma, la antigua Bretaña y la antigua Alemania que gente de nuestra raza llevó ahí con el culto del Sol hace seis mil años, y con los cuales aún están vinculadas millones de personas [...]. (Savitri Devi, 1989)

Apabullada por la ritualidad y la antigüedad de las culturas indias, Maximiani se convirtió en una especie de sistematizadora de las teorías que

apuntaban hacia el origen en el norte de la India de la raza aria que migró al oeste para fundar las civilizaciones europeas. Fue pionera en sumar a las teorías europeas los desarrollos de los propios académicos indios al respecto, que a su vez buscaban argumentos para cimentar la sociedad de castas y los privilegios de la aristocracia brahmánica. Convirtió su búsqueda de un legado ancestral ario en la India en la gesta a la que dedicaría su vida y permaneció en aquel país. En 1936 adoptó el nombre indio por el que se le conoce hasta nuestros días, Savitri Devi.

Antes de dedicarse a darle cuerpo teórico-esotérico a la ideología nazi desde su particular perspectiva hinduista, fue también pionera de lo que hoy conocemos como “derechos de los animales”; de ahí el interés que hasta hoy ponen en su obra los verdes, los anarquistas-animalistas y en general quienes profesan ideas relacionadas con la “Nueva Era”. Parece contradictorio dada la totalitaria centralidad del hombre ario en la ideología nazi, pero a Savitri Devi no le fue difícil desarrollar sus teorías incorporando el planteamiento que ya hacían otros académicos indios que, desde su nacionalismo anticolonialista, antibritánico, interpretaban a Hitler como un salvador, una encarnación de Vishnú, el dios que impide que las cosas marchen hacia su destrucción.

Al finalizar la guerra, la derrota nazi habría sido catastrófica para sus ideas, pero buscó la forma de explicar este *impasse* como una contrariedad temporal al interior de un inexorable y milenar plan universal de supremacía aria. Dejó su amada India en 1945 y viajó a Europa, donde pasó más de diez años, ingresando incluso de manera ilegal a Alemania, y desarrolló sus teorías mientras hacía proselitismo nazi, y se ponía en contacto con nazis aún leales a quienes mostraba una adolorida nostalgia por no haber estado con ellos en los días de máximo brillo del Reich. Goodrick-Clarke narra en *Hitler's Priestess* (2000) una anécdota que ilustra el alcance de las creencias de Savitri Devi:

[...] una noche soñó que entraba a la celda de Göring. Al verla, él se mostró muy sorprendido, pero ella le aseguró que era una amiga. Le declaró su deseo de salvar a todos los acusados de Núremberg del ignominioso juicio, pero que los poderes celestiales le habían dado el poder de salvar sólo a un hombre. Ella eligió a Göring por su gentileza hacia los animales. (Ella tenía entendido que Göring, como Comisionado de Forestería del Reich, había establecido amplias áreas de conservación en el Tercer Reich). Entonces sintió que tenía algo pequeño en su mano y, aunque no sabía qué era, se lo dio al ex *Reichsmarschall* y le dijo: “Tome esto y no permita que esa

gente lo asesine como a un criminal”. Dedicó al sorprendido prisionero un “*Heil Hitler!*” de despedida y desapareció. La mañana siguiente se quedó dormida hasta las diez en punto, algo muy inusual en ella. Era 16 de octubre [de 1945] y llovía en Londres. Fuera del hostel, en un puesto de periódicos leyó asombrada los titulares “Encuentran a Göring muerto en su celda a las 2:30 am. Se ignora quién le proporcionó el veneno. Cianuro de potasio”. Esta experiencia de viaje astral en su cuerpo sutil fue su único contacto con el alto mando del Tercer Reich. (p. 128)

Savitri Devi decidió emprender una campaña de propaganda a favor del nazismo a partir de 1948, época en la que empezó a trabajar en la tesis que Goodrick-Clarke denomina “doctrina ario-nazi”. Fue arrestada por repartir folletos y volantes que ella misma escribía exhortando a los alemanes a mantener la lealtad al Führer, y fue sentenciada a tres años de cárcel (o deportación a la India) aunque estuvo presa sólo entre febrero y agosto de 1949. Dentro y fuera de la prisión estableció contacto con nazis recalcitrantes, a quienes reconocía por sus “auras” u otros medios místicos. No faltaron entre sus allegados quienes le aseguraron que Hitler vivía y que ella estaba destinada a encontrarse con él.

Ante la creciente difusión de las imágenes del terror nazi, Savitri Devi argumentó que todo era mentira; si bien los campos de concentración habían existido “porque eran necesarios”, pronto se convirtió en una de las primeras “mártires” del negacionismo (ella habría sido la primera persona en “sugerir” al campeón del negacionismo, Ernst Zündel, que no había existido un genocidio contra los judíos). Sin embargo, sus captores no lograron demostrar que tuviera vínculos con organizaciones clandestinas nazis: su fanatismo era producto de sus locas ideas, nada más. Sus contactos con estas organizaciones vendrían después, alrededor de las redes de nazis, “legalmente” libres o fugitivos, a las que pertenecieron aquellos que se refugiaron en Sudamérica.

“A fines de los 40 y principios de los 50 —dice Goodrick-Clarke—, Savitri Devi había cambiado su aislamiento en la India por un papel marginal como recalcitrante agente nazi en la Alemania ocupada y donde fuera en Europa”. Su proselitismo le dio cierta celebridad entre los nazis sobrevivientes y, a su regreso a Alemania, en 1953, se relacionó con fundadores de partidos neonazis en ese país y en Austria, como Otto Ernst Remer y el héroe del aire de la Alemania nazi, Hans-Ulrich Rudel, así como con otros personajes relacionados con organizaciones de nazis en fuga. Durante sus estancias en Austria y Alemania no le faltó tiempo para realizar rituales,

ofrendas y conmemoraciones en lugares “sagrados” del Tercer Reich, como lo haría más tarde su discípulo indirecto Miguel Serrano. Entre sus nuevos contactos, Rudel en particular tenía estrechos lazos con los nazis refugiados en Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Paraguay, tanto como con aquellos reclutados por Egipto y Siria para fortalecer su posición en Medio Oriente ante la escalada de los conflictos generados por la imposición del Estado de Israel en Palestina. En 1957 Savitri Devi decidió volver a la India y, con la ayuda estos nazis de posguerra, lo hizo siguiendo una ruta transmediterránea que la llevó al Cairo, donde conoció al ideólogo nazi Johann von Leers. Su mutua empatía debe haber sido instantánea; Goodrick-Clarke afirma en *Hitler's Priestess* que Savitri Devi encontró en Von Leers sustento para creer en una nueva:

[...] misión nazi internacional contra el comunismo y la judería. [...] El Tercer Reich puede haber sido consumido por las llamas en Berlín más de diez años atrás, pero aquí en Medio Oriente, en América Latina y en España, los viejos nazis tenían nuevos esquemas para actividades en el crimen organizado y el resurgimiento político. (pp. 178-179)

Después de un par de años en Calcuta, donde publicó los libros ario-nazis escritos durante su periplo europeo, Savitri Devi volvió a Europa en 1960; esta vez a España, donde fue magnánimamente recibida por Otto Skorzeny y alentada a seguir escribiendo para fortalecer un resurgimiento internacional del nazismo. El capítulo que Goodrick-Clarke dedica a esta etapa de la vida de Savitri Devi en su *Hitler's Priestess* se titula “La conexión ODESSA”, en referencia a la o las redes de apoyo y colaboración creadas por los nazis en fuga para garantizar su seguridad en el proceso de llevarlos de Europa a Sudamérica, Medio Oriente y otros lejanos países, así como para mantener con vida sus métodos e ideología con miras a una restauración del nazismo y la instauración de un Cuarto Reich. Revisaremos más adelante las controversias alrededor de la existencia de una red con esas características y ese nombre (ODESSA son las iniciales de “Organización de antiguos oficiales de las SS” en alemán); baste por ahora establecer que existieron efectivamente acciones de apoyo a la fuga y de conspiración de ultraderecha y que la “sacerdotisa de Hitler” fue reconocida y aplaudida por sus miembros. En España, a través de Skorzeny, Savitri Devi departió con León Degrelle.

Durante los 60, Savitri Devi se vinculó con los más importantes líderes del neonazismo europeo, dotándolos a todos ellos de argumentos para

fortalecer sus alocadas esperanzas en un destino dominado por los arios. Entre ellos, los que ya hemos mencionado en Inglaterra, como Colin Jordan del WUNS, movimiento del que es considerada cofundadora, y en cuya creación conoció al líder neonazi estadounidense Lincoln Rockwell. Quizá fue esta relación la que le dio a la “sacerdotisa de Hitler” su máxima popularidad entre los neonazis y la ultraderecha global a partir de los 60, pues fue en sus revistas y editoriales donde sus obras rompieron la barrera del aislamiento a la que estaban condenadas al haber sido publicadas en ediciones marginales en Calcuta. Incluso desde su retiro en Nueva Delhi a partir de 1971 mantuvo correspondencia con nazis, neonazis y negacionistas, con lo que garantizó que “sus ideas pasaran a una nueva generación de neonazis místicos desde finales de los 70 hasta los 90” (Goodrick-Clarke, 2000, p. 209). Sus alcances llegaron hasta el mundo de habla hispana a través de su relación con Franz Pfeiffer, neonazi alemán emigrado a Chile, fundador del Partido Nacional Socialista Obrero Chileno en 1963, organización que se hizo a su vez miembro de la WUNS. Goodrick-Clarke considera que fue probablemente a través de este neonazi germano-chileno que el ideólogo Miguel Serrano conoció la obra de Savitri Devi. Serrano habría de convertirse en otro de los propaladores de las teorías del origen hiperbóreo de los arios, de la Tierra hueca y de la encarnación de Vishnú en Hitler.

Hitlerismo esotérico

Si no fuera por la cantidad de lectores que creen en sus palabras, la obra de Serrano pasaría por literatura humorística. Es un autor de comedia involuntaria para un lector crítico, pero masas de jóvenes lectores se toman sus ideas al pie de la letra y terminan por creer en un mundo de atlantes que se desarrolla bajo tierra, en contacto con avanzadas civilizaciones extraterrestres. Especialmente su extenso *El cordón dorado: Hitlerismo esotérico* (1992) ha sido uno de los canales a través de los cuales el esoterismo ultraderechista y racista neonazi, los misterios nazis y las ocultas logias tipo SS, han permeado movimientos afines relacionados con lo oculto y la Nueva Era en general. Al igual que Savitri Devi, durante los 70 Serrano mantuvo relaciones con los mismos líderes del nazismo de posguerra que ya conocemos: Skorzeny y Rudel, y especialmente con Léon Degrelle. Pero, además, su admiración por Carl Gustav Jung, con quien mantuvo una relación personal, le permitió incluir en sus tesis un nivel de argumentación relacionado con el inconsciente colectivo y los arquetipos —categorías básicas del pensamiento junguiano—

que él entendió como raciales. Así, para Serrano, Hitler no sólo era una encarnación de Vishnú, la deidad india que evita la destrucción del mundo, sino también el canal por el que estalla el arquetipo salvador e inconsciente de la superioridad aria de origen divino para luchar contra el “demiurgo del mal”, encarnado en otro (anti)arquetipo: los judíos. Su visión de la “espiritualidad” nazi y sus poderosos contenidos ocultos llega a grados absurdos. Por ejemplo, según Serrano, el saludo nazi —el brazo extendido y ligeramente inclinado hacia arriba— “es un *mudra* para atraer energía cósmica hacia los *chakras*, los centros sutiles de energía del kundalini yoga” (Goodrick-Clarke, 2000, p. 220). La cosmovisión de Serrano, que saluda y admira a Savitri Devi ya no sólo como la sacerdotisa de Hitler sino de Odín mismo, incluye también ovnis y la supervivencia de Hitler después de la guerra (habría pasado algunos años en una base secreta en la Antártida, luego habría sido transportado ¡a Venus! y, finalmente, al Sol Negro). Un ejemplo de la apasionada prosa de *El cordón dorado* —en la que es notable la particular filología que atribuye avezadas etimologías a determinados vocablos— nos explica los orígenes de las civilizaciones precolombinas de América:

Los habitantes de ese mundo [el interior de la Tierra hueca] serían los Dioses Blancos de Hiperbórea, venidos a la Tierra desde otros astros —tal vez de Venus, la Estrella de la Mañana— en edades remotas, como lo aseguran las leyendas de Tiahuanaco, al referirse a Mamakocha, Orejona, Kontiki, Virakocha y otros más. Todos ellos procederían de Tule, la patria original de los toltecas y mayas y de los predecesores de los Incas. Es decir, la patria primigenia de la iniciación polar, que sólo allí se daba.

El continente de Hiperbórea se situaba en una zona transboreal. Hiperbórea significa “más allá del dios Borea”, del frío y la tormenta. Era esa “la región famosa” que “ni por mar ni por tierra se alcanzaría”, según Píndaro y que Apolo (a-polo) visitaba cada diecinueve años, para retornar rejuvenecido. Enormes paredes de hielo, “transparentes como de vidrio”, según antiguos relatos, protegían ese mundo de Magos y Superhombres y una bruma fantasmal se interponía entre el hielo eterno y el paraíso. A este paisaje de ensueño tal vez se refirieron los relatos del Gral.

Cuando Hiperbórea sucumbe en los cataclismos planetarios, sus Guías supremos se refugian en la Tierra Interior. Cuando a su vez la Atlántida desaparece, sus Jefes-Magos, que han recibido la iniciación hiperbórea, son transportados dentro. También se encuentran allí los magos blancos, los Figures de la Lemuria. Otro tanto deberá acontecer hoy a algunos pocos en las catástrofes que se aproximan. (p. 28)

Savitri Devi y Serrano también mantuvieron correspondencia. Fue en ese intercambio donde la mística greco-indo-francesa predijo que Inglaterra, esa nación aria que, al traicionar a Alemania traicionó a su propio género, desaparecería al cabo de trescientos años, víctima de un caótico reino del vicio y la confusión racial (es común que sus seguidores interpreten las circunstancias actuales de Europa —la crisis de refugiados e inmigrantes, los avances en el reconocimiento de derechos civiles a los que se oponen los conservadores, el Brexit mismo— como señales de la verdad de sus profecías). Publicado en 1978 en Chile, Colombia y España, *El cordón dorado* ha sido traducido a diversos idiomas, incluyendo el inglés y el alemán, y ha contado con una difusión significativa —se puede encontrar fácilmente en internet—. En la mitología de este neonazi latinoamericano, la presencia de nazis fugitivos en el continente después de la guerra calzaba con los supuestos viajes de descubrimiento que sus ancestros arios prehistóricos habían realizado ya, así que era posible para Serrano interpretarlos como herederos legítimos de esa tradición. Tal actitud en un vástago de las elites latinoamericanas es un ejemplo que puede tomarse como representativo de la simpatía con que determinados grupos de poder resultaron hospitalarios para con los criminales fugitivos y, como veremos, les permitieron no sólo refugiarse y sentirse relativamente protegidos, sino crecer económicamente y participar políticamente en los destinos de muchos países del continente. En opinión de Goodrick-Clarke: “Serrano demuestra la simbiosis ideológica entre el racismo nativo en Latinoamérica y las ideas nazis” (2002, p. 185), y cuenta como anécdota que el esotérico autor hizo el saludo nazi en el funeral de Rauff —muerto sin enfrentar la justicia por sus atrocidades—, en mayo de 1984 en Santiago de Chile.

No debería desdeñarse el hecho de que la progresiva ampliación global del acceso a internet está desempeñando un papel importante en la permanencia y difusión de documentos “fundacionales” del nazismo como *Mein Kampf* y los *Protocolos de los sabios de Sión*, y de teorías neonazis como las obras casi completas de Savitri Devi y Miguel Serrano. No se trata de editoriales y publicaciones que sigan los mecanismos establecidos del mercado ni la etiqueta de los derechos de propiedad intelectual (aunque no es raro encontrar versiones en librerías, ni difícil adquirirlas a través de servicios en línea). Quienes difunden estos textos —grupos de extrema derecha, racistas, grupos ligados a la Nueva Era (a alguna de sus incontrolables, enloquecidas ramificaciones), partidos neonazis clandestinos, nacionalistas radicales de diverso cuño— tienen una clara intención política de proselitismo y, ante la ansiedad colectiva que generan temas como la aceptación de

las diversidades cultural, étnica y sexual y el progresivo reconocimiento de derechos en estos campos, entre otras “amenazas” para el orden conservador y reaccionario, no les es difícil conseguir prosélitos en cada nueva generación. Goodrick-Clarke informa que en la actualidad los libros de Savitri Devi y Miguel Serrano “circulan entre neopaganos, satanistas, *skinheads* y seguidores de la música nazi-metal en los Estados Unidos, Escandinavia y Europa oriental” (2000, p. 222). Los peligros que representa el acceso acrítico y desorientado de sucesivas generaciones a estas ideas, a estas literaturas, a estas ideologías, son una llamada de atención respecto de la posibilidad de que renazcan fanatismos asesinos como los de la era fascista o los que pervivieron en la clandestinidad de los fugitivos nazis durante la Guerra Fría.

Instituciones ultraconservadoras en la iglesia católica como el Sodalitium Christianae Vitae en el Perú, fueron fundadas por personajes como Luis Fernando Figari: un criminal del que se conocen reiterados casos de abuso sexual de menores (“Sodalicio...”, *El Comercio*, 2016). Sin que estos delitos hayan llegado al sistema judicial, es decir, habiendo sido “arreglados” en el ámbito civil entre víctimas e institución religiosa, el Sodalicio no ha dudado en defenderse durante más de una década acusando de calumniadores a quienes han levantado la voz contra ellos. En su libro *Los neonazis en Sudamérica*, Franz Pfeiffer (1978), el representante del WUNS y del Ku Klux Klan en Chile, describió el crecimiento de los movimientos neonazis en el subcontinente durante los años 70, mencionando a Figari como el “dirigente peruano” en este proceso. En una nota titulada “El Sodalitium en crisis”, Herbert Mujica Rojas (2002) aporta otra referencia sobre las simpatías de Figari con el fascismo: “El Sodalitium comparte un tenebroso origen fascista con otra secta de ultraderecha: Tradición, Familia y Propiedad (TFP). La sucursal peruana de la TFP, de origen brasileño, fue fundada por Francisco Tudela y Luis Fernando Figari”.

En sintonía con esta fanática mitología, Barbie soñaba en Bolivia con un proyecto para “mejorar la raza” que tuvo el apoyo de un funcionario de inmigración, Guido Strauss, y que consistía en invitar a miles de sudafricanos, rhodesios y namibios a instalarse en las ciudades modernas de la región de Santa Cruz “a condición de que fueran blancos y anticomunistas”, mientras que Alemania Occidental habría abierto un crédito de cincuenta millones de dólares para acoger en Bolivia a ciento cincuenta mil blancos en seis años (De Hoyos, 1984, pp. 247-248).

El papel de Friedrich Schwend puede ser marginal, pero hay que señalar que fue vinculado con la “Orden Atlántica del Thule” en una carta que Simon Wiesenthal recibió desde Basilea Suiza, enviada por el doctor Alfred H. Jenny —en representación de Volkmar Schneider-Merck—, quien le informaba sobre los movimientos de dos nazis establecidos “entre Perú y Bolivia”, Schwend y Klaus Altmann (de quien Jenny ya sospechaba que no era nombre verdadero), y con esto acercaba a Wiesenthal hacia Barbie, aunque para el cazanazis la información era dudosa y evitó seguir la pista. Jenny advertía a Wiesenthal que esa pertenencia a la “ominosa [...] organización secreta fascista” era uno de los alardes de Schwend, un hombre “casi patológicamente vano [...] con una fuerte tendencia a exagerar sus habilidades, sus posibilidades, así como sus ‘contactos’ globales”. En sus cartas a Wiesenthal, Jenny describía también a Barbie como un fanático antisemita; en la segunda parte de nuestra investigación revisaremos sus relaciones con terroristas de extrema derecha como Stefano Delle Chiaie, que habían abrevado del pozo de Evola, así como lo referente a la mítica organización de nazis de posguerra conocida como ODESSA (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6).

CAPÍTULO II

EL V-MANN DE HEILBRONN

En las obras de dos fabulosos escritores, maduros ya durante los años de Weimar, podemos encontrar pistas para caracterizar mejor a Fritz Schwend. En *Berlin Alexanderplatz* de Alfred Döblin (2007) —y en la extraordinaria miniserie de catorce capítulos que dirigió con base en ella Rainer Werner Fassbinder (1980)—, probablemente una de las novelas más importantes del siglo xx, encontraremos a la República de Weimar en todo su esplendor a través de un ex convicto que se hunde en los interminables bajos fondos de Berlín, víctima de un torbellino de circunstancias para él incomprensibles. Y en la inconclusa *Bekanntnisse des Hochstaplers Felix Krull. Der Memoiren, erster Teil*, de Thomas Mann (2009, traducida al castellano como *Confesiones del estafador Felix Krull*), que sería publicada hasta 1955, veremos a un joven alemán que decide salir de su pueblo para buscar éxito y fortuna en París y cuyas peripecias ponen a prueba su capacidad de adaptación a las circunstancias. En la primera vemos a un personaje que no puede sino dejarse arrastrar por las inasibles circunstancias; en la segunda, a un hombre que no desaprovecha ninguna oportunidad y que es capaz de ofrecer a los otros exactamente lo que esperan de él: un amante, un ladrón, un impostor.

Así aparece Friedrich Schwend en las descripciones que otros dan de él: “un amante de las aventuras que representan los grandes negocios”, dice Hildegard Burkhardt —la agente del SD que actuó como intérprete del conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, y que pasaría a la historia con el alias de Felicitas Beetz— al ser interrogada por los Aliados después de la guerra; negocios “para los que tenía especial habilidad”, añade otro interrogado cuyo nombre se desconoce, aunque es posible que se trate de la misma Beetz, según documentos de los servicios secretos estadounidenses desclasificados por la Ley de Libertad de Información (Freedom of Information Act o FOIA, que desde 1967 viene liberando información antes secreta y que cuenta con archivos sobre Schwend y muchos otros protagonistas de esta historia). Pero también descubrimos ese carácter en las propias palabras de Schwend y en sus acciones y los objetivos personales que se dibujan en cada

carta, en cada testimonio, en cada declaración recogida en los archivos que exploraremos.

Friedrich Paul Schwend nació el 6 de noviembre de 1906 en Böckingen, Heilbronn, a orillas del río Neckar, a menos de 50 kilómetros al norte de Stuttgart, capital de Baden-Württemberg, actual centro de la mecánica alemana, lo que ya se perfilaba en los años 20. Alrededor de 1928, durante la “época dorada” de Weimar, trabajó como instructor de manejo de la Escuela de Conductores de vehículos de Württemberg, donde se habría desempeñado como una suerte de perito en cuestiones judiciales en la rama de motores de combustión interna y tránsito. Si bien no se ha encontrado registro alguno que indique que fuera ingeniero mecánico, título que se le habría dado en Alemania, según reportes de la CIA y del MI6, así como por su vida cotidiana en el Perú, tampoco se podría decir que fuera “un simple mecánico de gasolinera”, como lo ha descrito Lawrence Malkin en *Krueger’s Men: The secret Nazi counterfeit plot and the Prisoners of Block 19* (2006). Como fuera, trabajar para el mundo automotriz en un tiempo en que esta industria representaba la modernidad, la velocidad, el progreso y el desarrollo, al mismo tiempo que, como en la actualidad, significaba estatus social, debe haber hecho de Schwend un individuo que descollaba entre la deprimida clase media de la que procedía.

Hijo de Albert Ludwig Schwend, mecánico automotriz también, y Helene Wilhelmine Herrmann de Schwend, su familia era de confesión evangélica y formaba parte de esa clase media que había sido seriamente golpeada por la economía de posguerra y la hiperinflación del primer lustro de Weimar. Además de Friedrich, la pareja tenía otro hijo, Albert Gottfried, de quien sabemos por referencias posteriores en la correspondencia de Schwend y porque jugará un papel en los primeros negocios que emprederá en el Perú. Aunque la documentación disponible no nos permite retratar con certeza a la familia Schwend, no es difícil imaginarla en el contexto: una de tantas familias provincianas de clase media de la época, identificadas con valores decimonónicos, cercanas a un pasado campesino en la periferia de los dominios de algún gran terrateniente del antiguo reino de Württemberg —la región donde se originó la dinastía Hohenzollern que reinó durante ocho siglos sobre Prusia y Rumania—; formadas en el respeto al Káiser y a los valores germánicos impuestos y resguardados por la imperial Prusia, confundidas ante la caída del imperio; asustadas ante el desorden y el trastocamiento de valores que protagonizaba la lejana y desenfrenada sociedad berlinesa; desorientadas ante el ramillete de opciones políticas que reclamaban su militancia a través de los nuevos medios masivos —la radio, la

prensa, la arquitectura, el cine, los millones de folletos y afiches—, y seguramente más cercanas a las posiciones de derecha que se fortalecían en el sur que a las de izquierda y centro-izquierda mucho más activas hacia el centro y el norte, desde el industrializado Ruhr, entonces ocupado por Francia y Bélgica, hasta la cosmopolita y arrogante Berlín, y la fría Hamburgo al borde del Mar del Norte.

Quizás entre Friedrich y sus padres se habría establecido la tensión de una ruptura generacional que era frecuente en esos tiempos: un enfrentamiento entre aquellos valores conservadores y respetuosos de las rancias jerarquías estamentales en los que crearía la familia y los nuevos valores que alentaban la posibilidad de escalar posiciones de la forma que fuera en una sociedad que, desde el punto de vista de un joven como Friedrich, no era ya estática como la querría la vieja generación. El inquieto Fritz pronto buscaría alejarse de su humilde origen: en 1929 contrajo matrimonio con una aristócrata, Agnes von Gemmingen, baronesa de Gemmingen-Guttenberg y sobrina del ministro de Relaciones Exteriores de la República de Weimar, el conservador barón Konstantin von Neurath, un político que merece atención por su papel en diversos eventos antes y durante la Segunda Guerra Mundial, y que vale la pena describir para entender la posición a la que había logrado escalar Schwend mediante ese matrimonio cuando contaba apenas con 23 años de edad.

El importante político tío de Agnes Schwend estaba ligado a la vieja aristocracia imperial prusiana y, como todo ese sector, a la derecha moderada que fue cediendo espacios a la ultraderecha nazi hasta facilitarle el acceso al poder en los primeros años 30. El barón sería de utilidad para Hitler pues su presencia en el gobierno lo entintaba, en cierto modo, de legitimidad. Cuando Hitler inició los planes que llevarían a la expansión territorial de Alemania en 1937, Von Neurath se opuso a ellos por razones tácticas; no por razones ideológicas: simplemente consideraba que se requería más tiempo para rearmar a Alemania, proceso que estaba sucediendo a espaldas del Tratado de Versalles. Esa oposición táctica a los planes del Führer provocó que fuera retirado del ministerio de Relaciones Exteriores para ser sustituido por Joachim von Ribbentrop, el títere que firmaría el pacto de no agresión con el ministro Molotov de la Unión Soviética. Por un tiempo, Von Neurath fue un “ministro sin cartera”, hasta que se llevó a cabo la alevosa ocupación de Checoslovaquia y se creó el “Protectorado” de Bohemia y Moravia en marzo de 1939, que quedó bajo su autoridad. Aunque en ese cargo en Praga aplicó la mano dura de la política nazi (eliminación de partidos políticos y sindicatos; represión de estudiantes y su apresamiento

en campos de concentración; persecución de judíos y ejecuciones), hacia 1941 fue considerado demasiado blando y fue retirado extraoficialmente del cargo, que sería ocupado de manera interina por Reinhard Heydrich. Aunque no siempre relacionados de manera directa con Schwend, estos personajes clave de la historia del nazismo volverán a aparecer en la historia del *V-Mann*.

UN EMPRESARIO AVENTURERO

La unión de Schwend con la aristocracia de Württemberg pudo haber sido desaprobada por sus padres, pero sin duda le permitió cambiar de horizontes: desde la atractiva aunque siempre laboriosa y clasemediera burocracia automotriz, y gracias a esa “habilidad para los negocios” que le reconocieron contemporáneos e historiadores, ascendió a administrador de las finanzas personales de ciertas tías de su esposa, las hermanas Bunge, dueñas de una inmensa fortuna derivada del emporio familiar: la corporación Bunge y Born que, establecida en Argentina por inmigrantes belgas en el siglo XIX, en la década de 1930 —época de oro de las exportaciones argentinas que hicieron que el país se conociera como “el granero del mundo”—, era ya un agronegocio global. La “administración” de esa fortuna, particularmente de inversiones en los Estados Unidos, ocupó a Schwend entre 1929 y 1936 y, según *Krueger’s Men* de Malkin (2006), le dio ganancias del orden de los cincuenta mil dólares al año; una fortuna que los tipos de cambio y la especulación multiplicaban en Alemania, y que además le daba la posibilidad de viajar. Diversos autores lo encuentran dedicado a distintos negocios en esta época nebulosa de la que quedan pocos registros. Comerció “máquinas y aparatos”, según los documentos secretos o motores y aviones o hasta armas. Höttl y su tradición lo vinculan con dinero falso en Asia y América ya durante la década de 1930, las “competencias” que más adelante probarían ser esenciales para ponerlo al frente de la fase de distribución de la operación Bernhard (Malkin lo ubica en el comercio de armas en Rusia, China y los Balcanes). En una carta a su amigo Georg Gyssling —diplomático alemán en los Estados Unidos durante la era de Weimar y el ascenso del nazismo, y después agente y “asesor” de Schwend—, Fritz hace referencia a una novela que aquel estaría escribiendo; le pregunta quién es el personaje

principal, si está utilizando en ella el “tejido Bernhard”, y a partir de ahí procede a ofrecerle:

[...] gran cantidad de material que tú aún desconoces, empezando por mi viaje a Rusia, la actividad desempeñada para Semiónov (General Blanco que le robó un tren de oro a Stalin en Siberia para financiar su ejército y colaborar con Chiang Kai-shek). El trabajo para las Bunge. Para el OKH [*Oberkommando des Heeres*, Alto Mando del Ejército]. Exploraciones en Creta. Arresto en Italia y extradición a Alemania, y puesta a disposición de la operación Bernhard. Uso de Bernhard en Italia, Yugoslavia, Turquía, Francia, etc. Trabajo para SCI [*Special Counter-Intelligence*] (después de la cárcel) y para el Este. Visión del caos de posguerra en Múnich. Las grandes traiciones de Lenz, Liechtenstein, etc., que aún se desconocen. Creo que todo esto la haría emocionante y quizás se podría llevar al cine. ¿Estarías interesado en que yo participara en el financiamiento, y si es así, en qué porcentaje?

Höttl lo ve en Rusia como asesor en asuntos económicos, adquiriendo conocimiento directo del sistema soviético, conocimiento que al final de la guerra será moneda de cambio para los Aliados. Elam y Pirie afirman que Schwend participó en el programa de Nueva Política Económica, el NEP de Lenin, pero tendría apenas quince años en el momento de promulgación de este esquema económico semiprivado, y menos de dieciocho en el momento de la muerte del líder soviético. La NEP, bajo el mando de Bujarin, se extendió hasta 1928, cuando fue sustituida por el primer plan quinquenal de Stalin (1928-1932), por lo que en todo caso, Schwend podría haber estado presente en sus últimos momentos. Pirie añade viajes improbables a Sudamérica y a China; todos lo encuentran de vuelta en Alemania a principios de los 30.

Como sea, si realizó todos o algunos de esos viajes o aventuras, se trató de un joven afortunado, no era fácil en aquel tiempo. La afirmación sobre su trabajo para Semiónov en la carta a Gyssling deja sospechar alguna exageración de su parte, tomando en cuenta que nada le impide fantasear al ofrecer sus “aventuras” para hacer de la novela que aquel escribe una historia “emocionante”, y parece querer protagonizar la historia de ficción en que trabaja su amigo. Schwend se refería a Grigori Semiónov (“Semjenov”), atamán —el más alto grado en la particular jerarquía de los grupos armados cosacos— originario de la región del lago Baikal que había sido condecorado en la Gran Guerra por su participación contra Alemania y

Austria-Hungría; que se opuso al avance del socialismo como dirigente del Ejército Blanco, para convertirse en dictador y vándalo en Transbaikal y Mongolia exterior. Semiónov peleó, efectivamente, contra los bolcheviques, aunque su gesta fue detenida en 1921 (cuando Schwend tendría alrededor de 15 años) y partió al exilio. A mediados de los 30 volvería a vivir cerca de su región natal, pero en territorio chino bajo dominio japonés —Pirie sostiene que Schwend lo habría conocido en Harbin, ciudad del noreste de China con fuerte influencia rusa—, desde donde habría de liderar algunos grupos de cosacos desbandados y quizá realizar actos de sabotaje —como el que, de manera ciertamente romántica, le refiere Schwend a Gyssling—, hasta ser apresado por los soviéticos en 1945 y ejecutado en 1946.

Para ese tiempo, a mediados de los 30, contamos con copias de los pasaportes de Schwend, que pueden sugerir parte de sus movimientos. Como veremos, no registran viaje alguno a China, Mongolia ni Transbaikal, así que tenemos que preguntarnos si realmente Schwend habría estado al servicio de este personaje o si era más bien una fanfarronada. Podemos tener certeza sobre cierto número de movimientos realizados por Schwend entre 1931 y 1941 gracias a las copias de los pasaportes que utilizó durante esos diez años, que se encuentran entre los archivos de HIS. Si desde los puntos que se registran mediante sellos y visas Schwend cruzó fronteras de forma ilegal o informal, o recorrió trayectos interiores en algún país, eso no podemos rastrearlo, y sería solamente en esos vacíos en los que cabría suponer que llegó a los lugares que él y otras fuentes dicen que visitó. Tomando en cuenta lo que sabemos de Schwend, la hipótesis de que hubiese viajado bajo el amparo de documentos falsos o de alguna otra manera no registrable no sería descabellada, pero no tenemos evidencia alguna al respecto, al menos hasta antes de que comenzara a colaborar con los servicios de inteligencia nazis. Steinacher apunta, con base en documentos relacionados con el proceso que se le siguió a Schwend en 1978, luego de su deportación del Perú, que en tiempos de su matrimonio con la baronesa, “se dedicó principalmente a la venta de motores de automóviles”, y que “sus viajes al extranjero se relacionaban con esta actividad, llevándolo, entre otros lugares, a la Unión Soviética, a Persia, a Sudamérica y a los Estados Unidos”. No es posible probar que Schwend hubiese viajado a Sudamérica en esa época, aunque sí podremos confirmar parte del resto de los destinos y señalar polos de actividad.

El primer pasaporte fue emitido el 5 de marzo de 1931 y estuvo vigente hasta marzo de 1936; el otro data de 1936, vigente hasta 1941. Las fechas de los distintos sellos nos pueden decir, con mayor o menor certeza, cuántos

días estuvo el viajero en el territorio de un país determinado y a partir de ahí las posibilidades de viajes interiores se ven reducidas o aumentadas. Entre el 29 de marzo y el 26 de abril de 1931, Schwend cruzó territorio soviético y apareció en Tabriz, Reino de Persia, cerca de la frontera con la ciudad de Julfa, Azerbaiyán, que en ese momento conformaba, junto con Armenia y Georgia, la República Federal Socialista Soviética de Transcaucasia. No resulta claro por los sellos del pasaporte cómo llegó Schwend hasta ahí, aunque la presencia de una visa a Polonia emitida en Tabriz indica que su ruta de entrada y salida habría sido la más común disponible entonces: aquella seguida por el telégrafo tendido por la Compañía de Telégrafos Indo-Europea, de origen inglés, desde fines del siglo XIX: de Berlín (Alemania) a Thorn y Varsovia (Polonia); de Varsovia al puerto de Odesa (Ucrania) en el norte del Mar Negro. Desde Odesa, la línea telegráfica sigue hasta Tiflis, Georgia, bordeando el mar Negro; el viajero podría haber hecho ese trayecto por la vía marítima para desembarcar en Batumi, camino de Tiflis, estación de paso del ferrocarril Transcaucásico que vincula el mar Caspio con el Negro y con Turquía desde fines del siglo XIX. Una vez en Batumi o Tiflis, podría proceder hasta Julfa, en la frontera con Persia (Irán), para llegar a Tabriz en tren. Probablemente no pasó de ese punto en territorio iraní.

No es posible saber si antes de este viaje de abril de 1931, Schwend viajó a la Unión Soviética, a China o a Sudamérica, como proponen algunos autores. Sus menciones sobre esos países y regiones proceden principalmente de la correspondencia que intercambió mucho después con los escritores Höttl y Mader y con su amigo Gyssling, en la que no faltan aseveraciones que podríamos considerar exageradas o no apegadas a la verdad, como la que referimos más arriba en relación con el atamán cosaco Semiónov. Lo que sí podemos establecer como posibilidad es que Schwend estuvo en esa zona, la frontera entre Persia y la URSS, guiado por intereses en el mercado de armas, al que diversas fuentes lo vinculan desde aquella etapa. Dicha región, en esos años —como ahora— era tremendamente inestable, con una gran cantidad de intereses en conflicto: las secuelas de la rebatinga ruso-británica de la Guerra de Crimea —conflicto de intereses imperialistas que se prolongó hasta después del establecimiento de la URSS—; la presencia de caudillos y ejércitos locales que podían echar a andar aventuras políticas como fue la declaración de la República Socialista Soviética de Persia, en la actual provincia de Guilán, al norte de Irán; pugnas territoriales relacionadas con etnicidad, religión y derechos ancestrales; intereses imperialistas occidentales, monárquicos locales y populares manipulados por distintas formas de nacionalismo, etc. Quizá fue en esa región, durante aquel viaje,

donde Schwend escuchó sobre el atamán cosaco, pues durante la etapa heroica de Semiónov en la Gran Guerra, actuó en el frente sudoccidental y persa, aunque fue devuelto hacia el extremo Oriente luego de 1920 y exiliado en América después. En suma; es revelador que en una región convulsionada como esta aparezca Schwend, de quien conocemos intereses y habilidades. Si el Shah Reza, monarca de Persia (imperio al que él mismo le cambiaría el nombre por el de Irán en 1935), había decidido en 1930 sustituir todos los rifles rusos de su ejército por Máusers de diseño alemán fabricados en Checoslovaquia, la presencia de Schwend ahí y entonces tendría sentido.

Pero a finales de abril de 1931, Schwend había vuelto de ese viaje de cerca de un mes de duración por el Cáucaso y se encontraba cruzando el paso Brenner en los Alpes, entre Italia y Austria. Esta es la región donde tiene lugar la mayor parte de sus movimientos, cerca de su centro de operaciones que para entonces parecía ser Rosenheim, Alemania, a medio camino entre Múnich y Salzburgo, en la frontera austroalemana. Ahí se registran numerosos documentos de pago de derechos, probablemente migratorios o de cambio de divisas, a lo largo de esos años.

Sin embargo, desde finales de 1931 y hasta principios de 1933, no hay ningún movimiento registrado en el pasaporte. Es el tiempo en el que el partido nazi se alió con el centro católico y la derecha nacionalista y avanzó sin obstáculos hasta irrumpir en las elecciones parlamentarias de julio, convirtiéndose en la primera fuerza política de la República de Weimar que, producto de ello, vivía sus últimos momentos antes de ser borrada por la toma del poder y la instauración de la dictadura nazi, apoyada por las fuerzas paramilitares, los *Freikorps*, que estaban en proceso de unificación en torno de ese fatídico liderazgo, y mantenían a raya, bajo amenaza, al resto de las debilitadas opciones. Fue precisamente durante ese periodo sin viajes que Schwend se inscribió en el partido nazi.

Sus viajes se reanudaron en 1933, con Hitler ya nombrado canciller por el presidente Hindenburg. Los sellos oficiales alemanes en el pasaporte comenzaron a ostentar la suástica. En algún momento de ese año se movió hacia Italia. Las siguientes fechas no cuadran por completo (no descartamos un error en el desciframiento de las complejas fotocopias, a veces ilegibles, ni la posibilidad de que haya hecho dos viajes inmediatamente consecutivos en una época en que había pocos vuelos transatlánticos y el viaje por mar entre Francia y Nueva York tomaba al menos una semana en embarcaciones modernas), pero Schwend ingresó a los Estados Unidos por Nueva York, con un permiso de turismo. Un mes después de obtener la visa

en Múnich, el consulado francés en Los Ángeles selló el pasaporte, y veinte días más tarde, el 11 de enero de 1934, Schwend desembarcó en algún puerto francés de regreso desde América.

El tránsito frecuente entre Rosenheim, Alemania, y Salzburgo, Austria, vuelve a aparecer a partir de noviembre de 1934. Desde Salzburgo se trasladó por primera vez hacia Yugoslavia. El 3 y el 8 de diciembre, la policía de Novi Sad —ciudad serbia a orillas del Danubio yugoslavo, cercana a los territorios que en 1939 la ultraderecha croata, modelada a semejanza de las SS, la Ustache, reclamaría con la venia del Führer— selló el pasaporte. El 2 de mayo de 1935 cruzó nuevamente la frontera austriaca y entre el 4 y el 12 de ese mismo mes volvió a Yugoslavia, esta vez pasando por Rarek (hoy Eslovenia), a menos de 50 kilómetros de Abbazia (entonces parte de Italia), donde se establecería después de su divorcio de la baronesa Agnes von Gemmingen-Guttenberg. Entre mayo de 1935 y enero de 1936 cruzó cinco o seis veces, como ya era rutinario, la frontera austroalemana. Durante ese periodo, aunque son ilegibles las fechas exactas en los sellos, viajó a Hungría y probablemente también a Polonia. En mayo de 1935 volvió a Italia y más tarde, en diciembre, viajó a Suiza.

Un nuevo pasaporte le fue emitido en 1936. Entre marzo de ese año y enero del siguiente cruzó la consabida frontera austroalemana una o dos veces por mes; también visitó Hamburgo en una ocasión. En julio de 1936 obtuvo una nueva visa para los Estados Unidos en el consulado en Múnich, pero no fue sino hasta mediados de mayo de 1937 que arribó a Nueva York, en un viaje de un mes: el 13 de junio se encontraba de nuevo en Múnich, desde donde emprendió los tránsitos cotidianos hacia Austria; las visitas a Suiza se volvieron más frecuentes. En la primavera de 1938 regresó a Yugoslavia y a la costa este del Adriático italiano: en Abbazia se selló su pasaporte; pronto se establecería en ese privilegiado puerto mediterráneo.

Aunque el pasaporte estuvo vigente hasta el primer trimestre de 1941, los viajes de Schwend registrados en él se detuvieron en 1938, al menos los que lo llevaban más allá de Austria, que a partir de marzo de ese año fue incorporada al Reich mediante el *Anschluß*, y por tanto dejó de requerir —o sellar— pasaporte a los alemanes. No hay sellos posteriores a 1938. O bien la guerra lo detuvo o ya no necesitó papeles de tránsito: numerosos testimonios lo colocan, como veremos, como agente secreto nazi a partir de 1939. Sin embargo, en los archivos de HIS hay un documento fechado el 11 de enero de 1939 en el que el alcalde de Prien, donde vivía su familia, certificaba que el domicilio de Fritz fue, hacia fines de 1938, 41-16-51 Woodside, Long Island, Nueva York, por lo que es posible que contara con un tercer

pasaporte del que no se conservó copia en los archivos. Los pasaportes emitidos en la Alemania nazi hasta 1936, aunque bajo el título de Deutsches Reich, ostentaban el águila de Weimar, y fue apenas unas semanas después de emitido el pasaporte de Schwend que el diseño fue modificado, sustituyendo el águila de Weimar por la Hoheitszeichen (águila y suástica), alrededor de mayo de 1936. De ahí la posibilidad de que Schwend hubiese cambiado de pasaporte en 1938 para obtener uno plenamente nazi, aunque no hubiese vencido su documento anterior, pues existen evidencias de que sus viajes al extranjero no se detuvieron, como muestra el certificado del alcalde de Prien, así como cierto informe secreto de la CIA del 8 de abril de 1963, en el que se dice que alrededor de 1938, “estuvo involucrado en el tráfico ilegal de divisas en Monte Carlo, San Remo, Milán y Trieste”. En apoyo a esta hipótesis está también la necesidad de probar tanto su lealtad al régimen como su misma arianidad, puestas ambas en duda por adversarios que ya entonces tenía. Y quizá también quería evitar que las autoridades hicieran preguntas sobre los viajes registrados en el pasaporte anterior. Por último, no habría sido extraño que Schwend prefiriese no conservar copias de su pasaporte nazi.

Sus movimientos son compatibles con la trayectoria de un representante comercial, como se le describe en diversas fuentes, pero del análisis de esos casi diez años de cruces de fronteras no se justifica su presencia en China ni en otros puntos de la Unión Soviética distintos a aquellos que llevan de Alemania al Mar Negro. Nada impide, por supuesto que, una vez dentro de la Unión Soviética, haya viajado a cualquier otro punto, pero los tiempos de traslado en ese inmenso territorio dificultan tal hipótesis si tomamos en cuenta que el único viaje que podemos probar duró alrededor de un mes y que durante ese tiempo Schwend viajó al sur del Cáucaso, a los confines del imperio Persa.

NAZI 874181

Swend se unió al partido nazi en 1931 o 1932; las fechas varían en las fuentes. La ficha de incorporación al partido que está entre los documentos de NARA señala el 12 de noviembre de 1931, año que coincide con lo registrado por el *Gaupersonalamtsleiter* Reichinger (un funcionario del

censo), que refirió a Schwend como miembro activo en el “movimiento” nazi. Con el mismo número de afiliado, el 874181 (dentro del primer millón de miembros del partido, que llegaría a tener más de ocho millones hacia 1945), figura otra fecha, proporcionada por un *Kreisleiter* (líder de condado, un rango del NSDAP): el 1.º de febrero de 1932. El funcionario añadió que, además de al partido nazi, Schwend estaba también afiliado desde el 1.º de diciembre de 1936 a la organización Bienestar Popular Nacionalsocialista (NSV por sus siglas en alemán), rama del partido organizada de manera similar y orientada a “acciones de ayuda social”, y que se trataba de un hombre “intachable y políticamente fiable”. Independientemente de cuál de las dos fechas sea la correcta, Schwend se unió al movimiento nazi antes del nombramiento de Hitler como canciller del Reich. Por su parte, la baronesa Agnes, primera esposa de Schwend, formaba parte de la Liga de Mujeres Nacionalsocialistas.

No hay entre los documentos de Schwend pruebas de “pureza de raza”, cuya necesidad fue establecida en 1935 por las Leyes de Núremberg como exigencia para ingresar a las SS. No está entre sus documentos alemanes el *Ahnenpaß*, literalmente “pasaporte de linaje”, que probaba el origen ario de su portador, probablemente porque, aunque era miembro del partido nazi, no pertenecía a las SS. Para formar parte de ellas había que seguir un proceso de selección que generalmente implicaba una carrera militar, además de la prueba de origen ario, la ausencia de registros policiales o judiciales, buena salud “mental y física” y una estatura mínima de 1,70 m. En el caso de Schwend, la incorporación a las SS fue tardía e irregular, al adoptar la identidad, filiación y rango de un SS *Sturmbannführer* fallecido: Wendig. El grado de *Sturmbannführer*, equivalente al de mayor (las equivalencias de la jerarquía militar nazi con otras son aproximadas), con el que Schwend ingresó a las SS cuando estaba haciéndose cargo de la operación Bernhard, implica un ascenso directo de once grados en la carrera normal de un oficial (en el Perú se presentó siempre como coronel).

La falta de claridad en el perfil de Schwend puede ser la razón por la que fue denunciado como judío en dos ocasiones; la primera en 1938 y la segunda hacia 1944, aunque de ambas se libró sin mayores dificultades. La primera denuncia fue hecha por un Albrecht von Ritter, teniente de la Marina con domicilio en Prien, que informó en junio de 1938 a la corte superior del NSDAP en Múnich sus sospechas acerca de Schwend: este habría perpetrado alta traición contra el Reich con sus negocios de armas y aviones en el extranjero. Von Ritter fue encarcelado por injuria grave durante seis semanas luego de que el abogado de Schwend lo amenazara con

demandarlo y acusarlo ante el juzgado de honor si no se retractaba públicamente, pagaba una multa al grupo local del NSDAP en Prien y asumía los costos legales del proceso. La respuesta de las autoridades fue, además, que estaban al tanto de las actividades de Schwend y que Von Ritter debía de abandonar inmediatamente su intención de investigación. Para Schwend comenzaba un sistema de uso de abogados contra sus adversarios y de búsqueda de mecanismos para no pagar por los procesos legales que emprendía que sería constante y persistente a la largo de toda su vida.

A causa de esta primera afrenta, Von Ritter escribió otra carta, esta vez dirigida a Rudolf Hess, ministro del Reich y representante ejecutivo del Führer, en la que le informaba que la Corte Suprema del Partido se negaba a investigar sus sospechas de alta traición sobre Schwend, incluso la “sospecha muy segura” de que Schwend tenía “un matiz de sangre judía”. Además, dicha instancia no solamente le había exigido abandonar su investigación, sino que también le había negado acceso a la genealogía de Schwend. Von Ritter acudió a la autoridad de Hess porque Schwend estaba a punto de emprender un viaje a los Estados Unidos y era necesario actuar rápidamente. No ha sido posible encontrar un registro de la respuesta oficial que habría obtenido Von Ritter pero están las cartas de Schwend a la fiscalía de Traunstein y a la fiscalía superior del Reich con las que procuraba detener “las calumnias de Ritter”, quien iba llevando “los rumores más fantásticos de casa en casa”, especialmente a personas asociadas al partido y a personas de orden público. No hay registros que indiquen cómo concluyó el conflicto entre Schwend y Von Ritter; nada que nos ayude a entender las razones de su animadversión —a no ser la sospecha que se transforma en hipótesis a fuerza de repetirse a lo largo de la vida de Schwend: que Von Ritter o bien fue defraudado de alguna manera por él o fue testigo de sus acciones fuera de la ley—. Tampoco han quedado evidencias de que Schwend presentara su defensa incluyendo documentos de “pureza racial”.

Los documentos que probaban su ascendencia fueron finalmente presentados la segunda vez que Schwend fue acusado, a instancias del jefe de la Gestapo, Heinrich Müller. Cuando la operación Bernhard estaba en su momento más activo, hacia julio de 1944, Wilhelm Höttl, entonces oficial de las SS y colaborador de Schwend, fue convocado a Berlín, a la oficina de Ernst Kaltenbrunner, titular de la RSHA, quien tenía —según Höttl— “un grupo de documentos que, de ser genuinos, probaban que Schwend era judío”. Debido a las dificultades que la operación Bernhard había enfrentado ante algunos miembros de la cúpula nazi y a su accidentado desarrollo, la impresión de Höttl era que Müller estaba detrás de la información, por lo

que no se atrevió a contradecir a Kaltenbrunner pues, “aunque Schwend pudiese fácilmente producir pruebas de su ascendencia (como de hecho hizo luego), [...] uno podía confiar en que *Gestapo* Müller produciría [documentos] más genuinos de lo que podía nadie más”. Con cautela, Höttl pensó que lo mejor que podía decir a Kaltenbrunner era que en el negocio que los convocaba —la distribución de dinero falso—, la competencia era mucho más importante que la ascendencia. Ya que muchos hombres que trabajaban en la falsificación de las divisas eran judíos, ¿qué diferencia haría que el distribuidor lo fuera también? Esto, por supuesto, en caso de que fuese cierto. Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich en el mando de la RSHA y mano derecha de Himmler, habría aceptado como válido el argumento de Höttl, pero hasta el final de sus días estaría convencido de que Schwend era judío. Cuando el sucesor de Heydrich en la RSHA fue capturado por las fuerzas estadounidenses en mayo de 1945 y encarcelado en Núremberg para ser juzgado, recibió a Höttl, quien le sugirió que “las relaciones mundiales de Schwend con la judería podrían ayudar” en su situación. No fue así: Kaltenbrunner fue ejecutado en la horca en octubre de 1946, y fue el nazi de mayor rango en recibir tal condena.

Si bien Höttl afirma en su *Hitler's Paper Weapon* que Schwend sí presentó documentos probatorios de su “pureza de sangre”, no hemos encontrado ninguno de ellos en los archivos disponibles. Que Kaltenbrunner aceptara la posibilidad del origen judío de Schwend y sin embargo permitiese que continuara en la operación Bernhard no dice tanto de la tolerancia del “vasallo de Himmler” respecto de los colaboradores judíos, como de la importancia del negocio que los empleaba. Schwend era un “hombre de negocios” y dirigía la operación con maestría, algo muy conveniente para las acciones de Alemania durante la guerra.

Swend tuvo que superar otras dificultades en su camino hacia arriba en el mundo nazi. Höttl relata un momento en que atrajo la atención del mismo Führer: cuando Hitler ascendió al poder, Schwend le envió, a él y a otros personajes de importancia en el Reich, varios memoranda planteando la importancia de la autosuficiencia económica alemana. Göring lo habría recibido para escuchar sus argumentos, pero Hitler, menos inclinado a tolerar los consejos de un “cosmopolita” como Schwend, ordenó una redada en su casa. Por fortuna para él, no se encontraron documentos relativos a su supuesta participación en operaciones con China y otros países de Oriente, el viejo rumor (aunque Höttl asegura que es verdad).

En aquella ocasión, estando en la mira de la Gestapo, Schwend habría decidido evitar dificultades y escaparía a Nueva York —pero, como hemos

visto, los viajes a Nueva York de los que los pasaportes son prueba se hicieron entre octubre y noviembre de 1933 y entre mayo y junio de 1937—, desde donde trabajaría en la administración de las finanzas Bunge.

Sobre los pasos de Schwend en los Estados Unidos es difícil establecer la verdad; hemos visto cómo los registros en los pasaportes lo ubican en Los Ángeles a fines de 1933, donde se había establecido un servicio consular alemán a cargo del cónsul general Georg Gyssling. Gyssling se desempeñó como cónsul alemán en los Estados Unidos de 1927 a 1941, pero residió en Los Ángeles solamente a partir de 1933. Malkin afirma que antes de ir a Los Ángeles, Schwend residió en Nueva York, en el “cómodo pero no muy decoroso” distrito de Woodside, en Queens, donde “había una pequeña colonia alemana”. Ya en Los Ángeles inició su relación con Gyssling y con él participó en eventos a los que acudían estrellas de Hollywood, el olímpico *jet-set* del cine. Dado el corto tiempo que Schwend pasó ahí, es difícil sostener que se codeó con ese mundo, pero ya conocemos algo de su carácter: nada le impediría contar esa historia al volver a casa. Su relación con Gyssling, registrada en la correspondencia, continuaría en los años posteriores a la guerra.

Swend declaró que en 1936 la señora Bunge y él asistieron al consulado en Los Ángeles para que Gyssling legalizara un poder por el que Schwend era nombrado albacea de su millonaria pariente política; a menos que exista un error en los documentos que hemos revisado, esto no es verdad. Quizás el propio Schwend modificó las fechas, pero no es posible confirmar que estuvo en Los Ángeles en 1936. Según un testimonio del propio Schwend en Lima, el 10 de abril de 1951, habría informado a la señora Bunge que existían bienes por cincuenta mil dólares “bloqueados” en Ginebra, a donde él viajaría para solucionar los inconvenientes. Y la pobre señora Bunge le habría ofrecido, encima, un cheque por una suma mayor a los cincuenta mil dólares, en retribución por sus “numerosas molestias”. Él no aceptaría el “bono” en el momento, pero más tarde lo convertiría en un juicio contra la tía, reclamando la suma impaga.

Según la versión de Höttl, temeroso de ser apresado por la Gestapo en Alemania por haberse ido “de forma indecorosa” a los Estados Unidos luego de la redada que Hitler ordenó en su casa, al estallar la guerra Schwend decidió establecerse en Italia. Su centro de operaciones tuvo como base Abbazia, en la península de Istria, que después de la guerra pasaría a formar parte de Yugoslavia y, al desintegrarse este país, de Croacia, con el nombre de Opatija.

Desde mediados del siglo XIX, bajo el dominio del imperio austrohúngaro, Abazzia fue rívera de la corte y conservó su carácter de remanso

turístico durante el domino italiano. Mucho más tarde, el 18 de agosto de 1966, Schwend describiría sus antiguas propiedades en Abbazia con sentida nostalgia, en una carta dirigida a Julius Mader (“un muy conocido agitador político de Alemania Oriental”, lo describe John Edgar Hoover, director del FBI, en un memorándum para el director de la CIA). La carta interceptada por el ejército estadounidense en Fráncfort decía:

Si va usted en dirección a Laurana, aproximadamente a 200 metros del Hotel Cristall (creo que ese era su nombre en aquella época), verá una villa del lado izquierdo. Es muy bonita, con rejas de hierro forjado altas y bajas, y una pequeña vereda que se pierde hacia la playa. ¿Aún está ahí? La playa parecía estar bardeada: dos rocas estrechándose hacia el mar, comunicadas por un puente; era ideal para tomar el sol. Mi yate estaba anclado afuera y también un bote pequeño. En Villa del Nevoso tenía una pequeña finca, lindas vacas, todo pulcramente construido.

Malkin recoge este documento para describir a Schwend: “este amante de las mujeres de buena cuna y de los caballos purasangre tuvo una vida confortable en la Villa de Nevoso, ‘una playa ideal para tomar el sol’”, pero confunde en una sola lo que en realidad habrían sido dos propiedades diferentes: la de playa en Abbazia, la villa Rosemarie —nombrada en honor de la hija mayor de Fritz y Agnes—, y una finca ganadera en Villa del Nevoso, unos treinta kilómetros tierra adentro, al norte de Abbazia, en lo que hoy día lleva el nombre de Ilirska Bistrica y se encuentra en territorio esloveno.

AGENTE SECRETO

En 1939 Schwend conoció al SS *Hauptsturmführer* (capitán) Wilhelm Gröbl, para quien trabajó en inteligencia, dejando de lado lo que él prefería y llamaba “sus negocios”. Schwend fue reclutado primero por la Abwehr, la inteligencia del ejército, para buscar divisas ocultas en moneda extranjera, pero tuvo, dice Breitman, “diversos problemas” en Croacia y la operación fue abandonada.

Según documentos de la Stasi, entre marzo y julio de 1940 Schwend utilizó diversos alias como *V-Mann* (*Decknummer* I/H 6841) del SD para

sus operaciones en Italia, entre ellos el de *Wendig*. Estos documentos no solamente dan a conocer alias usados por Schwend para operar en Italia, sino también otros que utilizaría después: Bernter, Wenceslav Turi o don Federico Schwend. La Stasi guarda además un registro desconocido para los servicios de inteligencia de los Estados Unidos; el número de exhorto o RHE (*Rechtshilfeersuchen*) “22-A/CSSR”, hecho por la República Socialista de Checoslovaquia, que señala que Schwend era buscado en ese país, aunque las razones no se especifican en la documentación. Y otros documentos de la Stasi revelan que se informaba sobre Schwend a mayores y generales como Gm. Hpt. Lehmann, Junge y Scholz.

En 1940, un oficial de las SS, el *Hauptstürmführer* Metz, informó de un viaje a Italia durante el cual se reunió con Schwend, Hiebler y Hödl [Höttl] en Trieste. Schwend aún estaba a cargo de la administración de los bienes de su ex familia política pero, habiendo fijado su residencia en Abbazia, había logrado establecer relaciones en diversos lugares de la costa adriática, especialmente en los puertos de Fiume y Trieste. En Fiume estaba encargado de vigilar la actividad inglesa en el Adriático, por lo que se unió al club inglés con la finalidad de recoger mejor información. El gobierno italiano expidió un permiso oficial de residencia en Abbazia a favor de Schwend, válido hasta el 7 de junio de 1943, cuando ya encabezaba la red de lavado de dinero de la operación Bernhard.

Por su relativo conocimiento del inglés, Schwend se hacía pasar por un inversionista americano en busca de negocios, y comprendía la importancia de mantener contacto permanente con la población de la región: italoalemanes (sudtiroleses) y otros germanoparlantes sin la nacionalidad alemana, emigrantes, funcionarios de aduana italianos y yugoslavos y otras autoridades portuarias. Afirmaba que había grandes oportunidades en Trieste y Fiume para sabotear barcos mercantes enemigos que hacían la ruta de los Balcanes a Inglaterra y Francia a través de los puertos del Adriático, así como el suministro de alimentos que seguía la misma ruta. Así, elaboró listas con los nombres de los barcos, su procedencia, destino, pormenores de desembarco y valores de carga, listas que enviaba a Berlín en cuarenta y ocho horas. Otros colaboradores de Schwend en este tiempo, además de Höttl, fueron los miembros del NSDAP Hiebler y Alarich Müller, a través de cuyos contactos Schwend pudo conseguir las listas de embarcaciones, así como Metz, quien se hizo pasar por un medio judío que buscaba huir ilegalmente para refugiarse en Estados Unidos, con lo que Schwend pudo informar sobre una forma de conseguir identificaciones falsas y viajar en el vapor Rex que llevaba pasajeros clandestinos hasta Nueva York. En la carta

de 1966 a Mader que hemos citado, Schwend describió operaciones cuyo comando estaba “discretamente” situado en Abbazia, en donde tenía dos hombres de enlace principales, Alois Glavan y “un personaje mucho más influyente, general en el gabinete de Tito”, cuyo nombre prefirió no mencionar “para no ponerlo en peligro”.

En 1941 Schwend y Rudolf Blaschke —quien se convertiría en agente principal de la operación Bernhard— concertaron la venta de los planos de un submarino alemán al cónsul de México, supuestamente agente británico en Trieste. El plan fue descubierto antes de que se pusiera en marcha y Schwend fue arrestado por los italianos y acusado de espionaje. Según Malkin, en realidad Schwend pretendía estafar a los ingleses, pero la Gestapo no lo sabía. Fue entregado a las autoridades alemanas en el paso Brenner y encerrado en la prisión de Klagenfurt —su primera estancia tras los barrotes—, según él mismo, en calidad de prisionero político. Malkin lo refiere como un acontecimiento de 1942, pero los testimonios de Schwend indican que sucedió en 1941; no existen pruebas de que la venta de información a los ingleses fuera un ardid de Schwend. “Vender secretos militares falsos no era precisamente traición”, dice Breitman, y sería liberado gracias a la intervención de su amigo Willi Gröbl. Este lo defendió ante los servicios secretos alemanes y hasta lo promocionó: sus “habilidades” podrían darle un nuevo impulso a la operación Bernhard.

Así, Gröbl visitó a Schwend en prisión y le ofreció la libertad si se integraba al equipo que distribuía dinero falso para el SD. Schwend aceptó luego de negociar una parte de los beneficios. La Gestapo concluyó que Schwend no había cometido traición y lo liberó, permitiéndole volver a Italia, desde donde trabajaría con Höttl. La historia conoce a Gröbl como organizador de la red de invasión nazi (I-Netz) en Italia, así como por haber coordinado el traslado de Roma a Alemania del Gran Muftí Haj Amin al-Husseini —el principal promotor de la alianza árabe musulmana con los alemanes, instigador de sangrientos pogromos en Palestina— en julio de 1943, cuando el gobierno fascista de Mussolini estaba cayendo. En su testimonio ante los Aliados, Hildegaard Beetz describió a Willi Gröbl como “uno de los mejores del Amt VI” (el Sexto Departamento de la RSHA, unidad encargada de inteligencia extranjera, bajo el mando del SS *Brigadeführer* Walter Schellenberg). Pero Gröbl moriría en una misión que había emprendido junto con Schwend en septiembre de 1943: entre las estrategias de distribución de dinero falso estaba el contrabando de armas con distintos grupos de partisanos alrededor del Adriático, y durante esa misión, según documentos de la inteligencia estadounidense, Gröbl y Schwend habrían ido a comprar armas

a un grupo de partisanos italianos, que venderían después a otro grupo partisano en Macedonia necesitado de pertrechos.

Schwend y Gröbl fueron emboscados tras las líneas italianas, en la Via Postumia, por partisanos comunistas y, en la balacera sobre su auto, Gröbl murió instantáneamente, mientras que Schwend, herido en la pierna y el abdomen, intentó inútilmente arrastrar el cadáver hacia unos viñedos. Debilitado por la pérdida de sangre, Schwend se refugió en una alcantarilla junto a la carretera, en medio de un aguacero que borraba sus propias huellas. Al día siguiente llegó al pueblo más próximo y fue trasladado a un hospital.

La fuente de la que Malkin obtiene esta información merece un comentario especial: el autor se apoya en un telegrama en el que las SS informan sobre la muerte de Gröbl y las “serias heridas” de Schwend. El mensaje fue interceptado y decodificado por los británicos, cuyo servicio secreto lo clasificó como “Top-Secret Ultra”, lo que indica que el mensaje fue descifrado gracias a la ruptura del código Enigma, “el más decisivo golpe de espionaje y el secreto mejor guardado de la guerra Europea”.

Anthony Pirie, autor que sigue al pie de la letra las mistificaciones de Höttl, asegura en su *Operation Bernhard* que Schwend fue rescatado por los hermanos Blaschke (el autor, que ha optado por no dar los nombres reales de algunos protagonistas de su historia, los llama Rasch) y el doctor Neuhold (Neubach en el recuento de Pirie). Posteriormente Höttl le hizo saber que ambos serían condecorados con la Cruz de Hierro: Gröbl, póstumamente, con una de primera clase y Schwend, como sobreviviente, con una de segunda. Pero quizás la verdad de esta aventura es diferente y aquí —en los relatos de Malkin, Höttl y Pirie— acudimos a la versión de Schwend. Durante los interrogatorios que los Aliados hicieron a Schellenberg, este se refirió a la muerte de Gröbl de la siguiente manera: “Se dice que Gröbl fue asesinado por partisanos mientras viajaba con Wendig en Italia. Este huyó dejándolo herido de gravedad y más tarde se le reportó muerto, aunque los hechos no eran completamente claros”.

Más adelante hablaremos sobre la correspondencia que Schwend mantuvo desde Lima con la señora Lo Stein, de Prien, a fines de los 60 y principios de los 70. Llenas de interesantes confidencias, estas cartas ilustran aspectos de la vida de Schwend que no podríamos encontrar en ninguna otra fuente, aunque tampoco podemos afirmar que lo que Schwend comunicaba a la señora Stein fuera fiel a la verdad, sabiendo que el alarde y la fanfarronería no le eran en absoluto ajenos. En una de esas cartas, fechada en Santa Clara el 3 de junio de 1969 —más de veinticinco años después del incidente—, Schwend escribió:

Me preguntas por mi salud; bueno, pues ahí, más o menos. La guerra y la posguerra no se fueron sin dejar su impacto. Ya no se me ven en el abdomen las tres heridas de bala; tampoco siento ya el disparo oblicuo que me atravesó la cadera, y casi no se pueden distinguir las cicatrices. Lo único que me sigue dando molestias es el pie, o más bien la pierna izquierda, las venas, pero quizás dure sólo algunos años más, y cuando, tarde o temprano, venga el gran hermano de los sueños, de algún modo podremos descansar hasta la siguiente vida.

Si esta confidencia a la amiga es verdadera, el incidente en el que Gröbl perdió la vida le puso a Schwend cuatro o cinco balas en el cuerpo y eso explicaría su referencia al impacto que la guerra dejó en su salud. Pero, ¿a qué se referiría al mencionar que ese impacto también le debía algo al periodo de posguerra? ¿Alguna de esas heridas le habría sido infligida después o era sólo algo dicho a la ligera?

CAPÍTULO III

DINERO FALSO PARA EL REICH

Más que su matrimonio con la aristocracia, sus viajes y sus fanfarronadas sobre lo hecho en Rusia, China o América, la “celebridad” de Friedrich Schwend —y su vinculación definitiva con el régimen nazi— se se la dio la operación Bernhard, famosa estratagema con que los nazis hicieron guerra económica: un sistema de falsificación de libras esterlinas y, en menor medida, dólares estadounidenses, y un esquema de distribución para convertir el dinero falso en valores efectivos y “lavarlo”.

El encargado en la alta jerarquía nazi de disponer lo necesario para que la operación se llevara a cabo fue Ernst Kaltenbrunner, el relevo de Heydrich en la dirección de la Gestapo y la RSHA después de que “la Bestia Rubia” fuera asesinado en Praga, en junio de 1942, por paracaidistas de la resistencia checoslovaca entrenada en Inglaterra. Kaltenbrunner organizó una “fábrica de dinero” operada por prisioneros judíos que fueron reubicados en el campo de concentración de Sachsenhausen, y que lograron salvar su vida gracias a los oficios y áreas de experiencia que los convirtieron en obreros de ese taller. Y además de los talleres, Kaltenbrunner estableció una red internacional de agentes que se encargarían del movimiento del dinero falso, a cuya cabeza estaría Schwend (Breitman, 2005, p. 121).

Había un antecedente para la operación Bernhard: la operación Andreas, puesta en marcha en 1940 por Alfred Langer, de la RSHA, siguiendo una orden del propio Hitler (Breitman, 2005, p. 122). En aquel momento, tanto el Reichsbank como el jurista Helmuth James von Moltke —miembro de la resistencia antinazi que cuatro años más tarde sería ejecutado como parte de las sentencias por traición que sucedieron al atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944— advirtieron a la comandancia suprema (*Oberkommando*) de la Wehrmacht que tal operación violaba leyes internacionales, pero el SD decidió ponerla en marcha de cualquier manera.

Usar dinero falso para desestabilizar la economía del enemigo no era una estrategia de guerra nueva ni era desconocida para los Aliados. Malkin (2006) describe casos similares en la historia y detalla la forma en que

propuestas de acción similares pasaron por la oficina del primer ministro británico y por la Casa Blanca, así como las razones por las que fueron desestimadas; probablemente las mismas por las cuales los Aliados no pusieron suficiente atención en la operación Bernhard aun cuando conocían su existencia. Según Nachtstern y Arntzen (2008, p. 26), que se apoyan en “información dada por un espía”, el Banco de Inglaterra estaba enterado de los planes de falsificación de su moneda desde 1939; Malkin lo insinúa también, y asegura que las autoridades británicas no llegaron a considerar el hecho como peligroso sino hasta muy tarde.

Pero el verdadero creador de la operación Andreas no había sido Langer sino su superior, Alfred Naujocks, a quien Richard Wires (1999) describe como un “producto típico de las SS, una especie de gangster intelectual”, entre cuyos “logros” estuvo la “puesta en escena” del supuesto ataque polaco a una estación de radio alemana, el 31 de agosto de 1939: el “atentado” que sirvió de pretexto a Hitler para invadir Polonia al día siguiente y desencadenar la Segunda Guerra Mundial (Alford y Savas, 2002, p. 69).

Ya hemos mencionado que detrás de la rigidez y la apariencia de coordinación milimétrica del partido nazi convertido en sistema social totalitario, se desarrollaban numerosas intrigas palaciegas por las que los miembros de los círculos cercanos a Hitler y a los jefes superiores de su séquito (Himmler, Goebbels, Göring) competían entre sí. Así, el esquema de organización de Naujocks para la operación Andreas tuvo como motor principal la competencia con Walter Schellenberg, otro ambicioso oficial del SD que luego ascendería con rapidez (Wires, 1999, p. 88). Naujocks veía en esta oportunidad la posibilidad de ganar la carrera contra su adversario y organizó el Grupo VI F para empezar a producir billetes falsos en denominaciones de 5, 10, 20 y 50 libras esterlinas (NARA, Schwend File 1). Breitman, sin embargo, lo describe como “un hombre con brío pero sin educación ni conocimiento técnico, por lo que no podía dirigir la operación”: los primeros billetes simplemente no tenían la calidad necesaria para ser distribuidos.

Para colmo, Naujocks chocó con el temible Heydrich, favorito de Himmler pues también estaba a cargo de otra famosa estrategia de espionaje: el Salón Kitty, el burdel de Berlín en el que se escuchaban y grababan ilegalmente las conversaciones y asuntos privados del cuerpo diplomático. Naujocks olvidó apagar los micrófonos durante una visita de Heydrich a la casa de citas y, a causa de esta imprudencia, fue depuesto en el otoño de 1940 y sustituido por el SS *Sturmabführer* Hermann Dörner, que tampoco tuvo mucho éxito como falsificador. Hubo otros intentos de falsificación a través de empresas privadas, pero nada de importancia ocurriría hasta 1942,

cuando Heydrich fue asesinado en Checoslovaquia y la escasez de divisas extranjeras fuertes, de acceso limitado por la deficiente situación económica alemana, se convirtió en un obstáculo para la adquisición de materias primas necesarias para la producción de guerra (Breitman, 2005, p. 122).

Heydrich era una pieza clave en la estrategia de Hitler. Para citar sólo algunos ejemplos de su historial, podríamos mencionar que su mano estuvo presente en los asesinatos de la “noche de los cuchillos largos”, con los que Hitler se sacudió la oposición dentro del partido a mediados de los años 30. Fue uno de los organizadores del salvaje pogromo que se conoce como la “noche de los cristales rotos”, del 9 al 10 de noviembre de 1938, que marcó el momento en que el antisemitismo se convirtió en política de Estado de la Alemania nazi y pasó de ser una ideología perversa a un monstruoso sistema de aniquilación. De él provino el decreto llamado “Noche y niebla”, de fines de 1940: la orden de captura en clandestinidad de cualquiera que fuese sospechoso de “poner en peligro la seguridad de Alemania”, y tenía acceso a vastos archivos de donde obtener identidades sospechosas dado que fue presidente de la Comisión Internacional de Policía Criminal, antecesora de la Interpol, cuando dicha comisión se convirtió en herramienta nazi después del *Anschluß*, la “unificación” de Alemania y Austria en 1938. Heydrich fue también el creador de los *Einatzgruppen*, las “fuerzas de tarea” que acompañaron los movimientos de la Wehrmacht hacia Polonia y Rusia con el encargo expreso de cercar, apresar y matar población judía, romaní y eslava, así como a aquellas personas que tuvieran enfermedades o “defectos” físicos. Estos escuadrones de la muerte ejecutaron al menos un millón de personas, principalmente judíos, de los cuales setecientos mil fueron asesinados en Rusia solamente.

La muerte de Heydrich cambió muchas cosas en el régimen. La prueba última y terrible de la importancia que este miembro de la cúpula nazi tenía para Hitler, de la confianza que el Führer había puesto en él, fueron las represalias que los nazis tomaron para “vengar” su asesinato, empezando con el recrudecimiento de la represión contra la población civil checoslovaca y siguiendo con la ignominiosa masacre de Lidice, pueblo donde los nazis habían identificado mayor actividad de resistencia. Tres semanas después del atentado, ocurrido el 27 de mayo de 1942, y seis días después de que Heydrich murió de septicemia como producto de ese atentado, los nazis perpetraron su salvaje venganza que, en total, cobró la vida de más de mil trescientas personas y en la cual dos pueblos enteros fueron borrados del mapa: Lidice y Ležáky. Entre las víctimas de esta sangrienta venganza hubo decenas de niños que fueron separados de sus familias y destinados a la

“arianización” (a ser “adoptados” por familias alemanas, preferentemente de oficiales de las SS), la prisión y muerte por enfermedades no atendidas en campos de concentración, o la asfixia en campos de exterminio o en las camionetas de la muerte ideadas por Walter Rauff, uno de los procesos “gestionados” por Adolf Eichmann; ambos, nazis que lograrían escapar hacia Sudamérica después de la guerra.

Así, muerta “la Bestia Rubia”, el régimen nazi perdió uno de sus cuadros más importantes. La relevancia del golpe dado por la resistencia checoslovaca con la operación Antropoide —de la que todos los involucrados perecieron— radica en el gran vacío de poder que se logró crear con su ausencia y en los titubeos del régimen en el momento de reconstituir sus métodos y procesos. Su sucesor, Ernst Kaltenbrunner, no sería menos salvaje, pero sí era menos consistente y carecía de la eficacia que caracterizó a Heydrich.

Con Heydrich muerto, todas las operaciones de la RSHA, incluyendo la operación Bernhard, fueron a dar a las manos de Kaltenbrunner. Bernhard Krüger, antiguo asistente de Naujocks, desplazó a Dörner y legó su nombre de pila para una nueva etapa de la operación. Logró reunir en el campo de concentración de Sachsenhausen a un grupo de judíos procedentes de otros campos, especialistas de distintos oficios relacionados con la imprenta y las artes gráficas —y la falsificación—, con el propósito de hacerlos trabajar en la producción de billetes (Breitman, 2005, p. 122). En total serían alrededor de cuarenta trabajadores en el Bloque 19, a los que se sumarían más tarde otros cien y se ampliaría el espacio al Bloque 18 (Wires, 1999, p. 88). Habría dinero falsificado en tres calidades: el grado más bajo se destinaría a personas sin gran capacidad de observación y se pensaba en un principio lanzar los billetes desde el aire sobre territorio inglés para sembrar desconfianza en la moneda británica, pero este plan no pudo realizarse porque, para entonces, la Luftwaffe ya se encontraba en desventaja respecto de las fuerzas Aliadas (Breitman, 2005, pp. 122-123). Los billetes de más baja calidad estaban destinados a transacciones menores en las que se podía “correr el riesgo” de que los fallos en las falsificaciones fueran detectados. Las libras de calidad mediana podían ser usadas para algunas transacciones en países ocupados, así como para el pago de informantes y colaboradores que “no se atreverían a presentarse con moneda enemiga ante los bancos” y, finalmente, los billetes de calidad superior estaban destinados a ser usados para realizar compras en países neutrales y para cubrir los gastos de operaciones de inteligencia en países extranjeros (Wires, 1999, p. 89).

El trabajo fue tan impecable que Krüger llegó a proponer a sus superiores que se “levantase la moral” de los trabajadores ofreciéndoseles una

condecoración de segunda clase con seis cruces y doce medallas de “Buen Servicio”. Ante la negativa de Schellenberg a condecorar judíos, Höttl —dice Pirie— logró ingeniárselas para que entre los documentos pendientes de firmar por Kaltenbrunner estuvieran las peticiones de condecoración; consiguió el permiso y que algunos judíos de Sachsenhausen pudieran lucir las condecoraciones. Pero debemos tomar con cuidado esta información dado que proviene del texto de Pirie (1962), que sigue demasiado de cerca a los poco confiables recuerdos de Höttl. De ser cierto, esta habría sido la única ocasión en que judíos recibieran algún tipo de reconocimiento nazi, pero ninguna de las crónicas de los sobrevivientes lo confirma.

El monto del dinero fabricado por la operación Bernhard fue de alrededor de quinientos cuarenta y cinco millones de dólares al cambio oficial; “en dinero de hoy —dice Malkin en 2006—, al menos seis mil millones de dólares”; más de ocho mil millones de 2020.¹ Malkin se basa para estos cálculos en las notas del “cuaderno secreto” de Oskar Stein, el contador de la operación Bernhard; judío y miembro del grupo de prisioneros de Sachsenhausen. Las cifras totales de la producción de Sachsenhausen habrían sido de £132 610 945 (Mader, 1969), de las cuales fueron enviadas a la oficina de la RSHA en Berlín un total de £10 368 445. El interesante reportaje para televisión *Hitler's Lake* (Pelley, 1999), que cubrió el rescate de libras falsas en el lago Toplitz, Austria, realizado por Oceaneering Technologies, calcula el valor de los billetes producidos por la operación en 4,5 miles de millones de dólares de principios del siglo XXI. Por su parte, en el libro *Money of Their Own. The Great Counterfeiters*, Murray Bloom cita la cifra de seiscientos millones de dólares (1957, p. 234); los datos de Malkin parecen ser los más confiables. El dinero falsificado se distribuyó, según Mader (1969), de la siguiente manera: un 62,5% terminó en España, Portugal y Suiza; un 25% en Francia, Bélgica y Holanda, y un 12,5% en Turquía, Oriente e Iberoamérica.

Existen fuentes directas que permiten conocer pormenores de la forja de dinero falso que luego se distribuía a través de la operación Bernhard. Los testimonios pertenecen a algunos de los judíos del Bloque 19 que trabajaron en la operación y que escribieron posteriormente sus memorias, como Avraham Krakowski (instalado en Nueva York), Peter Edel (quien se convirtió en un celebrado intelectual en Alemania del Este), el holandés Max Groen y el eslovaco Adolf Burger (Nachstern y Arntzen, 2008, p. 30). En 2007 el cineasta austriaco Stefan Ruzowitzky estrenó la cinta *Die Fälscher*

¹ Servicio de cálculo de inflación en los Estados Unidos de Coinnews Media Group LLC (www.usinflationcalculator.com). Hay que recordar que el cálculo de inflación en el tiempo puede variar considerablemente en función de las variables económicas que se tomen en cuenta o se dejen de lado.

(*Los falsificadores*), basada en la historia de la operación Bernhard al interior de Sachsenhausen, con la que obtuvo el Oscar a mejor película de habla no inglesa en 2008. Se trata de una estupenda ficcionalización de la trama vivida por los prisioneros de los bloques 18 y 19, basada principalmente en el texto de Malkin, que sin duda es la mejor documentada de todas las fuentes disponibles.

La operación tuvo un largo alcance e involucró a personas que trabajarían en ella incluso involuntariamente, pero estuvo lejos de ser considerada un crimen de guerra, algo que Bloom denunciaría en la década de 1950, señalando que ninguna persona fue encarcelada “por más de un día” por haber participado en esta operación. Los británicos la tomaron como un ardid de la guerra y no como una acción criminal digna de ser mencionada en tribunales como Núremberg (Bloom, 1957, p. 234).

SCHWEND Y LA OPERACIÓN BERNHARD

Schwend llegó a la operación Bernhard, como hemos visto, por intermedio de Gröbl y, gracias a él, de Höttl. La impresión que Schwend causó en Höttl cuando se conocieron en Roma fue la de una persona de carácter reservado, pero “impresionante, con las secas maneras de un hombre de negocios” (Höttl, 1955, pp. 46-47). Pirie relata el mismo suceso en términos similares, aunque Gröbl es para él “Willi Fröben” y Höttl es “Holten” (1962, p. 37). Schwend solía encontrarse con Höttl en el conocido restaurante Ulpia de la Ciudad Eterna y criticaba que los servicios secretos no tuvieran financiamiento; se los “mataba de hambre”. Aseguraba que si tuviese la maquinaria suficiente, la operación Bernhard podría dar un rédito de doscientos cincuenta millones de *reichsmarks* al año para acciones del servicio secreto, en dólares americanos o en francos suizos; a Schwend, “amante de los negocios riesgosos”, no le interesaban los planes de Himmler para desprestigiar la moneda británica con billetes falsos pues conocía el “poder económico del imperio” (Höttl, 1955, pp. 46-48).

En *Nazis on the Run*, Gerald Steinacher asegura que fue a partir de entonces que Schwend se incorporó como agente del SD (2011, pp. 162-163), aunque, como hemos visto, su relación con Gröbl lo coloca cumpliendo tareas para ellos al menos desde 1939 o 1940, cuando la fortuna Bunge se

le escapó de las manos junto con el parentesco aristocrático. Bertha von Ehrenstein, secretaria en las oficinas del SD en Múnich en las que Schwend coordinaba con Berlín, al ser interrogada por los Aliados después de la guerra afirmó haber conocido a Schwend, “que vivía en Abbazia [...], un día de 1939”. Divorciado de la noble Agnes y establecido en el Adriático, Schwend contrajo segundas nupcias con Hedda Neuhold, natural de Trieste, hermana del Dr. Giovanni Neuhold que fungiría como contador de la fase de distribución —la fase de Schwend— de la operación Bernhard (Malkin ofrece en su sitio en internet copias de las traducciones al inglés de las declaraciones de Von Ehrenstein; véase www.lawrencemalkin.com).

Höttl relata que le había sido muy difícil convencer a Kaltenbrunner de llevar a cabo la operación que Schwend proponía para aprovechar las libras fabricadas y almacenadas por Krüger y su personal. Un ardid de Schwend y Gröbl, según el relato de Höttl, fue sacar a hurtadillas parte del dinero falso para sobornar al personal de cámara de la princesa Colonna, aristócrata italiana, a cambio de información sobre un importante personaje que la visitaba a menudo, el Conde Ciano, yerno de Mussolini, sobre quien volveremos más adelante. Schwend y Gröbl esperaban que a partir de este caso quedaran demostradas las posibilidades que tenía la operación si se realizaba a gran escala. Höttl habló nuevamente con Kaltenbrunner y este logró convencer a Hitler de la necesidad de darle un nuevo impulso a la operación (Höttl, 1955, pp. 51-52). El Führer autorizó entonces la instalación de un “estado mayor especial” para ello; era práctica común suya formar este tipo de equipos para cumplir y supervisar cualquier plan en cualquier momento, como, por ejemplo, el que mandó formar en diciembre de 1942 para autorizar un reforzamiento del VI ejército en Stalingrado, que estaba a punto de caer (Beevor, 2006, p. 463).

Kaltenbrunner ofreció a Schwend treinta y tres y un tercio por ciento de las ganancias (otros autores, como De Hoyos, anotan que era el treinta por ciento). Schwend ofreció a su vez un veinticinco por ciento a sus agentes, lo que dejaba un ocho y un tercio para él, suma nada despreciable considerando que se trataba de una operación millonaria (Höttl, 1955, p. 57). Podría calcularse el ingreso neto anual de Schwend gracias a la operación Bernhard en una cifra cercana a los veinte millones de *reichsmarks* (Rowe, 1976).

Pero antes de entrar directamente a trabajar en la operación, Schwend debió superar una prueba: se le entregaría una maleta con libras falsas por un valor de diez millones de *reichsmarks* para que las cambiara por valores. Exactamente cinco semanas más tarde, Schwend presentó esa suma en barras y monedas de oro y en dólares (Rowe, 1976). Este intercambio fue

hecho por Rudolf Blaschke para Schwend; sobre ello existe información en la Administración Nacional de Archivos y Registros de los Estados Unidos (NARA), pues la Secretaría de Estado estadounidense recibió un telegrama de Zúrich con información de las investigaciones policiales. A inicios de 1943, Rudolf Blaschke fue arrestado en Vaduz, capital del principado de Lichtenstein, al encontrársele tratando de pasar diez mil billetes ingleses falsificados a la American Express Company, algunos de ellos “de excelente hechura” (Breitman, 2005, p. 123; Pirie, 1962, pp. 34-35, con Blaschke identificado como Rudi Rasch). Hicieron maromas para ocultar el origen: Blaschke declaró haber recibido el dinero falso de Schwend, y este lo habría recibido en Agram, Croacia, de un agente que, a su vez, lo recibió de otra persona en Estambul (NARA, RG 59, Central File 1940-1944). El telegrama procedente de Zúrich a la Secretaría de Estado en Washington que registra la información relacionada con la captura de Blaschke, añade que el eslabón en Turquía habría obtenido el dinero falso de un agente en Irán, donde los ejércitos de ocupación británico y ruso lo habrían puesto en circulación. Como resultado, Sam Woods, diplomático estadounidense en el consulado de Zúrich con contactos de inteligencia, determinó que había que tener cuidado con Blaschke y Schwend quienes probablemente eran agentes alemanes (Malkin, 2006, pp. 122-123; Steinacher, 2011, p. 165).

Cuando Schwend tuvo autorización para iniciar la operación, compró un palacete, Schloss Labers, en las afueras de Merano, en el Alto Adige o Sudtirol, región del norte de Italia donde se habla comunmente alemán. Adoptó el nombre de Wendig y con el nombre obtuvo también autoridad sobre un cuerpo de infantería inexistente, y el rango de *Sturmbannführer* de las Waffen SS que lo hacía oficial de la Gestapo, con pase ministerial incluido. El informe de la CIA titulado “Operación financiera de la RSHA” —hoy desclasificado—, confirma que Schwend adoptó la identidad y el rango del SS *Sturmbannführer* Dr. Wendig (muerto en 1944 durante un ataque partisano en Italia), sin pertenecer de hecho a las SS (Ruffner, 2003, capítulo 4). Esta fue, entre otras, su principal identidad en aquellos tiempos. Asumió también, según Höttl (1955, pp. 55-56), nombres portugueses, españoles, sudamericanos y egipcios, así como documentos de partisanos emitidos por los comunistas de Tito, los nacionalistas serbios de Mihailovich y los guerrilleros de Cardona. La operación, según De Hoyos (1984, p. 229), habría llegado a todas las partes del globo, desde Estambul hasta Santiago de Chile. Laval, por ejemplo, un agente de Schwend, andorrano afincado en París y anticomunista acérrimo, se encargó de vender libras falsificadas en Francia y Japón (Pirie, 1962, p. 118).

Para 1945 el campo de concentración de Sachsenhausen ya no se consideraba un lugar seguro para la fabricación de billetes, por lo que Himmler decidió reubicar el proyecto en Austria. Un oficial de las SS a quien Wires identifica como teniente Hansch, asistente de Krüger, dirigió el traslado de un convoy de camiones con hombres y equipos al campo de concentración de Mauthausen, cerca de Linz, para ser luego trasladados a Redl-Zipf, a un largo túnel, la Galería 16 (Wires, 1999, pp. 93-94).

Después de la guerra, a partir de las declaraciones del titular del SD en Múnich, SS *Obersturmführer* Joseph Dauser y de su secretaria, Bertha von Ehrenstein, así como de los testimonios de los agentes de Schwend, Georg Spitz, Bela Tar y Agi Zelany, la inteligencia estadounidense pudo completar información acerca del alcance de la operación Bernhard, así como lograr un primer bosquejo de la organización identificando a los responsables y a los agentes por zonas y permitiendo, además, recuperar parte de los recursos producidos por el movimiento del dinero falso en Europa (NARA, Spitz File, 0016; Ruffner, 2003, pp. 18-19).

El 5 de junio el teniente Charles Michaelis elaboró un organigrama de la operación Bernhard, conocida por los agentes estadounidenses como “Operación Financiera de la RSHA”, en un informe dirigido a las autoridades de la X-2, rama de contrainteligencia de la Oficina de Servicios Estratégicos en Alemania (Ruffner, 2003).² La lista de nombres en ese organigrama prueba que la operación era importante para la alta jerarquía nazi: comenzaba por Himmler y Kaltenbrunner, y debajo de estas dos autoridades supremas que respondían sólo al Führer, estuvieron al tanto de la operación Walter Schellenberg, jefe de la RSHA Amt VI (inteligencia en el extranjero) y Josef Spacil, jefe de la RSHA Amt II, encargada de administración y logística de toda la RSHA. Llama la atención que en el capítulo dedicado a la operación Bernhard por Alford y Savas, Spacil parece deber su posición a Schwend:

La RSHA Amt II había estado involucrada desde tiempo atrás en el negocio de la falsificación (pasaportes, sellos de goma y similares), pero Schwend pensaba que era necesario un nuevo oficial para manejar la operación, alguien con quien él pudiera trabajar. En el verano de 1944, Schwend decidió que el SS Standartenführer Josef Spacil era la persona adecuada para encabezar la sección. (2002, pp. 75-78)

² La Oficina de Servicios Estratégicos, OSS por sus siglas en inglés, fue creada por Roosevelt para reunir esfuerzos de inteligencia dispersos en diferentes agencias. Fue disuelta en septiembre de 1945 para dar paso a la creación de la CIA.

A esta jerarquía respondía directamente Friedrich Schwend con el capital producido por la operación Bernhard, destinado a financiar operaciones del servicio secreto alemán durante la guerra, según habría planteado el propio Schwend a sus superiores antes de incorporarse a su mecanismo. Así, los viejos planes de Höttl, Gröbl y Schwend se hicieron realidad y les permitieron, al mismo tiempo, obtener cuantiosas ganancias.

La importancia de la operación para la jerarquía nazi permitió que se girase la orden de asistir a Schwend en todo lo posible a un titular de oficina del SD como era Dauser en Múnich, proveyéndole personal y apoyo logístico, como declaró su secretaria Von Ehrenstein (NARA, Spitz File). Ante esta funcionaria se justificó dicha cooperación alegando que Schwend se encargaba del servicio postal militar y que sus deberes incluían la compra de bienes para los alemanes, así como comida, ropa y gasolina para las tropas. A pesar de que a Dauser no le agradaban Schwend y sus agentes, Schwend hizo que la señora Von Ehrenstein llevara libros de cuentas de lo que se describía como una misión “ultrasecreta”, encargada desde Berlín con el nombre clave de “Scahe 1”. En su declaración, Von Ehrenstein describió que, bajo las órdenes directas de Schwend, abrió libros contables para el registro de “Reichsmarks”, “Kunar” (moneda croata circulante entre 1941 y 1945), “Lire” y “Stahl” (liras italianas y acero, respectivamente). Además de proporcionarle dinero para sellos, gastos y propinas, Schwend permitió que Von Ehrenstein tomara lo que necesitaba para solventar sus propios apuros económicos, lo que eventualmente hizo, hasta que se detuvo porque “no tenía nada que ver en ese asunto” (NARA, Spitz File).

La cadena funcionaba así: Schwend enviaba un telegrama a Spacil solicitando “kilos de acero”, clave convenida para referirse a las libras esterlinas falsas (Breitman, 2005, p. 125). Un millón de libras esterlinas, por ejemplo, eran “1,000 kilos de acero”. Por su parte, Schwend o sus agentes Oskar y Rudi Blaschke llevaban el dinero en sacos o maletas bien cerrados y sellados a la oficina de Von Ehrenstein y le indicaban cuánto ingresar en los libros. El hecho de ser responsable del registro preocupaba a Von Ehrenstein y en alguna ocasión se lo mencionó a Schwend, quien le respondió que no tenía de qué preocuparse ya que él personalmente contaba el dinero. Von Ehrenstein aseguró en su declaración que en una ocasión recibió un paquete de *kunar* abierto que contenía, hasta donde ella podía recordar, “uno o dos millones”. Los paquetes se almacenaban en la caja fuerte de la sección, protegida en la bodega del sótano, y eran recogidos por el propio Schwend o alguno de los Blaschke. En alguna ocasión, Von Ehrenstein pudo ver a la señora Schwend y a los hermanos Blaschke contando billetes británicos,

pero nunca se atrevió a preguntar a dónde se enviarían, segura de que no recibiría una respuesta auténtica en el “clima de desconfianza” que rodeaba a la operación. Este ambiente incomodaba a su superior, Dauser: “Estos imbéciles deberían dejarnos en paz. Sólo nos dan problemas, cuando en realidad es en Berlín donde deberían encargarse de esto” (citado por Von Ehrenstein, NARA, Spitz File). Malkin afirma que desde Berlín se enviaron al menos seis millones de libras Bernhard (24 180 000 de dólares al cambio de entonces, de una libra por 4,03 dólares, equivalentes a cerca de 330 millones de dólares de 2020).

La cooperación de la oficina de Dauser con la operación de Schwend terminó de manera no oficial: paulatinamente, todos los paquetes fueron trasladados y ya no quedó más en la sede de la RSHA en Múnich. Schwend y sus hombres —con excepción de Spitz, de quien Von Ehrenstein dice que mantuvo una relación cordial con ella y Dauser aún después— no volvieron a aparecer por las oficinas de la calle Franz Josef, aunque sí se les volvió a ver en Múnich (NARA, Spitz File). A partir de entonces, Schwend habría trabajado para el Amt VI en Viena, a donde Höttl había sido trasladado. Von Ehrenstein aduce que así era mejor para todos, no sólo por la aversión de Dauser hacia esos “puercos” (según ella, así llamaba Dauser a Schwend y sus agentes), sino porque Viena representaba menor distancia hasta Italia.

En el “Informe de situación” no. 11, del 9 de noviembre de 1945, la OSS intentó describir de manera sintética las funciones, componentes y personas involucradas con toda la Amt VI de la RSHA, a la cual perteneció la operación Bernhard bajo la clave de Referat VI F 4. Destaca en la descripción la mención que los agentes responsables del informe hicieron de la susceptibilidad a la corrupción en esta área del trabajo secreto de la RSHA: “La producción de estos billetes [libras falsas] generó una gran cantidad de corrupción entre el personal que manejaba el dinero”. Es interesante notar que esta aproximación temprana al conocimiento de la operación se realizó antes de que los Aliados arrestaran a Schwend o a ninguno de los miembros de su red, por lo que el conocimiento del actuar corrupto en la operación tiene que haber sido sugerido por los elementos de las SS vinculados a la RSHA que ya se encontraban bajo arresto para entonces; en el caso del Grupo o Referate VI F 4, Dörner y Krüger. Höttl ni siquiera aparece en este informe (Counter Intelligence War Room London, 1945, p. 11).

LOS AGENTES DE SCHWEND

Aktion I

Las libras esterlinas fabricadas por los hombres de Krüger tenían como objetivo final la compra de armas y el financiamiento de operaciones de inteligencia, pero también se emplearon para comprar bienes que se almacenaban pensando en tener recursos útiles cuando la guerra llegara a su fin. Muchos de los billetes falsos fueron cambiados por divisas europeas, metales, obras de arte y lujosos bienes que los agentes de Schwend pudieron conseguir desde Europa hasta Medio Oriente.

La red de distribución se llamó *Aktion I* (este fue, al menos, uno de los nombres con que se ha conocido) y sumó a alrededor de 50 personas, entre agentes y subagentes —muchos de ellos trabajando para la red sin saberlo— bajo el mando de Schwend. La versión de Alford y Savas difiere de lo que parece ser el consenso de los historiadores y de algunos de los protagonistas: estos autores afirman que “*Aktion I*” era el auténtico nombre de la operación y que se desconoce la razón por la cual esta comenzó a ser conocida entre los agentes estadounidenses como “operación Bernhard”: “El proyecto se dio a conocer formalmente en Berlín como *Aktion I*. Popularmente hoy es mejor conocido (aunque esto es incorrecto) como operación Bernhard”, y citan el testimonio de Dauser: “operación Bernhard era un nombre para un asunto financiero similar a *Aktion I* que ellos mantenían en secreto ante Berlín... En lo que tocaba a Berlín, el nombre de la operación monetaria oficial siempre fue *Aktion I*”. Estas diferencias revelan la naturaleza secreta de las acciones y el hecho de que se realizaban bajo coberturas cambiantes, muchas veces ajustadas a quien iba dirigida la información, como es el caso de Dauser, una autoridad militar alemana que debía facilitar a Schwend lo que a este le hiciera falta sin que fuera necesario darle a conocer pormenores de lo que hacía (NARA, Schwend File s. n.; Malkin, 2006, pp. 128-129; Alford y Savas, 2002, pp. 70 y 80). El tiempo nos mostrará cómo Schwend depuraría el arte del engaño.

Más allá del nombre de la operación y de la red de distribución, los colaboradores de Schwend tenían presencia en los países ocupados aunque no exclusivamente ahí. Algunos de los miembros de esta red eran judíos de distintas partes de Europa, condición ideal para la operación porque les permitía evitar sospechas sobre su relación con los nazis o sobre la naturaleza de sus transacciones para el Reich (Malkin, 2006, p. 124). Ya conoce-

mos a algunos de ellos que en conjunto se beneficiaban con el veinticinco por ciento de las ganancias (descontando los costos de operación): Georg Spitzer Spitz, Georg Gyssling, Yaakov Levy (alias Jaac o Jacques van Harten), los hermanos Rolf (Rudi) y Oskar Blaschke, Bela Tar, Günther Wischmann, Alois Glavan, Agi Zelany, Aleksander Koloch, Krastan, Manser (o Merser), Harald Wäninger y Laval.

Al menos dos entre los principales agentes eran judíos: Van Harten y Spitz (Elam, 2000, pp. 7-8). Según Elam, estaba implicado otro judío, Carlo Lovioz, ex jefe de la Banca Commerciale en Londres y hermano del director del Banco de Basilea, aunque solamente este autor lo menciona, sin aclarar su función en la operación. Van Harten y Spitz tendrían papeles importantes incluso después de la guerra; el primero, aun cuando había evidencias criminales en su contra y sospechas de colaboracionismo con los nazis a través de sus conexiones con la Cruz Roja Internacional, se refugiaría en Palestina con la protección de importantes autoridades del nuevo Estado de Israel, por su participación en acciones que salvaron a muchos judíos. Spitz, por su parte, se quedaría en Europa después de colaborar con los servicios de inteligencia de los Estados Unidos; ha sido gracias a él que los Aliados llegaron a conocer los alcances de la operación Bernhard, a capturar a sus agentes —empezando por entregar al propio Schwend— y a confiscar bienes producto de ella.

El centro de operaciones de Schwend estaba en Schloss Labers, el palacete que había adquirido en Merano. Según Bela Tar, ex chofer del embajador húngaro en Suiza, convertido en informante de la OSS, las instalaciones contaban con una estación de radio e infraestructura telefónica. Cuando Schwend conoció a Tar en Merano, le propuso que, a su regreso a Suiza, “consiguiera trabajo en la legación estadounidense o británica y proveyera información a los alemanes”; él pagaría por esos servicios con dólares y libras para vender en el mercado negro suizo. Es probable que Tar haya hecho este tipo de transacciones para Aktion I antes, pero eventualmente prefirió entregarse a las autoridades suizas y, a través de ellas, informar a la OSS lo que sabía: la dirección en Merano de Schwend —ya reconocido por la inteligencia Aliada como “jefe del espionaje alemán en Italia”—, las características de Schloss Labers y cómo había “visto por casualidad el lugar donde se desempacaban cajas llenas de liras italianas nuevas”. Además realizó un croquis de la ubicación del castillo que la OSS envió a París, Caserta y Washington, recomendándolo como objetivo para bombardeo (Ruffner, 2003, capítulo 4).

El conocimiento de la ubicación del cuartel general de Schwend, de sus actividades como jefe de distribución de la operación Bernhard y de

su papel en las acciones de espionaje alemán en Italia, permitió que miembros del ejército estadounidense encargados de esa zona procediesen a su aprehensión y la de sus colaboradores. Un equipo de inteligencia militar dirigido por los oficiales estadounidenses Eric Timm y Charles Michaelis capturó a Friedrich Schwend y a su agente Günther Wischmann —cuyas operaciones en Eslovaquia como veremos más adelante, fueron desveladas por otro agente de la red Aktion I, Agy Zelany—. También fueron arrestados Oskar y Rudi Blaschke, Harald Wäninger, el Dr. Georg Gysling y Van Harten (NARA, Schwend File 1). El Dr. Giovanni Neuhold, contador de la operación y cuñado de Schwend, también fue interrogado pues se creía que podía indicar el lugar donde la RSHA había ocultado el dinero (NARA, SCI 12th Army Group).

Swend fue detenido en junio de 1945, poco después de lo que los Aliados occidentales conocen como Día de la Victoria en Europa. En la ficha de su captura se describió como un hombre de contextura media, rubio, que operaba bajo los alias de Fritz Klemp o Wendig. Funcionaba como oficial del Amt VI en Abbazia y su cuartel general era Schloss Labers, en las proximidades de Merano, en el Sudtirolo, una zona de gran importancia tanto en el ocultamiento de valores ante la ocupación Aliada (Alford y Savas, 2002), como en la ruta de escape de refugiados y fugitivos durante la posguerra (Steinacher, 2011, p. XVIII), que Schwend conocía por las actividades desarrolladas para el SD como *V-Mann*, cuando se estableció en Abbazia.

El arresto no tomó a Schwend por sorpresa. Desde antes de que finalizara la guerra, cuando el resultado ya era claro —como veremos al analizar la operación Sunrise y lo que Schwend sabía de ella—, habría escondido dinero, joyas, oro y otros caudales obtenidos personalmente gracias a la operación Bernhard en diversos emplazamientos. Uno de ellos fue Schloss Rametz, otro palacete en Merano, propiedad del ciudadano suizo Krastan, residente en la ciudad desde 1935, quien la había heredado de sus padres, y la puso en manos del “grupo Wendig” —como lo llama en sus testimonios ante los Aliados el *Kriminal Komissar* Artur Schoster, autoridad policial local— que la usó como vivienda, almacén y escondite personal de Schwend. En abril de 1945, Schwend habría llevado ahí una gran cantidad de cajas para que Krastan las tuviera en custodia. Una parte de ellas se habría ocultado en la cava del castillo y otra en una habitación de la planta baja que tenía un falso techo de madera separando un gran espacio y cuya entrada podía ser encontrada sobre una estufa (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center File). Además de custodiar las cajas de Schwend, Krastan colaboró

con él en el transporte de sus bienes a Suiza desde mayo de 1945, cuando consiguió una matrícula diplomática para su auto supuestamente con el fin de hacer servicio de correo para la Cruz Roja Internacional.

Las declaraciones del comisario Schoster han sido confirmadas en un informe secreto elaborado por Vincent La Vista, diplomático estadounidense en Italia —el célebre *Informe La Vista*, desclasificado— (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center File; Steinacher, 2011, pp. 160-161; La Vista, 1984, p. 18). En la opinión de Schoster, dado que Krastan era “un bueno para nada que causó muchas preocupaciones a sus padres”, fueron ellos quienes le entregaron Schloss Rametz “para deshacerse de él”, una especie de herencia adelantada. Los principales agentes del “grupo Wendig”, declaró Schoster —y mencionó a “las dos esposas de Schwend, sus sirvientes, el SS *Sturmbannführer* Rath, el SS *Unterführer* Hirth, Krastan, Van Harten y Torness”—, podrían dar información sobre los escondites de los que él sólo aportó ciertas pistas: lugares como Schaalstal y Martelltal, y el hotel Paradiso en ese valle, añade Steinacher (2011, pos. 3501), además de los castillos Dornsberg y Hochnaturns cerca de Naturno; las canteras de mármol de Laas, ciertos túneles en el alto Vinschgau y cuevas en los alrededores de Reschen Pass. Pero las declaraciones del oficial de policía tienen inconsistencias y no han dejado de dar pistas falsas a los buscadores de tesoros, aun cuando autores como Steinacher las han tomado como fuente fidedigna. En cambio, parte del botín escondido por Schwend al final de la guerra fue encontrado dentro del órgano de la iglesia de San Valentín en Merano. Suponemos entonces que el comisario Schoster se confundió y mezcló pistas incompletas de sus propias investigaciones en torno del “grupo Wendig”. Las referencias a estos sitios se han obtenido del interrogatorio al comisario realizado el 20 de septiembre de 1945, traducido al inglés (“Report on the Group Wendig by Kriminal Komissar Artur Schoster”), informe que no está marcado como secreto sino como “restringido” y que acusa el envío de 21 copias a destinos en Europa y Archivos de SCI (uno de los destinos está censurado). Así, en comparación con otros testimonios y documentos, como las declaraciones de Beetz, Von Ehrenstein, Dauser o Spitz, los hechos que describe el comisario Artur Schoster generan dudas sobre su veracidad o sobre hasta dónde estaba informado como autoridad local al margen de la operación real de la dictadura de Hitler a través de las SS. Resulta interesante que los relatos de Schoster no se mencionen en otros documentos sobre la “operación financiera de la RSHA”, por ejemplo, la descripción que hace de Schwend como bígamo, pues se habría casado con una mujer usando su nombre real y con otra usando el

de Wendig, “conservándolas a ambas”; las imprecisiones en las locaciones de los escondites y la apasionada defensa de un Franz Masser, a quien el “Grupo Wendig” querría despojar, son elementos que alertan contra su confiabilidad.

Los agentes de Schwend eran piezas de un mecanismo y cumplían su papel sin conocer la gran maquinaria que estaban haciendo funcionar. Al menos eso alegarían al ser capturados por los estadounidenses. Tal fue el caso de Agi Zelany, quien junto a Günther Wischmann sirvió a la operación Bernhard en Eslovaquia y cuyas declaraciones ayudaron a completar el conocimiento de los Aliados sobre la operación en el este de Europa y condujeron a la captura del propio Schwend. Dedicaremos algunas líneas a los más destacados entre ellos.

Georg Spencer Spitz

Nació en Viena el 29 de marzo de 1893, hijo de Sigmund Spitz, un maestro carnicero judío de Viena que había emigrado a Estados Unidos, y Maria Spitz, de soltera Morgenstern (HIS, Schwend Archiv, N. 31). Se libró de la persecución nazi gracias a que mantenía relaciones cordiales con Heinrich Hoffmann, fotógrafo y empresario cercano a Hitler y suegro del gobernador del Reich en Austria, Baldur von Schirach. Hoffmann brindó protección a este no-ario y a Erika, su guapa novia rubia, una ex modelo de apellido Brückmann nacida en 1901, con quien Schwend tendría una disputa en la década de 1960, por la herencia de Spitz (Rowe, 1976; HIS, Schwend Archiv, N. 31).

Localizado cerca de Rosenheim gracias a información proporcionada por Karl Hermann Friedmann, quien estaba siendo utilizado como agente por el teniente Alex Moore de SCI, Spitz fue arrestado el 13 de mayo de 1945 (NARA, Spitz File, 0002). En su primer interrogatorio ante Louis Vogel, otro agente de SCI, Spitz declaró que en 1942, siendo medio judío, necesitaba “desesperadamente” papeles de identidad. Otro medio judío que conoció entonces, Hanz Oskar Markuse, le dijo que sabía de alguien que podía dárselos; costaban cinco mil *reichsmarks*. Un par de días después, Markuse le presentó a Bertha von Ehrenstein, la secretaria del jefe del SD en Múnich, Josef Dauser. Spitz le contó su situación a la buena señora Von Ehrenstein, ya conocida nuestra, enfatizando que era “solamente medio judío” y ella le prometió un pasaporte; “yo, por otra parte —declaró Spitz—, le prometí

ayuda financiera”. Así, por cinco mil *reichsmarks* pagados a Dauser a través de Von Ehrenstein, Spitz consiguió un pasaporte falso (NARA, Spitz File, 0006).

En aquel primer interrogatorio ante SCI, según el informe que firmó Vogel, Spitz dijo que en el tiempo subsecuente estableció una buena relación con la señora Von Ehrenstein, pero que Dauser, quizá para guardar las apariencias, le exigió probar su media ascendencia aria. Para ello debió viajar a Viena, donde un amigo de su familia, el Dr. Fritz Habietinek, ex presidente de la Audiencia Penal de esa ciudad, le dio una carta en la que establecía que —¡oh, fortuna!—, antes de morir, su madre le había dicho que era en realidad hijo de un ario llamado Karl Neidl.

En sus comentarios al interrogatorio, el agente Vogel recomendó que Von Ehrenstein y Dauser fueran detenidos para saber más acerca de la operación Bernhard, y demandó encontrar inmediatamente a Wendig y a Gyssling junto con los objetos y valores producidos por la operación, pues estos podrían ser utilizados clandestinamente por “la organización”. En opinión de Vogel, el caso del que Spitz era la punta del iceberg se relacionaba con la posibilidad de financiamiento para actividades nazis de posguerra.

Spitz cantó. Probaría su utilidad para SCI entregando información que llevó a la captura de su antiguo protector, el fotógrafo Hoffman; a la búsqueda y recuperación de arte robado por orden de Himmler en Holanda; a la captura de *Loomis Taylor*, alias de un estadounidense colaborador de los nazis, y a la captura del Dr. Wendig, nombre con el que Spitz dijo conocer a Schwend (NARA, Spitz File, 0008). Aunque no se convirtió en un agente contratado o formalmente reclutado de SCI u otra agencia de inteligencia de los Aliados, fue mantenido como contacto e informante y valorado por su capacidad para generar otros contactos al menos hasta 1947, cuando los agentes de inteligencia dejaron de confiar en él y lo calificaron como “posible problema de seguridad”, o 1948, cuando fue descartado definitivamente como informante al darse a conocer que las autoridades de Bélgica y Holanda lo investigaban en relación con arte robado durante la guerra y por estar involucrado en “negocios financieros cuestionables” y en actividades “de pequeña escala en el mercado negro” (NARA, Spitz File, 0005).

Por su parte, la señora Von Ehrenstein presentó una extensa y detallada declaración acerca de las actividades de Spitz y, si bien en cierta forma reconoció haber recibido de él regalos y dinero, su declaración no describe una relación puramente comercial entre ambos. Declaró, por ejemplo, que Spitz le dio dinero en varias ocasiones para que pudiera pagar una operación de riñón para su hijo y que también llegó a proporcionarle comida, en

un tiempo en que incluso los integrantes de la burocracia nazi padecían la grave estrechez económica de la guerra. Las palabras de la secretaria de Dauser reflejan simpatía, gratitud y cierta preocupación por los problemas personales de Spitz, quien “parecía tener una vida dura y estar deprimido”. Quizá, siendo como era, funcionaria del gobierno nazi, se sintió protegida de los Aliados al manifestar su cercanía con “el judío que habló”. Pero no todo coincide en sus respectivos recuentos: en el testimonio de Von Ehrenstein, Spitz no había sido recomendado por el Markuse que él mencionó en sus declaraciones, sino por un hombre llamado Vogelsamer, quien se presentó ante el SD como un —otro— “medio judío” interesado en trabajar para el servicio a cambio de protección, aduciendo que podría ser útil por su conocimiento de los Estados Unidos y de Suiza.

Al hablar de Spitz con sus interrogadores estadounidenses, Von Ehrenstein describió las tareas de su oficina —en las que Spitz participó en un inicio—, que consistían en elegir de manera arbitraria algunos nombres entre los solicitantes de visas, a partir de listas que la Gestapo les enviaba semanalmente. Las personas seleccionadas eran convocadas a la oficina y se les condicionaba el otorgamiento de la visa de salida: debían traer de vuelta, desde el país al que viajaran, información de inteligencia política y económica (no militar, aclara Von Ehrenstein, pues esa era tarea del ejército). Pero en general, la información que obtenía el SD de esta manera resultaba irrelevante o inútil; muchas veces se trataba de simples reproducciones de la prensa local del lugar visitado.

A finales de 1943 Dauser presentó a Spitz a Schwend (bajo la cobertura de Wendig). Según algunos autores, la experiencia de Spitz en el negocio de compra y venta de arte llamó la atención de los nazis y produjo su incorporación al equipo de Schwend, bajo amenaza de represalias si se negaba a participar, para realizar viajes que tenían como propósito comprar divisas extranjeras, oro, joyas y arte. Malkin (2006) sostiene que Spitz habría sido localizado antes de que la operación estuviera en marcha (en un momento que el autor no define con claridad), al ser arrestado por circular cheques falsificados de American Express. Rowe (1976) atribuye a Spitz el haber sido el agente principal de la operación en los territorios del norte de Francia, Bélgica y Holanda, aunque no existe evidencia que confirme esta información para el caso de Francia, excepto porque alguno de los pleitos con Schwend que protagonizaría más tarde lo llevaría a la Ciudad Luz.

Dado el importante papel de Spitz en la captura de Schwend por los servicios de inteligencia estadounidenses, es interesante destacar que en sus distintas declaraciones varía la cantidad de viajes que dijo haber hecho

para la operación Bernhard. El 13 de mayo de 1945 (cuando fue puesto en custodia por SCI) admitió haber realizado dos viajes sin indicar a dónde, pero en el interrogatorio más sistemático del 16 de mayo de 1945 informó que realizó seis viajes a Bélgica y que en ellos gastó alrededor de seiscientos mil *reichsmarks*. Fue en esta declaración donde Spitz mencionó que en una de estas ocasiones, en Bélgica, “tuvo problemas con siete billetes británicos” y que más tarde reclamó a Dauser, que revisaron los billetes bajo luz de cuarzo y que finalmente Dauser aseguró su autenticidad. Aún así, Spitz insistió en saber cuál era el origen del dinero, a lo que Dauser respondió con la siniestra idea de que era dinero incautado a prisioneros.

De la extensa declaración de Von Ehrenstein se desprende que Spitz realizó al menos cuatro viajes: el primero a Ámsterdam, donde compró pinturas “de los viejos maestros”, tapices y otras piezas de valor a un hombre llamado “Middl” (“nos mostró fotografías de las pinturas que había comprado”, dijo Von Ehrenstein). Este personaje era Alois Miedl, marchante de arte que trabajó bajo la sombra de Göring; tendremos oportunidad de vérnoslas con él. En un segundo viaje a Ámsterdam, Spitz se habría encontrado ahí con Schwend y su esposa, y con Rudi Blaschke, pero en esta ocasión no habrían podido realizar transacciones con Miedl pues este había exigido garantías por escrito de la RSHA que Schwend no pudo proporcionar. No deja de ser interesante que Schwend, a través de Spitz —que aseguraba ignorar que las libras esterlinas utilizadas eran falsas—, haya logrado el objetivo de “lavar” dinero falso nazi a través de Miedl, un empresario estrechamente vinculado al régimen: los límites de la operación de lavado de dinero no respetarían siquiera a los miembros del propio bando. Por lo demás, Von Ehrenstein recuerda un tercer viaje que Spitz habría hecho a Bélgica junto con Rudi Blaschke, del que habría vuelto con regalos para ella, y finalmente un viaje más de ambos agentes a Hungría.

La trayectoria de Spitz como agente de la operación Bernhard o Aktion I termina aquí, pero su papel en los movimientos de inteligencia de los Aliados continuaría desde la segunda mitad de 1945 hasta principios de 1948, cuando los gobiernos de Bélgica y Francia emitieron la orden de captura contra él por actividades de apropiación ilegal de arte y valores durante la guerra, además de haber indicios de que operaba en el mercado negro de la época. En un interesante cable secreto del 13 de enero de 1948, la jefatura de la SSU (siglas en inglés de Unidad de Servicios Estratégicos), sucesora de la desaparecida OSS, dio a la unidad de Múnich luz verde para investigarlo.

En capítulos posteriores comprobaremos que Spitz se convertiría en un fantasma en la vida de Schwend (o viceversa) durante los años siguientes;

sobre él descargará el *V-Mann* la rabia de haber sido entregado, la frustración de haber tenido que entregar (parte de) su “patrimonio” para salvar el pellejo y lo que podríamos entender como una profunda envidia por el éxito y la libertad con que Spitz se enriqueció en la Alemania Occidental de la posguerra, riqueza que Schwend reclamaría siempre, al menos en parte, como propia.

Georg Gyssling

Ya hemos hablado de la trayectoria diplomática de este amigo de Schwend que había servido en la embajada de Alemania en los Estados Unidos entre 1927 y 1941, con el consulado de Los Ángeles a su cargo desde 1933. Fue ahí donde inició la relación con Schwend que duraría hasta los años 70. Gyssling regresó a Berlín como parte del intercambio de diplomáticos al romperse las relaciones de Alemania con los Estados Unidos, pero ante la sospecha de los nazis de que el diplomático tenía “simpatía por los Aliados”, Schwend le pagó favores recibidos haciendo “que fuera transferido a su servicio en Italia”, donde se convertiría en su principal consejero, agente comprador de la operación Bernhard y “especialista en arte” (Malkin, 2006, pp. 136-137).

El nombre del diplomático aparece también al final de la guerra en los documentos secretos de la OSS relacionados con las negociaciones de rendición de las fuerzas alemanas en el norte de Italia conocidas como operación Sunrise, sobre la que volveremos más adelante. Y encontraremos nuevamente a Gyssling también en los años de Schwend en Lima, como diplomático restaurado, asentado como abogado en España y representando “intereses” de Schwend en Europa.

En 1970, en una carta dirigida al oficial Arnold de la policía de Bayreuth, Schwend describió con claridad su relación con Gyssling a partir de 1944: “El ex-Cónsul General Dr. Gg. Gyssling había renunciado a su cargo en el Ministerio de Relaciones Exteriores en enero de 1944 para asociarse a mi Unidad”; refiriéndose a la cobertura militar dispuesta por Kaltenbrunner para encubrir la operación Bernhard, es decir, en palabras del propio Schwend, la “división adjunta al Comando General de la Tercera División Blindada de la cual fui Comandante, un comando especial que actuaba bajo las órdenes de Kaltenbrunner” (HIS, Schwend Archiv, Folder 35).

Agi Zelany y Günther Wischmann

La relación entre el eslovaco Agi Zelany y el alemán Günther Wischmann, y, a través de ellos, el papel de Harald Wäninger y de agentes franceses vinculados al gobierno de Vichy en la operación Bernhard, se conocen a través de las declaraciones que el teniente de la OSS X-2, Charles Michaelis, tomó a Zelany el 4 de junio de 1945. Malkin reproduce en su sitio en internet el informe firmado por Michaelis a partir del cual reconstruimos esta fase de la operación en sus momentos finales.

Zelany y Wischmann, agentes de la red de distribución de la operación Bernhard, se conocieron en diciembre de 1944 en el Hotel Carlton de Bratislava, la capital de la Eslovaquia ocupada por Alemania, donde ambos residían. Wischmann decía ser representante en Praga de la compañía de su padre, con sede en Hamburgo. Según lo que Wischmann le decía a Zelany, dado que en Praga no tenía oportunidades para hacer inversiones propias, estaba interesado en hacer negocios en Eslovaquia, así que le propuso a Zelany que le ayudara comprando bienes (“alimentos, comida enlatada, [...] telas, aparatos de radio, gramófonos, etc.”) con moneda eslovaca. Sus demandas fueron aumentando, por lo que eventualmente Wischmann preguntó a Zelany si podía cambiar libras inglesas. Zelany había trabajado en el sector bancario en Eslovaquia y tenía contactos en diversos bancos locales, como Josef Kopacek, gerente del poderoso banco Živnostenská —único banco checo que se libró de ser anexado por un banco alemán durante el dominio nazi, aunque no de contribuir al “esfuerzo de guerra”—; Kasik, un empleado de alto nivel del grupo Slovenska Banks, y Josef Kiasicka, del Slowakische Nationalbank (el mismo banco en sus versiones eslovaca y alemana). Estos hombres ayudaron a Zelany con el movimiento de divisas extranjeras (NARA, Schwend File).

Wischmann comenzó por darle “sumas que alcanzaban entre doscientas y quinientas libras”, y con las coronas eslovacas recibidas a cambio compraban “bienes de uso general, *reichsmarks* y monedas de oro”. A Zelany le parecía extraño que Wischmann no hubiera sido enrolado en el ejército, y cuando le dio a conocer esa inquietud, este respondió que había sido exonerado por heridas. Zelany relató que Wischmann dejó Bratislava para pasar la Navidad de 1944 en su casa, dejándole dos mil libras y que volvió para el Año Nuevo trayendo diez mil libras más. Además le dio a Zelany una muestra de equipo para soldado y le pidió que consiguiera cincuenta

mil unidades para el ejército alemán. Estos equipos militares, argumentaba Wischmann, funcionarían como cobertura oficial para sus “negocios personales”.

A mediados de enero de 1945, en vista del éxito en el movimiento de libras esterlinas, Wischmann llegó con sesenta y ocho mil libras y esto por fin pareció despertar las sospechas de Zelany. Entonces Wischmann le mostró unos alicates para colocar sellos oficiales en el equipaje, que había “comprado a algún servicio y que le habían costado mucho dinero”, y le dijo que trabajaba para “un hombre llamado Harald Wäninger, el único comerciante de armas privado en Alemania con permiso oficial”, quien negociaba con ingleses y estadounidenses para comprarles armas alemanas y checas confiscadas. Y al decirle esto le ofreció a Zelany “una comisión muy generosa si lograba comprar armas checas o alemanas confiscadas por los rusos o los partisanos”. En este proceso, Zelany puso en contacto con Wischmann a dos franceses que había conocido en Bratislava, supuestamente representantes del Ministerio del Trabajo del gobierno de Vichy, “a cargo del cuidado de los trabajadores franceses en Eslovaquia”, de quienes supuso que podrían establecer relaciones con los partisanos porque “había muchos franceses” entre ellos. La relación con Wischmann y su involucramiento en el tráfico de armas también consiguió que Zelany fuera exonerado de ser enrolado en el ejército eslovaco que había ordenado a todos los hombres de Bratislava incorporarse para cavar trincheras:

[Wischmann] me aseguró que yo era un *V-Mann* para él, por orden de Wäninger, para el territorio de Eslovaquia y que mi misión era vigilar fábricas importantes para la guerra. Esto no era suficiente, así que Wischmann me dio otra orden emitida por el SD que decía que yo estaba trabajando para el SD y no debía ser enrolado en el ejército. Cuando le pregunté a Wischmann cómo podía obtener semejante papel, me dijo que el SD tenía órdenes de apoyar la compra de armas. Esto fue a finales de enero de 1945 y fue la primera vez que oí mencionar al SD. (NARA, Schwend File)

Wischmann también confió a Zelany en esa ocasión que los dos franceses —a quienes ya les había encargado comprar armas y ofrecido grandes comisiones— eran en realidad miembros de la SD que habían sido transferidos a Bratislava. Wischman y Zelany continuaron comprando bienes “fundamentalmente en el mercado negro”: gasolina, colofonia (una resina natural sólida usada en la fabricación de papel y otros insumos de la industria gráfica), láminas de aluminio (15 000 kg), tela para uniformes, camiones,

palas, etc.; “compramos cantidades ilimitadas de estos bienes [...]. Pagábamos cualquier precio y disponíamos de cualquier cantidad”, declaró Zelany y añadió que no se llevaba ninguna contabilidad y que “la mercadería se iba inmediatamente a Praga y el dinero a Berlín”, aunque en ese momento, no sabía quiénes eran los destinatarios.

Según el testimonio de Zelany, en febrero de 1945 Wischmann volvió a salir de Bratislava llevándose “5 millones de coronas eslovacas, 2 millones de *reichsmarks*, 1000 monedas de oro, 5000 francos suizos y muchos diamantes”, y le dejó instrucciones de reportarse a un *Hauptsturmführer* local. Estando Wischmann ausente, los franceses acudieron a Zelany en busca de dinero para restablecer sus contactos con los partisanos pues sus “agentes” habían sido capturados. Cuando Wischmann volvió a Bratislava a fines de febrero, se mostró defraudado al no encontrar armas y entregó más dinero a los franceses. Al día siguiente de su llegada envió a Zelany a Praga con el encargo de recoger a su esposa, su hijo y su suegra, y llevarlos a Berchtesgaden (en el extremo sur de Alemania, frontera con Austria, cuatrocientos kilómetros al sur de Praga y otro tanto al oeste de Bratislava). Después de realizar el encargo, Zelany volvió a Bratislava y Wischmann partió a Berchtesgaden en un camión en el que llevaba comida y muebles para su familia. Continúa la narración de Zelany: “Para hacer que el viaje pareciera una misión oficial, dijo Wischmann, llevó 32 alfombras, suministros de oficina, moneda extranjera, oro y pinturas valiosas. Dijo que volvería unos cuatro días después pero se quedó cerca de tres semanas”.

Durante esta nueva ausencia de Wischmann, a mediados de marzo, Wäninger apareció en Bratislava y se mostró “muy sorprendido y molesto ante las actividades de Wischmann y dijo varias veces que le gustaría meterlo en un campo de concentración”. Zelany le entregó a Wäninger lo que estaba en su poder: “40 000 libras, como 200 monedas de oro y 2 millones de coronas eslovacas”, sin especificar en su declaración qué ocurrió con las monedas de oro o las libras ni cuál era el origen de los *reichsmarks*. Wäninger envió las coronas eslovacas y cerca de un millón de *reichsmarks* a Berlín, a través de courier del SD. Por primera vez Zelany conoció al destinatario: el *Standartenführer* Spacil, jefe del Amt II, y se enteró de que todas las operaciones realizadas con Wischmann habían sido ordenadas por esa sección de la RSHA.

En su declaración, Zelany no mencionó en ningún momento a Schwend o a Wendig ni a la operación Bernhard y todo indica que su propia participación en ella se dio sin conocimiento de su origen y sus objetivos. No parecía saber siquiera —o no quería confesarlo ante Michaelis— que las

libras inglesas que intercambiaba con sus contactos de la banca eslovaca y con las que compraba bienes y valores eran falsas, ni parecía tener conocimiento de otros agentes de la operación fuera de Wischmann y Wäninger, sus superiores directos, y los agentes franceses. Su narración, sin embargo, permitió al servicio de contrainteligencia estadounidense conocer la extensión de la operación en el este de Europa, así como algunas características de su *modus operandi*, su recurrente interés por las armas y la relación de sus agentes con partisanos u otros grupos armados de uno y otro bando como los chetniks yugoslavos o los ustachas croatas.

El testimonio de Zelany deja ver también lo que podría calificarse como “deficiencias” de la red de distribución de la operación Bernhard en la actitud y el comportamiento de algunos, si no de todos sus agentes: el hecho de que Wischmann se “cubría” con el traslado de su familia a territorio alemán y la probable malversación de bienes de la operación para su beneficio personal al acercarse la derrota alemana hacia marzo de 1945, con la consecuente ira de Wäninger, es un ejemplo de lo cercana que estaría toda la plana de Aktion I, desde Schwend hasta los agentes franceses, de un interés personal claramente mercenario.

Alois Glavan

Este agente, auténtico *V-Mann* del *V-Mann*, también está ligado a la historia de Schwend desde su incorporación a la operación Bernhard —probablemente antes— y hasta después de la guerra; una relación con altibajos que comienza con planes de sociedad y termina en ácido enfrentamiento. Su base de operaciones en el nuevo continente fue Ecuador. Está estrechamente vinculado con el asesinato de Teofilo Kamber en 1944, del que es sospechoso junto con Schwend. En Sudamérica, Glavan se cruzaría con él en asuntos turbios que llamaron la atención del FBI. Nada impide pensar que, siendo los dos principales protagonistas de la distribución para la operación Bernhard, sus disputas tuvieran que ver con quién echaba mano primero al producto oculto.

A Glavan lo conocemos gracias al propio Schwend, quien realizó para SCI un informe sobre él el 16 de agosto de 1946. El informe, “Louis Glavan”, indica que nació el 28 de marzo de 1905, en el seno de una familia de origen yugoslavo, en Fiume, cuando esa ciudad del Adriático, hoy puerto croata de Rijeka, formaba parte del imperio austrohúngaro y era la puerta

de Hungría hacia el exterior. Sin embargo, siguiendo la marea política que convulsionó a esa región desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda —fue una efímera república autónoma fundada por *Il Vate*, Gabriele D'Annunzio, antes de que la Italia fascista venciera sobre los intereses de la joven Yugoslavia y se la anexionara en 1922—, Glavan asumió la nacionalidad italiana, aun cuando había estudiado en la escuela militar yugoslava de Bileća donde alcanzó el rango de capitán. No queda claro si alguna vez renunció al ejército, si desertó o si conservó el rango. En los cinco puntos del informe, el redactor de SCI transcribió opiniones e información aportadas por Schwend sobre la personalidad y las actividades de su ex agente, antes, durante y después de la guerra, así como sobre sus habilidades personales y profesionales. Es probable que este informe, que incluye notas sobre los interrogatorios de SCI a Glavan, haya jugado un papel relevante en su liberación —o bien que sea producto de ella—, luego de poco más de un año de haber sido capturado por el CIC en Innsbruck y puesto en cautiverio en Ludwigsburg. Se le describía como “una personalidad interesante [...] de carácter fuerte, decidido, temerario; comerciante de profesión” (NARA, FOIA Schwend, 0047). Aunque, más adelante, en el informe el agente de SCI al que Schwend reportaba no dudó en asentar que la ocupación principal de Glavan era el contrabando (“puede contrabandear cosas, noticias o personas y *mantener la boca cerrada*”, subrayado en el original), su impresión es que se trataba de “un hombre capaz, inteligente, confiable (aunque indudablemente sin reparos ante la ley y los reglamentos) y audaz, abierto a cualquier propuesta”. Que fuera posible poner atención en “el valor” que la experiencia al margen de las leyes podría representar para un servicio de inteligencia, debería ponernos los pelos de punta; ese era el mundo de posguerra en Europa.

El agente de SCI indicó que “la cita con GLAVAN se obtuvo porque se pensó que bajo ciertas circunstancias podría ser útil para nosotros”: no cabe duda de que fue Schwend quien pensó esto. Para él, el oficio de Glavan no se asentó como “contrabando”, sino que se describió así: “Compra artículos que son escasos en un país y los transporta, sin pagar aranceles, en sus propios barcos, y los vende con alto margen de ganancia en otro. Ha hecho esto por mucho tiempo antes y durante la guerra”. Un contrabandista. Aclaró que Glavan brindó sus servicios a la operación Bernhard “consiguiendo artículos escasos como telas, uniformes, divisas extranjeras, papeles, armas extranjeras, etc.”, aunque sin ser un empleado formal de la RSHA, sino trabajando a través de un acuerdo directo con Schwend, como lo hicieron otros agentes. En su acuerdo con la estructura nazi, Schwend

era el último enlace, sus agentes no tenían que cumplir requisito “oficial” alguno. En el informe quedó registrado que Glavan “tiene una alta consideración por FLUSH” (uno de los nombres clave con que SCI identificó a Schwend mientras fue su informante); algo que confirma lo que antes había declarado Bertha von Ehrenstein: que Schwend despreciaba a Glavan y que los hermanos Blaschke lo odiaban, a pesar de lo cual Glavan era un auténtico devoto de Schwend —a quien habría conocido cuando ambos vivían en Agram (Zagreb), Croacia, en 1943— y su esposa.

El valor de Alois Glavan para Schwend no sólo estaba en sus “habilidades” como contrabandista —de las que ofrecía pruebas— sino también en su conocimiento del Adriático, que lo hacía valioso al mismo tiempo para los Aliados al iniciarse la Guerra Fría:

Es anticomunista. Habla bien italiano, alemán, croata y esloveno, y algo de búlgaro, ruso, checo y polaco. Tiene un excelente conocimiento de la política y la gente en Yugoslavia, Albania e Italia. Conoce bien la costa adriática de Italia y Yugoslavia, donde tiene amigos y relaciones de negocios. Mantiene buenas relaciones con elementos de la disidencia en Albania y Yugoslavia, especialmente Marco BERANI (MSC-17) y Bey Ali DRAGA (MSC-18).

Estos últimos eran personajes que los servicios secretos estadounidenses evaluaban para establecer redes de espionaje anticomunista en el Sudtirolo italiano y en Albania respectivamente. Así, la utilidad de un individuo como Glavan, tanto para Schwend como para la contrainteligencia Aliada en la inmediata posguerra es una cuestión natural. El propio Schwend informó que, una vez en libertad, Glavan se había trasladado a Italia, donde planeaba “comprar algunos botes e involucrarse en el comercio entre España, el norte de África, Italia y los Balcanes. Pretende establecerse bajo un alias en Ancona o en Bari. Se le puede contactar a través de FLUSH”. Un memo del 27 de enero de 1948 volvió a mencionar a Glavan, asumiendo esta vez que ambos habrían sido socios en el “negocio de transporte de mercancías” que estaban por iniciar en octubre de 1946 pero que no se llevaría a cabo. En lugar de esto, ambos huirían a Sudamérica.

La información relacionada con el asesinato de Kamber indica que Glavan era uno de los agentes más cercanos a Schwend y que probablemente estaba encargado de asuntos que requerían mayor discreción o cuidado; de aquellos que no debía saberse más allá de los muros de Schloss Labers. Un operador, quizá un sicario. El papel de Glavan en la operación Bernhard

fue, entonces, de gran relevancia y su complicidad se extendería. Pero el tiempo habría de separarlos: en 1966, veinte años después de que Schwend emitiera el informe para SCI que hemos reseñado, cuando ya estaba sólidamente instalado en Lima y ocupado en intrigar para recuperar los capitales que el fin de la guerra le había impedido trasladar a América, escribió sobre él en la carta a Julius Mader que hemos citado, describiéndolo como “un ex capitán yugoslavo, sobrino de un consejero de Tito [...] el mayor cerdo que había conocido jamás; había traicionado a cualquiera que hubiese confiado en él incluyendo a su propia familia” (FOIA, Schwend, 0134 y 0144).

Sin saberlo Schwend, Glavan había informado a CIC, ya en enero de 1948, que su ex jefe estaba viviendo en Lima de la riqueza producida por la operación Bernhard que había logrado ocultar de los Aliados (FOIA, Schwend, 0005).

Jacques van Harten

Yaakov Levy, alias Jacques van Harten, era otro de los agentes de Schwend de origen judío: un joyero y especialista en arte nacido en Silesia, Alemania, en 1901. Habiendo crecido en Breslau, en 1937 abrió su propio negocio en Berlín, pero pronto el antisemitismo en ascenso lo obligó a huir a Suiza, a donde llegó portando un pasaporte holandés con el nombre de Jaac van Harten. Sin embargo, las autoridades suizas sospecharon que se trataba de un agente alemán y lo obligaron a abandonar el país. Se trasladó a Budapest en septiembre de 1940, donde vivió un tiempo bajo la identidad de Jaac van Harten, y fungió como representante de la Cruz Roja Internacional. La empresa Transkontinent Import Export con la que trabajaba, se especializaba en resinas, medicinas y aceites vegetales y estaba involucrada en las transacciones de billetes falsos de Schwend en el mercado negro de Budapest. Un informe del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) confirma que fue reconocido por esta institución a raíz de su colaboración con la delegación de Budapest (G61, Archives of the International Red Cross), aunque no había sido nombrado sino que se habría atribuido a sí mismo la posición.

Van Harten llegó a Merano en febrero de 1945, donde creó “por propia iniciativa y sin referírsele a nadie” una delegación dedicada a diversas actividades. A principios de marzo había logrado penetrar el campo de concentración de Bolzano y prestar ahí socorros esenciales a los internos con ayuda

de personalidades eclesiásticas italianas. Como la guerra se aproximaba a la zona de Merano y se empezaba a notar la llegada de fugitivos, abrió una serie de “establecimientos” en los que les brindaba albergue; desde hospitales hasta depósitos de mercaderías. Asimismo, habría tenido éxito en su negociación para lograr que Merano fuera declarada “Ciudad-Hospital”, evitando el desarrollo de acciones de guerra en la zona. Uno de los establecimientos de Van Harten era la pensión Irma, con capacidad para unas treinta personas, que había abierto para acoger refugiados, algunos provenientes de campos de concentración. Después de la captura de Van Harten se autorizó que la pensión continuara funcionando por los “preciosos servicios” que brindaba. Utilizó también dinero Bernhard para un hospicio por un total de cincuenta mil dólares (Malkin, 2006, pp. 131-132).

Las actividades de Van Harten, “buenas en sí”, calificaba el informe del CICR, “lamentablemente ocultaban operaciones” que el autor del informe, Claude Filloud, preferiría comentar personalmente y no por escrito. Confirmaba que todos en Merano, incluido el agente consular suizo —Kras-tan—, “habían creído que [Van Harten] realmente era delegado del CICR”. Según el informe, cuando los estadounidenses llegaron a Merano se sorprendieron de encontrar tantos edificios y depósitos de las SS bajo la protección del CICR. Ello llevó a que trabajaran con Van Harten durante unos días que resultaron en su arresto el 17 de mayo y, con ello, en el inicio de las pesquisas sobre todas las oficinas del CICR. Cuando Filloud llegó a Merano había una cuenta con saldo activo en favor del CICR de alrededor de cuatrocientas mil liras. El *Oberstkommissar* de Merano emitió tres cheques en favor del CICR, aunque se desconocía el concepto, y también había una cuenta del Banco di Roma.

Hacia 1947, Goldie Myerson (mejor conocida como Golda Meir), ejecutiva de la Agencia Judía, envió una carta a M. Eliash informando que tenían evidencia de que Van Harten había sido miembro de una organización clandestina europea en los años de la guerra y que fue útil salvando muchas vidas de judíos amenazados de exterminio (Central Zionist Archives, Jerusalem). Levy (o Van Harten) tenía efectivamente el respaldo de la Agencia Judía. Se alegaba que su objetivo había sido siempre “vivir en Palestina y trabajar con su gente” y por “todos los peligros y tribulaciones que él y su esposa enfrentaron”, se le concedía permiso total para quedarse definitivamente en Palestina. Fue así como obtuvo asilo y se libró de ser apresado por los británicos en Tel Aviv por su participación en la operación Bernhard. Según Nachtstern y Arntzen (2008, p. 28), Van Harten había pagado con dinero falso de la operación barcos que llevaban refugiados

escondidos junto con equipos atados a las cubiertas para la armada clandestina judía. Malkin (2006, pp. 186-192), por su lado, dedica varias páginas a describir el proceso de Van Harten, un caso lleno de ambigüedades, de zonas turbias y, al mismo tiempo, de cierto heroísmo. Independientemente del reconocimiento recibido por el sionismo, es necesario puntualizar que Van Harten escogió asociarse con la Cruz Roja Internacional, un organismo que aportó credenciales falsas o de origen dudoso que permitieron escapar del caos del fin de la guerra a una gran cantidad de refugiados judíos pero también de fugitivos nazis hacia nuevos destinos. El propio Schwend, en su huida hacia Sudamérica, sería uno de los nazis beneficiados por la influencia de Van Harten.

Otros agentes

En sus primeros interrogatorios ante el SCI, Spitz dijo que llegó a darse cuenta de que había al menos cincuenta agentes que operaban para Schwend como él o de modo similar. En las páginas anteriores hemos descrito los perfiles y actividades solamente de algunos de ellos, los más importantes, a los que habría que añadir a los hermanos Blaschke, aunque se conoce poco de ellos, fuera de su papel en la Aktion I y unas cuantas apariciones en el entorno de Schwend en la posguerra. Sería imposible conocer el verdadero alcance que la operación consiguió, al menos durante 1944 y los primeros meses de 1945, dado que muchos de los “agentes” que contribuyeron en ella lo hicieron sin saberlo, y los registros contables existentes no parecen haber registrado todos los movimientos de capital. En los documentos de Schwend irán apareciendo otros nombres que él vincularía con la operación, mientras que los documentos desclasificados y la historiografía aportada por los autores que han abordado el tema, arrojan aquí y allá otros nombres, probablemente menos relevantes o de cuyas acciones contamos con información demasiado escasa.

Uno de estos casos es el de Werner Hartmann, un miembro del ejército alemán que fue puesto bajo las órdenes de Willi Gröbbl por una sencilla razón: había crecido en Belgrado, donde su padre trabajó durante años, y había aprendido a hablar fluidamente los idiomas serbio y croata. Se convertiría en el especialista en negociaciones con los grupos de partisanos en los Balcanes, especialmente, dice Pirie, con los chetniks y los comunistas. Es interesante resaltar que, a diferencia de otras fuentes, Pirie explica el

interés de los partisanos y los chetniks por vender las armas que les proveían los Aliados en función de contar con recursos, no para después de la guerra, sino durante ella: “comida, insumos médicos de gran necesidad y ropa” (Pirie, 1962, pp. 51-55).

Otros nombres vinculados son los del conde Werzel, “un cierto Wagner” y un tal Kosch (FOIA, Schwend, 0005). Abordaremos más adelante el caso del príncipe Hans von Liechtenstein y su asistente Mächler; las matrículas diplomáticas de sus automóviles fueron cruciales para sacar recursos de Alemania a Suiza (HIS, Schwend Archiv, Handakte).

¿QUÉ PAGÓ EL DINERO FALSO?

El “Grupo Wendig”

Según las declaraciones del comisario Schoster que hemos citado, el “grupo Wendig” se estableció en Merano en la primavera de 1944, después de haber estado operando, “según se dice”, en Trieste. Schoster, líder de la Policía Criminal local (Kripo) —y, durante el dominio Nazi, traslapando sus responsabilidades con las de la *Sicherheitspolizei* o Sipo y el SD en Bolzano— dijo haber iniciado el seguimiento de la red de Schwend a raíz de un caso policial que llegó a su escritorio: el del empresario alemán, nacionalizado lichtensteiniano y residente en Merano, Franz Masser, acusado de evasión de impuestos en Alemania. El comisario atendió el caso y consideró que no había razones para arrestar a Masser pues los documentos en su poder probaban que el delito había prescrito más de diez años atrás. El proceso había sido reabierto en abril de 1944 y Schoster respondió al reclamo hecho por la Oficina Superior de Finanzas y por la Segunda Sala Penal en Berlín con una serie de argumentos que él consideraba que impedían el arresto: el reclamo de la Oficina Superior de Finanzas no era claro; Masser había cambiado de nacionalidad; no existía un acuerdo entre Italia y Alemania para la persecución de crímenes fiscales; no era claro si se podía arrestar a un ciudadano de Liechtenstein en Italia para someterlo a proceso penal en Berlín, y “se debía dudar si era posible imponer una pena”. Pero durante cinco meses su informe no obtuvo respuesta de Berlín. Por fin, el 4 de octubre de 1944 se enteró de que Masser había sido

arrestado en Merano y encarcelado en Bolzano por órdenes del comandante de la Sipo y el SD de Bolzano, el SS *Stürmbahnführer* y consejero del gobierno, Rudolf Thyrolf, quien además le ordenaba a Schoster enviar al prisionero al tribunal penal de Berlín.

Aunque la demanda de la Oficina Superior de Finanzas contra Masser siguió pareciéndole “oscura” al comisario, cuando interrogó al prisionero este aceptó pagar “una indemnización para acabar con el asunto de una vez por todas”. A Schoster le parecía que enviarlo al tribunal penal de Berlín sería “un grave acto ilegal”, teniendo en cuenta las razones que estableció cinco meses atrás en su informe, así que aconsejó a la Oficina Superior de Finanzas que llegara a un acuerdo con el adinerado empresario, que estaba dispuesto a pagar. Dos inspectores de impuestos fueron enviados a Merano el 17 de octubre y acordaron con Masser el pago de dos millones doscientas cincuenta mil liras en efectivo. Dos días después, Masser pagó la suma acordada y, no habiendo razón alguna para mantenerlo bajo arresto, Schoster y los dos inspectores intercedieron por su liberación inmediata.

Sin embargo, Thyrolf y su asistente, el SS *Stürmbahnführer* August Schiffer, ordenaron no sólo que Masser permaneciera detenido, sino que fuera enviado a un campo de concentración. Esta vez la razón para mantenerlo preso era “el comportamiento antisocial mostrado durante sus actividades en Berlín antes de 1931”. Schoster comenzó a sospechar que había “otras razones” detrás del encono contra el empresario:

Tuve la certeza de que a cierto “grupo Wendig” le interesaba el internamiento de Masser porque querían despojarlo de sus propiedades inmobiliarias, que eran de considerable valor. [...] El 19 de octubre de 1944 empecé una tenaz lucha contra las intrigas del “grupo Wendig”. Por fin logré convencer a su comandante, el SS *Stürmbahnführer* Thyrolf de la imposibilidad de su proceso y obtuve la liberación de Masser.

A través de esta “tenaz lucha” contra la red de Schwend, Schoster dijo haber llegado a conocerla bien y la describió para sus interrogadores Aliados. Pero el comisario de Merano no tenía una perspectiva completa de lo que hacían Schwend y sus agentes, ni tenía acceso, aun siendo una autoridad policial, al nivel de secrecía que encubría sus acciones, lo que explica la forma en que fueron presentadas sus sospechas. Por ejemplo, “Wendig” no era para él el apellido o el alias del líder de la operación sino el nombre encubierto de este “grupo” bajo el cual “se solapaba un conjunto de personas que desarrollaba diversas actividades bajo órdenes directas del Reich”. Los

miembros de este grupo que Schoster pudo identificar eran los oficiales de las SS *Sturmabführer* Schwendt (sic), SS *Hauptsturmführer* o SS *Untersturmführer* Johann Neuhold y el capitán Günther (sic; uno de los alias de Glavan), y los señores Wiederholt y Vidaz. Todos ellos, afirmaba el comisario, “se hacían pasar bien por comerciantes honestos, bien por miembros de la *Sicherheitspolizei*, bien por agentes de la Gestapo [...] y se llamaban a sí mismos ‘Sonderstab des III. Germanischen Panzerkorps’”. Schoster sabía que la organización tenía una “vasta red de colaboradores” y que “su actividad se extendía a toda el área de Europa controlada por la Wehrmacht”, pero aceptó que: “Hasta ahora no he tenido éxito en averiguar cuáles eran las tareas que el ‘grupo Wendig’ realmente debía cumplir”. Se enteró de que “el ‘grupo Wendig’ hacía enormes compras [...] y que sus pedidos alcanzaban siempre millones” para adquirir “desde clavos de zapatero hasta medias de seda, suministros de agua, instalaciones eléctricas, metales en bruto, metales preciosos, brillantes, joyería, pinturas, gobelinos e incluso villas y otras propiedades inmobiliarias”. No sabía más porque su superior, el comandante de la Sipo y el SD en Bolzano, le había ordenado detener sus pesquisas asegurándole que la red de Schwend actuaba bajo las órdenes directas de Himmler y “que su actividad no debía ser obstaculizada aun cuando involucrara violaciones a la legislación de guerra en cuanto a moneda extranjera u otros decretos”. Schoster informó que incluso el Comisionado Supremo para la OZAV —*Operationszone Alpenvorland*, la zona de operaciones del área prealpina, uno de los dos distritos establecidos por los nazis el 10 de septiembre de 1943 al ocupar Italia después del armisticio firmado por el gobierno de Badoglio con los Aliados—, el *Gauleiter* Franz Hofer, intentó detener a Schwend “pero aun su autoridad fue insuficiente para imponerse sobre el poderoso grupo de poder ‘Wendig’”.

De acuerdo con la información que logró obtener, Schoster dedujo que el “grupo Wendig” actuaba en dos ámbitos: el político y el económico, aunque no sabía con certeza qué actividades eran las de orden político. A partir de ahí se extendió informando sobre algunas de las relaciones del grupo, entre las que destacó la información correspondiente a “un cierto Sr. Van Harten”.

Al tratar de investigar las actividades del “grupo Wendig”, el comisario Schoster —probablemente también el *Gauleiter* Hofer, aunque la única referencia al interés de este miembro de la alta jerarquía nazi por las actividades de Schwend es el propio testimonio de Schoster— quizás no estaba interesado tanto en los clavos de zapatero, las medias de seda u otros productos de relativo valor, sino en las armas de los partisanos, en las propiedades y en los bienes de lujo que se adquirirían con dinero que él ignoraba que era falso.

El asunto que denunció es claramente una extorsión con características similares a las de otros muchos episodios que Schwend protagonizaría contra empresarios peruanos y europeos durante sus años en el Perú, aunque en el caso de Masser está el siniestro agravante de entregar al hombre a un campo de concentración.

Los rescates de Mussolini y Ciano

Las libras Bernhard sirvieron para financiar operaciones de espionaje e inteligencia, como aquella primera misión, narrada por Höttl, en la que personal de cámara de la princesa Isabelle Colonna fue sobornado con libras falsas para espiar al conde Galeazzo Ciano, que la visitaba con frecuencia (NARA, Schwend File 1; Breitman, 2005, p. 125). Höttl dice que la inteligencia obtenida en aquella ocasión permitió confirmar que el conde tenía opiniones “pobres” de los regímenes fascista y nacionalsocialista, y que a raíz de eso fue destituido como titular del Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia y reubicado como embajador ante el Vaticano (Höttl, 1955, p. 51) —lo que representaba una degradación—, donde ya había servido como diplomático, al principio de su carrera, antes de contraer matrimonio con la hija del Duce (Moseley, 1999, p. 1; McGaw Smyth, 1993). La versión de Höttl sobre el soborno del personal, sin embargo, no se corrobora en la biografía-testimonio que la condesa Edda Ciano, la hija de Mussolini, publicaría años después, en la que, si bien menciona la asiduidad de su esposo al Palazzo Colonna y su tendencia a hacer comentarios comprometedores, no hay indicios de una operación de espionaje dirigida por los alemanes a través de Höttl y Schwend, sino, más bien, la constatación de que las indiscreciones trascenderían los muros por sí mismas o por otro tipo de espionaje distinto al del “personal de cámara de la condesa”: “[...] estoy convencida de que se dejó conducir, a menudo, por ciertas confidencias, principalmente de bonitas mujeres, y que sus comentarios fueron llevados a oídos de los alemanes y de los fascistas extremistas” (Ciano, 1976, p. 55).

Por otro lado, en el recuento de la historia de cómo llegaron a poder de los Aliados los diarios que Ciano escribía sistemáticamente —documento desclasificado en 1993 por la CIA (McGaw Smyth, 1993)—, se indica que el mismo Mussolini conocía su contenido crítico hacia los alemanes aun antes de destituir a su yerno del Ministerio de Relaciones Exteriores y que los diarios no eran absolutamente secretos.

En ambos casos, la tesis de Höttl sobre una operación de espionaje pagada con libras Bernhard detrás de la destitución parece estar descartada o no puede ser confirmada. Pero los interrogatorios a que fue sometida la traductora e intérprete de la Amt VI, agente de la RSHA y protagonista central del caso Ciano, Frau Beetz, indican que las “grandes transacciones [de Schwend] proveyeron la mayor parte de las divisas extranjeras que necesitó la Amt VI para realizar su trabajo”, lo que señala con claridad la participación de la operación Bernhard en los procesos relacionados con los rescates de Mussolini y Edda Ciano.

Se ha puesto mucha atención en la operación de Otto Skorzeny para rescatar a Mussolini, preso y trasladado de lugar con frecuencia después de su destitución. La mayor parte de los autores que se refieren a esta operación replican el relato de Höttl (1955, p. 60), testigo de primera mano —aunque conocemos su narrativa fantasiosa—, pues desde febrero de 1943 fungió como jefe de la Amt VI para Italia, en donde no había existido un servicio secreto alemán hasta 1942, “por deferencia hacia Mussolini” de parte de su admirador, el Führer.

Según Pirie, el rescate de Benito Mussolini —la arriesgada operación Roble— fue aprobado por el propio Hitler a pesar de que el Duce no deseaba ser rescatado y de que se ignoraba absolutamente su cambiante paradero. Mientras Gröbl recogía información en Italia con dinero Bernhard, en Alemania Himmler sacaba de los campos de concentración a los ocultistas, adivinos y videntes más reconocidos del Reich, convencido de que el conocimiento del lugar donde se encontraba el Duce sólo podía venir “de más allá”. Como hemos mencionado antes, había sido Heydrich quien había prohibido todo lo relacionado con las ciencias ocultas después del misterioso escape a Escocia de Rudolf Hess, asistente del Führer y notable adepto a ellas. Pero Heydrich había sido asesinado en Praga y Himmler creía lo contrario, así que creó una bizarra asamblea de adivinos, la operación Marte, ofreciendo la libertad y una recompensa de cien mil *reichsmarks* a cuarenta videntes, astrólogos, médiums y magos, si lograban averiguar el paradero del máximo líder fascista italiano. Por esto mismo, Himmler se oponía a que la Amt VI interviniera en su búsqueda. Sin embargo, Gröbl logró dar a Höttl información confiable sobre la ubicación que sólo fue aceptada por Himmler cuando un especialista en adivinación con péndulo la confirmó, tras un breve trance, señalando un mapa de Italia: Mussolini estaba en la isla La Maddalena (Pirie, 1962, pp. 64-70). Pero horas antes del rescate organizado por Skorzeny, Mussolini había sido desplazado nuevamente. Ahora estaba confinado en el Gran Sasso, un *lodge* de ski a ciento

veinte kilómetros de Roma. En contra de lo que relata Höttl, Malkin afirma que la operación no incluyó pagar a partisanos para que ayudasen a Skorzeny; el héroe se habría quedado bebiendo un poco de vino con el coronel de la guardia italiana mientras las tropas se llevaban a Mussolini en un avión (Malkin, 2006, p. 133).

Por deferencia al Duce, como hemos mencionado, Hitler había determinado que no se estableciera un servicio de inteligencia alemán en Italia; sólo podía haber enlaces con agentes italianos. Cuando Höttl decidió crear su propia red de información, Hitler juzgó que sus reportes, como uno de 1943 en el que se pronosticaba que pronto Italia estaría fuera de la contienda, tenían el “virus derrotista, típico del Servicio Secreto alemán” (Höttl, 1955, pp. 62-63). El servicio desarrollado por Höttl sin la autorización del Führer contaba con la participación de Gröbl, quien fue enviado a Roma, pero Schellenberg negó todo apoyo financiero, no sólo porque consideraba que era imposible establecer el servicio sino porque, además, su oficina no tenía representación oficial ahí, y fue por esta razón que Höttl recurrió a Schwend, quien sugirió transferir a Gröbl a la operación Bernhard. De este modo podría estar destacado en Italia y gozar de los beneficios que tenían otros agentes, como ya había demostrado el éxito de las dos misiones de rescate, las más importantes que se llevaron a cabo en territorio italiano durante 1943.

La historia del conde Ciano y su esposa Edda, la hija del Duce, es una de las más famosas tragedias “románticas” de la Segunda Guerra Mundial, su documentación abunda y la existencia de sus diarios, que incluso fueron utilizados como evidencia en el juicio contra Ribbentrop en Núremberg, permite reconstruirla —y con ella, muchos eventos de gran relevancia, especialmente en cuanto a las relaciones entre Alemania e Italia— con cierta fidelidad. A pesar de la intercesión de su esposa Edda ante Hitler y ante Mussolini, Ciano, acusado de traición, sería ejecutado por la “República Social Italiana” en complicidad con el régimen nazi.

Tras su nombramiento como embajador ante el Vaticano, Ciano intentó retirar a Italia de la guerra “con Mussolini, si era posible, sin él o incluso contra él de ser necesario” (McGaw Smyth, 1993), dando su apoyo al mariscal Badoglio, al Gran Consejo y al Rey Vittorio Emanuele III, que había destituido a Mussolini en julio de 1943. Ciano creía que la destitución de Mussolini llevaría a la paz con los Aliados, pero la administración de Ba-

doglio asumió el poder bajo el eslogan “la guerra continúa”. El conde, entonces, decidió retirarse de la vida pública y buscó exiliarse con su familia en España, donde esperaba contar con la ayuda del ex ministro de asuntos exteriores, su ex homólogo y cuñado de la esposa de Franco, Ramón Serrano Suñer, con quien tenía un “pacto de asistencia mutua por el que cada uno ayudaría al otro en caso de necesitar refugio fuera de sus respectivos países” (Amicucci, 1948, p. 19). Renunció a la embajada en el Vaticano pero no logró obtener pasaportes para emprender el viaje con su familia.

Mientras tanto, se inició una investigación contra él por corrupción y enriquecimiento ilícito que llevó al arresto domiciliario de toda la familia Ciano. A través de Eugen Dollman, un diplomático alemán, representante de Himmler en Italia y miembro de las SS, Edda acordó el rescate del conde, cuya organización estuvo a cargo de Höttl. Los diarios del conde jugaron un papel importante aquí (Kuby, 1982, p. 283): contenían evidencias que serían útiles para la inteligencia alemana, pero también para los intereses personales de ciertos miembros del gabinete de Hitler, siempre en constante pugna por el favor del Führer y la sucesión. McGaw Smyth afirma que:

Cuando Ciano se dio cuenta de que no se le permitiría escapar a Madrid, se acercó a Höttl con una propuesta. A cambio de facilitar su tránsito a España con Edda y los niños, le ofreció sus diarios. Pronto Höttl se convenció de que estos materiales tenían un gran valor político e histórico. Convenció a Kaltenbrunner de que los diarios de Ciano y sus documentos de apoyo podrían ser utilizados para desacreditar a Ribbentrop, el Ministro del Exterior alemán, a quien Himmler y Kaltenbrunner detestaban. Al parecer, los arreglos para poner a la familia Ciano en España fueron prácticamente completados.

Höttl incluso preparó pasaportes falsos para enviar a la familia a Sudamérica. Pero, en contra de lo que él mismo aconsejaba, Edda insistió en pedir la autorización del Führer. Hitler la negó rotundamente y el plan se vino abajo. (Kuby, 1982, p. 283)³

El 27 de agosto se llevó a cabo la extracción de Edda y los niños mientras el Conde se evadía de su propia casa, resguardada por *carabinieri* (McGaw Smyth, 1993). Según Pirie, el intermediario encargado de negociar el rescate de los Ciano, conocido solamente como “Il Comendatore” pidió a Höttl, por “encarecido” encargo del conde, que llevase a Alemania una

³ Esta información se puede confirmar en McGaw Smyth, 1993; Höttl, 1953, pp. 274-275; Goebels, 1984, pp. 479-481, y Susmel, 1962, pp. 296-297.

bolsa de cuero. Bien asegurada y sellada, la bolsa pesaba tanto que Höttl “apenas podía levantarla”. Finalmente la curiosidad pudo más y la abrió: “contenía una fortuna en gemas sin engarzar, ninguna de ellas de menos de ocho kilates”. La extracción en autos americanos —era esencial que fueran autos rápidos y fueron adquiridos con libras Bernhard, según Pirie— fue un éxito y los Ciano llegaron sin contratiempos al avión que los condujo a Múnich (McGaw Smyth, 1993).

Pirie describe al intermediario, “Il Comendatore”, como un “devoto” de los Ciano; podría tratarse del teniente Emilio Pucci, futuro gigante de la moda, que desempeña un papel muy relevante en el relato que McGaw Smyth escribió para la CIA. En la crónica de Pirie, muchas de las operaciones, incluido el rescate de Mussolini por Skorzeny, fueron financiadas por libras Bernhard, mientras que en el de McGaw Smyth no se hace mención de este hecho. Los nazis que protagonizan la historia de Pirie, que le debe demasiado al mitómano Höttl, son Holten y Fröben (Höttl y Gröbl en el relato “encriptado” de Pirie). Pero en McGaw Smyth destaca la participación de otro nazi: Wilhelm Harster, líder del SD en Italia y a quien volveremos a encontrar, junto con Höttl e intermediando ante Kaltenbrunner, casi dos años después, en el proceso de rendición de los alemanes durante la operación Sunrise. Harster no aparece en el relato de Pirie pero se encuentra en la documentación secreta sobre Schwend (FOIA, Schwend File, 0020).

Aderezando su narración con anécdotas no exentas de literario romanticismo (como una según la cual, una vez en Múnich, Edda Ciano le habría rogado a Höttl que permaneciera con ellos), Pirie concluye:

[...] estos dos rescates fueron los primeros éxitos importantes de inteligencia para la operación Bernhard. Poner a Mussolini, el buen amigo de Hitler, en Alemania costó alrededor de 50 000 libras falsas. La operación Ciano costó la mitad de eso, alrededor de 5000 libras por cabeza. (1962, p. 80)

Mientras Ciano estuvo bajo custodia en Alemania le fue asignada una traductora que cumplió un rol esencial en el rescate de sus diarios, Hildegard Beetz, alias *Felicitas* o *La Burkhard*, agente del Amt VI de la RSHA y, antes, secretaria del propio Höttl. Más tarde Ciano fue trasladado a Verona para enfrentar un juicio por alta traición contra el régimen de Mussolini (NARA, Schwend File 1), mientras Edda, que había estado refugiada en Suiza, volvía a Italia en busca de ayuda para salvar la vida de su esposo. Recogió los diarios

en casa de su suegra; “Valen la vida de mi hijo”, aseguró Carolina Ciano al entregárselos. Visitó también a su padre, el Duce, en su residencia de verano y capital temporal del estado títere neofascista, la República Social Italiana, y ahí él, que la vio apesadumbrada y con la salud quebrantada, la presionó para que se internara en una clínica en Ramiola. Edda ingresó a la clínica en octubre de 1943, pero antes aseguró los diarios (McGaw Smyth, 1993).

Frau Beetz, la traductora del conde, aun cuando había tomado contacto con él como parte del servicio secreto alemán, pronto se hizo su aliada. Recuperó los diarios y parte de los documentos de soporte relativos a las relaciones ítaloalemanas, evitando, según su propio testimonio, que cayeran en manos del SD. Los documentos estaban en Ramiola y las indicaciones para encontrarlos le fueron dadas por el teniente Pucci, el incondicional amigo de Edda, señalado como su amante en algún documento de la época (FOIA, Benuzzi Valerio File, 0004). La recuperación de los diarios y documentos por Beetz traicionaba los intereses de los alemanes y de Höttl, su superior directo. En las declaraciones que dio a los estadounidenses al ser apresada al final de la guerra, la funcionaria aseguró que Höttl ignoraba lo que había hecho a sus espaldas, que no confiaba en él y que no habría querido trabajar para él. Sus informes serían usados en el interrogatorio que se le haría a Höttl más adelante.

Frau Beetz estaba autorizada para ver al conde y sirvió de enlace entre él y Edda, que no tenía permitido verlo. Cuando el conde estuvo seguro de que sería condenado y ejecutado, escribió tres notas que Beetz pondría en manos de Edda: un prefacio para sus diarios, una carta al rey Vittorio Emanuele III y otra dirigida al primer ministro inglés, Winston Churchill. En ellas Ciano negaba su culpabilidad y acusaba a Mussolini, su suegro, con duras palabras:

Dentro de unos días un tribunal impostor publicará una sentencia de antemano decidida por Mussolini bajo la influencia de ese círculo de prostitutas y tratantes de blancas que por algunos años han plagado la vida política italiana y puesto a nuestro país al borde del abismo. Acepto con calma el que ha de ser mi destino infame. (Gibson, 1945, pp. 583-584, cit. en McGawSmyth, 1993)

Durante los días que siguieron a la Navidad de 1943, la ejecución del conde se pospuso, probablemente por las idas y venidas de Edda con los diarios y la amenaza de publicarlos si su esposo no era liberado. Himmler y Kaltenbrunner se reunieron el 2 de enero de 1944 con Höttl, Beetz y Harster

(titular del SD en Italia desde septiembre de 1943), para acordar un plan de liberación de Ciano a cambio de los documentos, plan que se mantendría secreto incluso para el mismo Führer. Pero, ya fuera que ellos mismos se lo informaran al creer que tenían un resultado sólido o que lo supiera por otros medios, Hitler interrumpió el plan en cuanto lo conoció. Tocó a Beetz hacérselo saber a Edda.

En la madrugada del 7 al 8 de enero de 1944, Beetz ayudó a Edda a escapar a Suiza con los diarios del conde ocultos en la cintura gracias a la habilidad del teniente Pucci para manipular las prendas de vestir (NARA, Schwend File 1). A través de Pucci, la hija del Duce envió cartas a Harster, a su padre y a Hitler, pidiendo por la vida del conde y advirtiendo de la publicación de los diarios si no era liberado. Al Führer le reclamó que la hubiese traicionado, cuando ella había creído en su palabra. Su tono firme aseguraba que si no se cumplía con la condición de que su esposo fuera liberado, daría a conocer los diarios. A su padre —a quien se refiere como *il Duce*— le reprochaba que no hubiese tenido “sentimientos de humanidad y justicia”, y le advertía que si Galeazzo no era trasladado a Suiza como habían acordado los alemanes, usaría “sin piedad” todos sus recursos y pruebas contra el Eje, pero si lo liberaban, prometía desaparecer de su vida (McGaw Smyth, 1993).

En su autobiografía, Edda (1976, p. 127) dio las cartas por enviadas a través de Pucci y no mencionó nada que lleve a dudar de que fueron entregadas. Susmel (1962, p. 346) afirma que Pucci se reunió con Beetz en Verona el 10 de enero de 1944, después de saber que Edda estaba segura en Suiza con los diarios.⁴ En esa reunión, Pucci le pidió a la traductora que informara al conde sobre el paradero de Edda y le entregó sus cartas. Antes de ir a la prisión a encontrarse con el conde, Beetz pasó por la oficina de Harster, le dio las cartas y este, a su vez, “reenvió la carta dirigida a Mussolini a través de un courier especial” y “transmitió el texto de la carta dirigida a Hitler mediante una llamada telefónica a la Oficina Principal de Seguridad en Berlín, desde donde el texto habría sido retransmitido por teléfono al cuartel general de Hitler”. Pucci fue interceptado, conducido a prisión e “interrogado” por Rauff, jefe del SD en Milán bajo el mando de Harster, teniendo como consecuencia una fractura de cráneo (Ruffner, 2003, capítulo 1, p. 21); el propósito del interrogatorio era conocer el paradero de Edda. Ninguna de las fuentes indica qué sucedió con la nota dirigida a Churchill pero, si las cartas fueron entregadas a Harster, es claro que nunca llegaría a su destino.

⁴ McGaw Smyth (1993) indica que estos hechos en el relato de Susmel estarían basados en los testimonios de Harster después de la guerra.

Los documentos de Ciano eran de vital importancia para una facción de la RSHA. El conde registró en ellos, entre muchas otras cosas, reuniones secretas y negociaciones de paz llevadas a cabo por los italianos (Ruffner, 2003, capítulo 3, pp. 38 y ss). Kaltenbrunner y Höttl buscaban que Von Ribbentrop fuera sustituido por Walter Schellenberg y, para lograrlo, era indispensable revelar información de los diarios. Von Ribbentrop, entonces, al tanto de la situación, necesitaba que la ejecución de Ciano sucediera lo más pronto posible. Para acelerar el proceso utilizó al embajador alemán en Italia, Rudolf Rahn, quien tenía influencia sobre las autoridades militares nazis emplazadas en el norte de Italia: los SS Hochste y Pol, y el *Waffen SS Oberguppenführer* Karl Wolff, cuyo papel pronto sería decisivo en la rendición. La barrera así formada impidió que los planes de Kaltenbrunner y Schellenberg prosperaran y, a pesar de que Beetz entregó los documentos pactados y de los desesperados esfuerzos de Edda, la sentencia contra el conde se llevaría a cabo: fue ejecutado el 11 de enero de 1944.

Después de la ejecución, Beetz fue enviada por Höttl a Suiza para buscar los documentos y el diario de Ciano, y para pedirle a Edda también que guardara discreción sobre la relación de la RSHA con la muerte de su esposo. Beetz y Pucci fueron a buscar a Edda. Pero Pucci sufrió una recaída por las lesiones del “interrogatorio” al que había sido sometido y se internó en un hospital en Bellinzona. Constantin von Neurath,⁵ cónsul en Lugano, dio a Beetz un permiso que la encubriría y le conseguiría la visa suiza como reemplazo para una secretaria enferma (NARA, Schwend File 1). El tiempo apremiaba: había recibido una carta desde Berlín anunciándole que el sacerdote Nikolaus Pancino, confesor de Edda pero también colaborador encubierto del Amt VI, se dirigía hacia donde estaba la hija del Duce. En sus desesperadas idas y venidas entre Suiza e Italia, sin poder rescatar a Pucci, con documentos de viaje que pronto perdían vigencia, Beetz se refugió, por arreglo de Höttl, en casa de cierto banquero, en Cornobbia, cerca de Como, donde, por arreglo de Kaltenbrunner, su esposo se reuniría con ella.

El banquero de Cornobbia era Friedrich Karnatz, a quien Höttl había conocido en Berlín en 1943 y lo había llevado a Italia para ponerlo en contacto con Schwend, es decir, para enredarlo en la operación Bernhard. Muchos años después Karnatz sería objeto de un despiadado acoso orquestado

⁵ El “ministro sin cartera”, tío de Agnes, la primera esposa de Schwend, que también tendría un papel después de la guerra, en la Argentina de Perón donde, mientras representaba una filial de Siemens, fundaba junto con Hans Rudel una organización de apoyo legal y financiero a nazis en fuga (Stangneth, 2014, p. xi).

por Schwend para “recuperar propiedades robadas al final de la guerra” (HIS, Schwend Archiv, folder 17).

El 4 de mayo Beetz regresó a Berlín y dos días después se reportó en la oficina de Kaltenbrunner, quien le dio la misión de establecer contacto con el sacerdote Pancino en Suiza. Edda le había dicho a Pancino que existían siete copias de los documentos complementarios de los diarios de Ciano (pero no de los diarios mismos), escondidos en diferentes lugares de Italia. Beetz, por su lado, sabía que en el hospital de Ramiola, Edda había entregado unos documentos a su médico personal, Melocchi, ¡que resultó ser miembro de la resistencia italiana! Beetz emprendió la búsqueda de los documentos junto a un agente italiano llamado Radice. Debía adelantarse a Pancino y conseguirlos a cambio de inmunidad para el doctor partisano. Lo logró, entregó los documentos al Amt VI, pero conservó una copia pensando incluso en la posibilidad de escribir un libro más adelante, la muy descarada (NARA, Schwend File 1). Más tarde, Beetz y Pucci trataron de vender los diarios al Servicio Secreto Británico en Lugano, con el propósito de asegurar dinero para Edda y sus hijos, pero también para presionar a la RSHA mediante la amenaza de publicación por el gobierno británico. Se publicaron después de la guerra en inglés y en italiano; la primera parte apareció en 1946, la segunda en 1948 y una tercera en 1953. La CIA, a través de Allen Dulles, recuperó las copias de los documentos de apoyo a los diarios, que Beetz había escondido en el jardín de la casa paterna, razón por la que se conocen como “The Ciano Papers: Rose Garden” (“Los documentos de Ciano: el jardín de rosas”), desclasificados por la CIA en 1993 (McGaw Smyth, 1993).

Ambas operaciones, el rescate de Mussolini por Skorzeny y la fuga de la familia Ciano ante la imposibilidad de salvar al conde, relacionadas con la capitulación italiana y por tanto con el desmembramiento del Eje, contribuyeron significativamente en la definición del papel de Italia al finalizar la Segunda Guerra Mundial. No es una casualidad que los fondos de la operación Bernhard —y algunos de sus protagonistas— estén implicados en ellas, como afirma Höttl, testigo de primera mano en este episodio, confirmando la descripción de Schwend que hizo Beetz para sus interrogadores estadounidenses: “sus grandes transacciones proporcionaron la mayor parte de las divisas extranjeras que la Amt VI necesitó para desarrollar su trabajo” (FOIA, Schwend File, 0021).

El norte de Italia, donde tuvieron lugar muchos de estos sucesos, era la zona principal de operaciones de Aktion I, “grupo Wendig”, Sonderstab des III. Germanischen Panzerkorps o como se quiera llamar a la operación de Schwend, y la Amt VI de la RSHA —comandada en esa región por el propio Höttl, superior de Schwend en la jerarquía informal de los nazis generada por las alocadas decisiones del Führer— estaba a cargo de los asuntos de Italia. Se trata de una región particular en la distribución del poder, la inteligencia y la dominación alemanes, muy próxima al mítico “último reducto alpino” —pero también a los bancos suizos— y “respetada” por Hitler por ser parte del ámbito de poder del admirado Duce, por lo que los nazis no establecieron ahí servicios fijos de inteligencia y espionaje, y los agentes y oficiales que conocemos “se vieron obligados” a realizar labores de inteligencia sin autorización expresa de la cadena de mando que comenzaba en Himmler y Kalternbrunner. Que actuaban con independencia es un decir.

El agente Cicero

Un ejemplo de operación de espionaje financiada con dinero Bernhard fue la de Elyesa Bazna, el célebre espía conocido como *Cicero*, alias que le colgó el embajador alemán en Turquía, Franz von Pappen, en reconocimiento a su elocuencia. Bazna trabajaba como valet para Sir Hughe Knatchbull-Hugessen, embajador inglés y rival de Von Pappen en Ankara. El diplomático británico tenía la misión estratégica de acercar al gobierno neutral turco a los Aliados, pero no contaba con que lo espían en su propia habitación. Cicero se las arregló para acceder a la caja fuerte de Sir Hughe y tomó fotografías de documentos que puso a disposición de sus contactos alemanes a partir del 26 de octubre de 1943 (Malkin, 2006, pp. 141-142). Dos rollos de microfilm costaron veinte mil libras esterlinas, un precio tan alto que requirió la autorización de Berlín (Wires, 1999, pp. 34-35). Y Cicero siguió entregando información durante alrededor de tres meses, a razón de quince mil libras por rollo. Al final obtuvo, siempre de manos de Ludwig Moyzisch, agregado de la embajada alemana en Ankara y su contacto en Turquía, cerca de trescientas mil libras falsas.

Los documentos que Cicero puso en manos de los alemanes informaban sobre operaciones estratégicas que los británicos podían realizar en el mar Egeo en colaboración con los estadounidenses y sobre los pormenores de las relaciones angloturcas. Esta información proporcionó a los nazis

un ventajoso mecanismo de acercamiento diplomático entre Alemania y la neutral y estratégica Turquía (Wires, 1999, pp. 21-27). Pero la operación de Cicero terminó cuando Fritz Kolbe, antinazi portador de la valija diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán en Berna (Bradsher, 2002), informó sobre el caso a Allen Dulles, entonces jefe de la OSS en esa ciudad suiza (Malkin, 2006, pp. 143-144). El joven Dulles, que recién iniciaba su carrera de superespía, lo derivó al MI6 y a Washington, y desde ahí se dio seguimiento a la fuga de información.

En un documento del Programa de Revisión Histórica de la CIA desclasificado en 1994, Dorothy J. Heatts (1995) describe el caso de *Cicero* como:

Una de las historias de espías mejor conocidas de nuestros tiempos [...] un ejercicio “de manual” sobre el arte de negociar [...]. Quizá sea de menor importancia el hecho de que el ejercicio quedara en el plano de lo académico, es decir, que la información filtrada usando lo mejor del oficio de la intriga y el misterio no fue utilizada por completo por los nazis; que aun advertidos sobre la actividad de Cicero los británicos no realizaron acciones efectivas para detenerlo, y que el espía nunca fue procesado. [...] Al parecer, las sospechas de los alemanes sobre los motivos de Cicero postergaron la instrumentación de acciones en torno de la información que él les brindó. Antes de que estuvieran convencidos de la autenticidad de los documentos, la operación de Cicero fue arruinada por una mujer —para fortuna de la literatura de espionaje—.

Pagar agentes como Bazna sólo era posible gracias a los billetes fabricados en Sachsenhausen: de tener que gastar presupuesto de guerra, los nazis jamás se hubiesen preocupado por algo así. Los historiadores coinciden en que parte, si no todo lo que Cicero cobró, era dinero Bernhard, por lo que además se convirtió en una víctima de fraude muy visible y llamativa. La fortuna —falsa— que el elocuente espía acumuló no le rindió ningún beneficio pues, al finalizar la guerra, al parecer (no existen fuentes fiables al respecto) habría fracasado en el intento de convertir su dinero falso en real en la embajada alemana. No hay consenso sobre el final de Bazna, pero los autores coinciden en que vivió sus últimos años en la pobreza. Diversos autores coinciden en que Cicero exigió —sin éxito— al gobierno de Alemania Occidental un resarcimiento contra el dinero falso y en que murió en la pobreza (Nachtstern y Arntzen, 2008; Heatts, 1995; Wires, 1999). Wires, además, publica una fotografía de Bazna cuyo pie dice: “Elyesa Bazna en su madurez, ahora mucho más gordo, casi calvo y sin dinero, muy diferente

del *Cicero* que alguna vez fue temible”. Pero en Höttl, como siempre, la historia de Bazna tiene vuelo novelístico y se separa del consenso del resto de los autores:

[...] el destino de las 300 000 libras pagadas por los rollos de película es incierto. Las libras Bernhard se vendieron como pan caliente por toda Turquía de modo que pudieron haber sido convertidas en dinero extranjero. Algunas personas creen que el pasado levantino de Bazna probablemente lo llevó a cambiar simple papel por duraderas joyas y piedras preciosas. (1955, p. 146)

Arte, joyas, valores... ¿para el Reich?

Además de inteligencia, el dinero Bernhard compró también valores. Los agentes de Schwend que lograran hacer circular billetes falsos a cambio de sedas, oro, joyas y cuadros, recibían atractivas comisiones sobre el treinta y tres por ciento de Schwend, aunque no fuera suficiente para garantizar por completo la calidad de lo obtenido por los destinatarios finales. Pirie recuerda el caso de unas cigarreras de oro macizo que Schellenberg pidió a Schwend para obsequiar a poderosos jeques en el Medio Oriente. Según el imaginativo autor, el jefe del Amt VI encargó trescientas de estas joyas, pero los nobles árabes que las recibieron se sintieron insultados al darse cuenta de que eran sólo doradas, no de oro macizo; uno de ellos mandó ejecutar al agente alemán que se la entregó. La pérdida de este agente puso fin a un proceso de años de trabajo de inteligencia en Medio Oriente por lo que Schellenberg elevó su queja a Kaltenbrunner, quien reprendió y exigió explicaciones a Schwend.

Pero el jefe de Aktion I, seguro de sí mismo y del papel que jugaba en el espacio financiero y de inteligencia nazi con su operación, respondió restándole importancia al suceso. Atribuyó la responsabilidad del engaño a algún intermediario —los intermediarios inimputables, es decir ajenos a la estructura nazi, eran indispensables para la operación Bernhard pero casi imposibles de controlar— y argumentó que se encontraba en medio de una importante acción de compra de armas, el encargo principal que había recibido de ambos altos mandos nazis, con lo que consiguió salir airoso de la situación.

Esta anécdota sólo aparece en el texto de Pirie; no se confirma en los de otros historiadores, en los archivos desclasificados ni en los papeles de

Schwend. Unas cigarreras de oro macizo sí fueron mencionadas en la correspondencia de Schwend, como parte de lo que los agentes de CIC y Spitz le habían “robado”. La anécdota es digna de un thriller de espionaje, con ejecución de un nazi en el desierto y todo, pero ¿en qué se basa Pirie? Su texto está lleno de entrecomillados sin referencia y aporta una bibliografía rala que incluye los textos de Hagen, el pseudónimo con que Höttl firmaba sus publicaciones, entre ellas, *Unternhemen Bernhard* (Hagen, 1955), el primer relato conocido de la operación. Pirie también confía en *The Labyrinth*, las memorias de Schellenberg (2000), de las que probablemente proceden estas anécdotas, pero en cuya veracidad no es conveniente confiar. Una reseña de *The Labyrinth* incluida en el boletín de la CIA *Studies in Intelligence*, firmada por quien interrogó al autor inmediatamente después de la guerra, dice: “está lleno de inexactitudes con respecto a los hechos y, naturalmente, se encuentra afectado por las inclinaciones del autor”. Sin embargo, comenta positivamente el relato de Schellenberg sobre la “acción” Bernhard:

[...] permite ver su precisión en el reporte de hechos y los alcances de su veracidad en el recuento de acontecimientos que podrían implicarlo a él mismo en las prácticas por las que denuncia a Kaltenbrunner, Mueller y Meisinger.

Otros autores y archivos aportan información, si bien menos espectacular, más fidedigna sobre las inversiones de la operación Bernhard. Entre los bienes adquiridos —muchos de los cuales se almacenaban en barracas militares de Merano y cuevas de los alrededores—, como hemos visto al revisar las declaraciones de Bertha von Ehrenstein sobre Georg Spitz, había obras de grandes pintores europeos, valiosos tapices, joyas y oro en monedas o en lingotes. En un viaje a Ámsterdam —el primero de dos según las declaraciones de von Ehrenstein—, como habíamos mencionado, Spitz compró arte con dinero falso a Alois Miedl, empresario alemán afincado en Holanda desde 1932, que se vio increíblemente beneficiado por su cercanía con Göring mientras duró el dominio nazi. Miedl (al igual que August Lenz y Friedrich Karnatz, otros “cómplices” de Spitz en la guerra que Schwend libraría contra ellos) no formó parte directamente de la red de Schwend; ya hemos visto cómo, según Ehrenstein, en su segundo encuentro con Spitz en Ámsterdam, al que asistió el mismo Schwend, Miedl les solicitó garantías que estos no pudieron darle y un segundo negocio con libras Bernhard no se llegó a concretar. Pero el papel de este personaje en el entorno de la invasión

nazi a Holanda debe ser recordado por varias razones: primero, porque las transacciones que la operación Bernhard logró realizar con él son ejemplos fundamentales del proceso de lavado de dinero encabezado por Schwend; segundo, porque el caso de Miedl es el paradigma del expolio de patrimonio cultural europeo a manos de los nazis y, como tal, junto con las acciones de Aktion I y otros ejemplos, es una pieza más del rompecabezas de inteligencia, espionaje, saqueo y despojo, así como de las luchas internas entre los miembros de la cúpula nazi, que se debatían entre la fidelidad al Reich y al Führer, el interés personal y las cada vez más imperiosas formas de evadir consecuencias de la inminente derrota.

Miedl era un banquero de origen bávaro, posteriormente naturalizado holandés, muy cercano al *Reichsmarschall* Hermann Göring. Se estableció en Ámsterdam desde 1932, cuando el partido nazi estaba en pleno ascenso, según algunos autores porque, además de continuar con su trabajo en el mundo de las finanzas, su esposa era de origen judío y la emigración a los Países Bajos respondía a la amenaza del creciente antisemitismo alemán. Después de la *blitzkrieg* de 1940, Miedl quedó como administrador del banco Buitenlandsche de Ámsterdam, y se convirtió en propietario de la prestigiosa galería de Jacques Goudstikker, notable empresario judío, a quien Malkin describe como “el comerciante de arte más extravagante de Ámsterdam antes de la guerra” (2006, p. 133). La importancia de Goudstikker y su galería sigue vigente en nuestros días: el crítico Peter Sutton (s. f.) escribe en el portal en internet de Christie’s, la prestigiosa casa de subastas, que Goudstikker fue “probablemente el más importante comerciante de arte holandés de los viejos maestros” y en gran medida el responsable de la internacionalización del mercado del arte holandés.

Un trágico accidente acabó con el célebre galerista. En mayo de 1940, durante su huida de Holanda invadida por los nazis, resbaló en el barco que lo transportaba a Inglaterra y murió desnucado. Su galería, una colección cuidadosamente curada, ahora en las frágiles manos de su esposa, quedó a merced de los nazis (Wiedemann, 2006). En su investigación sobre el papel de España en el contrabando de arte operado por los nazis, el crítico Miguel Martorell relata que Miedl había comenzado a establecer “una de las principales redes alemanas de contrabando de obras de arte, con ramificaciones en Alemania, España, Francia, Suiza, Bélgica, Portugal y, por supuesto, Holanda, sede central de sus operaciones” (1998, p. 8). Siguiendo una estrategia basada en la coacción, mediante la que forzaba a los propietarios —principal pero no solamente judíos— a venderle sus propiedades a precios por debajo de su valor real, compró muy ventajosamente la galería a

la viuda de Goudstikker. Además de su estrecha relación con Göring, Miedl era amigo también de Heinrich Hoffmann, el confidente y fotógrafo de Hitler que había protegido a Spitz (Irujo, 1998), lo que cierra el círculo con la red de distribuidores de Schwend.

El origen judío de la esposa de Miedl era un gran riesgo en el contexto nazi, especialmente en el círculo de Göring, por lo que Miedl se veía obligado a engrosar la colección de arte de Carinhall —el ostentoso castillo que el comandante en jefe de la Luftwaffe se había hecho construir en los bosques de Brandemburgo— empezando con el valioso catálogo Goudstikker. Más adelante, el mismo Göring autorizaría a Miedl a buscar asilo en España, a donde viajó en julio de 1944, llevándose veintidós cuadros que quedaron varados por un tiempo en el puerto franco de Bilbao (Martorell Linares, 1998). Entre estas obras había al menos siete del catálogo Goudstikker, de autores entre los que estaban Van Dyck y la Escuela de El Greco. A pesar de la presión de los Países Bajos y de los Aliados para que el gobierno de Franco devolviera los cuadros, denunciados como saqueados de Holanda por Miedl, estos terminaron por desaparecer sin que se conozca su paradero hasta hoy (Irujo, 1998).

Según Malkin, Spitz, que siempre argumentó ignorar que trabajaba con dinero falso, compró a Miedl lo que quedaba de la colección Goudstikker y, probablemente, de otros fondos manejados por el oportunista marchante alemán, pues lo mejor ya no estaba en su poder sino en los muros de Carinhall y otras mansiones de la cúpula nazi. Entre estos “saldos” que Spitz pagó con dinero Bernhard habría ciento cincuenta pinturas de poco valor que el propio Göring habría cambiado en 1943 por el cuadro “Cristo con la mujer tomada en adulterio” del falsificador de Vermeer, Hans van Meegeren (Malkin, 2006, p. 133).⁶

El sistema era perfecto para los nazis que conocían sus recovecos: se distribuía y se lavaba el dinero falso producido por los talleres de Krüger en Sachsenhausen; se solventaban costos de operaciones de inteligencia que de otro modo no habría sido posible realizar; se pagaban precios ínfimos por bienes millonarios y se satisfacían las inquietudes “culturales” de personajes como Göring; y se “salvaba” la cultura europea aquilatando lo que los nazis consideraban de valor para fundamentar sus tesis de pureza racial

⁶ Pirie (1962, p. 55) discrepa con Malkin: afirma que Göring pagó 1 650 000 florines por la obra.

y retirando de la circulación y de la mirada pública lo que en su retorcida ideología se consideraba arte “degenerado” (el arte moderno, especialmente aquel relacionado con el expresionismo y otras vanguardias de la República de Weimar). Por último, pero no menos importante, no pocas de esas adquisiciones se hicieron para beneficio personal de Schwend y sus agentes. En 1957 Schwend relató en una carta a Rolf Fiedler —abogado que manejaría algunos de sus negocios e intereses en Alemania— un encuentro con Spitz y Miedl en Ámsterdam, “a fines de 1943 o principios de 1944” (HIS, Schwend Archiv, folder 17). En esa reunión planearon la constitución de una sociedad a partes iguales entre los tres, destinada a invertir en la compra de arte —Schwend menciona específicamente el catálogo Goudstikker— y a transportar los bienes y valores a España y Francia: “parte del dinero invertido y parte de las obras de arte fueron depositados por Spitz en París y otra parte fue llevada por Miedl a España”, donde más tarde, según Schwend, las obras fueron confiscadas por las autoridades españolas. Durante los 50 y los 60, como veremos, el nombre de Miedl aparecerá en la correspondencia de Schwend con amigos, enemigos, abogados y funcionarios, casi siempre ligado al de Spitz y a la acusación de “estafadores”.

Un caso particular fue el de dos cuadros que Schwend y Wischmann compraron en Hamburgo, uno de ellos de Picasso y el otro de un pintor francés cuyo nombre no se menciona en los documentos. Tampoco se cita el precio pagado por ellos, pero el príncipe Hans von Lichstenstein, socio de Schwend, opinaba que su valor era de al menos diez mil dólares, y otro conocedor de arte de la esfera Schwend (seguramente Gyssling) calculaba por lo menos el doble (HIS, Schwend Archiv, folder 17). El agente Mächler, que tenía un auto con matrícula diplomática, transportó los cuadros hasta Feldkirch, Austria, cerca de la frontera con Alemania, Suiza y Liechtenstein, y desde ahí, el propio príncipe Von Lichstenstein los llevó a Suiza en otro auto con matrícula diplomática (HIS, Schwend Archiv, Handakte).

Este modo de operar a través de las fronteras permitió hacer circular u ocultar piezas valiosas, especialmente hacia el final de la guerra, cuando los nazis procuraron salvar lo que pudieron sin declararlo en caso de ser aprehendidos por los Aliados. Algunos de ellos, como Schwend y los hermanos Blaschke, entregaron dinero u oro a las autoridades estadounidenses como “actos de buena fe”, pero buena parte —quizá no se sepa nunca cuánto— de las riquezas acumuladas quedó oculta o en manos de asociados y testaferreros. En el caso de Schwend, de sus agentes y de quienes tuvieron contacto, para bien o para mal, con su red, son prueba los documentos personales que, especialmente durante los años 50, muestran las numerosas querellas

y reclamos dirigidos a sus antiguos socios de negocios, exigiendo la devolución de piezas, dinero o ganancias producto de transacciones hechas durante la guerra y en los meses inmediatamente posteriores a la rendición.

Esta faceta de los miembros de la operación —como la hemos visto en el recuento de Agi Zelany sobre el proceder de Wischmann, orientado por su beneficio personal— se puede ver en los preparativos de Schwend para habilitar un escondite en el Schloss Rametz de Krastan. Siguiendo este modo de proceder, entre lo que se sabe o se puede sospechar, Schwend también habría logrado enterrar siete mil ciento treinta y nueve monedas de oro de origen francés e italiano cerca de Imst, un remoto lugar en las montañas de Austria (NARA, Schwend File 1; 12th Army Group), a poco más de setenta kilómetros al norte de Merano, de acceso tan difícil que por tierra representa un recorrido de más de doscientos kilómetros, pasando por Bolzano (Italia) e Innsbruck (Austria); probablemente en el valle Kaunzertal (Rowe, 1976, pp. 55-56). Y del resto del tesoro —alrededor de “26 kilos de monedas de oro, joyas y 15 000 dólares americanos”— habría ocultado una parte en la casa de un amigo en Baviera, y otra, con la ayuda de su hermano Albert, en la bodega de la casa de sus padres (Steinacher, 2011, pp. 165-166).

Armas

A los ojos de la jerarquía nazi, la operación Bernhard tenía una prioridad directamente relacionada con el “esfuerzo de guerra”: las armas. Los agentes de Schwend realizaron operaciones de compra y distribución de armas para las que utilizaron trenes como medio de transporte, lo que significa que se trataba de grandes volúmenes. En la carta a Mader que conocemos, Schwend relató que envió a Alemania desde Matujli (en la actual Croacia) tres o cuatro trenes con entre diez y doce vagones cargados de munición y armamento de diversas procedencias, principalmente del ejército italiano pero también del estadounidense, del inglés y del ruso; el de estos dos últimos países conseguido por Otto Skorzeny (NARA, Schwend File 2). Uno de los libros de memorias de este “héroe” nazi, el que lleva el subtítulo de *Mis memorias secretas*, reeditado póstumamente como *La guerra desconocida*, narra un episodio:

Demasiado tarde, habían puesto a nuestra disposición billetes falsos de 5 y 10 libras esterlinas, gracias a los cuales los intermediarios del mayor [Beck]

compraban a los partisanos camiones enteros de armas, municiones y material diverso que desembarcaban regularmente de los submarinos y de pequeños barcos británicos en ciertas ensenadas del litoral adriático [...]. Este tráfico duró varios meses con satisfacción general hasta el momento en que el Estado Mayor de Tito recibió el soplo. (1976, pp. 265-266)

Llama la atención la forma en que Skorzeny se refiere a Schwend pues tendería a romper la idea de que ambos tendrían quehaceres similares años después: “El jefe distribuidor de los billetes falsificados era un débil hombre de negocios, Friedrich Schwend”. No obstante, entre los papeles de Schwend se encontró una linda tarjeta de Navidad que Skorzeny le envió alguna vez y que guardó celosamente (Archivo Penal de Lima, 1972, 0000571, f. 2574).

Además de Matujli, en las proximidades de Fiume, Schwend también operó en Merano, Trieste y Abbazia, donde tenía emplazamientos ocultos para almacenar armas, dinero y mercancía. A su disposición había instalaciones ferroviarias y camiones, así como la fuerza de trabajo de soldados procedentes de Rusia, Polonia y Rumania, que actuaban sin vestir uniformes. Tuvo tres grandes almacenes cerca de Merano, desde los cuales su gente fletaba cada catorce días un tren para transportar caballos de carrera con los billetes escondidos en compartimentos secretos de las cajas de avena con que se alimentaba a los animales (NARA, Schwend File 2). Además de los almacenes conocidos, la operación utilizó escondites menos comunes: como adelantábamos páginas atrás, una nota periodística de 1967 reportó el hallazgo de billetes falsos por un valor de cinco millones de libras (cincuenta y cinco millones de marcos en 1967) en el órgano de la iglesia de San Valentino en Merano. El dinero falso fue descubierto cuando un especialista en órganos buscaba la fecha de fabricación del instrumento, para lo cual debió desmontar algunos revestimientos de madera. Según la nota, después del hallazgo, las autoridades de Merano ordenaron una nueva búsqueda en un castillo de las cercanías que fue utilizado por los nazis como centro de operaciones (“Sensationeller Fund in einer italienischen Kirchen-Orgel...”, 1967), quizá Schloss Labers, el centro de operaciones de Aktion I, o Schloss Rametz, el *castello* de Krastan.

El sur del Tirol y su prolongación hacia la región alpina italiana eran estratégicos. Con acceso a puertos del Adriático, la región es una especie de nodo entre el oeste, el centro y el este europeos. Su ubicación es muy favorable para convertirse en una rápida ruta de escape y de contrabando. Schwend vivió durante años en esta región, entre Bolzano, Merano, Trieste (ciudad natal de su segunda esposa, hedda Neuhold), Abbazia e incluso Zagreb. Fue

en esa zona donde desde antes de la guerra se dedicó a los negocios, por lo que resultaba para él un ambiente propicio para coordinar operaciones con cierta soltura, especialmente la distribución de dinero Bernhard. Esto, a la vez, representaba beneficios para la RSHA, para su red de colaboradores y, por supuesto, para sí mismo. Tenía una amplia red de contactos tanto en las cúpulas nazis como fuera de ellas, y sumada a esto, contaba con la experiencia adquirida en los Estados Unidos, por lo que también estaba en el lugar indicado al acercarse el final de la guerra, cuando los Aliados iniciaron la operación Sunrise que pronto conoceremos.

La situación de muchas milicias informales de distinto cuño ideológico, político y militar; la presencia de movimientos e iniciativas de resistencia pasiva o activa contra los ocupantes (de bandos diversos) y el desarrollo de guerras de guerrillas eran importantes para todos los contendientes durante la guerra, especialmente al acercarse el final. En el caso de los Aliados occidentales (Estados Unidos e Inglaterra), el norte de Italia representaba un problema por la existencia de numerosos grupos de partisanos antinazis y antifascistas, armados e independientes pero de tendencias socialista y comunista, cuyos esfuerzos no sólo resultaban infructuosos por faltarles una coordinación militar estratégica centralizada, sino que eran también peligrosos por la posibilidad de acercar a los soviéticos al territorio italiano —bastante cerca sentían ya a Tito—. De ahí que buena parte de las operaciones de inteligencia llevadas a cabo por los Aliados en esa región, desde mediados de 1944 hasta el final de la guerra, estuvieran orientadas a infiltrar los grupos partisanos y dotarlos de liderazgos militares fuertes y despolitizados, como puede verse en los interrogatorios de miembros del Amt IV (inteligencia extranjera de la RSHA), en los que se describe qué tanto sabían los nazis sobre las operaciones encubiertas de los Aliados (FOIA, Informes sobre el servicio de inteligencia alemán).

Para los nazis, la acción y los métodos de los partisanos y guerrilleros también eran cruciales al vislumbrarse la derrota, teniendo en mente dos objetivos: minar el poder bélico de los Aliados detrás de las líneas del frente y elaborar el plan de resistencia en torno a la idea del “último reducto alpino”. Así, en 1943 la RSHA creó una instancia de inteligencia, el Gruppe VI G, al mando de un académico austriaco, el historiador y geógrafo *Sturmabahnführer* Wilfried Krallert, que se ocuparía de centralizar información, no necesariamente secreta, de utilidad para los otros grupos del SD. El 11 de marzo de 1945, Krallert envió a todos los institutos de investigación bajo su mando un memo en el que solicitaba información “breve y precisa” sobre todo aquello que pudiera permitir la manipulación

e infiltración de todo tipo de movimientos guerrilleros o de resistencia “activa y pasiva”.

Por tanto, en coordinación con Kaltenbrunner, el papel de Schwend y su red de contrabando en el ámbito de acción de los partisanos, tanto italianos como de los Balcanes, cumplía un segundo objetivo de inteligencia, además de las acciones económicas y las adquisiciones de materiales (armas) y recursos para la guerra: infiltración y espionaje.

Un agente del CIC narró la captura de Kaltenbrunner en un documento publicado sin atribución de autor específico en el boletín del Centro de Estudios sobre Inteligencia de la CIA. Llama la atención la descripción de lo que se encuentra en la cabaña alpina donde el líder nazi se ocultaba con otros tres fugitivos, por lo que respecta a los recursos con los que trataba de ayudarse a escapar:

[...] encontramos cuatro rifles de la Wehrmacht, cuatro pistolas, una gran cantidad de municiones, dos pistolas automáticas y una ametralladora, esta última oculta detrás de la chimenea. Había también una caja de botellas de champán vacías, algunos dulces franceses, algunos cigarrillos estadounidenses libres de impuestos y *una gran cantidad de dinero estadounidense y británico falso*. En el depósito de ceniza en la base de la chimenea había una foto de Kaltenbrunner con su esposa e hijos, una copia de su último mensaje de radio a Fegelein para Himmler y Hitler, su tarjeta de identificación como jefe de la Sipo y el SD, y sus discos metálicos de identificación como Número 2 (Himmler era el número 1) de la Gestapo y la Kripo. (Anónimo, 1993, cursivas nuestras)

Kaltenbrunner sería procesado en Núremberg, condenado a muerte y ejecutado en la horca el 16 de octubre de 1946. Fue el nazi de mayor rango que pudo ser juzgado, sentenciado y condenado, dado que Göring logró escapar al cadalso mediante el suicidio por envenenamiento —ese episodio que Savitri Devi nos contó por la vía astral—. Los militares nazis consideraban que la ejecución en la horca era indigna de un militar y pedían ser fusilados. No se les dio tal oportunidad. Nagorski cita las últimas palabras de Kaltenbrunner, en las que encontramos al más indigno de los prisioneros de guerra por su negación de los crímenes cometidos: “Cumplí con mi deber según las leyes de mi pueblo y lamento que mi pueblo fuera guiado esta vez por hombres que no eran soldados y que se hayan cometido crímenes de los que yo no tuve conocimiento” (Nagorsky, 2016, pos. 319).

CAPÍTULO IV

UN ASESINATO EN ITALIA

LA SENTENCIA

La sentencia a veinticuatro años de prisión que un tribunal de Bolzano, Italia, dictó contra Schwend, en ausencia, el 19 de diciembre de 1955, por el homicidio de un tal Camper, consta en un acta en la que se describe el crimen a partir de los testimonios de testigos y de documentos, entre ellos una carta enviada al tribunal por el inculpado en enero de 1951.¹ La sentencia fue reducida a tres años por la ley de amnistía de 1953 (Decreto del Presidente della Repubblica, 1953), que reducía o eliminaba penas establecidas para delitos cometidos entre 1943 y 1946. En el caso de penas a delitos del orden común superiores a veinte años de cárcel, la amnistía las reducía a dos, por lo que parece haber sido decisión del tribunal en el juicio contra Schwend fijarla en tres años, dada la ausencia de atenuantes y la presencia de los agravantes mencionados al final de la sentencia. Sin embargo, al retomarse el caso en Alemania en 1962, la sentencia fue nuevamente extendida a veintiún años.

Los hechos que juzgó el tribunal de Bolzano tuvieron su punto de partida “un día no determinado del otoño de 1944” y fueron descritos así:

¹ Traducción al alemán del Acta de sentencia contra Friedrich Schwend, “Übertzetsung: Republik Italien. A.Z. Reg.Sent-15/55. R.G.9/55”, 9 folios, HIS, Archivo Schwend, folder 138. La traducción, hecha después de un proceso de apelación, tiene fecha del 14 de noviembre de 1958 en Múnich y está certificada como “correcta y completa” por el Dr. Arrigo Gnott de esa ciudad, que tuvo a la vista una copia del original en italiano. La copia de la traducción al alemán en el archivo Schwend en HIS lleva el sello de la Corte Suprema de Justicia del Perú, así que formó parte del expediente de Schwend en las investigaciones del juez *ad hoc* Santos Chichizola en torno al homicidio de Banchero Rossi. Más adelante en la misma carpeta del Archivo Schwend en HIS está la copia de una traducción al castellano de la traducción alemana, escrita a mano, de 12 folios. No consta en esta retraducción sello alguno. Es de suponer que se trata de una traducción hecha por Volkmar Schneider-Merck. En adelante las referencias a este documento de HIS, Schwend Archiv 138 se asentarán de la siguiente manera: Sentencia, folio de la traducción al alemán. Las citas corresponden a la traducción manuscrita al castellano del acta en alemán, revisada por nosotros.

En 1944 llegó a la localidad de Lana un auto tripulado por dos soldados de la SS alemana. Estos soldados ordenaron que les fueran entregadas las llaves de la morgue del cementerio local, donde en secreto depositaron un cadáver que llevaban cubierto con una frazada. Después cerraron la capilla con llave y entregaron las llaves al comandante del puesto de la policía alemana en Lana, Sr. Willi SIEGL. Este ordenó a unos soldados del Sod que cavaran una fosa en un extremo del cementerio, en la cual se enterró secretamente el cadáver, cubierto con la frazada, sin ataúd y sin la presencia de un sacerdote. SIEGEL prohibió a los soldados que retiraran la frazada que envolvía el cadáver para que no pudieran verlo y ordenó que el incidente se mantuviera en absoluto secreto. La identidad del hombre se ocultó deliberadamente. No se emitió un certificado de defunción ni se asentó la muerte en registros parroquiales ni municipales. Lo único que pudieron ver quienes lo enterraron es que se trataba de un hombre joven, que llevaba zapatos deportivos de lona y suela de goma y que tenía las piernas bronceadas por el sol. (Sentencia, ff. 1-2)

El acta del juicio informa que, después de la guerra, la investigación sobre estos hechos pudo avanzar gracias a una carta enviada al tribunal por el propio ex comandante de la policía alemana en Lana, el citado Siegl, radicado ahora en Innsbruck, Austria. Las razones por las cuales Siegl se habría comunicado con el tribunal no son claras, pero en el acta se menciona más adelante, al describir las condiciones en que los alemanes se hicieron con los procedimientos judiciales italianos y cómo lo hicieron, que Siegl habría sido también procesado por otros crímenes: “Hay que recordar que el mencionado SIEGL, siendo comandante de la policía de Lana, el 16 de noviembre de 1944, en Löwenberg-Alm, fusiló a VETTER, un desertor desarmado” (Sentencia, f. 7). La carta de Siegl usada en el proceso contra Schwend se refiere al “entierro en Lana di Mezzo”, de un cadáver que había sido llevado a ese lugar por soldados en un auto “del Sod de Bolzano con matrícula PKD”, procedente de la localidad de Postal (el SOD era el Servicio de Orden del Sudtirolo, una unidad parapoliciaca auxiliar local). Siegl explicó que se presentó ante él el comandante del SOD en Merano, “un tal NIEDERWIESER”, y se entabló entre ellos una discusión dada la irregularidad de lo que se le solicitaba. Argumentó que intentó negarse a llevar a cabo el entierro —exigía que se le diera a conocer la identidad del muerto—, hasta que Niederwieser, después de algunas evasivas, le informó que se trataba de “un espía italiano que había sido ejecutado en Gazzone” (Sentencia, f. 2).

La investigación se dirigió a Merano, donde Alfons Niederwieser había sido titular de la Gestapo y, por tanto, del resto de las fuerzas alemanas de ocupación, incluyendo las SS y el SOD, y había dirigido el arresto y deportación de los judíos de Merano usando a los sudtiroleses (italianos de lengua alemana) enrolados en el SOD y otras fuerzas de ocupación (Presidencia del Consejo de Ministros de Italia, 2001). El acta del tribunal se apoya en los testimonios de la secretaria de Niederwieser, Rita Holzgethan, que fueron transcritos en el documento:

Ella dijo que un día domingo de 1944 unos policías de Trento arrestaron a un joven de unos 25 años de edad. Su nombre era Camper. El hombre pidió el auxilio de un chofer amigo. No hablaba alemán, solamente italiano. Venía de Fiume. Había trabajado con el mayor alemán SCHWEND, quien dirigía una unidad de la Abwehr en el castillo Labers, en Merano. El mayor SCHWEND apareció sorpresivamente en la oficina de HOLZGETHAN y sometió a CAMPER a un interrogatorio. HOLZGETHAN no presenció el interrogatorio. Al día siguiente, CAMPER fue trasladado a la Comandancia Militar en el auto de SCHWEND. NIEDERWIESER y ZIRNBAUER abordaron otro auto. Partieron pero regresaron muy pronto. HOLZGETHAN mecanografió, dictado por NIEDERWIESER, un breve informe para el comando en Bolzano. Dicho informe, que fue firmado por ZIRNBAUER, decía que los dos autos se detuvieron durante el trayecto debido a una avería. CAMPER aprovechó la oportunidad para tratar de escapar pero fue muerto por una ráfaga de ametralladora.

Más tarde, NIEDERWIESER confesó en privado a HOLZGETHAN que lo asentado en el informe era falso. En realidad, cerca de Gargazzone, el mayor SCHWEND había detenido la comitiva, había hecho descender a CAMPER y lo había matado a balazos a corta distancia porque se trataba de un espía y un traidor. De hecho, días antes, SCHWEND, para quien CAMPER trabajaba, le había ordenado acompañar un auto que llevaba documentos y objetos de gran valor de Pustertal hacia Villach. En Bolzano, CAMPER, pistola en mano, forzó al chofer a conducir hasta Trento y luego a Valsugana para entregar la carga a los partisanos. Al llegar a Pergine obligó al conductor y a una señorita a abandonar el auto y continuó el viaje solo. Pero el conductor y la mujer decidieron informar a la policía alemana, la cual arrestó a CAMPER y lo trasladó a Merano. (Sentencia, ff. 2-3)

A partir del testimonio de Holzgethan y la carta de Siegl, se fincó contra Schwend la causa penal por homicidio el 10 de octubre de 1946. La fiscalía

de Bolzano procedió entonces a exhumar el cuerpo de Camper para realizar los exámenes forenses necesarios. El cuerpo estaba en proceso de descomposición pero conservaba los zapatos deportivos que Siegl había descrito. Los estudios forenses indicaron que había sido ejecutado de uno o varios balazos en la cabeza disparados a corta distancia. El cráneo estaba destrozado y el cuerpo no mostraba ninguna otra herida: “En opinión del forense, la destrucción total del cráneo y la ausencia de otras heridas aisladas son prueba de que el cráneo literalmente estalló, lo que suele suceder cuando es alcanzado por balas de fusil o ametralladora disparadas a muy corta distancia” (Sentencia, f. 4).

El homicidio de Teofilo Kamber o Camper es un hecho fundamental en la vida de Schwend; un factor —¿un error?— que fue capaz de marcar sus decisiones posteriores. Tuvo lugar al margen de las acciones de guerra; fue un asesinato cuyo proceso judicial en Italia se mantuvo abierto durante los años de posguerra y a través del cual fue buscado en Sudamérica, en el Perú, donde fijó su residencia; un país que en esos años no había establecido una relación oficial con la Interpol, red a la que se incorporó hasta 1962 y que tampoco tenía un convenio de extradición con Italia.² El homicidio está en el centro de la relación de Schwend y Alois Glavan: en distintos momentos, cada uno de ellos atribuyó al otro la autoría del crimen. Asimismo, este crimen se enredó con el conflicto contra Spitz que Schwend mantuvo vigente incluso después de fallecido su ex agente. Para él, fue Spitz, tanto en los años 50 como en los 60, quien movilizó testigos y abogados para acusarlo y detener así las acciones que Schwend, incansable, emprendía en busca de la “restitución” de lo que le había sido “robado”.

Además del acta de sentencia del tribunal de Bolzano, los hechos se pueden reconstruir a partir de fragmentos de cartas que Schwend intercambió con sus abogados y con conocidos, entre ellos Willi Höttl, a quien escribió el 31 de mayo de 1960: “[...] Alguna vez te ofreciste a testificar a mi favor. Hoy te estaría muy agradecido si lo hicieras [...]” (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe). También tenemos la información brindada por la señora Gertrud Tacke que, en correspondencia con Schwend, mencionó algo relacionado con un viaje de Kamber, y la narración de Anthony Pirie en el capítulo “Un robo de dos y medio millones”, de su *Operation Bernhard* (1962,

² El tratado de extradición Perú-Italia —si bien existe un antecedente en la Convención de Extradición de 1870— se firmó en noviembre de 1994 y se ratificó en 1997 (Valdéz-Arroyo, 2004, p. 170).

pp. 169-183) —que sigue muy de cerca las novelescas relaciones de Höttl—, además de otras referencias.

Es curioso que en la sentencia del juzgado de Bolzano contra Schwend, el nombre de la víctima se escriba “Camper”, siempre con “C” —en una ocasión aparece como “Camber”—, mientras que en todas las otras referencias, incluyendo la correspondencia de Schwend con otros así como las notas aparecidas en diarios alemanes en los 70, se asienta “Kamber” (el italiano, como el castellano, no utiliza la “K”, excepto por algunos extranjerismos, mientras que en idiomas no latinos, suele ser frecuente, especialmente en alemán). Una de las controversias del caso y del juicio contra Schwend era la nacionalidad de la víctima: se juzgó en Italia porque en su territorio se cometió el crimen, pero también porque, a la luz de la investigación policial, todo indicaba que la víctima no sólo era italiana sino que formaba parte de la resistencia armada contra la ocupación nazi-fascista y por tanto se trataba de un partisano infiltrado en Aktion I. Sin embargo, en el proceso nunca se logró identificar definitivamente a la víctima: “Se debe agregar que las investigaciones para la identificación adicional de CAMPER [...] no han tenido éxito”; “Como se mencionó anteriormente, se desconoce la identidad exacta de la víctima. Se sabe solamente su nombre, CAMPER, y su procedencia, Fiume” (Sentencia, f. 4). En las cartas de Schwend y en los documentos relacionados con el juicio posterior llevado a cabo en Alemania, cuyas autoridades atrajeron el caso al ser un inculpado de esa nacionalidad, el nombre es a veces Kamper y a veces Kamber; las diferencias en el deletreo se deben a que las fuentes que determinan —o no— la identidad de la víctima son orales o transcripciones de declaraciones orales; no existe una partida de nacimiento, una identificación oficial, un pasaporte que establezca definitivamente su identidad, y estas circunstancias contribuyeron a los debates en torno a la culpabilidad o inocencia de Schwend.

EL CRIMEN

¿Qué fue lo que hizo el joven Kamber —con K o con C, italiano o yugoslavo, partisano o miembro de la Wehrmacht, simple agente de Schwend o incauto aventurero engatusado— para ser ejecutado y para que se dispusiera de sus restos tan “secretamente”? Las distintas versiones coinciden en

lo siguiente: era un agente de la red de distribuidores de Schwend. Como tal, recibió el encargo de custodiar un envío con destino a algún lugar de Austria, junto con un conductor, en un viaje al que se sumaría una mujer. En el camino, cerca de Trento, Kamber, pistola en mano, hizo que el chofer detuviera el auto, obligó a ambos pasajeros a salir y prosiguió solo el viaje llevándose la carga. El chofer y la mujer pudieron denunciar los hechos en un puesto militar —o policiaco, de la Sipo, depende de qué testimonio se cite— cercano al sitio donde fueron abandonados y lograron así que Kamber fuera alcanzado, arrestado y eventualmente puesto a disposición de Schwend.

En la carta que Schwend envió al juzgado italiano desde Barcelona, probablemente a través de su amigo Gyssling, afirmaba que Kamber, “originario de Fiume o Susak”, era ciudadano yugoslavo y miembro de la Wehrmacht, lo que le daba estatus militar y por tanto estaba “sujeto a las leyes de guerra” (HIS, Schwend Archiv, 138). Si bien Schwend lo presentó con cierta distancia diciendo que, a pesar de estar prohibido, Kamber llegó a Schloss Labers acompañando a Fleischer, un agente italiano de la Wehrmacht, Rita Holzgethan, empleada de la Gestapo, indicó que Kamber efectivamente trabajaba para Schwend. Julius Mader se refiere a Kamber como “ex amigo del alma” de Schwend (1966, p. 129), aunque ignoramos sus fuentes; solía escribir a partir de las confidencias de Schwend, pero es imposible que este hubiera escrito algo así. En cambio, Shraga Elam (1962, pp. 169-170) lo identifica tan sólo como un distribuidor más de dinero Bernhard.

La descripción de Pirie es la más extensa y detallada, aunque —como hemos mencionado para este autor— no queda claro cuáles son sus fuentes y su versión debe demasiado a la de Hagen/Höttl, cuyos aportes no fundamentados a la historia ya nos son bien conocidos. Reconozcamos que Pirie tiene talento para el *suspense* y veamos su narración: Schwend, el principal sospechoso del homicidio en dos procesos diferentes (el de Bolzano entre 1946 y 1955, y el de Múnich, que comenzó en 1961 y terminó en 1978 con la captura del criminal), aparece casi como un héroe. Su historia comienza una soleada mañana de domingo, cuando Schwend preparaba el envío de dos y medio millones de libras Bernhard —en billetes de “Calidad I”, empaçadas en dos maletas de cuero— para “pagar” en Trieste por un cargamento de armas de los partisanos. Los encargados de esta transacción eran Metzger (que en el texto de Pirie representa al chofer, el agente Fleischer) y Kamber. La secretaria de Schwend, identificada por Pirie como Gertrud Hüllen, al ver el auto listo para partir hacia tan hermosa mañana, pidió permiso para acompañarlos. Schwend miró a Kamber y a Metzger, quienes no

mostraron oposición, y accedió diciendo: “Está bien, ve con ellos. Mientras más gente vaya con el dinero, estará más seguro” (Pirie, 1962, pp. 169-170).

Al reiniciarse el proceso contra Schwend en Múnich, en 1961, este buscó el testimonio de su ex secretaria a través de su abogado, Klaus D. Langenstein, informándole que su verdadero apellido era Hasper, aunque no pudo recordar el del hombre a quien Pirie llamó Metzger, y se refirió a él sólo como “el agente” (HIS, Schwend Archiv, N. 31 Org). Por su parte, después de algunas pesquisas, Langenstein informó mediante oficio a la fiscalía de Múnich que Hasper se habría casado y que habría que localizarla bajo el nombre de Gertrud Pack en Oldenforf Nägeborn, Einbeck, y en el mismo oficio identificó al agente como Fleischer. Estos dos testigos eran cruciales para Schwend pues sólo ellos podrían ratificar su testimonio de que Kamber era un soldado de la Wehrmacht que había cometido un crimen de orden militar sobre el que los tribunales civiles no tenían jurisdicción.

Pirie creó todo un personaje a partir de la secretaria. Ella iba encantada de “paseo”; tan feliz que hasta se puso a cantar, aunque desdeñó los avances románticos de Metzger, el conductor. Pero cuando se acercaban a Bolzano, Metzger había empezado a preocuparse por el silencio y una actitud demasiado reservada de Kamber. Pirie narra muy bien su versión:

Al aproximarse a Ora, a poca distancia de la bifurcación hacia Trieste, Metzger empezó a sentirse nervioso. Se preguntaba si Kamber estaba realmente enfermo, tratando de soportar hasta que el trabajo estuviese terminado. Volteó hacia atrás y le preguntó “¿Te sientes mejor?”. Sin recibir respuesta, Metzger volvió a poner la vista en el camino, preparándose para tomar la bifurcación, cuando, repentinamente, escuchó una voz tan fría, dura y determinada, que al principio no pudo reconocerla.

—Sigue de frente. No des vuelta a la izquierda aquí. Yo te diré dónde hacerlo.

Metzger empezaba a contestar cuando sintió una fría presencia en la nuca, cerca del oído. De inmediato se dio cuenta de que se trataba del barril de un revólver. Sin alternativa por el momento, siguió de frente, pensando qué hacer. Después de un momento, respiró profundamente y con forzada calma dijo:

—¿Crees que puedes llevarte dos y medio millones así nada más? Tal vez puedas, pero qué vas a hacer cuando los tengas?

Gertrud, cuya cabeza hasta entonces estaba a mil millas de ahí, miró a Metzger, vio el revólver y comenzó a llorar. Kamber, con una voz fría como la muerte, espetó:

—¡Deja de lloriquear! —lo que sólo logró hacerla llorar más fuerte, y Kamber, visiblemente irritado, dijo—: Ponte el pañuelo en la boca.

Gertrud obedeció pero aún así no podía parar. Lloraba, suspiraba y gemía hasta que realmente pareció que se ponía enferma.

El relato de Pirie llega entonces a un retén en la carretera donde los personajes se debatieron entre denunciar o no a Kamber, pero este los mantuvo bajo amenaza y consiguió que Gertrud se hiciera pasar por enferma para lograr cruzar el retén. Siguieron a toda velocidad. Gertrud, dice Pirie, se desmayó al pasar cerca del lago Léxico. Más adelante Kamber obligó a Metzger a desviarse en un camino de tierra, a lo largo del cual el conductor pensaría en hacer algún movimiento brusco para tratar de desembarazarse de su captor, pero no lo haría porque tenía que proteger a la mujer, que ya despertaba del desmayo y estaba muy asustada.

Después de algunos minutos rebotando sobre el accidentado camino, Kamber ordenó a Metzger que se detuviera. Cuando estuvieron detenidos, les ordenó que salieran del auto. Gertrud, en choque de pánico, no podía moverse. Metzger la tomó de los brazos, la arrastró con cuidado sobre el asiento y, mientras la sacaba a la luz abrasadora del sol, dijo:

—¡No puedes dejarnos aquí!

Pero Kamber los dejó, según Pirie, con el siguiente plan:

Kamber, mientras tanto, llevaba el Fiat azul a una gran velocidad hacia Borgo. Calculaba estar ahí en alrededor de media hora. Se encontraría con amigos a quienes ya había citado, vería que el auto fuera destruido y entonces desaparecería calladamente con su parte del dinero.

El lugar donde Kamber había abandonado a Metzger y a Gertrud resultó estar muy cerca de ciertas barracas de la policía militar que Metzger conocía, y hacia allá caminaron tan rápidamente como les fue posible —Pirie nos cuenta que ya sin revólveres de por medio, Gertrud había recuperado la calma—. Contaron lo sucedido, excepto por las maletas llenas de dinero falso.

Gertrud insistió en comunicarse con el SS *Sturmbannführer* Dr. Wendig en Merano. Cuando logró contactar con Schloss Labers, este no estaba, pero Glavan les dijo que iría a buscarlos. Sería un viaje inútil. El comandante de

las barracas no quería tener nada que ver con ningún asunto complicado. Envió a Gertrud y Metzger en un auto a la comandancia general en Trento.

Kamber casi había llegado a Borgo cuando se dio cuenta de que un auto de la policía lo seguía. Era casi imposible que los otros hubiesen dado la alarma, pero prefirió no correr riesgos. Aceleró y vio por el retrovisor que el auto de policía también aceleraba. Era claro que lo perseguían. Aceleró aún más, siguió por algunos segundos; lo estaban alcanzando. Aunque trató de eludirlos, no había escapatoria. Por fin lo alcanzaron, se pusieron a su lado y le pidieron que se detuviera. Como se negó, empezaron a empujarlo hacia la cuneta. Finalmente, a poca distancia de Borgo —y la huida—, lo detuvieron. Esposado, lo transfirieron al auto de policía. Uno de los policías tomó el volante del Fiat y los dos autos se dirigieron a Trento.

Así que Kamber, Metzger y Gertrud se volverían a encontrar en Trento según el relato de Pirie. Ahí, el capitán de la comandancia se negaba a creer la historia de Metzger y Gertrud —“¿Por qué alguien querría dejar abandonadas a dos personas en el campo?”—, quienes a su vez sólo repetían que era un “secreto de Estado” y que debía hablar con el SS Wendig. El capitán decidió mantenerlos detenidos mientras averiguaba algo más. Entonces llegó Kamber, “esposado y seguido por dos maletas”. Continúa Pirie:

En medio del asombro general, Kamber pidió disculpas a Gertrud por su comportamiento. Pero antes de que ella pudiera responder, el capitán preguntó:

—¿Qué hay en esas maletas?

Kamber y Metzger no contestaron. Gertrud insistió:

—¡Se lo estamos diciendo! ¡Es un secreto de Estado! ¡Llame al *Sturmbannführer*!

—¡Abran las maletas! —ordenó el capitán. Cuando se alzaron las cubiertas, exclamó—: ¡Oh, Dios mío! —Para asegurarse de que sus ojos no lo engañaban, pasó los dedos sobre algunos de los apretados paquetes de billetes, sacó algunos y los revisó contra la luz. Pensó que eran genuinos. Luego dejó de pensar por unos minutos y finalmente dijo—: Sellen esas maletas. Pongan a estos tres en celdas separadas y a disposición del Servicio de Seguridad. Debo reportar esto a Berlín de inmediato.

En Berlín, dice Pirie, la noticia fue recibida por un subalterno de Kaltenbrunner de nombre Ohlendorf, que habría pensado que era una buena oportunidad para deshacerse de Schwend (Pirie da seguimiento a lo largo de

todo su libro a este odio que Ohlendorf tendría por Schwend, el cual lo llevaría a estar permanentemente buscando la forma de desacreditarlo ante Kaltenbrunner o hacerlo desaparecer de alguna manera). Llevó la noticia personalmente a Kaltenbrunner, acusando a Schwend de fallar en la delicada tarea de mantener el secreto de la operación Bernhard. Pero Kaltenbrunner quiso conocer la versión de Schwend, y este culpaba directamente al capitán de Trento: de haberse comunicado con él como se lo pidieron Gertrud y Metzger repetidamente, no habría surgido un problema. Pirie nos dice que Ohlendorf no estaba totalmente satisfecho con esta respuesta, así que:

Para hacerlo sentir mejor, Kaltenbrunner resolvió cortantemente:

—Deben deshacerse de Kamber.

—¿En Trento? —preguntó Schwend.

—No. Que se envíen órdenes a Trento para que sea transferido a donde tu gente en Merano. Recupera las maletas y olvidémonos de todo esto.

Esa tarde, Kamber fue enviado a la oficina del Servicio de Seguridad en Merano, cerca del Hotel Bristol, y encerrado en una de las celdas. Las dos maletas fueron devueltas a Schloss Labers, donde Schwend dio una fiesta para celebrar que los acontecimientos llegaron a un final feliz. Pero de algún modo, la alegría habitual había desaparecido y Schwend pareció preocupado e incluso molesto cuando Gertrud le preguntó qué pasaba con Kamber.

—Realmente no lo sé —respondió Schwend—. Tengo un mensaje de Kaltenbrunner diciendo que debe enfrentar un juicio de la Gestapo en Bolzano.

Metzger apartó a la mujer por un momento y dio su opinión:

—¿No sería mejor dejar que el Servicio de Seguridad se encargue?

—Ya veremos mañana.

Cuando todos se habían ido a dormir, Schwend llamó a Glavan. Hubiera preferido darle dinero a Kamber y embarcarlo, digamos, al Perú, pero Glavan no estaba de acuerdo.

—No hay nada más que hacer sino disponer de él —dijo—. Tienes órdenes de Kaltenbrunner y puedes estar seguro de que verá que sean cumplidas.

—Pero eso será un homicidio.

—¿Qué hubiera pasado contigo (y con todos nosotros) si hubiera podido escapar con el dinero?

—No nos habrían matado, en cualquier caso —objetó Schwend.

Discutieron a favor y en contra de la sentencia de muerte hasta casi el amanecer, pero al final Schwend estaba seguro de que a la orden de Kaltenbrunner se le podía dar una vuelta.

Cuenta Pirie que Kamber rogaría a Schwend que le perdonara la vida. Y que Schwend respondería que tenía órdenes que cumplir: llevarlo ante un tribunal policial en Bolzano, en donde ya nada podría hacer por él. En esta conversación Schwend le habría “ofrecido” a Kamber una salida: “Veré si podemos detenernos en el camino. Si es así, quizás puedas intentar algo”. También durante este momento, Pirie se asegura de informarnos que Glavan estaba “ocupado con el carro”. Si el inicio del capítulo había encontrado a Kamber, Metzger y Gertrud con una mañana soleada y alegre, ahora el clima en la descripción de Pirie se ha puesto turbio, lleno de oscuras nubes bajas, lluvioso y hasta con “espectrales remolinos de niebla”:

Se subieron al auto. Glavan en el asiento del conductor con Schwend a su lado y un arma automática a sus pies; Kamber y el *Untersturmführer* [asignado por la comandancia para escoltarlo] en la parte de atrás. Una vez fuera de los límites del castillo, Glavan empezó a conducir de prisa. Después de uno o dos derrapes peligrosos en el camino mojado, Schwend dijo:

—Ve despacio, no hay prisa.

—Está bien, pero mientras más pronto acabemos con esto, mejor.

Se arrastraron ante un paisaje ahora funesto, el mismo que sólo dos días atrás, bañado de sol, había hecho a Gertrud cantar. Nadie hablaba. Todos se sentían tensos y angustiados. Schwend hizo lo que pudo para distender el ambiente ofreciendo cigarrillos. Kamber fumó el suyo ávidamente. sólo Glavan parecía no estar preocupado.

Más adelante el motor del auto pareció malograrse y Glavan se detuvo. Kamber pidió permiso para estirar las piernas; Schwend lo acompañó un poco y, mientras le ofrecía un cigarrillo, le dijo al oído: “Esta puede ser tu oportunidad. Voy a regresar”. Schwend regresó y preguntó qué había pasado con el auto. Kamber se alejó hacia los huertos sigilosamente, volteó y cuando vió que sólo Schwend lo observaba, echó a correr. Entonces Glavan se dio la vuelta empuñando un arma automática y apuntó. Continúa Pirie:

—No dispaes —gritó Schwend—. ¡Llámalo, hazle una advertencia!

La respuesta de Glavan fue vaciar el magacín en una andanada de disparos. Kamber gritó, tropezó, se puso totalmente tenso y cayó de bruces sobre el suelo húmedo.

—¡Te dije que no dispararas! —gritó Schwend iracundo.

El *Untersturmführer* caminó hasta Kamber, echó una mirada experta al cuerpo y le dio la vuelta con la punta de su bota.

—Ya es demasiado tarde para preocuparse —dijo.

Glavan y Schwend seguían discutiendo acaloradamente cuando el soldado volvió con la noticia. Schwend dijo amargamente:

—Lo mataste por la espalda.

—¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Dar la vuelta y dispararle en el auto? Eso hubiera sido peor, ¿no crees?

El *Untersturmführer* parpadeó despacio y buscó pluma y papel en su bolsillo.

—Todo está en orden. El prisionero fue muerto al tratar de escapar. Eso dirá mi informe.

Holzgethan, quien no mencionó en absoluto a la secretaria Hasper, afirmaba que los documentos y especies de valor transportados por Kamber debían ser entregados a guerrilleros en Valsumgamatal, pero que la diligencia se detuvo cuando llegaron a Pergine, pues Kamber obligó a sus acompañantes a bajar del auto y continuó el trayecto solo (HIS, Schwend Archiv, 138). Schwend coincide en que, luego de partir a las 11 de la mañana, el viaje fue interrumpido por Kamber en algún punto después de Merano y, aprovechando que estaba sentado detrás de Fleischer, le apuntó con una pistola y lo obligó a girar hacia la montaña, pasando inclusive un control de la Wehrmacht. También habría amenazado a la secretaria Hasper. Cerca de Trento y en campo abierto, hubo un pequeño enfrentamiento entre Kamber y Fleischer, quedando este último y Hasper libres, aunque tomando diferentes direcciones. Fleischer consiguió encontrar una patrulla de la gendarmería de campo y junto a ellos localizó a Kamber en su huida. Luego, en otro trayecto, rescataron a Hasper y los tres fueron transportados a Trento en calidad de prisioneros. Schwend fue informado de todo esto alrededor de las seis de la tarde y no pudo conseguir que el capitán de la gendarmería de Trento liberase a Hasper y Fleischer, pero sí logró que los tres prisioneros fueran trasladados al SD de Bolzano. Más tarde, el *Sturmabführer* Tirolf puso en libertad a Fleischer y Hasper. Al día siguiente, Kamber fue trasladado al SD de Merano.

Ese domingo de otoño, Kamber había llegado “llorando y pidiendo auxilio” a la oficina donde trabajaba Holzgetan. Schwend lo interrogó ahí mismo sobre lo ocurrido. Aunque la empleada de la Gestapo escribiría después un informe, ella no presenció el interrogatorio, pero afirmó que Niederwieser le había dicho la verdad sobre el asunto. Según Schwend, Kamber tenía la intención de unirse a los partisanos y había sido encontrado con armas, billetes falsos y papeles de agentes nazis; todo esto había costado la vida a diez

o veinte personas (*Süddeutsche Zeitung*, 2 de marzo de 1979, p. 14, en MfS, HA IX/11 AV). Kaltenbrunner, furioso por lo ocurrido, ordenó por radio que Kamber fuera ejecutado por robo a mano armada y desertión. Schwend volvió a recibir esta orden a través de un correo que “casualmente” estaba en Berlín, quien le llevó “una ducha bien fría y la orden estricta” de hacerlo (¿Ohlendorf?). Pero este testimonio de Schwend sobre la orden de Kaltenbrunner se contradice con lo dicho por Holzgethan y los testigos de la fiscalía durante el juicio, es decir, Spacil, Niederwiesser y un *Hauptscharführer* (equivalente a sargento) de la Sipo, quienes en conjunto declararon que la orden expresa de Kaltenbrunner a través de la radio fue la de liberar a Kamber. Spacil dijo que en la oficina de seguridad del Reich, Kaltenbrunner expresó la opinión de que Kamber debía ser ajusticiado, pero que no había manera de que Schwend lo supiera y que tampoco fue esta la orden que recibió.

Swend afirmó que tuvo fuertes reparos para ejecutar la orden, así que decidió entregar a Kamber en Verona. Este testimonio nuevamente se contradice con lo dicho por la fiscalía y sus testigos, quienes aseguraron que la orden de Kaltenbrunner fue la liberación de Kamber y su envío a Bolzano con un comando de la Sipo de Merano. Una vez que estuvo preparado el transporte, compuesto por dos vehículos, Schwend dijo que tenía asuntos que atender en Bolzano y se unió al grupo. Por una cuestión de rango, el primer auto era conducido por Alois Glavan con Schwend como copiloto, el prisionero Kamber y un *Hauptscharführer* de la Sipo. En el segundo vehículo iba el comandante Niederwiesser con personal de la Sipo.

En el camino, Schwend ordenó al *Hauptscharführer* que le disparase a Kamber, pero este se negó. Se detuvieron cerca de un campo de árboles frutales y Schwend incitó a Kamber a huir —al decirle, una vez fuera del auto, que “no hiciera ninguna tontería”, dándole un cigarrillo y ordenándole que esperase mientras ellos sacaban unas herramientas de debajo del asiento trasero—. Kamber vio a Schwend; este alzó los hombros y, discretamente, Kamber dio un par de pasos y luego intentó huir. Entonces Glavan habría descargado su arma automática sobre Kamber. Aunque no se diga expresamente en los documentos, en la narración de Pirie el contexto era el de una avería de motor, razón por la que Schwend y Glavan estaban bajo el capó del auto. Mientras Glavan tenía su arma apoyada en el guardafango, Schwend tenía la suya en el asiento delantero, es por ello que Glavan pudo “reaccionar” apenas Kamber hizo el amago de escape. Holzgethan escribió en su informe sobre el intento de huir de Kamber, agregando a los hechos a Zirnbauer, a quien Schwend mencionaría luego como un residente en Núremberg que podría testificar en juicio.

Finalmente, mientras Schwend informaba a los servicios de seguridad de Bolzano y entregaba los bienes personales de Kamber (una cámara fotográfica y un paquete de cigarrillos) al puesto de control, Glavan y el oficial de la Sipo recogieron el cadáver. Lo transportaron a Lana, donde se las arreglaron para conseguir un certificado de defunción que autorizase un entierro en el cementerio parroquial, aunque finalmente fue sepultado en las condiciones descritas por Siegl y confirmadas por la investigación forense de 1946. Según Schwend, estuvieron presentes en el traslado del cadáver Zirnbauer, Neuhold y él mismo (HIS, Schwend Archiv, N. 31 ORG y 138).

Swend cargó con la culpa de la muerte de Kamber, a decir de Pirie, pues “la operación Bernhard lo había convertido en un asesino por responsabilidad” o, dicho en sus propios términos, él reconoció haber sido el autor del disparo porque asumir esa responsabilidad le evitaba otra reprimenda de Kaltenbrunner por el hecho de que un subalterno le hubiese desobedecido. En 1962 declaró que él mismo disparó a Kamber varias veces con su arma automática cuando éste trató de huir (MfS, HA IX/11, FV).

Las declaraciones respecto del intento de huida de Kamber son dudosas debido a que la exhumación de su cadáver el 10 de octubre de 1946 reveló que le habían disparado a muy corta distancia (HIS, Schwend Archiv, 138): eran las características de una ejecución. Según el argumento de la fiscalía italiana, Schwend habría estado interesado en matar a Kamber para evitar que declarase ante la Sipo algo inconveniente, algo que “causara daño a la organización”, con consecuencias negativas incluso para él. Esto estaría relacionado con la información y los destinatarios de los documentos de los que Kamber se había apoderado. Para la fiscalía, el caso carecía de atenuantes para Schwend por tratarse de la muerte de un civil y tomando en consideración “la crueldad en la ejecución del crimen, la forma del entierro y especialmente la personalidad del acusado, quien lejos de mostrar arrepentimiento, ¡se jacta con audacia, arrogancia y cinismo de lo cometido!” (HIS, Schwend Archiv, 138).

LA SOMBRA DE KAMBER

El caso fue el factor principal para apresurar la huida de Schwend de Europa y lo persiguió durante los años que vivió en Sudamérica. Nombró representantes legales en el viejo continente —abogados alemanes, italianos y suizos— para poder defenderse y emprendió un intenso intercambio epistolar con abogados, amigos y testigos, que revela sus esfuerzos por librarse de la sentencia. Aunque sus declaraciones cambiaron en el tiempo, sus argumentos centrales fueron siempre que Kamber no era un civil italiano sino un ciudadano yugoslavo al servicio de la Wehrmacht, por lo que sus actos tenían un marco distinto en el contexto de la guerra.

En otras notas sobre el asesinato, Schwend intentó desacreditar a los testigos y al proceso mismo, relacionándolo con la larga historia de diferencias, ataques, demandas y pleitos con sus antiguos agentes y socios, Spitz y Lenz, a quienes acusó de haber sobornado y chantajeado a algunos de los testigos para desviar la atención de la ley respecto de los procesos que él mismo tenía contra ellos. Arremetió en este sentido incluso contra Konrad Cesar, segundo esposo de la baronesa Agnes, y contra Alois Glavan, que nunca declaró oficialmente ante ningún tribunal sobre su participación en la muerte de Kamber, aun cuando muchas pistas indicaban que había sido la mano ejecutora. Schwend señaló en sus cartas, progresivamente, que Glavan, oculto en Sudamérica, era el verdadero culpable. Denunció que el FBI había girado orden de captura contra él pero no lograba dar con su paradero, y que él mismo había recibido amenazas suyas.

Además de jurar inocencia o justificar su papel en la muerte de Kamber —según variara el testimonio—, Schwend también actuó en función de la posibilidad de ser extraditado por orden de la Interpol: en el momento de fijar su residencia en el Perú, esta institución policial internacional no tenía jurisdicción sobre este territorio, ni existía un acuerdo de extradición con Italia, donde se llevaba a cabo el proceso. En una carta a Langenstein, su abogado en Múnich, fechada el 10 de noviembre de 1962, Schwend escribió: “Hace un par de meses que el Perú se ha unido a la Interpol, lo que naturalmente no me agrada. Supongo que en tanto no haya juicio, no habrá extradición”, y en seguida, con nerviosa ironía, le preguntó a su abogado: “¿Podría usted averiguar desde allá qué países del área sudamericana *NO hacen envíos* a Italia y Alemania?” (HIS, Schwend Archiv, 38/27, cursivas nuestras).

Esta preocupación fue una de las variables de mayor peso para Schwend en el momento de elegir su país de destino durante la posguerra al debilitarse

su ya frágil relación de colaboración con los estadounidenses. Sin embargo, cuando la situación cambió, Schwend ya contaba con la protección del gobierno peruano, que rechazó el pedido de extradición hecho por el gobierno italiano en 1964, cuando, en ausencia, fue nuevamente declarado culpable del asesinato y sentenciado a 21 años de prisión (*Der Tages*, 1964, cit. en Mfs HA IX/11, FV). No solamente Italia haría este pedido en los años 60, sino que también reaccionaría el gobierno alemán, al ser un juzgado de Múnich el encargado de ordenar el arresto de Schwend en noviembre de 1968, en el momento en que Schwend se encontraba en su apogeo en el Perú y sería prácticamente intocable, al menos hasta 1972, a consecuencia de su exposición en el caso Banquero.

CAPÍTULO V

EL FINAL DE LA GUERRA

LA OPERACIÓN SUNRISE

Tanto las SS como la Wehrmacht apostadas en el norte de Italia, en las estribaciones de la región alpina —el Sudtirolo, la región en la que Schwend se movió a sus anchas—, se rindieron a los Aliados occidentales (británicos y estadounidenses) poco antes de la capitulación definitiva que puso fin a la guerra y a las atrocidades de la Alemania nazi. La rendición incondicional de Alemania tuvo lugar el 8 de mayo de 1945 (9 de mayo para los soviéticos; cfr. Pauwels, s. f.), pero las unidades alemanas apostadas en el norte de Italia alcanzaron un acuerdo previo de rendición por el que “cerca de un millón de hombres del ejército alemán” (Halbrook, 2005; Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 1) se desmovilizaron una semana antes, el 2 de mayo. El proceso de negociaciones que llevó a este resultado se conoce como operación Sunrise, aunque sus antecedentes se identificaban en la correspondencia secreta entre los negociadores de la OSS y el alto mando Aliado como operación Crossword (Steinacher, 2011, p. 160). Un glosario de la CIA en el que se definen criptónimos y otros términos, como ayuda a los investigadores que trabajan con la documentación desclasificada de la Segunda Guerra Mundial, indica que gracias a esta operación fue posible “acortar la guerra en esa zona y, según se informó, salvar incontables vidas” (CIA, 2007, p. 54).

La certeza de la derrota

Para muchos oficiales alemanes, especialmente aquellos más alejados del círculo de Hitler, las sospechas de que Alemania perdería la guerra llegaron temprano; empezaron a vislumbrar la derrota a partir de los reveses sufridos por las fuerzas alemanas desde 1942, y se fueron cerciorando conforme avanzaron los Aliados hasta 1944. Es posible decir que muchos miembros

de la jerarquía nazi sabían para entonces que nunca conseguirían la victoria. Si la invasión a la Unión Soviética, rompiendo el pacto de no agresión que Hitler había firmado con Stalin, y abriendo un nuevo frente de guerra, hizo dudar a muchos alemanes sobre la eficacia e inteligencia de las decisiones del Führer, la derrota de Alemania en Stalingrado, a principios de 1943, fue un parteaguas para la idea de supremacía absoluta que vivían los alemanes, al grado de que fue el detonador del anuncio de Goebbels de una nueva estrategia militar, la “guerra total”, que tenía el fin de dar una vuelta de tuerca para devolver la confianza y reforzar la lealtad de pueblo y ejército alemanes, incorporando decisivamente a la población civil al esfuerzo de guerra.¹

En la visión del Führer y de sus principales epígonos, especialmente Göring y Goebbels, el solo hecho de enunciar la perspectiva de ser vencidos era “derrotismo”, un “vicio” que debía ser castigado con la muerte puesto que equivalía a alta traición, el más grave de los crímenes posibles en la ideología nazi, bañada, como hemos visto, por un aura esotérica que mitificaba el valor, el honor —lo que ellos entendían por honor— y la lealtad al líder y a Alemania, sancionado para cada oficial por un juramento “sagrado”. Así, las órdenes del Reich ante el avance de los Aliados en todos los frentes pasaron de la guerra total a la resistencia hasta la muerte buscando la oportunidad de infligir tanto daño al enemigo como fuera posible.

Esa locura ciertamente no permeaba por completo la compleja jerarquía de oficiales. Entre varios intentos tímidos de resistencia al régimen nazi, destaca la conspiración de julio de 1944, cuando un conjunto de oficiales de la Wehrmacht organizó el famoso atentado contra Hitler conocido como operación Valquiria (Kohen, 2005). El complot falló y todos los opositores identificados como parte de él fueron simplemente ejecutados o se suicidaron antes de enfrentar a Himmler. Pero ese hecho y otros que lo precedieron —como la rendición de tropas en el frente oriental ante el avance soviético— eran ejemplos del “virus de derrotismo” que existía entre las filas alemanas y que tanto hacía enfurecer al Führer, ahora heroico sobreviviente de atentados.

El agente principal de la OSS en Berna, Allen W. Dulles, se convertiría más tarde en el primer civil en dirigir la CIA y —auténtico superagente— en polémica leyenda del espionaje internacional. En su informe sobre la operación Sunrise relató cómo buscaron los Aliados ponerse en contacto con miembros de la jerarquía nazi en el frente, en busca de una rendición

¹ Véase el discurso de Goebbels en el Sportpalast de Berlín, del 18 de febrero de 1943 (edición en video en www.youtube.com/watch?v=IFcSFSz2w4).

a espaldas de Hitler y su círculo inmediato. Dulles explicó la enorme dificultad para establecer comunicación y conseguir el apoyo de los generales alemanes en los distintos frentes, aun cuando estuviesen convencidos de la inminente derrota, por el impacto que la respuesta del Reich contra el complot de julio de 1944 causó sobre ellos:

Todos ellos estaban rodeados de agentes de la Gestapo de Himmler. Estaban aterrorizados, paralizados por la brutal masacre de generales que siguió al asunto del 20 de julio, y se encontraban dispuestos a ocultarse tras su juramento de lealtad al Führer. (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 2)

Una interesante muestra del dilema moral que enfrentaban en este punto los alemanes se encuentra en la serie de documentos de inteligencia *Lo que dicen los alemanes*, donde se reporta lo que los Aliados escucharon y tradujeron de conversaciones entre oficiales, soldados y civiles, prisioneros o no, para conocer el rumbo de su subjetividad y la conciencia de la derrota que se avecinaba. Hacia septiembre de 1944, a diferencia de su enfebrecido liderazgo supremo, las filas alemanas no tenían duda sobre el destino de la guerra; en cambio dudaban lastimosamente si se encontraban entre la razón y la traición al fallar, aunque fuese sólo de pensamiento, al juramento de lealtad que habían entregado al Führer (“What the Germans Are Saying”, septiembre de 1944, FOIA-CIA).

Crucigrama

Los personajes centrales de este episodio de la Segunda Guerra Mundial fueron el SS *Obergruppenführer* Karl Wolff, jefe en Italia de la policía alemana, la Gestapo y el SD, y Allen Dulles. A ellos algunos historiadores suman la participación del mayor Max Waibel, miembro de la inteligencia del ejército suizo, por su papel como facilitador del proceso que se llevó a cabo principalmente en ese territorio neutral (Halbrook, 2006, pp. 103-130). Dado el éxito de las negociaciones, que no sólo salvaron vidas sino también importante infraestructura industrial y productiva e invaluable patrimonio histórico y cultural, Dulles entregó al alto mando del ejército estadounidense, el 22 de mayo de 1945, apenas dos semanas después del fin de la guerra, un extenso informe sobre la operación Sunrise elaborado con la ayuda de Gero von Gaevernitz, un antinazi alemán en el exilio en Suiza (Dulles y Von Gaevernitz, 1945). Este informe, que más adelante Dulles reescribiría y

convertiría en el *best seller* titulado *The Secret Surrender* (1966), relata paso a paso el complejo proceso de negociaciones. No debe ser tomado al pie de la letra, por un lado porque fue redactado inmediatamente después de los hechos, por otro porque, aunque refiere memos y cartas como fuentes, acusa cierto romanticismo, propio de una crónica victoriosa desde el punto de vista de sus protagonistas. No le falta vuelo literario: es la narración de los vencedores orgullosos de haber conducido una serie de acciones que llegaron a un final exitoso, tan exitoso como fue la desmovilización de alrededor de un millón de efectivos del enemigo y el evitamiento, en el norte de Italia, de que se implementara el “decreto Nerón” dictado por Hitler el 19 de marzo de 1945, que instruía a los mandos militares, a los *Gauleiters* y a los comandantes de tropas que en su retirada utilizaran la táctica de “tierra quemada”, consistente en la destrucción total de todo lo que los ejércitos hallaran a su paso.

Albert Speer, el ministro nazi de Guerra y Armamento, argumentó después de la guerra que se opuso tanto como le fue posible a cumplir estas órdenes que recaían directamente en su gestión, y esa oposición —e incluso en ciertos casos, desobediencia— a las órdenes recibidas, basada en su certeza de que la guerra estaba perdida, le valió un reconocimiento de los jueces de Núrenberg que le dieron una sentencia benevolente. Speer describió la situación en sus *Memorias*:

Competía a mi Ministerio preparar la destrucción de todo tipo de instalaciones industriales, incluso en los territorios ocupados. En nuestras retiradas de la Unión Soviética, Hitler había dado la orden de amargar en cierto modo al enemigo la recuperación de territorio recurriendo al procedimiento de la “tierra quemada”. Tampoco vacilé en dar instrucciones análogas para los territorios ocupados occidentales en cuanto los ejércitos de invasión empezaron a avanzar desde la cabeza de puente de Normandía. (2001, pp. 719-720)

Las veinte divisiones del ejército alemán apostadas en el norte de Italia llaman la atención porque se encontraban casi intactas e inactivas, relativamente bien armadas y alimentadas, mientras en la zona norte del frente occidental y en todo el frente oriental, los alemanes caían rápidamente. Incluso hubo movimientos de tropas desde el noroeste hacia el este para reforzar la resistencia contra los soviéticos, pero el capital militar alemán subalpino permanecía casi completamente íntegro. Un memo del director de la OSS, William J. Donovan, dirigido a Roosevelt, cita la explicación de

esta situación dada por el cónsul alemán en Lugano, Alexander Constantin von Neurath (a quien ya hemos conocido en el episodio de los diarios del Conde Ciano y volveremos a ver más tarde en Argentina vinculado —quizá de manera indirecta, dice Bettina Stangneth, 2014, p.123—, con Eichmann): el ejército alemán en el norte de Italia estaría siendo reservado para la defensa del flanco sur de los Alpes, a donde se remontaría el régimen nazi para dar batalla desde lo que concebían como “el último reducto alpino”, utilizando las unidades completas de la Wehrmacht y las SS, armadas, organizadas, numerosas y con acceso a insumos básicos e industriales que se encontraban en esa región.

Dulles fechó el inicio de la operación el 23 de febrero de 1945 (Halbrook, 2006, p. 2). El doble nombre fue explicado de manera casi poética por Dulles —“estas etiquetas demostraron ser proféticas”, dijo el maestro espía—; se le dio el nombre clave de “Crossword” (crucigrama) y luego se definieron sus comunicaciones con la “palabra especial” “Sunrise” (amanecer), lo que para Dulles describía el proceso: las idas y venidas, las dudas y retrocesos, la complejidad de las negociaciones lo convirtieron en un auténtico crucigrama, pero el resultado permitió ver “la luz del amanecer” (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 1). Los oficiales alemanes en Italia se mostraron dispuestos a establecer contacto, a espaldas de sus superiores, con el servicio secreto estadounidense en Berna, ofreciendo su rendición “a cambio de concesiones”. La cadena llegaba directamente hasta Roosevelt a través de Donovan. Los miembros de las SS y la Wehrmacht en Italia que se rendirían a los Aliados antes de la capitulación definitiva de Alemania, trataron de salir del conflicto “con el menor castigo posible, mientras que los estadounidenses esperaban obtener una victoria con pocas bajas de su lado” (Steinacher, 2011, p. 169). Breitman, Goda y Brown (2005, p. 448) indican que Wolff:

[...] fue recompensado durante un tribunal militar de los Estados Unidos dos años después, con una reunión privada sin precedentes con los jueces estadounidenses, quienes desistieron de procesarlo gracias a sus contactos encubiertos con Dulles al final de la guerra. La evidencia de que Wolff había facilitado el transporte de judíos a Treblinka fue ignorada, y la evidencia en manos de la OSS sobre su participación en las represalias de las SS contra la resistencia italiana no estaba, al parecer, disponible. Wolff no fue condenado a prisión sino hasta 1962 y esto fue por las autoridades de Alemania Occidental. En 1947, autoridades italianas requirieron a Eugen Dollmann, subordinado de Wolff durante la operación Sunrise, en relación con la sangrienta masacre de las fosas Ardeatinas en marzo de 1944.

Oficiales de inteligencia estadounidenses le dieron una falsa identidad y lo embarcaron desde Roma a la zona de ocupación estadounidense de Alemania. Cualquiera otra cosa, dijeron, hubiera ocasionado que otros agentes dudaran de la protección estadounidense.

Hay que recordar aquí que otro de los asesinos de las fosas Ardeatinas, Erick Priebke, encontró refugio en Argentina y se movió en los mismos círculos que Eichman; no sería sentenciado sino hasta 1998. Para la OSS de Dulles, sin embargo:

[Wolff] más que cualquier otra persona contribuyó a la rendición final de Alemania en el norte de Italia. [...] Una vez convencido de que él y el pueblo alemán habían sido decepcionados y engañados por Hitler, y de que al prolongar la guerra Hitler estaba llevando al pueblo alemán a una carnicería inútil, Wolff determinó que, cualesquiera que hubieran sido sus pasadas motivaciones y propósitos, era su deber desde ahora hacer lo que pudiera para terminar la guerra. [...] Él hizo su gran contribución al éxito de la operación Sunrise. (Dulles, 1966, cit. en Ruffner, 2003, capítulo 1, p. 8)

“El primer disparo de la Guerra Fría”

En el informe de Dulles y Von Gaevernitz se cita la crónica de una reunión en la que Wolff estuvo presente con Hitler y su estado mayor en un refugio antiaéreo cerca de Berlín, el 19 de abril de 1945, durante un bombardeo Aliado. Wolff se refirió a cierta opinión del Führer en la que no le era ajena la posibilidad de que el conflicto Este-Oeste que se conocería después como Guerra Fría, se agudizara:

[...] “debemos luchar para ganar tiempo. En dos meses más, sobrevendrá la ruptura entre los anglosajones y los rusos y entonces me uniré a la parte que se me acerque primero. No es relevante cuál de las dos lo haga”. (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, pp. 36-37)

Pero los generales que estaban bajo las bombas en el frente parecían tener claro que la ocupación británica y estadounidense podría ser preferible a la soviética. El desequilibrio de la respuesta militar nazi ante los avances de los dos frentes Aliados parece tener una explicación que va más allá de la posibilidad de resistir y prolongar la guerra, por mera desesperación o por

ganar tiempo para contar con nuevas armas que la pudieran virar, como los cohetes V2 u otras. El decurso de la operación Sunrise, especialmente el papel de la Unión Soviética ante ella, lo aclara. Las negociaciones no fueron bien recibidas por los soviéticos dado el acuerdo de la Conferencia de Casablanca, de enero de 1943, según el cual ninguno de los tres Aliados —los Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Soviética— realizaría negociaciones con la Alemania nazi por separado (Pauwels, s. f.), por lo que según autores como Steinacher, la operación Sunrise representó para los soviéticos “el primer disparo” de la Guerra Fría (2011, p. 160).

En la historiografía rusa, estos hechos se conocen como “el incidente de Berna”. El historiador Lennor Olsztyń (2005) lo describe como una acción de británicos y estadounidenses llevada a cabo “a espaldas” de la Unión Soviética. El gobierno de Stalin supo de las negociaciones entre Dulles y Wolff el 12 de marzo, cuando ya se encontraban avanzadas y el primer compromiso por parte de Wolff había sido cumplido: la liberación de dos líderes de la Resistencia italiana, Ferruccio Parri y un mayor Usmani, espía y militar italiano, colaborador de la OSS en Milán, que Wolff entregó a Dulles no sólo para probar su voluntad de llegar a acuerdos sino también para demostrar que contaba con capacidad de acción.

En los antecedentes de la operación Sunrise que Dulles y Von Gaevernitz enumeraron al inicio de su informe, mencionaron que los Aliados, desde 1944, después de la liberación de Francia, habían evaluado la posibilidad de conseguir la rendición de unidades específicas de las fuerzas alemanas, ante la claridad de que Hitler y su círculo —“los locos en el poder en Berlín”, decía Dulles— usarían la exigencia de rendición incondicional como artificio para fortalecer la moral de la Wehrmacht y obligarla a pelear hasta la destrucción total de Alemania si era necesario, “hasta el último hombre y la última bala”, como había ordenado el Führer al general Paulus cuando estaba por caer en Stalingrado ya en enero de 1943. Los agentes de la OSS escribieron en su reporte que esta estrategia de rendiciones parciales ya había sido utilizada por los soviéticos a través de la “Comisión Paulus-Seydlitz”, pero en realidad se trataba de una situación diferente: el general alemán Seydlitz, al verse rodeado en Stalingrado por el Ejército Rojo, sin alimentos, sin municiones, sin posibilidades para atender a sus muchos heridos, decidió rendirse a los soviéticos, lo que llevó al general Paulus a relevarlo de su cargo y, obedeciendo las órdenes de Hitler, a continuar la lucha hasta morir. Paulus tampoco pudo hacerlo pues también fue hecho prisionero. Por tanto, la victoria del Ejército Rojo sobre la Wehrmacht en Stalingrado a principios de 1943 no fue una negociación de rendición parcial, sino simplemente

una victoria militar soviética sobre Alemania. Lo mismo puede decirse de la rendición, el 4 de mayo de 1945, de las fuerzas alemanas en Holanda ante la superioridad del 21.º grupo del ejército anglocanadiense bajo el mando del mariscal de campo Montgomery.

La diferencia de estas victorias militares parciales con los sucesos de la operación Sunrise está en que este proceso de rendición de los alemanes en el norte de Italia se llevaría a cabo sin lucha y con el objetivo, negociado en secreto, de salvar vidas, infraestructura y patrimonio, y evitar un inútil derramamiento de sangre, lo que sí contravenía los acuerdos de Casablanca y Yalta. Al enterarse de las negociaciones y ante la inminencia de una próxima reunión entre Wolff y altos mandos militares británicos y estadounidenses, los soviéticos exigieron que representantes suyos también estuviesen presentes. Pero la OSS no quería que intervinieran ni siquiera agentes británicos, pues en este proceso de “guerra tibia”, los servicios de inteligencia estadounidenses estaban simultáneamente buscando independizarse de los británicos, bajo cuya experta sombra se habían formado durante los difíciles años de la guerra. No eran desconocidas las diferencias entre ambos Aliados angloparlantes: la exigencia de rendición incondicional había partido de Roosevelt y Churchill no se había sentido cómodo con ella pues era claro para él —como para Hitler— que una rendición alemana negociada le permitiría construir una especie de muro de contención contra el ineludible avance soviético posterior. Existían además, como lo ha documentado ampliamente la historiografía de la Segunda Guerra Mundial, diferencias importantes respecto al manejo de la guerra en el Pacífico, donde los estadounidenses estaban enfrentando la amenaza japonesa con poca ayuda de sus Aliados europeos.

Por otro lado, la OSS y el gobierno de Roosevelt retrasaron o impidieron la incorporación de los soviéticos también por razones logísticas: ya era difícil colocar en Berna a dos militares de alto rango de Estados Unidos e Inglaterra como incógnitos y lograr que la inteligencia alemana no los descubriera; lo sería aún más llevar a un ruso. Así, el acuerdo con los soviéticos no se concretó, sus representantes nunca llegaron y mientras tanto, las negociaciones continuaron. El 23 de marzo, el ministro soviético de Relaciones Exteriores, Viacheslav Molotov, exigió que las negociaciones de Berna fueran suspendidas (Halbrook, 2006, p. 9). Intercambios durante la última semana de marzo entre Roosevelt y Stalin indicaron a los soviéticos que no existían tales negociaciones sino apenas contactos tendientes a establecerlas, y que en caso de que se dieran, aseguraba Roosevelt a Stalin, sería con la presencia de los representantes soviéticos en Caserta, localidad en Italia central

donde los Aliados establecieron su base de operaciones para los ejércitos del Sur. Roosevelt, cuyas misivas a Stalin eran escritas por el Almirante Leahy, el secretario Stimson y el General Marshall, aprobadas casi siempre sin comentarios por el presidente (Smith y Agarossi, 1979, p. 104), añadió una pieza de contrainteligencia a su intercambio diciéndole a Stalin que los contactos se estaban haciendo con un oficial cercano a Himmler —lo cual era incorrecto, dado que Wolff actuó de espaldas a Himmler en todo momento— y que por tanto podría tratarse de una estratagema alemana para generar suspicacias entre los Aliados.

Stalin arremetió el 3 de abril diciéndole a Roosevelt que “quizás no esté usted bien informado... sabemos que se han alcanzado acuerdos...”. Reclamó a Roosevelt que, bajo liderazgo británico, Alemania había dejado de resistir en el frente occidental, mientras continuaba haciendo la guerra en el oriental al aliado de los británicos y los estadounidenses (Olsztyn, 2005). Stalin y Molotov incluso acusaron a británicos y estadounidenses de haber permitido, mediante la inacción en el frente suroccidental, que tres divisiones del ejército alemán apostadas en esa región fueran transferidas al frente oriental para seguir resistiendo el avance del Ejército Rojo. Pero los Aliados occidentales hicieron ver a los soviéticos que esos movimientos se habían realizado antes de que se iniciara cualquier contacto con vista a las negociaciones de rendición y, por ende, no podía atribuirseles responsabilidad alguna. Roosevelt insistió a Stalin sobre la circunstancia de que estas informaciones, mediadas por un oficial alemán cercano a Himmler, buscaban “sembrar la sospecha y la desconfianza” entre los Aliados. En las misivas de Stalin, sin embargo, hay una velada advertencia de que tales procesos ponían en peligro los acuerdos alcanzados previamente con la Unión Soviética. Es interesante notar que el mismo día que Stalin envió esta carta a Roosevelt, el 5 de abril de 1945, Molotov anunció a Japón la inminente suspensión del acuerdo de no agresión que ambos habían firmado en 1941, y que condujo a la declaración de guerra de la URSS contra Japón en agosto, cumpliendo con lo acordado con los Aliados.

Por fin, el 10 de abril Roosevelt informó a Stalin que los contactos establecidos en Suiza no habían alcanzado resultado alguno y le agradeció por su franqueza en exponer el punto de vista soviético. Concluyó su mensaje diciendo:

No debe haber, en ningún caso, mutua desconfianza, y malentendidos menores de este tipo no deberán aparecer en el futuro. Tengo la certeza de que, cuando nuestros ejércitos se encuentren en Alemania y se sumen en una

ofensiva totalmente coordinada, los ejércitos nazis se desintegrarán. (Roosevelt, 1945, p. 49)

Y con estas palabras, Roosevelt le aseguraba a Stalin que los procesos de diálogo en Berna no continuarían. Pero, dos días después, el presidente de los Estados Unidos falleció. La política de guerra adoptada por Truman, su sucesor, se alineó con mayor firmeza a la perspectiva antisoviética radical de Churchill y las negociaciones de Berna se reanudaron. Pero la correspondencia entre Stalin y Truman no volvió a tocar el tema de la rendición alemana en el norte de Italia. Otros dos asuntos fueron de mayor relevancia: discusiones con respecto al destino de Polonia, tema en el que la URSS no estaba respetando los acuerdos de Yalta, y la inminente reunión de los ejércitos Aliados en el corazón de Alemania, en torno a la cual Himmler —para los Aliados, en este punto de finales de abril, Hitler ya se encontraba “incapacitado”— había comenzado a buscar contactos de negociación de la rendición en Suecia.

Los historiadores rusos mantienen la guardia en alto contra lo que parece ser una traición entre los Aliados; se confirmaría la tesis de que los occidentales buscaron que la confrontación entre Alemania y la Unión Soviética llevara a ambas potencias al agotamiento y los librara por tanto de las dos amenazas a la vez.² Luego, esta “traición” pareció perder peso ante otro “primer disparo de la Guerra Fría”, ciertamente de mayor significación: la situación en Polonia después de la expulsión de Alemania. En todo caso, el avance en ambos frentes colocaba en primer plano los mecanismos de la rendición incondicional de Alemania ante los tres Aliados, por lo que el caso del frente italiano perdía relevancia.

Stalin terminó por dejar pasar las negociaciones de Berna. Entre el 30 de abril y el 4 de mayo Truman, Churchill y Stalin intercambiaron notas en las que sólo se mencionaba superficialmente la rendición de Alemania en Italia, mientras aparecían las conversaciones en torno a la rendición definitiva, al día de la victoria en Europa, y se empezaba a exacerbar el desacuerdo con respecto a la formación del nuevo gobierno polaco (Stalin insistía en que estuviera basado en el gobierno vigente de Varsovia, que le era amigable; Churchill y Truman opinaban lo contrario). Pronto, la correspondencia de los grandes líderes Aliados dejaría ver los temas característicos de la Guerra Fría y, eventualmente, el tendido del “telón de acero”.

² El archivo Stalin que mantiene el sitio en internet.marxists.org contiene reproducciones de la correspondencia de Stalin, traducidas al inglés, de este periodo (www.marxists.org/reference/archive/stalin/works/correspondence/02/45.htm).

Así que, con Stalin y Molotov o sin ellos, Sunrise continuó. Dulles consiguió colocar un operador de radio en Milán, en casa de Zimmer, lugarteniente de Wolff —un joven checo entrenado por los estadounidenses en Bari, Italia—, que se encargaría de transmitir, encriptadas, las comunicaciones de Wolff. Con lentitud, Wolff fue informando a Dulles sobre sus avances: generales sumados al proyecto de rendición, generales adversos, generales indecisos y, una aparentemente sincera voluntad de lograr la rendición de toda Alemania, no sólo de las áreas bajo su influencia, incluso a través de negociar con Himmler, para entonces claramente el último líder nazi que parecía no haber sido arrastrado a la locura en la que vivían Hitler, Göring y Goebbels. Durante este proceso también, Wolff transmitió a la OSS lo que el *Gauleiter* Hofer había escuchado en Berlín: la decisión de Hitler y Himmler de permanecer en la capital y lanzar nuevas ofensivas militares en lugar de tomar la alternativa de replegarse en el reducto alpino (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, pp. 31-33).

Pero el complejo proceso que desarrolló Wolff no produjo los resultados que el alto mando Aliado quería ver. Aunque había tratado de evitar reunirse con Himmler en Berlín, hacia el 17 de abril no le quedó más remedio que viajar a la capital alemana. Washington ordenó por fin, el 21 de abril, que todos los contactos de la operación Sunrise fueran interrumpidos; Dulles argumentó, sin oponerse a las órdenes, que estas sólo serían cumplidas cabalmente informando a Wolff de la decisión, así que debía ponerse en contacto con él. Precisamente esos días, entre el 21 y el 23 de abril de 1945, Wolff regresó de Berlín con la noticia de que estaba listo para firmar la rendición de las SS, Gestapo y policías que dependían de él en Italia, y que contaba con el apoyo y los poderes necesarios para que lo hicieran también los representantes de la Wehrmacht. Dulles argumentó en su informe que aunque “las órdenes militares no admiten especulación”, debía dar a conocer esta noticia al mando conjunto de los Aliados y esperar una nueva respuesta. El 23 de abril Wolff recibió también una orden de Himmler de interrumpir todo contacto en Suiza y mantener las fuerzas del norte de Italia intactas y en espera. Pero en este caso, según Dulles, Wolff “alzó los hombros y dijo que lo que tuviera que decir Himmler ya no podía hacer ninguna diferencia”. En este punto de su relato, Dulles, entusiasmado, escribió: “¡Por fin parece que la serpiente ha perdido sus colmillos!”.

Ante estas noticias, la orden de interrumpir las negociaciones por parte de los Aliados fue revocada hacia el 27 de abril. Los portadores de poderes de las SS y la Wehrmacht fueron enviados a Caserta para firmar la rendición, mientras Wolff —después de un episodio de película, en que fue hecho

prisionero por partisanos italianos y rescatado por los agentes de la OSS— se dirigió a Bolzano, a donde había sido trasladado el mando alemán de la región, estando la zona de Milán bajo asedio directo de los Aliados. Temprano por la mañana, el 28 de abril, Wolff llegó a Merano. El resto es historia que, según Dulles, debía ser contada por las fuerzas Aliadas. Los enviados de Wolff y Von Gaevernitz, se reunieron con altos mandos del mariscal de campo Alexander en Caserta a partir del 28 de abril, y estuvieron presentes dos “observadores” soviéticos. La rendición se firmó a las dos de la tarde del 29 de abril. Después de algunos escollos más, la Wehrmacht y las fuerzas de las SS en el norte de Italia, una porción considerable del ejército alemán que no había sido gravemente desgastada en combate, que se encontraba armada y alimentada, en espera, probablemente, de defender el “último reducto alpino” de Hitler, depuso las armas, sin combatir, el 2 de mayo de 1945. Unas horas antes, según escribió el propio Wolff, se había anunciado la muerte del Führer, lo que significaba que todos los oficiales y soldados que le habían jurado lealtad quedaban liberados de esa horrenda cadena “de honor”.

Un agent provocateur

La operación Crossword-Sunrise es, como la operación Bernhard, uno de esos episodios bien conocidos de la Segunda Guerra Mundial, aunque considerados en general relativamente marginales en relación con hechos definitivos en el curso de los acontecimientos. Sin embargo su importancia es considerable: está en la raíz de la historia ulterior de la CIA. El éxito del proceso encabezado por Dulles en Berna forma parte de los argumentos que llevaron al gobierno de los Estados Unidos a crear y fortalecer esa agencia de inteligencia, en la que se centralizarían servicios de distintas instancias de seguridad, espionaje y contraespionaje, para que continuara su trabajo, entendido como esencial en el entorno de la Guerra Fría que se estaba desencadenando inmediatamente después de la victoria sobre Alemania y Japón. Su nuevo objetivo era el viejo fantasma del comunismo encarnado en la Unión Soviética y su creciente área de influencia. La OSS de Donovan desapareció después de la guerra para ser sustituida primero por la SSU y luego por el Grupo Central de Inteligencia (CIG en inglés) en 1946. La nueva agencia, la CIA, se creó veinte meses después del día de la victoria en Europa, en 1947, a través de la reorganización de las actividades del CIG y otras agencias. En 1952, siendo presidente Eisenhower —al inicio del momento más radical de paranoia anticomunista en los Estados Unidos—,

Allen Dulles, con varios éxitos como protagonista de los servicios secretos, entre los que se encontraba la operación Sunrise, se convirtió en el primer civil en dirigir la CIA.

Al revisar la participación de Dollmann en la operación Sunrise, Steinacher observa que “gran parte de la información sobre Sunrise se basa en informes de interrogatorios y en memorias en las que numerosos agentes alemanes, italianos, estadounidenses y suizos enfatizan su papel en el éxito de las negociaciones como ‘crucial’” (Steinacher, 2011, p. 190). En el informe de Dulles sobre la operación hay un capítulo muy relevante para nosotros pues relata cómo otros agentes intentaron subirse al tren Sunrise para alcanzar desde ahí su salvación personal. Aun cuando estos “agentes provocadores” no lograrían incorporarse a las negociaciones, nada les impediría en el futuro alardear de haber sido artífices de la paz en Italia tal como Steinacher los describe. En la página 32, capítulo XI, titulado “13 al 16 de abril. Nuevas adhesiones, *agents provocateurs*, Himmler interfiere otra vez”, Dulles relató sucesos que nos ponen en la pista de Fritz Schwend y Willi Höttl:

Para hacer las cosas aún más complicadas, dos aparentes *agents provocateurs* aparecieron en la escena. Un Dr. Georg Gysling llegó a Berna, afirmó que era el cónsul alemán en Merano y que había sido enviado con A.W.D. [Dulles] llevando un importante mensaje de Wolff. Para sumar plausibilidad a su historia, dio varios nombres de personas que pertenecían al círculo interno de las negociaciones Sunrise y parecía saber más sobre el asunto de lo que era bueno para nosotros o para él. Gysling habló con un agente de A.W.D. que afortunadamente no había trabajado en Sunrise y quien de manera muy verosímil le dijo que no sabía nada en absoluto sobre el asunto y que A.W.D. estaba en París. A su regreso, A.W.D. avisó a Gysling, a través del agente, que no estaba interesado en su historia, que no estaba esperando ningún mensaje de Wolff ni nadie parecido, que no podía recibirlo y que, en lo que a él, A.W.D. concernía, Gysling podía irse por donde había venido. (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 32)

La hipótesis de los agentes de la OSS respecto a esta sorpresiva aparición de Gysling en pleno proceso de negociación de la paz en el norte de Italia era que había sido enviado por el *Gauleiter* del Tirol, Hofer, quien en las últimas fases del proceso había retirado su apoyo a Wolff y jugado “un papel desarticulador y traicionero”. Dulles creía que a través de Gysling, Hofer buscaba sabotear los planes de Wolff, pero afirmó también que “este asunto nunca fue totalmente resuelto”.

Nosotros sabemos quién es Gyssling. Lo conocemos desde antes de la guerra cuando, como cónsul alemán en Los Angeles, no sólo prestó su ayuda a Schwend, sino que lo presentó en sociedad en la Meca del cine, según aseguraba él mismo. Conocemos a Gyssling durante la guerra como agente comprador de la operación Bernhard, “especialista en arte”. Y lo conocemos también por la relación que mantuvo con Schwend después de la guerra, representando sus “intereses” en España e intercambiando correspondencia en tono amical con relativa frecuencia.

Además conocemos la existencia de tensiones, por decir lo menos, entre el *Gauleiter* Hofer y Schwend: al primero no le gustaba que en el territorio que gobernaba se moviera este personaje que intervenía con impunidad en la circulación de divisas, bienes, armas y personas bajo la protección de Kaltenbrunner. Así que sabemos que la hipótesis de Dulles, esta vez, estaba equivocada; al menos la que incluyó en el documento sobre Sunrise destinado al alto mando. En lo que acertó completamente fue en la descripción de Gyssling como agente provocador, enviado no por encargo de una autoridad local del sistema de organización política y administrativa del Reich sino de una eminencia gris que podría haber estado respondiendo a las órdenes de Kaltenbrunner, y por tanto también de Himmler, o que podría haber estado actuando por sí sola para prepararse el camino de salvación ante el inminente final de la guerra. Era difícil para la OSS establecer una relación entre Gyssling, de quien no sabían más que lo que él mismo había informado, y Schwend, aun cuando los servicios secretos estadounidenses ya tenían noticia, al menos desde mediados de marzo de 1945, de que un tal Fritz Wendig, “alias Herr Schwendt”, estaba “a cargo de todas las actividades de inteligencia en Italia” (FOIA, Schwend File, 0004).

Todo esto significa que Schwend estaba efectivamente al tanto de las negociaciones de Wolff. Podría significar también que mantenía al tanto a Kaltenbrunner. Y podría ser que —informando o no a Kaltenbrunner— su conocimiento de las negociaciones secretas podría permitirle encauzarlas a su favor. La presencia de Gyssling en Berna hablando de Wolff y de la operación Sunrise nos indica como más plausible esta última posibilidad, aunque quizás no desarrollada de una manera muy inteligente: ¿Un consulado alemán en Merano? ¿A treinta kilómetros de Bolzano, donde ya existía uno?³ Parece burdo, a no ser porque en Merano tenía su domicilio el embajador Rahn. Lo cierto es que Wolff efectivamente pasó por Merano a la una de la

³ Steinacher, 2011, p. 67, registra la existencia de un consulado alemán en Bolzano el mismo 2 de mayo de 1945 (día de la rendición en Italia), a través de un pasaporte expedido ahí, en esa fecha, para otro nazi en busca de refugio: Hermann Duxneuner.

mañana del 28 de abril, donde recogió al embajador Rahn para dirigirse a la conferencia sobre la rendición que se llevó a cabo en las oficinas de Hofer en Bolzano una hora después.

Una evidencia de los movimientos de Schwend ante la inminente rendición, de la que estaba al tanto, es que ese mismo sábado 28 de abril, Jacques van Harten emitió en Merano un certificado del Comité de la Cruz Roja Internacional, dirigido a “Todas las autoridades italianas”, a favor de Schwend, en inglés, diciendo que el portador había ayudado al Comité: su primer pase hacia la supervivencia después de la guerra.

Shraga Elam introduce a otro personaje en la escena y, con él, una hipótesis más amplia sobre la vinculación de Schwend y el proceso de la operación Sunrise, aunque este nuevo personaje parece surgir de las tinieblas en cuanto recuento se haga de numerosas situaciones relacionadas con los nazis y la guerra. Un viejo conocido: Wilhelm Höttl, “uno de los más exitosos vendedores de historia nazi”, dice de él Bettina Stangneth (2014, p. 128). Su papel en el relato de Elam parece provenir de la atención puesta a sus propios cambiantes testimonios. Höttl merecería una investigación propia, un ensayo sobre *realpolitik* y los usos de la información para beneficio personal; ya hemos visto cómo sus libros y testimonios se construyen como novelas para crecer en drama y suspenso, a través de la exageración e incluso de la invención de los hechos. Y por muchísimo tiempo, desde que se inició su trabajo como informante de servicios secretos a ambos lados del telón de acero, incluyendo sus testimonios ante los jueces de Núremberg, Höttl fue considerado una fuente testimonial relevante, por decir lo menos: el hombre era un académico, escritor y catedrático de historia moderna en Viena antes del *Anschluss*, cuando su incorporación al NSDAP y luego al SD lo llevó a desempeñarse en las alturas del poder nazi, alrededor de Kaltenbrunner y Himmler. Eric Lichtblau lo describe como:

[...] un nazi ferviente y notable embaucador [...]. Dentro de los salones de la CIA demostraría ser uno de los más dañinos de todos los espías nazis. [...] emergió de la guerra casi sin un rasguño, identificado como “testigo” de los crímenes de guerra nazis más que como un protagonista principal [...] pero a pesar de su supuesta inocencia, estaba lejos de ser un simple observador: estaba profundamente involucrado, como alto oficial bajo Kaltenbrunner. (Lichtblau, 2014, p. 35)

Sin enunciar con claridad sus fuentes, Lichtblau llega incluso a acusarlo de haber estado “implicado en la deportación de cientos de miles de judíos

húngaros”, pero sí consta en diversos documentos que estuvo en Hungría, donde coincidió con Eichmann, y en donde ubica la conversación, citada bajo juramento en Núrenberg, según la cual el director del Departamento Judío del Tercer Reich realizó la estimación del número de asesinatos del Holocausto en seis millones. Después estos dos amigos, Höttl y Eichmann, tendrían un distanciamiento. El testimonio de Höttl fue uno de los más decisivos para establecer la pena de muerte *in absentia* para Eichmann en Núrenberg. Y esta traición se convertiría en Eichmann en el deseo de volver a Europa para asesinar a Höttl —quien, por otra parte, como documenta Stangneth, coleccionaba amenazas de muerte—.

Lo relevante para nosotros es, sin embargo, la conocida habilidad de Höttl para reinventar historias de la guerra, y en Elam, Steinacher, Pirie y otros autores, tenemos muestras de qué tan profundamente el conocimiento de la guerra durante los años posteriores a su finalización fue desviado por los “testimonios” de Höttl. Elam menciona que Höttl fue el canal elegido por Kaltenbrunner para introducir “ruido” en las negociaciones Sunrise; de hecho, mientras Dulles avanzaba con Wolff, Höttl establecía contacto con Dulles en representación de Kaltenbrunner. La participación de Schwend y Gyssling, de la mano de Höttl sería, más que una consecuencia natural, una necesidad lógica: Schwend es la extensión de inteligencia de Kaltenbrunner y Höttl en el Sudtirolo. Elam va aún más lejos en su análisis de estos hechos: Kaltenbrunner, sabiendo que Wolff llevaba ventaja en las negociaciones con los Aliados, utilizaría a Gyssling y a Schwend, a través de Höttl, para chantajear a Wolff con que Kaltenbrunner lo denunciaría si no lo hacía parte de las negociaciones (Elam, 2000, pp. 120-121). Sea que Wolff recibió o no tales amenazas, dice Elam, la historia habla de la feroz desesperación de los líderes nazis por salvarse en el último momento.

Steinacher apunta que los vínculos de Schwend con los miembros de las SS que participaron en las negociaciones de la operación Sunrise le permitieron jugar un papel marginal en la rendición y colocarse en una posición desde la que le sería posible virar hasta convertirse en informante de la inteligencia Aliada. Este papel de Schwend en la operación Sunrise es definitivamente “marginal” en términos del destino de la guerra y de la capitulación final de Alemania, pero ciertamente fue de enorme importancia para sus propios intereses (Steinacher, 2011, p. 169). Siendo el norte de Italia el área de acción principal de la operación Bernhard, no es de extrañar que Schwend estuviese al tanto de las negociaciones de la operación Sunrise. Schwend había estado en contacto con Wolff, y al mismo tiempo con líderes partisanos italianos, en busca de una “suave transferencia” del Sudtirolo

en el caso de un colapso alemán, eliminando algunos de los inconvenientes que podrían haber tenido que enfrentar los estadounidenses en caso de encontrar resistencia del otro bando que estaba disputándose el territorio en cuestión. Además de estos contactos, también Gyssling (NARA, Schwend File 1), el viejo amigo, jugó el papel de enlace cuando ambos fueron apresados por su participación en la operación Bernhard. Así, estando vinculados los principales actores de esa red con las labores de inteligencia alemana en Italia y con Wolff, la hipótesis de su involucramiento en Sunrise es plausible, especialmente si se piensa que el trabajo implicaba contactos con partisanos italianos, área de inteligencia en la que, como hemos visto, Schwend tenía presencia. Dulles citó a Wolff: “[...] En cuanto a la conducta de guerra contra los partisanos, me he propuesto salvar vidas y lo he logrado en muchos casos mediante acuerdos locales de armisticio con ellos [...] a pesar de las órdenes contrarias de arriba”.

Pero hay elementos que nos permiten pensar que Wolff se habría cuidado de utilizar los servicios de Schwend si esto implicaba darle a conocer el carácter de sus contactos con la OSS. Recordemos que, aunque como SS *Stürmbahnführer* Wendig, al mando de un grupo de personal especial de los cuerpos Panzer, se encontraba formalmente bajo la autoridad de Wolff, en la práctica Schwend reportaba directamente a Kaltenbrunner y a través de él a Himmler, como lo hemos podido comprobar al revisar las quejas de las autoridades locales sobre las actividades de la operación Bernhard. Durante Sunrise, el proceso más delicado para Wolff fue el de mantener a raya a los líderes de la RSHA (Kaltenbrunner) y las SS (Himmler), llegando incluso al desacato de sus órdenes y al engaño con respecto a sus acciones.

Hay indicios de que Himmler buscó por cuenta propia llegar a acuerdos con los Aliados cuando reconoció que no habría alternativa para Alemania, antes de que Hitler, Göring y Goebbels asumieran la derrota. En su informe sobre Sunrise, Dulles y Von Gaevernitz aseguraron que

[...] durante los últimos meses previos al fin de la guerra [Himmler] flirteó muy abiertamente con la idea por completo inaceptable de sondear a los Aliados occidentales buscando negociar una rendición en la que se reservara cierta inmunidad personal para él. (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 27)

En el mismo informe Dulles apuntó también la posibilidad de que Kaltenbrunner, a espaldas de Himmler, estuviera buscando su propio boleto de salida pues, en un momento dado, Dulles y Von Gaevernitz supieron

a través de su persona de contacto con Wolff —el “importante industrial italiano Barón Luigi Parrilli”—, que Wolff “había recibido instrucciones terminantes de Kaltenbrunner de interrumpir cualquier contacto que él, Wolff, tuviera en Suiza, pues Kaltenbrunner tenía sus propios planes y lo que Wolff estaba haciendo podía significar la catástrofe para esos planes”. Para la OSS eso quería decir que Kaltenbrunner y Himmler sabían más sobre los movimientos de Wolff. Sospechaban que la filtración de información hacia la jerarquía de las SS había sido obra de Harster, jefe del SD en Italia y, como hemos visto por los sucesos de finales de 1943 en torno a los diarios del conde Ciano, miembro de la esfera de Höttl, al igual que Schwend.

Las sospechas del involucramiento de Schwend en la operación Sunrise no terminan aquí. A través de Parrilli, Wolff informó a Dulles que había decidido llevar adelante la operación de rendición aun cuando no contara con el apoyo de los generales de la Wehrmacht en la zona; de ser este el caso, su papel consistiría en garantizar, con las fuerzas con que pudiera contar, la no beligerancia de una línea costera que permitiera el desembarco Aliado y la toma de campos aéreos. Pero advirtió nuevamente a los Aliados sobre las actividades de Kaltenbrunner, “quien también estaba intentando establecer contacto con nosotros [la OSS en Berna] a través de un agente llamado Höttl” (Dulles y Von Gaevernitz, 1945, p. 27).

La situación en el norte de Italia y el sur de Alemania, cerca de las fronteras con Suiza y Austria —siempre el área operativa de Schwend—; la zona presidida por las SS desde Bolzano y por Aktion I desde Merano, se rodeó de caóticas y extrañas circunstancias después de la rendición parcial e incluso después de la rendición incondicional de Alemania el 8-9 de mayo de 1945. La versión, bastante interpretativa pero no descabellada, de Steinacher sobre esa situación es muy interesante. Nos recuerda que Dulles afirmó siempre, tanto en sus informes clasificados como después en sus crónicas comerciales, que las negociaciones Sunrise se llevaron a cabo sin ofrecer nada a sus contrapartes nazis. No hubo acuerdos ni contratos que señalaran un tratamiento especial para Wolff y sus allegados. Era la política de Roosevelt, que como hemos visto, no tenía interés en jugar a espaldas de Stalin. Pero, dice Steinacher, la OSS, especialmente Dulles, estaba interesada en adelantarse a la Guerra Fría, y para ello sería necesario, como lo fue en realidad, contar con una Alemania que hubiera conservado parte de su poder. Los líderes de las SS compartían, por convicción o conveniencia, ese interés anticomunista con Dulles, y la realidad después de la rendición fue que estos sujetos culpables de crímenes de guerra y contra la humanidad, no

fueron procesados o lo fueron blandamente. Muchos de ellos fueron pronto incorporados como agentes o informantes de los servicios secretos Aliados. Y muchos más lograron escapar y refugiarse en Sudamérica bajo las narices de los Aliados. O con su protección.

Steinacher describe la situación en Bolzano en mayo de 1945 como “kafkiana”: los nazis se habían rendido, habían perdido la guerra; la tesis de capitulación incondicional del recientemente fallecido Roosevelt y de Stalin, ahora compartida por Churchill (no le quedaba más remedio), implicaba un necesario proceso de desarme total y de establecimiento de responsabilidades: de juicios de guerra y civiles. Y sin embargo, las SS y las Wehrmacht en la región seguían no solamente armadas, sino compartiendo funciones de vigilancia y policía con los ocupantes Aliados: “durante semanas, sellos con la suástica seguían decorando pases alemanes, documentos e informes para los Aliados. Algunos alcaldes del Sudtirolo y partes de la administración pública permanecieron en sus cargos durante dos meses más”.

En los términos de la rendición Sunrise firmados por los líderes alemanes en Italia, no existe mención alguna que implique el perdón o un tratamiento especial para ellos. Sin embargo, apunta Steinacher, para Dulles:

[...] la operación Sunrise representó un paso crucial en el camino hacia su nombramiento como director de la CIA. Dulles se sintió siempre en deuda con sus socios alemanes en Sunrise y, cuando le fue posible, trató de protegerlos de ser perseguidos como criminales de guerra. (Steinacher, 2011)

Y cita un documento secreto, hoy desclasificado, en el que el servicio secreto estadounidense estableció literalmente:

No tenemos información sobre si el Sr. Dulles hizo alguna promesa o adquirió algún compromiso con Dollmann o [Eugen] Wenner [...]. Sea que se hubiesen establecido compromisos o no con Dollmann y Wenner, parece que debemos cierta consideración para con estos hombres [...]. Sin embargo, él [Dulles] ha confirmado que estos hombres efectivamente participaron en las negociaciones y su parecer es que, si ellos se encuentran en problemas, debería hacerse algún esfuerzo para ayudarlos. (FOIA, Dollmann File, 0005)

Huelga decir que los problemas en que se encontraba Dollmann —después de haber escapado de un campo de prisioneros de guerra y de haber sido protegido y ocultado por el obispo de Milán, y antes de ser empleado

por el servicio secreto estadounidense, al que proveería de información dudosa y exagerada, muy al estilo de Spitz, Schwend y Höttl— estaban relacionados con su participación en la masacre de las fosas Ardeatinas, por la que la justicia italiana lo buscaba. Habría de salvarse; tendría el apoyo del obispo Hudal, lograría después permanecer en la nómina de la CIA hasta los años 50; alcanzaría a llegar a España, donde sería uno de los protegidos de Skorzeny y trabajaría con él en el negocio de las armas.

EL PROYECTO SAFEHAVEN

Como muchos otros nazis, aunque con su manera peculiar, Schwend llevaba algún tiempo preparándose para el escenario de derrota de Alemania, según declaró en 1960 su hermano Albert. Höttl menciona también “propiedades y acciones” en su libro *Hitler's Paper Weapon* (1955, pp. 160-163). Veía en Sudamérica un posible destino futuro y había “ahorrado” con esa finalidad aprovechando los movimientos de la operación Bernhard para abastecerse de todo tipo de bienes y, si bien tuvo que entregar parte de ellos a sus captores, había escondido otros y conservado aún más a nombre de testaferros y apoderados (Steinacher, 2011, pp. 201-202; Malkin, 2006, p. 148).

En cuanto a la entrega de los valores con los que Schwend habría “comprado” protección al ser apresado por los estadounidenses, es importante recordar que si bien los agentes Timm y Michaelis lo pusieron en libertad —y lo conservaron como informante al menos entre julio de 1945 y septiembre de 1946— al haber recibido el dinero y joyas ocultos a modo de un “acto de buena fe”, Schwend siempre reclamaría en el futuro que se trató de un robo en combinación con Spitz. Es imposible conocer con exactitud las circunstancias de la liberación de Schwend, pero más de un investigador propone que muchos oficiales nazis “compraron inmunidad y algunas veces una nueva carrera” de diversas formas: una de ellas era financiera, otra consistía en prestar servicios de inteligencia como entregar a sus propios subordinados. Así lo hizo Höttl al ofrecer los servicios de sus agentes a los estadounidenses y convertirse en informante del CIC en Austria (Linklater, Hilton y Ascherson, 1985, pp. 135, 166). Schwend acudió a ambas estrategias: entregó valores y delató personas; medidas que obedecían a la idea de “inversión futura”.

El contexto en el que se desarrollaron las acciones de los nazis que se preparaban de manera individual y clandestina para salvar el pellejo al acercarse el final de la guerra tiene un correlato en la forma en que los Aliados enfrentaron esta problemática, buscando el completo desmantelamiento de los recursos, tanto humanos como económicos, de la Alemania nazi. La búsqueda de pistas, capitales y activos de la operación Bernhard, que durante los primeros días de la posguerra los Aliados llamaban “la operación financiera de la RSHA”, forma parte de este esfuerzo. El marco en el que se desarrolló esta estrategia fue un proyecto esbozado ya desde mayo de 1944, conocido como Safehaven, diseñado para “desenraizar y neutralizar el poder industrial y comercial alemán dondequiera que existiera”.

Un historiador de la CIA, Donald P. Steury (2000), indica que los orígenes de Safehaven se encuentran en dos memos que un grupo de expertos en el diseño de políticas, pertenecientes a una instancia de guerra, la Administración Económica en el Extranjero (FEA, Foreign Economic Administration) envió a los departamentos de Estado y del Tesoro de los Estados Unidos en mayo de 1944. En dichas notas, los expertos de la FEA propusieron un programa interagencias para buscar y bloquear valores alemanes en países neutrales y no beligerantes en Europa y América. La meta principal era evitar que Alemania pudiera desatar otra guerra si sus líderes políticos y económicos, al entrever la derrota, comenzaban a transferir clandestinamente capitales y valores a países neutrales, salvándolos de ser confiscados por los Aliados para pagar reparaciones de guerra. Si lograba este objetivo, temían los agentes estadounidenses, el liderazgo nazi sería capaz de prepararse para un nuevo embate en el transcurso de dos décadas y por tanto, la derrota militar habría sido inútil.

Los objetivos concretos del proyecto Safehaven están enumerados en el documento conocido como *Informe Eizenstat*:

[...] limitar y evitar la penetración económica de Alemania fuera de Alemania; bloquear la transferencia de activos de Alemania a países neutrales; asegurar que los recursos de Alemania estuvieran disponibles para las reparaciones de guerra y la rehabilitación de Europa; hacer posible la devolución a particulares de propiedades y recursos incautados en países ocupados por Alemania, y evitar la fuga de personal alemán estratégico a refugios neutrales. (Eizenstat, 1997, p. 15)

Sin embargo, el arranque del proyecto, según lo describe Steury, se entrapó entre los intereses divergentes de los departamentos del Tesoro y de

Estado del gobierno de los Estados Unidos. A lo largo de 1944, los esfuerzos de cada parte fueron bloqueados por la otra a raíz de diferendos políticos: el departamento del Tesoro buscaba la absoluta neutralización de valores, capitales y recursos humanos nazis, un desarme económico y político total de Alemania, mientras que el departamento de Estado —en coincidencia con los intereses de Churchill en el Reino Unido—, apostaba por el mantenimiento de una Alemania fuerte después de la guerra, que fuera capaz de servir como muro de contención ante la amenaza soviética.

Los agentes del departamento de Estado y de la FEA iniciaron su búsqueda de recursos alemanes en Suecia sin convocar a los del Tesoro, pero estos se presentaron de cualquier manera. Acompañaron a Suecia al líder del proyecto, Samuel Klaus (FEA), y al agente del departamento de Estado, Herbert J. Cummings, quienes aceptaron a regañadientes su participación, pero la bloquearon en la continuación de ese viaje a España. Sin embargo, los agentes del Tesoro se impusieron a Klaus en España y este optó por suspender la investigación. En el informe de Klaus de octubre de 1944 se critican los magros esfuerzos del personal diplomático en torno al proyecto, especialmente en España, en donde el embajador estadounidense, Carlton J. Hayes, fue acusado directamente de bloquear Safehaven, aun cuando ese país era “indudablemente” donde más cabía esperar actividades de fuga de recursos humanos y materiales nazis.

Al final, la perspectiva del departamento de Estado se impuso. La coordinación de Safehaven se trasladó a la embajada estadounidense en Londres y se solicitó formalmente la participación de la OSS, resolviendo la principal carencia del proyecto: fuentes de inteligencia. La operación contó entonces con la participación de los servicios secretos de inteligencia (SI, Secret Intelligence) y los del X-2, la rama de contraespionaje de la OSS a la que sirvió Schwend después de la guerra. Steury añade que la X-2 tenía experiencia en el seguimiento de capitales alemanes desde 1944, cuando comenzó a poner atención en la adquisición clandestina por parte de los nazis de activos financieros e industriales en países neutrales, esfuerzos que se intensificaron

[...] al menguar la riqueza militar alemana, especialmente a partir de septiembre de 1944, ante el avance de los ejércitos Aliados, que amenazaba con cortar el acceso de los alemanes a las fuentes de recursos estratégicos en el sureste de Europa y en la península ibérica” (Steury, 2000).

Las transacciones de los nazis con países neutrales, especialmente Suiza y, en menor medida, Suecia, Turquía, España y Portugal, se caracterizaban

por el intercambio de oro por materiales necesarios para el esfuerzo de guerra o por divisas extranjeras con las cuales comprar tales materiales. Claramente, como la OSS lo suponía a través del trabajo de inteligencia desde 1942, el oro nazi que se depositaba en bancos suizos y turcos era producto del botín de guerra en los territorios ocupados; en gran medida oro holandés y belga. Esto significaba que la neutralidad política de los neutrales, por supuesto, no era también económica. La estructura privada de la banca y la empresa en estos países funcionaba adecuadamente como chivo expiatorio: un capitalismo libre para los “hombres de negocios” en el que la intervención del Estado era limitada y que servía adecuadamente a los intereses de guerra de la Alemania nazi, donde la economía de mercado era tan limitada como lo decidía la dictadura. Pero los intercambios tuvieron que ser, cada vez más, de tipo subterráneo, clandestino, conforme se perfilaba el dominio militar Aliado, obligando a los neutrales a dejar de colaborar abiertamente en lo económico con los nazis. Como producto natural de la convergencia entre la clandestinización de los movimientos financieros alemanes y la emergencia de intereses particulares de nazis de alto y medio rango con acceso a recursos económicos y financieros, por la claridad de la derrota por venir, el volumen de lavado de activos, de depósitos del producto del botín de guerra en la banca de los países neutrales y de capitales en especie (oro, joyas, arte) ocultos en territorios neutrales y ocupados, se convirtió en boleto de supervivencia con vistas hacia el final de la guerra.

La OSS en Berna, bajo la autoridad de Allen Dulles, tuvo que operar durante casi toda la guerra con escaso personal. No era posible aumentar ni renovar sus cuadros pues, hasta la liberación de Francia, Suiza estaba rodeada de territorios nazis y ocupados. Por fin, a fines de 1944, desde la Francia liberada, nuevos elementos fueron incorporados y se echó a andar la unidad X-2, una de cuyas responsabilidades era Safehaven. Bajo la cubierta de una operación denominada Laura, la X-2 pudo documentar, hacia abril de 1945, transferencias de oro y divisas alemanes a través de Suiza. Steury (2000) enumera:

Oro y bonos saqueados por los nazis en toda Europa y aceptados por ciertos bancos suizos; fondos enviados por el Deutsche Verkehrs-Kreditbank de Karlsruhe a Basilea; fianzas a nombre de compañías privadas en Suiza para el partido nazi; grandes montos en francos suizos acreditados a cuentas particulares en varios bancos suizos; dinero y propiedades en Liechtenstein; más de dos millones de francos a nombre del Reichsbank en Suiza, y 45 millones de *reichsmarks* en cuentas bancarias encubiertas en Suiza.

En la documentación de estas transacciones, que seguramente son sólo una parte del total, se menciona que los alemanes habían realizado movimientos desde Suiza a la península ibérica, aunque Steury añade que la documentación al respecto “parece no haber sido conservada” —lo que equivale a decir que fue intencionalmente desaparecida o que no ha sido desclasificada—. Y, aún más interesante, los reportes en torno a Safehaven de la X-2 describen los métodos utilizados para movilizar esos capitales: “contrabando, valijas diplomáticas, conversión clandestina de divisas, cuentas bancarias y fondos fiduciarios suizos, venta de pinturas y otros valores, y el mercado negro”, métodos, todos ellos, en los que el principal experto en la región alpina era Friedrich Schwend.

Así, las condiciones de contrabando de bienes y personas en el Sudtiro, región tradicionalmente propicia para ello, en el cruce alpino entre Alemania, Suiza, Italia, Austria y los Balcanes, se convirtieron en un objetivo crucial de las investigaciones de la OSS para el proyecto Safehaven. No es casual que Schwend jugara un papel en este entorno en que se cruzaban dos de sus habilidades fundamentales: el contrabando y su familiaridad con el territorio. El fin de la guerra se convirtió en una nueva era de oportunidades para personajes, como él, expertos en modos de sacar provecho en circunstancias inciertas. Los operadores mismos del proyecto Safehaven tuvieron que desechar poco a poco la hipótesis de que detrás de la acumulación ilegal de capitales por parte de alemanes existía un complot o una conspiración para perpetuar el régimen o incluso llevarlo hacia la creación de un Cuarto Reich:

Un error fundamental de los planificadores de Safehaven (así como de la X-2) fue el de asumir que las acciones de empresas alemanas o de líderes nazis a título individual, *necesariamente* representaban la política del régimen Nacional Socialista. Aunque existieron algunos intentos de algunas partes del régimen de planear actividades clandestinas después de la guerra (tales como el casi mítico programa Wehrwolf o la “Guarida del Lobo”), estos fueron mucho menos importantes de lo que imaginaron los planificadores de Safehaven. La gran mayoría de los intentos por ocultar riqueza en países extranjeros que el programa Safehaven logró detectar fueron iniciados por particulares o por empresas alemanas individuales en anticipación al inminente colapso del Reich. (Steury, 2000, n. 11, cursivas del autor)

El 16 de mayo de 1945, el agente Louis Vogel de SCI, encargado de interrogar a Georg Spitz, aprehendido tres días antes, anotó en su informe las tareas a seguir a partir de lo que el agente Bernhard había confesado:

Deberíamos echar mano a [Bertha] VON EHRENSTEIN y a [*Obers-türm-führer* Joseph] DAUSER para saber más acerca de la organización, y de este modo, inmediatamente, atrapar en primer lugar a WENDIG y a GYSLING [sic]. Al mismo tiempo, debemos buscar todos los objetos adquiridos pues podrían ser de utilidad en futuras actividades clandestinas de su organización. En mi opinión, será posible atrapar a toda la organización y, al mismo tiempo, obtener información sobre las actividades que los nazis planean para después de la guerra. (FOIA, Spitz File)

Al siguiente día, 17 de mayo, una especie de anexo al informe de Vogel, probablemente redactado por él mismo, comenzó a enumerar los detalles que Spitz le brindó al servicio secreto estadounidense y a los objetivos Safehaven; algunos, al parecer, ajenos a las acciones de Schwend y que probaban que las conexiones de Spitz iban más allá de los servicios que tuvo que prestar a la operación Bernhard:

ATTASEE

En la villa de la Sra. JERRITZA probablemente podremos encontrar tesoros ocultos, oro, joyas, etc. En esta casa vivía GYSLING [sic].

PRIEN CHIEMSEE

Probablemente podamos encontrar al *Standartenführer* Dr. KURTZ ahí. Fue consejero en jefe del ministro de Producción de Guerra SPEER, íntimo de Hitler y su grupo, y seguramente involucrado en actividades *Werwolf*.

LENGRIES

Este pueblo está a 60 kilómetros de Múnich y hay ahí escondido un gran número de pinturas muy valiosas de un hombre llamado MIEDE [Miedl; el nombre aparece tachado y —mal— corregido a mano] [...]. En el lugar mencionado podríamos encontrar Tesoros de increíble valor que fueron almacenados [la palabra “*stored*” (almacenados) está tachada; al margen, la corrección a mano dice “*stolen*” (robados)] en Holanda. Se sabe que MIEDE se fue a España hace un año. (FOIA, Spitz File)

Swend jugó un papel en el proyecto Safehaven al entregar, aunque fuese sólo en parte, recursos materiales a sus captores. Intentó después salvarse con información de inteligencia para el SCI. Ambos recursos formaban parte del proyecto Safehaven: valores y personas que debían ser capturados

para evitar la posibilidad de rearme o resistencia alemana al final e inmediatamente después de la guerra. Al mismo tiempo, esos recursos humanos y materiales virarían su destino de manera no tan transparente con el fin de conseguir que Alemania sirviera como escudo contra el formidable adversario comunista, que, por su parte, estaba haciendo exactamente lo mismo.

Al final de la guerra y durante el resto de 1945, Safehaven se entrampó entre los diferentes intereses que aglutinaba y terminó por concentrarse exclusivamente en las negociaciones con el gobierno y el sector bancario suizo, a todas luces el gran ganador en los negocios realizados para “lavar” el botín europeo nazi y convertirlo, ya fuera en riqueza de particulares, en recursos para el esfuerzo de guerra o para la reconstrucción europea. Según Steury, Suiza ganó en suma cerca de setecientos ochenta y cinco millones de dólares de los años 40, de los que un setenta y cinco por ciento correspondería a botín de guerra: “la prosperidad de Suiza durante la posguerra estuvo sólidamente soportada por las enormes ganancias procedentes de la Alemania en guerra”. Sin embargo, las negociaciones posteriores no lograron que Suiza hiciera un aporte de esa envergadura a la reconstrucción de Europa. Por un lado no fue posible hallar evidencia que permitiera distinguir la procedencia de esas riquezas (si eran judías, nacionales de países ocupados o particulares en general), y por el otro, la banca suiza supo defender sus intereses llevando a los negociadores Aliados a aceptar un último arreglo: Suiza aportaría a la reconstrucción solamente cincuenta y ocho millones de dólares. El resto, el enorme resto de esos capitales, quedaría ahí afianzando la posición financiera de Suiza en el sistema global y abriéndose a cuentagotas para quien tuviera los papeles y la osadía necesarios para sacar de Suiza valores que ahí habían sido ocultados o “protegidos”. Steury concluye:

Existieron muchos informes sobre transferencias de oro y divisas entre la Alemania nazi, Suiza, España, Suecia y otros países; esfuerzos para ocultar capitales de propiedad alemana en países neutrales y no beligerantes al final de la guerra, e intentos de transferir esos valores a través de España y Portugal hacia Sudamérica.

Pero el tema desaparecería de la atención pública y no sería vuelto a analizar críticamente sino hasta mediados de los años 90, cuando una nueva generación de historiadores se acercó a los viejos registros secretos recientemente desclasificados. Y descubrieron que esas transacciones que describe Steury, se siguieron realizando a lo largo de medio siglo.

Malkin atribuye a Schwend un papel muy importante en este proceso: “quizás el participante con mayor culpabilidad criminal [de la operación Bernhard] porque contribuyó en el blindaje de nazis de alto rango después de su fuga a Sudamérica luego de la guerra” (2006, p. 146). Como veremos más adelante, los obsesivos esfuerzos de Schwend, sus testaferros, sus interminables litigios y sus numerosas acusaciones y demandas —casi siempre frágilmente fundados—, eran procedimientos comunes desde el final del proyecto Safehaven para “recuperar” aquellas partes de su botín personal que no le fue posible conservar.

CAPÍTULO VI

AL SERVICIO DE LOS ALIADOS

LOST IN TRANSLATION

¿Cómo pudo Schwend transitar por la zona durante 1945, estando la invasión de Alemania por los Aliados y la campaña de Italia en sus meses más difíciles? Los documentos ofrecen pistas que indican que, después de fallar en su intento de intervenir en la operación Sunrise como mecanismo de salvación personal (y de recursos), de la mano de los negociadores liderados por Wolff, buscaría otras formas de salir airoso (y con plata) de la crisis de la derrota.

Para dibujar a Friedrich Schwend, Mader apunta que, a partir de su incorporación al SD como *V-Mann*, utilizaba diversos pasaportes, varios nombres, y que tenía “documentos de identidad especiales de Italia, Francia, España y la Cruz Roja Internacional”, todos ellos presumiblemente falsos (1966, pp. 294-296). Sin embargo, como veremos al seguirle la pista durante los meses posteriores a la guerra, entre 1945 y 1946, Schwend colaboró con SCI en Múnich, dando información a los estadounidenses y trabajando bajo la supervisión de otra fuente: *Tarbaby*, el criptónimo de un viejo conocido, Georg Spencer Spitz.

Al ser capturado, en junio de 1945, Schwend fue trasladado a la prisión de Stadelheim en Múnich. Spitz, cuyas declaraciones habían conducido a la captura de Schwend y otros, lo visitó y lo persuadió de confesar sus actividades con la RSHA y cooperar con SCI (NARA, Schwend File 1); el propio agente Michaelis de SCI afirmaría que “Spitz es el principal responsable del éxito de esta misión” (NARA, 12th Army Group, RSHA Financial Operation). Schwend aceptó escribir un informe sobre la operación Bernhard y entregar el oro que había escondido en las montañas de Austria. Los capitanes Timm y Michaelis de SCI y el propio Spitz lo escoltaron en aquella expedición.

Sin embargo, el informe en que Schwend habría descrito la operación Bernhard fue declarado perdido mientras era revisado para su traducción,

literalmente *lost in translation*. Dado que está citado en los archivos desclasificados —siempre como documento perdido—, es muy probable que efectivamente haya existido. Ruffner dedica el capítulo 4 de su *El águila y la suástica*, elaborado entre 1992 y 2003, y desclasificado y publicado en 2007, a “La operación financiera de la RSHA”, e indica que el expediente 201 de Schwend —un sistema de la CIA para la identificación de personas de interés específico para la Dirección de Operaciones (Directorate of Operations, DO) donde se controla y registra toda la información pertinente sobre ese individuo en una sola entrada— contiene varias anotaciones que no se encuentran en su expediente personal, compilado por la CIA recién en 1957. También menciona que la copia del reporte de Schwend para la OSS “no ha podido ser encontrada ni en los archivos desclasificados ni en los clasificados” (Ruffner, 2003, capítulo 4, p. 19).

¿Cómo fue que ese documento se perdió? ¿Fue destruido? Y si es así, ¿por qué? Tomando en cuenta los turbios modos de operar de Schwend y su innegable elocuencia, cabe esperar que su historia de la operación Bernhard fuese cualquier cosa menos fidedigna, menos aún imparcial. Schwend había entregado a SCI “sus valores y propiedades” —tras el “consejo” de Spitz— como medio para salvarse, y había decidido informar abiertamente a los estadounidenses sobre sus actividades durante la guerra, lo que más tarde lo convirtió en el informante identificado con el criptónimo *Flush*. Pero *Flush* pertenecía a una red de informates de SCI en la que su superior inmediato era *Tarbaby*, es decir, Spitz, quien pocas semanas antes era aún su subordinado y que, en su forma de ver las cosas, le debía a él, a Schwend, la posibilidad no sólo de haberse librado de ser apresado por los nazis en tanto judío, sino de haber sido capaz de lucrar con la operación Bernhard. Schwend mismo no se enteró de cuán productiva fue la labor de Spitz hasta mucho después, cuando este se convirtió en banquero y empezó a vivir la vida loca de la nueva alta sociedad alemana *occidental*. Entonces Schwend emprendería obsesivas gestiones legales —y no legales— para tratar de despojar a Spitz y, junto con él a otros banqueros alemanes como August Lenz y hasta a periodistas como Fritz Karnatz, de una riqueza que consideraba, al menos en parte, suya.

Como veremos, desde la seguridad de su residencia en Santa Clara, a las afueras de Lima, en las faldas de los Andes, Schwend emprendería una rabiosa persecución contra Spitz y acusaría a los agentes Timm y Michaelis de haberle robado. Atemos cabos: Schwend escribió su famoso informe desaparecido cuando ya se habían invertido los papeles con Spitz, quien ahora respondía por él ante los estadounidenses. Fue Spitz quien lo entregó

y fue también Spitz quien le ofreció la posibilidad de salir de su arresto mediante la entrega de su “tesoro”. Es lícito suponer que el informe perdido inculparía a Spitz buscando venganza o retribución, tratando de invertir nuevamente los papeles, por lo que, como “agente a cargo”, quizá Spitz tuvo algo que ver con su pérdida. En todo caso, si aún tuviéramos acceso a él, es seguro que no nos permitiría aclarar los sucesos referidos (pero nos daría con seguridad más pruebas de cómo Schwend solía “acomodar” la realidad en función de sus intereses personales).

En cuanto a las circunstancias de la entrega de los valores producto de la operación Bernhard escondidos por él, Schwend siempre afirmaría que fue obligado a hacerla, mientras que los estadounidenses redactarían en sus informes que se trató de una entrega consentida, de un “acto de buena fe”, igual que su ofrecimiento de colaborar con ellos en la captura de los otros agentes. Algún agente de Schwend escribiría a Mader que, más bien, había “comprado su libertad” con el oro (1966, pp. 296). Para Michaelis, sin embargo, el oro representaba una “amenaza” para la seguridad de los Aliados porque podría ser utilizado contra ellos, en concordancia con los objetivos Safehaven, en un momento en que la posibilidad de una resistencia armada nazi desde el Tirol representaba un peligro serio para el equilibrio que los Aliados estaban tratando de establecer (Ruffner, 2003). Schwend fue contradictorio al respecto. Por un lado, escribió:

Después del correspondiente “interrogatorio”, fui trasladado a la prisión de Stadelheim en Múnich, estando bajo custodia de los gangsters americanos Eric Timm y Carls [sic] Michaelis, ambos miembros de la C.I.S. [SCI]. Eric Timm tenía el rango de mayor, Michaelis de capitán. En cooperación con el futuro “banquero” de Múnich Georg Specer [sic] Spitz, me robaron valores de la siguiente manera. Michaelis me visitó con Spitz en ~~mi celda~~ [tachado en el original] mi oscura celda de Stadelheim y me dijo: [entregue] el oro que ha ocultado en su huida o se quedará en esta celda hasta morir.

Sin darme un recibo, me tomaron los siguientes valores:

Más de 80 kg de monedas de oro.

Algunas barras de oro de 1 kg cada una.

Esta nota, de la que la cita anterior es apenas un fragmento, parece estar dirigida a los abogados Roberts y McInnis, cuyos nombres aparecen mecanografiados en el margen izquierdo de la primera de tres páginas, seguidos de la fecha 17 de agosto de 1956 (FOIA, Gyssling File). Pero es necesario resaltar que sí existe un recibo que se refiere a la entrega de 47 kilogramos

de monedas de oro que Schwend tenía ocultas: en el archivo personal sobre Spitz de FOIA, aparece una traducción del recibo (copia sin firmas) cuyo original en alemán habría sido firmado por Schwend (FOIA, Spitz File).

Por otro lado, Schwend escribió a Höttl una carta formal — fechada en Lima el 4 de diciembre de 1958—, con copia al Fiscal General del Tribunal Superior de Múnich, a Rudolf Grusius del diario *Abendzeitung* de Múnich, al *Der Spiegel* en Múnich y a *Stern*, la revista de Henri Nannen en Hamburgo, en respuesta a ciertas declaraciones juradas de Dauser, von Ehrenstein y Spitz (HIS, Schwend Archiv, Handakte). Esa versión de Schwend era diferente:

Spitz vino a mi celda y se quedó un rato a solas conmigo. Me dijo que mi liberación era cuestión de “Mari” [sic], es decir, dinero. Del hecho de que yo había invertido parte de mi fortuna en oro sólo estaban enterados Spitz y mi familia.

Así, Schwend reveló a Spitz, “por amistad”, el escondite. No deja de ser curioso que fuera Spitz el depositario de sus secretos, cuando sus verdaderos allegados eran Glavan y Rudi Blaschke; esta es una muestra de cómo Schwend “acomodaba” la verdad. Otros informes indican que el lugar también era conocido por la secretaria de Schwend y “probablemente” por otros miembros de la RSHA (NARA, Schwend File).

No sólo hay contradicciones y ambigüedades respecto a las circunstancias en que se produjo la entrega; tampoco es posible confirmar la cifra decomisada: 7139 piezas, con un peso de cuarenta y siete kilogramos y valor aproximado de doscientos mil dólares de la época (NARA, Schwend File 1; 12th Army Group RSHA Financial Operations; Ruffner, 2003), o de seiscientos mil, además de moneda estadounidense por diecisiete mil dólares, o más de ochenta kilogramos de monedas de oro que menciona Schwend en la carta citada arriba, en la que convierte a los agentes estadounidenses en “gangsters”, y otras versiones más (la primera es la aceptada por la CIA), como la que proporciona Pirie:

una inmensa fortuna hecha de 2000 onzas [alrededor de 56 kg] de oro puro en sacos, 80 000 dólares americanos, 100 000 francos suizos y una gran maleta rebosante de monedas de oro, joyas de oro y colecciones de gemas, incluyendo algunas de gran tamaño que había recibido de Laval [agente andorrano de Schwend].

Luego de haber entregado el oro escondido en Austria, Schwend fue puesto bajo arresto domiciliario en casa de George Spitz. Se había comprometido también a informar a sus captores sobre el paradero de sus agentes y de otros valores escondidos. SCI consideró tomarlo a su servicio, según indica un informe firmado por Michaelis: “Las declaraciones de Schwend serán reenviadas por *pouch*. La posición futura y posible empleo de Schwend está bajo consideración y las propuestas que se relacionen con él serán enviadas para aprobación” (NARA, Schwend CIA Name File). Se sabe que Spitz fue de gran ayuda para establecer un esbozo de la Aktion I y de las funciones de sus agentes, lo suficientemente preciso como para elaborar un organigrama de la operación (NARA, Spitz File, 0006; Ruffner, 2003). En una nota a pie de página, Ruffner indica: “El expediente 201 de Spitz, clasificado, por otro lado, es más completo y contiene muchos reportes de la SS sobre las Operaciones Financieras de la RSHA”. Lo que reconoce Ruffner al respecto es que después del verano de 1945 (es decir, luego del arresto de Schwend), los servicios de inteligencia estadounidenses contaban con mayor información acerca de la naturaleza de la operación Bernhard, pues además se había entregado Schellenberg, quien ayudó a “completar los vacíos” al ser interrogado en Inglaterra entre el 27 de junio y el 12 de julio.

Los hombres de Schwend también fueron conminados a entregar sus valores personales. Oskar Blaschke, en arresto domiciliario porque padecía de tuberculosis, entregó voluntariamente las ganancias que él y su hermano Rudi habían obtenido en sus transacciones para la RSHA. El monto ascendía a tres mil ciento cincuenta piezas de oro, cuatrocientos cinco dólares americanos en billetes de un dólar y dos anillos de diamante. En su informe a sus superiores de X-2 Alemania, Michaelis adjuntó recibos de todo esto. Lo incautado, con un valor estimado de doscientos mil dólares, se entregó al capitán Harry W. Riback, comandante del CIC en Merano. A Oskar Blaschke se le pidió además que escribiera la historia de sus actividades y lo que sabía de las operaciones (el informe indica que en ese momento Schwend ya “está involucrado en la redacción” de la historia completa de las operaciones, “la cual será enviada tan pronto como esté terminada y haya sido traducida”).

La OSS había identificado vagamente a Schwend desde enero de 1945. Creyeron que su nombre era un alias y que el verdadero era Wendig, a quien correspondía el cargo como *Sturmbannführer* de las SS. Al identificarlo, los estadounidenses asumieron que se trataba de un agente a “cargo de todo el espionaje en Italia”. Un par de meses después, en marzo de 1945, Bela Tar, el chofer del que hemos hablado anteriormente, se entregó en Suiza y aportó

más información sobre Schwend, reforzando la idea de que estaba a cargo del espionaje nazi en Italia.

El sábado 28 de abril, el mismo día en que la rendición de las fuerzas alemanas en Italia, ya firmada, llegó a los generales que depondrían las armas, Van Harten extendió el salvoconducto del Comité Internacional de la Cruz Roja a favor de Schwend. Escrito a máquina y firmado por el propio Van Harten en papel membretado del “Comité International de la Croix Rouge”, indicaba:

A través del presente certificamos que el portador de este certificado, Sr. Fritz Schwend, nacido en 1906 en Böhringen [sic], Alemania, ha brindado su ayuda a nuestro Comité. Cualquier información requerida para el mencionado Sr. Schwend será proporcionada por J. L. van Harten, CICR en Merano. (HIS, Schwend Archiv, N 40, 102)

No deja de ser interesante que el nombre de la ciudad natal de Schwend esté escrito erróneamente: es una señal del apuro con el que se redactó el documento, quizás después de una conversación telefónica. La emisión de este salvoconducto era una medida urgente pues Schwend y sus principales agentes sabían que la rendición en Italia estaba en camino y, con ella, la ocupación del territorio por los Aliados y la imposición de su ley.

El documento emitido por Van Harten a nombre de la Cruz Roja sirvió para “blindar” a Schwend el siguiente par de semanas, las cuales pasó tratando de poner a resguardo capitales y —según las pesquisas de Steinacher en archivos de los servicios secretos alemanes—, invirtiendo en propiedades y negocios. Con ese salvoconducto Schwend pudo movilizarse por el Sudtirol mientras las fuerzas alemanas deponían las armas en Italia sin disparar un tiro, el 2 de mayo, y una semana más tarde, la guerra en Europa llegaba por fin a su término, dando lugar a la ocupación Aliada de los territorios antes dominados por las potencias del Eje y al establecimiento de gobiernos militares de ocupación.

Una de las características esenciales de este periodo fue la formación de los campos de prisioneros o de “efectivos enemigos bajo arresto”, eufemismo que permitió a los Aliados no cumplir cabalmente y en todos los casos con las instrucciones para el trato de prisioneros de guerra dictadas por la Convención de Ginebra. Inmediatamente después, los Aliados comenzaron a establecer también campos de refugiados; para mediados de mayo la caótica situación de refugiados, despatriados, desplazados, migrantes, prisioneros y fugitivos se convertía en crítica.

El 13 de mayo los Aliados arrestaron a Georg Spitz —el mismo día en que cayeron Priebke y Wolff—, gracias a un aviso de un miembro del SD en Múnich, a quien los informes de inteligencia identificaron como parte de la operación Bernhard, Karl Hermann Friedmann (asistente de Dauser en Múnich según el interrogatorio de la Sra. Von Ehrenstein que se conocería diez días después) (FOIA, Spitz File, 0036). Sin embargo fue liberado inmediatamente pues no se encontraba en la categoría de “arresto automático”, según el “Proyecto de penetración para el área del Tercer Ejército”, entregado a las autoridades de la OSS X-2 el 11 de julio por el capitán Michaelis (FOIA, Spitz, 0057). Spitz se puso al servicio de los Aliados aduciendo que había estado en contacto con “un número de agentes compradores de Amt II y que estaba familiarizado con sus métodos de operación en Alemania, Bélgica y Holanda”; es decir, se presentó ante ellos como “pieza menor” y comenzó a ofrecer “piezas mayores”. Señaló primero —y según informes de inteligencia de la época asistió en su aprehensión— a su amigo, el fotógrafo de Hitler y “el hombre más rico de Alemania después de Göring”, Heinrich Hoffmann, quien lo había apoyado en su momento para salvarse de ser internado en un campo de concentración por su origen judío (FOIA, Spitz, 0008). En la misma operación los Aliados arrestaron a *Loomis Taylor*, alias o nombre clave de William Joyce, “un ciudadano estadounidense que fue el ‘Lord Haw Haw’¹ americano durante la guerra, un nazi ferviente y amigo personal de Heinrich Himmler”. El informe mencionado indicaba que Spitz (quien parecía “sincero al ser un judío que ha sido explotado por la RSHA bajo amenazas contra su seguridad y la de su familia”) estaba “ansioso por ayudar en el arresto de Dauser y el Dr. Wendig, quien se cree que se encuentra oculto en Merano”. El informe recomendaba que Spitz fuera utilizado en dicha operación “que proporcionará datos completos sobre las operaciones de la RSHA con dinero falsificado”.

Así, para el 17 de mayo, Spitz, flamante especialista en localización de nazis para SCI, obtuvo el encargo de localizar a Schwend, cuyo salvoconducto de la Cruz Roja ya no le brindaría protección. Ese mismo día eran arrestados en Merano los hermanos Blaschke, Harald Wäninger, Giovanni Neuhold (cuñado y contador de Schwend), Georg Gyssling y Jacques van Harten, pero no había sido Spitz quien había dado el pitazo, sino que habían sido “denunciados por la población local”; el CIC aún ignoraba que se

¹ Nombre genérico para locutores de radio que trabajaban para el Reich transmitiendo propaganda engañosa a las tropas Aliadas. Llama la atención el alias *Loomis*, porque es el nombre intermedio del poeta estadounidense Ezra Pound, quien también realizó propaganda por radio a favor del Reich y fue procesado por traición.

trataba de agentes de la operación Bernhard y, según un informe secreto posterior, hasta ese momento estos prisioneros no habían sido interrogados a profundidad y se desconocían sus actividades concretas para la RSHA (FOIA, Spitz, 0065).

El viernes 18 de mayo, Spitz viajó a Prien con los agentes Moore y Vogel de SCI, en busca de información sobre el paradero de Schwend. Visitaron la casa de la viuda de Willi Gröbl —el héroe de guerra que murió en el ataque partisano en que Schwend resultó herido en septiembre de 1943—, en donde encontraron numerosas cajas y baúles que pertenecían a Schwend, pero no lograron averiguar dónde se ocultaba él (FOIA, Spitz, 0027). Spitz continuó desempeñando el papel de informante sobre oficiales nazis. Dauser, el jefe del SD en Múnich, para cuya oficina trabajó salvándose de los campos de concentración, fue el siguiente candidato; sobre él, Spitz mintió al SCI al denunciarlo como parte de la operación Bernhard. Hacia el 20 de mayo lo había localizado y le había propuesto que se entregara. Una vez sobre la pista de la oficina del SD en Múnich, el 22 de mayo los Aliados arrestaron también a la secretaria, Bertha von Ehrenstein, en cuyo interrogatorio, del que se informó el 25 de mayo, surgieron, en vinculación con Schwend y Spitz, los nombres de Höttil, Gyssling, Neuhold, los hermanos Blaschke y el “capitán GLABAND” (Glavan). A fines de mayo tocó el turno a Dauser, que había sido apresado y sometido a un interrogatorio en el que se confirmó buena parte de lo informado por su secretaria. Los primeros días de junio, Zelany —no es claro si había sido arrestado o se había entregado— puso en manos del capitán Michaelis 1860 libras esterlinas que había recibido “como comisión por su trabajo” para la operación Bernhard en Bratislava. El capitán Michaelis envió ese dinero a sus superiores solicitando que se hicieran pruebas a los billetes “para saber si son genuinos” (FOIA, Spitz, 0041).

Con cada uno de esos eslabones, de los que Spitz fue el primero, se fue completando la cadena de lo que los Aliados conocerían como la “operación financiera de la RSHA”. Pero aún faltaba el candado que cerraba la cadena: Schwend. Todo parece indicar que su arresto, hacia fines de mayo, fue más una casualidad que un logro de la campaña de delación de Spitz. La protección del salvoconducto de la Cruz Roja había durado alrededor de tres semanas durante las cuales Schwend había podido organizar gran cantidad de asuntos pendientes relacionados con el resguardo de su botín personal. Pero por fin cayó, prisionero de guerra, en un campo de internamiento del 7.º Ejército de los Estados Unidos, probablemente en Múnich, pues esta ciudad fue el último punto de ocupación de esa división de la armada estadounidense, desde donde estableció contacto con el 5.º Ejército,

en el Brennerpass, el 4 de mayo de 1945 (FOIA, Spitz, 0064; Schwend, 0005, p. 1). Todavía sin que CIC supiera a quién tenía preso en Múnich, el 3 de junio el teniente Charles Michaelis informó que estaba investigando para entrar en contacto con Gyssling y Schwend. Michaelis era el relevo del agente Moore que había convertido a Spitz en su informante.

Por fin, el domingo 10 de junio de 1945, un mes y un día después de finalizada la guerra, Schwend enfrentó su primer interrogatorio en Múnich. El 15 de junio respondía por segunda vez las preguntas de la inteligencia Aliada, pero el informe de este interrogatorio concluía que “hay evidencia de que miente”, así que se preparó un tercer interrogatorio. Alrededor de diez días después, Schwend fue trasladado a la prisión de Stadelheim, Múnich, mientras que SCI estaba ya considerando utilizar como agentes de penetración prospectiva no sólo a Spitz sino también a Zelany, Wischmann y Kurt Müller —unidad checa de la operación Bernhard— que habían sido identificados. De los interrogatorios de Schwend se desprendió la búsqueda de Glavan, quien finalmente fue arrestado en Innsbruck en algún momento de julio por su asociación con Schwend (y muy probablemente con información suya). Sería trasladado a Ludwigsburg, cerca de Stuttgart, donde permanecería hasta agosto de 1946 (FOIA, Schwend, 0047).

En julio de 1945, a insistencia de Spitz, Schwend accedió a entregar su botín a cambio de su liberación y de protección y empleo como informante de SCI. Cambió el cautiverio por el arresto domiciliario en casa de Spitz, pero el Gobierno Militar de Alemania, como se denominaba al gobierno de ocupación en la zona estadounidense, expidió un documento de “registro temporal” a nombre de Schwend el 14 de julio, con una dirección distinta en Múnich, por lo que creemos que dicho arresto domiciliario no duró mucho. En noviembre de 1966 escribió a un reportero de la revista *Stern*: “viví un tiempo en casa de Lenz en la calle Wiedemeierstrasse en Múnich” (HIS, Schwend Archiv, 2), pero no es la dirección que aparece en el registro temporal. Se le identificaba como *kauffmann*, comerciante, con la prohibición expresa de abandonar la ciudad; “la violación de esta restricción llevará a arresto inmediato” (HIS, Schwend Archiv, N. 40-102). También mencionaba que “no es un documento de identidad y no otorga ningún privilegio”.

El día 17, Schwend, Spitz y los agentes Timm y Michaelis, se trasladaron a “un lugar secreto”, donde recuperaron monedas de oro que Schwend había ocultado. Esta incautación, que puede incorporarse en las acciones del proyecto Safehaven, está en el origen de la serie de absurdas querrelas legales que Schwend emprendería desde la seguridad de su residencia en el Perú: las denuncias de haber sido robado por los agentes estadounidenses

y las demandas contra Spitz y Lenz con las que intentaría hacerse de su fortuna, amasada en la Europa de la Guerra Fría. En el momento de esa primera incautación, Schwend debió firmar el comprobante de entrega de las monedas que ya hemos citado, localizado en el archivo personal FOIA de Spitz (0061).

Por su parte, Timm y Michaelis entregaron un informe el 19 de julio en el que indicaban que en el sitio “secreto” donde se realizó la incautación, se hallaron “tres bolsas que contenían en teoría mil monedas cada una, y el resto disperso en el suelo pues las bolsas se habían deteriorado”. Las monedas fueron lavadas y pesadas ante la presencia de Schwend y de Spitz, dando un total de 47 kilogramos —cantidad que en 2020 equivaldría a cerca de dos millones de dólares—. A su vuelta al cuartel general en Múnich, y ante dos nuevos testigos —el teniente primero Stewart French, y una civil, la señora Jane Burrell—, contaron las monedas de oro incautadas y produjeron un “memorándum para el archivo” en el que daban cuenta de lo incautado: “había 4143 monedas sueltas. Las tres bolsas contenían 999, 997 y 1000 monedas respectivamente. Esto daba un gran total de 7139”. Unos días más tarde, al ser entregadas al oficial de finanzas del destacamento militar E1F3, un nuevo recuento dio como resultado 7155 monedas. El teniente segundo Joseph T. Bartos, oficial fiscal regional, emitió su acuse de recibo al capitán Timm, oficializando la entrega de lo incautado, y en su informe añadió que las monedas eran “francesas o italianas”.

Pero hay un día perdido: la incautación se realizó, con presencia de Spitz y Schwend, el 17 de julio; el memo del 19 de julio indica que el recuento de lo incautado se hizo “al volver a Múnich”, pero en ninguna parte se indica que hubiese sido el mismo día o el día siguiente, martes 18 de julio. Tampoco se dio a conocer en los documentos redactados por los capitanes Timm y Michaelis la locación exacta del “lugar secreto” en donde se realizó la incautación, aun cuando los documentos en los que se informa sobre todo el proceso ¡eran también secretos! Sabemos, por un informe de Michaelis del 20 de julio, que se trataba de “un pequeño poblado en las montañas de Austria”. ¿Cuánto demoraría el viaje de Múnich a ese “lugar secreto”? (cualquiera que sea el punto en las montañas austriacas, no es posible que se encuentre a más de doscientos cincuenta kilómetros de la capital bávara, aunque se debe tomar en consideración que los caminos de la época no eran muy accesibles y que las condiciones de guerra entorpecían cualquier movimiento). También es interesante que el error en el primer conteo de las monedas fuera a favor de los agentes, cuyo resultado era menor al de la cuenta final y, por lo tanto, fortalecía la percepción de su honradez. De estas

carencias, que permiten dejar la puerta abierta a la sospecha sobre el comportamiento de los capitanes estadounidenses, se valdría años más tarde Schwend para acusarlos de haberlo robado.

Mientras Timm se encargaba de entregar los bienes incautados, Michaelis estaba redactando los informes correspondientes sobre Schwend, cuyo nombre aparecía, también por esos días, en los interrogatorios que se realizaban a Hildegard Beetz. La secretaria y traductora del SD encargada de espiar al conde Ciano y que finalmente se convirtió en su amiga y en protectora de sus famosos diarios, ahora cumplía su amenaza de prestar total cooperación a los Aliados. En el informe sobre Schwend del capitán Michaelis se hacía referencia a la visita de Spitz en la prisión de Stadelheim, cuando lo convenció de colaborar y consiguió que fuera transferido a su casa bajo arresto domiciliario. En este mismo informe, Michaelis indicaba que Schwend podía ser de utilidad para SCI.

Unos días más tarde, el 26 de julio, los capitanes Timm y Michaelis viajaron a Merano con Spitz y Schwend, con el fin de profundizar en la investigación de la operación financiera de la RSHA; específicamente para localizar a otros de los agentes de Schwend así como fondos y valores producidos por la operación. Encontraron ahí a Oskar Blaschke, aún bajo arresto domiciliario por su padecimiento de tuberculosis. Blaschke les entregó “voluntariamente” las ganancias de sus transacciones y las de su hermano Rudi, que fueron descritas en el “recibo” que él mismo firmó:

Transacción 1.

He entregado una pequeña bolsa de lona blanca con el siguiente contenido:

405 billetes de un dólar estadounidense

150 monedas Napoleón de oro

2 anillos de diamante (uno de aproximadamente 7 quilates y uno de aproximadamente 5 quilates)

Transacción 2.

En adición a lo anterior he entregado, a través de la Sra. Lang, que había estado guardándome el dinero, la suma de 3000 monedas de oro.

Todo el dinero y bienes mencionados arriba los obtuve a través de transacciones financieras de la RSHA [...]. (FOIA, Spitz, 0067)

El recibo, que menciona como testigos a Spitz y a Timm y Michaelis, tiene las firmas de Oskar Blaschke y Spitz, y la conformidad del capitán

Harry W. Riback, oficial en jefe de CIC en Merano, a quien se entregó lo incautado. El valor estimado fue de doscientos mil dólares de la época (cerca de tres millones de dólares actuales). Los agentes solicitaron al capitán Riback que sometiera a interrogatorio al contador Neuhold, quien, suponían, podría informar sobre la localización de más dinero y bienes ocultos de la RSHA, que en esos momentos representaban una amenaza para los Aliados, según lo establecido por el proyecto Safehaven.

EMPLEAR NAZIS

Existía la idea de que los nazis sabían algo de los rusos. Pero, espere un minuto, ¿quién ganó la guerra? ¿Cómo se puede decidir que ellos son los expertos cuando fueron derrotados por los rusos?

JUEZ ELIZABETH HOLTZMAN

A partir de este momento, tanto Spitz como Schwend fueron tomados como informantes de CIC. Aunque no recibirían pago alguno por su “trabajo” de “perros de presa” —*bird-dogging* en la jerga de espionaje—, el servicio que prestarían a los Aliados se consideraba suficientemente valioso como para que, el 30 de julio, Michaelis, en su carácter de oficial de la Unidad de Servicios Especiales —como se presentaba CIC públicamente—, solicitara a la autoridad a cargo de la administración pública, la *Landeswirtschaftsamt*, que pusiera un automóvil a disposición de Spitz. Para agosto de 1945 la estructura de los servicios secretos en la región alpina se estaba consolidando. Fue en esta época cuando se iniciaron los procesos de colaboración entre los servicios secretos estadounidenses y un creciente grupo de nazis, algunos de los cuales eran criminales de guerra o habían sido culpables de crímenes contra la humanidad, que lograrían evitar la acción de la justicia en tanto fueran de utilidad para los Aliados. Esta turbia alianza, de la que los ejemplos más dramáticos son Priebke y Barbie,² se justificaba por el re-

² Wolfe (2005, p. 317) describe el caso de Dollmann, interesante porque se trataba de un criminal (directamente vinculado a la masacre de las Ardeatinas) “protegido” que no demostraba tener utilidad alguna.

crudecimiento de las diferencias que empezaban a crecer entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética. El papel de apoyo que sectores eclesiásticos católicos afines a los nazis prestaron a los intereses de inteligencia de los estadounidenses, cobró forma aquí a través del aprovechamiento de las vías de escape —las *ratlines* y la “ruta de los monasterios”— que ya venían utilizando el obispo nazi Hudal y el sacerdote ustacha Draganović.

En el caso de Spitz, Schwend y otros miembros de la red Bernhard, su papel como informantes alcanzó estatus oficial: ahora se identificaban con criptónimos y entregaban informes a los Aliados para encontrar nazis prófugos, y poco a poco, pero cada vez más, para conocer la situación de la amenaza comunista en la región. Spitz era *Canzonet* (más tarde, *Tarbaby*), especialista en temas como el “movimiento separatista” bávaro con el que los informes de inteligencia vinculaban al príncipe de Liechtenstein, el perfil de la Cruz Roja en Baviera o el efímero proyecto INCA —un asunto de empresarios—. Schwend quedó *bajo su mando*, pero igual logró que lo considerasen entre los “agentes de alto nivel [...] se le encargará la formación de un núcleo para un buen grupo de inteligencia”. (FOIA, Spitz, 0014). Schwend se identificó primero como *Camera* y posteriormente como *Flush*, y sus actividades bajo la coordinación de Spitz comenzarían por señalar a sus propios ex agentes con miras a la incautación de más recursos Bernhard. Él iría extendiendo sus informes para señalar sospechosos relacionados con la “amenaza comunista” en la región del Adriático, en un intento por independizarse de la supervisión de Spitz y de tratar directamente con los oficiales de la OSS. Günther Wischmann era *Capella*, también reclutado; sería manejado por *Flush* y colaboraría en sus tareas al igual que, más adelante, Glavan, a quien también Schwend recomendó a la inteligencia estadounidense como un buen agente potencial.

A mediados de agosto de 1945 se habían sumado los informes del comisario Schoster al rompecabezas Bernhard, pero sus opiniones negativas sobre Schwend no alteraron la percepción de los agentes del caso, Timm y Michaelis, de que era un informante útil. Al contrario, Schoster aportó pistas que les permitieron a los agentes estadounidenses presionar a Schwend para que revelara más escondites de dinero y bienes. Hacia el 13 de agosto un nuevo interrogatorio indicaba que Schwend “es propietario de hoteles en las Dolomitas”, la región alpina italiana que atraviesa Belluno, Bolzano, Udine y Trento, de importante vocación turística (NARA, Schwend File, 129).

Las condiciones bajo las que operaban estos informantes cambiaron después del 1.º de octubre de 1945, cuando el gobierno de los Estados Unidos decidió desaparecer a la OSS y sustituyó sus tareas a través de la creación de

la nueva SSU. En documentos secretos posteriores se indicará que Schwend prestó servicios de *bird-dogging* a SCI solamente entre julio y noviembre de 1945 (FOIA, Schwend 0051); también que después de eso fue utilizado como “informante casual” (en este documento se indica que su último informe fue emitido el 26 de agosto de 1946, FOIA, Schwend 0054). Sin embargo, los informes de *Camera* o *Flush* sobre peligrosos comunistas inexistentes o posibles agentes geniales, con los que intentó ganarse la confianza de los Aliados, tienen fechas que van de abril a septiembre de 1946 mientras secretamente iría allanando el camino para salir de ahí. Por lo pronto, conservó para los estadounidenses la apariencia de “agente” de inteligencia local, que le habían heredado los nazis. Schwend consiguió un nuevo salvoconducto del Gobierno Militar de Alemania: una “Tarjeta de Excepción” —hay reservas respecto de su autenticidad—, válida del 10 de octubre de 1945 hasta junio de 1946, que le permitía circular incluso fuera de las horas restringidas por el toque de queda, en su calidad de miembro de una “unidad especial de servicio” del ejército estadounidense. Fue por estos días también que Michaelis recomendó la formación de un grupo de inteligencia a cargo de Spitz (que no llegaría a concretarse). Al organizarse una nueva instancia de inteligencia y contrainteligencia, en un camino de cambios que culminará con la creación de la CIA, los agentes Timm y Michaelis fueron reasignados; los nuevos agentes, con Boleslav (Bill) Holtsman a cargo de X-2 Múnich, ratificaron al grupo de informantes al que pertenecían Spitz, Schwend, Wishmann, Zelany y Srb.

SCHWEND, 1946

A partir de los documentos en el archivo Schwend en HIS, en el Schwend Name File (FOIA), en el Spitz Name File (FOIA) y otros archivos de esta fuente, así como en fuentes secundarias —especialmente los trabajos de Ruffner, Steinacher y Malkin—, es posible reconstruir aproximadamente la trayectoria de Schwend desde abril de 1945 hasta su fuga de Alemania a Sudamérica.

En los meses de la posguerra Schwend colaboró con los estadounidenses a pesar de que existían dudas sobre su confiabilidad. Ya en el otoño de 1945 se convirtió en fuente de la X-2 —SCI en Múnich—, a la que también se

integraron por gestión suya el checo Georg Srb y Günther Wischmann, el agente de la operación Bernhard en Eslovaquia (Ruffner, 2003, capítulo 4, p. 24). Es necesario aclarar que Schwend no fue tomado como un agente propiamente dicho; no fue incorporado al cuerpo técnico de la organización, no recibió remuneración por sus “servicios”, fuera de algunos aportes que quedarían en el rubro de viáticos y salvoconductos para moverse con cierta independencia en los alrededores de Múnich, y ni siquiera formó parte de la red de informantes que se organizaría bajo la tutela de Höttl (que también probaría pronto, y más aparatosamente su inutilidad).

Su participación, al igual que la de Spitz, Wischmann, Zelany y otros, se redujo a aportar información sobre personajes que desde su punto de vista serían de interés para los estadounidenses, primero en torno a la amenaza de recomposición del nazismo y luego en la naciente lucha contra el fantasma comunista. Los individuos con funciones de *bird-dogging* eran simples informantes, es decir, fuentes (*sources* en inglés; hoy se les diría *assets* o activos) y no agentes. Pero para los Aliados en ese momento en que los sistemas de espionaje de la Guerra Fría recién comenzaban a esbozarse, en franca desventaja con respecto a los rusos que contaban con mejores y más experimentadas estructuras de inteligencia, los informantes eran esenciales, aun cuando, como en el caso de Schwend, la información que aportaran no fuera decisiva y, en ocasiones, ni siquiera útil. Así, el papel de Schwend como informante de los servicios secretos se redujo a señalar la presencia de personas que podían ser útiles o peligrosas para los Aliados. Sin embargo, en el futuro, esta actividad le permitiría alardear y exagerar sobre sus servicios para los estadounidenses al final de la guerra. Por ejemplo, en una conversación en febrero de 1963, sin darse cuenta de que estaba siendo investigado por la Oficina Federal de Narcóticos de los Estados Unidos, no dudó en asegurar, según informó su entrevistador encubierto, que:

[...] había trabajado para una organización conocida como Servicio Especial de Inteligencia, con oficinas en Múnich, Alemania, durante once meses entre 1945 y 1946. Este trabajo supuestamente involucraba el envío de medicinas, alimentos y otros recursos a los anticomunistas de Rusia y Yugoslavia. Dichos recursos se enviaban a través de sus contactos con el *underground*. Su nombre operativo en ese tiempo era Vencezlaio Turi. (NARA, College Park, SCH 166)

En este testimonio Schwend falló en indicar que se trataba de SCI, inventó lo relacionado con apoyo en especie a los anticomunistas en Rusia y

Yugoslavia y convirtió la identidad falsa con la que huyó en 1946 en alias de agente de inteligencia; lo único cierto aquí es la duración de sus servicios (once meses durante 1945 y 1946; como veremos, cinco meses de 1945 y siete u ocho de 1946). Otro ejemplo es un documento de MI6 dirigido a la CIA el 18 de febrero de 1965, en el que se informaba que el representante de la inteligencia británica en Lima había sido abordado por Schwend:

[...] quien asegura tener información de gran valor para venderle al “Servicio Secreto Británico”, e indica que esta tendría que ver con el paradero de archivos y oro nazis. Le dijo a nuestro representante que fue sacado de Alemania en secreto por la CIA en 1946 y que después de eso siguió trabajando para ellos durante tres o cuatro años. (FOIA Schwend 0090)

No serían las únicas ocasiones en que Schwend recurriría al *bluff* para tratar de conseguir algo —dinero o poder—, y estas solamente entre las que están documentadas. Resalta que asumiera en su mitomanía la experiencia de otros nazis efectivamente protegidos en su huida por los servicios secretos estadounidenses; específicamente su cómplice, Klaus Barbie, con quien ya estaba estrechamente asociado a mediados de los 60.

Con los criptónimos *Camera* en 1945 y *Flush* en 1946, al principio Schwend enviaba sus informes a Spitz. Como *Flush* produjo diversos informes, especialmente sobre personas de interés estratégico en Europa oriental —albanos, partisanos, ucranianos, rusos— que comenzaban a ser una preocupación central para los estadounidenses durante esos años de posguerra y de inicio de la Guerra Fría. El hecho de que existieran reservas sobre la personalidad y la confiabilidad de Schwend, registradas en los documentos secretos de la época, no evitó que se utilizaran sus servicios. Era un “hombre de mundo” que, según la información con que se contaba entonces, había trabajado como asesor financiero en la Unión Soviética y sostenido relaciones comerciales en China, donde ahora la influencia comunista crecía —y pronto, en 1949, desembocaría en la proclamación de la República Popular—. Por lo tanto estaba bien familiarizado con los comunistas, conocía los Alpes, los Balcanes y el Adriático y contaba con hombres de confianza como Wischmann y Glavan.

Por su parte, Spitz (*Tarbaby*) rindió informes quincenales sobre temas financieros y otros. En opinión de Timm, Spitz tenía “conocimiento enciclopédico de las figuras de importancia en la industria y la economía de toda Europa” (Ruffner, 2003, capítulo 4, p. 25), y así reportó sobre la Cruz Roja alemana y el Movimiento Separatista Bávaro en el sur de Alemania.

También estuvo en contacto con la operación llamada “Proyecto INCA” que agrupaba empresarios a los que se proponía que les fueran devueltos sus negocios, y que podrían ser útiles en el área de inteligencia económica. A este grupo perteneció Lenz, el banquero socio de Spitz que se convertiría en uno de los blancos de los ataques financieros de Schwend:

En septiembre de 1945, X-2 obtuvo la liberación de siete empresarios de Múnich, entre directivos de empresas subsidiarias de I. G. Farben y prominentes banqueros de la ciudad. El capitán Timm declaró que “estas personas sólo pueden ser potencialmente valiosas si les son devueltos sus respectivos negocios. Constantemente se están estableciendo contactos —anotó Timm— con los líderes activos de destacamentos del gobierno militar para ver si estos hombres han sido limpiados de modo que puedan operar sus negocios”. La OSS esperaba que los agentes INCA proporcionaran información sobre los aspectos financieros de actividades ilegales de los nazis en Alemania. Sin embargo, el proyecto INCA duró poco y fue desestimado por X-2 el mes siguiente al darse cuenta de que el valor de la operación “sigue siendo sólo potencial y no ha probado que pueda mantener contacto regular”. (Ruffner, 2003, capítulo 4, p. 56; FOIA Spitz, 0005)

La posición de Schwend como informante le permitió ganar cierta confianza con vistas a un futuro después de la guerra. En los documentos de Hamburgo está la “tarjeta de excepción” a su nombre, que debía ser presentada junto a su documento de identidad (pasaporte con número 267/43), y que le fue otorgada el 4 de octubre de 1945 por el Gobierno Militar de los Estados Unidos en Alemania (Ziemke, 2003, p. 253). La tarjeta estaba firmada por un capitán de infantería, Martin P. Gilligan, identificado con número de serie 01296017 (HIS, Schwend Archiv, N 40-102), pero es probable que fuera falsa. Schwend sabía que no estaba completamente a salvo. No había entregado ni declarado todo lo que había acumulado como líder de la red Bernhard, ni explicado su pertenencia a las SS.

Tarde o temprano los Aliados, el gobierno militar de ocupación o un eventual nuevo gobierno alemán de posguerra, perseguirían crímenes financieros cometidos durante la guerra, y Schwend tendría que entregar sus valores ocultos o volver a la “oscura celda”, como describió su cautiverio en Stadelheim. Una vuelta a Trieste o Abbazia estaba descartada después de que el territorio croata fuera engullido por la Yugoslavia del comunista Tito. Y además estaba el asesinato de Kamber, cuya causa penal contra Schwend se abrió justo el 10 de octubre de 1946, para perseguirlo por el resto de su vida.

Para la inteligencia de los Aliados occidentales, elementos de las SS y de la inteligencia alemana con experiencia y de filiación anticomunista, eran de utilidad inmediata; lo serían también para la inteligencia soviética, aunque en ese caso la filiación anticomunista de los prisioneros no fuera precisamente un requisito. De ahí que tanto estadounidenses e ingleses como rusos, y casi cualquiera que pudiera echar mano de ellos, emplearan, incluso transgrediendo el principio de justicia que los obligaba a procesarlos, a quienes eran criminales de guerra o habían cometido crímenes contra la humanidad. Gracias a la desclasificación de documentos secretos de la época en los Archivos Nacionales de los Estados Unidos a partir de 1998, tenemos evidencias contundentes de que los servicios secretos, amparados por la política de bloque de la Guerra Fría, vivieron en la contradicción de perseguir y proteger al mismo tiempo a estos criminales. Aunque no está a nuestro alcance la evidencia documental de primera mano, sabemos, por testimonios de protagonistas, que esta situación se repitió en la Unión Soviética, en el Reino Unido y en otros países inmediatamente después de la guerra. Volvería a suceder un poco más tarde en el Medio Oriente y en Sudamérica, especialmente en Argentina y, en menor medida en Chile, Paraguay, Brasil y Bolivia; en el Perú para los casos de Schwend y Barbie, y en Ecuador con Glavan, Rauff y uno de los hermanos Sassen...

Las consecuencias de esta política ambivalente perviven hasta nuestros días, como muestran las investigaciones coordinadas por Breitman, y otra recientemente publicada por Eric Lichtblau (2014), en la que el autor da seguimiento a aquellos nazis que encontraron refugio al interior mismo del territorio estadounidense o contaron con la protección de sus servicios secretos. En el bando de los Aliados occidentales —los Estados Unidos, el Reino Unido y, en menor medida, Francia—, el más escandaloso caso de reclutamiento y protección de criminales de guerra y culpables de crímenes contra la humanidad fue quizás la operación Paperclip, una carrera desenfrenada contra los soviéticos por captar a los principales científicos nazis e incorporarlos a la propia estrategia de investigación y desarrollo militar. Entre otros ámbitos, esta salvaje competencia encarnaría en la carrera espacial, construida sólidamente sobre tecnología nazi, la de los cohetes balísticos V1 y V2, una de las famosas “armas secretas” con las que Hitler esperaba cambiar el rumbo de la guerra. El más importante científico reclutado por los Estados Unidos para la operación Paperclip fue Wernher von Braun, titular del programa de misiles V2, trasladado a los Estados Unidos con su familia y cerca de cien nazis miembros de su equipo, para trabajar en el programa espacial, aun cuando su papel en la explotación y muerte de

trabajadores esclavos judíos, romanís, rusos, polacos, franceses e italianos de su fábrica de misiles en Pennemund no fue ni mucho menos indirecto. Allen Dulles fue una pieza clave para atraer a los alemanes hacia el bando Aliado después de la guerra, cuando se empezaba a establecer la división del mundo en dos bloques. La Alemania dividida sería el campo de batalla central en esta lucha entre el Este y el Oeste a partir de entonces y hasta entrada la década de 1990.

LOS INFORMES DE *FLUSH*

¿Cuál fue el alcance de los “servicios” de Schwend a la inteligencia militar estadounidense durante 1945 y 1946? Lejos de representar un elemento capaz de competir en el equilibrio o desequilibrio de poderes de la naciente Guerra Fría, como lo hicieron Höttl, Barbie y otros nazis, Schwend contribuyó —mínimamente, pero lo hizo— a la conformación del mapa de agentes y personajes, de fuerzas y movimientos que jugarían o podrían jugar roles desestabilizadores en ese balance de poder. En algunos casos facilitó pistas para llegar a protagonistas más decisivos de esta guerra oculta que, aunque habrían sido contactados de cualquier manera, lo fueron más rápidamente gracias a *Flush*.

El 22 de febrero de 1946, *Tarbaby* remitió información proporcionada por *Flush* sobre Ali Draga, un anticomunista albanio, hijo de un líder de los partisanos nacionalistas de ese país, aclarando que el padre “cuenta con un fuerte apoyo nacionalista en Albania”, y que Ali, el hijo, se encontraba, según *Flush*, en el norte de Italia. Otro informe del mismo día, también remitido por *Tarbaby* con información de *Flush* se refería a otro anticomunista albanio llamado Margo Barani, gran terrateniente cuyos padres habrían sido asesinados por los guerrilleros comunistas. El informe decía textualmente: “Durante al menos 10 años, BARANI estuvo con la Real Policía Secreta Serba. Tiene un buen conocimiento del elemento disidente y comunista en los Balcanes, especialmente en Yugoslavia”. Al igual que con Draga, “*Flush* ha escuchado que BARANI se encuentra en el norte de Italia”.

Un tercer informe de este paquete era sobre un austriaco, Walter Kurreck, de quien los flamantes informantes decían que:

[...] incluso antes de la guerra estuvo trabajando por la causa de Ucrania Libre. Durante la guerra fue enviado detrás de las líneas soviéticas para dirigir a unos 20 000 “luchadores por la libertad” ucranianos. Tiene muy buenos contactos en Ucrania.

El caso de Kurreck es interesante porque la información que proporcionó *Flush* sobre este nazi era parcial e indicaba que Schwend aportaría cualquier cosa que considerara útil en su “trabajo” como informante y que no dudaría en manipular la información según lo considerara necesario. Schwend y Spitz conocían a Kurreck, quizás personalmente, como se puede deducir gracias a los interrogatorios de la señora Bertha von Ehrenstein, la secretaria del SD en Múnich, que había sido subordinada de Kurreck en esa oficina. Antes de su “despido”, como se refiere la señora Von Ehrenstein al momento en que Kurreck dejó el cargo para marchar al frente oriental, Dauser era su asistente; sería su sucesor. Von Ehrenstein también informó que había sido a través de un amigo de Kurreck, el Sr. Vogelsamer, quien lo visitaba con frecuencia, que entró en contacto con Spitz; ya conocemos el resto de esa historia. Pero los lazos entre Schwend y Kurreck no habían empezado ahí, sino que se remontaban a un tiempo anterior a la operación Bernhard: la Agencia de Registros de la Stasi, donde los archivos de Alemania guardan lo relacionado con ese “Servicio de Seguridad” de la ex República Democrática, tiene informes para Kurreck, titular del SD en Múnich en 1940, sobre las “actividades de un supuesto VM [*V-Mann*], Schwendt [sic] en Italia”; es decir, la Stasi llevaba un expediente sobre Schwend en los años 70 en el que se incluía información de la época nazi y aún anterior. En la primera mención, del 5 de febrero de 1940, los agentes de Amt VI en Trieste consultaban a Kurreck si el supuesto *V-Mann* Schwend trabajaba para el SD de Múnich. Seguían respuestas que describían algunas actividades de agentes en Italia dirigidas desde Viena (Höttl), y la correspondencia terminaba en la sede central de la propia RSHA en Berlín con un comunicado, de septiembre de 1940, en el que se acordaba suspender toda relación con el *V-Mann* Schwend. Esta decisión central tendría que haber llegado a Abbazia, Fiume o Trieste, donde Schwend operaba, desde la oficina de Múnich, es decir, desde el escritorio de Kurreck (MfS HA IX-11 FV 270-68). Pero las cosas cambiarían dos años después: Kurreck se iría a la Unión Soviética encabezando un *Einsatzgruppe*, a sabotear al Ejército Rojo y asesinar a sus oficiales, mientras que Schwend no sólo recuperaría su posición como *V-Mann* sino que lo haría con grado medio de las SS y al frente de una supuesta división Panzer. Y a la vuelta de Kurreck, mientras este

intentaba seguir luchando por el Reich a través de los planes guerrilleros *Werwolf*, Schwend estaría ocultando riquezas e intentando negociar con los vencedores.

Así, la suerte de Kurreck si cayera en manos de los Aliados podía ser adversa; no sería difícil probar crímenes de guerra cometidos tanto en Alemania como tras las líneas soviéticas —hechos que *Flush* sin duda conocía pero había callado en su informe—; de hecho, si llegaba a caer en manos de los rusos sería ejecutado en el acto. Así que lo que *Flush* dio a conocer a SCI, los contactos anticomunistas de Kurreck en Ucrania, podía ser su salvación. Con este informe se inició una de esas historias de espionaje de la Guerra Fría que darían estupendos argumentos para novelas y filmes: Kurreck nació en Salzburgo, Austria (el reporte de *Flush* parecía indicar que “era de Múnich”, aunque esto se refería al lugar donde estuvo destacado), y se afilió al partido nazi y a las SS en 1932, antes del ascenso de Hitler al poder. En su calidad de médico titulado escaló rápidamente la jerarquía nazi: dirigió la oficina de “Salud Pública y Racial”; alcanzó la jefatura del SD en Múnich antes de la guerra y fue uno de los primeros titulares del Amt VI, la inteligencia extranjera de la RSHA en tiempos de Heydrich. En 1942 y hasta principios de 1945, Kurreck fue efectivamente enviado al este como parte de la operación Zeppelin, basada en *Einsatzgruppen* que debían realizar acciones de sabotaje tras las líneas soviéticas, así como localizar campos de prisioneros alemanes y asesinar líderes soviéticos; de ahí la mención de los “contactos en Ucrania” en el informe de *Flush*. Hacia el final de la guerra, ante el avance del Ejército Rojo que obligó a los alemanes a replegarse precipitadamente, Kurreck volvió a Alemania y se incorporó a las acciones del plan de resistencia a través de guerra de guerrillas —que los nazis, vencidos y desarticulados, en realidad nunca lograron desarrollar— conocido como *Werwolf*, a cuya neutralización apuntó el proyecto Safehaven. Kurreck estuvo a cargo de acciones *Werwolf* en el Tirol y en Voralberg. En resumen, una carrera luminosa para un nazi; un certero candidato para la justicia de Núremberg, tomando en cuenta especialmente las atrocidades cometidas por los *Einsatzgruppen* en el frente oriental con las cámaras de gas móviles y otros métodos de genocidio.

En respuesta a requerimientos de información sobre Kurreck, un informe de inteligencia de julio de 1954 afirmaba que, para el momento en que *Flush* lo delató (mayo de 1946), Kurreck ya era informante del servicio secreto británico, tarea que habría desempeñado entre 1945 y 1948 en la región bávara bajo identidad falsa (FOIA, Kurreck, 0008). Más tarde sería absorbido por la organización Gehlen, auspiciada por la CIA (Dulles),

antecedente del BND, la agencia de inteligencia de la República Federal. Otro documento secreto, de octubre de 1954, en el que se seguía la pista de Kurreck como integrante de esa organización es interesante porque reproduce literalmente el informe de *Flush* de ocho años atrás (FOIA, Kurreck, 0011). Y por fin, a principios de los 60, los servicios secretos estadounidenses y alemanes occidentales comenzaron a sospechar de la existencia de vínculos de Kurreck con la inteligencia del este, probablemente como uno de los ex nazis de los que habló el desertor Deryabin (FOIA, Kurreck, 0023).

Sin embargo, de esta primera entrega de informes sobre personajes relacionados con el bando soviético o con sus posibles enemigos internos, destaca uno en el que *Flush* afirmaba “haber visto” a Georg Gerebkov, un actor ruso antisoviético que había sido agente de los nazis en Francia, y a quien el gobierno francés perseguiría a partir de marzo de 1946 hallado culpable de establecer “inteligencia con el enemigo” (FOIA, Gerebkov, 0011). Es probable que este informe haya sido uno de sus mayores “éxitos” y que haya pesado en la decisión de mantenerlo como informante; también es importante resaltar que no se encuentra en los archivos personales FOIA de Schwendni de Spitz, sino que aparece en el del propio Gerebkov. En el reporte emitido por *Tarbaby* con la información que *Flush* proporcionó, este se ofreció para establecer contacto con el ruso —que se había nacionalizado alemán, aunque ahora, para conseguir la desnazificación, se identificaba como “despatriado”—. Otro informe en el archivo personal de Gerebkov indica que *Flush* lo contactó personalmente el 4 de marzo de 1946 y lo describe como “aterrado de ser repatriado a Rusia”; SSU finalmente lo incorporó como informante en 1947 y lo utilizó durante ese año y el siguiente como cabeza de una red especializada en emigración de disidentes soviéticos hacia Occidente, el proyecto Sybille. En junio de 1948 la colaboración de Gerebkov con los nazis en Francia llegó a juicio: fue condenado *in absentia* a veinte años de trabajos forzados (Ruffner, 2003) y finalmente desapareció, estableciendo contacto con SSU de manera esporádica a través de sus subagentes, *Canuck* (Sergie Frölich) y *Cannonade* (Georg Meyer), quienes le sirvieron de voceros al llevar su solicitud de visa de salida para irse a la Argentina, algo que “él siente que se le debe”, pero que no consiguió (FOIA, Gerebkov, 0008). En 1949 la CIA lo descartó como informante y el ruso desapareció; lo último que se supo de él fue un encuentro casual en 1961 con un agente de la CIA en un coctel en Madrid, en el que el agente sospechaba que Gerebkov era, como Kurreck, agente del BND.

A partir de abril de 1946, *Flush* pasó de “subfuente” (fuente secundaria que transmitía su información a través de *Tarbaby*) a fuente: comenzó

a enviar sus informes directamente. Ahora contaba con sus propias “subfuentes”, en ocasiones sujetos sobre los que él mismo había reportado con anterioridad, como fueron los casos de Srb y Gerebkov; incluso su ex agente en la operación Bernhard, Wishmann, sirvió de subfuente en esta etapa, y lo intentaría también con Glavan, recién puesto en libertad al final del periodo. El perfil de estos informes, en especial a partir del aparentemente exitoso golpe relacionado con Gerebkov, se orientaba hacia el señalamiento de cualquier cosa que oliera a comunismo; era su forma de “colaborar” con la inteligencia estadounidense en algo que parecía ser incluso más claro para él que para los propios agentes a los que informaba y era, al mismo tiempo, una estrategia que le permitía granjearse la confianza de sus captosres y allanarse el camino hacia el futuro en la Europa devastada.

El 8 de abril de 1946 *Flush* remitió varios reportes con información recopilada durante los primeros días de ese mes. Uno de ellos señalaba a un Carl Heinz Forner, ex asesor de Wilhelm Canaris en la Abwehr, especializado en inteligencia rusa; indicaba que Forner estaba en los alrededores de Salzburgo, pero no parece haber secuela de este señalamiento, al menos hasta 1955, cuando su nombre apareció en materiales de la KGB recuperados en Viena, en los que se señalaba que un informante cuyo nombre se ha censurado había enviado información “derogatoria” sobre él a la Organización Gehlen para su posible arresto (FOIA, Bruno, 0018).

Otro reporte, fechado el 8 de abril, contenía información aportada por Gerebkov, que fue subfuente asignada a Schwend durante un tiempo, antes de tener su propia línea directa. En este informe, Gerebkov señalaba a Freiherr von Herwarth, un ex diplomático alemán en Rusia: jefe de protocolo de la legación alemana en Moscú antes de la guerra y adjunto del general Kostring durante ella (Wehrmacht en el Cáucaso), que ahora trabajaba en Múnich para el gabinete del “presidente HOGNER” (primer ministro de Baviera). El nombre de este ex diplomático volvería a aparecer a principios de los 50 en documentos de Willi Höttl, del propio Reinhard Ghelen y especialmente en los expedientes de Gerhard von Mende, un académico nazi especializado en nacionalidades no rusas dentro de la Unión Soviética, que durante la guerra enroló grupos musulmanes dentro de ese territorio para combatir a los comunistas, y que en la posguerra trató de canalizarlos hacia Alemania Occidental con el mismo fin —en coordinación con la Organización Ghelen— hasta chocar con la CIA (Johnson, 2010).

El tercer informe de esa fecha, con *Flush* como fuente y sin subfuentes, hablaba sobre un Gribel sin dar su primer nombre ni su localización, pero describiéndolo de la siguiente forma:

G. fue en algún tiempo consejero alemán del Generalísimo CHIANG KAI CHEK. En 1942 ciertos estudiantes rusos en China se aproximaron a él con el propósito de encabezar un complot para secuestrar a STALIN. (G. está casado con una princesa rusa).

El documento parece no haber tenido gran utilidad pero ¡era un retrato de impresionantes personalidades! Nada menos que una princesa rusa, el máximo líder nacionalista chino y un plan para secuestrar al mismísimo Stalin (FOIA, Schwend, 0036).

Günther Wischmann (FOIA, Wischmann) hizo su aparición por esos días en el entorno de Schwend, que lo había propuesto a SCI como informante. Había sido arrestado el verano anterior pero puesto en libertad por el “agente Mickey”, como llama Schwend en un informe al agente Michaelis, en el momento de realizar la investigación sobre la operación financiera de la RSHA. Los informes de inteligencia indican que su liberación pudo darse como consecuencia de que los británicos lo habían reconocido como su agente, aunque Wischmann negaba trabajar para agencia alguna. Cuando se unió a la red de informantes de Schwend, se desempeñó como un comerciante que viajaba constantemente entre su domicilio cerca de Berchtesgaden (Baviera) y sus oficinas en Hamburgo, con papeles que le permitían viajar por Alemania y Austria, lo que lo mantenía “bien informado sobre ‘todo lo que sucede’ tanto en la zona estadounidense como en la británica”. Además estaba bien familiarizado con Checoslovaquia y conocía “gente que ha estado previamente involucrada en trabajo de inteligencia ahí”. Los servicios de Wischmann, básicamente de detección de posibles agentes soviéticos en las zonas ocupadas por estadounidenses y británicos, serían de suficiente utilidad para SCI como para que pronto dejara de ser una subfuente de *Flush* y enviara sus propios informes bajo el criptónimo de *Capella*.

A partir del 26 de abril de 1946, *Flush* comenzó a remitir información que le proporcionaba Wischmann. Un informe señalaba al matrimonio de Jan y Tatiana Jackerson —judíos; él procedente de Bielorrusia, ella de Letonia—, amigos de Wischmann en Praga desde 1944, a donde habían llegado huyendo de los soviéticos que habían invadido los países del Báltico. Wischmann indicó que durante esos días Tatiana realizó trabajo de inteligencia para la Gestapo, pero finalmente el matrimonio fue descubierto escuchando transmisiones de la BBC y enviado al campo de concentración de Theresienstadt. Jan y Tatiana fueron liberados poco después por la llegada del Ejército Rojo y comenzaron a servir como informantes para los rusos. Entonces, asentados nuevamente en Praga, buscaron a Wischmann

pidiéndole ayuda para que, mediante “sus influencias” les consiguiera un pase de negocios que les permitiera viajar libremente a Múnich. El informe remitido por *Flush* no incluía más sobre el asunto pero es claro que intentaba alertar a SCI de la presencia de posibles espías soviéticos o agentes dobles.

Otro informe del 26 de abril en el que *Flush* remitía “inteligencia” de Wischmann, trataba sobre un Carl Anton, empresario y director de teatro y cine en Praga durante la guerra, y a quien Wischmann tenía por un simple conocido. Sin embargo, ahora este Anton viajaba constantemente a Múnich (al parecer un punto intermedio en sus traslados entre Praga y París), llevaba uniforme checo, contaba con papeles de la Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación (UNRRA por sus siglas en inglés, la agencia encargada de los refugiados) y “su billetera parece estar siempre llena de dinero checo, alemán y francés”. Lo que llamó la atención de Wischmann es que Anton lo buscaba insistentemente, tratando de mostrarse como su amigo. Wischmann pensaba que “Anton ha vivido un cambio radical de carácter o de intereses”. Este informe, al igual que el anterior, no especulaba más; se limitaba a alertar a SCI sobre la presencia de este hombre, sugiriendo que se trataba de un agente. Poco más de un mes después, el 31 de mayo, *Flush* y Wischmann reportaron que Anton estaba en París y que volvería de visita a Múnich próximamente.

Da la impresión de que entre el 20 y el 26 de abril, fecha de estos informes de *Flush* con las historias de Wischmann, ambos viejos compinches se hubiesen reunido a conversar sobre sus vidas. Los reportes parecen notas del diario personal de Wischmann a las que Schwend asignaba valor como piezas de información valiosas en el rompecabezas de inteligencia y contrainteligencia de la Europa central que comenzaban a disputarse los dos bloques de la Guerra Fría. El siguiente informe de ese día hablaba sobre un “Sr. OTTRUBA”, que “a fines de febrero o principios de marzo ha llamado a Wischmann por teléfono y le ha dicho que deseaba visitarlo en su casa de Berchtesgaden pues tiene noticias y cartas de los amigos de Wischmann y de parientes de su esposa”. La visita se llevó a cabo y a Wischmann le llamó la atención —otra vez— que Ottruba le hiciera tantas preguntas sobre temas muy variados, así que “llegó a la conclusión de que OTTRUBA debe actuar como un informante o agente de alguna agencia de inteligencia (¿checa o rusa?)”. En su entrevista este individuo, ahora sospechoso de espionaje comunista, pedía a Wischmann

[...] las direcciones de muchas personas de las que decía ser amigo y las anotaba en una libreta, y preguntaba también sobre los precios de diversos

artículos, sobre la producción de las fábricas en Alemania, el destino de los productos manufacturados, e incluso sobre los movimientos de unidades del ejército estadounidense.

Al igual que Anton, el sujeto del informe anterior, Ottruba se trasladaba entre Checoslovaquia y Múnich con papeles de la UNRRA.

Aprovechando que el trabajo llevaba a Wischmann a Hamburgo con frecuencia, *Flush* y su subfuente remitieron también un reporte sobre actividad comercial rusa en Hamburgo (que estaba dentro de la zona de ocupación británica) y otro sobre un Dr. Ohrenstein, rabino, líder de los refugiados judíos que llegaban a Múnich desde Polonia a través de la UNRRA. Al respecto dijo Wischmann que el Dr. Ohrenstein, muy religioso y ortodoxo, opuesto a la intervención de los judíos en política, “sospecha” que muchos judíos recién llegados a Múnich desde Polonia eran agentes soviéticos y que, entre ellos, los más activos indicaban su deseo de emigrar a España a través de Francia, a donde cruzaban desde las zonas de ocupación francesa en Austria y Alemania (donde obtenían ayuda). *Flush* aclaró que el rabino “no es un informante”, por lo que su información era incompleta y general.

La información brindada por Wischmann que Schwend transmitió sobre este rabino no deja de llamar la atención por su cercanía con uno de los pretextos comunes del antisemitismo, tanto el nazi como el que está presente en la ideología católica desde mucho antes del ascenso de Hitler y hasta el final de la Guerra Fría: la vinculación de los judíos con el bolchevismo que permitía a quienes la utilizaran acusar al Estado soviético de ser una creación judía (v. Márai, 2006; pronto la ultraderecha extendería este mito también al gobierno de los Estados Unidos) y ciertamente cumplía con el perfil de todos estos informes iniciales de Wischmann: señalar posibles agentes comunistas a los estadounidenses.

El 9 de mayo *Flush* remitió dos reportes directos, es decir, con información propia —obtenida hacia el 1.º de mayo— y no de una subfuente. El primero era sobre “GRIEBL y el príncipe ANDRONIKOFF”, de origen georgiano. Indicaba que, durante la guerra, Griebel estuvo conectado de “alguna manera” con la inteligencia alemana en el frente oriental, y señalaba que en la fecha del informe vivía en Aschau, Baviera, mientras su tío, el príncipe, vivía en Múnich, donde Griebel lo visitaba con frecuencia. *Flush* argumentó la razón de este informe (quizá se daba cuenta de que sus reportes podían resultar irrelevantes o inútiles): “en caso de que alguno de ellos sea necesitado como informante”. Como para apoyar lo anterior, dijo que Griebel era su amigo y que lo conocía bien. *Flush* probablemente ya no lo sabrá, pero un

año más tarde, hacia febrero de 1948, el príncipe efectivamente fue identificado como miembro de la red Kedia, encabezada por Michael Kedia y vinculada a la organización Gehlen, fundada sobre las cenizas de la inteligencia nazi en el Este, bajo el liderazgo de Reinhard Gehlen. Kedia, un líder georgiano anticomunista que había peleado con estrategias terroristas contra los soviéticos, trabajó desde Berlín, con enlaces en Francia y el Vaticano, para la Gestapo y el SD después de la invasión nazi a la Unión Soviética. Luego de la guerra mantuvo y fortaleció una red de espionaje anticomunista, a la vez “instruyendo a sus agentes a trabajar para quien fuera o para la causa que fuera, pero en todo caso buscando ampliar sus contactos con la perspectiva de una posterior conexión y consolidación de su trabajo”. La red Kedia logró asentar agentes en varias ciudades de Alemania —en Múnich, precisamente al príncipe Andronikoff de quien informaba *Flush*—, Francia, Turquía, Italia, España, Marruecos, Reino Unido, Siria y otros, además de contar con enlaces en Suiza, Francia, Alemania, Yugoslavia, Egipto, Palestina y la propia URSS (FOIA, Kedia, 0059). SCI llegó a sospechar, aunque no pudo probar, que Kedia trabajó también en 1945 y 1946 para la inteligencia rusa.

El segundo informe del 9 de mayo señalaba al Dr. Forner, a quien describía como ex “German Ostministerium”, es decir, ex miembro del Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este que encabezó Alfred Rosenberg, con el objetivo de controlar los territorios de Europa oriental y Rusia capturados por los nazis, así como de apoyar a los grupos antisoviéticos locales. Aquí *Flush* aportó información que nos lleva de vuelta a su relación con Gysling y a su estrategia de denunciar todo aquello que pueda sonar a útil en la lucha anticomunista; el personaje de quien informaba estaba escondido en una casa propiedad de Madame Jeritza, cantante amiga de Gysling de nacionalidad estadounidense, no lejos de donde los captores de Schwend habían encontrado meses antes parte del botín Bernhard, en Attersee. Forner, como ex empleado del “Ministerio del Este”, seguramente sería de interés para los estadounidenses, y *Flush*, haciendo alarde de su manejo del lenguaje de espía y de su posición decía: “se dará seguimiento al caso desde aquí”.

En junio *Flush* transmitió información de Srb, informante que él mismo había recomendado para abordar el tema del “servicio secreto checo”, pues “asegura que sabe algo sobre estos asuntos”. *Flush* indicó que Srb había sido arrestado después de que un oficial checo lo denunció como “hombre de la Gestapo”, y adujo que el gobierno checo estaría interesado en repatriarlo, pero *Flush* intervino para liberarlo argumentando que los checos querían engañar al CIC, y agregó: “tomando en cuenta que últimamente ha sucedido

con frecuencia que los informantes de CIC o los míos han sido denunciados”. Más adelante, Srb se convertiría en un agente activo de los estadounidenses por su propia cuenta.

En el informe de *Flush*, Srb reportó lo que sabía del OBZ (Ministerio de Defensa Checoslovaco), al que describió “como una Abwehr checa”, dependiente del Ministerio de Guerra, con sede en Praga y oficinas regionales en Brno y Bratislava. El titular de la institución era Svoboda, quien durante la guerra fue comandante general de las fuerzas checas que actuaron al lado del Ejército Rojo. Los trabajadores del OBZ eran principalmente jóvenes eslovacos “amigos de los soviéticos” y habían sido entrenados en asuntos de inteligencia por ellos. Enseguida, Srb aumentaba información sobre el Sr. Ottruba, de quien Wischmann y Schwend habían sospechado que trabajaba para los rojos. Esta vez se lo veía vendiendo cigarrillos americanos para “hacer amigos”, e interesado en temas como las oportunidades que tenían los alemanes para viajar a otras zonas de ocupación, o si las “viejas divisiones” habían vuelto a casa y habían sido sustituidas por fuerzas de ocupación de segunda clase, y el número de tropas estadounidenses con entrenamiento de batalla en su zona de ocupación.

El siguiente informe de *Flush* con reportes de Srb fue sobre una institución llamada “Zpravodajske Oddeleni”, con sede en la calle Washington de Praga, que era la segunda sección del OBZ y que estaba bajo la dirección de un “ferviente comunista”, el “Capitán Doctor POKORNY”, entrenado en Rusia. Se informaba que Srb había solicitado —“por ocurrencia e iniciativa propia”, aseguraba Schwend como para sacudirse cualquier responsabilidad— a un amigo suyo, el empresario Heinz Zimmermann de Múnich, que averiguase más sobre la OBZ en su próximo viaje de negocios a Praga; “si ZIMMERMANN resulta ser un buen observador y tener aptitudes y capacidad para realizar trabajo de inteligencia, se le encargarán misiones específicas en sus futuros viajes a Praga”. Y como para asegurarse, *Flush* incluyó en el informe el número de teléfono de Srb. Sin embargo, esta información que se reportó el 18 de junio, según el propio informe se había originado el 11 de mayo, más de un mes antes, lo que indicaría que *Flush* y Srb planearon primero la acción pero la reportaron recién cuando consideraron que tenía futuro como pieza de inteligencia. El seguimiento a Zimmermann continuó en julio: dirigía la empresa Blaupunkt Werke en Praga pero deseaba trasladar sus oficinas a Múnich y quedarse permanentemente en esa ciudad. Sin embargo, como alemán, no podía trasladarse a Praga así que *Flush* acudió al Comisariado de Refugiados de Baviera para que se le otorgara un permiso de viaje, de modo que pudiera ir a Praga a preparar su mudanza

y a la vez organizar un servicio de información sobre el OBZ que enviaría informes periódicos. *Flush* aclaró que en opinión de Srb, Zimmermann parecía ser un hombre muy observador y que era anticomunista.

Otro informe de la misma fecha que *Flush* remitió con información de Srb era sobre cuestiones que ambos interpretaban como chantaje electoral en Checoslovaquia dado que el asunto del que se informaba tenía lugar justo antes de las elecciones: cincuenta mil familias de Praga habían recibido notificaciones de haber mantenido relaciones comerciales con los alemanes durante la guerra por lo que “bajo determinadas circunstancias podrán ser llamadas a declarar sobre sus acciones colaboracionistas”.

Entre los primeros días de julio y mediados de agosto de 1946 hay una laguna en los informes de *Flush*. Es probable que fuera durante este periodo que sus subfuentes comenzaron a adquirir línea directa con CIC y él se limitaba a coordinar sus acciones. Pero también fue en este periodo, como veremos en el próximo capítulo, que Schwend empezó a movilizarse hacia su salida definitiva de Alemania. Su siguiente informe era un extenso perfil de uno de sus más importantes agentes Bernhard: Glavan. El informe tiene fecha de 16 de agosto, y, a diferencia de los anteriores en que la información sobre la que se reportaba solía ser anterior hasta por semanas, esta había sido obtenida el mismo día, indicando claramente cierta prisa por emitirla. Ya habíamos abordado este momento más arriba, al describir a los agentes de Aktion I: Schwend no escatimó elogios para su lugarteniente de tiempos de la guerra: “es una personalidad interesante [...] de carácter fuerte, decidido, temerario y comerciante de profesión”. Continuó describiendo eufemísticamente (como si se tratara de comercio legítimo) las actividades de contrabando que Glavan había desarrollado antes y durante la guerra, y no dudó en explicar que lo hizo para sus acciones en la operación financiera de la RSHA, pero aclarando que Glavan nunca perteneció a esa oficina sino que trabajó mediante un acuerdo personal con él. Fue precisamente ese acuerdo lo que había llevado a la aprehensión de Glavan en julio de 1945 y a su cautiverio de poco más de un año. No es posible probar que Glavan fue “puesto” por el propio Schwend en 1945, pero todo parece indicar que así fue, y el informe elogioso en el que *Flush* lo recomendaba como agente parecía ser precaución. El hecho es que una vez liberado, Glavan había visitado a *Flush* en Múnich y le había contado sus planes de reanudar el negocio de contrabando desde Italia (Ancona o Bari) a España, el norte de África y los Balcanes, usando un alias. Después de asegurar que Glavan podría ser contactado por *Flush*, justificó su propuesta: “en determinadas circunstancias puede ser útil para *nosotros*” (cursivas nuestras), y siguen más elogios: “es

un hombre capaz, inteligente, confiable (aunque sin duda irrespetuoso de la ley y las normas) y osado, abierto a cualquier proposición”. Además “puede contrabandear cosas, noticias y personas y *mantener la boca cerrada*” (curativas de *Flush*). Por último, *Flush* informaba que Glavan —italiano de ascendencia yugoslava— era anticomunista y poliglota: “habla bien italiano, alemán, croata, esloveno, y algo de búlgaro, ruso, checo y polaco”. Y por si todo este perfil fuera poco, Glavan tenía un “conocimiento excelente de la política y personas en Yugoslavia”, conocía bien ambas costas del Adriático, donde tenía relaciones comerciales y personales, y mantenía buenas relaciones con los disidentes albanos, “especialmente Marco BERANI [sic] y Ali DRAGA”, ¡precisamente los disidentes albanos que figuran en los primeros informes que remite *Tarbaby* (Spitz) con información de *Flush*! Si en aquellos primeros informes *Flush* reportaba que “había oído” que estos personajes se encontraban en lugares donde se los podía contactar (Alemania e Italia), todo parece indicar que, de algún modo, había tenido contacto con Glavan durante su cautiverio, así que podríamos pensar que fue el propio Schwend quien lo entregó y que lo hizo bajo la promesa de ayudarlo a reconstituir su negocio de contrabando después: sucedió. Pero quizás para Glavan había sido demasiado tiempo en prisión.

Los dos últimos informes de *Flush* en el archivo personal FOIA de Schwend tienen fecha del 9 de septiembre de 1946, tres semanas después de la recomendación de Glavan. Uno de ellos transmitía información obtenida por Srb el 28 de agosto sobre un tal Kasak, checo uniformado que bajo la influencia del alcohol alardeó sobre ser un enviado del OBZ en Múnich en busca de personas de interés para los checos. El otro era sobre Robert Scherkamp, un empresario de Hamburgo, ex *Wermacht* y ex *SS* que había sido arrestado y liberado en dos ocasiones; *Flush*, que lo había conocido en Hamburgo lo describió como importador-exportador, con una flotilla de transporte debidamente documentada, que viajaba entre Hamburgo, Berlín, Múnich, Zúrich y París, y que en esta última ciudad mantenía relaciones con la inteligencia francesa. Es interesante notar que el perfil de Scherkamp se parece mucho al de Wischmann, que tan buenos resultados dio a Schwend en su momento.

Hasta aquí, 9 de septiembre de 1946, llegan los informes de *Flush*. Más de nueve meses después, SCI Múnich informó que *Camera* (el otro criptónimo de Schwend) había sido descartado como agente; que en algún momento a principios de 1947 emigró a Brasil pero que a esa fecha, 15 de junio de 1947, continuaba escribiéndole a su oficial coordinador en Múnich de manera esporádica.

En suma, Schwend colaboró en dos periodos bien diferenciados con los estadounidenses durante la ocupación de Alemania: primero con la OSS durante cinco meses, de julio a noviembre de 1945, bajo el criptónimo de *Camera*, señalando (*bird-dogging*) a sus cómplices en la operación Bernhard y revelando los escondites de aquellas partes del capital de esa operación (o de sus agentes) que no tuvo más remedio que entregar para salvarse a sí mismo; esta parte de su colaboración se puede considerar dentro del contexto del proyecto Safehaven, que era de central importancia para los Aliados inmediatamente después de la guerra y, por tanto, pudo haber dejado un precedente positivo sobre Schwend en los agentes de la naciente inteligencia estadounidense que lo habilitaron.

La segunda etapa de su colaboración se dio entre febrero y septiembre de 1946, durante cerca de ocho meses, bajo el criptónimo de *Flush*, tiempo durante el que actuó como informante de SCI sobre temas relacionados con inteligencia anticomunista en Alemania, Italia, Yugoslavia y Checoslovaquia, principalmente. A partir de los informes que hemos analizado aquí, y tomando en cuenta que lo que contienen los archivos desclasificados por la CIA es incompleto —hay que contar siempre con la posibilidad de que parte de la documentación se perdiera accidental o deliberadamente o que fuera destruida, además de lo que conocemos como excepciones a la desclasificación—, podemos concluir que Schwend estaba ampliamente vinculado con esferas de inteligencia tanto en la zona de ocupación estadounidense como en la soviética, especialmente en los Balcanes, y en mucho menor medida, en la británica y la francesa. Estos vínculos, muchos de los cuales provenían de la red que él mismo había tejido durante la guerra para organizar la distribución de libras falsas de la operación Bernhard, le permitieron, por un lado, prestar un servicio a los estadounidenses mediante la facilitación de agentes que serían más útiles que él (Kurreck, Srb, Wischmann); crear una relación con lo que se constituiría más adelante como el servicio secreto de Alemania Occidental (BND) a partir de la organización Ghelen, y por último, establecer relaciones que eventualmente pudieran ser capitalizadas incluso al otro lado del telón de acero, tanto en la Stasi (servicio secreto de Alemania Oriental) como en el OBZ, el servicio secreto checo. Veremos más adelante cómo durante sus años en el Perú, varios de estos vínculos fueron explotados o al menos explorados.

Los servicios de Schwend terminaron con la recomendación de Glavan. Mientras reportaba maravillas sobre este agente, ya estaba preparando su fuga de Alemania, por lo que las preguntas obligadas son: ¿por qué no continuó con lo que parecía ser un buen modo de pasar los meses de tran-

sición de la posguerra en su tierra natal? ¿Qué lo llevó a escapar? Hay dos repuestas plausibles a la luz de la documentación disponible. En primer lugar, la intención de salvar lo más posible de sus ganancias en la operación Bernhard sin tener que entregárselas a los estadounidenses ni someterlas a pesquisa alguna que pudiera culminar reduciéndolas o quitándoselas. Para sustentar esta hipótesis están las denuncias que el propio Glavan hizo en 1948 a los servicios secretos estadounidenses: Schwend vivía en Lima, bajo el alias de Wenceslav Turi, de recursos de la operación de la RSHA que había logrado ocultar a los estadounidenses y que le eran enviados desde Suiza. En segundo lugar, la necesidad de escapar de la causa penal contra él abierta en Italia por el asesinato de Kamber precisamente el 10 de octubre de 1946, un mes después de su último informe. Schwend necesitaba escapar.

CAPÍTULO VII

RATLINES

Se conoce como *ratlines*, “líneas para ratas” (aunque el vocablo inglés tiene otros significados) a los mecanismos no institucionales utilizados por diversos tipos de organizaciones informales o clandestinas para hacer pasar personas por donde no se supone que deberían de pasar o personas que simplemente no deberían pasar. Es una idea que se ha convertido en parte del argot de contrainteligencia para una forma concreta de tráfico de personas, aquella que tiene que ver con el traslado ilegal de refugiados políticos o de guerra, cuyos desplazamientos aún no han sido organizados y debidamente autorizados por tratados o instituciones competentes. Criminales y fugitivos, contrabandistas y traficantes hacen uso de las *ratlines* para sus propios fines de negocio y fuga. En el caso de los primeros años de la posguerra, los servicios secretos de los Aliados occidentales utilizaron *ratlines* para fines de inteligencia, espionaje y sabotaje contra el bloque soviético en expansión, y viceversa, aunque el hecho de que gran parte de la documentación soviética siga clasificada o haya sido destruida impide documentar tan profusamente su uso por aquel bando de la Guerra Fría.

En contra de lo que algunos historiadores y buena parte de la cultura popular de la Guerra Fría nos han hecho creer, la fuga de nazis durante los primeros años de la posguerra no fue un plan perverso con el fin de reconstruir el Reich fuera de Alemania. Aquellos jefes, altos burócratas y criminales de guerra nazis que huyeron haciendo uso de las *ratlines*, simplemente aprovecharon el desconcierto y el caos —y los recursos que tuvieron aún a mano— de un conjunto de movimientos migratorios masivos cuyo flujo puede contarse en millones de personas, entre las que se desplazaron grupos muy diversos: germanoparlantes expulsados de territorios dominados por el nazismo y ahora recuperados por países originales o nuevos; sobrevivientes judíos de los campos de exterminio; miembros de las fuerzas fascistas de estados satélite del nazismo (húngaros, croatas, ucranianos, georgianos, checoslovacos, rumanos, austriacos); prófugos del nuevo orden yugoslavo; colaboracionistas franceses y belgas; italianos leales a la República de Saló, y

muchos más (Sanfilippo, 2009, pp. 196-204). Gerald Steinacher dedica partes considerables de una investigación bien documentada a describir las *ratlines* que se empezaron a utilizar en mayo de 1946 y que se trazaron principalmente por rutas de comercio y contrabando preexistentes entre el Tirol y las costas italianas a ambos lados de la península:

De un modo macabro, los caminos seguidos por criminales nazis fugitivos a lo largo de las rutas de escape de los Alpes, se cruzaron con frecuencia con los de sus víctimas. [...] El Sudtirol se convirtió en un *hub* natural de miembros de las SS y de círculos empresariales para reunirse y forjar conexiones entre Alemania, Italia, España y Argentina que pudieran asegurar su fuga. (Steinacher, 2011, pp. XVIII-XIX)

Las rutas de tráfico de personas sirvieron a todos. Organizaciones clandestinas judías las utilizaron para llevar miles de sobrevivientes a Palestina en contra de lo establecido por los británicos, que aún tenían bajo su control ese territorio. Esos movimientos salvaron a muchos de una situación en los campos de refugiados en Europa que, por sus condiciones de hacinamiento y carencia, sólo aventajaban a los campos de concentración nazis porque se encontraban mal organizados y ofrecían a sus internos amplias posibilidades de fuga, en lugar de exterminio. Muchos migrantes que huían del orden socialista impuesto por los soviéticos desde el Báltico hasta el Adriático cruzaron también utilizando recursos propios de las *ratlines*. No pocos entre estos “desertores” del socialismo fueron aprovechados por la inteligencia Aliada para saber más sobre el oscuro dominio soviético del que huían, y por tanto, los servicios secretos de los Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y la que pronto sería Alemania Occidental participaron de una forma u otra en el tráfico de personas vía *ratline*. Así, la diversidad de orígenes de quienes se desplazaban alcanzaba esa mezcla perversa de la que habla Steinacher, en la que quienes meses atrás eran perseguidos y perseguidores, ahora estaban juntos en calidad de refugiados, desplazados y migrantes. Notablemente, algunos países habían recibido refugiados judíos y socialistas que huían de Hitler ya en 1938 y 1939, entre ellos Bolivia, refugiados que se habían movilizado por el mismo camino que una década más tarde permitiría a un criminal como Klaus Barbie, no solamente asentarse ahí, sino aprovechar el clima germanófilo que habían creado antes los migrantes de habla alemana (Spitzer, 1998, p. 203).

Tan amplio era el desordenado movimiento de personas en Europa central y hacia las costas italianas, que los historiadores contemporáneos se

han visto obligados a distinguir entre las ideas de “fuga” y “migración”. Matteo Sanfilippo, historiador italiano especializado en migración europea, dice que:

[En] 1945-1946, cerca de 12 millones de refugiados o prófugos germanohablantes pasaron por Alemania y Austria tratando de llegar a Italia para escapar hacia el continente americano, Australia, Sudáfrica y Medio Oriente, así como hacia algunos países europeos como Gran Bretaña o los países escandinavos. (2009, p. 198)

Confundidos o camuflados entre el enorme flujo migratorio y las olas de refugiados, miles de nazis en fuga, perseguidos o por perseguir, usaron las *ratlines* para huir. La OSS y sus sucesoras —la SSU, el CIG y la CIA— también se sirvieron de las *ratlines* entre 1946 y la primera mitad de la década de 1950, para movilizar clandestinamente a aquellos nazis que protegió de la acción de la justicia porque les fueron útiles como fuentes de inteligencia y contrainteligencia en los albores de la Guerra Fría.

LA “RUTA DE LOS MONASTERIOS”

Los periodistas más alarmistas —por ejemplo el argentino Jorge Camarasa o el engañado Ladislas Farago— e incluso algunos ampliamente documentados —Linklater *et al.* y más recientemente, Eric Lichtblau—, no han dudado en establecer como hecho definitivo la participación, en complicidad con los nazis en fuga, de dos instituciones de importancia global: el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y la iglesia católica (Camarassa, 1995, 2012; Camarassa y Basso Prieto, 2014; Lightblau, 2014, Linklater *et al.*, 1985). Como contraparte de esa red de complicidad con la fuga de nazis en la que participaban contrabandistas, agentes secretos, curas y directivos de organizaciones humanitarias, estos también dan por establecida la existencia de una red denominada ODESSA, siglas en alemán para “Organización de Ex Miembros de las SS” (*Organisation der Ehemaligen SS-Angehörigen*), cuyas actividades estarían dirigidas a proteger a los nazis “sobrevivientes” de modo que les fuera posible fraguar el renacer del nacionalsocialismo y de un posible Cuarto Reich, el sueño de Barbie en Bolivia.

Investigaciones más concienzudas y mejor documentadas, no alentadas por el escándalo público y el éxito editorial sino más bien por la búsqueda de la verdad, han encontrado que la participación de la Cruz Roja y del Vaticano en la fuga de criminales, así como la existencia de la ODESSA, están lejos de ser parte de una especie de complot en busca del restablecimiento del nazismo. Por supuesto, no es que tales colaboraciones no hayan existido, pero el contexto en que sucedieron es mucho más complejo de lo que una mirada simplista puede encontrar. El cineasta griego Costa-Gavras lo ha esbozado en el drama *Amén* (2002), al retratar las contradicciones internas de una iglesia católica cuyos miembros oscilan entre la complicidad, la indiferencia negligente y la inacción de unos, y el compromiso y la lucha porque el Vaticano se involucrara activamente para detener las atrocidades de otros, los menos. Aunque la película de Costa-Gavras se centra en el caso del ingeniero Kurt Gerstein —un SS que resistió el nazismo como pudo, insuficientemente, realizando pequeños sabotajes y tratando de dar a conocer las atrocidades a su propio pueblo—, aborda la reflexión sobre una iglesia católica indecisa, ambigua y diversa que se acerca más a la realidad, aunque dominara en ella la cruel indiferencia ante los crímenes de Hitler, amparada en la vaga noción de que el enemigo de los nazis, el comunismo, era también el enemigo de Dios.

Los historiadores en general han establecido —hasta donde es posible, teniendo en cuenta que los archivos del Vaticano no pueden ser consultados—, los alcances de la colaboración eclesiástica en la fuga de nazis. Si bien el papa Pio XII no se caracterizó por actuar de manera decisiva en contra del nazismo, llegando incluso a firmar un “Concordato” de mutuo respeto con el gobierno de Hitler, no es posible juzgarlo como cómplice de las atrocidades. Este es un tema escabroso aún en nuestros días. El fanatismo anticomunista que ha caracterizado siempre a la jerarquía católica le hizo ver en Hitler a una especie de aliado incómodo mientras corría una cortina para ocultarse a sí misma la tragedia de los desplazados y asesinados por razones raciales, religiosas e ideológicas, aun cuando estuviera sucediendo bajo sus narices. La amenaza soviética, un auténtico anticristo para los jefes católicos de Roma y del resto del mundo, sólo podía ser detenida por los alemanes y esta tesis condujo buena parte de su diplomacia durante la guerra. El papa habló de paz, de poner fin a las hostilidades, pero evitó en todo momento hablar de lo que en Alemania se conocía como “el problema judío” y, mucho menos, de su “solución final”. Fueron los acontecimientos mismos los que obligaron al Vaticano a romper tácitamente el concordato con los nazis, al fortalecerse la alianza entre el Reino Unido y los Estados

Unidos con Stalin, a quien incluso hacia 1943 el mismo pueblo estadounidense veía como un héroe capaz de detener a Hitler: como un eco de las palabras que Roosevelt pronunció el 28 de julio de 1943 —“Nunca antes el mundo vio mayor devoción, determinación y sacrificio que los mostrados por el pueblo ruso y sus ejércitos bajo el liderazgo del Mariscal José Stalin” (Godwin, 2008, p. 71)—, el grupo vocal afroamericano The Golden Gate Quartet colocaba ese año un éxito, “Stalin Wasn’t Stallin”, cuyo coro decía: “Stalin no alardeaba / cuando le dijo a la bestia de Berlín / que no descansaría en paz / hasta sacarlo de la Tierra”. En Londres, poco después, Peter Blackman (1980), un poeta barbadense, glorificaba la victoria rusa sobre Alemania en el poema “Stalingrad”. Así que, al menos hasta la victoria soviética en Stalingrado, a principios de 1943, fuera de las potencias del Eje, sólo el Vaticano parecía mantener esa postura antisoviética que le ha valido el juicio de la historia como colaboracionista.

Pero el final de la guerra, aun sin Hitler, trajo como consecuencia la exacerbación del conflicto que representaba el comunismo para Europa Occidental, y es ese proceso lo que conocemos como Guerra Fría. En el hemisferio occidental, el anticomunismo pronto volvería a ser la ideología dominante, hasta llegar a los excesos del macartismo en la década de 1950, y muchos miembros de la iglesia católica, incluidos algunos jefes, se encontrarían con que “habían tenido razón”.

Pero la iglesia católica no es una institución monolítica. Su larga historia y la forma que ha ido adquiriendo su organización interna nos obligan a analizarla como una institución compleja, llena de contradicciones y disidencias, y en la que no todo lo que ocurre guarda una relación directa de subordinación respecto de la jerarquía eclesiástica, aunque así lo parezca. Si bien uno de los dogmas más importantes de la iglesia es el de la infalibilidad papal, aún más importante es el hecho de que los obispos y arzobispos, titulares de las divisiones políticas territoriales en que la iglesia se ha repartido el mundo, son autónomos con respecto al papa. Es decir: la política papal puede considerarse “infalible” pero el gobierno territorial de una diócesis, una arquidiócesis o un territorio de misiones puede desarrollarse en autonomía relativa con respecto al papa. Las decisiones de un obispo no obedecen ciegamente las instrucciones del papa sino que acomodan sus necesidades concretas, temporales, a una interpretación propia de lo que el Vaticano dicta. Así, si el Vaticano de Pío XII concebía al comunismo como primer enemigo de la fe —lo que al principio lo llevó a establecer un *modus vivendi* con el nazismo—, la forma en que cada obispo particular actuaba para contrarrestar las acciones de este enemigo era relativamente

autónoma. La historia de la iglesia católica moderna está llena de casos que ilustran esta relación compleja: desde las pugnas entre el clero secular y otras órdenes religiosas contra los jesuitas que terminaron en su disolución en el siglo XVIII, hasta el surgimiento de la teología de la liberación en Latinoamérica en el siglo XX, o la incapacidad de la jerarquía del siglo XXI para enfrentar los escándalos de abuso sexual de menores por sus sacerdotes y colaborar para que sean llevados ante la justicia.

Pero quizás uno de los más importantes ejemplos de acción autónoma local sea el de la participación de sacerdotes en la fuga de nazis a partir de 1946 y la puesta a disposición de sus infraestructuras en la llamada “ruta de los monasterios”. Dos sacerdotes destacan —sin ser los únicos; tenemos también la participación de Schoster, el obispo de Milán, en asuntos similares, y los de la jerarquía española— por su papel en la fuga de criminales de guerra nazis durante la segunda mitad de la década de 1940 y la primera de la de 1950: el obispo Alois Hudal y el teólogo Krunoslav Draganović, cuyas pistas han sido seguidas minuciosamente por Steinacher, Sanfilippo y Goda, entre otros autores.

Las rutas de escape organizadas por estos religiosos fueron capitalizadas por la inteligencia Aliada. Ruffner ha descrito las acciones de Jim Milano, director del CIC en Austria, que llegó a acuerdos económicos con Draganović para utilizar sus servicios en el proceso de extracción de los criminales que decidió proteger. Indirectamente, al “allanar el camino” con autoridades austriacas, británicas e italianas, la inteligencia Aliada brindó al sacerdote ustacha la oportunidad de poner en fuga a sus correligionarios croatas (Ruffner, 2003; Steinacher, 2011).

UNA RATLINE PARA SCHWEND

La vía de escape de Schwend para refugiarse en el Perú fue un caso particular de *ratline*. Nada en la documentación prueba de manera definitiva que hubiese establecido contacto con el obispo Alois Hudal y con monseñor Krunoslav Draganović, pero todo parece sugerirlo. Desde el hecho de que la identidad asumida por los Schwend es la de desplazados croatas, los Turi, Steinacher deduce que sí contaron con la ayuda de Draganović:

En su fuga, Schwend usó la *ratline* de CIC que él mismo había ayudado a instalar. Probablemente tenía contactos en Roma con el agente eclesiástico de las fugas, Draganović, quien seguramente estuvo muy involucrado en la de Schwend, a quien le procuró documentos de viaje de la Cruz Roja.

Schwend fue uno de los primeros fugitivos nazis que utilizó documentos de viaje de la Cruz Roja bajo un nombre falso. Él y Hedda, su esposa, viajaron a Roma, donde recibieron papeles croatas con los que les fue posible adquirir documentos de viaje del CICR. (Steinacher, 2011, pos. 4195)

El análisis de los documentos indica que los Schwend obtuvieron los papeles de la Cruz Roja poco antes que los que les daban la identidad de un matrimonio yugoslavo (aunque esto no significa que las gestiones para obtenerlos también se iniciaran antes). Y aun cuando están documentadas las actividades de contrabando que Schwend coordinó y en las que participó sistemáticamente desde antes de la guerra en la región alpina y el Adriático, Steinacher no aporta pruebas para sustentar su aseveración acerca de que Schwend “ayudó a instalar la *ratline* de CIC”; en todo caso lo habría hecho de manera indirecta al ser uno de los primeros fugitivos en utilizarla. Nuestras dudas al respecto se basan precisamente en que Schwend alcanzó las costas sudamericanas relativamente temprano —diciembre de 1946— en comparación con tantos otros nazis fugitivos que se asentarían en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile o Paraguay, con muchos de los cuales tendría vinculaciones. La mayor parte de estos nazis se fugaron a Sudamérica u otras partes del mundo a partir de 1948 y hasta los primeros años de la siguiente década: Pavelić, el líder ustacha, llegó a Buenos Aires en mayo de 1948; Priebe y Sassen, en noviembre del mismo año; Rauff escapó a Siria en 1948 y, después de algunos avatares, llegó a Ecuador a fines de 1949 —en 1958 se establecería definitivamente en Chile—; Schwammberger, titular de varios campos de trabajo en Polonia, llegó a Argentina en marzo de 1949; Mengele lo siguió en junio; Eichmann desembarcó en Argentina en julio de 1950, y Barbie, uno de los últimos, se estableció en Bolivia a mediados de 1951. Lichtblau ha documentado cómo muchos de los nazis (alemanes y de otras nacionalidades) que hallaron refugio en los propios Estados Unidos, lo hicieron a mediados de los años 50 (Elam, 2000; Goñi, 2002; Lichtblau, 2014; Stangneth, 2014; Steinacher, 2011).

Pero existen elementos para apoyar la tesis de Steinacher en el análisis que realiza Goda sobre el papel de Draganović como “creador” de la “llamada ‘*ratline*’” (Goda, 2005, p. 210). Específicamente, los documentos de identidad como desplazados croatas que obtuvieron Fritz y Hedda

Schwend, que los convirtieron en el matrimonio Turi, fueron expedidos por la Comisión Croata de Asistencia a Refugiados creada por Draganović. Goda describe: “[Draganović] también ayudó en la fuga de líderes ustachas prófugos a Sudamérica consiguiéndoles falsos papeles de identidad de la Cruz Roja y de la Asociación Internacional para Refugiados”. Más aún, un medio indirecto nos lleva a creer que la relación entre Schwend y Draganović no es mera suposición: en 1983 la CIA aceptó públicamente que agentes del CIC le pagaron al sacerdote croata en octubre de 1951 por movilizar clandestinamente a Klaus Barbie —el principal cómplice de Schwend en la posguerra— hacia Sudamérica para evitar que cayera en manos de los franceses. Basándose en documentación desclasificada, Goda apunta que hacia octubre de 1946, justo en los días en que Schwend se fugaba hacia Sudamérica, “el CIC supo que Draganović estaba en contacto con Pavelić (localizado entonces en Austria), que estaba enviando equipos de sabotadores a Yugoslavia y que estaba enviando criminales de guerra buscados por los británicos a Sudamérica”.

Schwend tenía prisa porque necesitaba salvar su capital oculto y porque no se sentía seguro aunque fuera un “agente” de los servicios de inteligencia estadounidenses: lo perseguía la sombra de Kamber. En el seguimiento de Schwend, sobre todo durante la segunda mitad de 1946, cuando escapó a Sudamérica, es preciso recordar en todo momento que el 10 de octubre de ese año se fincó la acción penal en su contra por el asesinato del agente, proceso del que Schwend debía estar enterado desde semanas atrás y que es el más claro de sus motivos para precipitar la fuga. El otro, no menos importante para él, “salvar” lo que pudiera de sus capitales de la “avidez Aliada”, lo llevó a realizar movimientos desde fines de 1945 a través de su esposa y su hermano, menos vigilados que él mismo. En interrogatorio en 1960, su hermano Albert relató hechos ocurridos aun antes del final de la guerra: “Cuando estábamos recolectando los dólares, dijo que quería llevarnos a todos a Sudamérica, ya no tendríamos que trabajar. Había suficiente ahí para vivir” (Steinacher, 2011, pos. 4190).

De Múnich a Roma

En el caos migratorio de la época se cruzaban los esfuerzos institucionales de la UNRRA, la Cruz Roja y la iglesia católica con los intereses encubiertos de la inteligencia Aliada —occidental y oriental—, los de las organizaciones

judías que trasladaban refugiados a Palestina, y cualquier cantidad de intereses particulares ligados al contrabando. En este contexto, Hedda Schwend consiguió tempranamente —el 10 de diciembre de 1945— un registro como persona desplazada. En este documento (No. I-3094186 del Récord de Registros de Personas Desplazadas de las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses) se asentó que Hedda era originaria de Timisoara, Rumania y que solicitaba trasladarse a Múnich (argumentando tener nacionalidad alemana). Unas semanas después, el 5 de enero de 1946, obtuvo su registro temporal ante el Gobierno Militar de Alemania (el gobierno de ocupación en la zona estadounidense), como residente de Múnich, similar al que Fritz consiguió a mediados de julio, poco después de ser arrestado. Así, a mediados de 1946 la familia se había reunido en Múnich, primer paso para preparar su camino.

La vida cotidiana de los Schwend en Múnich tendría un sabor particular durante esos meses, en un territorio donde imperaba la escasez y la sociedad sobrevivía sin recursos, sin empleos; un entorno caótico por más que las autoridades Aliadas intentaban organizar la naciente paz. Los Schwend contaban con el aval del gobierno de ocupación para vivir en Múnich. Mientras pudo, Fritz aportó información a los Aliados y consiguió, si bien no un salario, sí acceder a viáticos que le permitían llevar a cabo sus tareas de informante. Sabemos que si hubiese llegado a faltarles algo a los Schwend, no les habría sido difícil echar mano de recursos ocultos, pero para mantener un tren de vida de bajo perfil, Schwend se esmeró en sus informes de “inteligencia” que, como hemos visto, empezaron a fluir a partir de febrero de 1946.

Quizá gracias a las “influencias” del propio Schwend, a mediados de ese año (probablemente en julio; el mes es ilegible en la copia del documento), Hedda consiguió empleo en una posición estratégica por los contactos que podía establecer a través de ella: la Oficina de Control de Refugiados del Gobierno Militar de ocupación en Múnich, necesariamente coordinada con la UNRRA y, desde ahí, con el CICR y la Comisión de Asistencia a los Refugiados del Vaticano. La tarjeta correspondiente, con fotografía de la portadora, identifica a Frau Hedda Schwend como “Investigadora” de la oficina e indica que le estaba permitido “ingresar a los campos de personas desplazadas y cuarteles de refugiados”, además de que “se solicita a las autoridades estadounidenses darle su total cooperación”. Steinacher (2011, Introducción y capítulo 1) ha descrito cómo al interior de los campos de refugiados proliferaban organizaciones clandestinas que contrabandeaban bienes y personas. Los movimientos para escapar se iniciaron en este periodo, coincidiendo con el par de meses durante los cuales Schwend parece no haber enviado informes de inteligencia a su oficial a cargo (julio y agosto de 1946).

Un informe secreto de 1969 en el que la CIA se encontraba rastreando a Schwend, indica que escapó al Perú “vía Italia y España” en septiembre de 1946 (FOIA, Schwend, 0112). A lo largo de las tres semanas transcurridas entre el lunes 9 —fecha del último informe de Schwend al CIC en Múnich— y el lunes 30 de septiembre —fecha de ingreso de la solicitud de pasaporte al CICR de Venceslav Turi en Roma—, los Schwend recorrieron el complicado camino de la capital bávara a la Ciudad Eterna. La ruta más directa entre ambos puntos alcanza casi mil kilómetros y cruza el corazón del Sudtiro, la región por la que Schwend ha medrado durante años. En el momento en que los Schwend realizaron este viaje, con el apoyo de los documentos expedidos por las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania —incluyendo la identificación de Hedda como empleada de la Oficina de Control de Refugiados—, el Tirol estaba inmerso en un laberinto de desconcierto administrativo, y en medio del final de una fuerte sequía y el inicio de un extraordinariamente crudo invierno que serían preámbulo de la hambruna (Steininger, 2009). Desmembrada la Alemania nazi, Austria se había reconstituido pero también estaba ocupada por las cuatro potencias Aliadas. Desde el 9 de julio de 1945, la Unión Soviética ocupaba las regiones orientales del país; los ingleses se hacían cargo de Estiria, Carintia y el Tirol del Este; los estadounidenses controlaban desde Salzburgo hasta la ribera sur del Danubio, y el Tirol del Norte y Voralberg quedaban en manos francesas. Pero a pesar de que existía entre los austriacos, especialmente los tirolese y quizás muchos de los sudtirolese que habían tenido que emigrar hacia Alemania o Austria después de la “Opción”,¹ un fuerte deseo nacionalista de que el Sudtiro, el Alto Adige, les fuera restituido, la decisión de los Aliados fue que permaneciera como territorio italiano.

Así el paso de los Schwend por el Tirol se realizó no sólo por un camino bien conocido sino bajo circunstancias que permitían el recurso a la clandestinidad de ser necesario, una clandestinidad que para Fritz tampoco era ajena. El camino recorrido puede haberles tomado varios días, y probablemente pasó por puntos en los que habrían podido recuperar dinero oculto, como Rosenheim, Merano y Bolzano, en el camino a Trento o Bologna, desde donde parecía más factible que pudiesen abordar un tren hacia Roma. En algún momento de ese viaje, los Schwend asumieron la identidad falsa con la que finalmente llegaron a Roma alrededor del fin de

¹ La “Opción” (“Option für Deutschland”) fue un acuerdo de octubre de 1939 entre Hitler y Mussolini que obligaba a los germanohablantes del Sudtiro y Belluno a elegir entre emigrar a Alemania o Austria y conservar idioma e identidad alemanes, o permanecer en Italia forzados a perderlos e italianizarse. Un ochenta por ciento de la población decidió emigrar. Después de la guerra muchos de esos migrantes volverían; hoy un setenta por ciento de los habitantes de esa zona de Italia habla alemán.

semana del 28 y 29 de septiembre de 1946, la del matrimonio de Venceslav y Hedda Turi (nacida Neuhold o Moretti; los diversos documentos indican a veces el apellido de su padre, a veces el de su madre).

En Roma iniciaron un complejo proceso de trámites para emigrar. Su puerta hacia Sudamérica sería, como primera opción, Venezuela; después abrirían otras. El lunes 30 de septiembre, Schwend ingresó una solicitud de documentos de viaje de la Cruz Roja en las oficinas del CICR en Roma a nombre de Venceslav Turi, “agrónomo” de nacionalidad yugoslava, indicando como destino España y Venezuela (Steinacher, 2011, pos. 7247). Para conseguir los documentos de viaje de la Cruz Roja, tal como el proceso es descrito por Steinacher, junto con la solicitud formal, Turi entregó al CICR dos cartas de recomendación. Una era remitida por la Cruz Roja italiana con dos testigos que confirmaban la nueva identidad de Schwend, los señores Gottfried Melcher y Georg Carli, de los que Steinacher sospecha que eran “agentes de fuga de Schwend”. El documento también daba una pista para fortalecer la idea de que los Schwend contaron con apoyo eclesástico: decía que durante esos días los Turi se hospedaban con monjas en el número 77 de la Via delle Mura Gianicolensi.

La segunda carta de recomendación era de la Pontificia Comisión de Asistencia a Refugiados, la dependencia de la Secretaría de Estado del Vaticano cuyo titular era en ese momento monseñor Montini, más tarde papa Paulo VI. Esta oficina había establecido un procedimiento común para gestionar directamente la emisión de los documentos de viaje de la Cruz Roja para los miles de refugiados que protegía en Roma. La carta, citada por Steinacher, “solicita a ese honorable comité [el CICR] la emisión de un documento de viaje de la Cruz Roja para Herr Turi Venceslav [sic] y su esposa Hedda, de nacionalidad yugoslava (Zara)”, hoy Grad Zadar, Croacia. Es aquí donde Steinacher encuentra la mano del sacerdote croata Draganović en apoyo a la fuga de Schwend. No podemos saber si Draganović era o no consciente de que Turi no era el verdadero nombre del “refugiado” y de que no era croata sino alemán, pero en su historial, aunque su *ratline* fue establecida para facilitar la huida principalmente de ustachas, no faltaron nazis “auténticos”: ya en julio de 1946 había brindado su ayuda a un particular conjunto de nazis que habían logrado fugarse del campo de prisioneros de Rímíni, en el que se encontraban Priebke, Rauff y Sassen, todos próximos felices residentes en Argentina y Chile. En su investigación, Steinacher logra establecer la relación entre la Pontificia Comisión de Asistencia a Refugiados y la emisión de documentos de viaje del CICR:

Con estas simples cartas que ostentaban la insignia del Vaticano, el refugiado iba a la Cruz Roja y solicitaba un documento de viaje. Así, en gran medida, la Cruz Roja delegó el establecimiento de identidades a las comisiones asistenciales del Vaticano.

La comisión croata de asistencia a refugiados en Roma era particularmente activa tanto en el apoyo a la fuga como en la adquisición de papeles de viaje de la Cruz Roja y visas para Sudamérica. Su director adjunto, Monseñor Krunoslav Draganović, no sólo ayudó a croatas; después de alcanzar un acuerdo con otros centros nacionales de ayuda en el Vaticano, también apoyó a ciudadanos de otros países. El CICR en Roma trataba a Draganović y a su comité casi como una delegación autónoma de la Cruz Roja. La Cruz Roja enviaba los documentos de viaje a Draganović y él se encargaba de distribuirlos entre “sus croatas”. (Steinacher, 2011, pos. 1585)

Stangneth también ha probado la asistencia sistemática de la iglesia en la dotación de pasaportes del CICR a nazis en fuga, documentando, con ayuda de Goñi y el propio Steinacher, los escapes consecutivos de Mengele, Alvensleben y Eichmann en 1948 (2014, pp. 292-293).

Los archivos del CICR consultados por Steinacher incluyen papeles similares para Hedda —la solicitud formal de documentos de viaje y la carta de recomendación de la Cruz Roja italiana—, de fecha posterior, un par de días después: miércoles 2 de octubre de 1946. En la carta de recomendación de Venceslav Turi emitida por la Comisión de Asistencia a Refugiados del Vaticano se menciona el nombre de su esposa. Otros documentos se anexaron al expediente para obtener el pasaporte de la Cruz Roja que esperaban los Turi. La intervención de Draganović se puede volver a identificar en la declaración emitida por una institución en la que el cura ustacha tenía la voz cantante: la Sociedad de Beneficencia Yugoslava, ubicada en la avenida Corso Trieste No. 10, en Roma. El viernes 4 de octubre, el presidente de esta institución, el Dr. Miho Krck (o Krek; el documento no es claro), embajador en Roma de dicha Sociedad, firmó y selló la declaración, con número de folio 1040, “con la cual se certifica que el Sr. Turi Venceslav di Amedeo [sic], nacido en Zara el 1.º 11 1904 con la esposa Heda nacida Moreti [sic] es de nacionalidad yugoslava” (HIS, Schwend Archiv N 40-102). Como resultado, el miércoles de la semana siguiente, 7 de octubre de 1946, los Turi finalmente pudieron recoger sus documentos de viaje del CICR, los pasaportes N.º 28191 a nombre de Hedda Turi y 28192 a nombre de Venceslav Turi, como indican tanto las visas de tránsito que les entregará semanas después el consulado de Brasil en Barcelona, como, más adelante, los registros de

extranjería del Perú —en los que el funcionario local cometería un error al registrar el pasaporte de Venceslav con el número 28129 (FOIA, Schwend, 0056)—.

Con los pasaportes en mano, el siguiente paso fue el consulado de Venezuela. Para iniciar los trámites de visado, la legación caribeña exigió a los Turi —“con fines administrativos”— la presentación de documentos que certificaran que no tenían antecedentes penales; un mero trámite pues el jueves 8 de octubre los Tribunales de Roma expidieron los documentos solicitados. En el de Venceslav se asienta nuevamente que nació en la ciudad yugoslava de Zara el 1.º de noviembre de 1904 y añade otra invención: los nombres de sus padres, ambos fallecidos, Amedeo e Ida (nacida Blau). El certificado de Hedda también la identificaba como nacida en Zara, aunque en este caso la fecha de nacimiento, 19 de octubre de 1914, y los nombres de sus padres, Giovanni (si bien en documentos estadounidenses asienta “Johann”) y Maria Neuhold eran reales.

Ese mismo día los Turi tuvieron tiempo para conseguir otros documentos exigidos por diversos consulados para otorgar las visas correspondientes: los certificados de buena salud que expedía la Oficina de Higiene y Salud de la Comuna de Roma. En el protocolo de estos certificados, emitidos por el director de la Oficina de Salud a petición de los interesados “para uso de pasaporte”, se registró que Hedda y Venceslav habían sido vistos por el médico y que se había corroborado su identidad. El funcionario registró su estatura: Hedda tiene 1,68 metros, y Venceslav 1,83. Ambos eran “de constitución física sana y robusta”, no padecían enfermedades infecciosas ni tenían “defectos ni imperfecciones”; no tenían síntomas de infección traicomatosa, ni sífilis ni enfermedades mentales. La firma del director de la oficina aparece, además, autenticada por el propio alcalde de Roma, como parte del proceso burocrático normal. Los Turi también se sometieron a vacunación contra la viruela y contra la tifoidea que la Comuna certificó con los respectivos documentos.

Quizá el mismo jueves o el viernes siguiente, los Turi ingresaron su flamante documentación al consulado de Venezuela y, pasado el fin de semana, el lunes 14 de octubre, Venceslav recogió ahí la cédula que le permitiría “dirigirse a Venezuela en calidad de inmigrante” (la de Hedda aparecerá dos días después). La información recogida en estas cédulas aporta fotografías de los futuros inmigrantes y registra que son de “raza ariana”. La foto de Schwend, aunque la copia fotostática es borrosa, lo muestra de frente con mirada casi amenazante y una ambigua expresión que podría verse como una sonrisa. Las cédulas indican otra transformación, consecuencia de la adopción de

su nueva identidad. Podíamos sospecharlo por los documentos de la Comisión Vaticana de Asistencia a Refugiados y de la Sociedad de Beneficiencia Yugoslava que hemos citado, pero en la visa venezolana aparece por escrito: los Turi son católicos; los Schwend habían cambiado incluso de fe. Venceslav (cuyo nombre aparece mal escrito en la cédula como “Venceslay”) era agrónomo, a diferencia de Fritz Schwend que era ingeniero mecánico. La elección de su nueva profesión, de la que no aportó prueba alguna, no fue al azar: como han mostrado Steinacher, Goñi y otros autores, la recepción de inmigrantes alemanes en los países sudamericanos, independientemente de si habían pasado por el proceso de desnazificación, estaba íntimamente relacionada con la voluntad política de incorporar especialistas en áreas consideradas necesarias para los diversos proyectos de desarrollo nacional que se echaban a andar entonces. Es claro que una de esas áreas eran las ingenierías y los oficios técnicos industriales —supuesta especialidad de Schwend, el perito automotor—, pero hay que recordar que al asumir su nueva identidad debía establecer distancia respecto de cualquier pista sobre la verdadera, por lo que la elección de un oficio que podía aportar directamente a la modernización de un área crucial para el desarrollo de Venezuela, como era la agricultura, debe haberle parecido plausible. En el caso de Hedda, que quedó registrada como “Turi Moretti” en los archivos del consulado de Venezuela, también se registró un nuevo oficio: era modista. Además de entregarles las cédulas, el consulado devolvió a los Turi copias selladas de sus otros documentos (certificados de no antecedentes penales y de salud y vacunación).

A partir de este momento las pistas de los Turi en Roma y del viaje que estaban por hacer a Venezuela desaparecen de la documentación. No podemos más que especular. La última fecha que nos indica su presencia en Roma es el miércoles 16 de octubre de 1946, cuando el consulado venezolano entregó la cédula de inmigrante a Hedda. Aunque habían asumido esa falsa identidad, los nuevos documentos tenían fotografías y huellas digitales. Quizá fue un error que Hedda diera datos reales a las distintas autoridades. Lo cierto es que para ese momento la acción penal en contra de Schwend por el asesinato de Kamber ya tenía una semana de haber sido abierta en Bolzano. Era imperativo abandonar Italia y quizás no tuvo tiempo para hacerlo directamente con rumbo a Venezuela. No sabemos con exactitud cómo ni cuándo se movilizaron los Turi desde Roma, pero la siguiente pista los localiza en Barcelona un mes después.

De Barcelona a Brasil

Un pequeño grupo de documentos muestra el breve paso de los Turi por Barcelona. Llevaban consigo los papeles que los certificaban como yugoslavos desplazados; tenían sus pasaportes de la Cruz Roja “en regla”, las cédulas aún no utilizadas y sin fecha de vencimiento que les otorgaban la condición de inmigrantes a Venezuela y los certificados italianos de buena salud y buena conducta, sellados también por la legación venezolana en Roma (sólo a los certificados de vacunación les faltan esos sellos). Pero algo les hizo cambiar de destino en su ruta, algo que puede haber estado relacionado con numerosas variables, como la presencia o el consejo de amigos en alguna institución específica, el acceso inmediato a medios de transporte, la facilidad o dificultad de llevar dinero y valores, o nuevos requisitos por cubrir para seguir el viaje, entre muchas más. El nuevo destino de los Turi fue Brasil. Los documentos que señalan su presencia en la capital catalana están relacionados con la solicitud de visa al gigante amazónico.

Es probable que desde Barcelona Schwend se comunicara por última vez con sus oficiales a cargo del SSU en Múnich. Un memorándum de seguimiento de sus rastros, de febrero de 1948, originado por las denuncias hechas por Glavan sobre el hecho de que Schwend estaría viviendo de fondos de la RSHA que logró escamotear a los estadounidenses dice:

[...] en marzo de 1947 la sede de Múnich informó que SCHWEND había partido a Italia y de ahí emigrado a Brasil. Después de abandonar Múnich escribió en dos ocasiones a su oficial a cargo explicando su destino y declarando que comunicaría su dirección permanente en Brasil. No tenemos conocimiento de que se haya escuchado algo más, y Heidelberg informó por cable el 27 de enero de 1947 que no tenemos ningún nuevo contacto con él. (FOIA, Schwend, 0054)

Esto quiere decir que los oficiales que lo tenían a su cargo ignoraban lo relacionado con la nueva identidad de Schwend como Turi y con su intención de emigrar a Venezuela. Las fechas mencionadas en el párrafo citado nos permiten suponer que Schwend quería desviar la atención sobre su ruta hacia Venezuela; ya tenía a mano su nuevo destino de tránsito en Brasil y lo utilizó para dar señales equívocas. La documentación no indica en absoluto que hubiese elegido Brasil como residencia permanente, como tampoco que tuviera en la mira Argentina, como sucedería con tantos de sus colegas. Dadas las fechas de su desembarco en Brasil, suponemos que

los Turi habrían permanecido en suelo europeo, quizá sin moverse de Barcelona, durante dos o tres semanas. Las comunicaciones que menciona el memo del SSU deben haber sido hechas desde ahí. Cabe mencionar que en los documentos de principios de 1948 que vinculan a Schwend con Glavan, se indica que ambos pensaban iniciar un negocio de “transporte marítimo” en octubre de 1946, el cual no se menciona en otros documentos (puede ser una interpretación errónea de la “recomendación” que Schwend había hecho de Glavan, mientras actuaba como *Flush*).

En las solicitudes de visa a Brasil, los Turi anotaron como su domicilio el céntrico Hotel Covadonga de Barcelona (HIS, Schwend Archiv 40-102). El consulado exigió al matrimonio yugoslavo en tránsito el mismo tipo de documentación que la legación venezolana en Roma, así que tuvieron que volver a vacunarse contra la viruela, para lo cual acudieron al consultorio del Dr. Martínez Fraile, médico internista, quien les extendió los certificados correspondientes el lunes 18 de noviembre de 1946. El mismo día los Turi fueron vistos por un médico del consulado brasileño que certificó la salud de cada uno de los cónyuges: “no presenta síntomas o manifestaciones de lepra, tuberculosis, tracoma, elefantiasis, dolencias venéreas en periodo de contagio, cáncer, enfermedad mental, y no es alcohólico o toxicómano”. En cuanto a la conducta, a las autoridades brasileñas les bastó con la opinión de las romanas: los certificados correspondientes de la Comuna de Roma tienen el sello del consulado de Brasil.

El martes 19 obtuvieron visas de tránsito. La persistencia en este documento del error cometido en el consulado de Venezuela en Roma en la escritura del nombre de pila del Sr. Turi (“Venceslay”) indica que el permiso había sido solicitado para pasar por el Brasil como etapa rumbo a Venezuela. Quizá los Turi no encontraron un medio directo e inmediato para llegar a Caracas desde Barcelona, como tampoco lo habían encontrado en Italia. En la visa brasileña, “Venceslay” Turi seguía siendo agrónomo, pero Hedda fue registrada como “doméstica”, ya no como modista, y sus padres eran Giovanni Moretti y Maria Neuhold. Como las venezolanas, las visas brasileñas también llevan fotografías; la de Schwend, de tres cuartos de perfil, no lo muestra con la mirada decidida y la mueca que tenía en Roma sino asustado o nervioso y sus labios delgados ya no parecen sonreír.

Hay un documento más emitido por el consulado de Brasil en Barcelona, aunque en los expedientes es el único que no tiene una versión para cada uno de los cónyuges; si bien sólo queda el de Hedda, es natural que hubiese sido expedido para ambos. También es el único documento del consulado brasileño que se encuentra originalmente en castellano, mientras que

la visa y el certificado de salud están en portugués. Se trata de una notificación que indica que el viajero debe demostrar ante las autoridades de inmigración brasileñas en el puerto de llegada, que lleva la cantidad de dos mil cruzeiros (cien dólares de la época; aproximadamente mil quinientos de nuestros días); de no hacerlo “podrá ser impedido de desembarcar”. El documento lleva la firma de conformidad de “Turi Hedda, titular del visado”.

Días más adelante, los Turi se embarcaron por fin rumbo a Sudamérica. Los sellos de la Inspectoría Federal de Inmigración en Natal, Rio Grande do Norte, Brasil, el puerto más oriental de la costa atlántica americana, muestran que los Turi desembarcaron ahí el jueves 12 de diciembre de 1946, casi un mes después de haber obtenido las visas, y más de tres meses después de haber salido de Alemania. Permanecieron en Brasil o viajando por lugares de Sudamérica de los que no hay registro durante los tres primeros meses de 1947. El único documento que habla de sus movimientos en Brasil parece acercarlos hacia Venezuela, su destino original: un certificado de vacunación contra la fiebre amarilla, expedido el viernes 27 de diciembre de 1946 por el servicio nacional del gobierno brasileño contra ese mal, en su sede de la norteña ciudad portuaria de Belém de Pará en la desembocadura del Amazonas, casi dos mil kilómetros al noroeste de Natal.

Perú

Pero el viaje de Natal a Belém de Pará no siguió hacia el norte; la condición de los Turi de inmigrantes en Venezuela no se realizó. Perdemos su pista en Brasil; a finales de marzo o principios de abril de 1947 aparecen en La Paz. Deben haber tomado la decisión de probar suerte en el Perú en la misma capital boliviana, pues los documentos muestran que sus opciones al llegar ahí incluían a Chile: los certificados de vacunación antivariólica y de buena salud obtenidos en Barcelona tienen sellos tanto del Consulado del Perú en La Paz como del de Chile, y los de no antecedentes penales de la Comuna de Roma también muestran su paso por la legación chilena.

Se decidieron por el Perú: ingresaron por Puno, el jueves 3 de abril de 1947, con visas de turistas. Nueve días después, el sábado 12 de abril, se registraban en el hotel 28 de Julio, en la Avenida 28 de Julio, N.º 1761, Lima, pero sólo pasaron una noche ahí y se fueron al día siguiente “sin dejar ninguna referencia para reenvío de correspondencia”, según informaría el encargado de ese establecimiento (FOIA, Schwend, 0056).

El memorándum secreto de SCI del 17 de febrero de 1948 al que nos hemos referido antes, aporta la información migratoria de los Turi que quedó en los registros de extranjería del Perú. Ahí se copian los datos con los que el matrimonio “yugoslavo” ingresó al país: Wenceslau Turi es “técnico en agricultura” y Hedda “ama de casa”; se asientan los números de sus pasaportes de la Cruz Roja (con el número equivocado para Venceslav), la fecha en que fueron expedidos, su lugar de ingreso al país (Puno) y su procedencia (La Paz).

Durante esas semanas la alternativa de quedarse en el Perú pareció afianzarse pues poco más de un mes más adelante, el 27 de mayo, solicitaron al Ministerio de Relaciones Exteriores permiso para permanecer como residentes permanentes en el país, trámite para el que también presentaron un certificado médico. El 6 de junio obtuvieron respuesta afirmativa y recibieron sus correspondientes cartas de identidad del Registro de Extranjería, la N.º 1768-B para Wenceslau Turi y la 1519-C para Hedda de Turi. En la solicitud de residencia dieron como domicilio el mismo hotel 28 de Julio aunque ya no estaban hospedados ahí.

Mientras sucedía esto en Lima, en Múnich el SCI estaba cerrando —por lo pronto; sabemos que se reabrirá en 1948 con las comunicaciones de Glavan— el expediente Schwend. Un memo para los archivos, fechado el 15 de junio de 1947, indica que el agente bajo el criptónimo de *Camera*, a quien se identifica como la fuente que puso en contacto al SCI con el informante *Camel* —Srb, que ya había adquirido importancia en el servicio secreto estadounidense— ha sido “descartado” (*dropped* es la palabra en inglés). Ahí se ubica a *Camera* como emigrado a Brasil a principios de 1947, pero “aún escribe a su oficial a cargo en Múnich”. No hay, sin embargo, ninguna comunicación más de este tipo en los archivos.

Una vez establecidos los Turi en el Perú como residentes, reiniciaron trámites para moverse otra vez: era necesario trasladar al nuevo país lo que fuera posible de dinero —lo que no habían traído consigo en su largo periplo— y quizá dar los toques finales al sistema de envío de dinero y de administración de intereses que Schwend había venido organizando desde antes del final de la guerra. En los archivos de Schwend hay copias de dos documentos oficiales (uno para cada uno de los cónyuges), fechados el 18 de junio de 1947, dirigidos al director de Extranjería del Perú y escritos con el lenguaje formal de los abogados —¿un funcionario del ministerio o el primero de una lista de abogados contratados por Schwend en el Perú?—, en los que los Turi solicitaban autorización de reingreso después de un viaje que planeaban realizar por Suiza y Suecia (HIS, Schwend Archiv 40-102).

El sábado 21 de junio, el funcionario correspondiente ordenó la expedición de esas autorizaciones y el viernes 27 los Turi obtuvieron copias certificadas del oficio dirigido al cónsul del Perú en Zúrich, en el que se le autorizaba a visar sus pasaportes “en calidad de reingresantes”. Hay dos pruebas de que efectivamente realizaron ese viaje (en el que también habrían pasado por Bélgica pero quizá no por Suecia). Una es un certificado médico manuscrito en alemán, expedido a favor de ambos Turi en la ciudad de Sarnen, Suiza, con fecha del 26 de agosto de 1947 (incluye un sello en Zúrich que supo-nemos es del consulado peruano aunque en la copia sólo se ve la palabra “Consulado”, en castellano, pero no es legible el nombre del país emisor). La otra es un relato de Schwend a su amiga y confidente Lo Stein en carta fechada un 22 de noviembre, quizá de 1970, en la que Schwend escribió:

En 1947 estuve en Europa bajo el venerable nombre de Venceslao Turi. En el viaje de regreso [a Lima] adquirí un lindo perro pastor en Suiza. En Amberes ningún hotel quiso hospedarnos y acabamos en uno de tercera clase. El perro se puso nervioso, se soltó, huyó y Hedda corrió tras él para salvar al buen “ADOR”. En el barco, Ador se convirtió en dos días en el engreído, a mí me preocupaba que lo fueran a echar a perder. Al llegar a Panamá no querían dejar pasar el barco porque iban a bordo los dos “yugoslavos” Turi. Después de una hora de negociaciones, el capitán consiguió que nos quedáramos [...] (HIS, Schwend Archiv 24).

Poco después, a principios de 1948, Glavan estaba ya informando al SCI sobre el paradero de Schwend bajo la identidad de Turi en Lima a través de la carta dirigida al general Clay (FOIA, Schwend, 0051). Cabe la posibilidad de que en su viaje a Europa en agosto de 1947, Schwend y Glavan se hubieran encontrado o comunicado iniciándose las diferencias entre ellos, lo que habría llevado al segundo a hacer las denuncias sobre el primero:

GLAVAN sostiene que SCHWEND y su esposa Hedda viven ahora en Lima bajo el nombre de Yenceslao (también se recibió Venceslao) Turi (también se recibió Thui Thhi*), manejando un Chevrolet amarillo N 8974. [...] asegura que Schwend vive de intereses de fondos de la RSHA que logró ocultar a los estadounidenses y que le son enviados por un Carl Flutterleib de Ginebra. [...] También viven de inversiones hechas con los mencionados fondos de la RSHA Ingeborg Neuhold, hermana de la esposa del sujeto y Giovanni Hans Neuhold [...] pretendidamente, los Neuhold proveen de dinero a Flutterliev [sic] para que le sea enviado a Schwend.

En el seguimiento de inteligencia a este caso, cuando los agentes de SCI confirmaron que la información previa en sus archivos sobre Glavan provenía de Schwend, y que ambos trabajaban juntos para la RSHA durante la guerra, les quedó claro que la denuncia de Glavan tenía un tinte personal y decidieron no confiar en su veracidad hasta que lo dicho fuera confirmado por otras fuentes. El expediente menciona que no había registros en Europa para este Venceslau Turi, pero incluye la respuesta de los registros de extranjería del Perú que informaba los números de pasaporte de la Cruz Roja, las descripciones generales del matrimonio Turi y los números de sus libretas de residencia en el Perú. También se anota que, a mediados de febrero, los Turi habrían dejado Lima para establecerse en Ica como agricultores; de hecho la última mención de que se encontraban en Lima se dio el 13 de febrero de 1948, cuando el propietario del hotel 28 de Julio informó, para responder las pesquisas de la inteligencia estadounidense, que si bien ya no se alojaban en su hotel, se les había visto esa semana en la ciudad. Las pesquisas se extendieron al auto que, según Glavan, Schwend conducía en Lima, pero los informantes no encontraron señales del Chevrolet amarillo; los registros de automóviles no incluían los nombres de los Turi y los investigadores dedujeron que “el número de matrícula dado (N 8974) es aparentemente un error”.

A mediados de 1948, Venceslav Turi solicitó al Ministerio de Relaciones Exteriores un salvoconducto para viajar a Chile. En este documento, el “ingeniero agrónomo” Turi dio una nueva dirección en Lima: Huánuco 1823. Luego no hay más documentos relacionados con la falsa identidad de Schwend y son muy escasos los que cubren la etapa entre 1948 y 1955 cuando, sintiéndose seguro en Lima, radicado ya en su casa de Santa Clara, Vitarte, con una de las dos casillas postales que usará en adelante —la 1201 de Lima y la 1 de Santa Clara—, decidió recuperar su verdadera identidad y fraguarse un nuevo récord como extranjero en el Perú.

El retorno a su identidad se inició en septiembre de 1949 con la expedición de un certificado de buena conducta a nombre de Friedrich Schwend por las autoridades locales de su natal Heilbronn. El hecho de que en el procedimiento de su expedición no apareciera nada relacionado con su pasado nazi, con sus “servicios” al gobierno de ocupación ni con el asesinato por el que se le buscaba en Italia, puede indicar posibilidades interesantes: primero, que no había enlaces eficientes entre las nuevas autoridades locales y el gobierno de ocupación que había dejado de ejercer apenas cinco meses antes, en mayo de 1949; segundo, que tampoco existía un sistema de intercambio de información policial entre la flamante República Federal

de Alemania e Italia, y tercero, una hipótesis que nunca debemos descartar cuando seguimos a Friedrich Schwend, que este certificado de conducta era falso o lo había obtenido mediante soborno. Es un documento apenas legible pues se trata de la fotocopia (probablemente fotocopia de fotocopia) de una copia hecha con tecnologías disponibles a fines de los 40, algunas de las cuales reproducían en negativo, es decir, texto blanco sobre fondo negro, y utilizaban papel fotosensible (la tecnología Xerox hoy tan difundida de fotocopiado por escaneo sobre papel común, recién empezó a extenderse a partir de 1960). Esto hace imposible evaluar la autenticidad del documento. Es necesario tomar en cuenta también que, aunque diversos autores han identificado a Schwend como falsificador (Steinacher y Stangneth, entre otros), por su participación en la distribución de libras Bernhard y su uso de otros documentos ilegítimos antes, durante y después de la guerra, en realidad no lo era; no tenía las destrezas necesarias para este trabajo técnico: tenía los contactos para encargarlo y la experiencia para capitalizarlo pero no era, él mismo, un falsificador.

Poco antes, en julio de 1949, bajo la identidad de Turi, Schwend ya se había asociado con empresarios o profesionales locales que le servirían como testaferros, y con quienes creó la empresa que sería la cara visible de sus transacciones durante los años en Lima: Comercial Agrícola e Industrial “La Estrella” Sociedad Anónima. No tenemos el acta de fundación de la empresa pero en actas notariales posteriores se incluye información de su constitución: fue creada el 20 de julio de 1949 con un directorio conformado por Manuel D. Rubio (presidente), Doris Bielinsky (gerente) y Ernesto Bielinsky (sin cargo especificado, quizá vocal). Turi no aparece mencionado en los documentos legales de La Estrella, pero en el análisis de los archivos de Schwend realizado por Dieter Meier en el Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo (HIS), la señora Bielinsky aparece como titular de alguna cuenta bancaria que guardaba el dinero de Schwend.

Entre 1949 y 1951, su falsa identidad en el Perú no le impidió a Schwend iniciar procesos en Europa, ya fuera directamente o a través de su red de parientes y contactos. En septiembre de 1950, por ejemplo, en correspondencia relacionada con Glavan, aparece su nombre con domicilio en Génova (donde vivía su cuñado y ex contador de Aktion I, Giovanni Neuhold), y otros documentos de la época lo ubican en el inicio de las relaciones de persecución que seguiría más adelante contra el propio SCI (los agentes “gangsters” Michaelis y Timm); contra Spitz, Lenz, Karnatz, Miedl y otros “bandidos”; su interés en la recuperación de los cajones sumergidos en el lago Toplitz o su búsqueda de una nueva tajada del patrimonio Bunge.

El 13 de marzo de 1952, Venceslav Turi recibió de Relaciones Exteriores otro salvoconducto para viajar a Chile, pero no podemos corroborar que haya hecho ese viaje. Quien sí viajó, desde Alemania hasta el Perú en marzo de 1952, fue su hermano Albert; su nombre consta en actas de la Notaría Pública del Dr. Ernesto Velarde Aizcorbe para la modificación de las escrituras públicas de La Estrella. En la continuación del negocio de importación de maquinaria que habían iniciado en 1949, ahora la empresa otorgaba a Albert Schwend, en Lima, poder “para que pueda girar cheques contra la cuenta corriente que la Comercial Agrícola e Industrial ‘La Estrella’, Sociedad Anónima, abrirá especialmente, con ese objeto, en la agencia local del Banco Popular del Perú”, según minuta del directorio fechada el día anterior, martes 12 de marzo de 1952. Sin embargo, esta sociedad familiar terminaría en un conflicto que llevaría a Albert de regreso a Europa para no volver a aparecer en asociación con su hermano (volveremos sobre esta operación). En los archivos de Schwend, a continuación de las copias del acta notarial que otorgaba poderes a Albert Schwend, hay un documento de una sola página, sin título, fecha ni autor, escrito a máquina y con anotaciones a mano en el margen izquierdo que se asemejan a la caligrafía de Schwend, en las que se enumeran los argumentos del conflicto. Las máquinas que Albert había importado desde Alemania para el trabajo en la granja avícola que Schwend estaba estableciendo no ofrecieron créditos y Fritz decidió cobrar alquiler por su almacenamiento, que Albert no pagó. Lo más interesante de este documento es que La Estrella se describía como una empresa “formada por el señor Turi Schwend, hermano de Alberto Schwend, con algunos parientes”. ¡Turi era entonces hermano de Albert Schwend, ciudadano alemán! Por si esto fuera poco, el conflicto de intereses no sólo delató a medias la identidad auténtica de Schwend sino que lo identificó como creador de La Estrella, lo que no aparece en las escrituras cuyo contenido hemos conocido. Pero este no es un documento público; parecen ser, más bien, apuntes, una especie de memoria para hacer cuentas entre los hermanos y la empresa. Más abajo se menciona “la cuenta del Sr. Turi”; el documento indica que “El arreglo no pudo seguir, habiendo el señor Turi Schwend dejado el Perú”, es decir, emprendido el viaje por Centroamérica y Ecuador que culminaría en la recuperación de su verdadera identidad.

El pitazo a Albert para invertir en maquinaria y llevarla al Perú se dio inmediatamente después de la formación de La Estrella en 1949. Tres años después de arribadas las máquinas al Perú, sin desestimar la posibilidad de que cada movimiento fuera orquestado por el propio Friedrich, Albert decidió retirarlas de la propiedad compartida con la empresa, incumpliendo

el “arreglo” original que indicaba que las máquinas darían servicio por cinco años. Las máquinas habían llegado al Perú en 1950; Albert, en marzo de 1952. Se asoció con La Estrella, que lo incorporó a su administración dándole poder sobre una cuenta corriente. Poco después la sociedad con Albert se disolvió; La Estrella rompió relaciones con él, él retiró sus máquinas de la propiedad —o mandó retirarlas, o era Friedrich quien estaba detrás de todo; nada indica que Albert siguiera en el Perú— y el documento misterioso dice que el señor “Turi Schwend” había dejado el Perú. Estamos probablemente a fines de 1952 o principios de 1953.

Otra carta del ciclo Glavan, fechada en agosto de 1953, vuelve a mencionar al “Sr. Turi y su abogado en Quito” [sic], y esta es la última vez que tenemos noticia de que Schwend aún usaba el nombre Turi. Sucedió en Ecuador, donde se encontraba Glavan, aparentemente preso. Schwend ayudaría a Glavan a resolver sus problemas en Ecuador ignorando que cinco años atrás, Glavan había puesto al servicio secreto estadounidense bajo su pista en Lima como el Turi que vivía de los intereses de recursos financieros de la RSHA.

Pero el señor Turi ya nunca volvería al Perú ni a ninguna otra parte. En su lugar llegaría a Lima, por primera vez, Federico Schwend. Antes de esa última mención de Turi, en agosto de 1953, Schwend se presentó en el consulado alemán en Quito y, bajo cualquier pretexto, solicitó un nuevo pasaporte. El 14 de abril de 1953 el consulado expidió el documento N.º 92-3302238/53. No sabemos exactamente cuánto tiempo pasó fuera del Perú ni si viajó a otros lugares además de Ecuador, Panamá y probablemente Costa Rica, que son los sitios que se mencionan en los documentos. En el caso del segundo país, al ingresar al Perú en algún momento de 1954, se indica que Schwend venía de Panamá, y en uno de los archivos de HIS encontramos copia de una carta dirigida a “Georg” (Gyssling), fechada en San José [de Costa Rica] el 12 de agosto de 1954.

Ya nada impedía que Schwend siguiera adelante con sus intereses y negocios. Familiarizado con los procesos burocráticos de migración en el Perú, obtuvo la residencia bajo su verdadera identidad el 4 de mayo de 1955, con el carné de extranjería N.º 57531-A, que lo describe como “ingeniero” —ya no era agrónomo, y sus intereses en las actividades agropecuarias se irían convirtiendo poco a poco en cobertura de otros giros— y anota su dirección como Km 17-6 de la Carretera Central, Vitarte, la dirección de su granja avícola. En adelante, para Schwend, mayo de 1955 sería la fecha de su llegada al Perú; así lo anotaría en una solicitud de constancia de buena conducta enviada a la Prefectura de Lima el 19 de enero de 1959 para iniciar su proceso

de nacionalización como peruano —que nunca concluyó—. En 1957 obtuvo un nuevo pasaporte a través de la embajada de Alemania en Lima, el N.º 8008594. Una traducción oficial de este documento al español indica que contenía sellos de diversos ingresos al Perú. Las copias del carné de extranjería conservadas en los archivos de Schwend muestran una revalidación en 1961. Este procedimiento migratorio no le sería difícil en adelante, mientras sus conexiones con autoridades políticas, militares y policiales lo irían protegiendo cada vez más.

A partir de 1955, Schwend buscó una cobertura laboral relacionada con su antiguo oficio en la industria automotriz, ya que La Estrella no parecía quitarle demasiado tiempo y era claro que el negocio de los autos comenzaba a expandirse en el Perú, con todo lo que conllevaba de estatus, símbolo de modernidad y progreso, de estar “a la altura de los tiempos”, como antes en Weimar (Huaroto Offenhauser, 2014). Con fecha del 4 de abril de 1960, aparece en los archivos HIS un currículum de Schwend, elaborado por él mismo, en referencia, probablemente, al aviso que lo llevaría a ocupar la jefatura de taller de Motor Import S. A., concesionario de Volkswagen en Lima. Ahí Schwend se presentó como “ingeniero mecánico, máquinas de combustión, gasolina, diesel, vapor”, y anotó entre sus “Actividades anteriores”:

a. Dos años de perito para los Juzgados de [ilegible] (Alemania) en asuntos de automobiles e trafico [sic]

b. Perito y negociador para el gobierno alemán con respectos a planes técnicos y económicos en los Balcanes, el oriente, Rusia y partes de Asia.

c. Del primero de Marzo de 1955 hasta el 17 de agosto de 1956 jefe de taller de la casa Cilliones Oberti en Lima (representantes de General Motors para Cadillac y Oldmobil) [sic], 56 obreros.

Tengo práctica en el manejo de obreros y empleados. Mi posición económico relativamente independiente, me la he ganado con la administración de los intereses [sic] de una personalidad norteamericana así como por mis propias actividades comerciales, en parte también dentro de la Casa Comercial Agrícola e Industrial “La Estrella SA.”

Estoy en condiciones por la práctica de enseñar a cualquier mecánico como cumplir con sus tareas.

Pretensiones de sueldo:

Sueldo S/. 12,000,00 mensuales

Si el aviso en cuestión era de la VW, sabemos que obtuvo el puesto, aunque quizá no con el exorbitante salario de doce mil soles mensuales. Lo

interesante de este documento está en la precisión de las fechas que aporta para ubicarlo como empleado de la General Motors, concesionada a la familia Cillóniz Oberti, probablemente a Eduardo (quizás hermano del famoso futbolista e ingeniero Carlos Cillóniz), que fue también presidente del Automóvil Club Peruano en esa época precisamente (Automóvil Club Peruano, 2017). Que Schwend mencionara relaciones como estas indica que estaba ya incorporado a la aristocrática y europeocéntrica burguesía local. No menos interesante resulta la forma en que ocultó con los eufemismos “Perito y negociador para el gobierno alemán con respectos a planes técnicos y económicos en los Balcanes, el oriente, Rusia y partes de Asia”, que las áreas de *expertise* a las que se refería eran las de la falsificación, el contrabando, el espionaje y el lavado de dinero, y que el gobierno alemán en cuestión era el de Hitler.

NEGLIGENCIA

En el seguimiento que hemos realizado a la fuga de Schwend, de su uso de una identidad falsa y de los documentos en los que nos hemos apoyado para hallar las evidencias, tanto los desclasificados por la CIA como los de su archivo personal en HIS y aquellos que han sido citados por otros autores, como Malkin y Steinacher, resaltan ciertas omisiones, por llamarlas de alguna manera, que le permitieron asentarse y afianzarse en el Perú. Aunque la veracidad de la información dada por Glavan en 1948, a espaldas de Schwend, fue puesta en duda por la inteligencia estadounidense por tener un posible móvil personal, fue negligente la actitud de los militares y agentes que dejaron pasar la posibilidad de investigar los fondos de la RSHA a los que se refería el delator, en espera de confirmación por otras fuentes que simplemente no llegarían solas. De este modo, por omisión, por negligencia, permitieron que un delincuente se enriqueciera con lo robado, y no se trataba de un robo común sino del producto de crímenes de guerra económica cometidos por la maquinaria nazi. Es comprensible que en 1948 las prioridades de los estadounidenses en Europa ya no fueran las del proyecto Safehaven: la contención de un resurgimiento nazi (suponer esto también es un error, como hemos visto en el desarrollo de la ideología nazi de posguerra y como podremos ver más adelante con el recrudescimiento del terrorismo de

ultraderecha de los años 60 a 80), pero Alemania estaba en proceso de reconstrucción y los recursos de la RSHA que los estadounidenses sabían que Schwend había logrado ocultar debían haber sido recuperados. Los procesos de restitución a las víctimas también habían comenzado ya: otra razón para “seguir el dinero” como habían hecho en 1945. La falta de sistematicidad del trabajo de inteligencia, los cambios de personal y estructura en la OSS-SSU-CIG-CIA, la paranoia anticomunista en el amanecer de la Guerra Fría y las desventajas frente al poder del espionaje soviético, más avanzado y extendido, dejaron a Gehlen, Höttl, Schwend, Spitz, Wischmann, Srb, Barbie y muchísimos otros manipular a agentes novatos y perseguir intereses personales.

En un interesante estudio sobre la migración nazi y fascista después de la guerra, los historiadores Federica Bertagna y Matteo Sanfilippo explican que en la época en que Turi desapareció y Schwend asumió su verdadera identidad, la vigilancia sobre los nazis y los fascistas se había relajado, tomando su lugar lo que los autores llaman la “discriminante anticomunista”: “El consenso total sobre la necesidad de impedir el ingreso de extranjeros ‘peligrosos’, no recaía en los criminales de guerra, los nazis y los fascistas, sino en la posible o supuesta infiltración de comunistas” (Bertagna y Sanfilippo, 2004, pp. 548-549).

Stangneth ha documentado pormenorizadamente un proceso similar pero tanto más dramático tratándose del caso de Eichmann. Su revisión de los escasos archivos alemanes que ha podido consultar, pues la mayor parte seguían sin ser abiertos públicamente en el momento de realizar su investigación (la primera versión de su libro se publicó en 2001 y en 2011 apareció una nueva edición corregida y aumentada, traducida al inglés en 2014), la llevó a escribir en una nota: “Rechazo expresamente dar atención a la idea de que el servicio de inteligencia [de la República] Federal Alemana haya realizado esfuerzos para mantener a Eichmann en libertad, por la razón psicológica de que me sería insoportable” (2014, p. 533).

Como ella, guardando las proporciones para el caso de Schwend, preferimos pensar que se trató de negligencia, de falta de profesionalismo, de confusión anticomunista y quizá también de corrupción si el certificado de buena conducta de Heilbronn de 1949 fue obtenido a través de sobornos o falsificado. De otro modo, si no fue negligencia, *fue protección* y, por tanto, complicidad, como el propio Schwend alardearía públicamente más tarde y la CIA negaría discretamente en sus *pouchs* secretos.

Segunda parte
América



CAPÍTULO VIII

HACIA EL CUARTO REICH

Le sorprendería oír cuánto se habla en los círculos nazis del futuro Cuarto Reich.

Testigo citado por Simon Wiesenthal

Una interesante perspectiva estética, visual y narrativa, del contexto de fin de guerra, al menos para el entorno de Berlín entre julio y septiembre de 1945 se encuentra en el extraordinario film *The Good German* de Steven Soderbergh (2006), donde se describen en un lenguaje de época incluso desde el punto de vista narrativo (en blanco y negro, siguiendo los cánones de la fotografía de los años 40 y musicalizada con el estridente estilo sinfónico de aquella época de oro para el cine de Hollywood) la destrucción de la ciudad bombardeada, los mercados negros, los intereses encontrados de las potencias victoriosas, las intenciones de escape y ocultamiento de nazis encubiertos y civiles colaboracionistas, su apoyo a los vencedores y la rebatinga de información y cerebros entre los dos nuevos bloques.

La fuga —a Latinoamérica, los Estados Unidos, Medio Oriente, Australia, Sudáfrica o a donde quiera que se hayan ocultado— de los nazis responsables de crímenes de guerra y contra la humanidad es claramente comprensible. Eichmann, Barbie, Mengele, Rauff, Priebke y otros “notables”, enfrentaban con certeza la pena capital o la cárcel de por vida, además de la deshonra que significaría para ellos ser juzgados por los poderes victoriosos. Algunos consiguieron huir inmediatamente después de la derrota; otros, como Eichmann, permanecieron años ocultos bajo identidades falsas hasta que lograron conseguir el boleto de salida. Muchos alcanzaron a salir airosos y “desnazificados”, exculpados, para quedarse en Alemania o Austria, como Höttl o Rudel, o para exiliarse en España y otros países, como Degrelle o Skorzeny, que conseguiría la desnazificación tardíamente y en medio de polémicas.

Lichtblau en *The Nazis Next Door* (2014), y Breitman y los investigadores que trabajaron con él en *US Intelligence and the Nazis* (2005) y *Hitler's*

Shadow (2010) han demostrado la sorprendente cantidad de criminales de guerra y contra la humanidad que hallaron refugio en los propios Estados Unidos, protegidos por el gobierno o alguna de sus agencias, ya fuera porque podían aportar conocimientos y ciencia al desarrollo técnico de la Guerra Fría, como sucedió con la operación Paperclip, o porque mantenerlos activos pero ocultos convenía a los intereses de seguridad nacional desde el punto de vista de los servicios secretos. La Comisión para el esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la República Argentina (CEANA, 1999) ha demostrado con certeza incuestionable la forma en que el gobierno, tanto el peronista como sus sucesores, protegió y utilizó los servicios de criminales buscados. Brasil, Chile y Paraguay no han seguido un ejemplo similar porque la cantidad de nazis que se ocultaron dentro sus fronteras no fue quizás tan grande, pero dieron asilo y protección, e hicieron uso de estos criminales.

Egipto y Siria, entre otros países árabes, también reunieron bajo su influencia a numerosos nazis y los usaron para responder a los crecientes conflictos desatados en Medio Oriente por la imposición del Estado de Israel en Palestina; unos actuaron como especialistas en la creación de un ejército moderno, otros como encargados de seguridad e inteligencia, otros en el campo del desarrollo técnico. Aún está por conocerse la cantidad e importancia de los nazis que encontraron refugio tras el “telón de acero” durante la posguerra, o de los que fueron forzados, así como buena parte de los que lo habrán encontrado en otros países de Medio Oriente y África del norte, o en la Sudáfrica del apartheid, en Canadá y Australia, o los de bajo perfil en cualquier otro lugar.

Hemos mencionado que, para conocer a fondo la situación en Europa, especialmente en Alemania y Europa central, durante los meses siguientes al final de la guerra, sería necesario tener acceso no solamente a los archivos del Vaticano que permanecen herméticamente cerrados, sino también, y de manera muy especial, a la documentación clasificada de los soviéticos, que no ha visto la luz por completo hasta hoy. Las memorias de Sándor Márai, *¡Tierra, tierra!* (2006), escritas desde el exilio en los Estados Unidos, veinte años después de la ocupación soviética de Budapest, describen a los rusos soviéticos con tanta imparcialidad como era posible y brindan al lector testimonio solamente de aquello de lo que pueden aportar la evidencia de la propia observación. Márai ya había sobrevivido en la Hungría de Horthy al fascismo de los cruces-flechadas, la ultraderecha húngara que colaboró con Hitler, y encontramos en él a un escritor húngaro antinazi. La primera parte del libro se concentra en describir a los soldados rusos que tomaron

la aldea donde el escritor se había refugiado de la próxima batalla del cerco de Budapest; la segunda describe los días en que los soviéticos iniciaron la reorganización del territorio ahora ocupado, una vez que los alemanes habían sido expulsados, hasta el momento en que el autor decidió optar por el exilio. Aun en la visión de este escritor extraordinario, la ocupación soviética tiene tintes de una humanidad que nunca mostraron los nazis (lo que pone en cuestión los estereotipos de crueldad soviética difundidos por Hollywood y la literatura *pulp* de la era).

¿Por qué el Perú permitiría y protegería la presencia de un nazi de poca monta como Schwend, un afiliado al partido por conveniencia y oportunismo más que por convicción, un falso SS, un auténtico granuja? ¿Por qué Schwend eligió el Perú si sus colegas se moverían a sus anchas en Buenos Aires y Bariloche, donde podía serles útil tanto como usarlos —con su particular *expertise* para los negocios turbios?—. No existen pruebas de que Schwend tuviera responsabilidad en crímenes contra la humanidad; además del asesinato de Kamber —en el fuero civil—, sus crímenes de guerra fueron económicos: lavado de dinero, contrabando, fraude, desfalco, peculado, falsificación, y pudieron haber sido sobreseídos por los Aliados. Así sucedió con Skorzeny, que fue hallado al final inocente de haber roto las reglas de la guerra. La falsificación y los crímenes económicos no llevaron a nadie a la horca después de la Segunda Guerra Mundial; a lo más, el despojo perpetrado por los nazis fue el origen de castigos de cárcel no demasiado prolongados y, después, de políticas de restitución. ¿Se habría decidido Schwend por la fuga solamente para escapar del juicio por la muerte de Kamber? No hay duda de que habría podido apelar —nunca quedaría claro si se trató de un simple asesinato o de un crimen de guerra, en tanto la identidad de la víctima como partisano no se lograría establecer—; sembrar la duda sobre la veracidad de los testimonios que lo acusaban, ganar tiempo y conseguir finalmente una condena breve que le permitiera reconstruir su vida legalmente en su natal Sarre, su bien conocido Tirol o su amada costa Adriática, por la que tendría siempre una nostalgia irremediable desde “este país atrasado” en el que había venido a recalar. Junto con huir de la justicia italiana (pronto europea, pues Alemania atraería el caso a través de la Interpol) por el asesinato, Schwend tenía que proteger lo que había logrado conservar de su riqueza.

¿Por qué el Perú? ¿Por qué para un alemán que, estando al servicio de los Aliados, habría conseguido con pocas dificultades la exculpación y aún más fácilmente la desnazificación? ¿Habría sido suya la decisión o habría sido de otros? ¿De la Kameradenwerk, la ODESSA o la Spinne? No deja de

ser paradójico que un hombre como Schwend, amigo de la presunción y el alarde, de la construcción de su propia biografía abultándola con aventuras y acciones que no había vivido, haya preferido instalarse en el Perú en lugar de en la Argentina, donde poco después de su fuga, muchos otros nazis crearían un paraíso para sí mismos, integrándose a la cúpula del poder y viviendo abiertamente en contacto con su pasado criminal. Schwend, que en su correspondencia escribía con sentida nostalgia del Sudtirol y la costa Adriática, que admiraba la modernidad y el progreso y tenía las credenciales para ocupar un lugar en el proceso de desarrollo técnico e industrial que justificó la “importación” de nazis en la Argentina —al menos, como ingeniero, sus habilidades habrían superado a las de Eichmann, Sassen o Priebke—, habría encontrado en ese país más comodidades que en el Perú, que era entonces un país mucho menos desarrollado. Es plausible la sospecha de que en la Argentina lo amenazaba algo más que la posibilidad de una extradición o la acción de la Interpol (a fin de cuentas escapó como desplazado yugoslavo bajo una identidad falsa y “limpia”), y por tanto es necesario plantear que en la eliminación de ese país como destino podría haber alguna otra razón, ¿cuentas pendientes con el imperio Bunge?

Y ¿cuál era el verdadero papel de Schwend en el desarrollo de las actividades de los nazis en fuga en Sudamérica? ¿Se trataba de un eslabón, una especie de peón financiero de la red, o más bien era en él donde recaía la autoridad, subrepticia, oculta, clandestina, casi invisible? ¿Realmente existía una organización de ex nazis buscando la vuelta de su perversa visión del mundo? Estas son algunas de las preguntas que intentamos responder en este libro, especialmente a través del seguimiento que haremos del personaje durante sus años en el Perú, que por su posición estratégica, su relativo aislamiento, su particular organización sociopolítica, nos dejarán ver en Schwend una astucia y una habilidad política difícilmente comparables con las de sus colegas en la Argentina y otros países. Astucia y habilidad que poco a poco serán traicionadas por una obsesiva y cegadora ambición.

LA GUERRA FRÍA

Destrucción masiva

Desatada inmediatamente después de la derrota de los nazis, Guerra Fría es un amplio descriptor para el enfrentamiento indirecto y prolongado entre los dos bloques en los que el mundo quedó dividido, con las dos superpotencias militares y económicas surgidas de la guerra a la cabeza de cada uno de ellos. Como vimos al seguir los pasos del general Wolff en la operación Sunrise, tanto Hitler como algunos de los jefes nazis vieron con claridad, al reconocer que Alemania no podría ya ganar la guerra, que ese enfrentamiento se aproximaba, e incluso jugaron con la idea de aprovecharlo para salvarse uniéndose a alguno de los dos bloques en el momento en que el enfrentamiento estallara.

Desarrollado a través de guerras subsidiarias, de pugnas económicas y políticas por establecer influencia y hegemonía en los territorios más insospechados del planeta, de intervenciones políticas y militares en conflictos locales, de inversiones millonarias que hicieron de esta la “edad de oro” del espionaje, el conflicto recibió el nombre de “Guerra Fría” de la pluma de George Orwell en un artículo de opinión, “Usted y la bomba atómica”, publicado en el diario *Tribune* de Londres en octubre de 1945, en el que comentaba las ideas de James Burnham, quien había imaginado al viejo mundo dividido en dos bloques en el escenario de un triunfo del Eje: el bloque euroasiático dominado por Alemania, y el extremo Oriente por Japón, un poco como en la ucronía *The Man in the High Castle* de Philip K. Dick, aunque sin las Américas, que quedarían, así, entre la espada y la pared. Es claro que *La revolución gerencial*, el libro en el que Burnham expuso este escenario geopolítico, está en la base de *1984*, la novela clásica de este autor visionario que apenas dos meses después de Hiroshima y Nagasaki decía:

La teoría de James Burnham se ha discutido mucho, pero pocas personas han tomado en consideración sus implicaciones ideológicas, es decir, qué tipo de visión del mundo, qué clase de creencias, qué estructura social podrían prevalecer en un estado que es a la vez inconquistable y que está en una situación permanente de “guerra fría” con sus vecinos. [...] probablemente [la bomba atómica] será capaz de detener las guerras de gran escala a costa de prolongar indefinidamente “una paz que no es paz”. (Orwell, 1945)

Durante la guerra, mientras la Unión Soviética resistía y luego avanzaba sobre Alemania, el propio Stalin —sería un aliado pero nunca dejaría de ser un adversario— consideraba que los estadounidenses y los ingleses esperarían hasta el último momento para establecer un frente activo en el oeste, dejando que se desgastara el Ejército Rojo en el frente opuesto. Esta suspicacia entre los Aliados se convertiría en enfrentamiento una vez que el Eje fuera derrotado. Pero, tal como pronosticaba Orwell, el enfrentamiento directo no se dio por razones cuya lógica aún está en proceso de ser explicada por los historiadores. Entre estas razones, la más socorrida por la cultura popular —no por eso equivocada— ha sido la capacidad destructiva demostrada por el poder atómico después de estallar las bombas de Hiroshima y Nagasaki. Para Orwell, en su artículo sobre la bomba, era lícito pensar que pronto los rusos también la tendrían y exacerbarían la amenaza. Definitivamente más pronto de lo que la inteligencia estadounidense se imaginaba.

La Unión Soviética consiguió con relativa velocidad igualar el poder atómico de los Estados Unidos y se estableció la competencia tecnológica —en el plano bélico como en el de la exploración espacial y muchos otros— que caracterizó todo el proceso de la Guerra Fría como una “carrera armamentista” y llevó al mundo a vivir, durante décadas, bajo la amenaza de destrucción masiva. Los historiadores coinciden en señalar el inicio de la Guerra Fría en 1947 cuando las fuerzas de ocupación en Alemania estaban organizando lo que sería su próximo gobierno autónomo. El acuerdo nunca llegó y los Aliados se retiraron dejando el territorio alemán dramáticamente dividido en dos naciones, la del “mundo libre” y la soviética, que se conocerían respectivamente como República Federal de Alemania —comúnmente llamada Alemania Occidental— y República Democrática de Alemania —o Alemania Oriental—. Así, Alemania, las dos Alemanias, la fabulosa Berlín sobre cuyas calles se levantaría un muro para dividirla, se convertiría en el epicentro de la Guerra Fría.

Pero las fechas de inicio y final de esta configuración geopolítica no son precisas; su delimitación depende del lugar en donde el analista ponga el énfasis (para nosotros, que hemos puesto atención en los sucesos de la operación Sunrise, la Guerra Fría comenzó ya en 1945, incluso antes de que llegara el final de la confrontación bélica). Para la cultura popular, el inicio se encuentra en el momento en que la Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica, agosto de 1949, si bien este hecho se mantuvo bajo secreto durante algún tiempo y el público sólo se hizo consciente de él durante los años 50. Las proyecciones de inteligencia de los Estados Unidos subestimaron drásticamente los alcances del programa nuclear soviético: la explosión

de la primera prueba nuclear rusa, conocida en Occidente como “Joe 1”, con una capacidad destructiva similar a la de la bomba arrojada por los estadounidenses en Nagasaki, tomó por sorpresa al mundo y desató no sólo la carrera armamentista sino también la paranoia en la que el mundo viviría hasta el final de la Guerra Fría, y que en nuestros días sólo se ha relajado, quedando como secuela de este miedo a la destrucción masiva el poder atómico de Corea del Norte (un país producido por la primera etapa de la Guerra Fría) o la suposición de la existencia de esta tecnología en el arsenal de Irak que llevó a la segunda guerra de una coalición liderada por los Estados Unidos contra este país en 2003, y cuyo proceso culminó recién en 2011.

El carácter del miedo a la destrucción masiva se concretó, en la imaginación colectiva, en el terror a que cualquier pretexto sirviera para que uno u otro superpoder “presionara el botón” de lanzamiento de la bomba contra el enemigo. Un film de Stephen Spielberg, *Bridge of Spies* (2015, con guion de los hermanos Cohen), describe a las sociedades estadounidense y rusa a fines de los años 50 y principios de los 60 —una de las etapas climáticas de la Guerra Fría— a través de la historia de un abogado estadounidense que debe defender a un espía soviético en el juicio que el gobierno de los Estados Unidos emprende contra él al capturarlo. Una de las escenas de la película muestra al hijo del abogado, de unos doce años de edad, explicándole a su padre los alcances de los misiles balísticos, aterrado por la posibilidad de ser arrasados. Luego vinieron los refugios antiatómicos y toda una parafernalia de búsqueda de la seguridad en el terror alrededor de la amenaza nuclear comunista. Pero además de pintar el miedo a la bomba, este filme de Spielberg es interesante por su planteamiento del componente ideológico que fue central en la Guerra Fría: del lado “libre”, el pánico provocado por la “amenaza comunista” contra el *american way of life* que ha sido adoptado también por la Europa occidental y por las clases medias y altas —las que tienen voz— de todo el hemisferio, y del lado comunista la convicción de que el sistema económico capitalista, con su individualismo y su inequidad, representaba una amenaza de las mismas proporciones contra la sociedad igualitaria que el socialismo estaba construyendo.

La batalla ideológica

En la Guerra Fría las ideas fueron tan poderosas como la amenaza de las armas de destrucción masiva. Detrás de este peligro patente, había otro que

preocupaba a ambas potencias: la pugna por establecer definitivamente su hegemonía —ideológica, económica, política y militar— más allá de su territorio. Pero el drama ideológico sobre el que giró la Guerra Fría es mucho más viejo. Se inició con la publicación, en 1948, del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels, y con la consolidación de su perspectiva política revolucionaria entre el movimiento obrero de buena parte de Europa. El *Manifiesto* fundamentaba históricamente y filosóficamente la Revolución, la expropiación de los explotadores.

Ya hemos dibujado una etapa de este conflicto, anterior a la Segunda Guerra Mundial y a la Guerra Fría, cuando describimos el mundo en el que creció Schwend: la República de Weimar. Las ideologías de izquierda, tanto el comunismo más radical como la mesurada socialdemocracia, tuvieron en esa época una oportunidad para convertirse en hegemónicas, con su promesa de igualdad y bienestar en el contexto del caos político y económico en que se encontraba Alemania. Contaban con una amplia base social conformada principalmente por la clase obrera industrial, “cuyo adoctrinamiento marxista [...] les imbuía un sentimiento de misión histórica”, como lo describe el historiador Norman Cohn (1983, p. 190). Pero ante su incapacidad de mantener la economía en equilibrio, el avance de las ideas y métodos radicales de la ultraderecha que los nazis aglutinaron con éxito terminó por vencer. El fascismo en Italia, el falangismo en España (que derrotó a un republicanismo de izquierda sumamente dividido), el nazismo alemán y otras formas ideológicas totalitarias hermanas del fascismo presentes en Bélgica, Checoslovaquia, Grecia, Hungría, Rumania, Yugoslavia y diversos territorios ahora bajo control soviético, tenían un factor común tanto con las ideologías liberales dominantes en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia —y sus colonias y regiones satélite en Asia, África y Latinoamérica— como en el discurso ideológico de la iglesia católica: el anticomunismo. Si los ingleses, los estadounidenses y los franceses no actuaron antes contra Hitler —por ejemplo, durante la anexión de Austria, el *Anschluss*, o durante la ocupación de Checoslovaquia, por mencionar dos coyunturas similares a la que provocó la guerra (la invasión de Polonia)—, en buena medida fue porque representaba un muro de contención contra el avance del comunismo. La doctrina comunista no ocultaba sus intenciones de expansión internacional, uno de los elementos que la hacían más temible desde tiempos de Marx, con base en el hecho de que los intereses “nacionales” no son los del pueblo sino los de las clases dominantes —las burguesías nacionales—, mientras que los trabajadores comparten su situación subalterna en la lucha de clases en todos los países y, por tanto, la abolición del Estado

burgués arrasará también con las fronteras nacionales. Si bien la revisión leninista reorientó la doctrina al espacio nacional con el fin de consolidar la Revolución soviética, y Stalin siguió esta orientación nacionalista al principio de su dictadura, durante la Segunda Guerra, la expansión territorial del sistema soviético, ahora convertido en totalitarismo, volvió a ser una opción porque estaba a mano.

La iglesia católica compartió desde un principio el temor a las ideas comunistas, no sólo por el patente ateísmo que promovía la perspectiva materialista que las fundamentaba (“la religión es el opio del pueblo”; uno de los eslóganes más socorridos del marxismo), sino porque también amenazaba instituciones consideradas por el catolicismo como sagradas: la familia, la autoridad del patrón y del padre, el derecho divino de la aristocracia y, especialmente, la propiedad privada. Desde la más alta jerarquía del Vaticano hasta el último sacristán de su base, la iglesia católica veía en el comunismo una encarnación de lo diabólico y, por tanto, los fascistas, fueran católicos —como en Italia, España o Bélgica— o no —como en Alemania—, representaban una garantía de resistencia contra la amenaza del demonio comunista. No sería sino hasta los años 70 —en plena Guerra Fría y como parte de sus procesos— que sectores de la iglesia católica, especialmente en Brasil y en países como Perú, México, Nicaragua y El Salvador, adoptarían ideas originadas en el marxismo y propondrían un catolicismo de izquierda, comprometido y revolucionario, conocido como “teología de la liberación” y organizado a través de la idea de comunidades de base entre las masas empobrecidas (uno de esos ejemplos de autonomía regional de la estructura eclesíástica de los que hemos hablado antes).

La amenaza de extensión del dominio nazi —no el exterminio de los judíos, que los Aliados dejaron pasar trágicamente aun sabiendo que se estaba llevando a cabo (cfr. Breitman y Goda, 2010)— obligaron a los Estados Unidos y a Inglaterra a plantearse una alianza con la Unión Soviética cuando esta fue invadida, no obstante haber firmado un pacto de no agresión con Alemania (que le había servido para repartirse Polonia con los nazis). La alianza con los soviéticos no hizo sino postergar la tensión ideológica entre capitalismo y comunismo que caracterizó a la Guerra Fría. A la iglesia católica, una fuerza política sin par en el mundo por sus alcances globales y su capacidad de influir decisivamente en su numerosísima feligresía, le fue, en cambio, imposible pactar con los comunistas, a quienes veía como una amenaza más temible aún que los nazis. Hasta el final, quizá no como un bloque pero sí de manera general, los representantes de la iglesia, y por ende la población católica de todo el planeta, apoyarían a

los nazis, considerándolos vanguardia de una especie de “guerra santa” contra el comunismo. La supervivencia del fascismo en España y Portugal hasta los años 70 —y su cruelmente tosca emulación por dictaduras militares latinoamericanas como las de Stroessner o Pinochet— no hubiera sido posible sin la bendición de la iglesia católica.

El comunismo tampoco era monolítico, pero era hegemónica la versión marxista entre los movimientos obreros europeos de fines del siglo XIX. Los anarquistas estuvieron activos en España, Grecia e Italia; en algunos momentos de América Latina —durante la Revolución mexicana de 1910-17, por ejemplo, una magra clase obrera se articuló en torno de la Casa del Obrero Mundial, de ideas anarquistas—, e incluso en los Estados Unidos hasta principios del siglo XX. En Europa, después de la disolución de la Primera Internacional Socialista y de la muerte de Marx, el marxismo se mantuvo como línea hegemónica en el pensamiento de izquierda, en torno de la lucha de clases que funcionaba como el motor del movimiento obrero —la lucha de clases es el motor de la historia en la filosofía marxista—, al que se articulaban cada vez más miembros del pueblo. Si bien la estigmatización del marxismo, de Marx como el “demonio rojo”, hicieron de la idea de lucha de clases un invento suyo, lo cierto es que, como señala Hannah Arendt (2007, pp. 15-16), Marx no inventó los hechos: la lucha de clases existe.

El fantasma que recorría Europa en el *Manifiesto* de Marx y Engels, recobró tremenda energía al finalizar la Segunda Guerra Mundial e instauró la división global en los campos comunista —al que habría de sumarse la poderosa y misteriosa China después del triunfo de Mao en 1949—, y el del autodenominado “mundo libre”; cada uno de ellos representado por organizaciones cumbre que aglutinaban sus intereses o imponían los de su liderazgo: La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), para los Estados europeos (más Canadá y los Estados Unidos como líder *de facto*) del “mundo libre”, y el llamado Pacto de Varsovia para el bloque socialista. El tratado que da nombre a la primera se firmó en 1949; su origen está en la idea de que la recién nacida Organización de Naciones Unidas (fundada en octubre de 1945) sería incapaz de mantener la estabilidad global dada la fuerte presencia de la expansionista Unión Soviética en su seno y sus continuos vetos a las mociones de los Estados Unidos e Inglaterra. La OTAN, superviviente de la Guerra Fría en nuestros días, es una organización de carácter militar y actúa desde entonces de manera independiente —incluso en contra— de la propia ONU. A mediados de los años 50, la OTAN incorporó a la República Federal de Alemania y autorizó así su rearme, pero rechazó reiteradamente las solicitudes de la Unión Soviética de ser incluida.

Entonces, la URSS formó su propia organización internacional militar, económica y política, el Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua que se firmó en la capital polaca en 1955 —el Pacto de Varsovia—, y desapareció a principios de los 90 con el colapso del bloque. A esta unión de naciones pertenecieron la URSS y sus estados satélite de Europa Oriental, e incluso China participó como observadora hasta su ruptura con los soviéticos en 1968.

El conflicto representado por estas dos ideologías y los sistemas políticos que fundamentaron caracterizó a la Guerra Fría tanto como la amenaza atómica. Desde la URSS se extendía la idea de que el sistema capitalista era sólo otra forma de imperialismo que instauraba la inequidad y la explotación inherentes al sistema en una dimensión planetaria; desde el otro lado se impulsaba la idea de que el comunismo habría de eliminar todo tipo de libertades para despojar a las personas e instaurar un régimen opresivo y totalitario. Ambas perspectivas, conformadas por medias verdades y exageraciones, funcionaban mediante la imposición de estigmas sobre la otra, y se enfrentarían incesantemente en campos de batalla indirectos, tanto militares y económicos como ideológicos y políticos.

En este contexto de división global en dos polos antagónicos se desarrollaron numerosos conflictos nacionales y regionales. Después de la Segunda Guerra Mundial, los restos de la expansión imperialista europea del siglo XIX dieron lugar a los procesos de descolonización en Asia y, especialmente, en África. Cada uno de los conflictos en los que una potencia europea se retiraba y se constituía una nueva nacionalidad, fueron escenario de la participación directa o indirecta de los contendientes en la Guerra Fría; la idea, esgrimida especialmente por los estadounidenses, era que se hacía necesario intervenir en estos conflictos para contener al adversario, de modo que pudiese aprovechar la crisis local para extender su dominio. El objetivo de la OTAN era evitar que en estos conflictos resultaran victoriosas las fuerzas comunistas influenciadas y financiadas por la URSS. Y viceversa.

Así, después de la división de Alemania en 1949, se sucedió una cadena de conflictos *proxy* o subsidiarios; el primero fue la guerra de Corea (1950-1953) que, como antes Alemania y después Vietnam, también terminó partida en dos: la del Norte, comunista apoyada por China y la URSS, la del Sur por los Estados Unidos. La muerte de Stalin en 1953 no habría de poner fin al conflicto, pero lo haría entrar en una nueva etapa. El diálogo —más bien un doble monólogo— se daría ahora entre un liderazgo soviético aparentemente más moderado, representado por las críticas a la era de Stalin hechas por el nuevo secretario general del Partido Comunista, Nikita Krushev, y

un liderazgo estadounidense más conservador en la persona del presidente Eisenhower (en este periodo sería relevado por un más liberal Kennedy, pero la política de Guerra Fría no se modificaría). A ellos les correspondería responder ante varios momentos de crisis, especialmente una oleada de protestas antisoviéticas en los estados satélite del Pacto de Varsovia, desde la revolución húngara, violentamente aplastada por los tanques soviéticos en 1956, hasta la crisis de Berlín que culminó con el levantamiento del muro en 1961.

El amplio conflicto de la Guerra Fría se extendería a los procesos africanos de descolonización e independencia, y entraría en agudas crisis a través de la escalada de violencia en Medio Oriente producida, por un lado, por la imposición del Estado de Israel, y por el otro por la búsqueda soviética de hegemonía en Irán y Afganistán. Uno de los momentos más sangrientos y de mayor peligro para el orden mundial se dio en los conflictos en el sudeste asiático —la guerra de Vietnam— en los 60 y 70, en la que de manera encubierta el presidente Nixon involucró a los limítrofes Laos y Camboya.

LA CONFERENCIA DE CHAPULTEPEC

Si bien lo que vendría a llamarse América Latina había orbitado, desde la época de sus independencias, a principios del siglo XIX, en la creciente esfera de influencia de los Estados Unidos, fue hasta la última década de aquel siglo que la llamada “Doctrina Monroe” (“América para los americanos”, eslogan de lectura ambigua donde “americanos”, en función de quién interprete, significa estadounidenses) se convirtió en un pretexto de intervención militar en cualquier caso en que los intereses estadounidenses estuvieran bajo amenaza. Fue obra de Theodor Roosevelt y dio forma a una coalición panamericana que en tiempos de la Guerra Fría y hasta la actualidad encontraría su institucionalización en la Organización de Estados Americanos, con base en acuerdos y recomendaciones que veinte países americanos formularon entre el 21 de febrero y el 8 de marzo de 1945 (dos meses antes del final de la guerra), en una reunión que hoy llamaríamos “cumbre”, conocida como Conferencia de Chapultepec. En el momento de la Conferencia, Argentina mantenía su neutralidad respecto a la guerra y no envió representación a la reunión aun cuando formaba parte de la Unión

de Repúblicas Americanas, el antecedente de la OEA. Los veinte países asistentes decidieron invitar a Argentina a firmar el acuerdo de cualquier manera; la declaración de guerra de Argentina se produjo un par de semanas después, el 27 de marzo, bajo una figura que no ponía en cuestión sus lazos con la Alemania nazi: en función de los acuerdos interamericanos vigentes a la sombra de la doctrina Monroe desde 1890, Argentina declaró la guerra a Japón por su agresión contra un Estado americano, y la declaración se hizo extensiva a Alemania por su condición de aliada de Japón (Corrêa da Costa, 2004, p. 473).

La Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz (1956) —título formal de la Conferencia de Chapultepec, que se conoce así por haberse llevado a cabo en dicho lugar de la Ciudad de México—, estableció aun antes del final de la guerra, el orden continental que serviría de marco para la Guerra Fría en Latinoamérica, al que se adhirieron incluso países que representaban alguna oposición a la hegemonía estadounidense en el continente, como el caso de Argentina. La iniciativa de realizar una reunión continental no ordinaria para tratar los problemas de la guerra al otro lado del Atlántico (y del Pacífico), surgió oficialmente del gobierno mexicano, pero es claro que, en plena guerra, no se habría realizado sin conocimiento del gobierno de los Estados Unidos (seguramente la iniciativa surgió allende el río Bravo, con la “sugerencia” de que la convocatoria la hiciera el paisito del sur). Las actas de la Conferencia incluyen un conjunto de medidas que ilustran el clima de cooperación de los gobiernos americanos en general con los Aliados y el establecimiento de una política de bloque aparentemente consensuada entre todos ellos pero claramente liderada por los Estados Unidos con la colaboración, en primer lugar, del gobierno mexicano que en ese momento ya había dejado atrás los coqueteos socialistas del régimen de Lázaro Cárdenas. Entre las resoluciones de la Conferencia aparecían primero: la institución de un organismo militar permanente que sustituiría a la Junta Interamericana de Defensa para una “mejor colaboración militar” y la propuesta de que todos los Estados americanos “ejercen el control más completo sobre la producción y distribución de los armamentos y eliminen, así, los móviles de lucro en el tráfico de los mismos”. La Conferencia también abordó y repudió los crímenes de guerra que se habían cometido y se estaban cometiendo en la conflagración entre el Eje y los Aliados y previó que “los individuos que han perpetrado tales crímenes pueden haber encontrado refugio, o pueden [buscarlo] en territorio de las Repúblicas americanas”. Ante esta posibilidad, la Conferencia suscribió los acuerdos que al respecto habían adoptado los Aliados en 1943 y resolvió “recomendar a los

Gobiernos de las Repúblicas americanas que no concedan refugio a los culpables” y que:

[...] a petición de cualquiera de las Naciones Unidas [...] entreguen los individuos acusados de tales crímenes a la Nación Unida requeriente o a la custodia de los organismos de las Naciones Unidas que se establezcan para juzgar y castigar a tales criminales”.

Las resoluciones de la Conferencia de Chapultepec preveían que al terminar la guerra los nazis podrían buscar refugio en América, pero ante esta posibilidad no pudieron —o no quisieron— establecer ordenamientos legales definitivos, sino que se detuvieron en el plano de la recomendación; un conjunto de sugerencias que, en incontables ocasiones, no se seguirían al pie de la letra por los gobiernos firmantes. Es necesario aclarar que en marzo de 1945 la Organización de las Naciones Unidas aún no había sido creada —no lo sería sino hasta octubre— y aún existía la figura de la Sociedad (o “Liga”) de las Naciones emanada de la Primera Guerra Mundial, pero cuyo prestigio y efectividad se habían venido abajo al estallar la Segunda. Así, a lo que se refiere el texto del Acta de la Conferencia de Chapultepec cuando habla de Naciones Unidas, son específicamente las potencias que conocemos como Aliados en la Segunda Guerra Mundial.

Otro tema de gran importancia para el orden de posguerra que se establecería en el continente a partir de entonces fue el de la “Eliminación de Centros de Influencia Subversiva y Prevención contra la Admisión de Deportados y Propagandistas Peligrosos” (capítulo VII del Acta final). Los gobiernos representados definieron aquí una posición que harían valer al iniciarse el conflicto bipolar. Las dos primeras consideraciones eran muy claras: “Que las Repúblicas americanas han afirmado su adhesión al ideal democrático y que conviene velar por su integridad”, y “Que la propagación de doctrinas totalitarias en este Continente pondría en peligro el ideal democrático americano”. Es particularmente interesante el hecho de que al desglosar estas consideraciones, la Conferencia definía a esas “doctrinas totalitarias” exclusivamente como aquellas pertenecientes a “los países del Eje y sus satélites”, es decir, aún no se había incluido en ese paquete al comunismo soviético (estando la guerra aún en marcha, la URSS seguía siendo un factor fundamental contra Alemania), pero las bases para hacerlo quedaban claramente establecidas. Se hablaba en Chapultepec de las “medidas amplias, tendientes a prevenir actividades subversivas por parte de los países del Eje y de sus satélites” que se habían recomendado en la Tercera

Reunión de los Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas americanas, realizada en Rio de Janeiro ya en enero de 1942. En este sentido, el de la adaptación de estos acuerdos al contexto que ya se vislumbraba de confrontación “fría” con el bloque soviético, la Conferencia recomendó que se estudiara una propuesta de la delegación guatemalteca para que fuera suscrita en reuniones posteriores. Su título era: “Defensa y Preservación de la Democracia de América Frente a la Eventual Instalación de Regímenes Antidemocráticos en el Continente”.¹

La Conferencia de Chapultepec también ratificó un largo proceso de construcción en derecho internacional interamericano, iniciado en 1890 con la creación de la Unión de las Repúblicas Americanas, antecedente de la OEA, mediante el cual los países del continente habían ido estableciendo los principios de no intervención en los asuntos internos de cada uno, de mediación conjunta a fin de evitar el estallido de conflictos armados entre miembros de esta comunidad continental de naciones, y de solidaridad ante agresiones de Estados de otros continentes. Se citó específicamente un acuerdo adoptado en la Habana en 1940, en la Segunda Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores: “[...] todo atentado de un Estado no americano contra la integridad territorial o la inviolabilidad del territorio, contra la soberanía o la independencia política de un Estado americano, será considerado como un acto de agresión contra todos los Estados americanos”, como pudimos ver en las motivaciones citadas por Argentina para declarar la guerra al Eje y suscribir el acta de Chapultepec —aunque no hubiese asistido a la conferencia—, a invitación de los veinte países firmantes.

Otro asunto importante de la Conferencia de Chapultepec se encuentra en el capítulo XIX del Acta, “Control de Bienes en Manos del Enemigo”, en el que se abordaron los problemas relacionados con los recursos financieros de los países del Eje en territorio americano, ya presentes o por venir. Entre sus consideraciones mencionaba:

Que hay motivos para creer que Alemania y el Japón, a pesar de su segura derrota, intentarán de nuevo ocultar sus bienes y aquellos de que se han apoderado indebidamente y que han trasladado a otros países, a fin de costear en la posguerra toda clase de actividades perjudiciales a la seguridad del Hemisferio Occidental y del mundo en general;

¹ Una cruel ironía de la historia ha hecho que fuera precisamente en Guatemala donde tuviera lugar el primer conflicto *proxy* de la Guerra Fría en el continente: el golpe de Estado organizado por la CIA que depuso al gobierno democrático y progresista de Jacobo Arbenz, e instauró una dictadura militar genocida en junio de 1954.

[...] que, por ende, deberán adoptarse [...] las medidas necesarias a efecto de facilitar la localización y la restitución de los bienes de que indebidamente se ha privado a los pueblos de los países ocupados y de descubrir bienes ocultos y determinar lo que hubiere de hacerse con ellos [...] con el objeto de evitar la posibilidad de que Alemania y el Japón vuelvan a estar en condiciones de provocar y hacer la guerra [...]

Estos problemas también se tocaban desde el punto de vista de la inmigración en un sentido que, si bien no impidió a cientos de criminales nazis establecerse en América, sí planteó una justificación legal para el combate al comunismo que vendría después:

Que es de todo punto inconveniente la radicación, en territorios de los Estados americanos, de extranjeros dispuestos a conspirar contra el histórico y colectivo ideal democrático de dichos Estados, o contra sus instituciones;

Que es, asimismo, inconveniente la radicación en los mencionados territorios de extranjeros que reciban o cumplan instrucciones y órdenes de Gobiernos, Organizaciones o Partidos del exterior, destinadas a preparar guerras, conflictos o perturbaciones de cualquier índole [...]

RESUELVE:

1º. Recomendar a los Gobiernos de las Repúblicas americanas que adopten medidas para impedir [...] la radicación en sus respectivos territorios de individuos o grupos de individuos capaces de constituir un peligro para la independencia, la integridad o las instituciones de dichas Repúblicas.

De haberse aplicado, los compromisos derivados de estas consideraciones habrían dejado —por poner un ejemplo— a Friedrich Schwend sin capital: los países americanos resolvían en Chapultepec que fortalecerían medidas existentes y establecerían nuevas para localizar y “congelar” bienes que pudieran ser utilizados por el enemigo incluso habiendo sido derrotado. Específicamente se mencionaban “Medidas para evitar [...] toda posibilidad de que las Repúblicas americanas sean utilizadas como asilo para bienes de que se haya privado indebidamente a otros pueblos”, y se definían esos bienes como “aquellos de que el enemigo se haya apoderado por despojo, saqueo, violencia, fraude, intimidación y otros actos semejantes”.

La Conferencia de Chapultepec continuaba en su enumeración de temas relacionados con la paz que debía establecerse después de la guerra por extensión de cientos de páginas. El texto final del Acta excede las cuatrocientas páginas en las que se llamaba, aparte de los temas que hemos

comentado, a la creación de entidades interamericanas que atendieran la restauración del libre comercio después de las restricciones impuestas por el esfuerzo de guerra; que velaran por la continuidad en la conquista de derechos políticos para las mujeres; que aportaran conocimiento y colaboración para hacer de la educación un factor de progreso (mediante un “Instituto Interamericano de Educación”) y para extirpar de ella todo lo relacionado con la discriminación de cualquier tipo y para fortalecer los valores democráticos; que se comprometieran en la protección de los derechos humanos (los “Derechos Esenciales del Hombre” era su abordaje). El paso siguiente iba encaminado a la organización de una estructura socioeconómica que fuera capaz de soportar estos loables objetivos: se hablaba de producción y abastecimiento, salubridad, producción, transporte, desempleo, desarrollo industrial, inversión, elevación de niveles de vida, en fin, todo lo que se afianzaría una vez terminada la guerra con el llamado “Consenso de Washington”.

Una de las secuelas inmediatas de la Conferencia de Chapultepec fue el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), conocido como Tratado de Rio de Janeiro, que firmaron en septiembre de 1947 Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Estados Unidos, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela, al que se adhirieron después Nicaragua, Ecuador, Trinidad y Tobago y las Bahamas. El TIAR es un pacto de mutua defensa que formaliza la “doctrina de defensa hemisférica” recomendada por la Conferencia de Chapultepec:

[...] un ataque armado por cualquier Estado contra un Estado Americano, será considerado como un ataque contra todos los Estados Americanos, y en consecuencia, cada una de las Partes Contratantes se compromete a ayudar a hacer frente al ataque en ejercicio del derecho inmanente de legítima defensa individual o colectiva que reconoce el Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. (OEA, 1947, art. 3.1)

Como pacto multilateral de defensa, el TIAR precedió a la propia OTAN, y su seguimiento y ejecución quedaron bajo la responsabilidad de la flamante Organización de Estados Americanos, creada en abril de 1948. A lo largo de su vigencia ha tenido una vida agitada pero no ha sido nunca puesto en práctica, aun cuando fue invocado en casos como el de la guerra entre Honduras y El Salvador en 1969 entre muchos otros. La guerra de las Malvinas entre Argentina y el Reino Unido en 1982 representó un conflicto

de interés para los Estados Unidos, miembro del TIAR y la OTAN al mismo tiempo, y en esa ocasión, naturalmente, prefirió cumplir sus responsabilidades atlánticas sobre las continentales. Más tarde, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos invocó la puesta en marcha de un TIAR ya deslegitimado, mientras otros países lo cuestionaban y eventualmente lo abandonaban por considerarlo obsoleto (seis de los veintitrés países que lo firmaron ya se han retirado: Bolivia, Cuba, Ecuador, México, Nicaragua y Venezuela). Pero (casi) nada indicaba, a fines de los años 40, que podía darse un conflicto armado entre una república americana y una potencia como el Reino Unido: las motivaciones del TIAR eran las mismas que las de Chapultepec: el desmantelamiento del Eje y el inicio de la confrontación “fría” contra la Unión Soviética. El objeto en 1948 era la puesta en marcha de lo que se conoce como la “teoría de la contención”, un elemento clave de la Guerra Fría, en el que el combate a la expansión e intervención soviéticas en un hemisferio dominado por los Estados Unidos no se daría de manera frontal sino mediante la obstaculización de su avance en los procesos políticos, económicos e ideológicos locales.

Así, la Conferencia de Chapultepec sentó las bases para un objetivo directo e inmediato —la conclusión de un esfuerzo de guerra coordinado de los países latinoamericanos al lado de los Aliados para alcanzar tan pronto como fuera posible la derrota total de Alemania y Japón— a la vez que las de objetivos menos inmediatos y bastante más ambiguos: la lucha contra el comunismo en la que tantos derechos humanos serían violados y tantos acuerdos de respeto soberano serían pisoteados. Al iniciarse y recrudecerse la Guerra Fría —especialmente después del triunfo de la revolución cubana—, los acuerdos de Chapultepec brindarían el contexto geopolítico necesario para las acciones que habrían de venir en cuanto a la contención del comunismo (cuyo momento climático sería el derrocamiento de Allende en Chile y la puesta en marcha de la operación Cóndor); la organización de la economía hemisférica (iniciándose los procesos que llevarían, en el ocaso del siglo xx y los albores del XXI a la firma de tratados de libre comercio) y la consolidación política de las naciones americanas en su alineamiento con los Estados Unidos, como se puede ver en el Grupo de Lima y sus acciones en torno de la problemática venezolana a partir de 2017.

Como ejemplo del impacto de la Conferencia de Chapultepec durante el medio siglo posterior a la guerra, podemos citar comentarios confidenciales del Departamento de Estado de los Estados Unidos que en 2007 aún ponía atención sobre el papel de Argentina en la protección de capitales y bienes nazis, que había sido uno de los temas de investigación de la CEANA

entre 1998 y 2001. Un documento confidencial del Departamento de Estado, fechado el 18 de noviembre de 2007, hace referencia a la firma del Acta de Chapultepec por la Argentina, describiendo lo que para el gobierno de los Estados Unidos representó la Conferencia: “la piedra angular del acuerdo de cooperación para la posguerra de las repúblicas americanas” (FOIA, Tripartite Gold Commission Search, 0022).

Pero, antes de la revolución cubana, ¿de qué envergadura era la “amenaza comunista” en Latinoamérica? Aunque desde principios del siglo xx, las ideas socialistas se habían abierto camino en América, no habían logrado imponerse de manera definitiva; quizás el más largo alcance que tuvieron se dio en el México de Lázaro Cárdenas, que estableció una política de diálogo con los soviéticos y cometió el “pecado” económico de nacionalizar la industria petrolera, así como el ideológico de llamar “socialista” a la educación pública de su régimen. Pero estuvo lejos de ir más allá de un uso retórico del lenguaje socialista, pues fue en realidad un gobierno populista y nacionalista que permitió el desarrollo de la iniciativa privada aunque con fuerte participación estatal, y su sucesor devolvió la política de ese país a los cauces de la derecha y al acuerdo con los Estados Unidos.

En el Perú, la ideología marxista —y la cercanía con la Unión Soviética— fue representada por el más importante teórico latinoamericano del socialismo científico: José Carlos Mariátegui, aunque el movimiento socialista que encabezó, teniendo que luchar a dos bandas, contra la oligarquía y contra la izquierda nacionalista y populista del Apra —gemela de los partidos que se convertirían en el PRI en México—, no logró hacer mella en el Estado al que se enfrentó.

Una vez desatada la Guerra Fría, América Latina se convirtió —con base en ese *corpus* de tratados y acuerdos continentales que se inició en 1890— en un relativamente sólido bastión del bloque alineado con el “mundo libre”. Las economías latinoamericanas se habían visto beneficiadas como aportantes de materias primas para el esfuerzo bélico de los Aliados y casi todos los países de la región habían declarado la guerra al Eje o al menos roto relaciones diplomáticas, siendo los primeros Cuba y Costa Rica y los últimos Chile y Argentina, quizás los dos países más cercanos al nazismo hasta ese momento, especialmente en su opinión pública. A partir de 1948, Argentina sería el país a donde más fácil y masivamente, nazis, fascistas y ustachas en fuga encontrarían refugio. No sorprende que, durante el mandato peronista, hasta finales de la década de 1950, Argentina fuese el único país latinoamericano que presentó cierta oposición al dominio continental estadounidense, oposición que Chapultepec y el TIAR ayudaron a contener.

Pero América Latina no fue la excepción en cuanto a convertirse en espacio de confrontación indirecta de las potencias polarizadas en la Guerra Fría. La penetración de las ideas de izquierda, si bien pudo ser autónoma en algunos momentos y en ciertos lugares, fue intensamente impulsada por los soviéticos —y luego, de manera un poco menos indiscreta, por los chinos de Mao—, cuya Komintern (una especie de policía ideológica encargada de mantener la ortodoxia marxista-leninista e impedir cualquier “revisionismo” o “reformismo”) se encargó de formar a buena parte de los cuadros socialistas que presentarían batalla en el subcontinente. La acción contraria de los Estados Unidos no se haría esperar. En 1954, como primer ejemplo, el presidente guatemalteco Jacobo Árbenz, democráticamente electo, había iniciado un proceso de revisión del papel del gigante agropecuario estadounidense United Fruit Company —desde el proceso legal a sus violaciones a derechos y leyes laborales hasta la expropiación de tierras en su poder—, y se había aproximado al Partido del Trabajo, representante del comunismo local, lo que fue interpretado por la CIA como una amenaza directa de la Unión Soviética: “una conspiración soviética busca golpear a América [Estados Unidos] en su propio traspatio” (Cullather, 1999, p. 27). Esta idea, que iba más allá de la paranoia macartista —una neurosis colectiva de violento pánico ante lo comunista desatada en los 50 por el senador Joseph McCarthy—, se convirtió en justificación de una sangrienta intervención (con el nombre clave de operación Éxito) para el derrocamiento de Árbenz, eludida como tal al llamarla “guerra civil”. La fórmula era paradigmática de las guerras subsidiarias de la Guerra Fría: partía con la acusación de manipulación soviética y seguía con la decisión de intervenir armando y financiando a un grupo rebelde y apoyándolo en secreto a través de redes encubiertas de espionaje y acción militar. Más adelante, el investigador Ronald Schneider probaría que no hubo evidencia de enlaces entre el gobierno de Árbenz y la Unión Soviética (Cullather, 1999, p. 27). Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer publicaron en 1982 un acucioso estudio sobre la intervención estadounidense en Guatemala, en el que respondían alarmantemente la siguiente pregunta: “¿Era Árbenz una amenaza real para los Estados Unidos o solamente era un peligro menor para un dominante monopolio estadounidense, la American Fruit Company?” (Schlesinger y Kinzer, 1999, p. XIII). A partir de su investigación surge un patrón de intervención a través de la CIA, en todo el mundo, que caracterizará el papel de los Estados Unidos en la Guerra Fría.

El punto climático de la Guerra Fría en América Latina vino, sin embargo, un lustro después del golpe guatemalteco, y aunque en principio

tampoco contó con una decidida intervención soviética, sus secuelas sí lograron que los comunistas finalmente establecieran su “cabeza de playa” en la puerta del “traspacio” estadounidense, a sólo unas decenas de kilómetros de Miami: la revolución cubana. Es historia conocida y sus efectos perduran hasta hoy. Las encarnaciones de la Guerra Fría en Cuba no se detuvieron con el triunfo de la revolución; casi inmediatamente después, los Estados Unidos financiaron, entrenaron y enviaron a los rebeldes cubanos exiliados en Miami para realizar la fallida invasión de Bahía de Cochinos y, pocos meses más adelante, el Che Guevara, como ministro de Industria en la isla, provocaba una de las crisis que han estado más cerca del enfrentamiento fatal entre las superpotencias: la de los misiles soviéticos, que logró ser resuelta por la vía diplomática apartando de las negociaciones al gobierno de Fidel (y al Che de la administración pública cubana, para encargarlo de exportar revolución, primero al Congo y luego a Bolivia). Una de las ocasiones en que el TIAR fue invocado —en el desierto—, fue precisamente cuando se inició el bloqueo comercial contra Cuba en 1962.

La Guerra Fría en su versión latinoamericana encontraría numerosos puntos de fuga además de los mencionados: la larguísima guerra civil en Guatemala, desatada en 1960 como secuela de la imposición de un gobierno militar por los Estados Unidos, y que se prolongó con resultados genocidas hasta los años 90 (la presencia en nuestros días de tropas de élite antisubversivas formadas en Guatemala durante este periodo, los “kaibiles”, en las filas del narcotráfico mexicano indican que sus consecuencias aún no han terminado); las intervenciones en el conflicto armado colombiano desde los años 60 ¡hasta nuestros días!; “el portañazo” en Venezuela en 1963; el golpe de Estado de 1964 en Brasil para detener el avance del socialismo; el apoyo a los gobiernos militares de Bolivia de los 60 y 70 —y con ellos al papel que jugaron Barbie y sus terroristas en ese país andino—; la invasión y ocupación estadounidense de la República Dominicana en 1965-66 para evitar la formación de “otra Cuba” en el Caribe; el golpe de Estado de Pinochet en Chile para desbaratar la “amenaza comunista” que representaba Allende, y la instauración de una dictadura de extrema derecha hasta 1990; el golpe de Estado de 1973 en Uruguay; el de 1974 en Argentina; el complejo proceso de guerra civil en El Salvador a partir de los 80, en el que los bandos contendientes contaban con el apoyo de las dos potencias; la operación Cóndor, alentada por la CIA, en la que los gobiernos militares de Sudamérica se aliaron para concertar acciones antisubversivas; la orquestación de la “Contra” nicaragüense a principios de los 80 para derrocar a la revolución sandinista (proceso en el que además se entretejió la lógica de la Guerra Fría en

Irán, el “caso Irán-Contras”); la invasión de Granada en 1983 para romper la alianza con Cuba y la URSS que la isla había establecido; la invasión de Panamá en 1989 para reforzar el control de los Estados Unidos sobre el canal, bajo el pretexto de derrocar el régimen corrupto de Noriega que los mismos estadounidenses habían colocado ahí, y finalmente —aunque este listado dista de ser exhaustivo—, el apoyo y entrenamiento militares en casi todos los países del continente para enfrentar movimientos subversivos, como ocurrió con el estallido del terrorismo en el Perú a partir de 1980.

AMÉRICA LATINA Y LOS ALEMANES

En Sudamérica hubo una importante presencia alemana desde años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Gerald Astor (1985), biógrafo de Mengele, señala que hacia la década de 1940 solamente en Brasil había novecientos mil alemanes o descendientes de alemanes, en Argentina doscientos mil y en Paraguay treinta mil. Estos alemanes y su descendencia no sólo eran numerosos sino que conservaban tradiciones e idioma, y eran educados en escuelas alemanas, en las que durante el ascenso del nazismo en Alemania, se inocularon “los valores del Tercer Reich”; una mirada cinematográfica de esta situación puede verse en los *flashbacks* del film *Wakolda* de la realizadora argentina Lucía Puenzo (2013), que desarrolla la hipótesis de un Mengele continuando sus experimentos inhumanos en Argentina. Pero la influencia nazi no se redujo a las colonias alemanas sino que afectó también a partes considerables de la población local, como en el caso de Paraguay, donde existía una rama del partido nazi desde cuatro años antes del ascenso de Hitler al poder. La situación en la mayoría de los países latinoamericanos, si bien no tan tempranamente, no era distinta.

Sin embargo, es de suma importancia aclarar que la presencia de nazis y de simpatizantes entre los ultraderechistas latinoamericanos opuestos a las tendencias populistas —que a sus ojos parecían colectivistas—, no significa que los países y sus gobiernos también lo fueran, ni que la sociedad civil de cada uno se alineara en bloque con su ideología. Así como, gracias a la documentación aportada por Goñi, podemos conocer la alianza que existió entre el gobierno de Perón en la Argentina con los nazis antes, durante y después de la guerra, otros documentos y acciones nos muestran países

latinoamericanos en donde los gobiernos rechazaron y condenaron al nazismo tempranamente, incluso antes de romper relaciones con Alemania o declararle la guerra sumándose a los Aliados. Un ejemplo notable fue la publicación, en marzo de 1943, de *El libro negro del terror nazi*, un documento con “testimonios de escritores y artistas de 16 naciones”, ilustrado con grabados y fotografías de diversos autores, y con textos de escritores entre los que destaca Thomas Mann. El libro fue publicado en México bajo la coordinación del escritor Antonio Castro Leal, con “el patrocinio de los señores General Manuel Ávila Camacho, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos; Doctor Manuel Prado, Presidente del Perú, y Doctor Eduardo Benés, Presidente de Checoslovaquia” (Castro Leal *et al.*, 1943).

Aun después de la guerra, la presencia nazi existió incluso en círculos oficiales; varios embajadores de Alemania Occidental en Latinoamérica tenían un pasado nazi, como fue el caso del embajador en Lima entre 1967 y 1973, Robert von Förster, que había trabajado como jurista en las cortes alemanas de Celle durante el dominio de Hitler, o el de Bolivia, Georg Graf zu Pappenheim, miembro número 3 733 118 del partido Nazi (HIS, NKZ R006), activo en el servicio exterior desde 1936, una época en la que el espionaje se canalizaba a la Abwehr a través del canal diplomático (Astor, 1985, p. 208).

El contexto de preguerra favorable a las comunidades alemanas y entre ellas a los nazis, fue un aliciente para los criminales que huyeron después de la derrota de Alemania y comenzaron a llegar a Sudamérica. Los números varían en las diversas fuentes que han abordado este problema, y el seguimiento en cada país se ha realizado de formas poco consistentes como para tener estadísticas generales, pero es claro que esta migración —dejando aparte a Argentina, donde la presencia nazi fue considerablemente más numerosa y contó con la anuencia de sucesivos gobiernos a partir del de Perón (Goñi, 2002)— no ejerció especial presión sobre países en particular, pues los fugitivos eligieron como lugares de residencia, además de Argentina, principalmente Chile, Paraguay y Brasil, y en menor medida el Perú, Ecuador, Uruguay y Bolivia.

Lo sucedido en Argentina es, con mucho, lo más dramático y, aunque otros países cuentan con casos extremos como los de Rauff en el Chile de Pinochet, Mengele en Paraguay y Brasil o Barbie en Bolivia, el problema alcanzó en Argentina tintes colectivos, al grado de que el Estado mismo emprendió un proceso de investigación sobre su pasada complicidad con los nazis en fuga —y aun antes—, encabezado por un grupo de expertos colegiados en la Comisión de Estudio de las Actividades Nazis en la República

Argentina (CEANA), cuyo informe final, publicado en 1999, cuenta más de novecientas páginas. Mateo Sanfilippo describe la lectura que realizaron durante la Guerra Fría tanto la opinión pública como los propios servicios secretos, sobre el paradero de los nazis no apresados al final de la guerra. La fantásica idea general era que la mayoría de ellos habían sido absorbidos por el bloque soviético. Siendo parcialmente conocido que muchos nazis habían encontrado refugio en la Argentina de Perón, y que este notable político era el único en el hemisferio que no se alineaba con los Estados Unidos, dice Sanfilippo:

[...] el *New York Herald Tribune* publicó un artículo sobre el peligro de una nueva alianza nazi-soviética. El artículo fue reimpresso por *Die Standpunkt* el 16 de diciembre de 1949. En esa ocasión dicho diario añadió la idea de que la nueva alianza nazi-soviética era alimentada por un grupo de “nacionalistas” alemanes que habían migrado a Buenos Aires, en donde publicaban *Der Weg*. (Sanfilippo, s. f.)

Der Weg (*El Sendero*) era una revista de ultraderecha en castellano y alemán publicada por la editorial Dürer de Buenos Aires. Había sido fundada por Eberhard Fritsch (un ex líder de las Juventudes Hitlerianas), para que nostálgicos nazis en el exilio difundieran a través de ella ideas extremistas del nacionalsocialismo. Hablaban sobre política con acentuado tono antisemita y no dudaron en utilizarla como medio para buscar su ingreso a la política en Alemania Occidental, hasta que su circulación fue prohibida. En sus páginas aparecieron textos de Reinhard Kopps (ex SS, editor del pasquín), Johann von Leers (SS encargado de prensa de Goebbels, a quien hemos conocido al hablar de esoterismo); Gerhard Bohne (SS que orquestó la política de eutanasia nazi), Hans-Ulrich Rudel (héroe de la Luftwaffe, asesor de la aviación argentina de Perón, amigo de Skorzeny, comerciante de armas y candidato neonazi a la presidencia en Alemania Occidental); Rudolf Hess (que escribiría desde su reclusión en Spandau), e incluso del obispo Alois Hudal, principal orquestador del apoyo eclesástico a la fuga de criminales de guerra nazis. Sería alrededor de este círculo de nazis en la Argentina que Wilhelm Sassen, el periodista nazi holandés, grabaría y transcribiría los testimonios de Eichmann que se utilizaron en su juicio en Israel y que, después de la más pomernorizada y atenta revisión le han permitido a Bettina Stangneth derribar el mito del “burócrata que cumplía órdenes”, a través del que Hannah Arendt llegó a la idea de la “banalidad del mal”. *Der Weg* tenía una ávida lectoría tanto en Argentina como

en Alemania, donde circuló de manera ilegal después de su prohibición. Stangneth la describe como “abiertamente antisemita, racista, nacional-socialista, como si el Tercer Reich nunca hubiese colapsado” (2014, p. 78). En sus páginas, cuyos artículos —sobre “la mentira de los seis millones”, “La solución de la cuestión judía” o “El Reich y la Orden del Sol”— leían muchos alemanes, había publicidad hasta de agencias de viajes y especialmente de una especie de club llamado Kameradenwerk que tenía como centro las aspiraciones políticas de Rudel y alrededor de la cual circulaban no sólo los nazis de Bariloche y Buenos Aires sino también los de otros países, como el notorio caso de Klaus Barbie desde Bolivia —bajo el pseudónimo de Altmann— y, de su mano derecha, Schwend el del Perú. Como veremos más adelante, los contactos y relaciones que Barbie y Schwend establecieron gracias al Kameradenwerk les permitieron ampliar los alcances de sus negocios de comercio, contrabando y tráfico, incluido el de armas. Farago comenta que, en el caso de Barbie en Bolivia, el nombre Kameradenwerk era intercambiable con el de la mítica ODESSA.

LA ULTRADERECHA Y LA ESTRATEGIA DE LA TENSION

La Guerra Fría y su orden bipolar del mundo trajo consigo los conflictos subsidiarios o *proxy* de los que hemos hablado, en los que luchas de largo aliento, como la descolonización de África y Asia, adquirieron matices políticos que las convertían en piezas del ajedrez global. Pero muchas de las fuerzas en juego no respondían a carta cabal a los intereses de los polos en conflicto. Las redes de distribución del poder, que alcanzaban un tejido microscópico, pasaban por grupos con intereses específicos, concretos, los cuales podían jugar a favor de la visión de equilibrio de alguno de los polos, sin representarlo “oficialmente”. Por otra parte, las visiones generales del mundo resumidas en “comunismo contra capitalismo” ocultaban una gama de posiciones diferentes entre sí y, a veces, contrapuestas y con agenda propia. Si la ruptura entre la Unión Soviética y China impactó de manera determinante el tipo y la forma de actuar de numerosos movimientos revolucionarios a lo largo y ancho del planeta, del otro lado había también posiciones irreconciliables que lo único que tenían en común era un abstracto anticomunismo.

Lo que comenzó con la guerra de Corea, con la destitución del gobierno de Árbenz en Guatemala y con la revolución cubana, estallaría en decenas de conflictos revolucionarios en sociedades postcoloniales, pero también en la presencia de grupos civiles movilizados y de grupos armados, paramilitares, que emprenderían el combate contra los comunistas por sus propios medios. Ante movimientos radicales revolucionarios de inspiración comunista, ya fuera que orbitaran alrededor de la Komintern, de la perspectiva maoísta, del trotskismo como disidencia soviética o de algún otro esquema independiente, movimientos que la prensa y los líderes de opinión dieron en llamar de “ultraizquierda”, aparecieron o reaparecieron también distintas formas de acción violenta que constituirían lo que genéricamente calificamos como “ultraderecha”, la derecha terrorista.

Ciertas características del clima en Alemania que describimos al inicio de esta investigación, cuando abordamos la República de Weimar en la que crecieron los principales protagonistas de nuestra historia, parecían repetirse en la escena global de los años 50, 60 y 70. Así como la Alemania de Weimar, en medio de su desordenada búsqueda de nueva identidad y de su deblace económica, fue el escenario de una explosión artística y cultural sin precedentes, una especie de época dorada del teatro, la música, la arquitectura, las artes visuales y el diseño, del mismo modo los años 60 serían testigos de nuevos discursos culturales, nuevas narrativas, nuevos sonidos, nuevas experiencias sociales, sin precedentes en la sociedad moderna. Como en Berlín o Múnich en la década de 1920, en los años de posguerra, comunistas radicales y fascistas o neofascistas se enfrentarían en el plano ideológico y cultural tanto como en las calles de muchas ciudades y en las sierras y selvas vírgenes de la periferia planetaria. Los “movimientos de liberación nacional” —un nombre casi genérico para las luchas que se iniciaron en todas las latitudes—, de inspiración siempre marxista pero con lealtades políticas y coyunturales diversas, optaban por la violencia como recurso para la transformación social y eran pronto contestados por la violencia “legítima” de Estados constitucionales o por la aún más cruel y letal de gobiernos golpistas, siempre militares, casi siempre de corte fascista o profascista, “legitimada” por el simple hecho de gravitar en la órbita del capital. Hemos dado ejemplos al hablar de la Guerra Fría que sería ocioso repetir aquí. Lo que nos interesa particularmente es el papel que jugaron los nazis fugitivos en este desequilibrio, en los lugares donde se establecieron o desde ahí, ejerciendo presión para impactar en sus países de origen; especialmente en Alemania y Austria, pero también en los países en los que el fascismo de viejo cuño aún dominaba, como España, Portugal y Grecia; en

los que buscaba volver, como Francia, Bélgica, Italia o Croacia (Yugoslavia); en los que nunca había conquistado, como los Estados Unidos, Inglaterra, Suecia; en los que se asumían como “enemigo de mi enemigo” —el Medio Oriente, con Egipto y Siria a la cabeza—, o en los que la amenaza comunista se hallaba detrás de cualquier protesta popular, lo que pronto se llamaría “Tercer Mundo”.

Así, mientras la Unión Soviética, China y Cuba exportaban revolución, los servicios de inteligencia de la OTAN hacían oídos —casi— sordos ante las actividades de grupos ultraderechistas de inspiración nazi-fascista cuyo ciego combate contra el comunismo ayudaba a mantener el “equilibrio” de la Guerra Fría, aunque en su proceso “rompieran platos”. Es en este espectro de las ideologías de ultraderecha donde podemos entender algunas de las acciones de las redes de ex nazis y las formas en las que establecieron ciertos tipos de continuidad para lograr relevos generacionales que llegan hasta nuestros días. Si los guerrilleros de Sierra Maestra, del río Congo, de las montañas Atlas o de las selvas de Tay Nguyen contaron con el apoyo de chinos y soviéticos, los dictadores militares populistas de mediados del siglo xx tuvieron nazis a la mano —y el silencio cómplice de la CIA, el BND, el MI6 y otros servicios secretos—.

Schwend se inició en el tráfico de armas y divisas siendo muy joven, en plena era de Weimar. Sus habilidades le valieron una incorporación especial y privilegiada al régimen nazi; la posición que ocupó entre 1943 y 1945 no sólo le dio la oportunidad de enriquecerse con negocios ilegales y mercados negros, sino también la de cumplir con objetivos de inteligencia relacionados con la desactivación de milicias antinazis o el apoyo a aquellas anticomunistas que comulgaban con el régimen de Hitler, como, muy especialmente, los ustachas croatas. Al término de la guerra, esta experiencia en inteligencia pareció ser útil para los Aliados, y Schwend se convirtió en un informante sobre actividad comunista en los Balcanes y el Tirol, hasta que llegó el momento de su fuga. Nada impediría que, ya establecido en el Perú, especialmente después de 1955, cuando recuperó su identidad y abandonó la del desplazado croata, siguiera dedicándose a los mismos negocios, tanto el de los delitos financieros como el de tráfico de información de inteligencia relacionada con actividad subversiva comunista. Durante el primer gobierno de Belaúnde tuvo un papel en el proceso que llevó a la derrota de los focos guerrilleros de 1965, el MIR y el ELN, relacionado también con

tráfico de armas. El golpe de Velasco no modificaría mucho su posición de poder; obtuvo acceso al servicio postal peruano y, fue probablemente también enlace con la organización Gehlen, después BND, el servicio secreto de Alemania Occidental.

En el caso de su socio principal, su amigo Klaus Barbie, esta situación era aún más evidente: capitán de las SS “experto” en lucha antiterrorista, utilizó el chantaje, la traición, la tortura y el asesinato para desarticular a la Resistencia francesa en Lyon durante la guerra y, a pesar de la evidencia en su contra por los crímenes de guerra cometidos, que incluían la deportación de niños judíos a los campos de exterminio, la tortura de hombres y mujeres sospechosos de colaborar con la Resistencia y el asesinato perpetrado con sus propias manos, fue protegido por la inteligencia militar estadounidense por su “utilidad” en el combate contra el comunismo. Si bien se valió de sus propios contactos con las redes nazis que apoyaban la fuga de sus compinches a través de las *ratlines* para huir a Sudamérica, lo hizo con la venia de sus empleadores estadounidenses, que prefirieron dejarlo desvanecerse en las selvas del Beni que responsabilizarse por haber impedido que el criminal enfrentara a la justicia. No calcularon que reaparecería. Después de pasar algunos años en los aserraderos de la Amazonía boliviana, bajo identidad falsa, Barbie logró colocarse dentro de los círculos de poder del país andino y volver a la tarea de desbaratar movimientos de izquierda, al grado de que alardeaba de haber tenido algo que ver en el operativo que llevó a la captura y muerte de Ernesto Guevara. No terminaría ahí. Llegaría hasta un ignominioso extremo con la formación de un escuadrón de la muerte diseñado al estilo nazi, el estilo de los escuadrones que exterminaron judíos, polacos, rusos y romanís por toda la Europa oriental, un grupo de veteranos asesinos ultraderechistas conocido como “Los novios de la muerte”, en el que participaron terroristas italianos, ex nazis y militares bolivianos de élite, cumpliendo los objetivos de la operación Cóndor, con el alegre conocimiento de la CIA y el solidario acuerdo de los dictadores de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay —y una amable colaboración peruana bajo el dictado del general Morales Bermúdez—.

Terror negro

La consolidación de la revolución cubana y el recrudecimiento de la Guerra Fría en la década de 1960 cambiaron la fisonomía de las acciones de grupos

ultraderechistas en Europa, mientras buena parte del “Tercer Mundo” caía en las garras de dictaduras militares autoritarias que tendrían mucho en común —no sólo simpatía— con el fascismo. La misma dictadura del general Velasco, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas en el Perú, instaurada el 3 de octubre de 1968, revestía características que a nazis como Schwend y Barbie deben haberles parecido familiares. No importa que se autoproclamara “de izquierda”: era una dictadura, era militar, era populista, era autoritaria, era profundamente nacionalista y —aun cuando no logró consolidarse en este aspecto, que se le fue de las manos— era corporativista; ahí está la alocada visión de Degrelle que citamos en el primer capítulo para mostrar cómo la ultraderecha neonazi de los años 60 podía interpretar los fenómenos políticos de su tiempo. El acercamiento de Velasco a la Unión Soviética y su posición entre el movimiento de países no alineados pudo haber sido el “pero” que los nazis le veían, aunque sabemos que los escrúpulos de Schwend no eran tan rigurosos como para evitar la posibilidad de hacer negocios con comunistas (y la regulación del mercado de divisas instaurada por Velasco abrió nuevos “nichos” a su actividad). Barbie, en cambio, encontró en La Paz un nuevo viento en popa, y mientras Schwend caía en el precipicio de la ley, él se consolidaba nuevamente como “asesor” de los gobiernos profascistas bolivianos para terminar por encumbrarse en las dictaduras de Banzer y García Meza, que recurrieron a sus servicios para emprender la más sucia de las guerras sucias en el marco de la operación Cóndor. Bajo el auspicio de Barbie nació en Santa Cruz el escuadrón asesino “Los novios de la muerte”, paráfrasis del himno de la legión extranjera española.

En la Europa no soviética, mientras tanto, grupos armados revolucionarios de izquierda se radicalizaban y pugnaban por el poder desde fuera de las instituciones democráticas. Aparecieron en Suecia, Alemania Occidental, Francia, Italia y muchos otros lugares, en paralelo a los movimientos guerrilleros que liberaban o intentaban liberar naciones en África, el sudeste asiático y América Latina, y desarrollaron estrategias basadas en la violencia (bombas, secuestros, robos, combates guerrilleros) para derrocar a los gobiernos del capital, mientras calificaban de “reformistas” o “revisionistas” a aquellas secciones de la izquierda que pactaban con ellos mediante la participación en procesos electorales. La reacción de la ultraderecha no se hizo esperar. Sus mayores exponentes fueron los neofascistas italianos —inspirados por Evola y Degrelle— que, desde el inicio de la Guerra Fría y particularmente a lo largo de los años 60 y 70, arrastraron a Italia a una espiral de terror. Sus raíces se hunden en la fundación del Movimiento Social Italiano (MSI) por simpatizantes de Mussolini en diciembre de 1946 (Christie, 1884,

p. 5), pero también en acciones dirigidas por la OSS para detener el avance del comunismo que representaba una seria amenaza para los Aliados en Italia. Entre esas acciones, quizá la más relevante fue la de impedir que se concretara la sentencia de muerte por crímenes de guerra contra el príncipe Valerio Borghese, que había sido dictada por la resistencia italiana. A instancias del representante de la inteligencia Aliada en Italia, James Angleton, Borghese fue sustraído de su escondite en Milán, vestido de militar estadounidense, y trasladado a Roma, donde fue condenado a doce años de prisión por colaboración (FOIA, Borghese, 0022). Cumplió tres, hasta febrero de 1949; la sentencia fue conmutada y el fascista liberado.

Borghese había luchado por Franco en la Guerra Civil española, al mando de un submarino, entre septiembre de 1937 y febrero de 1938, con el que actuó contra los “barcos rojos” en operaciones que le valieron una condecoración. Durante la Segunda Guerra Mundial protagonizó numerosas acciones militares y de sabotaje, como teniente y luego capitán de la fuerza naval fascista, por las que adquirió fama de héroe y liderazgo entre sus subalternos y seguidores. Podríamos decir que es el paralelo italiano de los “héroes” alemanes Skorzeny y Rudel (visitaría al primero en España junto con su “discípulo” Stefano Delle Chiaie) y del belga Degrelle. Antes del armisticio italiano, Borghese alcanzó celebridad por los ataques y sabotajes realizados con submarinos, minisubmarinos y buzos contra barcos Aliados en el Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Alejandría. Luego del armisticio italiano en 1943, Borghese se negó a deponer las armas y se convirtió en una de las pocas fuerzas italianas que permanecieron al lado de los nazis en la República de Saló, para la que realizó una intensa actividad contra los partisanos. Angleton informó que Borghese, interrogado en Roma por la OSS, “había dado todas las indicaciones de su completa voluntad de cooperar” (FOIA, Borghese, 0007). Muchos años después, en 1976, apareció en Italia un polémico libro, *Gli americani in Italia*, de Marco Fini y Roberto Faenza, en el que se acusaba a Angleton de haber protegido a Borghese y a otros miembros del gobierno fascista de la acción de la justicia, por crímenes de guerra y traición. Ante estas acusaciones, la revista *Epoca* de Milán publicó en febrero de 1976 una entrevista con Angleton en la que este explicó las razones por las cuales se dio protección al “Príncipe Negro”: había accedido a participar en una operación paralela a la operación Sunrise, cuando esta no estaba aún cerrada, mediante la cual impediría que los nazis llevaran a cabo la orden de Hitler de arrasar con la infraestructura portuaria italiana, el “decreto Nerón”. Aun cuando no fue necesaria la participación de Borghese, dada la rendición Sunrise, él de cualquier manera había “cumplido con su

deber [...] al haber proporcionado [a la OSS de Angleton] mapas detallados de los campos minados que obstruían el puerto de Livorno” (FOIA, Borghese, 0040). En esa entrevista, Angleton explicó que para mantener su palabra de honor, su parte en el acuerdo con Borghese, tendría que sacarlo de Milán, y que sus ideas políticas no le interesaban y que nunca lo había vuelto a ver; otro caso de negligencia y obstrucción de la justicia protagonizado por personal de la OSS.

En esa época, Borghese viajó a Argentina como posible asesor en construcción naval para Perón, aunque no permaneció ahí mucho tiempo. Como miembro de la aristocracia romana (distanziado de ella, que primero lo había abandonado y luego buscado para tratar de usarlo en la protección de sus propiedades contra la reforma agraria), el MSI le asignó la coordinación del movimiento neofascista con los monarquistas, de la que nacería una nueva organización de extrema derecha: el Frente Nacional. En 1952 viajó a Inglaterra y se puso en contacto con los neonazis de Mosley, supuestamente buscando financiamiento para el MSI, y en 1954 volvió a Argentina con el mismo fin, esta vez exitosamente. Entre 1956 y 1959 fue presidente de la Federación Nacional de Combatientes de la República Socialista Italiana, que agrupaba a los veteranos de Saló, pero los informes confidenciales de la época coinciden en que hacia principios de los años 60 había perdido su influencia, había vivido algún escándalo sentimental (acusado de dilapidar los recursos obtenidos de los ultraderechistas argentinos con una joven amante), había enviudado y finalmente se había retirado a practicar la agricultura en una propiedad de cien hectáreas que había heredado. Aunque dedicó todos esos años a apoyar los movimientos neofascistas en Italia, los informes calificaban su papel como poco exitoso y su influencia como decreciente.

Pero se trataba apenas de una pausa. Un informe secreto de la CIA de agosto de 1970 resumía las conspiraciones de Borghese, el Frente Nacional y el MSI con personalidades del gobierno y la iniciativa privada, iniciadas en marzo de 1969, para dar un golpe de Estado que derrocará al gobierno de “centro-izquierda” (FOIA, Borghese, 0024), con la Democracia Cristiana en el liderazgo desde 1947. La conspiración avanzó a principios de 1970, después de las acciones del movimiento obrero italiano ocurridas en el llamado “otoño caliente”, durante los últimos meses de 1969, cuando los sindicatos de obreros industriales, especialmente los de las poderosas industrias metalúrgica y automotriz, realizaron huelgas y paros generales y marcharon a Roma hasta conseguir el “*Statuto dei lavoratori*, que ha sido considerada la norma legal más avanzada de la historia para el trabajo dependiente” (Fernández,

2012). Para los neofascistas de Borghese, esto era señal de la influencia del Partido Comunista Italiano en la política, que “en poco tiempo tendrá control absoluto” (FOIA, Borghese, 0028).

En una reunión en la embajada estadounidense en Roma, a fines de enero de 1970, Borghese explicó al diplomático Charles R. Stout, que

el Frente [Nacional] busca reunir a la gente —empresarios, profesionales, intelectuales y pequeña burguesía— que está preocupada por lo que la posguerra ha traído a Italia. Hay cientos de pequeñas organizaciones locales en el país que tienen la misma perspectiva. (FOIA, Borghese, 0028).

El objetivo del Frente era “catalizar la opinión pública [a su favor] y eventualmente suplantar a los partidos políticos y al actual sistema de gobierno”. Stout adjuntó a su reporte un documento del Frente Nacional, traducido al inglés, que el líder neofascista dijo haber entregado a un miembro de la comitiva del presidente Nixon, el general Walters, en febrero de 1969 en Roma, durante la gira en la que visitó Bélgica, Inglaterra, Berlín occidental, Roma, París y el Vaticano. El documento de catorce páginas profundizaba sobre lo que Borghese había mencionado en su conversación en la embajada y que constituía el plan del Frente Nacional: el peligro del inexorable avance del comunismo en el seno del gobierno demócrata cristiano, la amenaza de que Italia deviniera en el corto plazo un “verdadero Estado socialista”, la “destrucción de la civilización ‘burguesa’”, etc. La primera parte, “El embrollo interno”, caracterizaba a los miembros del gobierno de centro-izquierda como “tontos útiles” del comunismo, y buscaba en toda su extensión convencer a Nixon de la necesidad de detener este proceso. Es paradigmático de las tesis de la extrema derecha (en una versión “suavizada”), algunas de las cuales aún resuenan en el espectro político contemporáneo, como la “amenaza contra la familia burguesa, la sociedad burguesa, el Estado burgués, la cultura burguesa” (si bien ya no se utiliza hoy la categoría “burguesa”). Denunciaba la “inocencia” del gobierno ante el avance soterrado del comunismo e incluso acusaba de lo mismo al propio Vaticano, cuyas políticas sociales, emanadas del Concilio Vaticano II que se había desarrollado entre 1962 y 1965, eran muestra de cómo hasta la máxima jerarquía católica había sido carcomida por el “ateísmo comunista”: “humildes sacerdotes se atreven a mostrar interpretaciones socialistas y comunistas de las Sagradas Escrituras, representando a Jesucristo como un reformador social, un defensor de los pobres contra la sociedad capitalista”. Lo peor de todo para este delirio neofascista era la aparición

de movimientos anarquistas, especialmente entre los jóvenes, que eran tolerados aun cuando se trataba de expresiones que la ley prohibía.

La segunda parte del documento, “El acertijo internacional”, describía el peligro de muerte de la civilización a manos de los rojos, agravado por el nombramiento de comunistas en el Ministerio del Exterior italiano y en el Parlamento Europeo, y por la firma del “Tratado anti-H” (se refería al Tratado de No Proliferación Nuclear firmado en 1968), que dejaba a Italia en situación de vulnerabilidad, especialmente ante la amenaza de sus vecinos comunistas en el Adriático, Yugoslavia y Albania (también reclamaba la decisión de los Aliados de entregar Istria y Dalmacia a Yugoslavia, regiones que consideraba por derecho venecianas). La conclusión era que el pueblo italiano estaba harto y que la única salida posible era “que todo el sistema fuera cambiado a través de medidas drásticas”. Continuaba asegurando que:

[...] de acuerdo con algunos observadores, aún queda una solución: una concentración de fuerzas nacionalistas, no atada a ningún partido [...], resuelta a luchar comprometida y eficazmente contra el comunismo y a establecer un sistema político nuevo y más racional. (FOIA, Borghese, 0028)

Y al final hacía su propuesta a Nixon:

El dilema para los EUA es el siguiente: o bien se abstienen de intervenir y dejan que Italia se deslice inexorablemente en el área roja, o bien vienen al rescate antes de que sea demasiado tarde y brindan su apoyo a la mencionada concentración de fuerzas nacionalistas [...]. (FOIA, Borghese, 0028)

El comentario de Stout sobre el documento pecaba de tanta inocencia como la que Borghese y el Frente Nacional denunciaban en el gobierno italiano y en el Vaticano: “La primera parte exagera pero hace una interpretación debatible. La sección internacional es inaceptablemente irredentista. La última sección presenta el plan a futuro —en términos nacionalistas—. No es neofascista sino, quizás, falangista” (FOIA, Borghese, 0028).

El diplomático Stout y la administración Nixon en pleno se habrían comido el cuento de la buena fe del Frente Nacional que, sin ser un partido, ya había permeado la estructura burocrática italiana y, por supuesto, la industrial. El anunciado golpe de Estado que lideraría Borghese no llegó; en su lugar se dieron divisiones; un alejamiento del MSI, comprometido como partido con el sistema político imperante, que a su vez se había dividido produciendo un nuevo movimiento, la Avanguardia Nazionale, con

ochenta mil efectivos de una generación más joven que no había vivido los tiempos del fascismo. Aún más a la derecha del MSI y de Avanguardia Nazionale, otro grupo de la nueva generación, Ordine Nuovo, liderado por Pino Rauti, establecía relaciones con las ultraderechas de Alemania, España, Bélgica y Grecia, entre otros países (FOIA, Borghese, 0031).

En la noche del 7 al 8 de diciembre de 1970, Borghese intentaría su golpe de Estado. Aunque él mismo decidió en el último momento la retirada, un notable terrorista había dirigido un comando de cincuenta neonazis en la toma del Ministerio del Interior en Roma. Bajo la piel de oveja de la derecha italiana —el MSI, el Frente Nacional, Avanguardia Nazionale, Ordine Nuovo— se agazapaba un lobo armado con bombas y con una forma de operar llamada “estrategia de la tensión” de la que el líder indiscutido fue Stefano Delle Chiaie, el terrorista que iba a la vanguardia del frustrado golpe de Borghese, cuya orden de retirada sólo acendraría su rabiosa posición.

El novio de la muerte

A partir de 1949 la CIA estableció una serie de operaciones conocidas como *staybehind* (de retaguardia), destinadas a proporcionar inteligencia y armas desde el otro lado de las líneas enemigas en caso de una invasión soviética al territorio de Europa occidental (Naftali, 2006, p. 1) —al abordar la ODESSA hablaremos de la red Kibitz, uno de esos programas *staybehind* que se mantuvo en el suroeste de Alemania entre 1949 y 1955—. En Italia hubo uno: la operación Gladio, y Delle Chiaie fue uno de sus principales activos, “con la complicidad de Lucio Gelli, el líder de la logia P2” (Robin, 2004, p. 380).

Delle Chiaie alcanzó notoriedad por primera vez en 1961, a los veinticinco años de edad, al ser arrestado por haber retirado la bandera de la Resistencia en la Tumba del Soldado Desconocido en Roma. Como ex integrante del MSI, con el que rompió cuando este pactó con la Democracia Cristiana, estuvo detrás tanto de Avanguardia Nazionale como de Ordine Nuovo, y sus acciones de terror abarcaron desde la operación Gladio hasta la operación Cóndor y mucho más. En el inicio de su trayectoria terrorista, el *modus operandi* de Delle Chiaie y sus seguidores se conocía como “estrategia de la tensión”: culpar a los anarquistas (tradicionalmente identificados con el uso de explosivos) u otros grupos de izquierda de los atentados terroristas realizados por él y sus correligionarios. La intención de la estrategia de la tensión era generar inestabilidad en el sistema democrático de modo

que la opinión pública y la población en general desarrollaran un fuerte rechazo hacia todo lo relacionado con la izquierda, identificada como causante de esta inestabilidad. Si el proceso de desestabilización duraba lo suficiente, se justificaría una intervención golpista, la instauración de una dictadura militar y el renacimiento de un espacio de legitimidad para un programa totalitario de herencia fascista (Christie, 1984). Para Linklater *et al.* la estrategia de la tensión no era “la idea más original de su tiempo” (1985, p. 206) —la historia está llena de eventos similares y, aun en nuestros días, la “provocación” al interior de movimientos alternativos es un recurso frecuente—, pero sí representaba una contribución de gran importancia a la ideología de extrema derecha.

Ya en 1956, con veinte años de edad, Delle Chiaie alcanzó una secretaría local del MSI, pero dos años después se separó de la organización porque no era suficientemente radical y se unió a Ordine Nuovo, dirigida por Pino Rauti, que era más abiertamente pronazi y claramente antisemita. Para 1960 se separó nuevamente de su organización y fundó una propia, Avanguardia Nazionale, que Christie describe como “el caldo de cultivo y epicentro del terror neofascista durante dos décadas” (1984, p. 11). AN prestó servicios de “seguridad” para candidatos del MSI en las elecciones italianas de 1963, pero de manera encubierta trabajó también para los servicios secretos italianos y trabó contacto con organizaciones de espionaje y acción encubierta relacionadas con el trabajo sucio contra el avance de procesos de liberación en el Tercer Mundo, especialmente en África. Con el apoyo de la CIA (Ganser, 2005, p. 115), el centro de operaciones de estos métodos se estableció en Lisboa, entonces bajo régimen fascista y con poderosos intereses coloniales en África, bajo la cobertura de una agencia de noticias, Aginter Press, de la que Delle Chiaie y otros terroristas fueron “corresponsales”. Christie describe las funciones de Aginter Press como las de una agencia de espionaje bajo la coordinación de la policía secreta portuguesa y “a través de ella, de la CIA, el BND de Alemania Occidental u ‘Organización Gehlen’, la Dirección General de Seguridad española, la BOSS sudafricana y más adelante la KYP griega”. Aginter Press reclutaba mercenarios “especializados en sabotaje y asesinato” —su mano está en los asesinatos de líderes de los movimientos de liberación en África como Amílcar Cabral, del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde, y Eduardo Mondlane, del Frente de Liberación de Mozambique—; funcionaba como centro de adoctrinamiento neofascista para el África subsahariana, Sudamérica y Europa, y encubría a “una organización fascista internacional llamada ‘Orden y Tradición’ que tenía un ala paramilitar clandestina llamada OACI” (Organización Armada

contra el Comunismo Internacional), en cuya fundación había tenido que ver Otto Skorzeny (Christie, 1984, p. 15; Robin, 2004, p. 380). La estrategia de la tensión nació en el seno de la OACI.

La caída de la dictadura fascista y el restablecimiento de la democracia en Portugal en 1974, consecuencia de la “Revolución de los Claveles”, permitió que saliera a la luz la historia negra de la OACI. Christie cita un documento hecho público entonces, pero fechado en noviembre de 1969, que formaba parte de los envíos a Lisboa que hacían los “corresponsales” de Aginter Press. El título del documento era “Nuestra actividad política” y explicaba:

Creemos que la primera fase de la actividad política debería ser la creación de condiciones que favorezcan la instalación del caos en todas las estructuras del régimen. Esto debe iniciarse necesariamente con el debilitamiento de la economía del Estado hasta alcanzar la confusión a través de todo el aparato legal. Esto conduce hacia una situación de fuerte tensión política, miedo en el mundo industrial y hostilidad hacia el gobierno y los partidos políticos. [...] Desde nuestro punto de vista, el primer movimiento que debemos hacer es destruir la estructura del Estado democrático bajo la cubierta de actividades comunistas y prochinas. Más aún, tenemos gente que se ha infiltrado en estos grupos y, obviamente, necesitaremos presentar nuestras acciones como parte del *ethos* de ese entorno: propaganda y acciones de tales características que puedan ser vistas como emanadas de nuestros adversarios comunistas, y producción de presión sobre la gente investida de poder en todos los niveles. Esto creará un sentimiento de hostilidad hacia aquellos que amenazan la paz de todas y cada una de las naciones, y al mismo tiempo debemos alzar la figura de un defensor de la ciudadanía ante la desintegración producida por el terrorismo y la subversión [...]. (Cit. en Ganser, 2005, p. 118)

El documento describía más adelante la situación política italiana, lo que indica que ese era el Estado del que hablaba y que sus autores serían los “corresponsales” italianos de Aginter Press: Delle Chiaie y compañía. Christie cita en nota al pie un informe sobre Aginter Press de la policía italiana en el que se describían las estrategias de entrenamiento de sus cuadros, divididas en cuatro temas (“acción, propaganda, inteligencia y seguridad, con gran énfasis en operaciones psicológicas y técnicas de terrorismo y sabotaje”). En ese documento, sigue Christie, se delineaba la teoría:

La subversión aplica métodos dirigidos a las mentes y voluntades para inducirlos a actuar fuera de toda lógica y contra todas las reglas y leyes, condicionando así a los individuos y permitiendo hacer con ellos lo que uno quiera. Terrorismo: el terrorismo quiebra su resistencia, consigue su sumisión y provoca una ruptura entre el populacho y las autoridades. Terrorismo selectivo: romper la maquinaria política y administrativa mediante la eliminación de sus cuadros. Terrorismo ciego: aplastar la confianza del pueblo mediante la desorganización de las masas, el mejor medio para manipularlas. (Christie, 1985, p. 17)

Bajo el alias de Giovanni Martelli, periodista, Delle Chiaie fue uno de los más importantes agentes de Aginter Press y la OACI especialmente en la labor de infiltrar grupos de izquierda. Las acciones de estos terroristas en Italia se iniciaron en 1963 y se recrudecieron después de las elecciones de ese año en las que la izquierda obtuvo considerable apoyo. Entrenados en terrorismo a partir de 1964, sus atentados registraron un pico en 1969, año en que se registraron ciento cuarenta y nueve ataques con bombas. El más terrible de todos fue el perpetrado en la sala principal de la Banca de Agricultura, en la Piazza Fontana de Milán, el 12 de diciembre de 1969, en el que dieciséis personas fueron asesinadas y otras ochenta y ocho gravemente heridas. La responsabilidad del atentado —del que se dice en algunos informes de la época que había contado con el apoyo o, al menos, el beneplácito de la CIA— fue atribuida a los anarquistas y, durante los días siguientes, ciento cincuenta de ellos fueron arrestados, incluyendo al líder obrero Giuseppe Pinelli, que tenía coartada para ser liberado y fue asesinado durante la investigación en circunstancias nunca aclaradas. Numerosas protestas siguieron a estos hechos, lo que fue llevando a las autoridades a seguir la pista de un anarquista recién reclutado, uno de los infiltrados de Delle Chiaie, cuyas declaraciones apuntaron al líder “negro”. Meses después se giraba una orden de aprehensión contra Delle Chiaie que, claro, ya había volado.

Un año después del atentado de Piazza Fontana, con orden de aprehensión como autor material de ese crimen, Delle Chiaie y sus cincuenta neonazis ingresaban al Ministerio del Interior en Roma, disfrazados de trabajadores, a la espera del aviso para colocar a Valerio Borghese, el “Príncipe Negro”, en el poder en Italia. El aviso nunca llegó; al contrario, como hemos relatado, aparentemente alertado de que se trataba de una trampa, Borghese suspendió el plan. Delle Chiaie enfureció, quiso llevar a cabo el golpe de cualquier manera, pero sus hombres no lo apoyaron y tuvo que retirarse. Tres meses después un informante filtró información acerca del intento de

golpe, que había pasado desapercibido por todo el mundo, y esto obligó tanto a Borghese como a Delle Chiaie a volver a España en busca de refugio. Otros miembros de sus brigadas terroristas los siguieron. Delle Chiaie encontró protección bajo el ala de Skorzeny en España, y su trayectoria entró, a partir de entonces, en una dinámica más “internacional”, que lo puso en contacto con las redes en las que tenía injerencia el “héroe” nazi: desde el combate antisubversivo franquista hasta el entorno peronista en Argentina y el nasserista en Egipto. El terror desatado por *Il Caccola* (apodo de Delle Chiaie desde su juventud, algo así como “El Chato” o “El Chaparro”) continuó incluso en Italia, a donde solía viajar encubierto desde España. En España se relacionó con José López Rega, *El Brujo*, rosacruz, consejero místico de Isabel Perón y fundador de la logia masónica P2, que también buscaba reemplazar el gobierno italiano por uno fascista (Levenda, 2002, pp. 306-307); el “Príncipe Negro” también era miembro de este grupo.

Pero la caída de la dictadura portuguesa en 1974 y las muertes de Franco y Skorzeny en 1975 obligaron a *Il Caccola* buscar nuevos patrocinadores para financiar sus actividades. Fue así como se vinculó con la mafia italiana, intervino en tráfico de drogas y armas, y “prestó servicios” para clientes diversos, siempre que fueran ideológicamente compatibles con sus objetivos ultraderechistas. El Ordine Nuovo de 1978 —reformado mediante la fusión de la organización anterior y la propia Avanguardia Nazionale—, de espectro internacional y con el sello de exportación del terror legado por Skorzeny, llevó a la fundación de los Núcleos Armados Revolucionarios, que eran células terroristas mercenarias y, eventualmente, a su aparición en Sudamérica.

Christie indica que Delle Chiaie viajó por primera vez a Sudamérica en compañía de Borghese, a fines de 1973, específicamente a Chile recién convertido en dictadura por Pinochet. El motivo del viaje era establecer relaciones amistosas e intercambios entre España y el nuevo régimen, pero debajo de esa cobertura iban a “discutir la puesta en marcha de un grupo de choque para asesinar enemigos de la Junta y neutralizar la oposición de ultramar” (Christie, 1984, p. 38). Los miembros de P2 brindaron asesoramiento profesional y comandos para el programa de cacería de los enemigos de Pinochet (Levenda, 2002, p. 321). Estaba naciendo la operación Cóndor.

LA SOMBRA DEL CÓNDOR

El terrorista no es solamente alguien con un arma o una bomba, sino también quien difunde ideas que son contrarias a la civilización occidental y cristiana.

General Jorge Rafael Videla, 1976

Conocida como operación Cóndor o plan Cóndor, la estructura de colaboración entre las dictaduras militares de seis países sudamericanos —Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay—; con el apoyo que le brindaron algunos más —al menos Ecuador y Perú—, y la participación directa de la CIA, fue una de las principales estrategias de contrainsurgencia y un arma terrible en la guerra sucia que se libró en la región entre 1975 (con antecedentes que se remontan a la dictadura brasileña de 1964 y a la chilena de 1973) y 1983 (con repercusiones posteriores incluso en Centroamérica). Las acciones de la operación Cóndor se desarrollaron principalmente en Sudamérica, pero dadas sus características de colaboración intergubernamental para la persecución, secuestro, prisión, desaparición y asesinato de “subversivos” en el exilio, sus tentáculos alcanzaron objetivos en Europa e incluso en el territorio de su aliado logístico y estratégico, los Estados Unidos. Una de las acciones más impactantes de la operación Cóndor fue el asesinato del ex canciller chileno Orlando Letelier, el 21 de septiembre de 1976, en el barrio de las embajadas de Washington DC, mediante una bomba colocada en su automóvil. Lo acompañaban ese día dos personas (su asistente, muerta en el atentado, y el esposo de ella, sobreviviente) que, como “daños colaterales”, mostrarían hasta dónde estaban dispuestos a llegar los dictadores sudamericanos para deshacerse de la oposición (Calloni, 2015, p. xxxiii).

La operación Cóndor no nacía de la nada: era un desarrollo “natural” de la doctrina de seguridad nacional impulsada por los estadounidenses durante la Guerra Fría, doctrina que, en tiempos de Nixon y ante la debacle de Vietnam, había pasado del paradigma de Truman (intervención directa) a una nueva modalidad de guerra interna, en la que los Estados Unidos apoyarían a los gobiernos títeres de donde fuera con recursos e inteligencia, pero el combate al “comunismo” debía establecerse de manera local. Dentro de esta política centrada en la contrainsurgencia, cualquier cosa que se opusiera a la doctrina de seguridad nacional sería categorizada como comunismo con ligereza; incluso el hecho de que un ciudadano se declarara

“neutral” lo convertiría en sospechoso de ser comunista (McSherry, 2005, p. 14). Observadores de la época vieron en los sucesos sudamericanos, antes de que se conociera la existencia de una estructura de colaboración formal, si bien clandestina e ilegal, la huella de acciones que la CIA había auspiciado en los años 60 en el sudeste asiático, como el “programa Fénix”, diseñado por la agencia estadounidense y operado por el gobierno de Vietnam del Sur, que consistió en el secuestro, tortura y asesinato de personas consideradas simpatizantes del Vietcong (Otterman, 2007, p. 59), y que según estadísticas oficiales vietnamitas cobró la vida de más de cuarenta mil víctimas —la cifra que dio William Colby ante el Senado estadounidense no es menos impresionante: más de veinte mil “sospechosos” muertos (Calloni, 2015, p. 23)—, muchas de ellas inocentes, muchas de ellas señaladas como sospechosas de filiación comunista por fuentes con motivos personales (Hersh, 2003).

Parte de esta estrategia contrainsurgente establecía expresamente el uso del terror (autojustificado como contraterrorismo) y su apoyo en operaciones realizadas por paramilitares “independientes” que pudieran ser negadas por el propio Estado que las perpetraba (la segura inimputabilidad). Un cruel ejemplo está en la descripción de Michael Otterman, en su libro *American Torture* (2007), de los sistemas utilizados por el programa Fénix para inducir en sus víctimas un estado psicológico caracterizado como “DDD”, siglas de *debility, dependency, dread* (debilidad, dependencia, pánico). El DDD había sido estudiado por psiquiatras y neurólogos a partir de los métodos de tortura utilizados por soviéticos y chinos: métodos orientados a quebrar psicológicamente a los prisioneros para obtener confesiones, que fueron adoptados sistemáticamente por la CIA y heredados por los servicios secretos y escuadrones de la muerte de los dictadores sudamericanos. Aunque cada verdugo desarrollaba sus modalidades propias —Álvaro de Castro, el guardaespaldas, amigo y confidente boliviano de Barbie, se refirió a esto como “métodos creativos” (McFarren e Iglesias, 2014, p. 53)—, el método consistía en inducir *debilidad* en la víctima a través del hambre, el aislamiento, el dolor físico y la ausencia de higiene; crear una situación de *dependencia* para la satisfacción de las necesidades básicas de la víctima que sólo podían ser resueltas por el torturador, y exacerbar ambas condiciones a través del *miedo* a la muerte, al dolor, a las consecuencias de no recibir atención médica por las heridas causadas por la tortura, etc. (Otterman, 2007, pp. 50-51).

Métodos similares —y sus primeras teorizaciones como parte de las estrategias militares— habían sido utilizados por los franceses en Indochina desde los años 40 y en Argelia en los 50, cuando los “escuadrones de

la muerte” en el sudeste asiático adoptaron la tesis de que la “guerra moderna” de “guerrilla contra guerrilla” se libraba al interior de una nación y consistía en desactivar a los elementos que funcionarían como canales del comunismo hacia la indeseable revolución. La metodología y su aplicación ha sido descrita por Marie-Monique Robin en *Escadrons de la mort, l'école française* (2004), donde señala esas prácticas —que más adelante derivarían en métodos de secuestro, tortura, muerte y desaparición de la operación Cóndor—, como preferidas de la OAS, la Organización de la Armada Secreta (ultraderechistas que actuaron contra la independencia de Argelia que volveremos a encontrar en el entorno de la ODESSA), en la que ya aparecía el propio Delle Chiaie:

En 1974, después de la “Revolución de los Claveles”, los hombres de Aginter emigran a España, donde se reencuentran con los fascistas italianos, entre ellos Delle Chiaie. [...] todo este bello mundo se cruza en Madrid con motivo de los funerales del general Franco el 20 de noviembre de 1975. En el hotel Ritz, sobre el Paseo del Prado, el general Pinochet recibe a una delegación de falangistas españoles, nacionalistas croatas y al inefable Delle Chiaie [que] venía de cumplir su primera misión para el departamento del exterior de la DINA [Dirección de Inteligencia Nacional de la dictadura chilena]: un atentado cometido el 6 de octubre de 1975 contra Bernardo Leighton, presidente de la Democracia Cristiana y ex vicepresidente de Chile, y su esposa Anita Fresno. Refugiados en Roma después del golpe de Estado, la pareja sobrevivió pero Leighton quedó paralizado de por vida. (Robin, 2004, p. 381)

Para Stella Calloni, coordinadora del informe sobre la operación Cóndor que, auspiciado por UNESCO, publicó en 2015 el Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos, es claro que la operación se llevó a cabo “en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) de Estados Unidos, en el contexto de la ‘Guerra Fría’”:

La Operación Cóndor, cuya acta institucional data de una reunión sostenida en Santiago de Chile entre el 25 de noviembre y el 1 de diciembre de 1975, fue un sistema secreto de inteligencia, una coordinadora de las dictaduras del Cono Sur para intercambiar información y perseguir políticos, ubicados en sus lugares de refugio. A su vez, secuestraba, torturaba, y trasladaba a unos y otros a través de fronteras sin ningún trámite legal, y formaba comandos para asesinar a figuras consideradas enemigos claves

para los dictadores en el país donde se encontraran. El terror borraría las fronteras. (Calloni, 2015, pp. xxxvi-xxxvii)

La investigadora estadounidense J. Patrice McSherry, autora de una investigación que prueba la participación de la CIA (bajo la dirección de George Bush, padre) y el conocimiento de pormenores por parte de Henry Kissinger, entonces secretario de Estado, precisa: “La Operación Cóndor nació dentro del sistema de contrainsurgencia interamericano, como un aparato transfronterizo y secreto para combatir ‘enemigos internos’ que fueron exiliados o se hallaban fuera de sus países durante la Guerra Fría” (2005, p. 163). Es resultado directo de los cambios estratégicos que modificaron la forma de operar para cumplir con los objetivos de defensa hemisférica que se habían trazado en las cumbres de líderes militares del continente desde los TIAR posteriores a la Conferencia de Chapultepec. McSherry aclara que este esquema geopolítico hemisférico se pintó de color local mediante la instauración de regímenes autoritarios y antidemocráticos impulsados por los intereses de las viejas oligarquías ante el avance de los movimientos de reivindicación y reclamos de derechos de mayorías históricamente aplastadas, explotadas y empobrecidas, movimientos que en general no se iniciaban bajo el auspicio de la Unión Soviética como aseguraba la paranoica propaganda negra local e internacional:

Los militares latinoamericanos, actuando normalmente con el apoyo del gobierno de los EUA, derrocaron gobiernos civiles y destruyeron otros centros democráticos de poder de sus sociedades (partidos, sindicatos, universidades y sectores constitucionalistas de las fuerzas armadas) precisamente cuando la orientación de clase del Estado estaba a punto de cambiar o en proceso de cambio, llevando el poder estatal hacia sectores no elitistas. (McSherry, 2005, p. 11)

A principios de los 60, después de la revolución cubana y la “crisis de los misiles”, la Guerra Fría entró en una fase de “distensión” conocida como “*détente*”. Los cónclaves militares definieron como “problema interno” la mayor amenaza a la seguridad de cada nación y del continente (igual que los franceses en Argelia) e identificaron con la presión soviética de la Guerra Fría a cada uno de los movimientos e iniciativas de cambio social que se desarrollaban en cada territorio nacional. Similar a la “estrategia de la tensión”, pero promovida desde las más altas cúpulas del poder de los gobiernos de facto sudamericanos, la “infiltración” de comunistas entre los

pobres locales fue el argumento preferido por estos gobiernos autoritarios para desatar el terror, sin importar cuál fuera su dinámica propia y sin importar tampoco si efectivamente la Unión Soviética se encontraba detrás de ellos:

Las primeras reuniones de los militares americanos en los 60 se centraron en la creación de una doctrina continental para combatir el comunismo; intercambios de inteligencia entre los ejércitos sobre los grupos subversivos; el establecimiento de un Comité Permanente de Inteligencia Interamericano en la zona del Canal de Panamá; el establecimiento de Escuelas de Inteligencia en cada país; la creación de un Sistema Codificado de Telecomunicaciones permanente entre los ejércitos; y programas de adiestramiento en estrategias de contrasubversión, contrarrevolución y seguridad interna. La Operación Cóndor, evidentemente, derivó de esos programas y estructuras transnacionales. (McSherry, 2005, pp. 165-166)

McSherry ha descrito cinco características de las estrategias contrain-surgentes del siglo xx, desde los programas *staybehind* diseñados por los Aliados inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial hasta la operación Cóndor y las distintas operaciones utilizadas en Centroamérica incluso en los albores del siglo xxi:

[...] 1. la organización y uso estrechamente controlado de paramilitares y fuerzas irregulares locales, redes de informantes y otros auxiliares civiles como “multiplicadores de fuerza” y recopiladores de inteligencia; 2. la expansión de las organizaciones estatales de inteligencia para vigilar y controlar a la sociedad; 3. el uso de criterios político-ideológicos para definir la afinidad u hostilidad de sectores de la sociedad; 4. el uso del terror (llamado después “contraterror”) para controlar a la sociedad y eliminar a los líderes opositores; 5. el uso de guerra psicológica (PSYWAR) para manipular el clima político y preparar a una población para la violencia a través de propaganda negra y/o el uso del miedo. (McSherry, 2005, p. 11)

Los servicios de inteligencia militar de muchos países latinoamericanos, entrenados por los estadounidenses en estrategias antisubversivas que recogían la experiencia de Fénix en Vietnam y de la “guerra moderna” de los franceses en Argelia, se convirtieron en los encargados naturales de la operación Cóndor. Entre ellos, los más siniestros fueron la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA, después transformada en Central Nacional de

Inteligencia, CNI) de Chile; el Servicio de Informaciones de Defensa (SID) y la Dirección Nacional de Informaciones e Inteligencia (DNII) de Uruguay; el Segundo Departamento de Inteligencia del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas (ESMAGENFA) de Paraguay; la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) y la Jefatura II de Inteligencia del Ejército (que utilizó al Batallón de Inteligencia 601) en Argentina; el Servicio Nacional de Informaciones (SIN), la Central de Informaciones del Exterior (CIEEx) y los Departamentos de Orden Político y Social (DOPS) en Brasil —cuya participación se inició de manera marginal pero fue en aumento—, y el Servicio de Inteligencia del Estado (SIE) de Bolivia (Calloni, 2015, pp. 34 y 94). La colaboración clandestina entre estas áreas de las fuerzas armadas de distintos países comenzó años antes de que se estableciera “institucionalmente” la operación Cóndor, con una participación inicial importante de los militares brasileños, en el poder desde 1964 y, luego del golpe de Pinochet contra Allende, de los militares chilenos. McSherry establece que desde entonces, “Agentes de la CIA ayudaron a organizar reuniones de funcionarios militares y de policía de América Latina, miembros de la derecha política, y torturadores de escuadrones de la muerte”, y a la vez señala la importancia del hecho de que para la CIA los movimientos progresistas que actuaban dentro de la “normalidad democrática” eran aún más “peligrosos”, que los que optaban por vías violentas; era indispensable impedir que los “comunistas” se legitimaran electoralmente.

Como probaría la paulatina incorporación de Brasil al grupo, el acta fundacional de noviembre-diciembre de 1975 indicaba que la “estructura” podría aceptar nuevas membresías después, si cumplían con los criterios de secretismo y reciprocidad necesarios. El núcleo duro de la operación lo conformaron Chile (sede del sistema en su primera etapa) y Argentina (sede en una segunda etapa). El círculo inmediato fueron los otros tres firmantes del acuerdo original (Bolivia, Paraguay y Uruguay) y Brasil, que fue intensificando su participación. Manuel Contreras, el principal operador chileno y en cierta medida creador del sistema, había buscado la alianza de Venezuela, pero se encontró con la determinada oposición del presidente Carlos Andrés Pérez. Hacia 1978 se incorporaron Ecuador (cuya participación en el acuerdo ha sido probada aunque los investigadores no reportan casos concretos de la operación en ese país) y el Perú, cuyo régimen militar autoritario había nacido a la izquierda del espectro político y por lo tanto no había sido originalmente considerado como confiable por los otros miembros de Cóndor.

El carácter ilegal (o paralegal en regímenes *de facto* cuya normalidad no es precisamente constitucional) de las acciones de la operación Cóndor

facilitó que al interior de sus filas medraran mercenarios y terroristas que arrastraban una estela de sangre desde los primeros días de la posguerra mundial. No es mera coincidencia que las dictaduras militares sudamericanas de los 70 y 80 hayan optado por legitimarse mediante operaciones ideológicas con características fascistas, ideología que, por otro lado, aún respiraba en España, Portugal y Grecia a principios de los 70 —como lo había hecho notar también, de forma tan peculiar, Léon Degrelle—. No es casualidad que los más sanguinarios escuadrones de la muerte reclutados por la operación Cóndor hayan salido de células vinculadas con ex nazis, con el neonazismo de la época y con la herencia de redes tipo ODESSA. En Argentina, la Alianza Anticomunista Argentina, conocida como la Triple A, fue una “organización parapolicial”, creada por el Estado, vinculada con la Internacional Fascista, que incluyó en sus filas a veteranos de la OAS francesa y a Stefano Delle Chiaie en persona. Otro de los más destacados miembros de las acciones de la operación Cóndor fue el chileno-estadounidense Michael Townley, de la DINA y con soporte de la CIA, que hasta la fecha se encuentra impune y vive bajo alias en los Estados Unidos. Sus declaraciones en procesos que, sin embargo, no concluyeron con sentencia para él, han señalado la participación de Delle Chiaie así como de los contras cubanos veteranos de Bahía de Cochinos. La contratación de los terroristas de Delle Chiaie para la operación Cóndor se dio a través de Townley como agente intermediario: “Townley fue quien contrató a Delle Chiaie, quien vivía en Roma con un pasaporte falso [...] otorgado por la DINA. El italiano le facilitó los contactos con otros fascistas locales para concretar la operación” (Calloni, 2015, pp. 73-74).

El asesinato de Letelier en Washington demostró también que los objetivos de la operación Cóndor podían salirse del control de sus auspiciadores estadounidenses. Una bomba en los Estados Unidos era “un desastre”, como le dijo un oficial de inteligencia del ejército argentino al agente Robert Scherrer, del FBI, en una conversación cuyo contenido se filtró a la prensa en 1978 (Dinges, 2015, p. 170). Según el militar argentino, el atentado “aruinará la posibilidad de una operación existosa”. Entre lo que dicha fuente mencionó en su conversación con Scherrer, estaba la descripción de las “tres fases” de la operación Cóndor: la primera era el intercambio de información e inteligencia; la segunda, las acciones conjuntas entre los países miembros de la operación, y la tercera implicaba el asesinato de líderes de oposición; a esta fase pertenecería el asesinato de Letelier. “Bajo la Fase III”, explica McSherry, “se formaron equipos especiales de asesinos de los países miembros que viajaban alrededor del mundo para eliminar ‘enemigos

subversivos” (2005, p. 4). Las acciones de la Fase III cuentan, entre muchas otras víctimas, a los legisladores uruguayos Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, asesinados en Buenos Aires en 1976; al general chileno Carlos Prats y su esposa, asesinados en 1974 en Buenos Aires (aun antes de la “formalización” de la operación Cóndor); al demócrata cristiano Bernardo Leighton y su esposa, en 1975, en Roma (sobrevivieron al atentado), y al ex presidente boliviano Juan José Torres, asesinado en 1976 en Buenos Aires. Los casos de Letelier y Leighton, orquestados desde la DINA, recurrieron a los “servicios” de los ultraderechistas italianos de Delle Chiaie; otros contaron con la participación de mercenarios cubanos que habían iniciado su trayectoria como agentes contrarrevolucionarios en la fallida invasión de Cuba en Bahía de Cochinos. La investigación sobre el asesinato de Carlos Prats en Argentina, dirigida por la juez María Servini de Cubría, demostró la participación de Delle Chiaie en las acciones de la operación Cóndor. El *modus operandi* de aquel atentado se repetiría en Roma contra Leighton y contra Letelier en Washington. McSherry informa que Townley “admitió su papel operacional en estos tres actos terroristas” (los atentados contra Prats, Letelier y Leighton), mientras que tanto la DINA como la CIA se acusaron mutuamente de estar detrás del terrorista.

Las investigaciones sobre los crímenes de Cóndor, muchas de las cuales marchan lentamente por culpa de los bloqueos que se establecen a la búsqueda de la verdad y la justicia en cada país, señalan el conocimiento e involucramiento de los dictadores al más alto nivel. Si bien la operación se diseñó de tal manera que los gobiernos pudieran desvincularse de sus acciones (se privilegió en todo momento la atribución de los atentados al “ajuste de cuentas” entre facciones de las agrupaciones de izquierda: inimputabilidad y estrategia de la tensión), queda claro que las cúpulas militares lo sabían todo y que contaban con los resultados de sus acciones para mantenerse en el poder: terrorismo de Estado. El caso quizás más dramático es el de Manuel Contreras, titular de la DINA, que actuó bajo las órdenes directas de Pinochet. Un conocimiento más completo de las acciones clandestinas surgiría en 1992 con el descubrimiento en Paraguay de un conjunto de documentos —conocido como “archivo del terror”— que probaban crímenes cometidos bajo el régimen de Stroessner así como sus conexiones con la operación Cóndor.

En perspectiva, pasados más de cuarenta años de los hechos, la operación Cóndor tuvo su momento más intenso de actividad entre 1975 y 1978, siendo 1976 un año clave por la instauración de la dictadura militar en Argentina y por los atentados realizados por ella fuera de Sudamérica. Calloni

declara que “todavía es imposible datar el fin de la operación Cóndor”. Sus acciones disminuyeron hacia el inicio de los años 80, pero esto “no evitó que se perpetraran crímenes con el sello de Cóndor aun en tiempos democráticos, incluso en los años 90” (Calloni, 2015, p. 84). Sin embargo, hay que tener siempre presente que la operación Cóndor, centrada en la localización y desarticulación de toda oposición a las dictaduras militares *en el exterior* de cada país, fue sólo una parte de la política de terror desatada por estos gobiernos contra la población civil: si el “enemigo comunista” se encontraba dentro de las propias fronteras, el Estado desataba la represión directamente, sin necesidad de intervención de Cóndor, como lo han descrito los films de Costa-Gavras *Estado de sitio* (1972, rodada en Chile durante el gobierno de Allende, antes de la “formalización” de Cóndor, sobre la represión contra Tupamaros en Uruguay) y *Missing* (rodada en México en 1982). Una vez presos, los “subversivos” eran sádicamente interrogados en cuanto a sus vínculos con el exterior para ponder en marcha operativos Cóndor.

Resulta igualmente interesante verificar que los acuerdos intergubernamentales que llevaron a la operación Cóndor, con el beneplácito y el apoyo técnico, logístico y financiero de la CIA, suspendieron a su vez toda confrontación entre pares tradicionalmente adversarios entre sí, como eran los militares latinoamericanos, herederos de las guerras expansionistas del siglo XIX y principios del XX: “los Estados del Cono Sur que hasta hacía poco tiempo se consideraban enemigos potenciales pasaron a ayudarse mutuamente”, (Calloni, 2015, p. 85). No carece de una perversa ironía que los convocantes (Contreras, la DINA) a la reunión fundacional de noviembre de 1975 justificaran su propuesta de actuar coordinadamente contra “la Subversión” —a la que describían como muy organizada nacional e internacionalmente—, dado que hasta ese momento “los países que están siendo agredidos Política-Económica y Militarmente (desde adentro y fuera de sus fronteras), están combatiendo solos o cuando más con entendimientos bilaterales o simples ‘acuerdos de caballeros’”, como se menciona en el programa de la “Primera reunión de trabajo de inteligencia nacional, 25 de noviembre-01 de diciembre de 1975, Santiago, Chile” (facsimilar reproducido en Calloni, 2015, pp. 309-317).

Como si se tratara de una reinstalación de los métodos que habían sido llevados al extremo por los nazis, la operación Cóndor permitió a los seis países que la integraron —y a quienes “se beneficiaron” de ella después, como los gobiernos militares de Perú y Ecuador o la Contra nicaragüense que “heredó” mecanismos y perpetradores— echar mano de sus “activos”: el uso de “grupos clandestinos, organizaciones secretas de inteligencia,

fuerzas de tarea y redes de informantes civiles” (McSherry, 2005, p. 8). Se ha comentado que la DINA fue establecida bajo el modelo de la Gestapo, mientras que en las secuelas de la operación, cuando tocó a algunos de los criminales enfrentar a la justicia, se organizó una especie de ODESSA latinoamericana, con su particular “línea de las ratas” vernácula para impedir que los militares culpables fueran apresados (Calloni, 2015, p. 156).

Los crímenes van desde el espionaje, el seguimiento y el hecho de “señalar” como subversivo a cualquier disidente, hasta el secuestro y apresamiento en centros de detención no institucionales (es decir, fuera de la estructura judicial y penitenciaria legal); el traslado internacional de detenidos sin cumplir protocolos migratorios de ningún tipo; la aplicación de las más terribles formas de tortura para obtener información —fundamentalmente nuevas denuncias y localización de otros “subversivos”, y en segundo lugar la incautación de bienes y moneda—, el asesinato y la desaparición de personas (incineración o arrojado al mar de restos para borrar rastros). Los crímenes de la operación Cóndor incluyeron también numerosos casos de apropiación de menores de edad (cuyos padres habrían sido desaparecidos o asesinados) por parte de los mismos perpetradores.

McSherry describe seis características de la operación Cóndor; las cinco primeras son su actuar transfronterizo, su composición internacional, la selección de sus objetivos entre los líderes opositores, su carácter paraestatal y su tecnología de punta aportada por la CIA. La última establece una relación entre Cóndor y las redes de ex nazis en Sudamérica:

Una última característica de Cóndor fue su *uso de sindicatos criminales y organizaciones y redes extremistas* para llevar a cabo operaciones, especialmente asesinatos de la Fase III. Aunque Cóndor era una alianza entre Estados militares, empleó a civiles y a paramilitares, otro aspecto de su naturaleza paralela. Derechistas civiles formaron parte de los escuadrones de “cacería-asesinato” y torturaron prisioneros en centros de detención secretos como Orletti Motors. (McSherry, 2005, p. 12; cursivas de la autora)

No hay cordillera sin Cóndor

El Perú había adquirido un estatus especial a partir de la instauración del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, la dictadura de Velasco, cuyo espíritu nacionalista, popular-populista y desarrollista lo alejaba del

espectro de la colaboración con Cóndor (las cúpulas militares sudamericanas, ligadas estrechamente con las aristocráticas oligarquías locales, simplemente no podían confiar en este militar que despojaba a sus equivalentes peruanos). Sería después del “golpe dentro del golpe” del general Morales Bermúdez contra Velasco, en agosto de 1975 y su consiguiente viraje hacia la derecha, que la operación Cóndor contaría con sucursal en el Perú. John Dinges, autor de otra investigación que prueba la participación de la CIA en la operación, ha publicado en su sitio en internet una copia de una hoja informativa de la Central Nacional de Informaciones (CNI, segundo nombre de la DINA chilena) que prueba la existencia de una representación de Cóndor en el Perú hacia abril de 1978:

Conforme a los acuerdos de la Primera Reunión Interamericana de Inteligencia [...] el Director de Inteligencia Peruano llamó telefónicamente al director de C.N.I. para informarle, por este medio, que no había inconvenientes para la designación del Representante chileno en Perú. [...] La misma información llegó a Chile a través del Consejero de la Embajada Peruana en Chile Sr. Montagne, quien atiende los asuntos de Condor, el cual comunicó la conformidad sobre la designación de nuestro Representante en Lima. [...] Esta misma información llegó también a través del Sistema Condor, vía Buenos Aires (Argentina), país que hace las veces de Secretaría de la Comunidad. (Dinges, 2004; v. <http://johndinges.com/condor/documents/Peru%20and%20Condor.htm>)

Existen pruebas de tres operaciones realizadas en el Perú con el sello de Cóndor. La primera, de abril de 1977, consistió en la captura de dos militantes argentinos del grupo político Monotoneros, Julio César Ramírez Olmos y Carlos Alberto Maguid Mas; este último uno de sus líderes más importantes. Testimonios de terceros indican que Maguid fue recluido en dependencias del Ministerio de Guerra en Lima y trasladado después a Argentina, al centro clandestino de detención y tortura instalado en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA), después de lo cual fue desaparecido. De Ramírez Olmos no se conoce más que su captura en territorio peruano; también terminó con estatus de desaparecido. Los periodistas Alicia Pierini y Ernesto Jauretche, del semanario argentino *Página 12*, publicaron en febrero de 1999 una investigación sobre el caso Maguid en la que informaron que fuentes periodísticas peruanas identificaron a los secuestradores de Maguid: los “capitanes del ejército peruano Héctor Matta Rosingana y David Bravo Castrillón, y el comandante de policía Julio Vargas Martínez”.

Al volante del Volkswagen blanco placas LG1703 al que hicieron abordar a Maguid iba el “coronel y jefe del operativo” José Vivero Arias (Calloni, 2015, p. 128). Pierini y Jauretche mencionan “un memorándum interno [de la policía peruana], que habría sido filtrado por agentes disconformes y entregado a periodistas locales”, en el que destaca una cruelmente cínica referencia a los “procedimientos” de Cóndor que los peruanos parecen no conocer aún por completo:

Ese documento, que encabeza un sello de SECRETO, fechado 15 de abril de 1977, está dirigido al comandante general del ejército peruano, general de división Guillermo Arbulú Galliani, y tiene por objeto dar cuenta del “operativo Maguid” siguiendo “su orden escrita del 14 de abril”. En él se dice que “fue entregado el cadáver del sujeto ‘Ar’ Carlos Alberto Maguid, al personal de Seguridad del Ejército Argentino que se encuentra en Lima con autorización de ese Comando desde los primeros días del presente mes”. Y agrega: “En razón de que el convenio bilateral de Inteligencia suscrito con el Ejército Argentino no prevé el caso de la *muerte por interrogatorio de los extremistas capturados*, solicito respetuosamente que el señor General de Brigada Director de Inteligencia lleve como ponencia este vacío para ser debatido en la próxima reunión bilateral “entre ‘Pe’ y ‘Ar’”. (Calloni, 2015, p. 128, cursivas nuestras)

La segunda acción Cóndor documentada en el Perú se inició el 25 de mayo de 1978, a pocos días de las elecciones rumbo a la Asamblea Constituyente que había convocado Morales Bermúdez para tratar de desahogar la fuerte presión popular que enfrentaba su gobierno de viraje derechista. Ese día de mayo, trece líderes de oposición a la dictadura, militantes de diversas organizaciones, entre los que había candidatos a la Asamblea, militares leales a Velasco y un periodista, fueron detenidos, trasladados al aeropuerto militar de Limatambo, esposados y enviados en un avión militar peruano a Jujuy, Argentina (donde un periodista presencié el aterrizaje y lo publicó en la prensa, contribuyendo a que quedara una pista de los hechos, según el testimonio de Javier Díez Canseco citado por Calloni, 2015, p. 307), y detenidos en el Regimiento de Infantería de Montaña No. 20. Días después todos ellos fueron liberados al recibir del Perú pasaportes sellados como “expulsados” y partieron al exilio. Entre los líderes capturados en esa ocasión estaban el mencionado Javier Díez Canseco Cisneros, de Vanguardia Revolucionaria, y el líder Hugo Blanco Galdós, que había protagonizado las primeras tomas de tierras y la primera reforma agraria quince años atrás, y

militado en el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR). En el momento de su captura a manos del capítulo peruano de la operación Cóndor, Blanco representaba a una coalición de izquierda fundada a su regreso del exilio: el Frente Obrero, Campesino, Estudiantil y Popular (FOCEP). Ambos líderes eran candidatos a la Asamblea; sus agrupaciones políticas, especialmente la de Blanco, alcanzaron cuotas significativas en la elección (Klarén, 2014, pp. 439-440; Contreras y Cueto, 1999, p. 227). En su testimonio, Blanco relata que un militar argentino les gritó “¡Ustedes son prisioneros de guerra!” (Blanco Galdós, 2008). Otro de los prisioneros, Ricardo Napurí, entrevistado por Calloni, recuerda que un coronel argentino les informó de la existencia de “un pacto entre los estados mayores de los ejércitos de Argentina y Perú mediante el cual iba a haber un intercambio de prisioneros” (Calloni, 2015, p. 131). El informe *Operación Cóndor 40 años después* coordinado por Calloni (2015), incluye, además de un acápite sobre la participación del Perú en la operación Cóndor, fragmentos de un descriptivo testimonio de Díez Canseco con respecto a las condiciones de su detención y apresamiento, en las que podemos ver señales de tortura psicológica.

La tercera acción Cóndor de la que hay evidencias en el Perú, como la de Maguid, también correspondió a la Fase III y fue dada a conocer en la prensa por Pierini y Jauretche en el mismo reportaje de fondo (1999) que abordó el caso Maguid. Los sucesos tuvieron lugar durante los últimos tiempos del mandato de Morales Bermúdez, en junio de 1980, con Belaúnde ya electo presidente. La acción consistió en el ingreso al Perú de militares argentinos encubiertos que traían consigo a un prisionero, Federico Frías Alberga, sindicalista peronista que actuaría como delator de activistas argentinos en Lima. Pierini y Jauretche narran que Frías intentó escapar, pero fue nuevamente capturado (con balazos al aire en pleno Miraflores) y golpeado, y citan documentos que prueban su ingreso y salida de un “Hospital de Emergencia de Miraflores”. Calloni añade: “Desde entonces no se sabe más de él” (2015, p. 132). Sin especificar si fue obra de los mismos militares argentinos de incógnito, la desaparición de Frías parece formar parte del operativo en el que fueron secuestrados la militante de Montoneros María Inés Raverta, oculta en Lima bajo nombre falso, y el peronista Julio César Ramírez. Pierini y Jauretche narran que otra ciudadana argentina:

Noemí Esther Gianetti de Molfino comunicó al recién electo diputado Antonio Meza Cuadra la noticia del secuestro de María Inés Raverta y pidió ayuda porque los alrededores de su casa de Madrid 146, en Miraflores, estaba rodeada por desconocidos. (1999, p. 10)

Gianetti, una de las Madres de la Plaza de Mayo, también fue secuestrada; el caso salió a la luz gracias al testimonio de un periodista extranjero que atestiguó la abducción y al propio Meza Cuadra:

Los prisioneros habrían sido llevados a Playa Hondable, 42 kilómetros al norte de Lima, al centro de esparcimiento del ejército. A Raverta se le sumergió desnuda e intermitentemente en el mar para provocarle ahogamiento. Se la golpeó. Se le aplicó picana eléctrica con aparatos importados ex profeso de la Argentina. Por fin, se practicó con ella el suplicio de Tupac Amaru, usando vehículos en lugar de caballos.

La señora de Molfino y Ramírez recién empezaban a andar los caminos del horror. El destino de Frías quizás ya estuviera sellado a esas horas. (Pierini y Jauretche, 1999, p. 10)

Quizás por la presión que el caso generó al hacerse público, los militares peruanos prefirieron sacudirse el problema y enviaron a los “detenidos” a Bolivia bajo el pretexto de que habían entrado ilegalmente al Perú. El informe del Ministerio del Interior hablaba de cinco “miembros del Movimiento Peronista Montonero”; sólo tres de ellos citados por su nombre: Gianetti, Ramírez y una tercera persona, Julia Santos de Acebal, lo que significa que el destino de Frías y un probable prisionero más, se había decidido antes. La presidenta interina de Bolivia, Lydia Gueiler —que estaba a escasas semanas de ser depuesta por lo que se convertiría en un narcoestado— rechazó su ingreso y corrió a cargo de operadores bolivianos de Cóndor dar fin al “problema”. Al mando de esta decisión estaba Luis Arce Gómez, coronel que pronto sería ministro del Interior en el gobierno del golpe que derrocaría a Gueiler. Ramírez y Santos habrían sido asesinados en La Paz a manos de “un tal Néstor Vignola y el coronel Osvaldo Chimeno”. El cuerpo de Gianetti, que había sido secuestrada en Miraflores el 12 de junio de 1980, aparecería en un departamento de Madrid el 21 de julio siguiente, con señales de haber fallecido tres días antes (Pierini y Jauretche, 1999, p. 10). Nadie conocerá el infierno por el que habrá transitado durante esos cuarenta días.

A casi medio siglo, el corolario de estas acciones ha sido la condena a cadena perpetua que el ex presidente Francisco Morales Bermúdez ha recibido de las cortes italianas por su participación en la operación Cóndor (“Morales Bermúdez recibe condena de cadena perpetua por Plan Cóndor”, 2017). Para nosotros el eslabón final es Stefano Delle Chiaie. En él confluyeron el pasado de los ahora viejos nazis en busca del Cuarto Reich y un presente de combate atroz —de terrorismo de Estado— contra cualquier forma

de oposición, marcada por principio como “comunista” desde un punto de vista que lo entiende como un estigma condenatorio. Hacia los primeros años de la década de 1980, si bien la operación Cóndor perdía intensidad, Delle Chiaie encontraría oportunidades en una nueva dictadura de derecha en Bolivia que recurría a los “servicios” de Klaus Barbie, quien sobrevivió en acción por diez años a Schwend. Bajo el régimen de Luis García Meza, y ya fuera del marco de Cóndor, Barbie y Delle Chiaie conformaron el más letal de los escuadrones del terror, los “Novios de la muerte”. El grupo desempeñó un papel central no sólo en la guerra sucia contra la subversión, sino también en el creciente involucramiento del gobierno militar boliviano en el narcotráfico.

Los “Novios de la muerte” utilizaron los métodos contrainsurgentes de Cóndor con la “creatividad” que De Castro le atribuía a Barbie. Linklater *et al.* (1985, p. 298) describen a uno de los secuaces de Delle Chiaie, Pierluigi Pagliai, que había cultivado la personalidad de un torturador sádico: se presentaba en mallas de ballet a sus sesiones de tortura, con el torso desnudo y untado de aceite, y aplicaba, entre otros métodos, su preferido, conocido socarronamente como “La diablada” —humillante paráfrasis de la danza tradicional del altiplano andino, donde estos terroristas actuaron bajo la coordinación de Klaus Barbie—. Consistía en inundar el suelo que pisaba el torturado y darle toques eléctricos de manera que la víctima se retorció a medida que pisaba.

CAPÍTULO IX

ODESSA: MITO Y REALIDAD

Durante dos horas, el cazador de nazis estuvo hablando de ODESSA; le dijo que en sus comienzos era una organización que se dedicaba a llevar a lugar seguro a los criminales de la SS reclamados por las autoridades, y que, posteriormente, se había convertido en una francmasonería de gran alcance para todos aquellos que un día llevaron el cuello negro y plateado, sus cómplices y sus encubridores.

Frederick Forsyth, El archivo de ODESSA

Las investigaciones de Farago deben ser abordadas con cautela porque filtraron información falsa. Sanfilippo y Camarasa describen con sorna el origen de esas ficciones, pero Stangneth las coloca en su justo lugar: el de Farago es un trabajo que pertenece a la industria del entretenimiento. Sin embargo, a mediados de los años 70, el hecho de que Farago fuera engañado por espías y oficiales argentinos que le proporcionaron documentos fabricados sobre la presencia de Bormann en Sudamérica, hizo de su trabajo el mayor impulsor del mito de un Bormann activo en la posguerra, un mito constantemente alimentado por Friedrich Schwend.

La única persona que, ya en 1946, parecía segura de que Bormann había muerto era su esposa, Gerda Bormann (Steinacher, 2011). Camarasa cita el testimonio del embaucador, Juan José Velazco, “un agente de poca monta de la SIDE” (Secretaría de Informaciones del Estado argentino, la misma entidad que operó y después dirigió la operación Cóndor), a quien entrevistó en 1992: “sabía que [Farago] estaba interesado en conseguir cosas de Bormann. Las hicimos en la SIDE. [...] sólo fue cuestión de inventar informes y ponerles sellos y códigos para que parecieran auténticos, y él ‘compró’ todo el material” (Camarasa, 2012, pp. 216-217).

Ni las agencias de espionaje —la CIA, el MI6, el Mossad, el BND y la Stasi, y sin duda tampoco la KGB—, ni los nazis en el exilio podían asegurar que Bormann hubiese sobrevivido. Hoy sabemos que, a menos que alguien hubiese pretendido suplantarlo, ninguno de ellos pudo haber tenido contacto con él. Pero eso no les impedía contar con que estuviera vivo, era un as bajo la manga. A partir de testimonios de uno de los hijos de Eichmann, Klaus —quien señalara que “hay conexiones entre los nacionalsocialistas de Sudamérica, Medio Oriente, Norteamérica y Europa”—, Stangneth describe la existencia de una estructura organizativa a través de la cual Bormann podría haber actuado aun muerto:

El asunto está organizado de tal manera que cada ex jefe de departamento que vive en algún lugar del extranjero edita y recopila el material de su antigua área. Mi hermano Horst dice que para los departamentos cuyos jefes originales han muerto, se han asignado otros especialistas pero bajo el nombre de sus jefes muertos. Así que había un “Göring” para la Luftwaffe, un “Goebbels” para propaganda, etc.” (cit. en Stangneth, 2014, pp. 330-331)

En 1964 Alemania Occidental ofreció una recompensa de cien mil marcos a quien diera información que llevara a la captura de Bormann (Whiting, 1996, p. 144); Reinhard Gehlen, el líder de la inteligencia de ese país, aseguraba que se había ido al campo soviético, y el cazador de nazis Simon Wiesenthal esgrimía la hipótesis de que se encontraba en Sudamérica, la falsa pista generada por Schwend que siguió Farago (Wiesenthal, 1967; Levy, 2002, p. 165). Wiesenthal y Farago no fueron los únicos: Camarasa enlista casi setenta detecciones de Bormann en veintinueve años a través de notas de prensa, testimonios e informes de inteligencia, de las cuales al menos cincuenta proceden de Sudamérica y, entre ellas, una lo localiza en el Perú en los tiempos de mayor poder de don Federico: 1967 (2012, p. 211). En los documentos del Centro Wiesenthal que Dieter Meier incluyó en el archivo Schwend en HIS, hay copia de una carta del Dr. Alfred H. Jenny (ya lo conoceremos mejor), de Basilea, dirigida a Simon Wiesenthal en octubre de 1971, en la que el remitente puso al cazanazis en la pista de Schwend y Barbie (Altmann), de quienes anexó sendos perfiles. El de Schwend señala: “En los últimos 12 meses se ha dicho en repetidas ocasiones que es el único sobreviviente que sabe dónde está Martin Bormann (en la zona de la frontera peruana-boliviana)” (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6). Otros documentos en ese archivo vuelven a señalar a Schwend y Altmann e insisten en la presencia de Bormann en Cusco o, junto con Mengele e incluso *Gestapo* Müller,

refugiados en los asentamientos alemanes de Oxapampa y Villarrica, pero ninguno de ellos prueba lo que Farago dice haber visto (citamos un fragmento largo para dar también una muestra de la florida prosa del autor):

En agosto de 1972 recibí un pitazo desde Lima que describía el registro de las instalaciones de Schwend y me informaba de los documentos incautados por el Dr. Santos. Mi fuente aseguraba que los papeles de Schwend proporcionaban por fin evidencia positiva de que Bormann estaba vivo.

Tomé el siguiente avión a Lima con la esperanza de obtener del Dr. Santos la evidencia que tan tenazmente había venido buscando en vano y que no le era útil a él, al menos porque no era relevante para su investigación sobre el caso del asesinato de Banchemer. Pero el Dr. Santos me evitó pues, probablemente, como se me informó, él mismo planeaba vender el material sobre Bormann al mejor postor, con la esperanza de conseguir un millón de dólares.

A pesar de la negativa del abogado a ayudarme en mi investigación, conseguí obtener acceso a varios juegos de documentos cruciales de la colección que entonces era de Santos. Uno era un folder repleto de correspondencia que incluía un intercambio de cartas entre Schwend y Bormann sobre asuntos de dinero entre los que estaba la adquisición de una enorme propiedad cerca de Valdivia, Chile. Otro, claramente más importante, era la libreta de direcciones encontrada en la biblioteca de la señora [Martha] Neuhold-Moretti, y que contenía no sólo las distintas direcciones de Bormann durante su deriva, sino también sus alias y una lista de ciertas contraseñas y códigos de identificación que él insistía en utilizar en sus comunicaciones escritas con sus amigos nazis y otros asociados.

Los así llamados papeles de Santos proporcionaron la primera evidencia *absolutamente concluyente* de que Bormann no había muerto en Berlín durante su fuga del búnker del Führer en mayo de 1945, sino que de algún modo se las arregló para escapar a Sudamérica donde, de acuerdo a ingresos explícitos en la libreta de direcciones de Schwend, se movió constantemente de un país a otro bajo cinco alias diferentes. El pequeño libro negro mostraba que en varias ocasiones y distintos momentos, había vivido en Argentina, Brasil, Paraguay, Bolivia y Chile, y había visitado Perú de vez en vez, ocasionalmente e, irónicamente, utilizando un par de nombres que sonaban judíos. (1974, pp. 86-87)

El subrayado de la aseveración de que la evidencia encontrada en los papeles de Schwend era "*absolutamente concluyente*" es de Farago. Por supuesto,

en los archivos disponibles no existen esas cartas de Bormann y Schwend (algunas de las carpetas del archivo Schwend mencionadas por Santos se perdieron) y, aunque hay diversas listas de direcciones, ninguna enlista a Bormann o sus supuestos alias, como el de Eliezer Goldstein. Es probable que lo que halló Farago fueran intercambios de Schwend con Barbie que usaba el alias de Altmann, tomado del rabino de su pueblo natal. Lo que indica Stangneth sobre su capacidad de fabulación está clarísimo, especialmente en la nota al pie en la que Farago describe “los papeles de Santos”, indicando que los jueces del caso Banchero no tenían fondos para traducirlos del alemán y conocer su contenido:

Me mostraron la mayor parte de los archivos incautados, bajo circunstancias un tanto melodramáticas (subrepticamente, en una casa aparentemente deshabitada cerca del hipódromo de Lima), y me satisface ser la única persona germanohablante que tuvo nunca acceso a este archivo vivo de la ODESSA. (Farago, 1974, p. 87)

Una parte de los “papeles de Santos” (el archivo Schwend) que cita Farago fue vertida al castellano por traductores oficiales, por encargo del Poder Judicial del Perú. En el proceso, también el ciudadano alemán Volkmar Schneider-Merck tuvo acceso a ellos antes que la hipotética mirada de Farago, e incluso tradujo algunos, como el acta del juicio por el asesinato de Kamber que hemos conocido. Fue seguramente él quien realizó las fotocopias que luego fueron enviadas a los institutos de investigación de Fráncfort y Hamburgo. El autor húngaro-estadounidense, en su “tenaz” periplo por Bormann, estaba construyendo el mito con base en el caso Schwend para una audiencia ávida de noticias y poco inclinada a la verificación.

Tomó décadas aclarar el misterio Bormann, aun cuando en junio de 1946 Gertrud Junge —la secretaria que tomó el dictado del testamento de Hitler en el bunker un día antes de que el Führer se quitara la vida—, declaró ante el CIC que un testigo presencial de su muerte bajo la metralla soviética, el chofer del Führer, Erich Kempka, se lo había informado poco después de sucedido. El propio Kempka, al ser interrogado en julio de 1946, confirmaría haber visto morir a Bormann (Breitman y Goda, 2010, p. 6). Nadie tomó nota de estos testimonios entonces. La siguiente sospecha de que el secretario personal de Hitler había muerto antes de que finalizara la guerra apareció hacia 1963, pero tampoco generó crédito. Casi diez años después, en 1972 —simultáneamente a los “descubrimientos” de Farago en Lima—, se encontraría la primera evidencia al exhumarse un conjunto de

restos de soldados alemanes muertos durante la última semana de la guerra, uno de los cuales se identificó como Bormann a través de las placas dentales —con los testimonios del dentista Blaschke que lo había atendido— y observaciones forenses, entre otras pistas. Alemania lo había declarado “formalmente” muerto en 1971 y suspendido su búsqueda; ya había sido juzgado *in absentia* y condenado a muerte en Núremberg. Pero la evidencia no convencía a todo el mundo: el mito Bormann seguiría vivo hasta que ¡en 1998! pruebas de ADN realizadas a los restos hallados en 1972 le pusieran punto final. Farago falleció en 1980 convencido de que lo había encontrado.

La supervivencia de Bormann funcionó durante años como profecía autocumplida para los servicios de inteligencia y para los círculos nazis como el Kameradenwerk y la ODESSA: la idea de que estaba por ahí o de que algún día aparecería daba sentido a las actividades de los primeros y cohesión y visión de liderazgo hacia el futuro a los segundos. El asunto Bormann es, por supuesto, el extremo en la perspectiva de una supervivencia nazi de posguerra enfrascada en la instauración del “Cuarto Reich”, porque se basa completamente en rumores, cruza la frontera de lo real y se aproxima a las fantasías recurrentes en el misticismo neonazi.

Otros “misterios” alrededor de los nazis supervivientes han alimentado el imaginario colectivo y la cultura popular tanto como le han inyectado energía al neonazismo y a diversas ideologías de ultraderecha a lo largo de los años. Un ejemplo sería la continuación de los experimentos de Mengele y otros científicos nazis en Sudamérica, cuya posibilidad ha permitido la creación de filmes taquilleros y *best sellers* —desde *Los niños del Brasil* de Franklin Schaffner (1978), basada en la novela homónima de Ira Levin (1976) hasta *Wakolda* de Lucía Puenzo (2013), con elementos de una historia real—. Una divertida parodia narra la prolongación del Tercer Reich ¡en la Luna!: la comedia cinematográfica *Iron Sky* (Vuorensola, 2012), basada en los mitos de la tecnología nazi desconocida. Más dramáticos por absurdos, pero a la vez preocupantes en cuanto a la reconstrucción de su memoria, resultan los mitos relacionados con una fuga del propio Hitler hacia la Patagonia en submarino, un tema de ficción fantástica que nutre incluso a la televisión pseudo-científica, amiga de extraterrestres y de todo tipo de teorías de conspiración, con *Hunting Hitler* (Daniels y Lealos, 2015), serie amarillista “documental” de History Channel (Discovery Networks), que explota los intersticios de duda que pudo haber dejado el suicidio del Führer (ampliamente socorridos por revisionistas, negacionistas, nazis en el exilio y neonazis).

Más allá del entretenimiento, estos ejemplos hablan de la vigencia del problema; de que estamos frente a una historia viva cuyos cabos sueltos aún

deben ser atados; de que *se hizo justicia a medias* y de que la construcción de una memoria viva y crítica, única alternativa para evitar que se repita la tragedia, sigue necesitando de nuestros esfuerzos. Son contundentes en este sentido las noticias recientes del juicio de Demjanjuk (asesino de Sobibor) en 2010 (Ariel, 2015), el de Oskar Gröning (contador de Auschwitz, noventa y tres años) en febrero de 2015 (“Bookkeeper of Auschwitz...”, 2015), la muerte en libertad de Søren Kam (número seis en la lista de Wiesenthal) en marzo de 2015 (Moreno, 2015), o los procesos que continuaban en 2016 a Hubert Zafke (cómplice de más de tres mil muertes en Auschwitz, noventa y cinco años) y a Reinhold Hanning (noventa y cinco años, cómplice de trescientos mil asesinatos en el mismo fatídico campo de exterminio; Hall, 2016).

Pero hay aún otros dos “misterios nazis” que se basan en hechos que sí han tenido lugar, aun si no ha sido de manera tan finamente orquestada como quisieran las teorías de conspiración; ambos de interés central para nosotros: la idea de un tesoro nazi oculto y la existencia de la ODESSA —la *Organisation der Ehemaligen SS Angehörigen* u Organización de Ex Miembros de las SS—.

Steinacher discute la idea de que el nacimiento de la ODESSA se diera, como afirma el mito, en una legendaria reunión celebrada en el hotel Maison Rouge de Estrasburgo el 10 de agosto de 1944, en la que los líderes económicos del nazismo habrían diseñado un plan de posguerra junto con miembros de las SS —conocemos las respuestas que la inteligencia Aliada generó ante estas sospechas al final de la guerra con el proyecto Safehaven—. Entre los asistentes a esa hipotética conspiración se supone que habrían estado el barón del carbón, Emil Kirdorff, y los magnates del acero, Fritz Thyssen y Gustav Krupp. Pero en realidad es imposible que se haya llevado a cabo: Kirdorff murió en 1938, Krupp había dimitido de su puesto en 1943 y Thyssen estaba preso en el campo de concentración de Sachsenhausen, además de que en agosto de 1944, el “derrotismo” entre los nazis era un crimen que ameritaba pena de muerte (Steinacher, 2011, p. xvi). Lo que no se puede poner en duda es que, así como existió realmente el club Kameradenwerk, también existió la red que conocemos de nazis ayudándose unos a otros a escapar con el dinero nazi oculto, el apoyo de autoridades de la iglesia católica, la ayuda del Comité Internacional de la Cruz Roja, la participación de la inteligencia Aliada que buscaba informantes anticomunistas y la complicidad de gobiernos como los de España, Argentina, Egipto y Siria. El hecho de que la reunión de Estrasburgo tenga un carácter mítico no significa tampoco que los magnates mencionados, sus herederos o sus administradores, no hubiesen participado de algún modo en el proceso,

como indican las pesquisas de Camarasa (2012): la familia Krupp también llegó a afincarse en Sudamérica “en un tiempo indeterminado”, y fue propietaria de una finca de treinta y seis mil hectáreas en Ampascachi, un pueblo de la precordillera Argentina, que en 1967 pasó a manos de Waldtraut Burchardt, descendiente de la misma familia.

La opinión —y la evidencia histórica— está dividida entre quienes consideran que la ODESSA realmente existió y quienes la ponen en tela de juicio. Sanfilippo (s. f.) aborda el problema mediante una minuciosa revisión de todo lo escrito y dicho acerca de esta red: encuentra en Wiesenthal a uno de los primeros en sostener su existencia y desmenuza los hallazgos de autores posteriores. Sin embargo, nos hace notar que, aun cuando nuevas investigaciones argumentaban en contra de su existencia, un notable *best seller* publicado en 1972 convertía a la ODESSA en elemento de la cultura popular y de la paranoia sobre el Cuarto Reich que los nazis prófugos construirían en Sudamérica o en Medio Oriente, paranoia en gran medida alimentada por el propio Farago. Este *best seller*, llevado a la pantalla dos años después (Neame, 1974) en un filme que “hizo época”, es la novela de espías de Frederick Forsyth, *El archivo de ODESSA* (1972). Sanfilippo reseña así el argumento:

El *thriller* de Forsyth aún es bien recibido por los especialistas porque es muy entretenido, una buena fusión entre ficción y realidad. Su protagonista, el reportero Peter Miller, es un personaje de ficción pero está buscando al capitán de las SS Eduard Roschmann, quien realmente logró burlar tribunales y otros cuerpos judiciales de posguerra. Miller incluso entrevista a Simon Wiesenthal, quien le dice (al personaje y a los lectores) que las SS se fueron a la clandestinidad al final de la guerra con la ayuda de la ODESSA. Los SS fugitivos se embarcaron en puertos italianos con destino al Medio Oriente o Argentina.

Según Forsyth (y Wiesenthal), el botín de oro del que las SS se apropiaron durante la guerra fue depositado en bóvedas secretas de bancos suizos y fue usado después para comprarle a Perón siete mil pasaportes. La iglesia Católica por su parte ayudó a los fugitivos mientras estuvieron en Italia. Según Wiesenthal, muchos cardenales eran pronazis, entre ellos Alois Hudal, el “nuncio apostólico alemán”. Así fue como los SS encontraron refugio en el gran convento franciscano de Roma y recibieron identificaciones de la Cruz Roja, justo lo que necesitaban para embarcarse en Génova. (Sanfilippo, 2009)

No está de más añadir que en la trama de su novela Forsyth no sólo recurrió a lo que se decía a principios de los 70 sobre la ODESSA, sino que utilizó otros datos sobre las operaciones de las SS de las que algo se sabía; específicamente la operación Bernhard. En el capítulo XIV, el periodista Miller, que está tratando de infiltrarse en la ODESSA, va tras un miembro de la red clandestina que se encarga de dotar de pasaportes falsificados a los SS perseguidos. Este falsificador, Klaus Winzer, personaje ficticio, ha formado parte durante la guerra de la operación dirigida por Bernhard Krüger, quien también es mencionado en la historia. Forsyth dedicó algunas páginas a describir dicha operación utilizando algunos datos “reales” y acomodando otros elementos de su narrativa de ficción para calzar en la historia. Sería correcto pensar que la fuente de la que Forsyth tomó lo relacionado con la operación Bernhard fue el *Hitler's Paper Weapon* de Höttl, publicado en 1955, aunque durante los meses anteriores al lanzamiento de la novela, la prensa había dado cobertura a la búsqueda de los tesoros escondidos en el lago Toplitz, tema que despertó de nuevo el interés por la historia de los falsificadores nazis. Después de la guerra, el personaje Winzer “conoció a Otto Klops, un sujeto jactancioso y autosuficiente, que era rey del mercado negro de Wiesbaden”. No podemos evitar que las características de este personaje marginal en la ficción de Forsyth nos recuerden a Schwend y nos lleven a preguntarnos si se habrá inspirado en él.

Sanfilippo encuentra que “muchos historiadores dudan” de que la ODESSA haya existido en realidad: la ODESSA de Estrasburgo, la poderosa organización que aprovechó el beneplácito de la iglesia y Perón. Pero muestra también que “de hecho, un par de redes clandestinas alemanas *no muy importantes* se dieron el nombre de ‘ODESSA’ en 1946”, aunque añade que la única prueba de su existencia había sido proporcionada por Wiesenthal. Lo que para Wiesenthal era evidencia útil como parte de un proceso que no buscaba hacer historia sino justicia, para periodistas escandalosos como Farago o Camarasa, es una conspiración probada. Los documentos de Schwend muestran que a Wiesenthal no le faltaba razón.

La tesis que apuesta por una ODESSA fuerte la localiza desde mayo de 1945 en Alemania, Austria e Italia y la suele describir como una organización de escape, vinculada directamente con las *ratlines* de Hudal y Draganić, después aprovechadas por los servicios secretos estadounidenses. La existencia de ODESSA se extendería hasta los 60 y, durante estos más de 20 años, habría celebrado algunas reuniones (Heller y Maegerle, 1995, p. 92). Sus alcances son importantes; incluso la Stasi, el servicio secreto de Alemania Oriental, guardó documentos en los que aparecen pistas sobre la red,

como —un caso extremo mencionado por Andreas Förster— el de Helmut Kramer, un editor de Bonn que publicaba literatura apologética de las SS en los años 60 y que buscó sin éxito el apoyo de quien fungiera como líder de la ODESSA, el “héroe de guerra” Otto Skorzeny, afincado en Madrid (Förster, 2014, pp. 154-156). Fue este nazi particular, Skorzeny, quien, a decir de muchos historiadores, construyó la organización de ayuda a la fuga de ex miembros de las SS.

Es necesario señalar un hecho histórico importante en el contexto de la supervivencia de nazis en todo el mundo, un hecho que convertiría la cárcel de nazis en un negocio editorial y reforzaría tantos mitos como fuera posible alrededor de ellos. Exactamente quince años después de la caída del Tercer Reich, el servicio secreto israelí, el Mossad, localizó a uno de los mayores criminales del régimen viviendo bajo falsa identidad cerca de Buenos Aires: Adolf Eichmann. El Mossad, con conocimiento del gobierno israelí, decidió secuestrarlo y sacarlo del santuario nazi en el Cono Sur, evitando cualquier obstáculo diplomático o burocrático que pudiera presentar un proceso formal de extradición. Por supuesto, el secuestro de Eichmann violó tratados internacionales y la soberanía argentina, pero el mayor criminal de guerra y contra la humanidad que quedaba con vida tres lustros después de la derrota nazi fue finalmente sometido a juicio en Jerusalén y condenado a muerte. Entre el momento del secuestro y el cumplimiento de la sentencia pasaron poco más de dos años: del 11 de mayo de 1960 al 1.º de junio de 1962. Se hizo justicia y las protestas diplomáticas de Argentina pasaron a segundo plano porque para nadie habría sido admisible defender a uno de los principales autores intelectuales del Holocausto. Hannah Arendt, como especialista en el tema, asistió al juicio de Eichmann y escribió la polémica crónica que fue leída por muchos como una justificación de sus crímenes y por tanto, de los nazis: *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal* (1999). Pero nada estaba más lejos de su intención; lo que expresa *Eichmann en Jerusalén* es el pasmo y la impotencia ante la maquinaria de la muerte vista a través de las palabras pausadas y estudiadas de este criminal, que aparecía ante las cámaras como un burócrata insignificante que no hizo más que “cumplir órdenes”.

Arendt no tuvo a mano las evidencias que develarían el rostro oculto del “burócrata”; la suya es una visión sincrónica del proceso. El juicio de Eichmann también fue, para algunos —especialmente para la prensa y para quienes tenían información que venderle a la prensa—, una gallina que ponía huevos de oro, y las entrevistas grabadas durante intensas jornadas por Sassen en Buenos Aires y las notas del propio Eichmann sobre este

pesadillesco *tour de force* de nostalgia nazi, adquirieron el valor monetario real del tesoro oculto que quería la imaginación popular. Stangneth se ha ocupado de documentar y analizar exhaustivamente los pasos de *Eichmann antes de Jerusalén*; su investigación nos permite ver todo aquello que Arendt no pudo analizar y descubre, detrás del tímido burócrata que puso en escena en Jerusalén, al criminal perverso, consciente y orgulloso de sus acciones criminales. Los papeles de Eichmann y Sassen se convirtieron en un capital financiero de tal envergadura, que por todas partes surgirían intereses y ambiciones de enriquecimiento a través de “contar la historia” o encontrar pistas o soluciones a los misterios nazis. Schwend, por supuesto, no sería la excepción.

SCHWEND Y SUS CONTACTOS

Los papeles de Schwend también contienen referencias a la ODESSA que permiten evaluar su papel y su existencia, más allá de la marginalidad en la que la dejan los análisis de Sanfilippo o Steinacher, aunque sin llegar a los niveles sensacionalistas que le dan las teorías de conspiración de Farago o Camarasa. Resulta también misterioso que el *best seller* de Camarasa, *ODESSA al sur*, dedicara en su edición original de 1995 un subcapítulo a Schwend, “el nazi de Lima”, que en la edición revisada —casi una reescritura— de 2012, ha desaparecido de la historia. Quizás el autor detectó imprecisiones en su texto original y para la nueva edición no quiso rectificar, así que optó por eliminar las referencias que señalaban a Schwend como cabeza de la ODESSA y a Lima como sede de la organización. Y sin embargo, no era una pista difícil de seguir. Lo difícil es sostener que Schwend estuviera al frente de la red; no hay nada que pruebe esta hipótesis, sino lo contrario. Sus contactos con ella, su participación al grado de solicitar “ser separado”, son fehacientes en los archivos.

Hay referencias en la correspondencia de mediados de los 60 entre Schwend y el periodista alemán Herbert John, empleado de Luis Banchero Rossi cuando el magnate se inició en la industria periodística con la fundación del diario *Correo*. Las cartas no siempre están fechadas y, aunque algunas están firmadas con los nombre reales de los remitentes; en otras han optado por usar pseudónimos: *Obermüller* para John y *Stroheim* para

Schwend. La relación entre ambos personajes es mucho más compleja que la sola conversación sobre ODESSA y la encontramos recurrentemente en la biografía de Schwend, pero baste por ahora mencionar que en una de las cartas en que usan sus nombres reales, John informó a Schwend de su próximo arribo a Lima y agregó estar muy interesado en “la conferencia ODESSA” entre otros asuntos (HIS, Schwend Archiv, 49-73). Esa carta de John, sin fecha, parece ser respuesta a una del 22 de mayo de 1965 (no dice el año pero es evidente al seguir el curso de la correspondencia mutua) en la que *Stroheim* comunicaba a *Obermüller* que había llegado a Lima, desde España, alguien que se había reunido varias veces con otras personas en el Hotel “Grillion” [sic, se refería al hotel Crillón] y había hecho varias visitas a las embajadas árabes:

Entre otras cosas, el tema de conversación fue una supuesta reunión de nacionalistas que se denominan ODESSA o algo así. Investigue usted mismo en España, donde ya desde octubre de 1964 se encuentra mi amigo Gysling como cónsul general, si existe. Al parecer se trata de una asociación de ex miembros de las Waffen SS de diversas naciones, es decir, también holandeses, franceses, españoles.

Según Schwend, la sede central de la organización estaría en El Cairo y sería dirigida por un hombre cuyo nombre desconocía, pero del que podía dar algunas señas: “le crece el pelo en todo el cuerpo, tiene cabello oscuro y ojos marrones”. Además, Schwend le ofrecía a John la posibilidad de conseguir copias de las minutas de esa reunión, pero pedía a John —en señal de que se trataba de una flagrante traición al grupo de nazis de ODESSA— que dejara su nombre “completamente fuera de la conversación [...]”. Nadie puede saber nuestra conexión” (HIS, Schwend Archiv, 49-73).

No es fácil saber a quién se refería Schwend como el nazi de El Cairo; la lista de ex nazis que hallaron refugio en Egipto es tan larga, quizás, como la de los que lo hicieron en Argentina o los Estados Unidos. Sabemos de al menos tres nazis de alto rango, criminales de guerra, que hallaron refugio en el país norafricano: Alois Brunner (que finalmente se estableció en Siria), Johann von Leers (quien emigró a Egipto después de algunos años de haber estado en Argentina, empleado por el Ministerio de Propaganda) y Walter Rauff (que en la época en que se ubica esta correspondencia ya se encontraba a salvo en Chile). Lo interesante es que los tres mencionados pertenecieron al círculo de Eichmann durante la guerra y, los dos últimos, al círculo de nazis agrupados alrededor de Dürer Verlag y *Der Weg*, con Sassen,

en Buenos Aires y Bariloche, es decir, a la red ODESSA. Von Leers, cuyo papel en el establecimiento de la ideología neonazi ya conocemos, aparecería en 1964, de la mano de Schwend, en Lima, en el entorno de supuestas operaciones de ODESSA con dinero falso, una especialidad de Schwend.

La CIA tenía información de las actividades de este círculo desde 1960. Breitman y Goda mencionan en *Hitler's Shadow* (2010) que Brunner, bajo el alias de Fischer o Rischer, había formado parte de un “gran concejo de SS de Egipto” que se había reunido varias veces entre finales de 1960 y principios de 1961. Los autores dicen que la fuente que proporcionó este informe a la CIA mencionó a otros participantes entre los que estaba Von Leers. En alguna de esas reuniones:

Brunner había asegurado tener una larga lista de judíos que habían colaborado con los nazis durante la Solución Final; ahora podían ser chantajeados con el fin de financiar al grupo de las SS. Von Leers dijo que si el chantaje fallaba, él quería publicar dicha lista de cualquier manera.

En opinión de Breitman y Goda, los nazis “Beisner, Rademacher y particularmente Brunner jugaron importantes papeles en el asesinato sistemático de millones de judíos, y continuaron despotricando sobre la influencia judía décadas después” (2010, pp. 29-30).

Según Farago, Schwend usó Lima como centro de operaciones para la realización de negocios en Latinoamérica y, desde ahí, en Alemania e incluso en Israel. Farago apunta también que Schwend manejaría la colonia nazi de Sudamérica como “una suerte de Cuarto Reich en el exilio” (1974, p. 85). Nazis fugitivos formaron colonias en Paraguay, Chile, Brasil y Argentina. Peleaban entre ellos por dinero e influencia para luego ayudarse mutuamente, se dedicaban a sus negocios y carecían de ambiciones políticas. Pero los más importantes eran diferentes: desde el caso de Hans-Ulrich Rudel, que buscó sin éxito participar en la política de Alemania Occidental en los años 50, para después vivir con su verdadera identidad en Argentina, donde escribió libros y asesoró al gobierno de Perón, hasta los de Wilfred von Oven, que trabajaba en Argentina para *Der Spiegel* y escribía libros, o el caso extremo de Klaus Barbie, que se ocultó en Bolivia y en el Perú, desde donde encabezó sospechosos y muy lucrativos negocios en sociedad con Schwend. Muchos de ellos, la mayoría, quizá con la sola excepción de Eichmann, consiguieron posiciones sociales e ingresos como los que caracterizan a las aristocráticas elite latinoamericanas. Los nazis prófugos se vanagloriaban de sus heroicos pasados y negaban sus crímenes, pero no crearon nuevos mitos y

símbolos. La mentalidad de asedio que había guiado el pangermanismo y la clandestinidad militante de la Orden del Thule de Múnich no encontraba en América Latina un ambiente propicio para crecer; necesitaba el centro unificador, el Hofburg vienés. Barbie y Schwend, junto con otros nazis, probablemente pertenecieron a la Orden del Thule —o a alguna secta neonazi que la emulaba—, y esta dotó de cierto simbolismo a la propia ODESSA, por informal y alejada de una conspiración global que hubiese estado (Heller y Maegerle, 1995, pp. 92-93 y 123).

La historia de la ODESSA se ha construido a partir de indicios, de menciones sobrevivientes en documentos desclasificados, de mitos alimentados por personas con intereses personales, de miedos que crecen con la mitología popular, ávida de conspiraciones. Es muy probable que exista mucha más información sobre este asunto en archivos de diferentes países que aún no han visto la luz. Muchos habrán desaparecido, como los del caso argentino; pero otros están por ahí, a la espera de ser liberados en bien del conocimiento y la memoria. Tan tardíamente como 1990, Dieter Meier, que estaba trabajando con el archivo Schwend en HIS, en representación de una interesada directa, Gail Gottlieb, apelaba ante las autoridades de la inteligencia militar estadounidense su decisión de no liberar ciertos materiales sobre ODESSA porque “su desclasificación podría poner en riesgo la seguridad nacional”.

Las referencias a la ODESSA y a la relación de Schwend con ella no terminan en los archivos referidos. En la misma época en que el periodista John se interesó por la red nazi, el espionaje estadounidense también dio con ella en el entorno de Schwend. Para la primera mitad de la década de 1960, un Schwend ya bien establecido colaboraba con la Policía de Investigaciones del Perú —a la que asesoraba y de la que obtenía protección— y sus negocios marchaban sobre ruedas. Pero los servicios secretos estadounidenses volvieron sobre su pista a partir de sospechas de que Schwend había vuelto al negocio de la falsificación de dólares. Aunque la PIP lo encubrió, la inteligencia estadounidense —la CIA, el Departamento del Tesoro y el director del FBI, J. Edgar Hoover— recibió el testimonio de un extraño informante, ni tan insignificante como para simplemente descartarlo, ni tan valioso como para ponerle atención más allá del registro. César Ugarte pondría a Schwend y a la ODESSA nuevamente en el centro de una trepidante historia, realmente difícil de creer.

El 29 de abril de 1965, el Oficial Regional de Seguridad de la embajada de los Estados Unidos en Lima envió un informe a sus superiores sobre César Ugarte, Jr., quien se había aproximado a él ya en 1962, cuando el funcionario estadounidense estaba recién instalado en el Perú. En esa ocasión, cerca

de tres años antes del reporte, Ugarte se había identificado como “asistente especial” del Jefe de la Guardia Civil Nacional (se refería a la Guardia Civil que fue dirigida por el General Humberto Quea Pérez entre 1961 y 1964); más tarde aseveró que tenía doble nacionalidad; era también estadounidense. El funcionario de la embajada no le dio mucha importancia a Ugarte en esos primeros encuentros: “al describirme sus antecedentes me pareció que era el tipo de individuo que podía fácilmente sobrepasar la verdad, y me inclino a creer que lo hizo no sólo en la primera entrevista sino en muchas ocasiones subsecuentes”. Sin embargo, algunas de las informaciones que Ugarte proporcionó pudieron ser verificadas, así que se mantuvo con él una relación distante pero al mismo tiempo alerta ante la posibilidad de obtener información relevante. Hacia 1965 Ugarte no trabajaba más con la Guardia Civil, cuya dirección había sido reemplazada (quedando como titular el rebelde teniente general GC Manuel Corrales Tello, entre 1964 y 1966), pero decía que como era de “buena” familia, mantenía contactos con varios funcionarios “incluyendo al mismo presidente Belaúnde”. A partir de aquí pasaba al asunto que había decidido informar:

Hace algunos meses, [Ugarte] llamó al oficial que reporta e informó, con muchos más detalles de lo que exige la discreción en una llamada telefónica, de su propia investigación sobre el movimiento clandestino nazi que se encuentra actualmente en operación en toda Sudamérica. Aseguró que el nombre de la organización es ODESSA, fundada por Martin Bormann en Buenos Aires, Argentina, en 1947 y que actualmente es financiada desde El Cairo, Egipto, donde se localiza su cuartel general. De especial interés para él es que esta organización presuntamente posee placas falsas de \$10, \$20, \$50 y \$100. Asegura que estas placas fueron hechas originalmente para la “operación Bernhard” durante la Segunda Guerra Mundial, entonces liderada por Federico Schwend que actualmente vive en el Perú. Insiste, además, en que Schwend es aún un nazi activo, como varios otros que mencionó. (FOIA, Schwend, 0093)

El funcionario tomó una declaración a Ugarte y la envió a los servicios mencionados junto con otros diez adjuntos entre los que había notas periodísticas y apuntes sueltos de Ugarte que apuntaban aquellos elementos de verdad que pudieran tener sus sospechosos delirios. Uno de los principales motivos que llevaron a los servicios secretos estadounidenses a poner atención en estas declaraciones fue la mención de las placas falsas de la operación Bernhard, que era ya de cierto conocimiento público gracias

a la publicación de *Unternehmen Bernhard* de Willy Höttl (bajo el pseudónimo de Walter Hagen), en 1955, traducido inmediatamente al inglés como *Hitler's Paper Weapon* y publicado con el verdadero nombre del autor. Esta sospecha fue la que llevó al oficial de la embajada a sugerir que se enviara la información al Departamento del Tesoro, pero otros elementos de la declaración de Ugarte relacionados con la existencia de una red clandestina de nazis prófugos debieron despertar el interés de las otras agencias. No todo lo que reveló era falso y el interés que generó en la inteligencia estadounidense se puede ver a través de dos factores: primero, que copias de la declaración de Ugarte aparecen en los expedientes secretos, hoy desclasificados por la CIA, correspondientes a personajes como Mengele y Von Leers, además del de Schwend, y segundo, que sus aseveraciones, hechas en 1965, continuaron alimentando inteligencia incluso veinte años después, como en el caso del expediente Mengele.

Para nosotros, la declaración de Ugarte ayuda a entender la percepción que tenían ciertos círculos de poder —las élites gobernantes de un país como el Perú de mediados de los años 60; el interés económico detrás de revelaciones que podían seguir el modelo Eichmann— sobre el mundo del espionaje. Parte de la información que proporcionó, ayuda, por ejemplo, a entender el funcionamiento de la ODESSA, ya fuera como conspiración masiva según algunos periodistas o como una organización informal, más pequeña, cuya existencia se puede verificar en los documentos.

Ugarte declaró que en octubre de 1961 había sido nombrado consejero técnico de relaciones públicas para la Comandancia General de la Guardia Civil y la Policía del Perú por el entonces presidente, Manuel Prado, cargo que desempeñó hasta su renuncia en septiembre de 1964. A lo largo de ese periodo habría recibido llamadas telefónicas de una fuente confidencial con la que nunca tuvo contacto presencial, y que se comunicaba con él “cuando tenía alguna información de importancia ya fuera para el gobierno peruano o el estadounidense”. Ugarte creía que su fuente podía ser de nacionalidad venezolana, cubana o panameña “por su acento”, aunque aseguraba que “a través de diferentes trucos de mi parte, he podido averiguar que habla bien alemán, inglés e italiano”. A continuación agregaba: “Tengo la firme sospecha de que es miembro de la organización secreta alemana llamada ODESSA, establecida en 1947 en Buenos Aires por el ex secretario de Hitler, Martin Bormann”. Y hasta donde Ugarte podía saber, la fuente nunca le había dado información falsa (FOIA, Schwend, 0093).

La declaración de Ugarte, probablemente escrita por él directamente en inglés (con errores e imprecisiones que no cometería un hablante nativo), se

extiende a lo largo de cuatro páginas escritas a máquina, a renglón seguido, y continúa en dos páginas más de “notas sueltas”; traducimos la primera parte al español por la relevancia de su contenido:

Desde la caída del régimen de Perón, ODESSA ha encontrado refugio en el gobierno de Nasser en Egipto y se dice que la organización tiene un total de 3087 miembros pagados por el gobierno egipcio.

La primera noticia que recibí acerca de que la Organización ODESSA estaba financiando a los comunistas me fue dada a las 7:03 pm del 23 de julio de 1964. La información era la siguiente: placas falsas hechas para la operación Bernhard durante la Segunda Guerra Mundial, liderada por Federico Schwend, se encontraban ahora en São Paulo, Brasil. Las placas tienen las denominaciones de \$10, \$20, \$50 y \$100. La información de mi fuente era que algún ex nazi, criminal de guerra, ahora pagado por el gobierno egipcio, llegaría al Perú en algún momento, a fines de 1964. Esta información fue confirmada con el arribo de Johann von Leers al Perú el 3 de diciembre de 1964, con un pasaporte egipcio a nombre de Omar Amin von Leers, bajo el pretexto de comprar \$100 000 en billetes falsos. Von Leers se entrevistó con Federico Schwend en la embajada de la República Árabe Unida, en Miraflores, Lima, Perú, a las 8:00 pm del 4 de diciembre de 1964. El 9 de diciembre, Von Leers partió hacia São Paulo, Brasil, y de ahí volvió a El Cairo, Egipto. El 28 de enero de 1965, en una conversación telefónica previamente acordada, mi fuente me informó que Lima sería inundada con dólares falsos en algún momento antes de julio. Esta información fue transmitida a oficiales estadounidenses el mismo día en que fue recibida. Billetes falsos aparecieron, efectivamente, en Lima. El 6 de abril, a las 7:22 pm, recibí una apurada llamada telefónica de mi fuente, citando la siguiente frase: “Siguiendo puerto de entrada: República de Francia”. Concluí, a partir de esto, que con la ayuda del ex alemán Von Leers, introducirán más de un millón de dólares en billetes falsos en Francia. (Nota: es interesante señalar que de ser cierta esta información, podría jugar un papel en la actual política del gobierno francés de vender dólares por oro).

El actual líder de la organización ODESSA en Sudamérica es Federico Schwend, que ingresó al Perú en 1947 con pasaporte italiano. En este momento, dicho pasaporte se encuentra en una caja de seguridad de la embajada de Italia en Lima. Una vez que Schwend obtuvo pasaporte alemán de la embajada de Alemania en Lima, en 1948, pagó la suma de S/ 4 millones de soles a ciertos oficiales peruanos en el poder en ese momento. El teniente coronel Ben Salam, que en realidad es Sturnbann Fuehrer [sic] Bernard

Bender, ex jefe de Comando de Servicio Especial en Ucrania, es hoy jefe del Departamento Político de Nassar [sic]. El sujeto arriba mencionado está por establecer las conexiones necesarias en Francia con el Partido Comunista para liberar el dinero estadounidense falso. En el momento se hospeda en la embajada de la RAU.

El mensajero especial Otto Steft, Jr., de nacionalidad austriaca fue anteriormente líder del Grupo de la Juventud de Hitler y hasta 1961 fue contador de Canadian Pacific Airlines.

Richard Kohlweg es copropietario del Versailles, combinación de restaurante y café, localizado en la Plaza San Martín, teléfono número 82449, Lima Perú. Está casado con una ciudadana peruana que era anteriormente empleada del First National City Bank de Nueva York, Lima, Perú. Desconozco el nombre de ella por el momento. Se sospecha que Kohlweg es el hombre número 4 en la organización ODESSA en el Perú, y tiene el encargo de colaborar en la distribución de dólares falsos.

El caso del Dr. Theodore Binder, también miembro de la organización ODESSA y sospechoso de ser su principal contacto en las selvas peruanas, fue sacado a la luz el jueves 1.º de enero de 1965 en una conferencia en la que el Dr. Zuzunago [sic] Flórez defendió al Dr. Binder. Hasta donde yo sé, Marcelo Ongania, actualmente gerente de ANSA, agencia de noticias italiana en el Perú, es el único periodista que ha investigado a fondo los antecedentes del Dr. Binder. Se adjunta a la presente el teletipo noticioso de la agencia mencionada, así como una copia del discurso del Dr. Zuzunago [sic] en la conferencia de prensa. Está probado que el Dr. Binder ingresó al Perú con pasaporte falso, junto con su esposa [...].

De acuerdo con la investigación periodística de Ongania, el Dr. Binder era miembro del Grupo de la Juventud de Hitler, nunca estudió para ser un doctor y sirvió en el ejército alemán de 1941 a 1945, cuando el sujeto mencionado escapó a Zúrich, Suiza. (FOIA, Schwend, 0093)

Tras la declaración hay dos páginas de “notas sueltas” con las que Ugarte probablemente intentó sustentar lo dicho así como aclarar algunos de los temas mencionados, por ejemplo, el significado del nombre ODESSA (Organización de ex miembros de las SS, por sus siglas en alemán), así como que la organización también se conocería con el sobrenombre de “La Tela-raña” y que su líder en España era “el ex coronel de las SS Otto ‘Caracortada’ Skorzeny”.

Sabemos con certeza que muchos de los elementos de esta declaración son falsos o, al menos, incorrectos y la inútil mención de horas exactas por

Ugarte parece tener la intención de reforzar la credibilidad de la que carece lo que dice. Otros elementos de su declaración son definitivamente inventados: lo relacionado con el pasaporte italiano con el que Schwend habría entrado en el Perú es probablemente una interpretación incorrecta de la identidad de Venceslav Turi, el yugoslavo, y de sus papeles de la Cruz Roja emitidos en Italia, pero la aseveración de que dicho pasaporte se encuentra “en una caja fuerte en la embajada de Italia” es una invención. Igualmente incorrecto es lo señalado con respecto al pasaporte alemán de Schwend de 1948; como sabemos, no tuvo pasaporte alemán sino hasta 1953, cuando lo consiguió en Ecuador. En relación con esto, resalta también lo dicho sobre los cuatro millones de soles pagados a ciertos funcionarios, pues no se incluye un motivo para esta transacción y no queda claro si se trata de un soborno ni para qué habría sido hecho. Y lo relacionado con el Dr. Binder destaca, incluso por la supuesta investigación a fondo realizada por el periodista italiano Ongania, pues en otras fuentes, como veremos más adelante, Binder aparece como miembro de la resistencia antinazi durante la guerra.

El hecho de que Ugarte mantuviera absolutamente oculta a su supuesta fuente también genera cuestionamientos: si estaba denunciando la existencia de la ODESSA y su intervención en la falsificación de moneda, y sospechaba que su informante era miembro de esta organización, ¿por qué lo protegía? Si logró averiguar mediante “trucos” que el informante hablaba fluidamente alemán, inglés e italiano, ¿por qué no averiguó más? ¿Dónde se originó en realidad la información que Ugarte transmitió? Es imposible saber si lo hizo por motivos personales y de manera independiente o si actuaba como intermediario de alguien más. Podríamos esbozar diversas hipótesis: ¿se trataba de alguno de los socios y prestanombres de Schwend en el entorno de La Estrella, de algún empleado de la agencia Volkswagen en la que trabajaba Schwend por entonces, de algún anónimo que hubiese tenido relaciones desventajosas con el contrabandista alemán, de alguien enviado por sus adversarios financieros en Europa, Spitz y Lenz; de Glavan? ¿Hasta dónde la información de esta fuente estaba aderezada por el propio Ugarte, de quien el oficial estadounidense desconfió por su fanfarronería y su propensión a la mitomanía? Lo único que podemos usar como pista hacia esta fuente es que no se trataba de un peruano —hablaba español con acento caribeño— y que podía desenvolverse en los tres idiomas europeos mencionados. No podríamos descartar que esa información nos condujera hacia Glavan, aunque resultaría extraño en este caso que la declaración no incluyera el hecho de que Schwend gozaba de recursos financieros producto

del “tesoro nazi” que había logrado ocultar de los Aliados —a menos que el ítalo-yugoslavo estuviera informando cuestiones de interés sólo para las fuerzas policiales peruanas con el fin de afectar la residencia de Schwend en el país—. Por el conocimiento de los hechos relatados, y por el conflicto que se establecería después con Binder y el periodista John, no podríamos descartar que el origen de la información hubiese sido el propio John, aunque en la época de estos informes aún no rompía con Schwend. Por último, especialmente en lo tocante a la difamación de un presunto antinazi como Binder, la fuente podría haber sido orquestada por el propio Friedrich Schwend.

Con respecto a Schwend, la información que Ugarte transmitió a la CIA y cuya procedencia en todo momento atribuyó a ese informante misterioso, añade algunos elementos en las notas sueltas anexas (escritas al parecer antes de diciembre de 1964, es decir, antes de la declaración propiamente dicha): que Schwend era la única persona que podía dar alguna pista sobre quién tenía las placas de dólares falsos; que se le había visto salir de la embajada de la República Árabe Unida (RAU, encarnación de la efímera unidad de Egipto y Siria) en Miraflores cuatro veces en los últimos seis meses —es decir, entre octubre de 1964 y abril de 1965—, “después de que Von Leers dejara la oficina de ODESSA en Buenos Aires”; que después de la caída de Perón en la Argentina (septiembre de 1955), Schwend se había convertido en cabeza de la ODESSA en Sudamérica, alrededor del momento en que regresó al Perú con su verdadera identidad. Aquí Ugarte volvió a insistir en que no conocía a su fuente sino por teléfono y añadió: “se me ha prometido, si acaso fuese posible, hacerme llegar un billete falso”.

LOS NAZIS DE UGARTE

Ugarte mencionó en su declaración nombres de supuestos miembros de la ODESSA. Ya conocemos al primero, Johann von Leers, agitador, miembro temprano de las Waffen SS que no detuvo su trabajo de propagandista nazi y antisemita después de la guerra. En su huida a Italia y luego a Argentina, formó parte del círculo Kameradenwerk, alrededor de Dürer Verlag y *Der Weg*, revista para la que siguió escribiendo ardientes libelos antisemitas aún después de refugiarse en Egipto, convertirse al Islam, cambiar de nombre

e incorporarse al gobierno de Nasser como consejero en asuntos de información. El viaje de Von Leers a Lima en diciembre de 1964 y su reunión con Schwend en la embajada de la República Árabe Unida mencionados en la declaración, coinciden con el contenido de la correspondencia entre Schwend y John donde se hablaba de la visita del “nazi de El Cairo”. Es imposible verificar lo relacionado con los motivos del viaje de Von Leers a Lima: los dólares falsos, las placas de dólares Bernhard —de las que sabemos que no tenían la calidad necesaria para producir billetes falsos que pudieran distribuirse con éxito— y la inundación de una economía como la francesa; algunos de los elementos de esta historia tienden a caer en la región de los mitos (Wistrich, 1995, pp. 152-153). En las notas sueltas anexas a su declaración, Ugarte había establecido una versión diferente: no era Francia sino los propios Estados Unidos, a través de Cuba, donde se distribuirían los dólares falsos, y ahí mismo indicó que el financiamiento para la operación provenía del gobierno egipcio.

El siguiente era Bernard Bender, un ex *Sturmbahnführer* que ahora utilizaba el nombre árabe de Ben Salam y a quien se identificaba como ex miembro de uno de los *Einsatzgruppen* en Ucrania, los escuadrones de la muerte ideados por Himmler y operados por Heydrich y Kaltenbrunner, que fueron la avanzada del exterminio de judíos, romanís y eslavos en Europa del Este. En las “notas sueltas” de Ugarte adjuntas a la declaración hay un dato más sobre Bender: “buscado por crímenes de guerra”. Bender aparece efectivamente en diversas fuentes como oficial de la Gestapo en Polonia y Rusia (Patterson, 2011, p. 94), y en otras, durante la posguerra, ligado a los servicios secretos egipcios.

En tercer lugar estaba Otto Steft, Jr. Una nota a mano en la declaración, hecha por los lectores de la CIA, indica que podía ser también “Sr.”; este tipo de anotaciones al margen en los documentos de los servicios secretos suele corresponder al cruce de información en sus archivos: cuando el nombre de un sujeto aparece en un documento sobre otro sujeto, se realiza una búsqueda de ese nombre en los expedientes existentes. En este caso, los agentes de la CIA habrían dado con expedientes en los que aparecía el nombre “Otto Steft Senior” como uno de los oficiales que perpetraron la masacre de Paradis el 27 de mayo de 1940 en Francia, en la que noventa y siete de noventa y nueve soldados británicos que ya se habían rendido a los alemanes fueron brutalmente asesinados. Los dos miembros del batallón prisionero que sobrevivieron lograron, con sus testimonios, llevar a la pena de muerte al líder SS Fritz Knöchlein, en 1948. Los recuentos históricos del juicio de Knöchlein apuntan que no hubo más inculpados por la masacre, pero en los archivos de

la CIA que hacen seguimiento a Joseph Mengele, aparece este Steft Senior en vinculación con otro de los mencionados en la declaración de Ugarte: el Dr. Binder. Sin embargo, las notas de inteligencia en el expediente de Mengele, compilado a mediados de los 80, se nutrieron directamente ¡de la declaración de Ugarte! (FOIA, Mengele, vol. 2, 0078), por lo que no podemos asegurar que “Jr.” y “Senior” fuesen el mismo Steft ni corroborar su existencia (nada impide, en todo caso, que el hijo de un nazi decidiera colaborar con su padre, como sucedió en el caso de la descendencia de Eichmann y Barbie).

De Richard Kohlweg, señalado en la declaración de Ugarte como copropietario del Café Versailles y presunto número cuatro de la ODESSA en Sudamérica, no encontramos muchos rastros. En una memoria de los años 90 publicada por la colonia suiza en Lima, el nombre de Kohlweg aparece como ex propietario del restaurante Peppinos de San Isidro, que sería adquirido entre 1987 y 1990 por la familia Baumgarter, pero no hay mención del Versailles de la plaza San Martín. Pero este local fue célebre por sus bohémias literarias de mediados del siglo xx, por lo que su rastro no falta en la literatura: un pasaje de *La ópera de los fantasmas*, cruda novela con que el escritor Jorge Salazar obtuvo el premio de la Casa de las Américas en 1980, y que ha sido descrita como una “novela documental que refleja hechos concretos de la turbia realidad peruana”, describe el café de los años 60 —los años en que nos lo encontramos en la declaración de Ugarte— y nos indica que, efectivamente, el propietario era un suizo. La referencia al suizo se da en el contexto de un encuentro de amigos que sucede simultáneamente a los hechos terribles de la tragedia del Estadio Nacional del 24 de mayo de 1964 (Flores, 1998, p. 101):

[...] más que un café es una cueva poblada por caricaturas presuntuosas. Personajes sin firma y sin historia, pero que —Lázaro: levántate— leen muchos libros de historia [...]. Visto desde fuera el Versailles parece tranquilo; nadie habla en voz alta, mozos y camareros, caras larguísimas, no hacen los acostumbrados chistes picantes y los ademanes alusivos. Todo por culpa de ese suizo maricón, por qué no irá a joder a su tierra, que no le ha dado permiso a nadie para que vaya al partido. Si douy un perrmiso, ya me lou sé de memouria, lous demás no vieenen tampouco. (Salazar, 1980, pp. 103-105)

El siguiente personaje que Ugarte mencionó como miembro de la ODESSA, el Dr. Theodore Binder, merece atención especial pues se trata de una de las más notorias víctimas de las orquestaciones de Schwend. Las

características de la aparición de Binder en el entorno de la ODESSA son también particulares. Ugarte lo mencionó como sospechoso de ser el principal contacto de la ODESSA en las selvas peruanas —territorio propicio para cualquier forma de contrabando y para mantener en la clandestinidad a quien lo deseé y que, a diferencia de lo que ocurre en nuestros días, a mediados de los 60 era infinitamente más impenetrable—. El caso al que Ugarte se refirió como abierto a la opinión pública “el jueves 1.º de enero de 1965”, involucraba denuncias contra la gestión de un hospital en Pucallpa a cargo de Binder, aparecidas en los diarios por esos días, ante las cuales él se defendería en la conferencia de prensa mencionada. No podemos decir que Binder fuera inocente de los cargos que se le imputaron pero, al contrario de lo que informó Ugarte, en realidad habría sido parte de la resistencia antinazi durante la guerra, y su inclusión en la ODESSA parece ser una estrategia de difamación planeada por el propio Schwend, a la que Herbert John se encargó de dar publicidad en las páginas de *Caretas* y *Der Spiegel*.

En el marco de lo referido por Ugarte sobre Binder y la conferencia de prensa de enero de 1965, se introdujo la actuación de un periodista, Marcello Ongania, de la agencia italiana ANSA, que según Ugarte habría sido el único que había investigado seriamente los antecedentes de Binder. El nombre de Ongania aparece, junto con los de otros notables periodistas como Alejandro Loayza de *Time* y *Life* y Albert Brun de AFP, entre los de los fundadores de la Asociación de Prensa Extranjera en el Perú (APEP), en septiembre de 1964. Más tarde Ongania sería presidente de la Asociación de la Prensa Extranjera en Madrid, durante el final de la dictadura de Franco (Lepri, s. f.). Había llegado al Perú desde 1956 para iniciar el trabajo de la ANSA y reportar desde Lima sobre los asuntos de Sudamérica en general (“La scomparsa di Marcello Ongania”, 1979, p. 23).

Ongania preguntó en la conferencia de prensa sobre un Hans Schaeffer que en ese momento vivía, según el periodista italiano, en una casa colindante con la de Federico Schwend en el kilómetro 17 de la Carretera Central, Santa Clara, y cuya dirección anterior habría sido —no es difícil entender la ironía de esta absurda mención— el cuartel de la Gestapo en la Rue Saint Roch, París. Lo que sí resulta difícil es darle identidad a este “Hans Schaeffer”, especialmente a partir del hecho de que ese nombre alemán es muy común y de que la Gestapo nunca tuvo un cuartel en París: los colaboracionistas franceses que sirvieron a la Gestapo fundaron su propia agencia, la *Carlingue*, que no estaba en la Rue Saint Roch; en última instancia, Ongania o Ugarte confunden la sede del SD en París, ubicada en la avenida Foch.

No hay más menciones de Schaeffer en el resto de la documentación relacionada con Schwend. El único cómplice de Schwend que sabemos que adquirió una propiedad cercana a la suya, en Chaclacayo, es Klaus Barbie, bajo el alias de Altmann, pero esto sucedería hasta 1969 o 1970, un lustro después de los hechos sobre los que informó Ugarte. Antes de eso, conocemos la relación que Schwend estableció con un Pierre Robert Roesch, que habría vivido con él (no en una casa colindante, aunque la propiedad de Schwend tenía edificaciones separadas entre sí), sirviéndole como secretario, entre abril y junio de 1965, es decir, en el momento en que se emitió el informe con la declaración de Ugarte. La coincidencia en las fechas permitiría sospechar que el Hans Schaeffer de Onganía pudiera ser en realidad este Roesch, pues en 1966 fue una de las primeras fuentes en señalar la relación de Schwend con Altmann/Barbie y la existencia de una conspiración de ambos contra Víctor Paz Estenssoro (FOIA, Barbie, vo. 2, 0076), exiliado en Lima después de haber sido depuesto de la presidencia de Bolivia por el golpe de Estado de su vicepresidente, el general René Barrientos. Otra posibilidad sería que Roesch fuera la misteriosa fuente de Ugarte, pero nada lo liga con Binder, el sujeto en cuyo contexto apareció según las preguntas de Onganía, ni la declaración de Ugarte menciona a Altmann/Barbie ni las conspiraciones relacionadas con la política sudamericana.

El nombre —que, reiteramos, es muy común— aparece en documentos históricos e investigaciones. Aunque está en la narrativa de Camarasa, podemos descartar a un Heinz Schaeffer (o Schäffer), de cierta fama, pues sus huellas no muestran relación alguna con las SS. Se trata de un teniente de la marina de guerra, comandante del famoso submarino U-977 que al finalizar la guerra realizó una odisea de más de cuatro meses, desde Noruega hasta su desembarco en Argentina el 17 de agosto de 1945 (CEANA, 1999, pp. 103-106). El teniente Schäffer escribió en 1950 la crónica de su periplo, no precisamente con total apego a la verdad, y los vacíos de información entre ella y los datos conocidos permitieron a autores no muy escrupulosos divagar sobre la relación entre los *U-boats* con destino a Sudamérica y las supuestas fugas de nazis que en realidad ya estaban muertos, desde Bormann hasta el mismo Hitler, como en *Hitler no murió en el bunker* de Ladislao Szabó (2006, pp. 58-64). En la edición de 1995 de *ODESSA al sur*, Camarasa dice que Schaeffer (sin indicar primer nombre ni fuentes) era el propietario del lugar donde se realizaban las reuniones anuales de ODESSA en Argentina, cerca de Tornquist (provincia de Buenos Aires). En la segunda edición de su libro, de 2012, Camarasa ha retirado esa referencia. Menciona en otro capítulo el caso del U-977 e incluye, en una nota al pie, a otro Schaeffer, Paul

Schaeffer Schneider, el fundador y dirigente de la infame Colonia Dignidad en Chile, una especie de pequeña autocracia conformada por alemanes, protegida por el régimen de Pinochet y utilizada como prisión clandestina con infraestructura para torturar disidentes por la DINA en tiempos de la operación Cóndor. Sin embargo, Camarasa —que no menciona referencias ni fuentes— se equivoca al escribir con doble ff el apellido del fundador de Colonia Dignidad: lo correcto es Schäfer.

Entre los documentos desclasificados por la CIA hay un expediente personal, el de Walter Kopp, que incluye una serie de informes relacionados con el programa *staybehind* Kibitz (Naftali, 2006). Gran parte de esta red fue desmantelada a partir de 1953 por las preocupaciones que surgieron en la época respecto de la aparición de grupos neonazis. Walter Kopp, “un nazi recalcitrante” según la CIA, “con conexiones nacionalsocialistas y neonazis”, lideró una parte de ella, la Kibitz-15. Era una extensa red en la que los miembros no siempre se conocían entre sí, operada de manera más o menos discrecional por Kopp; es decir, tenía su propia agenda. El recorte de la red a partir de 1953 y su desmantelamiento en 1955 se hizo para evitar escándalos que pusieran en riesgo a los Estados Unidos (y le dieran pretextos peligrosos al enemigo soviético). La CIA dejaría de operar programas *staybehind* y comenzaría a contribuir con financiamiento para que los propios alemanes tomaran el relevo —los primeros ejemplos del nuevo giro en la política de seguridad nacional—, pero aun así, Naftali informa que algunos agentes Kibitz permanecieron activos.

En 1952 los agentes de la CIA que controlaban la red Kibitz dispusieron la emigración de un agente a Canadá, *Kibitz-171*, cuya identidad real era Horst Otto Herbert Ims. La CIA lo evaluó como un “problema de seguridad” pues no contaba con información sobre sus antecedentes excepto por la sospecha de que no había pertenecido a las SS durante la guerra: “no sabemos virtualmente nada sobre él, sobre su trabajo como *staybehind*, ni sobre las razones, la seguridad ni las circunstancias de su disposición”. El contexto es que, habiendo decidido recortar la red de Kopp, Ims conocía los nombres de muchos de los agentes que permanecerían activos, por lo que los agentes de la CIA a cargo decidieron junto con Kopp que “emigrarlo” sería la mejor solución —de no ser posible, la CIA colaboraría en la búsqueda de trabajo para Ims en Alemania—. Para Naftali, el caso de Ims “revela que a principios de los 50, la CIA manejó un programa de reasentamiento de sus agentes problemáticos en Australia y Canadá”. Las pesquisas de Naftali sobre Ims terminan en 1955, cuando aún se encontraría en Canadá. Pero su pista se pierde ahí. Diez años después, podría estar en cualquier lugar.

En tanto agente Kibitz, Ims había sido reclutado por Kopp en 1951 para integrarlo a la red como instructor en radiooperación de tiempo completo, acordando con su anterior empleador, la sección de comunicaciones del Puesto Militar del Rin (Kaiserslautern, Renania), que fuera recontratado “cuando dejara de ser de uso operacional” para la red. Pero en junio de 1952 la CIA decidió que “el sujeto es inadecuado para operaciones de inteligencia y debe ser descartado”. Entre junio y agosto de 1952 buscaron, sin éxito, su prometida recontratación en el Puesto Militar del Rin. Había recortes de personal en todas las instalaciones militares alemanas, pero además, “las deficiencias de *Kibitz-171* eran conocidas por la sección de comunicaciones del Puesto del Rin”. El siguiente paso fue remitirlo a “Harvard”, criptónimo para la operación de casas de seguridad y de prestación de facilidades a la CIA en Alemania, que en 1952 fue ampliada “para incluir la rehabilitación y el reasentamiento de desertores, agentes y reclutas”. La solicitud era encontrarle trabajo o reasentarlo en el exterior; esta última opción “era la mejor solución a nuestro problema de seguridad”; la primera propuesta fue Australia.

El informe sobre Ims enumera después de este relato las razones detrás de su descarte como agente Kibitz: “es inmaduro y no tiene una personalidad adecuada para actividades clandestinas” (es decir, era fanfarrón y boca-floja); “sus principales fallas son su descuido con el dinero y su atracción por miembros del sexo opuesto” (mujeriego y despilfarrador). El informe indica que no se tuvo un control adecuado sobre el sujeto desde un inicio —lo que sería responsabilidad del nazi recalcitrante Kopp— y, por lo tanto, el agente había podido conocer las identidades reales de muchos de los agentes que entrenaba, otros radioperadores de la red Kibitz-15. Por último, ante la inminente reducción de la actividad de Kibitz-15, ya no se requerían los servicios de *Kibitz-171*. En resumen —y la siguiente aseveración resulta iluminadora sobre el nivel de amenaza que representaba en 1952 el derrotero que pudiera seguir la Guerra Fría—:

Por la delicada naturaleza del Programa Staybehind y [las razones citadas] arriba, la evacuación del sujeto de Alemania deberá estar culminada al estallar las hostilidades. Para mayor seguridad ahora y para eliminar problemas de evacuación, se recomienda que sea emigrado de inmediato. (FOIA, Kopp, vol. 1, 0065)

El informe citado enumera una buena cantidad de información secreta que Ims conocía gracias a su participación en Kibitz: métodos de radiooperación y de capacitación de la CIA, catorce o más agentes radioperadores

entrenados por él, incluyendo sus identidades reales; tecnologías de comunicaciones, criptografía y sistemas de señales; otros instructores de su área (sólo por pseudónimos); *staff* de la CIA por sus pseudónimos; las direcciones de tres casas de seguridad de la CIA; los vehículos operacionales de miembros del *staff*; la identidad real de Kopp y de otro agente de la red, *Kibitz-136*, esposo de la hermana de Ims, líder de equipo favorito de Kopp y su confidente, y tanto Ims como *Kibitz-136*, sabían que formaban parte de *Kibitz-15*.

El informe incluye una lista de agentes de la red de Kopp a los que Ims conoce, ya sea su identidad real y su domicilio o solamente de vista; lo interesante aquí es que el informe indica que “se cree que la mayoría de los agentes enumerados conoce a *Kibitz 171* como *Hans Schaeffer*” (cursivas nuestras). Más abajo, el informe dice que “Mktopaz” (criptónimo para la División de Servicios Técnicos de la CIA), había proporcionado a Ims documentos falsos —la *Kennkarte* (el documento de identidad que se usaba en el Tercer Reich) y licencia de conducir— a nombre de Hans Schaeffer, aunque para el momento de emisión del informe, estos ya le habían sido retirados. Así que ahí tenemos al Hans Schaeffer de Ugarte: un agente problemático y oportunista, con vínculos nazis “recalcitrantes” (en uno de los párrafos del informe se menciona que tiene un gran respeto por Kopp), emigrado a Canadá, cuya pista se pierde diez años antes de reaparecer, si se tratara efectivamente de él, en el entorno de Schwend, mencionado por el periodista Ongania según la declaración de César Ugarte. Más de quince años después, Hans Schaeffer volvió a aparecer en un documento secreto de la CIA, en torno de una operación de coordinación de la CIA con el BND y la Stasi; se menciona al “Col. Hans Schaeffer” como agregado a la embajada de Alemania Occidental en El Cairo a partir del 28 de octubre de 1980 (FOIA, Zuber, vol 2, 0016). No hay nada más al respecto, pero el contexto, El Cairo, una de las sedes mencionadas recurrentemente para las acciones de la ODESSA, y las coordinaciones de inteligencia entre la CIA, el BND y la Stasi, conducen nuestras sospechas nuevamente hacia Ims.

Después de preguntarle a Binder si era amigo de Schaeffer, Ongania quiso saber si también lo era de Schwend y a continuación le preguntó “¿Quién es Becker?”, y dio para este nombre un contexto: “Becker fue por nueve meses huésped personal del Dr. Binder en su hospital en Pucallpa, Perú”. El apellido Becker es también muy común en alemán, pero no podemos dejar pasar el hecho de que aparece insistentemente en los documentos desclasificados de la CIA sobre Schwend y Barbie, y de manera menos recurrente también en los de Von Leers, Rudel y Rauff; en algunos de ellos

en vinculación con Skorzeny. El Becker de Ongania podría ser, si hacemos caso a la CIA, uno de los alias de Klaus Barbie (FOIA, Barbie, vol. 2, 0066).

En las notas sueltas adjuntas a su declaración, Ugarte señaló que el último plan de fuga de ODESSA para un ex nazi fue el de Hans Walter Zechennwlich [sic], “ex capitán de las Waffen SS”: “Este hombre estaba por ser juzgado por el asesinato de 2500 judíos polacos en Pinsk. Escapó a Egipto de la prisión de Brunswick” (FOIA, Schwend, 0093). Zech-Nennwlich tiene una historia bastante azarosa, en la que destaca su personalidad “con muchas aristas”, como lo describió un informe ejecutivo del Partido Socialdemócrata de Alemania Occidental (SPD) después de que el sujeto hiciera una visita al canciller Konrad Adenauer el 9 de enero de 1950, misma que —según un resumen de información sobre él elaborado por la CIA en 1955— fue “discutida a profundidad en Bonn” (FOIA, Zech-Nenntwich, 0014). Un resumen de su trayectoria comienza con su participación en 1937 como piloto en la Legión Cóndor, la fuerza de intervención que Hitler puso al servicio de Franco durante la Guerra Civil española. Se unió a las SS en 1938 y a partir de ahí inició una serie de extrañas aventuras: Himmler ordenó su arresto en 1944 por haber enviado armas a la resistencia polaca; Zech-Nenntwich huyó a la neutral Suecia y desde ahí a Inglaterra, en donde se convirtió en agente para el servicio secreto británico como interrogador de prisioneros de guerra alemanes. En 1946 volvió a Alemania y entre 1947 y 1949 fungió como consejero, bajo órdenes británicas, del gobierno estatal de Renania del Norte-Westfalia. El informe de la CIA menciona que habría sido destituido de ese cargo en 1949 “por razones desconocidas”, pero que se sospechaba que había mantenido contacto frecuente con líderes comunistas, incluyendo a Walter Ulbricht, artífice de la creación del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) desde el cual se proclamaría la República Democrática y del que, a partir de 1950 —después de los supuestos encuentros que Zech-Nenntwich sostuvo con él— sería secretario general. Luego de liderar una de las unidades de transporte de la organización militar conocida como GCLO (Organización Civil Alemana del Trabajo, por sus siglas en inglés), que las fuerzas de ocupación occidentales utilizaban para movilizar recursos, especialmente militares, Zech-Nenntwich habría cambiado su giro de actividad por el periodismo. Un registro policial de su casa en 1952, cuando enfrentaba cargos por asalto y difamación, descubrió correspondencia en la que solicitaba a Ulbricht su ayuda para conseguirle una posición en la República Democrática. Sin que se conozca su origen, en esa época contaba con considerables recursos económicos. Los británicos lo arrestaron y lo sentenciaron (según una de las fuentes citadas, a

tres meses de prisión; según otra, a cinco semanas) “por intentar adquirir información, mediante soborno, sobre el sistema de abastecimiento del ejército británico en el Rin”. Entre las informaciones sobre él, unas decían que “se le habría ofrecido una posición en una agencia de contrainteligencia para trabajar contra espías del SED”, mientras otras aseguraban que “habría ofrecido sus servicios al SED porque se había dado cuenta de que nada se podría obtener a través de la democracia occidental”. Entre las notas de su trayectoria, algunas lo señalan por haber “vendido” agentes secretos británicos mientras trabajaba para ellos.

Su paso por el periodismo parece estar marcado por el interés económico. No sólo poseía información secreta de diversas fuentes, sino que era capaz de aderezarla con su propia aportación. Así, intentó vender —lo logró en algunos casos— historias a revistas como *Stern* o *Der Spiegel*, mientras su azarosa vida continuaba, hasta que se convirtió él mismo en noticia. Según un cable de Reuters del 27 de abril de 1964, en febrero de ese año se inició un juicio contra él y otros cuatro nazis, que se prolongaría por nueve semanas y culminaría en una sentencia contra Zech-Nenntwich de cuatro años de trabajos forzados por su participación en el asesinato masivo de judíos polacos en Pinsk en 1941. Preso en Brunswick a partir del 20 de abril, tres días después logró escapar de la prisión y, como dijo Ugarte en su declaración, un año después de los hechos, huir a Egipto. Pero si lo hizo con ayuda de ODESSA o no, es especulación de la prensa y de conocimiento público desde abril de 1964; es decir, lo que mencionó Ugarte no provenía de una fuente confidencial: estaba en los diarios, cuando menos en los de Alemania y los Estados Unidos. Y Ugarte calló dos hechos de la historia para enfatizar la hipótesis de la participación de ODESSA: por un lado, que la prensa alemana esbozó también la sospecha de que la fuga de Zech-Nenntwich había sido orquestada por alguno de los servicios de inteligencia con los que había colaborado —probablemente bajo presión de que el prisionero “cantara” información que los pusiera en riesgo—, y por otro lado que se entregó cuatro meses después, en agosto de 1964 argumentando que “no dejaría que se me marcara como criminal en mi propio país”. (FOIA, Zech-Nenntwich, 0020, 0021 y 0023). En la nota de *The New York Times* que informó sobre su entrega voluntaria, se puso en cuestión la hipótesis ODESSA:

Quedan dudas sobre si realmente escapó con la ayuda de una red secreta de ex nazis. Si fuera cierto, ¿por qué habría abandonado sus planes de fuga y permitido que lo llevaran de regreso a Hanover los reporteros de la revista de Alemania Occidental *Stern*?

Ugarte también reveló que uno de los contactos principales de ODESSA en Lima era el barón Von Sothen, adjunto del embajador alemán en el Perú y aún un nazi recalcitrante, que en el momento de emitir la declaración se encontraría de vacaciones con su familia en Rio de Janeiro.

En sus notas adjuntas el extraño informante aportó una lista “con los nombres reales de siete altos miembros de ODESSA”, todos ellos trabajando en Egipto para Nasser. No aclaró si el orden en que los presentaba correspondía a sus jerarquías. De los miembros de esa lista ya hemos dado seguimiento a Bernard Bender y a Johann von Leers, que aparecen con los números 2 y 3 respectivamente. Los otros cinco son:

1. Louis El Haj es Louis Heiden, conocido hombre de prensa alemán. Estuvo al frente de la Oficina de Prensa Alemana del Reich. Recientemente ha traducido *Mein Kampf* de Hitler al árabe —ha vendido más de 1 000 000 de copias—. [...] 4. El teniente coronel Hamid Suleiman es el SS (Gruppenleiter) Heinrich Sellman, ex jefe de la Gestapo en Ulm, Alemania. Hoy es cabeza del Departamento de la Policía Secreta del Estado de Egipto. Este departamento es el equivalente de Nasser a las SS nazis. 5. El teniente coronel Naim Iahim es el SS Hauptabsartz Heinrich Willerman, buscado por experimentos de esterilización en mujeres judías. Actualmente está a cargo del campo de concentración Samara, en el desierto occidental, a 120 millas al sur de El Cairo. 6. El coronel Na'am al Nachar es el SS Standartenführer Leopold Gleim. Fue jefe de la Gestapo en Polonia. Hoy es cabeza de toda la policía secreta en Egipto. Ayudó a Nassar [sic] en el golpe de estado con que se hizo del poder. 7. El profesor Ben Amman es el científico de cohetes Wolfgang Pilz. Jefe del proyecto secreto de Nassar 333, que hace armas atómicas. (FOIA, Schwend, 0093)

Heiden no aparece en los archivos desclasificados de la CIA excepto por este documento en el archivo de Schwend (y en los expedientes donde se duplica). Tampoco están su nombre ni su alias árabe en los textos de Camarasa, Goñi, Steinacher, Stangneth, Lichtblau ni Breitman, ni en las pesquisas de la CEANA argentina; sólo es mencionado de manera tangencial por Tauber en su *Beyond Eagle and Swastika*, publicado en 1967. Otras menciones —entre ellas diversas páginas en internet— apuntan hacia inteligencia del Mossad y del servicio secreto francés dando seguimiento a este y otros nazis en Egipto desde 1952 en adelante, pero sin aportar las fuentes que las fundamentan. Incluso textos académicos como *A Genealogy of Evil* de David Patterson (2011, pp. 93-94), recurren a estas menciones apócrifas.

La referencia como traductor al árabe de *Mein Kampf* se confirma *a posteriori*. Aunque el mamotreto de Hitler inició su viaje por el idioma árabe antes aún de que estallara la guerra, la traducción de Heiden es hoy en día la de mayor circulación. El trabajo se realizó en 1963 y fue reeditado en 1995 por la editorial Bisan de Beirut. En 2002, reporteros de *The Telegraph* de Londres lo encontraron a la venta en las calles de esa ciudad, específicamente en “tres agencias de periódicos de Edgware Road, Londres central, un área con amplia población árabe”. En su nota citaron una siniestra frase del prefacio escrito por el traductor: “El Nacionalsocialismo no murió cuando murió su heraldo. Al contrario, florece multiplicado bajo cada estrella” (O’Neill y Steele, 2002), una sentencia que si bien nos ayuda a eliminar el temor generado por las teorías de conspiración de que Hitler hubiese sobrevivido, tiene demasiada consistencia con la idea de una ODESSA activa. Además, el hecho de que Ugarte mencionara a este nazi en particular antes de que existieran más referencias que apuntaran hacia él, indica que sus declaraciones no debían ser echadas en saco roto: confirma la veracidad de parte de lo que informó y, al mismo tiempo, confirma que la fuente de la que provenía la información tenía acceso privilegiado a la red clandestina, pero es imposible confirmar si se trataba de un criminal de guerra o no.

Heinrich Sellman o Hamid Suleiman, a quien Ugarte identificó como miembro del servicio secreto egipcio, presenta las mismas dificultades de verificación que Heiden, agravadas quizás porque su nombre no aparece en los archivos desclasificados que hemos podido explorar, ni en literatura académica, y es mencionado solamente en textos con referencias dudosas, como los de Mader. Lo mismo sucede con el resto de los mencionados: se trata de ex nazis protegidos por el gobierno de Nasser en Egipto pero cuyos antecedentes no están en los archivos desclasificados ni pueden ser verificados por la literatura académica. La presencia de nazis en el gobierno de Nasser y su participación en los conflictos contra Israel en los 50 y los 60 no es ningún misterio; sería indispensable que en aquel país norafricano se realizara una investigación como la hecha por la CEANA en la Argentina o por el Departamento de Justicia en los Estados Unidos.

Otto Skorzeny

Mito o realidad, no hay recuento sobre ODESSA que no incluya en su cúspide a Otto Skorzeny, uno de los más notables nazis en libertad. Se le ve

como líder operativo desde España después de que participó en la conformación del gobierno de Nasser en Egipto y lo dotó de los cuadros ex nazis que hemos revisado. El líder ideológico sería Degrelle, y ambos contarían con la protección de Franco. La biografía de Skorzeny es una de las más taquilleras en la historia de los nazis, una de las pocas que tienden a hacer a un lado los crímenes cometidos para ensalzar su innegable arrojo. Nacido el 12 de junio de 1908 en Viena, Skorzeny se unió a los nazis en 1932, en Austria, y cuando el partido fue declarado ilegal en ese país al año siguiente, volvió a afiliarse a él en Alemania. Se sumó a las SS en 1938; en 1939 fue transferido a la Luftwaffe y luego a las Waffen SS, donde fue ascendiendo hasta el rango de *Obersturmbahnführer* (1944) y obtuvo el liderazgo, hacia el final de la guerra, del Grupo VI de la Amt VI de la RSHA (FOIA, Anfrage FBI, Skorzeny). En esta posición llevó a cabo una de las acciones por las que sería juzgado: el uso de uniformes del enemigo para penetrar detrás de sus líneas y realizar sabotajes en preparación de la ofensiva de las Ardenas. El 15 de mayo de 1945, Skorzeny se entregó a los estadounidenses, fue internado en el campo de prisioneros de Dachau y finalmente juzgado por crímenes de guerra en septiembre de 1947. Si bien la Convención de Ginebra prohibía el uso de insignias del enemigo, como táctica militar era susceptible de interpretaciones que, al final, llevaron a descartar los cargos contra Skorzeny (United Nations War Crimes Commission, 1949, pp. 90 y ss.), resultado obtenido probablemente con ayuda de la OSS y en especial de Allen Dulles. Hoy conocemos documentación que prueba que Skorzeny sí estuvo implicado en crímenes de guerra por los que nunca pagó, que sus actividades durante los años 50 y 60 tampoco eran precisamente legales, por decirlo con elegancia (Goda, 2005, p. 275), y que fue uno de los más destacados nazis de posguerra en relación con la existencia —real o ficticia; fuerte o débil—, de una red como la ODESSA.

El 2 de marzo de 1948, Skorzeny fue transferido de Dachau a Darmstadt para esperar su juicio en el *Spruchkammer*, el tribunal de desnazificación, pero logró escapar de ahí. Horas después de su fuga, su viejo asistente (y compañero de celda en Darmstadt) Karl Radl informó de su desaparición. Según su declaración, el juicio de Skorzeny ante el *Spruchkammer* estaba previsto para el 3 de mayo de 1948 pero fue pospuesto varias veces —los informes de inteligencia indican que la audiencia se pospuso tres veces, mientras que Skorzeny enumera siete en sus memorias—. Como sea, este y otros motivos tales como su certeza de que no tendría un juicio imparcial, lo llevaron a anunciar a su ex asistente que escaparía. Skorzeny confirmó esta apreciación en una “caballerosa” carta enviada el mismo día de su fuga al

presidente del *Spruchkammer*, en la que explicaba sus razones para escapar. En ella dice que había estado dispuesto a enfrentarse y aclarar su postura ante el *Spruchkammer* alemán, así como lo había hecho con el estadounidense en Dachau, pero que veía cómo “intereses extranjeros” afectarían la legalidad del juicio. Quería resolver su situación con dignidad —apuntaba en la carta—, asumir su responsabilidad y pasar por este proceso, pues él solamente había cumplido con servir a su patria como soldado alemán.

Más tarde, mientras apoyaba y financiaba la fuga de otros nazis; mientras —dicen los rumores— se reunía con Evita, y mientras fungía como asesor militar de Perón y, luego, de Nasser, mientras traficaba armas y vendía inteligencia a propios y extraños, se dio también tiempo para escribir sus “memorias” y reiterar su versión de un escape que tampoco sería juzgado y que le permitiría vivir cómodamente en España y no en Alemania, como decía con añoranza en la romántica carta donde explicaba las razones de su fuga al tribunal de desnazificación:

Si se me diera la oportunidad de comparecer ante un tribunal alemán establecido solamente al amparo de la ley, tan fuerte como para operar y trabajar atravesando el odio patrocinado desde el exterior, merecedor de la anti-*quísima* herencia de las tradiciones alemanas de justicia, inmediatamente me sometería a su servicio. Como alemán que sólo ha amado a su Patria y luchado por ella como cualquier alemán decente, no tengo más deseo que este: vivir con honor en esta patria, sin importar cuál sea su rostro político y que se me deje vivir como un ciudadano de paz. (FOIA, Anfrage FBI, Skorzeny)

En *Luchamos y perdimos*, su versión de la guerra publicada en 1966 y escrita con una prosa pomposa que coloca al autor en un plano permanente de superioridad moral y dignidad infinita ante la corrupción y los turbios intereses de sus perversos enemigos, Skorzeny cuenta:

La última noche que pasé detrás de la alambrada de espinos revisé mentalmente los largos meses de mi cautiverio. A pesar de las desagradables experiencias que había vivido, no sentía el menor odio; si acaso, un inmenso desprecio hacia cierta clase de individuos que intentaban perjudicarnos sin reparar en medios. El sincero adversario de ayer, que luchaba abiertamente por sus convicciones, mañana podía ser mi amigo. Con el enemigo falso y cobarde, cuyas armas son la mentira y la calumnia, no hay posibilidad de entendimiento.

En mi caso, no puede hablarse propiamente de una “huida”. Resultó sencillísimo abandonar una residencia que había buscado voluntariamente para que se me hiciera justicia. Me puse en camino el 27 de julio de 1948. Lo inicié sin necesidad de alicates, ni de escaleras de cuerdas, ni de sobornos. Di un paso decisivo, el paso decisivo hacia una vida nueva, hacia la libertad. (1966, pp. 327-328)

Libertad durante la cual Skorzeny no se detendría. Su fuga fue tema de interés para la prensa, como lo habían sido los procesos en su contra por crímenes de guerra mientras permaneció en Dachau. En sus memorias, él mismo se encargaría de denunciar la falta de objetividad de la prensa, pero algunas de las notas —muchas de las cuales aparecen copiadas en los archivos de Schwend, demostrando su interés por Skorzeny— contienen información que no coincide con lo que narró el fugitivo: el *Kasseler Zeitung* de Darmstadt reportó el 28 de julio, un día después de la fuga, que aunque sin mucha dificultad, Skorzeny sí tuvo que cruzar las alambradas de púas, y no faltaron las sospechas entre los periodistas de que habría sido entregado a o protegido por algún servicio secreto. La agente que compiló la información sobre la fuga no descartó la posibilidad de que Skorzeny hubiese contado con apoyo “de fuerzas internas o externas”.

Vivió en España con la protección del régimen franquista —en abril de 1961, por ejemplo, presidió los “funerales por Mussolini” en Madrid, junto con Ramón Serrano Suñer, el enlace falangista con el fascismo y el nazismo durante la guerra, evento que la prensa española cubrió como si se tratara de un asunto de sociales— (FOIA, Skorzeny, vol. 1, 0011). También viajó con frecuencia a Egipto, donde brindó servicios de asesoría militar para Nasser y realizó negocios con armas. Muchas de las actividades realizadas, tanto en España como en Egipto, durante los 50 y los 60 involucraron el empleo de ex miembros de las SS para diversos fines, entre ellos el entrenamiento de guerrilleros árabes para luchar contra Israel o bien la formación de comandos neonazis para “defender” a España. Uno de los más sonados casos entre las actividades de Skorzeny fue la formación de comandos en la propia Alemania, parte de un movimiento nacionalista llamado *Der Spinne* (La Araña o La Telaraña), frecuentemente asociado con la ODESSA (FOIA, Skorzeny, vol. 1, 0010). Y del conjunto de sus actividades se desprendieron diversos informes que lo relacionaban con sendos servicios de inteligencia, desde el español y el egipcio, hasta el israelí y el soviético, pasando, por supuesto, por los de ambas Alemanias y Austria, y los de los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia.

Su vinculación con la ODESSA o con organizaciones de ex nazis con otros nombres está documentada en los archivos desclasificados en los Estados Unidos gracias a la Ley de Libertad de Información (FOIA). Un informe de mayo-junio de 1952 sobre redes de inteligencia soviéticas y del Este, conformadas por ex SS, ex miembros de la Gestapo y otros ex nazis, menciona a Skorzeny y a la ODESSA en relación con sus estrategias de financiamiento y el comercio de armas: “Fondos administrativos de la oficina del ex jefe Kaltenbrunner están ahora en manos del Coronel Otto Skorzeny, quien trabaja en España y en países pertenecientes a la Liga Árabe del Cercano Oriente”. Al respecto es conveniente recordar que semanas antes del final de la guerra, la inteligencia Aliada había podido documentar los planes de resistencia *Werwolf* en los que estaban involucrados Kaltenbrunner, Skorzeny y Eichmann, entre muchos otros; que en las reuniones realizadas con ese fin Skorzeny había solicitado recursos financieros a Kaltenbrunner, y que este le había indicado que los obtuviera de la Amt I de la RSHA (la rama encargada del personal y la organización).

El informe sobre redes de inteligencia de 1952 se refería directamente a la ODESSA: “El grupo Adessa [sic] tiene sedes en Roma y Madrid”. Atribuía erróneamente la organización del “grupo” a “Clara Stauffler”, ciudadana española de origen alemán, falangista, que efectivamente estuvo involucrada en facilitar la fuga hacia Argentina de muchos nazis, pero no fue la organizadora de la ODESSA ni fue, como acusaba el informe, secretaria del embajador Von Stohrer, un diplomático pronazi “amigo del rey Farouk”. El mismo informe señalaba que:

El grupo ODESSA transportó al Dr. Ante Pavelic desde Italia, bajo el nombre de Aranyos, Pal, y el pasaporte 74 369 emitido por la Cruz Roja en Roma el 5 de julio de 1948. El grupo también transportó personal a Siria, Egipto, Pakistán y otros países del Cercano Oriente.

En informes posteriores se reiteraría la participación de Skorzeny como fundador de la ODESSA: “Como nota al pie” —dice un documento del archivo de Barbie sobre Hermann Roepke, miembro del equipo de sabotaje de Skorzeny en las Ardenas—, “Skorzeny fue también el fundador de la notable organización de SS ODESSA que asistió la fuga de muchos hombres de las SS después de la guerra” (FOIA, Barbie, vol. 2, 0075). Así, las relaciones de Skorzeny a lo largo de dos décadas lo vinculan con ex nazis, muchos de ellos prófugos de la ley, que en conjunto muestran una red mucho más amplia que lo que aceptan estos autores. Al cruzar los nombres que aparecen en los

expedientes de Barbie, Schwend, Höttl, Skorzeny, Bormann, *Gestapo* Müller y otros, con los de la lista de Ugarte, la ODESSA —sin llegar, insistimos, a las teorías de conspiración de Farago y Camarasa o a la versión novelada de Forsyth— parece cobrar una existencia más extendida; sus tentáculos alcanzan servicios secretos diferentes y se extienden a negocios relacionados con armas y materiales industriales necesarios para la producción de armas.

Pesquisas llevadas a cabo en 1949 llevarían a establecer un vínculo con Karoly Ney, nazi húngaro que durante la guerra lideró comandos del SD bajo la coordinación de Skorzeny y, aunque fue juzgado y condenado a muerte, recibió un indulto y fue incluido en la red de informantes de Höttl. Sin embargo, Ney pronto tendría diferencias con Höttl (por dinero) y, cuando se le descartó como agente para las redes estadounidenses manejadas por el historiador austriaco, ofreció sus servicios a la inteligencia francesa. Años más tarde, Ney encabezó desde Alemania una red similar y paralela a la ODESSA para la fuga de criminales húngaros, probablemente con el apoyo del obispo Hudal, así como con la sospecha de tener capacidad de coordinación en la España de Franco y Skorzeny (FOIA, Ney Karoly, 0050, 0079).

Informes ultrasecretos transmitidos por la inteligencia militar de los Estados Unidos a mediados de 1951 identificaban las actividades clandestinas en las que Skorzeny se involucró a partir de los primeros meses de 1949:

[...] ex miembros del SA, las SS, la Wehrmacht y las Juventudes Hitlerianas se estaban reuniendo para formar grupos, al principio locales, y después, gradualmente, intentando formar organizaciones nacionales. [...] Existía confusión y se decía que se estaban llevando a cabo negociaciones para acordar una política y elegir un líder. Skorzeny y Radel [sic; seguramente Rudel] representaban a las Waffen SS. (FOIA Anfrage FBI, Skorzeny)

En diciembre de 1950 la inteligencia de la Marina estadounidense en Nueva York transmitió un informe basado en testimonios de Edgar Smith, un informante recién llegado de España que decía haber estado frecuentemente en compañía de Skorzeny entre el 25 de septiembre y el 15 de noviembre. El informante confirmó la identidad con la que se cubría Skorzeny, Rolf Steinbauer, ingeniero industrial con domicilio en Madrid. En sus conversaciones, Skorzeny le habría dicho a este informante que:

actualmente es el líder clandestino de aproximadamente 800 000 alemanes, ex personal del ejército, y que cualquier dinero que pueda conseguir por el momento lo envía a Alemania en un esfuerzo por consolidar al

grupo, y con la esperanza de evacuarlo como una unidad a África a través de España, en caso de un movimiento militar ruso en el continente.

Según Smith, la estadia de Skorzeny en España era financiada por el general Fernández del Campo (nombre posteriormente corregido a Mayor General Carlos Martínez de Campos y Serrano), un rico aristócrata español. También informó que Skorzeny vivía con la condesa Ilse von Finkelshtein —lo que sería corroborado poco después— y que no se movía de España porque desde que finalizó la guerra los comunistas habían intentado secuestrarlo en numerosas ocasiones.

El expediente de Skorzeny en FOIA incluye una cronología en alemán, lo que indica que probablemente se originó en la inteligencia de aquel país. En este documento hay una mención originada en *Der Spiegel* del 14 de julio de 1949 que nos pone tras las huellas de la ODESSA: el rumor de que se encontraba en Argentina lo presentaba como colaborador de *Der Weg*, la revista ultraderechista publicada en alemán desde Argentina, a partir de 1947, por la editorial Dürer de Eberhard Fritsch y Wilhelm Sassen. El papel de esta publicación en la articulación de las redes de ex nazis de posguerra no puede ser subestimado. Bettina Stangneth la describe:

Al final de la década de 1940, [*Der Weg*] había empezado a alimentar la pre-ocupación de la prensa de Alemania Occidental ante el advenimiento de un “Cuarto Reich” y la existencia de poderosos círculos nazis en Argentina. Esta revista *pulp* tenía un atractivo irresistible para nacionalsocialistas dedicados, con su ideología nazi (que incluía teorías raciales de pesadilla) y su nostalgia fascista, una combinación de *kitsch* alpino, sentimentalismo y romanticismo teutónico, como una carpetita bordada con el patrón de la suástica. (2014, pp. 111-112)

En el verano de 1950 se reportó su presencia en Alemania, donde habría tenido encuentros con ex nazis como el coronel Heinz Guderian, a quien le dijo que estaba preparando la movilización de doscientos mil efectivos a España en caso de guerra. Aun cuando Guderian fue absuelto en Núremberg, considerado como un soldado profesional que cumplió con su deber —decisión que ni rusos ni polacos suscribieron—, y vivió libremente en Alemania desde entonces, su relación con miembros de las redes clandestinas nazis era recurrente: no sólo está en los archivos de Skorzeny sino también en los de Rauff, Speidel, Rudel y Hausser, muchos de ellos probables agentes para la inteligencia soviética. A principios de 1951 la inteligencia

estadounidense estableció que “es plausible que forme parte de un reducido grupo de oficiales militares alemanes, que ocasionalmente se mantienen informados entre sí sobre sus actividades en sus lugares de residencia” (FOIA, Skorzeny, vol. 1, 0075).

El 30 de agosto de 1952, *Der Spinne* volvió a aparecer en los informes secretos (Destacamento 66.º del CIC), esta vez vinculada a otro grupo internacional, el Bruderschaft, identificado como “una rama de la organización ‘Die Spinne’ [sic]”, de la que Skorzeny era el contacto alemán. El breve informe señalaba que *Der Spinne* tenía conexiones con “Sir Oswald Mosley, Charles de Gaulle, Leon De Crelle [sic], etc.”. A Mosley lo hemos visto fundando el neonazismo en Inglaterra y a Degrelle fundamentando ideológicamente las acciones de todo el movimiento (ex nazis y neonazis), pero sorprende encontrar en esta mención a De Gaulle, de quien no existen otros elementos para juzgar que perteneció o participó en las redes de ex nazis, aunque su exacerbado nacionalismo fue siempre sospechoso para los estadounidenses,¹ y en la época de este informe se encontraba apartado de la escena política.

A mediados de 1953, un periodista de nombre Leo Heiman, publicó en el *Jerusalem Post* un artículo sobre una escisión entre los ex nazis de Medio Oriente. El artículo despertó el interés de los servicios secretos y circuló hasta la dirección de la CIA. En él, basándose en información aparecida en la prensa alemana, Heiman describía un conflicto de intereses entre dos grupos de alemanes del que había informado un miembro de uno de ellos: el teniente Robert Brandenburg, ex oficial de la Wehrmacht y en 1953 miembro de la Legión Árabe de Jordania. En 1948, siendo prisionero de los británicos en Egipto, una organización nazi clandestina lo “rescató” y lo llevó a Beirut, Líbano, donde tenía su sede. La organización se autonabraba Comité de Prisioneros Alemanes, era dirigida por el conde Von Hardenberg y se dedicaba a reclutar oficiales nazis para los ejércitos árabes. El periodista dijo que más tarde la oficina de Beirut fue desplazada por otra ubicada en Damasco, Siria, dirigida por ex miembros de las SS y ex oficiales de la Gestapo. Entonces, Von Hardenberg se habría movido a Amán en 1949 (hoy Jordania, fue capital de Transjordania de 1946 a 1959), donde establecería un nuevo Comité Alemán que se dedicaría a colocar oficiales nazis en los ejércitos de Transjordania e Iraq. Desde el Cairo, donde residía el control del Comité Central de Alemanes en el Medio Oriente, bajo el liderazgo del

¹ El visionario Orwell, en una carta de 1944 (incluida en la recopilación hecha por Davison y publicada en 2013) decía: “Hitler, sin duda, pronto desaparecerá, pero solamente a costa de fortalecer: a) a Stalin, b) a los millonarios angloamericanos, y c) a toda clase de miniführers del tipo de De Gaulle”.

general de las SS Otto Remer, se emitió un ultimátum a Von Hardenberg para que desmantelara su organización. Ante su negativa, en julio de 1949 llegaron a Amán procedentes de Siria “dos notables criminales de guerra nazis”, el coronel Rauff y el mayor Kriebel, quienes raptaron a Von Hardenberg y lo llevaron a Alejandría, donde sería asesinado. Brandenburg, víctima de continuas amenazas, había decidido entonces revelar esta información a la prensa buscando que las amenazas cesaran al hacerlas públicas. La organización de von Hardenberg en Transjordania, según Brandenburg, buscaba presentarse como conformada por soldados profesionales (la Wehrmacht) sin intereses políticos y disociarse de todo contacto con la organización de El Cairo y Damasco, perteneciente a las SS y a la Gestapo. Brandenburg decía, según la información del *Jerusalem Post*, que la sede de El Cairo era dirigida por Skorzeny y Remer, y la de Siria por Rauff y Sauvant, y en sus relaciones con los gobiernos de esos países, estaban desplazando a todos los alemanes que no hubieran pertenecido a las SS. Para empeorar las cosas, pensaba Brandenburg, la política de amnistía a ex militares alemanes promovida por Adenauer, mediante la que les ofrecía pensión y reconocimiento si volvían a Alemania, estaba dejando libres los espacios de vinculación con los gobiernos y los ejércitos árabes para la gente de Skorzeny, Rauff y compañía: La gente de la ODESSA (FOIA, Eichmann, vol. 4, 0002).

Diversos elementos apuntan hacia la presencia de Skorzeny, nuevamente, en Argentina en 1954, ahora como representante de industrias Krupp, en viaje de negocios. Fue en esta estadía cuando, según Steinacher, Skorzeny puso en contacto al periodista nazi Wilhelm Sassen con Adolf Eichmann, relación que se encuentra en el corazón de las sospechas sobre la presencia de la ODESSA en la Argentina (Steinacher, 2011, p. 225). Pero en la exhaustiva investigación de Stangneth sobre Eichmann no hemos podido encontrar confirmación de lo dicho por Steinacher, que se ha basado en documentos del expediente Skorzeny de la CIA, lleno de informes poco confiables. Stangneth anota que la versión según la cual Skorzeny habría intervenido en el encuentro entre Eichmann y Sassen es del propio Eichmann: él y Sassen habrían coincidido en un evento realizado en honor a Skorzeny, pero establecerían una relación después. Otra versión, dada por un polaco que había pertenecido a la Wehrmacht, dice que Eichmann y Sassen se conocieron en Tucumán en 1953. La versión del propio Skorzeny, la misma que menciona Steinacher (que Skorzeny presentó a Eichmann con Sassen en 1954), es calificada por Stangneth como absurda: “en ese punto, ya todos los involucrados se conocían entre sí desde algún tiempo atrás. Es obvio que Skorzeny estaba tratando de distraer a las autoridades respecto de su

propio profundo involucramiento con la comunidad germano-argentina” (2014, pp. 147-148). Stangneth acepta la posibilidad de que Skorzeny hubiera estado en Argentina por primera vez en 1949, y que hubiera viajado entre Madrid y Buenos Aires con cierta frecuencia durante los años siguientes.

El 1.º de noviembre de 1956, el teniente coronel P. Croninger, militar estadounidense destacado en Alemania, recibió información sobre la participación de Skorzeny en la venta de excedentes de armas (FOIA, Anfrage FBI, Skorzeny), un tema recurrente que aglutina a diversos miembros de las redes de nazis, desde Rudel como principal promotor, hasta Skorzeny en España, Sassen en Argentina, Barbie en Bolivia y Schwend en el Perú. El 12 de enero de 1967, más de diez años después, se emitieron informes sobre Skorzeny y su contacto con la empresa Merex —especializada en armas y, como veremos más adelante, rostro visible de la organización Gehlen en proceso de convertirse en BND—. Si bien Skorzeny residía en España, decía tener excelentes contactos con el Estado Mayor peruano y, junto con Rudel, había estado presuntamente envuelto en la explotación de unos depósitos de sulfuro en una zona remota de Bolivia. El conjunto de la información de inteligencia sobre Skorzeny llevó, en 1956, a la emisión de una recomendación de no otorgarle visa a los Estados Unidos por “la gran cantidad de informes no confirmados sobre manipulación de inteligencia, venta de armas españolas a Egipto, formación de grupos neonazis y planificación de un golpe de Estado en Alemania” (FOIA, Skorzeny, vol. 2, 0124).

En mayo de 1962 la CIA recibió información procedente de Dublín, Irlanda: el agregado militar estadounidense en esa ciudad, conversando en una fiesta con un diplomático italiano, se enteró de que Skorzeny se encontraba ahí. El italiano lo calificó como un “nazi recalcitrante y sin duda el máximo jefe en cualquier organización relacionada con lo que fuera el partido nazi”; por su parte, el militar estadounidense informaba a la CIA que estaba seguro de que el italiano sabía mucho más sobre Skorzeny de lo que le había dicho en la reunión: “por ejemplo, mencionó que el coronel [Skorzeny] vivía parte del tiempo en España y parte en Irlanda, y que de tiempo en tiempo había algo extraño acerca de su paradero”.

Un interesante análisis de enero de 1960, fechado en Praga y probablemente originado en la inteligencia militar de los Estados Unidos o en algún otro servicio occidental, hace referencia a una red secreta nazi que habría sido formada incluso antes del final de la guerra por el propio Martin Bormann. Este documento se encuentra en el expediente personal de Bormann en las colecciones de documentos desclasificados por la CIA y otras agencias. En general, el análisis se concentra en las redes de espionaje de la Guerra Fría;

en su parte intermedia el autor, identificado como *Heckenschuetze*, se refirió a una red secreta de ex nazis a la que asignó el nombre clave de “Hacke”, que habría estado infiltrada desde sus inicios por la inteligencia rusa bajo la coordinación del general Abakumow, quien maniobraría sobre estos ex nazis para aprovecharlos cuando estuvieran en América, del Norte y del Sur. El autor del informe, probablemente un alias del agente Goleniewski, que en otro documento se identifica como autor del nombre de la organización de ex nazis (FOIA, Mueller Heinrich, vol. 2, 0005), daba por cierto que durante 1955 y 1956, “la KGB tuvo algunos excelentes agentes en los Estados Unidos que habían salido del repertorio de la contrainteligencia nazi [...] (Canaris)”.

A esta red, Hacke, perteneció Skorzeny. Se habría creado a finales de 1943 cuando, ante la cada vez más patente certeza de que los nazis serían derrotados, Bormann habría establecido una organización secreta a espaldas de Hitler y de sus allegados más cercanos (FOIA, Bormann, vol. 2, 0004). El modelo para esta organización era el de una logia masónica (como el de las SS en el contexto del esoterismo nazi): estaría conformada por “círculos secretos”, el máximo de los cuales estaría compuesto por Bormann y otros cuatro líderes nazis no identificados. Los siguientes círculos se formarían bajo el modelo “V” de las logias masónicas: grupos de cinco personas cuyas identidades serían desconocidas para los círculos inferiores. El total de los miembros de Hacke hacia fines de 1944, no debería ser superior a treinta y cinco personas, pero crecería poco a poco, en función de las necesidades y a través de “inspirar” a otros. Para entonces, fines de 1944, Hacke ya habría establecido bases de operación fuera de Alemania: en Portugal, España, Italia, Japón y Argentina, y contaría con financiamiento “proveniente del botín de los campos de concentración” por medio millón de dólares (de 1960). Al enterarse Abakumow de la existencia de Hacke, consiguió granjearse a la organización a través del chantaje: de conocerse sus actividades, los miembros de Hacke serían ajusticiados por Himmler sin preguntar. Hacke, intervenida por la inteligencia rusa, se convertiría en el punto de partida de su espionaje.

Después de la guerra, según *Heckenschuetze*, Hacke “se expandió organizacionalmente” y su infiltración con agentes del Ministerio para la Seguridad del Estado soviético (MGB por sus siglas en ruso) aumentó. Su importancia para los soviéticos estaba en que Hacke había mantenido vivo un viejo slogan nazi: “Luchar contra los judíos y los plutócratas en los Estados Unidos”. Además, Hacke “tenía el objetivo de fundar un Cuarto Reich”. El autor del informe pasaba revista a algunos de los miembros de Hacke: a la cabeza, supuestamente debajo de Bormann, estaría *Gestapo*

Müller. Se contarían también en sus filas los ex *Gauleiters* Albert Förster (de Danzig), a quien la justicia polaca condenaría a la horca en 1952, y Erich Koch (de Prusia Oriental), que también caería en manos de los polacos en 1950, sería juzgado en 1958 y condenado a cadena perpetua. En la página 11 del informe, el autor continuaba: “Una de las figuras oscuras y peligrosas de la KGB en Hacke es el famoso coronel de las SS Skorzeny, que vive actualmente en Madrid, y también trabaja para el servicio secreto español”. Se describía a Skorzeny como alguien “con tremendas conexiones con ‘viejos luchadores nazis’, y si mis datos son ciertos, es un chico extremadamente peligroso”. Las únicas dos pistas que llevaban a *Heckenschuetze* a identificar a Skorzeny como agente de la KGB eran uno de sus contactos clandestinos en Alemania Occidental, Rogal, identificado como agente principal de la KGB, y otro amigo cercano de Skorzeny, Karl Rudl, identificado como doble agente con los soviéticos y los franceses. Es probable que *Heckenschuetze* hubiera confundido a este Karl Rudl con Karl Radl, el asistente y compañero de celda de Skorzeny. En conclusión, *Heckenschuetze* tenía certeza sobre la actividad de Skorzeny en la red nazi que llamaba Hacke, pero no podía asegurar fehacientemente que también trabajaba para la KGB aunque existieran todas las conexiones mencionadas.

Las pistas de *Heckenschuetze* sobre la red Hacke no fueron desestimadas por la inteligencia estadounidense. Hacia abril de 1960 se había reanudado el seguimiento de Skorzeny bajo la sospecha de que trabajaba para los soviéticos. Es precisamente el tiempo en que solicitó autorización para viajar a Irlanda. Otro informe relacionaba a Skorzeny con un Lieberman, que también había aparecido en el informe de *Heckenschuetze* pero sin relación con él. Se trataba de un agente secreto de la inteligencia rusa en coordinación con la de Alemania Oriental, que en este nuevo reporte “muestra interés en establecer una relación de negocios con la empresa importadora-exportadora que dirige Skorzeny en Madrid”; probablemente con el fin de dar al servicio secreto ruso una cobertura de negocios (FOIA, Skorzeny, vol. 1, 0013). En este informe se mencionaba también a un “Ruff” (como alias, probablemente de Lieberman), que podría estar actuando como enlace de Skorzeny con el servicio secreto alemán, el BND.

La captura de Eichmann en Argentina en 1960 provocó tremendo nerviosismo en los círculos ex nazis (es muy interesante al respecto el artículo “La CIA y los socios de Eichmann”, de Naftali, 2005, pp. 337 y ss.). El miedo a lo que Eichmann pudiera decir en interrogatorios secretos o en audiencias públicas —junto con el de ser secuestrados o asesinados directamente por agentes israelíes como le había sucedido a él—, alcanzó a muchos nazis

prófugos pero también a muchos que habían logrado salir de la guerra con el perdón de los Aliados para establecerse como “ciudadanos de bien” en Alemania o en cualquier otro lugar. Uno de ellos fue Skorzeny: un mensaje de marzo de 1961, originado en la dirección de la CIA y dirigido a un destinatario censurado, pedía que se investigara la siguiente información:

[...] un individuo confiable que ha estado recientemente en contacto con Otto Skorzeny, declara que Skorzeny y un grupo de ex nazis actualmente en España planifican acciones contra Eichmann. El plan original era secuestrarlo pero su intención ahora es asesinarlo. (FOIA, Eichmann, vol. 3, 0037)

Un antecedente de esta información está en un reportaje aparecido en la revista estadounidense *See*, en noviembre de 1960, sobre la captura de Eichmann. Alguien, al parecer del servicio secreto alemán occidental, dijo a los periodistas que en 1948 Skorzeny había organizado el traslado de Eichmann de Austria a España. Ante la publicación que “amigos en los Estados Unidos” le habían hecho llegar, Skorzeny puso el grito en el cielo y trató de llevar a juicio al autor, Bela von Block: exigió a los representantes alemanes en Madrid que se certificara que él no había tenido participación alguna en la fuga de Eichmann, pero al no poder resolver su demanda, Skorzeny envió una carta en la que decía que:

[...] no podía creer que un oficial de inteligencia de Alemania Occidental hubiese dado información estúpida y difamatoria y estúpidamente evidente ya que Skorzeny se encontraba en el campo de desnazificación de Darmstadt y no vino a España sino hasta noviembre de 1950.

La carta fue enviada a Reinhard Gehlen, líder de la inteligencia alemana occidental, quien “se sintió obligado” a responder y consultó a la CIA si tenía interés operativo en Skorzeny, ya que se conocían sus contactos con la inteligencia egipcia. Sin embargo, Gehlen pensaba que la certificación de la presencia de Skorzeny en Darmstadt correspondía a los estadounidenses, y además prefería no darle un pretexto a Skorzeny para que después alegara tener una conexión cercana con él. Al final, Gehlen proponía que se respondiera a Skorzeny argumentando que *See* era una revista sensacionalista que no debía tomarse en serio. Lo interesante aquí es que tanto Skorzeny como los servicios secretos alemán y estadounidense hubiesen confiado en que una certificación de haber estado preso en las fechas en que la revista lo acusaba de haber ayudado a Eichmann, fuera realmente suficiente para exculparlo.

En suma, y lejos del cuadro que pintó de sí mismo en sus libros, los contactos de Skorzeny desde antes de que terminara la guerra, sus movimientos en España, Egipto, Irlanda y Argentina, sus finanzas, sus relaciones con representantes de variados servicios de inteligencia, sus negocios con armas y todo el panorama que podemos ver a través de la información desclasificada, lo ubican como un eslabón crucial en las redes de apoyo de ex nazis y neonazis durante casi cuatro décadas.

UNA ODESSA PARA SCHWEND

Ya habíamos visto a Skorzeny referirse a Schwend como “un débil hombre de negocios” al narrar la tardía disposición de fondos Bernhard para el rescate de Mussolini en su libro *La guerra desconocida* (1976, p. 266), publicado póstumamente. Pero no terminaron ahí sus apreciaciones sobre don Federico:

[...] gozaba ya, desde luego, de una bonita fortuna personal. Se refugió [...] en el Perú, allí vivió y quizás vive aún suntuosamente. [...] Nunca ha sido entregado para extradición y menos aún juzgado. Mejor para él. No lo envidio. En Lima tuvo graves disgustos domésticos. Su hija, casada con un peruano que la engañaba, mató al infiel de un tiro de revólver. Este crimen pasional tuvo una enojosa resonancia. (1976, p. 266)

Efectivamente, este “grave disgusto doméstico” tendrá el eco en la prensa al que se refiere Skorzeny, aunque el asesinato no fuera el esposo de Ingrid Schwend sino, aparentemente, un gigoló español que la acosaba, y el crimen no parecerá tan simple visto desde otros puntos de vista. Pero lo que aquí nos parece relevante es el tono en que Skorzeny lo describe: no se traduce en absoluto el lenguaje de confianza o admiración que le es tan caro cuando habla de otros de sus ex compañeros o cuando se refiere a sus amigos influyentes, y mucho menos si se trata de un miembro importante de la ODESSA. La pregunta, entonces, es ¿cuál fue el papel de Schwend, si tuvo alguno, en la conformación de las redes de ex nazis de posguerra?

Además de la información proporcionada por César Ugarte, diversos indicios en la documentación nos ponen sobre la pista de sus actividades

en torno al resurgimiento del nazismo que encarna —mito o no— en la ODESSA. A partir del seguimiento que la inteligencia estadounidense hizo a la correspondencia entre Schwend y Julius Mader, en enero de 1971 un informante llamado Walter Frank, alias *Iden* (refugiado judío naturalizado estadounidense después de huir de Alemania; según la CIA, en contacto con la embajada israelí), conoció a un oficial que voluntariamente afirmaba que Schwend estaba políticamente activo, que había organizado una “banda de matones de tendencia fascista” y que vivía a las afueras de Lima, en una finca resguardada por perros.

Un recorte de prensa que se conservó en el archivo de Schwend lo señalaba como cabeza de una red de criminales nazis en Lima. Su fuente era un artículo de Nicole Bonnet en el diario francés *Le Figaro*. Ahí se esbozaba que “el caso Barbie” había permitido establecer que la sede de la red nazi no estaba en Asunción sino a unos cuantos kilómetros de Lima, donde Schwend, “sin dejar de vigilar su granja de 200 000 pollos por mes, manipula los hilos de la organización”. Se mencionaba a Barbie, por supuesto, con su alias: Klaus Altmann, y se registraba que Schwend habría servido de enlace entre Barbie —dirigente de la ODESSA en Bolivia— y Skorzeny —cabeza operativa de la red—, quienes se habrían reunido en Madrid (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6). Según esta información, además de Skorzeny, Schwend y Barbie, los principales dirigentes de la red serían Mengele en Paraguay, Helmuth Sassen en Ecuador —hermano de Wilhelm Sassen, Gestapo en Holanda y que hacia mediados de los 80 aún aparecía en la lista de los diez más buscados de Wiesenthal (“Hunters focus on 10 Nazi war criminals...”, 1985)— y Walter Rauff en Chile.

Así como en 1950 la presencia de nazis en Argentina había producido información de prensa que explotaba la supuesta presencia de Skorzeny, en el Perú de los 70 los nazis y su club se hicieron lugar en las páginas de *Caretas*, por entonces bajo control del gobierno militar. Además de a Schwend, se mencionaban otros nazis en el Perú: Oskar Liedke, que hacia 1960 trabajaba como acordeonista en un grupo que tocaba canciones alemanas “todos los miércoles en un sótano de San Isidro”. Liedke habría relatado su fuga por Austria y Egipto, su paso por Argentina, Chile y Bolivia y, por último, por la selva peruana, actuando como sacerdote durante dos años (disfraz que también se atribuyó a Bormann, a *Gestapo* Müller y a Mengele). Luego se había ido a Huancayo, donde se casó. Tras la captura de Eichmann en mayo de 1960, Liedke había desaparecido: la esposa denunció que no había llegado a casa después de la función y que tampoco lo encontraba en hospitales. Se presentó la denuncia ante la Policía de Investigaciones del Perú,

la PIP, pero luego no se supo más, ni de la denuncia ni de la señora Liedke. Alguna vez alguien le preguntó a Schwend si conocía a Liedke, a lo que respondió afirmativamente, y dijo que Liedke incluso había vivido en su casa alrededor de cinco meses (*Caretas*, 460, 1972).

Farago dio otra versión sobre Liedke: era nada menos que el alias bajo el que vivía Heinrich Müller y no trabajaba como acordeonista sino como vendedor de seguros en [la compañía] Hans Rosa. Farago argumentaba que, tras la captura de Eichmann, Liedke temió ser perseguido y capturado, por lo que se fue del trabajo a casa de Schwend, en donde este le proporcionó una falsa identidad para que huyera a Bolivia. Pero en lugar de emprender el viaje hacia los Andes, este *Gestapo* Müller de Farago habría vuelto a su casa y se había encerrado en una habitación de los altos dispuesto a pegarse un tiro. Al día siguiente, su esposa encontraría la Luger en la habitación vacía: Liedke ya no estaba ahí sino en camino a Arequipa a bordo de un Volkswagen. Desde Bolivia, Liedke habría escrito a Schwend usando otro alias: H. Schreiker. Farago afirmaba que en el archivo de Schwend había cartas procedentes de Bolivia con ese remitente, y que Müller figuraba en la agenda bajo el nombre de Herzog, con domicilio cerca de Córdoba (1974, pp. 268-269). Con toda certeza, Farago confunde en Liedke a Barbie.

Gestapo Müller, protegido de Heydrich y superior inmediato de Eichmann, es, entre los nazis cuyo paradero permanece en el misterio, el de más alto rango. Se desconoce si fue atrapado y no es posible corroborar su muerte, aunque la evidencia, como en el caso de Bormann, apunta a ella en mayo de 1945, y con esta hipótesis están de acuerdo la mayoría de los historiadores serios (Naftali *et al.*, s. f.). Las sospechas que rodean el destino de este operador principal del Holocausto van desde su reclutamiento por Occidente o los soviéticos, hasta su escape a Sudamérica, donde habría permanecido hasta su muerte improbable sin ser detectado. Tenemos a Farago y, posteriormente, siguiéndolo, a Camarasa, que lo ubican vivo y activo en Sudamérica, y tenemos lo dicho por Eichmann durante el juicio en Jerusalén: que “creía” que Müller aún estaba vivo en el Este, aunque Stangneth considera muy poco plausible que Eichmann supiera algo sobre Müller después de la guerra.

En el verano de 1993, Camarasa seguía buscando pistas sobre Müller entre Argentina y Paraguay. Su tesis era que “entre los jefes nazis que fraguaron su muerte cuando la derrota del Tercer Reich se hizo inevitable, Heinrich Müller fue uno de los más prolijos”. Sus pesquisas lo llevaron a tener varios encuentros en Buenos Aires con el periodista Herbert John, quien era muy cercano a Farago, y que habría estado investigando

la misma pista que él, según le informaba un fax desde París (Camarasa, 2012, p. 318). John y Camarasa se reunieron en Buenos Aires para intercambiar información, aunque al argentino le pareció que el alemán deliraba: “llegó a proponerme que tomáramos por asalto un geriátrico de las afueras de Asunción donde, según él, pasaban sus últimos días muchos jefes nazis”; la acción “tipo comando” sería filmada y fotografiada y ambos periodistas se harían ricos. Nos llama la atención el parecido de esta “ocurrencia” de John con el argumento de la película *The Debt* (Madden, 2010), en la que un grupo de agentes del Mossad intenta secuestrar a un líder nazi en Berlín oriental en 1965.

Si bien parte de la historia de un *Gestapo* Müller libre fue, como la de Bormann, creación periodística de Farago, en el Perú la revista *Caretas* denunciaba en 1972 que la prensa, tanto la internacional como la local, había afirmado que la casa de Schwend era refugio de todos los nazis importantes que habían transitado por el país. Según el sensacionalista semanario limeño, “la parte visible de los nazis” que se alojaba con Schwend en Lima estaba conformada por Skorzeny, Helmuth Sassen, Rauff y Barbie. El reportaje describía cómo estos personajes utilizaban mensajeros “muy bien situados en los servicios de telecomunicaciones” para mantenerse en contacto, tres de los cuales habrían desaparecido en los últimos años: Schneider, Paul Hertz (probablemente Otto Steft) y Rolf Wreitruck. Como veremos más adelante, a raíz del asesinato de Banchemo Rossi, las sospechas del primer momento de la investigación recayeron sobre Schwend y su amigo Altmann. En su número 451, explotando información desarrollada por Herbert John en comunicación con medios europeos y con los cazanazis Klarsfeld, *Caretas* mencionó la posibilidad de que Altmann fuera en realidad Klaus Barbie, “el carnicero de Lyon”, quien a partir de esto huyó a Bolivia mientras en el Perú se distendía la investigación sobre él por intervención del propio Schwend: “después de ocho horas de interrogatorio y gracias a su público encubridor Federico Schwend, la policía peruana dijo no haber podido establecer la identidad de aquél”.

Klaus Barbie

Klaus Barbie trabajó para los servicios secretos estadounidenses en Alemania a partir de 1947. Buscado por la justicia francesa por la tortura y asesinato de miembros de la Resistencia mientras estuvo a cargo de la Gestapo

en Lyon, entre ellos, el líder Jean Moulin, y por el envío de niños judíos a su muerte en los campos de concentración, Barbie, literalmente un secreto a gritos, sería protegido por los estadounidenses, convertido cada vez más en un escándalo en potencia.

La liberación de Francia antecedió por meses a la derrota final de Alemania. Para el verano de 1944, Barbie sabía que no quedaba mucho tiempo, mientras que los Maquis, la Resistencia, realizaban acciones de combate más directas que la estrategia de sabotaje y guerrillas a la que habían recurrido hasta entonces. En agosto de 1944, la crueldad de Barbie alcanzó extremos desesperados. Linklater *et al.* describen:

Barbie era un sádico. Disfrutaba infligir dolor y le gustaba infundir miedo y observar su efecto en sus víctimas. Mario Blandon, que trabajó para el líder de los Maquis Albert Cambonnet y fue torturado por Barbie en junio de 1944, lo recuerda alardeando al disparar deliberadamente a un prisionero, a sangre fría, al tiempo que lo empujaba por las escaleras de la École de Santé, ante la vista de otros prisioneros. “La cabeza se le desprendió mientras el cuerpo daba vueltas al fondo de la escalera como un conejo”, dijo Blandon, él mismo un asesino entrenado de la Resistencia. “Para obtener ese efecto tienes que estar exactamente tres pasos detrás. Barbie sólo rió...” (1985, p. 124)

Durante agosto de 1944, bajo las órdenes de Barbie, la Gestapo en Lyon recrudesció sus acciones criminales coleccionando masacres de miembros de la Resistencia tanto como de inocentes. Para el momento en que Lyon fue finalmente liberada, el 3 de septiembre de 1944, Barbie ya no estaba ahí. Según su propio recuento, abandonó la ciudad francesa el 28 de agosto, pero Linklater *et al.* sospechan, “con base en documentos capturados por los franceses después de la guerra” que partió aún antes; posiblemente habría regresado días después para “limpiar el desorden” (eliminar testigos, según los autores citados), y habría sido en esas acciones cuando resultaría herido en una pierna y el rostro, quedando imposibilitado de participar ya en combate alguno. Herido, fue enviado a recuperación y ascendido a *Hauptsturmführer* (equivalente a capitán) por “su talento definitivo para el trabajo de inteligencia y la persecución del crimen”. Más tarde, los estadounidenses y sus contrapartes en la nueva Alemania reconocerían también ese talento. Pero en febrero de 1945, sin haberse recuperado del todo, Barbie se marchó a Berlín a buscar instrucciones de la RSHA. Alemania estaba perdida. Hacia abril de 1945 abandonó el uniforme y se hizo pasar por un desplazado

francés. Huyó en búsqueda de su familia. A mediados de ese año la había encontrado en Kassel y, sin trabajo y registrado en todas las listas de SS que debían ser arrestados automáticamente, empezó a establecer contacto con otros en situación similar y a falsificar documentos de identificación. Sobrevivió con ayuda “solidaria” de esos otros ex nazis clandestinos, comerciando en el mercado negro e incluso robando. Conformaban un grupo de ex nazis que llegó a ser identificado por la inteligencia británica y estadounidense como la “Lila Roja”, una de las redes que se entretrejan con el mito de una organización fuerte en busca del renacimiento nazi —la ODESSA—, que fue infiltrada por los servicios secretos británico y estadounidense. A finales de 1946 un viejo colega, Kurt Merk, que se encontraba entre los agentes protegidos por los estadounidenses que más tarde conformarían la organización Gehlen, ayudó a Barbie a permanecer en el anonimato. Finalmente, en abril de 1947, después de dos años de incertidumbre y clandestinidad, Barbie fue incorporado al CIC como agente, a pesar de estar listado como sujeto de arresto inmediato en los registros estadounidenses y de ser buscado por crímenes de guerra por los franceses. Sus tareas consistían en mantener informado al CIC acerca de los movimientos de la inteligencia francesa en la zona francesa de ocupación de Alemania, pues tanto estadounidenses como británicos mantenían reservas acerca de sus aliados galos y consideraban que no estaban libres de la influencia comunista. Barbie también debía infiltrar organizaciones soviéticas clandestinas y al Partido Comunista Alemán. Con altas y bajas en su “servicio”, fue haciéndose útil hasta que, a mediados de 1949, la presión de Francia, indignada por su libertad, lo convirtió en un problema para sus controladores estadounidenses. En mayo de 1950 la presión francesa ya no pudo ser eludida y el CIC se vio obligado a tomar una decisión acerca de Barbie, a quien había protegido incluso diciendo que ya había sido descartado como agente y que se desconocía su paradero, aun cuando seguía prestando servicios de inteligencia y cobrando por ellos. Los estadounidenses tendrían que enfrentar la vergüenza y el escándalo por haberlo protegido si lo entregaban a Francia. O tendrían que seguir protegiéndolo.

Entre los nazis que contaron con ayuda de la CIA para emigrar a Sudamérica a través de las *ratlines*, Barbie es uno de los ejemplos paradigmáticos junto con Eichmann, Priebke y Pavelić; uno de los últimos, según Linklater *et al.*, en utilizar la *ratline* financiada por los estadounidenses para beneficio de Monseñor Draganović. Entre diciembre de 1950 y enero de 1951, la familia “Altmann” estaba aprendiendo español y Barbie se encontraba entusiasmado por sus perspectivas en Bolivia como “mecánico”, siguiendo

el modelo de aliento a la inmigración de trabajadores capacitados para el desarrollo que Perón había inaugurado en Argentina y todos los países latinoamericanos habían seguido en mayor o menor medida. Los “Altmann” salieron de Alemania el 9 de marzo de 1951 y cruzaron Austria en dirección a Génova. Gracias a la CIA, Barbie obtuvo el pasaporte provisional N.º 121454 de la Oficina Combinada de Migración de la Alta Comisión Aliada de Múnich, y la visa temporal N.º 507 del consulado italiano en Múnich, documentos que llevó al Comité Internacional de la Cruz Roja en Suiza. Por supuesto, esta documentación fue expedida a nombre de Klaus Altmann, el apellido que tomó del rabino de Trier, asesinado por los nazis. Inscribió a sus hijos Ute y Klaus Georg también con ese apellido, mientras que, por su lado, su esposa llenó formularios con él declarando ser refugiada. Ambos contaron con la firma y la ayuda del sacerdote croata operador de *ratlines* para contrabandear nazis y ustachas fugitivos, Draganović (De Hoyos, 1984, pp. 204-205), que tenía relación directa con el CIC y se encargaba de acoger a los “refugiados” que le enviaban los estadounidenses camino a Génova. Su recompensa consistía en dinero: entre mil y mil cuatrocientos dólares si el paso al otro lado del Atlántico se concretaba exitosamente.

Francia tendría que juzgar a Barbie en ausencia: lo hizo en dos ocasiones, en 1952 y en 1954, ambas resultando en la pena de muerte. En la década de 1960, Serge Klarsfeld reunió documentos que probaban la conexión de Barbie con la CIA y con el BND. Pero se trataba de una posición encubierta y las pruebas de Klarsfeld fueron negadas por Allan Ryan, investigador del Departamento de Justicia de los Estados Unidos (Murphy, 1983, p. 294). Años más tarde, en 1983, luego de que Barbie cayera por fin y fuera entregado a Francia gracias a la persistencia de Beate Klarsfeld, la incansable cazadora de nazis que lo había localizado en Bolivia a principios de los 70, el propio Ryan escribió su informe sobre Barbie y su relación con el gobierno estadounidense, documento que, a la vez que hacía *mea culpa*, buscaba justificar las decisiones que llevaron a los servicios secretos a utilizar a este criminal de guerra y contra la humanidad y, luego, a protegerlo.

Bajo la identidad falsa de Altmann, Barbie declaró haber llegado a Bolivia con un capital de ochocientos cincuenta y cuatro dólares. Conocía en el país andino al sacerdote Roque Romano, de la comunidad franciscana de Sacaba, y pretendía establecerse ahí por tiempo indefinido ocupándose en la profesión que había declarado tener: mecánico. Los Altmann llegaron a Buenos Aires a bordo del Corrientes, con visas de tránsito argentinas conseguidas en Roma gracias a Draganović, y diez días después enrumbaron hacia La Paz, a donde llegaron el 23 de abril de 1951 (Wilson, 1984, p. 189).

Hasta que los Klarsfeld reunieron la información necesaria para dar con él —más de diez años de investigaciones—, Francia ignoró su paradero. No faltaron informes que lo ponían, por ejemplo, en Noruega. En el Perú, en 1972, Schwend se encargaría de aportar más pistas falsas sobre el paradero de Barbie en Medio Oriente, mientras lo protegía en el alias de Altmann, como si este amigo íntimo del dictador Banzer, organizador de escuadrones de la muerte anticomunistas a la usanza de los *Einzugsgruppen* de Heydrich para enfrentar a la guerrilla boliviana o al competidor colombiano en el narcotráfico; cómplice del terrorista neofascista italiano Delle Chiaie; en fin, este carnicero, este verdugo nazi, fuera en realidad un pobre mecánico que había resultado despatriado como víctima de la guerra.

De Hoyos afirma que el apoyo que los estadounidenses dieron a Barbie fue “al menos discreto”, pues “si querían utilizar a Barbie en Bolivia, primero era necesario blanquearlo”. Barbie tuvo que “purificarse como su vecino Friedrich Schwend” y vivió quince años “tranquilamente en la piel de otro, la de un mecánico de Kronstadt”. Entre los documentos de la CIA hay un memo del 24 de febrero de 1983 donde se solicita el envío prioritario de referencias sobre Schwend para determinar la naturaleza de su relación con Barbie, y si la agencia había tenido interés operacional en él. Adjunto a este memo hay un cuestionario (*query sheet*) en el que John Loftus, autor y ex agente de inteligencia, consultaba sobre información proporcionada por un periodista del *Miami Herald*, según quien “Wenchlas Turi alias Fritz Schwen [sic]” era un agente de la CIA en Perú y amigo cercano de Klaus Barbie. Sin embargo, como hemos visto, las sospechas de un vínculo de Schwend con la CIA después de su fuga de Europa habrían sido alimentadas por él mismo en diferentes ocasiones, siempre como alarde de influencia, mientras que las pesquisas de la propia agencia fueron incapaces de encontrar vínculos posteriores a 1947, cuando la CIA como tal aún no había sido creada. A menos, claro, que la evidencia al respecto haya sido destruida o permanezca sin desclasificar, nada en el archivo Schwend prueba que se tratara más que de los alardes de influencia a los que era aficionado.

La más sólida relación de negocios y complicidad de Schwend, la única, quizás, en la que no hubo desencuentros o violentas rupturas, fue la que estableció con Barbie. No sabemos en qué momento exactamente comenzaron a frecuentarse, ni si se conocieron antes de fugarse a América, pero sí que, a partir del momento en el que Barbie se empezó a colocar como asesor en contrainsurgencia y otros temas de seguridad en los gobiernos militares bolivianos de los años 60, establecieron una férrea sociedad de mutuo beneficio, en la que Schwend parecía ser el cerebro y Barbie la mano ejecutora.

La presencia de Barbie, por lo tanto, es transversal a toda nuestra investigación; ya ha aparecido antes en estas páginas y aparecerá copiosamente en las siguientes; tendremos secciones más concretamente dedicadas a él en los capítulos sobre los negocios de Schwend, las extorsiones, la loca aventura de la naviera Transmarítima Boliviana y el tráfico de armas, y seguiremos al “carnicero de Lyon” hasta después de la muerte de don Federico. Ya hemos adelantado su papel, al lado de Delle Chiaie, Fiebelkorn y otros, en la secuela boliviana de la operación Cóndor, organizando terroristas de ultraderecha para mantener el régimen de Banzer; finalmente lo veremos caer, gracias a la heroica Beate Klarsfeld, en las manos de la justicia francesa.

Los hermanos Sassen

El expediente personal de Willem (o Wilhelm) Sassen van Elsloo no está disponible aún en las colecciones de documentos desclasificados por FOIA que pueden ser consultadas directamente. Aparece en los de Schwend, Barbie, Mengele, Degrelle, Eichmann y Skorzeny, por mencionar los que más resaltan. En su investigación sobre Eichmann, Bettina Stangneth realizó un pormenorizado seguimiento de este personaje, que sin llegar a ser una biografía —siempre en función de su relación con Eichmann—, cubre lo más relevante de su trayectoria. Entre la información aportada por esta autora se incluyen testimonios y entrevistas que realizó a Saskia Sassen, socióloga argentina-estadounidense, hija del nazi holandés, que compartió sus memorias infantiles sobre el “círculo Dürer”, el grupo de nazis y allegados de la editorial Dürer y la revista *Der Weg* que se reunía en su casa de Buenos Aires a conversar sobre el “glorioso” pasado del nacionalsocialismo, a discutir los errores cometidos, a rabiar contra las “mentiras” de los Aliados —entre ellas la cifra de judíos ejecutados— y, en fin, a añorar el Reich y anhelar su resurgimiento. Fue en el marco de estas reuniones en casa de Sassen que se grabaron y editaron las memorias de Eichmann en las que Stangneth ha fundamentado su trabajo. De hecho sería el mismo Sassen quien fungiría como albacea de ese infausto legado y lo manejaría en beneficio propio, aunque no de una forma muy inteligente.

Sassen estudió leyes, pero se dedicó al periodismo desde muy joven. Nació en Gertrudenberg bei Breda, actualmente Holanda, en 1918, en el seno de una familia católica. Ya era un simpatizante del nacionalsocialismo cuando, a los dieciocho años de edad, asistió a los Juegos Olímpicos

de Berlín, donde cayó fascinado por Hitler y el nazismo a tal grado que, a su vuelta a los Países Bajos, sus encendidos discursos proalemanes le consiguieron la expulsión de la universidad. Fue entonces cuando se inició en el periodismo. Después de la ocupación nazi de los Países Bajos, Wilhelm y Alphons Sassen se unieron a las SS, el primero como corresponsal de guerra, aunque también vio combate —y atrocidades nazis—, el segundo como soldado de las Waffen SS. Miembro de la Unidad Eggers de las SS, que agrupaba escritores e intelectuales al servicio del Reich para el trabajo propagandístico, Wilhelm viajó como corresponsal por Polonia y Rusia en 1942. Fue herido en la ofensiva del Cáucaso, lo que le dio un ascenso y una imagen de héroe ante sus correligionarios. A partir de 1943 su trabajo como periodista de guerra conoció un éxito inusitado. Stangneth describe el estilo radiofónico que acuñó en esa época como “de mano pesada, de parar los pelos y arrancar lágrimas. Una mezcla de violencia pornográfica, *pathos* y sentimentalismo que caracterizarían sus escritos en Argentina” (2014, p. 239).

Después de transmitir desde Normandía el desembarco Aliado —lo que contribuyó a su imagen de héroe nazi—, se replegó a Alemania y, en los últimos días de la guerra se fue a la clandestinidad junto con su hermano. Fue apresado en dos ocasiones por los ingleses, en junio y diciembre de 1945, y ambas veces logró escapar; la segunda, de manera definitiva. Un memo secreto de 1987 incluido en el expediente personal de Schwend en FOIA (0128), clasificado como altamente sensible, señala que Sassen habría sido juzgado y condenado a veinte años de prisión, aunque no se detallan los crímenes cometidos y no es posible corroborar esta información en ningún otro documento. En mayo de 1947, con el alias de Jack Jensen (o Jacobus Jansen), partió a Dublín con su segunda esposa y su hija Saskia recién nacida. Un registro en el archivo Schwend indica que los documentos para ese viaje le fueron proporcionados por la CIA, pero es conveniente dudar de esto ya que no hay evidencia alguna que indique que Sassen prestó servicios de inteligencia para ninguna agencia, excepto, de manera indirecta, para el BND a través de Merex (la CIA, por otro lado, no se crearía sino hasta septiembre de ese año). Finalmente, el 23 de septiembre de 1948, los Sassen dejaron Europa a bordo del *De Adelaar*, para establecerse en Buenos Aires, donde Wilhelm comenzó a colaborar con artículos para publicaciones de Alemania Occidental. Entre sus actividades, pronto estableció una relación con Rudel para apoyar a nazis en desgracia y, mientras alardeaba de su amistad con Perón y conquistaba a tantas mujeres como podía, se hacía cargo del trabajo editorial de Dürer Verlag y *Der Weg*, según Stangneth, con:

[...] el ardiente entusiasmo que aún conservaba por Hitler y por los planes alemanes de dominación del mundo, y su implacable odio a los judíos. Le gustaban las teorías de conspiración y tenía un talento para la manipulación inescrupulosa, que usó para mentir acerca de todo, a todo el mundo. (2014, p. 241)

El mismo memo secreto en el que se asume que la CIA ayudó a Sassen a escapar a Irlanda, señala que había servido como intérprete a Perón en su encuentro con el príncipe Bernhard (Bernardo de Lippe-Biesterfeld) de los Países Bajos, durante su visita a Argentina en 1951. Este recuento sobre Sassen incluye su trabajo como representante en Argentina de la firma Merex y otras estrategias de comercio legal e ilegal de armas. En Argentina, Sassen manejó los intereses de Merex a través de empresas como Tecnicum S. A., de la que era socio, o Busy S. A., que era de su propiedad. Asimismo, habría representado en Argentina los intereses de la compañía austriaca Steyr-Daimler-Puch, también fabricante de armas.

Su relación con Schwend es clara al haber sido ambos representantes de Merex en Sudamérica. Rudel los había reclutado a ambos al ponerlos en contacto con Walter Drück, otro ex coronel nazi que se encargaría de enamorar generales por toda Sudamérica para venderles los excedentes de armas que tenía Alemania, con el beneplácito del BND y la CIA, agencias para las que también todos ellos prestaban sus oídos (Silverstein, 2000, pp. 124 y ss.). Por tanto, también estaban ligados con Skorzeny que vendía armas desde España. El memo al que nos hemos referido señala que entre los movimientos de armas en los que Sassen estaría involucrado a principios de los 80 habría una venta de doscientos rifles FAL a Roberto Suárez Gómez, capo del tráfico de cocaína en El Beni, Bolivia, y que estas armas habrían sido usadas en el golpe de Estado del 17 de julio de 1980, en el cual los coroneles Luis Arce Gómez y Luis García Meza derrocaron el gobierno civil de Hernán Siles Suazo, con la ayuda de Barbie. El estilo de estos hechos, aun cuando sucedieron en un momento en que Schwend ya estaba fuera de combate, es el de numerosas acciones que durante las décadas anteriores llevaron a cabo juntos: la intervención subrepticia en la política local, al lado siempre de las más atroces versiones de la ultraderecha y de los militares fascistas para los que trabajaron los nazis que podemos reunir alrededor de la ODESSA. En el memo en cuestión se enumeran algunos de los contactos de Sassen: Federico Schwind [sic], alias Wenceslao Turi, en el Perú; el teniente “Herbas Chiribogas” en Quito, y un oficial del Secretariado de Inteligencia del Estado argentino, “Mingolla”. Este último

personaje puede ser rastreado como participante de atrocidades de la operación Cóndor.

En cuanto a Alfonso (Alphons) Sassen, a quien probablemente se refieren las menciones de “Helmuth” Sassen en otras fuentes, también identificado como Van Aalst en el memo citado, tenía una oficina ubicada en la calle 9 de octubre 520, en Quito, desde donde manejaba las operaciones de la red en Ecuador. Conocemos su participación a partir de un cable de septiembre de 1964 que el periodista Herbert John envió a Schwend desde Buenos Aires, pidiéndole con urgencia información sobre “EcuadSasse [sic]”: nombre completo, título en el pasado, etc.

Walter Rauff

El caso de Rauff es uno de los más ofensivos entre las historias de nazis fugitivos porque sus crímenes de guerra y contra la humanidad están más que suficientemente probados y, aun así, murió en libertad y con la protección de su país de refugio: el Chile de Pinochet. Sabemos de sus métodos, en el contexto de nuestra investigación, desde que, como jefe del SD en Milán, en 1944, le rompió la cabeza a Pucci al interrogarlo sobre el paradero de Edda Ciano. Pero antes de llegar a esa posición, en la que permanecería hasta el final de la guerra, Rauff ya había cometido crímenes inauditos. Breitman, Goda y Brown (2005, pp. 153 y ss.) dedican un alarmante acápite a este criminal en su investigación sobre oficiales de la Gestapo.

Como subordinado de Harster, el líder de la SD en Italia, tuvo en algún momento participación en las negociaciones de la operación Sunrise, aunque nunca directamente con Dulles, sino realizando informes tangenciales a representantes de menor jerarquía, por ejemplo, tratando de explicar por qué Wolff demoraba tanto en Berlín —es sorprendente la cantidad de ex nazis que buscarían protección aduciendo haber participado en las negociaciones Sunrise— (FOIA, Rauff, 0025). Al concretarse la rendición en Italia, Rauff se entregó y fue interrogado por los estadounidenses. La opinión de uno de sus interrogadores sobre él no era muy alentadora: “se le considera una amenaza si llega a ser puesto en libertad y, si no es posible eliminarlo, se recomienda su internamiento de por vida”. Pero Rauff lograría escapar.

Se había unido formalmente al partido nazi en 1937, aunque su apoyo al nacionalsocialismo es anterior. En 1938 ya integraba las SS y, siendo cercano a Heydrich, pronto fue incorporado al SD. Durante la invasión a la Unión

Soviética en 1941, Rauff ideó las cámaras de gas móviles —las camionetas de la muerte— que fueron utilizadas tanto en territorio soviético como en Polonia para asesinar judíos, romanís, polacos, comunistas y otros “enemigos del Reich”: camionetas herméticas en las que se asfixiaba a los prisioneros mediante la inyección en la cabina del monóxido de carbono producto de su propia combustión. Enviado a Egipto, sus métodos fueron rechazados por Rommel, pero Rauff encontró la forma de seguir adelante en Túnez, donde sometió a trabajo esclavo a cuatro mil quinientos judíos y consiguió por ello una condecoración —en estos crímenes contó con la complicidad de Theodor Saevecke, uno de los “socios” de Eichmann que después sería protegido por la inteligencia estadounidense—. Rauff Llegó al Sudtirolo, específicamente a Bolzano, el área de acción de Schwend, durante la etapa más activa de la operación Bernhard, en 1943, y desató ahí particular crueldad en la represión contra todo acto de resistencia a la ocupación alemana hasta la rendición Sunrise el 2 de mayo de 1945.

Su internamiento después de la rendición tuvo lugar en el campo de Rímini, en donde, a decir de Steinacher (2011), se inició la *ratline* italiana el 22 de julio de 1946 con la fuga de cuarenta prisioneros. Rímini era el campo de internamiento más grande de la posguerra, con capacidad para ciento cincuenta mil prisioneros, pero sin capacidad para mantener el control sobre ellos. Cientos de prisioneros desaparecerían desde ahí, entre ellos Erich Priebke, Wilhelm Sassen, Eduard Roschmann, Karl Hass y Walter Rauff. Steinacher cita un testimonio de Priebke de 1996 en el que el nazi afirmó que había escapes “casi cada noche”. Fue esta situación la que llevó al desarrollo de la investigación de Lavista que culminaría con el informe sobre las *ratlines*, la participación en ellas de miembros de la iglesia católica y la cooperación “involuntaria” del Comité Internacional de la Cruz Roja. La fuga de Rauff tuvo lugar en diciembre de 1946 y, según él mismo afirmó después, contó con la ayuda de un sacerdote católico de Nápoles que le facilitó el traslado a Roma. Durante 1947 y la primera mitad de 1948, Rauff permaneció oculto en “la ruta de los monasterios” que formó parte de las *ratlines*, “aparentemente bajo la protección del obispo Alois Hudal”, según Breitman, Goda y Brown (2005, p. 154), o con la ayuda de Monseñor Giuseppe Bicchierai, secretario del arzobispo de Milán, Ildefonso Schuster, según las pesquisas de Steinacher (2011, pos. 4018). Estando en Roma, Rauff sería contactado por el gobierno sirio para que se convirtiera en una especie de reclutador de profesionales alemanes que ese país buscaba en su propia versión de una operación Paperclip, política que también tuvo su equivalente en la Argentina de Perón. Steinacher cita la opinión de Simon

Wiesenthal: “Rauff y Hudal organizaron lo que se conocía como la ‘ruta de Roma’ para la fuga de jerarcas nazis”, y argumenta que los servicios de Rauff estarían detrás de la fuga de nazis como Franz Stangl (ex comandante de Treblinka), Josef Schwammberger (asesino del gueto de Przemysl) y el mismo Eichmann. En 1946, o principios de 1947, también según Steinacher, Rauff habría establecido contacto con Schwend, quien aportaría recursos financieros de la operación Bernhard para costear el sistema de fuga de estos nazis (aunque nosotros sabemos que en diciembre de 1946, Schwend era Turi cruzando el Atlántico rumbo a Brasil).

Cumplida su misión como engranaje central de la fuga nazi, Rauff y su familia se trasladaron a Siria en noviembre de 1948. La documentación analizada por Breitman, Goda y Brown apunta a la participación de Rauff en el golpe de Estado con que el coronel Husni Al-Za’im derrocó al presidente Shukri Kuwatli, enroque que era en realidad la radicalización de la reacción antiisraelí después de una derrota sufrida ese año. La política de reclutamiento de expertos alemanes se fortalecía en aras de “preparar a la nación para una futura confrontación con el Estado de Israel”. A Rauff le correspondió la organización de la inteligencia siria y existe evidencia de que en esa posición no dudó en utilizar los métodos de tortura que ya había aplicado en Rusia, Túnez e Italia durante la guerra. Pero la situación política de Siria a fines de los 40 no era precisamente estable y el gobierno de Al-Za’im cayó en un nuevo golpe menos de un año después, en agosto de 1949. Rauff se vio obligado a abandonar el país; pasó un tiempo en Líbano —un informe en el que se menciona que era empleado por la inteligencia británica, señala que tenía la intención de irse a la India— y, a fines de 1949, volvió a Italia, donde decidió que su mejor opción era Sudamérica. El seguimiento que hizo la CIA de sus movimientos después de Siria no dudó en “recomendarlo” como posible agente para los servicios de inteligencia sobre el país árabe. Camarasa y Basso Prieto (2014) citan un documento desclasificado de la CIA en que se informaba que durante esa última breve estadía de Rauff en Roma habría entregado inteligencia sobre infraestructura siria al Mossad (que nunca tuvo escrúpulos para aceptar la colaboración de ex nazis juzgados y sentenciados). En un informe sobre Rauff fechado el 24 de febrero de 1950 se cita a una fuente “más o menos confiable” que testificó sobre sus relaciones con la inteligencia británica, la cual habría pagado su traslado a Sudamérica; con la iglesia de Milán que, a través del sacerdote Bicchierai, le habría entregado cuarenta mil liras (procedentes en parte de la francmasonería), y ¡con el Mossad!: “no es improbable que la presencia del sujeto en Siria estuviera relacionada con una misión para el servicio is-

raelí” (FOIA, Rauff, 0067). En otro despacho se mencionaba que: “Con toda probabilidad (aunque esto no ha sido confirmado), el servicio israelí ha incorporado al sujeto [Rauff], cuyos sentimientos y pasado le permitirían no levantar sospechas en Egipto”. Otros reportes de la época apuntaban a una huida a Sudamérica que habría contado con apoyo israelí.

Se estableció en Ecuador y permaneció ahí durante una década, primero como mecánico automotriz y luego como empleado (agente de ventas) de las firmas Parke-Davis y Bayer. Los informes de 1950 señalan insistentemente que en Quito, Rauff estaría creando algún tipo de red de inteligencia y que su correspondencia con contactos italianos estaría siendo interceptada por la inteligencia italiana. A mediados de 1953, las pistas sobre Rauff se dirigían a Egipto, aunque sin confirmar; otros informes no totalmente fiables lo ponían en Argentina, donde fungiría como líder de un grupo anticomunista; otros más lo confundían con un Abdullah Rauff, traficante marroquí con el que no tenía relación.

Siguiendo cuidadosamente la documentación, Breitman, Goda y Brown (2005) anotan que emigró de Ecuador —donde sus actividades nunca fueron investigadas por la CIA aunque existían indicios de que organizaba una red de inteligencia—, a Chile en octubre de 1958, empleándose primero en la empresa de Sara Brown en Punta Arenas. Camarasa y Basso Prieto afirman que en 1957, antes de establecerse definitivamente en Chile, habría viajado allá durante una semana para reunirse con Mengele y Rudel (2014, p. 146). En 1959 consiguió la residencia permanente en el país del sur y comenzó a trabajar para la empresa de Goldma Jahnsen, también en Punta Arenas, donde inició un servicio de transporte terrestre con refrigeración entre ese puerto y Santiago. Durante la primera mitad de los 60 trabajaría en posiciones gerenciales para Magallánica Ltda. y para Camelio, empresas pesqueras de Porvenir, provincia de Magallanes.

El juicio contra Eichmann en 1961 arrojó el nombre de Rauff y Alemania Occidental solicitó su extradición al gobierno chileno. Aunque fue arrestado en diciembre de 1962, la corte chilena dictaminó que, dado que en su legislación los cargos por asesinato expiraban a los quince años, y que no había cometido crímenes en Chile, no había base legal para extraditarlo. Ni el gobierno socialdemócrata de Frei ni la Unidad Popular de Allende, ni la dictadura de Pinochet contravendrían esta sentencia. Para 1965, la protección del gobierno chileno a Rauff ya no era sólo jurídica:

La presencia del ex general Rauff en Chile es conocida por las autoridades chilenas y, a través de la prensa, por el público general. El gobierno chileno

ha adoptado la posición de que, aunque Rauff no es del todo bienvenido, no tienen planes de deportarlo. Por sus antecedentes y una vez que ha sido aceptado, el gobierno chileno lo ha venido protegiendo y las autoridades locales en su ciudad siguen órdenes directas de protegerlo físicamente. (FOIA, Rauff, 0101)

Doce años después, en 1974, la CIA produjo un documento que lo señalaba como ganadero en El Porvenir, en Tierra del Fuego, mientras aparecía una nota en *Le Monde* que lo identificaba como jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), noticia que sería replicada por *L'Humanité* y en Alemania Occidental por el *Arbeiter Zeitung*. Nuevos cables secretos de la época, sin embargo, desmienten las acusaciones de *Le Monde*, emitidas en el marco de una conferencia internacional en la que se evaluaría el nuevo gobierno militar chileno y en la que, por la presencia “roja”, era de esperarse una campaña de descrédito. El coronel Pedro Ewing, vocero de Pinochet, aseguró que “esas mentiras [...] son parte de una maniobra del marxismo internacional para hacer que el gobierno chileno parezca fascista”. Cables secretos no confirmados de 1975 ligan a Rauff con pasadas acciones de tráfico de armas y sospechas de haber estado organizando “guerrillas nazis” para “vagas operaciones internacionales contra judíos”. En 1976 los servicios de Rauff para la DINA volvieron a aparecer: el grupo Chile Democrático, coordinador de la izquierda chilena en el exilio en Europa, hizo llegar a Wiesenthal un perfil de Rauff en el que se aseguraba que trabajaba “dentro del Ministerio del Interior” del régimen de Pinochet. Exiliados chilenos en México ratificaron esta información en 1977: “es uno de los principales asesores de la DINA”.

Estos informes, los más completos en el seguimiento de Rauff hasta esa fecha (1977), ponían en duda la negación del gobierno chileno sobre el papel de Rauff en la DINA y le asignaban un rol de asesor no oficial. Pero aún más interesante es el contexto en el que se realizaron estas pesquisas sobre el ex nazi protegido en Chile: aparecía vinculado con el complot — fase III de la operación Cóndor— en que fue asesinado Orlando Letelier por órdenes de Pinochet y por acción de la DINA y la CIA. Luego de la instauración de la dictadura, Letelier se convertiría en uno de sus principales opositores internacionales, un hombre capaz de establecer un gobierno en el exilio; sería asesinado en Washington el 21 de septiembre de 1976. El cable secreto indica que Rauff podría haber sido la fuente de una amenaza de muerte al presidente Carter sobre la que el BND avisó a la CIA. Como quiera, Breitman, Goda y Brown han encontrado evidencia que apunta a

la participación de Rauff en la tortura y asesinato de opositores al régimen de Pinochet.

Tuvo que pasar casi una década para que la búsqueda de Rauff y el interés por juzgar sus crímenes fueran relevantes otra vez. En abril de 1983, Ronald Reagan habló de Simon Wiesenthal en un discurso; este le envió una nota de agradecimiento y aprovechó para “recordarle” el caso de Rauff, lo que motivó la curiosidad del presidente estadounidense y movió olas en los servicios secretos que estuvieron ocupados en mostrar pruebas de que no existía una relación operativa con tan incómodo fugitivo. Se reanimó la solicitud de extradición en Alemania y se prepararon estrategias para que los Estados Unidos se comprometieran a apoyarla sin crear controversia “donde no la había”. En 1984 Beate Klarsfeld inició campañas en Santiago que le valieron incluso ser ella misma apresada. El servicio secreto israelí le habría pedido a la valiente cazadora de nazis que abandonara el escándalo mediático porque afectaba sus planes encubiertos, pero ella decidió que la confrontación abierta con el gobierno chileno era la mejor, la única estrategia digna. Nada llegó al resultado esperado: Rauff, sin enfrentar juicio por sus crímenes de guerra y contra la humanidad y con la protección del gobierno de Pinochet, moriría de un infarto en 1984, en su casa. Breitman, Goda y Brown concluyen así su perfil de este criminal:

[...] uno de los peores perpetradores de crímenes contra la humanidad de la Alemania Nazi pudo escapar de la justicia gracias a una combinación de circunstancias: negligencia de los estadounidenses en el periodo de posguerra inmediato; apoyo activo de ciertas autoridades de la iglesia católica, y protección por largo tiempo de varios gobiernos chilenos, particularmente el del presidente (y dictador) Augusto Pinochet. (2005, p. 159)

LA “DECLARACIÓN” DE LA ODESSA

Los autores que han abordado la ODESSA, desde Forsyth, el novelista en busca de una historia trepidante, a los periodistas engañados como Farago y los no muy escrupulosos como Camarasa, y hasta los historiadores cuidadosos como Steinacher o Breitman y los más comprometidos, como Goñi y Stangneth, y muy particularmente los que descartan la existencia de la

ODESSA como tal —Sanfilippo y Meding con la CEANA—, habrían tenido que reescribir sus textos si hubiesen dado con la “Declaración” de la ODESSA que se encuentra en los archivos de Schwend. Se trata de un conjunto de documentos producidos después de una reunión “histórica” a la que habrían asistido delegaciones en representación de ex nazis y neonazis de todo el planeta. El folder del Schwend Archiv en HIS en que se encuentran está identificado solamente con las cifras “18/95”, dentro de otro folder identificado como “Handakte D.M. Der SS-Schatz”. Entre el centenar de papeles de esa carpeta hay recortes de prensa misceláneos, documentos relacionados con acciones de espionaje —especialmente de espionaje israelí— de principios de los 70 y seguimientos que prueban que a Schwend le preocupaba lo que pasaba a otros nazis en la región, como los que especulan sobre las causas intelectuales del asesinato de Herberts Cukurs en Montevideo en 1965. Pero resalta en el contenido del folder un grupo de papeles que datan de mediados de 1965; casi todos ellos con marcas que indican que fueron fotocopiados juntos y que alguna vez formaron parte de una carpeta de anillos, pues todos muestran la misma sombra que dejan los orificios para ello en la fotocopia.

El primero de este grupo que llama nuestra atención es una carta escrita en alemán, sin fecha, folio ni firma, probablemente dirigida a Schwend por quien la ODESSA hubiese puesto al frente de un encargo de “relaciones públicas”. La citamos completa porque su tono y su descripción de ánimos y ambientes son representativos —como en una pesadilla— de la ideología que compartían estos nazis veinte años después de la guerra:

Estimado camarada,

Como le había informado verbalmente, nuestra reunión (ciertamente) histórica se llevó a cabo. Lamento que se haya usted quedado solo, pues un hombre como usted siempre falta y siempre hará falta (aunque yo y todos los camaradas entendemos perfectamente sus incuestionables razones para permanecer fuera del juego). Lo breve es bueno. Fue muy emocionante: Un ánimo que simplemente no puedo expresar. Los buenos viejos tiempos estaban de regreso. Todo fue fantásticamente organizado, como de fábula, con una objetividad única.

En total, duró tres días. El primer día se presentaron las sugerencias de las delegaciones, el segundo día se realizaron discusiones y el tercero se presentó el borrador de un documento escrito que fue unánimemente aprobado. ¿Le da curiosidad? Anexo la traducción al español que fue realizada para reenviarla y para que sea ejecutada por el Directorio de ODESSA en las Americas.

También sostuvimos un panel simple pero muy agradable. El encuentro estuvo lleno de [emoción]. Los hombres de O... se reunieron, luego hubo tres “*Sieg Heil!*” por el Führer; los líderes cantaron la canción de *Horst Wessel* tan alto que ¡con toda seguridad penetró hasta la británica roca de Gibraltar!

La determinación de nuestros camaradas extranjeros fue impresionante. Especialmente los rusos, croatas, españoles franceses e ingleses. Fuimos gratamente sorprendidos por la delegación de los Estados Unidos y por la dignidad y resolución de los árabes...

En auténtica comunión,

Siempre suyo.

La página siguiente tiene un texto de tres líneas en español, claramente puestas ahí *a posteriori* para identificar el contenido de lo que sigue: “Informe sobre una conferencia de la ODESSA en la que se aceptó el deseo de Schwend de permanecer fuera del ámbito [sic] de la Organización y renunciar a su condición activa”. Tuvo que haber sido alguien distinto a Schwend quien puso ese identificador ahí; se habla de él en tercera persona y, obviamente, él nunca habría necesitado portadilla para identificar el informe a primera vista, además de que su caso no pudo haber sido tratado por la siniestra asamblea de nazis sino que, como nos deja ver la carta, se consideró previamente y en particular. Por la forma en que se llegó a completar el archivo, que describiremos ahora, sospechamos que el autor de esa página pudo haber sido Schneider-Merck o el juez Santos Chichizola.

Pero a continuación de este documento de presentación no encontramos todavía la “Declaración” en el archivo. Es posible que en el proceso de fotocopiado algunos de los documentos se hubieran traspapelado (hipótesis que se refuerza por el hecho de que falta la primera página de la “Declaración”) o que en el archivo original estuvieran ya desordenados. Antes de la traducción de la “Declaración” encontramos una lista de direcciones titulada “Adressen” en la que aparecen 33 personas y sus domicilios; varias de ellas miembros de la ODESSA —ahí están Skorzeny (Madrid), Rauff (Punta Arenas) y Rudel (Austria), entre otros nombres familiares para quien ha cruzado las páginas de Sanfilippo, Stangneth, Steinacher, Camarasa, Breitman o Goñi—. Que la lista perteneció a Schwend se deduce del hecho de que seis de las personas enumeradas se encuentran en el Perú (todos con apellidos alemanes; los vinculados con el Perú representan más del veinte por ciento de la lista); uno más es el cónsul peruano en Salt Lake City, Estados Unidos; una persona en Alemania se identifica

como “Jul. Schwend”, y además aparece también en la lista el nombre de uno de los principales agentes Bernhard de Schwend durante la guerra, Rudi Blaschke, con domicilio en Suiza, de quien habíamos perdido la pista veinte años atrás. Trece de los contactos se encuentran en Alemania, tres en Chile, tres en los Estados Unidos, dos en Suiza y los seis restantes dispersos en Austria, España, Holanda, Italia, Macao y Noruega.

Los documentos en las cuatro hojas siguientes no guardan relación directa con la reunión de ODESSA (su contenido se relaciona con temores sobre espionaje israelí en Lima). En uno de ellos se anota “junio de 1965”, lo que nos da una pista indirecta sobre la fecha en que se realizó la reunión (la carta a Schwend ya insinuaba, mediante la mención al hecho de que el himno nazi había sido cantado tan enérgicamente que habría penetrado “hasta la británica roca de Gibraltar”, que el lugar era España). Y por fin viene el informe de la “reunión histórica de ODESSA” aunque, como ya decíamos, falta la primera página.

En 2002, más de treinta años después del asesinato de Banchemo, crimen que puso a la justicia sobre la pista de Schwend y Barbie, el informe se completaría gracias a una combinación entre Schneider-Merck, Dag Freyer —periodista de Broadview TV en Bonn— y el investigador de HIS Reinhart Schwarz, quien incluyó entonces, al final del folder, tanto la carta que recibió de Freyer como la primera página de la “Declaración” que Schneider-Merck le había hecho llegar al periodista (ignoramos cuándo, pero es probable que hubiera sido por esos mismos días). Queda por resolver cuál fue la razón que llevó a Schneider-Merck —que en los 70, antes de que desapareciera en manos del Poder Judicial del Perú, se había tomado el trabajo de hacer dos copias del archivo para entregarlas a sendos institutos de investigación alemanes, Hamburgo y Fráncfort— a entregar el documento faltante a un periodista y no directamente a alguno de los institutos, pero eso no es lo más relevante. El 13 de agosto de 2002, Freyer escribió a Schwarz: “envío a usted la primera página de la minuta de una reunión de la ODESSA en el sur de España que no está incluida con las de los días subsiguientes en el archivo de Schwend. Es interesante porque aparece la fecha de la reunión”.

El análisis formal, lingüístico y jurídico del documento apunta hacia su autenticidad. Que en este conjunto de documentos se mencione expresamente que Schwend ha solicitado no ser parte constitutiva de la ODESSA se deduce de la misiva en alemán que acompañaba al informe: “entendemos sus [...] razones para permanecer fuera del juego”. Pero el remitente describió con toda inocencia un ambiente y un ánimo que *sabía* que agradaría

a Schwend, el de la camaradería de “los muchachos” en el recuerdo de las viejas glorias (cuando dice que todo fue “fantásticamente organizado [...] con una objetividad única” no podemos sino imaginar un escenario digno de Albert Speer, ¿a qué otra cosa se podría referir el autor con “objetividad”?). La hoja con un párrafo breve que describe el contenido del documento de ODESSA, que atribuimos a Schneider-Merck o a Santos Chichizola,² aclara la solicitud expresa de Schwend de no formar parte; es probable que él mismo lo haya mencionado a Schneider-Merck u otros en la época inmediatamente posterior a la reunión, pero como ya decíamos arriba, no sería certero suponer que las razones de Schwend para no formar parte de la organización hubiesen sido un punto en el orden del día. No resulta en absoluto difícil imaginar a los viejos amigos alemanes departiendo en la terraza de la casa de Santa Clara, conversando sobre este acontecimiento histórico y dando lugar a que Schwend alardeara de la invitación y se diera importancia al declinarla.

Pero, ¿cuál habría sido el verdadero motivo de Schwend para rechazar la invitación a pertenecer *formalmente* a la ODESSA? Para 1965, la prensa peruana le había dado ya alguna atención, entre positiva y asombrada, como si se tratara de un héroe de guerra cuya imagen se hacía tanto más interesante al saberse que guardaba secretos sobre tesoros nazis perdidos. Aún faltaban siete años para que se cometiera el crimen que provocaría el despeñadero de Schwend, pero ya entonces su “buena prensa”, y probablemente también sus influencias, se habían visto afectadas negativamente con la cobertura del caso policial al que se refirió Skorzeny en sus memorias, sucedido un año y medio atrás, en diciembre de 1963, en el que su hija Ingrid había confesado haber asesinado a un español, el conde Sartorius, alegando que no lo conocía y que había actuado en defensa propia. Quizás, entonces, Schwend habría preferido mantenerse al margen de ODESSA para evitar mayores indagaciones respecto a su pasado y a su presente, y tal vez fuera a eso a lo que se refería su remitente con “sus incuestionables razones”. El hecho de que Skorzeny citara el caso, aunque erróneamente, para desacreditar a Schwend confirma que el crimen de Ingrid era conocido en la red de ex nazis. También es posible que la red hubiera preferido mantener a Schwend fuera para proteger el flujo de recursos financieros nazis que él manejaba y que podrían verse comprometidos por su vinculación con tan polémico grupo, *modus operandi* probado en la era de Aktion I.

² La página introductoria podría tener también la mano de Herbert John pues, como mencionamos al inicio de este capítulo, habría pedido a Schwend información sobre la reunión antes de que esta se llevara a cabo.

Pero hay otra razón que nos parece plausible (aunque secreta) y que se deriva del contenido mismo del informe de la reunión, tomando en cuenta especialmente el desprecio que Skorzeny manifestaría después por Schwend. En algunos de los puntos de la “Declaración” se habla de la membresía a la ODESSA —conformada, además de los ex miembros en general de las SS y las *Waffen SS*, por ex miembros de la *RSHA* y el *SD*, según aclara la nota 5 de la página 2—, y se menciona con lujo de rigor jurídico que los ex miembros de las Juventudes Hitlerianas han sido admitidos en calidad de observadores (nota 3). La nota 4 es perentoria: “ex miembros de la [...] Gestapo [...] no fueron invitados ni admitidos”. La nota aclara que como excepción se incluyó a cinco ex Gestapos “seleccionados con carácter personal”. Es decir, en las secuelas del juicio y la ejecución de Eichmann en Israel, la ruptura con las áreas que competían a su responsabilidad durante la guerra —y con los ámbitos que pudieran verse más afectados por sus confesiones— quedaba establecida; pero también quedaba establecida una importante limitante para que Schwend pudiera formar parte de la ODESSA: en realidad él nunca había pertenecido a las SS y, ante hombres como Skorzeny, con esa peligrosa doble moral de orgullo y lealtad al juramento nazi, negación de los crímenes cometidos y vida de héroe en retiro, ese era un riesgo que sería preferible no correr. Tarde o temprano alguien indagaría y descubriría que el grado de *Sturmabahnführer* que ostentaba Schwend en realidad perteneció a un oficial muerto a quien, por órdenes de Kaltenbrunner, Schwend suplantó sin haber transitado el tortuoso camino que los alemanes tenían que recorrer para alcanzar el “honor” de ser un SS. Un farasante en las filas de las SS: eso sería aún más terrible que la prensa adversa. Al haber rechazado la invitación a incorporarse a la ODESSA (avisando razones que seguramente no incluían esta), Schwend conseguía mantener con la organización un vínculo seguro, vínculo que además podría cuidar con dinero: de ser necesario podría seguir aportando recursos provenientes del botín Bernhard para el “apoyo” a los camaradas necesitados y, sobre todo, podía proteger los lucrativos negocios que desarrollaba con Barbie y con otros miembros de esta peculiar comunidad.

Dejando de lado a Schwend por un momento, ¿qué más dice ese informe de nueve cuartillas? Gracias a la inclusión de la primera en 2002 se puede corroborar que la reunión se llevó a cabo en junio de 1965; antes de que esta página inicial apareciera, esto era sólo una sospecha por la fecha de la mayoría de los documentos contenidos en el mismo folder (entre ellos también está, por ejemplo, una acta de reunión del directorio de La Estrella S. A., de noviembre de 1965, en la que se ratifica a Schwend como gerente

general y se nombra a Martha Moretti presidenta del Directorio y a César Suárez Osorio, Úrsula Schwend Wenholt y Jorge Pinto Butrón como miembros).

En el momento en que los papeles de Schwend fueron incautados por el juez Santos Chichizola, ese momento que Farago cuenta con tanto *suspense* y en el que media la mano de Schneider-Merck, los documentos fueron fotocopiados apresuradamente. Una señal de esta situación es que las páginas 1 a 3 del informe fueron copiadas sobre el reverso de papel membretado de La Estrella, S. A.; puede verse el membrete que se trasluce al otro lado del papel, invertido, en el extremo superior derecho. Las copias de las páginas 2 a 9 (las que se encontraban originalmente en el archivo) muestran también que la máquina usada para duplicarlas era probablemente vieja o estaba deteriorada pues tienen demasiadas manchas producto de la fototécnica (manchas consistentes entre las páginas; todas provienen de la misma máquina). Sin embargo, la página 1, la que Schneider-Merck haría llegar al periodista alemán en 2002, si bien muestra el membrete de La Estrella al anverso (lo que indica que se trata de la misma resma de papel original), no tiene manchas de fotocopidora. Por alguna razón, Schneider-Merck se quedó con ese papel; por alguna razón —no descartamos la casualidad, el hecho de que lo hubiese perdido o traspapelado y que apareciera de repente, más de treinta años después—, no lo entregó hasta 2002. Ni siquiera podemos asegurar que su intención era completar el archivo en poder de HIS, porque eso parece ser obra del periodista, no de Schneider-Merck: ¿por qué no enviaba ese nuevo hallazgo directamente a los institutos a los que había entregado el archivo en 1970? ¿Por qué a través de un periodista?

Por rigor, aunque tengamos razones más o menos sólidas para considerar que la “Declaración” es real, debemos descartar su autenticidad. Mientras no contemos con informaciones de otras fuentes que corroboren la realización de la reunión —notas de prensa, versiones de la “Declaración” en otros idiomas o del original que debe haber sido escrito en alemán—, que se trate de una fabricación es una posibilidad que no debemos evadir. ¿Quién asegura que es original y no una maquinación urdida por alguien con una febril imaginación de novelista? Guardando proporciones, ¿no fueron los infames *Protocolos de los Sabios de Sión* —que la “Declaración” cita como si fueran auténticos— una historia similar? La invención de un documento secreto que, de ser descubierto por la justicia o por enemigos, podría llevar a cientos de personas a un trágico destino. Si fuera una creación del propio Schneider-Merck, tendría el valor de prueba circunstancial en su conflicto con Schwend y Barbie; ayudaría a hundirlos y, quizá, a reducir las conse-

cuencias que él mismo enfrentó con la justicia peruana al ser cómplice de delitos financieros. Pero conocemos la prosa de Schneider-Merck en español —basta releer su traducción del acta del juicio seguido contra Schwend en Italia por el asesinato de Kamber, o las cartas a sus abogados mientras se encontraba preso en Lurigancho— y es en realidad mucho más deficiente que el texto en castellano de la minuta de la ODESSA —que si bien no presenta maestría alguna en el manejo de la lengua de Cervantes, lo hace con más corrección que el español masticado de Schneider-Merck—. Si se tratara de un invento de Schwend (quien tampoco dominaba el español), su función sería contar con una especie de “seguro” que amenazaría con hacer público, por ejemplo —como lo hacía en conversaciones cada vez que tenía la oportunidad de alardear—, si se vieran en riesgo sus negocios. ¿Quién más podría haber inventado algo así? Ciertamente no Skorzeny ni Rudel ni ninguno de sus fanáticos. Y, al parecer, nadie del círculo Dürer —Sassen, Von Leers y los otros nazis de Argentina— tiene relación con estos eventos más allá de que la reunión habría recibido a una delegación argentina. En 1965 los miembros del círculo de Buenos Aires habían alcanzado una calma chicha y permanecerían sin hacer mucho ruido en adelante, después de los terrores nocturnos que les debe haber provocado el secuestro y ejecución de Eichmann; como narra Stangneth, en esos años Sassen se encontraba más ocupado pensando en formas de obtener la mayor ganancia posible de los textos transcritos a partir de las conversaciones grabadas y de las propias memorias de Eichmann, convertido en albacea de su familia.

Una vez planteadas estas dudas sobre la autenticidad del documento, tratémoslo como si lo fuera: se convierte en la evidencia necesaria para fortalecer la hipótesis de una ODESSA activa, quizás no tan organizada y fuerte como la pintan Forsyth, Farago y Camarasa, pero sí más sólida de lo que aceptan Sanfilippo, Stangneth o Steinacher, especialmente en cuanto a acciones a tomar después del secuestro de Eichmann por el Mossad y su ejecución por el sistema de justicia israelí. Lo cierto es que los historiadores que han abordado la historia de la ODESSA; incluso aquellos que han consultado el archivo Schwend, como Farago o Camarasa, no han incluido este documento en su historiografía ni en sus análisis. Ni siquiera Wiesenthal parece haber tenido acceso a él.

La “Declaración” se inicia con la frase en alemán “Traducción castellana”; enuncia a sus destinatarios —“Dirección de la ‘ODESSA’ para el continente

americano” y “Dirección Regional Ibérica (España y Portugal)” — y manifiesta su “objeto”: “a) Transmisión a las Sub-Direcciones; b) Coordinación; c) Ejecución”. Es decir, la estructura de la organización, cualquiera que esta sea, estaba obligada a poner en marcha lo enunciado en este documento y para ello se han realizado traducciones a los idiomas de los países involucrados. Imaginamos, por tanto, que además de un original en alemán, deben haberse hecho traducciones, cuando menos, al francés, al italiano, al inglés, al croata, al árabe y al ruso, y por ello imaginamos que existe la posibilidad de que, alguna vez, alguna desclasificación en Rusia, Egipto, Siria o algún otro país proporcione una de esas versiones y sea posible corroborar la realización de ese congreso nazi. Por supuesto, el hecho de que el documento tuviera que ser traducido a otros idiomas nos habla de la expansión que estaría teniendo a mediados de los años 60 la presencia y la ideología nazi impulsada por ex nazis vivos y activos: si se necesitaba que la “Declaración” fuese replicada en idiomas diferentes al alemán, significa que una parte de los miembros de la organización no hablaba el idioma y necesitaba una versión en su lengua; significa que sus bases no estaban conformadas solamente por ex miembros de las SS, sino que contaban con reclutas nuevos de diversas nacionalidades; una nueva generación de nazis. Relacionemos esto con los casos documentados de formación de cuadros militares por ex nazis en Egipto y Siria, en Argentina y Bolivia y después en Centroamérica y más —así como la consolidación del neonazismo en Inglaterra y los Estados Unidos—, y tendremos una imagen de la composición de la ODESSA hacia 1965.

Luego de estas precisiones, el documento expone las razones detrás de las resoluciones que expresará al final; queda claro que el plan de acción formulado en la reunión era una consecuencia directa del arresto de Eichmann, es decir, que este hecho fue el catalizador de la reactivación o reforzamiento de la ODESSA. La primera razón era “la prolongación [sic] ilegal y anticonstitucional de las persecuciones contra los Nacional-Socialistas”; la segunda, que “el Estado de Israel se autootorgó el derecho de proceder con violencia [...] raptando y asesinando por doquier”. Con esto no se referían solamente a Eichmann, que fue llevado a juicio, sino a otros, como Cukurs, asesinado, o aquellos que habían salido ilesos de diversos atentados, entre ellos Rauff y, según su propio testimonio, también Skorzeny.

Ante estas circunstancias, la ODESSA “invitó a representantes de todos los países [...] para discutir sobre la situación, proponer, adoptar y ejecutar medidas aptas para remediar a [sic] tan insoportable estado de cosas”. En seguida el documento reconoce a los “cameradas” [sic] españoles de la

División Azul —la unidad franquista que se unió a los nazis en la invasión de la Unión Soviética en 1942—, quienes propusieron que la reunión se realizara en España, “brindando a las delegaciones toda clase de facilidades al respecto”. Podía haber sido en Argentina; quizás en Egipto o Siria, en Grecia o Portugal, pero las condiciones políticas de la España de Skorzeny —la de Franco— eran las más adecuadas en términos de brindar un entorno seguro a los ex nazis en un país aparentemente ajeno a los conflictos de la época y en el que los símbolos nazis no estaban proscritos, como en Alemania, Austria y los países del Este, sino donde, al contrario, tenían una siniestra familiaridad. Así que la “hospitalidad brindada tan gentil y espontáneamente [...] fue aceptada unánimemente”.

Las resoluciones de la “Declaración” hablan no sólo de los secuestros ordenados desde Israel, sino de “asesinatos”, lo cual parece ser una alusión directa al de Cukurs, sucedido el 23 de febrero de 1965 (Nagorsky, 2016, pos. 3752). Parece lógico pensar que haya sido el asesinato de Cukurs el catalizador final para realizar la reunión. De ser así, la logística de esta pesadilla habría tomado tres meses o poco más, y esto indicaría claramente que el nivel de organización de esta red de criminales y sus amigos estaba mucho más avanzado; es decir, estaríamos ante una ODESSA fuerte.

La primera página también menciona la decisión de la organización de no registrar los nombres de los participantes, pero sí autorizar a las delegaciones a llevarse copias de las minutas de la reunión, traducidas a los idiomas de los miembros. Esta decisión resalta porque, además de indicar que los nazis ya no son solamente alemanes, que sus filas se han nutrido con gente que habla otros idiomas, muestra también que, en esta nueva etapa, el germanismo y el arianismo han sido forzados a permanecer en segundo plano, a la espera quizás de un momento de resurgimiento, para dar lugar en sus filas a árabes, latinoamericanos y otras procedencias que en sus años dorados los nazis habrían considerado “razas inferiores”. El antisemitismo, en cambio, se ha recrudecido después de la puesta en marcha del servicio secreto israelí, el Mossad, y de la persecución de criminales que este ha emprendido. La necesidad de comunicarse en diferentes idiomas señala muy especialmente el crecimiento de una forma de ultraderecha neonazi en Latinoamérica, los Estados Unidos y otros países de habla inglesa y en el mundo árabe.

El último párrafo de esta primera página lleva el encabezado “Comunicado”: Está redactado como si se tratara de una nota de prensa e introduce los países que aportaron delegaciones a la reunión. La lista propiamente dicha aparece en la página 2. A primera vista, los nombres de los países están escritos desordenadamente, algunos de ellos fuera de renglón y margen, lo

que indica que el mecanógrafo volvió a líneas ya escritas para ingresar nuevos nombres en los espacios entre líneas y en los márgenes. Al final de esta lista desordenada hay una nota entre paréntesis, *en alemán*, que aclara que queda pendiente el registro completo de los países asistentes y su puesta en orden alfabético. Los enumeraremos sugiriendo cuáles fueron asentados primero pues ese orden indicaría los que estaban más frescos en la memoria de los redactores (y quizá por ello, los más activos o con contingentes más numerosos): “Albania, Alemania (Occidental y Oriental), Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Francia, Holanda, Italia, Luxemburgo, Lichtenstein, Mónaco, Noruega, Pakistan, Rusia, Reino Unido, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela”; veinte países (siete latinoamericanos), de la A a la V.

Al terminar esta primera lista alfabética, los redactores movieron el ródillo en la máquina para ingresar más nombres entre un renglón y otro del párrafo. Aparecen primero “Argentina, Bélgica, Canadá”, sobre la primera línea, señalados en el lugar que les correspondería en el orden alfabético; después de Canadá viene otro nombre del que sólo se ve la inicial “C”; tiene que tratarse de un nombre corto pues no hay continuación en la siguiente línea. Todas las fotocopias del documento, de la página 2 a la 9, pierden, por mala posición del original en la máquina copiadora, una porción del margen derecho del texto, lo que hace imposible leer las últimas tres a cinco letras de cada línea (se trata de una máquina de escribir mecánica de espacios fijos). La “C”, por lo tanto, sólo podría corresponder a un país de nombre muy corto (cuatro o cinco letras, no más); tomando en cuenta que Chile ya está incluido: ¿se trata de Chad, China, Croacia, Cuba? Ya el remitente de la carta a Schwend había mencionado la presencia de los croatas y, por el contenido que sigue, es probable que se trate de ese país balcánico, aunque el nombre exceda las letras que cabrían en el papel. Como en este caso, en las otras líneas cabría suponer que se ingresó algún otro nombre al margen derecho que no aparece en la copia por el error mencionado.

Los nombres que se encuentran entre renglones y fuera de los márgenes del texto original incluyen a “austria” [sic], arriba, entre Argentina y Bélgica (marcando con su posición el interés por conservar el orden alfabético), y bajo la primera línea, “Dinamarca”. En esa misma línea pero al final del renglón, aparece “Portugal”, también con la intención de colocarlo en el lugar que le corresponde en el orden alfabético. Después se han añadido, por fuera del margen izquierdo, uno sobre el otro, “España”³ y “EE/UU” [sic]. A

³ Las “ñ” y las tildes indican que se trata de una máquina de lengua española, lo que refuerza la hipótesis de su factura en aquel país, pero también la posibilidad de que se hubiera hecho en cualquier lugar de América Latina

media línea, cerca del lugar que les correspondería alfabéticamente, “Finlandia, Japón, India”. Una tercera línea añadida después coloca a “Haití” debajo de Holanda y, en el extremo opuesto, a “Paraguay” debajo de Pakistán. Por último, ya sin el interés de mantener orden alguno, se incluye en la parte superior de la página (lo que hace que a primera vista parezca un título): “Irak, Iran, etc” [sic]. (Pero todas estas observaciones nos hacen pensar también que no se trata de una traducción sino del original, y quizás, entonces, se fortalece la hipótesis de una fabricación).

Unas “Notas” debajo de la lista de países que aportaron delegaciones de ex nazis a esta reunión aclaran algunos puntos relacionados con la participación (páginas 2 y 3). La nota número 1 informa que los países árabes no enviaron delegaciones nacionales sino una sola delegación representativa de la Liga Árabe, de todos sus países “incluyendo Yemen” —cuya representación, sorprendentemente, no sólo era oficial sino que era enviada por ¡dos gobiernos simultáneos y opuestos entre sí!: “uno representante del actual Gobierno Republicano y otro en nombre de S. M. el ex-Soberano del mencionado País” [sic]—. Esto significa que hay al menos doce países más; la liga árabe tenía en 1965 trece miembros, de los cuales uno, Iraq, ya está en la lista. Los otros doce son: Egipto, Jordania, Líbano, Arabia Saudita, Siria, Yemen del Norte, Libia, Sudán, Marruecos, Túnez, Kuwait y Argelia.

La segunda nota explica que los representantes de las dos Alemanias decidieron “firmar el documento bajo la denominación de ‘Delegación de Alemania Unida’”. La tercera señala que los rusos estaban siendo representados “por ex miembros del ejército del General Wlassov y un observador de S. A. I. [Su Alteza Imperial] el Gran Duque Cyril”; como para dejar en claro que no se trataba de una representación “soviética”. Una cuarta nota añade un país a la lista, probablemente el que no pudimos reconocer por estar cortado el nombre: Croacia. La nota señala que Croacia y Albania fueron los únicos dos países del bloque soviético que enviaron representaciones nacionales —no podía haber sido de otra manera: ¿sería imaginable una reunión de ex nazis sin ustachas?—: “los representantes de los grupos nacional-socialistas de los países satélites del bloque soviético (Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, etc ...) presentaron una sola delegación unida, compuesta de ciudadanos de dichos países”. Es claro que la nota se refiere a los países soviéticos europeos. Esto añadiría a la lista al menos los tres mencionados, y con seguridad también a Checoslovaquia, Hungría y Polonia. Resultaría más difícil saber si estaban representados en este grupo los otros países bálticos (Letonia, Lituania, Estonia) y repúblicas soviéticas como Bielorrusia, Ucrania, Georgia, las transcaucásicas y las de allende el

mar Caspio, etc., o si estos formarían parte de la delegación rusa que, como hemos visto, estaba ligada a la tradición imperial zarista y por lo tanto, los estados no rusos le pertenecerían igual que a los soviéticos.

En total, ¡cincuenta y tres países representados! Tal vez más. Y si cada delegación tenía al menos tres integrantes, estaríamos hablando de un escuadrón de ciento sesenta ex SS. Pero con ciento sesenta participantes quizá no habría sido la reunión “de fábula” organizada “con objetividad” de la que hablaba el remitente de Schwend en la carta de presentación del documento. Es posible que algunas delegaciones tuvieran decenas de miembros. Puede haber sido una reunión multitudinaria, con varios cientos de nazis. Llevando las hipótesis al extremo, si consideramos que sólo la División Azul, los nazis españoles, había alcanzado más cuarenta mil enrolados durante la guerra y no había perdido más de diez mil, serían suficientes sobrevivientes para haber dado al escenario de la reunión de la ODESSA su carácter multitudinario —y la “objetividad” atribuida a su organización—. Nada impedía en España que se realizara algo así, si, como hemos visto, eran capaces de organizar conmemoraciones fascistas como la del “funeral” de Mussolini al que asistió Skorzeny y que fue cubierto por los diarios como si se tratara de un acontecimiento para prensa frívola. Imaginemos que el promedio de miembros por delegación hubiese alcanzado diez personas: tendríamos una reunión de más de quinientos ex nazis. Al menos medio millar de ex nazis dispuestos a llevar a la acción su política de “resistencia” contra los “crímenes” de los que estaban siendo objeto. Medio millar de asesinos gritando “*Sieg Heil!*” y cantando el *Horst Wessel* a voz en cuello para que pudieran oírlo los británicos en Gibraltar. Una legión de ex nazis representando a ¿cuántos más en el mundo? No puede haber peor pesadilla.

Pero en esta lista y en todos los análisis que podamos hacer de ella, no aparecen el Perú ni Ecuador ni ningún país centroamericano, ni México. No hubo representación peruana; no asistió Schwend, aunque había sido convocado, por las probables razones que ya hemos comentado, pero tampoco se encargó de preparar y enviar una delegación, a diferencia de la vecina Bolivia, patria adoptiva de Barbie (quizá uno de los Gestapo “tolerados” y candidato para ocupar la dirección continental de la ODESSA) que, al igual que Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Paraguay, Uruguay y Venezuela, sí envió una representación en forma (ya en 1947 un informante anónimo señalaba la existencia de una colonia de ex nazis “fuertemente armados” en los valles de los ríos Madidi y Beni, en el noroeste de Bolivia; v. NARA, Schwend File, 9064).

Hasta ahora, nuestras pesquisas en la prensa española de la época (aunque está pendiente la investigación en hemerotecas de aquel país) no han arrojado ni la más remota mención de una reunión similar, aun cuando era tiempo falangista y Franco estaba, por un lado, comprometido en apoyar a los Estados Unidos en su bando de la Guerra Fría, aunque fuera comprándole productos agrícolas, y por el otro, estrechando lazos con gobiernos de ultraderecha como los de Portugal y Grecia. El hecho de que la prensa no mencione la reunión de la ODESSA sólo puede significar dos cosas: que se realizó en secreto o, nuevamente, que el documento del archivo Schwend no es auténtico.

Las notas siguientes (de la 5 a la 9, páginas 2 y 3 del documento) mencionan las cuestiones de membresía y organización que ya hemos comentado: que la ODESSA incluye a los ex miembros de la RSHA y el SD; que los ex miembros de las Juventudes Hitlerianas se integran en calidad de observadores; que no se invitó ni se admite a ex miembros de la Gestapo, excepto cinco “seleccionados con carácter personal” como observadores; que las circunstancias han obligado a muchos a cambiar de nombre y nacionalidad, por lo que se ha realizado una identificación privada y se les menciona por pseudónimo, y por último, la nota número 9, que resulta extremadamente interesante, por lo que la citamos completa (entre corchetes palabras ilegibles por el corte del margen derecho):

9) Entre los miembros de la ODESSA, participaron a la reunión, sin presen[tación] alguna, 6 ex- oficiales de la SS., actualmente ciudadanos Israelíes, 2 de [los] cuales han logrado infiltrarse en el Servicio de Inteligencia de dicho pa[ís.] Exclusivamente identificados por los cinco directores continentales de la ODESSA, esos camaradas presenciaron los debates provistos de máscaras y s[in] intervenir en las discusiones.

Esta nota aumenta nuestra información sobre la ODESSA, que, ahora sabemos, estaba dividida en cinco direcciones continentales, tenía miembros en Israel y había logrado infiltrar su servicio secreto, lo cual es también señal de que los miembros de la organización, como sabemos en los casos de Schwend y Barbie para el Perú y Bolivia, usaban la infiltración como estrategia de contrainteligencia.

El siguiente párrafo se dedica a describir los debates: duraron tres días; el primero se presentaron las mociones de las delegaciones; el segundo se realizaron discusiones y síntesis, y el tercero se redactó un documento firmado unánimemente por todas las delegaciones, incluida la norteamericana

(que al principio se había limitado voluntariamente a participar como observadora), siguiendo el modelo “democrático” (más ironías de la perversidad) de una especie de congreso o asamblea. A continuación de esta descripción se inicia “La Declaración”, que se extiende por cuatro páginas. La reunión fue presidida por el “Director Continental para América Latina, en relación directa con el número de miembros representados” (la membresía latinoamericana era por tanto la más numerosa, incluso más que la árabe y la alemana). El documento sintetiza en puntos “las mociones presentadas” a partir de la “moción procedente de la Dirección Americana de la ODESSA”. Es decir, como sucede en muchos congresos en los que hay que llegar a resoluciones consensuadas, se demarcan sus límites a través de la imposición de una agenda principal, con lo que la apariencia de desarrollo democrático se conserva al mismo tiempo que se evita que se concrete.

La “Declaración” se inicia con un “I) Preámbulo”, conformado por dieciséis ardientes párrafos, pero luego no hay continuación (no hay incisos II, III, etc.) y al término de este preámbulo salta directamente a un título que dice: “A CONSECUENCIA”, y en el renglón siguiente, centrado, “SE RESUELVE”. El preámbulo, a grandes rasgos, dice que del “orden” (entre comillas en el original) establecido después de la Segunda Guerra Mundial, “no ha salido nada positivo”, que se ha hecho todo por vías arbitrarias e ilegales contrapuestas a “los principios proclamados como intangibles y básicos, tanto como supuestos ‘Objetivos de Guerra’”. La ausencia de claridad aquí es central: no se mencionan tratados internacionales de paz y de etiqueta de guerra ni nada parecido, sino que en una operación ideológica muy socorrida por los autoritarismos, se hace referencia a un estado de cosas abstracto que llama a una respuesta igual de abstracta, nacida desde algo parecido al “honor”, y que puede ser dirigida hacia cualquier objetivo. Luego, “los firmantes de la ‘Carta del Atlántico’, no fueron sino irresponsables farsantes y avezados criminales”. Como ejemplo de este actuar de farsantes y criminales, los ex nazis exponen la ambigüedad del comportamiento de la nación que declaró la guerra, el Reino Unido: si era garante de la integridad territorial de Polonia y de Checoslovaquia, ¿por qué no declaró la guerra a Alemania cuando esta se anexionó Bohemia y Moravia en 1938, faltando a su compromiso con Checoslovaquia, y sí lo hizo cuando vino la invasión de Polonia? (argumento que, por otro lado, los checos recuerdan muy bien). El tercer punto es demagogia que da vueltas al anterior mediante argumentos de derecho internacional esgrimidos por los Aliados al inicio de la guerra (“Democracia universal” y “el libre derecho de los pueblos a disponer de sí mismos”, entrecorridos en el original), y cómo estos

mismos derechos habían sido sistemáticamente “violados y conculcados” en el caso polaco y en las consecuencias de las conferencias de Teherán y Yalta (en las que los Aliados se “repartieron” lo que quedara del Reich).

Luego, la asamblea de nazis pasa a comentar “el proceso de Núremberg, así como todos los procesos menores posteriores derivados del mismo”, cuestionándolos con los mismos argumentos con los que los nazis ya llevaban veinte años tratando de defenderse de las acusaciones por sus crímenes: que el marco jurídico era posterior a las acciones juzgadas, que se le había dado “unilateral y arbitrariamente fuerza retroactiva” y, en fin, que no fue más que una “parodia de Justicia” en la que se permitía que “el demandante sea a la vez parte y juez”. Y abundan: “Dicha Justicia fue de, por y para los vencedores, actuando multilateralmente de Policías, de Jueces, de Fiscales y de verdugos, produciéndose al respecto una de las infamias más enormes [sic] de la Historia”. Se refieren después, con toda naturalidad, a la masacre de oficiales polacos en Katyn, Rusia, en 1940, perpetrada por fuerzas soviéticas de ocupación en Polonia cuando aún se encontraba vigente el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin, crimen de guerra que jugó un papel entre las acusaciones contra los nazis en Núremberg antes de que se conociera y aceptara la verdad —que la Unión Soviética negó sistemáticamente y la Rusia postsoviética no ha permitido investigar más a fondo; es recomendable al respecto la película *Katyn* de Andrzej Wajda (2007)—.

El siguiente punto hace referencia a los *Protocolos de los Sabios de Sión*: tal como este texto vaticinara, hoy (en 1965) los medios de información se encuentran concentrados “en manos judías, produciéndose a consecuencia [sic] un envenenamiento permanente y sistemático de la opinión pública mundial”. En fin, con algunos argumentos más, “se hace irrefutable la evidencia flagrante de que no hubo justicia, ni siquiera ‘intención’ de justicia”. Para demostrar las injusticias de que son objeto, estas pobres víctimas ex nazis acuden a los argumentos clásicos del negacionismo y a la defensa a través de argucias legales, con la señalada excepción del gran pretexto de Eichmann de que sólo cumplía órdenes. El hecho de que este argumento de justificación, “sólo cumplí órdenes”, no aparezca entre los argumentos de la “Declaración” es muy importante porque, si Eichmann se hizo pasar por un burócrata sin iniciativa, esta actitud carente de compromiso y voluntad era impensable para un SS, en cuya ideología el cumplimiento de órdenes derivaba directamente de un juramento de lealtad al Führer hecho con toda voluntad.

Las aseveraciones de la “Declaración” condenan las “trampas” de los victoriosos y exigen que sean también juzgados porque también han cometido

crímenes contra la humanidad. Se citan las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y se valen fríamente del sufrimiento del pueblo palestino, que durante la vigencia del Tercer Reich no hubiesen dudado en borrar:

[...] la expulsión, ejecución, deportación, expropiación arbitraria, unilateral, violenta, de toda la población árabe del territorio Palestino para crear el Estado de Israel [...] es una de las mayores violación [sic] de los principios de los vencedores reuniendo todas las características de las acusaciones que tan facil y ligeramente vertieron sobre sus enemigos; agresión, deportación, genocidio, etc ... etc ...

Todos los tribunales internacionales, al carecer de neutralidad, son abolidos por la “Declaración”, y en ejercicio de la doble moral que los caracteriza, se acusa al Estado de Israel, que “se autootogó [sic] el ‘derecho’ de perseguir, raptar, asesinar sumariamente o ejecutar ilegalmente, a pesar de un simulacro de Justicia, a sus adversarios supuestos o reales”, violando soberanías, etc. (incluso recuperando un argumento de derecho internacional que ni siquiera el gobierno argentino insistiría en utilizar).

Al final del preámbulo, pues, nos dicen que todo eso no se puede tolerar y por tanto, este sínodo de asesinos emite sus resoluciones, que son más breves y vamos a citar completas por cuanto representan el plan de acción de la ODESSA a partir de junio de 1965 (están escritas en mayúsculas en el documento original, citaremos en mayúsculas y minúsculas por claridad):

- 1) La ODESSA declara la guerra al Estado de Israel
- 2) Condena a muerte a Federico Bauer, fiscal mayor del estado de Hesse,
- 3) Hará proceder a la ejecución de Bauer
- 4) Coordinará, cooperará —muy especialmente con los camaradas de la Liga Árabe— para intensificar la lucha sobre cualquier terreno y por cualquier medio que sea contra el Estado de Israel y los judíos de cualquier nacionalidad que participan directa o indirectamente a las acciones arriba mencionadas.
- 5) La creación de una fuerza de inteligencia y de comando especialmente destinada a contrarrestar la acción terrorista de los comandos israelíes.
- 6) Procederá, donde sea, a la liquidación física de cualquier agente isr[aelí]
- 7) Ejecutará, poniendo en aplicación de la ley judía del Talión multiplicada por dos ... a dos personalidades del judaísmo mundial, por doquier en

el mismísimo territorio israelí por cada asesinato, crimen judicial o rapto cometidos en adelante por los comandos judíos.

8) Tomará cualquier medida pertinente en relación con el cumplimiento de [los] puntos anteriores.

El desconocimiento del orden mundial establecido por los Aliados; una declaración de guerra hecha “formalmente” por una organización secreta de carácter multinacional, y el esbozo de un programa de acción terrorista: eso es lo que representan las resoluciones de la “Declaración” producida por este cónclave de ex nazis irredentos, realizado en junio de 1965, veinte años después de la guerra, que representaba a un número desconocido de compinches y entre los cuales el grupo más numeroso se encontraba en Latinoamérica. Si la ODESSA de novela, la de Forsyth, no operó como el autor describe en su estupenda historia, con ese nivel de organización y efectividad, tampoco se trató, según esta “Declaración”, de una “red clandestina no muy importante”, como la describiera Sanfilipo.

Y si sumamos ahora a nuestro análisis esos otros papeles que se encuentran entre la carta sobre la reunión y la “Declaración” propiamente dicha, documentos que hacen referencia a actividades de espionaje israelí en Lima, encontramos consistencia entre lo que planeaba esa ODESSA, si existió, y lo que Schwend cocinaba en el Perú. Pero hay que tener siempre presente la posibilidad de que el extraño documento sea una invención.

CAPÍTULO X

EL PERÚ DE FRITZ

EL REINO DE LA CORRUPCIÓN

En 1947, bajo identidad falsa y buscado por la justicia italiana, Friedrich Schwend emigró a un país en el que no batallaría demasiado para acomodarse y aprovechar las oportunidades que le ofrecería la situación. En *Historia de la corrupción en el Perú*, el historiador Alfonso W. Quiroz (2013) recorre la historia del país enfocándose en la persistencia de este lastre político, económico, social y cultural. El cuadro que nos pinta su investigación hace de la corrupción en el Perú —como probablemente lo es en muchos otros países de América Latina— moneda corriente del sistema. Ya en los años 30, la corrupción del gobierno de Sánchez Cerro era escandalosa y no faltaba en esa época la alianza del gobernante y las élites económicas (la familia Miró Quesada, propietaria del diario *El Comercio*, por ejemplo) en contra de la posibilidad de que se elevara en el poder la amenaza aprista de Haya de la Torre, como tampoco faltaban casos de tráfico de cocaína en una época en que esta sustancia ni siquiera había sido prohibida aún en los Estados Unidos. Quiroz documenta casos de tráfico de influencias a gran escala en los años 30, así como la presencia de sectores afines al fascismo y al nazismo, si bien no en la proporción mucho más exagerada en que se dieron en Argentina y otros países de la región (Goñi, 2002), incluyendo a México, según ha mostrado el periodista Juan Alberto Cedillo (2010). En 1947 el historiador Jorge Basadre, auténtico adalid de la honradez en el servicio público, solitario hasta el aislamiento en un mundo en el que cada quien velaba por sí mismo de manera aberrante, renunció al cargo de director de la Biblioteca Nacional concluyendo que “en el Perú, los burócratas del Estado asumían que el enriquecimiento ilícito mediante la corrupción era una actividad normal” (Quiroz, 2013, p. 272). Para Quiroz, con soporte en una minuciosa investigación histórica, económica y estadística, en el largo periodo dominado por Manuel Prado, desde 1939 hasta entrados los años

60, “la corrupción, los déficits y las presiones inflacionarias entraron en una espiral de descontrol que sentaría las bases para endémicas interrelaciones entre problemas deficitarios e inflación, presentes durante prácticamente el resto del siglo xx” (p. 270). No se reencauzaría el rumbo económico del país —excepto por breves lapsos de crecimiento sistemáticamente interrumpidos— sino hasta la llegada del fujimorismo, pero con un costo político, social y cultural que aún está lejos de ser saldado.

A su llegada al Perú, Schwend se encontró con un país rehén de coaliciones coyunturales entre diferentes fuerzas que se resolvieron con un golpe de Estado, el del general Manuel Odría, después de un levantamiento liderado por el Apra que había puesto en jaque al frágil gobierno de José Luis Bustamante y Rivero —elevado por la vía electoral gracias al apoyo del propio Apra—: “en tres años, la promesa democrático-reformista de 1945 fue hecha trizas por un golpe militar que dio inicio a una dictadura en octubre de 1948”, escribe Peter Klarén (2014, p. 353). Bajo la presión de un Apra que trataba de acomodarse a nuevas condiciones traicionando sus tesis nacionalistas, populistas y antiimperialistas, y de una oligarquía que se oponía radicalmente a sus acciones ante la más tímida amenaza contra sus privilegios, el gobierno de Bustamante se vio bloqueado en su intento tanto de fortalecer la democracia en lo político como de modernizar las condiciones de producción en el agro aún dominadas por la estructura casi feudal que había adoptado el sistema de haciendas, especialmente en la sierra. Durante el gobierno de Bustamante se firmó un nuevo acuerdo de exploración con la International Petroleum Company (IPC), que desde tiempos de Odría era símbolo de la entrega de los recursos nacionales a poderes del exterior. En el otro extremo del sistema socioeconómico nacional, aun cuando ya era clara para numerosos sectores la necesidad de reformar el agro, el mayor logro durante el régimen de Bustamante fue la “Ley de yanaconaje”, en la que se reglamentaban —sólo para la costa, donde los latifundios azucareros y algodóneros conocían una incipiente modernización que permitía tanto su productividad exportadora como los primeros procesos de organización laboral de los que nació el Apra— las condiciones de funcionamiento de esa institución de lejano origen andino que había sido reacomodada por el orden colonial y republicano para, según el análisis de José Matos Mar, dar origen a “la acumulación de capital y valorización de la tierra en favor del sistema de hacienda, permitiéndole ganar áreas de cultivo y disponer de mano de obra en una inversión que no le significaba riesgo alguno”. El yanaconaje sería finalmente abolido por la reforma agraria de Velasco a partir de 1969.

Al finalizar el gobierno de Bustamante, eran comunes los escándalos de todo tipo. Quiroz comenta el proceso mediante el cual el gobierno, con el apoyo del Apra, otorgó la concesión perpetua para la explotación del petróleo del desierto de Sechura a la IPC, subsidiaria del gigante estadounidense Standard Oil (2013, p. 274). Se desató la oposición en el Congreso y en otros sectores; Klarén señala que “La ola de violencia aprista culminó con un atentado con explosivos en la casa del ministro de Gobierno en diciembre de 1946, y el asesinato de Francisco Graña Garland, el aristocrático editor de *La Prensa*, en enero de 1947” (2014, p. 361), crimen que no sólo no fue resuelto, sino que complicó las relaciones entre Bustamante y el Apra hasta llevarlos a la ruptura, a una infructuosa asonada aprista y, finalmente, al golpe que instauró la dictadura militar de Odría. Esta, narra Quiroz, “abrió un nuevo capítulo en la historia de la corrupción del sector público, implicando profundamente al sector militar que ahora poseía el control directo del gobierno y sus recursos” (2013, p. 276). Los historiadores Carlos Contreras y Marcos Cueto narran con sarcasmo que la “revolución restauradora”, slogan con el que se presentó Odría, “efectivamente restauró a la oligarquía en el control del país” (1999, p. 249); Quiroz añade que “según los informes de prensa, entre quienes dieron la bienvenida a Odría [...] figuraban los prominentes apellidos de Beltrán, Gildemeister, Aspíllaga, Pardo, Prado, Miró Quesada, Aramburú, Chopitea y Ochoa” (2013, p. 302). Beltrán, Gildemeister y otros adquirieron *La Prensa* y la convirtieron en el bastión ideológico de la oligarquía y principal medio crítico hacia el gobierno.

Los más importantes cambios respecto al régimen derrocado se dieron en la liberalización de la economía, “eliminando los controles de cambios, comercio exterior y precios, para permitir la recuperación económica y estimular la inversión extranjera”. Se redujeron los impuestos que gravaban al sector exportador, considerado motor del desarrollo; “se devaluó la moneda nacional, se liberó el tráfico de divisas y se dictaron nuevos códigos de minería y petróleo” (Contreras y Cueto, 1999, p. 276). Además, la política de Odría se alineó con los objetivos estadounidenses en la Guerra Fría en lo tocante al combate contra el avance del comunismo (Quiroz, 2013). Pero en otras áreas de su mandato, Odría se plantaba en contra de los intereses estadounidenses, impidiendo que su “patio trasero” se conservara “tranquilo y estable”: pactaba con Perón, el principal adversario de los estadounidenses en el hemisferio; mantenía vivas las disputas limítrofes con Ecuador y daba señales de una política ultranacionalista en lo marítimo.

El Perú se adentraba durante aquellos años en lo que los especialistas conocen como la “transición demográfica”, un periodo entre los 50 y los

80 en el que, a lo largo de cambios radicales en la fisonomía de los países latinoamericanos, estos comenzaron a transformarse en sociedades eminentemente urbanas, no sólo por el crecimiento demográfico —con tasas de natalidad cada vez más altas y políticas de salud que reducían las de mortalidad— sino por la masiva migración campo-ciudad.

El ensayo clásico *Desborde popular y crisis del Estado* que José Matos Mar publicó en 1984, está entre las primeras aproximaciones de las ciencias sociales a la descripción de las profundas transformaciones que el Perú vivía desde los años 50. Es una obra simbólica que traduce, en un lenguaje fuerte y claro, el vertiginoso proceso de cambio que experimentó el país hasta transformar radicalmente su fisonomía al aproximarse el final del siglo xx. Los protagonistas centrales de esa transformación son “los sectores populares que [...] están alterando las reglas de juego establecidas y cambiando el rostro del Perú. [...] un rostro nuevo cuyos rasgos se perfilan con creciente nitidez en el mundo popular de la barriada” (Matos Mar, 1986, p. 17). El plano social ante el cual estos nacientes sectores populares reaccionaban, con un impulso que hacia los años 80 terminaría por trastocar la noción misma de identidad nacional, en la época en que Schwend se estableció en el Perú se caracterizaba por la coexistencia de “un mundo de costumbres hispanas coloniales y europeo-norteamericanas y otro de costumbres andinas tradicionales”. “En las ciudades”, dice el autor con un lenguaje de cuño marxista que es en sí mismo paradigmático de algunos de los cambios que sucedían, “las clases dominantes imponían un estilo aristocrático a sus pretensiones burguesas. El paternalismo en la fábrica, en la orientación a la opinión pública y en el discurso y la conversación, expresaban resumidamente el clima social”, mientras que “La cultura indígena era menospreciada o se la ponderaba paternalistamente. Y al obrero se le trataba con benevolencia aristocrática [...] El Estado era ese ente oligárquico frente al que luego, y con gran empuje, se levantaron los sectores populares” (Matos Mar, 1986, pp. 32-33).

Un contexto venturoso para las habilidades de alguien como Fritz Schwend, que se estableció en el Perú en vísperas del golpe militar de Odría. Desde entonces y hasta su caída en desgracia a partir de 1972, Schwend medraría en los intersticios del poder económico y político, en un país que transitaría por dos dictaduras militares “institucionales”, y que conocería los rigores de severas crisis antes de caer en una tercera dictadura, esta vez civil, ya en los 90. En junio de 1972, un reportaje de *Caretas*, cuando la revista puso atención en Schwend por segunda vez —antes lo había retratado con patética simpatía— a raíz de su presunta implicación en el asesinato del

magnate pesquero Banchemo Rossi, menciona que había conseguido “por lo menos el rango informal de asesor”, haciendo carrera “como hombre bien conectado y partícipe de secretos de estado”. Detallaremos las circunstancias de esas acciones y analizaremos las evidencias respecto a lo publicado en *Caretas*; adelantemos por ahora, antes de seguir recordando el Perú que le tocó vivir, que durante la década de 1960 y al menos hasta la salida de Armando Artola del Ministerio del Interior de la dictadura de Velasco, con quien mantuvo contacto, Schwend logró insertarse en los círculos del poder, a los que sirvió y de los que se benefició. Contreras y Cueto resumen así las características de esos tiempos:

[...] entre los dos golpes militares, el del general Odría y el del general Velasco (1948 y 1969 respectivamente) [...] se intentó retomar el rumbo del crecimiento económico en torno al desarrollo del sector exportador, pero tratando de controlar el fuerte incremento de las demandas sociales con políticas educativas y programas de salud y vivienda en las ciudades, y con estrategias represivas policíacas [y] de 1968 a 1990 [...] el desborde del movimiento social trató de ser absorbido mediante enérgicos programas de cambio de régimen de propiedad agraria y de industrialización y por políticas nacionalistas en lo cultural. (1999, p. 238)

Aunque no aparecerían evidencias de la corrupción odriista sino hasta que su gobierno terminó, esta campeaba libremente en el régimen. La situación económica del país, además, se deterioraba sistemáticamente. Desde el exilio, comenta Quiroz, el ex presidente Bustamante denunció que “el gobierno de Odría tendría un sistema de ‘comisiones’, ‘participaciones’ y ‘primas’ para otorgar contratos de obras públicas y otros negocios oficiales” (2013, pp. 281-282), y Klarén añade que “El gobierno de Odría estuvo inicialmente marcado por su vinculación con la derecha oligárquica, representada por los Miró Quesada, Pedro Beltrán y Ramón Aspíllaga” (2014, p. 365).

La ampliación de la cobertura en educación y salud, como respuesta directa al crecimiento demográfico, a la transición del país de rural a eminentemente urbano y a la presión que esto ejercía —y siguiendo un modelo similar al peronista, según apunta Klarén—, fue dando paso a la politización en las universidades: “la Universidad de San Marcos, donde apristas y comunistas habían logrado importantísima presencia, fue una decisiva sede de la oposición durante los años cincuenta y sesenta” (Contreras y Cueto, 1999, p. 243). Los militares también optaron por la profesionalización: en 1950 se fundó el Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), de donde

egresarían nuevos cuadros con una conciencia más clara de los problemas nacionales, y donde recibirían también entrenamiento antisubversivo, pues en sus aulas se fortaleció la idea de que la seguridad nacional debía establecerse no sólo como respuesta a la posibilidad de una amenaza externa, sino también a la interna, anticipando la doctrina de seguridad nacional de los Estados Unidos de Nixon. Sin embargo, el crecimiento demográfico y el cada vez más intenso flujo migratorio de la sierra a las ciudades de la costa, especialmente a Lima, no derivó en la ampliación del acceso a los nuevos servicios; al contrario:

[...] dio inicio a la formación de barriadas precarias alrededor de la capital [...]. El nulo acceso al crédito de los Bancos entre las oleadas de inmigrantes, su imposibilidad de pagar alquileres, dados sus bajos ingresos, junto con el desconcierto y ambigüedad del Estado frente al fenómeno de las invasiones, crearon esta gráfica expresión del “desborde popular”, que en los años sesenta el Presidente Belaúnde bautizaría con el eufemismo de “pueblos jóvenes”.¹ (Contreras y Cueto, 1999, p. 243)

Fue también durante el gobierno de Odría cuando finalmente las mujeres obtuvieron su postergado derecho a votar, primer peldaño en la lucha aún en marcha hacia la ciudadanía plena. Pero el “ochenio” (de 1948 a 1956) de Odría se vendría abajo por una compleja serie de circunstancias entre las que se pueden contar los escándalos de corrupción, la desarticulación de la unidad de las fuerzas armadas y una creciente insatisfacción de los sectores subalternos. Como parte de esta situación, al terminar la guerra de Corea desaparecieron las condiciones globales que ese conflicto había creado y que eran propicias para las exportaciones: estas se vinieron abajo. Odría no pudo contener entonces el “desborde popular” que arrasó con la pretendida restauración. Es interesante notar que uno de los factores propios del odriismo: la educación como medida populista y de control, contribuyó a erosionar el régimen: ahora había más del doble de personas alfabetizadas, personas que podían leer las protestas contra el dictador en una prensa escrita más fuerte y que ampliaban el electorado activo. Fue en esta época cuando *La Prensa* se modernizó bajo la iniciativa de Pedro Beltrán y apareció la revista *Caretas*. Junto con la prensa escrita, la radio llegó para quedarse en las casas de los campesinos, los obreros y mineros, los pescadores, los empleados domésticos, los transportistas y las nacientes clases

¹ Klarén atribuye la cruel figura al gobierno militar de Velasco Alvarado (2014, p. 424).

medias. Entre las medidas disparatadas del final del ochenio, Odría apresó a Beltrán, que desde *La Prensa* denunciaba incansablemente los errores económicos que desataban la inflación, implicándolo en un nuevo levantamiento militar, esta vez en Iquitos —para Lima, siempre sospechosa de separatismo—, liderado por el general Marcial Merino.

En esa época se formaría también una tendencia literaria capaz de explicar y describir al Perú desde el Perú mismo. Heredera conflictiva de la visión social e indigenista de Arguedas, la nueva literatura peruana, especialmente la narrativa, alcanzaría un momento luminoso durante los años 60 en la obra de —entre otros menos celebrados, como Manuel Scorza y Miguel Gutiérrez—, Mario Vargas Llosa (que describió los conflictos entre castas y clases sociales), Julio Ramón Ribeyro (que observó con agudeza y profunda ironía la transformación de Lima), Oswaldo Reynoso (que retrató el lado horroroso del nuevo desorden urbano) y Alfredo Bryce Echenique (que desveló los prejuicios y temores de una oligarquía en decadencia dispuesta a defender rabiosamente sus privilegios). Ya a mediados de los 60, a través de las primeras publicaciones del Instituto de Estudios Peruanos —una institución cuya creación en 1964 es representativa de los conflictos de la época y, a la vez, de una casi masiva acogida de las ciencias sociales de entonces, dominadas por el método marxista—, el sociólogo francés François Bourricaud se valió de la literatura al tratar de explicar las relaciones sociales de la oligarquía y las clases medias en el Perú:

La situación de las clases medias que llamo antiguas no sólo estaba caracterizada por su dependencia objetiva frente al grupo dominante, sino también por su actitud subjetiva de protesta, de verdadera rebelión frente a los poderosos ante los que se resignaban, de mala gana, a no ser sino los instrumentos. Esta duplicidad característica es uno de los temas sobre los que la literatura y la novela se han adelantado a las observaciones de antropólogos y sociólogos. Un personaje como Bismarck Ruiz, del que Ciro Alegría hace modelo de tinterillo en *El mundo es ancho y ajeno*, ilustra magníficamente la situación del intermediario que no tiene escrúpulos en engañar a quienes lo mandan. (Bourricaud, 1969, p. 43)

En las obras de estos y otros escritores de la época es posible encontrar el retrato literario de ese mundo: “en los años cincuenta la sociedad peruana —sobre todo en el interior— era aún lo bastante rígida y jerarquizada como para merecer ser descrita como un orden social de ‘castas’” (Contreras y Cueto, 1999, p. 246). Publicada en 1969, *Conversación en La Catedral*

de Vargas Llosa es uno de los más viscerales retratos de la sociedad peruana durante el “ochenio” y los años siguientes. Su párrafo inicial ha alcanzado una amplísima celebridad, convirtiéndose en un elemento de la cultura popular peruana a través de la reproducción *ad libitum* de la pregunta que se plantea el personaje principal mientras camina por una descolorida avenida Tacna: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”. Más tarde, en 1970, durante la dictadura de Velasco, Bryce Echenique publicaría su obra maestra, *Un mundo para Julius* en la que, con un estilo ágil, coloquial, lleno de ironía y humor, ternura y crueldad, describe el Perú de mediados del siglo xx desde el desmoronamiento de la oligarquía visto con los ojos de un niño. Contreras y Cueto reseñan al respecto: “El autor fue recibido por Velasco como una especie de héroe cultural y, según una anécdota, le confesó que entre los dos habían acabado con la oligarquía” (1999, p. 279).

La caída de Odría permitió un precario equilibrio democrático que resultó en el retorno de la “normalidad pradista”: el ex presidente Manuel Prado volvió a la oficina después de ganar las elecciones de 1956 al candidato oficialista y a un Fernando Belaúnde —representante de la nueva clase media universitaria y profesional— recién aparecido en escena. Para Klarén, el gobierno de Prado “constituyó el apogeo final del gobierno oligárquico directo en el siglo xx” (2014, p. 374). Contó con el apoyo del Apra también en esta ocasión —lo que se conoció como la “convivencia”— e incluyó entre sus filas a intelectuales como Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre, quienes dieron un aura de legitimidad a una gestión que en realidad estaba fundada en un “conjunto articulado de empresas e instituciones”; Felipe Portocarrero lo llamó el “Imperio Prado” (Contreras y Cueto, 1999, p. 247). Aunque se inició un proceso de industrialización siguiendo los modelos de “sustitución de importaciones” de Argentina, Brasil y México, con la construcción de la siderúrgica de Chimbote, en términos generales el desarrollo del país descansaba sobre una industria extractiva de hierro, cobre y petróleo en manos extranjeras y sobre las exportaciones de la vieja oligarquía algodonera y azucarera costeña (“el club de las 40 familias”, comentan Contreras y Cueto), que aunque significativa, no era en absoluto redistribuidora de riqueza, y empezaba a ceder ante nuevas actividades: “un nuevo rubro de exportaciones apareció en la década de 1950 que pronto se convirtió en un nuevo capítulo de promesas de desarrollo y rápidas fortunas: la explotación de la harina de pescado” (Contreras y Cueto, 1999, p. 248), industria fundada en la pesca masiva de anchoveta que al final se vendría abajo por sobreexplotación, aunque no sin haber modificado significativamente la estructura de la elite dominante tanto

como la organización de la economía. Nuevas oportunidades casi siempre significan nuevos modelos de negocios y eventualmente nuevos empresarios. “Los pioneros de la industria [pesquera] fueron un grupo de empresarios de clase media que incluían al futuro barón de la harina de pescado, Luis Banchemo Rossi” (Klarén, 2014, p. 369).

Ante una oligarquía cuyo tradicional poder político se desvanecía de modo inversamente proporcional a la modernización y cuyo poder económico fundado en *commodities* “tropicales” como el azúcar y el algodón se diluía en colusión con intereses corporativos internacionales, un nuevo sector empresarial aparecía. Paradigmáticamente representado —y liderado— por Banchemo Rossi, este nuevo empresariado supo manejar la promesa de riqueza de la harina de pescado cuya demanda crecía exponencialmente en Europa donde se la buscaba para la alimentación de su propio sector pecuario. Muy de la mano de este empresario a quien se veía como un visionario, “construido desde cero” con base en el esfuerzo y el trabajo —tal sería su leyenda—, el país fue ampliando y modernizando una flota pesquera e integrando al sector en la economía. Contreras y Cueto apuntan que en 1964 “el Perú se convirtió en el primer país pesquero del mundo y las exportaciones de harina de pescado respondían por el 25 a 30% del total de exportaciones” (1999, pp. 249-250). Que la oligarquía en decadencia rechazaba este modelo al que no se podía incorporar de lleno, aunque se beneficiaba de él mediante la prestación de servicios financieros, queda simbolizado por el hecho de que a Banchemo Rossi “se le negó la entrada en el exclusivo y hereditario Club Nacional” (Durand, 2004).

El gobierno de Prado falló en cuanto a la demanda social de someter ante la justicia el turbio desempeño de Odría que lo precedió. La ley 12654 que promulgó casi inmediatamente después de asumir la presidencia en julio de 1956, una “amnistía política general”, tenía la finalidad de cumplir el compromiso de “convivencia” con el Apra —la legalización de sus acciones partidarias después de tres décadas de proscripción y persecución—, cuyos votantes lo habían llevado al poder. Pero la aplicación de esa ley de amnistía implicaba también impunidad para Odría y su corte. Aunque desde la cámara de diputados se intentó revertir esta situación, la de senadores logró mantener la amnistía, lo que, según Quiroz “sentó un precedente negativo que otorgaba la inmunidad a quienes violaban la Constitución. [...] Esta grave falla reafirmó la práctica política de permitir y brindar incentivos para la corrupción política”. Como consecuencia, señala el autor, “La impunidad permitida al pasado régimen dictatorial también fomentó la corrupción entre funcionarios y congresistas pradistas”. A partir de 1957 y 1958,

diversos escándalos de corrupción (exenciones arbitrarias de impuestos a las importaciones de funcionarios del régimen, tráfico de influencias, venta de licencias de importación y millonarias asignaciones sin licitación para inversiones, con montos inflados mucho más allá de su importe real) acompañaban al deterioro del valor de la moneda y a un creciente déficit presupuestal (Quiroz, 2013, pp. 282-286).

El descontento generalizado en Lima pareció encontrar una válvula de escape a través de los estudiantes sanmarquinos, que se desahogaron con Richard Nixon, vicepresidente de los Estados Unidos de Eisenhower, desfilando por las calles de la capital peruana en mayo de 1958, en una “visita de buena voluntad”, gira sudamericana en la que Nixon también recibiría pedradas de manos de estudiantes venezolanos en Caracas. Aunque era muy joven en la época, César Vásquez Bazán, político aprista de la hornada de Alan García Pérez, relata con chispa los sucesos de 1958:

[...] Nixon descendió del convertible en el Parque Universitario, en medio de una multitud hostil, estimada en dos mil personas, que repetían “*Nixon go home!*”, “¡Muera Nixon!” y “¡Víbora *go home!*!” [...] Estudiantes premunidos de piedras y altisonantes pitos también abrumaron al sorprendido *Dick* Nixon, impidiéndole el acceso al claustro universitario, cuya puerta había sido cerrada desde el interior. Fue aquí que un guijarro rozó el cuello del desprevenido visitante y otra piedra le rompió un diente a míster John T. Sherwood, jefe del destacamento de doce miembros del Servicio Secreto de Estados Unidos encargado de la custodia del pobre Nixon. [...] se vio obligado a retirarse, regresando a la suite presidencial del Gran Hotel Bolívar. Tuvo la mala suerte de ser seguido por una imponente marcha de sanmarquinos en medio de una gritería abrumadora [...] en tanto que un manifestante afectado de bronquitis asmática crónica, procedió a aplicarle en la mejilla un suculento, verduzco, sonoro y temperado gargajo.

La protesta sanmarquina contra Nixon fue en realidad una manifestación de rechazo a la política exterior de Yanquilandia, que pregonaba democracia pero se entendía —y muy bien— con dictadores como Odría, Pérez Jiménez, Trujillo, Somoza, Rojas Pinilla, Stroessner y Batista, a quienes proporcionaba apoyo económico, político y militar. En el caso del Perú, Eisenhower tuvo la ligereza adicional de condecorar al dictador Odría. (Vásquez Bazán, 2008)

Que en 1958 fuera posible la expresión manifiesta de ideas de izquierda en el Perú, después de décadas de persecución contra el Apra y la izquierda

atomizada sin Mariátegui, sólo podía deberse al espectro político más amplio que el segundo gobierno de Prado abrió a través de su política de “convivencia”. Pero esta actitud de tolerancia hacia sindicatos, el Apra y cierta actividad de los comunistas se quedó en lo ideológico y no tocó la estructura social. Aunque no llegó a resolver la problemática del campo, Prado sí sentó bases para lo que más adelante sería la reforma agraria.

Fuera de los emprendimientos de la oligarquía agraria azucarera y algodónera de la costa, el agro peruano se encontraba en una situación pasmosa. A lo largo y ancho de los Andes, propietarios y comuneros enfrentaban contextos bien diferentes. Mientras que los primeros se aislaban en latifundios donde se explotaba la mano de obra campesina bajo el régimen servil del gamonal, “patrón [que] dispone de una influencia que reposa en los delicados mecanismos del caciquismo” (Bourricaud, 1969, p. 20), las comunidades campesinas e indígenas que no quedaban como servidumbre dentro de un latifundio enfrentaban una realidad que hacía imposible incluso una agricultura de subsistencia, agravada por las condiciones de aridez, erosión y agotamiento de los difíciles suelos andinos.

Ante esta situación, cuyo resultado era el constante surgimiento de conflictos sociales, Prado creó un cosmético Instituto de Reforma Agraria y Colonización, pero no llegó a la promulgación de una ley de reforma agraria que afectara los intereses de los latifundistas. Mientras tanto, desde *La Prensa*, Beltrán inició una campaña contra el régimen de Prado, denunciando escándalos de corrupción y dando voz a un sentir social según el cual “la mayoría de los peruanos deseaba una amplia reducción de la corrupción en los asuntos del poder ejecutivo y del poder judicial, así como en el ámbito de la educación” (Quiroz, 2013, p. 290). La estrategia de Prado para acallar o, al menos suavizar, esta oposición “ilustrada”, fue incorporar a Beltrán en su gabinete, desde donde el economista logró reducir el déficit fiscal aprovechando un momento de crecimiento de las exportaciones mineras y de harina de pescado. Sin embargo, al acercarse el año electoral de 1962, el modelo económico volvía a la situación de crisis con escándalos de corrupción entre los que había casos de falsificación de moneda nacional, de malversación de la cooperación económica estadounidense y de contrabando de armas —difundidos ahora especialmente por *El Comercio*—, que pusieron en jaque la “convivencia” entre Prado y el Apra, lo que significaba perder las bases sociales que habían legitimado a su gobierno. Paralelamente, ciertos sectores de la izquierda marxista, bajo el potente aliento que les proporcionaba la reciente revolución cubana, comenzaban a trazar el camino hacia la lucha armada, como más tarde relató desde la prisión

Héctor Béjar, uno de sus protagonistas, en un ensayo que ganó en Cuba, por unanimidad, el Premio 1969 de la Casa de las Américas:

A fines de 1961, Juan Pablo Chang y un grupo de cuadros que no militaban en ninguna organización partidaria, formó el APUIR (Asociación para la Unificación de la Izquierda Revolucionaria) y planteó la formación de un Frente de la Revolución Peruana [para] la construcción de un Partido Unico de la Revolución. El llamamiento estaba dirigido a todas las organizaciones de izquierda: Partido Comunista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Partido Socialista, Partido Comunista Leninista, Movimiento Túpac Amaru, fracciones trotskistas [sic] de “Voz Obrera” y “Obrero y Campesino” y Movimiento Social Progresista. (1969, pp. 44-45)

Veremos más adelante cómo Schwend se involucró en el proceso de desarticulación de los movimientos guerrilleros, utilizando métodos cuya eficacia había probado durante la guerra en Europa, convertidos en versión vernácula de la estrategia de la tensión de la ultraderecha de la época; asimismo, encontraremos a Béjar conversando con cierto ex nazi en prisión que le contaría sobre Schwend y Altmann/Barbie, para luego desvelar sus huellas para *Caretas*.

El desarrollo de un espectro político más liberal sumó nuevas fuerzas a las contiendas nacionales. Además de apristas y comunistas (aquellos que no optaron por la clandestinidad y la lucha armada), y de otras fuerzas menores como la Democracia Cristiana —que reunía en sus filas a muchos intelectuales de la “generación del 50”—, el Frente Nacional de Juventudes Democráticas que había llevado a Fernando Belaúnde al segundo lugar en la contienda presidencial de 1956, se transformó en Acción Popular, partido que lo postuló a la presidencia nuevamente en las elecciones de 1962. Su programa enfatizaba la necesidad de atender el problema agrario y se fundaba en el “conocimiento directo de la realidad nacional” obtenido en la experiencia de una campaña electoral emprendida desde el inicio del gobierno de Prado, que visitaba “pueblo por pueblo”, como decía el propio candidato. Contreras y Cueto destacan dos temas de esa campaña:

[...] la participación comunitaria en la construcción de obras públicas y la comunicación fluida por vía terrestre con una región que a pesar de ocupar la mayor parte del territorio del país, había estado al margen de las grandes decisiones políticas y urbanas: la selva. (1999, p. 252)

Las elecciones de 1962, bajo sospecha de fraude desde el punto de vista de los belaundistas —sospecha confirmada después por los propios militares—, terminaría de nueva cuenta en un golpe de Estado. Con Prado desprestigiado y en la puerta de salida, el *lobby* aprista, haciendo gala de oportunismo y mostrando su capacidad de acomodarse a las condiciones imperantes, olvidó las décadas de persecución y se alineó con Odría, su antiguo enemigo, que deseaba volver al poder. Haya había obtenido la primera mayoría en las elecciones, seguido por Belaúnde y Odría, pero ninguno alcanzó los votos necesarios para ser declarado presidente directamente. La decisión entre los tres recaía entonces en un Congreso dominado por el aprismo y el odriismo. Contreras y Cueto relatan anecdóticamente que:

[...] en el momento en que Odría leía un discurso en la recién inaugurada televisión peruana de 1962, una mano le alcanzó un mensaje donde se le advertía del veto de los militares a cualquier alianza con el Apra. Antes de que el Congreso tomase alguna determinación, las Fuerzas Armadas dieron un golpe de estado y derrocaron a Prado. (1999, p. 254)

Bajo el mando del general Ricardo Pérez Godoy, las Fuerzas Armadas anularon el proceso electoral y establecieron una junta de gobierno (liderada primero por Pérez Godoy y, luego de su retiro, por el general Nicolás Lindley) que convocaría a nuevas elecciones en 1963, elecciones que “despertaron la esperanza de un pronto establecimiento de un orden democrático más limpio y honrado, sin dictadores venales, políticos inescrupulosos ni pactos encubiertos” (Quiroz, 2013, p. 293). Mientras tanto, las alianzas y decisiones “pragmáticas” de Haya de la Torre —cada vez más distantes del ideario del Apra— tuvieron un efecto desarticulador al interior del partido. Los sectores más próximos a la izquierda terminarían por separarse a través de la fundación del Apra Rebelde en 1959, “donde destacó el líder Luis de la Puente Uceda, quien confluía con grupos escindidos del Partido Comunista, capitaneado por el opaco Jorge Prado, que seguía siempre fiel a las directivas de Moscú” (Contreras y Cueto, 1999, p. 254). Los apristas radicales “traicionados” convirtieron su organización en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en 1962. A partir de 1961, diversas investigaciones dieron a conocer la presencia de agentes financiados por la Revolución cubana, y

[...] en el periodo 1961-1962 se iniciaron las acciones guerrilleras urbanas y los asaltos a bancos por el Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), en

respaldo a las tomas de tierras en el valle de La Convención del Cuzco, promovidas por el dirigente trotskista Hugo Blanco”. (Quiroz, 2013, p. 292)

Béjar describió al FIR como una de tres ramas emanadas de los “discrepantes del Partido Comunista”; la segunda era el Ejército de Liberación Nacional (ELN), al que él pertenecía, y la tercera estaba conformada por “las tendencias maoístas que aparecieron posteriormente” (1969, p. 39). Pronto, un nuevo factor se sumaría a este complejo escenario, con el crecimiento del narcotráfico y sus ligas con mecanismos de contrabando ya bien establecidos en toda la región latinoamericana con epicentro, en ese entonces, en Bolivia.

Contreras y Cueto describen el golpe de 1962 como una acción “institucional” de las Fuerzas Armadas. Quiroz está de acuerdo con esta caracterización e incluye en ella también al golpe de 1968 mediante el cual el general Velasco Alvarado depuso a Belaúnde en modo muy similar al de Pérez Godoy contra Prado. Con este descriptor, los historiadores destacan el hecho de que dichas acciones militares no fueron guiadas por la voluntad de un caudillo “visionario” (aunque en su caso, Velasco pronto adoptaría un fuerte estilo personal), sino por la consideración del mando de las Fuerzas Armadas de que, como institución, deben intervenir en el proceso político nacional porque este debe ser “reencauzado”. En 1962, una alianza entre el Apra “suavizado” de Haya de la Torre y la corrupción batiente de Odría era el peor de los escenarios posibles para izquierda y derecha por igual. Lo era también para los militares, y decidieron tomar la iniciativa.

La junta militar de 1962-1963 tuvo que lidiar con el inicio de esos procesos “subversivos” que llevaban el sello de la Guerra Fría. La revolución cubana exportaba ahora símbolos, ideas y estrategias casi con la misma eficiencia con la que lo hacía, al otro extremo del espectro político, la industria cultural estadounidense: mientras la mayoría de los jóvenes de las clases medias urbanas del mundo enloquecían con los Beatles y la psicodelia, una considerable porción de ellos, especialmente entre los universitarios, adoptaba como símbolo al Che Guevara. Así, mientras los sectores urbanos acomodados empezaban a amoldarse a la lógica cosmopolita del consumo, la moda y los valores de un *american way of life* exportado exitosamente por Hollywood y reiterado —suavizado y alineado con los valores tradicionales del catolicismo criollo latinoamericano— por la industria televisiva y cinematográfica mexicana, otros sectores respondían al llamado del comunismo bajo la influencia de Cuba, único país latinoamericano que había sido capaz de sacudirse, en un solo movimiento, al dictador y al imperialismo. Para

los sectores “progresistas” de las clases medias latinoamericanas, Cuba era, desde 1959, el único país “libre” del hemisferio: organizado ahora como un Estado socialista, ocupó inmediatamente la posición de contrapeso de la hegemonía estadounidense que antes había sido la Argentina de Perón. Con el apoyo de la Unión Soviética, que encontraba en la isla una plataforma desde la cual podía presionar e inclinar a su favor el precario equilibrio bipolar, Cuba estableció su influencia y pronto exportaría revolución fuera de los límites insulares. Bajo su modelo, a partir de 1960, movimientos guerrilleros de tipo “foquista” —una vanguardia armada, el “foco” que, a base de poner heroico ejemplo, despertaría la solidaridad y arrastraría a las masas explotadas a la lucha— se multiplicarían por toda la región, con consecuencias devastadoras que aún están por ser analizadas y explicadas en cada caso. Si bien la acción de estos movimientos no logró sumar al pueblo sino marginalmente, la respuesta de elites y militares, coordinada con los intereses hemisféricos de los Estados Unidos y la nueva doctrina de seguridad nacional, produjo situaciones como la “guerra sucia” en México, operaciones suicidas como Bahía de Cochinos en Cuba, el mantenimiento de gobiernos-marióneta en Centroamérica, la intervención directa en el Caribe y finalmente la operación Cóndor en el Cono Sur.

Durante el breve gobierno militar de transición de 1962-1963 y el periodo de Belaúnde, se inició el enfrentamiento directo con los movimientos armados: el MIR de Luis de la Puente Uceda; el ELN de Héctor Béjar (que después de un tiempo en prisión sería reclutado por Velasco) y el FIR de Hugo Blanco, cuyas acciones de toma de tierras habían comenzado al final del régimen de Prado en el Valle de la Convención. En este último caso, las movilizaciones encabezadas por Blanco llevaron al gobierno:

[...] a efectuar en 1963 la primera acción limitada de Reforma Agraria, término que figuraría en todos los programas y debates políticos de la época como una solución para modernizar el agro peruano y la miseria de los campesinos andinos”. (Contreras y Cueto, 1999, p. 256; cfr. Klarén, 2014, pp. 387-388)

Quiroz informa que esta reforma agraria “piloto” contó con financiamiento de USAID, el brazo social de la estructura creada por Kennedy para fomentar el desarrollo de países pobres (e impedir que se les ocurriera transitar por el camino de los cubanos): la Alianza para el Progreso, una de las estrategias con las que el gobierno de los Estados Unidos intentó aplacar en Latinoamérica la ola de descontento obrero, campesino y popular

que, después de la revolución cubana, amenazaba con guerrillas en cada montaña, potenciales canales del intervencionismo soviético y la amenaza comunista (aunque ya en esos años buena parte de los comunistas, empezando por los chinos, empezaban a disentir y distanciarse de la posición soviética).

Los campos de la teoría económica y política latinoamericana, fuertemente influenciados por las lecturas del marxismo en boga en Europa en esa época de afianzamiento de la Nueva Izquierda, habían empezado a difundir su “teoría de la dependencia”, que desnudaba la posición de los países del “Tercer Mundo” como enclaves colonizados de los poderes del capitalismo global. La respuesta del capitalismo global fue una teoría económica y política opuesta, que los gobiernos burgueses abrazaron entusiasmados: la “teoría del desarrollo” o desarrollismo, según la cual, si se reproducían en los países identificados ya entonces con el esperanzador eufemismo de “países en vías de desarrollo”, las condiciones que habían producido el desarrollo industrial de sociedades “avanzadas” como, digamos, los Estados Unidos, esos países pobres o “subdesarrollados” pronto estarían en condición similar (sin importar lo absurda que es, esta es una idea zombie característica del neoliberalismo en la tercera década del siglo XXI). Un nuevo sector de las Fuerzas Armadas, joven y profesionalizado, empezaba a ver entonces los errores de los gobiernos civiles, a los que consideraba inexorablemente ligados a intereses particulares, y empezaba a visualizarse a sí mismo como el verdadero agente llamado a organizar esta ruta de desarrollo.

La Alianza para el Progreso fue presentada por el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, en marzo de 1961 y, en vísperas de la deposición de Pardo por Pérez Godoy en el Perú, ya había establecido sus líneas de acción: fluiría el capital desde el Norte hacia el Sur, pero junto con él correría el afianzamiento de los poderes nacionales afines a la rectoría estadounidense a través de la intervención (y la inversión) política y social. Dos instituciones clave para entender a América Latina a partir de los años 70 y hasta nuestros días fueron creadas o fortalecidas por la Alianza para el Progreso: el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la agencia estadounidense de cooperación para el desarrollo, USAID, cuyas acciones de intervención en asuntos políticos nacionales y regionales conforman una lista interminable. Para cuando Belaúnde asumió la presidencia del Perú en 1963, la Alianza para el Progreso era un as bajo la manga de quienes dirigían los rumbos de diversos países latinoamericanos. Junto con el presidente peruano, moderados a la vez que modernizadores, entre los grandes aliados de la Alianza para el Progreso estuvieron Víctor Paz Estenssoro en

Bolivia, Rómulo Betancourt en Venezuela, Arturo Frondizi en Argentina y Eduardo Frei en Chile.

Las elecciones de 1963 que convocó la junta militar presidida por Lindley arrojaron como ganador a Belaúnde, el “tercero en discordia: el joven arquitecto sin pasado que lo condene”, en palabras de Contreras y Cueto (1999, p. 257). Aunque obtuvo casi el cuarenta por ciento de los votos, tuvo que enfrentar un Congreso dominado por la oposición que coaligaba al aprismo y al odriismo en la intención de bloquear todas las reformas del nuevo *outsider* en el poder, encaminadas fundamentalmente a resolver el conflicto con la IPC de un modo que fuera favorable en la perspectiva nacional pero que no desatara el enojo de la Standard Oil y, por ende, del gobierno estadounidense; a realizar obras capaces de integrar la inmensa selva al desarrollo nacional (su famosa obsesión por la “carretera marginal”), que había sido ajena a la historia del Perú incluso durante su efímero auge cauchero, y a emprender una reforma agraria “limitada”, especialmente en los improductivos latifundios de la sierra. Ante la patente amenaza que representaba la revolución cubana, incluso los sectores dominantes veían en la reforma agraria un factor de prevención de una revolución similar en los Andes. La misma Alianza para el Progreso de los Estados Unidos comulgaba con esta idea al ver el latifundismo tradicional basado en esquemas de servidumbre sobrevivientes de la Colonia como un lastre del desarrollo. Otras iniciativas del belaudismo tenían que ver con políticas de vivienda para atender una demanda exorbitante producto de la migración de la sierra hacia las grandes ciudades costeñas, particularmente hacia Lima, y con un tímido aliento de la industria nacional. Sin embargo, en la perspectiva de Contreras y Cueto, estas iniciativas “levantaban grandes expectativas pero no llegaban a cuajar [...] en un todo coherente y viable económicamente” (1999, p. 258).

Paradoja entre las paradojas: el gobierno de Belaúnde y Acción Popular no contó con las características “institucionales” del golpe militar que lo precedió y lo hizo posible. Al contrario, se convirtió en la gestión de un caudillo de nuevo cuño que acompañó su desempeño con un lenguaje propagandístico romántico y paternalista. Abrevaba y a la vez profundizaba en la visión mítica de un pasado incaico glorioso pero poco conocido, trastocada herencia del indigenismo, y glorificaba al *pueblo*, esa entidad imposible, especialmente en un país multicultural como el Perú (condición que también estaba siendo recién descubierta por jóvenes sociólogos y antropólogos). Eslóganes como “La conquista del Perú por los peruanos” (título del libro que publicó Belaúnde en 1959), “El Perú como doctrina” y, sobre todo, “El pueblo lo hizo” dieron cuerpo a su propuesta de participación social en

la obra pública y apoyaron la construcción de una imagen paternalista, de “caudillo bueno” que, junto con el hecho de que sería víctima de un nuevo golpe militar, lo llevarían de regreso a la presidencia en 1980. Pero, por el momento, a decir de Quiroz, “A pesar de su limpia procedencia democrática, el sostén político que Belaúnde obtuvo de los militares para vencer al candidato aprista Haya de la Torre era, tal vez, el pasivo más importante que sellaría el destino de su gobierno” (2013, p. 309).

El gobierno del arquitecto también tuvo que enfrentar el otro lado de esa feliz moneda en la persistencia de los movimientos armados surgidos durante los dos o tres años anteriores. Mientras las invasiones de Hugo Blanco en La Convención (1962-1963) abrieron la puerta a una “reformita” agraria experimental, el líder fue puesto en prisión y el gobierno desató la represión para impedir que su experiencia fuese replicada (Béjar, 1969, pp. 47 y ss.). Luis de la Puente Uceda arrancó con su columna guerrillera, el MIR, en 1964 y consiguió lo que parecía imposible: el apoyo de los campesinos, específicamente de la etnia amazónica asháninka. En 1965 el ELN alcanzó a formular un programa simple y “adecuado” para su comprensión por las masas:

Al promediar 1964 había quedado sintetizado en los siguientes puntos:

- 1) Gobierno Popular.
- 2) Expulsión de todos los monopolios extranjeros.
- 3) Revolución Agraria.
- 4) Amistad con todos los pueblos del mundo.
- 5) Soberanía Nacional.

[...] En definitiva planteábamos el socialismo como el objetivo final de nuestra acción. Dos métodos eran señalados como los fundamentales para cubrir el camino con éxito: lucha armada y unidad popular. (Béjar, 1969, pp. 52-53)

Si bien estos tres movimientos armados tuvieron lazos entre sí, sus tiempos no coincidieron plenamente y las coordinaciones quedaron más en el discurso que en la logística; al final, cada uno anduvo su propia trocha, como acusó Béjar: “una inevitable rivalidad se desarrolló entre ambas organizaciones”, el MIR y el ELN. Nada impediría, sin embargo, que desde el autoritarismo golpista, la siguiente dictadura adoptara los cuatro últimos puntos del programa del ELN, incorporando incluso en el léxico gubernamental cierto concepto de “socialismo”.

La respuesta del gobierno a las acciones de estos grupos armados fue brutal; no se dejó sentir la ausencia del gobierno estadounidense en el

combate contrainsurgente e incluso se utilizó una estrategia genocida probada en Vietnam: bombardeos con napalm (Contreras y Cueto, 1999, pp. 258-259). Mientras tanto, el asunto del petróleo se entrampó y la pretendida reforma agraria modernizadora fue incapaz de cruzar los obstáculos interpuestos por esa oligarquía que no terminaba nunca de morir: los latifundios de la costa pasaron el trance sin ser tocados. Los aciertos o logros que Contreras y Cueto reconocen al periodo de Belaúnde están en:

[...] la carretera *marginal* de la selva, que comunicaba por primera vez la ciudad de Pucallpa con el resto del país, y conjuntos multifamiliares de vivienda para la clase media de Lima, como los de Residencial San Felipe, [...] la creación del Banco de la Nación [...] y algunas obras públicas importantes, como el nuevo aeropuerto de Lima.

Aunque sin un mercado laboral y una economía suficientemente amplios para absorber a los nuevos profesionales, Klarén añade que el Perú se situaba “entre los países latinoamericanos con un mayor nivel de gasto educativo en el periodo 1960-1968” (2014, p. 399). Las condiciones internas y los vientos ideológicos internacionales empujaron a estos jóvenes profesionales hacia las izquierdas que, a su vez, después de la ruptura entre China y la Unión Soviética, se atomizaban en facciones irreconciliables, desde las más radicales y violentas hasta las moderadas que rechazaban la acción armada.

Hacia 1967 la crisis económica (en septiembre, contradiciendo sus promesas de no devaluar la moneda, Belaúnde anunció una devaluación de cuarenta y cuatro por ciento) impactó al Perú generando inflación, paralización, carestía, desempleo; el “ciclo de expansión económica iniciado en la posguerra mundial se vio de esta manera interrumpido” (Contreras y Cueto, 1999, p. 259). Ante el bloqueo de sus iniciativas en un Congreso dominado por la oposición, Belaúnde optó por apoyarse en los militares, a quienes otorgó una “carta blanca en la lucha contra los movimientos insurreccionales”. En su seguimiento de la historia de la corrupción, Quiroz identifica los grandes problemas que en este ámbito existieron dentro del gobierno de Belaúnde: “el favoritismo y el tráfico de influencias en los contratos del gobierno”, así como la participación de miembros de la marina peruana en casos de contrabando (2013, p. 310).

Entre escándalos y devaluación, hacia fines de 1967 y principios de 1968, el prestigio de Belaúnde se venía abajo. A partir de febrero de 1968 se sucedieron en la prensa, particularmente en *El Comercio*, y después en el Congreso —gracias a las investigaciones encabezadas por el diputado aprista

Héctor Vargas Haya—, noticias escandalosas sobre la existencia de redes de contrabandistas en las que estaban coludidos miembros del gobierno y de las Fuerzas Armadas. Los casos de contrabando investigados por la comisión parlamentaria de Vargas Haya, con costos millonarios para el erario, se remontaban a 1964 y 1965 e involucraban a las más altas personalidades de las Fuerzas Armadas y a funcionarios del gobierno y la Guardia Republicana; sin embargo, tocó a Pedro Pablo Kuczynski “tapar” el daño del contrabando a la economía del país, al que calificó de “insignificante” en un libro publicado en 1980 (Quiroz, 2013, p. 348). Pronto aparecieron también en las investigaciones nombres de miembros del propio Congreso y, luego, del entorno más cercano al presidente Belaúnde en la persona de su asesor, Carlos Muñoz, que también dirigía una agencia aduanal. Un sobrino de Muñoz, José Carlos Quiñones Muñoz, administrador de dicha agencia, “había sobornado a oficiales de la Policía de Investigaciones (PIP) para asegurar el despacho de la mercadería de contrabando en la aduana y el cobro de coimas por Muñoz”. Como parte de este complejo entramado de corrupción y enriquecimiento ilícito, también terminaría por caer un alto funcionario de la PIP, Javier Campos Montoya (Quiroz, 2013, p. 314), protector de Fritz Schwend que contaba con la aprobación del ministro del Interior, Armando Artola. Naturalmente, habiendo caído algunas cabezas importantes, voceros del gobierno y de los militares (incluyendo al general Morales Bermúdez, que más tarde sería dictador), se defendieron con la estrategia de la difamación: se trataba de intereses ajenos al nacional —el Apra, la extrema izquierda, la prensa de la oligarquía— que buscaban desprestigiar a las instituciones.

La comisión del Congreso encargada de las investigaciones por corrupción y contrabando mostró una muy extendida red de la que se beneficiaban militares, funcionarios aduanales y postales y empresarios privados. En el caso de los primeros, los procesos se llevaron a cabo al interior de la justicia castrense, con casi todos los implicados absueltos al final. Entre los otros casos, cayeron algunas de las pequeñas cabezas de una aterradora hidra, pero el régimen de Belaúnde ya no podría resistir. Muchos años más tarde, Vargas Haya —como Basadre, solitario campeón en la lucha contra la extendida corrupción— terminó por poner punto final a una historia de militancia aprista, a contracorriente en su interior. El ex congresista, que en una entrevista periodística dijo que “el hombre honrado en el Perú es un leproso” (Chueca, 2006), escribió más adelante un libro que daba a conocer las evidencias encontradas por la investigación del contrabando que encabezó, titulado precisamente así, *Contrabando*. No vería la luz sino

hasta 1976, ya en la segunda fase de la dictadura, encabezada por el general Morales Bermúdez, en una nueva “primera” edición pues la original de 1970 había sido confiscada y destruida por órdenes del régimen de Velasco. La instauración de la dictadura también interrumpió abruptamente la labor de la comisión investigadora que había encabezado Vargas Haya (Quiroz, 2013, p. 320).

Ya antes de estos sucesos, diversos ataques contra la comisión habían deteriorado su fuerza. El lugar preponderante que el tema había ocupado en la agenda pública cedió para dar paso, a mediados de 1968, a una nueva etapa del conflicto con la petrolera IPC. Cuando parecía que Belaúnde había logrado por fin resolver el problema, se desató un escándalo por la desaparición de la página 11 del contrato que supuestamente contenía la base para el establecimiento del precio en el que la IPC compraría el petróleo a la Empresa Petrolera Fiscal. La reunión de estos factores —el desprestigio del belaundismo por la corrupción (aunque el arquitecto salió airoso de cuantos intentos se realizaron por vincularlo y conservó hasta el final de su vida su imagen de honestidad), la indignación renovada por el asunto del petróleo, la devaluación de 1967, y muchas variables más—, llevaron a los militares a proponerse, nuevamente, como los únicos capaces de “sanear” la democracia peruana. Contreras y Cueto entienden al “régimen reformista de los militares [...] como una respuesta al grado de atraso de la estructura económica del país” (1999, p. 265).

El 3 de octubre de 1968, faltando menos de un año para que terminara la gestión presidencial, a la cabeza de un grupo de militares, el general Juan Velasco Alvarado depuso a Belaúnde e inició una de las más extrañas aventuras militares latinoamericanas, autoidentificada como de izquierda: el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, cuyos líderes emprenderían una “transformación desde arriba”, en la certeza de que “tenían la voluntad, la responsabilidad cívica y los conocimientos necesarios” para realizarla (Klarén, 2014, p. 409). Jaquette y Lowenthal describen los objetivos del “experimento peruano” (consistente en realizar “profundas transformaciones sociales bajo dirección militar”) en los siguientes términos:

Los líderes militares peruanos intentaron acelerar el crecimiento económico del país y alterar la distribución económica y de poder; integrar a la vida nacional peruana a la marginada población indígena; crear nuevas formas de participación política, e incluso, crear un “nuevo hombre peruano”; solucionar el problema de la dependencia externa; y hacer del Perú uno de los líderes del Tercer Mundo. (1986, pp. 3-4)

Doce años después, sin embargo, el “experimento” había fracasado y su fracaso fue sancionado en las urnas cuando el noventa por ciento del electorado prefirió cualquier otra opción —el Apra, la izquierda no alineada con los militares—, llevando al poder al mismo Belaúnde a quien el golpe había depuesto. El imaginario político y social peruano conserva hasta hoy su monolítico rechazo a la dictadura militar de 1968-1980.² Las acusaciones contra ella no sólo tocan lo referente a la Reforma Agraria y a la expropiación de latifundios y haciendas por todo el país, que resultaron ser el golpe de gracia a la “oligarquía” (aunque este es el ámbito que concentra simbólicamente ese rechazo); sino también a las estatizaciones, a las confiscaciones de medios de comunicación que suspendieron la libertad de prensa, al deterioro económico, a la corrupción y en último lugar al autoritarismo. A un año del golpe, el presidente Velasco definía: “Los adversarios irreducibles de nuestro movimiento, serán siempre quienes sienten vulnerados sus intereses y sus privilegios: es la oligarquía” (Contreras y Cueto, 1999, p. 266). Sin embargo, ya durante el gobierno depuesto por el golpe militar, sociólogos, economistas e historiadores debatían ardorosamente si realmente existía tal cosa como una oligarquía o si se trataba de la reducción analítica de un entramado mucho más complejo en el que se entreveraban diversos grupos de poder político y económico, con las disposiciones dictadas por las relaciones internacionales, los capitales e intereses foráneos y las clases emergentes producto de la explosión demográfica, la migración interna y el proceso de urbanización y modernización de la sociedad peruana. Existe una tendencia a responder la pregunta retórica del personaje de Vargas Llosa respecto al momento en que se habría jodido el Perú, señalando la dictadura de Velasco, aunque *Conversación en La Catedral*, si bien se publicó después del golpe, en 1969, retrata los tiempos de Odría y por tanto ese momento catastrófico tendría que ser buscado en una época anterior.

El tema de la reforma agraria, como hemos visto, llevaba ya años en la agenda nacional. Con antecedentes enraizados en insurrecciones indígenas que se remontaban a la época colonial —muchos de los reclamos e invasiones de tierras recurrían a títulos de propiedad emitidos en aquel entonces—, que planteaban la injusticia de los sistemas de dominación colonial reproducidos por la república aristocrática y por la “oligarquía” dominante, el problema del acceso a la tierra de las masas indígenas y campesinas era

² Los años recientes, a partir de 2018, han visto un proceso de revaloración de esa etapa de la historia, especialmente a partir del éxito del documental *La revolución y la tierra* de Gonzalo Benavente (2019), y otros eventos, como la exposición *Documentos del Archivo Agrario* del Archivo General de la Nación (2019) y la publicación del libro *La revolución peculiar. Repensando el gobierno militar de Velasco* (Aguirre y Drinot, 2018).

visto ya en los años 50 como una necesidad, tanto para la reconversión de los sistemas productivos agrarios y su relación con el desarrollo nacional, como para la recomposición de una sociedad cada vez más compleja y las relaciones entre clases, de modo que fuera posible desplazar los esquemas de servidumbre, gamonalismo, enganche, yanaconaje, paternalismo y dominación por nuevas formas de organización, adecuadas a una sociedad democrática en proceso de modernización. Influencias más directas podían encontrarse en los repartos agrarios realizados en México en los 30 y 40 (mucho después de la revolución de 1910-1917, cuyo motor había sido precisamente el reparto agrario), y sobre todo en los de la cercana y reciente revolución boliviana de 1952, liderada por Víctor Paz Estenssoro, que dismanteló a la oligarquía del país vecino y reorganizó profundamente la sociedad, iniciando su reforma y reparto agrarios en 1954. La reforma agraria como programa de gobierno había aparecido en el Perú (en la gestión de Prado), ya con ese nombre, una década atrás, aunque no llegó a aplicarse. El movimiento de toma de tierras de Hugo Blanco había provocado en 1962 la primera experiencia de reparto en La Convención, y después de eso Belaúnde había promulgado su tibia ley al respecto, sin alcances profundos (no tocaba a las grandes haciendas costeñas), que había sido sistemáticamente bloqueada por el Congreso. Sin embargo, la idea de reforma agraria aún vive en el Perú bajo la sombra de la catástrofe, olvidando la profundidad de la transformación social que desencadenó. Jaquette y Lowenthal, que toman en consideración el apabullante consenso de los analistas sobre el fracaso del “experimento”, destacan “sin embargo, que el programa básico de los militares, de afirmación nacional, modernización económica, reforma antioligárquica y desarrollo sistemático de un aparato estatal, se implementó en grado considerable” (1986, p. 9).

Esta operación ideológica —el amplio consenso en la desaprobación de la dictadura que oculta incluso aquellas transformaciones que sí tuvieron lugar y cambiaron el rostro del país—, debida en buena medida a la insistencia con que los medios de información la han estigmatizado durante y sobre todo después de su vigencia, impide evaluar con imparcialidad sus alcances. Jaquette y Lowenthal sintetizan las diversas posturas que los analistas y científicos sociales han adoptado para explicar el “experimento”, en las que se destaca uno u otro elementos del proceso, pero la imagen final, sean cuales sean las causas atribuidas, es la del fracaso. Los fracasos de la reforma agraria, naturalmente más evidentes en la segunda fase de la dictadura, una vez hecho a un lado Velasco y ocupando su lugar el general Francisco Morales Bermúdez —quien reorientó la política de la dictadura

de vuelta hacia la derecha—, tuvieron que ver efectivamente con carencias en su planificación, vacíos en la formación de liderazgos campesinos que los habilitaran como cooperativistas, errores en su aplicación, que al final excluyó a una amplia porción de trabajadores del campo de sus beneficios (los eventuales), rechazo de la población al intento del gobierno militar de ordenar la participación social dentro de cauces corporativistas, etc., pero también con presiones del exterior y del interior, con la caída de los mercados en que habría tenido que soportarse, y con la incapacidad del régimen para establecer alianzas con los sectores de capital que, habiendo podido invertir, prefirieron la fuga de divisas aun cuando fue tajantemente prohibida (la arista de la política del régimen en la que operaría Schwend y que lo haría tropezar fatalmente).

Jaquette y Lowenthal enumeran tres espacios centrales en los que las características propias de la dictadura la llevaron al fracaso: en primer lugar la incapacidad de los militares, por sus características institucionales, para “fundirse con el Estado” (la verticalidad castrense como contradicción absoluta de la horizontalidad que requieren la participación social y la democracia); en segundo lugar, las ambigüedades de una “tercera vía” (ni socialismo ni capitalismo, lo que dio en llamarse “socialismo de estado”), que “sufre los defectos de ambas posiciones sin gozar de las virtudes de ninguna”, y en tercero, por extraño que parezca, que al régimen:

Lo persiguió la mala suerte, la mala administración, la mala planificación, y fue llevado a cabo en un tiempo poco propicio. [...] La desaparición de la anchoveta, la no aparición (en las cantidades esperadas) del petróleo, el cambiante contexto político internacional después de la caída de Allende en Chile y de Torres en Bolivia, la delicada salud de Velasco, todas estas circunstancias componen “la mala suerte” del proceso. (Jaquette y Lowenthal, 1986, pp. 26-27)

Mientras el juicio sobre la historia nacional sea realizado por quienes se sintieron despojados, tanto por la reforma agraria como por las nacionalizaciones de empresas derivadas del otro gran programa velasquista, la participación directa del Estado en los sectores productivos, las consecuencias conflictivamente modernizantes de aquel régimen permanecerán ocultas, consecuencias que tendrían que ser expresadas por aquellos que sí se beneficiaron, aunque fuera indirectamente, a través del inicio de una movilización nacional hacia la inclusión y la democracia. De los tres objetivos de la reforma agraria que señala Klarén: “eliminar la tradicional aristocracia

terratiente; [...] eliminar todo potencial descontento e insurgencia campesina [...] redistribuyendo el ingreso; y mejorar la eficiencia productiva de la agricultura” (2014, pp. 419-420), el primero se podría considerar como alcanzado en cuanto a los términos de propiedad de la tierra a nivel nacional, aunque no en cuanto a las supervivencias culturales de dominación racial y urbano/rural que perviven en el país. El segundo se alcanzó de manera temporal, retrasando el estallido campesino al menos hasta el surgimiento de Sendero Luminoso que señaló su estrepitoso fracaso final. El tercero se alcanzó muy parcialmente, apenas en algunas de las haciendas costeñas altamente productivas, cuyo papel fue protegido para salvaguarda de la economía, pero en términos generales, su fracaso “se debió a los defectos inherentes a su diseño y al apuro y a la falta de planificación con la cual se concibió e implementó” (Klarén, 2014, p. 422).

El gobierno militar resolvió inmediatamente el diferendo con la IPC, que fue expropiada bajo la tesis de invalidez del contrato inicial. Pronto sería transformada en PetroPerú, la primera de las empresas estatales creadas por esta “revolución por decreto” para dar paso a la pretendida “tercera vía”, el capitalismo de Estado desde el cual echar a andar el modelo de desarrollo basado en la industrialización por sustitución de importaciones que había catalizado la relativa modernización de países como Argentina, Brasil y México, pero que para cuando lo adoptó el Perú, ya se encontraba en declive en aquellos países, presionado por condiciones externas. Al interior del país, la expropiación de la IPC, medida entendida como nacionalista, jugó a favor del nuevo régimen, pero, naturalmente, generó suspicacias y distanciamiento de los Estados Unidos. En consecuencia, el gobierno peruano buscó nuevos socios y los encontró en la Unión Soviética y los países bajo su influencia, aunque también reforzó relaciones con Japón y Europa Occidental (Francia y Alemania Occidental principalmente, de donde obtuvo armamento). Aunque el auge de las exportaciones azucareras a los Estados Unidos se debió directamente al bloqueo comercial contra Cuba después de 1962, Velasco se negó a participar en dicho bloqueo y mantuvo relaciones cordiales y cooperativas con la isla, al tiempo que se incorporaba e incluso lideraba el movimiento de países no alineados. Velasco reclamó, además, la ampliación de la frontera marítima a doscientas millas náuticas y comenzó a perseguir a las embarcaciones pesqueras que invadían dicho límite, incluyendo estadounidenses.

Las reformas avanzaron y generaron diversos grados de aceptación o rechazo. Aunque existían programas de indemnización diferida que al principio a muchos terratenientes les parecieron un mejor negocio que mantener

miles de hectáreas improductivas, la progresiva pérdida de valor por inflación de los bonos del gobierno les haría sentir cada vez más que habían sido víctimas de un despojo ilegal. El rechazo arreció en la prensa y el gobierno militar empezó a decretar medidas para controlarla. Expropió primero, en 1970, los diarios *Expreso* y *Extra*, y luego, en 1974, los restantes, que entregó a grupos bajo su control para que fueran operados de manera cooperativista y a favor del régimen: “*El Comercio*, antes propiedad de la familia Miró Quesada, se convirtió en el diario de los campesinos, en tanto que los trabajadores de las comunidades industriales asumieron el control de *La Prensa*, de Pedro Beltrán” (Klarén, 2014, p. 427). *Correo*, el diario de Luis Banchero, se entregó al sector educativo, bajo la dirección de Hugo Neira, uno de los muchos intelectuales de izquierda que cerraron filas con los militares. Una pregunta frecuente respecto a la relación entre Banchero y la dictadura sobreentiende que el hecho de que su imperio pesquero no fuese tocado implicaría algún tipo de alianza estratégica, pero como veremos, tanto las estatizaciones de la industria pesquera como las confiscaciones de medios sucedieron más de dos años después del asesinato del magnate.

En agosto de 1975 Morales Bermúdez depuso a Velasco: un “golpe dentro del golpe” que había creado la dictadura. Prometió conservar la dirección de la “revolución”, acusando tácitamente a Velasco de haberla desviado, pero en realidad inició una marcha atrás, recrudesciendo el autoritarismo al modo de las vecinas dictaduras de Bánzer en Bolivia y de Pinochet en Chile, un viraje que respondía al contexto de pérdida de respaldo popular al gobierno militar. Klarén describe: “El gobierno pasó rápidamente a dismantelar las reformas del periodo velasquista. El término ‘socialismo’ fue significativamente abandonado por la retórica oficial, el Programa de Propiedad Social fue clausurado calladamente y se declaró oficialmente el final de la reforma agraria” (2014, pp. 436-437); cortando a la vez las alianzas que habían sido establecidas con la izquierda representada por el Partido Comunista y la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP). Durante esta segunda fase reapareció la prensa independiente y recuperaron energía los partidos políticos tradicionales, mientras brotaban protestas, huelgas y movilizaciones, y se hacía escuchar el reclamo por el regreso a la democracia. A la par, se empezó a conocer la corrupción que el régimen militar había abrigado desde sus inicios.

En opinión de Vargas Haya, el congresista que destapó el escándalo del contrabando en el primer régimen de Belaúnde, el golpe de Velasco tenía como uno de sus principales objetivos, detrás de las promesas programáticas, ocultar la responsabilidad de los militares en esos hechos. Otro

propósito no manifiesto era congelar nuevamente al Apra. Quiroz matiza la hipótesis del ex congresista respecto a la importancia del asunto del contrabando como catalizador del golpe, pero acepta: “diversas fuentes independientes indican que la corrupción y el patronazgo sí tuvieron un lugar prominente entre las causas y consecuencias del golpe. En cierto modo, constituyeron las bases políticas del régimen ‘revolucionario’” (2013, p. 321).

En el proceso de constitución del gobierno “revolucionario”, el antiguo Ministerio de Gobierno y Policía fue transformado en Ministerio del Interior, y su primer encargado fue el general Armando Artola, que viviría sonoras aventuras como tal, convirtiéndose en blanco del escarnio popular hasta su destitución en mayo de 1971. Artola es descrito en muchas crónicas de la época y posteriores como un “golpeador” de Velasco; en él encarnó el espíritu autoritario del régimen; después de todo, por progresista que pareciera, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas era una dictadura militar. Ascendido a General de Brigada en febrero de 1967, Artola inició su gestión en el flamante Ministerio del Interior acusando al Congreso y a la Junta de Asistencia Nacional que había dirigido la hermana de Belaúnde, de “serias irregularidades”, aunque los cargos no fueron probados.

Como resultado colateral de las transformaciones fallidas de los militares, el país entró en una fase de ampliación de la movilidad social y vio el inicio del enfrentamiento sociocultural de las masas emergentes contra las anquilosadas visiones y prácticas racistas y clasistas que históricamente han dominado la vida cotidiana y que perviven aún. En cuanto a la corrupción, si bien Quiroz concluye que “podemos considerar al régimen militar ‘revolucionario’ como el más corrupto del periodo [1963-1989], seguido por el primer gobierno de Alan García”, destaca el hecho de que es precisamente el régimen del que aporta menos evidencia, haciendo depender su investigación de la de Vargas Haya, que no es ajena a una agenda política personal. Entre los ejemplos que Quiroz aporta destacan los beneficios ilegales de oficiales en las negociaciones de compra de armamento —sobre todo soviético—, siempre envueltas en el secretismo, y el desmantelamiento del poder judicial y la suspensión de su independencia. Con respecto al desempeño de la dictadura en el ámbito económico, Quiroz pone atención en el fracaso de la reforma agraria y en la ineficiencia de las empresas estatales, todas ellas deficitarias y por tanto sujetas al financiamiento a cargo de una deuda externa creciente, financiamiento que “ofrecía una excelente cobertura para las ganancias personales de empleados públicos”.

También fue en esta época que sentó sus reales el narcotráfico en el paisaje de la corrupción en el Perú, que había hecho su aparición durante

el gobierno de Belaúnde y durante los años 70 experimentó un crecimiento explosivo. Por último, aparte de las adquisiciones de armamento soviético, Quiroz informa sobre otras aportaciones de la URSS al régimen de Velasco:

Algunos asesores y confidentes izquierdistas de alto rango defendían una colaboración íntima con la entonces Unión Soviética. Uno de estos influyentes asesores, que controlaba dos diarios gubernamentales, era pagado (con al menos 5000 dólares en 1971) por la KGB para que influyera en las decisiones del gobierno y la opinión pública. En 1972, la KGB contaba con nueve de estos contactos estratégicos y confidenciales, muchos de ellos seducidos con presentes, dinero y viajes a la URSS. El Servicio de Inteligencia Nacional peruano (SIN) también cooperaba formalmente con su contraparte soviética para neutralizar las redes de espionaje de Estados Unidos. Los éxitos aparentes de la influencia encubierta, la propaganda y la desinformación soviética y cubana fueron contrarrestados por operaciones rivales de la CIA en el Perú. (Quiroz, 2013, p. 323)

Destaca la aparición en estos párrafos de Quiroz del nombre de quien se convertiría en uno de los más oscuros personajes de la década de 1990, en vinculación con estas operaciones de inteligencia y espionaje movidas por los hilos de la Guerra Fría. Nos dice el autor que Vladimiro Montesinos “también tuvo acceso a los favores repartidos por la red izquierdista” pero que al mismo tiempo operaba como doble agente:

[...] trabajaba para la inteligencia de Estados Unidos. Sus contactos con la embajada de ese país en Lima y su papel como informante confidencial se confirmaron con evidencias documentales. En 1977 fue arrestado por esta razón, así como por haber viajado a Washington como invitado del gobierno estadounidense sin autorización oficial peruana. A Montesinos se le describió como un agente de la CIA que reunía información en torno al séquito de asesores izquierdistas de los generales, ministros, y exjefes de inteligencia claves Edgardo Mercado Jarrín, Enrique Gallegos Venero y Fernández Maldonado. (Quiroz, 2013, p. 323)

“¿FEDERICO SCHWEND ES FEDERICO SCHWEND?”

En este contexto progresó Schwend, el ex nazi contrabandista, especialmente a partir del momento en que decidió vivir bajo su auténtica identidad abandonando el alias de desplazado yugoslavo, y al menos hasta que sus negocios negros no pudieron seguir siendo protegidos por sus contactos en el poder pues habían alcanzado notoriedad pública. Pero hay algo que no podemos reconstruir aunque sería necesario, casi indispensable, para entender al hombre, al criminal, al fugitivo, al agente, al espía, al contrabandista, al nazi, quizás asesino. No podemos sino especular a través de un ejercicio de imaginación basado en el conocimiento del contexto y en los documentos disponibles, sobre la forma en que se desarrollaba su vida cotidiana, su día a día en el Perú, su agenda diaria entre Santa Clara y Lima.

Da la impresión de que don Federico viviría según los cánones de la aristocrática alta burguesía limeña, con la notable ventaja de ser europeo, portador de la “cultura” y la “civilización” a las que la elite local se entregaba ciegamente entonces como ahora. Su tiempo en el Perú coincidió con el último estertor de una rancia oligarquía de la que pronto no quedarían más que privilegios vacíos. Él mismo había estado vinculado con la aristocracia alemana antes de la guerra, como pudimos comprobar al seguir sus pasos de juventud, cuando se casó con Agnes, la baronesa de Gemmingen-Guttenberg. También había trabajado para una poderosa burguesía latinoamericana administrando los réditos de una de las integrantes del imperio agrícola argentino Bunge. Había conocido el Hollywood de las estrellas; el contrabando realizado durante la guerra lo había puesto en contacto con el mundo del “gran arte” (por sus manos habrían pasado firmas como Rembrandt o Picasso), aunque no parece haber sido una persona particularmente cultivada. Había veraneado en los fabulosos balnearios de la costa oriental del Adriático antes de que cayeran en manos del colectivista Tito, y había vivido en un castillo en las montañas de ensueño del Alto Adige. Su incorporación al selecto mundo de la oligarquía peruana debe haber sucedido de una manera casi natural.

Sabemos también que además de hablar alemán e inglés, Schwend entendía italiano y quizá también croata, pero nada parece indicar que su contacto con el castellano antes de viajar a Sudamérica le hubiese permitido hablarlo fluidamente. El transcriptor de una conversación grabada en su casa dejó pasar errores que demuestran que, al menos hasta mediados de los 60, Schwend no llegó a hablar correctamente en español. Abundaban

en su habla las confusiones entre “ser” y “estar” y la conjugación en tercera persona cuando habla la primera, errores comunes en español de germano y anglohablantes, entre otros extranjeros. Lo más probable es que durante su primer par de años en el Perú haya dependido de traductores e intérpretes, como los prestanombres Bielinsky a los que acudió para fundar La Estrella, mientras aprendía el idioma local, quizás a través de su contacto con un sector social que de cualquier modo habría estado encantado de comunicarse en inglés, francés o italiano “para mostrar mundo”. Hay un ejemplo en la edición del domingo 24 de mayo de 1964 del diario *Correo*, propiedad de Luis Banchemo Rossi, de la que Schwend conservó copia en su archivo. Ahí, un reportero de nombre alemán publicó un reportaje con un título muy curioso “¿Federico Schwend es Federico Schwend?”, con el siguiente balazo para introducir el tema: “Werner Lang de ‘Correo’ Estuvo en una Comida Intima, Hogareña, en la Finca de Schwend”. El diario describe en un recuadro a este hombre que ha alcanzado notoriedad suficiente como para ocupar las páginas de la prensa nacional: “Federico Schwend se muestra locuaz y de buen humor cuando le toca conversar de aquellas cosas que no se refieren a su pasado como oficial nazi”. Luego, el periodista lo cita para caracterizarlo:

“Sobre este suelo peruano, que he llegado a apreciar, o debajo de él. De una u otra manera trataré de encontrar la paz en el Perú. No saldré de aquí. He llegado a querer a este país. Estoy cansado de aventuras”. Se hace silencio. Cuando Federico Schwend dice algo hay que creerlo. (Lang, 1964; copia en HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6)

Esta última frase del párrafo introductorio muestra la forma en que el periodista y el diario presentaban al personaje ante el lector peruano; era su visión del ex nazi como un digno y admirable empresario alemán (con aires de héroe de guerra, como se pintaba ante Gyssling cuando le sugería anécdotas para su película) que otorgaba al Perú el beneficio de su preferencia. Pero es también un cumplido entre viejos correligionarios: Werner Lang, el periodista que firma, había pertenecido a las juventudes hitlerianas; ahora dirigía al equipo de reporteros gráficos del flamante diario de Banchemo Rossi que no había cumplido aún su primer año de actividad en Lima (De Noriega, 2013). Mader reprodujo en *Der Banditenschatz* (1966) una nota —con fotos de frente y perfil— aparecida en *Correo* en noviembre de 1963, que iniciaba: “En su elegante oficina de la avenida Wilson, el Dr. Federico Wendig”. En mayo de 1964, Lang describe la escena “íntima” a la

que ha sido invitado: una comida familiar en la casa de Schwend en Santa Clara, a la que asistieron, además del anfitrión y Hedda, su esposa, una tía y la madre de Hedda (que ocupaba la cabecera de la mesa) y una “amiga de la casa”. Cabe suponer que en el recinto, a lo largo de la velada, los comensales han sido servidos por “personal doméstico”, esa forma de servidumbre que era “natural” entonces y lo sigue siendo en el siglo XXI (los investigadores de los procesos migratorios de la época conciden en señalar el ámbito del trabajo doméstico como el principal espacio de incorporación al mercado laboral de la población migrante, especialmente la femenina), y en la transcripción de la conversación grabada que hemos referido (y a la que volveremos más adelante), se le oye llamar a alguien de nombre “Luchi” para pedirle que sirva agua. El periodista alemán, claro, no pone atención en la servidumbre. Le interesa más el hecho de que “Cuatro perros entran y salen constantemente”. El tema central de la entrevista es el juicio por el asesinato de Kamber, cuyos desarrollos han alcanzado a la prensa y del que Schwend se deslinda culpando a quienes quieren destruirlo “por lo que sabe”. Y el periodista admira a su entrevistado: “Brevemente hablamos de otra cosa. Pero el tema vuelve solo. Ya no sé cuál es el tema. Con Schwend, cada detalle es una novela aparte”.

Un año antes, en abril de 1963, el periodista alemán Herbert John, publicó en el número 263 de *Caretas*, un artículo en el que describía: “Don Federico, como se le conoce en Santa Clara, donde tiene una hermosa residencia, fue durante la guerra [...] uno de los más importantes y famosos agentes secretos” (es notable el candor del periodista tanto como el del editor de *Caretas*: por un lado por el gazapo encerrado en ser un “agente secreto” *famoso*, por el otro, la tácita aceptación y su imposición en los lectores, de la idea de que se puede tener una vida de privilegios después de haber servido a los intereses del mayor asesino de la historia moderna). En este caso, el tema que llevaba a Schwend a las páginas de la prensa limeña no era el asesinato de Kamber, sino el hecho de que decía conocer con precisión uno de los “misterios” nazis que estaba entonces sonando con estridencia —de nueva cuenta, pues ya había habido atención al respecto en 1959— en la prensa internacional: el tesoro nazi sumergido en el fondo del lago Toplitz, en Austria. En resumen, el artículo anunciaba que Schwend decía saber dónde estaba el oro; lo demás eran misterios y especulaciones muy al modo en que los ha descrito con tanto tino el historiador de lo esotérico nazi, Goodrick-Clarke.

Así, algunos años después de su llegada al Perú, habiendo asumido ya su identidad real (olvidado ya el desplazado yugoslavo pobre que quería

ganarse la vida como pequeño agricultor), Schwend adquirió un terreno en la suburbana Santa Clara, Carretera Central, Vitarte, en una época en la que estos predios, aún rurales, empezaban a ser rodeados por la mancha urbana informal que terminaría por absorberlos. Una extraña coincidencia, si vamos a creer en ellas, estaba entonces haciendo de Santa Clara el barrio elegido también por los inmigrantes croatas (¿no lo eran los Turi?) para asentarse en nuevas tierras, inmigrantes de los que sería imposible distinguir quiénes eran simplemente desplazados huyendo de la amenaza comunista y quiénes eran ustachas escapando de la justicia.

La casa que los periodistas describen como “hermosa residencia” y “finca”, tendría que haberse ido equipando poco a poco con los avances tecnológicos de la época. Con piscina, espacio para varios autos, grandes perros guardianes y suficiente servidumbre, tendría inmediatamente línea telefónica en una época en que esto era un auténtico privilegio. Habría una moderna cocina —al menos una de las dos que tenía la casa según la descripción que hizo el juez Santos Chichizola después de registrarla—, aparatos de radio y TV; tal vez también un receptor de onda corta que le permitiera sintonizar señales de la vieja Europa, un novedoso equipo de alta fidelidad estéreo para escuchar a esos cantantes europeos tipo *crooners*, varoniles y mediterráneos, que en la generación nacida antes y durante la guerra, se resistían a ser desplazados por la psicodelia y el rock 'n' roll anglosajones. Así, a través de la radio y la incipiente televisión, Schwend completaría su actualización diaria fundamentada en la lectura de *El Comercio*, *La Prensa*, *Caretas*, y después *Correo y Expreso* quizás. Aunque todo podría indicar que, al menos durante el tiempo en que mantuvo el empleo en la agencia Volkswagen de Av. Wilson 824, propiedad de la empresa Motor Import S. A., esperaría a llegar a su oficina para mirar los diarios. Como gerente de La Estrella, antes y después de la VW, despachaba desde la propia “finca”; incluso aseguró en aquella conversación grabada: “a mí no me gusta comer fuera de la casa”. Su carácter de hombre casero llegaría al grado de conseguir que el Servicio Postal, con el que trabajaba probablemente en espionaje y control, estableciera una oficina en Santa Clara, en la que don Federico tuvo la titularidad de la casilla N.º 1 alrededor de 1967 o principios de 1968. Años después, cómodamente recluido en prisión por los delitos financieros descubiertos a raíz del asesinato de Banchemo, tendría el gesto de regalar a los empleados del penal un cargamento de huevos de su granja pollera, huevos de tan buena calidad que entre los reclusos don Federico se ganó el apodo de “Huevo Doble Yema” (Schneider, 1972).

En octubre de 1971, el Dr. Alfred H. Jenny escribió desde Basilea una carta a Simon Wiesenthal en la que describía a los ex nazis Schwend y Altmann, afincados entre Perú y Bolivia —volveremos después a esta información que representa lo más cerca que Wiesenthal llegó a estar de encontrar a Barbie, aunque era muy difícil entonces que pudiera reconocerlo por su pseudónimo, tomando en cuenta que la inteligencia estadounidense estaba interesada en proteger al “carnicero de Lyon”—. Lo interesante de esta carta y las que le siguieron es que profundizaba en lo que sabemos acerca de elementos de la vida de Schwend en el Perú, lo que resulta útil para nuestro ejercicio especulativo de reconstrucción de su vida cotidiana. La respuesta de Wiesenthal a Jenny fue lacónica, básicamente que ya sabía acerca de Schwend (lo que indica que no se trataba de un nazi prioritario para él) y que no sabía nada sobre Altmann, por lo que su identificación tendría que esperar hasta tener listados completos de oficiales de las SS en los cuales buscar su nombre. Es necesario observar la información de Jenny con cuidado pues no está exenta de imprecisiones, empezando por la edad que calculó a Schwend, 76 años, cuando en realidad en 1971 tenía 65, y los nada favorecedores 65 que, a su vez, atribuyó a Hedda, que entonces tendría alrededor de 57. Wiesenthal respondió a Jenny en este sentido: “Schwend no nos es ajeno, sólo que ignoraba que ya tuviera 76 años”, con ese estilo conciliador en extremo que lo caracterizó, y que quería decir “la información en mi base de datos es diferente; su información es incorrecta”. Aun así, la información que Jenny envió a Wiesenthal nos ayuda a imaginar el modo de vida que llevaba Schwend en Lima (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6).

La “finca” o “hermosa residencia” de Schwend en la Carretera Central, como la describieron los periodistas, adquiere en la carta de Jenny características más precisas: “Hermosa propiedad con piscina, 6 autos nuevos, 8 perros grandes, rodeada por bardas tipo fortaleza y una reja. Desde fuera todo se ve pobre y la propiedad está ‘camuflada’ por el entorno”. Jenny no se guarda su propia hipótesis luego de describir la fortaleza: “Schwend se está escondiendo”. La carta ha sido mecanografiada pero en este punto alguien, seguramente el autor, ha añadido a mano el número de teléfono de Schwend así como el hecho de que disponía de varias terminales y grabadora. Cuando Jenny escribió esta carta a Wiesenthal, hacía años que Schwend había dejado el empleo con que se cubría en la agencia Volkswagen de Av. Wilson. En el informe de Jenny, Schwend parecía estar dedicado completamente a los sombríos negocios —habló de “fraudes”, sobre los que se extendería en cartas sucesivas, como veremos— que mantenía con Altmann (Barbie), a quien también describió como dueño de propiedades en la misma zona

donde vivía Schwend, aunque en un “mejor barrio” (Chaclacayo). La única actividad cotidiana de Schwend que Jenny describió fue: “Todos los viernes, de 7:30 a 9:00 am, va al Mercado Mayorista, km. 5 de la Carretera Central”. Y en conclusión, sobre estos aspectos “objetivos” de la vida de Schwend, Jenny juzgó que llevaba “una vida de apariencia muy discreta”; recordemos que no le gustaba comer fuera de casa.

Después de la respuesta de Wiesenthal, Jenny recopiló más información y devolvió precisiones sobre lo dicho en la primera carta. En noviembre de 1971 envió nuevos informes sobre Schwend y Altmann: al primero le redujo la edad hacia “alrededor de 70 años”. La propiedad de Schwend, según los informes de Jenny, tendría diez mil metros cuadrados. Sin negar su anterior aseveración sobre la cotidiana visita de los viernes por la mañana al Mercado Mayorista, Jenny añadió otra similar, los sábados, entre las 10 y las 12 de la mañana, cuando Schwend acudiría al “Mercado de Verduras”, ubicado en el mismo kilómetro 5 de la Carretera Central.

Ciertas cartas guardadas en su archivo nos dan algunas pistas más sobre la vida diaria de don Federico. Se trata de la correspondencia, compuesta por larguísimas cartas de ida y vuelta, que mantuvo con la señora Lo, viuda de Karl Stein, de Prien, Alemania. Las cartas más antiguas de esta correspondencia que se conservan en el archivo datan —probablemente; las escritas por Schwend que parecen ser más antiguas consignan día y mes pero no año; el cual calculamos por el lugar que ocupan en el archivo— de 1967 o 1968; las más recientes son de 1971. La relación entre Schwend y Lo probablemente se inició antes, aunque sería imposible saberlo. De esta correspondencia, las dos cartas más antiguas abordan el negocio de armas en el que Schwend estuvo involucrado a través de la empresa Merex, en conexión con Rudel y Sassen entre otros ex nazis. Uno de estos memos, del 25 de noviembre de 1968 nos da la clave de la relación de Schwend con Lo Stein:³ su cuñado, esposo de su hermana (con quienes vivía) era amigo íntimo del canciller Kiesinger, por lo que Schwend utilizaría esta vía para llevar los efectos de sus intrigas hasta el más alto nivel posible.

Con el tiempo la correspondencia entre Lo y don Federico cambió de temas, de tono y de intensidad. Como dos enamorados, comenzaron a decirse por escrito lo mucho que disfrutaban y cuánto esperaban sus respectivas cartas, y a contarse cosas de la vida cotidiana, confidencias y reflexiones de corte existencial y hasta filosófico, recuerdos, memorias, nostalgias. La

³ Este memo y otro posterior sin fecha (sabemos que es posterior porque hace referencia al del 25 de noviembre) están firmados con pseudónimos de Schwend: el primero por “Dr. Habkow”, el segundo por “REX”.

longitud de las cartas también empezó a aumentar hasta alcanzar las seis o siete cuartillas; en el caso de Lo —sólo hay un par de copias de sus cartas en los archivos—, en apretado renglón seguido y con fechas diferentes en las subsecuentes páginas que indican que iba dejando pendiente más escritura para otro día antes de finalmente enviarlas. Si, en general, en la nutrida correspondencia escrita por Schwend que se conserva en sus archivos podemos ver cortesía (buenos modales) y bastante humor, a veces negro; sólo en las cartas a Lo Stein encontramos a un don Federico casi capaz de ternura y hasta con intención poética. Parece una relación extramatrimonial por escrito, aunque en todo momento Schwend habla de Hedda, de sus hijas y sus yernos, de sus nietos, de sus perros.

Algunas de estas referencias en la correspondencia con Lo Stein ilustran aspectos de la vida cotidiana de don Federico en Santa Clara, en Lima y sus alrededores. Por ejemplo, el 3 de junio de 1969, en una carta de cuatro páginas que Schwend inició con “Doña mia” —así, en castellano— y en la que se refirió a las “queridas líneas” que ella le envió el 2 y el 6 de mayo, Schwend le contó a Lo sobre la entrevista que había dado poco antes a un equipo de periodistas alemanes que lo habían visitado en su casa de Santa Clara:

Pronto tendrás oportunidad de ver a mis pequeños y al resto de la familia en TV. Estuve tantas horas bajo las lámparas que al día siguiente seguía deslumbrado [...]. Escribe por favor a SAARLAND TV en Saarbrücken y pregunta cuándo se transmitirá en la TV alemana la entrevista con ... [sic] en Santa Clara. Di que escuchaste decir a un amigo de Perú que este hombre había sido entrevistado, etc. (HIS, Schwend Archiv, 38-27, Familie)

También se refirió a los nuevos pasatiempos que su yerno (y empleado) César, esposo de su hija Ursula, había comenzado a practicar en algún lugar al sur de Lima, probablemente en los alrededores de Paracas, que estaba aún a más de seis años de ser declarada zona protegida: la pesca y la recolección de “vasijas” antiguas. “Si te interesan las cosas muy antiguas”, escribió, “H[edda] está coleccionando vasijas. Podrás ver una de ellas —entre otras piezas de arte antiguo y moderno— en la entrevista por televisión”. Más adelante en la misma carta volvió al tema: “César ha descubierto un lugar en el sur, silvestre, de varias millas de longitud, donde pueden encontrarse montones de momias”. Así que aquí tenemos otra faceta de don Federico y su familia, practicando el coleccionismo privado e ilegal de piezas arqueológicas (el huaqueo, tan común en el Perú), que a lo largo de décadas ha

mergado el patrimonio y, con ello, la posibilidad de conocer y entender mejor el pasado remoto. Como en cualquier casa de la burguesía peruana de todos los tiempos, en la de don Federico no faltaban muestras antiquísimas de cerámica precolombina como parte de la bucólica decoración.

Otras pistas de la cotidianidad de Schwend que hemos encontrado en su correspondencia con Lo Stein nos hablan del amor y el orgullo que sentía por sus perros, a algunos de los cuales se refirió por sus nombres, “Leo, Blacki y Hexi”, así como ciertas referencias sobre el gusto por la música. En la carta del 3 de junio de 1969, Schwend le agradeció a Lo el envío, a través de una persona de nombre Ekke, conocida por ambos, de dos discos que escuchó en cuanto recibió, “soñando con la música durante toda una mañana de domingo”. Entre esos discos probablemente estaba uno que Lo mencionó en una carta de octubre de 1968, del cantante suizo Vico Torriani, representante del género *schlager*, el *hit* alemán, una forma de música popular simple, superficial y sensiblera, muy de moda en Europa central y los países nórdicos en aquellos años (ligera versión centroeuropea de la *canzone* italiana o la *chanson* francesa).

Finalmente, dada la evidente importancia del correo en su vida y sus actividades “productivas”, una actividad cotidiana de don Federico debe haber sido la revisión de sus apartados postales. Seguramente los oficinistas de las agencias de correo lo conocían y le avisaban por teléfono cuando había recibido correspondencia, evitándole así vueltas innecesarias. No sería extraño tampoco que entre su servidumbre contara con un chofer de confianza, quizás también un “chico para todo”, un jardinero —un Juan Vilca, el hijo del jardinero de Bancharo que cargaría después con la culpa por el asesinato— y personal doméstico probablemente numeroso, como acostumbraban las familias privilegiadas de esa época en el Perú. Habiendo sido originalmente su secretaria, Hedda —“de grandes ojos azules, su rostro de cutis terso, conserva aún la belleza de su juventud”, según la describió Lang para los lectores de *Correo* en 1964—, quizás le ayudaba con tareas administrativas. Pero nos cuesta trabajo imaginar a Schwend dedicándose a algún pasatiempo, a alguna actividad pausada e inocua que desarrollar después de la jornada laboral y el tiempo dedicado a la familia: en la vida de don Federico no había otro pasatiempo que la intriga.

Schwend y la política

Para Schwend la política no era otra cosa que un negocio, uno muy lucrativo ya desde tiempos de la guerra. A través de la conflictiva situación de la Guerra Fría en todos los órdenes, Schwend aprovecharía cuanto estuviera a su alcance para lucrar con ella; existen evidencias de ello en sus archivos, en los desclasificados de la CIA y en los documentos de inteligencia sobre Julius Mader, que se remontan a mediados de los años 50. En una carta de Schwend a su viejo amigo, cómplice y socio Gyssling, fechada el 31 de julio de 1954, don Federico asentó su definición de la política, era “El mejor negocio y el más peligroso”. Los temas de la carta son “Rey Farouk y otros”, y en ella Schwend le pregunta a Gyssling:

[...] ¿podríamos hacer algún negocio con los héroes? ¿Fundar un gobierno en el exilio y recuperar el sillón dorado en el Nilo? Estos negocios son interesantes y fácilmente posibles. Yo como experto en el campo militar y tú como jurista internacional. (HIS, Schwend Archiv, 29-98)

Schwend no dudó en utilizar sus conocimientos y la experiencia de su propia trayectoria para buscar la posibilidad de influir en Medio Oriente, donde tantos de sus correligionarios se habían refugiado. Su misma costumbre de alardear con respecto a su papel en la operación Bernhard, especialmente después de publicado el libro de Höttl que la dio a conocer, muestra esta faceta de su personalidad. El 10 de febrero de 1956, el director de la editorial Welserm Ühl Wels respondió a una anterior comunicación de Schwend, del 3 de febrero, en la que solicitaba cinco ejemplares del libro “Bernhard”, para ser enviados a una Société d’Étudiants Arabes (Sociedad de Estudiante Árabes), con dirección en Case Ville 2215, Lausana, Suiza. La carta de Schwend especificaba la entrega de ejemplares del libro de Hagen (Höttl) en Múnich al Dr. Rolf Fiedler, en Berna a Gamal Abdel Nasser, a Marcos Pérez Jiménez, presidente de Venezuela, al Sha de Irán, Mohammad Reza Pahlavi y al primer ministro de Siria, Said al-Ghazzi; una especie de grito jubiloso que parecía decirle a todos estos notables y polémicos políticos, “¡esto es lo que sé hacer!”. El 9 de febrero de 1956 la editorial Welsermuhl emitió una factura a nombre de Ingeborg Neuhold en Lima por cinco ejemplares del libro (HIS, Schwend Archiv, NKZ-R006).

Otro ejemplo de sus incursiones en política está en una carta a Huber del 16 de septiembre de 1970, en la que reveló el conocimiento sobre la situación peruana adquirido a través de su participación en altas esferas del

Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Schwend compartía con Huber en esa comunicación la existencia de múltiples posibilidades de negocio, en especial de proyectos industriales, y añadía que la información específica sobre estas posibilidades solamente podría comunicársela en persona. Pero quizá sus apreciaciones no eran siempre certeras: en plena etapa de consolidación de la dictadura de Velasco, afirmaba que “Un giro hacia la izquierda no es imaginable”.

Y otras ideas locas sobre el poder de don Federico

No es extraño que se haya formado una atmósfera de misterio en torno de Schwend por la época en la que su imperio de corrupción se venía abajo. Hubo un caso interesante en 1972, cuando un extraño accidente terminó vinculándose con él, aun tras las rejas, al menos en la imaginación de los creativos periodistas de *Caretas*.

El 30 de julio de 1972, Carlo Petris llevó a su padre, Iro, al Yacht Club de La Punta, como era su costumbre los domingos, donde el viejo marino italiano abordaba su bote de vela Giny para disfrutar una solitaria navegación por los alrededores del puerto. Le había pedido a Carlo que lo recogiera más temprano de lo normal porque tendría una reunión. Carlo llegó puntual pero su padre no apareció.

Días después la embarcación, vacía, fue hallada en las cercanías de Huacho, ciento cincuenta kilómetros al norte del Callao, a donde había derivado luego de alejarse de la costa con el timón atado (*Caretas*, 462, agosto de 1972). Se especuló que había sido un suicidio, un repentino problema de salud o un accidente, alternativas todas sistemáticamente negadas por Carlo Petris: su padre era un hombre íntegro y optimista, estaba en perfecto estado de salud según un chequeo médico reciente y era “el navegante más experto del Perú”, como declaró el director del club de yates.

Caretas afirmó que Petris era pariente cercano de Hedda Neuhold y Martha Moretti, la esposa y la cuñada de Schwend respectivamente, estableciendo un vínculo entre el ex nazi y el ex fascista: durante la guerra, Petris había comandado un cazasubmarinos italiano. Era un experto navegante y desapareció de su embarcación sin dejar rastro. En su presentación de los personajes de este caso, *Caretas* también estableció el vínculo de Martha Moretti —que vivía con los Schwend en Santa Clara— con la Gestapo, del que Schneider-Merck hablaría en su juicio, pero que no descansa

en ninguna fuente confiable. Para *Caretas* era una “famosa ex agente que trabajaba para el Segundo Reich en Italia”, y cómplice de negocios mediante cuentas bancarias a su nombre para las operaciones de don Federico (*Caretas*, 463, septiembre de 1972).

Sin desmentir el parentesco, Carlo Petris dijo a *Caretas* que Schwend y su padre no se relacionaban más que en el ámbito familiar; que Iro nunca quiso hacer negocios con don Federico porque no confiaba en él, aunque en el mismo reportaje se menciona una sociedad de importación de autos Cadillac entre ambos. En este reportaje de agosto de 1972, el don Federico que antes *Caretas* retratara con admiración y alegre curiosidad, se había convertido en una “de las mentalidades más sinuosamente intranquilas de que se tiene noticia” y alguien “detestado” por muchas personas. Petris, en cambio, era presentado mediante la referencia que de él podía hacer el director del club de yates: “Iro era un hombre simpático, de temperamento tranquilo, querido por todos los socios”. Entonces *Caretas* pasó a los rumores “que cundieron en un cierto ambiente germano-italiano de Lima cuando se supo de la desaparición de Petris”. Según estos rumores, Schwend tendría un lote de lingotes de oro y recurriría a un “navegante que parte de un yacht club, sin aduanas ni complicaciones, y que luego transborda a otra embarcación más grande en el sigilo de la noche”. El comentario de los periodistas no pudo ser otro que:

Son leyendas de gente que conoce a Schwend, que a menudo le odia y le teme, pero que no deja de atribuirle poderes casi sobrenaturales [...] es indudable que don Federico se las trae y que a veces logra conjugar en nuestro ambiente criollo fenómenos taumatúrgicos.

ESCÁNDALO EN SANTA CLARA: EL ASESINATO DE SARTORIUS

En Lima se dice coloquialmente “¡qué roche!” cuando alguien pasa una vergüenza o es víctima de un escándalo en el que se vuelve público lo que debería ser privado. Aunque lingüistas y filólogos tienen diferentes hipótesis sobre el origen de esta expresión, en la cultura popular parece haber quedado relacionada con el asesinato del ciudadano español José Manuel Sartorius porque sucedió frente a las instalaciones de los laboratorios Roche de Lima, en lo que sería la avenida Javier Prado, entonces solitarias afueras

de la ciudad. El crimen, efectivamente, desencadenó un notorio *roche* en la hasta entonces más o menos discreta vida de los Schwend.

Sartorius —de treinta años de edad, ciudadano español casado con la peruana descendiente de polacos Olenka Dudek, “una belleza de la sociedad” peruana (*Caretas*, 281)— fue asesinado de cinco disparos calibre .38 una noche de primavera, el 13 de diciembre de 1963. Ingrid Schwend, segunda hija de don Federico y Agnes Cesar (apellido de Konrad, el segundo esposo de la baronesa, con quien emigró a Sudáfrica), confesó ser culpable del crimen. Tenía entonces veinticuatro años y estaba casada con el adinerado ingeniero peruano José Oliveira Lawezari. Con el estilo “picante” y el machismo que le son característicos, *Caretas* la describió como “una hermosa *walkiria*, una alemana en la flor de los 24 años”.

Aunque fue, aparentemente, un crimen pasional, casi diez años después de los hechos, Herbert John señaló en sus declaraciones para el juez Santos Chichizola acerca del asesinato de Banchemo Rossi, que la muerte de Sartorius tenía características que lo asemejaban a otras acciones delictivas de Schwend de las que también habló. El crimen no sólo impactó la vida de los Schwend, exponiendo a don Federico públicamente y sacando a la luz su pasado nazi y el proceso que se le seguía en Bolzano por el asesinato de Kamber, sino también la de sus allegados, los poderosos Miró Quesada, parientes de la esposa del muerto. Una vez que Ingrid fue liberada (se divorciaría de Oliveira y partiría a Sudáfrica para reunirse con su madre) el caso llegaría incluso a las manos de la CIA a través del propio Oliveira, pues en febrero de 1966 decidió informar sobre las actividades de su ex suegro. Los agentes comentaron en el registro de esta información que debía tomarse con precaución pues el informante podría estar motivado por la venganza: durante el proceso posterior al crimen, Schwend había tratado de inculpar a Oliveira por el asesinato del que su hija ya había confesado ser la autora en misteriosas circunstancias (NARA, Schwend File 2).

Según una nota periodística de la época, reseñada en la minuciosa narración de estos hechos hecha por Ruth Reynolds (1966), Sartorius había llegado al Perú en 1957, sin dinero y apenas con la dirección de un amigo “con presencia en los círculos sociales limeños”, con quien vivió sin trabajar durante dos años. Aunque no tenía un título nobiliario, estaba emparentado con alguno de los “grandes de España” y nada le impidió adoptar, ante la embelesada oligarquía local, siempre dispuesta a rendir pleitesía a condes, duques y marqueses, especialmente si españoles, el título de Conde de Santa Lucía Bermúdez de Castro. El pomposo cartel le consiguió la aprobación de la familia Dudek que tenía “una excelente posición social” en Lima,

y pronto se casó con Olenka, con quien se quedó a vivir en casa de los padres. Eventualmente consiguió trabajo en una empresa de gas.

Por su parte, Rosemarie e Ingrid Schwend, las hijas de don Federico y Agnes, habían pasado su infancia con su madre y su padrastro en Sudáfrica. A los dieciséis o diecisiete años, en noviembre de 1956, Ingrid se trasladó al Perú y poco después se casó con José Oliveira, más de quince años mayor que ella, con quien tuvo dos hijas. Hay documentos en el archivo Schwend que la mencionan ya con el apellido Oliveira tan temprano como 1958, lo que significa que se habría casado a los diecinueve años, según alguna versión en contra de la voluntad de su padre. Su flamante marido era ingeniero civil y poseía una cuantiosa fortuna que incluía propiedades como la hacienda La Encalada, extensos terrenos y edificios en el centro de Lima y un sanatorio mental en el distrito burgués de San Isidro. Su padre, Pedro M. Oliveira Sayán, había sido un prestigioso jurista y un encumbrado político —ministro de Justicia, Instrucción, Culto y Beneficencia del Perú—, último canciller antes de la caída del dictador Augusto B. Leguía.

Algunas notas de prensa hicieron hincapié en que el cuerpo de Sartorius pudo haber sido hallado sin pistas sobre el crimen, de no ser porque Ingrid se presentó a confesar que ella lo había cometido. Dijo que se le había pinchado un neumático de su Buick, y que Sartorius se había detenido a ayudarla, pero después la había perseguido en su Mini Minor, asediándola tan ferozmente que ella, “enloquecida por el miedo y la ira”, le disparó (*Caretas*, 281, diciembre de 1963). En la escena del crimen se encontró el Mini de Sartorius con las dos puertas abiertas y las luces encendidas. Médicos legistas corroboraron la versión de Ingrid. Sartorius habría agonizado durante diez o quince minutos (*Caretas*, 312, junio de 1965), después de recibir cuatro balas en el pecho, la última de las cuales había comprometido un pulmón. El último disparo le había dado en la espalda. El cadáver presentaba una escoriación en la rodilla y el pantalón roto, lo que indicaba que había caído de rodillas para quedar de cúbito ventral. Tenía, además, una hoja de maíz pegada a una herida en el vientre; una indicación de que después de recibir los disparos, alguien había dado vuelta al cuerpo. La versión de Ingrid coincidió con la de dos testigos, el guardián de los laboratorios Roche y un grifero que habría visto llegar “a la señora rubia y al gallardo joven para la realización del cambio” de llanta. Oliveira, mientras tanto, dijo haber estado en la librería La Universidad, en el centro de la ciudad, comprando libros hasta las 9:15 pm, y luego se había ido a su hacienda, La Encalada, donde comentó la hora con el mayordomo; eso habría sido antes de que ocurriera el crimen (*Caretas*, 281). Después del crimen, los Oliveira

contrataron un abogado, regresaron a la avenida Javier Prado, recogieron el Buick y fueron al grifo. Luego volvieron a La Encalada y más tarde se presentaron, simultáneamente, en dos comisarías diferentes: Ingrid en La Novena y Oliveira en el puesto de la Guardia Civil en La Atarjea (*Caretas*, 312).

Fue difícil sustentar la confesión de Ingrid —el argumento básico era defensa propia— durante el juicio. La declaración de que no conocía a Sartorius fue desestimada: las probadas relaciones entre los Miró Quesada y los Schwend, así como el reducido tamaño de la elite limeña de entonces permitían casi asegurar que Ingrid hubiese podido conocer a Sartorius en alguna reunión social. *Caretas*, que dedicó numerosas páginas al caso entre 1963 y 1967, publicó que Ingrid y Sartorius se habrían conocido meses atrás y que había quienes afirmaban que el mismo día del crimen ella lo había visitado en su oficina de Sol Gas; incluso que más de un amigo del “conde” afirmaba “haberle oído enumerar entre sus amadas a la bella Ingrid” (*Caretas*, 281). La ahora viuda de Sartorius, Olenka Dudek, declaró que una vez vio a su esposo conversar con una mujer parecida a Ingrid y que luego él la identificó como esposa del ingeniero Oliveira. Sartorius había anotado la dirección de Ingrid en una cajetilla de cigarros, dirección que según *Caretas* correspondía a “una casa ubicada en [la calle] Azángaro, en donde Oliveira (tenía) una oficina”, y que nosotros hemos corroborado en documentos del archivo Schwend sobre asuntos familiares (un acta de la Corte de Distrito de Múnich del 13 de octubre de 1960, en HIS, Schwend Archiv, 17 Org, 14-A): “calle Azángaro 681”. Ingrid argumentó que iba usualmente a comprar balones de gas a la oficina donde Sartorius trabajaba, lo que reforzaba la hipótesis de que se conocían. Además, insistía *Caretas* (312), “se sostenía a *soto voce* que se veían a menudo”, pero nadie se había acercado a testificar a los tribunales. Una prueba más de que se conocían fue una nota anónima encontrada en la oficina del Dr. Peña, representante de Dudek, escrita por un empleado del centro comercial Todos, que decía que era usual ver a Ingrid y Sartorius sentados en el carro (Reynolds, 1966).

Para complicar la situación, *Caretas* publicó que, tiempo antes de su muerte, Sartorius “había recibido anónimos diversos en que le amenazaban de muerte”, y que la noche del crimen, en su casa “tenía el rostro trabajado por una honda preocupación. Inexplicablemente, cambió de auto y salió. ¿Se sabía perseguido por alguien?” (*Caretas*, 281)

Durante la investigación, los desencuentros entre la PIP y la Guardia Civil reflejaron, como también sucedería después en el caso Banquero, no sólo el conflicto de competencias entre ambas instituciones, manifiesto en sus contradictorias versiones, sino la influencia de Schwend en la PIP, en la

época de Javier Campos Montoya, su socio. A pesar de las contradictorias versiones de la PIP y la Guardia Civil, es posible establecer una reconstrucción aproximada del crimen a partir de la información consignada judicialmente en los expedientes del caso que fueron filtrados a la prensa de la época. Según estas informaciones, Ingrid había visitado a Sartorius en Sol Gas el día del crimen a mediodía, probablemente para pactar una reunión por la noche (no podemos dejar de preguntarnos por qué no se llamarían por teléfono; ¿temor a que estuvieran intervenidas las líneas?). La viuda de Sartorius afirmaba que la pareja se habría dado cita en la zona apartada donde ocurrió el crimen (*Caretas*, 331, mayo de 1966), la zona conocida como “Cinco y medio”, muy socorrida por nocturnas parejas románticas. Ingrid y Sartorius fueron juntos en un auto a la pista lateral de la prolongación de la avenida Javier Prado, lo que explicaría que el Buick de Ingrid hubiese quedado abandonado en el empedrado de parqueo. Ella declaró que había estacionado allí para recibir el vaso que se le había caído y que Sartorius le ofrecía.

Existen diversas versiones sobre la llegada de Sartorius e Ingrid al lugar. Uno de los problemas durante la investigación fue la veracidad de la información brindada por los primeros testigos (tres de cinco), que cambiaron inexplicablemente su versión. La cantidad de testigos aumentó después a siete, de los que cinco cambiaron su testimonio. Por ejemplo, el grifero que en su declaración a la Guardia Civil dijo haber visto llegar a una señora rubia y un gallardo joven para cambiar la llanta, luego se retractó ante la PIP: sólo vio llegar a Ingrid.

Uno de los principales problemas del caso fue la confesión de Ingrid: resultó complicado sostenerla durante las investigaciones. La PIP, en flagrante ejercicio del machismo de la época, aseguraba que, psicológicamente, era difícil creer que una mujer, “por asustada que esté”, dispararía cinco tiros contra un hombre “que si bien —hay que suponerlo así— no es un amigo, tampoco es, visiblemente, un hampón” (aquí los prejuicios son raciales, ¿cómo considerar hampón a un guapo conde español?). Las pruebas fisiológicas hechas al cuerpo de Sartorius indicaron que “había sostenido un coloquio pasional minutos antes de su muerte”. El móvil del crimen pasional fue desbaratado por los peritos de la PIP, que terminó estableciendo la versión de que no había sido Ingrid sino un tercero quien disparó contra Sartorius y luego se llevó a la mujer. Así, la versión de la PIP (sobre la que se siente la mano de don Federico) apuntaba hacia Oliveira como culpable del crimen. La confesión de Ingrid se explicaba por “un acuerdo de esposos”, a sabiendas de que “un asesinato en defensa del honor por una mujer casada

recibiría una pena leve o no recibiría ninguna”. Para la PIP, lo de la llanta desinflada parecía coartada más que un accidente.

Pero además de la confesión de Ingrid y la sospecha contra Oliveira, circuló otra hipótesis: un asesino ajeno al matrimonio. Según el testimonio del guardián del laboratorio Roche, Celso Zamudio, habría llegado más de una persona en un auto y habrían sido estos quienes asesinaron a Sartorius y se llevaron violentamente a Ingrid, lo que también explicaba el moretón que tenía en el brazo. Pero Zamudio también cambió su versión por una en la que sólo había visto un carro que fugó en dirección a Monterrico. La versión de que Oliveira había intervenido fue reforzada por la versión de otro grifero que señaló que había visto su Alfa Romeo e identificado a Ingrid como copiloto.

Don Federico, por su parte, aseguró que tanto su hija como su yerno mentían. En su versión Sartorius sería amante de Ingrid y Oliveira lo había asesinado por celos. La viuda de Sartorius compartía esta hipótesis; como hemos visto, Oliveira intentaría cobrar venganza después. Incluso Agnes Cesar, la madre de Ingrid, viajó al Perú desde Sudáfrica pero no dio declaraciones a la prensa y se marchó antes de que iniciara el juicio, en mayo de 1965 (Reynolds, 1966).

Más sorpresas salieron a relucir durante el juicio. El peritaje psicológico realizado a Ingrid la presentaba como una epiléptica capaz de victimar innecesariamente. Esto fue atenuado por la Fiscalía, que hizo notar que, a pesar de toda la presión a la que fue sometida en las audiencias, Ingrid nunca tuvo un ataque de epilepsia (*Caretas*, 312). El peritaje de Oliveira, por otro lado, también señalaba que se trataba de alguien con algún desequilibrio mental, a pesar de que se presentaba como una persona serena, ecuánime, reflexiva e incapaz de actos violentos. El hecho de que fuera propietario de un sanatorio mental produjo rumores: que había hecho internar a un pariente próximo “en relación con un sórdido lío económico familiar”, y que él mismo había estado recluido “temporalmente para un descanso” o que tendría que estarlo. El peritaje que lo declaraba como sereno y ecuánime tendría que enfrentar la especie, divulgada siempre por *Caretas*, de que era conocido por su irascible temperamento, así como por sus celos.

El abogado de Ingrid, Carlos Enrique Melgar (político aprista y posteriormente también abogado de Eugenia Sessarego Melgar en el proceso por el asesinato de Banchemo Rossi), sostenía la versión de su cliente: Sartorius la asedió y le rasgó el vestido, por lo que Ingrid lo mató en defensa de su honor. En sus argumentos, Oliveira no salió en toda la noche; estaba en casa cuando Ingrid regresó después del asesinato. Su estrategia coincidía con la

del “acuerdo de esposos”, el asesinato por honor cometido por una mujer casada tendría una pena leve o ninguna.

Para la PIP, Oliveira había encontrado a Ingrid y Sartorius en el Mini. Se había acercado caminando por la acera de la urbanización Corpac para no ser visto o para cerciorarse de que era Ingrid quien estaba dentro del auto. Entonces introdujo por la ventanilla derecha un revólver Smith & Wesson (que había comprado apenas dos semanas antes); Ingrid trató de impedir que disparara, forcejeó, pero Oliveira la apartó con la mano izquierda y disparó tres veces con la derecha. Sartorius levantó ambos brazos para protegerse y las balas lo alcanzaron en un dedo y un brazo. Abrió la puerta del vehículo, salió y recibió el cuarto disparo por la espalda. Dio varios pasos, cayó de rodillas y se desplomó. Finalmente se dio la vuelta o lo volteó el homicida para saber si seguía con vida. Resalta que en este recuento no hay quinto disparo. La PIP sostuvo la culpabilidad de Oliveira con la evidencia que se encontró —delante de los periodistas—: un pelo y un botón de la camisa de Oliveira. Oliveira se había dado cuenta de la falta del botón a la mañana siguiente, antes de la prueba de parafina, la cual, aunque fue realizada mucho después del límite de dos horas que garantiza su fiabilidad, probó que había pólvora en ambas mangas del saco de Oliveira, así como en la zona entre el índice y el pulgar.

Mientras se llevaban a cabo las audiencias del juicio, una bomba estalló en las inmediaciones del Palacio de Justicia, hecho que no resulta ajeno a estrategias de desequilibrio psicosocial usuales para los servicios de inteligencia, pero no hubo pistas de su origen ni de la mano de Schwend y sus cómplices en ello. Finalmente, en julio de 1965 los jueces declararon culpable a Ingrid Schwend y la sentenciaron a un mínimo de seis años de prisión y a pagar una indemnización de cuarenta mil soles a Olenka Dudek, viuda de Sartorius (Reynolds, 1966). Esta sentencia significaba que Ingrid saldría de prisión el 12 de diciembre de 1967 (la sentencia asumía como parte de la condena el tiempo de custodia ya servido durante el proceso). Pronto se empezó a especular —*Caretas* empezó a especular— sobre una rápida liberación de Ingrid, gracias a la relación de Oliveira con Víctor Raúl Haya de la Torre (extraña consideración si recordamos que en 1965 Haya de la Torre era oposición, aunque la alianza entre el Apra y el odriismo era mayoría parlamentaria) o a algún intercambio de dinero (*Caretas*, 324, enero de 1966).

A principios de 1967, *Caretas* presentó a Ingrid ya indultada. Había cumplido dos tercios de su condena y planeaba divorciarse de Oliveira en forma amistosa (*Caretas*, 344, enero de 1967). Había pasado diecisiete meses

en custodia pero no había ido a prisión sino a un hospital vecino del Palacio de Justicia, la Maison de Santé de la calle Miguel Aljovín.

Caretas, que no mucho tiempo atrás entrevistaba a un sonriente don Federico sobre la llamativa operación Bernhard y los tesoros nazis del lago Toplitz, cubrió más que pormenorizadamente —podríamos decir que con morbosa saña— el proceso que puso a don Federico en las páginas policiales. Si consideramos que esta publicación se considera en el Perú “periodismo serio”, podemos imaginar las páginas de los diarios alarmistas, algunas de las cuales fueron conservadas en los archivos de Schwend. Tan grande fue su repercusión que su amigo Herbert John le preguntó quién había llevado la historia a la revista alemana *Quick*, y como sabemos, hasta Skorzeny mencionó con desprecio el escándalo Sartorius, si bien su descripción errónea de los hechos indica que no leyó bien las notas o no les dio mayor importancia.

Las relaciones de don Federico con su hija nunca se restablecieron. En una carta al periodista Löhde de *Stern*, que le había preguntado por ella en 1966, confesó que no la había visto: “no sé si todavía está por acá o ya ha viajado al África” (HIS, Schwend Archiv, 2). Pero si algo podemos concluir del proceso, es que los misterios y los cambios de testimonio; las versiones contradictorias de distintas autoridades de investigación y la tesis que señalaba a su yerno como culpable, todos estos elementos muestran la capacidad de manipulación que Schwend desarrolló dentro de la PIP durante el gobierno de Belaúnde, cuando esta institución protagonizó los mayores escándalos de corrupción que el Perú conocería hasta la llegada del fujimontesinismo. Por último, si fuera cierto el testimonio de quien dijo ver a un grupo de hombres en la escena del crimen, podemos imaginar a los matones croatas de don Federico, que aparecen en los testimonios de Schneider-Merck. A esto se refería John cuando comparó el asesinato de Bancharo con el de Sartorius: a la posibilidad de que el crimen hubiera sido planeado desde Santa Clara para deshacerse en un solo movimiento tanto del amante indeseable como del aborrecido yerno.

CAPÍTULO XI

ENTRE ESPÍAS Y PERIODISTAS

STROHEIM Y OBERMÜLLER

Hemos mencionado la relación de Schwend con el periodista Herbert John, nacido en Hamburgo el 9 de mayo de 1931, y llegado al Perú como corresponsal independiente para *Der Spiegel*. Eventualmente establecería una relación con Luis Banchero Rossi, quien lo incorporaría a *Correo*. John no era un periodista de formación, aunque publicaba textos en medios peruanos y alemanes, sino un “experto en máquinas de impresión gráfica”, según relata Edgardo de Noriega en respuesta a nuestra consulta expresa. Lejos de ser un periodista ejemplar desde el punto de vista ético, John compartía un interés con don Federico: la compraventa de información. Tuvieron una relación conflictiva, de socios en un inicio, cómplices en negocios diversos, y quedaron más tarde enemistados, intentando cada uno embolsar en prisión al otro. John jugó un papel activo en muchas situaciones de la vida de Schwend a lo largo de los años 60 y, sin duda, fue protagonista central en su caída.

Ya desde sus primeros contactos documentados en los archivos, la comunicación entre ambos se daba en un lenguaje críptico. En una carta dirigida a La Estrella, que John firmó como “Juan Correo”, le informaba a Schwend que viajaría a África y le pedía que enviara la correspondencia a su dirección en Hamburgo dirigiéndola al alias *Obermüller*. Por su parte, Schwend tomaría en muchas de sus cartas a John el pseudónimo de *Stroheim*.

La CIA no llevó un expediente específico para John; aparece sólo en unos cuantos documentos y no parecía una figura central. Esos documentos corresponden a los expedientes de Schwend y de Mengele; en el primer caso a mediados de los 60 y en el segundo en los 80. La agencia reportaba en febrero de 1966 el enlace de Schwend con varios otros sujetos entre los que se contaba a John, ciudadano alemán “posiblemente idéntico al Jones de la

referencia” (aunque se desconoce dicha referencia y este alias no se volvió a mencionar). Los otros eran la “prominente familia de Lima, Miró Quesada, propietarios de *El Comercio* [...], Guillermo Ramírez y Berríos, abogado de los Miró Quesada y de Schwend [...], Alberto Tabora, ex mayor de la Fuerza Aérea Boliviana y Fernán Altuve, exiliado venezolano [...]”, todos ellos protagonistas de sucesos que conoceremos en las siguientes páginas. La CIA volvería a requerir antecedentes sobre Herbert John en un par de memos más (incluyendo indicaciones a mano para extender la búsqueda a los archivos del FBI) en los que el centro de atención era Schwend, pero no encontraría nada de llamar la atención, excepto por la sospecha de que John tenía algo que ver en los “negocios ilícitos” de don Federico, como la venta de armas a derechistas bolivianos y venezolanos o a Indonesia, o con el “complejo Palisi/Tidow/Reich/Swend”, una fallida red de espionaje que describiremos al final del presente capítulo. A pesar de estas advertencias sobre John, la CIA lo describió como “escritor para revistas peruanas y alemanas, actualmente miembro del *staff* de *Correo*, muy cercano a Luis Banchero Rossi, magnate de la harina de pescado y propietario de *Correo*. Viaja con frecuencia a Europa y a los Estados Unidos”.

Como ejemplo de su forma de ejercer la profesión periodística, en enero de 1966 un artículo de John en *Correo* llegó a los ojos de la CIA pues en él se denunciaba como agente secreto a su servicio a un representante de la ayuda católica en República Dominicana, y este protestó pidiendo a la agencia que diera explicaciones a su obispo. El artículo de John mencionaba que este sujeto, William J. Fitzpatrick, había sido propietario de un restaurante en Cuba y había formado parte de los Cuerpos de Paz en Cusco, cosas, ambas, que el redactor del informe secreto confirmaba como verdaderas entre paréntesis. Como secuela de esta información, la agencia movilizó recursos en Lima para saber qué buscaba John al publicar esa información sobre Fitzpatrick, sospechando que fuera parte de una gran operación de inteligencia enemiga para acusar a los Cuerpos de Paz —organismo creado por Kennedy como voluntariado para apoyar la Alianza para el Progreso— de ser una cobertura de la inteligencia estadounidense. Pero los contactos de la CIA entre los periodistas locales aseguraron que la nota se había publicado simplemente porque “era de interés”, y que nadie en *Correo* se habría tomado la molestia de verificar las fuentes del alemán (FOIA, Schwend, 0107, 0109).

John había colaborado también con *Caretas*, pero fue sacrificando independencia al estrecharse su relación con Banchero. Según sus propias palabras, en algún momento Banchero lo visitó en Hamburgo y le pidió “que

volviese a Lima, por ser necesaria la reorganización de *Correo*". Pero aun antes de que la CIA pusiera atención en John, en febrero de 1963, Schwend declaró a la CIA que John era reportero de *Caretas*, un amigo cercano y su canal de comunicación con el general Lindley, entonces presidente del Perú a través de la Junta Militar. El contacto entre John y Lindley era un tal Souza que según Schwend, estaba en actividad de contraespionaje y era amigo suyo. De John dijo que tenía muchos contactos de izquierda a pesar de no tener esa inclinación política pero, en el momento de la entrevista con los agentes de la CIA, Schwend sólo pudo recordar el nombre de uno de esos contactos rojos de John: Salomón Bolo, un religioso peruano de ideología marxista, ex capellán del ejército. De cualquier modo, la CIA ya había decidido no entablar relación alguna con Schwend y esta información fue archivada.

La cobertura de John como periodista europeo le permitió relacionarse en las esferas del poder en el Perú. Además de Lindley, si fuera cierto lo que Schwend informó, John parecía tener una relación con el flamante presidente Fernando Belaúnde, según mencionó en alguna de sus cartas a Schwend, la posdata de un 4 de julio de 1964, en la que anunciaba un probable viaje a Lima, para el que "Belaúnde personalmente ha garantizado mi seguridad". Como periodista, John le correspondía favorablemente al presidente. Hacia marzo de 1965 planeaba escribir una historia "positiva" sobre él, aunque no sabía exactamente cuándo saldría publicada. Esta cercana relación entre John y Belaúnde fue utilizada por el periodista para que Schwend pudiera evadir su extradición a Italia, como prueba la carta que dirigió a *Der Spiegel* el 22 de octubre de 1964: "Herbert John me escribió hace algunos días que estaría de viaje en África y que no podría ubicarlo. Quisiera pedirles que telegrafíen lo siguiente: 'solicitud de extradición italiana contra Wendig stop telegrafada al presidente Belaunde a favor Wendig stop'". Schwend quedaría agradecido por la "atención" como prueba el borrador de una carta abierta que se conserva en sus archivos (no parece haber sido publicada; transcribimos respetando ortografía y sintaxis del original):

Debo agradecer en primer término a mis queridos amigos del Perú, mi segunda y acogedora Patria por las finas manifestaciones de adhesión y simpatía que me han dispensado a lo largo de estos últimos días, en que no obstante encontrarme afectado de una enfermedad infecto-contagiosa no han vasculado en acercarse a mi lecho, y de manera especial a mi médico Dr. Oscar Miró Quesada Cantuarias que me ha prodigado la indispensable

e inmediata atención médica. A estos grandes amigos, mis compatriotas espirituales, entre los que se han encontrado elementos de todos los sectores de la actividad nacional, sacerdotes, militares, banqueros y miembros de los obreros, etc., mi más profundo agradecimiento por sus reietradas expresiones de sincero y real afecto.

En lo que respecta a la solución del problema llevado a la consulta del mas alto tribunal de Justicia de la República, estoy seguro que los magistrados del Perú lo resolveran con estricta sujeción a las normas de orden juridico. No existiendo tratado de Extradición con el gobierno de Italia, abundar en mayores especulaciones sería impráctico y no es propósito mio ni de mi abogado interferir en el fallo que estoy seguro habrá de insidir en la no procedencia de la solicitud planteada. Por otra parte maestros de derecho, y la propia Nación, a través de su único y autorizado vocero en lo que a la institución de la Extradición concierne, vale decir el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, ya se ha pronunciado en forma categórica.

John también necesitaba favores de Schwend. En una carta del 22 de julio de 1965, le contó a don Federico que ya estaba de regreso en Hamburgo, y le explicó que el retraso en el aeropuerto se había debido a que la PIP había “olvidado levantar la orden de arresto”, una orden de arresto que había sido emitida luego de que la esposa de John lo acusara de secuestro de menores —se había llevado a Europa a su pequeña hija sin el consentimiento de la madre—. Don Federico había movido sus influencias en la PIP de Campos Montoya para salvar a John, y este agradecía la ayuda. No sería la única vez; el proceso que su esposa estableció contra él por el secuestro de la hija fue extendido a territorio alemán y John buscó nuevamente ayuda en don Federico para encargarle que verificara que la niña tuviera pasaporte peruano pues, si él intentaba “obtener un pasaporte para Madeleine [su hija] aquí, podría ser arrestado por secuestro infantil”.

Mientras sus relaciones fueron cordiales, Schwend confió en John para distintos negocios y encargos. En una de sus comunicaciones (de abril de 1965), John comentaba a Schwend que “el título de cónsul se pagaría en 150 000 marcos”. Más tarde, en una carta de *Obermüller* (John) a *Stroheim* (Schwend) del 22 de septiembre de 1965, John abordó la venta del cargo de cónsul general de Bolivia ofreciendo candidatos y pidiendo información sobre los precios de los nombramientos (volveremos al tráfico de cargos diplomáticos bolivianos en el capítulo XIV). También espionaje: en la carta de abril de 1965 que mencionamos arriba, John habló de que él podría encargarse “de los micrófonos”. Correspondencia entre ambos de algunos

meses más adelante nos permite ver que John participó con Schwend también en acciones de extorsión; entre ellas, la carta del 22 de septiembre de 1965, mencionaba, probablemente con el fin de extorsionar, unas “operaciones ilegales” en Alemania del “judío alemán Wiedemann (Armin)”, empresario radicado en el Perú. *Obermüller* había hecho un recuento de la información sobre Wiedemann dada por la prensa en Alemania:

[...] como hace algunos años la Volkswagen no podía vender suficientes autos en Estados Unidos, se estableció toda una mafia aquí para ingresar autos al mercado negro estadounidense. La oficina de finanzas de Hamburgo afirma que Wiedemann, quien sólo desempeñó un papel menor, habría percibido ilegalmente un millón de marcos, por lo que está siendo acusado de estafa fiscal. En el caso también está involucrado el Thyssenbank en Berlín.

Schwend también utilizó a John y su influencia en la prensa para conseguir fines específicos, como el que se delata en una carta del 8 de enero de 1965, en la que sugirió a John que hiciera “algunas revelaciones” en los medios, relacionadas con el Banco Continental y sus “ventajas” ante procesos de sucesión de empresas locales, entre ellas la de la hacienda Batán Grande, propiedad en la que se encuentran importantes vestigios arqueológicos cuya característica era el uso de metales preciosos. Sabemos que el tráfico de piezas arqueológicas no le era ajeno a don Federico. Y el acceso de John a las páginas de *Caretas* y *Correo* sirvió para publicar esos reportajes positivos sobre don Federico “el del lago”, que desviaban la atención hacia otro lado que no fuera el escándalo Sartorius.

Uno de los negocios de Schwend fue la venta de información sobre el paradero de sus ex camaradas nazis a la prensa, especialmente a la alemana. Con la ayuda de John, Schwend hizo dinero manipulando información y desinformación, especialmente respecto a la ubicación de personajes como Bormann o Mengele. El 7 de enero de 1966, por ejemplo, Schwend “sembró” una historia sobre Bormann en la curiosidad de John: mencionó a un “Padre Agustín”, supuestamente un alias de Bormann, que había vuelto de Alemania, y continuó con una serie de extrañas revelaciones con las que buscaba desinformar groseramente a John: que este “Padre Agustín” tenía una propiedad en las cercanías de Wurzburg, desde donde había estado escribiendo a una hermana alemana en La Paz; que conocía gente que le había ayudado y que, en agradecimiento, le había entregado partidas de nacimiento en blanco; que había vivido con el arzobispo de La Paz,

Abel Antezana y que este tenía fotos de “Agustín”. Y aquí aparecía el truco: Schwend argumentaba no tener medios económicos para seguir las pesquisas en Brasil (lo veremos utilizando el mismo ardid en busca de una tajada con otros periodistas en otros casos).

Por su parte, John intentó vender la información sobre el paradero de Bormann a la revista *Stern* a través de uno de sus periodistas principales, Gerd Bucerius, pero Nannen, el propietario y editor principal —viejo conocido de Schwend— no la compró; ya se había decidido por otra historia, “Mi vuelo con Bormann”, con la que se inauguraría “la campaña de cinco años de la revista para enterrar a Bormann” (Farago, 1974, pp. 360-361). Desde algunos años antes, Schwend venía manteniendo vivo el interés de John en Bormann mediante desinformaciones como la que figuró en *Correo* el 4 de febrero de 1964, que tuvo resonancia y fue reproducida en la prensa mundial. La nota señalaba que el Servicio Secreto israelí había pedido autorización a la PIP para que un equipo de agentes especiales cruzara la frontera peruana-chilena, en una “misión supersecreta”, para capturar a Bormann, localizado en Arica. John había mordido el anzuelo de Schwend y, con impacto internacional, Farago había mordido el de John. Según Farago, Schwend habría sembrado la falsa información en la PIP con el anuncio de que un comando israelí estaba en el Perú planeando en la frontera la operación, y cuando la PIP hubo puesto atención en el caso, Schwend lo filtró a la prensa; la información fue luego corroborada por una fuente “impecable” de la PIP.

Sabemos que las versiones de Farago deben ponerse en cuestión, y al mismo tiempo creemos que el autor efectivamente pudo haber visto documentos de los archivos de Schwend que después desaparecerían; debemos limitarnos a recordar lo que Farago escribió. Según él, Schwend sembró también, en marzo de 1964, otra pista falsa, esta vez en Brasil, donde un ex nazi “demente”, Richard Rolnik —quien en realidad sería un hermano de Bormann—, se había presentado ante la policía para revelar que Martin Bormann estaba viviendo en Mato Grosso. Farago identificaría también otra desinformación sembrada por Schwend en marzo de 1971 en la revista *Siete Días* de Bogotá; esta vez Bormann había sido visto en el sur de Colombia y la historia había terminado en el arresto de un refugiado alemán que no tenía nada que ver con los nazis. Farago sospechaba que Gehlen recibía información interna del BND sobre Bormann, probablemente relacionada con Schwend, pues el autor estaba seguro de que Schwend tenía una “alianza laboral con los servicios secretos de ambas Alemanias, añadiendo su protección clandestina a la que ya disfrutaba en Perú a través de

su conexión con la PIP [...] y el servicio de inteligencia militar” (Farago, 1974, p. 300). La última vez que Schwend hablaría del paradero de Bormann, John ya se habría convertido en su enemigo mortal. El registro de la casa de Santa Clara después del asesinato de Banchemo arrojaría “una fotografía enmarcada de Martin Bormann, el delfín de Hitler” (De Hoyos, 1984, p. 230), y el juez Santos Chichizola querría saber por qué. Schwend intentaría ahorrarse explicaciones poniendo a la venta, una vez más, lo que [no] sabía acerca de el ex nazi.

Otro de los intereses de John era Mengele y pidió a Schwend pistas sobre él. Su interés parece haber despertado cuando el nombre del “ángel de la muerte” salió a relucir en la cobertura de prensa de la Asamblea General de la Interpol celebrada en Caracas en octubre de 1964 y recurrió a don Federico en busca de algo por explotar. John sospechaba que la atención puesta sobre el “médico” nazi fugitivo lo llevaría a refugiarse en el Perú o Ecuador, así que le pedía que estuviera atento. Como si fuera necesario, adjuntó “una foto de Josef [Mengele] de unos cinco años de antigüedad. [...] Probablemente viaje bajo el nombre Kremer”. Schwend correspondió, al igual que sobre Bormann, con desinformación. En una de las cartas escribió, por ejemplo:

El señor Treuburg o también von Sonnenberg alardeó aquí que sería médico. Se me ha confirmado por medio de gente intachable que este hombre estuvo antes en Paraguay, luego en Argentina. En ambos países, él se ha mostrado como un gran amante de muchachas, a quienes les promete matrimonio, etc. y el mismo juego lo hizo aquí. Sabe si Joseph siente que está siendo vigilado? Calculo que su edad ronda entre 55 y 60 años. Buena figura, bien vestido.

En una carta del 14 de enero de 1965, John escribió a Schwend desde Hamburgo que Mengele no estaba en Paraguay sino en Uruguay, según se lo había informado un misterioso Von Eckstein, que además una semana después de encontrarse, se había mudado de Paraguay a España. Veinte años después —la segunda parte de la presencia de John en los archivos de la CIA: el expediente Mengele—, según un informe de circulación interna de la CIA de febrero de 1985, se sabía que Alexander von Eckstein era un inmigrante ruso afincado en Paraguay que decía tener una larga relación con Mengele. Von Eckstein dijo que Mengele comenzó a ir a Paraguay desde mediados de los 50, cuando tenía establecida su residencia en Buenos Aires, y que habría obtenido la ciudadanía paraguaya en 1959 y vivido en Asunción hasta 1965;

luego se habría mudado a Brasil, pero habría continuado visitando Paraguay en los 60. Decía conocer exactamente dónde habría vivido Mengele en Brasil y que podía averiguar si estaba vivo. También “confesó” haber obtenido información sobre el paradero de Mengele para un embajador de Alemania Occidental en Brasil, aunque este pidió que se retuviese la información para no tener que verse presionado por la prensa para la extradición del fugitivo (paradójicamente, este embajador timorato no estaba en la lista de embajadores alemanes occidentales en América Latina que compartían la particularidad de ser ex nazis, según publicó el *Democratic German Report* de Alemania Oriental, del 1.º de diciembre de 1971). En 1974, Farago añadió que Von Eckstein había sido la cabeza del partido nazi en Paraguay durante la Segunda Guerra Mundial.

Hoy sabemos que Bormann murió al salir del bunker y no pudo haber estado en el Perú, pero Mengele sí se movió a sus anchas en el continente y nada le impedía cruzar los Andes. Hubo, de hecho, información que señaló su presencia en el Perú, aunque después de muerto don Federico: Hedda Schwend dijo que Mengele la había visitado junto con Barbie. La policía aseguraba tener testigos que lo vieron (Astor, 1985, p. 230).

Además de Mengele y Bormann, John estaba tras la pista de Rudy Eder, un oficial de la Wehrmacht al que pretendieron extorsionar a través de información que Schwend quiso vender a John. Eder, según Schwend, era un hombre importante en el ejército alemán, destacado en Italia, donde contrajo matrimonio. En algún momento se habían mudado a Nasca, Perú, donde Eder administraba un hotel. Schwend añadió que Eder era probablemente un nombre falso y que el ex oficial tenía fuertes motivos para no usar su nombre verdadero.

Entre los asuntos de Schwend en los que John jugó algún papel están el tráfico de armas (“máquinas de escribir” es la clave para referirse a ellas) en la frontera boliviana; el caso de Binder, que John llevó a las páginas de *Der Spiegel*, y hasta propuestas para participar en el lucrativo tráfico de especies animales exóticas, para lo cual sugirió usar la empresa de aviación de carga RIPSA, la misma que aparecería hacia el final del régimen de Belaúnde como principal implicada en los escándalos de contrabando (las oficinas de RIPSA estaban a la vuelta de las de Motor Import, la agencia Volkswagen donde trabajaba Schwend; todo quedaba entre vecinos en el barrio de la corrupción). No faltan en su correspondencia, como era de esperar, menciones a los archienemigos de Schwend: Spitz, Lenz y Miedl, a los que sumaría a Fritz Karnatz, esperando que John hiciera algo para cerrar el cerco sobre ellos desde Alemania.

John también intentó ayudar a Schwend en el proceso de Bolzano por el asesinato de Kamber, ofreciendo primero intervenir a través de la prensa para establecer su inocencia (luego pidió disculpas por no haber podido hacerlo a tiempo, lo que también nos habla de un hombre con agenda propia), y después, como sabemos, movilizándolo su “influencia” con el presidente Belaúnde para evitar la extradición. Quizá como otra muestra de agradecimiento, Schwend recomendó a John ante otro presidente sudamericano “amigo suyo”, el siniestro Stroessner, que ya sumaba una década de férrea dictadura militar cuando Schwend le escribió (el 25 de julio de 1964):

Permítame transmitirle estas líneas para presentarle al señor Herbert John, actualmente residente en Hamburgo. El señor John es conocido desde hace años como un hombre de prensa internacional muy serio. He hablado muy a menudo con John sobre su hermoso país y John tenía el deseo de conocer su país y a Su Excelencia como el líder de la nación. Estoy convencido de que una conversación con John le traerá muchos recuerdos interesantes.

Schwend firmó con su nombre y el título de “ex comandante del Sonderstabes Generalkommando III, germ. SS Panzerkops”, el cargo de oficial de las SS que se le asignó sin ser un SS para que manejara la distribución de la operación Bernhard, el mismo que se convertiría después (véase la sección sobre Nannen en el capítulo XIV) en un disparo en el pie, pues no había en ningún archivo relación alguna entre este cargo, a nombre del Dr. Wendig, y el apellido Schwend. Pero el interés de John en Paraguay era localizar a Mengele, amigo y protegido del dictador, así que más adelante, en enero de 1965, al darse cuenta de que no sería tan sencillo mantener a John dentro de los límites que Schwend deseaba, optó por advertirle: “No vaya más a Pa[raguay], allí lo harán carne molida”. En Asunción, John se había reunido con Von Eckstein y con otro sujeto de nombre Krug, y a ambos les había hablado de Schwend, lo que parece no haber sido de su agrado. Pronto aumentó la desinformación con que nutría a John, esta vez actuando en contra y a espaldas de Stroessner. El 7 de mayo de 1965 le ofreció un informe sobre Stroessner: “cómo vive, cómo duerme y come desde hace tres años”, y comentó, como si se tratara de un asunto marginal, que Stroessner estaba involucrado en un proceso clandestino para hacerse ¡con bombas atómicas!: “Lugar de aterrizaje oculto con bombas A en el Chaco, etc.”. En una de esas cartas, en enero de 1965, Schwend también trató de despertar el interés de John por la presencia del depuesto presidente boliviano en Lima, Paz Estenssoro. Y en otra —los ejemplos pueden seguir y

seguir— Schwend solicitaba al periodista que publicara material favorable a la PIP, no mucho antes de que se dieran a conocer los escándalos de corrupción que investigaba el diputado Vargas Haya; a fin de cuentas, ¿no había conseguido don Federico, a través de su amigo el general Campos Montoya, director de la PIP, que se archivara una orden de arresto contra John?

Podemos observar indicios de que su relación se deterioraba en una carta de Schwend del 8 de enero de 1965; el pretexto parece ser dinero, pues en esta y en otras ocasiones subsecuentes don Federico se quejó de que John no estaba aportando los recursos necesarios para pagar sus “servicios”. Alrededor de un año más tarde, Schwend filtraba a la CIA información sobre John: una nota informaba que John había sido despedido de *Correo* por “intrigante y problemático” —lo que, según el acusado, era falso—, y que tampoco estaba activo en *Caretas*. Incluso en el momento crítico posterior al asesinato de Banchemo, Schwend utilizó supuestas rencillas entre el magnate y el periodista alemán para indicarlo como sospechoso. A la vez circulaban rumores entre la comunidad periodística limeña, probablemente sembrados por Schwend, según los cuales John trabajaba para grupos israelíes en la búsqueda de ex nazis articulados en torno de Bormann y Mengele.

Hasta determinado momento, entre mediados y fines de 1965, la búsqueda de nazis parecía un negocio rentable. Farago escribió que Schwend y Barbie pidieron cinco mil dólares a la revista *Quick* por la historia de Bormann y las pruebas “irrefutables” de su paradero, pero Barbie —a fin de cuentas un nazi leal como ninguno— abandonó el trato. Schwend siguió; añadió más supuestas pruebas y duplicó el precio. Farago menciona la participación de un tercer sujeto, Wolfgang Bethke (o Bethke), como encargado de ofrecer la historia de Bormann a Gerd Bucarius, de *Stern*, por setenta y cinco mil dólares, aunque no menciona que Bethke era un enlace de John (Farago, 1974, p. 360). Otro historiador, Guy Walters, afirma que Barbie y Schwend engañaron a John, atrayéndolo al Perú bajo la promesa de concertar una entrevista con Bormann y que obtuvieron de él varios miles de dólares para luego informar a la policía peruana que era un traficante de cocaína, forzándolo a huir (2009, p. 262).

La puesta a la venta de la primicia sobre Bormann hecha por John y Bethke fue el detonante del pleito con Schwend. Don Federico debe haber arduo de ira al enterarse de que los cinco o diez mil dólares que él esperaba por algo así se habían convertido en setenta y cinco mil entre John, Bethke y Bucarius. Por otra parte, a pesar de las constantes pistas falsas de Schwend, John se estaba acercando a Mengele. Con el fin de detener al

periodista, Schwend escribió el 12 de mayo de 1966 a la Oficina Federal de la Policía Judicial en Wiesbaden, para denunciarlo como agente vinculado con servicios de inteligencia extranjeros, además de participar en “negocios oscuros” que no sólo consistían en información, fuera periodística o de inteligencia. Para John, todo esto significaba que Schwend “sabía demasiado” sobre él. Tampoco habría podido suponer, cuando en reuniones informales había comentado su temor de que alguien pudiera atentar contra la vida de don Federico, que este utilizaría eso en su contra, con testigos y documentos que se había cuidado de elaborar, para denunciarlo por conspiración de asesinato: el temor de un amigo por otro, en manos de Schwend, se había convertido en amenaza de muerte. Finalmente, el 8 de noviembre de 1966, Schwend cumplió la amenaza: denunció ante la Dirección General de la PIP que Herbert John había ordenado su asesinato, y la PIP lo informó a la Interpol en Wiesbaden, Alemania (Archivo Penal de Lima, 9no. Juzgado penal, 1972, 0000571).

El 24 de mayo de 1966 Schwend había enviado dos cartas de similar contenido a *Stern*, una dirigida a la revista misma, la otra a su empresa editora, Gruner u. Jahr G.m.b.H. Ambas cartas informaban que John y Betheke, quien se presentaba a sí mismo como funcionario criminal de la *Bundesverfassungsschutz* (Oficina Federal de Protección de la Constitución) y a quien John se refería como funcionario del BND —la oficina de Gehlen—, habían cometido ciertas fechorías a su paso por Bolivia y el Perú. Betheke se había llevado documentos contables de Schwend por un valor de más de mil dólares, prometiendo que los devolvería a su retorno de Bolivia, pero no volvió, siguió de frente hasta Alemania. Cualquier pretexto sembrado por Schwend terminaría por llevar a John a prisión en Checoslovaquia en 1967. Algún tiempo después narraría a su amiga Lo Stein su versión de esta historia:

Hace poco estuvo [en Lima] un ministro alemán, cuyo nombre no recuerdo. En su séquito y como parte del equipo de televisión estaba un hombre llamado Herbert John. John fue capturado hace unos 3 años en Checoslovaquia, allí fue volteado [ideológicamente]. No queda duda que también es un agente de Praga. John y un hombre defensor de la Constitución Federal querían “apresar” al hombre B [Bormann], una historia simpática que te contaré cuando estés aquí. John recibió el dinero de Bauer [Fritz Bauer, cazanazis, fiscal de Hesse], que a su vez venía de la embajada israelí en París y, como doble cosido agarra mejor, entonces se llenó con una rica familia judía, condujo con el hombre del arriba mencionado club [Betheke] a L.P.

[La Paz] y ahí sin dejar el hotel, en medio de la noche y niebla,¹ nuevamente huyó porque él y el hombre tuvieron miedo. (HIS, Schwend Archiv 38-27 Familie)

Hacia 1967, Schwend y John se habían enemistado definitivamente. John siguió adelante con sus responsabilidades en *Correo*, probablemente también con sus “negocios oscuros”, hasta que la coyuntura del asesinato de su jefe, Banchemo Rossi, lo puso de nuevo en el camino de don Federico. Cerró filas con el defraudado Schneider-Merck; usó sus relaciones con la prensa europea para poner a Altmann, ya identificado como Barbie, en el escritorio de Beate Klarsfeld, y sustentó los testimonios que acusaban a Schwend de tráfico de divisas, además de proporcionar al proceso elementos que lo vinculaban con la red clandestina de nazis en el exilio.

Poco después del asesinato de Banchemo, en febrero de 1972, Schwend escribió un memo sobre John: estaba preparando una revancha por haber revelado la identidad de Barbie a los Klarsfeld. Lo acusaría de haber encabezado “la campaña periodística contra Klaus Altmann” y contra él. Resumió la vida privada del periodista: su matrimonio por interés y su violenta separación; el secuestro de su hija con la ayuda nada menos que de Enrique Zileri Gibson, director de *Caretas*; su relación con Banchemo y con revistas peruanas y alemanas. Mientras trabajaba para *Caretas*, *Correo* y *Der Spiegel*, actuaba como “agente para los alemanes, los franceses y los israelís”; se había dedicado a la “venta de informaciones auténticas y falsas; caza de personas. Durante uno de esos intentos fue detenido por los oficiales en la frontera de Checoslovaquia” y condenado a dos años de cárcel. Banchemo le había conseguido un abogado ahí y le había enviado dinero, pero John no había estado inactivo y había negociado su salida poniéndose al servicio de Tito.

Finalmente venía la inculpación: el último empleo de John, anotó don Federico, había sido en una de las empresas del fallecido Banchemo, “donde fracasó igual que en sus empleos anteriores”: como gerente de Editoriales S. A., empresa en la que debía fundar las revistas *Patricia* y *Pesquero*. Sin embargo, en noviembre de 1971 tuvo “una fuerte disputa con Banchemo”, al final de la cual el magnate le anunció su despido para “finales de diciembre”. La carta estaba sobre la mesa: John tenía un móvil para matar a Banchemo.

¹ El uso de esta frase, “noche y niebla”, por Schwend tiene un perverso doble sentido: fue el nombre que se dio al decreto que convertía en política del Tercer Reich la eliminación de toda oposición al régimen en territorios ocupados (*Nacht und Nebel-Erlass*). Un ejemplo entre muchos es la actividad de la Gestapo a cargo de Barbie en Lyon para la desarticulación de la Resistencia. La frase, traducida al francés, *Nuit et Brouillard*, es a su vez el título del documental que Alain Resnais dirigió usando metraje incautado a los nazis (1956).

John siguió obsesionado con Mengele y, aunque no llegó a cercarlo, se aproximó a él lo suficiente como para volver a captar la atención de la CIA a mediados de los 80, cuando Schwend ya había dejado de existir. El grueso expediente sobre Mengele en los archivos desclasificados de la CIA contiene cinco documentos en los que aparece este peculiar periodista alemán, ahora radicado en Nueva York, que en abril de 1985 dio información sobre Mengele a los Marshalls de los Estados Unidos (una fotografía y la noticia de que el nazi se escondía en Punta del Este), a través de una subfuente en Uruguay, un judío argentino de nombre Sztemberg, adinerado y dispuesto a “poner hombres, dinero, armas y apoyo logístico en cualquier operación para capturar a Mengele”. Pero la CIA desestimó la información después de cruzarla con otras fuentes: Uruguay no ofrecía a un fugitivo como este la seguridad que necesitaba.

Un par de meses más tarde, en junio de 1985, la policía brasileña descubrió los restos de Mengele en el pueblo de Embu, cerca de São Paulo, después de que autoridades de Alemania Occidental encontraran cartas que sugerían que el “ángel de la muerte” había fallecido de un ataque al corazón mientras nadaba cerca de esa ciudad brasileña en febrero de 1979 (Goda, 2005, p. 430).

EL “COMPLEJO PALISI/TIDOW/REICH/SCHWEND”

En marzo de 1966 un peruano de origen alemán, Juan Tidow Molfino, se acercó a la embajada estadounidense en Lima para ofrecer información sobre “actividades nazis” en América Latina y “conexiones de la KGB con grupos nazis, etc.” Aunque los agentes que reportaron esta información la calificaron de dudosa, fue enviada a la sede central de la CIA solicitando “comentarios”. Tidow argumentaba que durante la guerra la inteligencia estadounidense lo había buscado para que proporcionara información sobre nazis en el Perú, a lo que no había accedido por “razones familiares”. A principios de 1966 su padre había fallecido, “lo que lo dejaba libre para actuar directamente contra remanentes de grupos nazis que aún operaban en América Latina, pero ahora en colaboración con comunistas y la KGB”. Sus declaraciones, aunque llenas de contradicciones, no dejan de ser interesantes.

Tidow era amigo de Schwend; lo describió para la CIA como involucrado en la operación Bernhard, pero dijo también algo de lo que no teníamos sospecha, aun cuando hemos seguido a Schwend en sus viajes a la Unión Soviética antes de la guerra: que habría sido reclutado por los soviéticos en ese tiempo. Un par de meses antes de contactar a los agentes estadounidenses, es decir a principios de 1966, Tidow conoció en la casa de Schwend a un hombre que se identificaba como Werner Reich, aunque el mismo individuo aseguraba que ese no era su verdadero nombre “sino uno de sus muchos alias”, y que era un “agente profesional” que trabajaba para “varios grupos”. Tidow le habría mencionado a este Reich que estaba interesado en contactar a la CIA para informar sobre actividades nazi-comunistas en América Latina, y aunque Reich le advirtió sobre los peligros de trabajar en inteligencia, de cualquier modo le ofreció realizar el contacto. Siguiendo las instrucciones de Reich, Tidow escribió a Joseph J. Palisi, supuesto agente de la CIA de alto rango a quien Reich habría conocido en Asunción, Paraguay, años antes. En la carta que envió a Palisi, Tidow ofrecía a la CIA “información muy significativa” y pedía por ella ¡cinco millones de dólares! Tal vez como “carnada”, adjuntó a su carta la fotografía de un supuesto jefe de una red nazi-comunista en América Latina. El agente Palisi no respondió y Tidow insistió con una nueva misiva, esta vez acompañada de un ultimátum: si no recibía su respuesta antes del 7 de abril, no habría trato. Pero el 19 de marzo Reich avisó a Tidow que la información “se había filtrado”. Ahora los comunistas estaban al tanto de su intención de contactar a la CIA y exigían que les proporcionara un informe escrito completo de lo que quería enterar a los estadounidenses a través del propio Reich.

Parece una película de espías de bajo presupuesto: Tidow quiso saber “detalles” como a qué comunistas se refería Reich, y recibió de este como respuesta que no se le permitía hacer ningún tipo de pregunta y que debía cumplir la orden “o sería eliminado”. Tratando de ganar tiempo, Tidow le dijo a Reich que sólo haría contacto con los comunistas si era directamente a través de un oficial de la KGB. Reich parece haber retirado la amenaza y respondió que vería si había posibilidades en ese sentido. Según su propio testimonio, a partir de entonces Tidow fue puesto bajo vigilancia y por ello había tomado la decisión de acercarse a la embajada estadounidense en Lima, “para tratar de poner en claro todo el incidente”. El agente que lo entrevistó entonces lo describió como un hombre muy nervioso, seducido por el “romanticismo” del espionaje y que se presentaba como amenazado de muerte, lo que podría ocurrir en las siguientes semanas.

En el informe secreto enviado a la sede central de la CIA, el agente en Lima trató de dar “una representación lógica de lo que había sido un relato entrecortado e incoherente” de Tidow (la información que para él valía originalmente cinco millones de dólares): que al final de la guerra el grupo de la operación Bernhard, “dirigido por un hermano de Heinrich Himmler”, había formado un nuevo grupo “post-Bernhard”, encargado de contrabandear fuera de Alemania planchas para falsificar dinero y dinero falso que sería utilizado después de la guerra, y que Bormann estaba involucrado en las actividades de este grupo. La falsificación de posguerra, decía Tidow, no se había llevado a cabo, pero el grupo había logrado “atrincherarse” a través de actividades comerciales en diversos países y estaba a la espera de que se dictara amnistía para los criminales de guerra, de modo que pudieran volver a Alemania Occidental para “reconstruir su poder”. Sin embargo, continuaba Tidow, la prolongación del periodo de vigencia de la persecución de criminales de guerra que se había decretado el año anterior (1965), había forzado al grupo a modificar sus planes y a colaborar con los soviéticos.

Siempre según el testimonio de Tidow, Bormann habría muerto en “Mont” el año anterior, dejando como líder del grupo a “uno de los dos hermanos de Himmler”; de él era la fotografía que había adjuntado a la carta enviada al agente Palisi con anterioridad. Lo que Tidow buscaba ahora era vender información sobre personalidades y actividades de este grupo y viajar a los Estados Unidos para establecer el trato (y salvarse de la amenaza de muerte que pendía sobre él).

Las declaraciones de Tidow incluyen una serie de fantasías que probablemente él mismo creó o bien que aderezan aquellas que provendrían de sus hipotéticas conversaciones con Schwend. ¿De dónde podría haber sacado Tidow la idea de que “uno de los dos hermanos de Himmler” habrían quedado a la cabeza de este grupo “post-Bernhard” del que hablaba, vinculado además con el servicio secreto soviético? Estamos ante una imagen que pudo haber sido creada en la imaginación de este personaje con románticas pretensiones de espía a partir de las piezas sueltas que flotaban en los relatos de Schwend que, como sabemos, también estaban llenos de elucubraciones pero no precisamente románticas sino producto de una combinación de fanfarronería e intereses políticos y económicos específicos. Himmler efectivamente tuvo dos hermanos: Gebhard, dos años mayor que él, y Ernst, cinco años menor. Aunque los tres hermanos Himmler pertenecieron a las SS, el mayor y el menor sólo se habrían beneficiado de la posición privilegiada de Heinrich, convertido en mano derecha (y ejecutora) de Hitler tan temprano como 1927, cuando ya tenía un lustro de ser miembro de las SS.

El menor de los hermanos, Ernst, murió en batalla el 2 de mayo de 1945; el mayor, Gebhard, que se había afiliado tardíamente al partido nazi y muy tardíamente a las SS, durante toda la era nazi realizó actividades relacionadas con la enseñanza, recibió su certificado de desnazificación en 1948 y, de un modo u otro, vivió inactivo y casi anónimo en Múnich hasta su muerte en 1982. Por supuesto, nada impide que ese anonimato lo hubiera puesto en acción solapada para ex nazis, organizaciones como ODESSA u otras expresiones de la ultraderecha en la Guerra Fría, pero ni su biografía ni su expediente en los servicios secretos apuntan a que tuviera capacidades de liderazgo u operación como las que requeriría un involucramiento con redes de nazis en complicidad con los soviéticos.

En el relato de Tidow todo es excesivo: su oferta de información por cinco millones de dólares es absolutamente inaudita y todo parece indicar que el sujeto que actúa bajo el alias de Werner Reich juega con él al gato y el ratón, incluso por la incorporación en la historia del supuesto agente de la CIA Palisi. Ni siquiera es necesario comentar lo que alegó respecto a la muerte de Bormann, una más de las innumerables menciones de ese mito que ya conocemos.

La referencia a una prolongación del periodo legal para la búsqueda de criminales en 1965 alude a una polémica que se inició aun antes del nacimiento de la nueva República Federal Alemana y terminó en 1979, relacionada con la evolución de la legislación sobre crímenes nazis: la “Cláusula de Prescripción” o “Estatuto de Limitaciones”, que durante años abrió la puerta a la fuga de criminales y sólo fue eliminada definitivamente hasta julio de 1979. Tradicionalmente, el derecho alemán tenía una cláusula de prescripción (estatuto de limitaciones en la traducción inglesa), orientada a resolver en el tiempo la posibilidad de error de juicio y a observar el principio jurídico según el cual la culpabilidad también disminuye en el tiempo. Esto significa que desde mediados del siglo XIX la persecución de crímenes como el asesinato prescribía veinte años después de fincada la denuncia. En 1943 los nazis habían eliminado este elemento, pero el parlamento alemán lo restituyó en agosto de 1953 (Monson, 1982). Además, la impartición de justicia en cuanto a crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, incluso después de establecido el gobierno de Bonn, estuvo sujeta a mecanismos temporales en los que participaban los gobiernos de ocupación, por lo que lo relacionado con los nazis tenía una legislación *sui generis*. El problema es que las fuerzas de ocupación empezaban a cambiar de agenda —la Guerra Fría— y la persecución de nazis, aunque imperativa jurídicamente, dejaba de ser prioridad en la práctica.

Para la época en que Tidow proporcionó a la CIA sus informes, en Alemania ya se encontraba plenamente en funciones la Oficina Central de la Administración de Justicia Estatal para la Investigación de Crímenes del Nacional Socialismo, también conocida como Centro Ludwigsburg, creado en 1958. Aunque el Centro no tenía capacidad ejecutiva o fiscal, sus competencias habían sido ampliadas en 1965 para incluir todos los crímenes relacionados con los nazis. Estos cambios estaban directamente relacionados con el hecho de que el periodo de persecución de crímenes como el asesinato prescribía después de veinte años y pronto facilitaría el camino de muchos fugitivos pues este tiempo se contaba a partir del 8 de mayo de 1945, último día de la guerra. Es probable que la referencia de Tidow a una “prolongación” del periodo de persecución se refiera a los cambios tanto legislativos como logísticos en el Centro Ludwigsburg que culminarían en 1979 con la eliminación de la cláusula de prescripción. En 1965 la eliminación de la cláusula de prescripción se entendía como inconstitucional: no podía ser simplemente decretada. En marzo de ese año, faltando menos de dos meses para que se cumpliera el plazo que dejaría en libertad a incontables asesinos, el Parlamento alemán argumentó que durante la ocupación por los Aliados las cortes alemanas habían sido inhabilitadas y restauró la fecha de inicio de la cláusula de prescripción a 1949, año en que se fijó el reinicio cabal de las actividades del poder judicial de Alemania Occidental. Por supuesto hubo reticencias a esta medida, considerada por algunos como inconstitucional, pero en la práctica daba al Centro Ludwigsburg al menos cuatro años más para realizar su labor. Las estadísticas muestran su efectividad: “el 70% de alrededor de 6500 arrestos de criminales nazis sólo se consiguió después de que [el Centro Ludwigsburg] prestara su asistencia” (Monson, 1982, p. 609). La polémica regresaría en 1969, al acercarse nuevamente el final del periodo de vigencia permitido por la nueva cláusula de prescripción. El constitucionalismo, argumentarían, “peligra más aún por la anomalía según la cual un asesino que debería estar preso, debe ser libre de circular en la sociedad simplemente por una cláusula de prescripción” (Monson, 1982, p. 615).

El seguimiento al alocado informe de Tidow comenzó, como dictan los procedimientos de rutina de la CIA, con la búsqueda de información (*traces*) en los archivos sobre los sujetos mencionados. Las escasas pistas en los expedientes del gobierno de los Estados Unidos llevaron a relacionar a Tidow con un Hans Tidow nacido en mayo de 1910 y probablemente miembro de las SS. El padre de Tidow, el alemán Juan Tidow senior, había sido expulsado del Perú en 1943, y había partido hacia su deportación vía los Estados

Unidos a bordo del barco Frederick C. Su dirección en Lima era Malecón de la Reserva 421; aparecía como Hans Tidow, identificado como miembro del partido Nazi en Ilo. Y aparecía también Juan Tidow como contacto con los italianos, con dirección en Malecón de la Reserva 121, Miraflores.

Es difícil establecer si Schwend conoció las delaciones de Tidow a la CIA; aunque es probable que fuera así pues un documento en su archivo sugiere que tuvieron oportunidad de hacer negocios más adelante: la copia de un borrador de dos páginas elaborado por “JTM”, más de dos años después de los hechos descritos en los párrafos anteriores. El 31 de diciembre de 1968, Tidow proponía a socios encubiertos bajo los alias de “los Tres Mosqueteros” y “el Mago” aprovechar cierta controversia relacionada con las acciones de una cervecería —Malto— y un “proyecto ecuador” en una aventura empresarial que Tidow llamó “Bigotte Negro”. Creemos que el autor era Tidow no sólo porque sus iniciales aparecen en la rúbrica del documento sino porque su contenido indica que el autor era alemán o de origen alemán: además del uso de consonantes dobles (como en “Bigotte” o “Gruppo”) y el uso de mayúscula inicial en algunos sustantivos característico del alemán, el párrafo final dice: “Escribo esta en castellano para que nuestros buenos amigos puedan leerla directamente”. El plan tenía una arista política pero era un proyecto de negocios que buscaba aprovechar la flamante coyuntura política peruana, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas: “Si por un lado se trato [sic] de preservar el concepto de justicia,” escribió Tidow, “por el otro de evitar y sancionar fallas graves contra el estado – también se trata de agradecer y obtener beneficios”. Luego aclaraba: “No sería inteligente ‘ya que estamos en la Inteligencia’ invertir nominalmente estos Beneficios en un Proyecto, que a lo largo nos aportaría enormes Beneficios, tanto a los abc como también al estado”.

Los “abc” eran los socios del proyecto: “a) los Tres Mosqueteros, b) el Mago, c) el suscrito”. El plan consistía en echar a andar una fábrica de llantas y una planta de “humo de negro”² que apuntara a sacar réditos de la situación del mercado local de las llantas, cuya calidad era infinitamente inferior a la del mercado mundial mientras que sus precios eran mucho más altos. Tidow quería tener una capacidad productiva capaz de competir con gigantes como Good Year y desplazarlo del mercado peruano, y al mismo tiempo, asociado con el gobierno que acababa de nacionalizar la industria del petróleo (pero que aún no creaba PetroPerú), tomar la posta en este rubro.

² “Humo de negro” sería el material conocido como negro de humo, un derivado de la combustión del petróleo que se utiliza para robustecer productos de goma y plástico, especialmente llantas, y que es el responsable de que estas sean negras.

De los socios que Tidow mencionó en su borrador para Bigotte Negro, Schwend podría ser “el Mago”, a quien Tidow proponía como encargado de “la parte más difícil: interesara [sic] a DDR [Alemania Oriental] abrir una VENTANA (OJO NO UNA PUERTA) en el Peru”. Por “ventana”, Tidow entendía una vía de consulta y negociación con el gobierno de Alemania Oriental; sabemos por el seguimiento de la CIA citado anteriormente, que Tidow fue uno de los canales que puso en alerta a agencia estadounidense sobre las relaciones secretas de Schwend con la Alemania comunista. Un subproducto del proyecto Bigotte Negro era político y consistía en el afianzamiento de los intereses del nuevo gobierno militar izquierdista en la “POSICION REAL DE LAS RIQUEZAS DE NUESTRO PAIS” [sic]. La incorporación de la DDR al proyecto consistía en que se encargara de “la Construccion, Equipamiento y Administracion Tecnica y Comercial de Bigotte Negro”. Finalmente, Tidow cerraba con la única desventaja que podría tener la aventura y que sería la oposición de la “DBR” (Alemania Occidental).

Con respecto a Palisi, Reich, alias o no, parece haber elegido a cualquier persona para convertirla en un oficial de la CIA con el que Tidow pudiera comunicarse. Un Joseph J. Palisi efectivamente existió, pero los documentos de la CIA no lo reconocen en ningún lado como agente (lo cual tampoco nos obliga a suponer que no lo fuera). Filántropo, catedrático de historia, de procedencia italoamericana y experto en lengua siciliana, Palisi fue jefe del departamento de Estudios Latinoamericanos del St. Francis College de Brooklyn. Su carrera comenzó durante la guerra, desempeñándose por varios años como oficial del Servicio Exterior en Génova y Palermo. Luego dirigió misiones de la organización Servicios de Asistencia Católica (CRS por sus siglas en inglés) en México y Paraguay. Una década después de los hechos de los que informó Tidow, Palisi trabajó para el gobierno estadounidense, primero como intérprete y traductor para la Seguridad Social, y luego como analista de la DEA. Se jubiló en 1990 y murió en 1993 (Howe, 1993). La referencia que hizo Reich a Tidow sobre Palisi como agente de la CIA en Paraguay indicaría que fue ahí en donde este alemán conoció al filántropo estadounidense. En los documentos desclasificados por la CIA y otras agencias bajo el Acta de Libertad de Información no hay rastros de un agente Palisi —ni Palice, como aparece su nombre en algunos documentos—, excepto por la referencia de Tidow en el expediente de Schwend. Ahí, el nombre de Palice aparece mencionado el año anterior, en junio de 1965 en referencia a una información originada más de dos años antes, en febrero de 1963, cuando Schwend parece haber hecho declaraciones sobre él

a un agente de la CIA o a algún informante. El documento es sumamente confuso, no sólo por lo distantes que son entre sí las fechas de la información (originada en febrero de 1963 y reportada en junio de 1965), sino porque la copia desclasificada ha sido fuertemente censurada y tiene anotaciones a mano que parecen contradecirse. Se trata de un informe breve, de dos párrafos, el primero de los cuales indica que John Palice se encontraba en ese momento (1963) en la ciudad de México y que quería ir a Lima para intercambiar información con un sujeto cuyo nombre está censurado. La fuente de la información reconocía que podía haber algún truco detrás de ella, pero que igualmente estaba dispuesto a reunirse con Palice. La CIA declaraba no tener ninguna referencia de Palice/Palisi. Por último, una nota escrita a mano señalaba que Palisi o quien quiera que fuera la fuente de la información, afirmaba ser el jefe de la División Latinoamericana de la CIA (que en esa época en realidad era dirigida por Thomas Polgar). El 9 de junio de 1965 la jefatura para el hemisferio occidental (WH, siglas en inglés) de la CIA respondió a las referencias del documento anterior: no había rastro alguno de Palice y ni siquiera había sido localizado en directorios telefónicos de Washington. Se sugería, de cualquier modo, “seguir el juego de Schwend y coordinar una reunión con Palice si fuera posible”. A continuación se solicitaba a un sujeto cuyo nombre está censurado, “conseguir detalles completos de la oferta de Schwend”, y averiguar “cómo explica Schwend su conexión con Palice y cualquier información adicional” sobre este misterioso personaje. Debía pedirse información adicional a los representantes o agentes del FBI en México, pero indicándoles que no llevaran a cabo acción alguna para no alertar a Palice en caso de localizarlo. Comentarios de la división WH de la CIA al final de este documento nos permiten saber que la atribución del cargo de jefe de la CIA en Latinoamérica a Palice había sido hecha por Schwend. También el 9 de junio de 1966, la CIA puso el caso Schwend-Palisi-Tidow en relación con el periodista alemán Herbert John, urgiendo a la sede central a responder con la información disponible sobre él para saber “cuáles son sus actividades y cómo se relacionan con el complejo Palisi/Tidow/Reich/Swend”.

Por su parte, el sujeto que en la casa de Schwend se identificó ante Tidow con el alias de Werner Reich, y que lo habría puesto en contacto con Palisi, fue relacionado en un primer momento con un Werner Paul Reich Bohnig, alemán nacido en marzo de 1921, también supuestamente oficial de las SS. Fue arrestado en Lima el 25 de abril de 1966 e identificado como Pierre Robert Roesch, el sujeto que habría servido como secretario de Schwend cuando Ugarte emitió su declaración y de quien hemos

sospechado que podría haber usado también el alias de Schaeffer y quizás fuera el informante de Ugarte. Además del interrogatorio al que fue sometido (3 de mayo de 1966), su expediente se completó con cartas que se encontraron durante el arresto (17 de junio de 1966). La información que proporcionó abunda sobre lo que los agentes habían llamado “el complejo Palisi/Tidow/Reich/Schwend”. La relación de Roesch y Schwend, aunque el primero trabajó para el segundo, no parece haber sido totalmente cordial. En sus declaraciones no dudó en acusarlo directamente de diversas actividades —lo que es comprensible si pensamos que estaba bajo arresto y tenía que protegerse—. Las acusaciones contra Schwend fueron recogidas en el interrogatorio conducido por la PIP (identificada con la clave “Dubrider” en los documentos de la CIA).

Roesch, aunque nacido en París, se presentaba como alemán. Había ingresado al Perú, procedente de Rio de Janeiro, el 26 de abril de 1961, utilizando un pasaporte falso emitido supuestamente en Constanza, ciudad en las riberas alemanas del lago del mismo nombre, cuyas aguas comparte con Suiza. Su primera esposa había sido una ciudadana francesa, Hélène Jeanine Delabie, ¡quien supuestamente se suicidó después de matar a sus tres hijos! Roesch había contraído segundas nupcias con Friederike Schlapp, de quien ahora estaría separado (en su declaración se refirió a ella como su ex esposa), y que vivía junto con su hija Patricia en Brixlegg, en el Tirol austriaco. Durante la guerra, Roesch se enroló como voluntario francés en el ejército de ocupación alemán y prestó servicio como teniente en un comando de las SS. Al final de la guerra fue arrestado y sentenciado a siete años de prisión y trabajos forzados, aunque después de tres años obtuvo libertad condicional por buen comportamiento y abrió una agencia de publicidad en París.

Según un reportaje de *Caretas* (462, agosto de 1972) en el que se abordaron las actividades de Schwend después del asesinato de Banchem Rossi, Roesch tuvo relación con la Organización del Ejército Secreto, la OAS (Organisation de l'Armée Secrète), grupo paramilitar de ultraderecha que ya hemos conocido; antiguallista activo entre 1961 y 1962 en contra de la independencia de Argelia, y que extendería los tentáculos de su *expertise* hasta la operación Cóndor. La OAS había sido integrada por diversos componentes entre los que no faltaron aquellos vinculados con los nazis, pero también habría incluido judíos franceses, sumados a la acción luego de que el Frente de Liberación Nacional argelino atacara sinagogas. Como miembro de la OAS, especulaba *Caretas*, Roesch habría estado involucrado en el asesinato de un alcalde socialista de una ciudad francesa.

Lo que afirmó *Caretas* no se confirma en los interrogatorios a los que Roesch fue sometido en 1966 y, fuera de que parte de lo que se dice de Roesch, a quien *Caretas* identifica como “Pierre Roche”, es testimonio de prisioneros que estuvieron con él en la cárcel, nada parece tener un origen corroborable. En los interrogatorios de los que la CIA informó en secreto, Roesch argumentó que “diferencias políticas” con Robert Buron —ministro francés de Obras Públicas, Transportes y Turismo durante los gobiernos de De Gaulle, Debré y Pompidou (1958-1962)— lo habían llevado a la ruina financiera. Buron, un importante político demócrata cristiano, no sólo había apoyado de manera encubierta a la Resistencia durante la guerra desde posiciones políticas en el gobierno de Vichy, sino que se vio obligado a retirarse a la clandestinidad cuando la Gestapo recibió pitazos sobre esto. En ese periodo, Buron habría sido cercano al grupo de Jean Moulin, el líder de la Resistencia torturado y asesinado por Barbie en julio de 1943 en Lyon. Durante la guerra de independencia de Argelia, Buron apoyó a la corriente gaullista que se definía a favor de una Argelia independiente, posición radicalmente opuesta a la de la OAS.

Reuniendo piezas de este rompecabezas, todo parece tener un siniestro aunque contradictorio sentido: la mención de “diferencias políticas” con Buron es compatible con la oposición de la OAS a la independencia argelina, y en este enredo no faltan ligas entre Roesch, Barbie y el combate nazi a la Resistencia francesa, aunque en su arresto de 1966 se decidiera por “traicionar” a Schwend y a Barbie. Y como dijo *Caretas*, “nadie sabe exactamente cuál fue el motivo de la disputa entre Schwend y Roche”. Quizás fue dinero.

La declaración de Roesch pasó del conflicto “político” con Buron y las supuestas consecuencias para sus finanzas personales, a la necesidad de huir de la “policía judicial”. No explicó cómo fue que la “ruina financiera” se convirtió en un delito materia del poder judicial francés; simplemente indicó que tuvo que cruzar ilegalmente la frontera con Italia y que desde ahí entró a Alemania vía Austria, recorriendo una especie de *ratline* en sentido contrario. Acudió a un ex SS en Núremberg, con el que había servido durante la guerra, para que lo ayudara a conseguir un pasaporte, pero aun cuando según él mismo podía justificar su reclamo de la ciudadanía alemana, el litigio con Buron se lo impidió. Fue entonces cuando se dirigió a Constanza, cerca de la frontera suiza para comprar el documento falso a nombre de Reich, y con ese documento viajó a Chile desandando nuevamente su *ratline* inversa: cruzó Austria, llegó a Nápoles y se embarcó en el Marco Polo. Obtuvo documentos de residencia en Chile pero, sin explicar por qué, no se quedó ahí, siguió hacia Paraguay y Brasil desde donde “eventualmente vino a Lima”.

Declaró que en Lima había utilizado los alias Juan Caillot y Siegfried Schneider; *Caretas* confirmó el segundo aclarando que no tenía nada que ver con Schneider-Merk, pues el reportaje en el que se citaba a Roesch era secuela de la jugosa historia de Schwend, Schneider-Merck y el asesinato de Banchemo. La razón por la que habría usado esos alias era que las autoridades peruanas no habían renovado su visa y por tanto “su permanencia en el Perú era considerada ilegal desde el 26 de enero de 1962”, y habría eludido el arresto cambiando de trabajo y dirección y usando los alias mencionados. Llama la atención que se decidiera por permanecer en el Perú aun cuando, según su propia declaración, contaba con papeles para hacerlo en Chile, así como el hecho de que acusara estar bajo amenaza de arresto en el Perú, un país en el que la persecución de inmigrantes ilegales no era prioritaria.

Roesch declaró haber establecido contacto con Schwend a principios de 1965: don Federico lo había invitado a hospedarse en su casa de Santa Clara. Dijo haber permanecido ahí hasta julio del mismo año, cuando se fue por decisión propia, “para escapar de las conspiraciones y las actividades ilícitas de Schwend”. Los agentes de la CIA que reportaron la información obtenida de Roesch a través del interrogatorio hecho por la PIP, encontraron coincidencias con lo que había dicho antes Tidow. Según el testimonio de Roesch, Palisi había sido funcionario de USAID y había tenido alguna relación con el Instituto Estadounidense para el Desarrollo de la Libertad Laboral (AIFLD por sus siglas en inglés). Como Tidow, Roesch aseguraba que Palisi era el representante en jefe de la CIA en América Latina y, además, que este supuesto agente estadounidense “había estado enviando periódicamente (al sujeto [Roesch]) pequeñas sumas de dinero” para ayudarlo a sobrevivir. Los agentes que informaron sobre el interrogatorio de Roesch, en este punto, llegaron a la conclusión —“están convencidos”, dice el informe— de que “el John Palace [sic, Palice] citado en el informe en que Schwend se refirió a él, era la misma persona que Palisi. Como mencionamos antes, no hay señales que nos permitan corroborar que Palisi fue un agente de la CIA, pero las declaraciones de Roesch definitivamente fortalecen la posibilidad al vincularlo, a través de su trabajo en la agencia de cooperación para el desarrollo de los Estados Unidos (USAID), que sí hemos podido confirmar, con el AIFLD, organización relacionada con la CIA y financiada por poderosas empresas estadounidenses cuyas actividades se orientaron, desde principios de los 60 hasta finales de los 90, a la promoción de un sindicalismo internacional “blanco”, basado en la idea de cooperación entre el movimiento obrero y la patronal, en combate directo con el sindicalismo “rojo”, de izquierda, que fundamenta su acción en la lucha de clases, axioma central

de la teoría marxista de la historia, constitutiva del impulso revolucionario anarquista y comunista.

La versión que dio el número 462 de *Caretas* sobre lo dicho por Roesch bajo arresto sugería que fue denunciado a la PIP por Schwend después de que dejó su casa. El reportaje menciona que en la prisión de la Prefectura de Lima, donde pasó “los últimos ocho meses de su estancia en el Perú”, *Roche* [Roesch] entabló amistad con Héctor Béjar, el guerrillero líder del Ejército de Liberación Nacional, apresado en diciembre de 1965, a quien los periodistas de *Caretas* también entrevistaron para su multi-tématico reportaje. Béjar les dijo que *Roche* “un hombre de 50 años, pero en pleno estado atlético, de estatura mediana y rubio [...] muy inteligente y bastante culto”, había enseñado francés a un grupo de estudios conformado por los presos políticos de la prisión, pero que “su nazismo era [...] irreductible”. Béjar citó para los periodistas una interesante opinión de Roesch: “La única diferencia entre ustedes los comunistas y nosotros los nazis es que en Moscú hace un poco más de frío que en Berlín”. *Roche* habría mencionado a Béjar su odio por Schwend, y junto con eso habría revelado que don Federico era confidente de la policía, al igual que otro alemán que cumplía la misma función en Bolivia (Altmann/Barbie) y que “ambos habían estado colaborando en la búsqueda de [Luis] de la Puente Uceda [el líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR] desde 1964”.

Otras actividades de “inteligencia” de Schwend, según lo que Béjar dijo a *Caretas* que *Roche* le había dicho a él, incluían que “estimuló a ciertos elementos estudiantiles para que asumieran actitudes radicales”; los periodistas añaden que “era el mejor estilo del agente provocador”. Aplicando la estrategia de la tensión, Schwend logró que “las guerrillas rurales terminaran en la catástrofe y las urbanas fueran reducidas casi de inmediato”. El arresto mismo de Béjar evoca la posibilidad de una intervención de Schwend dado que no sucedió en acción sino en Lima, a donde el guerrillero había tenido que trasladarse para tratarse la uta (leishmaniasis) enfermedad parasitaria que había contraído en el monte. Existen crónicas que atribuyen el arresto de Béjar en Lima a los servicios secretos peruanos, los mismos para los que trabajaba don Federico. Mientras tanto, la columna del ELN que operaba en las laderas orientales de los Andes ayacuchanos evadía con cada vez menor éxito el cerco del ejército peruano, cuyos comandos —recientemente entrenados por *rangers* estadounidenses en guerra irregular—, con apoyo aéreo, terminaron por desarticularla en vísperas de la Navidad de 1965.

En las declaraciones a la PIP de las que informó la CIA, puede ratificarse parte de la información sobre Roesch que *Caretas* consiguió a través de Béjar: que Schwend estaba involucrado “con una persona llamada Klaus Altmann, de quien se sospecha que es confidente del general René Barrientos”, y que ambos conspiraban para “eliminar a Víctor Paz Estenssoro”. Pero hay más: Roesch aseguró que “Altmann visitaba la casa de Schwend mientras hacía de mensajero entre La Paz y Lima para recoger cintas con grabaciones de conversaciones entre Schwend y Paz Estenssoro y para dar instrucciones”. Según Roesch, Schwend había estado involucrado en

[...] negocios dobles durante el periodo activo de la guerra de guerrillas en el Perú en 1965, promoviendo un esquema en el que Schwend, por un lado proporcionaría a [censurado] información sobre el paradero y actividades de los líderes del MIR, mientras por el otro lado le vendía armas a este último.

Este esquema ya había sido utilizado “exitosamente” por Schwend durante la guerra como parte de la operación Bernhard.

Roesch habló también de la correspondencia que mantenía Schwend con Julius Mader, escritor de Alemania Oriental vinculado con la Stasi y probablemente también con la KGB; en cualquier caso fiel al comunismo, de quien Schwend recibía bimensualmente boletines propagandísticos. Esta información tendría como consecuencia la interceptación de la correspondencia entre Schwend y Mader hacia fines de 1966, y a partir de esa acción de inteligencia, gracias a lo que Schwend relataba al escritor alemán, la CIA terminaría por poner atención también en otro viejo conocido, Glavan, que para entonces había perdido toda cordialidad con Schwend.

Roesch declaró que a Schwend lo protegía la PIP a través de Javier Campos Montoya, y que contaba con el apoyo y protección de la familia Miró Quesada a cambio de sus servicios como informante. Los Miró Quesada habrían conspirado con Schwend para asesinar a Haya de la Torre ofreciéndole la exorbitante suma de dos millones de dólares. Y seguían las acusaciones: que Schwend tenía contactos en Hong Kong, Israel y países de Medio Oriente; que contaba con lotes de armas ocultos en Bolivia —lo que, como veremos más adelante, era cierto—; que había hecho tratos, a través de Palisi, por un lado con el gobierno cubano y por otro con el estadounidense para venderles información sobre Perú y Bolivia —incluyendo las grabaciones de conversaciones con Paz Estenssoro— por cinco mil dólares mensuales, y que había vendido información falsa al periodista Werner Lange [sic]

de *Correo*.³ Y terminaba Roesch acusando a Schwend de que había querido involucrarlo en todas estas actividades ilícitas.

El informe de la CIA sobre Roesch relaciona una serie de documentos adjuntos, aunque no aparecen en el expediente desclasificado: además de sus declaraciones, se enviaban cuatro cartas incautadas en el lugar donde se hospedaba después de abandonar la casa de Schwend, cuya dirección se asienta como “calle Lechugal 738”, y fotografías. Dos de las cartas estaban escritas en alemán, una en inglés y una en castellano. Una, fechada el 22 de julio de 1965 y dirigida a Federico Schwend, nunca fue enviada; Joseph J. Palisi, era el remitente de la segunda, del 10 de septiembre de 1965, en Washington DC; la tercera carta era de la ex esposa de Roesch, y la última era copia de una carta supuestamente escrita a su ex esposa por Hans Ulrich Rudl [Rudel], el héroe de guerra de la Luftwaffe a quien hemos conocido por su relación con la ODESSA y otras actividades de los grupos nazis supervivientes en la posguerra, como su interés por contender en la política alemana. Esta correspondencia en la que aparecía Rudel en relación con Roesch y Schwend nos permite sospechar que ambos podrían haber entrado en contacto a través de sus vínculos con la red nazi en Latinoamérica.

El informe de la CIA terminaba advirtiendo que Roesch podría ser deportado a Francia y solicitando a la sede central que proveyera la información que estuviese disponible sobre los diversos sujetos mencionados: especialmente Klaus Altmann, y Julius Mader, como medio para verificar el testimonio de Roesch así como para descubrir posibles conexiones entre Schwend y otros servicios de inteligencia. *Caretas*, por su parte, informaba para cerrar su reportaje que luego de ocho meses en prisión y sin mediar la apertura de proceso judicial alguno, *Roche* planteó a sus amigos los ex guerrilleros presos un plan para organizar un “comando de izquierda” que asesinara a Schwend. Pero no sucedió: fue deportado al Ecuador en 1967, y no se le volvió a ver más.

³ Se refiere al autor del reportaje citado, Lang (1964), que Edgardo de Noriega (2013) recuerda como “un alemán que había sido miembro de la Juventud Hitleriana” y que era director del “equipo de reporteros gráficos” de *Correo*.

AGENTE SECRETO, ¿OTRA VEZ?

MI6

El 18 de febrero de 1965 se envió un reporte de la estación de Lima a la CIA, a un agente John, según el cual Schwend había buscado al “Servicio Secreto Británico” para venderle información relacionada con archivos y oro nazis. En esa ocasión Schwend se presentó como ex agente de la CIA, para la que había trabajado por tres o cuatro años a partir de 1946. El MI6 ya tenía información sobre Schwend: sus alias, sus actividades de antes de la guerra relacionadas con el tráfico de armas y con intereses en una firma americana en Buenos Aires, y su papel durante la guerra cuando los italianos lo arrestaron por espionaje en 1941. También se informó sobre su huida de Alemania a Sudamérica después de la guerra, y fue ubicado en Lima en 1955, con dirección en la casilla postal 1201. Como respuesta al acercamiento de Schwend, el MI6 recomendó a su estación en Lima que no se involucrara con él e informó a la CIA. Christopher Phillpotts, agente del MI6 destacado en Washington a cargo de contraespionaje y de investigar la penetración soviética en la comunidad de inteligencia británica después de la desertión del agente doble Kim Philby (Teacher, 2004), respondió el 17 de marzo con más información sobre Schwend: era un ingeniero afiliado al partido nazi en 1932, al igual que su primera esposa. Corrigió la fecha en que Schwend había arribado a Lima, identificada como 1955 en el informe anterior; Phillpotts sabía que Schwend había llegado en abril de 1947 utilizando un alias. El agente británico reportó que trabajaba en la Volkswagen desde 1963 y que residía en Vitarte, en el kilómetro 17 de la Carretera Central, a las afueras de Lima. La CIA, por su parte, desmintió la afirmación de Schwend de haber recibido su ayuda para salir de Alemania en 1946 y de haber continuado trabajando para ellos después, y declaró no tener interés operacional en él. Por último, llamó la atención de la estación del MI6 en Lima respecto a las precauciones que se debían tener en cuanto a establecer contacto con Schwend.

Pronto aparecerían señales de que Schwend buscaba vender inteligencia por otras vías. El nombre de Herbert John volvió a aparecer el 4 de febrero de 1966 en un informe enviado a la CIA en el que se identificaba a la fuente como José Oliveira L., “yerno de Schwend y esposo de Ingrid Schwend de Oliveira, cuya participación en 1963 en el asesinato del conde Sartorius, ciudadano español, sigue haciendo titulares en la prensa limeña”. El informe

explicaba este “desleal” comportamiento de Oliveira: “Desde que Schwend trató de atribuir el asesinato [de Sartorius] a Oliveira en su testimonio en el juicio, las relaciones entre Schwend y la fuente [Oliveira] han sido malas”. La agencia envió copias de este informe a Argentina, Bolivia, Venezuela, Ecuador y Perú. John era sospechoso junto con Schwend y otros sujetos (Alberto Taborga y Fernán Altuve) de tráfico internacional de armas y de participar en otros negocios ilícitos. Según el informe, John había vendido grandes cantidades de armas a Indonesia como representante de otro sujeto apellidado Sologuren y habría estado en contacto con los comunistas chinos. Wilson Sologuren Pérez, ex senador por Tacna, había obtenido del gobierno una licencia para fabricar armas automáticas, ingresando así en el circuito de negocios de Schwend en el que también participaba John. El informe de Oliveira a la CIA revelaba además que John, Schwend y un Guillermo Ramírez Berrios tenían estrechas relaciones con la familia Miró Quesada, con “considerable influencia política en Perú”. Entre lo dicho respecto de este clan de la oligarquía peruana, destaca la indicación de que “protegen las actividades ilícitas de Schwend y John”. Tanto Taborga, boliviano, como Altuve, venezolano, eran representantes de fuerzas derechistas en sus respectivos países y habían estado involucrados en contrabando de armas para armar a “los golpistas de derecha en Bolivia y Venezuela”.

El sonoro apellido que hasta nuestros días identifica a un poderoso grupo de interés económico y político peruano, propietario del monopolio de medios de comunicación que encabeza el reaccionario diario *El Comercio*, ya aparecía en los documentos del archivo Schwend desde mediados del año anterior, 1965. Una carta de Schwend a John del 2 de agosto de 1965 menciona a Óscar Miró Quesada, entonces director del Instituto Nacional de Salud, quien estaba por viajar a Copenhague en representación del gobierno y con quien Schwend afirmaba que se podía hablar “con franqueza” (se refería a Óscar Miró Quesada Cantuarias, su médico de cabecera y director del Instituto Nacional de Salud entre 1960 y 1975). Schwend le daría a Miró Quesada la dirección del *Der Spiegel*, para el que trabajaba John entonces, invitándole a visitarlo en Europa, pues podría ser de su interés, sobre todo en cuanto a las “posibilidades políticas” de alguien a quien se refería como “Guant” y explicaba crípticamente esas posibilidades políticas: “más o menos lo mismo que en Chile”. Añadía que un hermano de Óscar Miró Quesada estaba próximo a ser embajador del Perú en París, lo cual podría servir a sus planes y darles la posibilidad incluso de “ganar algo”. Resulta interesante que Schwend supiera desde agosto de 1965 acerca de la posibilidad de que el filósofo Francisco Miró Quesada Cantuarias, hermano

de Óscar, fuera candidato a la embajada del Perú en Francia, cargo que ocupó de 1967 a 1969. El hecho de que Schwend estuviera al tanto de información como esta (en 1965 la posibilidad de que Francisco Miró Quesada alcanzara la embajada del Perú en Francia sólo podía ser un proyecto para el que el clan hacía *lobby*) confirma que contaba con relaciones tanto entre la oligarquía como en el gobierno, ya durante la gestión de Belaúnde. La carta a John afirmaba además que también existían muchas posibilidades en Bolivia, donde contaba con opciones excelentes que para Guant serían tan buenas como la “opción” chilena, siempre que sus objetivos políticos no fueran de tendencia izquierdista.

La organización Gehlen y el BND

Hacia 1969, ya en plena dictadura militar en el Perú, la CIA hizo referencia a informes del ejército de los Estados Unidos en los que aparecían simultáneamente Sassen van Elslloo y Schwend. Se mencionaba la relación de Schwend con los servicios secretos de Bolivia y Perú, y además, la relación que ambos, uno en Argentina y el otro en el Perú y Bolivia, tenían con Merex, la compañía manejada por Mertins para la que también trabajaba Rudel, que se encuentra en el centro de un intenso tráfico global, legal e ilegal, de armas en la época. En esta serie de informes de la CIA se señalaba que Schwend también estaría trabajando para el BND, el servicio secreto de Alemania Occidental construido a partir de la azarosa historia de la organización Gehlen, nacida en los albores de la Guerra Fría en el seno de las operaciones de contrainteligencia auspiciadas primero por el ejército estadounidense en la Alemania ocupada, después por la CIA y finalmente institucionalizada en el nuevo gobierno alemán durante el régimen de Adenauer. Tres meses después de que la CIA llamara la atención sobre la posibilidad de que Schwend trabajara para Gehlen, el BND respondió que su interés en Schwend tenía razones de seguridad y no era operacional.

En su correspondencia con John (en la época en que se refería a él con el alias de *Obermüller*), Schwend escribió sobre asuntos internacionales de los que él tendría información para vender: las investigaciones, viajes y estadias no eran “gratis”. Pero nada de lo que le ofrecía a John debe ser considerado necesariamente auténtico, es imperativo que mantengamos siempre la sospecha de que Schwend inventara información para luego venderla, un *modus operandi* que usó desde antes de incorporarse a la operación Bernhard,

como en el caso de los planos falsos de *U-Boots* que pretendió vender a los británicos en Italia en 1941. Información de este tipo incluía, por ejemplo, algún asunto relacionado con Guatemala detrás del cual estaría Gehlen, o la presencia de ojivas atómicas en un aeropuerto de Paraguay, una especialidad de Stroessner. Ya sea que la relación de Schwend con el BND existiera o no, su interés por esa agencia puede probarse con la existencia en sus archivos de diversos recortes periodísticos con información sobre Pullach, Alemania, donde se encontraba la sede del BND. Schwend archivó ahí incluso un organigrama.

Durante la guerra, Reinhard Gehlen se había desempeñado como jefe de inteligencia militar (parte de la *Abwehr* de la *Wehrmacht*) sobre el Este, es decir, específicamente sobre la Unión Soviética y su área de influencia directa. Su unidad fue absorbida por la *RSHA* cuando esta facción de las *SS* consiguió eliminar a la *Abwehr* y Gehlen siguió manejando agentes e inteligencia sobre los soviéticos ya como parte de las *SS* aunque él mismo no fuera uno de ellos. La “organización” que llevó su nombre y que se institucionalizaría en 1956 como *Bundesnachrichtendienst* o BND (Servicio Federal de Inteligencia) en la Alemania Occidental de Adenauer, ha provocado una gran cantidad de investigaciones en las que el factor común ha sido siempre la presencia de criminales de guerra que evadieron la justicia gracias a su utilidad para construir inteligencia sobre el bloque soviético. Desclasificaciones recientes en los Estados Unidos han mostrado que lo que se sospechaba desde 1946 era una siniestra realidad: el servicio secreto alemán occidental, especialmente aquel orientado al espionaje en el bloque soviético, había reclutado a un enorme número de ex miembros de la *Wehrmacht*, las *Waffen SS*, el *SD*, la *Gestapo* y la *Sipo*, muchísimos de ellos probablemente (algunos probados) criminales de guerra y contra la humanidad, y Gehlen lo había hecho de un modo tan improvisado que pronto sus redes habían sido penetradas por los propios soviéticos, convirtiendo a su organización en la principal “puerta trasera” para la inteligencia y el espionaje soviéticos en Occidente.

Una interesante revisión de la relación entre los servicios secretos estadounidenses y la organización Gehlen es la de Timothy Naftali, “Reinhard Gehlen y los Estados Unidos”, incluida en Breitman *et al.*, *U.S. Intelligence and the Nazis* (2005, pp. 375-418), a la luz de recientes desclasificaciones (aunque, como el propio autor advierte, se trata de un caso en el que aún se mantiene bajo reserva una cantidad desconocida de documentos). La imagen que resulta de la investigación de Naftali muestra una red de ex nazis involucrados en espionaje y contraespionaje, con financiación millonaria de

dinero público de los Estados Unidos, con tentáculos en los mercados negros de la temprana Guerra Fría y con una cantidad desconocida de agentes prestando servicios a derecha e izquierda por igual, que hace palidecer a la ODESSA. Según el investigador estadounidense, tanto el CIC como la OSS y su sucesora, la CIA, fallaron en su intento (o no lo intentaron lo suficiente) de mantener a Reinhard Gehlen bajo control. Su reclutamiento obedeció al conocimiento que había adquirido sobre los soviéticos como encargado de inteligencia para el bloque comunista por la Wehrmacht y después por la RSHA. Se trata de un patrón que ya conocemos bien pues es el mismo, guardando todas las proporciones del caso, que llevó a los estadounidenses a emplear a Schwend como informante en 1946 y, más dramáticamente, a Barbie y tantos otros criminales: ante la falta de inteligencia sobre el ex aliado convertido en nuevo formidable adversario, recurrir a lo que sabían los derrotados nazis parecía imperativo, y mientras pudieran mantenerse encubiertos, no importaba si se trataba de criminales que, así, terminarían por ser protegidos y por convertirse después en peligrosas fuentes de escándalo y puntas de lanza en la organización de la ultraderecha terrorista de la Guerra Fría.

Naftali comienza comentando que hasta nuestros días, el nombre Gehlen “está vinculado con movimientos neofascistas, criminales de guerra nazis e incluso la KGB”. Describe lo que se ha ido conociendo sobre él y su trabajo de espionaje desde los años 40 hasta fines de los 80, contando con sus propias memorias y con las de uno de los agentes de la CIA que estuvo más cerca de él, James Critchfield, pero advierte que sólo la posibilidad de acceder a documentos desclasificados a partir de 1998 ha hecho posible llenar huecos en esta historia. Las conclusiones a las que Naftali llega después de sumergirse en “miles de páginas de nueva documentación” son sorprendentes: en primer lugar, a pesar de que durante más de una década las actividades de Gehlen fueron financiadas por el gobierno estadounidense, este nunca logró controlar sus operaciones. En segundo lugar, dice Naftali:

Gehlen actuó frecuentemente de mala fe en sus tratos con el gobierno estadounidense. Engañó a una generación de oficiales de inteligencia estadounidenses acerca de los detalles de sus operaciones y violó los acuerdos básicos diseñados para sostener el sistema de colaboración.

En tercer lugar, “un número considerable de ex miembros de la inteligencia extranjera del SD, de la Gestapo y de las Waffen SS fueron reclutados por la organización mientras era financiada por los Estados Unidos” (y,

añade el autor, “Washington optó por no hacer nada al respecto”). Y por último, el trabajo efectivo de inteligencia de Gehlen y su organización ¡dis-
taba de ser realmente valioso y profesional!

Lo que surge de todo esto genera para nosotros una alerta que establece vínculos entre este problemático servicio de inteligencia alemán con Schwend como posible fuente de inteligencia para Gehlen, en un contexto en el que sería irresponsable descartar el hecho de que tanto la Organización Gehlen —funcional bajo el auspicio estadounidense desde julio de 1945 hasta principios de 1956— como el propio BND operaban con agentes y recursos de nazis encubiertos entre los que sería imposible saber cuántos fueron también miembros de redes nazis como Kamerandewerk o la ODESSA. Aunque desconfía de su veracidad, Naftali nos proporciona una pista central al citar declaraciones de un agente de la CIA en Medio Oriente, de nombre Copeland, que ligan al mismo Skorzeny con la organización Gehlen cuando esta, supuestamente a instancias de Allen Dulles, entonces director de la CIA, amplió su ámbito de acción más allá del bloque soviético, hacia una región estratégica para ambos bandos de la Guerra Fría: el Medio Oriente y el Mediterráneo. Con el beneplácito de la CIA, Gehlen pudo incrustar agentes en Egipto y Siria aprovechando el agrado que tenían sus gobernantes por los nazis recalcitrantes. Dice Naftali:

Según Copeland, Gehlen propuso a Skorzeny el plan de que se fuera a Egipto en 1953 para entrenar al ejército egipcio. Skorzeny sabía que el dinero para esta operación vendría de la CIA y que él y otros hombres de las SS que él reclutara como instructores serían responsables de espiar a los egipcios.

Pero el autor insiste en que esto podría ser una fabricación del propio Gehlen destinada a minar la credibilidad de la CIA. “En todo caso”, defiende Naftali, “la CIA no fue un patrocinador, sólo un observador interesado”, y concluye:

[...] la organización Gehlen se convirtió en una puerta trasera por la que los soviéticos penetraron la alianza Occidental. A través del descuidado empleo de criminales de guerra nazis por Gehlen, esta organización también fue una puerta trasera para dar tranquilidad y abultadas pensiones a hombres que habían cometido —o al menos instigado— las peores atrocidades del siglo xx. [...] El patrocinio de Reinhard Gehlen por los Estados Unidos debería ser una lección objetiva de cuán fácilmente pueden los gobiernos

perder el control sobre instituciones que promueven en el extranjero y sobre sus dañinos resultados.

En el caso de Schwend, el enlace más claro con el BND fue su representación de Merex en el Perú: esta empresa dedicada a la exportación de armas fue manejada como cobertura de las operaciones de uno de sus más poderosos agentes, Gerhard Georg Mertins, en quien pondremos atención más adelante.

La Stasi

La correspondencia con Mader interceptada por la inteligencia estadounidense muestra los vínculos de Schwend con los servicios de inteligencia de Alemania Oriental, el Ministerio para la Seguridad del Estado, conocido como Stasi. Además de sus relaciones con la PIP y con los militares peruanos, Schwend trabajaba con la oficina encargada de monitorear correspondencia para la policía de seguridad, y a la vez asesoraba al Ministerio de Hacienda, en su calidad de experto en temas de contrabando y divisas. Utilizando el pseudónimo de *Petrovic*, escribió informes de inteligencia sobre diversos temas para una agencia extranjera, probablemente la Stasi. Uno del 6 de julio de 1969 mencionaba agentes químicos, el protocolo de Ginebra y las armas nucleares en los Estados Unidos. Otro del 26 de agosto de 1968 señalaba que el Ministerio de Defensa Federal de Alemania, bajo la dirección del general J. Steinhoff, había llegado a un acuerdo con la empresa estadounidense McDonnell para el suministro de ochenta y ocho aviones, cada uno con valor de más de seis millones de dólares. En el mismo informe, Schwend señaló que “Un industrial llamado TAPINI de Lima estuvo brevemente en Moscú y llevó a cabo conversaciones de negocios y también de tipo político”.

A esto pueden sumarse los testimonios de Tidow, tanto el de 1966 respecto a las relaciones de Schwend con la Alemania Oriental, como el borrador del proyecto industrial “Bigotte Negro” en el que Schwend sería, presuntamente, el encargado de conseguir el apoyo técnico de los alemanes comunistas.

Pero lo que queda en realidad, en cuando a don Federico y el espionaje internacional, es más un continuo *bluff* suyo respecto a sus alcances que un efectivo papel como “activo” de inteligencia para cualquiera de los brazos de ambos bandos de la Guerra Fría (en ambos se llegó a contar su leyenda). No así en el ámbito latinoamericano, donde su influencia fue decisiva, al menos en lo que respecta a contrainsurgencia (Perú) y tráfico de influencias (Bolivia).

CAPÍTULO XII

EN BUSCA DEL PATRIMONIO PERDIDO

Los montos reales de la fortuna de Schwend son irrastreables: no abría cuentas a su nombre; entre sus documentos pocos son contables y acostumbraba dispersar información con distintas cantidades y valores de lo habido y, sobre todo, de “lo perdido”. Algunos de los procesos que inició para “recuperar” ese patrimonio tuvieron éxito; otros fueron largas cadenas de demandas, acusaciones, planes y acciones que iban desde la “acción legal” y la denuncia ante autoridades, hasta la extorsión y el despojo. En una carta sin destinatario de mayo de 1963 (una especie de documento adjunto quizá para sus abogados en Alemania), Schwend hizo un recuento, un tanto al vuelo, de su “patrimonio perdido”. Calculaba que en 1939 su fortuna se encontraba entre los seiscientos mil y los ochocientos mil dólares. El año en que fijó ese patrimonio es importante porque datarlo antes de la guerra le permitiría probar que no era resultado de su trabajo para los nazis en la operación Bernhard; así podría reclamarlo después, como efectivamente lo hizo, ¡haciéndose pasar por uno más de los despojados por el régimen de Hitler! Acusaba también al Estado italiano de haberse apoderado de propiedades inmobiliarias, además de haberle impuesto una sentencia de resarcimiento por doscientos millones de liras por delitos fiscales producto de sus actividades durante la guerra. A continuación, en aquel documento, enumeró sus propiedades y valores y los acompañó de nombres de personas que podrían dar fe. Cada uno de esos casos es una historia en sí misma, pero en casi todos hay un factor común: Georg Spitz. De un modo u otro, se las arregló para colocar a su ex agente en el inicio de cada propiedad de la que dijo haber sido despojado.

En realidad, como veremos a través de algunos ejemplos, al acercarse el final de la guerra y durante la primera etapa de la posguerra, cuando Spitz y Schwend tuvieron vía libre como “agentes secretos” del CIC (su ruptura vendría a principios de los 50), cada uno escondió y utilizó lo que pudo recuperar de la operación Bernhard. Spitz, además, sabía que lo que Schwend entregó a los estadounidenses no era todo lo que había ocultado. Intentar

recuperar ese capital fue una carrera contra el tiempo en la que Schwend estaba en desventaja desde el exilio.

En la enumeración de mayo de 1963 aparecía, en primer lugar, una alfombra persa de ochenta metros cuadrados que había pertenecido al Káiser Francisco José de Austria, valuada en quince mil dólares, y que había sido confiscada por el ejército estadounidense; el cónsul Gyssling era testigo. Segundo, más de ochenta monedas de oro por un valor de noventa mil dólares, que le habían robado, “bajo amenaza de muerte y por la fuerza de las armas”, Spitz y los agentes estadounidenses Timm y Michaelis. Habiendo fallecido Spitz en 1960, ahora Schwend dirigía la atención de sus abogados hacia su socio, el banquero August Lenz. Tercero, el cincuenta por ciento de las acciones de la empresa Transdanubia Handels G.m.b.H., que Schwend habría adquirido por trescientos cincuenta mil marcos, cantidad que decía poder probar con recibos. Cuarto, una pieza de equipaje que había dejado en manos del cónsul Gyssling, a quien los agentes de CIC la habrían confiscado, que contenía veintinueve mil dólares en billetes, cuatro millones de liras italianas, más de cien mil francos suizos en “valores”, seis “pesadas” cigarreras de oro y monedas de oro con un peso total de diez kilogramos y valor de doce mil dólares; aquí citaba como testigos al propio Gyssling y a uno de sus parientes políticos, G. Neuhold (no podemos dejar de recordar la anécdota de las trescientas cigarreras que no eran de oro sino doradas y que desataron la ira de los jeques árabes a quienes estaban destinadas; ¿estaba Schwend tratando de repetir el timo?). El quinto lugar era un cuadro de Rembrandt con valor, según esa relación, de ciento cincuenta mil dólares, que habría sido confiscado por el “Collecting Point” de los Aliados en Múnich el 24 de junio de 1951; su socio, el abogado Rolf Fiedler tendría la documentación respectiva. Por último, mientras él estaba preso en Stadelheim en 1945, su casa en Merano había sido allanada por el “gangster” Brown del CIC, quien se habría llevado el velo de novia de Hedda, engarzado de brillantes blancos y azules de ochenta y dos quilates que valuaba en ochenta mil dólares, además de cincuenta y cuatro tapetes persas (otros quince mil dólares). En este último caso describió que durante el “robo” su familia había sido encerrada a punta de pistola en una pequeña habitación, y que había sido amenazada continuamente desde el otro lado de la puerta. Como testigos de esta horrible acción citaba a sus cuñadas Ingeborg Neuhold y Martha Moretti, y a su suegra Maria Neuhold (“fallecida”, añade una nota a mano al lado del nombre: hasta los difuntos testificarían a favor de don Federico).

No es claro si el cálculo inicial de ochocientos mil dólares incluía todos estos valores, o si tendríamos que sumar a ellos este otro medio millón o

más: una “Lista de propiedades que me fueron incautadas en la guerra y la posguerra”, con fecha al margen del 17 de agosto de 1956, alcanzaba los once incisos. En la correspondencia con Fiedler se detallaban casos particulares como el que le pidió seguir en 1950 sobre la adquisición y venta en sociedad con Lenz y un contrabandista de nombre Mächler, durante la guerra, de una joya a base de esmeraldas “(130 quilates, con brillantes), que provenía de una familia de la aristocracia prusiana”, con un valor mayor al millón de francos suizos, según Schwend. No quedó satisfecho con la transacción e insistió durante años en presionar a Lenz y Lichtenstein (incluso llegó a sumar a Spitz en el caso) para que le devolvieran su inversión así como un resarcimiento por la utilidad no obtenida; en su correspondencia, ya en 1951, los llamaba “una banda de gangsters”.

Como fuera, se trataba de una enorme fortuna de la que sólo podemos sospechar el monto de lo que no perdió: lo que logró camuflar, las remesas que periódicamente le enviaban Futterlieb y Neuhold (“bananas”, decía este en sus cartas a Hedda), las propiedades que proporcionaban rentas o réditos por venta, lo que quedó en cuentas a nombre de otros, las cuentas secretas nazis, si las tuvo bajo su control, lo que logró llevarse al Perú, como el oro oculto en las máquinas para el trabajo agrícola importadas en sociedad con su hermano Albert, los montones de “negocios” que fraguó desde Santa Clara, las armas, el contrabando, las estafas, la extorsión.

Sus gestiones para “recuperar” ese patrimonio se habían iniciado mucho antes, cuando aún vivía bajo la falsa identidad de Wenceslav Turi en el Perú, y se mantenía informado de lo que sucedía alrededor de sus “intereses” gracias a su red de contactos. Por ejemplo, sabía que en España se hacían intentos por recuperar obras de arte que Miedl había contrabandeado a ese país con la protección de los regímenes nazi —*ad portas* de la derrota— y franquista. El 3 de marzo de 1952 alguien le escribió desde Madrid para informarle que algunos de esos cuadros estaban efectivamente en España, pero “todos los de Suiza y Holanda han sido confiscados, algunos de los más valiosos por intervención de los Rothschild” (el eterno villano del antisemitismo nazi que efectivamente fue despojado pero que igualmente utilizó su enorme poder y su influencia para conseguir resarcimiento después). Cartas a destinatarios diversos a lo largo del tiempo sumaban más valores al “patrimonio perdido” de Schwend, desde muebles de la villa Rosemarie en Abbazia, hasta inmuebles en Suiza y el Sudtirolo (con su cuñado Giovanni Neuhold trabajando para liberar hipotecas, complicadas por las confiscaciones de guerra y posguerra), y acciones en negocios diversos como, entre otros, el hotel Val Martelo de Bolzano.

Entre noviembre y diciembre de 1957, Schwend argumentó que carecía de recursos para llevar adelante juicios en Europa, y solicitó a la Dirección de Altas Finanzas de Múnich que se realizaran gratuitamente. Se trataba de procesos contra Spitz y Lenz por delitos financieros y fiscales. Acusaba a ambos, a un Schmitz y otros “asociados” de haber trasladado “grandes capitales” a Canadá desde Suiza y Alemania, a través de la empresa Agrob. El origen de ese dinero, acusaba Schwend, habrían sido recursos obtenidos luego de la participación de Spitz como “agente principal” de la operación Bernhard. Spitz era, según Schwend, la única persona, además de él mismo, que conocía sus depósitos de oro, joyas y divisas, y había usado eso en su contra al finalizar la guerra, maquinando su delación ante los estadounidenses. Junto con ellos, Spitz habría usado su conocimiento sobre los tesoros de Schwend para quedarse con la mayor parte. Hacia 1954, al iniciar Schwend los procesos legales para demandarlo y exigir devolución, Spitz no habría dudado en “fabricar” evidencia contraria (“mentiras, testigos pagados o influenciados, declaraciones juradas falsas”). En sus declaraciones aseguraba que “Spitz se apropió por lo menos de una parte de mis bienes”, que tasó esta vez en ciento noventa y seis mil dólares y un número no especificado de monedas de oro” (los ochenta kilos ya mencionados) que le habían sido arrebatadas “bajo la dirección de Spitz” mientras él estaba en prisión en 1945.

Iniciados hacia 1954, los procesos contra Spitz se extendieron hasta después de su muerte en 1960. El abogado Langenstein resumió para Schwend el 20 de diciembre de 1961 los casos que seguía llevando:

1. Proceso penal contra Spitz, Timm y otros por extorsión; 2. Schwend contra Lenz y otros por deudas; 3. Sumario en Alemania e Italia contra Schwend por asesinato; 4. Proceso contra Spitz, Dauser y Ehrenstein por presentación de declaraciones juradas falsas [en el proceso por el asesinato de Kamber]; 5. Derecho patrimonial de Schwend contra el legado Spitz; 6. Proceso penal de Schwend contra Spitz por acusación falsa y Spitz contra Schwend por acusación falsa y otros.

A estos añadía el abogado una serie de “cuestiones corrientes de Schwend”, que involucraban cobros y remesas al Perú. De los seis puntos mencionados, cinco eran contra Spitz; cuatro emprendidos por Schwend y uno por el adversario. En el único que no involucraba directamente a Spitz, el asesinato de Kamber, este aparecía como testigo y Schwend lo acusaba de manipular a otros testigos. Era una querrela interminable en

la que claramente se acusaba la intención de venganza de don Federico porque no había podido estar en Europa durante los días en que todos los que sabían de los tesoros Bernhard ocultos corrían contra el tiempo para apoderarse de ellos. Quizás el proceso más sorprendente de todos fue el que emprendió después de muerto Spitz contra su legado, es decir, una impugnación del testamento (a favor de las hermanas y la esposa de Spitz), en busca de las reparaciones que no había podido conseguir durante todos esos tortuosos procesos. Nos detendremos en algunos de estos casos para describir las formas de operar de Schwend. En algunos de ellos no es Spitz el demandado directamente, pero en todos aparece como cómplice.

EL REMBRANDT QUE NO ERA REMBRANDT

El caso del Rembrandt decomisado por los estadounidenses en 1951 está en los inicios de su larga querrela contra Spitz, que se enredó con el proceso del asesinato de Kamber y fue manejada en parte por Fiedler (al que también usó para tratar de demandar “por defalco” a su ex esposa Anges Cesar en 1956), en parte por los abogados Langenstein de Múnich y Guaita de Bolzano, y por quien estuviera a la mano en determinado momento; veremos incluso al periodista Herbert John, al cómplice Riegel en Austria y Alemania y al contacto Huber en Suiza involucrados en el asunto.

Hay que recordar que la “adquisición” de la galería Goudstikker de Ámsterdam por Miedl en 1940 fue en sí misma un crimen de guerra, al haberse hecho bajo coacción y con amenaza de deportación (a los campos) contra el propietario judío y su esposa. Nadie excepto los herederos de Goudstikker tenía en realidad derecho sobre ella; cualquier tribunal de restitución, como finalmente sucedió, rechazaría reclamos de alguien más.

Es posible, sin embargo, que el Rembrandt no fuera realmente un Rembrandt (y que Goudstikker fuera consignatario, no propietario). En una de sus cartas a Lo Stein, Schwend relató su versión de la historia y citó un dictamen que la embajada de Holanda en Lima le había hecho llegar el 12 de diciembre de 1966: “el cuadro de Rembrandt JG 6527 ‘Hombre joven con espada’ (*Junger Mann mit Schwert*) es una obra de arte registrada y muy conocida por catálogos y exposiciones”. Pero en los catálogos hay al menos dos cuadros con la misma descripción y, aunque salieron de su estudio,

ninguno parece haber sido pintado por la mano del maestro holandés.¹ Uno de los dos “Junger Mann mit Schwert”, actualmente propiedad del Dayton Art Institute de los Estados Unidos, se atribuye a uno de los más notables aprendices del taller de Rembrandt, Ferdinand Bol. El otro, atribuido a la convención del “Círculo Rembrandt van Rijn”, es interesante porque su propietaria, la Fundación Samuel H. Kress añade en el registro correspondiente a la obra en su catálogo la “procedencia” del cuadro:

Major A. Hicks Beach, antes de 1912; W.G. Hicks Beach; (vendido, Christie's, Londres, 3 de junio de 1932, no. 62, como Rembrandt); Wells. (D. Katz, Dieren); vendido ca. 1933 a la Sra. Hartog, Arnhem. (Venta, van Marle y Bignell, La Haya, 1.º de julio de 1941, no. 20). *Dr. Hans W. C. Tietjen, Países Bajos. Restituido por el gobierno holandés ca. 1955 a la Sra. Dr. J.C. Hartogs*; consignado en 1955 a través de (Galerías Schaeffer, Nueva York, no. 1613); vendido el 16 de febrero de 1957 a la Fundación Samuel H. Kress como Rembrandt; obsequiado en 1961 al Museo de Arte de Carolina del Norte, no. GL.60.17.68 [...].²

El breve historial del cuadro en la colección Kress ilustra lo que sucedía con el patrimonio pictórico holandés en manos nazis. La clave está en la línea que hemos señalado en cursivas: con Holanda bajo ocupación, la pintura fue vendida a un tal Tietjen; luego hay un vacío (no se menciona el decomiso de 1951) y, en 1955, una intervención del gobierno holandés para restituirlo a la propietaria legítima, lo que indica que la venta a Tietjen fue hecha bajo coacción. Otra fuente ayuda a llenar el hueco: un documento probablemente adjunto a la orden de confiscación de la pieza por el Collecting Point de Múnich, fechado en 1951. Se titula “HISTORIA del REMBRANDT (?). ‘Retrato de hombre joven con espada’” y narra una trama que sorprende por sus similitudes con la historia del propio Goudstikker. A grandes rasgos dice que la Sra. Hartog, propietaria del cuadro en 1940, era judía y se vio obligada a huir a Inglaterra inmediatamente después de la invasión nazi a Holanda. El cuadro quedó en manos de “una organización alemana” para ser adquirido en subasta, el 1.º de septiembre de 1941, por “TIETJE”, en ciento treinta y cinco mil florines. En 1943, Tietje o

¹ En realidad este es un debate que sigue abierto: la creación de una “entidad” autoral como el “Círculo Rembrandt van Rijn” no convence a todos los historiadores del arte cuando se encuentra la mano de los alumnos en las pinturas tradicionalmente atribuidas al maestro (v. Straten, 2013).

² Fundación Samuel H. Kress, Colección Kress (<http://www.kressfoundation.org/collection/ViewCollection.aspx?id=72&artistID=35701>); puede verse una reproducción en Artstor.org (<http://library.artstor.org/library/ExternalIV.jsp?objectId=8DtZYyMmJloyLyw7eDt5RHgu>).

Tietjen lo vendió a la galería Goudstikker, entonces “propiedad” de Miedl, en exactamente el doble (en este punto el escrito identifica la obra con el mismo número de catálogo que Schwend mencionó a Lo Stein: 6527). La galería de Miedl, que según Bertha von Ehrestein trabajaba directamente con Göring, envió el cuadro a Múnich para que fuera ofrecido nada menos que al Führer en trescientos mil florines, pero Hitler lo rechazó al “corredor” que se lo llevaba en representación de Miedl: su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, el amigo de Georg Spitz. Hoffmann, entonces, vendió el Rembrandt a Spitz por “338 385 RM (= 250 000 florines)”, menos de lo que Miedl había pagado por él en octubre de 1944. Spitz habría pagado la obra a nombre de Schwend o en sociedad con él.

Para entonces, Miedl ya había huido a España con el cargamento de pinturas de las que nadie nunca supo más. El banco que entregó el cuadro a Spitz era Meyer, de Berlín (Schwend diría otra cosa); su representante, Treiber fue luego interrogado por los Aliados y confirmó esta historia. Quizá sin saber que en 1948 Spitz ya había sido investigado en Bélgica y Holanda por traficar con botín nazi; en 1951 la CIA, que ya no lo utilizaba como agente, lo mencionaba involucrado en contrabando y mercados negros. Sin embargo, Spitz había confesado a sus ex superiores que el cuadro estaba en su casa de verano cerca del lago Chiem, pero que él sólo había actuado como intermediario de “Friedrich Schwendt, de nacionalidad peruana [sic], residente en Lima, Casilla 1201” (confundiendo fechas, Pirie atribuye a esta denuncia el origen del arresto que pondría a Schwend en la “fría y oscura celda” Stadelheim). El documento concluye reiterando la orden de confiscación del cuadro en poder de Spitz. Ya antes, en 1947, le escribió a Alois Glavan que Miedl lo estaba chantajeando con hacer público que Turi y Schwend eran la misma persona “algo de lo que no lo creía capaz”.

Diversos documentos del archivo Schwend van dibujando aristas diferentes en la historia del Rembrandt. Él y Spitz lo habrían “adquirido” durante la guerra. Fiedler dijo que el año de compra había sido 1944; Schwend escribió a Lo Stein diciendo que había sido 1942, pero entonces aún no trabajaba con Spitz, y en otra carta a Lo volvió a corregir: “En el año 1944 (y no como declara Fiedler en 1946)”. Las fechas son las de mayor intensidad en los flujos de la operación Bernhard, así que no hay motivo para separar esta compra de otras que tenían libras falsas como inversión inicial y que por tanto cumplían con objetivos de inteligencia y guerra económica nazis. Según Schwend el cuadro estaba bajo custodia del banco Witzig & Co., y sería pagado a partes iguales entre él y Spitz pero, después del pago, el trámite se habría entrampado cuando un funcionario del banco decidió

no entregárselo a Spitz por sospechar que “no era ario” (una argucia más de Schwend). Habría sido necesario, entonces, sobornar al funcionario, lo que aumentó el “costo de inversión”. En 1945, Futterlieb, gestor en Suiza del patrimonio de Schwend (del que enviaba remesas al Perú), habría entregado ciento cincuenta mil dólares y cincuenta mil francos suizos a Miedl por el cuadro, pero este nunca llegó a sus manos. Sus respectivos abogados en Suiza trataron de llegar a un acuerdo extrajudicial: Spitz debía pagar a Schwend una compensación por el cuadro, misma que, claro, tampoco llegó.

A través de Fiedler, Schwend emprendió acciones legales. Le ofreció un tercio de los ingresos que se obtuvieran por el cuadro y le advirtió que la búsqueda no sería fácil pues Spitz se había asegurado de “hacer la estafa completa” para quedarse con él, ignorando o negándose a aceptar que había sido restituido a los herederos de la propietaria original, la Sra. Hartog. Schwend presentó una demanda ante la Fiscalía General de Múnich alrededor de 1956 que fue rechazada porque los hechos (la confiscación) habían prescrito: habían pasado cinco años. No así, según los abogados de Schwend, la pretensión legal, que Schwend aprovechó para buscar hacerse con algo de lo perdido. Argumentaba que por “razones especiales”, había traspasado el cuadro a un Dr. Reichwein de Zúrich, quien lo representaba ante Spitz en un plan para fundar una institución financiera (un banco) en España, que serviría para blanquear recursos Bernhard. La inversión de Schwend en ese proyecto era el Rembrandt; Spitz y Miedl invertirían partes iguales, pero según Schwend no lo hicieron. En su lugar, habrían vendido la obra y Miedl se habría encargado de depositar la suma obtenida en una sucursal del Westbank, sin decirle a Schwend en qué país. Un contacto en España, el Sr. Kröger, “testigo intachable”, le habría informado a Schwend que Spitz había depositado en París, a su propio nombre, una parte de lo obtenido por la venta del cuadro. Miedl, en cambio, no había mostrado su parte en la inversión. Así, Schwend decidió demandarlo por daños y perjuicios e infló el valor del cuadro hasta los ochocientos mil dólares, habiendo pagado por él, en su momento (según su propio relato), seiscientos mil *reichsmarks* (Pirie dice que Spitz regateó hasta los trescientos noventa mil *reichsmarks*). La demanda contra Miedl quedó en una indemnización a favor de Schwend por ciento cincuenta mil dólares más intereses, más otros casi trescientos mil que le habría entregado para la fundación del banco español; en suma medio millón de dólares que Miedl tendría que pagar en el ridículo lapso de ocho días, como si se tratara de un secuestro. Huber en Zúrich se encargaría de prestar la información sobre las cuentas bancarias en las que Miedl

tendría que depositar la presunta deuda. No sucedió de este modo, aunque Schwend sí consiguió que el Tribunal Superior de Zúrich diera curso a una de sus demandas contra Miedl, el 14 de junio de 1955, por cincuenta mil francos suizos, pero el abogado Fiedler veía muy lejana la posibilidad de que otras demandas alcanzaran un final favorable.

Swend dio por perdido el Rembrandt hacia 1969: escribió a Huber que “cuelga nuevamente en Ámsterdam [...] según la embajada holandesa aquí” (aunque sabemos que no es así, en 1961 fue enviado a Raleigh, Carolina del Norte por la Fundación Kress). En este momento, el Rembrandt ya no era un valor en medio de un problema de deudas y acreedores, sino un bien con alta resonancia que le había sido simplemente robado por Spitz ya en septiembre de 1944.

No fue la única obra de arte sobre la que Schwend puso su ambición. Gysling se quedó en Europa gestionando propiedades de Schwend de las que se podría extraer alguna utilidad. No sabemos exactamente cuándo sucedió, probablemente durante el trayecto de su fuga a España o en el viaje que hizo como Wenceslav Turi a Suiza y Bélgica en 1947; Schwend compró un Van Gogh por “5 o 6 millones de Liras que son unos 10 000 dólares en el mercado negro”. Y lo dejó en manos del cónsul. En febrero de 1954, Gysling le escribió que tenía “interesados en la compra”. Sin embargo, en agosto Gysling había descubierto que se trataba de una falsificación “el cuadro no vale ni 50 centavos”; era imposible conseguir un certificado de autenticidad, así que había que conseguir su “revalorización”, para lo que Schwend propuso a Gysling tres planes:

1. Envías el cuadro a Manser [el vendedor original] y le pides que lo venda en mi nombre. No decimos nada sobre la comprobación de que no es auténtico.
2. Envías el cuadro a Manser, le cuentas de la falsificación y le pides que te mencione al vendedor. Junto con Manser, hacemos responsable al hombre. En caso de éxito, todos los beneficios serían repartidos en tres partes iguales.
3. Me envías el cuadro y yo intento aquí con mi suerte.

Otros cuadros por los que Schwend peleó fueron un Picasso (y otra obra “de un pintor francés”), que había adquirido con Wischmann durante las acciones de la operación Bernhard. Compraron los cuadros en Alemania y el amigo y agente de Schwend, el príncipe Hans von Liechtenstein, hizo favor de pasarlos de contrabando a Suiza. Las ganancias se repartirían a partes iguales para Wischmann y Schwend y una comisión para el príncipe. En Suiza, según la narración de Schwend, los cuadros fueron vendidos por doce

mil francos, aunque un especialista amigo suyo, seguramente Gyssling, los había valuado en por lo menos veinte mil dólares. “El príncipe Hans recibió 4 000 francos por sus molestias”, escribió Schwend, “mientras que Wischmann tomó 8 000 francos sin decirme nada”. Además sospechaba que habían vendido el Picasso por más de lo que le habían dicho, pero, “Al momento de la venta, yo ya estaba en Sudamérica. Wischmann me había prometido compartir las ganancias, pero hasta el día de hoy no he recibido nada. Por este motivo, presenté una demanda contra Wischmann en Múnich”. La acción contra Wischmann terminaría por enredarse con un sonado escándalo relacionado con vehículos militares de la fábrica Hispano-Suiza que afectaría a todo el *establishment* político de la República Federal.

LA CONDESA KAUNITZ (Y SCHWEND) CONTRA LENZ & CO.

El principal “cómplice” de Spitz era el banquero alemán August Lenz, propietario de August Lenz & Co; en él se concentraría el acoso de Schwend después de la muerte de Spitz. En un reportaje del 6 de enero de 1960, sobre el negocio de los casinos en Alemania, *Der Spiegel* describió a Lenz como “una especie de Onassis provinciano”, e informó sobre su participación en una estructura de operación fraudulenta de bancos propietarios de casinos que acabó con altos funcionarios del gobierno en prisión. El reportaje trazaba la incursión de Lenz y asociados en la industria de las apuestas —con licencias otorgadas por el gobierno— a partir de 1948, e indicaba que desde entonces, con base en las pérdidas de los apostadores, que estadísticamente eran más altas en Alemania que el promedio mundial, habían obtenido réditos de doscientos por ciento al año, protegidos además por un acuerdo que los exentaba de pagar impuestos a la renta y al valor, a cambio de un monto sobre dividendos (siempre manejables en la estructura de los casinos) entregado directamente al gobierno local.

Lenz era banquero desde los años 30. El régimen nazi le había permitido quedarse con la representación de las acciones de socios judíos que se vieron obligados a huir, participaciones que manipuló en la bolsa hasta hacerse con su propiedad. En el proceso había recibido el apoyo de una aristócrata bávara, la condesa Josephine von Wrba-Kaunitz; fue ella quien movió influencias en el Reich para “facilitar” la huida de los accionistas

judíos y, por ende, la apropiación de sus acciones por Lenz, así como para desviar la atención de la Gestapo sobre Lenz, que podía ser expropiado si aparecía sólo como representante de aquellos intereses judíos. La derrota de los nazis llevó a los estadounidenses a interrogar a Lenz bajo sospecha de colaboración económica con el régimen; una posición no muy distinta de la de Schwend. Al igual que don Federico, Lenz fue prisionero en Stadelheim y también salió de ahí con la ayuda de Spitz y del agente estadounidense Charles Michaelis. Una vez libre se asoció con Spitz y juntos impulsaron el negocio de los casinos. En el inicio, especulaba *Der Spiegel*, Schwend habría estado en sociedad con ellos.

Entre los negocios que realizaron, el que los llevó a la ruptura fue el del metal conocido como *Widia*, o vidia; un tipo de acero casi tan duro como el diamante, que había desarrollado Krupp para los nazis, y que tenía una alta demanda. El desmantelamiento de Krupp por los Aliados no hizo sino elevar el precio del vidia. Lenz y Spitz convencieron a Schwend y Wischmann de invertir en la compra de depósitos de vidia que habían permanecido ocultos. El metal tenía que ser transportado a Suiza por el príncipe Liechtenstein y su secretario Mächler en vehículos con matrícula diplomática, pero sólo podía hacerse poco a poco, por lo que fue almacenado en Múnich. La mercancía, misteriosamente, empezó a desaparecer sin producir dividendos y, siendo una inversión de Schwend, ahora en camino hacia Sudamérica, contribuyó a la ruptura con el banquero.

Lenz y Spitz no tenían el capital suficiente para echar a andar los casinos; estaban bajo la presión del nuevo gobierno, también en quiebra, que obligaba a los bancos a asumir pagos de restitución a cambio de lejanos futuros. Nuevamente Lenz acudió a su protectora: la condesa Kaunitz invirtió, en calidad de préstamo a Lenz & Co., cuatrocientos mil (nuevos) marcos. Repentina, milagrosamente, los préstamos al Estado fueron pagados. Lenz se quedó con todo mientras sobre la condesa pesaba una sentencia por tráfico de divisas y falsificación de documentos. Para colmo, informaba *Der Spiegel* en septiembre de 1959, el Estado se negaba a reconocer su noble título. Tratando de suspender la sentencia en su contra o, al menos, de ganar tiempo, la condesa inició un proceso contra Lenz ante los tribunales y en la prensa. Aquí aparecería Schwend como su consejero (e incluso su testigo a través de declaraciones juradas), en una relación que se extendió de 1957 a 1961.

Swend relató para los tribunales (tanto en el caso Kaunitz como en sus demandas contra Lenz y Spitz) que durante la guerra se habían descubierto “negocios turbios” del banco Lenz. Kaltenbrunner quería actuar

en su contra pero Schwend lo convenció de que no lo hiciera. Spitz le había propuesto “reunir mi conocimiento sobre las infracciones aduaneras en Múnich y, con ello, tener bajo fuerte chantaje al banco”. Esta presión había abierto un nuevo mecanismo de lavado de libras Bernhard a través de las vías que Lenz ya tenía organizadas para mover dinero de Múnich a Zúrich. Según Schwend, no todo habría sido coacción: “Lenz tuvo una gran participación [en la operación Bernhard], que calculo en un millón de libras”, mismas que luego utilizaría, ya fuera para reclamar riqueza de la que había sido despojado, ya fuera para acusar el origen nazi y fraudulento de la fortuna de Lenz, Spitz y Miedl.

A mediados de 1957, Schwend se puso en contacto con la condesa para ofrecerle su solidaridad y su apoyo contra el “gangster” Lenz. Ella respondió explayándose sobre todo lo que había hecho por él durante veinticinco años: “más de una vez le salvé la vida durante el Tercer Reich”, escribió, y “[nunca] recibí algo de Lenz o tomé algo por mi ayuda”, con excepción de su intercesión ante los Aliados que la habían arrestado al final de la guerra; “si mal no recuerdo el nombre, [logró que] Mr. Michaelis resolviera el tema en 24 horas”. Pero eso era todo lo que había hecho por su “fiel amistad”. Lenz y su socio Otto Schmitz la habían traicionado, y enumeró para Schwend todo lo que había perdido y de lo que astutamente Lenz se había apoderado:

[Compró] todas las cosas que fueron decomisadas y luego el palacio Leuchtenberg del Estado bávaro, cuyo registro de propiedad tenía yo en reserva, porque yo debí darlos en subasta forzosa; aunque no me dio ni un centavo de crédito, recibió de mi parte 2,7 millones de marcos bloqueados y los cobró como si provinieran del banco. (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6)

Las demandas de la condesa contra Lenz representaron para Schwend una oportunidad. Si sumaba sus propias querellas a las de Kaunitz, tendría a Lenz, Spitz y asociados bajo la presión de un doble asedio. De inmediato pidió a Fiedler asesoramiento legal y que iniciara tres procesos:

1. Contra Lenz y compañeros; 2. contra Spitz por los 600 000 RM [*reichsmarks*] en efectivo para el Rembrandt, y 3. contra Spitz y Miedl por una reparación que asciende a 196 000 dólares por distintas divisas, así como cuadros y obras de arte en posesión de la galería de arte Goudstikker en Ámsterdam (en posesión de Miedl). En los tres casos, estamos dispuestos a llegar a un arreglo.

A la condesa le escribió que “Lenz y compañeros” le habían hecho algo similar: “Me tranquiliza que nos protegeremos en la lucha contra nuestros enemigos”. Ella le pidió documentación sobre los valores de que había sido despojado para unirla a su propio expediente. A vuelta de correo, Schwend envió una declaración jurada en la que describía nuevamente su historia con Lenz y Spitz, con énfasis en cómo su posición en la RSHA le había permitido conocer archivos secretos del SD, la Abwehr y la oficina de aduanas de Múnich sobre las operaciones de Lenz, por lo que podía atestiguar que la condesa había protegido al banquero de diversas maneras: “Sin las intervenciones y perspicaces maniobras de la condesa, Lenz habría tenido que enfrentar situaciones muy difíciles. Al ayudar a Lenz, la condesa Kaunitz incluso se puso a sí misma en peligro”. La puso en antecedentes sobre la dificultad de llegar a acuerdos con Lenz y Spitz: “no estarán fácilmente dispuestos a arreglar. Ambos prefieren pasar sobre cadáveres que perder un marco”. En algún momento la condesa llegó a hablar por teléfono con Erika, la esposa de Spitz, quien la puso al tanto de la sentencia por asesinato que pendía sobre su nuevo socio. Schwend tuvo que pedir a Fiedler que le asegurara a la condesa que no había orden de captura en su contra y, naturalmente, que eso respondía al modo de proceder que cabía esperar de Spitz.

Sus cartas se sucedieron a lo largo de 1958, contándose avances de sus procesos y lamentándose por la traición y el despojo. En una de esas cartas de mediados de 1958, respondiendo a un amargo mensaje de la condesa, le habló de las bondades del Perú (“uno de los únicos países donde se pueden denunciar tierras gratis”) y de Lima, donde la vida era más tranquila y un poco más económica que en Europa; le propuso que, si quería, podía ayudarla a instalarse aquí, pero la condesa prefirió huir de la sentencia alemana que pendía sobre ella refugiándose en Saint Gallen, Suiza. Ahí se escondió hasta mediados de septiembre de 1958, desesperada porque sus esfuerzos contra Lenz eran inútiles y su sentencia de prisión se ratificaba. Desde ese exilio publicó una carta abierta en la prensa alemana para denunciar al banquero. Schwend la felicitó por esa valiente iniciativa y le envió una lista de contactos que él creía que podían ayudarla: en España, el “intachable” Kröger; el Dr. Maier, un especialista de Bonn en derecho internacional público; el ministro de Asuntos Exteriores Brentano, en Bonn, que tenía también “interés en limpiar su gallinero”; el viejo amigo y socio Gyssling, que podría divulgar los hechos en círculos diplomáticos; el periodista Henri Nannen, editor de la revista *Stern*; el corresponsal de *Der Spiegel* Otto von Loewenstern; el empresario E. Nold de Darmstadt, que tenía “gran salida en bancos”; la Interpol en Wiesbaden, y el cónsul alemán en São Paulo,

Wolfram. Y Schwend mismo: “En caso necesite en alguna oportunidad un testigo, sepa que estaré detrás de usted y que no callaré la verdad”, declaró valiente y caballeresco. La condesa nuevamente agradeció y se puso en contacto con todos excepto el editor de *Stern* porque la revista había sido “particularmente hostil conmigo”. Al respecto, le preguntó a Fritz sobre los periodistas: “¿Por qué confía tanto en estas personas?”. Ya tendría Schwend oportunidad de enemistarse también con la prensa —Nannen incluido—, pero hasta aquí era uno de los ases bajo la manga para quien negociaba información.

Sin embargo, don Federico guardó silencio cuando la siguiente petición de la condesa, en octubre de 1958, fue dinero; solicitaba a Schwend que le “recomendara” a alguien en Suiza para conseguir un préstamo. Ante la ausencia de respuesta inmediata, una semana después rectificó: “Espero que su silencio no signifique que se ha irritado por mi pedido. Le he aceptado y prometido sinceramente mi amistad”. El 15 de octubre de 1958, Schwend mintió: “Lástima, lástima que no puedo ser de ayuda. Hace mucho tiempo que estoy fuera de Europa, por lo que mis relaciones han caducado”. Envío las copias de sus declaraciones juradas que la condesa requería, pero a partir de este punto, con Wrbna-Kaunitz perdiendo sus procesos y él sin los resultados esperados de los suyos propios, su relación se fue debilitando.

Poco más de dos años después (no hay en los archivos de Schwend señales de Wrbna-Kaunitz durante 1959 y 1960), en agosto de 1961, la condesa, que había perdido en su huida los documentos enviados por Schwend, volvió a solicitarle copias. En diciembre de ese año ambos recibieron un nuevo golpe cuando el abogado Langenstein informó a Schwend que un ex colaborador de confianza de Lenz, el Dr. Thelen, que también había participado en los presuntos despojos a la condesa, había sido nombrado cónsul del Perú en Múnich, y que intentaría utilizar caminos diplomáticos en su contra. El abogado recomendaba lo que ya Schwend había intentado en 1957: “trabajar junto con la condesa Kaunitz para lograr un entendimiento y tener ventaja en las negociaciones”.

En 1966 Schwend invocó por última vez los sufrimientos de la condesa a manos de Lenz y asociados para fortalecer una estrategia mediante la que pretendía desviar la atención (dirigiéndola hacia los fraudes de Lenz y Spitz) del reportero W. Löhde de *Stern*, que insistía en que Schwend volviera a hablar del tesoro nazi del lago Toplitz y las cuentas secretas nazis en Suiza; es la última mención de su aristocrática amiga en los documentos.

Años después, en 1973, los condes de Wrbna-Kaunitz fallecían trágicamente en un accidente que habría de incorporarse a la leyenda del “rey loco” Ludwig II de Baviera, el excéntrico noble que construyó palacios románticos imposibles a fines del siglo XIX, como el de Neuschwanstein, una de las principales atracciones turísticas de Alemania. Aunque su leyenda cuenta que se suicidó lanzándose al lago Starnberg el 13 de junio de 1886, otra versión dice que fue un asesinato. En 2007, un hombre de 60 años de edad declaró que cuando niño (a mediados de los 50) él y su madre fueron invitados una tarde a casa de la condesa de Wrbna-Kaunitz. Ahí, según el testimonio, la condesa les dijo que estaban a punto de conocer la verdad sobre la muerte de Ludwig II, y sacó de un baúl el abrigo que el rey llevaba el día de su muerte. Tenía dos orificios de bala. Pero la presunta evidencia de un magnicidio desapareció en el mismo incendio que cobró la vida de los condes, dejando a quienes buscan probar la hipótesis de asesinato en un conflicto con herederos y autoridades por la exhumación de los restos del pintoresco príncipe (Paterson, 2007).

CAPÍTULO XIII

BUSINESSMAN

La visión que Schwend tenía de sí mismo como “hombre de negocios” no era muy distinta de la de un narcotraficante: el empresario que aprovechará cualquier oportunidad para obtener el máximo rédito directo sin importar —e incluso privilegiando— el hecho de que fuera ilegal. Tocaría más tarde a su principal socio, Barbie, aprovechar el mercado de las drogas mediante su apoyo en la construcción del primer narcoestado de la historia, la Bolivia de Arce Gómez y Gacía Meza, con escuadrones de la muerte, capacitación de cuadros en estrategias contrainsurgentes e inteligencia para beneficio personal. Pero esto sucedería después de muerto don Federico; no podemos saber qué habría pensado del comportamiento de su brutal amigo, si bien, quizás, le habría impuesto un ritmo más racional para cuidarse las espaldas. Concedámosle el beneficio de la duda: ¿habría sido el narcotráfico el negocio en el que Schwend habría interpuesto, finalmente, un reparo moral?

En diciembre de 1962, Charles Siragusa, Director Adjunto de la Oficina Federal de Narcóticos de los Estados Unidos (FBN por sus siglas en inglés; antecedente de la DEA), buscó información sobre Schwend y trató de concertar una entrevista con él a través de la División de Extranjería de la PIP. Siragusa ya era célebre entonces por la persecución que había llevado a cabo a fines de los 40 contra Lucky Luciano en Italia (a donde el gangster había sido extraditado después de cumplir sólo dieciocho meses de su condena a treinta años por crímenes de prostitución, proceso en el que el propio Siragusa había participado), bajo la sospecha de que estaba detrás del crecimiento del mercado de la heroína en los Estados Unidos en la década de 1950. Lo de Luciano era en realidad cobertura para una operación de desmantelamiento de las redes de narcotráfico en Líbano, Turquía, Grecia y los Balcanes, hábilmente desarrollada por este cuasi “zar antidrogas” (Valentine, 2004). Durante la guerra, Siragusa había sido asignado a actividades de contraespionaje de la OSS en Italia, por lo que es probable que ya desde entonces tuviera alguna idea sobre Schwend —y viceversa—. Como fuera,

nadie sabía mejor que Siragusa que los negocios turbios se cruzan y se traslapan, y que las organizaciones criminales “invierten” en cualquier cosa que represente una oportunidad. Su intento por ver a Schwend en 1962, entonces, podría estar relacionado con pistas sobre tráfico de divisas, lavado de activos y falsificación, pero también con la participación en el narcotráfico de organizaciones de ultraderecha que contaban con el apoyo encubierto de la CIA como la OAS y los exiliados cubanos anticastristas, todos ellos temas que eventualmente llamaban la atención hacia Schwend.

Pero la PIP protegió bien a don Federico. Informó a Siragusa que no era posible concertar una entrevista ya que Schwend trabajaba para los servicios de inteligencia peruanos, y le entregó, para salir del compromiso, una simple ficha de identificación en la que se mezclaban datos reales y falsos, en una especie de apresurada síntesis de la compleja biografía de Schwend: su lugar de origen era el correcto pero su fecha de nacimiento correspondía a la que asentó en los documentos falsos que lo identificaron como Wenceslav Turi durante su fuga de Europa y sus primeros años en el Perú. El año de ingreso al país era 1954, procedente de Panamá, y no 1947 desde Bolivia, y su pasaporte alemán era el expedido con su verdadero nombre en Quito; nada que fuera de utilidad para Siragusa. El agente del FBN se marchó con las manos vacías, pero el precedente de atención de la CIA sobre Schwend como involucrado en falsificación de dinero reaparecería nuevamente.

IMPORTADOR

Uno de los primeros negocios de Schwend en el Perú —siendo aún el yugoslavo Turi— consistió en adquirir en Alemania maquinaria agrícola de segunda mano, repararla y exportarla al Perú como parte de la inversión en la granja avícola de La Estrella, que no por ser cobertura de algo más dejaba de ser una granja. Con la excepción del intermediario bancario en Suiza, C. H. Futterlieb, el negocio quedaba en familia: su hermano Albert se encargaría de comprar los vehículos y Hans Neuhold de gestionar los pagos a través del enlace con Futterlieb. Ambos contables se reunieron en julio de 1949 para tratar el asunto: con dinero de Schwend, Futterlieb creó una sociedad en Italia para cubrir las transacciones, Sacfi S. A. Un recibo del Banque Privée de Financement S. A., de Lausana, del 4 de noviembre de 1949 a nombre

de Neuhold, muestra una “bonificación del Sr. C. H. Futterlieb, Ginebra, a su favor” por sesenta y cinco mil francos suizos; la inversión de Schwend para Sacfi, aunque años después, en su persecución contra Futterlieb, don Federico declararía que esa era sólo una parte de lo que le adeudaba.

En octubre de 1949 se realizaron los trámites correspondientes y, a fines de mes, en Lima, Doris Bielinski, integrante del directorio de La Estrella que prestaba su nombre para abrir cuentas bancarias de Schwend, comunicaba a Futterlieb: “Hemos recibido un lote de máquinas por intermedio de su representante de intereses italiano, el señor Hans Neuhold”. La lista contenía tractores, camiones y generadores eléctricos. Un año más tarde Schwend hacía un segundo pedido de maquinaria que sería reparada y revisada “por la empresa Albert Schwend, Hertmannsweiler por Facknang, Württ. Ortstrasse 118”. Con base en precios que le habría informado Albert, Fritz calculó un costo de alrededor de siete mil quinientos dólares, pero Futterlieb entregó cuentas de las adquisiciones por dieciséis mil. Schwend reclamó el voluminoso sobreprecio, añadiendo que tenía que pagar costos de reparación de la maquinaria, fletes y aduanas por más de catorce mil dólares. Dijo que Neuhold, su cuñado, que habría de transferir el dinero a Futterlieb desde alguna de las cuentas de Schwend en Europa, “ha sido estafado por algunos miles de dólares”, y amenazó: “Mi hermano se encuentra de nuevo de camino a Europa y lo buscará en Suiza e Italia. Me alegraría de corazón que no sólo lo encerrara, sino que le pusiera los nudillos encima”.

Futterlieb desapareció y a Schwend le pareció justo, entonces, comenzar a perseguir a un Zeyer que tenía una deuda con Futterlieb y estaba vinculado con Sacfi, su empresa. Casi diez años después, en 1958, Schwend seguía acosando a Zeyer, quien en determinado momento le escribió: “No entiendo por qué me quiere hacer responsable de tales pérdidas. No he recibido nada de usted, ni dinero ni otra cosa. Tuve un préstamo con el señor Futterlieb (35 000 francos) [...]”. La respuesta de don Federico tuvo una lógica casi infantil: “en todas sus cartas escribe de un ‘préstamo’. Usted debe saber que un préstamo es para ser devuelto y que usted debe pagar su deuda”, designándose a sí mismo como cobrador de quien, según él, lo había estafado. Mientras tanto, buscaba judicialmente a Futterlieb en Suiza y lo denunciaba a la Interpol.

En la correspondencia con sus abogados sobre esta persecución, Schwend narró su versión de la historia. Había conocido a Futterlieb en Ginebra, durante el viaje de 1947, y le preguntó si “estaría dispuesto a transferir el resto de mis bienes a Sudamérica. Futterlieb aceptó actuar como mi fiduciario” (las transferencias se llevarían a cabo a través del abogado

Manuel Rubio en Lima). Según Schwend, el origen de la deuda de Futterlieb para fundar Sacfi no había tenido que ver con el plan de importar maquinaria, sino que el suizo simplemente le habría pedido un préstamo. En principio Schwend se habría negado: “no tenía interés alguno en invertir dinero en Europa, porque quería formar una nueva existencia en Sudamérica y necesitaba cada centavo de mis bienes”, pero habría terminado por acceder ante la insistencia y las buenas credenciales de Futterlieb. Siempre según Schwend, Futterlieb habría recibido:

- a) una partida de monedas de oro y divisas de mi familia en Italia, dentro de la cual se encontraba todavía una cantidad de brillantes; b) de mi hermano que entonces vivía en Hertmannsweiler tenía un depósito de monedas de oro y de joyas.

De todo esto, Schwend sólo volvería a ver “alrededor de 4000 dólares, una parte en mercancías y otra parte en efectivo”, y reclamaba cuatrocientos mil francos suizos. Pero aún más interesante es la parte de la narración en la que Schwend describe el origen de esos “valores” (oro, divisas y joyas). En enero de 1945 entregó a Albert “unos 26 kg en monedas de oro, joyas y unos 15 000 dólares en efectivo”. Albert los ocultó en la casa paterna, en un lugar sólo conocido por él, su esposa y Fritz, pero al enterarse de que los estadounidenses utilizaban detectores de metales en sus búsquedas, los cambió de lugar: el nuevo escondite era un depósito de chatarra que tenía en su propiedad de Hertmannsweiler, donde permanecieron hasta que Futterlieb los fue a buscar. Como testigo de este último movimiento, Schwend mencionó a Martha Moretti, la hermana de su esposa que después viviría con ellos en Santa Clara. En otra comunicación cambiaría elementos a esta historia: la transacción no había tenido lugar en Hertmannsweiler sino en Merano, donde Futterlieb había recibido “los primeros valores”, en agosto o septiembre de 1947. Ahora había más testigos: sus cuñados, Hans e Ingeborg Neuhold, y su suegra, Maria Neuhold. Todo el clan.

Schwend habría comprado un auto a nombre de Futterlieb para que transportara los valores ocultos al pueblo de Gschwend, cerca de Sarnen, donde don Federico había alquilado un departamento. En su taller mecánico, Albert se habría encargado de ocultar todo en cavidades de la carrocería y habrían hecho el viaje juntos Futterlieb, Albert Schwend y Martha Moretti. Una vez en el lugar de destino, Albert desmontaba del auto los valores ocultos para entregar a Futterlieb, quien se encargaría de venderlos y de transferir el producto a Lima. El total recibido por Futterlieb, según otro

escrito de Schwend, era de ciento cuatro mil quinientos dólares, de los cuales sólo estaba autorizado a emplear cincuenta mil francos suizos para fundar Sacfi. Entonces venía la acusación contra Spitz: Schwend aseguraba que, en el viaje entre Suiza y Hertmannsweiler (antes de efectuarse la entrega de los valores), Futterlieb había visitado a Spitz en Múnich, y le había informado que iba a recoger un depósito suyo. Spitz, entonces, habría telefonado a Albert Schwend para decirle que estaba enterado del asunto y advertirle que no entregara nada a Futterlieb porque él tenía derechos sobre esos valores.

En suma, Schwend había perdido parte de su botín de guerra en manos de este agente “desleal”: “Mi dinero está desaparecido desde entonces. Considero imposible que Futterlieb haya perdido las sumas, más bien opino que él ha escondido, por lo menos, una parte de los valores”, mismo que diez años después seguía empeñado en recuperar a través de denuncias penales contra Futterlieb que no parecían llegar a ningún lado. Como resultado de estas denuncias, la policía de Zúrich logró localizar a Futterlieb hacia 1958, aunque no pudo detenerlo pues los hechos no habían tenido lugar ahí. Por fin, Futterlieb escribió a don Federico en septiembre de 1958; fue entonces que le habló de Zeyer y de la deuda que Schwend intentaría cobrarse. En respuesta, don Federico pasó nuevamente a las amenazas:

Su carta del 16 de septiembre de 1958 es la primera señal de vida que he recibido de usted en el transcurso de ocho años. [...] La forma como se ha comportado no corresponde a un hombre de negocios ni a una persona correcta. Me ha engañado, mentido, estafado, mi dinero malversado.

Futterlieb trató de defenderse argumentando que Sacfi (que, por otro lado, se encontraba al borde de la quiebra) pertenecía a Schwend aunque su nombre no estuviera entre los accionistas, y que en cambio, la empresa le debería a él salarios y comisiones. Schwend se negó a aceptar las excusas de Futterlieb; al contrario, lo amenazó con dar a conocer “su estafa al editor de ‘Unternehmen Bernhard’” (el libro de Höttl publicado bajo el pseudónimo de Hagen) y a “la prensa internacional”, y le dio un plazo de un par de semanas, hasta el 29 de noviembre de 1958, para que le respondiera con un plan de pago (le gustaba a don Federico lo de “dar plazos”). Las denuncias penales contra él por malversación y estafa habían sido presentadas a mediados de noviembre ante la policía de Zúrich, aunque como sabemos, fueron rechazadas. Entonces pidió a sus abogados que intentaran procesarlo en Italia.

Las máquinas llegaron a Lima de cualquier modo. En una de ellas Futterlieb había ocultado mil dólares; eso y el valor de venta de las máquinas

(alrededor de dos mil dólares que no alcanzaban para cubrir los gastos en que había incurrido para importarlas desde el Perú) era todo lo que Schwend había conseguido recuperar de los más de cien mil dólares que afirmaba haberle entregado al representante en Suiza. Si los camiones y los grupos eléctricos no llevaban ocultos lingotes de oro y joyas, como había hecho Albert antes para contrabandear a Suiza, no produjeron gran cosa. Ni siquiera sirvieron como maquinaria de trabajo pues, más tarde, después de que La Estrella abriera una cuenta de cheques para Albert Schwend, don Federico emprendió una demanda contra él por “incumplimiento de contrato”: la maquinaria nunca se había echado a andar. Uno de los resultados de este asunto fue que la inteligencia estadounidense en Alemania pusiera atención en los Schwend, como muestra el interrogatorio al que fue sometido Albert en 1960, en el que relató el intento de poner a salvo parte del botín de su hermano (Steinacher, 2011).

EMPRENDEDOR

Todos los otros negocios de Schwend, reales o imaginados, comparten esta visión del dinero: donde apareciera la oportunidad, trataría de obtener réditos y ventajas, sin importar el lugar legal de los mecanismos necesarios ni el recurso a la corrupción de individuos e instituciones públicas y privadas. Sus archivos están llenos de ejemplos, desde la simple inteligencia y seguimiento a empresarios para tenerlos en la mira en caso de surgir la oportunidad, hasta proyectos específicos en los que se contabilizaron incluso sobornos e informaciones útiles para la extorsión. Lo suyo era la información; una extraña forma de *inteligencia*. En el universo de don Federico, nociones como estafa, extorsión, falsificación, chantaje o soborno son simplemente sinónimos de lo que para cualquier *entrepreneur* de nuestros días sería “oportunidad” (no es que sean tan distintos). Veamos algunos ejemplos.

En febrero de 1962, en su correspondencia con K. D. Langenstein (el abogado alemán que lo representó en diversas acciones, incluyendo el juicio por el asesinato de Kamber y las arremetidas penales contra Spitz), Schwend señaló la posibilidad de vender material fílmico sobre la guerra (“años 33 a 45”) “que todavía no ha sido publicado”. Las cintas de archivo pertenecían al cineasta alemán Karl Walter Emmermacher, afincado en el

Perú desde 1946; documentalista, fotógrafo y explorador que vivía en Chacacayo, no lejos de la casa de Schwend. Durante su residencia en el Perú, especialmente entre inicios de los 50 y finales de los 60, Emmermacher registró comunidades indígenas no contactadas en las márgenes de los ríos amazónicos y montó un servicio de guía de expediciones a esa región que bien podría considerarse pionero del turismo vivencial y de aventura en el Perú (y el mundo).¹ No hay evidencia de que Emmermacher haya pertenecido al partido Nazi ni de que hubiese prestado sus servicios al Reich, pero en los años 60, teniendo en su archivo metraje de los años nazis, se convirtió en una oportunidad de negocios para su vecino y paisano, don Federico. Así, Schwend recurrió a Langenstein para que este fungiera como representante de Emmermacher en Alemania y le sugirió que ofreciera el material a Josef Von Ferenzy, famoso magnate de origen húngaro, barón de las comunicaciones en Alemania. Por supuesto, de haberse realizado en acuerdo con el cineasta, este habría sido un negocio totalmente legítimo, incluyendo las comisiones que Schwend estableciera para sí mismo pero, genio y figura, advirtió a Langenstein que tuviera cuidado porque no confiaba en Ferenzy, y que evaluara la posibilidad de ofrecer el material directamente a la industria fílmica estadounidense. Incluso sugirió el valor de venta —cien mil dólares—, así como alternativas como producir un documental en Alemania para luego venderlo a Hollywood y cobrar regalías.

No parece que esta idea se haya concretado, pero Schwend no la echó en saco roto. En octubre de 1970 recibió a un equipo de la BBC de Londres dirigido por el periodista Tony Summers, que lo entrevistó con motivo de las cajas sumergidas en el lago Toplitz. Su conversación, sin embargo, derivó hacia otros temas siguiendo el argumento de los papeles que le gustaba desempeñar a don Federico: el despojo del que habría sido objeto por parte de Spitz y Lenz y de los agentes Timm y Michaelis, así como el conocimiento exclusivo y secreto que tenía de otros asuntos. Después de la entrevista, el 6 de noviembre de 1970, Schwend le escribió una carta a Summers, aparentemente casual:

[...] había olvidado informarle que tengo depositado en casa de un amigo en esta unos 20 mil metros de cinta magnetofónica y material cinematográfico. Creo que parte de ese material tendría interés para la B.B.C., por

¹ Un perfil (apócrifo y sin fecha) de Emmermacher puede consultarse en el sitio de internet de la fundación familiar Georg Koppehele (*Familienkundliche Nachrichten der Familienstiftung des Georg Koppehele*), para la que colaboró antes de la guerra (<http://stiftung-koppehele.de/termine/biografische-notizen-zu-karl-walter-emmermacher/>).

lo que ofrezco venderle ese material. Se trata de fotografías etc., *auténticas* tomadas durante la guerra”.

Otro proyecto de negocio aparece en notas personales, sin fecha, en relación con el comercio de piedras semipreciosas obtenidas del cuarzo brasileño, industria dominada entonces y hasta hoy por la casa H. Stern. Schwend intentó ingresar a este negocio a través de sus redes comerciales: “importar cuarzo de Brasil a Perú para luego venderlo nuevamente a Suiza”. Para ello, señaló que “[en Suiza] hay una ley según la cual las mercancías importadas primero deben ser ofrecidas en el mercado interno [Perú]”. El truco estaba precisamente ahí: aprovechando esta ley, anotaba Schwend, “puede presentarse una factura sobrevaluada”.

Un caso más de “oportunidad” fue descrito por Schneider-Merck en su declaración por el caso Banquero: entre otras actividades de Schwend, mencionó el movimiento de unos “huacos” que “una señorita Mayer”, maestra de la Escuela Nacional de Bellas Artes, “había entregado a Schwend en presencia de Altmann y toda la familia”. Las piezas no habían sido enviadas a su destino, Hamburgo, donde vivía Mayer entonces. Ella consultó a Schneider-Merck, quien a su vez preguntó a Schwend y Gözl: “ambos prometieron [...] cumplir con su palabra” (Archivo Penal de Lima, 9no. Juzgado Penal, 1972, 0000571). ¿Se quedó Schwend con las piezas arqueológicas de Mayer? ¿Las vendió en algún mercado negro? (recordemos que César su yerno tenía como pasatiempo encontrar momias y que Hedda las usaba para decorar la casa de Santa Clara).

CAMPESINO

Algas

La Estrella y otras iniciativas “empresariales” de Schwend utilizaban actividades agropecuarias como cobertura para el tráfico de armas o divisas, o para el lavado de dinero, pero esto no le impedía pensar también en los mercados legítimos de *commodities* si podía obtener algún beneficio —aunque solía calcular el beneficio en función de alguna torcedura legal—. Además de su producción masiva de pollos y huevos de “doble yema”, sus archivos

muestran un interés en los mercados de semillas y en las entonces pioneras investigaciones para la producción comercial de algas marinas; eran tiempos, al fin, de Revolución Verde. Schwend leía noticias sobre estos campos de investigación en revistas europeas; su imaginación comercial se echaba a andar donde veía una oportunidad y actuaba de inmediato en consecuencia. Así se puso en contacto con científicos de alto nivel en Alemania, específicamente en el Instituto Max Planck (Max-Planck-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften) y centros relacionados con este, como la Estación de Investigación Biológica del Carbono en Dortmund. En paralelo, ya que la intención de Schwend era sistemáticamente conseguir que alguien más aportara los capitales para cualquier inversión, aprovecharía sus contactos con el gobierno peruano o buscaría el apoyo de entidades de cooperación que a fines de los años 60 ya formaban parte de la estrategia europeo-estadounidense de establecimiento de un nuevo orden mundial, como la USAID o la Sociedad Alemana para el Desarrollo (Deutsche Entwicklungsgesellschaft, DEG). En esa época se imponía alrededor del mundo, con el apoyo de las Naciones Unidas (a través de la FAO) y de las estructuras económicas del FMI y el Banco Mundial, la industrialización de la agricultura basada en extensos monocultivos, aplicación de fertilizantes y pesticidas químicos, mecanización y superproducción, y pronto también en el uso de semillas “mejoradas”, “resistentes a las plagas” (precursoras de los actuales organismos genéticamente modificados), producidas por corporaciones globales que se fortalecieron a partir de entonces hasta alcanzar el lugar que hoy ocupan, como Monsanto y Dupont.

Swend no estaba en un error cuando echó el ojo al potencial comercial de las algas marinas. Su archivo conserva copias de un artículo de *Stern* que debe haber sido el catalizador de su interés en el tema. Se puso en contacto el 1.º de marzo de 1968 con la institución mencionada en el artículo como encargada de las investigaciones sobre esta naciente panacea: la Estación de Investigación Biológica del Carbono. Las algas marinas efectivamente se convirtieron en una importante *commodity* global, aunque no crearon un mercado del tamaño que los periodistas científicos pronosticaban a mediados del siglo xx, que era precisamente lo que habría activado el motor de la ambición en don Federico.

Su primera carta probablemente no llevaba un destinatario claro ni una dirección exacta, por lo que llegó a manos del Dr. Carl J. Soeder, entonces investigador de la Estación en Dortmund, después de varios meses. Soeder seguiría durante décadas realizando investigación sobre algas marinas para el Instituto Max Planck, pero en aquel 1968 se encontraba en el arranque de su

exitosa trayectoria científica y respondió afablemente la carta de Schwend el 16 de julio, respondiendo preguntas técnicas que don Federico había hecho (parecía estar especialmente preocupado porque las condiciones de alta humedad relativa de Lima pudieran ser un problema para el cultivo de algas). Soeder adjuntó un boletín de prensa oficial de tres páginas sobre el asunto, en el que se describía la investigación pionera que venía realizando. Según el boletín, cuyas copias se encuentran en los archivos de Schwend, la investigación en Dortmund estaría por llegar a “resultados prácticos” en cuanto a la producción comercial masiva de algas marinas en el cercano plazo, pero el folleto aclaraba: “es necesaria la iniciativa de nuestra industria”, en un claro llamado a la inversión privada, y añadía que en África y Sudamérica “es posible construir instalaciones muy grandes”.

Vivamente interesado, Schwend respondió a Soeder el 29 de agosto. Describió entusiasmado las condiciones climáticas del Perú, especialmente las del sur del país, como ideales para el proyecto de producción comercial masiva de algas y sugirió al Instituto la posibilidad de instalar una de esas grandes plantas en el Perú a través de la cooperación alemana para el desarrollo. Incluso le indicó a Soeder con quién debía hablar para ello: el señor Franz H. Ulrich, de la DEG, quien era además —¡qué afortunada coincidencia!— miembro del directorio del Deutsche Bank. Le habló de lo promisorio que era el mercado peruano (capaz de “desplazar toda su producción de cereales para alimentación humana y animal”, alardeó), y le adelantó que “se puede encontrar un amplio apoyo de los militares o el Departamento de Agricultura para la construcción de la planta”.

No hay indicios en los archivos de Schwend que indiquen que este plan de negocios llegó más lejos; la última señal está en una breve nota de prensa de la que guardó tres copias idénticas entre sus papeles, aparecida en *El Comercio* el 19 de noviembre de 1970, según la cual “Japón proyecta comprar algas marinas peruanas en gran escala, de resultar positivos los estudios científicos que se están haciendo en la zona de Tumbes y Talara”, estudios que lideraba la Misión del Japón para el Estudio de las Algas y en los que no participaba el Instituto Planck de Alemania. La presencia de esa nota entre documentos relacionados con inteligencia, tráfico de armas, demandas y procesos judiciales, otras notas periodísticas sobre nazis en fuga y tesoros en el lago Toplitz, etc., es como un berrinche por el cual don Federico se decía que había tenido razón.

Plantas milagrosas

El contacto de Schwend y el Instituto Planck continuó con diferentes objetivos; estaba sondeando la factibilidad de diversas opciones de negocios con base en un modelo simple: se ofrecía a los investigadores alemanes como un posible “experimentador” de sus hallazgos, ya fuera como agricultor privado o en colaboración con instituciones como el Ministerio de Agricultura o la Universidad Agraria, para recibir gratuitamente semillas o plántulas, y a cambio ofrecía nada más que hacerles saber los resultados. Los réditos financieros de estas empresas, si arrancaban, no fueron nunca mencionados por él. Resulta interesante que, a diferencia del asunto de las algas, que persiguió poco antes del golpe de Estado de Velasco, y en el que ofreció a Soeder la colaboración de los militares, en las cartas a los investigadores Segenbusch y Philipp ya no los menciona, lo que podría ser señal del decaimiento de sus relaciones con el poder al instaurarse la dictadura.

El 17 de abril de 1969 escribió dos cartas a científicos del Instituto Planck, la primera al Profesor Reinhold von Sengbusch, decano director del Instituto Planck para la Investigación Agrícola (Max-Planck-Institutes für Kulturpflanzenzüchtung) en Hamburgo, a quien consultó sobre variedades de lupino blanco (una de esas “plantas milagrosas” que, a partir de la investigación científica sobre ellas, reciben atención mediática e industrial) que estaban siendo desarrolladas ahí. La segunda carta fue para el Dr. Rainer Reimann-Philipp, cuyo trabajo elogiaba y luego le pedía también semillas o plántulas de fresas, tomates de maduración temprana, espárragos y centeno cuyo barbecho fuera forrajeable —aquellos productos sobre los que había leído en la prensa alemana—, para “experimentar” con su producción en colaboración con la Universidad Agraria o de manera privada.

Aunque la investigación de Von Sengbusch se había iniciado ya desde 1927, cuando el Instituto Planck aún llevaba el nombre del emperador Guillermo (Von Sengbusch, 1951) —el científico permaneció al frente del instituto durante los años nazis—, sólo a fines de los 60, a través de una ingeniería genética que estaba en pañales, se desarrollaron variedades de laboratorio con menos alcaloides, que son la razón por la cual el lupino tiene un sabor amargo que limita su potencial como alimento (aún no se ponía atención en una variedad dulce, con bajo contenido de alcaloides, que se cultivaba desde los albores de la agricultura en los Andes: el tarwi). Hoy el lupino y otras leguminosas similares son muy valiosos por su papel como complementos de la dieta campesina y como regeneradores de la fertilidad de suelos degradados, pero en 1969 la investigación de Von Sengbusch estaba en una etapa

temprana. Un par de semanas después de enviar su carta, Schwend recibió respuesta de Philipp, entonces director interino del instituto del que Von Sengbusch se había retirado el primer día de 1969, aunque aún fungía como director honorario. Philipp prometía que haría llegar al decano la carta de don Federico. Finalmente la recibió y respondió el 27 de noviembre de 1969. Conocemos el contenido de su mensaje por la subsecuente respuesta de Schwend, a la que por error asignó la fecha “2.11.69” (sabemos que la escribió el 2 de diciembre, por la referencia de Von Sengbusch en su siguiente carta). Don Federico le explicaba al destacado científico alemán que tenía veintitrés años viviendo en el Perú y que por tanto —nos resulta misteriosa la lógica de don Federico en este sentido— no estaba interesado en “ayuda para el desarrollo”; quizá Von Sengbusch había interpretado una carta venida del Tercer Mundo como una petición de ayuda a través de la cooperación internacional alemana. Continuaba Schwend informando al decano de Hamburgo que tenía las conexiones necesarias para experimentar en el ámbito agrícola junto con el Ministerio de Agricultura y la “Universidad tec.” (se refería seguramente a la Agraria La Molina), así como de manera privada. A continuación sugería a Von Sengbusch que le proporcionara las semillas en cuestión para replicar, bajo sus instrucciones, sus experimentos en ambos esquemas (el de colaboración con el gobierno y la academia, y el privado), ofreciéndole a cambio mantenerlo informado en todo momento de los resultados. Por último le decía que “había escuchado que ustedes [el Instituto Planck] habían desarrollado ciertas variedades de fresas”, y que también le gustaría experimentar con esa especie “o con otras plantas que usted considere apropiadas”.

La respuesta de Von Sengbusch, el 17 de febrero de 1970, fue desalentadora: no habría negocios pues el Instituto Planck no podía entregar el material producto de sus investigaciones hasta que el trabajo de mejoramiento estuviera terminado. Recomendó a Schwend que se pusiera en contacto con un Dr. Baer en Gorbea, Chile, cuyo Campo Experimental contaba con lupino blanco sin alcaloides “aprobado para propagación”. En cuanto a las fresas, le indicó que “sería inconveniente cultivar variedades europeas en el Perú” y le recomendó que estudiara el sistema mexicano, desde donde Europa estaba importando grandes cantidades del fruto, en variedades californianas que Schwend podría conseguir a través de la empresa Hyde de Watsonville, California. Naturalmente, ambos miembros del *staff* científico del Instituto Planck habrán cruzado información sobre su correspondencia con aquel extraño agricultor alemán que escribía desde el Perú y luego de la propuesta de Von Sengbusch de buscar a Baer en Chile, ya no hubo más intercambios. Schwend no consiguió hacerse de tecnología agrícola de punta

gratuitamente. Pero sí escribió a Baer, siguiendo la recomendación de Von Sengbusch, el 3 de marzo de 1970:

[...] el Dr. Reinhold von Sengbusch me escribió en una carta del 17 de febrero de 1970 que le había confiado a usted la reproducción del *Lupinus albus* libre de alcaloides. Estaría muy interesado en recibir algunas semillas de su producción chilena y le estaría agradecido que me dé noticias si es posible y qué información ha recogido usted de las plantas.

El 31 de marzo Baer respondió en un papel membretado con el logotipo de una marca registrada, Semillas Baer, con evasivas sobre la siembra tardía y la necesidad de esperar. Probablemente a don Federico lo ahuyentó la perspectiva, clara a todas luces, de tener que invertir su propio capital en la compra de semillas experimentales que, a fin de cuentas, no se sabía si podrían funcionar en los campos de La Estrella en Ate.

Es innegable que Schwend conocía el arbitraje de los productos agrarios en el mercado internacional. Esto le permitió planificar el uso de ese conocimiento para su propio beneficio. Un documento con el número 85 en el folder “Bascow” de sus archivos trata sobre la exportación de café desde el Perú y tiene indicios de los mecanismos que don Federico buscaba para “dar la vuelta” a las regulaciones de estos mercados. Indicó ahí que, al igual que con el azúcar, la cuota de exportación de café permitida al Perú era de ochocientos mil costales pero, dado que la producción era más alta y que los países del bloque soviético estaban abiertos al comercio mediante el intercambio directo de bienes y servicios, era posible hacer tratos a través de ellos con dinero al contado. Para “salvar las apariencias”, el Perú enviaría la mercadería a Polonia y Hungría, luego sería todo derivado a Ámsterdam para que un importador alemán se hiciera cargo. El valor del negocio era de 1,5 millones (no mencionó la moneda, pero podemos suponer que hablaba de marcos alemanes), y el contacto en Alemania era un tal Häusler. El cierre del memorándum es revelador: “nos repartiremos la comisión”.

Junto a esta nota aparece otra sobre exportación de lana realizada por un empresario identificado como Jakub Goldstein Tau, propietario de unas veinte mil cabezas de ganado lanar y de una fábrica en Vitarte, y Schwend señaló que estaba buscando obtener derechos de exportación de lana a través de alguien identificado como “Zapata”. No hay indicios de a quién

iban dirigidos estos memos y tampoco hay fechas; el contexto del folder que los contiene sugiere que se trata de materiales de los años 1970 o 1971 y, dado que en ambas notas Schwend indicó a su destinatario que consultara al sujeto identificado como Häusler, sospechamos que podría tratarse de Schneider-Merck, en un momento anterior a la estafa que terminaría por enfrentarlos. Antes de ese suceso, en su calidad de subgerente de la Cámara de Comercio Peruano-Alemana, Schneider-Merck no manifestó escrúpulos en cuanto a su participación en transacciones ilegales de la mano de Schwend. Una vez preso, en entrevista con *Caretas*, el joven empresario describió a Häusler como uno de los cómplices de Schwend en otra estafa, el caso “Anderson”.

FALSIFICADOR, TODAVÍA

En 1963 se dio una señal de alarma entre la CIA y el Departamento de Estado de los Estados Unidos, sobre la posibilidad de que Schwend siguiera activo en el negocio de la falsificación de moneda, específicamente de dólares. El servicio secreto recibió de la CIA, en octubre de 1963, información sobre Schwend “indirectamente obtenida del sujeto” por la Policía de Investigaciones del Perú (PIP). Las declaraciones de Schwend a la PIP, que esta instancia habría hecho llegar a la CIA y esta, a su vez, al Servicio Secreto, decían que “no había sido abordado para considerar su reingreso al campo de la falsificación”. Dijo que había sabido “vagamente” de una mujer que pasó por Lima en 1961 o 1962 con “dos o tres paquetes de dólares falsos”, y que había proporcionado esta información a un agente de la PIP. El segundo punto del informe en que la CIA reportaba estas declaraciones de Schwend a la PIP, se extendía en lo que habría dicho respecto a su participación.

A mediados de los 60 se seguía sospechando que Schwend estaba involucrado en la falsificación de dinero. Como lo revelan los informes del gobierno estadounidense, Schwend sería parte de un esquema de falsificación de escala mundial. El 11 de octubre de 1963 se respondió a la petición de la CIA de información sobre Schwend y su relación con la falsificación de moneda, tanto desde la época de la guerra en Europa y la operación Bernhard, como en el momento de estos informes, específicamente sobre una supuesta operación de falsificación de moneda en Cuba. Schwend afirmó

que después de deshacerse de los instrumentos de falsificación (en el lago Toplitz, en un punto que él conocería), no se le había permitido regresar a Alemania para recuperarlos. También aseveró que no tenía ninguna relación con asuntos de falsificación en el presente. Lo único que sabía “vagamamente” era el asunto de la mujer que había pasado por Lima dos años atrás con dólares falsos. Dijo que había dado dicha información a la PIP, y esta habría investigado el asunto sin hallar nada importante. Un agente de la PIP identificado como *Dubride 7* declaró que Schwend era agente del Servicio de Inteligencia Militar peruano, y esto fue corroborado por otro documento, el que señala que la PIP hizo una investigación que confirmó dicha información.

El tema de la falsificación dio lugar a que el 29 de mayo de 1965, John E. McDonald, director de inteligencia de la Oficina de Inteligencia e Investigación, enviara una carta a Rowley, del Servicio Secreto de los Estados Unidos, Departamento del Tesoro, con copia a J. Edgar Hoover, director del FBI y al director de la CIA, sobre falsificación de moneda norteamericana en el Perú. La carta incluía documentos de la Oficina de Seguridad Regional de la embajada estadounidense en Lima, fechados el 29 de abril de 1965. Las sospechas del gobierno estaban basadas en inteligencia producida por el seguimiento a Schwend y a personas cercanas a él, específicamente a un sujeto de nombre Friehelm Schwalm que afirmó haber trabajado para la división de falsificación de dinero de la policía alemana, y también declaró al representante de los intereses alemanes de la Embajada Suiza en Argelia que había trabajado para la policía en Hamburgo. En Argelia había ofrecido información a la embajada estadounidense sobre las actividades de falsificación de moneda de Schwenk [sic] en Lima, para lo cual había declarado que la Interpol lo había contactado y habría corrido con los gastos del viaje.

El incidente de Annaba (Argelia), como se conoció el problema de Schwalm en aquel país, ocurrió porque había perdido su licencia de conducir en su “viaje de bodas”, camino a Marruecos, y se había acercado a la Sección de Intereses Alemanes de la Embajada Suiza con el fin de reponerla. Para lograrlo, Schwalm habría pedido dinero a una alemana casada con un argelino, préstamo que no habría devuelto, lo que ocasionó que la mujer defraudada amenazara con avisar a las autoridades judiciales. Según el documento del Departamento de Estado, esta información se corroboraba con la versión de Schwalm de haber estado en prisión. A cambio de la información que ofrecía con respecto a la falsificación de moneda, Schwalm había solicitado una cantidad que el Departamento de Estado consideraba que no debía entregarle hasta probar su veracidad. Un documento de la CIA

incluía más información sobre Schwend y su participación en la operación Bernhard, y añadía que había “comprado protección para sí mismo en Perú estableciendo contacto con políticos de alto nivel y dando información al Servicio Local de Seguridad”. Finalmente, se aseguraba que de existir interés en el tema, seguirían la pista de Schwalm.

El 23 de noviembre de 1966, el Departamento de Estado recibió un telegrama de la embajada estadounidense en París, dirigido al servicio secreto, y copiado a las embajadas estadounidenses en Argelia y Lima y al Departamento de Estado en Washington, en el que se informaba que era imposible evaluar los billetes en cuestión sin tener un ejemplar o una descripción completa. El telegrama añadía que ningún Schwalm ni Schenk eran conocidos.

El 1.º de diciembre la agencia de noticias Reuters en Buenos Aires emitió información según la cual Fidel Castro habría inundado Centroamérica con dólares falsos. La afirmación la hacía un adjunto militar de Joaquín Trejo, presidente de Costa Rica: el coronel Sergio Fernández, y añadía que esta operación se parecía al método usado por los nazis en la operación Bernhard, aunque en el caso costarricense era aún más grave pues muchas personas en aquel país estaban adquiriendo dólares como mecanismo de protección ante el deterioro de la moneda local. Tratando de detener la circulación de moneda falsa, cuyo monto superaría los cien mil dólares, agentes del FBI habrían viajado a Centroamérica para cooperar con los gobiernos locales. Breitman recoge esta información en su ensayo sobre la operación Bernhard y apunta la probabilidad de que la ODESSA tuviera en su poder planchas para falsificar dólares así como la hipótesis de que Schwend “finalmente había aprendido a sacar un mejor producto” (2005, p. 127), haciendo referencia a que durante la operación Bernhard, los falsificadores no habían sido capaces de producir dólares que pudieran ser utilizados exitosamente en el mercado.

Algunos años después, Schwend se volvió a interesar en la impresión de dinero, aunque esta vez en principio no de manera ilegal, sino tratando de aprovechar una oportunidad que la casualidad le ponía en el camino. Es nuevamente su rica correspondencia con su amiga Lo Stein la que nos pone en esta pista. Ella vivía con su hermana, a quien se refería siempre con displicencia y cierto rencor en las cartas —la llamaba con sorna “La Madame”—, como si su papel ante ella fuese el de una subalterna. Pero las referencias de Lo sobre el esposo de su hermana eran siempre respetuosas y agradecidas. Para don Federico, el cuñado de Lo, amigo íntimo del canciller alemán Kiesinger, representaba una oportunidad: era propietario de

una fábrica de papel. En sus cartas a Lo no faltaban ocasiones en que don Federico le decía que transmitiera alguna información a su cuñado, siempre en función de la posibilidad de involucrarlo en algún negocio del que, naturalmente, él pudiera sacar provecho. Por fin, en una carta de Schwend a “Doña Lo” de la que sólo se conserva la segunda página en los archivos (no tiene fecha pero fue escrita después del 5 de abril de 1970, pues menciona el asesinato del embajador alemán en Guatemala, el conde Karl von Spreti, ocurrido en esa fecha), se decide a poner en contacto a S., el cuñado de Lo, con el entonces titular del Instituto Nacional de Planificación, el “notable” (escribió Schwend) Mayor Gonzáles de la Rocha, quien a su vez podría conseguir una reunión con el “ministro responsable” en un plan para que el gobierno peruano comprara papel de seguridad para la impresión de billetes peruanos.

Este funcionario del gobierno militar, González de la Rocha, sería caracterizado por Schneider-Merck poco más de un año después —a través del Dr. Jenny que estableció a su nombre correspondencia con Simon Wiesenthal— como el enlace de Schwend con la inteligencia militar peruana, e incluso afirmó que el propio Schwend habría colocado a González de la Rocha como agente de la organización Gehlen. En la carta a Lo, Schwend mencionó que ya había hablado de este proyecto para fabricar billetes peruanos con González de la Rocha, y que este estaba entusiasmado con la idea, así que le envió los datos de contacto, aclarándole además que no era necesario que S. escribiera en español pues “Rocha tiene una secretaria que habla alemán perfectamente” (tendemos a creer que esto no era cierto y que el traductor para González de la Rocha era el propio Schwend).

No le faltaron a don Federico en esa carta demostraciones de su *expertise* con respecto a la manufactura de papel moneda:

[...] será necesario fabricar el dinero de modo que se dificulte su imitación y, a la vez, que permita llevar un control sobre él, *sea genuino o falso*. He pensado en el papel no inflamable de la empresa de S. Quizá fuera posible incluso dar al papel alguna característica que permita determinar a qué país ha sido enviado. Estoy seguro de que hay otros países en el continente que estarían de acuerdo en un cambio si los precios del papel y la impresión no fueran muy altos. [...] Obviamente, [González de la Rocha] necesita información sobre los costos. (HIS, Schwend Archiv 38-27, Familie, cursivas nuestras)

ESTAFADOR

La ambición de Schwend no conoció límites. La presión y la prisa por huir de Europa en 1946 lo habían obligado a ocultar su “patrimonio” aceleradamente, dejándolo a veces en manos no totalmente seguras. Un caso que ejemplifica esta situación es el del reclamo que realizó a mediados de 1960, a través de un despacho legal de Washington, para tratar de apropiarse dinero de un August T. Gausebeck, ya fallecido. El archivo en HIS guarda una copia de una carta del estudio legal Robert & McInnis, firmada por Roger H. Muzzall, en la que se desentendían por no tener competencia sobre los reclamos de Schwend. Este argumentaba que durante la guerra, en París, había dejado valores —probablemente oro— a Gausebeck en calidad de testaferra y ahora reclamaba la devolución de “su propiedad”. Los abogados estadounidenses hicieron algunas pesquisas y respondieron que el abogado de Gausebeck no sabía nada de la propiedad en cuestión y que su viuda no podía hacerse cargo legalmente del reclamo. “Como se lo he dicho repetidamente”, escribió Muzall, cualquier reclamo sobre la propiedad en cuestión tenía que hacerse en Argentina y añadió que ya en 1957 había dado esta respuesta a don Federico. El mismo abogado dio luz sobre el destino del más viejo de los reclamos de Schwend: el “robo” de que había sido víctima por los “gangsters” Spitz, Timm y Michaelis, lo que indica que Schwend intentó llegar a ellos a través de esa firma legal en Washington: no era en los Estados Unidos donde podía poner demandas contra personas que vivían en Europa; Múnich en el caso de Spitz y París en el de los ex agentes.

El hecho de ser un adinerado inmigrante alemán en Lima no le impidió probar suerte con las leyes a favor de alemanes pobres en el extranjero que habían sido aprobadas en Alemania Occidental; decidió tratar de sacarle dinero a la oficina de Compensaciones de Bremen. En su respuesta a una solicitud de préstamo hecha por Schwend para el desarrollo de Empresas Industriales y Profesionales Independientes, la oficina indicó que no se había comprobado el recibo de otra supuesta carta de Schwend, del 14 de mayo de 1963, en la que remitía “varios documentos adjuntos” relacionados con su situación personal. La oficina no respondería sobre el préstamo solicitado mientras desconociera la situación personal del solicitante, por lo que le recomendaba averiguar con la representación diplomática “en lo relacionado con su permanencia en este país” y presentar ante ellos la solicitud de

préstamo. La oportunidad quedaba cancelada para don Federico; buscaría otras.

El 18 de noviembre de 1969 Schwend escribió a su contacto en Suiza, Eugen Huber, que “la isla de azúcar” (Cuba) necesitaba petróleo con urgencia, lo que sería “un giro de 180 grados”. Schwend afirmaba que el negocio podría hacerse a través del Wozchod Handelsbank A. G. (un banco suizo de capital soviético), cuyo director de negocios extranjeros era un J. Rüegger. Una semana después, el 27 de noviembre, Schwend reiteró a Huber que Cuba requería petróleo crudo que fuera suministrado por la Unión Soviética con petroleros desde Baku, el gran puerto del mar Caspio en la actual Azerbaiyán, y aclaraba que los estadounidenses sólo dejaban pasar petróleo si había un país neutral de por medio (Suiza). Schwend decía a Huber que el hombre fuerte del banco era en realidad A. N. Belitschenko, que hablaba muy bien alemán: “El hombre es menos complicado que el personal diplomático de la embajada”, (estas informaciones apuntan también hacia el papel que Schwend habría jugado como informante, agente o asesor de servicios de inteligencia del bloque comunista).

En cuanto al petróleo como oportunidad de negocio, hay evidencia de que Schwend lo contemplaba al menos desde 1960: en una carta fechada el 14 de marzo de ese año, A. Kröger-Schöne de Barcelona, le dice que “desde hace algún tiempo, represento a una empresa de Alemania Occidental [cortado], que posee sulfato de bario para perforaciones petroleras. Quisiera información sobre las empresas perforadoras en Perú”. Schwend le respondió el 30 de marzo detallando contactos en el Perú en relación con el petróleo: un señor H. Norman con dirección en Plaza San Martín 917, Lima, y el señor Gloss de la embajada alemana; ambos “amigos”. Un par de años antes había ofrecido convocar al “intachable” Kröger para que testificara a favor de la condesa Kaunitz; algunos años después volvería a calificarlo de “intachable” porque le informaba sobre movimientos de Spitz.

No sabemos si los negocios petroleros propuestos a Huber en 1969 se llevaron a cabo, pero hubo otros que sí. El 13 de julio de 1970 le escribí nuevamente para avisarle del viaje que harían a Europa “tres personas de negocios”, que quería recomendarle y pedirle que recibiera. El primero era un Peter Z. Bar-Giora, vicepresidente de Jamaican Hotels and Services Inc., con dirección en la Avenida Madison 342, Nueva York; Schwend lo describió como interesado en hoteles, finanzas y casinos. El segundo era Eckehard Häusler, exportador e importador “muy eficiente”, propietario de la empresa Atlantic Export S. A., de Lima, “importante en café”, con el que había planeado aquella extraña estrategia de exportación de café al bloque soviético.

El tercero era José Wolfenson, presidente de International Investors S. A., sita en Maipú 464/6/Of. 606, Buenos Aires; este era descrito como interesado en el negocio de créditos y estaba buscando en ese momento, junto con otros que Schwend no mencionó, un crédito con aval del gobierno para los ferrocarriles argentinos. “Me alegraría que pudiera hacer propuestas interesantes a estos señores”, encargó Schwend.

Los nombres de los tres recomendados aparecerían nuevamente en su entorno. A mediados de 1973, *Caretas* (491, agosto de 1973) reproducía los testimonios que Schneider-Merck daba desde prisión, en Lima, sobre el caso identificado como “Anderson”. Se había iniciado en 1970 con la llegada al Perú de “un tal Peter Bar-Giora, que decía ser ex Coronel del Servicio de Inteligencia de Israel”. Estaba interesado en realizar inversiones en el Perú (y en vender helicópteros al ejército) y había llegado al regazo de Schwend por recomendación de un “Moisés Wolfenson de Buenos Aires”. Después de asegurar que Schwend y Bar-Giora “hicieron buenas migas”, Schneider-Merck reveló un plan propuesto por Schwend para “estafar al gobierno de la República Federal Alemana por un millón de marcos”, a través de una declaración jurada falsa sobre la confiscación por los Aliados, durante la guerra, de un Rembrandt a un judío y de la presentación del falso caso a las autoridades de los programas de restitución alemanes. Pero Schneider-Merck no conoció el resultado de dicho negocio: “No sé qué pasó con la demanda pero sí sé que este Bar-Giora se llamaba en realidad Peter Lipschitz, judío de Strassburgo y estafador internacional”. Los datos sobre Bar-Giora que Schneider-Merck brindó a *Caretas* no coinciden con los que Schwend le había dado a Huber en su carta, excepto por el hecho de que ambos mencionaron intereses hoteleros, uno en Jamaica, el otro en Bahamas. En la versión de Schneider-Merck, la empresa de Bar-Giora era una “Bahama Hotel Corporation”, con oficinas en Miami, la cual, según los periodistas de *Caretas* —suponemos que lo habrán investigado— era “una firma que existe sólo en el membrete de la correspondencia y en una casilla de correo”. *Caretas* afirmaba también que “La firma ‘Karmine S. A.’ de Wolfenson en Buenos Aires es la misma cosa”; nosotros añadiríamos que también era el caso de la Abraham Levy y Compañía de Barranco; razón social que ya en 1967 la CIA había identificado como punto de contacto de Walter Drück, el representante de Merex (y del BND) en Sudamérica.

Según la anécdota sobre el “caso Anderson” que Schneider-Merck narró a *Caretas*, Bar-Giora quiso cambiar “un cheque de unos US\$ 2,000”, y Schwend lo envió con “su amigo Ekkerhard Haeussler de la firma Atlantic Export, quien a su vez utilizó los servicios del cambista Jorge Alberto

Anderson”. Más tarde, Anderson volvió con Häussler reclamando su dinero pues el cheque de Bar Giora había resultado incobrable, y acompañó el reclamo con “un par de agentes de la PIP”. Haeussler, a su vez, llevó la queja a un Schwend que “se mostró realmente indignado”. Unos meses más adelante, Anderson, Häussler y otros eran arrestados por tráfico de divisas. *Caretas* afirmó que entre los papeles de Schwend “hay informes sobre Anderson, sobre su oficina en la avenida Tacna, etc.”, pero no hay copias de ellos en los archivos de HIS.

“UN BARCO PARA BOLIVIA”

En 2014 el gobierno de Evo Morales, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia y de la Dirección Estratégica de Reivindicación Marítima, publicó un hermoso libro titulado *El libro del mar* (DIREMAR, 2014). En la página 17 se reproduce un mapa de Sudamérica de 1829 en el que se ilustran las fronteras de los nacientes países: Chile y el Perú no se tocan porque Bolivia se extiende sobre quince millones de hectáreas de desierto, el Atacama, bordeado por novecientos kilómetros de litoral en el Pacífico. El libro relata los sucesos que llevaron a la pérdida de ese enorme territorio con salida al mar y actualiza el sueño de un pueblo que no ha cejado en su lucha por reivindicar ese derecho. Con detallada historiografía, el libro narra los hechos y cita los acuerdos que sustentan su demanda. Y sin embargo, en ninguna parte aparece mención de una de las encarnaciones de ese sueño, una monstruosa: la empresa naviera Transmarítima Boliviana (TMB), que por un momento representó para el pueblo andino una orgullosa alternativa a su enclaustramiento geográfico, pero que existió entre corrupción y secreto, manejada impunemente por el nazi irredento Klaus Barbie. TMB ha sido borrada de la historia oficial boliviana aun cuando en septiembre de 1967 el pueblo, alimentado por ese sentimiento de recuperación simbólica del mar, había participado en una “Cruzada Nacional” de recaudación de fondos para echar a andar la empresa naviera diseñada por Gastón Velasco Carrasco —político afín a Paz Estenssoro—, bajo el eslogan “un barco para Bolivia”. Con donativos hasta de unos cuantos pesos hechos por bolivianos pobres, la “cruzada”, que se había propuesto llegar al millón de dólares para comprar un barco, apenas alcanzó los cincuenta mil, según

el relato de Álvaro de Castro, confidente y guardaespaldas de Barbie en Bolivia (McFarren e Iglesias, 2014).²

Lo recaudado y lo invertido finalmente permitieron que TMB se instalara mediante el *alquiler* de una flota de siete barcos. A Barbie, uno de los últimos nazis de alto rango en enfrentar la justicia, TMB le dio movilidad diplomática, poder y dinero. La naviera fue su instrumento para traficar en beneficio propio, manipulando la esperanza y el derecho de una nación. Activa entre 1967 y 1973, TMB representa la impunidad de criminales internacionales que contaron con la protección del gobierno boliviano y la venia del peruano (aquí, dos gobiernos sucesivos y enfrentados: el de Belaúnde y el de Velasco Alvarado). En el Perú, la empresa y los contactos con las autoridades quedarían bajo la gestión del socio de Barbie, auténtico cerebro de sus operaciones, Federico Schwend.

La Estrella de Schwend, pero no sólo esa empresa, funcionó como estación de paso en el Perú de un flujo que iba desde la importación de trigo para Bolivia y la exportación de alguna producción local, hasta el tráfico de armas y la manipulación de documentos para blanquear el contrabando de divisas. McFarren e Iglesias afirman que la sucursal boliviana de La Estrella estaba ya en funcionamiento en 1965, dedicada a lo relacionado con la exportación de quinina a través de la relación que Barbie había establecido desde sus días en el Beni con el gigante farmacéutico alemán Böhringer, monopolio en ese mercado. Durante los años de TMB, el enlace con Böhringer en Bonn sería Ute Altmann, hija de Barbie que vivía en Alemania. Los autores señalan que Rudel estaría relacionado también con la fundación de La Estrella en La Paz y que Alphons Sassen habría sido reclutado en Ecuador gracias a la “transnacionalización” de la empresa de Schwend, si bien en el Perú siguió siendo “Comercial Agrícola e Industrial”, mientras que en Bolivia se estableció como importadora-exportadora (McFarren e Iglesias, 2014, pp. 120 y ss.).

Transmarítima empezó a funcionar a principios de 1968; los presidentes Belaúnde del Perú y Barrientos de Bolivia, se acercaban al final de sus mandatos: la mayor parte de la actividad de la naviera se desarrolló durante el gobierno de Velasco en el Perú y la turbulenta serie boliviana de los últimos días de Barrientos, los pocos meses de interinato de Siles Salinas, el año de Ovando Candía, los diez meses de Juan José Torres y el inicio de la dictadura de Banzer. Los rápidos más peligrosos de este río revuelto en el que hicieron su agosto los nazis Barbie y Schwend, se formaron por la confluencia

2 Hay diferentes versiones sobre esta recaudación; Brendan Murphy (1983) menciona cuatrocientos cincuenta mil dólares.

de un amplio conjunto de variables políticas, sociales, económicas e históricas: el proceso de desarticulación de las redes de poder tradicionales, tanto al interior de cada uno de los dos países (la caída de sus respectivas viejas oligarquías y los subsecuentes reacomodos del poder político y económico) como en el proceso sudamericano en general de la Guerra Fría: los pasos hacia un nuevo orden en el que la doctrina de seguridad nacional de los Estados Unidos fue abandonando pactos anteriores y permitiendo, incluso alentando, la construcción de dictaduras de ultraderecha dispuestas a salvaguardar sus intereses y a emprender localmente la fanática y paranoica lucha contra el comunismo.

El “informe Ryan”, al que nos hemos referido al introducir la figura de Barbie en el capítulo IX, argumentó que los servicios secretos estadounidenses registraron el ingreso a los Estados Unidos de Klaus Altmann en misión comercial; primero con un capitán [William] Ayers de Nueva Orleans (que efectivamente embarcó harina de trigo para Bolivia en barcos alquilados a nombre de la TMB y que figura, según Linklater *et al.*, como uno de los accionistas que compartieron la mitad de la propiedad de TMB con Barbie) y luego con empresarios desconocidos de San Francisco. Pero Ryan se redujo a informar que no hubo nada ilegal en sus estancias de 1969 y 1970 en los Estados Unidos, y —lo que interesaba realmente al gobierno, que necesitaba demostrar a los franceses que había dejado de proteger a Barbie a partir de su traslado a Bolivia en 1951— que no estuvo ahí por razones de inteligencia.

Además de la representación peruana hecha a medida por don Federico para cada operación —a veces a través de La Estrella, a veces con otras empresas—, y las conexiones en los Estados Unidos, TMB tuvo agencias en Panamá y Hamburgo (esta última a cargo del hijo de Barbie, Klaus Georg); funcionó en gran medida como una empresa *offshore*, sin nacionalidad, cambiando banderas; casi una operación pirata. Pero aún así, con las ventajas que representaba, TMB quebró en 1972 y Barbie fue investigado por estafa contra el Estado Boliviano y, aunque alguna versión indica que se vio obligado a sacrificar unos meses de libertad, Schneider-Merck publicó en el número 459 de *Caretas* que “gracias a los buenos oficios del Contralmirante Rocca del Directorio de la Transmarítima, Altmann mantuvo su libertad de viajar y moverse”. Mientras Schwend enfrentaba a la justicia peruana a consecuencia del asesinato de Bancho Rossi, Barbie volvió a gozar de la protección del gobierno boliviano. Ni siquiera el asedio de Beate Klarsfeld, encadenada a una banca del parque frente a las oficinas de TMB con una sobreviviente de las atrocidades de Lyon, pudo tocarlo. Schwend cumplió

sentencia de prisión en Alemania después de haber escapado durante casi treinta años; Barbie pasó a la organización de un auténtico *Einsatzkommando* con terroristas de la ultraderecha europea como Stefano Delle Chiaie: los “Novios de la Muerte”.

Los archivos de Schwend tienen documentos administrativos relacionados con TMB y copiosa correspondencia en que se menciona a la empresa, ya sea para informar de operaciones en curso, para planear otras o para discutir su situación. Entre ellos, por ejemplo, hay un recibo del 24 de agosto de 1971, con pistas sobre la forma en que se hacían las transacciones y sobre las empresas que participaban en el Perú y Europa. El recibo hace constar que TMB recibió doscientos veinte mil soles y diez mil dólares de la Compagnie Générale Transatlantique y no directamente del Consorcio Naviero Peruano. Se trataba de una aclaración porque los primeros envíos figuraban en el Departamento de Contabilidad de TMB como hechos por el Consorcio Naviero Peruano, algo peligroso pues si se demostraba que la empresa peruana había utilizado moneda nacional en el exterior o había adquirido moneda extranjera, estaría incurriendo en un delito.

Después de declarada la quiebra de Transmarítima, Barbie relató su origen ante un juez en La Paz: una compañía de transporte de Hamburgo había enviado una delegación a Bolivia para proponer la formación de la línea marítima y permitirle una comisión. En la reunión habrían estado presentes Ovando Candía, que luego sería presidente de Bolivia, y otros militares. Decidieron ofrecerle (“presionarlo”, dijo él) la administración de la empresa. Walters señala que Altmann/Barbie se había presentado en 1966 como “ingeniero naval” y que él mismo persuadió al gobierno de darle un porcentaje de TMB (2009, p. 260). El cincuenta y uno por ciento de las acciones correspondería al gobierno boliviano y el resto lo compartirían un ingeniero boliviano, Alfonso Fernández, Barbie y el capitán Ayers. El primer barco operaría desde el Callao y el proyecto se presentaba como si TMB hubiese conseguido reivindicar ese anhelado derecho de salida al mar de Bolivia.

Al asumir la administración de TMB, Barbie obtuvo un pasaporte diplomático con el que viajó por América y Europa; algunos autores afirman que durante esos viajes habría aprovechado para visitar a personajes como Skorzeny y Léon Degrelle en España. Walters relata que en alguna de esas estancias en Europa, los británicos le habrían ofrecido barcos en venta, a lo que respondió con su característica bravuconería que “no se había pasado la guerra intentando hundir barcos británicos para comprarlos ahora” (2009, p. 261). Linklater *et al.* afirman que “muchos de los negocios de Barbie habían sido conducidos con la ayuda de un círculo de nazis que habían

adquirido influencia en varios gobiernos latinoamericanos” (1985, p. 228). McFarren e Iglesias relatan que en uno de esos viajes a España, Barbie se reunió con un líder neofascista, Jordi Mota, a quien le contó con corrosivo sarcasmo que en París había dejado flores en la tumba de Jean Moulin, el líder de la resistencia en Lyon al que torturó y asesinó después de infiltrar a la organización manipulando al traidor Hardy (2014, p. 153). El documental *My Enemy's Enemy* (McDonald, 2007) reitera esta información.

Por un tiempo, TMB funcionó como una estación de paso para la más o menos organizada red criminal de ex nazis centrada en el tráfico de armas, de la que Merex fue otro avatar. Walters añade que desde el punto de vista empresarial, TMB era un fracaso; su único aspecto provechoso fue el tráfico de armas que redituó abundantemente a Barbie hasta que colapsó en 1972. Su deficiente funcionamiento le granjeó adversarios al “carnicero de Lyon”, como en un caso de defraudación contra la Confederación Minera de Bolivia, que pagó a TMB, en septiembre de 1970, diez mil dólares por transporte de minerales que nunca se realizó (Walters, 2009, p. 261). De Hoyos señala un registro de noviembre de 1971, encontrado en los archivos de la prisión central de La Paz, según el que Klaus Altmann habría sido encarcelado por una deuda de 54 207,60 pesos reclamados por la Corporación Boliviana de Fomento. No hay documentos de liberación, pero aun así pocos días después Altmann se encontraba en el Perú (1984, p. 234).

En 1972 Schneider-Merck relató para el citado número 459 de *Caretas*, entre muchas otras cosas, los sistemas que Schwend y Barbie utilizaron para estafarlo a él y a los empresarios a los que ayudaba a sacar capitales del Perú. Describió el primero de esos sistemas como una fórmula ofrecida por Altmann “de negociar documentos de embarque de la Transmarítima Boliviana y ganar comisiones”. Explicó que TMB “necesitaba una fuerte cantidad de soles aquí [en el Perú] para pagar gastos de embarque y de acoderaje. El interesado recibiría un documento de embarque al portador que podría hacer efectivo en moneda dura en el puerto de destino”. Lo narrado a *Caretas* es una redecoración de los argumentos que “la defensa del auto-inculpado Volkmar Joh. Schneider-Merck” presentó a los tribunales en su solicitud de reducción de la pena “a solamente un día de prisión simbólica”. Ahí se describía en lenguaje jurídico el truco en las transacciones con TMB:

Los fondos recolectados en soles simplemente servían para pagar en el Perú los diversos gastos que tenía la Compañía Transmarítima Boliviana, sea gastos de embarque o desembarque, aprovisionamiento, etc., o sean los gastos millonarios de transporte de la carga de la Transmarítima Boliviana

desde el Puerto de Mollendo hasta territorio boliviano [...]. Ahora bien, que la Transmarítima Boliviana pagara en el exterior o depositara en Bancos extranjeros, en moneda extranjera a nombre de diversas personas no constituye una conducta que se encuentre involucrada en el D.L.18275, por cuanto la Cía. Transmarítima Boliviana tampoco es una Entidad residente en el Perú. Los soles se recolectaron en el Perú, se gastaron en el Perú. (HIS, Schwend Archiv)

Un esquema perfecto, con la oportunidad para inflar gastos en territorio peruano (los “gastos millonarios” que refiere el texto), sin incurrir, aparentemente, en una violación de la ley que el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas había emitido el 15 de mayo de 1970, el Decreto Legislativo 18275, prohibiendo la libre compra y venta de moneda extranjera en el Perú. Pero aun antes de verse obligado a entregarse para iniciar el proceso contra Schwend y Barbie, Schneider-Merck, ya seguro de que habían sido nazis importantes, había intentado ponerlos al alcance de Simon Wiesenthal, como veremos al hablar del famoso cazador de nazis.

Cuando se desató la persecución de Beate Klarsfeld contra Barbie, si bien se fugó a Bolivia en un inicio, luego del asesinato de Bancharo Rossi corrieron los rumores de que estaba en Lima, incluso generando una supuesta orden de búsqueda de la PIP. Finalmente apareció dispuesto a conceder una entrevista a *El Comercio* en enero de 1972, en la que utilizó a la TMB como una especie de chivo expiatorio del “daño” que le querían hacer. Negó las acusaciones de haber sido jefe de la Gestapo en Lyon, dijo ser un “hombre de empresa” que nunca había hecho daño a nadie. “Esta guerra fría, este conato de acosamiento, debe provenir de personas o entidades empeñadas en hacerle daño a la Transmarítima Boliviana porque ya nos estábamos afirmando como una sólida empresa naviera [...]”, explicó al conservador diario limeño. La orden de búsqueda de la PIP había sido probablemente una de esas pastillas de desinformación que Schwend sabía dosificar, pues en la entrevista con *El Comercio*, Altmann/Barbie añadió: “Aprovecho la ocasión que me brinda ‘El Comercio’ para agradecer la gentileza de la Policía Peruana, la cual me ha hecho saber su voluntad de prestarme garantías”, y explicó que su traslado a Lima “coincidió además del aspecto comercial, con la necesidad de que mi esposa cambie de clima. La altura le estaba haciendo daño y por ello la he traído a ese gran clima que tiene Chaclacayo” (donde habían adquirido una propiedad con lo que le habían exprimido a Schneider-Merck). En realidad, TMB estaba quebrada; sus días, contados, y Barbie entre la espada y la pared: la espada, las acusaciones de tráfico de

divisas que vendrían en el Perú; la pared, las de estafa contra el Estado en Bolivia.

Años más tarde, en 1983, cuando Barbie ya estaba en manos de la justicia Francesa esperando ser juzgado, Allan Ryan pidió a la CIA toda la información concerniente a “ESTRELLA, S.A. (o L’ESTRELLA, S.A.) [...] Transmarítima Boliviana. Ambas [...] son corporaciones Bolivianas (ahora extintas) de las que tenemos razones para creer que están conectadas con Klaus Barbie” (FOIA, Barbie, vol. 2, 0126), con el resultado que conocemos para su informe exculpatorio por la protección del criminal de guerra y contra la humanidad a nombre de los Estados Unidos: nada ilegal, nada secreto. Lo cierto es que para cuando TMB inició sus operaciones, la sucursal boliviana de la empresa de don Federico ya había consolidado un sistema de operación que consiguió incluso meter la mano al bolsillo del Estado boliviano. Para Walters, Schwend, que se ganaba la vida a partir de “venta de armas, extorsión, fraude, chantaje y tráfico de secretos de Estado”, era el “socio perfecto” de Barbie (2009, p. 261), y Murphy apunta que habrían comenzado a colaborar en el tráfico de armas y en trabajo de inteligencia desde mediados de 1960 (1983, p. 281).

Barbie había dejado la clandestinidad que le proporcionaban las selvas de los Yungas bolivianos teniendo ya en sus manos el contacto para colocar en el mercado internacional la pequeña producción de quinina que podía generar: los laboratorios Böhringer. Probablemente fueron esas transacciones las que motivaron la apertura de La Estrella en La Paz, así como de la empresa Standard Industrial que le atribuyen los documentos de la CIA y otras fuentes. Pudo haber establecido cualquier empresa y llamarla “Importaciones y Exportaciones El Cuarto Reich” si le hubiera dado la gana, pero eligió la sociedad con Schwend, que facilitaría sus influencias para el traslado de los productos a través del Perú. A su vez, don Federico vio el potencial de la relación con Böhringer y quiso vendérselo al gobierno peruano, como muestra un proyecto (sin fecha, probablemente de mediados de los 60, anterior a la fundación de TMB) en el que ensalzó los logros bolivianos de exportación de quinina (que había pasado de una pequeña plantación de árboles de quina a una fábrica que producía sales de quinina) y estableció la propuesta que le hacía un Herr Büttner en representación de Böhringer, para la instalación de un emprendimiento similar en el Perú, financiado a partes iguales por el Estado peruano y por Böhringer, mediante el cual el

país se incorporaría a lo que no dudó en llamar “monopolio mundial” de la farmacéutica alemana. Tampoco le pareció innecesario justificar el proyecto con el argumento de la importancia que tiene la quinina en “*tiempo de guerra*” (el subrayado es suyo).

Paralelamente, Huber, el agente de Schwend en Suiza, mantuvo correspondencia con Böhringer en la que garantizaba la solvencia de don Federico como respuesta a una consulta expresa de la corporación alemana. Por supuesto, mantuvo informado a su socio de estos intercambios en todo momento. Sin embargo, del lado peruano no parece haber habido interés en tan prometedor proyecto. Quizá Schwend no encontró el momento o el funcionario adecuados (el documento menciona a un “Coronel S.”) para presentarlo; no hay más sobre el tema después.

Büttner, por su lado, aparece también en el entorno de Barbie, relacionado con su hija Ute en Alemania, con quien coordinaba la relación comercial entre Böhringer y La Estrella de Bolivia (habiéndose naturalizado boliviana en 1961 —informa De Hoyos, 1984, p. 233—, en 1969 Ute solicitó permiso de residencia en Alemania Occidental para trabajar como representante comercial de Böringer-Mannheim; en su solicitud asentó que su padre era de nacionalidad polaca).

En 1993, mientras analizaba el archivo Schwend en HIS, el investigador Dieter Meier solicitó a la CIA y al FBI la desclasificación de información sobre este y otros personajes relacionados con Barbie y sus operaciones con quinina; la respuesta de las agencias estadounidenses fue negativa: no era posible confirmar ni negar que hubiera información sobre los sujetos en cuestión. Entonces Meier consultó a la propia Böhringer, donde encontró que Büttner había sido un contador (no un ejecutivo de alto nivel de Mannheim, como lo presentó Schwend) en varias sucursales de la empresa en el extranjero, como la fábrica de quinina en el Congo, que entró en crisis en los años 1960 debido a la escasez de corteza de quinina a nivel mundial. En ese contexto, varios trabajadores de la empresa viajaron a Sudamérica para comprar corteza de quinina en el Perú y en Bolivia, y Büttner estableció una relación de negocios con Klaus Altmann, sin conocer, aclaró la empresa, su verdadera identidad. Lo más extraño de lo que Böhringer informaba era que poco después de la quiebra de TMB, en noviembre de 1973, Büttner encontró una muerte violenta que nunca fue aclarada.

Finalmente, luego de la quiebra de TMB, y con La Estrella de Lima bajo escrutinio fiscal, la sucursal boliviana dejó de funcionar. No así la conexión comercial que la familia Altmann/Barbie había establecido con la presencia de Klaus Georg en Hamburgo. El hijo de Barbie siguió en el negocio de

las importaciones bolivianas: en la vía abierta por Merex, volvió a Santa Cruz representando a la firma Steyr (para la que también había trabajado Skorzeny en España) fabricante de tanques y otros vehículos equipados con armas francesas de 105 mm. Con autorización del gobierno francés, Steyr colocó treinta y cuatro de estos tanques en Bolivia y Klaus Georg una comisión de uno o dos por ciento en el bolsillo de su padre, gracias a cuyas influencias con los militares se cerró el trato (De Hoyos, 1984, p. 248). De Hoyos afirma que, si bien el padre no había querido incursionar en el tráfico de drogas, el hijo habría tenido menos escrúpulos y habría aceptado trabajar con narcotraficantes en la ruta hacia Brasil con la que se benefició el *Einsatzkommando* creado por Barbie en la era del Cóndor.

CAPÍTULO XIV

EXTORSIONADOR

POR CATÁLOGO

Durante la guerra Schwend manejó a muchos de sus agentes mediante la extorsión. El caso de Spitz, judío y por lo tanto bajo permanente amenaza, es sólo una muestra. Luego de la guerra, cuando Spitz ascendió económicamente en Alemania y Suiza, Schwend lo asedió sin pausa en busca de arrebatarle la parte del botín Bernhard con que se había quedado. Tampoco le perdonaría que lo hubiese entregado. El *modus operandi* de la extorsión se hizo sistemático. Sus documentos guardan cartas de los años 50 en las que se ve el afán siempre despierto de conseguir algo a costa de manejar información y presionar a las víctimas. En 1954, por ejemplo, le escribía a Willi Höttl en relación con el patrimonio Bunge: había encontrado a un funcionario intermedio de la empresa con trapos sucios que se podían manejar desde algún servicio secreto. Y en 1958, nuevamente a “Willi”, le informaba que había dado con el titular de cierta cuenta en Suiza, “un tal Me. J. Brunschwig de Ginebra, ¿te dice algo el nombre?” (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I). Intercambios como este los hay que se remontan a 1950 y 1951, cuando aún utilizaba la identidad falsa de Wenceslav Turi. En uno de ellos aparece el agente en Zúrich, Eugen Huber, por primera vez (HIS, Schwend Archiv, 35-23), una relación que continuará hasta los años 70 y en la que el suizo seguiría a Schwend a cualquier despeñadero.

Durante los 60, su época de oro en el Perú, utilizó la información que obtuvo a través de sus redes de agentes de inteligencia particulares y estatales para establecer una organización paralela al gobierno —para el cual trabajaba— a través de la que extorsionaba a políticos peruanos en altos cargos gubernamentales y a empresarios diversos. Hay numerosos documentos cuya presencia en los archivos de Schwend no parece tener otro sentido que el de extorsionar o chantajear a quien tuviera recursos: documentos contables de empresas variopintas, informes sobre liquidez de empresarios

anónimos, nombres y direcciones de otros dedicados a giros distintos de los que Schwend parecía preferir, apuntes y notas sueltas sobre posibles objetivos de extorsión.

En algún momento tuvo el apoyo incluso de las autoridades del Ministerio de Economía y Hacienda, al que consiguió acercarse mediante la estratagema de conseguir socios comerciales (que Barbie también usó para la Transmarítima Boliviana). En un contexto de desordenada recaudación fiscal, Schwend indicaba al ministerio candidatos auditables y cobraba una comisión de lo recaudado, como en el caso de Kremer, cuya documentación menciona un soborno de cuarenta mil dólares (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6). A cambio, además de las comisiones, el Ministerio otorgaba ciertas ventajas fiscales a La Estrella, como muestra la copia, hallada entre sus papeles, de un formulario de declaración de impuestos en blanco pero con la firma de don Federico (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I).

Entre los muchos casos de extorsión o intento de extorsión de los que hallamos pistas está uno contra Sandro Mariátegui Chiappe, hijo del filósofo Mariátegui, industrial gráfico y político que había ocupado el Ministerio de Hacienda y Comercio —del que Schwend fue asesor *ad honorem*— durante el primer gobierno de Belaúnde, entre 1965 y 1967. Un documento del archivo Schwend en el que aparece un impresionante listado de objetivos de extorsión, sin fecha pero posterior a septiembre de 1967 porque identificaba a Mariátegui como “ex ministro”, daba detalles de la empresa familiar, una imprenta, y argumentaba que durante su gestión en el gabinete belaudista se habían importado grandes cantidades de papel, libres de derechos de aduana, y que este papel habría sido utilizado para la impresión de libros. Pero la “empresa Mariátegui”, seguía Schwend, fabricaba también con ese papel las etiquetas de las cervezas más vendidas en el Perú: Pilsen y Cristal, y de otras empresas, y no tenía competencia. En la nota que Schwend escribió y que probablemente estaba destinada a algún “agente” o a algún funcionario del gobierno, describió que Mariátegui tenía un gran depósito de papel que era necesario localizar (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6 Handakte). Otro documento parece dar finalmente con el depósito: “Compañía Importadora San Francisco S.A. Imp. de papel. Ancash 310. Telf. 283380 / 272685”. La nota incluía información sobre cantidades importadas y facturas, una razón social alternativa, “Compañía Nacional de Papel S.A.”, una cita, “Viernes 11 en el mismo café” y una tarea: “Reclamar máquina de afeitar”, que en el contexto significaría soborno. ¿El motivo? Está escrito a mano debajo de lo anterior: “50% de la multa en timbres evasión de impuestos” (HIS, Schwend Archiv, 79-19).

Otro blanco de extorsión fue un ministro de Fomento (antecedente del ministerio de Transportes y Comunicaciones) del primer gobierno de Belaúnde. A lo largo del periodo se sucedieron siete políticos al frente de esa cartera (cuatro sólo el último año antes del golpe de Velasco) y, dado que las notas de Schwend no están fechadas ni mencionan al ministro en cuestión por su nombre, nos es imposible saber a cuál de ellos estaba siguiendo. En su *Historia de la corrupción en el Perú*, Quiroz da cuenta de los sucesivos casos de corrupción, cada uno más grave que el anterior, que aquejaron al gobierno de Belaúnde, entre 1965 y 1968, tan falazmente caracterizado por la opinión pública en general como honesto. La imagen que surge de este panorama es la de un Belaúnde despistado y soñador pero efectivamente limpio —no existen pruebas de corrupción en su contra en ninguno de sus dos periodos presidenciales—, bajo cuyas narices campeaban, laboriosas y despreocupadas, sendas redes de corrupción y contrabando. Quiroz tampoco menciona nombres concretos en este punto pero describe que los “primeros indicios de gestiones impropias de la administración de Belaúnde incluyeron el favoritismo y el tráfico de influencias en los contratos de gobierno”; uno de esos casos “implicó al ministro de Fomento y Obras Públicas y a otros importantes funcionarios” (2013, p. 311). El ministro que a Schwend le pareció oportuno vigilar aparecía así en sus notas: “no había pagado desde hacía meses el alquiler de su casa en Lima. Una vez que fue ministro, 14 días después la compró en efectivo. La esposa llevó el dinero en un maleta a una casa en Monterrico” (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A). Otra nota añadía:

El ministro de Fomento, quien ha firmado la orden para la construcción de puentes para Austria, ha aumentado el precio en un 25%. Se trata de alrededor de 200 puentes con un valor posible de 8 millones de dólares, de los cuales el 25% serán pagados al ministro estafador. Posiblemente, la familia de Bel. [Belaúnde] reciba algo. (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A)

El entorno en el que cundió más exageradamente la corrupción durante el primer gobierno de Belaúnde fue el del contrabando; en este proceso, miembros de las Fuerzas Armadas, específicamente de la Marina, llegaron a extremos como el de “arrendar el [Buque de la Armada Peruana] Callao y usarlo para importar mercancía de contrabando” (Quiroz, 2013).

Nada de esto debería sorprender si tomamos en consideración que durante los años del primer gobierno de Belaúnde, Schwend y Barbie florecían en el negocio del contrabando con el respaldo de un país entero: eran los

días de la Transmarítima Boliviana. Eran también los días en que las relaciones entre Schwend y sus áreas de influencia en el gobierno peruano se encontraban en la mejor posición: los escándalos de corrupción que Quiroz documenta en su investigación rozan insistentemente las áreas en las que don Federico actuaba, de tal manera que no podemos dejar de sospechar de su participación en muchos de estos “negocios” y de que obtuvo beneficios de ellos. Si Schwend fue capaz de calcular que “la familia de Bel.” recibía réditos de los negocios turbios que proliferaban a su alrededor, es señal del poderoso lugar que ocupaba en el régimen; no parece ser una acusación a la ligera. Quiroz comenta que la Comisión Parlamentaria encargada de investigar los casos de corrupción, bajo la tutela del diputado Vargas Haya —durante décadas, y junto a Jorge Basadre, única voz de denuncia contra gobiernos sucesivos basados en el despojo de los recursos nacionales—, estableció responsabilidades “en el círculo más íntimo del presidente”, y más adelante menciona que “[a]umentaban también los rumores referentes a que las personas de alto rango implicadas en el escándalo de contrabando incluían a parientes cercanos de Belaúnde”. El detonador de las denuncias que abanderó Vargas Haya había sido el descubrimiento de pistas de aterrizaje clandestinas en diversos puntos del país que eran utilizadas por la empresa de aviación Rutas Internacionales Peruanas, S.A. (RIPSA) para traficar contrabando, la misma que tenía sus oficinas a la vuelta de la agencia VW de don Federico, en la Avenida Wilson. Quiroz señala que la primera denuncia sobre esto se originó entre los empresarios formales del sector textil, cuyos negocios no podían seguir resistiendo el embate del contrabando. Había sido *El Comercio* el canal para hacerla pública (en la misma época en que don Federico se codeaba cordialmente con miembros del clan Miró Quesada). Al otro extremo de esta cadena se encontraba uno de los principales enlaces de Schwend con la PIP, su director, Javier Campos Montoya, que finalmente sería destituido de la dirección de esa institución policial al darse a conocer que había protegido desde ahí a las redes de contrabandistas. Por último, las investigaciones de corrupción encontraron “evidencias detalladas de una red de contrabando que comprendía a la mayoría de los funcionarios de las aduanas postales de Lima, en colusión con empresarios locales para subvaluar diversas importaciones, falsificar documentos y evadir impuestos” (Quiroz, 2013, pp. 314-317); áreas institucionales y acciones que, como sabemos, no eran ajenas a la *expertise* de don Federico.

A pesar de la cordialidad que existía entre Schwend y algunos miembros de la familia Miró Quesada, ellos tampoco se salvaron de las acuciosas notas que Schwend tomaba “por si acaso”, porque la oportunidad de extraer

algunos miles de soles a quien los tuviera no podía solamente dejarse pasar. Una de sus notas dice: “cuando Paco Miró Quesada fue ministro de Educación, faltaron 20 millones, es decir, fueron desaparecidos sin dejar rastro. En un par de días creció pasto sobre el asunto. ¿Dónde está la plata?” (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A). Se refería a la gestión de Francisco Miró Quesada Cantuarias al frente de la cartera de Educación, que duró poco más de un año al inicio de la primera presidencia de Belaúnde. Veinte millones en un año no son poca cosa; no es de extrañar que don Federico pusiera atención en ello, pero ¿cómo lo supo y por qué lo anotaba?

Hay más notas que ejemplifican la dedicación de Schwend a observar a los otros en busca de pretextos para extorsionar. Un informante que Schwend identifica como Kantorovitsch le hizo saber que una familia pariente de Belaúnde, “los Crutchaga [Cruchaga] han comprado un costoso Edificio en Estados Unidos”, y que “probablemente tienen un importante paquete de acciones de una cervecera (también la familia Damert [Dammert])”; se trataba probablemente de la Cervecería del Norte, que después sería propiedad de Backus y en la que tendría una posición directiva el arquitecto Miguel Cruchaga Belaúnde.

Otras notas son tan específicas, a modo de recordatorios de lo que habitaba la mente de don Federico, que sus significados nos resultan indecifrables, como la referente a un enlace o socio suyo que aparece en documentos diversos pero aislados entre sí: Franz Strasser. En el contexto de las notas que venimos describiendo, Strasser aparece así: “Strasser Ecuador construye líneas desde aquí. Para el matrimonio Strasser Belaúnde ‘Reunión de contrabandistas’”. No podemos asegurar que se trate del mismo Franz Strasser, comunista austriaco, que apareció conectado con los negocios de armas de Skorzeny en 1951 (en algún documento de la CIA aparece como Otto), pero seguramente es el mismo que terminó injustamente preso en El Sexto, acusado —falsamente según declaró después el tribunal— de narcotráfico por Schwend y Barbie, una estrategia que también usaron contra Herbert John. Ya fuera que se tratara de un asunto de contrabando o de tráfico de drogas hacia Ecuador, en noviembre de 1966 envió al periodista Löhde de *Stern* un “tanteo” (entre varios), para desviar su atención del lago Toplitz: “¿Conoce usted el caso Strasser? (drogas) Le hago una propuesta, mándeme 150 dólares para cubrir los gastos, mandaré hacer unas fotocopias y le enviaré el material que Ud. podrá usar según crea conveniente” (HIS, Schwend Archive, 33). Luego, en 1971, a través de la correspondencia Jenny-Wiesenthal, y en 1972 en sus declaraciones ante la justicia y ante *Caretas*, Schneider-Merck lo puso en relación con Barbie

y Schwend; primero como socio en el negocio de la quinina y luego como adversario por un negocio que salió mal. Durante el proceso por el asesinato de Banchemo Rossi, el juez Santos Chichizola recogió el testimonio de un socio de Schwend, el venezolano Fernán Altuve, que aparece ligado no sólo al tráfico de armas, sino a la oposición política y armada de derecha radical contra Rómulo Betancourt (razón de su exilio en el Perú) y relató pormenorizadamente el desencuentro de Schwend y Strasser. Anteriormente funcionario de RIPS, la aerolínea del contrabando vecina de don Federico, Altuve se había asociado con Schwend en 1965, como intermediario en la adquisición de sacos de yute para las Exportaciones de La Estrella (a nombre de la sucursal de La Paz, habilitando una vía de manipulación contable del dinero en dos países); el comprador de los sacos era Strasser. Eventualmente, un pedido de quince mil sacos originado en La Estrella de La Paz “no se materializó” y pronto surgieron “discrepancias entre Schwend y el Dr. Strasser” por su “participación [...] en el negocio de la quinina”, y luego vino la denuncia por narcotráfico orquestada por Schwend a través de sus influencias en la PIP de Campos Montoya. En este caso, el operador fue el comandante Abat (cómplice de Schwend en diversas acciones), a quien Strasser, después de salir de prisión, acusó de haberle pedido un soborno de cien mil soles “para ponerlo en la frontera”. Abat fue detenido, pero don Federico salió impune.

Caretas publicó la historia del arresto de Strasser en posesión de un kilo y medio de cocaína, como resultado de un operativo de la División de Narcóticos de los Estados Unidos liderado por un agente llamado James Daniels. Strasser, ya libre, envió una carta al semanario a la que adjuntó el dictamen de inocencia a su favor emitido por el Primer Tribunal. *Caretas*, siempre veleta, publicó la aclaración de Strasser en su sección de cartas de los lectores y la siguió con una disculpa en la que describía el complot de Schwend, “una intriga realmente escandalosa” (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center). Lo de Strasser fue más allá de las acciones “comunes” de extorsión, basadas en una especie de política de comisiones.

Otro botón: en una nota sobre la Asociación Paramunicipal de Transporte de Lima (APTL), señaló: “¿Cómo está la propuesta para el cierre de un contrato con el Ministerio de Hacienda o Pol.?” A continuación, escrito a mano: “aproximadamente 11-12%”. En otros documentos sobre la APTL Schwend también se encargó de identificar, probablemente para sus cómplices en la PIP o en el Ministerio de Hacienda, quiénes entre los líderes de las agrupaciones obreras del sector transporte eran “rojos” (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A).

Durante la guerra y el tiempo en que prestó servicios a los Aliados en Alemania, Schwend aprendió las artes de interceptación y censura del correo. Como censor del Correo Central del Perú después de instaurada la dictadura de Velasco Alvarado —de ser cierto que lo fue— tuvo acceso a información acerca de cuentas bancarias en el extranjero que estaban prohibidas a peruanos y extranjeros residentes en el Perú durante el gobierno militar. Entre las notas y correspondencia de sus archivos aparecen dispersos numerosos nombres e información de distintos tipos, como si se tratara de apuntes para echar a andar medios de presión destinados a obtener sobornos, comisiones, partes de botines, negocios rápidos; todo un catálogo de trampas. En algunos casos se trata de listados en un solo documento en los que puede verse una sistemática actividad relacionada con la extorsión y el chantaje. La lista de nombres es interminable y en muchos casos los apuntes son crípticos, por lo que se dificulta el análisis de lo que Schwend buscaba concretamente en cada caso.

Uno de esos listados se encuentra en el folder denominado “Baskow”. No tiene fechas; está escrito con la máquina que Schwend usaba en Santa Clara e incluye notas a mano en las que se detallan porcentajes o se tachan párrafos como si fueran tareas completadas. Es en este documento donde se encuentran los casos de extorsión a políticos peruanos que hemos descrito más arriba. En la nota sobre Francisco Miró Quesada Cantuarias se hacía referencia a su pasada gestión como ministro de Educación de Belaúnde, lo que nos indica que el listado fue redactado a fines de 1964 o principios de 1965. Además de los casos comentados, aparece el de los propietarios de la empresa Oeschle, a quienes tasó en “150 kg Pulmann en USA/Suiza”; donde un “kg Pulmann” equivalía a mil dólares, es decir, Oeschle valía ciento cincuenta mil dólares en cuentas en el exterior (HIS, Schwend Archiv, 17 Org.)

No era sólo del correo, sin embargo, de donde Schwend obtenía información para planear sus extorsiones. Otra fuente era una red de informantes, tanto personales como al interior del gobierno, que puede ser detectada a través de los documentos. Hay un caso especial porque, como el que hemos comentado más arriba en relación con el sector transporte de Lima, no solamente le consiguió recursos sino que además le dio la oportunidad de seguir actuando como si tuviera el compromiso de luchar contra el comunismo. Es el caso de la extorsión contra un abogado que identificó como “Saya Kuberstein” (Isaías Kuperstein era el nombre correcto), abogado judío que defendía los intereses de la URSS en el Perú. En una comunicación dirigida a una institución policial o militar de inteligencia peruana, Schwend llamó la atención sobre lo siguiente:

¿qué tan seguido hace viajes al extranjero? Es el hombre que por una suma logra que el dinero salga al extranjero. Recomiendo que no sea ahora sino en el próximo viaje que se saque al hombre del avión y se registre su equipaje. Lleva sumas en efectivo con un hombre de confianza. Es importante averiguar cuándo K. está bajo presión, para quién ha hecho los últimos viajes y cuáles han sido los montos. (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14)

El caso se vuelve aún más interesante si tomamos en consideración que aquello de lo que acusaba a Kuperstein es exactamente lo que él mismo hacía en complicidad con Barbie y —al menos hasta que se convirtió en víctima— Schneider-Merck: tráfico de divisas.

Otro indicio está en el documento identificado con el número 34 del folder “Elmar” de su archivo, donde Schwend proporcionó información sobre Beutler, Perlmann [Perelman] y Futterknecht:

El primero hizo una letra en blanco para Futterknecht, mientras que Perlmann puso el monto en los documentos, empleándolos para fines propios por intermedio de Hanover Trust New York. Se decía que había hecho tal cosa con 6 letras “últimamente”, pero que también en fechas anteriores había hecho operaciones similares desde 1965. La última fue el 2 de agosto de 1967 (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6 Handakte).

Y, utilizando otras fuentes, como la información bancaria confidencial revelada por un documento sobre una Fábrica Nacional de Tubos de Alta Presión, Schwend anotó:

La presidenta era Ueda Zambrano de Mencheli y el director es Mario Linares Lampo. Fue fundada en 1965 y suma un patrimonio de 9182 648 soles, tiene a 23 personas trabajando ahí y figura como morosa en sus pagos. La reorganización de la firma se habría suscitado por el fallecimiento de Baruch Mencheli Stern, el principal accionista, en junio de 1970. (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6)

Contaba con una red de agentes que aportaba información para estos efectos. Un informe señala: “Con referencia a la documentación de tipo técnica y personal: 1) Balereso [informante, probablemente el coronel Balareso], asunto Remoción de alta presión, Golstein, Fleescher, Nicolini, Mat-chinger, propietarios de oro, sobornos” (HIS, Schwend Archiv, 38-27). Otro probable agente, Sigelkew, consignó: “Ribaudio O Nofria (Juan) entre 2 y

4 millones US, por lo menos 80% afanado”, una nota en la lista en la que aparecían los políticos mencionados (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A).

Con respecto a un Carlos del Carpio Lino, el listado que hemos mencionado detallaba: “Carpio conoce depósitos y ha traído relojes de Pucallpa. Carpio vendió en un año por más de 5 millones de soles. Todavía posee los documentos” (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A). No podemos dejar de lado la sospecha de que dichos “relojes” representaran armas. Un caso más nos habla del grado de precisión sobre negocios personales y gubernamentales que alcanzó don Federico:

la esposa de Futter viajó a Europa con sus dos hijos y nunca volverá. Futter ha abandonado su casa, debe arreglar su partida. En el último tiempo, Futter pagaba sobornos a una persona en el hospital de la policía. Además, 15% al hermano de Bela (el precio fue aumentado por esta suma) para la compra de un puesto de gobierno. Partida de Futter de inmediato prohibir, el asunto del hermano Bela [cortado] el asunto UNI Futter, Apra, Prof. Arce 22 mil dólares. 80 mil lugar UNI sobre Holding Lichtenstein.

Y así, una larga lista de datos explotables como: “Koll, Federico, Paso de los Andes 990, teléfono: 247907”; “Fall David / Oficina / Teléfono / Auto, bebidas alcohólicas, D. ND Of. v. Ru asesinado”, o “‘Consulato’ Polaco, telf. 220734, 1) Desnewsky, 2) Mankowsky”, la entrada con que comienza el listado (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A).

Ni siquiera su propia familia se salvó de los intentos de extorsión. Durante años, desde 1948, es decir, desde que huyó de Europa con identidad falsa, dejó encargado de sus negocios en Italia y Suiza a su cuñado, Giovanni Neuhold, hermano de Hedda, que había sido el contador de Aktion I y siguió siéndolo de Schwend al menos hasta 1963, cuando finalmente rompieron a raíz de las suspicacias de don Federico de que también él lo estaba engañando. Por supuesto, intentaría presionar con sus acostumbrados abogados para sacar algo de ahí. En 1963 Neuhold describió el conflicto a un abogado Sandri, a quien pidió que intercediera por él ante La Estrella (HIS, Schwend Archiv, 46-35). Había comenzado a trabajar para Schwend en 1948 —después del breve viaje de Schwend a Suiza— administrando bienes inmuebles, sociedades, temas pendientes con el fisco y procesos legales (entre ellos el del asesinato de Kamber), mediante un acuerdo en el que de los réditos que consiguiera de cada asunto, quedaría un tercio para él y dos tercios para Schwend. Pero después de más de quince años de servicios, a don Federico le impacientaba la lentitud de todo; responsabilizaba a Neuhold

cuando las decisiones de tribunales e instancias fiscales eran negativas, y se empeñaba en buscar la manera de acelerar los procesos de una manera que Neuhold llegó a sentir como acoso: en 1961, Schwend ponía al tanto a Langenstein, su abogado alemán, sobre su preocupación por malversaciones de su cuñado (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A). Sin embargo, las diferencias entre ellos, según Neuhold, eran producto de una decisión unilateral de Schwend, que llegó a acusarlo irónicamente de “retomar su profesión”, en alusión a la “magia” contable que Neuhold habría hecho antes para la operación Bernhard. Su respuesta fue dejar de responder la correspondencia (HIS, Schwend Archiv, 46-35). Más de medio año después, en abril de 1965, Schwend contrató a un abogado en Italia para realizar cobros pendientes y retirar a Neuhold la custodia de propiedades (HIS, Schwend Archiv, N 40).

También tuvo una historia de reclamos, dinero y abogados con su ex esposa, la baronesa Agnes von Gemmingen, ahora casada con Konrad Cesar, de quien Schwend diría que era un contrabandista de diamantes en Sudáfrica (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6). Según él, la querrela de Agnes, fñcada hacia octubre de 1957, se habría iniciado luego de que él le reclamara haber “desfalcado a sus hijas”, haciendo referencia a que los Cesar habían gastado indebidamente el dinero que les había confiado para el cuidado de sus hijas en Sudáfrica. Schwend encargó al abogado Fiedler que manejara el asunto (nuevamente argumentando pobreza y desempleo para que el proceso en Alemania fuera gratuito) y nombró a Ingeborg Neuhold, su cuñada, como representante. Acudió a las hijas para que declararan si estaban de acuerdo con el proceso iniciado por su madre; habló de la herencia que había dejado para ellas en manos de su madre: dos casas en Chiemsee, Prien, a las que luego añadió una valiosa joya, un diamante con un valor de treinta mil dólares, dinero en efectivo y monedas de oro por unos cinco mil dólares, y nueve anillos con un total de treinta y ocho quilates en brillantes; en suma, Agnes habría recibido bienes por veinticinco a treinta mil dólares para la manutención de sus hijas (HIS, Schwend Archiv, 17 Org. 14 A). Los tribunales, sin embargo, dictaminaron que Schwend debía pagar diversas sumas de dinero (carta de Schwend a su abogado Rolf Fiedler, 10 de junio de 1958, en HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6). Entonces declaró que Agnes y Konrad Cesar hacían viajes de lujo a Europa, por lo que no era concebible que tuvieran que solicitar ayuda financiera a “personas pobres”. Finalmente acusó a Agnes de tener deudas con el legado Bunge y, como en el caso de Futterlieb y Zeyer, dado que el legado Bunge aún le debía a él cuarenta mil dólares, Agnes le tendría que pagar (o en su defecto desistir de su demanda). Su último recurso (en una carta a la que falta la primera página;

probablemente a su abogado Fiedler) fue acusar a Agnes de haber huido a Sudáfrica con las niñas, contraviniendo una orden para comparecer en Múnich (HIS, Schwend Archiv, Nr. 29-98).

Otro caso de acoso contra miembros de su familia, aún más cercanos, fue el de su adinerado yerno Oliveira. No llevaba una buena relación con su hija Ingrid y su esposo; más tarde contaría a Wolfgang Löhde, periodista de *Stern*, sobre su alejamiento, pero al parecer la diferencia no se debía exclusivamente al asesinato de Sartorius, como sugiere la extorsión contra Oliveira ocurrida mucho antes de eso, en 1961. Como “director gerente” de La Estrella, envió una carta a José Oliveira Lawerazzi, administrador jurídico de la Sub. Dir. P.M. Oliveira, con dirección Los Manzanos 615, San Isidro. La carta, fechada en Santa Clara el 5 de diciembre de 1961, reclamaba el pago por arrendamiento de una habitación para depositar especies por seiscientos soles mensuales que Oliveira debería desde julio de 1959. El tono es firme y amenaza con un juicio en caso de no pagar lo debido y cumplir con lo posterior (HIS, Schwend Archiv, 38-27).

No fue la única estrategia utilizada para presionar a su yerno. El 19 de agosto de 1960, Carlos Lartiga Casapia, sargento segundo, comandante del puesto de la Guardia Civil Rural en La Estrella, certificó una denuncia formulada por Jesús Salvatierra Acuña por robo de especies. La denuncia decía que el robo había ocurrido en la madrugada del día 13 de agosto, contra la Compañía Comercial e Industrial S. A. Entre lo que se había sustraído había herramientas de tornaje, carpintería, máquinas de escribir y sumar, frazadas, tubos, cubiertos de plata, ropa y abrigos, todo propiedad del Ing. Oliveira. La denuncia se habría presentado tardíamente porque no se había podido determinar antes lo robado. Y resultaba sospechoso del robo un joven llamado Humberto que había trabajado allí un par de semanas antes y luego se había retirado (HIS, Schwend Archiv, Familie). ¿Tendría Schwend un interés en el asunto o sólo era la costumbre de guardar una documentación que no tendría por qué haber llegado a sus manos?

No faltan casos más ambiciosos en los planes de negocios turbios y extorsión de Schwend. Pretendió extorsionar a la compañía estadounidense Xerox: el 27 abril de 1971 pidió ayuda de un informante de la CIA para armar un caso contra la corporación en que este ganaría cincuenta mil dólares, de los cuales pagaría veinticinco mil al informante por sus servicios (NARA, Schwend File). Parecía culminar en este plan un tanto desesperado lo que había comenzado años atrás cuando intentó culpar de robo a los agentes secretos que lo habían puesto en manos de los aliados al finalizar la guerra. Escribió a la embajada de los Estados Unidos en Bonn, el 27 de

febrero y el 29 de mayo de 1961, acusando a los agentes Timm y Michaelis, los oficiales del CIC que incautaron parte de su tesoro a instancias de Spitz en 1945, de haber robado a los hermanos Blaschke en Merano alrededor de un millón de marcos alemanes (HIS, Schwend Archiv, Nr. 31 Org.) Por supuesto, para entonces había restablecido su relación con los Blaschke que ahora vivían en Italia y Suiza.

Un caso más resulta ilustrativo por varias razones: primero, porque se encuentra entre los casos de extorsión más antiguos que muestran los archivos (principios de 1961), cuando los contactos de Schwend en el gobierno peruano recién comenzaban a prosperar. Segundo, porque llevó a Schwend a movilizar recursos a ambos lados del Atlántico, como en los casos de Karnatz y Nannen. Tercero, porque muestra que nada le impidió hacerse con la complicidad de agentes que pronto representarían a la Interpol en el Perú (recordemos que el país se incorporó a esa red oficialmente en septiembre de 1962 pero su presencia ya existía desde antes), no obstante que en los archivos de esa institución había una orden de arresto en su contra. Por último, porque no dudó en lanzar acusaciones graves sin tener pruebas. La víctima en este caso fue un alemán de apellido Simon a quien trató de extorsionar a través de sus contactos en la PIP y lo que pronto sería Interpol Perú, y de su abogado y cómplice en Alemania, Klaus Langenstein, que ya venía realizando para Schwend gestiones como su defensa en el proceso de Bolzano por el asesinato de Kamber o buscando la forma de echar mano al patrimonio de Spitz. Le planteó el “Asunto Simon” en dos cartas escritas el 27 de marzo de 1961, una de ellas en máquina eléctrica, la otra en la máquina mecánica que utilizaba en casa. La primera de ellas decía:

Conozco personalmente al tipo. Da una impresión de total *depravado*. Actualmente, Simon vive de representaciones, ha hecho diversos grandes negocios, cuenta entonces con dinero. Simon está casado. Sólo bajo fuerte presión se puede recibir información o dinero de él. Apenas Simon me haya visitado, le informaré.

A través de la embajada tendrá apenas éxito, porque la gente está muy cómoda presionando a alguien con una figura timadora como Simon. Por otra parte, le recomendaría que se contacte con la Interpol Lima. El jefe es el capitán Mariaca, puede presentarse usando mi referencia como comandante Wendig. Mariaca actuará en este caso. En su lugar, yo pondría en manos de Mariaca los medios de presión y material, para denunciar a Simon por seducción de menores, sospecha de trata de muchachas y secuestro de

menores de edad en el extranjero. Además, podría señalar la sospecha de que Simon da drogas a sus víctimas. Naturalmente, usted debe respaldar al padre de la muchacha con explicaciones sinceras. Dirección: Investigaciones generales Sección Extranjería Interpol. Atención Capitán Mariaca, Av. España, Lima, Perú. (HIS, Schwend Archiv, Nr. 31 Org.)

La segunda carta, algo más extensa, narraba un encuentro con Simon sucedido el mismo día, lo que indica que al escribir la carta anterior sabía que se encontrarían:

Hoy en la tarde recibí la visita de Simon, quien me empezó a insultar. En una palabra, un gangster. Durante la entrevista Simon dijo lo siguiente:

1. Dikovec es un gitano de los Cárpatos que vive de la explotación de su esposa y de su hija. Además, tendría otras mujeres, lo que es tolerado por su mujer e hija.

2. La señora D. le aclaró a Simon que el padre estaba de acuerdo con el viaje de la esposa y de la hija.

3. Simon explicó que la hija nunca había trabajado con él en su oficina, pero minutos después se contradijo.

4. La señora D. e hija le adeudarían 1,500 dólares, que él quiere de vuelta.

5. Simon dijo que no sabía dónde se estaban quedando la madre y la hija.

6. Un pastor Basner habría recibido a la madre y a la hija, pero no dijo en dónde.

Mañana tantearé a Basner, quien se marcha ahora de regreso a Alemania. Basner es un ex capellán militar que no se siente cómodo aquí porque se emborracha y tiene mujeres de forma pública.

Le recomiendo que en lugar de Mariaca intente con el comandante Caballero Caballero, quien es el jefe superior de la sección de policía extranjera que está subordinada a la sección Interpol. Escríbele directamente a Mariaca si puede hablar con Caballero Caballero. Conozco bastante a Mariaca y a Caballero. La referencia al comandante Wendig es suficiente en ambos casos". (HIS, Schwend Archiv, Nr. 31 Org.)

Tres meses más tarde —ignoramos si durante ese tiempo hubo más sobre este caso—, el 15 de junio de 1961, Schwend volvió a tocar el tema en una breve carta a Langenstein, simultánea a otras comunicaciones más importantes y extensas sobre el asesinato de Kamber, sobre Glavan y sobre Spitz. En esa breve carta informó a Langenstein que la sección peruana de Interpol había abierto una investigación; que las dos mujeres habían sido

localizadas y que desde ahí Langenstein recibiría más información, aunque seguramente no sería de inmediato. En opinión de Schwend, Simon ya habría huido. Langenstein respondió dando la bienvenida al “trabajo de las autoridades peruanas”, tanto más cuando se había conseguido que intervinieran las embajadas de Austria y Alemania en el asunto, pero se quejaba de que el fiscal de Múnich se mantenía “inexplicablemente” inactivo, asumiendo la posición de que no había crimen por el cual perseguir a Simon: “El fiscal de Múnich se niega a reconocer que el Dr. Simon sedujo a la muchacha de 16 años de edad contra la voluntad de los padres, y que bajo la falsa promesa de casarse con ella se la llevó al extranjero”. Terminaba prometiéndole a Schwend comunicarle lo que supiera en lo sucesivo.

No hubo más sobre esta historia. El objetivo era, naturalmente, capturar a Simon por tráfico de personas y entregarlo a las autoridades alemanas, a menos que, como sugiere la primera carta de Schwend, este “pagara” por protección. Resalta la forma en que Schwend involucró a los oficiales Mariaca y Caballero Caballero y añadió presión a través de las embajadas austriaca y alemana. Es un misterio cómo llegó este caso a sus manos; las pistas estarían en el capellán mujeriego, Basner, que había dado asilo a las mujeres en cuestión y a quien Schwend probablemente conocía. Pero más allá de ello destaca el hecho de que ante estos policías peruanos se hubiera presentado como Wendig, en una de las últimas ocasiones en que utilizaría ese alias. ¿Por qué lo habría usado? ¿Para impresionar a los oficiales contándoles anécdotas de guerra o para ocultar su identidad a sabiendas de que ellos podrían confirmar a través de la Interpol que existía una sentencia en contra suya? La segunda opción, en todo caso, sería problemática ya que en el expediente del caso Kamber se mencionaba que Schwend había utilizado ese alias en la época del asesinato.

Entre las últimas acciones de este tipo, a principios de los 70, Schwend intentó negociar las trágicas libras de Biafra —el extinto país que intentó separarse de Nigeria y cuya rebelión fue sofocada a través de una hambruna sin precedentes, producto del bloqueo económico— varios millones de las cuales habían ido a parar Sudamérica, estaban disponibles a un cincuenta por ciento de su valor y aún podían ser negociadas por misiones diplomáticas y eclesiásticas (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6). Lo intentó con Huber y con otro contacto en Alemania, Bertossi, el cual respondió que las libras de Biafra “sólo sirven para empapelar paredes” (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I).

Coincidentemente, y tomando en cuenta que el imperio Bancharo era tan grande que resultaba imposible alejarse de él, entre los últimos negocios

que Schwend intentó, escasamente un mes antes del asesinato del magnate, estaba uno relacionado con la industria de la harina de pescado que al parecer le había llegado “por casualidad”. Era un pedido de insumos para la elaboración de harina de pescado, hecho por “una compañía amiga”, que la empresa Fluolite deseaba que La Estrella importara (HIS, Schwend Archiv, N40, 102). La fecha de la carta de Fluolite era 19 de noviembre de 1971 —cuarenta días antes del asesinato—; la “compañía amiga” había hecho el pedido el 29 de julio anterior.

BINDER Y EL HOSPITAL AMAZÓNICO

Con el título “¿Nazismo en el Perú?”, *Caretas* publicó en 1965 un informe sobre “El caso del Hospital Amazónico Albert Schweitzer”, que dirigía Theodor Binder, a quien hemos conocido en el capítulo sobre ODESSA. *Caretas* cubrió “un pleito entre ex nazis, y el temor de que se denuncie a altos jefes hitlerianos refugiados en la selva peruana justo en momentos en que faltan semanas para que en Alemania Occidental caduquen las leyes antinazis” (*Caretas*, 304, 14-28 de enero de 1965). Sin revelar fuentes, el artículo enumeraba una serie de acusaciones contra Binder: “peculado, negligencia, ignorancia, irresponsabilidad, soberbia, ineficacia médica y hasta implantación del derecho al perneo”, pero no incluía otra que John (*Obermüller*) había mencionado en una carta a Schwend (*Stroheim*) del 7 de enero: Binder, en complicidad con Meier-Siem, representante de la ayuda alemana para el Hospital Amazónico, había traficado falsificaciones de cuadros valiosos, falsificaciones cuyos originales habían sido robados en Alemania y estaban en Sudamérica. “La policía alemana opina que los cuadros fueron enviados en canastas de medicamentos a Sudamérica”, escribió el periodista (HIS, Schwend Archiv, 49-73).

Los “opponentes” de Binder afirmaban que había pertenecido a la Juventud Hitleriana y que se había fugado de Friburgo “un día antes de que las tropas francesas recapturaran la ciudad”. Sin embargo, como hemos visto, en la conferencia de prensa realizada a raíz de las acusaciones, se dijo que Binder se había ido de Alemania por sus actividades antinazis.

Binder habría llegado al Perú en 1948, se nacionalizó en 1949 y abrió consultorios en San Cosme y San Isidro, Lima. Luego fundaría el Hospital

Amazónico “a imagen del que regenta en el Congo el doctor Albert Schweitzer”, célebre médico alemán laureado con el premio Nobel. Para ello habría comprado cien hectáreas a las afueras de Pucallpa y, con la cooperación de los gobiernos del Perú y Alemania logró construir la clínica. *Caretas* argumentaba que Binder habría generado conflictos con sus colegas en Pucallpa, y finalmente habría sido expulsado de la Asociación Médica de la ciudad. Binder respondió que el patronato alemán lo hostigaba con informaciones “malévolas”, promovidas quizás por su “principal enemigo”, María Luisa Gildemeister, presidenta del patronato. Gildemeister habría ayudado a Binder a su llegada al país, “al parecer recomendado a ella por una señorita Meyer”. Era, pues, extraño que alguien que le había ayudado personalmente y con referencia al hospital, se volviese contraria a él “tan gratuitamente” (*Caretas*, 304, 14-28 enero de 1965). La señorita Meyer que habría recomendado a Binder es quizá la misma señorita Meyer de Hamburgo que aparecería después en vinculación con los desfalcos que Schwend y Barbie hicieron contra Schneider-Merck (*Caretas*, 459, 20 de junio-6 de julio de 1972).

El presupuesto anual para la operación del hospital era de cuarenta mil dólares; Salud Pública le ayudaba con dieciséis mil soles mensuales. Tenía cuarenta camas, atendía diariamente a cincuenta pacientes y repartía cada día medicinas por un valor de cinco mil soles. A pesar del bloqueo de fondos para el hospital que se decretó en Alemania al hacerse públicas las acusaciones contra Binder, decía la nota de *Caretas* que “una conocida firma alemana” acababa de indicar que daría cien mil dólares para el hospital, lo cual cubriría “dos años y medio de presupuesto”. Se decía que los libros no habían sido auditados en años y que Binder viajaba cuatro o cinco meses al año para recaudar fondos, viajes en los que había conseguido patrocinios en Suecia, Suiza y Estados Unidos. *Caretas* reproducía la acusación contra Binder según la cual él tenía “un contrato o escritura que le garantiza el usufructo a perpetuidad del hospital (incluyendo a sus herederos)”, y sugería que de ser esto cierto, las autoridades estaban obligadas a intervenir. También se acusaba al médico de haber “revivido en pleno siglo xx el derecho al perneo”, según denuncias de mujeres, aunque la nota de *Caretas* mantenía estas informaciones en la más especulativa ambigüedad; Binder se habría defendido diciendo que se trataba de “alucinaciones de algunas enfermeras”. Finalmente, se anunciaba que el Ministerio de Salud había nombrado una comisión para investigar el caso (*Caretas*, 304, 14-28 enero de 1965).

Fundadas o no, las acusaciones bien pudieron provenir de Schwend en complicidad con Herbert John, ya fuera como un ataque a su pretendida

posición antinazi —de la que tampoco hay evidencia alguna—, o en busca de echar mano a sus cuantiosos presupuestos. Simultáneo al de *Caretas*, en enero de 1965, *Der Spiegel* había publicado un reportaje con información de John del que Schwend guardó una copia en su archivo (*Der Spiegel* 3/65, 13 de enero de 1965. En HIS, Schwend Archiv, 49-73). Con el título “Donativos bloqueados”, el artículo daba cuenta de la obra de Binder, el Hospital Amazónico Albert Schweitzer, abierto con donativos internacionales. Arrancaba con la noticia de que el gobierno peruano había iniciado una investigación a través del Ministerio de Salud, por decreto número 236/64, por la cual peligraba la obra de Binder e incluso la del propio Schweitzer. Se describían los fondos internacionales que se habían reunido, entre otros una recaudación organizada en Hamburgo, en agosto de 1962, por el radiólogo Martin Meir Siem, la periodista Edith Oppens y otros, en la que se había reunido casi medio millón de marcos; otra en Basilea, donde el doctor Hans Dietschy, patrocinado por la Confederación Helvética, había organizado una “Ayuda Suiza para el Hospital Amazónico”; otras más habían recaudado fondos a través del “Círculo de amigos del Hospital Amazónico en Nueva York”, de la Beneficencia de los Médicos de Berlín para los Remedios, de la Cruz Roja sueca, del Proyecto Haifa USA y de la fundación caritativa arzobispal Miserior. El reportaje comentaba también la difusión de la obra de Binder a través de la labor periodística de Thomas Höpker y Rolf Winter, que habían escrito un libro ilustrado titulado *Yatun papa / Vater der Indianer* (“padre de los indios”), así como el trabajo de un equipo de periodistas de Radio Bremen que filmaron el documental *Mañana Selmita va a sonreír otra vez*, que había rendido ciento noventa mil marcos en donativos al hospital desde Alemania.

Una vez planteado este panorama, el reportaje pasaba a las acusaciones contra Binder: mal uso de los donativos, maltrato y descuido de pacientes y violación de mujeres, tanto pacientes como ayudantes. Según *Der Spiegel*, el periódico local de Pucallpa había acusado a Binder por manejar el hospital como su negocio particular y por maltratar al personal, como “un cabo nazi”. Luego venían testimonios: la laboratorista voluntaria Pamela Rose Roberts había declarado ante Thomas Sonandres, vicecónsul estadounidense en Lima, que Binder había “besado a una paciente en contra de su voluntad” y que había impedido el ingreso a una joven con una inflamación de la médula. Enrique Spiegler, cirujano de Nueva York había informado a María Luisa Gildemeister que Binder se había retirado a sus habitaciones durante una difícil operación de estómago, dejándolo solo con tres ayudantes sin experiencia y con un equipo inadecuado; que había hecho caso

omiso a las urgentes llamadas y que finalmente la operación había fracasado y el paciente muerto. Otro médico estadounidense, Michael Diana, dijo que los instrumentos estaban empolvados, llenos de telarañas y con insectos muertos, y dos testigos alemanas que trabajaban en el hospital habían visto cómo Binder había expulsado a una niña, que estaba muy enferma, “para que no muera aquí”.

Había además, donativos en especie que se malograban o caducaban sin haber sido utilizados o por haber quedado varados en la aduana del Callao; en algún caso habían sido hundidos en el fondo de un lago con la complicidad de la señora Binder. También se acusaba al director del Hospital Amazónico de malversación de fondos por voluminosos gastos de viaje y desviación de fondos a una cuenta del Banco de Crédito del Perú: “el mecánico peruano Pepe Gluschu mencionó en declaración jurada que [...] sacó 33 000 marcos alemanes de esa cuenta” por encargo de Binder. El médico también había retenido dinero enviado a los voluntarios por sus familias. Otra acusación vino de un vicario apostólico, Gustavo Prévost, que informó a la fundación Miserior que “en el hospital había mujeres que tenían miedo de Binder, como mujeres”. Se unían a esta acusación los testimonios de Marita Salonen, una enfermera que acusaba a Binder de haber intentado violarla, y de una religiosa de Oxapampa que decía haber encontrado a Binder con una monja “en una situación precaria”. Las quejas y reclamos habían ocasionado que comenzaran a suspenderse las ayudas para la fundación. Se había creado un nuevo “Grupo de amigos del Hospital Amazónico Albert Schweitzer” y el Ministerio de Salud Pública del Perú proponía al doctor Hugo Lumbreras como nuevo director (HIS, Schwend Archiv, 49-73).

Al día siguiente de haber sido publicado el reportaje, John escribió a Schwend que Binder demandaría a la revista alemana, por lo que debían conseguir la mayor cantidad posible de material inculpatorio; le sugirió que consultara si tenía más información a un médico de Oxapampa, el Dr. Palma, fuente de la historia de las monjas (HIS, Schwend Archiv, NKZ-R006). Schwend respondió confirmando la previsión de que Binder interpusiera una demanda por difamación contra *Der Spiegel* y contra *Bild*, que también había reproducido la nota; poco después le prometía a John que le enviaría materiales. Como comentario al margen, le informó que se había enterado de que Binder había luchado para la resistencia; seguramente citando lo que el portavoz de Binder, Zuzunaga, había revelado en la conferencia de prensa del 1.º de enero.

En febrero de 1965, Schwend reiteró a *Obermüller* (John) que le enviaría documentos sobre Binder, y le pidió que averiguara si realmente tenía

un título de medicina; que hiciera la cuenta para saber qué edad tenía al final de la guerra, cuándo habría tenido tiempo para estudiar, y si Binder podría ser un alias. Si John necesitara recursos para cumplir este y otros encargos, Schwend lo instruyó para que lo resolviera “por intermedio de Martha Moretti [su cuñada] y cheques bancarios”. John agradeció poco después el envío de los materiales en una carta escrita en papel membreado de *Der Spiegel*.

La mención de “Una carta del Phantasma” dirigida a Binder en la correspondencia de John a Schwend permite ver que uno de los mecanismos de chantaje que usaron contra él fue el envío de anónimos por correo. Paralelamente, Schwend escribía a un Dr. Brenner diciéndole que John lo había llamado desde Hamburgo solicitando información sobre el Dr. Binder, y le pidió a su vez información, añadiendo el comentario de que en sus indagaciones, nadie había podido decir algo positivo sobre él. Los delitos de Binder que mencionó incluían ahora la venta de medicamentos que habían sido recibidos como donativos para su distribución gratuita, explotación de los indios, coacción de menores de edad y hasta tráfico de armas. En abril de 1965, John respondió las solicitudes de Schwend: Binder y Meier-Siem habían malversado un millón y medio de marcos a través de una cuenta a nombre de la “Fundación del Hospital Amazónico” en el Hamburger Bank, de la cual la Fundación en Lima no sabía nada (HIS, Schwend Archiv, 49-73). La demanda por difamación para la que se estaban preparando nunca llegó.

La información del caso, tanto en la prensa como en los papeles de Schwend, termina aquí. Sin embargo, dos memos apócrifos, probablemente de la fundación dirigida por Gildemeister, cuyas copias quedaron en los archivos de Schwend —no podemos descartar la sospecha de que fueran borradores redactados por él mismo; el primero de ellos marca con “xxxxx” el lugar donde iría el nombre de una candidata para sustituir a Binder—, muestran que mantuvo interés en el caso hasta la salida de Binder del Perú. En uno de ellos, sin fecha (probablemente de 1970, cuando Binder abandonó el país) se acumulaban más denuncias, una solicitud de separación de Binder del cargo de director y la propuesta para sustituirlo. El otro, de marzo de 1972, informaba que Binder estaba ya en el extranjero y que había dejado el hospital a cargo de una señora Charlott Schulz, “amiga íntima de los esposos Binder”, que lo administraba como representante de Binder porque este le había otorgado “todos los poderes con el fin de aprovecharse ampliamente de esa situación desde el exterior” y que se hacía pasar por doctora sin serlo (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I). Al

final, don Federico había conseguido la expulsión del rival, aunque probablemente no logró meter la mano a los cuantiosos donativos que mantuvieron el hospital en funcionamiento.

Como Schneider-Merck (quizás a sabiendas uno del otro), Binder trató de defenderse a través de Wiesenthal; después de todo no resultaba una mala idea que el profesional humanitario que Binder era o por el que se hacía pasar, se pusiera en contacto con el cazanazis. El 23 de mayo de 1972 le escribió desde Nueva York, a donde acaba de “regresar” procedente del Perú para informarle sobre sus “investigaciones” sobre Friedrich Schwend. Narró para empezar que la PIP había intentado detenerlos, a él y a su esposa, al tratar de ingresar al Perú. Un coronel Palacios le había mostrado una carta “obviamente anónima” que acababa de recibir de México que lo denunciaba como empeñado en una lucha contra el gobierno peruano; se recomendaba al servicio de inteligencia “tener el mayor cuidado con estas personas”. Y siguió desenredando un nudo de “ex y neo nazis”, en el que Schwend, “como censor del correo [...] conocía con exactitud [...] dónde yo tenía pensado dar conferencias” (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center). Finalizaba narrando cómo a su “regreso” a Nueva York, nuevamente la PIP había intervenido revisando sus equipajes, les había hecho perder el vuelo y no habrían podido salir sin una nueva intervención del coronel Palacios, pero Binder ya no podría volver al Perú.

CONTRA FRITZ KARNATZ

Continuación de la obsesiva “justa” de Schwend contra Spitz y Lenz, otro caso fue el de Friedrich H. Carl Karnatz, banquero, durante la guerra asociado con Willie Höttl, con quien colaboró en el fallido proceso para impedir que los diarios del conde Galeazzo Ciano cayeran en manos de los Aliados. En algún momento de aquel episodio Höttl viajó a Italia con Karnatz y lo puso en contacto con Schwend. Aun sin ser propiamente un agente de la operación Bernhard, Karnatz habría participado en ella, evidencia de lo cual sería la persecución que Schwend desató contra él durante años, acusándolo de haberle robado —“se fue alegremente con 50 000 dólares de mi fortuna personal”, escribió a Lo Stein el 3 de junio de 1969 (HIS, Schwend Archive, 38-27 Familie)— y de haber construido su fortuna sobre

la “inversión inicial” de las libras Bernhard —en noviembre de 1966 el periodista Wolfgang Löhde, de *Stern*, preguntó a Schwend sobre el destino de las libras Bernhard después de la guerra y este respondió con varios nombres, enlistando en primer lugar a Karnatz (HIS, Schwend Archive, Nr. 2)—.

A lo largo de los años, Schwend reiteró ante diversas personas, incluyendo periodistas alemanes, ingleses y peruanos, que Karnatz lo había defraudado. Una nota suelta en los archivos que la Stasi mantuvo sobre Schwend indica que su cacería se inició ya en los años 50: un funcionario de la embajada de Alemania Occidental en Santiago de Chile le escribió en octubre de 1958: “el asunto se ha discutido detalladamente con el Sr. Karnatz”, quien no negaba haber recibido diferentes tipos de divisas de Schwend durante la guerra, con el fin de convertirlas, pero que si el contravalor de dichas divisas no había retornado a Schwend no era por un “engaño” suyo sino por contingencias de las que Karnatz no era responsable (MfS HA IX-11 FV270-68). El diplomático alemán en Chile que salía en defensa de Karnatz respondía quizás a acusaciones que Schwend habría hecho directamente ante la embajada, aunque existe la posibilidad de que haya utilizado la prensa.

Dada su imposibilidad de volver a Europa —la aventura de viajar bajo la identidad de Turi no se repetiría—, Schwend recurrió a diversos socios para atender asuntos en el viejo continente. A mediados de los 60, el periodista Herbert John era uno de ellos; a él le encargó seguir a Karnatz. En la retorcida lógica de don Federico, que Karnatz —y muchos otros— se hubiera hecho rico gracias a las libras Bernhard significaba que le debía su éxito a él. Y tenía que pagar. En una carta del 4 de julio de 1964, John le escribió a Schwend que Karnatz se encontraba en Hamburgo —lo que corregía alguna información que había emitido antes—; lo había visto el día anterior. Había leído en el *Hamburger Abendblatt* una esquela dedicada al fallecimiento de una señora Gertrud Karnatz. John se presentó en el velorio. Una corona que decía “Fritz - Eugenia y Juan Pablo Karnatz”, indicaba que era la familia del banquero. Poco después lo vio entrar al velatorio con su esposa. Le escribió a Schwend, como siguiendo el guion de un thriller: “inmediatamente me hice invisible” y preguntó al encargado de la funeraria, quien confirmó que la fallecida sería la madre de Karnatz y que el banquero había registrado su domicilio en Hamburgo (HIS, Schwend Archiv, 49-73). La carta terminaba pidiéndole a Schwend instrucciones: “¿Debo hacer algo ahora? Escríbame de inmediato; probablemente Karnatz está la mayor parte del tiempo en Buenos Aires. Viene aquí de visita de vez en cuando y su departamento está siempre vacío”.

Si la fecha en la respuesta de Schwend a esa carta es correcta (4 de julio, sin año) recibió la de John el mismo día en que este la escribió, lo que sólo sería posible si le hubiese sido entregada en mano por algún viajero. Debe haberse equivocado al consignar la fecha, pero podemos estar seguros de que respondía a la información enviada por John sobre Karnatz porque al final hizo referencia al viaje de John a Lima y a la protección que el presidente Belaúnde le habría ofrecido. Escribió:

[...] si lo desea, puede presentarse como mi representante plenipotenciario. Dividiremos el resultado 50/50. Le haré la vida imposible a Karnatz. Dígame que estoy por escribir a la Cámara de Comercio y a los bancos de Buenos Aires, etc. Por cierto, la policía criminal de la República Federal está también interesada en Karnatz. (HIS, Schwend Archiv, 49-73)

A través de John se iniciaba la persecución del banquero. Sin embargo, en los archivos de Schwend no hay señales de que efectivamente hubiera escrito y enviado esas cartas a Argentina, país donde Karnatz representaba intereses comerciales y financieros alemanes. En febrero de 1971, el reportero Bernd. F. Kürten de la revista *Quick* le preguntaría a Schwend: “¿Es cierto que el Sr. Karnatz ocupa actualmente el cargo de gerente del Banco Panamericano en Santiago?” (HIS, Schwend Archive, Nr. 2).

Casi un año después, en mayo de 1965, cuando en su correspondencia Schwend y John ya firmaban con los pseudónimos de *Stroheim* y *Obermüller*, volvió al asunto Karnatz, lo que significa que aun con la oferta de llevarse la mitad de lo que se consiguiera, el periodista alemán no había podido —o no había querido— emprender acción alguna contra él. “Puedo entender el miedo de Karnatz”, escribió *Stroheim*, “de que se conozca el pasado de su banco. Desde el Este se prepara un ataque contra Karnatz y también será acusado Abs”, y aquí se refería a Hermann Josef Abs, otro banquero alemán que había formado parte del directorio del Deutsche Bank durante la guerra y se había convertido en su presidente después de ella, entre 1957 y 1967, y participado en la reconstrucción de la economía alemana (HIS, Schwend Archiv, 49-73). Por entonces, Schwend confiaba en John como medio para conseguir diversos objetivos en Europa a través de la influencia que pudiera ejercer sobre él como periodista y, por tanto, sobre la prensa. “En cuanto a Karnatz-Spitz, también voy a tener una solución”, había escrito solidario John a Schwend con anterioridad, en 1964 (HIS, Schwend Archiv 38-27). No hay en la carta de mayo de 1965 reclamos por no haber conseguido nada de Karnatz; al contrario, *Stroheim* miente: “Bueno, no estoy interesado en

estas cosas. Pero lógicamente, estoy interesado en mi seguridad y no hay ninguna razón para ocultar la verdad con respecto a Spitz, Lenz / Schmitz y Karnatz”.

Además del dinero, aquí podemos reconocer otro importante móvil de Schwend para denunciar a estos empresarios, la renovada sentencia a veintidós años de prisión por el asesinato de Kamber y la reactivación de las gestiones para extraditar al señalado como culpable que acababan de pasar de Italia a Alemania, después de una década de haberse dictado aquella primera sentencia en Bolzano, de veinticuatro años reducida a tres. “El Perú no puede negarle una cosa a Italia y dársela a Alemania”, escribió *Stroheim* y transmitió a *Obermüller* su certeza de que en el origen de estas nuevas acciones en su contra estaba Spitz, azuzando al único testigo en el proceso de Bolzano que lo señalaba como asesino de Kamber. *Stroheim* no dio el nombre de este testigo; sólo escribió que “ahora vive en Innsbruck”, de modo que tendría que estar hablando de Willi Siegl, el comandante de la Sod en Lana que había sido “obligado” por Niederwieser a sepultar en secreto el cadáver de Kamber. En su entrecortada relación de estos hechos al periodista alemán —a diferencia de nosotros, ellos sabían de qué hablaban y buena parte de sus comunicaciones hacen referencias indirectas y veladas sobre los temas que les ocupan—, Schwend no dudó en señalar nuevamente a otros como verdaderos culpables del asesinato: “[...] Niederwieser o Glavan. Yo nunca tuve un arma en la mano”. Unos días después, el 27 de mayo, reiteró en otra carta a *Obermüller* que detrás de la presión sobre el fiscal de Múnich estaban Lenz, Spitz y Karnatz. Pero esta vez añadió un nuevo personaje: Miedl, el empresario protegido por Göring durante la guerra, que quedó a cargo de la galería Goudstikker de Ámsterdam, a quien seguía tratando de explotar veinte años después (HIS, Schwend Archiv, 49-73).

En estos procesos, Schwend habría de involucrar a quien tuviera al alcance en el viejo continente: una carta dirigida a él en febrero de 1966 por un remitente de Karlsruhe (la firma es ilegible) le informaba que junto con Mader —el escritor de Berlín oriental—, “estaban tras la pista de Karnatz”, a quien se le abría un proceso en la fiscalía de Karlsruhe. El remitente le ofrecía a Schwend mantenerlo al tanto del asunto, y después continuaba con Miedl: “Haga memoria”, le pedía a Schwend, “¿qué pinturas de su propiedad tomó Miedl?”, y le proponía un plan: hacer pasar esas pinturas como vendidas por Schwend a este remitente misterioso para que pudiera tener “mano libre” en lo que naturalmente sería una demanda o chantaje y extorsión contra Miedl. Podían depositar los “contratos” o las propias pinturas con algún notario en Karlsruhe hasta “conseguir los pagos”. “Veo aquí

posibilidades que se pueden concretar en el corto plazo”, le aseguraba a Schwend su contacto, y al final le hablaba de dinero. Esa y otras informaciones nos permiten identificar al remitente misterioso:

No hemos hablado de dinero en todos estos años, 1962/63/64/65, pero si llegamos a hacer negocios con las pinturas u otros objetos, lo que parece muy factible, una comisión regular estaría muy justificada. Mi sugerencia es de 10% para mí y 90% para usted, quizá así yo pueda conseguir algunos \$ [dólares] para usted y usted algunos *Pfennigen* [centavos] para mí (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I).

En el archivo Schwend no hay más cartas escritas por este “comisionista” que nos permitan comparar su firma e identificarlo plenamente, pero tenemos la certeza de que se trata de Heinz Riegel, empresario y aventurero que había estado en contacto con Schwend desde 1962, representando sus intereses en diversas ocasiones durante una década. En particular —y de aquí su celebridad—, Riegel organizó un “equipo de investigación” con el que realizó inmersiones ilegales en el lago Toplitz por encargo de Schwend, entre 1966 y 1971, en busca de oro. Esa única carta de Riegel está fechada en “Karlsruhe - Mathystr. 34”, dirección que podemos confirmar en otros dos documentos del archivo Schwend: la carta de abril de 1967 dirigida a Riegel en Mathystrasse 34 por un funcionario de un banco suizo (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe IV), y un informe apócrifo, en italiano, titulado “Ricerca segrete del beni della Chiesa nel Lago di T.”, elaborado en 1966 o 1967 por la iglesia católica peruana, acerca del tesoro del lago Toplitz (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I), sobre el que un sacerdote afirmaba tener derechos, probablemente el propio Schwend (según alusiones de Schneider-Merck), buscando otro medio para hacerse del “tesoro nazi”. Hacia 1971 Riegel se mudaría a Barbarossaplatz, en Karlsruhe (hay también un documento sin fecha que le asigna una dirección en Noruega).

Si bien no hay más cartas suyas, su nombre aparece en los documentos de Schwend por todas partes. Además de su papel en la persecución de Karnatz, está relacionado con las negociaciones que Schwend emprendió con la empresa Malto, que conoceremos un poco más adelante; está en todos los reportajes y notas periodísticas relacionadas con las búsquedas ilegales del tesoro nazi del lago Toplitz, y señalado como “con copia a” en toda la correspondencia de Schwend con la “sección alemana” de la Liga Internacional Contra el Racismo y el Antisemitismo, la LICA: Riegel era el encargado de transmitir a esta organización los poderes que Schwend extendía para

ser representado en Alemania —haciéndose pasar por víctima del despojo nazi, de la interceptación de su correspondencia y de constantes calumnias en la prensa—, en busca de beneficios personales en el contexto de las leyes de restitución de propiedad confiscada por el régimen de Hitler.

El medio para tratar de cumplir la sentencia que comunicó al periodista John en 1964, “hacerle la vida imposible a Karnatz”, sería el chantaje; el mecanismo, la amenaza de hacer público el origen espurio —el origen Bernhard; nazi a fin de cuentas— de los recursos que habían financiado su éxito económico de posguerra. Al no conseguir resultados durante años, las circunstancias lo llevarían incluso a inventarle crímenes. Era una estrategia doble que Schwend utilizaba desde siempre: por un lado reclamaba la devolución del oro y el dinero “legítimo” que según él le habían robado los agentes americanos y su ex agente Bernhard, Georg Spitz, en complicidad con su amigo el banquero Lenz, adoptando incluso, por absurdo que parezca, la posición de “víctima” económica de los nazis. Por el otro lado, utilizaba su conocimiento sobre las personas que —bajo sus órdenes— habían tenido acceso a las libras falsas de la operación Bernhard para acusarlos de algo entre el “enriquecimiento ilícito” y el crimen de guerra, dado que la “inversión inicial” de sus negocios había sido la producción nazi de dinero falso.

Al no conseguir nada a través del periodista John ni —por el momento— de Riegel, el siguiente paso en el acoso a Karnatz, alrededor de 1966, fue a través de la prensa alemana. El contacto de Schwend con Wolfgang Löhde, reportero de *Stern*, se remontaba probablemente a 1958, cuando el periodista seguía la pista de los cajones sumergidos en el lago Toplitz, Austria, de los que Willi Höttl había hablado —una sola mención— en *Unternehmen Bernhard*, el libro que publicó en 1955 bajo el pseudónimo de Walter Hagen (1955, p. 260). Una carta de Höttl a Schwend de noviembre de 1958 indica que el profesor austriaco había recibido una visita de este periodista a quien había acompañado a Abbazia y puesto en contacto con ex agentes Bernhard como los hermanos Blaschke (HIS, Schwend Archiv Lose Mappe I). Höttl escribió a Schwend que había conversado largamente con Löhde para asegurarse de que lo que se publicara en *Stern* fuera correcto.

Hay referencias de que alrededor de este tiempo, hacia octubre de 1958, Schwend recibió en Lima a Löhde o a algún otro corresponsal de *Stern* —mencionó la visita “de un reportero alemán” en una carta a la condesa Kaunitz el 29 de octubre de 1958 (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6)— y le dio indicaciones, aparentemente certeras, sobre el lugar donde se encontrarían los cajones en el lago Toplitz así como indicios acerca de su contenido; indicios probablemente falsos pues, aunque es posible que Schwend hubiera

estado presente en el momento de depositar los cajones en el fondo del lago, es también probable que no conociera el contenido de todos ellos, como lo es que no hubieran sido sumergidos en su totalidad de una sola vez. La expectativa que Schwend generó con esto en la prensa alemana y, una vez publicados los reportajes, en el mundo entero, era que los cajones no sólo contenían cientos de miles de viejas libras esterlinas falsas, sino contabilidad de la operación Bernhard, documentación sobre la RSHA y las SS —lo que llamaría la atención del propio Wiesenthal—; listas con los datos de cuentas bancarias secretas en Suiza con los capitales producidos por la operación y los códigos con que sus beneficiarios podían tener acceso a ellas y, lo más atractivo para la prensa y para la leyenda, oro nazi en lingotes. Fue vendiendo esta información que en 1963 Schwend se acercó a la inteligencia inglesa en Lima (FOIA Schwend, 0092). Dado que las planchas para imprimir libras y dólares falsos podían también haber salido de los cajones del lago Toplitz, si no estuvieron en poder de Schwend o funcionando en otra parte desde el desmantelamiento de las prensas Bernhard, la CIA mantuvo abierto el expediente. Cuando en 1966 se dio a conocer en la prensa argentina la declaración del asesor militar del presidente de Costa Rica que acusaba a Fidel Castro de “inundar” Centroamérica con dólares falsos. La copia de la síntesis informativa de la CIA sobre Costa Rica —procedimiento de rutina— que contiene esta información, muestra, escrita a mano al pie del informe, la frase: “Federico Schwend??” (FOIA Schwend, 0141).

El estratégico lago Toplitz ya era famoso antes de que Löhde iniciara sus pesquisas sobre el oro nazi. Al finalizar la guerra, la inteligencia Aliada supo que ahí se habían realizado pruebas de balística submarina; cohetes de tecnología V2 que después, con la “invaluable” aportación del equipo de científicos e ingenieros nazis que fueron asilados por los Estados Unidos (la operación Paperclip), se convirtieron en los misiles agua-aire de los submarinos Polaris de los Estados Unidos. En 1946 buzos Aliados buscaron estos proyectiles en las profundidades del lago Toplitz pero no encontraron nada. Löhde comenzó a seguir la pista de los rumores en 1956 hasta que, finalmente, en 1959, después de obtener información de Schwend, pero sobre todo gracias a un poblador de la zona, consiguió recuperar del lago una bomba de setenta kilogramos y un número de cajones nazis (las versiones varían de siete a diecisiete), la mayoría llenos de libras Bernhard (con valor de doce millones de marcos alemanes de 1959, aunque aquí también las versiones cambian). Un par de esos cajones contenía documentos administrativos y contables sobre el proceso de producción de los billetes en Sachsenhausen (algo que siempre estuvo más allá de los alcances de Schwend) así

como algunas de las planchas de impresión, y documentación sobre el sistema utilizado para “quebrar” el código británico que generaba los números de serie de los billetes (Löhde, 1959). El reportaje consiguió para Löhde y la revista *Stern* celebridad instantánea, a tal grado que la operación de rescate en lago Toplitz fue inmediatamente llevada a la pantalla por el cineasta Franz Antel, en *Der Schatz vom Toplitzsee* (1959), una película de drama y acción que jugó un papel importante en el proceso de convertir ese caso en uno de los más taquilleros “misterios nazis”, aun cuando la película resultó un fracaso comercial. Sería la primera en una serie interminable de documentales sobre los tesoros nazis ocultos en las profundidades del lago; una serie que, estamos seguros, seguirá dando qué hablar, así como sigue dando materia para el turismo en el Tirol austriaco —es el “Lago Ness” austriaco, según Malkin (2006, p. 207)— aun cuando el gobierno de ese país ha prohibido las inmersiones bajo el pretexto del peligro que representan (no han faltado accidentes fatales en la historia de las búsquedas). En la película se retrata al periodista de *Stern* y al equipo subacuático que efectivamente llevó al lago para extraer las cajas sumergidas. Los rumores decían que entre lo recuperable había oro, pero Löhde no lo encontró; quizá los cazadores de tesoros seguirán buscándolo eternamente.

La relación de este célebre periodista con “el ex nazi que vive en una hacienda en Sudamérica” continuó con un nutrido intercambio de cartas. En el proceso, Schwend encontraría también celebridad, aunque no por su papel en la recuperación de los misteriosos cajones, sino por el asesinato del español Sartorius. Después, Schwend intentaría enredar a Löhde en otro asunto en el que no escatimó esfuerzos para ensuciar la reputación de Henri Nannen, director de *Stern*, y trató en diversas ocasiones de desviar hacia Karnatz la atención del reportero, quien como otros periodistas, quería más información sobre la operación Bernhard y sobre las cuentas secretas en Suiza y sus beneficiarios, o ponía atención en otros temas en los que estaban involucrados ex agentes de Schwend.

Un ejemplo de lo que le interesaba a Löhde es el escándalo de los tanques HS-30, noticia muy sonada a mediados de los años 60. Su fabricante, la empresa Hispano-Suiza, había logrado colocar contratos millonarios en el gobierno de Bonn, desde fines de los 50, por estos vehículos blindados de transporte que eran defectuosos, poco confiables y costosísimos (su motor era Rolls Royce), y que además fueron comprados por el gobierno de Bonn a precios inflados considerablemente. En 1967 salió a la luz el proceso a través del cual el gobierno alemán había hecho tan mal negocio: la Hispano-Suiza había “gastado” 2,3 millones de marcos en sobornos a diversos

funcionarios de los gobiernos de la CDU (la Unión Demócrata Cristiana; de Adenauer a Kiesinger), y al mismo tiempo había realizado millonarias donaciones en recursos de campaña para el mismo partido, en “agradecimiento” por su apoyo para amañar las licitaciones (“Die Unvollendete”, *Der Spiegel*, 47/1967).¹ Las investigaciones revelaron que el HS-30 fue construido solamente para distribuir los sobornos mencionados. Löhde tocó el tema en una carta de 1968 a Schwend pues en el escándalo estaba implicado un C. J. Krämer, con quien había hecho voluminosos y turbios negocios un ex agente Bernhard, Günther Wischmann, en 1961. Pero Schwend sólo respondió que Wischmann no era de fiar, que Krämer cambiaba de identidad constantemente y que ahora estaba retirado de su cargo directivo en Hispano-Suiza, y volvió a sugerir a Löhde que siguiera a Karnatz. El periodista, cortés, lo consideró un asunto interesante pero no siguió la línea de investigación. Schwend no se cansó de insistir a Löhde que viajara a Lima para verlo; incluso le recomendó que hablara con su jefe, Nannen, a quien conocía desde tiempos de la guerra, para que le otorgara “los poderes necesarios” (HIS, Schwend Archive, Nr. 2). Por otro lado, relataba todo esto a Lo Stein, que también estaba al tanto de las transacciones de armas que don Federico realizaba desde Lima.

El asunto de los tanques HS-30 se convirtió en escándalo en 1967 con la publicación de sus detalles por la revista *Süddeutsche Zeitung*.² Durante 1968 Löhde intentó sacarle información a Schwend en un tira y afloja en el que el reportero insistía en saber sobre los agentes Bernhard, especialmente los involucrados en el escándalo de los HS-30; las cuentas secretas suizas y las cajas del lago Toplitz —los temas de verdadero interés periodístico—, mientras que don Federico se negaba a aportar más sobre estos temas y en cambio intentaba dirigir la atención del periodista hacia Karnatz, Lenz y el ya fallecido Spitz. En 1970 o 1971 (la carta que citamos a continuación no consigna el año), Schwend escribió a Lo Stein desestimando el caso Karnatz y dando por perdidos, al parecer, sus cincuenta mil dólares, pero mencionó que C. J. Krämer (“tu amigo”, lo califica, probablemente con ironía), había estado involucrado con la operación Bernhard en Praga, la “plaza” de Wischmann, y que después de la guerra había cambiado de nombre con frecuencia. Y no parece haber más al respecto, excepto por el particular detalle de que el último país en comprar esos defectuosos, poco confiables y carísimos tanques HS-30 de la Hispano-Suiza, fue, precisamente, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú, a fines de los 70 (Bocquelet, 2014).

¹ El asunto HS-30 ocupa la portada de este número del semanario. Véase Winkler, 2000, p. 344.

² Hay una crónica reciente sobre lo publicado en 1967 en Leyendecker, 2013.

El último acoso a Karnatz, y el más violento, se dio precisamente en esta época. En febrero de 1971 otro medio alemán contactó a Schwend con una larga lista de preguntas entre las que se encontraba el asunto Karnatz. Bernd F. Kürten de la revista *Quick*, se presentó a Schwend con una carta fechada el 1.º de febrero de 1971 como “uno de los periodistas que se ocupan del tema Lago Toplitz” (HIS, Schwend Archiv, No. 2). Kürten se identificó como director del reportaje que llevó a la BBC a entrevistar a don Federico en Santa Clara; un programa del que no se conservan registros excepto por una mención del reportero Tony Summers en una nota del 31 de octubre de 1970 en la que agradecía a Schwend por haberlos recibido el día anterior y anunciaba su visita para esa misma tarde con el fin de “filmar una entrevista” y tomarle algunas fotos “por ejemplo, caminando en el jardín”. Cuatro meses después, Kürten, el reportero de *Quick*, refería a Schwend que se había reunido con Riegel en Karlsruhe, y que su interés, reiteraba, era el tema del lago Toplitz. Su lista de veintitrés preguntas comenzaba con la relación de Schwend y Riegel (¿era este su apoderado en Alemania?, ¿las investigaciones de Riegel en el lago Toplitz habían sido encargadas por Schwend?); tocaban sus relaciones con Skorzeny y Höttl, así como con Spitz; indagaban sobre aquellos personajes que se habían “hecho ricos súbitamente” habiendo tenido en su poder libras Bernhard para realizar transferencias; solicitaban a don Federico que descifrara, si los conocía, los códigos de acceso a las cuentas secretas en Suiza o que delatara a sus detentadores, e inquiría cuánto había ganado Schwend a través de su trabajo para la RSHA, si ese dinero le había sido efectivamente abonado, y cuánto había ganado en total la RSHA con la operación Bernhard.

A la mitad del cuestionario, las preguntas 12 y 13 eran sobre Karnatz: “12. He tenido conocimiento que después de la guerra Ud. formuló una denuncia ante los Tribunales contra el ex-miembro de la Sección No. 6 en la Central del Servicio de Inteligencia (RSHA) Sr. Heribert Karnatz. Recibió este señor algún castigo o es que se canceló el procedimiento legal?”, y una que ya conocemos: “13. Es cierto que el Sr. Karnatz ocupa actualmente el cargo de gerente del Banco Panamericano en Santiago?” Al final, el periodista preguntaba si Schwend estaba en contacto con grupos de ex miembros de las SS (en referencia a la ODESSA) y terminaba con una velada advertencia: “por medio de los datos que Ud. me proporcionaría, Ud. ayudaría a evitar posibles interpretaciones erróneas al momento de redactar un informe sobre el tema el ‘Lago Toplitz’”. Es decir, la investigación ya estaba realizada, pero *Quick* le daba a Schwend la oportunidad de dar su versión de algunos hechos.

Schwend respondió a Kürten el 10 de febrero de 1971, diciendo que contestaría parcialmente: las preguntas “11. ¿Podría Ud. proporcionarme datos acerca de uno de los sistemas de seguridad de estas cuentas bancarias suizas (funcionamiento de una clave de código)?” y “18. ¿Cuál fue la cantidad de Reichsmark que obtuvo el Tercer Reich a raíz de la ‘operación Bernhard?’” eran “tabú”. Don Federico escribió: “Una contestación a estas preguntas sería inmoral y afectaría a mi honor. En cuanto a la No. 18 diré que no teníamos ningún interés en comprar R.M.” Las preguntas 19 y 20 (sobre las ganancias de Schwend en la operación) serían contestadas con “ciertas restricciones”. Para todas las demás, dijo que respondería “sin reparos” y que incluso podría proporcionar fotocopias. Pero no respondió directamente. Adujo que había tenido malas experiencias con la prensa; acusó a la TV de Saarland de haberlo estafado por cuatrocientos dólares (había cobrado por esa entrevista) y, puso un precio a sus respuestas:

En caso de estar realmente interesados en la contestación de las preguntas que me formulan, les agradeceré enviarme a modo de compensación un cheque bancario por el importe de un mil marcos (D.M.) por correo certificado a mi dirección de Santa Clara. Una vez efectuado el pago tendré mucho gusto en servirles y Uds. podrán aprovechar mi material en la forma que crean conveniente.

No hay señales de que *Quick* respondiera a la propuesta de Schwend; sus reportajes aparecerían sin contar con su versión y efectivamente llegarían a provocar su ira y a aumentar su creciente desconfianza hacia los periodistas. Quizá recordó entonces las palabras de la condesa Kaunitz cuando le dijo, en 1958, que no confiaba en Nannen. Dejó pasar alrededor de un mes para, en lugar de insistir con *Quick*, dirigirse a la BBC, específicamente al reportero Summers. Le reclamó no haber recibido noticias suyas desde octubre de 1970 (cuando lo recibió en Santa Clara para la entrevista a la que se refirió Kürten); “me hubiera gustado recibir unas cuantas fotos del *interview*”, dijo, y continuó con un apretado párrafo en el que desataba extrañas confidencias:

Respecto al asunto Karnatz acompaño a la presente una fotocopia que Uds. podrán usar de acuerdo a su criterio. Las informaciones relacionadas con el asesinato del súbdito inglés Br. no fueron aprovechadas por Uds. Entre tanto Uds. ya se habrán enterado que Nannen falsificó el nombre de la víctima. En caso de seguir interesados del asunto pueden consultar al. Sr.

Riegel quien les facilitará todos los pormenores como podría hacerlo yo mismo si Uds. lo desean. En caso de que Uds. tengan interés en un asunto realmente importante les recomiendo investigar los pormenores del asesinato del Cónsul General Boliviano Sr. Roberto Quintanilla el 1ro. de Abril de 1971 en Hamburgo. Este caso es un eslabón en una cadena de asesinatos que se perpetraron por encargo de Ovando; naturalmente hay otra potencia oculta detrás de Ovando. La lista de los candidatos a la eliminación abarca a otras personas más. En este asunto también entran en juego unos 13 millones de dólares norteamericanos por “utilidades” obtenidas por medio del tráfico de armas, circunstancias políticas, en suma, Uds. podrían convertir el dato en algo verdaderamente sensacional. Para tener acceso a ciertos documentos y ciertas personas Uds. deberán invertir dinero y, lo que es más importante, tiempo. La gestión se iniciaría acá en Lima, luego en La Paz y después en Buenos Aires. Puedo asegurarles que el asunto hará verdadero impacto.

Don Federico en plenitud. El asunto Karnatz, si bien se presenta primero, ha dejado de ser prioridad. Es más importante el caso Nannen. No deja de ser interesante el énfasis en este asunto, orientado a desprestigiar al director de *Stern* ante uno de los principales medios de comunicación del mundo, la BBC. Pero es el tercer tema el más notorio: el asesinato del cónsul boliviano Quintanilla y la participación de Ovando. Estamos aquí ante la inestable política boliviana de la época, en la que los intereses de la dupla Schwend-Barbie se desarrollaron a su antojo aunque no sin altas y bajas que dependían directamente de los continuos cambios de mando en el país andino. Habló de tráfico de armas (su principal negocio) y de utilidades desprendidas de él que Schwend denunciaba quizás porque no habían caído en sus manos; asesinatos imputados a Ovando Candía con quien Barbie no gozó de los privilegios que le había dado Barrientos y que recuperaría después con Banzer en la época de la operación Cóndor. Pero, como veremos, en el asesinato de Quintanilla, amigo de Barbie, no habían tenido nada que ver otros militares bolivianos: fue una venganza de intengrantes del ELN después de la ejecución del Che Guevara.

Es interesante también que Schwend dirigiera a Summers hacia Riegel para confirmar sus aseveraciones sobre Nannen: “les facilitará todos los pormenores como podría hacerlo yo mismo”. Poco después de la entrevista de octubre de 1970 en Santa Clara, Schwend envió a Summers documentos para fundamentar los reportajes que esperaba que la BBC publicara, específicamente materiales sobre Nannen y Löhde de *Stern* y sobre Spitz, Lenz

y Schmitz (un ex nazi asociado con Lenz). Aseguraba que los dos últimos le debían más de dos millones de marcos alemanes y que era por eso que querían “que yo desaparezca de este mundo o que pierda mi libertad de acción” (HIS, Schwend Archive, Nr. 2).

Pero algún tiempo después se desdecía. Riegel, a quien recomendaba “como si fuera yo mismo”, ahora estaba fuera de su alcance y Schwend aseguraba a Summers que no sabía quién financiaba sus búsquedas en el lago Toplitz. El antecedente es que aquel octubre de 1970, mientras don Federico embelesaba a la BBC en su hermosa residencia de Santa Clara, Riegel declaraba ante la prensa alemana y comenzaba a caer en contradicciones. Un reportaje televisado por la ARD (consorcio estatal alemán de medios de difusión audiovisual), transmitido el 28 de diciembre de 1970, abordaba nuevamente los “misterios del lago Toplitz”, pero brindaba por fin un panorama más completo, habiendo integrado en su investigación un amplio espectro de posiciones que iba desde Simon Wiesenthal hasta Federico Schwend. Uno de los testimonios que recogía el reportaje era el del periodista Kürten, que había iniciado sus investigaciones sobre el lago Toplitz de manera independiente hasta lograr finalmente que *Quick* lo publicara. Kürten declaró a la ARD que había recibido amenazas —contra él y contra su esposa e hijos— para impedir que publicara sus hallazgos; el reportaje sugería también que el gobierno austriaco había decidido prohibir las inmersiones en el lago para proteger a quien pudiera salir perjudicado con lo que se encontrara dentro de los cajones nazis.

El disparador del interés de Kürten por el lago Toplitz había sido la visita de un ex buzo de la marina, quien le dijo que Heinz Riegel le había ofrecido mucho dinero por sumergirse en sus profundidades. El reportaje describió al representante de Schwend como “quien está detrás de la última tentativa ilegal de buceo”, y que trabajaba por “instrucciones del ex-Coronel de la SS Friedrich —hoy Federico— Schwend que acaba de ser ubicado en Lima, su lugar de refugio en el Perú”. La ubicación de don Federico no era secreta para nadie, quizás desde la publicación del libro de Höttl, y con seguridad desde el asesinato de Sartorius; además la Saarland TV, emisora integrante de la ARD, lo había entrevistado no mucho tiempo antes, pero así lo refería el reportaje. Se describía a Schwend como un “digno abuelo” que vivía “con su esposa, su hija, su yerno y los nietos”, llevando un estilo de vida “que no despertaba sospechas”. La ARD lo entrevistó y Schwend no perdió la oportunidad de generar controversia asumiendo la posición de quien sabía lo que realmente se ocultaba en las profundidades del lago tirolés además de libras falsas: “documentos por demás desagradables para

muchos personajes importantes en Alemania Occidental” y “más de una tonelada del oro que fue adquirido con los billetes falsos” —¡una tonelada de oro!—. Negó tajantemente ser quien financiaba las investigaciones de Riegel y dijo ser el único, junto con “una o dos personas más” que conocía el lugar exacto en que habían sido sumergidas las cajas. Al preguntarle si podía decir los nombres de esas otras personas, don Federico respondió: “Lamento no poder hacerlo. Nunca fui traidor”.

Los periodistas habían entrevistado también a Riegel, quien para entonces ya se había hecho cierta fama de “antinazi” y había establecido relaciones con la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn, organización que pronto formaría la “Sección Alemana” o “Comité de Simpatizantes Alemanes” de la organización francesa Liga Internacional contra el Antisemitismo (LICA, siglas en francés), en la que militaron los Klarsfeld. Primero, Riegel aseguró que trabajaba para Schwend: “trabajo en primer lugar en provecho mío y en segundo lugar para el señor Schwend porque él no puede venir acá. [...] De paso trabajo para el señor Schwend por ser amigo mío”. Luego describió las razones de Schwend: “quiere recuperar su propio dinero, aquello que le pertenece. Él dice que se trata de su participación, que le corresponde legítimamente. Por eso quiere recuperarlo si fuera posible y yo estoy tratando de conseguirlo a base de comisión”. Esta afirmación nos da la certeza de que Schwend estaba efectivamente financiando a Riegel, de otro modo, ¿no habría Riegel simplemente tomado lo que encontrara para él sin tener que entregar a Schwend ni una moneda? El periodista arremetió cuestionando algo que Riegel habría dicho en otro momento: había asegurado haber vivido “duras experiencias en el Tercer Reich”; entonces, ¿por qué trabajaba para un ex nazi? Su respuesta desdijo lo que acababa de decir sobre su amistad con Schwend: “Le diré con toda franqueza que Schwend representa para mí la única posibilidad de alcanzar mi objetivo. Para ver al diablo, hay que ir al infierno”. El reportero ya no vio la contradicción entre decirse amigo de Schwend y después describirlo con esa dura metáfora infernal.

Höttl, también consultado en el reportaje, salió veladamente en defensa de Schwend atribuyendo el financiamiento de las acciones de búsqueda de Riegel a “empresarios alemanes”. Finalmente, la ARD dio la palabra a Simon Wiesenthal. El cazador de nazis dijo que no creía en los motivos “históricos” de Riegel: “No conozco los motivos de Riegel. Él no es un historiador que busca a los nazis por motivo de sus crímenes. Según me han informado es un hombre de negocios...” Y al final describió su propio interés en el caso:

Quiero averiguar a dónde han ido a parar los fondos del Tercer Reich y quiénes se beneficiaron con créditos otorgados en virtud de los fondos que continúan en los depósitos suizos. [...] Los documentos escondidos en el Lago Toplitz podrían proporcionar indicios respecto a las personas que han recibido dinero.

Hasta donde sabemos, Riegel no logró sacar del fondo del lago nada para Schwend ni para sí mismo. Tampoco obtuvo nada de Karnatz. En otra carta a Lo Stein, del 25 de abril de 1971, Schwend mencionó una nota aparecida en el diario *Popular* de Montevideo, titulada “Falsificadores como directores de banco”. El artículo atacaba a Karnatz y don Federico reiteraba su descripción del banquero “que tomó 50 000 dólares de mí”, y acotaba que también había sido atacado, indirectamente, el Deutsche Bank y sus ramificaciones sudamericanas. Entre los personajes de los que hablaba la nota estaba también Abs. El artículo mencionaba que Abs había sido sentenciado en la Yugoslavia de Tito a quince años de trabajos forzados. “No es recomendable que el buen Abs vaya de vacaciones al país de Tito el Carnicero”, comentó Schwend, y como por asociación libre de ideas, se refirió al Perú, su país de asilo:

Aquí hay tranquilidad, a diferencia de Chile y Bolivia. En Bolivia se ha puesto de moda el asesinato, dirigentes, Ovando, el ex presidente, que está como embajador en Madrid. Los motivos de la serie de asesinatos que todavía continúa son políticos, alrededor de 20 millones de dólares relacionados con el comercio de armas. (HIS, Schwend Archiv, 38-27 Familie)

Es cuando menos interesante que Schwend se refiriera al clima político “adverso” para sus intereses en Chile y Bolivia, justo cuando en estos países se habían hecho con el poder, respectivamente, los gobiernos populares de izquierda de Salvador Allende (por la vía democrática) y de Juan José Torres (a través de la insurrección popular).

Finalmente, al acercarse el año 1972, Schwend y Riegel echaron a andar su último recurso contra Karnatz; había un nuevo motivo para reemprender esa cacería en la que ya hacía años que don Federico había perdido la esperanza de recuperar sus cincuenta mil dólares. El 28 de diciembre de 1971, exactamente un año después de que se transmitiera el reportaje de la ARD y tres días antes del asesinato de Banchemo, Beate Klarsfeld identificó y localizó —en casa de don Federico!— a Klaus Barbie bajo el alias de Altmann (Linklater, *et al.*, 1985, p. 252). El pitazo se lo había dado Herbert John.

Schwend y Barbie, que ya hacía tiempo que habían roto relaciones con John, iniciarían una persecución tal que Linklater no dudó en calificar como afán de “destruirlo”.

La cacería de Barbie emprendida por Beate Klarsfeld encontró por fin resonancia justo después del asesinato de Bancharo Rossi, ocurrido el primer día de 1972. Los Klarsfeld contaron con el apoyo de la LICA francesa (la legítima), con la que estaban vinculados: en una carta a Riegel, del 26 de marzo de 1972, el “Comité de Acción (Simpatizantes)” de la LICA en Alemania, dependiente de la organización Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn —la “Sección Autónoma” alemana de la LICA—, su director, Gideon Rynar, identificó a los Klarsfeld como miembros de la junta directiva de la sede francesa, y al mismo tiempo condenó sus métodos y aseguró que los de la sección alemana serían diferentes (HIS, Schwend Archive, 17).

La idea de formar una delegación alemana de la LICA puede haber partido de personas bienintencionadas —la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn—, e incluso puede haber parecido adecuada a la propia Beate Klarsfeld, siendo ella alemana. Pero la presencia de Riegel y su representación oficial de los intereses de Schwend la hace más que sospechosa, al menos por tres razones. En primer lugar, su formación fue casi simultánea a la identificación de Barbie y al asesinato de Bancharo. En segundo lugar, el tono excesivamente cortés y exageradamente solidario en el que su director Rynar —y las diversas asistentes encargadas de relaciones públicas o de atención a la prensa que firmaban sus comunicaciones— se dirigía a Riegel y Schwend, ambos adheridos formalmente a la organización, sugiere que estos la habrían apoyado con recursos financieros. En tercer lugar, su decisión como grupo de presión antinazi de perseguir a Karnatz para desviar la atención sobre Barbie (y de elegir métodos distintos a los de Beate Klarsfeld, los cuales condenaba expresamente). Fuera con su conocimiento (en complicidad) o sin él (bajo engaño), la LICA alemana se convirtió en una herramienta para proteger los intereses de Schwend. La adhesión de Riegel y Schwend a la LICA puede haber sido una iniciativa de Riegel, que, como hemos visto, había estado en contacto con sectores opuestos al nazismo para encubrir sus investigaciones en el lago Toplitz. Como sea, la “sección alemana” de la LICA fue legitimada por la sede francesa en marzo de 1972 (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6 Handakte) y se dio la dirección temporal de la sección al titular de la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn, Rynar. En el comprobante de adhesión de Schwend la fecha es ilegible; debe haber sucedido entre marzo y abril de 1972. Don Federico y Riegel emprendieron una intensa campaña para que la “sección alemana” de la

LICA hiciera de la persecución a Karnatz el paralelo alemán a la de Barbie por los franceses. Su objetivo principal era desviar la atención sobre Barbie atrayéndola hacia Karnatz y, en segundo lugar, buscarse algo de plata haciendo pasar a don federico por víctima de los nazis. Para ello también recurrieron a la denuncia de otro ex nazi con víctimas francesas, Heinrich Lübcke, cuyo fallecimiento aprovecharían para tratar de desviar la atención mediática y de acción de los Klarsfeld, así como del sistema judicial alemán, sobre Barbie.

El indicio más antiguo de la relación entre Schwend y Riegel con la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn data del 16 de julio de 1971, fecha de un oficio que integra el folder “Rynar” en el archivo Schwend en HIS, en el que la fiscalía de Lüneburg, Alemania, responde a Rynar sobre el caso Nannen, que involucraba a don Federico (HIS, Schwend Archiv, 17). El 28 de diciembre de ese año Rynar trató de redirigir la atención de las autoridades judiciales alemanas hacia Karnatz, actuando formalmente en representación de Schwend. A nombre de Rynar, Sharon Gil, del Departamento de Relaciones Públicas de la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn, escribió una carta formal al director del “Departamento VI B 1 del Ministerio Federal de Economía y Finanzas” de Alemania Occidental, con el asunto:

Director de Banco Friedrich H. Carl Karnatz (Apoderado del Gobierno de la República Federal para la celebración del Convenio Chileno-Alemania sobre la restitución de los bienes confiscados durante la era Nacional-Socialista). Restitución de los bienes especificados más adelante, de propiedad del señor Federico Schwend”. (HIS, Schwend Archiv, 17)

El documento se copiaba a Riegel e indicaba que, a través de él, Rynar contaba con “poder general” para representar a Schwend “especialmente en lo que respecta a las siguientes diligencias de restitución” (citamos la traducción de la Corte Superior de Lima):

- a) Cuenta No. 930 en la Societe Generale de Surveillance, 1 Place des Alpes, Geneve, Schweiz. Y en la Controll Co.m.b.H., Hamburgo, comprendiendo al Departamento Helvético de Justicia, Oficina de Registro de Bienes Extranjeros, Berna (asuntos primarios y secundarios);
- b) Recuperación de documentos y objetos de valor del tiempo de guerra, que fueron puestos a salvo en depósitos sub- o extra- acuáticos;
- c) Recuperación de los bienes robados al Sr. Schwennnd en Meran, Imst, Kaunzertal y otros lugares (entre otras cosas, aproximadamente 70 kilates en

brillantes de primera calidad, aproximadamente 86 kilos de oro en monedas, alfombras orientales, una alfombra con una extensión de 186 metros cuadrados (obsequio del Sha de Irán al último Emperador de Austria), adquirida por el Sr. Schwend en 15 mil dolares y robada en el año 1945 por una unidad acantonada en Imst/Austria, según sus declaraciones.

La carta argumentaba que había sido un funcionario del Ministerio de Economía y Finanzas, de nombre Hümmerich, quien le había indicado a Rynar que, para atender estos asuntos, debía dirigirse al Departamento VI B 1. Casualmente, en abril de 1971, este Hümmerich se había comunicado con Altmann (Barbie) en la dirección de Schwend en Santa Clara, precisamente sobre Karnatz, según citaba otra comunicación de Rynar, esta vez dirigida al ministro Federal de Cooperación Económica, Erhard Eppler, del 26 de marzo de 1972. Habiendo sido desvelada la verdadera identidad de Altmann, Rynar acusaba a Hümmerich de haber protegido a “un tal Altmann alias Barbie” y solicitaba su destitución y que se investigaran sus archivos.

Por su parte, en pleno revuelo por el asesinato de Banchemo, Schwend parece haberse movido por su cuenta en paralelo a las gestiones de Rynar y Riegel. En algún momento de diciembre de 1971, calculamos que habría sido entre el 20 y el 28, dirigió denuncias contra Karnatz (desconocemos cuál fue su tenor exactamente; quizás la denuncia de enriquecimiento ilícito) a la Oficina Federal de Supervisión del Sistema de Crédito de Alemania. El Sr. Schneider, supervisor encargado de esa oficina, le respondió el 7 de enero de 1972 con alguna negativa que ofendió a don Federico. El 18 de enero de 1972 arremetió nuevamente defendiendo sus aseveraciones pues pensó que Schneider lo había acusado de dar argumentos falsos. Schneider volvió a responder el 2 de febrero reiterando que no había acusado a don Federico de mentir, que esa había sido su propia malinterpretación, y que en realidad no podía proceder en el caso sin conocer la versión de Karnatz:

No estoy en la posición de elucidar, ni puede ser justificada como tarea de la oficina a mi cargo, cuya función es solamente la supervisión de la banca, la elucidación de acontecimientos que se remontan a los últimos años de la guerra y tuvieron lugar fuera de la esfera bancaria. (HIS, Schwend Archive, Lose Mapped II)

Finalmente, Rynar nos explica sus acciones a nombre de la LICA contra Karnatz, Nannen, Lübcke y Hümmerich. En carta a Riegel, del 26 de marzo

de 1972, se lamentaba de no haber podido establecer comunicación telefónica (lo que también es un indicio de todo lo que se habrá ventilado por ese medio y no podremos conocer), y se refirió al “asunto Barbie”. “Como usted se dará cuenta”, escribió, “estamos ocupados a tiempo completo en poner a cubierto al señor Schwend en todas direcciones respecto a Barbie”, y seguía:

El gobierno del Perú nos ha hecho saber que Barbie fue huésped de Schwend en casa de este último. Nosotros, sin embargo, seguimos afirmando frente a las indagaciones de terceros y en virtud del poder que nos otorgó Schwend, que sólo albergó a un tal Klaus Altmann y que no podía estar al tanto de la identidad de Klaus Barbie, ex jefe de la Gestapo.

Y, al final, luego de aclarar que Schwend debía reembolsar a la LICA gastos hechos en su representación y afiliarse a la organización, escribió una posdata que ilustra el hecho de que las acusaciones contra Karnatz no se soportaban en nada sólido:

Necesitamos con urgencia datos adicionales referentes a Karnatz; a este hombre hay que derrotarlo primero, para reducir un poco la presión del asunto Barbie. Sírvase colaborar con nosotros para convertir el caso Karnatz en un escándalo para la capital de Bonn.

Unos días después, el 31 de marzo, Sharon Gil (a nombre de Rynar) explicaba a Riegel, con copia a Schwend, que “Daremos la consigna de que Karnatz es para nosotros lo que Barbie representa para la sección francesa”. El mismo día, Rynar solicitaba a Schwend “con urgencia”, el “material ampliatorio sobre el asunto Karnatz”.

Pero don Federico, en realidad, no tenía nada que pudiera probar lo que Karnatz le había “robado” ni los crímenes mediante los cuales se convertiría en el Barbie de la sección alemana de la LICA. En la reconstrucción de esta compleja red de relaciones entre el Perú, Bolivia, Alemania y Francia, queda claro sólo un factor. Durante el tiempo que Barbie, bajo la identidad de Altmann, pasó alojado en Santa Clara en 1971, habiéndose debilitado las posiciones de poder que las dictaduras militares bolivianas le habían dado en los 60, su verdadera identidad fue descubierta por Beate Klarsfeld. Entre los procedimientos de persecución de criminales nazis siempre apegados a la ley de Simon Wiesenthal y los extremos a los que llegó el Mossad con el secuestro de Eichmann y el asesinato de Cukurs, estaban las estrategias de impacto mediático de Beate Klarsfeld, que amenazaban directamente a

Schwend, sobre cuya cabeza pendía la sentencia por el asesinato de Kamber, atraída por Alemania, y en la que se había restablecido la pena de 21 años de prisión. Si caía Barbie, caía Schwend, así que deben haber acordado la vuelta inmediata de Barbie a Bolivia (donde poco después tendría la oportunidad de colaborar en el derrocamiento de Juan José Torres por Banzer). Para proteger a Schwend, este actuaría como si hubiese sido engañado por su socio Altmann y para proteger a Barbie se iniciarían las acciones contra Karnatz y Henri Nannen con el fin de desviar la atención hacia estos ex nazis de medio pelo.

CONTRA STERN

En el marco de su relación epistolar con el periodista Wolfgang Löhde de la revista *Stern*, Schwend se dio cuenta de que su insistencia para que siguiera los casos de Karnatz, Spitz y Lenz no estaba surtiendo efecto alguno, así que inició una arriesgada estrategia: engatusarlo para que persiguiera a su propio jefe, el editor Henri Nannen. Nannen fue el artífice de una acertada gestión para convertir a *Stern* en un medio de gran influencia, con considerables volúmenes de ventas en Alemania Occidental y la Europa de ese lado de la Guerra Fría, capaz de ensombrecer al propio *Der Spiegel*. Pero Nannen tenía un pasado nazi (Stangneth, 2014, p. 240, menciona que abrió las páginas de *Stern* a Wilhelm Sassen a fines de los 40) y sus tareas se habían cruzado con la operación Bernhard en el Sudtirolo en 1944.

Entre las acciones desesperadas que los nazis emprendieron cuando todos excepto el Führer podían ver la derrota, estuvo la operación *Südsterne*, Estrella del Sur. Por órdenes de Kaltenbrunner se estableció en el norte de Italia un sistema de producción de propaganda negra basado en la impresión de volantes con textos en inglés que llamaban a los soldados enemigos a la desertión o al sabotaje. Las decenas de miles de octavillas impresas de la RSHA se entregaban al *Obersturmbahnführer* Hans Weidemann de las Waffen SS, que estaba al mando de la operación desde el castillo de Bevilacqua, un hermoso palacio del siglo XIV cerca de Verona. Para el lanzamiento de los pequeños misiles con que se hacían llover los volantes al otro lado del frente, a Weidemann se le había asignado un grupo de la Luftwaffe. Y para la producción de los volantes contaba con el periodista y publicista Henri

Nannen, teniente de la unidad de propaganda SS-Standarte Kurt Eggers (a la que también perteneció Wilhelm Sassen), que organizaba desde la impresión de los volantes hasta su lanzamiento sobre el enemigo. Ya hemos descrito la unidad Eggers de las SS: un grupo especial de “oficiales”, periodistas, escritores, intelectuales, que realizaban acciones propagandísticas e ideológicas para el Führer.

Dentro de la operación Südstern, Nannen tenía a su cargo a un misterioso redactor británico de apellido Brown, que se encargaba de escribir o traducir al inglés la propaganda ideológica. No es claro si se trataba de un prisionero o de un traidor; lo más probable es lo segundo: un prisionero bien podría haber falseado los mensajes en inglés a favor de los Aliados. Pero una noche Brown fue asesinado y el motivo no parece haber sido que quisiera sabotear la operación. Es probable que, entre los testimonios que describen el asesinato de Brown, la versión prevaleciente sea la que Federico Schwend se encargó de difundir. Dedicó una buena cantidad de correspondencia al asunto cuando este se ventiló en la prensa a fines de los 60, a raíz del contacto que pudo haber tenido con Weidemann y Nannen durante la guerra. No sólo intentó utilizar a Löhde para que atacara a su propio editor, sino que aprovechó tantos medios como le fue posible, incluyendo los servicios de Riegel, Rynar y la LICA, así como tantos periodistas como tuvo al alcance, y denuncias por crímenes de guerra ante autoridades en general. El argumento: el asesino de Brown era Nannen.

El interés de Schwend en este asunto resalta porque los cargos imputados a Nannen eran demasiado parecidos a los del crimen por el que Schwend había sido condenado en Bolzano y cuya sentencia le impedía volver a Europa: el asesinato de un subalterno extranjero, civil o encubierto. También es curioso que Nannen le hubiera dado a su semanario de posguerra un nombre tan similar al de la operación que manejó en 1944 para los nazis: de *Südstern*, “Estrella del Sur”, a *Stern*, “Estrella”. Y más curioso aún es que la empresa principal de don Federico y Barbie en el Perú y Bolivia, la sede de sus negocios legales e ilegales, llevara exactamente el mismo nombre en castellano: Comercial Agrícola e Industrial “La Estrella”, y que esta haya sido la fachada de las transacciones de armas con la TMB en Bolivia y con Merex en Europa. Casualidades o no, e independientemente de si Nannen era culpable del crimen del que se le acusaba —nunca se aclaró ni hubo elementos suficientes en la fiscalía para seguir el caso, por lo que fue sobreseído—, era como si Schwend quisiera forzar las circunstancias para que el editor pagara más de veinte años después, por el crimen de Schwend, proyectado. Don Federico acusó a Nannen del asesinato de Brown y buscó

los medios para probarlo, o cuando menos para que los tribunales aceptaran la duda respecto al individuo que había sido inculpado por ese crimen, un tal Schwarz que también había desaparecido después del asesinato.

Siendo la operación *Südstern* una de las estrategias de la RSHA de Kaltenbrunner, no sería extraño que esa propaganda hubiera sido financiada con recursos Bernhard. Pero más allá de eso, para Kaltenbrunner tenían similitudes que le hacían verlas como parte de la misma estrategia de inteligencia: ambas operaciones consistían en imprimir papel y lanzarlo sobre las líneas del frente para debilitar al enemigo. La diferencia desde el punto de vista de la RSHA era que Bernhard apuntaba a debilitar su economía y *Südstern* su voluntad. Por tanto, Kaltenbrunner —según Schwend— vio en *Südstern* la posibilidad de devolver a la operación Bernhard su sentido original: ¿por qué no poner libras Bernhard entre la propaganda de *Südstern* y volarlas sobre los ingleses en Italia? El plan original de hacerlo sobre Londres se frustró al debilitarse la *Luftwaffe*, pero ahora los ingleses estaban a la vuelta de la esquina —y seguían utilizando dinero—, así que parte del objetivo original de la operación Bernhard podría ser recuperado.

Pero para Schwend —el Dr. Wendig en ese entonces—, el hecho de que el plan original no se hubiera realizado era la razón por la cual había sido reclutado por Kaltenbrunner: la operación de Schwend se había montado sólo para buscar la obtención de algún valor a partir de una estrategia cuyo objetivo inicial, debilitar la economía inglesa, había fallado. No volar las libras falsas sobre Inglaterra era el origen del negocio que lo estaba enriqueciendo y que le había dado poder: el rango de SS *Sturmbahnführer*, el castillo Labers, el batallón Panzerkorps, el ocho por ciento neto de todas las transacciones con libras Bernhard y la libertad para realizarlas sin supervisión directa; el manejo de redes de inteligencia entre el laberinto de fuerzas en conflicto al norte del Adriático, la línea directa de comunicación con los titulares de la RSHA y la Gestapo. Las libras lanzadas al aire bien podrían producir desánimo o inflación al otro lado de las líneas enemigas —estaba por verse—, pero a Schwend le estaban produciendo mucho dinero, y el plan de unir Bernhard y *Südstern* significaba reducir, si no cerrar, el flujo de recursos que alimentaban el creciente mercado negro de cuyas operaciones se beneficiaba tan jugosamente. Así que no le pareció tan buena idea y, si sus relatos son ciertos, Nannen tampoco consideró adecuado el plan (Schwend no explicó por qué, ni aclaró tampoco la razón por la cual sería Nannen y no Weidemann quien tendría derecho a opinar al respecto). Como fuera, la idea genial de Kaltenbrunner no se llevó a cabo.

En el archivo Schwend hay documentos que tocan esta historia. Es probable que Schwend haya enviado notas a distintos periodistas europeos hasta que alguno mordió el anzuelo y se inició la querrela contra el ex teniente Henri Nannen, que se había convertido para entonces en uno de los hombres más poderosos del mundo de la información: director del semanario ilustrado *Stern*, uno de los de mayor circulación en Europa occidental.

Pero, ¿cuál era el móvil para perseguir a Nannen? ¿Sólo resentimiento porque había rechazado las historias sobre Bormann que Schwend le había hecho llegar a través de John? No parece haber en estas acciones un interés de lucro directo, aun cuando Nannen era efectivamente adinerado y la extorsión no debería descartarse como aliciente. El hecho de que Nannen hubiese sido exculpado por el asesinato de Brown, un crimen tan parecido al de Schwend contra Kamber, quizá representaba para don Federico la oportunidad de argumentar jurisprudencia que lo liberara —o de hundir a Nannen si se hundía él—. Finalmente, otra alternativa que no debería ser dejada de lado es que *Stern* fue el medio que “dio vida” a la historia del lago Toplitz, a partir de la cual se disparó la ambigua celebridad que sacó a Schwend de la “clandestinidad” de su exilio y lo obligó a asumir un arriesgado perfil público que luego se complicaría con el asesinato de Sartorius y la confesión de su hija Ingrid como culpable. Esa celebridad escandalosa no daría a don Federico réditos de fama y protagonismo como él los hubiese esperado, aunque después manipulara a la prensa, al menos a la peruana, para limpiar “su imagen”. Entonces, el encarnizado ataque contra Nannen nos sugiere también la venganza como un posible móvil: por el rechazo de los textos de John, por la celebridad atraída desde el lago Toplitz sin que él dirigiese el coro; por el desacuerdo, posiblemente rivalidad, que habían vivido ante Kaltenbrunner cuando eran los titulares de las operaciones Bernhard y Südsterne, y finalmente, por dinero. No parecen faltar razones.

Una carta a su amiga Lo Stein (sin fecha, probablemente de enero de 1970 por su ubicación en los archivos y los temas tratados en ella), nos deja ver que la intención era destruir a Nannen aunque no fueran explícitas las razones: “El asunto Nannen puede ser muy interesante para K. y por tanto, para tu cuñado. Con esto puedes no sólo mantener quieta la lengua de Nannen, sino también destruirlo” (HIS, Schwend Archive, Nr. 2). Aunque Schwend identificaba a Kiesinger como “Ki.” en su correspondencia con Lo, quizás el “K.” mencionado sea el mismo canciller alemán: Schwend estaría intentando llamar su atención hacia el presunto crimen de Nannen.

La mención más antigua de Nannen en los archivos de Schwend está en un documento de 1958 en el que podemos ver que no había resentimiento

alguno, sino al contrario: una de las cartas a la condesa Kaunitz (HIS, Schwend Archiv, 4; cfr. supra, capítulo XII), en la que le recomendaba contactos; la condesa, agradecida, respondió, “les he escrito a todos excepto a Nannen. *Stern* siempre ha estado en mi contra”. Más tarde lo consideraría así también Schwend, pero antes, en junio de 1965, aún maquinó en el aire una extraña posibilidad y se la comunicó a su amigo Herbert John: “querríamos hacer al buen Nannen o Springer no sólo cónsul, sino cónsul general. Este último tendría pasaporte diplomático” (HIS, Schwend Archiv, 49-73).

En 1958, Nannen tenía a uno de sus periodistas principales, Wolfgang Löhde, trabajando en plena búsqueda subacuática en el lago Toplitz; Schwend ya había sido entrevistado al respecto y había dado indicaciones pretendidamente precisas sobre la localización de las cajas, mientras Höttl se encargaba de “vigilar” a Löhde para garantizar que lo que publicara *Stern* fuera “correcto”. Hemos revisado en la correspondencia entre Schwend y el periodista cuánto insistió don Federico para que este convenciera a su jefe —en una carta mencionó que no quería que se considerara a Nannen como su colega, pero en otra lo llamó directamente “mi colega Henry” (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2)— de pagarle otro viaje a Lima; hemos visto cómo intentó dirigir su atención contra Karnatz y los banqueros, y hemos asistido al proceso que fue alejando a don Federico de los periodistas y obligándolo a emprender acciones tanto más desesperadas a través de Riegel y la “sección alemana” de la LICA. Esta organización lo secundaría en la absurda persecución de Nannen, sin convertirlo en un nuevo Karnatz (alguien capaz de desviar la atención respecto a Barbie), pero contribuyendo también a proteger al “carnicero de Lyon” en su fuga.

Cuando don Federico decidió que era momento de minar la reputación de Nannen, un error de memoria alteró los hechos. Cualquiera que haya sido la fuente desde donde se generó la primera información sobre el papel de Nannen en la operación Südstern y el asesinato de Brown, ya fuera el propio Schwend o, como sugiere una carta que revisaremos a continuación, Alois Glavan, el error le restó credibilidad a Schwend ante *Stern*. La sede de la operación Südstern, el castillo de Bevilacqua en Verona (ciertamente más grande, antiguo, rico y espectacular que el de Labers, desde donde Schwend manejó la distribución de las libras Bernhard), cambió de nombre en las primeras notas periodísticas sobre el caso: se le llamaba “Belaqua”, y como no existe un castillo Belaqua en el Sudtirolo; nadie lo pudo localizar y los argumentos de Schwend contra Nannen se debilitaron. El encumbrado editor debe haber sonreído cuando se publicó la primera nota sobre su pasado en un pasquín de Múnich el 15 de marzo de 1968 (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2).

Los contactos entre Schwend y Löhde a fines de los 50 estuvieron mediados por Höttl. Pero tiempo después, hacia 1966, la conversación se reinició directamente; ahora el tono de Löhde hacia Schwend era más crítico e incluso tenía cierta carga de sarcasmo: “Su carnaval publicitario sobre el equipo de investigación en lago Toplitz etc., ciertamente no le ha aportado a Ud. gran cosa”, escribió Löhde el 3 de noviembre de 1966 (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2), y a continuación comentó: “Desafortunadamente, su conocimiento sobre las cuentas en Suiza no ha sido suficiente para proveer evidencia definitiva”. En su siguiente párrafo, Löhde hizo referencia al escándalo del asesinato de Sartorius y, en seguida, como para azuzar la curiosidad de su interlocutor, le informó que el número 46 de *Stern* dedicaba algunas páginas a la boda de Monika Lenz, la hija del archienemigo. La revista también incluía, dijo Löhde, una “historia sobre Kaunzertal” —“seguro que se reirá”, comentó—, es decir, sobre el hallazgo de más oro nazi oculto, esta vez en el órgano de la iglesia de esa localidad, que ya no engrosaría el caudal de don Federico. Lo último que esto le provocaría sería risa; de ahí la ácida ironía de Löhde. A propósito de este asunto, Löhde escribió, nuevamente socarrón: “Si cree que debe poner de nuevo algo sobre papel, puede enviármelo. *Pero manténgase en la verdad, de otro modo se desacredita usted como testigo*” (el subrayado es nuestro). Esa fue la carta en la que el periodista también se interesó por lo que Schwend pudiera decirle en torno del asunto de los tanques de Hispano-Suiza y el papel de sus ex agentes en el caso.

Una semana después, el 9 de noviembre, Schwend respondió la carta de Löhde (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2). Agradeció los buenos deseos para Ingrid y continuó con referencias falsas respecto a su relación con Riegel: le aseguró a Löhde que hacía un año que no sabía de él y que desconocía el origen de su financiamiento para las búsquedas en el lago Toplitz; “En la actualidad no tengo ningún interés en el asunto del lago, pues estoy sumamente ocupado con otras cuestiones”, mintió. Y ya que Löhde tocaba el tema de la familia Lenz, se quejó de que no le hubiese enviado un ejemplar de la revista y le recomendó que hablara con la condesa Kaunitz, quien le podría dar:

[...] datos muy interesantes con respecto a Lenz, ella conoce las expropiaciones hechas a los judíos por la pandilla Lenz/Schmitz (ella conoce la arianización de la banda Lenz / Schmitz), comenzando por el Banco Lenz y llegando a una docena de fábricas muy conocidas. Todos los años le recuerdo a Schmitz, aquel pillo, gangster, estafador y distribuidor de billetes falsos, todo lo que me debe. Se trata de alrededor de dos millones de marcos

alemanes. El Dr. K. D. Langenstein de Múnich le puede proporcionar datos muy específicos sobre este particular.

[...] Para terminar repetiré algo que Ud. seguramente ya sabe: aún después de la guerra, los señores Lenz, Spitz y Schmitz distribuyeron un elevado importe de libras esterlinas, con las que llenaron las arcas del banco Lenz. La Sra. Erika Spitz también vive en Múnich y es beneficiaria del capital que se formó con las falsificaciones del Tercer Reich.

Nuevamente, don Federico llevando el agua a su molino (si estas denuncias se abrían paso hasta las páginas de *Stern*, Schwend contaría con mejores elementos para cobrar “sus deudas”) y realizando acusaciones sin presentar fuentes ni pruebas. Interesado en la mención de Lenz, Spitz y Schmitz, a vuelta de correo, el 15 de noviembre Löhde le pidió fuentes o pruebas: “¿Podría usted decirme rápidamente los detalles que conozca y quién en Alemania podría decirme más sobre esto?” (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2). Schwend respondió reiterando las acusaciones, recomendando nuevamente al periodista que hablase con la condesa Kaunitz y mencionando a todas las personas que sabían algo pero no lo dirían jamás porque eran parte de los beneficiados con los negocios de Spitz y Lenz.

Este intercambio tuvo lugar durante noviembre de 1966; volvió a interrumpirse hasta, probablemente, agosto de 1967. Una carta de Schwend al periodista fechada el 14 de marzo de 1968 hacía referencia a una de Löhde “del 3 de agosto”, por lo que suponemos que este escribió en esa fecha de 1967 aunque no hay copia de esa carta en los archivos. En la comunicación de marzo Schwend hizo una referencia interesante que nos pone en alerta con respecto a la supuesta participación de Barbie en el apresamiento y asesinato de Ernesto Che Guevara el 8 de octubre de 1967. Si en agosto de 1967 Löhde se interesaba por la presencia del guerrillero cubano-argentino en los Andes —confirmada por Barrientos el 1.º de julio de 1967 y luego por el capturado Regis Debray (James, 2000, p. 77)—, es porque Schwend debe haber mencionado la posibilidad de darle información al respecto o al menos le habría hecho saber que contaba con “contactos” en los servicios secretos, el ejército o el gobierno militar boliviano. Pero en la carta del 14 de marzo de 1968 Schwend se burló: “Respecto al asunto ‘Che’ ya es demasiado tarde. Parece que Ud. no se dio cuenta de su verdadero valor”.

El proceso que llevó a la detención y asesinato del líder guerrillero ha sido documentado, narrado, ficcionado y convertido en leyenda en infinitas ocasiones; diversos investigadores coinciden en que fue un trabajo de la CIA —con agentes cubano-estadounidenses— en coordinación con la

inteligencia boliviana y el recién creado cuerpo de *rangers* que habían sido formados en los Estados Unidos y serían la punta de lanza de la guerra sucia y la operación Cóndor después. El gobierno de Barrientos fue uno de los periodos de mayor beligerancia del “asesor” militar Klaus Altmann, convertido en consejero sobre lucha antisubversiva para el dictador boliviano. No existen pruebas de que Barbie, bajo la identidad de Altmann, haya tenido algún papel, al menos directo, en el abatimiento del Che Guevara, aunque él mismo alardeó de haber participado (hipótesis después recogida por Kevin McDonald en el documental *My Enemy's Enemy*, 2007, y por autores de diversos trabajos). Su guardaespaldas y confidente Álvaro de Castro ha expresado que su papel habría sido táctico: “[Barbie] era un experto en combatir guerrillas urbanas. Era el único en Bolivia en esos tiempos. Daba conceptos, recomendaciones, consejos, ya que en Bolivia no se sabía cómo combatirlos” (McFarren e Iglesias, 2014, p. 143).

La primera nota de la que tenemos constancia sobre el caso Nannen le fue enviada a Schwend por correo, probablemente por el periodista inglés Tony Summers, pues la copia está hecha sobre papel membretado de la BBC en Londres. La nota había aparecido en el *Deutsche Wochen-Zeitung* (semanario de extrema derecha) de Múnich el 15 de marzo de 1968, con el título “El sorprendente pasado de Nannen” (HIS, Schwend Archive, Nr. 2). En su breve texto se reproduce la versión con el error en el nombre del castillo:

Un sujeto británico de nombre Brown, redactor de los volantes, fue asesinado en el castillo Belaqua, cuartel de “Südstern”. Se desconoce el móvil. Se culpó del homicidio a un suboficial del ejército de nombre Schwarz, cuyo paradero se desconoce. Los miembros de la unidad de Brown hicieron reclamos por reparación. Dado que en ausencia de Weidemann [titular de la operación] la oficina estaba a cargo de Nannen, la fiscalía lo señaló a él. Fue inculcado por información de la viuda de Schwarz que vive en Bayreuth y está informada del proceso por los testimonios y cartas de su esposo. La investigación fue sobreseída; el fiscal de Stade no pudo reconstruir los hechos con exactitud.

A continuación, el 24 de abril de 1968, Schwend trató de convencer a Löhde de que viajara a Lima con el fin de completar la información con que intentaba interesarlo entre ambigüedades. “Tengo otro dato confidencial para usted”, escribió, “hombre, la risa que me da”. El dato confidencial se refería a Nannen, aunque no está explicitado en la carta: “Usted conoce mi punto de vista y no deseo que consideren al Sr. Nannen como colega mío

[...] jamás he tenido algo que ver con el asunto”. A continuación culpó al “tres veces maldito gangster Glavan” —que se había refugiado en Ecuador— de haberle hecho “esta mala jugada”. Terminaba con las siguientes pistas para el periodista: “Como referencia bastará lo siguiente”, escribió: “Südstern’, ‘Weidemann, Schloss Belaqua y Brown’”. Quizás, al hacerse pública la acusación contra Nannen, Glavan aprovechó para vincularlo con Schwend; quizás la fuente de la nota del *Deutsche Wochen-Zeitung* había sido el propio Glavan. Schwend quiso averiguarlo, como demuestra la carta que un periodista de ese diario envió a su dirección en Santa Clara en respuesta a una consulta hecha por un tal A. Hertz Kleptow —alias de don Federico para la ocasión—: “Desafortunadamente nos es imposible proporcionar información precisa dado que tomamos la nota del diario demócrata-conservador *Korrespondenz*, que sólo pudo decirnos que el castillo Belaqua está en el norte de Italia”.

A fines de mayo, Löhde afirmó no haber recibido la carta de Schwend del 24 de abril. Este sospechó que había sido la misma *Stern* (Nannen) quien la había “perdido”, y volvió a escribir, con un poco más de detalle, lo que había utilizado para interesar al periodista. Dijo que estaba siendo presionado —no dijo por quién— para hablar “sobre el asunto Brown, Schwarz y el castillo Belaqua” (se volvió a equivocar). Pero sólo lo haría ante Löhde, frente a frente, por lo que este debía convencer a Nannen de enviarlo a Lima. Detrás de estos indicios y sospechas pesaba una amenaza: la de dar a conocer a otros medios supuestas pruebas contra Nannen como autor del asesinato de Brown. Pero el 10 de junio Löhde arremetió sobre el error en el nombre del castillo de Verona: “no entiendo el significado del término ‘castillo de Belaqua’”, y desestimó la amenaza de Schwend porque *Stern* ya había publicado antes información sobre Südstern: “Eso ya no tiene ninguna importancia”, sentenció. Semanas después Löhde volvió a dirigirse a Schwend y lo acusó de darle “alusiones vagas” que resultaban inútiles: “Para que el señor Nannen me deje viajar a esa [Lima] tiene que saber de qué se trata”, y volvió a pedirle información sobre los asuntos del lago Toplitz, cuentas secretas en Suiza y Wischmann-Krämer-Hispano-Suiza. Schwend, obsesionado ya, insistió con el castillo “Belaqua” advirtiéndole: “¿Desea usted esperar a que la competencia haga algo grande de esto?”.

No hay en los archivos más correspondencia de Schwend con Löhde ni ningún otro representante de *Stern*. El reportero ya no respondió y don Federico comenzó a planear un poco más detenidamente sus siguientes pasos en la campaña contra Nannen. Se había convertido en una querrela personal. Una cuartilla mecanografiada, sin título, firmada con la rúbrica de

Schwend y fechada en diciembre de 1968 presenta una especie de síntesis de su visión del caso. Describe la operación Südsterne pero sigue sin recordar el nombre del castillo: “El cuartel general de la operación estaba en el Castillo Belaqua, un lindo castillo en el norte de Italia, en un pequeño poblado. (Ya no recuerdo el nombre del poblado)”. El poblado se llama, obviamente, Bevilacqua, pero volvamos con la acusación de don Federico:

[...] Durante una ausencia de Weidemann, con Nannen quedando a cargo de la operación, Brown fue asesinado a balazos. Nannen señaló al suboficial del ejército Schwarz como culpable, pero Schwarz también desapareció. Como jefe temporal de Südsterne, lógicamente Nannen era responsable de los hechos.

Las actas están archivadas en la fiscalía de Stade, donde hubo también un proceso contra Nannen, pero fue sobreesido al no poder reconstruirse con exactitud los hechos, aun cuando la viuda del inculcado [Schwarz] estaba bien informada.

Según Kaltenbrunner, con quien hablé del caso, Brown había sido asignado a Nannen, supuestamente después de una noche de mucho alcohol e incidencias de párrafo 175. (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2)

El “párrafo 175” era un artículo del código penal alemán (§ 175 StGB-Deutschland) que criminalizaba la homosexualidad. Fue incorporado a la legislación alemana en 1871 y mantuvo su vigencia ¡hasta 1994!, si bien durante la era nazi fue ampliado y sus sentencias endurecidas para convertirse en la base jurídica de la persecución, el apresamiento en campos de concentración y el asesinato de al menos una decena de miles de homosexuales. Así, en este documento, Schwend no sólo acusaba a Nannen de asesinato sino que también sugería lo que en la época sería considerado signo de inmoralidad y acarrearía desprestigio instantáneo —campo de concentración—: el consumo excesivo de alcohol y la homosexualidad; esta última considerada delito por el párrafo 175 que mantendría el texto nazi hasta 1969. Mientras tanto, Schwend orientó sus esfuerzos a conseguir las pruebas que tanto había ofrecido a Löhde pero que en realidad no tenía. Escribió a la fiscalía de Stade utilizando su verdadero nombre el 13 de agosto de 1969, a la que solicitó información “acerca de la posibilidad de que se me conceda acceso a la información de los archivos” del “caso Brown”. Una escueta nota de la fiscalía indicó que no se respondía sobre autos y actas a particulares. Aun cuando el solicitante se hubiese identificado como ex “comandante del Cuerpo Especial del Panzerkorps Germánico Comando General III. Este

Departamento de Estado Mayor se encargó de tareas especiales y dependía directamente del *Obergruppenführer* Kaltenbrunner”. No se dio cuenta don Federico de que ese cargo no había sido ocupado por Herr Schwend sino por el Dr. Wendig.

El archivo Schwend contiene un documento del 20 de agosto de 1969 en el que un remitente identificado como “b.w.” [Michael Jung según algunas fuentes] escribió a un destinatario no identificado. El autor mencionaba la entrevista que Schwend había dado a la TV alemana; luego se extendía sobre el caso Nannen y finalmente sobre “las fuerzas” detrás de “la bofetada” de Beate Klarsfeld al canciller alemán Kiesinger; Schwend tenía información al respecto. Un comentario del traductor oficial de la Corte Superior de Lima es muy ilustrativo sobre el contenido de este documento: “Acusa a Nannen de ser el autor del asesinato por motivos relacionados con su condición de invertido sexual”. El autor de la carta informaba a su interlocutor que había hablado con Schwend sobre Südstern, cuya sede seguía siendo erróneamente identificada como castillo “Belaqua”. La versión de Schwend contada por este relator se mantuvo:

Durante unas vacaciones de Weidemann, Nannen quedó a cargo de Südstern y durante ese tiempo Brown fue encontrado muerto después de una noche de fiesta. Tenía varios impactos de bala. Nannen señaló a Schwarz, un suboficial militar, como culpable. Schwarz, sin embargo, describió a Nannen como culpable en conexión con inclinaciones relacionadas con el párrafo 175. Schwarz desapareció también a partir de ese momento. Se dice que la viuda de Schwarz vive en Bayreuth y que también señala a Nannen como el asesino de Brown.

Ante la negativa del fiscal de Stade de responder las consultas de Schwend, este arremetió de nuevo el 11 de septiembre de 1969, asegurando que Schwarz no había asesinado a Brown sino que había sido inculpado y luego desaparecido (asesinado también), y que las actas debían estar “en alguna parte”. Su respuesta a la negativa del fiscal de responder a particulares fue convertirse en portavoz de la viuda de Schwarz: “[ella] debe estar interesada en saber si su esposo era culpable o no”. La nueva solicitud era la de un buen samaritano: “Posiblemente ustedes puedan proporcionar la dirección de la señora Schwarz para que yo pueda cumplir con un deber frente a esta señora que es un dictado de la conciencia”. La fiscalía de Stade escuetamente respondió que en esa oficina se desconocía la dirección de la señora Schwarz.

Simultáneamente a esta gestión, Schwend inició otra ante el Registro de Habitantes de Bayreuth, donde se suponía que vivía la viuda de Schwarz. “Yo estoy convencido de que Schwarz no era el asesino”, explicaba. “Es posible que haya sido eliminado para no poder probar su inocencia, es decir esclarecer el caso”. Pero nuevamente don Federico se equivocó al identificarse, usando su verdadero nombre, como “Comandante de la División Especial Adjunta al Comando General de la Tercera División Blindada con sede en Merano”, el cargo del Dr. Wendig. Y parecía no tener en cuenta que el apellido Schwarz es tan común que sin más señas se hace imposible cualquier identificación. Se lo hizo ver un oficial de policía: las cartas enviadas al Registro de Habitantes de Bayreuth llevaron al Jefe de la Policía de Investigaciones de la ciudad, Sr. Arnold, a poner atención en Schwend: “La Oficina de Registro de la Ciudad de Bayreuth no ha podido localizar a la señora Schwarz en base a los datos disponibles. Sus cartas de la referencia fueron remitidas a la Policía de Investigaciones de Bayreuth”. Don Federico debe haberse puesto pálido al recibir esta carta. El oficial seguía con la explicación de que Schwarz era un nombre demasiado común como para permitir una identificación sin más señales (“por ejemplo nombre, fecha de nacimiento o edad aproximada, direcciones anteriores, nombre exacto de la Unidad, número de correo militar, etc.”) También informó que se desconocía la existencia de una unidad llamada Südsterne, por lo que debe haber sido “un grupo encargado de trabajos de corta duración”, y después venía el balde de agua fría para don Federico: “Tampoco se han encontrado documentos que acrediten que Ud. fue Comandante temporal de la Unidad Especial Adjunta al Comando General de la Tercera División Blindada”.

Pero Schwend insistió. No se arredró ante la posibilidad de que ese contacto con la policía alemana llevara a una intensificación del proceso de Bolzano, quizá confiado en que el Perú no lo extraditaría. Escribió en respuesta al policía Arnold:

Al leer su carta no he podido disimular una sonrisa. Nunca he hecho declaraciones acerca de mi actividad durante la guerra, lo que se llegó a divulgar fue por medio de actas que cayeron en manos no autorizadas o por intermedio de canales norteamericanos o germano-Orientales. De todos modos, existen informes y hasta libros en idioma Alemán, Castellano, Inglés, Ruso, Rumano, etc. [...]

Se refería a las publicaciones de Höttl y Mader que lo hacían célebre (pero no a los artículos de *Stern*). Como si no se diera cuenta de que no había

una liga entre su verdadero nombre y las funciones que desempeñó para las SS, las describió para el policía a título de evidencia:

La división adjunta al Comando General de la Tercera División Blindada de la cual fui Comandante, era un comando especial que actuaba bajo las órdenes de Kaltenbrunner. Mi equipo comprendía 30 hombres experimentados de la SS pertenecientes a la Waffen SS y al Ejército, 2 Oficiales adjuntos, servicio de vehículos propio, estación radio-telegráfica, es decir, un grupo de acción completamente independiente. Durante la guerra, casi no había país en el mundo donde no se registrara la actividad de mi grupo de acción. Mis uniformes correspondientes al rango que poseía en la Waffen SS y en el servicio secreto quedaron reducidos a cenizas en el Kaunzertal en Mayo de 1945. El alcance de las actividades de mi grupo de acción [Einsatzgruppe] sólo era conocido por mí, por Kaltenbrunner y por su Oficial adjunto Sch[n]eider. Ni siquiera mis dos Oficiales adjuntos tenían conocimientos precisos de lo que ocurría.

A continuación narró el contacto entre sus actividades y la operación Südstern, insistiendo en el error en el nombre del castillo Bevilacqua. Y lo siguiente fue la acusación contra Nannen como asesino de Brown:

Mientras el señor Nannen, que hoy goza de tanta fama en Alemania, comandaba la Unidad [Südstern], el redactor inglés Brown fue asesinado sin que se hayan podido esclarecer las circunstancias. En esa oportunidad, Nannen declaró que el Sub-Oficial Schwarz era el autor de los hechos. Mas adelante, Schwarz también desapareció. En esa oportunidad el Oficial adjunto de Kaltenbrunner me envió las actas sobre este particular y también he sostenido conversaciones con Schneider sobre este caso. En realidad, se trataba de un “secreto público”.

Un “secreto público”, entrecomillado por el propio Schwend. Equivalía a aseverar que todo el mundo sabía que Nannen había sido el asesino (y que era homosexual). Pero no lo decía de manera directa sino que envolvía sus acusaciones en la ambigüedad. El caso nunca había sido resuelto, pero era suficiente para que Schwend “desconfiara” de Südstern. En esta comunicación con la policía atribuyó su negativa a colaborar con esa operación al hecho de que el asesinato de Brown le inspiraba desconfianza: “[...] me negué a colaborar con la unidad Südstern. Para mí, el Südstern no merecía confianza y no era lo suficientemente seguro para llevar a cabo

tareas delicadas”. Finalizaba con un nuevo llamado a localizar a la viuda de Schwarz, el supuesto asesino, quien debía haberle contado detalles antes de desaparecer. Pero los intentos de probar la culpabilidad de Nannen a través de instituciones del gobierno alemán parecen no haber continuado; no hay más copias de esa correspondencia en el archivo.

Schwend se dirigió otra vez a la prensa, ahora aprovechando la visita que le hizo la BBC de Londres en octubre de 1970. Vio en el reportero Tony Summers de la BBC una nueva oportunidad. En la entrevista tocó temas que después amplió mediante el envío de documentos a Londres. El 6 de noviembre de 1970 le envió un conjunto de documentos; se conserva en el archivo la traducción oficial de la Corte Superior de Justicia de Lima de la carta con la relación de lo enviado (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2):

- a. Ocho páginas sobre el asunto del asesinato del redactor BROWN en la unidad del entonces “Südstern”, mientras Henry Nannen era comandante de la Unidad. Nannen, que en esa época era un desconocido sin importancia, hoy día posee vinculaciones de primera clase en Alemania y dispone de fondos de considerable cuantía. Hay que tener esto en cuenta al evaluar la situación. Sin embargo, en caso de dedicarse al asunto en la forma debida, se esclarecerá el asesinato. Trate de ubicar a la señora Schwarz y obtener el permiso para examinar las actas de la Fiscalía.
- b. Once páginas fotocopias sobre el asunto Löhde, estos papeles coinciden en parte con el asunto BROWN/NANNEN y naturalmente con el asunto Field, asalto de trenes.

Schwend pretendía utilizar ahora a la BBC para “destruir a Nannen”. Löhde, con quien tanto había intercambiado, era ahora un “asunto” relacionado con Nannen. El resto de la carta se explayaba contra otros de sus enemigos. Habló de Krämer y su papel en el escándalo de los HS-30 (“Lógicamente se llenó bien los bolsillos y no tiene preocupaciones financieras para el resto de su vida”). Spitz, ya fallecido, se convirtió en un judío colaboracionista de los nazis: “Fue judío. Varias veces le aconsejé que se retirara a Suiza y esperara el fin de la guerra. Sin embargo, Spitz prefirió colaborar con la SS”; Erika, su viuda y heredera, también sufrió los embates de don Federico: “era una de las sacerdotisas del amor en Bruselas. [...] a pesar del dinero que posee no ha llegado a ser una dama”. Lenz y Schmitz, estafadores, eran:

los primeros en gritar “Heil Hitler” [...] después de la guerra naturalmente
algaron ser miembros de la “resistencia” [...] me deben algo más de dos

millones de marcos alemanes y están sumamente interesados en que yo desaparezca de este mundo o pierda mi libertad de acción.

Finalmente recomendó a Summers que se pusiera en contacto con la Condesa Kaunitz; exactamente el mismo proceso que había desarrollado con Löhde cuatro años atrás. Todo lo que había intentado publicar antes (con Herbert John en *Der Spiegel*; con la televisión del Sarre; con Löhde en *Stern*; incluso con *Caretas* en el Perú), sin éxito, estaba ahora en el escritorio de un futuro premio Pullitzer en la BBC de Londres.

Sin embargo, Schwend ya no confiaba en los periodistas e intentó seguir sus querellas a través de Rynar, Riegel y la “sección alemana” de la LICA. A principios de 1971 recibió desde la oficina de Rynar —el Comité de Judíos Ortodoxos de Bonn— un conjunto de recortes de prensa: los vínculos que el director de *Stern* había tenido con los nazis se habían convertido en noticia de actualidad y de cierto escándalo, a raíz de la transmisión de un reportaje de televisión en el programa *Magazin* del periodista Gerhard Löwenthal, en la cadena de televisión pública ZDF (*Zweites Deutsches Fernsehen*, Segunda Televisión Alemana). Para Rynar y el Comité de Judíos Ortodoxos de Bonn, Nannen y Weidemann se convertían en objetivos directos de sus denuncias antinazis. Para Schwend, una nueva oportunidad en su campaña contra ellos. Según las investigaciones de Löwenthal —en las que, por cierto, por fin se identifica el castillo sede de Südsterne como Bevilacqua; don Federico debe haber sentido otro balde de agua fría al reconocer su recurrente error—, lo que hacía de Nannen y Weidemann objetivos de investigación no era el asesinato del inglés Brown, sino un nuevo descubrimiento: la ejecución sumaria por miembros de la operación Südsterne de guerrilleros italianos, miembros de la resistencia que habían cometido actos de sabotaje contra los nazis.

El 5 de diciembre de 1970, el *Stuttgarter Zeitung* reseñaba el reportaje y las opiniones de Löwenthal con el titular “Manchas pardas en el pasado de Nannen” (“Das ‘Magazin’ entdeckt einen braunen Fleck bei Nannen”, 1970). Aparecía también enredado en la polémica Weidemann, quien había sido superior de Nannen en la operación Südsterne y era ahora un subalterno y protegido del director de *Stern* —donde hacía labores administrativas y no periodísticas—, lo que los comprometía como ex nazis cómplices que habían ocupado posiciones de influencia en la conservadora Alemania Occidental de la Democracia Cristiana (de Adenauer a Kiesinger, entre 1949 y 1969), y las mantenían en la nueva era inaugurada por el socialdemócrata Willy Brandt. La nota del *Stuttgarter Zeitung* reseñaba brevemente los

hallazgos del equipo de investigadores de Löwenthal para la ZDF: Weidemann había sido un miembro temprano del partido Nazi, afiliado en 1928, y había ocupado posiciones clave en su estructura, en el área de propaganda, hasta llegar a la titularidad de la operación Südsterne en 1944.

Un recorte de diario no identificado, tocando el tema también después de transmitido el reportaje de Löwenthal, muestra una fotografía en la que aparecen Weidemann, Nannen y Martha Kimm, empleada de Südsterne y luego esposa de Nannen, en la Navidad de 1944. El comentario a la imagen es la continuidad de sus vínculos nazis, descubierta por Löwenthal, así como sus actuales relaciones con la amenaza comunista: se acusaba a Nannen de tener una estrecha amistad con el líder comunista polaco Gomulka (diario no identificado, ca. diciembre de 1970, HIS, Schwend Archiv Nr. 2). Otro recorte no identificado tiene la fecha 17 de diciembre de 1970 escrita a mano al margen. Esta nota cubre la respuesta de Nannen a las acusaciones de Löwenthal: una demanda criminal contra el presentador de televisión, su redactor, Meyer, y el mismo director de la ZDF, Holzamer. El asunto de los guerrilleros nació de una acción de sabotaje de la resistencia italiana: la voladura de un puente en Bevilacqua, y dos personas habían sido sentenciadas a muerte por ello, aunque sólo una había sido ejecutada. La nota narraba cómo dicha sentencia había sido firmada por un oficial del SD, Lembcke, que no tenía relación con la unidad Südsterne, y cómo después de la transmisión del reportaje, este Lembcke había muerto de un infarto.

Al llegar a los tribunales, la disputa entre Nannen y Löwenthal alcanzó ribetes de escándalo en la farándula. Un largo artículo publicado en el *Deutsche National Zeitung* por el periodista y político demócrata cristiano Gerd Bucorius intentó poner las cosas en claro a favor de *Sterne*; Nannen aprovechaba así su influyente posición. Bucorius acusaba a Löwenthal de inventar los cargos contra Nannen y Weidemann y aportaba pruebas al respecto, dejando a Löwenthal, a su reportero Meyer y a la cadena de televisión en muy mala posición (Bucorius, 1970, en HIS, Schwend Archiv, Nr. 2). La búsqueda de Löwenthal por motivos para denunciar a Nannen dio con los partisanos italianos que habían volado el puente de Bevilacqua. Uno de ellos, Giulio Biscazzo, fue ahorcado junto al mismo puente; el otro, Leonardo Rossin, logró escapar. Pero para Bucorius no había nada extraño en la sentencia de muerte dictada contra los saboteadores, tal como había concluido el fiscal antes que él: “Uno de los saboteadores [...] fue atrapado y arrestado *in fraganti*, y de acuerdo con la opinión generalmente aceptada en derecho, incluso internacional, es permisible condenar a un partisano atrapado *in fraganti* sin necesidad de juzgarlo”. Löwenthal y su reportero,

Meyer, también habían inventado la ejecución de una mujer en aquella ocasión: una chica que había dado asilo a los partisanos y que fue ejecutada como cómplice. Los periodistas de la ZDF habrían manipulado la información para hacer de la ejecución de esta “guerrillera” un asesinato del fuero común; habían incluso manipulado declaraciones del Centro Ludwigsburg, que habría considerado la ejecución de la muchacha como asesinato. Nada de lo reportado por la ZDF parecía sostenerse.

Sin conocer todos los pormenores del caso, Schwend trató de influir en esta historia abriendo el expediente “Brown”. El 23 de diciembre de 1970 dirigió una carta al *Deutsche National Zeitung*, con copia a Tony Summers de la BBC, e indirectamente recomendó a Löwenthal desde ahí que se pusiera en contacto con el periodista inglés que, como sabemos, acababa de recibir las “evidencias” de Federico para hundir a Nannen: el asesinato de Brown (en las condiciones que conocemos); el señalamiento del oficial Schwarz como culpable y su desaparición, que para Schwend era otro asesinato (HIS, Schwend Archiv, Nr. 2). Resulta sumamente interesante porque Schwend no había leído el artículo de Bucerius; solicitaba una copia del mismo pues le habían avisado desde Bolivia de su publicación. ¡Desde Bolivia! No puede ser otra cosa que una señal de la complicidad de Barbie en esta conspiración. Después de esta carta escribió otra el 28 de diciembre, esta vez al importante semanario *Der Spiegel*, que también había replicado y comentado los pormenores del caso Nannen. La estrategia ante este medio fue la misma: sepultar el expediente “partisanos italianos” y reabrir el expediente “Brown”. En este caso incluso recomendó a la redacción del *Spiegel* que se pusiera en contacto con Heinz Riegel, su representante, y les dio su dirección.

El 10 de abril de 1971 insistiría con Summers y la BBC. Le escribió reclamando no haber tenido contacto después de la entrevista de octubre pasado y lamentándose de que la BBC no hubiese aprovechado “las informaciones relacionadas con el asesinato del súbdito inglés Br.” que había enviado. Ahora acusaba a Nannen de haber falsificado el nombre de la víctima, probablemente él mismo confundido entre los partisanos italianos de Löwenthal y el redactor inglés que esta vez aparecía como súbdito —no como traidor— de la corona; una estrategia orientada a convencer a Summers desde el nacionalismo, y nuevamente le recomendaba que se pusiera en contacto con Riegel para ampliar lo que fuera necesario. A continuación hizo la recomendación que ya conocemos respecto al asesinato del cónsul Quintanilla, supuestamente por órdenes de Ovando.

El 27 de diciembre de 1970, mientras Schwend intentaba poner a la BBC y a *Der Spiegel* a su favor, la Comunidad de Judíos de Ortodoxos de Bonn,

por su parte, había interpuesto una querrela contra Nannen y Weidemann “por participación en actos de violencia” ante la Corte Superior de Lüneburg. Uno de los “actos de violencia” por los que Schwend y sus cómplices buscaban condenar a Nannen y a Weidemann era la ejecución del partisano italiano Biscazzo. En el archivo Schwend está el oficio con el que la Corte de Lüneburg respondió a Rynar el 16 de julio de 1971:

No se han encontrado indicios suficientes de un acto criminal que estuviese sujeto a persecución legal en la actualidad. [...] no hay ninguna posibilidad de demostrar que las personas involucradas en el hecho hayan actuado como asesinos. Un posible enjuiciamiento por homicidio ha prescrito (Oficio del Dr. Reifenberg, Primer Fiscal de la Corte Superior de Lüneburg a la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn, 16 de julio de 1971, en HIS, Schwend Archiv, 17).

Luego se refería a las otras “acusaciones” declarándose incompetente y derivándolas a la Corte Superior de Hamburgo. Meses después, el 12 de noviembre de 1971, esta instancia también se comunicó con Rynar exclusivamente para confirmar que había atraído el caso (HIS, Schwend Archiv, 17).

Al mismo tiempo que intentaba hacer de Karnatz un equivalente alemán a lo que Barbie era para los franceses, mediante las denuncias ante el ministerio Federal de Economía y Finanzas, Rynar atacaba a Nannen y a Weidemann recurriendo nuevamente a la prensa, esta vez a la ZDF. Esta comunicación es curiosa porque se refiere a una carta del 11 de noviembre de 1971, de la que no hay copia en los archivos, en la que probablemente se repitió el error de Schwend respecto del nombre del castillo sede de la operación Südster. Creemos que es así porque a nombre de Rynar, Sharon Gil, de la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn, escribió el 28 de diciembre de 1971:

La frase: “la imagen del castillo no se me ha borrado de la memoria” que consta en otros documentos del informante que tenemos en nuestro poder indica que el informante basa sus declaraciones sobre el caso “Nannen” en datos recogidos directamente en el lugar de los hechos, en virtud del cargo que ocupaba en la época de la Acción Bevilacqua (HIS, Schwend Archiv, Nr. 17, traducción oficial de la Corte Superior de Justicia de Lima).

Inmediatamente acusaba a la cadena de televisión de haber llegado a un “acuerdo por demás sospechoso” con *Stern* que desagradiaba a Nannen

y Weidemann de las acusaciones vertidas por el reportaje de Löwenthal. Y le proponía la solución: un segundo reportaje en que se retractaran “de todas las excusas” con que habían protegido a Nannen. Adjuntos a la carta iban nuevos documentos del acervo de Schwend, de los que los archivos no contienen copias.

Como escriben los malos novelistas, a partir de este punto los acontecimientos se precipitaron. La ecuación se llenó de variables: Beate Klarsfeld descubrió a Barbie en Santa Clara; Banchero Rossi fue asesinado en Chacacayo; Barbie huyó a Bolivia; Schwend fue señalado en el procedimiento judicial por el asesinato de Banchero; aparecieron las primeras señales de la operación de lavado de dinero que mantenían Schwend y Barbie, e incluso en el Perú, que antes se había mostrado tan orgulloso de tener entre sus huéspedes extranjeros a un cuasi heroico ex SS, las páginas de los diarios y revistas se referían a don Federico ya sin admiración y con un gran dejo de sospecha. En medio de este torbellino, Rynar aún mantuvo a Schwend enterado de sus gestiones, después de haber averiguado que la correspondencia de Schwend estaba siendo intervenida. Don Federico, que había hecho del servicio de correos peruano su coto de caza particular, estaba comiendo — sigamos con los clichés — “sopa de su propio chocolate”. El 27 de marzo de 1972, Sharon Gil envió a don Federico un resumen de sus acciones y copias de las respuestas de los fiscales de Lüneburg y Hamburgo, instándolo a proporcionar tan pronto como le fuera posible “cualquier material relacionado con este asunto [Nannen-Weidemann] que Ud. tenga en su poder y que nos pueda ayudar en la sustentación de nuestra causa”.

Los esfuerzos por “destruir” a Karnatz (y a Spitz, Lenz y asociados) y a Nannen (desprestigiando también a *Stern*), por desesperados y sistemáticos que parezcan, no rindieron frutos. Schwend no fue capaz de obtener nada de ellos, aparte de cierta notoriedad, no siempre a su favor. Si los servicios de Riegel y Rynar le fueron útiles para algún fin, como puede haber sido el haber echado mano a capital oculto, ya fuera en especie, en un cajón del lago Toplitz o en cuentas secretas en Suiza o cualquier otra parte, no queda evidencia de ello en los archivos. La única victoria que don Federico parece haber alcanzado en colaboración con estos cómplices fue el veredicto a su favor a raíz de la denuncia por la interceptación de su correo, en la que se señaló la complicidad del embajador de Alemania Occidental en el Perú, incluyendo, claro está, acusaciones sobre su pasado nazi; recordemos que el plan de Riegel y Rynar para defender los intereses de Schwend era convertirlo en víctima de los nazis. El archivo Schwend conserva copia de la página 171 del *Democratic German Report* —un boletín que publicaba el

gobierno de Alemania Oriental—, del 1.º de diciembre de 1971, en la que se enlista a los embajadores de Alemania Occidental en América Latina que habían sido nazis durante la guerra; están ahí los de Argentina, Luitpold Werz; Barbados y Guayana, Werner Klingeberg; Bolivia, Georg Graf zu Pappenheim; Colombia, Hans Ivar Maenss; México, Kurt Theodor von Tannstein; Nicaragua, Götz Freiherr von Huowald; Panamá, Erwin Kothny; Perú, Robert von Förster, El Salvador, Karl Albers, y Uruguay, Kurt Luede-Neurath. Hay en los archivos una carta de Rynar en la que recontaba las que había enviado con anterioridad y de las que no tenía acuse de recibo. Esta carta llama nuestra atención porque nos dice algo más de Rynar: esta vez no firmó como representante de la LICA alemana ni de la Comunidad de Judíos Ortodoxos de Bonn sino con un sello de una institución de la que no sabíamos nada hasta ahora: una Asociación Germano-Libanesa con presencia en Beirut, Berlín y Bonn y sede en esta última ciudad, de la que Rynar aparece como representante de Relaciones Públicas y Exportación/Importación. La carta está fechada en Berlín y en ella Rynar informaba a Schwend que la “defensa de sus intereses” se hacía ahora a través de “lobbystas” en colaboración con Riegel. Finalmente, Schwend respondió el 6 de abril de 1972, insistiendo en que no podía entender por qué Löwenthal había aceptado retractarse de las acusaciones contra Nannen por la ejecución del partisano y no había echado mano de la acusación de Schwend: el crimen contra Brown (e insistía en que se localizara a la viuda de Schwarz). Fue esta, al parecer, la última patada del ahogado que, para este momento, ya se hundía en el turbulento océano de la justicia peruana.

MALTO: EL ESTAFADOR ESTAFADO

Los países de lo que hoy llamamos “Sur global” —nuevo eufemismo para sustituir la persistencia del desequilibrio imperialista que se llamó “Tercer Mundo” o “en vías de desarrollo” entre los 60 y los 80—, no siempre contaban con suficientes cuadros locales que pudieran representarlos ante la diplomacia europea, por lo que no era raro que se nombraran extranjeros para cumplir con esa función. Un ejemplo está en Von Sebottendorf, el místico ariósófo fundador de la *Thule Gesellschaft*, que llegó a fungir como cónsul honorario de México en Turquía antes del ascenso de Hitler al po-

der. La posición diplomática ofrecía —aún hoy lo hace— a quien la tuviera, ventajas difíciles de rechazar, como el pasaporte diplomático, que les daba libre movilidad alrededor del mundo, fueros legales o la posibilidad de hacer transportar por “valija diplomática” cualquier tipo de carga sin temor a incautaciones, declaraciones o pagos arancelarios. En buena medida, y con todo respeto a la necesidad de su figura en el complejo entramado de las relaciones internacionales, ser diplomático equivale a pertenecer a una especie de aristocracia, a una elite que goza de los mayores privilegios en un mundo color de rosa que parece estar fundado en la alta cultura, la buena educación y el manejo de una serie de complejos protocolos; puede resumirse en el cliché —que Hitler odiaba— de “tener mundo”. Nada más lejos: en tiempos de Schwend y Barbie, había truhanes con cargos diplomáticos (tendemos a creer que en la actualidad no es diferente).

En la sociedad que formaron Federico Schwend y Klaus Barbie (como Altmann), el cargo de cónsul de Bolivia fue también una mercancía que aprovecharon para mover sus negocios. Durante los años que Bolivia pasó bajo los gobiernos militares de Ovando Candía y Barrientos Ortuño, luego de haber destituido y exiliado —en Lima— a Paz Estenssoro, Barbie creció como agente y operador de seguridad en el país andino y pronto tuvo acceso a un círculo de generales que podía determinar nombramientos como los de cónsul y cónsul general de Bolivia, no importaba dónde (un consulado se puede abrir casi en cualquier lugar y con casi cualquier pretexto). Hemos visto cómo Schwend especuló con Herbert John, cuando aún llevaban una relación cordial —y con grandes expectativas de negocio—, en 1965, sobre la posibilidad de “comprar” al editor Henri Nannen con un cargo consular. Echarse al bolso a tan importante personalidad mediática a través de la oferta de introducirlo al mundo de la diplomacia hubiera sido un golpe muy afortunado, pero no se concretó por razones obvias: Nannen no necesitaba comprometer su posición en el espectro periodístico europeo, menos aún accediendo a la presión de Schwend, a quien conocía desde la guerra. Pero el cargo consular como moneda de cambio estaba ahí. Aun antes de pensar en ofrecérselo a Nannen, Schwend había encontrado un candidato: Joseph Hieber Niebler.

Como en otros casos, los documentos sobre este en el archivo Schwend son incompletos, fragmentarios, crípticos y se encuentran dispersos en distintas carpetas, además de que en algunos de ellos se entrecruzan otros temas. Esto nos impide conocer con certeza cómo comenzó la relación con Hieber y en qué momento exacto ocurrieron determinadas situaciones, como por ejemplo, el viaje que Hieber hizo a Lima, del que estamos enterados porque

él mismo lo mencionó en una carta al general Armando Escobar —famoso alcalde de La Paz, socio de Barbie—, a quien se dirigió en tono desesperado cuando ya se encontraba bajo el acoso de Schwend y Barbie (HIS, Schwend Archive, 54-55). Hieber era alemán, radicado en Suiza, y había servido con la Wehrmacht, nada menos que en Stalingrado, en 1942-1943, según él mismo narró a Barbie en una extensa carta (HIS, Schwend Archiv, 40-102). Ahora, a mediados de los 60, era un empresario al que Schwend contactó gracias a sus interminables búsquedas de negocios con empresas europeas. Resultó ser la presa ideal para “gastar” el consulado boliviano que tenían en el bolsillo. Como otras operaciones de extorsión y estafa de Schwend, lo de Hieber comenzó con una idea legítima: don Federico y su socio Klaus Altmann iban a entrar al infalible negocio cervecero en el Perú y Bolivia.

Así como estableció relaciones con el Instituto Planck y otras instituciones y personas, Schwend debe haber dado con la empresa Malto, S. A. —un consorcio descentralizado, con sedes al menos en Alemania y Suiza, dedicado a la fabricación de maquinaria para la industria alimentaria— en algún momento anterior a marzo de 1965. Entre los productos de Malto había purificadoras y desalinizadoras de agua que tenían utilidad en industrias como la cervecera, la lechera y la de producción de otras bebidas alcohólicas, además de que podían ser utilizadas para potabilizar agua para el consumo humano.

El archivo Schwend contiene un documento sin fecha, la segunda hoja de una carta que suponemos fue de las primeras que Schwend recibió de Hieber desde Suiza. Aunque falta la primera página de esta carta, podemos estar seguros de que iba dirigida a Schwend porque en el encabezado, debajo del membretado oficial de Malto S. A., dice “Hoja 2. La Estrella” (HIS, Schwend Archive, Lose Mappe IV). Abajo, Hieber firmó como “Presidente del Directorio” y en el texto describió a la empresa como subsidiaria de una gran empresa suiza de alimentos, “Overmaltine” (que en realidad no existía, a menos que Hieber se refiriera a la marca Ovomaltine, pionera del chocolate en polvo, perteneciente al corporativo Wander). La carta respondía a una solicitud que Schwend habría hecho a Malto sobre ciertas semillas y Hieber le pidió que enviara muestras para ser analizadas en laboratorios suizos: “Si es un producto interesante, ¡podemos asegurar que volveremos a estar en contacto con usted!” Pero no sería por ese lado por donde se desarrollaría su relación. Hieber aclaraba en su mensaje que, aunque detrás suyo se encontraba Overmaltine, Malto era totalmente independiente y él era el propietario de la mayoría de las acciones. Esta aclaración no pedida debe haber encendido una luz en la cabeza de don Federico.

Conviene recordar, antes de seguir, que la reconstrucción de esta y otras relaciones a partir de los documentos escritos conservados en el archivo, equivale a tratar de armar un gran rompecabezas del que tenemos solamente unas cuantas piezas. El resto estaría en los documentos que no se conservaron, pero sobre todo en conversaciones en persona y por teléfono que pudieron haberse sucedido día a día, semana a semana. Así, entre el documento que acabamos de mencionar y el siguiente en la cronología que podemos establecer en los archivos, deben haber sido enviadas más cartas y deben haberse realizado numerosas llamadas telefónicas. El hecho es que en su siguiente aparición en la correspondencia de Schwend, el 30 de marzo de 1965, Hieber ya estaba firmando un pagaré, que garantizaba con los bienes de su esposa e hijos, mediante el cual reconocía “una deuda legal e irrevocable de US\$ Cuarentamil a favor del Sr. Fritz Paul Schwend”, a pagar en dos cuotas entre mayo y diciembre de 1966 (HIS, Schwend Archiv, 46-35). El pagaré, en forma de declaración jurada redactada directamente en castellano, es en sí mismo un enigma de la geografía: fue fechado en La Paz; se utilizó papel membretado de “Standard UMS Corporation, Nueva York”; Hieber se describía como “antes residente en Losone, Suiza, y actualmente residente en Nueva York”, y cerraba sometiéndose “expresamente a la jurisdicción de los jueces y tribunales de Lima”. Da la impresión de que Hieber redactó este documento siguiendo un confuso dictado o copiando un borrador de Barbie; es lo único que explicaría la fecha en La Paz. Lo que sí es claro es que en ese preciso tiempo, Hieber se trasladó de Suiza a los Estados Unidos casi intempestivamente y, aunque no consta que se los haya comunicado a Schwend y a Barbie, se separó de Malto.

El 17 de mayo de 1965 Hieber volvió a escribir a Schwend e hizo referencia a alguna otra carta que había recibido. Empezaba por agradecer la recomendación de ponerse en contacto con “Herrn Oberst Rudl” —Rudel, el mismo “héroe” de la Luftwaffe y enlace entre diversas organizaciones de la ultraderecha internacional y Merex que conocemos—, pero lo importante de esta nota es que se manifestaba muy interesado en la oferta que le había hecho Schwend y pedía más detalles: el pagaré que había firmado seis semanas atrás era por la compra del título diplomático. “Me interesa particularmente que la ciudadanía fuera otorgada como segunda ciudadanía”, escribió, y finalmente mencionó otro particular interés, el de ser “delegado ante la Unesco en Ginebra con el cargo de cónsul general”. La venta de consulados estaba empezando a funcionar, y continuaría haciéndolo, como muestra una carta de Herbert John a Schwend (usando los alias de *Obermüller* y *Stroheim*), de septiembre de 1965, en la que el periodista alemán

pedía información sobre las “condiciones exactas, el manejo, el precio, los compromisos” de un nombramiento de cónsul general para un industrial conocido suyo que estaba “muy interesado”. Por si fuera poco, John también pidió a Schwend que ampliara sobre las condiciones y el precio de un título simple de cónsul —no general— pues para ello podría conseguir “un montón de candidatos” (HIS, Schwend Archive, NKZ-Roo6).

Como buen agente secreto, Schwend buscó antecedentes de quien parecía ser un “cliente” adinerado, propietario de una exitosa empresa en Suiza, en un ámbito productivo que le interesaba. El 27 de mayo escribió a su viejo cómplice en Zürich, Eugen Huber, de manera confidencial, para pedirle que investigara si Hieber era una persona seria, a la altura de la responsabilidad de un cónsul general de un “país vecino”. No conocemos la respuesta de Huber; quizá no le fue posible conseguir información sobre Hieber (Schwend le dio su nombre y domicilio particular, y enfatizó que el hombre “se hace llamar Presidente del Directorio” pero, por error o por alguna otra razón, no mencionó a Malto). De cualquier modo, el negocio continuó.

La mudanza de Hieber a Nueva York debe haber despertado sospechas en Schwend: ¿qué ejecutivo de alto nivel, propietario y director de una exitosa empresa en Suiza, se muda a Nueva York así como así? Decidió establecer contacto con Malto en Suiza a espaldas de Hieber, en algún momento después de mayo de 1965. Alguien de la empresa respondió el 10 de octubre anexando un folleto publicitario de los productos de Malto, y Schwend volvió a escribir el 16 de noviembre acusando recibo. De esta serie es esta respuesta la que aparece en los archivos. En ella, con un lenguaje impersonal, Schwend solicitó a la compañía que le enviara por correo aéreo cinco ejemplares más del folleto completo en español, y otros diez por correo marítimo, además de dos en alemán. Prometía mantenerlos informados de sus negociaciones y finalmente les recomendaba enviar folletos en alemán e inglés a H. Becker en Hong Kong, “que sería una buena área de negocios para ustedes”. No hay mención de Hieber en ella (HIS, Schwend Archive, Lose Mapped IV).

Casi por accidente, en el folder menos sospechado del archivo Schwend (el mismo que guarda las copias de sus pasaportes de los años 30 y 40 y la documentación de su fuga a América como Wenceslav Turi), encontramos la copia de una carta que Hieber escribió a Altmann (Barbie) a fines de 1965 o principios de 1966, y que el propio Barbie debe haber reenviado a Schwend (lo que explicaría su localización fuera de las carpetas que guardan lo referente a Malto). Hieber agradeció ahí una carta de Altmann de noviembre de 1965 y dedicó cuatro páginas a relatar la visita que el General Escobar

le había hecho en Suiza (por lo visto, Hieber se movía entre Nueva York y Suiza, donde aún vivía su familia). Nos deja ver que Escobar no hablaba alemán y que sus conversaciones habían tenido como intérpretes al cónsul boliviano en Múnich, que acompañaba al general, y a un empleado de Hieber que había crecido en Argentina. Mientras tanto, las señoras Hieber y Escobar “se hacían muy amigas”. Los bolivianos incluso visitaron la casa de la familia Hieber y, según escribió el anfitrión, el general “se llevó una buena impresión, ya él le contará”.

Hieber aprovechó la visita del alcalde de La Paz para convencerlo de invertir en productos Malto. “Le gustó mucho nuestro modelo para una cervecera”, dijo, “particularmente la máquina de agua”. Ahí mismo, Escobar accedió a realizar el negocio: la máquina costaba quince mil dólares, sería instalada en La Paz, a donde llegaría entre febrero y marzo de 1966, siempre que Altmann pudiera resolver un asunto relacionado con el puerto de desembarco en Chile. El siguiente tema era el cargo consular: “El General me entregó los documentos consulares [...]. Se lo agradecí y le aseguré que haré todo lo que esté en mis manos a favor de los intereses del país. Aprovecho la oportunidad para mostrar a usted y a su amigo, una vez más, mi profundo agradecimiento por sus esfuerzos”. Lo que más le había interesado a Escobar era el suministro de agua para La Paz, especialmente el tratamiento de las aguas de dos lagos andinos ubicados a cuatro mil metros de altitud. Para ello, Hieber le prometió presentarle al principal experto europeo en tratamiento de agua, el ingeniero Bucher, que podría liderar un grupo de expertos para la realización de los estudios previos necesarios, y se ofreció para viajar también a La Paz, acompañado de un “Director de un grupo financiero e industrial líder”. El general también había mostrado interés en alternativas para la generación de energía, lo que se podría conseguir con la instalación de una a tres plantas generadoras en cursos de agua. Sin embargo, aunque la inversión para la planta de tratamiento de agua estaba asegurada, no se podía decir lo mismo para las de generación de energía por “la gran tensión financiera en la situación crediticia actual”.

Hieber aseguraba que podría aportar grandes cantidades de capital para estos y otros proyectos: “financiamiento de 5 a 10 años”, escribió. Se ofreció a sufragar los costos del estudio preliminar (“20 a 30 000 francos suizos más gastos de viaje”) si se firmaba una orden por escrito en la que la alcaldía de La Paz se comprometía a realizar la operación a través de Malto; “así que no depende de nosotros sino del general y de usted que el asunto marche”. A partir de aquí, la larga carta se centraba en la cuestión de los intereses de cada quién: “ya ve usted que estoy dispuesto a hacer las cosas,

pero debo enfatizar el hecho de que será a condición de que se preserven mis intereses. Seguramente usted también tiene los suyos, que le suplico me haga saber. Particularmente le ruego que me informe en qué forma y con qué porcentaje desea usted participar”, y aclaraba, como para que no se le fuera la mano a Altmann, que “no se podrá trabajar con márgenes muy altos”, y que también “tomara en cuenta los intereses del general y de otros grupos”. Abundando sobre esto describía que recientemente habían tenido lugar diversos crímenes bancarios y bancarrotas en Zúrich, lo que tenía “abotonadas” a las instituciones. Además, “por la pobre moral de pago de algunas naciones sudamericanas” (habló de Brasil y México), la gente en Suiza se había vuelto cautelosa. Pero para Hieber esto no era problema: “tengo relaciones únicas y el conocimiento necesario para realizar utopías”.

Hieber también enumeró una lista de negocios que se le habían ocurrido luego de sus conversaciones con el general Escobar y que ahora le planteaba a Altmann para futuros proyectos: primero, el comercio de pieles de animales salvajes como jaguares y pumas (para lo cual tenía un amigo que era propietario de una peletería de primer nivel) o cocodrilos y serpientes (en cuyo abastecimiento África estaba fallando); “me han asegurado que en Bolivia hay grandes cantidades de estos animales”. Segundo, el general le había dicho que la producción de cebada de alta calidad para la industria cervecera estaba creciendo en Bolivia, así que “quizás podríamos construir una fábrica de malta o vender la cebada al grupo Overmaltine que trabaja con nosotros” (para ello le pidió a Altmann/Barbie que enviara una muestra de la cebada boliviana para evaluarla; “podría ser un gran negocio para Bolivia”, señaló). Tercero: “me han dicho que ustedes pueden ofrecer piedras preciosas de primera clase”. Cuarto: “¿Qué tipos de madera y en qué cantidades pueden ustedes ofrecer? [...] ¿Ya existe en Bolivia alguna fábrica de planchas de madera comprimida?” Y explicaba que ahora había máquinas automáticas para esto, que tenían altos niveles de producción con escasa mano de obra, y que no sólo utilizaban desperdicio de madera y aserrín sino también sobrantes de caña de azúcar y maíz, “lo que significa hacer dinero con la basura”. En quinto lugar habló de la industria del plástico y por último de la producción frutera boliviana para exportación. “Estoy seguro de que se podrán hacer grandes negocios sobre estas bases”, y ofreció financiar algunos de ellos.

Hieber dedicó la última de sus cuatro páginas al asunto del cargo consular. Anexó a la carta un formulario para una transferencia de cuarenta y tres mil francos suizos, que pedía a Altmann rellenar con los datos de su banco y cuenta y devolver de inmediato para que se realizara la transacción

de banco a banco, explicando que una cantidad tan grande no se podía enviar por otros medios. Esta transferencia representaba la primera cuota, y pedía a Altmann que en cuanto la recibiera le enviara el pasaporte y el nombramiento como delegado ante las Naciones Unidas; en enero de 1966 enviaría el resto. Luego argumentaba que no podía entender por qué no había recibido Altmann los primeros mil dólares: “no es cosa mía sino de los bancos locales. Si yo emito un cheque o una transferencia, inmediatamente mi banco lo debita de mi cuenta”, y justificaba las inversiones que ya había realizado, por sesenta mil francos suizos por la planta de tratamiento de agua y “los costos y regalos para el general”. Su despedida llevaba su “sincera gratitud para el señor Schwend, a quien el general también mencionó”.

Poco después, Altmann le proponía a Escobar proyectos de negocios derivados de la relación con Hieber. No era la primera vez que Barbie y Schwend trataban de hacer negocios con el gobierno boliviano; por ejemplo, ya en agosto de 1965, Barbie había escrito al ministro de Gobierno, Justicia e Inmigración de Bolivia que, “La central de nuestra firma ‘La Estrella S.A.’ en Lima, Perú mantiene un contacto con un representante de inversionistas de EEUU y Europa que reside en Lima” quien ofrecía al gobierno boliviano “préstamos particulares” (Gerl y Chávez, 2010, p. 9).

Durante la gestión de Escobar como alcalde de La Paz, de más de una década de duración, se concretaron efectivamente diversas inversiones, entre ellas muchas alemanas, para la realización de obras en la ciudad. Escobar es recordado con respeto por los habitantes de la periferia paceña y hay al menos un barrio que lleva su nombre en reconocimiento. En julio de 1965 el general había develado un hermoso monumento en homenaje a Alexander von Humboldt, obra del escultor Emilio Luján, “fortaleciendo los lazos de amistad entre Bolivia y Alemania” (Gerl y Chávez, 2010, p. 9). La amistad entre Bolivia y Alemania era resultado de los convenios conocidos como “operación Triangular”, firmados por Paz Estenssoro en 1961 (*Gaceta Oficial del Estado Plurinacional de Bolivia*, 2015), para reactivar la operación de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL), que había sido formada luego de la nacionalización de la minería en 1956 pero seguía manejándose con pérdidas. Las inversiones de la operación Triangular (de los gobiernos de los Estados Unidos y Alemania Occidental y del Banco Interamericano de Desarrollo) llevarían a la COMIBOL a una operación por fin superavitaria y eventualmente sus réditos pagarían comisión a Barbie (y por lo tanto a Schwend), “quien gestionaba directamente el transporte de maquinarias y equipos de COMIBOL a favor de la reciente compañía marítima” (Rodas Morales y Quiroga Santa Cruz, 2008, p. 25), la Empresa Transmarítima Boliviana.

Así, para abril de 1966 la planta de tratamiento de agua ya era una realidad. El día 4 Barbie le escribió al general Escobar sobre varios proyectos identificados como “planificación industrial” en Santa Cruz y Cochabamba (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe IV, anex IV), evidenciando que el general, además de sus responsabilidades como alcalde de la capital boliviana, tenía sus propios particulares intereses. Los proyectos, aclaraba Altmann/Barbie, sólo serían posibles “en conexión con nuestra máquina de agua”.

El primero de estos proyectos era una cervecería. Barbie le informaba al general que ya había realizado pesquisas y había encontrado que en Santa Cruz existía una cervecería en mal estado, perjudicada porque “se hicieron muchas malas inversiones desde el punto de vista de la ciencia cervecera moderna”. Incluso había esbozado un trato con los propietarios para adquirir el cincuenta por ciento de la empresa e invertir en maquinaria y asesoramiento de Malto. El negocio que sugería, seguramente planeado al alimón con Schwend, consistía en la adquisición de ese cincuenta por ciento de acciones por lo que llamó “mi grupo”, que se encargaría de aumentar la producción diaria de treinta mil a cien mil litros de cerveza. El cálculo de la inversión —el crédito estatal que Barbie estaba solicitando al general Escobar— era de ciento cincuenta mil dólares. A cambio, le ofrecía la mitad de su “comisión” de diez por ciento y la vicepresidencia de la compañía y, aunque terminaba hablando de las muchas ventajas del mercado cervecero boliviano, se reducía a proponerle la renovación de una vieja fábrica y desalentaba la inversión en una moderna fábrica nueva, que parece ser lo que le interesaba a Escobar. Una “comisión” de siete mil quinientos dólares (alrededor de sesenta mil dólares de nuestros días) tampoco debe haber llamado la atención de alguien que llegaría a ser candidato del oficialismo a la presidencia de Bolivia en 1969.

El segundo proyecto era un ingenio azucarero en Santa Cruz. Altmann/Barbie se deshacía en elogios para esta idea: el proyecto iba hasta la producción de bebidas alcohólicas y no dudaba en calificarlo “mejor que la cervecería”, ni en ofrecerle al general “financiamiento de mi parte” y, en este caso, “la posición de Presidente”. Además había pensado también en canales de comercialización: la instalación de “tres supermercados de estilo alemán o americano en las ciudades de Cochabamba, La Paz y Santa Cruz”, en los que se podrían vender lácteos “que nosotros mismos podríamos producir”. Sobre esto, Barbie añadió:

[...] me gustaría señalar que tengo el control de una compañía en los Estados Unidos que, por encargo de las Naciones Unidas, ha desarrollado una

máquina para la producción de leche en polvo. Su sabor es indistinguible del de la leche fresca pero, también en relación con los ingredientes vitamínicos resiste cualquier comparación.

La operación de la planta de tratamiento de agua está detrás de la mudanza de Hieber a Nueva York, de su separación de Malto y de su consulado boliviano ante las Naciones Unidas. Una máquina en la que seguramente había invertido y quizá incluso diseñado —el directorio de patentes de Google muestra un registro del 28 de enero de 1965 (publicado el 9 de enero de 1969) de un “Procedimiento para producir cerveza a partir de concentrado de raíz”, patente solicitada por Malto S. A., a nombre de los inventores Josef Hieber y Robert Jahn—. Es señal, asimismo, de que el consulado de Hieber ante los organismos internacionales estaba funcionando porque la máquina de leche en polvo también había sido encargada por ellos; ya entonces, en los albores de esa herramienta geopolítica de la Guerra Fría que ha sido —hasta nuestros días— la cooperación técnica internacional, la ayuda al Tercer Mundo era un canal que permitía el enriquecimiento de particulares e intermediarios a través del cobro de “comisiones”, y era esto lo que le interesaba a Hieber, como podemos comprobar por el sistema de recolección y procesamiento de basura —otra de las políticas alentadas por la ONU y la Organización Mundial de la Salud— que paralelamente, gracias al contacto con Escobar, Hieber logró colocar en La Paz. En el archivo Schwend hay una carta del 10 de junio de 1966 que la empresa Gerbo International Inc., de Nueva York envió al “Cónsul General Joseph Hieber-Niebler” con las condiciones de un contrato para la “instalación de una planta de tratamiento de basuras en La Paz”. Según el mensaje, otra empresa, Norco International, de Atlanta, se encargaría de instalar la planta; La Paz entregaría sin costo toda su basura y Norco produciría con ella fertilizantes que el gobierno boliviano se comprometería a comprar (HIS, Schwend Archiv, NKZ Ro06). Todo indica que Hieber realizó este negocio sin la intermediación de Schwend y Barbie, lo que debe haberlos sacado de sus casillas y funcionado como catalizador de la descomposición de su relación. Todavía tendría después el cinismo de hablar a Schwend de esto tratando de alentarlo a gestionar un proyecto similar para el Perú.

Para este momento, abril de 1966, los cuatro alegres compadres: Schwend, Barbie, Escobar y Hieber, ya se habían reunido en Lima. Pero la relación con Hieber empezó a deteriorarse a partir de aquí porque no cumplió con su lado del trato por el cargo consular. En el archivo Schwend hay una copia de la segunda página de una carta que Hieber envió a Schwend; dado que

falta la primera página, no podemos conocer la fecha; creemos que habría sido enviada alrededor de abril de 1966. Este escrito de Hieber nos permite ver que el anterior pagaré por cuarenta mil dólares que había firmado y que se vencía precisamente en abril, era sólo una parte del trato por el cargo consular; otra parte pudieron haber sido beneficios alrededor de la planta de tratamiento de agua y otra más la transferencia prometida a Barbie. Esta no se concretó y Barbie no envió los documentos que Hieber esperaba (pasaporte diplomático boliviano y nombramiento como delegado ante las Naciones Unidas). Hieber escribió esta carta para explicar por qué no podía cumplir con sus “obligaciones”. Aún utilizaba un tono amistoso y trataba de justificar su demora apelando a su decencia y poniendo como testigo de ella al propio general Escobar, quien se había convencido “de la calidad de mi persona”, de modo que, “usted puede tener seguridad de con quién está tratando”. Naturalmente, los negocios hechos con Escobar se habían concretado, pero no los que llevarían beneficios a los socios de La Estrella en Lima y La Paz. Lo importante de esta carta, sin embargo, era el as que Hieber —a fin de cuentas “principal accionista” de Malto, como le había dicho a Schwend al principio de esta aventura— se estaba sacando de la manga:

Mientras se concreta el pago en efectivo, cuando yo cuente nuevamente con liquidez, transfiero a usted 150 000 francos (francos suizos) en bonos por acciones de Malto S.A.

Estos bonos son genuinos y, de acuerdo con las leyes suizas, están respaldados por hipotecas.

Así que tiene usted en sus manos un depósito por 150 000 francos suizos. Me comprometo a pagar 100 000 francos suizos en efectivo en el plazo de medio año, contra el reembolso de los bonos, y el resto, 50 000 CHF en el semestre subsiguiente.

[...] Estoy seguro de que sus amigos, con buena intención y razonable consideración, no despreciarán un depósito como este.

A cambio, yo espero:

- a) mi naturalización como boliviano con pasaporte
- b) El mantenimiento del cargo de Cónsul con la garantía de que soy delegado ante las Naciones Unidas en Nueva York y Ginebra (Organización Mundial de la Salud), con estatus diplomático y pasaporte diplomático.

En resumen, cónsul con pasaporte diplomático como delegado ante la Organización Mundial de la Salud de las Naciones Unidas, esto como especialista en cuestiones de agua.

Por un lado, aquí tenemos el tercer pagaré de Hieber que podemos documentar; en total, ha comprometido más de doscientos treinta mil francos suizos y más de cuarenta mil dólares, es decir, cerca de noventa mil dólares, que en 1966 tenían aproximadamente el mismo poder de compra que setecientos mil dólares de 2020; incluso los ha garantizado con bonos accionarios que representan la hipoteca de Malto, su empresa, con el amparo de “las leyes suizas”. Si lo que escribí es cierto, había invertido sesenta mil francos suizos que incluían la máquina de tratamiento de agua y “gastos y regalos para el general”, pero al menos lo primero es falso pues lo pagó la ciudad de La Paz (y no sabemos cuánto ni a quién pagó). En cambio, además de haberse incorporado al club de la gran diplomacia, Hieber se habría embolsado cantidades desconocidas con las transacciones de la planta de agua y el negocio de la basura, sin contar un cheque de Schwend, ignoramos por cuánto dinero y por qué servicio. Además, sus viajes a Nueva York implicaban otros negocios con otras empresas.

Por el otro lado, ya es sorprendente que un alemán solicitara la nacionalidad boliviana sin haber pisado nunca ese país, pero más sorprendente aún es que fuera otro alemán, fugitivo de la justicia europea y radicado en el Perú, quien negociara cargos diplomáticos bolivianos. Un día cualquiera en el mundo de don Federico.

Los ciento cincuenta mil francos suizos en bonos de acciones de Malto, aunque sólo cubrían un porcentaje, se emitían como garantía de la deuda que Hieber no pagaba por la compra del cargo diplomático boliviano que ya le estaba dando réditos en el mundo de la cooperación internacional. Schwend guardó los bonos pero Barbie no pareció quedar convencido de la buena voluntad de Hieber y reclamó el pago en efectivo. Hieber envió a Altmann una serie de cheques sin fecha con la advertencia de que no los hiciera efectivos hasta que él le avisara; una estrategia bien conocida en todos los tiempos para contener acreedores agresivos. Pero Hieber no podía saber qué tan agresivos eran los suyos —el “carnicero de Lyon” y el Dr. Wendig—, y no contó con que podían dejar pasar el dinero pero no podrían evitar perjudicar al deudor. Barbie llevó de inmediato los cheques al banco, donde se los devolvieron porque no tenían fondos (el archivo contiene copias del anverso y el reverso de un cheque con la firma de Hieber, del 23 de junio de 1966; en el anverso hay sellos que lo declaraban sin fondos; la cantidad es ilegible).

El 20 de junio Hieber envió a Schwend una carta por correo certificado. Acusaba recibo de la carta con un cheque —el misterioso “pago” que don Federico le hacía—, pero luego advertía que no podía cumplir con lo que le

pedía: “le he entregado los cheques al Sr. Altmann con la previsión de que no se hicieran efectivos sin mi autorización. Es una tontería que los presenten sin mi conocimiento”. También respondía a Schwend sobre dos avisos que Barbie le había enviado desde La Paz y argumentaba (una vez más) que había tenido problemas para transferir su dinero desde Suiza y Alemania. Prometía hacer la transferencia en cuanto tuviera el dinero en sus manos y explicaba que había enviado a su esposa a Suiza para llevar a cabo la “liquidación”, y que estaba renunciando a sus propios beneficios con tal de deshacerse de sus preocupaciones por lo de La Paz. “Yo mismo he sido víctima de métodos gangsteriles”, escribió; “pronto mi esposa estará en Lima y en La Paz para resolver las cosas [...]. No puedo sino entregar parte de mi fortuna para salvar mi palabra”.

Prosiguió con el berrinche durante un par de párrafos y luego pasó al tema de la industria del recojo de basura: “adjunta, encontrará una copia del contrato de recolección de basura de La Paz [...] créame, es muy fácil conseguir créditos como este para Bolivia. El negocio tiene el mérito de multiplicar la suma de la que estoy hablando. Lo mismo puede ser para el Perú, créame [...]”. Al final, en una posdata escrita con una máquina diferente, volvía a las disculpas y a las quejas por haber recibido “tan amarga carta” de Schwend (referencia a una comunicación de la que no se conservó copia, pero de la que, por esa descripción, podemos imaginar el contenido e incluso que asentaba algún plazo perentorio).

El 2 de julio de 1966 Hieber escribió dando como referencia una carta de Schwend del 24 de junio. Esta serie no se encuentra en los archivos Schwend en HIS, sino que la conocemos gracias a la CIA: el expediente FOIA de Schwend tiene copia y traducción al inglés de esa carta de Hieber que (FOIA Schwend, 0136), escrita en papel membretado “Josef Hieber, Consul”, en tono muy seco, pretendía “aclarar las cosas”. Insistía en haber dado los cheques firmados con la instrucción de que no se hicieran efectivos sin su consentimiento, que “expresamente debía ser determinado por mí mediante telegrama”, pero ahora devolvía la acusación: si se habían intentado cobrar a sabiendas de que no podía hacerse sin su venia, “la responsabilidad es de ustedes. Me fuerzan a tomar esta determinación”. Y finalizaba indicando nuevamente que la suma sería pagada en cuanto sus transferencias se hubiesen realizado, y que enviaba copia de la carta a Altmann. Esta carta acompañaba a otra de la misma fecha, también en papelería oficial del señor Cónsul de Bolivia, dirigida solamente a Schwend. En ella explicaba que la anterior, copiada a Altmann, era un documento de descargo, una medida mediante la que él se veía obligado a cubrirse. El texto tiene indicios de

que Schwend había decidido demandarlo a nombre de Altmann y para ello argumentaba haber invertido también en el negocio, cosa que sorprendió a Hieber. Le advirtió a Schwend que se sometiera al ritmo de pagos que estaba obligado a adoptar o que cargara con “las responsabilidades comerciales y humanas de sus próximas decisiones”. Finalizaba avisando que devolvería el cheque misterioso (del que había acusado recibo el 20 de junio). Así como antes se había confiado a Barbie a espaldas de Schwend, ahora se confiaba a Schwend a espaldas de Barbie; más tarde lo haría con el general Escobar a espaldas de los dos alemanes.

La razón por la que estas cartas aparecen en el expediente de Schwend en la CIA es que la agencia estaba ya en la pista de Altmann/Barbie, como resultado de la presión ejercida por el gobierno francés y los Klarsfeld, para que se desclasificara el paradero del “carnicero de Lyon” y se procediera a su extradición. Esto indica también que la CIA mantenía un ojo sobre Schwend y, como en el caso de su correspondencia con Mader y con la “sección alemana” de la LICA —aunque esta última fue interceptada por el servicio secreto de la diplomacia alemana—, no parecía haber problemas para intervenirla.

En agosto, aprovechando el enlace que había abierto con Malto, en manos de quien estuviera ahora que Hieber se había ido a Nueva York, Schwend escribió para informar que tenía los bonos accionarios como garantía de una deuda: “En vista de que el pago no se efectuó a su debido tiempo, no tengo otra alternativa que hacer valer estos certificados. Les agradeceré informarme si Uds. tendrían interés en adquirir estas acciones [...]”.

Casi al mismo tiempo y con copia a la sucursal de La Estrella en La Paz, Schwend escribió otra carta a Malto reprochándoles que no hubiesen contestado las solicitudes de un “Ing. Luis Bondy Reyes”, que quería instalar una cervecería en Iquitos. En cuanto la fábrica estuviera en operación, argumentaba, “trabajaremos en el mercado sudamericano, así que el proyecto es tan interesante para ustedes como para nosotros, así que les agradeceremos que nos envíen copia de todas sus comunicaciones al Sr. Bondy”. Además, don Federico preguntaba de qué porcentaje sería su comisión si el negocio se cerraba. Alguna respuesta habría recibido de Malto sobre las acciones, quizá una solicitud de envío de una de ellas, porque paralelamente a la carta sobre la cervecería en Iquitos, dirigida a un impersonal “Señores”, escribió al nuevo presidente de Malto, G. Barlöcher, adjuntando uno de los bonos de Hieber. Barlöcher respondió, decididamente divertido, que lo había recibido y que le habría hecho reír “de no haber un serio contexto financiero”. Con doble signo de admiración, le contó a don Federico que acababa

de recibir de Hieber la noticia de que un bono de este tipo ¡por un millón! estaba por ser depositado en un banco de Lima. Continuaba:

No conozco al Sr. Hieber personalmente pero me da la impresión de que, por un lado es un genio pero por el otro carece de verdaderas ideas. Sus maquinaciones no tienen por qué ser cubiertas por mí ni por Malto. He asumido la presidencia de Malto después de que el Sr. Hieber abandonó Suiza para evitar ser extraditado a Alemania. Dado que manejó con gran negligencia el área comercial de Malto, sólo gradualmente hemos podido conocer la situación exacta a través de una minuciosa revisión de correspondencia y memoranda. Y encontramos que la empresa es casi totalmente insolvente.

[...] Con respecto a Hieber, investigue usted sobre sus propiedades en Losone, nosotros, desafortunadamente, no sabemos nada al respecto. Hasta donde sabemos, Hieber vivía en una casa de alquiler en Losone. Antes de partir a los Estados Unidos, la Sra. Hieber me confirmó que todos sus valores fueron liquidados en Losone.

Nos interesaría mucho, si le es posible, que nos mantuviera informados sobre el resultado de su caso con el Sr. Hieber.

Con esta explicación, Barlöcher justificaba el hecho de que no se hubiera atendido al Ing. Bondy como era debido, pero aseguraba que, ahora que Malto estaba de vuelta en funcionamiento, estarían encantados de mantener con La Estrella una relación de negocios que pudiera satisfacerlos a ambos.

Quizá don Federico ya se esperaba algo así, pero siendo un maestro del chantaje y la extorsión, no debe haberse sentido muy bien por haber caído en la trampa de un aprendiz. De los ciento cincuenta bonos accionarios de Hieber, cada uno con un supuesto valor de diez mil francos suizos, el número 001 ya se había perdido en el escritorio de Barlöcher y, para colmo, Jorge Pinto (socio y asistente de Schwend) había “traspapelado” el bono número 009 “cuando se efectuaba gestiones de financiación o préstamos” y firmaba una constancia “mientras se localiza dicho valor” (HIS, Schwend Archiv, 46-35).

Una vez recuperada la calma, Schwend respondió a Barlöcher. Había roto todo contacto con Hieber y se lamentaba de que Malto no hubiese sentido una denuncia criminal contra él. Le informaba que había investigado con las autoridades suizas (¿Huber?) y que había encontrado que había denuncias contra Hieber en Landberg y Landshut, así que preguntaba si cono-

cería Barlöcher los datos del abogado que llevaba esos casos. Luego seguía con pormenores del negocio de Bondy en Iquitos y le proponía que se pusiera en contacto con Altmann en La Paz porque había buenas posibilidades de negocio en torno a la producción de materia prima para la elaboración de bebidas alcohólicas como el whisky.

Mientras tanto, en octubre, Hieber se comunicaba en un entrecortado español con el General Escobar. Pidiendo mil disculpas, se extrañaba de que el general no hubiese respondido sus muchas cartas —“no sé cómo interpretar su silencio”, escribió— y le habló de su temor de que “la mano de una tercera persona hubiese influido desfavorablemente en su ánimo, lo cual no me sorprendería porque últimamente debo hacer frente a una lucha desleal de personas que tratan de hacerme daño y me han perjudicado mucho económicamente”. Hieber enviaba esta carta a través de un “medio seguro”, una persona conocida por ambos, la Sra. Corina de Rada, así que confiaba en que sería entregada en sus manos. Aquí nos enteramos de que esa “tercera persona” no sólo estaría evitando que Hieber lograra comunicarse con Escobar, sino que había logrado también detener los negocios que habían sido pactados en los encuentros que Hieber había tenido con Escobar en Suiza y en Nueva York, y con Escobar, Schwend y Altmann/Barbie en Lima:

Todos los proyectos que hicimos cuando tuve el honor de estar con Ud. en Lima continúan siendo muy importantes para mí. Nada me hará más feliz que el de poder contribuir al bienestar y progreso de su querida patria y de esa ciudad que Ud. quiere tanto. Sólo espero la palabra suya para empezar todo lo que hemos proyectado.

En los siguientes párrafos detallaba el contenido de esas cartas que Escobar no había contestado: lo relativo al “crédito para el proyecto de utilización de basura” y “el proyecto de suministro de leche para la ciudad de La Paz sin costo alguno para el gobierno”, y finalmente le recordaba que “la máquina prometida para la provisión de agua destilada y filtrada para la ciudad de La Paz está esperando ser despachada”.

Barbie y Schwend habían logrado detener las transacciones entre Escobar y Hieber, y esto significa que Hieber, en realidad, después de tanto ir y venir, tampoco habría ganado gran cosa; quizá el valor de la planta de tratamiento de agua, pero, como sabemos, en otra comunicación había argumentado que él había asumido ese costo. En su lastimera carta a Escobar, llena de referencias a los felices días que habían pasado juntos, en familia,

en Suiza —“Continuamente hablamos de Ud. con mi esposa y los niños, quienes cuando lo recuerdan dicen que Ud. es su tío”—solicitaba que el general le informara si los proyectos seguirían adelante, y lo invitaba a visitarlo en Nueva York donde sería “nuestro huésped de honor”.

En síntesis, la relación con Hieber resultó un esquema de prometedoros negocios en el que todos perdían (con excepción, quizá, de Escobar). Schwend y Barbie, sin embargo, no aceptaban fácilmente una derrota; la historia no termina aquí. Para Schwend, Malto seguía siendo la empresa que lo había estafado, independientemente de quién estuviera al mando, y parece haber seguido en busca de resarcimiento, como sugiere una carta de Barlöcher escrita meses después, el 30 de marzo de 1967. El tono del nuevo presidente de Malto era ahora severo y reclamaba a Schwend que no podía pretender hacer negocios con Malto (la cervecería de Bondy en Iquitos) y al mismo tiempo proceder legalmente contra Malto para insistir en hacer valer los bonos sin valor de Hieber. Schwend había recurrido a algún tipo de acción legal, pues Barlöcher se refiere a las diferencias de opinión entre sus abogados y los propios. “Si usted sigue adelante con sus intenciones”, escribió el presidente de Malto, “tendremos que cuestionarnos si sus acciones responden al principio de la buena fe”. Barlöcher exigía a Schwend que decidiera

qué camino tomar: con nosotros o contra nosotros. Si logramos colocar sólo dos cervecerías en el Perú, las comisiones que usted obtendrá son mucho mayores que el daño que le ha ocasionado Hieber. Más aún, de acuerdo a nuestra firme convicción, sería posible que usted resolviera el caso de los bonos accionarios ante una corte suiza. Si esta alternativa es negativa para usted, entonces no obtendrá ni la compensación por los certificados ni las comisiones. Lo dejamos en sus manos, decida usted qué camino tomar.

En cuanto a la cervecería de Bondy en Iquitos, eventualmente la construcción comenzó, pero Barlöcher mantuvo una persistente duda acerca de su capacidad para financiarla y reclamó por ello a Schwend el 7 de julio de 1967. Esto significaba que Bondy no estaba cumpliendo con sus compromisos y, por ende, que Schwend no estaba cobrando sus comisiones.

Con respecto a Hieber, don Federico, naturalmente, se estaba moviendo al mismo tiempo por otras partes. Envío al menos uno de los bonos, el número 010 a otro de sus principales cómplices en Europa, Heinz Riegel, para que tratara de hacerlo efectivo en Suiza. Riegel lo envió al banco Koschland & Hepner AG, de Zúrich-Montreux, de donde le fue devuelto después de

investigar en la empresa Malto y ser informados de que carecía de valor. “Si tiene usted más preguntas, por favor póngase en contacto con el Sr. Barlöcher en Malto S.A.” Schwend logró también averiguar sobre las actividades de Hieber en Nueva York, según escribió a Barlöcher el 29 de junio de 1967:

Para seguir adelante contra el estafador Hieber —usted sabe que me debe más de 40 mil dólares—, he conseguido esclarecer hechos muy interesantes. El gran soldado, “portador de la Cruz de Caballero”, J. Hieber, para mi sorpresa, ahora opera una cervecería MALTA [sic] y una lechería en Nueva York. Económicamente Hieber está muy bien, se da la gran vida (como siempre) y hace cosas que deberían preocuparles a ustedes.

Una cervecería Malta no puede establecerse sin Malta S.A.; usted comprenderá que esta circunstancia me preocupa, especialmente porque la cervecería es nueva y ustedes han preferido no proceder contra el estafador como lo he hecho yo.

Le agradeceré que me comunique sus ideas respecto de estas nuevas circunstancias, especialmente tomando en cuenta que Hieber se presenta como propietario de la cervecería y la lechería.

La intención de Schwend era establecer una relación de complicidad entre Hieber y Malto para obligarlos a pagar los bonos falsos. Resalta en esta carta el hecho de que se haya equivocado tres veces al escribir el nombre de la empresa: “Malta”. ¿Sería una señal de que estaba escribiendo bajo la influencia de la ira? En general, Schwend escribía correctamente a máquina; “la práctica hace al maestro” y durante años él escribió muchas cartas diariamente, debe haber sido un mecanógrafo veloz. Cometía pocos errores y, cuando lo hacía, corregía, ya fuera remarcando una letra, tachando con “x” sucesivas una palabra o señalando después algún error a mano con lápiz o pluma. Su escritura tiene dos usos sistemáticos característicos que, por otro lado, nos permiten reconocer su mano incluso donde no aparece su firma: jamás presionaba la barra espaciadora después de una coma (lo que nos parece una decisión “económica” muy acorde con su carácter: ¿qué necesidad hay de añadir un espacio si la coma ya separa las palabras?), y al escribir “Usted” en alemán usaba la “J” en lugar de la “I”: “Jhrer”, “Jhnen” en lugar de “Ihrer” o “Ihnen”, una especie de arcaísmo. El error en “Malta” —como el de Belaqua cuando persiguió a Nannen— sólo podría ser producto del estrés.

Barlöcher también realizó sus propias pesquisas y contestó a Schwend poco después. Le dijo que había reenviado sus comunicaciones anteriores

a la casa matriz de Malto-Export en Wiesbaden, Alemania (también lo relacionado con Bondy), y que respecto a Hieber, había podido averiguar que lo que tenía en Nueva York era una planta de tratamiento de agua marca Malto y que con ella operaba solamente una lechería, “algo que no podemos impedir”, pero no una cervecería. Ahora conocemos el paradero de la máquina que iba a fortalecer el suministro de agua potable en La Paz y a enriquecer a Barbie, Schwend y el general Armando Escobar, alcalde de la H. Municipalidad de la capital boliviana, con su participación en las industrias cervecera, de bebidas alcohólicas, lechera y comercial. Esta carta de Barlöcher, sin embargo, no fue escrita en papel membretado de Malto sino del “Fideicomiso Gallus Barlöcher” de St. Gallen, lo que significa que esta empresa habría sido contratada por Malto-Export de Wiesbaden para sanear el caos que Hieber había dejado, y finalmente liquidar la sucursal suiza; por ello se enviaba todo lo relacionado con Schwend y Bondy a la casa matriz alemana.

Ya era demasiado; había que tomar medidas drásticas. La siguiente implicó la movilización de los contactos de Barbie en la dictadura de Barrientos. El 9 de octubre de 1967, el subcomandante Víctor Quiroga Cuenca, jefe del Departamento de Policía Internacional de Bolivia (oficina de enlace con Interpol), envió a la Interpol en Washington y al “Director del Servicio Secreto de los Estados Unidos” una orden de localización y captura contra Hieber, “de nacionalidad alemana [...] sindicado por el delito de estafa” (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe IV). La orden citaba un “mandamiento de apremio” expedido por el Juez Primero de Instrucción en lo Penal de La Paz, y describía al indiciado: “Se presume que en New York, mantiene una oficina promotora en la cual se exhiben máquinas separadoras de leche y purificadoras de agua”. Se daba como probable dirección la de Standard UMS Corporation (la empresa en cuyo papel membretado había escrito Hieber su primer pagaré), y resulta de lo más extraño pues Escobar conocía su domicilio particular exacto, a menos que la carta lastimera que hemos comentado, tampoco hubiese llegado a él. La orden de “apremio” anexaba copias de dos cheques por diez mil dólares y dos fotos de Hieber y solicitaba a la policía estadounidense que hiciera comparecer a Hieber para que pagara la cifra, “caso contrario la parte civil hará el trámite de extradición respectivo”. Seguramente, una revocación del nombramiento consular la precedió.

Con Barlöcher fuera de la jugada, Schwend siguió adelante con sus amenazas contra Malto Internacional, dirigiéndose a un Herr Otto, en Wiesbaden, a quien envió expeditamente una copia de la “orden de arresto”

contra Hieber. Vale la pena copiar su texto porque es otro de esos ejemplos que nos permiten ver a don Federico en plenitud (insistiendo en el error de “Malta” y suponiendo que Hieber aún podía ser alcanzado y en cierto modo representado por la empresa):

No me interesa en absoluto hacer daño a Hieber; al contrario, le deseo a él y a su familia una vida tranquila. Pero no a costa mía y de mis amigos. [...] Aconsejo a Hieber que pague los 10 000 dólares más costos, y que venga aquí de inmediato, no con promesas sino con dinero en efectivo; de este modo llegaríamos a un acuerdo con él. Si no lo hace, las consecuencias de sus fraudulentas acciones caerán completamente sobre él y por mucho tiempo no tendrá la oportunidad de engañar a otras personas.

Si está usted de acuerdo y le es posible, le pido que informe a Hieber sobre la posibilidad de un acuerdo amistoso. Especialmente en interés de su familia, me daría pena que tuviera que probar el trago amargo que se ha preparado a sí mismo. Si Hieber no quiere venir, estoy listo para recibir a su esposa, pero siempre presumiendo que no viene sólo con promesas, pues ya conozco bien las promesas de Hieber.

Como mecanismo de presión, Schwend (o Barbie) envió copia de esta carta al expediente de Hieber en Interpol-Washington, sabiendo que en los métodos secretos de inteligencia esto significaba que la empresa en Alemania quedaría también bajo observación. No hay copia de lo que respondió Otto, pero Schwend volvió a escribirle días después en un tono mucho más suave:

no pretendo causar problemas a su compañía, sólo he querido mantenerlo informado sobre el proceso contra Hieber [...] Sé con certeza que tiene dinero pero no sé cómo ni dónde. Él tendrá que escoger entre la libertad o el otro camino.

Aquí respondió sobre los problemas de Bondy para financiar la cervecería de Iquitos. Le habló a Otto de su contacto con un grupo financiero mexicano que podía otorgar créditos “con condiciones favorables e incluso sin garantía si se trata de personas serias”, y que con ello se podría echar a andar el proyecto. Luego, como hizo con Hieber al principio de todo esto recomendándole que se pusiera en contacto con Rudel para hacer más negocios, a Otto le envió las direcciones de los miembros de la red Merex/ODESSA: la de Skorzeny en España y la de Rudel en Austria, de quien además alardeó

que era amigo personal de Stroessner y que tenía estupendos contactos en Centroamérica. También añadió la dirección de Becker, socio en Extremo Oriente, que ahora despachaba desde Macao, ya no desde Hong Kong.

¿Por qué estas recomendaciones? Creemos que eran tanteos que Schwend utilizaba para saber si, al comunicarse con un “alemán de esa generación” —como se expresaron sobre Barbie ciertos supervivientes del Holocausto emigrados a Bolivia (Spitzer, 1998, p. 177)— encontraría a un cofrade con el cual sería posible establecer lazos más productivos y solidarios. Al menos en principio había funcionado con Hieber, que mencionó a Barbie por escrito su pertenencia al escuadrón Schulte en Stalingrado y debe haber alardeado de su Cruz de Caballero en las conversaciones en Lima.

Otto siguió adelante con las gestiones de Malto para instalar la cervecería de Bondy en Iquitos. Luego de plantear sus dudas sobre la capacidad de pago del cliente, más o menos resueltas por Schwend mediante la propuesta del grupo financiero mexicano que otorgaba créditos a ciegas —con el que Otto se estaba poniendo en contacto simultáneamente—, en abril de 1968 envió el presupuesto por la maquinaria (un millón cuatrocientos mil marcos alemanes), y ofreció a Schwend una comisión de tres por ciento sobre esta cantidad si se realizaba la venta (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6). En esta carta también aprovechó para informar a Schwend que lo había visitado su socio Riegel, con una propuesta para participar en el mercado marroquí. Sin embargo, reclamaba a Schwend porque le había sorprendido mucho la figura que Riegel había utilizado para establecer el contacto: pedía un pago mensual por su trabajo, “lo que, como usted sabe, no es usual”, escribió; “esperamos que comprenda que debemos cuidar hasta el último detalle para asegurarnos de que la confiabilidad crediticia de nuestros agentes está garantizada”. No es de extrañar si pensamos en los antecedentes de Hieber y en los mensajes dobles que Schwend no terminaba nunca de enviar. Al respecto, otro funcionario de Malto Internacional escribía a Schwend para aclarar que las negativas a las propuestas de Riegel se fundaban en su política de “tomar distancia respecto a operaciones en el aire”.

Don Federico dejó descansar a los empleados de Malto por un tiempo. Dejó el correo sin responder durante más de tres meses, pero en agosto de 1968 estaba de vuelta. Se disculpaba por no haber contestado las cartas recibidas en abril y argumentaba que había tenido que realizar un imprevisto viaje de varios meses al extranjero.

Lo del viaje es, claro, mentira. Lo sabemos porque durante esos meses de mediados de 1968 hemos visto a Schwend en febril actividad desde Santa Clara tratando de hundir a Nannen, intentando sacarle algo al Instituto

Max Planck y ocupándose del tráfico de armas. En su carta, Schwend volvía a la cervecería de Bondy para contar una historia de sabotaje industrial por parte de la cervecera Pilsen; cómo los planes de Pilsen para construir una nueva fábrica entre Lima y El Callao habían fracasado por la devaluación del sol, y cómo el proyecto de Iquitos era la única vía posible, para lo cual ya se había puesto en contacto con los financistas mexicanos y estaba a la espera de su respuesta. Pero ya nada de esto continuó. Ni hubo crédito mexicano que podamos documentar, ni se instaló una fábrica Malto en Iquitos, ni fue posible conseguir que Hieber pagara por su consulado. Don Federico estaba perdiendo el toque.

Pasaron casi cuatro años para que Malto reapareciera en la escena de Schwend. Como sabemos, algunos de sus “negocios” se vinieron abajo con la dictadura militar y tuvo que cambiar de horizontes. El contrabando de divisas se convirtió en una de sus principales actividades —una verdadera mina de oro en época de férreo control de cambios—, y encontró un intermediario ideal en el joven Volkmar J. Schneider-Merck, subgerente de la Cámara de Comercio Peruana-Alemana, quien, en representación de los intereses de algunos de sus agremiados, recurrió a los servicios de Schwend y Altmann para sacar soles del Perú y convertirlos en dólares fugados desde Bolivia.

El 1.º de enero de 1972, el asesinato de Banchemo Rossi hizo estallar una bomba de sospechas y conspiraciones que llevó la investigación hasta la puerta de Schwend. Schneider-Merck había sido estafado por Schwend y Altmann; para ellos era un negocio redondo, como quitarle un caramelo a un niño: tratándose de transacciones ilegales, si los montos desaparecían, ¿quién iba a ser tan estúpido como para denunciarlos? Schneider-Merck lo fue. O muy estúpido o muy valiente o ambos: confesó su parte en el tráfico de divisas, fue aprehendido y arrastró consigo a don Federico. Sus declaraciones nos permiten saber que en realidad el asunto Malto no había sido simplemente olvidado.

En su declaración testimonial del 12 de abril de 1972 ante el juez Santos Chichizola, Schneider-Merck explicó que en el proceso de tráfico de divisas, Schwend había utilizado las acciones sin valor de Malto que Hieber le había entregado años atrás, como garantía de los “depósitos” en soles que él y Barbie se encargarían de convertir en dólares fuera del Perú: “cuando estas personas me dieron sus sumas de dinero entonces yo les entregué las obligaciones de Malto S.A. y el dinero se lo entregué a Federico Schwend para que este efectuara la operación”, declaró Schneider-Merck ante el juez (Archivo Penal de Lima, expediente del asesinato de Luis Banchemo Rossi).

Aseguró haber entregado a Schwend un total de trescientos cincuenta mil dólares “en unas treinta remesas” (alrededor de mil dólares por “entrega”), algunas de las cuales fueron “garantizadas” por acciones de Malto y otras por manifiestos de carga de Transmarítima Boliviana firmados por Altmann. *Caretas* cubrió el asunto en su número 459, del 6 de julio de 1972, en un reportaje basado en entrevistas y testimonios de Schneider-Merck, en el que se enumeran más detalles, como la incorporación de un religioso, pastor Adventista del Séptimo Día, de nombre Aaron Silverstein, que tomaba soles locales “para sus obras en el Perú” y prometía reembolsar dólares en el extranjero, siempre contra la garantía de las acciones Malto.

Más de dos años después de haberse entregado, Schneider-Merck seguía en prisión, enfermo, maltratado, desesperado. Su abogado, el Dr. Ato del Avellanal, basó su defensa en la autoinculpación como atenuante y en los meses que su cliente había estado preso como sentencia cumplida, para solicitar la reducción de condena a un día simbólico. Eventualmente tuvo éxito. Sus argumentos se fundaron en que Schwend *sabía* que las acciones de Malto carecían de valor y aun así las había utilizado para engatusar a Schneider-Merck y a los empresarios que habían querido beneficiarse pasando por encima de las leyes monetarias de Velasco. Sospechamos que Schneider-Merck también lo sabía.

Como corolario cabría señalar que incluso el socio en China, Becker, tan recomendado por Schwend a propios y extraños, terminaría por romper relaciones con él: a raíz de la información dada por artículos periodísticos que lo asociaban con robo de valores “de considerable cuantía”, necesitaban que Schwend acreditase su inocencia de tales cargos. En caso contrario, se negaban a mantener “relaciones comerciales” con él, tanto por la gravedad de los delitos imputados como por la reputación de la empresa.

CAPÍTULO XV

TRAFICANTE DE ARMAS

Soldadito de Bolivia,
soldadito boliviano,
armado vas con tu rifle,
que es un rifle americano,
soldadito de Bolivia,
que es un rifle americano.
Te lo dio el señor Barrientos,
soldadito boliviano,
regalo de míster Johnson,
para matar a tu hermano,
para matar a tu hermano,
soldadito de Bolivia,
para matar a tu hermano.

Nicolás Guillén

AVIONES PARA EGIPTO

La prestigiosa empresa de origen español Hispano-Suiza, cuya corrupción salió a la luz pública a mediados de los 60, desatando la debacle en el gobierno de Alemania Occidental a través del escándalo de los tanques HS-30, había protagonizado su propia pequeña “operación Paperclip” en España, en la década de 1950. El gobierno de Franco dio asilo y protección a muchos nazis, entre los que no faltaban criminales, pero había también técnicos. Uno de ellos fue nada menos que Willy Messerschmitt, un importante capítulo en la historia de la aviación, a quien se reconoce por innovaciones técnicas fundamentales —propulsión a reacción, alas en flecha, despegue vertical—, que opacan el hecho de haber servido en el partido nazi y de haber construido buena parte del parque aéreo de la Luftwaffe. Messerschmitt

no era un criminal de guerra, no tenía cuentas pendientes con la justicia, pero, como parte de los acuerdos firmados por los Aliados al final de la guerra, estaba impedido de trabajar para armar a Alemania, así que se fue a España para beneplácito del Ejército del Aire del Generalísimo. Ahí diseñó por encargo del gobierno y mediante la empresa Hispano-Aviación, subsidiaria de la inefable Hispano-Suiza, un prototipo de jet supersónico, el HA-300, un avanzado caza-interceptor ultraligero. Pero la economía española no sería capaz de financiar el proyecto y terminaría por venderlo a Egipto, que tomaría la estafeta en los años 60. Su planta aeronáutica en Helwan era capaz de construir los jets desde cero y con materiales locales gracias a la industria siderúrgica de alto nivel que estaba en funciones desde la década anterior. El programa de fabricación de los HA-300, ahora llamados Helwan Aircraft-300, avanzaría, con el apoyo también de intereses indios (que usarían el motor del HA-300 en sus propios diseños de aviación militar). El piloto de pruebas que la India aportó para el proyecto dejó un testimonio que describe con claridad la época y el contexto:

[...] líderes de China, Egipto, India, Indonesia y Yugoslavia se habían reunido en Bandung (Indonesia) y firmado el [tratado] Panch Shila – Cinco Principios de Coexistencia. La prensa india estaba eufórica por esto. Al ver un atisbo de colaboración entre India y Egipto, se escribieron doctos editoriales sobre la emergencia de un tercer bloque militar, el de los no alineados, y su impacto en el equilibrio de poder mundial. (Bhargava, 2015)

El capitán Bhargava llegó a Helwan en junio de 1963 y, efectivamente, meses después, en marzo de 1964, pilotaría el vuelo inaugural del HA-300, pero su bienvenida a suelo egipcio había sido el estallido de una guerra largamente anunciada por Nasser y casi instantáneamente perdida ante la estrategia israelí de destrucción sorpresiva y sistemática de la infraestructura de aviación de guerra egipcia. Lo que no narró el capitán Bhargava es que la construcción de la planta aeronáutica de Helwan contó con el apoyo de otro ingeniero ex nazi, colega de Messerschmitt y relacionado con Rudel: Kurt Tank, que ya había tenido una aventura similar entre 1949 y 1951: la de diseñar y construir el primer jet a reacción de la aviación argentina, por encargo de Perón, el Pulqui II (Goñi, 2002, p. 317; Camarassa, 2012, pp. 93-94).

Es difícil conocer los mecanismos exactos que pusieron el asunto de los HA-300 en el espectro de negocios de Schwend, a menos que se acepte la hipótesis de una sólida organización de ex nazis comerciando y traficando armas por todo el mundo. En octubre de 1964 la CIA confiscó tres cartas de

Schwend en las que proponía la realización de negocios con los chinos y alguien cuyo nombre ha sido censurado en el proceso de desclasificación. Se discutía en esas cartas la venta de aviones HA-300, de los que Schwend afirmaba, exagerando, que volaban dos veces y media más rápido que el sonido, es decir que eran más rápidos que las estrellas tecnológicas de la época, el F104 G estadounidense, el ruso MIG 23 y el Mirage IV francés. Y como para que no quedara duda sobre sus intenciones principalmente económicas, también ofrecía a los chinos harina de pescado y el establecimiento de una misión comercial china en el Perú. Para ello, Schwend había enviado a un hombre “sin nombre” a China, encargado de discutir las condiciones y contactar con otro agente (cuyo nombre fue censurado por la CIA) en Hong Kong, quizás Becker, socio en esa región que aparece varias veces en los archivos. Más tarde, el 10 de febrero de 1966, la sección LCHARVEST (monitoreo de tecnología china) de KOBIRD (CIA, división de extremo Oriente), volvió a hacer referencia a este caso (NARA, Schwend File 2).

También hay pistas en la correspondencia con Lo Stein: el 28 de octubre de 1968 ella mencionó con preocupación que Schwend estuviera haciendo negocios de armas con los árabes: “En Hamburgo, en Múnich y en Innsbruck han terminado abatidos hombres de este sector de negocios. Algunas personas que saben bien que ustedes suministran a los árabes” (HIS, Schwend Archive, NKZ Roo6). Ese “ustedes” podría referirse a la sociedad con Barbie, pero más probablemente a Merex, pues, hasta donde sabemos, a Lo nunca le habló del “carnicero de Lyon”.

ARMAS PARA BOLIVIA

Páginas arriba hemos hecho un ejercicio de reconstrucción de la vida cotidiana de don Federico para tratar de establecer una mejor apreciación del personaje que fue. Citamos ahí elementos de una conversación grabada cuya transcripción se conservó en el archivo Schwend. El documento de veinticinco páginas foliadas —falta la número 21— da cuenta de una reunión entre Schwend, identificado como “F.”, y dos personas más: “B.”, un visitante boliviano, y “J.”, cuyas participaciones fueron escasas y breves, y dan la impresión de que se trataba de un asistente de Schwend o alguien que estaba de su lado en las negociaciones que ahí tuvieron lugar. Al principio de la

conversación Schwend ofreció bebidas a los asistentes: “¿Un hielo o dos doctor?”, preguntó a “B.”, e inmediatamente después de su respuesta (“Uno está bien, gracias”) planteó la misma pregunta al otro convidado mencionando solamente un nombre: “¿Pinto?”. La transcripción registra la respuesta del sujeto (“Sin hielo”) como dicha por “J.”, por lo que podemos estar seguros de que se trata de Jorge Pinto Butrón, uno de los socios y prestanombres de Schwend, el mismo que en noviembre de 1965 aparecería como accionista y miembro del directorio de La Estrella en el acta de reunión en la que se ratificó a Schwend como Gerente General de la empresa (HIS, Schwend Archive, NKZ Roo6). El nombre de Jorge Pinto aparece en otros documentos en los archivos de Schwend, además de ese acta del directorio de La Estrella: en el mismo folder en que aparece la transcripción de esta reunión hay una referencia a “Pinto, Cnl. Elesporu”, donde “Cnl. Elesporu” sería una dirección en San Isidro, Lima; en una nota a mano en el folder 46/35 se consigna “Jorge Pinto, Matute, Block 20-C-6” y un número telefónico).

La transcripción de la conversación se titula “Contenido de la conversación reservada del día 2 de marzo de [...]”. La fotocopia de la primera página muestra la huella de que la esquina superior derecha, donde estaría el año de la conversación, fue arrancada, pero por el contenido sabemos que era 1965. En la conversación se tocaron temas que incluían, entre otros, al depuesto presidente de Bolivia, Víctor Paz Estenssoro; al líder sindical boliviano Juan Lechín y al sucesor de Paz Estenssoro por la vía del golpe de Estado, el general René Barrientos; a las acciones de contrainsurgencia ante las guerrillas de 1965 y a los negocios clandestinos con armas, todos ellos temas de los que Roesch/Reich, que habría vivido con Schwend poco después de esta reunión, entre abril y julio de 1965, informaría en 1966 a la PIP, al haber sido arrestado, probablemente por iniciativa del mismo don Federico.

En cuanto al visitante boliviano no hay en la conversación muchos elementos que nos ayuden a identificarlo, excepto porque se trata de un pariente del flamante dictador Barrientos. Pero otro documento en los archivos Schwend nos da una pista: una carta a John, fechada el 6 de mayo, en la que Schwend ofreció al periodista alemán que acompañara al “Dr. Barrientos [sic], primo del hombre fuerte de Bolivia”, durante la gira oficial que este planeaba hacer por Europa (HIS, Schwend Archiv 38/27). Con certeza se trataba de alguien que medraba en los alrededores del poder en Bolivia en una época de consolidada presencia de Barbie en el país andino. En la conversación Schwend se refiere a “B.” como “pariente” de Barrientos; el periodista James Dunkerley (2000, quien cita en este punto a Raúl Peña Bravo, 1971), afirma que el dictador boliviano puso a ocho parientes

cercanos al frente de “ministerios, embajadas o directorios de corporaciones estatales”.

Al inicio de la reunión Schwend pidió a sus interlocutores que no dijeran nombres. Esto indica que la grabación se hacía ex profeso, es decir, no se trataba de algo recogido con micrófonos ocultos sino de un registro voluntario, al menos para Schwend; no sabemos si su interlocutor boliviano sabía que estaba siendo grabado (poco después Roesch mencionaría en sus acusaciones que Barbie se hacía cargo de trasladar las grabaciones hechas por Schwend en el Perú a Bolivia, entre ellas, unas supuestas conversaciones de Schwend con Paz Estenssoro). Sin embargo, a lo largo de la charla, la atención de los interlocutores se relajó: “J.” se refirió en algún momento a “F.” como “Federico”, mientras que “B.” llamó a Schwend por su apellido: son estas intervenciones las que nos han permitido confirmar su identidad. Ciertos elementos de la conversación, como el pedido de agua para el whisky del visitante que hizo don Federico a alguien de nombre “Luchi” (p. 1) o la frase “es mi perrito” dicha después de que se escucharan ladridos que también quedaron registrados en la transcripción (p. 6), indican que tuvo lugar en casa de Schwend, en Santa Clara, un soleado 2 de marzo de 1965.

La grabación comienza con la llegada del invitado: Schwend le ofreció cortesías para ponerse cómodo, quitarse el saco, servirse un trago: “Pida lo que quiera; cerveza, whisky?” A lo largo de la conversación fue clara la posición dominante de Schwend, excepto por un fragmento en que el tema es el militar boliviano Alberto Tabora (la transcripción usa alternativamente “Zaborga”, “Zabonga”, “Zamorga” y otras variaciones que indican que quien la realizó no sabía de quién se hablaba), a quien Schwend quería incorporar a las acciones que acordaba con “B.” pero este se negó rotundamente. Aun con su español imperfecto, Schwend se mantuvo siempre afirmativo, guiando la charla, interrumpiendo, desviando, mientras que el visitante respondía con un exceso de cortesía que denotaba no sólo agradecimiento sino también subordinación. Entre las primeras palabras de Schwend, inmediatamente después de servir los tragos, hubo una especie de congratulación: “El Barrientos debe felicitar, su pariente, por el éxito”. La primera parte de la referencia es obvia; el general Barrientos depuso a Víctor Paz Estenssoro en noviembre de 1964; se vio obligado a establecer una copresidencia con Alfredo Ovando Candía en mayo de 1965 y se estableció como presidente constitucional en agosto de 1966. Estas fechas indican que la reunión se realizó después del golpe de Estado y antes del establecimiento de la copresidencia. Ante la felicitación, “B.” respondió: “Muchas gracias, muchas gracias”, e inmediatamente Schwend contraatacó: “Aunque

la situación no es tan fácil”. “B.”, entonces, nos da más pistas de las fechas: “Bueno, por fin después de doce años se ha podido simplemente abrir una puerta de esperanza [...]”: los doce años transcurridos desde que Víctor Paz Estenssoro asumió la presidencia de Bolivia por primera vez en abril de 1952 y comenzó la Revolución Nacional. Ante la insistencia de Schwend en que “el camino no es seguro”, “B.” aceptó: “Sí, hay mucho que hacer, hay mucho que hacer, hay peligros grandes que se confrontan, sobre todo las posibilidades de politización interna que hacen posible la intromisión extranjera”, en clara referencia a la necesidad de fortalecer acciones de contrainsurgencia, como indicaban los manuales de la Escuela de las Américas y la doctrina de seguridad nacional impulsada por los Estados Unidos.

Fue Schwend quien condujo la conversación hacia temas de negocios. El primero fue “carne del Beni”: proponía a su visitante boliviano la formación de una empresa en Bolivia de producción y exportación de carne para venderla al Perú: “Usted sabe que en el Perú falta carne”, y describió los beneficios del negocio para después preguntar: “¿Usted no ve la posibilidad, digamos de tomar influencia sobre el asunto con su gobierno?”. “Sí, yo creo que es muy posible [...]”, respondió “B.”, pero ante las progresivas elucubraciones de Schwend sobre los beneficios del negocio, el interlocutor se hacía a un lado mediante una especie de declaración de principio: la situación económica de Bolivia impedía que el Estado “pudiera tomar a su cargo empresa alguna en el país; pero sí el Estado Boliviano está en disposición de otorgar las más grandes, estrictas garantías para la inversión de capitales privados”, y seguía con la perorata de cómo los capitales privados eran la única forma en que el “pueblo latinoamericano” podría “salir a la posibilidad de su desarrollo”.

“Cien por ciento mi opinión”, mintió Schwend a continuación. El boliviano retomó el hilo de su filosofía económica y lo aderezó con un poco de reflexión política con la que daba a Schwend el lugar de alemán disciplinado y experto mientras justificaba con extrañas razones que los países latinoamericanos no pudieran ser así:

[...] tal vez por ser pueblos tan jóvenes, aún no conscientes de un concepto estricto de disciplina, de respeto y de orden; muy fácilmente así, tal vez por lo jóvenes que somos, incurrimos en el error permanente de los niños de desobedecer y de querer hacer caprichos.

“Sí”, afirmó don Federico desde ese pedestal que su interlocutor le levantaba. “B.” continuó condenando la intervención del Estado en la actividad empresarial como “demagogia”, una demagogia orientada a convertir

los objetivos económicos en objetivos políticos subordinados (“subalternizados”, dijo) a los de “determinado régimen”.

Schwend prosiguió su pesca. Ya que no habría inversión estatal boliviana, sondeó: “¿Y qué piensa Ud. Dr. [si] formamos una compañía mixta [...], particular, Boliviana-Peruana?” “B.” creyó factible la inversión privada boliviana aunque preguntó si esta podría darse en especie dada la ausencia de liquidez de los ganaderos de su país. Esta respuesta, sin embargo, conectó algo en el cerebro de Schwend que pasó directamente a un tema específico: una consulta sobre un frigorífico en particular y, luego de la vaga respuesta, concretó su necesidad de información “sobre dónde comprar, yo puedo explicar una carta”. “J.” interrumpió en ese momento: “Federico [rompiendo el protocolo respecto a mencionar nombres], ¿esta es la carta que buscas?”. Quien transcribió la charla registró en este momento “ruido de sillas”; Schwend estaba dando el documento a “B.” y pidiéndole que lo estudiara en su oficina. Entonces, como siguiendo un modo de pensamiento aparentemente basado en la asociación libre de ideas, aprovechó para aconsejarle que cambiara de oficina, lo que significa que Schwend y “B.” se habían encontrado antes en La Paz. El visitante pareció no entender el comentario de Schwend sobre su oficina. Comenzó por aceptar que se trataba de un mal lugar, siempre cuidadoso de no contradecir a don Federico, pero este iba hacia otra parte. Con rodeos por momentos incomprensibles, le indicó a su visitante que en La Paz estaba rodeado de peligros relacionados con transacciones de armas entre Yugoslavia y Bolivia emprendidas por elementos que parecían convertirse en amenazas para “B.” En sus intervenciones, Schwend utiliza constantemente una muletilla característica del habla peruana: la palabra “ya” en su forma de interjección coloquial (no adverbial), como puede verse en lo que dijo a continuación (en lo que sigue citaremos fragmentos del diálogo; los puntos suspensivos no encerrados entre corchetes pertenecen a la transcripción y pueden denotar tanto partes inaudibles en la grabación como frases y nombres censurados por el transcriptor, probablemente por instrucción de Schwend; los puntos suspensivos encerrados entre corchetes son nuestros):

F.- [...] Nosotros hemos tenido de Bolivia, ya?, una esencia [probable error de transcripción; debe haber sido “experiencia”], ya?, un [po]quito desagradable. Uds. Han tenido una fuerte importación de armas de Checoslovaquia y de otros países rojos; y cuando usted tiene una oficina donde tiene una puerta completamente conectada con la suit.

B.- O sea que el comedor está ahí mismo.-

F.- Muy cerca, ¿me entiende? ¿Ud. conoce estos antecedentes?.-

B.- Sí conozco las importaciones que se han hecho durante

F.- ¿Ud. conoce los antecedentes?.-

B.- De este asunto concretamente en detalle no, en detalle no.

F.- No vamos a decir nombres, ¿me entiende?.-

B.- Ya.-

F.- La persona nació en Tacusha, Yogoelavla [sic]; este persona viajado a Bolivia, ya?, prometerle a su Estado mercadería doscientos sesenta mil dolares, ya?, y es en la cabecilla, metido, en el apartamento de los Álamos y que un ..., donde aquí de momento se forman contra, Ud. puede pensar quién.-

B.- No sólo eso hay, sino que ahí también está la otra persona.

F.- Si, si; yo dije, este es de una cadena, ya?, una cabeza. Tenemos herencia mejor todavía de Bolivia; yo crea, yo entiende, esto no conviene Ud. y menos el Estado acá.

B.- Debido a

F.- En un tiempo; Shasomits conoce Ud.?.

B.- Shasomits, Guillermo.-

F.- Treintiséis años, boliviano, padres yogoelavlos; vive actualmente también aquí con una gran herencia, una gran posición; fue en el año 53, 56 en Chacavia, en Yugoslavia como estudiante; habla correctamente español y croata, y trabajaba en el Control Político, traductor en La Paz, en el mismo momento fue traductor de la Embajada Yogoelava, y proporcionaba su experiencia, sus informaciones, donde sacaba de Ud. a los yogoelavlos, ¿me entiende?; quiere que sea escabista [sic].-

B.- Claro.-

F.- Es muy fácil, yo trabajaba aquí para llevar acá.

B.- Claro.-

F.- Eeh, punto débil, jugaba naipes; él jugaba "captan" bajo cincuenta mil dólares Dr., cincuenta mil dólares.-

B.- ¿Noche?.

F.- De noche. No cinco dólares. Juntos con el señor Helabert, Ulbich, él jugaba antes de dos años, hecho estafas y jugaba en La Paz; esta persona es actualmente en Lima. Después tiene usted otra persona, cincuenta a cincuentidos años, también en Lima, estafador de, en el año 48 fue, por actividad comunista, expulsado de Suiza, habla francés, inglés, español y yogoelavo; viaja a Bolivia 58, fue nombre de un rumano, donde vive actualmente todos los nombres, ya?, como Gerente del Banco Comercial Industrial de La Paz. Los dos han, con manipulaciones, estafa,, uno de

ellos fue Capitán de Arma [...] en Argelia; los dos están muy amigos y trabajan actualmente en Lima. Después otra persona, donde es en esta anillo, ex ... Transcontinental, y debe al Estado boliviano trescientos mil dólares; después esta persona donde vive frente de su oficina y algunos otros más. Yo estoy seguro.-

B.-

F.- ¿Me entiende?.-

B.- Si.-

F.- No quiere más expresionar. Ahora yo creo, ya?, yo creo, no sé, yo soy persona particular, ya?, hay posibilidad, hay motivos, motivos bastante fuertes y Ud. puede reclamar la Policía la actuación; como están asuntos ..., ya?, no vamos a tener dificultades. Si Ud. en estas personas en Bolivia, puede Ud. resolver un gran problema. [...] yo conoce una persona en el Estado de Perú, donde puede usted confirmar hay en Bolivia catorce depósitos de armas donde Uds. no conocen; estas armas, una parte, la gente vende; actualmente hay fuerte comercio entre Bolivia y Perú, por dos, hasta tres toros, toros, toritos, ya?, se puede conseguir la ametralladora más moderna que hay.-

B.- Sería muy interesante actuar-

F.- Lógico, lógico.-

B. Podríamos inmediatamente formar ..-

F.- Mira, yo no sé hasta dónde alcanza su confianza a nosotros hoy día; sólo una cosa es conocida de mí, yo soy anticomunista, anticomunista muy fuerte... A mi prefiere mucho hablar con una persona, élla vive actualmente en La Paz, posiblemente Ud. conoce, venía a proporcionar informaciones muy interesantes y fuera de estas está preparando el camino de su país; es una persona que tiene mucha influencia.

J.- ¿Usted conoce a esa persona?.

B.- Es decir, por sus indicaciones, es un ex-militar, ya, se sabe que esta persona es uno de los muy inteligentes.

F.- No siga, puede contradecir, para explicar cuando...

B.- ¿No es el Mayor Zaborga?

Armas, depósitos ocultos en Bolivia, comercio internacional con países “rojos”, deudas contra el Estado, conspiraciones con yugoslavos y rumanos, el nombre de Alberto Taborga, de quien sabemos gracias a la CIA que estaba involucrado en el tráfico internacional de armas y en las actividades de la extrema derecha en Bolivia. Nos hemos encontrado antes con él, precisamente a través de las acusaciones de Roesch y los informes del resentido

verno de don Federico, José de Oliveira, de los que la CIA mantuvo la documentación que conocemos.

Junto con el venezolano Fernán Altuve, Schwend y Herbert John contrabandearon armas. A lo largo de la críptica y entrecortada transcripción de esta charla van apareciendo las operaciones de Schwend y Barbie entre Perú y Bolivia, sus contactos con personalidades de altas esferas militares en ambas naciones, sus intereses en el comercio —y tráfico ilegal— de armas. El contenido de la conversación indica que Schwend y Taborga se conocían al menos desde 1959, cuando el boliviano recién comenzaba a adoptar una posición anticomunista, al parecer —así lo da a entender “B.”— por influencia de don Federico; hasta entonces, Taborga había permanecido al interior de la esfera política del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), el partido de Paz Estenssoro y Siles Suazo que realizó la Revolución Nacional en Bolivia entre 1952 y 1964. Si la relación entre Schwend y Taborga databa de 1959, es probable que también se hubiese iniciado el tráfico de armas desde entonces.

Antes del triunfo de la revolución cubana, América Latina no parecía el mercado más prometedor para el negocio de las armas; de ahí los tratos con Indonesia y China en los que participaron Schwend y Herbert John. Pero ahora, en marzo de 1965, la desconfianza de “B.” respecto de Taborga parecía interponerse en los planes de Schwend, que aún lo consideraba un recurso valioso.

El plan de Schwend quedaba claro en esta conversación que versó, en realidad, alrededor de alguien que no se nombró nunca: Barbie (o Altmann). Schwend hizo referencias a un tercero que viajaba constantemente entre La Paz y Lima. Durante los años previos de democracia en Bolivia, Barbie no tuvo buenos vientos en La Paz —aunque había sido el propio Siles Suazo quien había legalizado su residencia en Bolivia—. Pero la deposición de Paz Estenssoro y la instauración de la dictadura militar con Barrientos a la cabeza llevarían a Barbie de nuevo a la cumbre y las perspectivas de negocios de Schwend en sociedad con él crecerían exponencialmente. Más aún si había, además de ganancias jugosas en juego, una justificación “política” en el “combate contra la subversión”. Se había impuesto la figura política de la seguridad nacional y hemisférica orquestada por los Estados Unidos a través de la CIA, el Departamento de Estado y otras agencias, que llevó al continente sudamericano al más terrible momento de su historia: la era de las dictaduras militares y la operación Cóndor en las décadas de 1970 y 1980. El plan que comenzó con la propuesta de instalar una empresa agropecuaria —tal como Schwend venía trabajando desde su llegada al Perú

con su granja pollera—, convertía vacas en metralletas. La carne era una cobertura para explotar los depósitos de armas que según Schwend —lo que supo seguramente a través de Barbie y quizás del propio Taborga— había en Bolivia, y en ese plan Taborga era el intermediario de confianza en el país altoandino. Pero “B.”, el nuevo interlocutor boliviano, representante (y pariente) del flamante dictador, no confiaba en él. Al llegar a este tema la conversación cambió por un momento de tono: fue el boliviano quien adoptó una posición activa para demostrar a Schwend por qué no debía confiar en Taborga:

F.- Conoce todos los antecedentes, no?

B.- Yo le voy a referir los antecedentes a Ud.

F.- Ya.

B.- Y tal vez incluso yo los reconozco.

F.- Y esto no se oculta, ya, y luego ampliamente puede expresar lo que ha sostenido, puede decir todo lo que hemos hablado, lo que hemos aquí hablado; sólo él puede traer informaciones muy interesantes, él puede visitar exactamente a esta persona..., los viajes desde su país es muy frecuente.

B.- Lamentablemente él no goza ni de la más mínima confianza del Gobierno.

F.- No importa, no importa eso.

B.- Y mejor dicho, en ningún momento y por ninguna razón le pudiera otorgar la posibilidad siquiera de cruzar ...

F.- Entonces no se puede comprender con el Gobierno.

B.- Y entiendo mucho que el Mayor Zaborga ni siquiera puede tener la posibilidad de acercarse al Gobierno, y más aún todavía que ni siquiera a él le fuere permitido por el Gobierno —no sólo por este sino por muchos otros gobiernos más seguramente—, ni siquiera se le permitirá el chance de cruzar contra luz roja...

F.- He comprendido, porque veo no me ha comprendido completamente, quizá tenía conexión del Mayor con personas que Ud. no hace mucho hablaba.

En este punto interviene “J.” para tratar de suavizar lo que parece una acusación de Schwend contra “B.” Poco después, “B.” insiste:

B.- [...] El Mayor Zamorga con su prédica de anticomunista que le ha surgido de 1958 a esta parte —es probable que un día sea anticomunista, eso no voy a discutir—, pero no utilizó ese eslogan porque no lo consideró oportuno, pero empezó a utilizar del 58 a esta parte, —porque todos recuerdan que el año 59 cuando estuvo acá en Lima tuvo cierta oportunidad en la cual tomó

contacto con Ud.—, entonces el Mayor Zamorga empezó a tomar con mucho énfasis la posición anticomunista y hacer girar alrededor de esa postura anticomunista, la posibilidad de tomar posiciones preeminentes o por lo menos de expectativa dentro de la política de oposición en Bolivia. Es en esta virtud que empieza el Mayor Zaborga a hablar con muchísimas gentes del peligro comunista. En última instancia, pero eso es anticomunismo...

F.- Ya, después ha cambiado.

“B.” sabía que Taborga y Schwend se habían reunido en Lima en 1959 y habría sido bajo la influencia de don Federico que Taborga adoptó una posición anticomunista. Pero “B.” ahora le explicaba a Schwend que esa postura política en Taborga era sólo aparente:

B.- [...] A éste no le importa el comunismo ni el anticomunismo.

F.- Le interesa el poder.

B.- Lo que a él le interesa es llegar al poder. Y el es capaz, de suyo, de postrarse, de arrojarse [sic], de desvestirse, de vestirse otra vez y hacer todo lo que Ud. desea y salir, después de eso [fin de línea cortado] (golpe sobre la mesa) está buscando nuevamente el poder. No le interesan las humillaciones, no le interesa absolutamente [fin de línea ilegible, cortado] le interesa llegar al poder; luego no le interesa ni tiene n[ingún] concepto de lealtad ni de respeto en su afán por llegar al p[oder]. Elocubra [sic] una serie de planes conspirativos. Estuvo el año 59 [fin de línea cortado] su famosa tesis de la campaña de incursión a Bolivia por el [fin de línea cortado] otra tesis, bueno no me acuerdo.

Una descripción interesante: en un sujeto con el que Schwend negociaba y en quien confiaba para montar una operación de contrabando de armas bajo la cobertura de una empresa de importación y exportación agropecuaria, mostraba características que podríamos atribuirle al propio Schwend. Sus socios de negocios, entonces, parecían tener un perfil común, desde Gyssling antes de la guerra hasta Taborga y Barbie en los años 60 y 70, pasando por el *staff* de la operación Bernhard; Glavan y otros desde entonces y hasta los años sudamericanos, Campos Montoya y Artola en las fuerzas del orden del Perú, los Miró Quesada, su yerno Oliveira, Herbert John, Barbie y los ex nazis... El recuento podría no terminar. La constante siniestra en los allegados de don Federico era la *disposición para la trampa*.

La descripción de “B.” de los planes de doble vía de Taborga continuó. Hay un párrafo interesante porque muestra una especie de conspiración

o grupo encubierto de presión, probablemente de militares, detrás de los gobiernos constitucionales sucesivos de Paz Estenssoro y Siles Suazo, entre 1952 y 1964, los doce años a los que “B.” se refirió al principio de la charla, y que en la historiografía boliviana representan los años de la Revolución Nacional, época en la que bajo el liderazgo de estos dos miembros del MNR se inició la transformación social y económica de Bolivia representada por una profunda reforma agraria, por la garantía constitucional de participación política —el sufragio universal— dada a amplios sectores de la población históricamente marginados, explotados, olvidados, en especial las poblaciones indígenas y las mujeres; por la legitimación del movimiento obrero boliviano bajo la dirección de líderes como Juan *Lechín* Oquendo —quien también es mencionado en la charla de Schwend con “B.” y “J.”—, y por el sometimiento al control del Estado de los recursos naturales, entre otras significativas medidas de cambio.

Naturalmente, como sucedería después en el Perú con el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas (cuyas políticas tenían una clara resonancia de la revolución boliviana), los sectores afectados por la revolución fueron aquellos ligados con la cuna tradicional del poder: los intereses económicos británicos y estadounidenses en la minería del estaño y una oligarquía aristocrática y anticuada, dormida en sus privilegios, soportada por la incuestionable institución de una servidumbre poco menos que esclavista y protegida por el sector militar, que había sido fuertemente debilitada por las consecuencias de la crisis económica de los años 30 y de la Guerra del Chaco (Dunkerley, 2000, pp. 3 y ss.). Aquel 2 de marzo de 1965, en casa de don Federico, “B.” confesaba lo que podría ser leído como los preparativos del golpe que puso fin a la docena de años que Bolivia vivió bajo los gobiernos del MNR, y en este contexto acusaba a Taborga de traición:

B.- Mire, él tenía, buscó la posibilidad de incrustarse en este conjunto reducido de cuatro o cinco personas....; bueno, consiguió incrustarse, sorprendió la buena fe de los otros tres o cuatro restantes excepto la mía; y como yo era finalmente el depositario y el ejecutor de todas las cosas más reservadas de este conjunto, entonces él no pudo llegar a estas cosas reservadas; y cuando las cosas de orden general las pudo conocer, él ya inmediatamente quiso ya erigirse el gobernante y al final acabo incluso, incluso traicionándonos.

F.- Quiere decir, cambió.

B.- Por último viajó a Bolivia, se regresó otra vez, otra vez fue a Bolivia y esta vez que regresaba en Tacna no lo dejaron entrar; me llamaron por teléfono de Tacna, yo hablé con el Prefecto de Tacna e inmediatamente le permitie-

ron ingresar hasta Lima; vino a Lima éste y se hizo que no me vio la cara; total, fue otra vez a La Paz y acabó poniéndose al servicio de Paz Estenssoro, consiguiendo... para la supuesta campaña anticomunista y para lograr y para tratar de tener poder.

El grupo “de cuatro o cinco personas” al que “B.” se refirió y al que él mismo perteneció, podría ser el de los generales que acordaron la destitución de Paz Estenssoro, mencionados en un cable secreto de la CIA del 31 de octubre de 1964: “General Hugo Suarez, jefe del ejército; General Alfredo Ovando, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, y Vicealmirante Alcides Sarpience Zelaya, jefe de *staff* de la Fuerza Ribereña y Lacustre”; “B.” podría ser el cuarto en cuestión, no mencionado en el cable de la CIA; Taborga sería, entonces, el quinto. Después de esta explicación de “B.” sobre la traición de Taborga, Schwend aún insistió pues realmente contaba con él en Bolivia: “Doctor, Ud. podría comprender”, le dijo; “el Zamorga [sic], cambiaba la bandera, e[s] el único medio, Ud. sabe, y en este lado seguir a él como instrumento, ya se puede utilizar, explota Ud. la plataforma de esta actividad”. Pero “B.” no aceptó. Por más que don Federico proponía “utilizarlo”, las únicas respuestas enfáticas, no sumisas que “B.” le dio durante la conversación fueron las negativas a trabajar con Taborga. Sabía que un individuo tan inteligente e inmoral sería peligroso, terminaría por llevar el agua a su propia chacra, si lo que tenía entre ceja y ceja era el poder en Bolivia —en una época en que parecía tan legítimo acceder a él por la vía del golpe como por la electoral, y mucho más económico—.

Durante los siguientes minutos de la conversación, en los que no hubo intervenciones de “J.”, Schwend y “B.” bajaron la voz —el transcriptor escribió entre paréntesis “inaudible porque hablan en voz muy baja”—, quizá como reflejo inconsciente de los temas que trataban, pero esto impidió que la grabación registrara completamente lo que decían. Hubo alguna demostración de poder de “B.” que ponía a Schwend contra la pared al decirle “[...] cómo yo sé que Zabonga había sido amigo de Ud. y que tomaba parte con Ud. en 1959. Bueno pues”. Vinieron algunas intervenciones entrecortadas de ambos, y luego la transcripción registró a “B.” diciendo: “....., yo sabía que venían todos los cajones de aquí.” Luego, a la luz del descarte de Taborga como intermediario, ambos comenzaron a mencionar a “el otro”. Creemos que cuando hablaban de “el otro” se referían alternativamente a Paz Estenssoro y a Barbie, según el contexto, como se verá a continuación. Es probable que a partir de este momento Schwend ofreciera a Barbie como alternativa para la intermediación que estaban buscando. En la última línea de la página 9 de la

transcripción no se lee la identificación del hablante; el documento debe haber sido fotocopiado con prisa, sin notar que la esquina inferior izquierda de cada hoja estaba doblada. Hablaban de la posibilidad de que Schwend brindara a “B.” una prueba de algo, prueba que Schwend afirmó tener; el comentario apócrifo, seguramente de “B.”, fue: “..... como vendedor de contrarevolución.”. Don Federico rió después de esa ocurrencia y cambió el tema: “Ja, ja. Perdón, otra cosa. Uds. tienen prueba del otro dónde saca, ¿me comprende?”. La respuesta de “B.” indica que al decir lo anterior, Schwend habría hecho un gesto con las manos, seguramente el de frotarse las llemas de los dedos índice y medio con el pulgar que indica “dinero”:

F.- ¿Ud. sabe dónde tienen?.-

B.- Tiene en México y tiene en Suiza.-

F.- ¿Sabe en qué Banco?.-

B.- No sé, exactamente no le podría decir.-

F.- ¿Siquiera en qué parte está?.-

B.- No, el zorro no habla; talvés sepa de algún Banco. En cuenta, sobre todo en Suiza, no?-

F.- Si. ¿Fuerte?.-

B.- Si, Paz Estenssoro personalmente tiene....-

F.- Cuánto?.-

B.- Muy fuerte.-

Así, Paz Estenssoro, que en el momento de esta conversación se encontraba exiliado en Lima, era uno de los objetos de la conversación, lo que resulta coherente con las acusaciones que conocemos que vinculan a Schwend y a Barbie en un complot para asesinar al ex presidente boliviano. Luego de evaluar los recursos financieros de Paz Estenssoro, Schwend preguntó por qué Bolivia no estaba solicitando su extradición al Perú, a lo que “B.” respondió que era prematuro hacerlo, pero que sucedería más adelante. Entonces Schwend cambió nuevamente el tema de la conversación. Diríamos que fue por fin al grano y con ello asumió nuevamente la batuta del encuentro:

F.- Ya, como decía, ya?, ¿me entiende?, muy interesante para los dos países, ya?, limpiar esta cantidad de depósitos, si conoce la cantidad exacta, ya?, donde están estos días en Bolivia, porque ello ha venido del mercado negro infiltración a Perú. Yo da a Ud. la posibilidad comprar sus propias armas cuando quiere.

B.- ¿.....?.

F.- Ya. En cantidad, tal vez hay lotes de doscientos [sic] ametralladoras [en] el mercado.-

B.- ¿En Bolivia?.-

F.- No, en Perú.-

B.- Ah, en el Perú.-

F.- Ya, vienen de Bolivia, se ofrecen en Bolivia.-

B.- Lo interesante sería dar con los mismos arsenales, no?.-

F.- No. Esto el Ejército es fiel actualmente, no se sabe hasta cuando, ¿me entiende?, hablamos como está el mundo. Sólo que existe, escuche bien, existe una cantidad de depósitos de armas, ya?; ya sé definitivo, definitivo, ya sabe exacto. Ahora, esta gente donde tiene en vigilancia depósitos, estas son armas tal vez robadas, ¿me entiende?, y además donde infiltrado, ya?, Uds. Tienen infiltración fuerte en La Paz mismo, mezclado con la gente, ya?, como instigador, ya?; y Uds. Tienen infiltración sobre una persona en Santa Cruz. Estos depósitos es tán [sic] peligroso para su futuro o actual gobierno de Bolivia. Eliminar esto, en limitado podemos eliminar, ya?, comprando estas armas; sólo es mi idea, fue, y esto ... su país igual como acá, ya?, limpiar esos sitios, agarrar esos depósitos.-

El meollo de la reunión era la disposición de armas que habían sido ingresadas ilegalmente al Perú desde Bolivia y que representaban sólo una parte de un número mayor que se encontraban ocultas en diferentes depósitos en el territorio boliviano. La conversación volvió al tema:

F.- En su casa, ¿me entiende?, tienen depósitos, está más Y aquí llegan nuevecitos con munición; quiere Ud. comprar, pueden proporcionar la

B.- ¿Cuántas

F.- Necesitamos, pongamos cien

B.- Cien livianas, cien escopetas ametralladoras encajonadas y con repuestos, la mayoría dijeron sesenta mil soles, mil quinientos más o menos.

F.- ¿Cada unidad?.-

B.- Liviana mil quinientos, es una cosa digamos ; el fin es llegar a los depósitos, porque ellos han ofrecido una cantidad.-

F.- Ud. sabe Dr. cómo venía la plata del armamento de los milicianos, de los mineros.-

B.- (ruido de botellas). Por eso es que le decía, que para nosotros es importante y vital el negocio ... formando como se sugiere una compañía Peruano-Boliviana de la carne.-

F.- No, esto va a ser muy fácil, ¿entiende?.-

B.- En esto no hay problema, sobre este otro asunto yo preferiría hablar[lo] más bien dentro de, ya Ud. conoce mi pensamiento, y tiene Ud. [inicio de la última línea ilegible por el doblez del papel] personal de relaciones, tanto como bolivianos, si puede valer en ... algo en condición de funcionario.-

F.- Si.-

B.- Tiene vinculación al gobierno, personal, y enúltima [sic] instancia mi calidad profesional también,-

F.- Y conviene a los dos países, ¿me entiende?, conviene en absoluto.

B.- Sí, don Federico, pero con capitales privados.-

F.- Si, si, lógico, muy sano.-

B.- Pero don Federico, eso .. en la cuestión comercial; pero detrás de eso cabe la libertad de acción que tenemos por lo que somos comerciantes, y en el trato peruano-boliviano no hay ninguna dificultad ni nadie tiene que preguntar por qué hay esos tratos tan directos, en la carne.-

F.- No, hasta aquí no hay dificultades.

B.- Eso es en la carne, detrás de eso nos movemos para la cuestión de-

F.- Sí, esto es importante para Bolivia.-

Luego de confirmar la cobertura del tráfico de armas mediante el comercio pecuario, "B." introdujo el tema de su propio papel en la desarticulación del movimiento sindicalista dirigido por Lechín ya en 1952:

B.- [...] yo tengo experiencia, he manejado inclusive, yo antes, en 1952, yo fui abogado de la Compañía Málega [sic], ... para mayo pude manejar en absoluto toda la cuestión interna, pude limpiar precisamente todo ese peligro comunista, todo ese peligro de agitación permanente que había en la firma, tanto que cuando el 52 subió el régimen [el MNR] al gobierno, entonces Lechín creaba desórdenes por la nacionalización de las minas; pues no pudo ni aún en ese clima de desorganización general, no pudo Lechín imponer su directiva en los sindicatos que trabajaban en esa firma.-

A esta muestra de la capacidad operativa como rompehuelgas anticomunista de "B." siguió una serie de comentarios y burlas sobre el derrotero seguido por Lechín durante la docena de años revolucionarios, en los que pasó de aliado fundamental del MNR y articulador del sindicalismo minero e industrial boliviano en el proyecto revolucionario, a burócrata (así se lo describió "B." a don Federico) del proceso político que fue dominado por Paz Estenssoro. Interesado en Lechín, Schwend preguntó si representaba

algún peligro ahora, en el contexto del gobierno militar, y “B.” respondió que después del rompimiento entre Paz Estenssoro y Lechín, en 1964, el líder obrero ya no podía representar peligro y que era utilizado solamente como cara visible de una coalición comunista que lo manipulaba pero que respondía a intereses externos. “B.” explicó que la ruptura entre Lechín y Paz Estenssoro tenía su raíz en el hecho de que este no había respetado la promesa de postular a Lechín en 1964. Mostrando un amplio conocimiento del contexto político boliviano, “B.” se extendió también en la forma en que Paz Estenssoro se fue orientando cada vez más hacia la cooperación con los Estados Unidos y a la limitación de todo comercio internacional con esa potencia, durante el periodo en que fungió como embajador estadounidense el conciliador Douglas Henderson:

B.- [Paz Estenssoro] acaba como quien además le dá una grande victoria a Hendelsón [sic, se refiere al embajador estadounidense], acaba por convertirse en el defensor, no ya de un régimen democrático, sino de un imperialismo, de un imperialismo cerrado y recalcitrante, tanto que incluso prohíbe la importación de todas partes del mundo, del único país de donde se podía importar era de los Estados Unidos. De modo que se entrega Paz Estenssoro así y en ese momento la izquierda comienza a trabajar violentamente, y ya son esos nuevos dirigentes, esos nuevos agitadores de mal paquete que crecen, que maduran, los que dominan a las masas obreras, sobre todo en las minas, y se reparten y consiguen influencia en la masa minera, se reparten entre esos sectores, entre los trotskystas [sic], entre un grupo del sector volchevique [sic] y otros que siguen la línea de la China Comunista, y finalmente hay otro frente que son los castristas; sin embargo todos estos se fusionan como ... de izquierda, cierran filas en ese momento, cierran filas y obedecen a una sola directiva, logran perfectamente un frente combativo de primera línea. Entonces lo toman a Lechín, como ninguno de ellos puede actuar, ninguno de ellos no tiene ese volumen político, entonces buscan alguien que tenga ese volumen político, ahí lo agarran a Lechín y lo sacuden, le quitan el polvo a Lechín, y Lechín es el líder Lechín otra vez; [inicio de última línea ilegible] en el momento en que éstos le quitaran la confianza [a] Lechín, Lechín cae, cae, Lechín ya no es dueño de eso, Lechín es el instrumento de esos agitadores, ya?.-

F.- Si, si.-

B.- Lechín ya no es..-

F.- El hombre-

B.- Lechín ya no domina, Lechín es dominado por éstos, esa es la diferencia.-

F.- Si solo ...-

B.- De modo que son esas bases, descabezándose esas bases, ideas, entonces caen todos.-

F.- ¿Ud. no ve peligrosos a los mineros?, para el futuro gobierno?-

B.- Descabezados, descabezados ellos, todo-

F.- Ya, ¿descabezado?. ¿Quién es el culpable..?.

B.- No son más de dos docenas de agitadores.-

F.- Si, sólo cuando se saca esta gente de la revolución con los mineros.

B.- No, porque si ellos, si Ud. los agarra sorpresivamente en una acción violenta de conjunto, entonces ya no hay nadie más quien lo organice.

“B.” se extendió describiendo la acción violenta, incluyendo asesinatos, que podría tomarse para la desactivación de esa coalición comunista e incluso llegó a esbozar otra estrategia que don Federico aplaudió: la compra de conciencias de esos líderes o “agitadores”: “importante es comprar agentes en todas las batallas”, asintió don Federico, y dejó que continuara explicando el cuadro de desarrollo que el gobierno de Barrientos utilizaría para una Bolivia que los doce años de Revolución habían dejado “empobrecida”. Una vez expuesto el método, que consistía en la desnacionalización de la minería, la marcha atrás al reparto agrario y la urbanización del campesinado indígena, todo a través del acceso a créditos internacionales, Schwend volvió a encauzar la conversación hacia sus propias preocupaciones: ¿qué peligro representaba para la Bolivia de Barrientos Paz Estenssoro, en esos momentos en Lima? Logró sacarle a “B.” que sería indispensable deshacerse de él, pero insistió en lo relacionado con el desarrollo económico y la necesidad de inversión, sobre lo que ofreció a Schwend todo tipo de beneficios si se decidía a invertir en Bolivia, incluyendo la exención absoluta de impuestos a sus inversiones. Pero “B.” insistía en llevar un plan de negocios a su gobierno como propuesto por don Federico, y este en tres ocasiones consecutivas se negó a que su nombre fuera mencionado. Aquí se dio una nueva intervención de “J.”, que parecía encargado de reorientar las divagaciones del boliviano al asunto que les interesaba a él y a Schwend: “El planteamiento cívico-militar también acepta”, preguntó “J.” en referencia, muy probablemente al negocio con las armas. “[...] También sería muy interesante, en cuanto a su costo para este plan de financiación, que sería en realidad plan de financiación”. Aquí termina la página 20 de la transcripción; sigue la 22, no hay copia de la 21 y se acerca el final de la reunión. El resto ha sido reiterar lo conversado y despedir al invitado hasta nuevo encuentro. Schwend le ha dicho que sería representado por alguien más,

pues él no puede aparecer ante el gobierno boliviano, aunque nunca queda claro por qué.

No puede dejar de llamar nuestra atención la existencia de depósitos de armas, probablemente de origen checoslovaco o de “otros países rojos”, como reclamaba Schwend al inicio de la reunión, dispersos por el territorio boliviano; nos recuerda las redes y arsenales *staybehind* o de retaguardia creados por los Estados Unidos en operaciones encubiertas como Kibitz y Gladio en Europa, a la espera de una invasión soviética que dejara a los países de Europa occidental detrás de líneas enemigas. McSherry ha documentado detalladamente el uso que grupos golpistas y de ultraderecha dieron a estas armas ocultas en Grecia, Italia, Turquía y Austria, contra partidos y movimientos guerrilleros de izquierda, sin esperar a la amenazante invasión soviética (2005, pp. 39-40). De alguna manera, lo que sucedió en Grecia tres años después, tras el “golpe de los coroneles”, parecía estar siendo puesto en práctica ahora en Bolivia y el Perú. Las relaciones entre estas armas ocultas, “disponibles”, como las presentaba Schwend, para que los bolivianos pudieran comprar “sus propias armas”, y grupos neonazis y fascistas como Ordine Nuovo y Avanguardia Nazionale en Europa, grupos que después participarían en la operación Cóndor y en el escuadrón de cacería y asesinato los “Novios de la Muerte” de Barbie, son también importantes, especialmente a la luz de dos tesis de McSherry: la primera, que los antecedentes de la operación Cóndor se hundan en la doctrina de seguridad nacional y hemisférica que había llevado a los Estados Unidos a crear esa logística de retaguardia en Europa —cuya táctica se dictaba desde la OAS argelina y la operación Fénix en Vietnam—, y la segunda que el estilo de operar de Cóndor se inició antes de que su sistema de colaboración internacional fuera “formalizado” en noviembre de 1975. Una de las redes *staybehind*, en Austria, fue dirigida por uno de los grandes cómplices de Schwend, el Dr. Willy Höttl, ni más ni menos. Mc Sherry describe:

Las redes paramilitares encubiertas (conocidas como Gladio en Italia, Operación Stay Behind en el Reino Unido y Piel de Cordero en Grecia, entre otros nombres) abarcaron incluso países que oficialmente eran neutrales. Incorporaron miembros de varios servicios de seguridad así como guerrilleros anticomunistas, redes fascistas y ex nazis”. (2005, p. 38)

Así, esta conversación en casa de don Federico nos permite evaluar el nivel de participación que él y Barbie tuvieron en el proceso que culminó con la derrota del MNR en Bolivia y su sucesión por un tren de

dictadores que duró hasta 1982 y que convirtió a Bolivia en el paradigma del narcoestado.

Los archivos de Schwend muestran rastros de su trabajo de inteligencia y espionaje en notas personales en relación con la situación boliviana. Una de ellas describía la situación en Chile y Bolivia:

Situación en Chile, ingreso de armas por dinero, para el sur y por Bolivia para el norte [...] Situación en Bolivia: Embajada rusa y UNI cerca de 50 hombre de ahí dirigidos. El gobierno conoce los asesinatos ejecutados y no puede hacer nada. Torres sin poder. Mineros han sido fuertemente abastecidos de armas. Lechín y Mono [Paz Estenssoro] meten baza” (HIS, Schwend Archiv, 38-27).

Naturalmente, estos informes estaban relacionados con la posición de Barbie, que durante el breve gobierno de Torres (de octubre de 1970 a agosto de 1971) vio mermadas sus oportunidades y tuvo que refugiarse en Lima con Schwend, para volver a La Paz en tiempos de Banzer y recuperar, con creces, el terreno perdido. Depuesto por Banzer, Torres sería asesinado por la operación Cóndor en Buenos Aires.

CONTRAINSURGENCIA

Una crítica carta en el archivo Schwend da otro ejemplo de sus operaciones con armas e inteligencia. No es posible saber si la carta representa un intercambio del propio Schwend utilizando pseudónimos, o si se trata de una pieza interceptada a través de sus contactos con los servicios postales y la policía, pero cualquiera que sea el caso, es un documento revelador de los modos de operación de Schwend desde antes de la guerra, a través del juego doble y la manipulación de los contendientes de un conflicto. Fechada en Trujillo el 24 de mayo de 1965, se dirigía a una “Estimada tía Susana”, probablemente una clave para Klaus Barbie; los fragmentos que citamos a continuación presentan subrayados que aparecen así en el documento original, probablemente hechos a mano sobre el papel, con regla y lapicero (no son los subrayados tipográficos de la máquina de escribir y algunas palabras tienen doble subrayado; hemos respetado los errores

ortográficos; los puntos suspensivos que no aparecen entre corchetes son también del original):

[...] En primer lugar ella [la señorita Wu] estaría encantada de que se le tome buenas *fotos*, ya que como toda chica [ilegible] y ambiciosa le gusta recibir una halagadora *publicidad*... No le importa en tal sentido, la opinión íntima del fotógrafo sobre ella, así como tampoco las opiniones y posiciones del especialista y nuestra tía. Si fuera simpatizante o no, si fuera neutro y hasta hostil sería bienvenido, pero....., el caso es que no quiere que venga él por otras razones ... No le tiene ninguna *estimación profesional*, dice que no es un buen profesional, que inventa cosas, contrastes, por fin que no es un honrado en su profesión... Lo considera como un farsante, como un sensacionalista ... Quiere uno que aunque fuese enemigo de ella, relate "*toda la verdad y nada más que la verdad*". Sólo así quizá *no halla* problemas.

Con respecto a las máquinas de escribir no hay ninguna esperanza, porque hemos llegado *muy tarde*. Los clientes tienen *todo lo que necesitan*. *Reciben* y van a *seguir recibiendo lo que les hace falta*. Además ... tienen algo así como *lazos "sentimentales"* con los *abastecedores* y compromisos anteriores que *no admiten competencia*... No son gangas lo que reciben, son verdaderos *regalos, obsequios, de magnífica calidad* y con servicios de *entrenamiento, mantenimiento, asistencia técnica con abastecimiento permanente de repuestos*, sin que ellos tengan que molestarse por nada en lo que *respecta al transporte de la mercadería*.

Sin embargo, por otro lado, expuse mi punto de vista, es decir, que a mi modo de ver la compañía no trabajaba de manera racional y que las actividades eran más bien espectaculares y no eficaces. Insinué que el verdadero trabajo debería consistir en formar pequeños grupos bien entrenados y realizar operaciones relámpagas para apoderarse del mercado de manera táctica... La idea no causó ninguna sorpresa. Es exactamente lo que se está preparando, pero, existen razones de coordinación "muy general" y de escala por lo menos continental lo que les *impide hacer actualmente cosas de importancia*...

En cuanto a la popularidad de la señorita Wu, la que además de tener los riñones delicados sufre también de asma, ella goza por la *desaparición* de su rival *la Srita. Blanca*, de los homenajes de los admiradores de Blanca. Es una especie de matriarcado y sus seguidores fijos actualmente pasan de los *mil trescientos*, los que aumentan diariamente. Además cuenta ella con una masa menos activa, pero mucho más numerosa, de simpatizantes

que aseguran una *buena protección alrededor de su finca*, como para que en cualquier momento sea advertida de alguna violación de sus dominios financieros

[...] Tampoco le falta plata porque aparte de sus *cuentas bancarias* que usted conoce, hay un competidor, un pretendiente a su amor, menos civilizado pero más “macho” y que además es oriental: El señor Lao. Le ha dado el doble y le *ha prometido más*, pero eso corre por intermedio de los banqueros más discretos del mundo, del *país de las vacas y del chocolate...*

[...] Diga a su amigo Javier que esta tomando sus deseos por realidades. La señorita Wu *detesta* Lima y todo lo que representa esa ciudad. Prefiere su jardín, en un *lugar seco* [...]. (HIS, Schwend Archiv, 17)

Se trata de un mensaje en clave en el que remitente y destinatario comparten un código simple que escapa de nosotros pero no nos impide elaborar algunas hipótesis pues no está precisamente cifrado. Consta de dos páginas escritas a máquina, de las cuales le ha sido arrancada a la segunda la parte inferior con los datos, de haberlos tenido, del remitente. No podemos descartar la posibilidad de que esta carta fuera parte de la correspondencia a la que Schwend tenía acceso como “asesor” de los servicios postales, aunque otros documentos en su archivo nos llevan a pensar que la “tía Susana” a quien estaba dirigida, podría ser él mismo o, de ser él el remitente, podría tratarse de Klaus Barbie. El documento se encuentra entre otras muestras de su correspondencia personal no relacionadas con el mismo tema, y otro documento apócrifo, encontrado en un folder diferente de su archivo, vuelve sobre este tema, ya sin claves, alrededor de un mes después. Descartamos que fuera una comunicación entre Schwend y Barbie o algún otro de los socios alemanes en las redes de ex nazis involucrados en el comercio de armas porque la carta está en castellano y utiliza metáforas y figuras que no serían naturales en un alemán por muy bien que hablara castellano; fue escrita, a todas luces, por alguien cuya lengua materna era el castellano y no se trata de una traducción.

La carta informaba a su destinatario, la “tía Susana”, sobre dos temas relacionados con la “Señorita Wu”: su interés por publicidad para sí misma y unas “máquinas de escribir”. El hecho de que la carta se origine en la ciudad de Trujillo y una referencia a los “padecimientos” de la “señorita Wu” nos lleva a pensar que podría tratarse de un nombre clave para Luis de la Puente Uceda, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), nacido en Trujillo, que efectivamente padecía de los riñones y de asma. Para el 24 de mayo de 1965, De la Puente ya había establecido el cuartel general

del MIR en Mesa Pelada, cerca de Cusco y La Convención, y estaba a punto de iniciar acciones armadas (Klarén, 2014, p. 401).

Creemos que las referencias al fotógrafo que quiere la “señorita Wu” podrían indicar el interés del líder guerrillero por mantener presencia en la prensa para ampliar el conocimiento de su causa y fortalecer su legitimidad; era una estrategia a la que incluso Fidel Castro había recurrido en Sierra Maestra, y de hecho, unas semanas antes de la carta a la “tía Susana”, el 2 de mayo, *Correo* había publicado una entrevista con De la Puente en la que imprudentemente revelaba indicios de su ubicación (Lust, 2015, p. 4). Entre el trujillano remitente que establecía contacto con el MIR y el destinatario (¿Schwend?) habrían propuesto el nombre de algún periodista para realizar esa labor, pero habría sido rechazado por De la Puente por considerarlo deshonesto y “sensacionalista”. El líder del Ejército de Liberación Nacional (ELN), Héctor Béjar —que también se preparaba en esos mismos días para iniciar la acción de su foco guerrillero en Ayacucho—, ha descrito en su libro *Una experiencia guerrillera* que entre los principales errores cometidos por el MIR, causantes de su rápida derrota, estuvieron aquellos que descubrieron la localización del mando general en Mesa Pelada, si bien no se habla de la presencia de periodistas sino de acciones orientadas a ampliar la base campesina de apoyo al MIR (Béjar, 1969, pp. 73 y ss.). Esto último representa también evidencia que apunta hacia la relación de la carta a la “tía Susana” con el MIR de De la Puente, cuando el remitente trujillano menciona que su adversario, “la Srita. Blanca” contaba con una amplia y creciente base de seguidores. Creemos que la “Srita. Blanca” podría ser Hugo Blanco (por la obvia homonimia), líder del Frente de Izquierda Revolucionaria (FIR), secuela de las tomas de tierras en La Convención a principios de los sesenta, aunque podría tratarse también de la gente del ELN.

Más clara es la inferencia respecto a las “máquinas de escribir”: era el negocio de Schwend, se trataría de un cargamento de metralletas que no había llegado a tiempo para ser vendido al MIR y, por lo tanto, una oportunidad perdida de enriquecimiento con los recursos que los guerrilleros tendrían en la banca suiza, dado que habrían conseguido su armamento a través del apoyo cubano y chino. Cuando se adquieren máquinas de escribir no es común que estas vengan con “servicios de entrenamiento, mantenimiento y asistencia técnica”, y el “abastecimiento permanente de repuestos” se refería, naturalmente, a municiones, no a cinta entintada. Los “lazos sentimentales” a los que hacía referencia la carta indican que el armador era algún gobierno socialista; el “señor Lao” no podría ser otro que el gobierno de Mao Tse-Tung. Para confirmar los planes de Schwend de establecer una

relación con el MIR que le permitiera al mismo tiempo hacer dinero y contrainsurgencia, hay una carta (con fecha 3 de mayo, sin año; creemos que es de 1965) dirigida a un “Querido Rudy” (un contacto en Suiza, quizás Blaschke) en la que informaba que:

En este país vive un hombre que dispone de fondos de cierta procedencia —probablemente por el valor de 200 kilos PULMANN. Los fondos están [en] Suiza o en Montecarlo y están destinados a comprar equipo para expediciones. (HIS, Schwend Archive, 79-19)

Con “cierta procedencia”, Schwend se refería al bloque socialista, quizás China. En su lenguaje en clave, “200 kilos Pulmann” equivalían a doscientos mil dólares estadounidenses, y el “equipo para expediciones” era un disfraz más para las armas. A continuación Schwend le indicaba a Rudy que escribiera a la esposa del hombre en cuestión, en italiano y de usted, una carta “que diga más o menos lo siguiente”:

Amigos míos que estuvieron de paso por acá [...] me aconsejaron informarle que nuestros amigos en esta como también yo mismo tendremos mucho gusto en suministrarle cualquier material necesario para expediciones. Puedo entregarle la mercadería en esta y naturalmente —lo que a Ud. seguramente debe interesarle— CIF en cualquier puerto en esa o también en un punto determinado que sea accesible para camiones de transportes. Tendré mucho gusto en recibir noticias de Ud. directamente o por intermedio de amigos a fin de servir a nuestra causa.

El nombre de la mujer en cuestión era: “Sra. De la Puente Uceda”, con dirección en Av. Arequipa 2084, Lima. Luego, Schwend le explicaba (o le dejaba de explicar) a Rudy, que “mis intenciones me las reservo”, y le describía el proyecto de “negocio”:

Puede venderle a este hombre lo que tú quieras y hasta puede insinuar que la mercadería podría ser entregada en el interior del país, si fuese necesario. Lógico, porque así aumentan los precios. Puedes llenar los cajones con piedras y cobrar el importe convenido por la mercadería. Pero yo tengo que saber qué es lo que realmente van a embarcar, etc. No hay que mencionar mi nombre por que con ello desaparecía la confianza. Tampoco te aconsejaría que uses tu nombre. Sin embargo, todo debe arreglarse en forma tal que sea posible cobrar el dinero bajo ese nombre.

Posiblemente tú o Klitsch conozcan a alguien de tendencia rojimia que acepte cualquier cuento y que actúe como intermediario. [...] Me interesa saber dónde este señor guarda su dinero, en qué banco y bajo qué nombre.

El MIR inició sus acciones en junio de 1965, luego de los hechos en los que se insertaría la carta a la “tía Susana”, del 24 de mayo. Las primeras acciones de los guerrilleros tuvieron éxito, pero el ejército peruano ya tenía para entonces cuadros formados en contrainsurgencia por la Escuela de las Américas —la base formativa de la posterior operación Cóndor— y pronto logró cercar a los distintos movimientos simultáneos. La estrategia que estos se habían planteado, especialmente el MIR, que contaba con grupos separados en tres regiones diferentes, era la de actuar de modo que las fuerzas militares se dividieran y atomizaran, pero como explica Béjar, siendo el ejército mucho mayor en número, lo que se consiguió fue la atomización del propio movimiento guerrillero y, a partir de eso, su rápida desactivación. Hacia octubre del mismo año, poco más de siete meses después de iniciada la movilización guerrillera y sin haber logrado una coordinación entre las dos facciones (MIR y ELN), el MIR había sido desbaratado y Luis de la Puente había caído en combate. Béjar escribió: “Lo cierto es que fue el ejército, al detectar al grupo de Mesa Pelada a comienzos de 1965, el que parece haber obligado al MIR a revelar sus planes y precipitar los encuentros” (1969, p. 70).

En los archivos de Schwend, traspapelado entre correspondencia de los años 1970 y 1971 hay otro documento apócrifo, de dos páginas, fechado en Lima el 15 de junio de 1965, es decir a una semana de que se hubieran iniciado las acciones del MIR (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6). No ha sido escrito con la misma máquina de escribir que solía utilizar Schwend. Inicia con “Referencia: Guerra de Guerrillas en el Perú”, y su contenido parece confirmar algunas de las apreciaciones que hemos visto en la carta a la “tía Susana”. Se trata de un informe de inteligencia sobre el MIR en el que el primer dato es la existencia de una lucha por el poder al interior del movimiento, “cuyos jefes obedecen de mala gana a la ‘autoridad central’ de Luis de la Puente Uceda”. El informe comenta la reacción “furiosa” de De la Puente, por el “golpe” inicial que ha dado el grupo Tupac Amaru del MIR, liderado por Guillermo Lobatón y Máximo Velando, aun cuando los líderes de cada grupo habían acordado “decidir por iniciativa propia el inicio de acciones armadas en caso de hacer frente a un operativo policial-militar que amenazara la seguridad” (Gadea, 1988, cit. en Lust, 2015, p. 6). El informe encontrado entre los papeles de Schwend continúa con la recomendación

de aprovechar las diferencias entre los líderes guerrilleros para “provocar traiciones motivadas por la ambición”. El autor del informe parecía preferir este tipo de estrategias “menos costosas” que las acciones policiales pues:

[...] dado el número de los guerrilleros, que aumenta cada día, el armamento que tienen a disposición, es una operación suicida [...] enviar pequeños grupos de las Fuerzas policiales en persecución de los guerrilleros. Si la operación quiere ser bélica tiene que ser masiva.

Siguen en el documento evidencias de que la guerrilla había sido infiltrada: “Atacarán la fortaleza misma de los Hacendados de pura cepa: en Piura. (acciones aisladas contra haciendas y puestos policiales ...)” —si bien el grupo del MIR destacado en el norte no llegó a ver acción—, y “Como demostración de fuerza, que utilizar con fines propagandísticos, van a raptar en pleno centro de Lima, a una personalidad conocida”.

La siguiente parte del informe era sobre el armamento de los guerrilleros: el informante estaba al tanto de que “la entrega del mencionado material [morteros y ametralladoras pesadas] se hace por intermediario de vendedores ya comprometidos en esa clase de operación para la subversión de tipo filocomunista en Bolivia”. Mencionaba también que la noche del 8 al 9 de junio, un pesquero ruso, el Krasin, había entregado en alta mar, en el norte, un cargamento de mil quinientas metralletas y granadas de mano a dos pesqueros peruanos “que se hicieron cargo del transporte hasta la costa”, y el autor del informe se preguntaba cómo era posible que, bajo la soberanía marítima de doscientas millas que el Perú había declarado unilateralmente, fuera posible “pescar” pesqueros Norteamericanos mientras el Krasin pasaba sin ser molestado. A continuación mencionaba que Luis de la Puente estaba ofreciendo cinco mil dólares mensuales “a un especialista en guerra de guerrillas para entrenar a cinco grupos de veinte guerrilleros escogidos para operaciones muy especiales, tipo ‘comandos’”. Como fuente de financiamiento, el autor del informe le recuerda a su lector algo que ya le habría informado antes: que los rusos le han puesto a De la Puente doscientos mil dólares en París, y los chinos el doble en Suiza; algo que enlaza con la carta a la “tía Susana”.

La última parte del informe estaba relacionada con la continuación del trabajo de inteligencia que el autor coordinaba: recursos para enviar a un agente al norte del país y a otro a “recoger informaciones a un lugar muy apartado de la selva”. Se reiteraba la recomendación de no enfrentar a los guerrilleros con acciones policiales o con tropas regulares “de poca

actividad normal”, y en cambio proponía “emplear tropas recias, tipo ‘comandos’, o preferiblemente no emprender acción bélica alguna”. Luego, dado que los guerrilleros buscaban publicidad, “se debería, evidentemente, pedir la ‘colaboración’ de los diarios para evitar el sensacionalismo al respecto: cada titular rimbombante es una invitación a alistarse para los jóvenes inquietos y la inmensa masa de los descontentos sin esperanza”.

En resumen, lo que la carta a la “tía Susana” cuenta en clave, el informe apócrifo lo confirma; ambos documentos hallados en los archivos de don Federico, ambos coherentes con el desarrollo de las acciones guerrilleras en el Perú de 1965. Según la cronología que ha elaborado Jan Lust, entre el 7 de junio y el 2 de julio —día en que el gobierno decretó que las acciones contrainsurgentes quedaban en manos del ejército— el grupo Túpac Amaru, de Lobatón, en Jauja realizó al menos cinco acciones exitosas, mientras en Cusco, De la Puente respondía un cuestionario para *Caretas* (Lust, 2015, p. 10). Pachacútec, como se llamaba al grupo de De la Puente, recién inició acciones armadas durante la segunda semana de septiembre. Ambos grupos eran cercados hacia octubre; De la Puente caía asesinado el 24 y para enero de 1966 tanto el MIR como el ELN habían sido derrotados. El grupo de Piura no llegó a actuar y las brigadas urbanas realizaron “expropiaciones” (asaltos) a bancos, bombazos y sabotajes, pero ningún secuestro como el descrito en el informe. Entre los sobrevivientes del ELN, Héctor Béjar fue arrestado el 28 de febrero de 1966, mientras Juan Pablo Chang, Lucio Galván y Restituto Cabrera se encontraban con el Che Guevara en Bolivia para unirse a esa aventura (Lust, pp. 11-12).

Años más tarde, en Bolivia, Barbie se atribuiría el trabajo de inteligencia que había dado con la captura y asesinato del Che Guevara en Bolivia, aunque no existen pruebas de eso. Schwend también alardearía, según los testimonios que Béjar dio a *Caretas* (462, 11-24 de agosto de 1972) en prisión, de haber jugado un papel en las acciones de inteligencia orientadas a dismantelar los movimientos guerrilleros de 1965. Después de todo, ¿no eran ellos especialistas en contrainsurgencia y contraespionaje respectivamente? Eran precisamente esos ámbitos de experiencia lo que habían vendido a los Aliados recién terminada la guerra a cambio de protección, especialmente Barbie, para evitar el enfrentamiento con la justicia, y eran lo que habían hecho durante la guerra para Hitler.

Entre las acciones de contrainsurgencia desarrolladas por Schwend y Barbie no estuvo, al contrario de lo que este llegó a decir, la captura del Che Guevara en 1967. No podemos decir lo mismo, con respecto al asesinato de Mónica Ertl, del que Schwend guardó en sus archivos un detallado

seguimiento periodístico. McFarren e Iglesias dedican un capítulo de su libro sobre Barbie a la relación de amistad que unió a las familias alemanas Ertl y Altmann en Bolivia (2014, pp. 177-193). Los autores describen al padre de Monika: un fotógrafo y cineasta que había trabajado antes de la guerra para Leni Riefensthal, la cineasta de Hitler, con la que tuvo algún romance, y luego partió al norte de África para cubrir la campaña de Rommel. No parece que haya tenido nada más que simpatía por el nacionalsocialismo, pero también eligió abandonar Alemania al final de la guerra, “con la ayuda de un obispo romano” y establecerse, tan tempranamente como 1946, en Bolivia, donde lo alcanzarían esposa e hijas más tarde. Años después los Ertl entablarían amistad con los Altmann al grado que las niñas Ertl llamarían “tío” a don Klaus Altmann.

Hans Ertl continuó con su oficio cinematográfico en Bolivia. Realizó expediciones y documentó la existencia de pueblos indígenas nunca antes contactados —una extraña coincidencia con la actividad de Emmermacher, el vecino de Schwend—, pero su más importante trabajo, un documental titulado *Paititi*, describió el mito de El Dorado, “el tesoro de los incas” y partió en su búsqueda. Su hija mayor, Monika, lo acompañó en esta y otras aventuras, antes de decidir enrolarse en el Ejército de Liberación Nacional que había formado el Che Guevara, guerrilla que sufrió un letal golpe con la captura del líder argentino-cubano pero que continuó en actividad durante los años posteriores. Un primer indicio del involucramiento de Monika con el ELN fue el hallazgo de su auto en el asalto a un banco de La Paz en 1970. Para entonces, los Ertl y los Altmann se habrían alejado, pero Barbie mantuvo los ojos vigilantes sobre el acercamiento de Monika a la izquierda radical.

Hemos dicho que a lo más que pudo llegar la participación de Barbie en la captura del Che fue a fungir como asesor en contrainsurgencia para el gobierno boliviano. McFarren e Iglesias informan que esa asesoría se habría dado directamente a Roberto “Toto” Quintanilla, el hombre clave en el proceso de captura del Che y también, más tarde, en el de Inti Peredo, otro de los miembros del grupo. Quintanilla, “hombre fuerte de la incipiente oficina de inteligencia boliviana y colega íntimo de Barbie”, había dado la orden de cortarle las manos al cadáver del Che para demostrar su muerte, y dos años después había acabado con Peredo en un “baño de sangre”. Esto fue, según McFarren e Iglesias, lo que llevó a Monika a la decisión de incorporarse al ELN, mientras Quintanilla, convertido en héroe, partía en misión diplomática a Hamburgo. El ELN, con Monika como principal sospechosa, llevó al puerto alemán la venganza por la muerte del Che y sus

correligionarios: Quintanilla fue asesinado en abril de 1971 por una mujer, de tres disparos a quemarropa en el mismo consulado boliviano a su cargo. La asesina, que había usado un revólver propiedad del editor izquierdista radical italiano Giangiacomo Feltrinelli (HIS, Schwend Archiv, 17 Org-14), escapó sin dejar más pistas que el testimonio de la esposa de Quintanilla. Mientras Schwend daba la señal al servicio secreto alemán de seguir a Monika, y Klaus Georg, el hijo de Barbie, trasladaba los restos del militar boliviano de vuelta a su tierra, Monika se refugió en Chile, entonces en el periodo socialista de Allende, y luego volvió a La Paz.

En este punto McFarren e Iglesias recurren a las memorias de Álvaro de Castro, que narró el momento casual en el que, mientras caminaban por La Paz, vieron a lo lejos a alguien que a De Castro le pareció una *hippie* pero que Barbie reconoció al instante. Hicieron la llamada al Ministerio del Interior inmediatamente y poco más tarde, “los matones” del ministerio estaban destrozando la casa de los Ertl. Monika no estaba ahí. Se había refugiado en una casa de seguridad en el camino a El Alto, que también fue descubierta. Hubo un tiroteo con los rebeldes pertrechados ahí; los guerrilleros murieron acribillados, sus cuerpos fueron desaparecidos.

La aseveración de que Schwend dio información sobre Monika Ertl al BND que hacen McFarren e Iglesias está basada en un libro de Jürgen Schreiber cuyas fuentes desconocemos, pero podría estar confirmada por un informe de la CIA en el que se abordan dos temas: la búsqueda de información sobre Monika Ertl y un Adalbert Hertz-Kleptow, que aparece como amigo de Ursula Schwend en otros papeles (HIS, Schwend Archiv, N. 40, 102), y las referencias conocidas del expediente FOIA de Schwend.

MEREX

El historiador alemán Peter Hammerschmidt presentó los primeros hallazgos de sus investigaciones en los archivos del BND en 2011; fue uno de los primeros investigadores independientes en tener un acceso controlado a ellos. En 2014 apareció *Deckname Adler*, su biografía de Barbie producto de esas búsquedas, en la que prueba que hacia mediados de los años 60 Barbie, bajo la identidad de Altmann, sirvió a la inteligencia alemana desde Bolivia. Una reseña de esos primeros hallazgos aparecida en la revista alemana *Taz*

en junio de 2011 cubrió el papel que tocó representar a Gerhard Georg Mertins en las actividades de la red de nazis a la que pertenecieron Rudel, Skorzeny, Barbie, Von Leers, Rauff, Sassen, Schwend y otros más (Gessler, 2011). La cobertura de Mertins, que era doble agente, del BND —con el nombre clave de *Uranus*— y de la CIA, era una empresa dedicada a la exportación de los excedentes militares que por entonces tenía Alemania como resultado de las “readecuaciones” en la política de la OTAN durante esa etapa de la Guerra Fría. Su papel como combustible de los característicos “conflictos proxy” de la época ha sido documentado y, junto con él, el protagonismo de viejos ex nazis que conocemos.¹

Merex fue la punta de lanza de la política exterior alemana que, con anuencia de la estadounidense, armó a gobiernos dispuestos a asumir la doctrina de seguridad de los Estados Unidos alrededor del mundo (aunque terminaran armando a sus propios futuros enemigos). Sobra decir que la mayoría de esos gobiernos o fuerzas extranjeras eran de derecha o tenían alguna otra forma autoritaria, que eran militares y que en muchos de ellos, especialmente en Medio Oriente y Sudamérica, los generales en el poder se hacían asesorar por nazis. La reseña de Gessler publicada en *Taz* transmite las conclusiones de Hammerschmidt: “Merex, la empresa de Bonn, dirigida por un agente del BND, sirvió también para exportar excedentes del Ministerio de Defensa alemán a dictadores latinoamericanos, ayudándoles así a asegurar su poder, y todo esto con la ayuda de viejos nazis”.

El historiador encontró en los archivos pruebas del reclutamiento de Barbie por el BND. Pocas semanas después de ello, bajo el alias de Altmann, Barbie se convertía en representante de Merex en Bolivia. Mertins, director y propietario de la empresa, había sido reclutado como *Uranus* por el BND en 1956. Poco antes era “asesor” militar del Estado Mayor egipcio, colega de Von Leers y Skorzeny en Siria y Egipto, Rudel en Paraguay, Rauff en Chile, los hermanos Sassen en Argentina y Ecuador, Barbie en Bolivia y Schwend en el Perú. La plana mayor de ODESSA, si existió, era esta. La influencia de Mertins en Egipto fue lo suficientemente importante como para conseguir una visa de tránsito para Otto Remer, un criminal de guerra largamente buscado. Lo escondió en su propia casa y, entre los destinos posteriores que mencionan los informes de la inteligencia militar estadounidense, estaba Uruguay (FOIA Remmer, 0018).

La cercanía de Mertins a Skorzeny databa de la guerra; fue parte de su leyenda en el comando que rescató a Mussolini en el Gran Sasso. Salió,

¹ Se puede consultar un recuento de lo que se sabe sobre Mertins en Pérez Ricart, 2014.

entonces, “limpio” y mantuvo el grado de mayor del ejército alemán ante sus empleadores egipcios (FOIA Olbrueck Erich, 0019). Era un nazi recalci-trante y amigo de organizaciones neonazis. No vaciló en apoyar a Rudel en su aventura electoral con el Socialist Reichspartei, que fue después prohibido (Gessler, 2011). En Egipto, según los reportes desclasificados, penetró la red del Gran Muftí, el viejo aliado nazi en Medio Oriente, para, probablemente, mantener al tanto al BND o a algún otro servicio de inteligencia, al mismo tiempo que desarrollaba su propia agenda. Años después fue uno de tantos simpatizantes de Pinochet, al grado de fundar en Alemania una asociación de “Amigos de Colonia Dignidad”, la nefasta organización en cuyas entrañas la DINA llevó a cabo torturas y asesinatos durante la dictadura. Esa “asociación humanitaria” de Mertins nació luego de que se conocieran los testimonios de los primeros fugitivos de Colonia Dignidad (Silverstein, 2000, p. 128).

Ya entrados los “largos años 60”, para Mertins y el BND todo era una simple ecuación. Los excedentes de armas en los almacenes alemanes; el ex nazi agente del BND conectado con Skorzeny, símbolo articulador de la red nazi en el mundo, y a través de él con Rudel en plena acción política; montones de dictadores militares con dinero en el bolsillo proclives a invertir en armas más que en desarrollo y dispuestos a escuchar consejos de sus amigos nazis. ¿Por qué no fundar una empresa? Además de inteligencia, se podría hacer un poco de dinero. Así, durante 1965, Merex estaba colocando el excedente militar alemán en países como Arabia Saudita, Chad, India, Irán y Pakistán (FOIA Barbie, Vol. 1, 0031). Al año siguiente buscó ampliar su mercado ofreciendo las existencias del Bundeswehr a los países sudamericanos. Envío a Rudel a charlar con sus amigos los dictadores, y nombró a un agente para representar a la empresa en el subcontinente (Pérez Ricart, 2014, p. 17). Un memo de la CIA en el expediente de Barbie, fechado el 2 de diciembre de 1966 detalla la operación:

A mediados de 1966 la empresa [Merex] envió a Walter DRUECK [Drück], un oficial miembro del Estado Mayor alemán durante la Segunda Guerra Mundial, en un viaje por América Latina para buscar clientes potenciales para los excedentes de armas alemanes. Entre otros, DRUECK estableció contacto con el as de la Luftwaffe de la Segunda Guerra Mundial, Hans U. RUDEL, quien reside en América Latina desde el fin de la guerra y tiene relaciones con líderes militares latinoamericanos. RUDEL puso a DRUECK en contacto con algunos de ellos. En Bolivia DRUECK supo del interés del ejército boliviano en adquirir entre 10 y 15 tanques M-41 de los excedentes

alemanes. [...] el coronel PAZ SOLDÁN, del gabinete de Defensa boliviano, salió de Bolivia el 23 de noviembre de 1966 para visitar Italia y para conversar con representantes de MEREX en Alemania Occidental sobre requerimientos del ejército boliviano. [...] Como contacto en Bolivia, MEREX A.G. actualmente utiliza a un individuo de nombre Klaus ALTMANN, de la compañía Standard Industrial (Bolivia) [...]. ALTMANN es amigo cercano de Hans U. RUDEL y dice tener a muchos oficiales bolivianos de alto rango entre sus amigos. También admite tener una relación de negocios con el personaje de la Segunda Guerra Mundial Otto SKORZENY. ALTMANN informó recientemente a MEREX del interés de Bolivia por los cohetes antitanques “Cobra” [...]. El coronel PAZ SOLDÁN habría de discutir también este requerimiento con MEREX durante su viaje de noviembre a Alemania Occidental.

La fuente de esta información es descrita como un “empresario alemán occidental cuya información ha sido consistentemente confiable”, pero se limita a Bolivia. En el Perú, Drück también estableció contacto con Schwend, como muestran algunos documentos de sus archivos. Aunque no es claro cómo maneja sus fuentes, Pérez Ricart (2014) opina que

Toda esta red de ex nazis constituyó en Perú una empresa encargada de importación de armamento para toda América Latina llamada “La Estrella S.A.”. La Estrella no era otra cosa que un instrumento de MEREX para salvar cuestiones fiscales; a través de ella se hicieron los encargos de armamento a Perú y a Bolivia. (2014, p. 17)

Pérez Ricart enumera dos negociaciones de MEREX en las que median las manos de don Federico y Barbie, con base en documentos del archivo Schwend.² Una, en 1966, mediante la cual “La Estrella/MEREX” vendió tanques M41 a Bolivia, tanques que el Ejército Boliviano:

usó en los golpes de Estado de agosto de 1971, y del 17 de julio de 1980 en el que unieron fuerzas la CIA, Klaus Barbie, los servicios secretos bolivianos y un grupo de militares contra el saliente gobierno democrático de Lidia Gueiler. (2014, p. 18)

Otras consistieron en:

² Las pesquisas de Felipe Burstein en HIS, realizadas poco después que las de Hammersmith, no dieron con estos documentos en particular.

la venta de 14 aviones de guerra (Jets F-86 Sabre 6) en 1966 al Ejército Peruano. Schwend conocía tan bien los alcances del presupuesto de defensa peruano que a pesar de que el precio unitario de cada avión era de 62 mil dólares, Schwend “estiró” la cifra hasta los 92 mil dólares por unidad. En Perú la dupla MEREX/Estrella fungió también como representante de los intereses de la empresa COLT, facilitó la venta de fusiles AR 15 al ejército peruano y ofreció toda la infraestructura necesaria para equipar con la más alta tecnología a los servicios de inteligencia peruanos. (Hammerschmidt, 2012, cit. en Pérez Ricart, 2014, p.18)

Transacciones y negociaciones en el Perú que sí hemos podido seguir en la documentación son las siguientes. El 10 de noviembre de 1966, según documentos del expediente Barbie de la CIA, Merex A. G. (*Aktiengesellschaft* o sociedad de accionistas, equivalente a sociedad anónima), a través de sus ejecutivos Hambrusch y Forrer, notificaba al ministro de Guerra de Alemania de la posible visita del coronel Paz Soldán, que acompañaría el viaje oficial a Italia y Alemania del ministro de Guerra de Bolivia, el general Ovando Candía (FOIA Barbie, Vol. 1, 0030). Los papeles de don Federico guardan una carta fechada el día siguiente, 11 de noviembre, firmada por los dos mismos funcionarios de Merex, con un detallado catálogo de las armas disponibles. Esta carta (de la que se conservan en el archivo sólo sus páginas 2 y 3) iba dirigida a “La Estrella” S. A. de Lima (HIS, Schwend Archiv, 46-35). Dado que falta la primera página de la carta no podemos asegurar cuándo se habría iniciado la correspondencia, pero su contenido cita una comunicación dirigida a Schwend con anterioridad, el 18 de agosto de 1966, aunque con la sospecha de que se hubiera perdido en el correo porque no habían recibido respuesta. Entre los diversos puntos que los ejecutivos de Merex abordaban en noviembre, estaba el siguiente: “Hace unos días recibimos una detallada solicitud del ingeniero Otto Skorzeny, a quien usted conoce, que le fue enviada por su enlace en Lima, un ex oficial bien relacionado con el Estado Mayor”. En la relación citada figuraban las armas que les interesaban a los militares peruanos —botes motorizados armados, ligeros, medianos y pesados, y sus municiones; armas de mano, cortas y largas, desde pistolas hasta ametralladoras y sus municiones; tanques ligeros y medianos; repuestos para tanques Sherman— “que por supuesto estamos en capacidad de ofrecer”, cerraba Merex.

¿Skorzeny sacándole la vuelta a don Federico? El último párrafo de la carta indica que Schwend era la elección de Merex, es decir, que la empresa y la operación de inteligencia detrás de ella, prefería tener a un nazi local como

enlace que al volátil Skorzeny: “En principio, nos gustaría seguir trabajando en el futuro con usted como asociado”, y añadieron que no le enviarían más ofertas a Skorzeny para no afectar los esfuerzos de Schwend, pero que por favor, les dijera su opinión sobre el particular y sobre los demás asuntos.

La relación continuó, probablemente a través de la intervención de Rudel. Un documento en el archivo Schwend, al parecer un memo interno de Merex (página 2 de un documento más extenso en papel membretado “MEREX A. G., Bonn”, sin fecha, sin destinatario. El primer párrafo tiene al margen, a mano, “Peru”); quizá de Rudel a Mertins, hacía referencia a lo que Schwend habría pedido en reuniones cara a cara así como a una carta de Schwend a Merex del 3 de diciembre de 1966. Sabemos que el autor es Rudel porque deletreó el apellido de don Federico “SCHREND” y cierto informe secreto de la CIA en el expediente FOIA de Schwend (0146) nos revela que Rudel cometía ese error en sus reportes. El memo de Rudel informaba que Schwend estaba vinculado estrechamente con el servicio de inteligencia local y que por ello estaba interesado en cosas como micrófonos, especialmente direccionales, y silenciadores para armas de mano; “¿Puede conseguirlos? ¡Por favor ofrezca!”, decía el as de la aviación alemana. Citó también otra solicitud que Schwend habría enviado por escrito, de un millón de cargas de municiones de 20 mm y medio millón de 30 mm, para los que sugirió el contacto con el distribuidor “Oerlicon” de un “Sr. Nadig”, y añadía que quería también para él, en su próximo viaje a Libia, un pedido similar pero “al mejor precio posible”. Por último, información militar secreta del Perú que Schwend le habría proporcionado:

Los americanos han donado 10,000 cohetes a los peruanos. Supuestamente son ciegos [sin ojiva]. Schrend tratará de enviar una muestra a través del agregado militar para que Merex pueda presupuestar el armado de dichos misiles. En su próxima carta pregúntele sobre sus esfuerzos para enviar el cohete.

Adjunta al memo iba la lista de precios de los artículos que Schwend pedía: micrófonos inalámbricos, receptores inalámbricos, transmisores de intervención telefónica, grabadoras de cinta magnética desde micrófonos ocultos, todo tipo de micrófonos ocultables, amplificadores para teléfono, interruptores (*scramblers*) telefónicos, detectores de micrófonos, receptores-transmisores miniatura, gas lacrimógeno, pistolas-lapicero, microcámaras fotográficas, etc., ¡en el Perú de 1966! Cabe añadir que don Federico se mantenía al día: en el folder 38/27 del archivo, hay una lista titulada “oportunidades de compra interesantes”, que enumera en alemán distintas

armas y describe marcas, calibres y otros datos de pistolas, pistolas automáticas, fusiles, granadas de mano, lanzagranadas, cañones, *flack* (equipo antiaéreo del que la lista aclara que estaría disponible desde noviembre de 1968), cohetes, helicópteros, tanques, botes patrulleros, botes de asalto, puentes para tanques y camiones ligeros, camiones y radiocomunicaciones.

El informe de la CIA citado más arriba describía el inicio de las operaciones de Merex en Sudamérica al dar seguimiento a los viajes de Drück y Rudel por el subcontinente. La información del 12 de enero de 1967, nuevamente proveniente del “empresario alemán occidental que comercia con armas y municiones, cuya información ha sido consistente”, probablemente era una filtración del BND a la CIA. El informe consistía en ocho párrafos. El primero informaba que entre junio y agosto de 1966, Walter Drück, representante de Merex A. G. viajó por Sudamérica y se reunió con numerosos oficiales para ofrecerles el excedente de armas que Merex podía comercializar; que Drück estableció contacto con Rudel y que este había sido “instrumental” en el establecimiento de contactos con “una variedad de oficiales de gobiernos y ejércitos [...] durante el *tour* latinoamericano” de Drück, y que, además, lo dirigió hacia otros “expatriados alemanes que [a su vez] habían desarrollado contactos y podrían colaborar con Merex”. El segundo párrafo se detenía en uno de los “expatriados alemanes” que Rudel recomendó: Federico Schwend, de quien se resumía la información conocida desde la operación Bernhard hasta la fuga al Perú, incluyendo la sentencia por el asesinato de Kamber. El tercer párrafo añadía al récord que “según la fuente”, Schwend estaba colaborando con los servicios secretos de Bolivia y Perú, bajo la cubierta de administrar un taller Volkswagen en Lima. El párrafo cuatro dice:

4. [...] Para convencer a DRUECK de sus estrechas relaciones con el Servicio de Inteligencia peruano y su acceso a los círculos militares locales, SCHWEND lo presentó con el Coronel ARTOLA, a quien identificó como titular del “Servicio Secreto” peruano. También presentó a DRUECK con un Capitán Elmar CASANAVE, identificado como la “mano derecha” del Coronel ARTOLA. DRUECK habló con ambos oficiales durante su visita de mediados de 1966 al Perú, y describió los tipos de equipo militar excedente que MEREX podía ofrecer. Los dos oficiales dijeron tener excelentes conexiones, no sólo con las instancias de adquisición del ejército peruano sino también con las fuerzas militares de Argentina y Chile. Acordaron diseminar las noticias sobre MEREX y trabajar con SCHWEND en el manejo de posibles ventas para MEREX. Fueron tan lejos como para dar a

DRUECK una dirección de inteligencia en LIMA que él utilizará en el futuro para toda correspondencia relacionada con la venta de bienes militares. La dirección que se le dio a DRUECK era: Abraham LEVY, Apartado 53, LIMA-BARANCO. Se desarrolló también un código de sustitución simple para dicha correspondencia, por ejemplo, la palabra “Lebensmittel” para ser sustituida por aeronave, etc.

El quinto párrafo informa de una visita de Rudel en representación de Merex, durante la que se reunió con “Schrend”; fue ahí que don Federico hizo su pedido de artículos de punta para espionaje, de municiones de 20 y 30 mm, y de ojivas para los cohetes obsequiados por los estadounidenses, aunque en este informe lo de convertir en “cohetes vivos” esos “misiles inertes” es tratado como un plan, no como un hecho.

El sexto párrafo cambia de país: nos lleva de la mano de Rudel y Drück a Tecnicum S. A., de Buenos Aires, la empresa de “Sassen van ELSLOO” (la CIA falló en identificar “Sassen” como apellido), a la que en esa reunión se nombró para representar a Merex en Argentina. El séptimo párrafo describe la relación de Merex con Skorzeny y añade que este, junto con Rudel, estaban involucrados en la explotación de un yacimiento de azufre en Bolivia. Por último, el párrafo 8 transmitía la sospecha de la fuente de que el BND “tenía mucho interés en el contacto de DRUECK con RUDEL y otros alemanes expatriados en América Latina”.

Los negocios comenzaron antes, pero la red ya estaba bien establecida para el inicio de 1967. Barbie negociaba tanques “como ni siquiera Chile los tenía”, y llamaba la atención de la inteligencia militar estadounidense que, en ese momento, febrero de 1967, evaluó la posibilidad de volver a contactarlo como agente. La respuesta de la CIA fue que no: ya se avecinaba el escándalo en el que los Estados Unidos se verían obligados a asumir la vergüenza de haber protegido a Barbie a espaldas de los franceses. Para aprobar la vuelta de Barbie a estatus operacional, debía demostrarse que la información que se obtendría de él sería “única” y de “significativa importancia” (FOIA Barbie, Vol. 1, 0038). Días después, otro memo diría “extremadamente valiosa y difícil de obtener” (FOIA Barbie, Vol. 1, 0039).

En los informes secretos de la CIA y la inteligencia militar estadounidense, Barbie aparecía en 1966 y 1967 vinculado a una empresa distinta de La Estrella: Standard Industrial (Bolivia), un segundo frente de negocios por el que llevó las transacciones con Merex, aunque para entonces ya existía la sucursal paceña de la empresa de don Federico. Más adelante, al cerrarse el círculo con Transmarítima Boliviana para el transporte de la

mercancía, Standard Industrial dejaría su lugar a La Estrella, sucursal La Paz, al mismo tiempo que la inteligencia militar abandonaba la posibilidad de volver a usar a Barbie como agente. El 8 de octubre de 1967, el mismo día en que fue capturado el Che Guevara en el Yuro, Standard Industrial explicaba a Merex las difíciles condiciones para el negocio de las armas que se vivían en Bolivia: la ayuda militar estadounidense (limitada a equipo ligero) se había intensificado luego de la aparición de los movimientos guerrilleros en el sur del país; la fuerte oposición al gobierno institucional de Barrientos, electo en agosto de 1966, le dejaba un estrecho margen de acción, en comparación con la etapa militar anterior; desde el inicio de la gestión no se habían firmado contratos de adquisición de armas. Sin embargo, ante el reciente “rearme” de los países vecinos, el Estado Mayor había decidido realizar una evaluación y una ulterior recomendación de compra de material de guerra ligero. Pero nos llama la atención una parte del argumento de Barbie para explicar la ausencia de inversión en armas del gobierno boliviano, aparte de la presión de los estadounidenses:

De acuerdo con las explicaciones oficiales, el gobierno favorece la adquisición de maquinaria agrícola y otras similares para el desarrollo industrial, sobre la de armamento, una decisión razonable pero, de cara a la actividad guerrillera y a los esfuerzos de los [países] vecinos en cuanto a armamento, esta política debería ser revisada.

No es de extrañar el interés de Barbie en las armas de Merex, a través de una cobertura no vinculada con don Federico, poco después de que sus empeños en el sector agroindustrial a través de la relación Malto-Escoibar se vinieran abajo. El rearme boliviano se facilitaría años después, con Schwend fuera de juego y Barbie protegido bajo el capote de Banzer.

En Lima, mientras tanto, La Estrella era definitivamente el centro de este comercio. A diferencia de lo que sucedía en Bolivia, en 1965 las Fuerzas Armadas del Perú habían borrado rápidamente la amenaza guerrillera y se habían fortalecido, mientras que el gobierno del solitario Belaúnde, aunque contaba con el apoyo de la Alianza para el Progreso, empezaba a debilitarse. En paralelo, los militares —otros militares— construían la conciencia “salvadora” que llevaría al golpe del 2 de octubre 1968.

Don Federico tenía efectivamente acceso a autoridades del ejército. Se había puesto manos a la obra desde fines de 1966 tanteando negocios que iban desde los artículos de inteligencia que conocemos hasta jets de combate Sabre (F-86, de los que habló Hammerschmidt) y otros vehículos militares.

Entre julio y septiembre de 1967, Merex abrió una especie de subsidiaria con el régimen G.m.b.H. (*Gesellschaft mit beschränkter Haftung*, equivalente a una sociedad anónima de responsabilidad limitada), lo que naturalmente representa un movimiento de protección de Mertins ante la posibilidad de endeudamiento. Schwend continuó recibiendo correspondencia de ambos avatares de la empresa, A.G. y G.m.b.H. El 27 de septiembre, Merex envió un comunicado a la embajada de Alemania Occidental en el Perú, presentando oficialmente a Comercial Agrícola “La Estrella” S. A. como su representante en el país, y a su enlace, el Comandante FAP Julio Suárez Cornejo, convenientemente radicado en Chacacayo, a unos minutos del despacho de don Federico (HIS, Schwend Archive, 4-30). Dos meses después envió una carta casi exacta, pero en español, esta vez dirigida al ministro de Guerra del Perú: “el Comandante FAB [sic] Julio Suares Cornejo está autorizado a tratar los asuntos militares para demandas de las Fuerzas Armadas, Fuerzas Navales y Armas Aéreas”. El objetivo de ambas cartas era dar legitimidad a La Estrella como empresa autorizada por el gobierno alemán para la realización de negocios con el gobierno peruano. En este marco, por fin, ese mes de noviembre, apareció un tema que se convertiría en el dolor de cabeza de don Federico. Y de Merex: los famosos aviones de carga y transporte de fabricación francoalemana, Transall C-160.

Merex los había ofrecido a mediados de noviembre. Se trataba de una producción conjunta de las industrias aeronáuticas francesa y alemana, comisionada por el Ministerio de Defensa de la República Federal. Don Federico sólo tenía que conseguir una especie de carta de voluntad de compra, algún papel firmado por autoridades locales, para iniciar las negociaciones; Merex tenía que tratar con el fabricante y efectuar los trámites necesarios para que el gobierno alemán autorizara la transacción. El precio estimado de compra sería de doce a dieciséis millones de marcos alemanes. Pero a Schwend no le fue fácil obtener el compromiso firmado. Consiguió una carta del Ministerio de Aeronáutica, del 1.º de diciembre, dirigida a él (en su correspondencia con Merex no daba su nombre; era siempre La Estrella quien hablaba, y en casos como este llegó a escribir: “hemos consultado a nuestro *Director Gerente*, Herr Schwend”), en la que el ministro expresaba un “serio interés” en los aviones. De manera casi velada sugirió que se evaluaran formas de facilitar los aviones como ayuda militar de gobierno a gobierno. “Sería muy conveniente”, concluyó, “si la Fuerza Aérea o el gobierno alemán hacen una invitación formal” al ejército peruano, para asistir a una demostración de los C-160. No podía saber que esa sugerencia acarrearía el fin del negocio para él.

Para Merex fue suficiente: “Queremos informarle que hemos contactado inmediatamente a nuestro Ministerio de Defensa sobre la transferencia de 4 Transall C-160”. Inmediatamente Schwend planteó consultas sobre su parte en el trato —“no somos un organismo de beneficencia”, escribió—. La oferta formal llegó el 16 de enero de 1968. Incluía la propuesta de que alguna autoridad y un piloto peruanos asistieran a una demostración de los Transall activos en Alemania, y una visita de los especialistas alemanes al Perú para evaluar qué equipamiento debían llevar los aviones; de la elección de este equipamiento dependería mucho del precio, que en esta oferta fijaba su base en diez millones de marcos alemanes por cada unidad, treinta por ciento de pago efectivo inicial y el resto a cinco años de crédito. Merex había realizado los contactos con el fabricante, VFW (Vereinigte Flugtechnische Werke, contraparte alemana junto con Messerschmitt-Bölkow-Blohm, del *venture* binacional; la francesa era Aérospatiale), y con el Ministerio de Defensa; incluso el agregado militar del Perú en Alemania había intervenido.

Pero Merex informaba ahora a Schwend que VFW tenía un representante en Quito, el cual al parecer debía intervenir en la transacción y por ahora no daba señales de vida. Merex confiaba en que La Estrella aceptaría trabajar en coordinación con ese representante del fabricante. La noticia, naturalmente, no le gustó a Schwend; lo sabemos porque se lo contó a Lo Stein en una misiva con título: “Memo in Sache C 160 für Doña Lo”, un 25 de noviembre de 1968, que firmó como *Habkow*, un pseudónimo aleatorio (HIS, Schwend Archive, 4-30), y porque el 22 de enero escribió de nuevo a Merex consultando por el porcentaje de su comisión y preguntando: “¿Por qué tendría que intervenir un representante de VFW radicado en Quito [...], un país [sic] que jamás compraría un Transall? Hasta ahora no hemos recibido ninguna noticia de este caballero”.

El mismo día —las cartas se cruzaron en el correo— Merex escribía para reiterar la mala nueva, sólo que ahora el representante de VFW no estaba en Quito sino ¡en la avenida Arequipa!, en el corazón de Lima. Quizá para asegurar sus intereses en el negocio, VFW había nombrado al señor Broser, de Transtec, S. A. como representante en Lima, y Schwend debía ponerse en contacto con él para “acordar la forma de proceder” en el negocio. “Por desgracia, no existe la forma de mantener al Sr. Broser fuera de esto”, escribieron los esbirros de Mertins, pues la oferta había sido emitida por VFW a condición de que participara Broser. Merex pedía a La Estrella que especificara el monto de su comisión —que ahora debía compartir con Transtec—, y al mismo tiempo le señalaba que no era posible incluir en la oferta el sobreprecio de quince por ciento que don Federico habría

solicitado. “Esperamos que haya dado usted algún paso en el asunto”, cerraban perentorios.

Schwend reclamó por el cambio de residencia del representante de VFW, pero a sabiendas de lo que se jugaba, aceptó tratar con Broser, con quien dijo tener relaciones de trabajo desde años atrás. Acordaron participar a partes iguales de lo que se pudiera obtener por la transacción. De cualquier modo, Schwend contraatacó: se habían enterado de una oferta originada probablemente en el propio Ministerio de Defensa alemán en encuentros con el agregado militar peruano, en la que se hablaba de ocho millones de marcos por cada Transall, información que obligaba al nuevo “consorcio” La Estrella-Transtec a no entregar la oferta a las autoridades hasta que se pusiera en claro el precio. Aunado a esto, Schwend solicitaba nuevamente que se especificara la comisión de los intermediarios. Les escribió cada dos días durante una semana, insistiendo en lo del precio y la comisión. En una de las cartas advirtió que había enviado copia al “Oberts Druck”. En otra añadió un pedido de cotización para una instalación militar hospitalaria que también coordinaba con Transtec y para la que pedía su acostumbrado “sobreprecio” (*stille Einschluss*) de quince por ciento.

El negocio se fue complicando sin alcanzar acuerdos sobre precios y condiciones porque seguía faltando la decisión del gobierno peruano. Hasta aquí, todo era ganar tiempo para Schwend, pero sus esfuerzos serían infructuosos. En junio de 1968, un oficial de la Fuerza Aérea peruana que no estaba entre los contactos de don Federico, por fin visitó Alemania, el general Sala Orosco. El militar fue a conocer las instalaciones de VFW en Bremen y voló él mismo un Transall C-160. Ya establecida esta relación de gobierno a gobierno, el Ministerio de Defensa alemán decidió hacer la oferta directamente al presidente Belaúnde a través de la embajada alemana en Lima. La propuesta incluía un mecanismo de financiamiento con una entidad privada alemana. Los precios de los aviones en dicha oferta eran del orden de los ocho millones de marcos, justo lo que Schwend había tratado de evitar. Reclamó, suponemos que airadamente, por el bajo precio de la oferta y por el enlace directo de gobierno a gobierno y se ganó una respuesta socarrona de Merex:

¿Usted realmente cree que alguien puede impedir que un gobierno ponga sus precios directamente a otro? Le informamos también que después de recibir su carta de intención de noviembre de 1967, se nos informó que esa era una necesidad ya establecida y que las negociaciones gubernamentales ya se habían llevado a cabo. ¿Cómo explica usted eso? Hemos

guardado silencio al respecto pues teníamos el antecedente de que usted ya tenía la orden “en el bolsillo”. [...] Nos gustaría saber si la oferta de Merex fue entregada en realidad. Si cree que aún puede salvar el negocio, por favor háganoslo saber.

Schwend se limitó a agradecer a Merex “su posición” y se mantuvo firme en que el negocio se haría; ahora responsabilizaba a Broser, representante de VFW, y confiaba en que tanto el fabricante como el gobierno alemán alcanzarían un “acuerdo de caballeros”. Mientras tanto, acordaba con Broser que el asunto debía tratarse en persona: Broser viajaría a Bremen. El 9 de agosto de 1968 escribió a su forzado socio que:

no se trata sólo de nuestra existencia, de Transtec y La Estrella, como empresas. Se trata de salvar la cara, no sólo la de VFW sino la del Ministerio de Defensa [de la República Federal] y, por tanto, del gobierno alemán. Ninguna entidad gubernamental podrá confiar en transacciones como esta si nos fuerzan a salir del camino hacia un acuerdo amistoso.

Incluyó que había consultado a un especialista en derecho comercial internacional, el profesor René Boggio, catedrático de la Universidad de San Marcos, para defender su derecho a esa comisión. La realidad era que el precio de ocho millones por avión fijado de gobierno a gobierno se situaba muy por debajo de lo que Schwend habría presentado a sus contactos. Se había evidenciado al entregarles un presupuesto mayor; desconocemos su cuantía, pero debió ser superior a la oferta de diez millones que en un momento preliminar, también tramposamente, Merex le había hecho.

Siguió tratando de ganar tiempo; argumentó los gastos y costos en los que ya había incurrido para perseguir el negocio, negó los hechos a los que Merex se había referido en la carta del 15 de julio, batalló. La gravedad del asunto llegó al grado de que Mertins mismo viajó a Lima para explicar el desarrollo de la transacción que se había ido de las manos de los intermediarios y había quedado en la autonomía de los gobiernos. El 22 de octubre Mertins escribió a Schwend para agradecerle que lo hubiera recibido en Lima y reiterar su deseo de satisfacer sus intereses y resarcir sus esfuerzos mediante algún otro contrato.

Don Federico todavía hizo una última apuesta. Escribió a su vieja amiga Lo Stein una carta en la que narraba toda la historia desde su punto de vista de empresario defraudado, a la que anexó copia “sólo para tus ojos” de la oferta aquella de enero de 1968. En su versión, la confirmación de compra

del Ministro de Aeronáutica había sido definitiva; Broser le había sido impuesto pero decidió acordar con él —“es un caballero”—; él había evitado mencionar precios, y de repente un telex del gobierno alemán había convertido el negocio en una transacción de gobierno a gobierno y bajado el precio significativamente. Mertins había estado en Lima para poner fin al asunto y en el ínterin había habido un cambio de gobierno en el Perú que relegaba la materia. El costo real de uno de esos aviones, le dijo a Lo, era de trece millones de marcos. Pero nada sucedía, el gobierno alemán era incapaz de ver las ventajas de colocar su tecnología en Sudamérica, donde Alemania estaba “nuevamente en las alturas”, ante la competencia estadounidense. Describió a Mertins como un tipo listo que hacía negocios donde podía, y muy bien relacionado en Bonn: “de cualquier carta del gobierno local a Bonn, él tiene un copia al día siguiente”, y ahora tenía representaciones en Washington, Bonn, Teherán, Riyahd y Caracas. Así que lo importante, le dijo a Lo, era garantizar que la oferta del gobierno alemán se mantuviera. Aquí venía el favor que don Federico le pedía: que hablara del asunto frente a su cuñado para que este se lo contara a “Ki” (el canciller Kiesinger), su íntimo amigo, con quien se reunía con frecuencia.

Si te pregunta cómo sabes eso, dile sonriendo, querida, que no debería subestimar a su cuñada toda la vida, que sabes eso y muchas otras cosas, pero el propósito de este pedido es, sí, ayudar a un esperanzado amigo que cruza tiempos difíciles.

Un día después añadía argumentos en otro memo a Lo, esta vez firmado por *Rex*, como la necesidad de apresurarse si no querían que el gobierno peruano optara por los Antonov rusos. Finalmente, el Perú no compró ningún Transall C-160. Tal como lo predijo don Federico, optaría, más adelante, en los coqueteos de Velasco con la Unión Soviética, por adquirir aviones de carga rusos Antonov.

Durante 1969 volvieron a darse intercambios entre La Estrella y Merex, tanto en la intención de seguir adelante con el negocio de los Transall como de otras mercancías militares. Durante ese año entró en escena Transmarítima Boliviana y se intensificaron las operaciones conjuntas entre La Estrella de La Paz y la de Lima; Schwend trató de conseguir para Barbie, a través de Mertins, buques usados para armar la flota del país andino. Merex por su parte, encontró un gran cliente en el general Pinochet, que ese año fungía precisamente como encargado de compras del ejército chileno; eventualmente, con Pinochet convertido en dictador, Mertins estaría maravillándose

con las instalaciones de Colonia Dignidad. Siempre tarde, la atención que la CIA había puesto en Barbie en 1966 se volvió hacia Schwend y Sassen a mediados de 1969, cuando, al menos para el Perú, Merex ya no tenía mucha actividad (había habido incluso diferendos con el “caballero” Broser), pero el memo secreto llamaba la atención sobre un hecho: Schwend era de “interés operacional” para el BND (FOIA Barbie, Vol 1., 0045; FOIA Schwend, 0112). Años después la CIA reportó una visita más de Rudel, ahora acompañado de Barbie (bajo el alias de Altmann), a Stroessner en Paraguay, en febrero de 74. Para entonces, don Federico estaba cómodamente preso en Lurigancho.

No fueron los últimos días de Merex. Durante los 70, en el Cono Sur, los gobiernos militares empezaban a comprar directamente a los fabricantes norteamericanos, europeos o soviéticos, principalmente aquellos equipos menos costosos, necesarios para la represión de sus “disidencias” locales —estudiantes, maestros, campesinos, sindicatos, activistas—.

Mertins, pieza clave en el ajedrez de la Guerra Fría, se iría más al sur; colocaría su primer pedido con el general Pinochet aun antes del golpe de Estado y seguiría vendiéndole —a Pinochet y a un montón de gorilas más— violencia legítima hasta los años 90 (Pérez Ricart, 2014, pp. 23 y ss.).

CAPÍTULO XVI

CAZAR NAZIS

Los “sobrevivientes” nazis fueron una pieza importante en el combate ideológico y político de la Guerra Fría. Tanto los Aliados occidentales como los soviéticos reclutaron, la mayoría de las veces de manera encubierta, y protegieron a muchos miembros de las fuerzas alemanas derrotadas, por su pretendido valor estratégico, tanto en cuanto al desarrollo técnico —la carrera armamentista, la energía atómica, la conquista del espacio, la ingeniería civil, la medicina y muchos ámbitos más—, como por su utilidad para el trabajo de inteligencia, espionaje y contraespionaje en contra del nuevo, formidable bando opuesto. Steinacher menciona que “la cifra de 5000 científicos alemanes trabajando para la URSS está bien documentada”, aunque “en muchos casos las autoridades soviéticas forzaron a los científicos a emigrar y colaborar” (2011, p. 222).

En los dos bloques del enfrentamiento bipolar que se iría recrudeciendo a partir de la década de 1950, las acusaciones de usar y proteger a criminales de guerra se convirtieron en un arma ideológica para desacreditar al oponente. Un caso extremo de este conflicto se dio en relación con las especulaciones sobre la supervivencia de criminales tan importantes como Bormann y *Gestapo* Müller: la sospecha de que Bormann se encontraba en Argentina o en algún otro país sudamericano, en Portugal, en Medio Oriente o en los propios Estados Unidos fue un as bajo la manga soviética que capitalizó los rumores para acusar al enemigo de no entregar al criminal, como lo fue también para los ex nazis de la ODESSA (organizada o mítica) en su afán por reconstruir su retorcida ideología.

Aun cuando la inteligencia más confiable a ambos lados de lo que eventualmente sería la “cortina de hierro” sostenía que Bormann había muerto el 2 de mayo de 1945, durante la batalla por Berlín, el hecho de que sus restos no aparecieran impedía dar esta sospecha por definitiva, al mismo tiempo que la convertía en motivo de mutuas suspicacias. Por lo tanto, su búsqueda y la de otros nazis fugitivos, incluso muertos como Müller y el propio Bormann (aunque eso no se sabía con certeza), se convirtió en un asunto políticamente

ineludible: para evitar que los soviéticos acusaran a los estadounidenses o los británicos de proteger a Bormann, estos tenían que continuar los esfuerzos por localizarlo. Los rumores que conocemos sobre su presencia en Sudamérica, no pocos de ellos originados por Schwend, obligaron al gobierno estadounidense a invertir tiempo y recursos en esta cacería inútil.

Ante la inutilidad y el desperdicio de recursos que representaba la búsqueda de criminales muertos, así como las tardías aprehensiones de fugitivos como Eichmann o Barbie, las búsquedas infructuosas de otros protegidos por Estados soberanos, como Mengele (localizado después de muerto) y Rauff (protegido por sucesivos gobiernos chilenos, incluyendo el de Allende, que no quiso o no pudo oponerse a las decisiones del poder judicial), Goda defiende la importancia de la cacería: “En los casos de hombres ya muertos como Bormann y Müller, las cacerías emprendidas por los Estados Unidos muestran el valor de la confirmación de los hechos, especialmente cuando los fantasmas de esos hombres siguen cargados políticamente” (2005a, p. 436).

La imposición del Estado de Israel en 1948 sumó un nuevo poder al de los países interesados en apresar nazis fugitivos. Aunque sus servicios secretos, encabezados por el célebre y arrojado Mossad, ampliaron los canales de búsqueda, la casi inmediata situación de guerra con sus vecinos árabes, empezando por Egipto y Siria, los obligó a disminuir la importancia de la cacería de nazis; era una prioridad, pero no la primera. Sin embargo, su éxito más importante, por la publicidad que recibió y el impacto global que generó, fue la localización y secuestro de Eichmann en Argentina, aunque esto sucediera quince años después del final de la guerra y con más de diez de existencia del Estado israelí. En este proceso los israelíes establecerían su decisión de hacer justicia aunque esto significara evadir protocolos diplomáticos y jurídicos acordados por el derecho internacional, y la ONU perdonaría alegremente la “travesura” de otro recién nacido nacionalismo.

La aventura para apresar a Eichmann es muy conocida; la hemos venido siguiendo gracias a los textos de diversos estudiosos entre los que destaca Stangneth, cuya investigación, hay que insistir, abrió la posibilidad de cuestionar con bases documentales sólidas la idea de que Eichmann había sido sólo un burócrata que cumplía con su deber —el deber de organizar el asesinato de millones de personas— propagada especialmente después del juicio en Jerusalén a través del multicitado texto de Hannah Arendt (que por otra parte, no pierde ninguna validez en tanto reflexión filosófica sobre el espectáculo del terror). Reuniendo informaciones que habían estado al alcance tanto de los servicios secretos de Alemania Occidental como de los

Estados Unidos, los agentes del Mossad localizaron a Eichmann en Buenos Aires y procedieron a apresarlo sin notificar a las autoridades argentinas y sin cumplir los protocolos de extradición que habían sido y serían aún después tan dificultosos y azarosos en el proceso de juzgar a los culpables de crímenes de guerra y contra la humanidad fugitivos.

El 11 de mayo de 1960, el Mossad secuestró a Eichmann, lo sacó luego clandestinamente de Argentina y lo sometió a juicio en Israel. El 23 de mayo, el primer ministro israelí, David Ben-Gurion, anunció al Knesset, el parlamento de ese país, que el criminal de guerra estaba preso en Israel, y con ese anuncio hizo público a nivel global el hecho. La noticia desató las protestas del gobierno argentino, encabezado entonces por el presidente Arturo Frondizi, por la flagrante violación de su soberanía, y más tarde el caso fue ascendido hasta el Consejo de Seguridad de la ONU, en donde la representante de Israel, la célebre Golda Meir, declaró que los secuestradores no eran agentes del gobierno israelí sino particulares que habían perpetrado el secuestro por su propia cuenta y, por lo tanto, no se trataba de una violación de la soberanía argentina sino de una “violación aislada de la ley argentina”, en la que el Estado de Israel, entonces, no tenía responsabilidad. Pasarían muchos años antes de que se hiciera del conocimiento público que la operación había sido autorizada desde la cúpula del gobierno israelí, que había contado con la colaboración extraoficial del fiscal alemán occidental Fritz Bauer, y que había sido llevada a cabo por agentes profesionales de los servicios secretos e inteligencia israelíes. Para entonces, el clima político en Argentina era otro y la revisión de las decisiones que habían dado lugar a la protección de criminales de guerra se había iniciado, de tal manera que el reclamo de violación de soberanía fue justamente opacado por la ostensible complicidad institucional con los nazis que vivían en su suelo.

Más allá de la avasalladora atención que los medios de comunicación pusieron en los casos emblemáticos de Núremberg en los 40, de Eichmann en los 60, de Barbie en los 80 o de Priebe en los albores del siglo XXI, la perseverancia en la búsqueda de justicia, en la identificación y persecución de los criminales y en la restitución de identidades a los millones de muertos y desaparecidos anónimos, así como las más significativas acciones para la preservación de su memoria, sí fueron obra de ciudadanos particulares que tomaron en sus manos la titánica e histórica tarea. Quizás en un principio su móvil principal fue la venganza. Si bien al pasar los años las búsquedas perdieron impulso, el conocimiento de las atrocidades nazis se fue extendiendo y, con la ayuda de actores clave, la venganza devino fe en la justicia. Mientras la sociedad prefería correr un velo ante la tragedia y caía en esa

“confortable insensibilidad” de la que hablaba un artista que prefirió no olvidar la tragedia de la guerra vivida por la generación anterior: Roger Waters; mientras servicios secretos y gobiernos con agendas concretas en el jaloneo de la Guerra Fría protegían y hasta financiaban a los criminales, mujeres y hombres como Simon Wiesenthal y Serge y Beate Klarsfeld tomaron la decisión de impedir que los fugitivos pudieran dormir tranquilos. Una emotiva recreación del clima imperante en la Alemania Occidental de la época se encuentra en la película *Im Labyrinth des Schweigens* del actor y director alemán de origen milanés Giulio Ricciarelli (2014): recrea el proceso que llevó a juicio en 1963 a veintidós ex funcionarios de Auschwitz. La película sigue el trabajo de investigación de un joven fiscal que, con Fritz Bauer, fiscal general de Fráncfort en el filme (lo era de Hesse en realidad) como único apoyo, tiene que luchar no sólo contra el ocultamiento de documentación, la negligencia de las autoridades en la persecución de criminales y el acoso y la burla de sus propios compañeros en la fiscalía, sino también contra la férrea voluntad de todo un pueblo que se niega a reconocer los hechos del pasado reciente y parece empeñado en simplemente olvidar. El personaje principal, Johann Radmann (personaje de ficción que no sigue al personaje histórico que dirigió el juicio, Hans Hofmeyer), entiende que no habrá sanación si la herida cierra sin haber extirpado el cáncer que representa la complicidad con los crímenes nazis a través del silencio y el olvido. En el clímax de la historia, después de numerosos obstáculos y decepciones, Radmann se entera por su madre de que su padre (desaparecido en el frente oriental) también había sido miembro del partido. Esto lo hace perder toda esperanza y renuncia a seguir adelante para darse cuenta después de que, al hacerlo, él también se vuelve cómplice, y decide volver.

Simon Wiesenthal definió con claridad el objetivo de su gesta en el título de uno de sus volúmenes de memorias: *Justicia, no venganza*. Fue promotor de la idea de que no existe la “culpabilidad colectiva”, sino que son los individuos quienes deben ser juzgados por sus faltas (Segev, 2010, p. 51). La lucha de estos héroes por justicia —hombres y mujeres con contradicciones que sin duda cometieron errores— debe ser reconocida con mayor razón si entendemos, como lo hizo el historiador David Marwell, que “quien busque un equilibrio entre los crímenes cometidos y el castigo, terminará finalmente frustrado” (cit. en Nagorsky, 2016, pp. 2-3).

Nagorski agrupa en *The Nazi Hunters* (2016) a los más importantes entre quienes se dedicaron a perseguir criminales nazis fugitivos; algunos como ciudadanos particulares, otros desde instituciones gubernamentales o servicios secretos: Fritz Bauer, el fiscal de Hesse, alemán de origen judío;

William Denson, fiscal estadounidense; Rafi Eitan, líder del comando del Mossad que secuestró a Eichmann; Benjamin Ferencz, fiscal en los juicios de Núremberg contra los miembros de los *Einsatzgruppen*; Tuviah Friedman, agente polaco y después creador de un centro de documentación particular en Viena; Isser Harel, jefe del Mossad a cargo de la operación de secuestro de Eichmann; Elizabeth Holtzman, congresista estadounidense bajo cuya presión se creó la Oficina de Investigaciones Especiales (OSI por sus siglas en inglés) del Departamento de Justicia, desde donde persiguió ex nazis en los Estados Unidos; Eli Rosenbaum, director de la OSI entre 1995 y 2010, que tuvo un importante papel en la campaña contra Kurt Waldheim (ex secretario general de la ONU y luego presidente austriaco envuelto en polémica por su pasado nazi); Allan Ryan, director de la OSI entre 1980 y 1983 (y autor del *mea culpa* por la protección a Barbie); Jan Sehn, juez polaco, y Efraim Zuroff, fundador de la sede del Centro Wiesenthal en Jerusalén, conocido como “el último cazanazis”. Por supuesto, Nagorski incluye en esa lista, en lugar prominente, a los más célebres, que nosotros hemos dejado hasta el final: Simon Wiesenthal, y Beate y Serge Klarsfeld.

Los éxitos de estos personajes están en las condenas de muchos criminales que, sin su esfuerzo, habrían logrado escapar. Sus fracasos están en aquellos que escaparon. Nagorsky enumera también a los más relevantes entre ellos: Klaus Barbie, Martin Bormann (las dudas sobre su paradero permitieron que su búsqueda continuara), Hermine Braunsteiner, Herbert Cukurs, John Demjanjuk, Adolf Eichmann, Albert Heim (murió en libertad en El Cairo), Rudolf Höss, Ilse Koch, Kurt Lischka, Herbert Hagen, Ernst Heinrichsohn, Josef Mengele (murió en libertad en Brasil), Erich Priebke, Otto Remer (murió en libertad en España), Arthur Rudolph (científico aeroespacial, murió en libertad en Alemania después de que se le retirara la nacionalidad estadounidense) y Kurt Waldheim (escapó de la justicia con apoyo indirecto del propio Wiesenthal, a pesar de la campaña en su contra encabezada por el Congreso Judío Mundial). Hay, por supuesto, muchos que añadir en esta lista, unos de gran relevancia como Rauff; otros de apariencia inocente en tanto criminales y revestidos de heroísmo como veteranos —Skorzeny y Rudel por ejemplo—, y otros “casos triviales” como Schwend.

La inmensa mayoría de quienes perpetraron el horror nazi y de quienes sobrevivieron a él, ya ha fallecido. Muy pronto será imposible recabar testimonios directos. Mientras escribimos estas líneas, Alemania sentencia a uno de los últimos criminales aún vivos —hasta donde sabemos—, Reinhold Hanning, de 94 años, guardia de Auschwitz, cómplice de ciento

setenta mil asesinatos (Müller, 2016), y con ese veredicto se imparte una de las más recientes lecciones sobre la memoria y la restitución de la dignidad a las víctimas. El Centro Wiesenthal mantiene en 2016 una lista de diez ex nazis vivos que deberían ser procesados, pero aclara que “se trata sólo de la punta del iceberg de individuos aún con vida que pueden ser juzgados por sus servicios con las fuerzas del Tercer Reich y sus aliados” (Simon Wiesenthal Center, 2016).

Sin embargo el trabajo de quienes han dedicado sus vidas a hacer de la justicia una lección para la memoria es el cimiento de nuestra actual filosofía de lucha por los derechos humanos. Sin Wiesenthal, sin los Klarsfeld, sin los fiscales y jueces que realizaron esta gesta, sin los agentes de inteligencia que siguieron y apresaron a los culpables, no se habría pavimentado el camino que ha llevado más recientemente, en muchos países, a la creación de organizaciones y sistemas de investigación sobre las atrocidades del pasado; no solamente del pasado nazi sino de otras vejaciones históricas, incluyendo las de la Guerra Fría, las de las guerras sucias y las de los conflictos genocidas y fratricidas que viven muchas sociedades. El proceso mismo de desclasificación de documentos secretos en Inglaterra, Alemania y especialmente en los Estados Unidos debe mucho a estos luchadores. Las comisiones de investigación sobre conflictos internos (“comisiones de la verdad”) en países como Argentina, Chile, Guatemala y Perú, llevan el sello de la lección que nos enseñaron los cazadores de nazis. Otras tendrán que venir porque aún queda justicia pendiente.

La cacería de nazis representada en primer lugar por Wiesenthal generó “nerviosismo” en los nazis fugitivos: mientras estuvieran activos quienes los buscaban, ellos no podrían dormir tranquilos, ni siquiera si contaban con la protección de los gobiernos que les habían dado refugio. De esto es particularmente ejemplar el caso de Arthur Rudolph, científico en uno de los proyectos de “armas milagrosas” de Hitler, los cohetes V2, que después de la guerra fue reclutado por el proyecto Paperclip para participar en el programa aeroespacial de la Nasa —para el que diseñó el Saturn V— que terminaría por poner astronautas en la luna. En su caso fue Eli Rosenbaum, de la OSI, quien en los años 80, cuando Rudolph gozaba de prestigio y posición social, lo obligó a renunciar a la nacionalidad estadounidense y a volver a Alemania al demostrar su complicidad en el uso de fuerza de trabajo esclava para la producción de armas nazis (Nagorsky, 2016, pos. 4154).

Ya hemos revisado el impacto que habría tenido la cacería de nazis entre los miembros de la ODESSA, cuando la “Declaración” de la reunión en España citaba expresamente como causas de sus resoluciones terroristas

la prolongación de “las persecuciones contra los Nacional-Socialistas” y el derecho “autootorgado” del Estado de Israel de proceder “raptando y asesinando por doquier”, en referencia a la captura de Eichmann y al asesinato de Cukurs, y sus “Resoluciones” que se iniciaban con la “condena a muerte a Federico [Fritz] Bauer”. Los archivos de Schwend muestran también cómo se encarnaba este “nerviosismo” en un ex nazi en particular; don Federico no solamente guardaba copias de noticias sobre la cacería, sino que llegó a manifestarse desde el Perú, dirigiéndose por carta a *Der Spiegel*, el 14 de marzo de 1968, para “comentar” un artículo aparecido en enero de ese mismo año sobre Martin Bormann, en el que se recogía lo que Wiesenthal había declarado al respecto y se le describía como “experto” en nazis fugitivos. De esta carta, escrita originalmente en alemán, citamos la traducción al castellano realizada de manera oficial por el poder Judicial del Perú:

No pude menos que sonreír ante la calificación de “experto” acordada al señor Simon Wiesenthal. Yo también reconozco su condición de experto, pero más bien en la explotación de los tontos que nunca faltan y a los cuales vende los cuentos de su invención. De todos modos Wiesenthal vive desde hace 20 años de este magnífico negocio por medio del cobro anual de unos cuantos centenares de miles de dólares, con los cuales lleva una vida principesca.

Sería una verdadera desgracia para este “experto” si tuviera que ganarse la vida por medio del trabajo. (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe I)

Segev ha mostrado que Wiesenthal pasó penurias a lo largo de los años 40, 50 y 60, y ha descrito su clasemediera posición —cómoda, sí— cuando, más tarde, alcanzó cierta estabilidad económica basada principalmente en las regalías de sus libros, pero sus enemigos y detractores en general no dejaron de utilizar la acusación de enriquecimiento para atacarlo. Más allá de este argumento, no es sorprendente el tono de Schwend al descalificar a Wiesenthal mediante el argumento de la venta de información creada porque suena a una especie de proyección de sí mismo. ¿No era precisamente eso, crear información y venderla, lo que Schwend había hecho para los nazis durante la guerra, para el CIC inmediatamente después y para quien se prestara cuando tenía oportunidad (como el MI6, el BND, la Stasi, quizás las agencias soviéticas y con seguridad la Policía de Investigaciones del Perú)?

FRITZ BAUER Y LA CAPTURA DE EICHMANN

El archivo de Schwend contiene un recorte periodístico en alemán sobre el arresto de Eichmann. El recorte no indica de qué medio se trata; está fechado en Fráncfort/Jerusalén un 27 de mayo, suponemos que el año es 1960 porque el texto menciona la edad del criminal capturado: 54 años. Es decir, la nota se habría publicado cinco días después de que Ben-Gurion anunciase la captura. Incluye una fotografía de un joven Samuel Roth, jefe de la policía criminal en Tel Aviv, y una reproducción de una orden de captura contra Eichmann emitida por esa institución policial el 23 de mayo. Otras fuentes al alcance de Schwend para su seguimiento del caso fueron los artículos que publicó la revista *Caretas* en Lima: “Destino: el infierno” (número 218, abril de 1961), y “El juicio del siglo” (número 219, mayo de 1961); el primero para presentar un perfil del criminal apresado y, vagamente (recordemos que nunca se conocerán con plena certeza los pormenores), del proceso que llevó a su captura, y el segundo para reseñar el inicio del proceso en Jerusalén. El tono de estas notas de *Caretas* es fiel al estilo que la publicación limeña ha mantenido desde su fundación en 1960 hasta nuestros días, a medio camino entre el periodismo de fondo y la sátira mediática: sin demasiada preocupación por la documentación probatoria de lo que se informa, con una prosa a la que no le faltan quiebres de misterio, y títulos llamativos que alimentan el escándalo. Pero independientemente de las cuestiones de estilo, *Caretas* informa —como lo hacen miles de medios alrededor del mundo— en el fragor de sucesos que están sucediendo, a años de que aparezca la documentación a la que hoy tenemos acceso y que hace posible un análisis histórico con más variables. *Caretas* dice que “Eichmann escuchó en el Tribunal, a través de cintas magnetofónicas, las declaraciones que hiciera a la policía al ser capturado en Argentina por el equipo comandado por Yehuda Simhoni” (*Caretas*, 219, p. 31), pero el equipo del Mossad que capturó a Eichmann estaba al mando de Rafi Eitan (Nagorsky, 2016, pos. 41) y, dado que se trataba de un secuestro totalmente encubierto respecto de las autoridades argentinas, Eichmann nunca declaró ante la policía. Como para enfatizar un tinte de *thriller* de espionaje para sus lectores, *Caretas* 218 menciona en “Destino: el infierno”, que Eichmann “tenía una pastilla de cianuro en la cápsula de un diente cuando fue capturado”, pero esta absurda idea, que implicaría que

Eichmann estaba siempre en guardia ante la posibilidad de la captura, no se confirma ni siquiera en el poco confiable recuento de Isser Harel, o los de los otros miembros del equipo del Mossad. De ser esto cierto, indudablemente la habría usado. Sin datos sobre las fuentes de las que *Caretas* obtenía estas informaciones, no podemos conocer su origen, como no podemos evitar pensar que son invenciones de un redactor en cualquier parte del mundo —fue mito global—, que busca crear y satisfacer la curiosidad de los lectores de un golpe.

La cobertura de la trayectoria de Eichmann después de la guerra que hace *Caretas* es interesante por la mezcla de elementos ficticios y datos reales que aporta a una historia cuyos detalles, siempre contradictorios, se conocerían décadas después. Al final de la guerra, dice “El juicio del siglo” de *Caretas*, Eichmann “abandonó en Hungría a su aristócrata amante la baronesa Ingrid von Ihme y fue allí donde aseguró a sus cómplices que moriría feliz por haber eliminado a los judíos”. Pero no hay señales de la fuente documental de la que proviene esa supuesta declaración, además de que Eichmann no se encontraba en Hungría al final de la guerra, sino en Berlín, desde donde Kaltenbrunner le habría ordenado que se fuera a una “fortaleza alpina” que en realidad no existía, y no parecía estar enfrentando directamente a la muerte sino a la posibilidad de escapar. Durante el juicio, Eichmann evitó sistemáticamente que se le involucrara en asuntos de decisión política o ideológica respecto de la “solución final”; su defensa se construyó alrededor de la imagen del burócrata anodino que cumple órdenes; el protagonista de “la banalidad del mal”. El verdadero Eichmann se evidenciaría mucho después, como ha mostrado Stangneth, al darse a conocer los papeles y grabaciones con Sassen hechos durante los tiempos en Argentina, y especialmente al someter esa desordenada documentación a análisis riguroso. Aún más, en “Destino: el infierno”, *Caretas* le inventa a Eichmann nuevos autoexilios: “En 1955 cae Perón y el pavor se apodera de los nazis y fascistas. Eichmann, con experimentada astucia, emigra hacia el campo. Trabaja en propiedades agrícolas y ganaderas en Paraguay y Bolivia”. Sabemos por Goñi que la situación era muy diferente: “Perón fue depuesto por un grupo de generales derechistas, fanáticamente católicos, que asignaron carteras ministeriales a ex colaboradores del servicio de espionaje de Himmler” (2002, p. 27), es decir, para los ex nazis refugiados en Argentina con la ayuda de Perón, la situación no cambió con su deposición, incluso pudo haber mejorado. Eichmann jamás vivió en otro país latinoamericano, como sugieren sus últimas palabras: “¡Larga vida a Austria, larga vida a Alemania, larga vida a Argentina, nunca los olvidaré!” —pero Rafi

Eitan, su secuestrador, refirió que en realidad dijo otra cosa: “Espero que me sigan todos ustedes” (Ginsburg, 2014)—.

Las crónicas sobre la fuga de Eichmann; su persecución, captura y juicio son numerosas. Para mencionar las más recientes, podemos citar a Stangneth, Segev y Nagorski, así como los estudios de Breitman y Steina-cher, todos los cuales ya hemos comentado en páginas anteriores, y en los que se derrumban mitos e ideas propagados por propios y extraños desde principios de los 70. La pregunta que se presenta como constante en todos los casos es ¿por qué llevó tanto tiempo localizar al nazi fugitivo de más alto rango —y el más buscado— después de los juicios de Núremberg? La respuesta está en la complejidad de su trayectoria. Algunos, como los científicos reclutados en los Estados Unidos por el proyecto Paperclip o los técnicos de Perón en la Argentina y los “asesores” de Nasser en Egipto, contaron con el apoyo y la protección de los Estados que los acogieron. Otros, como el propio Schwend en cierta medida y especialmente Barbie, además de la protección de sus países de refugio, tuvieron la ayuda de las agencias de inteligencia y espionaje a las que habían servido, lo que explica en buena medida el tiempo que tomó dar con ellos y hacer justicia. Pero el de Eichmann es un caso *sui generis*; si bien su fuga de Europa es similar a la de tantos otros, con la asistencia de ex SS en el camino y el apoyo entre manifiesto e involuntario de la iglesia católica y la Cruz Roja, no se conocen evidencias que señalen que prestó servicios a ninguna agencia de inteligencia, ni llegó a ocupar posiciones en la Argentina de Perón que nos permitan inferir que contaba con su protección. El éxito de su fuga, durante los casi quince años que duró, parece estar más bien en su decisión personal de mantener un perfil bajo, de vivir la vida del derrotado. Hay crónicas, como la que ofrecía *Caretas* en el momento del juicio, que dicen que Eichmann delató su paradero en Tucumán al escribir una carta a su esposa que se encontraba entonces en Alemania y bajo vigilancia, pero esta tesis, aun si fuera cierta o si fuera la única explicación, no explica la demora de ocho años o más que todavía tendrían que pasar. Otros relatos se centran en el testimonio de Lothar Hermann, judío alemán afincado en Argentina, cuya hija habría iniciado una relación con Klaus, el mayor de los hijos de Eichmann, quien a su vez ostentaba su nombre real. La realidad, como apuntan Stangneth, Segev, Nagorski y otros autores es mucho más compleja.

Eichmann siguió la instrucción de Kaltenbrunner de ocultarse en las montañas con vistas a su participación en una resistencia guerrillera —la famosa *Werwolf* que tanto desveló a los Aliados—. Cada uno por su lado, ambos fueron apresados por los estadounidenses pero, mientras Kaltenbrunner

se convertía en el nazi de más alto rango que sería juzgado vivo, Eichmann logró hacerse pasar por un soldado de la Wehrmacht y, luego, al descubrirse su tatuaje de las SS, adoptó una nueva identidad, la de un ex Waffen SS llamado Otto Eckmann. Durante su cautiverio bajo esa identidad, los juicios de Núremberg llamaron la atención sobre la verdadera identidad de Eichmann, especialmente al conocerse el testimonio de Höttl sobre la cifra de seis millones de judíos que Eichmann le habría dicho que habían sido asesinados por los nazis, y la información proporcionada por su subalterno Dieter Wisliceny sobre el *modus operandi* de la oficina de “asuntos judíos” a su cargo. Esto habría precipitado su decisión de escapar asumiendo una nueva falsa identidad, la del empresario Otto Henninger. Con este alias se trasladó hacia el norte, a la zona de ocupación británica, donde se dedicó a criar pollos —una curiosa coincidencia: en la misma época pero en el Perú, Schwend tomaría el mismo giro pecuario— y a llevar una vida discreta, desde 1946 hasta 1950.

Pero ese año Wiesenthal, que había conseguido la primera fotografía de Eichmann para el expediente de su búsqueda, logró que se organizara una inspección de la casa de Vera Liebl —la esposa de Eichmann con su nombre de soltera— en Austria. Al enterarse, el fugitivo habría decidido emprender el escape definitivo: “decidió utilizar sus viejos contactos de las SS para irse a Argentina” (Breitman y Goda, 2010, pp. 12 y ss.). Asumió una nueva identidad falsa que utilizaría durante los siguientes diez años: Ricardo Klement. Wiesenthal no dejó de insistir tanto a los austriacos como a los estadounidenses e israelíes que no cesaran en la persecución de Eichmann, pero de cualquier modo su búsqueda dejó de ser prioritaria a partir de 1952.

Durante esos primeros años en que Eichmann encontró refugio en Argentina —su esposa (argumentando segundas nupcias) e hijos lo alcanzaron allá en 1952—, esporádicas pistas de fuentes diversas lo ubicaban en Medio Oriente (Egipto, Kuwait y hasta la propia Jerusalén), haciendo más fácil su vida como el “humilde” Klement, mecánico, en diversos puntos de Argentina. Y aquí se encuentra otra de las estrategias utilizadas por Eichmann, conscientemente o no, para mantenerse bajo cubierto: a diferencia de otros ex nazis, como Skorzeny y Rudel, célebres “héroes de guerra”, o como Barbie y Schwend que vivían la gran vida gracias a los réditos del expolio que habían perpetrado —un estereotipo, el del ex nazi millonario, que también Wiesenthal ayudó a propagar— y a las utilidades de sus actuales negocios turbios, Eichmann era un trabajador manual sin riqueza ni ostentaciones. Stangneth ha explicado que esto no se debe, como han dicho otros historiadores o como reprodujo *Caretas* en la época del juicio, a que

en la fuga se haya visto obligado a sacrificar su capital, sino a que nunca lo tuvo. Entre los genocidas nazis, este en particular representa una de las grandes ironías de la historia: el administrador del genocidio era un hombre “honesto”, sin ambiciones económicas, sin afán de ostentación material (otra cosa es lo relacionado con su “codeo” con poderosas personalidades durante el régimen nazi, como el Gran Muftí de Jerusalén). Esta característica externa de su personalidad —porque en el entorno de las conversaciones con Sassen en Buenos Aires, Eichmann era muy diferente— también le ayudó a mantenerse a salvo de los cazadores de nazis.

Para la época en que Eichmann había logrado establecerse en Argentina con su familia, un judío alemán que había pasado la era nazi en el exilio había alcanzado la fiscalía de Hesse. Como fiscal, Fritz Bauer había emprendido una gesta no muy bien recibida en la Alemania de su tiempo, que prefería mirar hacia otro lado cuando se trataba del pasado reciente: la aplicación de justicia a los criminales de guerra que lo convirtió en otro célebre cazanazis. Su acción legal ya había logrado modificar la jurisprudencia alemana, de manera que desde el punto de vista constitucional se reconociera el patriotismo de los miembros de la Wehrmacht que habían cometido el atentado fallido contra Hitler en julio de 1944; soldados que, hasta que Bauer actuó como fiscal de Hesse, seguían teniendo un estatus constitucional de traidores. La modificación del marco constitucional para darles el reconocimiento que merecían fue obra suya (Nagorsky, 2016, pos. 2231). En 1956 consiguió también que los tribunales de Fráncfort expedieran una orden de aprehensión contra Eichmann (Stangneth, 2014, p. 189), y luego, en 1957 recibió la famosa pista proveniente de Argentina, de un judío ciego (Hermann), de que Eichmann había sido localizado ahí.

Otra cadena de acontecimientos fortuitos pareció ensamblarse a continuación: la carta de Hermann con el paradero de Eichmann no fue dirigida a Bauer; Stangneth piensa que en el enlace entre ambos podría haber participado otro abogado judío: Arnold Buchthal. Es simple: ¿cómo podía Hermann saber de Bauer? Lo más probable es que hubiese dado con el nombre de Buchthal en el *Argentinisches Tageblatt*, un diario de Buenos Aires publicado en alemán, liberal y muy leído por la comunidad judía argentina, en el que el abogado judío había aparecido sosteniendo la hipótesis de que Eichmann se encontraba en Argentina. Hermann, entonces, dice Stangneth, habría escrito a Buchthal y este a su vez, habría reenviado las cartas a Bauer (2014, p. 317).

Bauer prefirió entregar esa información a los israelíes en lugar de manejarla a través de los canales formales en Alemania Occidental, calculando

que dichos canales apuntarían a una solución apegada al derecho internacional, mediante procesos de extradición que seguramente se entraparían. Nagorski cita la opinión de Bauer en una conversación con su contacto israelí, Shaul Darom: “No me opongo a la idea de que lo lleven a Israel a su modo”. Los israelíes, sin embargo, se demoraron otro par de años para iniciar las acciones que llevarían al secuestro de Eichmann. Surgieron dudas: primero, el hecho de que los testimonios incriminadores provinieran de un ciego; luego, el domicilio de Eichmann del que Hermann había informado a Bauer era cualquier cosa menos lo que cabría esperar para un nazi de la importancia de Eichmann: no era verosímil que viviera en una casa pobre, en un barrio pobre. Incluso la imagen de Vera Eichmann a las puertas de la casa, una mujer madura y “nada atractiva”, se contradecía con la idea preconcebida que los agentes del Mossad tenían de Eichmann como un “muje-riego”. Poco después, otro célebre cazanazis, Tuvia Friedman, ante la negativa de los israelíes de seguir sus nuevas pistas, difundió ante la prensa la hipótesis, esgrimida por el flamante director de la Oficina Central para la Investigación de Crímenes del Nacional Socialismo, el Centro Ludwigsburg, de que Eichmann se encontraba en Kuwait. Y aquí es donde Bauer aparece otra vez, insistiendo en la pista de Argentina y añadiendo el alias bajo el que se escondía Eichmann, Ricardo Klement, confirmado por una nueva fuente. Klement era, efectivamente, el nombre del inquilino de la casa en cuestión (que Eichmann no fuera propietario de la casa donde vivía fue otra pista contradictoria respecto del estereotipo general de nazi fugitivo).

El resto de la historia es quizás la parte más conocida. Abundan relatos de la “operación Eichmann” que hacen de los hechos un contundente *thriller* —aunque en realidad sea una historia sin disparos ni grandes peligros y sin más acción que la de neutralizar a un hombre maduro, desarmado y desapercibido, y ocultarlo hasta el momento de hacerlo abordar el avión—. Por ejemplo, la versión novelada e ilustrada que Neal Bascomb escribió para lectores jóvenes: *The Nazi Hunters* (2013), por mencionar sólo una, se inicia con el famoso compás de espera del comando del Mossad cuando Eichmann, rompiendo la rutina que tan rigurosamente habían estudiado, abordó un autobús diferente y por tanto no apareció en el momento en que lo esperaban, generando nerviosismo en el equipo.

Con la información de Bauer más la venia de Ben-Gurion para la operación, el director del Mossad, Isser Harel, organizó un grupo que, al mando del agente del Shin Bet (servicio de inteligencia y seguridad de Israel), Rafi Eitan, se infiltró en Argentina, estableció casas de seguridad, siguió la rutina de Eichmann hasta aprendérsela y finalmente lo secuestró. A poco de

haber sido apresado —al comprender que no lo matarían de inmediato, según cuentan algunas de las crónicas—, Eichmann confesó su identidad. El comando del Mossad lo sacó de Argentina disfrazado de operador de aerolínea con resaca, a bordo de un vuelo especial de AL EL. Conocemos bien el resto de la historia: Ben-Gurion anunció al Knesset que Eichmann estaba listo para ser juzgado en Israel, y Golda Meir respondió los reclamos argentinos ante la ONU por la violación de su soberanía diciendo que el secuestro fue obra de particulares, un asunto criminal común. En este escenario, todos los participantes reales en el largo y complejo proceso de búsqueda, secuestro y entrega de Eichmann, quedaron condenados al silencio: nadie podría decir cómo sucedió realmente durante años. Al final, Isser Harel publicaría un recuento, *La casa de la calle Garibaldi* (1997), lleno de imprecisiones; Aharoni y Dietl publicarían *Operación Eichmann* (1997), y Tuviah Friedman ampliaría su propio papel así como el de Hermann en los artículos “El ciego que descubrió a Eichmann en Argentina” y “Mi papel en la operación Eichmann” (cit. en Goñi, 2002, p. 366). Pero ninguno de los verdaderos cazadores de Eichmann, especialmente Fritz Bauer —que optó por alentar la vía no legal por encima de los procedimientos a los que estaba obligado—, podía asumir el crédito de una operación tan espectacularmente exitosa y esto dio pie a la difusión de diversas versiones, entre ellas el capítulo IV de *Los asesinos entre nosotros* que Wiesenthal publicó en 1967.

EL ASESINATO DE CUKURS, EL “VERDUGO DE RIGA”

Herbert Cukurs, aviador de origen letón, se había unido a los fascistas de su país —la organización conocida como “Cruz del Trueno”— a fines de los años 30. Cuando Hitler avanzó sobre la Unión Soviética estos letones de ultraderecha salieron de la clandestinidad y colaboraron con los ocupantes nazis. Se le conoce como el “verdugo de Riga” (confundido a veces con el “carnicero de Riga”, Eduard Roschmann), pues una vez bajo dominio alemán, los fascistas a su mando arremetieron contra los judíos de la ciudad. Nagorsky relata que en julio de 1941, Cukurs y sus compinches encerraron a trescientos judíos en la Gran Sinagoga de Riga, cuyo interior habían rociado con gasolina y a la que prendieron fuego lanzando una granada. A

quienes intentaban escapar del incendio los esperaban las balas de Cukurs y sus hombres en el exterior del templo. A través de testimonios de sobrevivientes, de los que no cabría dudar pues, como pionero de la aviación en Letonia, Cukurs era una celebridad conocida por todos, se le ha encontrado responsable del asesinato de treinta mil judíos durante la ocupación alemana del país báltico. Después de la guerra pudo escapar y se refugió en São Paulo, Brasil, donde, sin siquiera cambiar de identidad, siguió piloteando aviones, confiado en que no sería perseguido (Nagorsky, 2016, pos. 3733).

A fines de 1964 conoció a un exitoso empresario austriaco, Anton Künzle, que deseaba abrir una oficina en Sudamérica en busca de oportunidades de inversión. Después de ganarse su confianza, Künzle propuso a Cukurs un lucrativo negocio y lo citó en Montevideo, lejos de la seguridad de su comfortable vida en São Paulo, para que conociera la oficina que había elegido. El 23 de febrero de 1965, Cukurs viajó a la capital uruguaya sin sospechar la trampa: en el interior del local de Künzle lo esperaban varios hombres que, después de una lucha en la que el letón se defendió rabiamente, lograron reducirlo con un martillazo y luego matarlo de dos balazos en la cabeza. Eran agentes del Mossad bajo el mando de Yaakov Meidad, verdadera identidad del empresario Künzle, “un maestro del disfraz”, según Nagorsky, o “el hombre de las cien identidades”, como lo describe Schlomo Schapiro en la introducción a la crónica de la operación que el propio Meidad —aún bajo el alias de Künzle— publicó en 1997 (Kuenzle y Shimron, 2004, p. xiv). Meidad —que también había formado parte del comando que cuatro años antes había secuestrado a Eichmann en Buenos Aires— y sus hombres echaron el cadáver de Cukurs en un baúl con una nota en inglés que decía:

VEREDICTO

Considerando la gravedad de los crímenes de los que se acusa a HERBERT CUKURS, especialmente su responsabilidad en el asesinato de 30 000 hombres, mujeres y niños, y considerando la terrible crueldad mostrada por HERBERT CUKURS al perpetrar sus crímenes, condenamos al mencionado CUKURS a muerte.

Ha sido ejecutado el 23 de febrero de 1965

Por “Los que Nunca Olvidarán” (cit. en Nagorsky, 2015, pos. 3752)

Según Nagorsky, la ejecución de Cukurs fue el único caso en que se tomó una decisión oficial en Israel para asesinar a un criminal nazi, intentando evitar que escapara definitivamente gracias al estatuto de limitaciones

que aún estaba vigente. Pero a lo largo de los años, la prensa uruguaya ha recogido y reiterado el testimonio del oficial de policía que se encargó del caso, Alejandro Otero —célebre por haber desarticulado al movimiento guerrillero de los Tupamaros—, para quien era claro que la intención de los autores de la operación no era asesinarlo, sino probablemente secuestrarlo, pero que habrían tenido que acabar con su vida ante su encarnizada resistencia. En su libro sobre la operación, Meidad aseguraba que otro de los motivos era mantener viva la atención pública hacia los horrores nazis que cuatro años después de la ejecución de Eichmann comenzaba a declinar. Sin embargo, la demora de las autoridades uruguayas en encontrar el cuerpo (fue necesario que los agentes del Mossad “notificaran” anónimamente lo ocurrido a la prensa alemana, de donde se recogió el “aviso” en Uruguay), sumada al hecho de que no se trataba de un criminal de la alta jerarquía nazi como Eichmann y que además no se había seguido un proceso público contra él, logró que la acción pasara sin tener un gran impacto en la prensa internacional.

El impacto buscado, sin embargo, si se generó entre los otros nazis fugitivos del continente, a quienes, con la ejecución de Eichmann aún fresca en la memoria, la muerte de Cukurs puso de nervios otra vez. Y en alerta. Schwend conservó documentos en su archivo sobre este caso, documentos que parecen mostrar sus propias indagaciones y especulaciones sobre las acciones que llevaron al asesinato. Dado que la relación de Cukurs y Künzle se desarrolló durante varios meses, la familia y otros testigos apuntaron hacia el supuesto empresario austriaco como autor del asesinato. Para cuando Otero inició su investigación, Künzle había desaparecido sin dejar rastro alguno. La conclusión a la que se llegó, por la nota en el cadáver, fue que se había tratado de una operación en la que estaba involucrado el Mossad. Pero, ¿quién era en realidad Künzle? A Schwend le interesaba saberlo y desarrolló ideas sobre el asunto en las que desestimó la hipótesis sostenida por algunos medios (que menciona Schwend sin citar ni conservar copias), que señalaba a un Miguel T. Romero, una especie de sicario de origen paraguayo, como la identidad detrás de Künzle.

En uno de los documentos del archivo de Schwend —incluido en el folder 18/95 que también contiene lo relacionado con la reunión de la ODESSA—, aparecen referencias al asesinato de Cukurs, a Künzle y al hecho de que en “la prensa internacional” había aparecido una fotografía de Romero a quien se señalaba como verdadera identidad de Künzle. El documento está foliado a mano, de la página 2 a la 7; no existe la primera, y probablemente esta numeración se escribió después de incautados los documentos por lo que podrían no estar en su orden original. En conjunto, la información sobre

Künzle, Romero y “comandos israelíes”, tiene el formato de una especie de informe de inteligencia, probablemente escrito por el propio Schwend, pero sin señal alguna que indique a quién estaba dirigido; sospechamos que se trata de información que Schwend habría compartido con sus enlaces nazis, probablemente con Barbie, aunque no deberíamos descartar las hipótesis siguientes: que Schwend no fuera el autor del informe; que hubiese pretendido influir con sus “pistas” en la prensa con la intención de apuntar hacia la inteligencia israelí, desacreditando la participación de Romero en el asesinato, o que Romero habría actuado para los israelíes, pues “tiene estrechos lazos de amistad con toda la colonia Israeli [sic] de Asunción”.

La página foliada a mano con el número 2 comienza con un título casi ilegible: “Asesinato de Cucurs:” y sigue con una serie de “Hipótesis”. En la primera, la prensa (nunca citada concretamente) indica que Romero sería Künzle, y el autor del informe sabe que Romero no habla alemán, así que se pregunta:

- o, por alguna razón, Cucurs estaba [ilegible; probablemente “de acuerdo”] con Romero para aceptar la falsa identidad de él.
- o los periodistas cuentan cuentos.
- o un verdadero o falso Antón Künzle, para cubrir[se] dejó publicar una foto de Romero, con o sin consentimiento de este.

Y sin embargo, la segunda hipótesis revierte estos comentarios y acepta que la identidad de Künzle sea efectivamente Romero:

- 2) Las relaciones y facilidades que Romero tiene en el Brasil, Uruguay, Argentina, etc ... y el hecho que Dragomir Prodanov viaja también muy a menudo al Brasil, precisamente en relación con las dudosa[s] actividades de su compañía aérea privada, pueden fácilmente i[m]plicar que es en efecto Romero, bajo el nombre de Künzle, que organizó la trampa relacionada con una actividad comercial aérea ... [sic]

En la siguiente página (folio a mano número 3), se indica una “Referencia: Comandos Israelíes para asesinatos y raptos [sic]”, un tema que sabemos que desvela a los ex nazis, fugitivos o no. Aquí se reitera la aparición en la prensa de la fotografía de “un cierto y supuesto Anton Künzle”, “Pero la persona fotografiada es en realidad Miguel T. Romero, ex ‘secretario de reorganización del Partido Colorado [sic]’”, el partido del dictador Alfredo Stroessner, protector de nazis como Mengele y Roschmann. A continuación,

el informe describe a Romero como un mercenario con “un pasado ya muy rico en ‘incidentes’”, que suele viajar con nombres falsos y “trabaja con los servicios secretos de Stroessner como informante, denunciante, agente provocador [sic], espía y ocasionalmente de matón también”. Como siguiendo el estilo de los informes que casi veinte años antes Schwend realizaba para la inteligencia militar estadounidense, el documento se extiende sobre otros nombres con los que Romero mantiene “estrecha colaboración”:

- Dragomir Prodanov, ex-Jefe de Seguridad del Zar Ferdinando de Bulgaria, actualmente propietario de una pequeña línea aérea, empeñada en contrabando de toda clase, al servicio de la policía Paraguaya.
- Erasmo Candia, ex-Inspector General, Jefe de Investigaciones del Paraguay, “demisionado” a raíz de un asesinato demasiado prepotente para quedar “tapado”
- Patrik Contri, celebre pistolero y matón procedente de los Balkanes, también al servicio de Stroessner como “especialista en torturas”.
- Teniente Coronel Ramón Duarte Vera, Jefe de Policía de Stroessner.
- Dr. Edgar L. Ynsirán, Ministro del Interior del Paraguay, etc... (HIS, Schwend Archiv 18/95)

En la página con el folio a mano número 4 continúa la “semblanza” de Romero, a quien se describe como alguien “sin escrúpulo alguno cuando se trata de dinero que robar o ganar como sicario” y se amplían sus relaciones a un periodista de São Paulo, “un cierto Montoya, también trabajando para con Stroessner [...] muy amigo del ex-presidente derrocado, el filocomunista Goulart”. Y para responder la pregunta escrita en letras mayúsculas “¿CUAL ES EL PROPOSITO PERSEGUIDO CON LA PUBLICACION DE MIGUEL T. ROMERO BAJO EL NOMBRE DE ANTON KÜNZLE?”, se amplía la descripción de Romero dentro de un paréntesis: “(es un hombre muy primitivo y sin cultura : habla Guaraní y Castellano, sabe algunas palabras de pésimo Inglés : en ningún caso pudiera desempeñar, fuese durante pocos minutos el papel de un Austriaco...)”. Esta última nota resulta interesante porque descubre al autor en una concepción racista del otro, muy apropiada para un nazi pero también muy común entre las elites latinoamericanas de los años 60, para las que el hecho de hablar un idioma originario representaba una especie de “retraso cultural”.

La página identificada con el número 5 es una versión en alemán de algunos de los párrafos sobre Romero reseñados en las anteriores. La información muestra que Schwend conocía el poder clandestino del Paraguay

de Stroessner, aunque quizás no a fondo. Los mencionados Erasmo Candia, Patrik Contri y Ramón Duarte Vera efectivamente habían sido miembros de las corruptas fuerzas armadas y policiales del dictador paraguayo, pero habían caído en desgracia en 1961, envueltos en un escándalo conocido como “el crimen del cine Splendid”, en el que el croata Contri, al parecer bajo las órdenes de Candia y con la venia de Duarte, había asesinado a balazos a un presunto espía de la Interpol, un ciudadano polaco, en plena función de cine en la sala Splendid del centro de Asunción (González García, 2010).

El Mossad en Lima

La página 6 entra de lleno en el tema de los supuestos comandos israelíes presentes en Lima; es la única página de esta serie que indica una fecha: 15 de junio de 1965, es decir, alrededor del momento, quizá poco antes, en que se realizaba la fantástica reunión de la ODESSA que hemos descrito. El informe, que puesto en contexto enfatiza la “necesidad” de enfrentar “la acción terrorista de los comandos israelíes” a la que se refirió la minuta de la reunión de la ODESSA en su “declaración de guerra contra el Estado de Israel”, revela supuestos operativos secretos de los israelíes en Lima:

El Servicio Secreto Israelí ha decidido abrir en Lima una boîte (Bar - Restaurant - Night-Club)

La persona encargada de la financiación y dirección ya está en Lima desde varios años, para arraigarse con el propósito de [crear] una central de espionaje.

Propósitos perseguidos:

- Formación de una fuerte organización Israelí para raptos y asesinatos.
- Tomar influencia sobre la Policía, las Fuerzas Armadas y la Economía Peruana.
- Recaudación paulatina de material acusador sobre altas personalidades del Estado para poder presionar por chanta[je] en momento oportuno.
- etc.

... El local será provisto de micrófonos que transmitiran las conver[s]aciones de los clientes a gravadoras: las “entraîneuses” (copetineras) desempeñaran el clásico papel de provocadoras de conversaciones comprometedoras ...

Estas breves notas tienen sentido en el contexto de paranoia de los nazis fugitivos ante los casos recientes de Eichmann y Cukurs, aquellos en los que la inteligencia israelí parecía haber participado y de un modo que indicaba claramente que no la detendrían fronteras ni protocolos de derecho internacional (se conocerían otros después). ¿Una agencia secreta israelí en Lima? La idea no parece tener mucho sentido en un país cuya colonia judía era pequeña y que, al parecer, hasta entonces no había cobijado a otro nazi que al “trivial” Schwend, aunque son precisamente los días en que se documenta la visita de Von Leers al Perú y corren los rumores de Bormann libre sembrados por el propio don Federico. El reporte cierra con el siguiente aviso: “Detalles, nombres, etc ... haran el objeto de un próximo informe”, pero ese otro informe no existe en el archivo. La página siguiente en el archivo, que lleva el número 7 a mano, ya la hemos analizado, es precisamente la carta en la que los nazis felices después de su pesadillesca asamblea, se lamentan de que Schwend no haya podido acompañarlos y le cuentan lo fuerte que sonó el *Horst Wessel*, como para que lo escucharan los británicos en Gibraltar.

En otro informe similar, fechado en Lima el 6 de mayo de 1965, Schwend registró datos sobre tres personas. El primero es un Arie Avner, a quien descibió como “judío, ciudadano del Estado Israeli y políticamente consejero personal del Premier Israeli”, que había estado en La Paz en contacto con una “Federación Sionista de Bolivia” con la que recaudó fondos para la compra de armas (“unos quince mil dólares estadounidenses”); la nota sugería que Avner viajaba por todo el continente realizando este tipo de labor (HIS, Schwend Archiv, 18/95). En la segunda nota se refirió a una “noticia” recibida de Chile donde “un hombre de 35 años, alto, rubio, de ojos azules, de unos 90 kilos de peso quería acercarse a los círculos N.S. de Chile”. El sujeto, que “no quiso dar su nombre”, se habría presentado como ex miembro de la Juventud Hitleriana, pero “no hablaba sino un alemán defectuoso”, e iba acompañado de una “amiga” [entrecomillado en el original] “supuestamente argentina” que, sin embargo, no tenía “el típico acento argentino” y cierra con: “Ambos desaparecieron después de unos días”. Por último, “también de Chile”, se informaba el seguimiento de “la pista de un Agente Israeli de apellido Wassermann”.

SIMON WIESENTHAL

Sería absolutamente injusto acusar a Wiesenthal de hacerse con el crédito por la captura de Eichmann de forma gratuita. Que, al igual que Friedman, haya podido enfatizar su papel más allá de lo que realmente hizo, tomando en cuenta que lo más importante de su estrategia en la cacería de nazis tenía que ver con la difusión de sus acciones por los medios masivos, no debería opacar su vieja insistencia contra este criminal. En cierta medida debemos a Wiesenthal el hecho de que el interés por apresar y juzgar a Eichmann no se desvaneciera durante una década y media. Wiesenthal supo del interés renovado en Eichmann a través del embajador de Israel en Viena a fines de 1959, después de la segunda visita de Fritz Bauer a Israel (con la confirmación por segunda fuente de la identidad ficticia de Eichmann como Klement). Proporcionó entonces a los israelíes un completo perfil del fugitivo a partir de la información que él había podido reunir. Harel negaría toda participación de Wiesenthal en el proceso que llevó al secuestro, pero uno de los miembros del comando del Mossad, el agente del Shin Bet y principal interrogador del equipo, Zvi Aharoni, mencionó que en el reconocimiento visual del sujeto les habían sido de gran utilidad las fotografías de los hermanos de Eichmann que Wiesenthal había hecho tomar recientemente en el funeral del padre (Stangneth, 2014, pp. 345-346). Y no se reduce a eso la participación del decano de los cazanazis, que dedicó los últimos sesenta de sus noventa y seis años de vida (nació en 1908 en una región de Galizia entonces parte del imperio austrohúngaro, luego de Polonia, hoy de Ucrania) a perseguir criminales nazis fugitivos. En su análisis del juicio de Eichmann, Lipstadt critica la biografía de Wiesenthal por Segev (2010) por ser demasiado condescendiente con el cazanazis; argumenta que Wiesenthal había hecho públicas sus sospechas de que el ex nazi se encontraba en Argentina ya en 1953, pero que para 1959 creía que estaba en el norte de Alemania; “si los israelíes hubiesen seguido la pista de Wiesenthal, Eichmann nunca hubiese sido encontrado” (Lipstadt, 2011).

Ya desde 1948, Wiesenthal había participado insistentemente en la búsqueda de Eichmann. Así hubiese sido mínima o nula su participación en la operación que llevó finalmente al secuestro, el célebre arquitecto contribuyó con pistas desde muy temprano sobre el paradero y la identidad del más buscado criminal de guerra y contra la humanidad después de los juicios de Núremberg. Si algo mantuvo vigente la necesidad de buscar a Eichmann desde la segunda mitad de los 40, fue la persistencia de Wiesenthal,

independientemente de que tuviera falsas pistas e informaciones no confirmadas. En la “presentación de personajes” con la que Stangneth inicia su investigación, sintetiza así su perfil y su participación en la captura de Eichmann: “Sobreviviente del Holocausto y, después de la guerra, el más famoso cazador de nazis; encontró la primera fotografía de Eichmann; evitó cada intento de la familia Eichmann de declararlo muerto” (2014, p. XII).

La trayectoria de este notable arquitecto que decidió dedicarse a perseguir culpables fugitivos y prefirió permanecer en Austria en lugar de emigrar a Israel o a los Estados Unidos, se inició inmediatamente después de la guerra, como sobreviviente de una casi milagrosa cadena de acontecimientos —como él mismo la calificó (Segev, 2010, p. 60)— que lo llevó hasta el campo de concentración de Mauthausen. Su gesta no terminó hasta su muerte en 2005, cuando ya era no sólo una leyenda sino la cabeza de organizaciones e instituciones dedicadas a preservar la memoria del Holocausto y proseguir en la búsqueda de justicia, como el Centro Wiesenthal con sedes en Viena, Los Ángeles y, posteriormente, Jerusalén y Buenos Aires. Entre sus muchos biógrafos, Tom Segev, uno de los más recientes, apunta la importancia del trabajo de Wiesenthal no sólo en la construcción de la memoria del Holocausto sino en la consolidación de la idea que tenemos hoy de lucha por los derechos humanos, dentro y fuera del universo judío:

Judío solitario, se había echado encima la tarea de asegurarse de que ni siquiera el último de los nazis pereciese en libertad, o al menos libre de ansiedad porque, él, el judío Wiesenthal, lo cazaría y haría lo necesario para llevarlo a juicio y castigarlo. Y la justicia prevalecería. [...] El concepto de conmemoración del Holocausto que desarrolló era amplio y humanista. En contraste con la tendencia que habían adoptado Israel y el *establishment* judío de los Estados Unidos, de realizar el memorial solamente de las víctimas judías de los nazis, Wiesenthal veía el asesinato de los judíos como un crimen contra toda la humanidad y lo enlazó con las atrocidades cometidas por los nazis contra otros grupos, como los enfermos incurables, los gitanos, los homosexuales y los testigos de Jehová. Bajo su mirada, el Holocausto no era solamente una tragedia judía sino humana. [...] Wiesenthal merece ser recordado por su contribución a la cultura de la memoria y a la creencia en que recordar a los muertos es santificar la vida. Irónicamente, conforme fueron pasando más y más años y se fue haciendo cada vez más incierto que los criminales nazis sobrevivientes fueran llevados ante la justicia, el Holocausto se fue consolidando como el sinónimo universal del mal, una señal de advertencia para todas las naciones, para

todas las personas. En gran medida, esto sucedió gracias a los esfuerzos de Simon Wiesenthal. Nadie hizo tanto como él al respecto. (Segev, 2010, pp. 7-10)

Wiesenthal contribuyó a la captura de cientos de criminales (el perfil que aparece en el portal de internet del Centro Simon Wiesenthal menciona más de mil cien). Aunque en sus propios escritos y memorias exageró su papel en muchos de esos casos o brindó versiones distintas y contradictorias —muchas veces en función de algún objetivo coyuntural específico—, la realidad es que sin él habrían escapado muchos criminales que fueron efectivamente juzgados. Incluso la imagen del cazador solitario que él mismo promovió y que luego la ficción fortaleció —como su personificación en la novela de Forsyth *El archivo de ODESSA* (1972) o en la película sobre Mengele, *Los niños del Brasil* (Schaffner, 1978)— es en parte leyenda, pues hoy sabemos que trabajó durante años para servicios de inteligencia estadounidenses e israelíes y mantuvo coordinación con los gobiernos de Austria y Alemania Occidental, además de haber prestado algún servicio al gobierno polaco. En un documental cinematográfico que ha recogido las más crudas y atroces imágenes de los crímenes nazis, *La traque des nazis* (Costelle y Clarke, 2007), aparece uno de los dibujos de Wiesenthal incluidos en su primera publicación, *KZ. Mauthausen* (1946), en el que una gigantesca calavera tocada con la gorra de plato de las SS se traga infinitos trenes llenos de personas, mientras a su lado ondea un estandarte con la suástica. Más adelante en el documental, aparece el propio Wiesenthal mostrando un gran libro elegantemente empastado y con las runas de las SS en un círculo; debajo, el título que lo identifica: *Dienstaltersliste der Schutzstaffel*, una lista del personal de las SS, específicamente de la Gestapo según explica el cazanazis en su característico inglés marcadamente acentuado. “El registro oficial de las SS”, añade la voz en *off* en francés. Wiesenthal, con la carismática sonrisa que le valió grandes éxitos en el ámbito de las relaciones públicas —la conquista de Hollywood y de varios inquilinos de la Casa Blanca, por ejemplo—, una sonrisa que enfatizaba las dramáticas ironías de la persecución en la que se involucró, menciona cómo tantos de los nombres que aparecen en ese registro, “altos miembros del partido [nazi], participantes en las masacres” eran, en el momento de la entrevista que registra el documental (probablemente mediados de los 60, los créditos del documental no indican la procedencia de su metraje), personas no solamente respetadas sino que “viven en las ciudades, ¡con mucho dinero, con grandes autos!...” Entonces la sonrisa se desvanece y, mirando hacia otro lado en actitud de

natural dramatismo, Wiesenthal cambia el tono irónico por uno severo, y advierte con determinación: “Yo tengo que decir lo que sé”.

Esa fue la función que cumplió durante décadas: dijo lo que sabía. En ocasiones también lo que no sabía e incluso, probablemente, lo que había inventado. En su *modus operandi*, la frecuente publicación de informaciones no confirmadas era táctica: generaba con esto el mantenimiento del interés público alrededor de su persona-denunciante y al mismo tiempo una persistente advertencia a los fugitivos.

Con respecto a la posibilidad de que Wiesenthal hubiese inventado algunas de sus historias, Segev relata una polémica desatada por la publicación del libro *The Sunflower* (conocido en castellano como *Los límites del perdón*, 1998), la más célebre de sus obras, en la que el cazanazis recurrió a una anécdota de su vida en los campos de concentración para solicitar la reflexión de escritores, filósofos, teólogos y otras personalidades, sobre el significado del perdón. La primera edición de este *best seller* apareció en Francia; se trata de un libro en dos partes: la inicial, de la pluma de Wiesenthal, relata un suceso de 1943, siendo prisionero del campo de concentración de Janowska (hoy Ucrania), cuando, mientras él y otros prisioneros realizaban trabajos forzados en el exterior, una monja enfermera se le acercó y le pidió que la acompañara a un establecimiento hospitalario, donde lo llevó a la habitación de un agonizante SS. El edificio que los nazis habían acondicionado como hospital era el mismo Politécnico donde Wiesenthal había estudiado arquitectura y había sufrido acoso antisemita de alumnos y profesores aun antes de la era nazi. El SS herido, totalmente cubierto de vendas, relató a Wiesenthal un suceso atroz del que había formado parte en Dnepropetrovsk: el encierro de varias decenas de judíos, hombres, mujeres y niños, en una casa llena de bidones de combustible y su asesinato por la asfixia y el fuego (un crimen con las mismas características del de Cukurs en Riga). La ornamentada prosa de Wiesenthal —sabemos que trabajaba con escritores fantasma pues él mismo no era un escritor y como veremos a continuación, aunque le frustraba, lo sabía— adereza el relato en todo momento con sus propias reflexiones, casi siempre las de un prisionero a quien una ira sólo atenuada por la prudencia quiere sacar de ahí. Lo que desea el alemán es el perdón de un judío, un judío cualquiera: “Tráigame un judío” había pedido a la monja; no importaba cuál. Su judío resultó ser Simon Wiesenthal, quien se marchó sin otorgar el perdón solicitado.

La segunda parte del libro compiló las reflexiones que Wiesenthal solicitó sobre esta historia —sobre el perdón— a intelectuales, escritores y filósofos, a través de la pregunta “¿Qué habría hecho usted?” Entre quienes

respondieron (sucesivas ediciones han ido añadiendo más reflexiones), hay intelectuales como Herbert Marcuse, Primo Levi y Tzvetan Todorov, personalidades religiosas como el Dalai Lama y teólogos cristianos y judíos, e incluso está la respuesta de un ex nazi como Albert Speer, que inició su participación con “nunca podré perdonarme” (aunque escrita desde la comodidad de haber cumplido la laxa sentencia con que los Aliados sí lo perdonaron). Igualmente interesantes resultan aquellos que ni siquiera se dignaron responder: Hannah Arendt, David Ben-Gurion, Günter Grass o Charlie Chaplin. Otros respondieron rechazando la invitación, como Elias Canetti, para quien el hecho de no haber sufrido los acontecimientos en carne propia —judío de origen búlgaro, se refugió de los nazis tempranamente en Suiza y luego en el Reino Unido— le impedía responder. Pero entre todas las respuestas en las que se rechazó la invitación de Wiesenthal a perdonar o no perdonar, quizás la más sorprendente sea la de Heinrich Böll, uno de los escritores alemanes que con más claridad y determinación se enfrentó al pasado nazi de su país tanto como al presente ambiguo de la Guerra Fría y al autoritarismo anticomunista de Alemania Occidental. Para Böll, extraordinario autor de ficción, quedaba claro que la historia de Wiesenthal era producto de una imaginación literaria y le respondió no en términos éticos y morales sino literarios. Relata Segev:

Böll creyó que Wiesenthal había perdido la oportunidad de introducir los crímenes cometidos por el ejército alemán, la Wehrmacht, en el discurso de los crímenes de guerra nazis. No cabe duda acerca de los crímenes de las SS, escribió, pero las atrocidades de la Wehrmacht no han sido expuestas por el juicio contra Eichmann u otros juicios. Esto no ha sucedido por casualidad, escribió Böll. Los crímenes de la Wehrmacht han sido encubiertos para proteger a Alemania Occidental y la reputación de sus fuerzas armadas. Hubiera sido mejor hacer que el SS del relato de Wiesenthal fuera un alto oficial de la Wehrmacht que, antes de morir, le diera al narrador una misión histórica: mostrar la verdad desnuda acerca de los crímenes cometidos por el ejército alemán”. (Segev, 2010, p. 237)

Junto con esta reflexión como dirigida a un aprendiz de novelista por un novelista formado, Böll —que había sido reclutado y había estado en el frente, por lo que sabía de qué hablaba— sugirió otras “modificaciones” a la historia. Para Wiesenthal, Böll respondía bajo la hipótesis de que el relato era una obra de ficción y archivó la carta. Algunos de los elementos de la historia proceden con seguridad de acontecimientos efectivamente vividos

por Wiesenthal, pero es también claro que el producto final es literatura de ficción, tal como Böll lo evaluó, dando por sentado, además, para su personaje literario que no otorgaría el perdón.

Las contradicciones en que Wiesenthal cayó, conscientemente o no; sus pistas no confirmadas, los servicios que prestó a diversas agencias de inteligencia bajo cobertura y la colaboración que dio a otros representan la posición inversa, la otra cara, respecto del reclutamiento y protección de criminales de guerra y contra la humanidad por gobiernos de distinto cuño: ni siquiera la protección de Estados soberanos les permitiría sentirse seguros mientras Wiesenthal siguiera en su búsqueda. Y la búsqueda rindió frutos: Eichmann (parcialmente), Franz Stangl, Karl Josef Silberbauer, Kurt Wiese, Hermine Braunsteiner, Josef Schwammberger y Robert Verbelen, por nombrar sólo aquellos que tienen un capítulo propio en las páginas del Simon Wiesenthal Archiv.

Entonces, la necesidad de que Bauer guardara silencio respecto de la información que entregó a los israelíes, impidiendo que se siguiera un proceso legal en Alemania, así como la de que los miembros del comando del Mossad mantuvieran reserva sobre el origen del plan para capturar a Eichmann, dejó vacío un lugar importante en el proceso: ¿quién había cazado a Eichmann en realidad? La prensa sólo podía hacer público lo que tenía en sus archivos desde tiempo atrás, y eso era fundamentalmente Wiesenthal (también, en cierta medida, el otro gran cazanazis de Viena con quien en un principio Wiesenthal colaboró: Tuviah Friedman; de ahí que este escribiera un artículo sobre su papel). Sea como sea, la suerte de Eichmann fue al mismo tiempo un aviso a los ex nazis fugitivos, que tendrían que cuidarse más a partir de entonces, y un catalizador para las acciones justicieras de otros cazanazis.

Si los nazis que fueron alcanzados por la justicia gracias a las acciones de Wiesenthal superan el millar, muchísimos más que no enfrentaron tribunales fueron registrados en sus archivos, notas y memorias; muchísimos para los que no obtuvo evidencias suficientes que permitieran llevarlos ante los jueces o cuyas fechorías habrían sido consideradas por él como “menores” y, por tanto, el esfuerzo y los recursos necesarios para perseguirlos habrían sido un desperdicio y una distracción respecto de casos de mayor importancia (recordemos que para Wiesenthal el valor educativo de la justicia era una prioridad). Uno de estos casos “menores” fue Federico Schwend.

Un caso trivial

En la correspondencia entre Schwend y Julius Mader aparecieron nombres a los que la CIA prestó atención según un documento de 1969. Wiesenthal figuraba entre esos nombres, descrito como alguien que reclamaba crédito por su activa búsqueda de nazis desde 1945 y por haber participado en el secuestro de Eichmann a favor de los israelíes. El informe mencionaba que más de una vez se había reportado que estaba al servicio de la inteligencia israelí (NARA, Schwend File 2. EGBW-22333). Era cierto que Wiesenthal mantenía una relación con la inteligencia israelí, pero es poco probable que Schwend estuviese al tanto de ello, más allá de una simple sospecha, derivada de la vinculación de su nombre con la cacería de Eichmann. Si Mader lo sabía o lo sospechaba, podemos dudar que comunicara esa información a Schwend.

Hemos citado más arriba la carta que Schwend envió al editor del semanario *Der Spiegel* en la que desacreditaba a Wiesenthal, a quien la revista consideraba una autoridad sobre el tema de los nazis fugitivos. Dicha carta, fechada en marzo de 1968, hacía referencia a un reportaje de *Der Spiegel* del 8 de enero anterior (Terry, 1968, pp. 22-24), en el que, sin embargo, no se difundían hallazgos de Wiesenthal sino confesiones de un ex miembro de las SS, Karl Erich Wiedwald, que afirmaba conocer el paradero de Bormann: una colonia alemana en la selva brasileña cerca de la frontera con Paraguay. El autor del reportaje, Antony Terry, indicaba en su texto solamente que Wiesenthal “uno de los expertos reconocidos en la materia”, se había reunido con Wiedwald, y aunque el artículo se extiende en detalles de lo dicho por este ex nazi, no asume nada de ello como confirmado.

Pero Schwend, más experto que nadie si atendemos al tono en que escribió a los editores, reaccionó contra Wiesenthal y el foro que *Der Spiegel* le daba; no contra Wiedwald, el ex nazi traidor. En su carta, don Federico negó la existencia de cualquier colonia “cerrada” de alemanes, y con más “autoridad”, rechazó que Bormann y Mengele hubiesen pasado por ahí. El meollo de todo este asunto era, por supuesto, Bormann, el nazi fugitivo más buscado, en un momento en que la hipótesis de que estuviera aún con vida era más fuerte que la entonces sospechosa verdad de su muerte en la batalla de Berlín el 2 de mayo de 1945. En realidad, en su carta a *Der Spiegel*, Schwend no estaba respondiendo al periodista que consideraba experto a Wiesenthal, ni a las declaraciones del ex nazi Wiedwald sobre la colonia Waldner 555 y el paso por ella de Bormann y Mengele. En su errada e impetuosa reacción escrita, Schwend estaba respondiendo a la acusación velada

que Wiesenthal había hecho contra él en sus memorias recientemente publicadas: *Los asesinos entre nosotros*.

En las páginas finales del capítulo XI, dedicado a sus pesquisas sobre el paradero de Bormann, Wiesenthal escribió lo siguiente:

He recibido la visita de un periodista alemán acompañado de un desconocido procedente del Perú, que me preguntó si a cambio de la dirección de Bormann y de su colaboración en la detención de éste, podría darse por olvidado el caso de aquel desconocido, buscado en Alemania, que *cometió un solo asesinato* y que comparado con el caso Bormann *es un caso trivial*. Añadió que si yo estaba dispuesto a iniciar gestiones con el fiscal de Fráncfort encargado del caso del hombre en cuestión, podríamos tratar inmediatamente del caso Bormann.

Le contesté que me ponía en un dilema de muy difícil resolución y que, por otra parte, cómo sabría yo que el hombre en cuestión cumpliría su promesa. Le pregunté entonces dónde se encontraba Bormann y por toda contestación me enseñó una fotografía que muestra a Bormann vestido de sacerdote. Esta fotografía parece tener cierta autenticidad, ya que el individuo representa tener algo más de unos sesenta años y Bormann tiene en la actualidad sesenta y seis.

Pedí a ambos que pasaran a verme al día siguiente y que me dieran así un poco de tiempo para meditar el asunto. Ya sé que es absolutamente imposible hacer semejante trato con la justicia y por consiguiente les dije que si el hombre en cuestión colabora realmente en la detención de Bormann, ello sería considerado en un tribunal como circunstancia atenuante y yo estaría dispuesto a testificar que había en verdad colaborado a traer un criminal frente a la justicia.

Entonces me dijeron que si se sabía que aquel hombre había traicionado a Bormann, ello representaría para él sentencia de muerte a manos nazis, pero, sin embargo, prometieron seguir en contacto conmigo.

En el curso de la conversación pareció desprenderse que *ese hombre, que tiene miedo de regresar a Europa, vive en el Perú*. (Wiesenthal, 1967, cursivas nuestras)

Ese hombre que quería traicionar a Bormann debe ser don Federico, (es probable que el periodista mencionado por Wiesenthal fuera Herbert John). No tenemos pruebas, Wiesenthal no dio su nombre, pero podemos tener la certeza no sólo por la información que aportó en estos párrafos —culpable de un sólo asesinato, “miedo de regresar a Europa”, vive en el

Perú—, sino porque, en privado, Schwend había alardeado y continuaría haciéndolo, acerca de ser el único que conocía el paradero de Bormann. Además, la intención de negociar la entrega de un nazi tan importante para salvarse a sí mismo, a espaldas de sus cómplices en la ODESSA, Merex o como quiera llamarse a la red de persistentes nazis con la que colaboraba, es consistente con su *modus operandi*. Obviamente, la respuesta de Wiesenthal le resultaría inaceptable: ¿someterse a juicio en Alemania por el asesinato de Kamber y contar con haber entregado a Bormann como circunstancia atenuante gracias al testimonio del cazanazis? Ni en sueños. Mucho menos cuando en Lima gozaba de una posición privilegiada y contaba con la protección de autoridades policiales y militares. Fin de la historia.

Pero Wiesenthal publicaría la historia en *Los asesinos entre nosotros*. No indicó las fechas exactas en que fue visitado por los “mensajeros” de Schwend, pero podemos hacer algunas conjeturas al respecto. El libro fue publicado en alemán en Zúrich y simultáneamente en inglés, francés, español y otros idiomas, entre marzo y abril de 1967. En una nota a pie de página, Wiesenthal señaló: “6 de enero de 1967: una vez terminado mi manuscrito, recibo más información sobre Bormann, cuya autenticidad es muy difícil de comprobar”, refiriéndose probablemente a los testimonios de Wiedwald. Por lo tanto, el manuscrito de *Los asesinos entre nosotros* debe haberse cerrado al menos dos o tres meses antes, quizá varios más, tomando en cuenta que aún debía pasar por la pluma de su escritor fantasma, Joseph Wechsberg, encargado de convertir sus informes en “piezas literarias”. Las trepidantes historias de este libro de memorias de Wiesenthal abarcan los años de la guerra y especialmente acontecimientos ocurridos a lo largo de más de dos décadas que ya acumulaba el cazanazis en el desarrollo de su incansable labor. La visita recibida a nombre del “desconocido” del Perú no pudo haber sucedido, entonces, después de 1966.

Por otro lado, el proceso contra Schwend por el asesinato de Kamber fue atraído por los tribunales alemanes en 1960, y la nueva sentencia a veintidós años de prisión fue dictada en 1964; la visita que Wiesenthal refiere no pudo haber sucedido antes de eso. Así, la negociación que Schwend le propuso a Wiesenthal a través de esos “mensajeros” debe haber sucedido en algún momento entre 1962 y 1966; quizá entre 1964 y 1965, coincidiendo nuevamente con la siniestra reunión de la ODESSA en España.

Der Spiegel dedicó muchas páginas al lanzamiento de *Los asesinos entre nosotros*, incluyendo fragmentos en sus números 33, 34 y 35, de agosto de 1967 (Segev indica que también lo hicieron *Time* y otras), y se convirtió en un *best seller* de inmediato, un sonoro y global éxito de librería que no

pudo pasar desapercibido para los nazis fugitivos; sabemos que ponían mucha atención a lo que hacían Wiesenthal, Fritz Bauer, Tuviah Friedman, los Klarsfeld, los israelíes. Si nosotros hemos podido reconocer al desconocido del Perú, autor de un solo asesinato, que negociaba con el “judío de Viena” la entrega de Bormann, sus correligionarios deben haberlo visto también. Más que ser calificado de “caso trivial”, algo que, aunque pudo haberlo pasado por alto, sin duda lastimó su amor propio —gran parte de su estrategia para acomodarse en los círculos de poder del Perú se basaba en hacerse pasar por *big-shot* nazi—, Schwend debe haberse puesto muy nervioso de saber que sus “socios y amigos” sabrían (o confirmarían) que era un oportunista y un traidor. Barbie, el más recalcitrante de esos nazis, lo habría matado en seguida; era la época más productiva de su sociedad. Si no se generó una diferencia entre ambos a raíz de este asunto, fue porque Barbie estaba al tanto y de acuerdo con el trato propuesto a Wiesenthal; ambos negociaban la carta vacía: Bormann estaba muerto. Quizá la posibilidad de que Schwend fuera exculpado y habilitado para volver a Europa sin temor a ser arrestado abriría más puertas para sus turbios negocios. Sólo en este contexto tiene algún sentido esa carta airada y arrogante en que Schwend acusa a Wiesenthal de negociar y enriquecerse con la persecución de nazis, esos inocentes.

Una carta de Schwend a Lo Stein, de junio de 1969, indica que la comunicación con *Der Spiegel* no fue la única oportunidad que Schwend tuvo ante los medios para tratar de desacreditar a Wiesenthal (HIS, Schwend Archiv 38-27). En esa carta, entre muchos otros temas, Schwend relató que en la entrevista que dio en su casa a la TV alemana: “[...] no pude contenerme, por ejemplo, al decir del ‘señor’ Wiesenthal [sic] que es un mercader sin carácter. Luego se hicieron preguntas a las que no les faltaban trucos, concebidas como una trampa perfecta. Respondí a la altura, lógicamente”.

No tenemos copias de aquella entrevista, pero se la menciona en otro documento del archivo de Schwend, redactado por un Michael Jung que hacía seguimiento a Schwend aunque no es clara la razón. Gracias a ese documento sabemos que uno de los temas de la entrevista fue el caso del asesinato del redactor inglés Brown del que Schwend culpaba a Henri Nannen, y sabemos también que Schwend cobró mil dólares por conceder a la televisora alemana “sólo una hora” (HIS, Schwend Archiv Nr. 2). En el relato que Schwend hizo sobre ello a su amiga de Prien aparece nuestro personaje en la plenitud de su carácter: el del hombre importante que sabe más que aquellos que ocupan ministerios en Alemania; el de quien se siente capaz de desacreditar a Simon Wiesenthal usando prejuicios y estereotipos antisemitas, el del

mitómano que no duda en convertir una hora de entrevista en “tantas horas bajo las lámparas que al día siguiente seguía deslumbrado”. Es de reseñar la metáfora pues en la correspondencia con Lo, don Federico parecía dar rienda suelta a una cursilería que quizás consideraba poética.

Los informes del Dr. Jenny

Unos años más adelante, entre octubre y noviembre de 1971, Wiesenthal volvió a recibir en Viena noticias de Schwend, pero esta vez no era un emisario de don Federico quien lo contactaba con una nueva propuesta para negociar su exoneración, sino, al contrario, alguien que lo denunciaba como ex nazi involucrado en operaciones ilegales, en complicidad con otro ex nazi de nombre Altmann. Juntos, Schwend y Altmann, según declaraba este nuevo denunciante, se dedicaban al productivo negocio de “defraudar a judíos alemanes y otras personas de ascendencia alemana” en el Perú y Bolivia.

Durante los años que transcurrieron entre la aparición de *Los asesinos entre nosotros* y las cartas que el Dr. Alfred H. Jenny, de Basilea, Suiza, envió a Wiesenthal (HIS, Schwend Archiv NKZ-Roo6, Wiesenthal Center), el Perú había pasado del régimen democrático de Belaúnde a la dictadura revolucionaria del general Velasco Alvarado. El cambio de régimen pudo no haber afectado inmediatamente la “protección” que brindaban las autoridades policiales y militares del régimen belaundista a Schwend (aunque su principal enlace, el director de la PIP, Campos Montoya, había caído antes que Belaúnde), pero el establecimiento de una enérgica política de control de cambios sí había abierto un nuevo nicho para sus habilidades “comerciales”: el tráfico de divisas y el lavado de activos en los que había mostrado tanta habilidad a lo largo de su vida. En Bolivia, mientras tanto, el flamante dictador profascista Banzer había terminado mediante golpe de Estado con el efímero experimento de gobierno militar de izquierda de Juan José Torres y esto volvía a generar condiciones para el ascenso de Barbie (como Altmann) que había perdido posiciones al morir Barrientos en abril de 1969 (obligándolo a refugiarse en el regazo peruano de Schwend).

No es clara la identidad del Dr. Jenny. Como veremos a continuación, la información que envió a Wiesenthal le fue proporcionada por una fuente no identificada en Lima que evidentemente tuvo acceso al entorno privado de Schwend y, a través de él, al de Barbie. Diversos elementos de esta correspondencia —desde lo que se denuncia hasta el análisis de la tipografía

de las máquinas de escribir utilizadas, e incluso los errores ortográficos— nos permiten establecer que dicha fuente era Volkmar Johannes Schneider-Merck. Es posible también que Jenny tuviera intereses financieros propios en el proceso, es decir, que fuera una de las víctimas, quizá secundaria, de las trampas de Schwend y Barbie. Proporcionó información a Wiesenthal durante noviembre de 1971 y marzo de 1972 —los inmediatos antes y después del asesinato de Banchero—. Su primera carta está fechada el 31 de octubre de 1971 y tiene un sello que acusa recibo el 3 de noviembre por Wiesenthal. Sin presentarse más allá del nombre y el título de doctor (y su dirección en algún punto de los hermosos malecones de la margen derecha del Rin en Basilea), informaba a Wiesenthal que sabía “de varias estafas cometidas por los ex nazis Schwend y Altmann, establecidos en el Perú y Bolivia” y por ello se tomaba “la libertad de enviarle toda la información que ha conseguido acerca de estas dos personas”. “Tal vez estos detalles puedan ser útiles para usted”, agregó, “para alimentar sus archivos o confirmar alguna información. [...] Tal vez esta gente esté actuando bajo nombres falsos y pueda ser identificada en sus archivos”. Lo que Jenny buscaba de Wiesenthal es que se supiera quiénes eran estos nazis para “asustarlos” de modo que dejaran de estafar y extorsionar a personas “indefensas (especialmente judíos alemanes y otras personas de ascendencia alemana en Lima)”. La hipótesis de Jenny era que si se iniciaban acciones en contra de los estafadores, si se hacía su situación “tan incómoda como sea posible”, dejarían en paz a la gente que “engañan y extorsionan”, en el contexto de las “nuevas leyes monetarias en el Perú”. Jenny adjuntó a su primera carta dos hojas con información sobre Schwend y Altmann y se puso a disposición de Wiesenthal para responder cualquier inquietud (“quizás con alguna demora”, escribió sin indicar que esta demora se debería al hecho de que debía contactar a su fuente en Lima), así que le pidió que le enviara sus preguntas. Ofreció también conseguir fotografías de los sujetos, le solicitó que lo mantuviera informado sobre lo que se pudiera hacer y agradeció por adelantado “a nombre de todas las partes agraviadas”, aunque en ningún momento aparecía él mismo como una de ellas ni como representante legal u oficial; era simplemente un portavoz.

Las páginas adjuntas a esta primera carta, una dedicada a Schwend y la otra a Altmann, fueron mecanografiadas con la misma máquina de escribir que la carta, es decir, por el propio Dr. Jenny o su despacho, suponemos que se habrá tomado el tiempo para pasarlas en limpio porque en sucesivas comunicaciones se disculpaba por no hacerlo. Hemos descrito antes parte de la información que aportó sobre Schwend y Altmann pues nos ha

permitido dar forma a la vida cotidiana que pudo haber llevado Schwend en Lima a fines de los 60 y principios de los 70: alemán, de setenta y seis años (una apreciación equivocada, como ya indicábamos), de 1,80 metros de estatura, cara ovalada, calvo, nariz aguileña, ojos saltones verde-azulosos, fuerte, ligeramente encorvado; con domicilio en el kilómetro 14 de la Carretera Central en una “hermosa propiedad” bien resguardada, con piscina, autos y perros, aunque ubicada en un entorno pobre. Para Jenny o su fuente, esto último era señal de que Schwend se estaba escondiendo. Añadido a mano estaba su número telefónico y el comentario que ya conocemos sobre la presencia de varias terminales y grabadora. También se indicaba la casilla número 1 de Santa Clara como dirección postal y se describía la costumbre de Schwend de ir al Mercado Mayorista los viernes por la mañana, etc. Se hablaba de su “segunda” esposa y dos italianas de edad avanzada que también vivían con él (el clan Neuhold-Moretti), y se describía su estilo de vida como discreto.

Para ambos ex nazis, Jenny aportaba datos como los anteriores, orientados a identificarlos, y luego sumaba información sobre las acciones que realmente quería denunciar. Debajo de la “ficha” de identificación de Schwend que acabamos de describir, incluyó una aseveración que debe haber tocado alguna fibra en la asombrosa memoria de Wiesenthal: “Durante los últimos 12 meses, [Schwend] ha repetido incesantemente que es la única persona viva que sabe dónde se encuentra Martin Bormann (en la región fronteriza peruana-boliviana)”. Luego mencionó su relación con la operación Bernhard durante la guerra —algo que ya era del dominio público desde las publicaciones de Höttl en 1955, de Löhde en *Stern* en 1959 y de Pirie en 1962, y numerosos artículos periodísticos y programas televisivos más—, como preámbulo a la descripción de las estafas que ahora realizaba en complicidad con Altmann: “la venta de acciones sin valor de una compañía suiza en bancarota”; mencionaba un monto aproximado de lo defraudado: “6 millones de soles”, y mostraba la delicadeza de convertir esa cifra a la moneda del país donde vivía Wiesenthal como para que le quedara claro el volumen de lo robado: “cerca de 3,7 millones de chelines austriacos”. Las víctimas de esa trampa eran “6 judíos (de ascendencia alemana) en Lima, cuyos nombres conozco”; sin embargo mantuvo en reserva los nombres —a fin de cuentas eran empresarios que estaban violando leyes— y no se incluyó entre ellos. Finalmente agregó que otros germanohablantes de Lima habían sido también defraudados por cien mil chelines austriacos (¿el propio Schneider-Merck?).

Sobre Altmann, Jenny informó a Wiesenthal que era alemán, que tenía pasaporte boliviano, entre cincuenta y cinco y sesenta años de edad, 1,70

metros de estatura, rubio, ojos azules, “muy orgulloso de su ascendencia aria pura, de la que alardea frecuentemente”. Mencionó que tenía una voz muy suave, una constitución física “promedio” y que solía usar un sombrero bien metido y ladeado a la derecha. “Amigo íntimo de Schwend”, Jenny declaró en su informe algo que no hemos podido confirmar: que Schwend y Altmann se conocían desde “tiempos de los nazis”. Fue oficial de las SS, continuaba Jenny; “Hasta hace 4 años, vivió durante 8 ó 10 años en las selvas de Bolivia (su esposa vivió durante la mayor parte de ese tiempo en casa de los Schwend)”. Esto último le pareció curioso pues comentó: “¿Cómo así?” Describió a la esposa de Altmann como una mujer de cincuenta y cinco años “también muy orgullosa de ser aria”, y aportó información sobre su domicilio (“Malecón, California, Chosica, segunda casa en el Malecón, Carretera Central”), que ocupaba “desde hace 4 meses” y nuevamente se preguntaba entre paréntesis: “¿el dinero para esta propiedad vendrá del fraude?” La casa de Altmann estaba cerca de la de Schwend y tenía características de fortificación similares, pero se encontraba en “un buen barrio”.

Seguía una extraña aseveración sobre la biografía del ex nazi: “ha declarado que habría sido prisionero de los judíos durante 1 1/2 años y torturado”. Jenny aseguró también en la semblanza de Altmann que solía repetir: “¡¡No soy un sirviente de judíos; yo odio a los judíos!!” [sic]. Las denuncias contra Altmann mencionaban que había estado involucrado en la mayor operación [*Unternehmen*, que también se traduce como “empresa”] boliviana de quinina y cocaína. “Durante este tiempo”, decía el informe de Jenny sin especificar qué tiempo, “se encontró cocaína en el departamento de un conocido de Altmann, Franz Strasser (austriaco): Strasser fue 9 meses a prisión y ahora ha sido liberado”. Se extendía entonces sobre Strasser, que habría sido socio de Schwend y Altmann pero ahora estaba escondido. Las acciones de Altmann que Jenny estaba interesado en denunciar eran que actuaba como “pantalla” de Schwend “en cada una de las operaciones de contrabando de divisas y joyas en la ruta entre Lima y La Paz (se lo permiten su pasaporte y su actividad profesional)”.

Wiesenthal respondió un par de semanas después de haber recibido la carta. Segev y otros biógrafos del cazanazis de Viena han destacado su incansable pluma y su casi obsesiva cortesía de responder la infinita correspondencia que recibía. El Dr. Jenny no fue la excepción. El 15 de octubre, Wiesenthal le envió una breve respuesta acusando recibo de su carta y adjuntos y aclarando que, por supuesto, Schwend no le era ajeno aunque no sabía que ya contara setenta y seis años (lo que en su elíptico y formal lenguaje significaba que la información de Jenny era errónea). “De vez en

cuando oímos sobre la influencia que Schwend tiene hoy en el Perú”, continuaba, “y que esta influencia le proporciona diferentes medios”. Para mostrar su certero conocimiento, Wiesenthal respondió mencionando algo que Jenny y su fuente desconocían o habían olvidado u omitido y que, al mismo tiempo, es evidencia para nosotros de que años antes, al escribir sobre Bormann en *Los asesinos entre nosotros*, se refirió a Schwend cuando habló de su trivial caso sin mencionar su nombre: “Somos conscientes de que se ha expedido en Italia una sentencia por un asesinato en la zona de Merano. Esta es probablemente la razón por la cual Schwend evita viajar a Europa”. En la ya larga experiencia de Wiesenthal, y así lo demostraba con su respuesta a Jenny, ese asesinato y esa sentencia eran la única evidencia que contaba para llevar al trivial nazi Schwend ante un tribunal. Por mucho que los fraudes y estafas de los que le hablaba Jenny fueran hechos en contra de judíos, para Wiesenthal no eran de importancia. Él perseguía crímenes contra la humanidad cometidos por los nazis durante su dominio, muchas veces mencionó que no era un detective cualquiera. Respecto a Altmann, Wiesenthal aceptó en su breve respuesta que no tenía nada sobre él y que habría que esperar a tener listados completos de oficiales de las SS para identificarlo. No podía establecer que se trataba de una pista hacia el “carnicero de Lyon”.

Jenny y Schneider-Merck no quedaron satisfechos con esta respuesta de cortesía y arremetieron. El 17 de noviembre Jenny volvió a escribirle a Wiesenthal agradeciendo sus esfuerzos “a nombre de los peruanos afectados” e insistiendo en la necesidad de obstaculizar las actividades de estos estafadores para proteger a los judíos y germanohablantes en Perú que habían sido timados. El monto de sus estafas ya alcanzaba en esta nueva carta “más de 5 millones de öS” [chelines austriacos], y reiteraba que la puesta en escena de su oscuro pasado permitiría que se detuvieran en sus estafas y chantajes, y con suerte, hasta se lograría recuperar parte de lo perdido. Luego indicaba que no deseaba cerrar el caso de Altmann y que se tomaría la libertad de enviarle más información y, de ser posible, una fotografía (y que verificaría las edades). La carta incluía una interesante posdata para “incentivar” la atención de Wiesenthal: “¿Su Centro de Documentación aún se financia con aportaciones voluntarias? Si es así, me gustaría mostrarle un agradecimiento significativo”.

Jenny volvería a escribir a Wiesenthal al menos tres veces más: el 24 y el 28 de noviembre de 1971, y en algún momento posterior al asesinato de Banchemo Rossi, con cada vez más información sobre los ex nazis estafadores. En las sucesivas comunicaciones se establecían los vínculos de Schwend y Altmann con ex nazis célebres como Skorzeny y Rudel, se insistía en que

Altmann era un pseudónimo aunque sin más pistas sobre su verdadera identidad, se prometían fotografías que nunca se aportaban, se detallaba lo que se sabía de las trayectorias de Schwend y Altmann durante la era nazi y se denunciaban sus ostentosas vidas presentes. Pero se acabó la cortesía: no hay constancia de que Wiesenthal hubiese vuelto a poner atención en el caso; no hay más respuestas suyas a Jenny en el archivo.

La carta del 24 de noviembre, que terminaba con “quedo con la esperanza de que, a pesar de las escasas posibilidades, algo se pueda hacer en contra de Schwend y Altmann”, llevaba nuevos adjuntos. En esta ocasión Jenny se disculpaba por los errores ortográficos: “las notas fueron escritas en el Perú y me hubiese tomado mucho tiempo pasarlas en limpio”. Tiempo que Jenny y su fuente en Lima —Schneider-Merck— no tenían para perder. La nueva información rectificaba la edad de Schwend (ahora se le atribuían 70 años, aunque en realidad tenía 66; esa incapacidad de Schneider-Merck para calcular la edad de una persona) y abundaba en información sobre su familia y sobre sus ya bien conocidas actividades durante la guerra. Describía también su ruta de escape hacia el Perú, la cual pasaba por Ecuador, confundiendo en una sola, como sabemos, dos series de movimientos: la inicial, cuando llegó a través de Brasil y Bolivia bajo el alias de Turi en 1946-1947, y la de recuperación de su identidad, en 1954, cuando obtuvo el pasaporte con su verdadero nombre en el consulado alemán de Ecuador. Como para agravar su imagen, el informante aseguraba que su identidad falsa inicial era la de un judío austriaco que había recibido, por ello, la ayuda de la comunidad judía local. El crimen en Italia era ahora doble: había sido condenado a veinticinco años de prisión no por uno sino por dos asesinatos “arbitrarios y extrajudiciales”, por los que el gobierno italiano había solicitado al Perú, sin éxito, su extradición. Esta información daba pie para mencionar sus “buenas relaciones” con varios “altos oficiales” de la “Policía Criminal Peruana” (probablemente se expresó así en alemán el nombre de la PIP), a quienes culpaba del fracaso de la solicitud italiana de extradición. Entre estos oficiales se mencionaba al ya ex titular de la PIP, Campos Montoya, y al jefe del departamento de narcóticos, inspector Abat. También se ampliaba la información sobre su propiedad (diez mil metros cuadrados), y se informaba sobre su Compañía Agrícola La Estrella, S. A., que sospechosamente no tenía ninguna actividad regular ni contaba con personal, sino que servía de domicilio y pantalla para otros asuntos. Su yerno, César Suárez, tenía sus propios negocios en la misma dirección y actuaba como prestanombres de Schwend ante cierto “Banco Comercial”. El informe insistía en que Schwend decía conocer el paradero de Bormann, Mengele y

otros nazis importantes, y alardeaba haber sido por algunos años, colaborador del fiscal Fritz Bauer, a quien había hecho seguir pistas falsas, además de que tenía también relaciones con la inteligencia israelí. Denunciaba que en julio de 1971, Schwend, Fritz Goelz [o Goltz] y Klaus Altmann Hansen habían estafado, extorsionado y robado ciento cincuenta mil dólares a judíos peruanos. Protegido por altos funcionarios de la “policía criminal peruana” y un “servicio secreto peruano” (al que probablemente había puesto en contacto con la organización Gehlen), había sido “un hombre temido entre las colonias judía y alemana” a través de la extorsión, el robo y la estafa. Por fin, se daba el nombre de la empresa suiza cuya fraudulenta quiebra Schwend y Altmann utilizaban para engatusar incautos: Malto, S. A., con sede Lugano.

A partir de aquí, el informe transmitido por Jenny iba adquiriendo cada vez más el tono de una teoría de la conspiración y denotaba la desesperación de la fuente por conseguir que el cazanazis emprendiera acciones directas contra Schwend y Altmann a pesar de que ya había dejado en claro que no consideraba el caso Schwend como merecedor de sus esfuerzos, mientras que el caso Altmann carecía de evidencia alguna sobre la cual fundamentar un seguimiento. Fue en esta comunicación del 24 de noviembre donde se refiere que Schwend pertenece a una “ominosa Orden Atlántica del Thule”, aunque la fuente advertía que esto debía ser tomado con cautela dada la manía de Schwend por la exageración y el vano alarde. El poder de Schwend derivaba, según el informe de Schneider-Merck, del hecho de que “se había consolidado como el principal responsable del control postal” —la censura— para el susodicho servicio secreto peruano. Según información que Schneider-Merck afirmaba haber obtenido de un “servicio de inteligencia” no identificado, para el “servicio secreto peruano” nadie podía convertirse en “informante” ni cobrar “honorarios por éxitos” sin pasar por don Federico. Su enlace con la inteligencia militar era un mayor González de la Rocha, a quien años antes habría colocado en la nómina de la organización Gehlen. Y daba un ejemplo de esta “colaboración”: el arresto del judío alemán Werner Kremer “(o Graemer)”, propietario de una casa de cambios en La Paz y ex presidente del Club Alemán de esa ciudad, que en mayo de 1971 había sido arrestado en Lima por tráfico de divisas en una operación orquestada por “el mayor Rocha”, Schwend —que habría conseguido el número de cuenta de Kremer en el Banco de Crédito [cortado; suponemos: “del Perú”]— y Altmann, por cuya mediación se había establecido el contacto con Kremer.

En este informe aparecieron también nombres que poco tiempo después figurarían en documentos del Poder Judicial, a raíz de los acontecimientos

desencadenados por el asesinato de Banchemo Rossi. Así, uno de los colaboradores cercanos de Schwend era un ex empleado de Aduanas y ex mecánico de la VW de nombre Wilfredo Ríos Pinillos (libreta electoral 2232050), que le servía de mensajero y hacía los más “bizarros trabajos” para él, como “el envío de cartas para extorsionar”. El otro, Fritz Goelz, peruano alemán afinado en Juliaca (“Calle Hipólito Unanue 224, tel. 128, propietario de un pequeño taller mecánico”), en la frontera peruana-boliviana, había participado con Schwend y Altmann, en julio de 1971, en estafas y extorsiones a judíos peruanos por alrededor de ciento cincuenta mil dólares. Schneider-Merck era en realidad el estafado y ante Wiesenthal se hacía pasar por judío, quizá con la esperanza de que eso lo moviera a actuar.

Sobre Altmann —siempre insistiendo en que el nombre podía ser un alias—, el informe adjunto a la carta de Jenny del 24 de noviembre asentaba que había sido *Hauptsturmführer* (equivalente a capitán) de las “SS negras” (*Schwarzen SS*, otro nombre de la sección general de las SS a la que pertenecía la Gestapo; distinta de las militares *Waffen SS* y de las encargadas de los campos de concentración, *SS-Totenkopfverbände*) y que había participado en acciones contra los partisanos de Rusia, Yugoslavia y Francia; luego enumeraba las numerosas condecoraciones que había recibido. Altmann había adquirido la nacionalidad boliviana (pasaporte boliviano N.º 544-71). Su hijo “Wolf (?)” (su nombre era en realidad Klaus) dirigía la representación en Hamburgo de Transmarítima Boliviana, de la que Altmann era director y propietario del cuarenta y nueve por ciento de las acciones (en realidad lo compartía con otros dos accionistas). Firmaba su correspondencia privada como “Emilio Lauer”; mantenía una casilla postal (N.º 1993) en La Paz, mientras que en Lima utilizaba la de Schwend. El informe enfatizaba el antisemitismo rampante de Altmann, quien consideraba que “los judíos eran la desgracia del mundo”, y recalca que después de la guerra había sido hecho prisionero y torturado durante dos años por los “judíos americanos”. Había pasado sus primeros diez años en Sudamérica trabajando en un aserradero de la selva boliviana para después convertirse en representante en ese país de la farmacéutica alemana Böhringer Ingelheim, para la cual se había dedicado a la exportación de corteza de quina, insumo básico en la producción del fármaco quinina. Por último, el informe repetía su larga amistad con Schwend y su complicidad en fraudes y estafas, y el hecho de que también alardeaba sobre sus cercanas relaciones con “círculos fascistas de Bolivia”, sobre el hecho de conocer el paradero de Mengele, sobre sus posibilidades de “conseguir pasaportes bolivianos en cualquier momento”, y sobre su amistad personal con Skorzeny y Rudel.

Apenas cuatro días después de enviar este pormenorizado informe a Wiesenthal, Jenny insistió de nuevo. Con fecha 28 de noviembre enviaba “puntos adicionales sobre ‘Klaus Altmann’ a partir de comunicación directa que acabo de recibir desde el Perú”; básicamente conjeturas para reforzar la hipótesis de que Altmann era un pseudónimo. Las fotografías prometidas, al parecer nunca llegaron.

Aunque Wiesenthal ya no respondió las cartas de Jenny, entre las copias de esta correspondencia con su centro de documentación aparece un documento más, sin fecha, que tiene varias líneas escritas a mano al final de la última de sus cuatro páginas. Hemos realizado minuciosas comparaciones de la tipografía de las cartas de Jenny y de los informes que adjuntó a ellas, comprobando que, con excepción del primero, el del 31 de octubre, que sí fue “pasado en limpio” por él en Suiza, los otros informes (del 24 y el 28 de noviembre) fueron elaborados en una máquina diferente: creemos que esta sería la utilizada por Schneider-Merck en el Perú. Algunas de las fotocopias de este documento pierden los márgenes izquierdo, derecho o inferior, por lo que parte del contenido está fragmentado. Consta de cuatro páginas aunque es posible que originalmente fueran cinco y hubiese desaparecido la tercera o bien que falten sólo algunas líneas. Creemos que el documento fue mecanografiado en la misma máquina que Schneider-Merck usó antes o en una similar: la tipografía es la misma, y si no fuera porque se trata de fotocopias, nos atreveríamos a decir que muestran las mismas señales de desgaste de la cinta de tinta utilizada. Las líneas a mano al final, seguramente escritas por Schneider-Merck mismo, indicaban que enviaría separadamente, por correo aéreo, ciertos recortes de la prensa peruana, y terminaban agradeciendo efusivamente al destinatario (Jenny), con dos signos de admiración dibujados en forma de triángulo invertido con un gordo punto debajo del vértice inferior; exactamente iguales a los que señalan párrafos específicos en los recortes de prensa. Una caligrafía diferente, de trazo más firme, encerraba en un óvalo la frase de Schneider-Merck “se envían por correo aéreo”; dibujaba una flecha desde ese óvalo hasta el límite inferior de la hoja, y comentaba “son las que siguen” y firmaba: Jenny, que estaba reenviando el paquete completo a Wiesenthal. En otra parte de la carpeta Wiesenthal en el archivo Schwend aparece una carta sin fecha escrita a mano por Jenny, en la que se sintetizan los contenidos que describiremos a continuación, por lo que creemos que acompañaba este último paquete. Cabe señalar que en esta carta manuscrita, Jenny por fin informa a Wiesenthal sobre la identidad de su fuente en el Perú: Volkmar J. Schneider-Merck (HIS, Schwend Archiv, NKZ-Roo6 Wiesenthal Center). Esta comunicación enviada por Jenny a Wiesenthal ya

sin el apuro de las anteriores y mostrando menor interés por los problemas de Schneider-Merk, era, como decíamos, posterior al asesinato de Banchemo Rossi. Aunque los documentos de esta carpeta en el archivo no aparecen en un orden cronológico ni han sido foliados, es sencillo inferir que este documento sin fecha, de cuatro (o cinco) páginas fue redactado alrededor de los primeros días de marzo de 1972 pues los recortes de prensa a los que aluden las líneas manuscritas que hemos descrito son del 1.º, 2 y 4 de marzo. Muchas cosas habían sucedido en el transcurso de las últimas semanas de 1971 y las primeras de 1972.

Lo que sigue es una síntesis de la información contenida en este documento; hay que aclarar que buena parte de ello puede haber sido escuchado por Schneider-Merck de boca del propio Schwend en diversos momentos a lo largo de un par de años (por lo que no faltan alardes e inventos), aunque debemos también sospechar que el propio Schneider-Merck exageró pues para ese momento su situación ya era desesperada. Decía que podía asumirse con seguridad que en ese momento —febrero-marzo de 1972— se encontraban en el Perú Mengele, *Gestapo* Müller y, “contra la opinión del general Gehlen” (quien imaginaba al secretario del Führer en la Unión Soviética), Bormann. Müller se habría quedado varias veces en casa de Schwend en Lima; había sido visto ahí algunos meses antes, cuando Schwend le habría comprado a él el terreno donde se encontraba la empresa de pollos de su yerno, “Negociaciones Agropecuarias Santa Cecilia”. Schwend, según este informe, habría elegido el exilio en el Perú por “sugencia” del propio *Gestapo* Müller —se trataba de algún otro ex nazi: Müller quizás no vivió para ver la posguerra (Breitman, Goda y Brown, 2005, p. 150)—. La relación entre Schwend y Müller habría comenzado a través de Martha Neuhold Moretti (Marotti escribía Schneider-Merk), hermana de Hedda Schwend que también vivía en Santa Clara, y que durante la guerra había trabajado para la Gestapo. Nada de todo esto podría ser más bizarro si recordamos que más de veinticinco años atrás, Müller había instigado en plena vigencia del Reich, contra la pureza racial de Schwend, además de que no hay evidencia alguna sobre esta relación laboral de la hermana de Hedda con la Gestapo.

El documento de Schneider-Merck volvía a recalcar la posibilidad de que Schwend desempeñara un rol decisivo en una organización internacional que prestaba ayuda a ex nazis y criminales de guerra y que contaba con enormes medios financieros —sin nombrarla, hablaba de la ODESSA—. Daba por seguro, además, que Schwend había trabajado para la Gestapo, y que en la actualidad se hacía pagar “muy caro” por sus “servicios”, incluso

hasta llevar a la ruina absoluta a sus clientes (claramente, la voz de Schneider-Merck como víctima). El informe señalaba que desde años atrás, Schwend intentaba hallar la verdadera ubicación del escondite de un tesoro en oro que Bormann habría conservado. Según “fuentes creíbles”, Bormann había estado viviendo desde hacía tiempo en Bolivia y Paraguay bajo la identidad de un “Padre Agustín”, un sacerdote católico. Su lugar de residencia actual se encontraría en Tarma, área del Perú en la que vivían muchos inmigrantes alemanes, en especial tirolese, “cerca de Oxapampa, San Ramón, La Merced, Villarica [sic], etc.” Schwend era amigo del obispo de Tarma y tenía como hombre de contacto a un “padre Gulba” de Mannheim, párroco en las cercanías de Junín, que visitaba con frecuencia a “su amigo” Schwend.

El informe de Schneider-Merck señalaba que Schwend mantenía regular contacto con el ex jefe de la Gestapo en Holanda, afincado en Ecuador, y se sorprendía de que este individuo utilizara su nombre verdadero, aunque no lo menciona; nosotros sabemos que era Alfonso Sassen, el hermano de Wilhelm, el confidente de Eichmann en Argentina. Y había más: en Vitarte y Santa Clara, el vecindario de Schwend, vivían muchas familias de ex ustachas, especialmente de Trieste, con quienes Schwend mantenía contacto y a quienes conocía desde la guerra. Otro grupo con el que Schwend estaba en contacto eran los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, quienes mantenían misiones en todo el país, tenían un hogar y una capilla en Santa Clara, y una gran escuela cerca de Ñaña (“a 5 km de Chaclacayo, donde reside Altmann”), con internos y seminario. Entre las misiones de estos adventistas, las había en Tarma y Oxapampa (supuestos escondites de los grandes nazis), así como en Puno y Juliaca (en la ruta de las operaciones de contrabando de Schwend y Barbie). Al final de la segunda página y seguido de lo anterior se mencionaba algo relativo al origen del personal doméstico que Altmann habría elegido para su casa de Chaclacayo; aquí el texto se corta y la página siguiente inicia con tema diferente, por lo que parece haberse perdido una página entre ellas.

Así, la hoja siguiente, tercera o cuarta, describía algo relativo a las rutas de contrabando usadas por Schwend y Altmann en la frontera peruana-boliviana, una ruta a través del río Ucayali y el lago Titicaca hacia Bolivia y Paraguay, de la que comentaba que esas fronteras estaban “prácticamente abiertas” para quienes las conocían. Así, ciertos “amigos de Schwend” (Fritz Goelz, Ricardo Rebisso y un criador de truchas), contrabandistas conocidos, tenían lanchas rápidas y propiedades en una isla en el lago Titicaca que, al estar en línea de frontera, permitía escapar rápidamente si era necesario. Después se

extendía sobre la supuesta relación de Schwend con Mengele. Schwend habría dicho muchas veces ser amigo del “ángel del mal”, el infame médico de Auschwitz, quien para entonces ya no vivía en Paraguay; se rumoreaba que estaba en el Perú y que había vivido con Schwend en más de una ocasión. Los diarios, como probaban los recortes de prensa que Schneider-Merck había enviado a Jenny y este, a su vez, a Wiesenthal, habían establecido una estrecha conexión entre Schwend, Altmann y Mengele con “el asesinato del mayor productor de harina de pescado del mundo Luis B[anchero]”. Durante la investigación había aparecido otro sospechoso: “un tal Alexander Cravac o Clavac, quien habría nacido en Venecia, aunque también se dice que habría sido alemán, que habría abandonado Europa, al igual que Altmann, con un pasaporte de la Cruz Roja, o bien que sería un croata que había trabajado para Schwend durante la guerra en la operación Bernhard”. Todo esto era prueba para Schneider-Merck de que la banda gangsteril internacional de ex criminales de guerra existía desde un comienzo [probablemente se refiere al final de la guerra], e insistía en la particular necesidad de probar con certeza las actividades de Altmann en Sudamérica.

Por primera vez en la correspondencia con Wiesenthal, Schneider-Merck estableció la hipótesis correcta sobre la identidad de Altmann: Barbie, con nuevos datos sobre su vida: habría ingresado a Bolivia, con pasaporte de la Cruz Roja, el 23 de octubre de 1951. Una vez en ese país, se habría convertido en administrador del aserradero “Llojeta” en la provincia de Beni [sic, el Beni, naturalmente] en la frontera de Bolivia, Brasil y Paraguay. Habría sido accionista y gerente de diversos negocios: Maestranza Maderera Alemana, Barraca Santa Rosa y el aserradero La Florestal, desde los cuales habría organizado la exportación de quinina para Böhringer. Aquí, y con relación a este rubro de comercio internacional, Schneider-Merck recomendaba que se determinaran las fechas de los vínculos con la empresa La Estrella S. A. de Schwend en Lima; es decir, había que rastrear las actividades “comerciales” de Schwend y de Altmann tras la sospecha de un esquema de contrabando de largo aliento. Schneider-Merck incluyó más información sobre el individuo llamado Strasser: era socio de Schwend en el negocio de la quinina, y en ese momento, marzo de 1972, estaba siendo procesado en Viena por estafa a la caja de ahorros bávara. Lo de Strasser aparecía ya en la última página del informe, la que se encuentra más fragmentada, por lo que parte del contenido es borroso.

A continuación se volvía a mencionar a la Transmarítima Boliviana, con el hijo de Altmann correctamente identificado por su nombre verdadero, Klaus Georg, como director, además de un agente en Nueva Orleans,

un capitán Hayers [el Ayers que conocemos], y un despacho en Hamburgo, “Nord-Sued-Schiffahrts-Agentur Gmbh [sic]”, cuyos accionistas y gerentes Hildebrand y Priess habrían sido funcionarios del partido nazi y amigos de Schwend. Es difícil descifrar las últimas líneas del informe (el margen izquierdo de la copia de la última hoja pierde entre cuatro y cinco caracteres por línea), pero puede entenderse que Schneider-Merck estaba tratando de describir la forma en que todos estos elementos se amalgamaban bajo la dirección de Schwend, para realizar los fraudes, estafas y robos que denunciaba, incluyendo sobreprecios en el transporte de mercancías vía TMB, hasta la complicidad de un banco en Basilea, con cuyo propietario tenía amistad desde la guerra. En el camino de este complejo esquema de delitos financieros, contrabando, corrupción y fraudes, el documento parecía vincular la participación de Barbie en la fundación de una Caja de Pensiones Militares de La Paz, y una empresa también de esa ciudad, identificada como “Standart Industrials Ltda. [sic]” que en realidad era representada por otra firma extranjera. Más aún: se hablaba de negociaciones para la extracción de uranio “en colaboración entre la Comisión de Energía Atómica de Bolivia y una Empresa Alemana [...] de Uranio en Fráncfort”.

¿Qué había de cierto en lo que decía Schneider-Merck? ¿Cuáles eran sus motivos para establecer estas denuncias? ¿Por qué Wiesenthal habría desestimado estos sorprendentes informes sobre la impunidad de dos criminales nazis a la cabeza de una organización delictiva? Es comprensible que la falta de pruebas lo hubiera convencido de la inutilidad de emprender acciones contra ellos, pero cuando en abril de 1972 fueron vinculados con un homicidio escandaloso y Schneider-Merck estableció para Wiesenthal la hipótesis de que Altmann era Klaus Barbie, esta ya era una certeza para los Klarsfeld, que inmediatamente emprendieron la cacería.

Sabemos que Wiesenthal estaba al tanto de los sucesos de Lima, al menos por dos cartas que recibió en mayo de 1972. La primera le fue enviada desde Rumania con un recorte de prensa traducido al alemán, una nota del 25 de abril de 1972 con el título “*Năravul din fire n-are lecuire*” (“Los vicios de la naturaleza no tienen ninguna curación” en rumano), que informaba del arresto de “Wenceslao Turi” en Lima, implicado en el asesinato de un hombre de negocios [Banquero], revelando que se trataba de Friedrich Schwend, el nazi detrás de la operación Bernhard, condenado en ausencia a veintinueve años de prisión en 1964 (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center 71-72.). La otra, del 22 de mayo, era del padre de Schneider-Merck, y denunciaba al estafador Schwend, que “ha extorsionado o estafado a una gran colección de comerciantes judíos, miembros de la cámara de comercio”. Schnei-

der-Merck, padre, decía que su hijo había tenido “el valor de hacer públicos estos hechos sin saber en qué peligro se estaba metiendo”. Añadió que era “posible que esta mafia haya estado implicada incluso en el asesinato de Bancharo”.

Así, la persecución de Barbie recaería en las manos de los Klarsfeld, cazanazis más agresivos que Wiesenthal y es quizá esta la razón por la que decidió no intervenir en el caso aun cuando Schneider-Merck y Jenny lo mantenían informado desde octubre de 1971. El hecho de que la fuga de Barbie había contado con el encubrimiento de la inteligencia militar estadounidense no se conocería sino hasta una década después, cuando finalmente fue arrestado como consecuencia de una intensa campaña emprendida por Beate Klarsfeld, aunque quizás demasiado tarde pues no fue posible impedir que participara activamente en la formación del sangriento comando “Los Novios de la Muerte”, en el reclutamiento de Delle Chiaie y otros terroristas de ultraderecha europeos, en la participación de Bolivia en la operación Cóndor y en la fragua de las condiciones que convirtieron a Bolivia en el primer narcoestado de América Latina.

SERGE Y BEATE KLARSFELD

Las acciones definitivas para la captura de Barbie en 1983 se deben a Serge y Beate Klarsfeld, aunque Wiesenthal también jugó un papel en el caso, un juicio tardío en el que el cazanazis promovió nuevamente la función educativa: generaciones nacidas después de la guerra podrían formarse en esta perspectiva de justicia a partir del proceso contra el “carnicero de Lyon”.

En los años 60 los Klarsfeld y Wiesenthal habían mantenido algún contacto. Segev menciona que Serge Klarsfeld lo admiraba y que en alguna ocasión lo visitó en Viena, aunque el experimentado cazanazis austriaco “no compartía los puntos de vista izquierdistas de los Klarsfeld”. Sin embargo, su relación fue cordial hasta que, según Segev, Beate Klarsfeld invadió el territorio de Wiesenthal.

Las diferencias que finalmente los enfrentarían surgieron en los procesos de los ex SS Kurt Lischka, Ernst Heinrichsohn y Herbert Hagen, principales responsables de la deportación de judíos franceses a los campos de exterminio, que fueron apresados gracias, en gran medida, a las acciones de

presión de los Klarsfeld, siempre escandalosas y en busca de impacto en los medios. Wiesenthal escribió con ironía: “Al principio tuvimos una buena relación pero no duró. Nuestras metodologías son muy diferentes. Nosotros vamos primero por el criminal y después llamamos a la prensa. Klarsfeld trabaja al revés” (cit. en Segev, 2010, pos. 6276). Más adelante, Wiesenthal acusó a Beate Klarsfeld de trabajar para la Stasi y, aunque en ese momento no presentó pruebas al respecto, resultaría cierto al final —lo que también es revelador en cuanto a la capacidad de Wiesenthal para acceder a información clasificada—.

Los Klarsfeld se identificaban con la izquierda de la época y fueron pioneros en considerar a Alemania Oriental como un Estado legítimo con el cual colaborar. Por supuesto, esto causó que fueran sistemáticamente acusados por propios y extraños de ser agentes comunistas, a lo que ellos respondían que su simpatía por los regímenes del Este no significaba que fueran sus agentes, y que mantenían en todo momento su independencia de pensamiento. De hecho fueron las autoridades de Alemania Oriental las que les proporcionaron la documentación con la que probaron el pasado nazi del canciller alemán Kurt Georg Kiesinger, el caso que los pondría en las primeras planas de todo el planeta. La verdad sobre sus vínculos secretos con la Stasi sólo se conocería después de la unificación de las dos Alemanias.

Como Wiesenthal, Serge y Beate Klarsfeld son cazanazis envueltos en un halo de leyenda; es probable que Beate sea la cazanazis más célebre después del viejo decano, pero a diferencia de él y de muchos de quienes aportaron esfuerzos para que se hiciera justicia, judíos sobrevivientes de las atrocidades nazis o fiscales de diferentes países, el caso particular de Beate Klarsfeld —aunque su esposo Serge sí es judío y perdió a su padre en Auschwitz— destaca porque esta valerosa activista abrazó la causa desde fuera y desde otra generación. Poco antes de que estallara la guerra, en 1939, Beate —su apellido de soltera es Künzel— nació en el seno de una familia católica de Berlín. Las perspectivas para esta niña nacida en la Alemania nazi y formada en la inmediata posguerra, en una época en que para los alemanes era mejor ocultar y ocultarse el pasado inmediato, no apuntaban más allá del matrimonio y la vida doméstica, pero Beate, indomable, siendo aún muy joven, intentó salir de ese estrecho entorno. Viajó a Francia, vivió como *au pair* y pronto estableció contacto con Serge, con quien contraería matrimonio en 1963. El relato de los Klarsfeld, la familia de su esposo, judíos de origen rumano que habían emigrado a Francia desde la década de 1920, fue la primera confrontación de Beate con las atrocidades que habían

cometido los nazis en su país natal y en su adoptiva Francia. A partir de entonces, el matrimonio iniciaría una gesta para dar con los criminales que habían actuado en Francia.

La joven Klarsfeld optó por una estrategia de uso de los medios de información, pero alcanzó un escenario de impacto y confrontación al que Wiesenthal no se hubiese aproximado nunca. En torno de la persecución de Barbie, Segev aduce que Beate “parece haber dado impulso a un caso del que Wiesenthal sabía desde hacía algún tiempo pero había evitado manejar con la energía que Klarsfeld estaba preparada para dar” (2010, pos. 6281). El activismo antinazi de los Klarsfeld, especialmente el de Beate, se había fusionado con las ideas de izquierda que campeaban entre la juventud europea y estadounidense que pronto se desbordaría en movimientos de protesta, el más famoso de los cuales fue el “Mayo de 68” en París, con fuertes ecos en muchas otras ciudades del mundo, asociándose también con el movimiento pacifista estadounidense contra la guerra de Vietnam, con los movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos, con diversos procesos de descolonización en África y Asia, y con el empuje del comunismo revolucionario que Cuba desató en Latinoamérica. Para Beate, además, fue también de gran importancia su propia visión de la mujer como protagonista de la historia a través de la adopción del feminismo que formaba parte de los movimientos emergentes de la sociedad occidental en esa época.

El primer “escándalo” de Beate Klarsfeld se inició con manifestaciones públicas de repudio a la candidatura de un ex nazi, Kiesinger, a la cancillería de Alemania después de la dimisión de Ludwig Erhard en 1966. Kiesinger había dirigido la división de radio del Ministerio del Exterior nazi, es decir, había sido uno de los propagandistas de Hitler durante la guerra. Incluso el reconocido filósofo Karl Jaspers se había manifestado en contra de la candidatura de Kiesinger; Nagorski cita sus palabras, en las que resuena el eco de “la banalidad del mal”:

Lo que parecía imposible diez años atrás está sucediendo ahora sin oposición significativa [...]; si un ex nazi se convirtiera en jefe de Estado, significaría a partir de ahora que el hecho de que un hombre haya sido nazi no tiene ninguna importancia. (2016, pos. 3235)

El otro contendiente era el líder socialdemócrata Willy Brandt (con quien los Klarsfeld simpatizaban); eventualmente ambos candidatos pactaron, Brandt ocupó la vicepresidencia del gabinete de la nueva cancillería, y las críticas contra Kiesinger se detuvieron. Pero no Beate Klarsfeld, quien

siguió su campaña de denuncia contra el ex propagandista de Hitler desde las páginas de una revista de significación histórica, *Combat*, el medio de la Resistencia francesa en el que habían colaborado escritores como Camus, Sartre y Malraux durante la guerra. Nagorski cita a Klarsfeld: “La socióloga Hannah Arendt usó la frase ‘la banalidad del mal’ para referirse a Eichmann. Para mi Kiesinger representa la respetabilidad del mal” (2016, pos. 3235). Sus artículos provocaron que fuera despedida de su trabajo como traductora en la Oficina Franco-Alemana para la Juventud, una organización de cooperación fundada en 1963, como parte del Tratado del Elíseo que De Gaulle y Adenauer firmaron para alentar, a través de intercambios, las buenas relaciones entre los jóvenes alemanes y franceses. Para los Klarsfeld la motivación política del despido era evidente, así que iniciaron una batalla legal y mediática en protesta.

En noviembre de 1968, durante la convención del partido Demócrata Cristiano, el partido de Kiesinger, Beate logró llegar hasta él para plantarle una de las bofetadas más famosas de la historia, mientras le gritaba “¡Nazi! ¡Nazi!”. No es difícil imaginar el impacto mediático que tuvo esa acción, con la que la activista se ganó una sentencia de prisión de un año, luego reducida a cuatro meses y suspendida hasta que, al año siguiente, Brandt tomó el lugar de Kiesinger en la cancillería y revocó definitivamente la sentencia. En realidad, Beate se había jugado la vida al perpetrar esa simbólica acción de protesta entre los guardaespaldas armados del canciller, en una época de magnicidios como los de Martin Luther King y Robert Kennedy. Pero el saldo de esa acción terminó por ser positivo para los Klarsfeld y su labor en la persecución de criminales de guerra ya no se entendería. Desempeñaron un importante papel de presión en el proceso que llevó a devolver la jurisdicción a los tribunales alemanes en la persecución de crímenes de guerra cometidos en Francia, y sus acciones fueron igualmente significativas en el proceso para prolongar y finalmente eliminar el estatuto de limitaciones o cláusula de prescripción al que nos hemos referido antes.

El papel de los Klarsfeld en la persecución de criminales de guerra esclaría, con base en la acción directa, a partir de la bofetada a Kiesinger. Serge mismo, aunque en general trabajaba tras bambalinas, en la documentación de los casos, llegó a realizar acciones riesgosas como la de amenazar con una pistola a Kurt Lischka en 1973. La presión de los Klarsfeld llevó finalmente a Lischka, Hagen y Heindrichsohn a juicio en Colonia en 1980. Fueron encontrados culpables de complicidad en la deportación de cincuenta mil judíos franceses a los campos de exterminio y, aunque las sentencias fueron laxas (diez, doce y seis años de prisión respectivamente), para los

Klarsfeld lo importante era que estos criminales que vivían la cómoda vida de quien tiene la conciencia limpia en Alemania, enfrentaran finalmente a la justicia. “No había duda”, dice Nagorski, “de que fueron los Klarsfeld, con su agitamamiento y su teatralidad, quienes lo habían hecho posible” (2016, pos. 3703).

Activos y en alerta hasta nuestros días, una de sus más recientes gestiones tuvo que ver con la decisión del gobierno francés de no realizar un homenaje al escritor Louis-Ferdinand Céline a cincuenta años de su muerte en 2011. La obra de Céline, —un notable autor, cuyas novelas vanguardistas sentaron las bases para una revolución en la narrativa occidental— y su labor como médico a favor de desfavorecidos, se han visto opacadas por su recalcitrante antisemitismo, presente en muchos de sus textos de no ficción. Esto le valió ser considerado un colaboracionista después de la guerra, juzgado y condenado primero a prisión y después a un exilio que no dejaría hasta recibir amnistía a principios de los años 50, poco antes de morir. En 2011 el Ministerio de Cultura de Francia había propuesto la realización de un homenaje a medio siglo de su muerte, pero una petición legal emitida por Serge Klarsfeld, como presidente de la asociación de hijos de deportados judíos, llevó a su cancelación (Teruel, 2011).

La estrecha relación de Fritz Schwend y Klaus Barbie llevaría a Beate Klarsfeld a Lima y La Paz, donde denunciaría la presencia de ambos ex nazis, precipitando el declive del primero y encauzando el proceso contra el segundo. Linklater *et al.* (1985) refieren que la caza de Barbie emprendida por Beate Klarsfeld se había iniciado el 25 de julio de 1971, unos cuatro meses antes de las denuncias que Schneider-Merck había hecho llegar a Wiesenthal. Su atención sobre el “carnicero de Lyon” había comenzado por el otro cabo de la identidad del criminal, cuando Beate se enteró de que en junio de 1971 el fiscal de Múnich, Wolfgang Rabl, había descartado el caso contra Barbie “por falta de evidencias y por el largo periodo de tiempo transcurrido”. La estrategia de los Klarsfeld comenzó por reavivar la memoria sobre los crímenes cometidos por Barbie, especialmente la deportación hacia el exterminio de un grupo de niños judíos en el orfanato de Izieu, y continuó con la compilación de informes que reunían nuevas evidencias y nuevos testigos contra el criminal nazi. En octubre de 1971 habían conseguido la reapertura del caso en Múnich así como fotografías de Barbie, entre ellas una que había sido tomada en La Paz, Bolivia, en 1968 y que mostraba “a un hombre que, se sospechaba pero no estaba probado, era Barbie” (Linklater *et al.*, 1985, p. 251). El procurador general de Múnich, Manfred Ludolph, quien le había dado a Beate las fotografías, le pidió ayuda para identificar

al hombre retratado. Linklater *et al.* han registrado que a finales de 1971, Ludolph pidió a los Klarsfeld que se pusieran en contacto con un alemán en Lima “que trabajaba para un diario propiedad del magnate peruano de la harina de pescado Banchemo Rossi”: el periodista Herbert John, a quien los autores describen como “un sobreviviente de los intentos de Schwend y Barbie por destruirlo”. Sospechaba del hombre al que conocía como Klaus Altmann; lo había reconocido en las fotografías hechas públicas por el procurador de Múnich a través de la prensa y se había comunicado con él para decírselo. El 28 de diciembre de 1971 John envió a los Klarsfeld el nombre falso del sospechoso, Klaus Altmann, y su dirección: la casilla postal de Schwend en Lima. Beate Klarsfeld había encontrado a Barbie.

Pero el caso se complicó con el sorpresivo asesinato del magnate peruano la noche de Año Nuevo. Linklater *et al.* indican que fue John quien puso al juez Santos Chichizola en la pista de Schwend y Altmann como autores intelectuales del crimen a nombre de una “organización nazi internacional”. Del mismo modo en que Schneider-Merck había procedido ante Wiesenthal, John (con información de Schneider-Merck) denunció el tráfico de divisas y los chantajes que realizaban Altmann y don Federico, lo que dio al juez Santos Chichizola la posibilidad de intervenir la casa de Schwend. Linklater *et al.* describen la advertencia que John hizo al juez: no sería fácil; “la casa está protegida por feroces perros y en el sótano se oculta una banda de salvajes terroristas croatas, los hombres probablemente responsables del asesinato de Banchemo Rossi por órdenes de Schwend y Altmann” (Linklater *et al.*, pp. 252-253).

Las semejanzas entre el relato de Schneider-Merck para Wiesenthal y el de John para Santos Chichizola no eran casualidad; se conocían y compartían el interés en contra de los nazis. El siguiente paso de John fue hacer que Schneider-Merck declarara lo que sabía al juez peruano, lo que sucedió el 12 de abril de 1972; probablemente lo hizo convencido por John, quizá influyó en su decisión la ausencia de respuestas de parte de Wiesenthal. Pero obtuvo como resultado que el juez ordenara a la Guardia Civil requisar el domicilio de Schwend, donde su archivo fue incautado y él arrestado.

En el proceso que llevó a estos hechos Beate Klarsfeld reconoció a Barbie en televisión: en enero de 1972, el ex nazi había sido abordado por un medio peruano como vecino que era del magnate asesinado. La información acerca de la verdadera identidad de Altmann había llegado a la prensa y finalmente el mismo Wiesenthal se había pronunciado aportando alias usados por Barbie que Schneider-Merck le había proporcionado, como el de Emilio Lauer. Los primeros intentos de corresponsales franceses en Lima

por hablar con él se habrían dado en casa de Schwend, que había sido liberado de su arresto con facilidad, y su primera reacción habría sido “pegarse” a la identidad Altmann y argumentar una confusión de personas. Pero Barbie decidió ponerse a resguardo en seguida y, hacia fines de enero, cuando Beate por fin llegó a Lima, él ya se encontraba cerca de la frontera boliviana.

Beate, entonces, prosiguió viaje a La Paz. Barbie ya estaba resguardado por las autoridades del país altiplánico, en su calidad de “ciudadano boliviano respetable”. Los esfuerzos de Beate por acceder a él, presentar su expediente criminal y conseguir su exposición terminaron en arresto y deportación para ella bajo la acusación de haber transgredido lo que le permitía su visa de turista. Beate volvió menos de dos meses después, acompañada de una testigo presencial de crímenes cometidos por Barbie en Lyon e Izieu. Sin respuestas de las autoridades bolivianas, las dos mujeres se encadenaron a una banca del céntrico parque El Prado, frente a las oficinas de la Transmarítima Boliviana, con el pírrico triunfo de lograr algunas primeras planas en una dictadura donde, a decir de Linklater *et al.*, “la libertad de expresión vale muy poco” (1985, p. 260).

Hacia el mes de mayo de 1972, Barbie ya no podía seguir manteniendo su falsa identidad aunque aún contara con la protección del gobierno de Banzer, lo que llevó a los Klarsfeld a planear un secuestro:

al final del verano de 1972,¹ [Regis] Debray y Serge Klarsfeld, el esposo de Beate, se pusieron en contacto con guerrillas bolivianas apostadas en la frontera chilena y urdieron un plan para secuestrar a Barbie, drogarlo y enviarlo a Francia vía Chile. El plan, sin embargo, dependía de la colaboración del presidente marxista de Chile, Salvador Allende. Pero a principios de 1973, Chile se había sumergido en una crisis que terminaría en la muerte de Allende. La misión de secuestro fue cancelada. (Linklater *et al.*, p. 262)

El esfuerzo de los Klarsfeld rendiría frutos años después, por desgracia no antes de que Barbie realizara, ya sin la intervención directa de Schwend, algunos de sus más terribles crímenes sudamericanos. Diversos factores se mezclarían hasta lograr una irregular deportación (no precisamente una extradición, y de eso se valió su polémica defensa en el juicio) de Barbie a Francia en 1983, donde sería juzgado en 1987, condenado a cadena perpetua y moriría en reclusión en 1991. Entre esos factores están que la solicitud de

¹ Los autores se refieren, claro está, al verano del hemisferio norte; en Bolivia era el final del invierno.

extradición de Francia se vería apoyada por otra de Alemania Occidental, donde se había obtenido testimonio de un testigo presencial —un ex subalterno de Barbie en la Gestapo de Lyon— del asesinato de un miembro de la Resistencia francesa cometido directamente por Barbie durante la guerra, y que en Bolivia se comenzó a debilitar poco a poco la dictadura de Banzer. Terminada en 1978, la sucederían diez gobiernos entre juntas, caudillos e interinatos, hasta que fue electo constitucionalmente Hernán Siles Zuazo, quien si bien no tenía en sus manos intervenir en los procesos del poder judicial —como le había sucedido en su momento a Allende con respecto a Rauff—, sí tenía interés en deshacerse de Barbie. Además estaba el viraje en la perspectiva de los Estados Unidos sobre el caso, que se orientaba a aceptar su papel en la fuga de Barbie y a ofrecer disculpas al gobierno francés para no seguir entorpeciendo el proceso de la justicia.

Nada de esto habría sido posible sin Beate Klarsfeld siendo entrevistada por los medios en el Aeropuerto Jorge Chávez de El Callao, y encadenada con una anciana testigo de atrocidades a una banca de parque en el corazón de La Paz; nada de esto se hubiese conseguido si los Klarsfeld hubieran fallado en hacer que el caso contra Barbie no fuera desechado por la fiscalía alemana, si Beate Klarsfeld no hubiera establecido, con la ayuda de dos extraños informantes alemanes en el Perú, el periodista John y el empresario Schneider-Merck, que la verdadera identidad del “empresario” alemán-boliviano Klaus Altmann era la del “carnicero de Lyon”, Klaus Barbie; torturador de guerrilleros y guerrilleras, asesino del líder de la Resistencia francesa en Lyon —Jean Moulin—; deportador de niños judíos a las cámaras de gas, narcotraficante, contrabandista, defraudador, extorsionador, amigo íntimo y cómplice principal de don Federico Schwend.

CAPÍTULO XVII

OCASO Y CAÍDA DE DON FEDERICO

EL ASESINATO DE BANCHERO ROSSI

La muerte de Banchemo Rossi provocó casi un duelo nacional en el Perú. Era un símbolo; el héroe de una historia de éxito surgido de la (casi) nada, ajeno a y enfrentado con la vetusta oligarquía; único empresario capaz de sentarse a negociar al tú por tú con el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. Un hombre fuerte, casi un caudillo —“El Hombre”, escribía sintético Thorndike— que “estrechaba la mano de pescadores chimbotanos con la misma firmeza que la del millonario Aristóteles Onassis”, como lo ha descrito *El Comercio* en una curiosa nota para su sección “Ejecutivos” (“Luis Banchemo Rossi, el empresario que se convirtió en leyenda”, 2014). La intensa cobertura de prensa que se desató después de este cuasi magnicidio es una señal de su importancia para la opinión pública; la memoria de esos hechos que permanece viva medio siglo después, muestra lo definitivos que fueron en el proceso de reconfiguración del poder que se estaba llevando a cabo en la dictadura y que desembocaría en el “golpe dentro del golpe” de Morales Bermúdez.

En el primer momento, entre los rumores y las hipótesis detrás del crimen, hubo diversos sospechosos. Nelson Manrique (2010) ha escrito que *Caretas* señaló al gobierno de Velasco como autor intelectual, porque el magnate se oponía a la estatización de la pesca, pero que luego la propia revista se desdijo porque Banchemo había conseguido un “importante crédito” del gobierno y serían aliados más que adversarios. Guillermo Thorndike, empleado y amigo del empresario, convirtió velozmente el caso en una pésima novela (“de no ficción”, vende Planeta, que sigue explotándola hoy a través de una edición sucia y descuidada): *El caso Banchemo* (1973), que fue llevada a la pantalla, con aún peor resultado, por Francisco J. Lombardi, con el título de *Muerte de un magnate* (1981). A la par que construye la figura mítica del héroe —el empresario justo y esforzado, hábil y temerario—, el libro de

Thorndike describe los intersticios de un sistema judicial incompetente y corrupto que terminó por dejar el crimen envuelto en un halo de misterio que nunca permitiría darlo por aclarado, como efectivamente sucedió. Pero no podemos estar seguros de que la historia narrada por Thorndike haya tenido un impacto profundo en la sociedad peruana porque fue publicada en Argentina y no muy ampliamente distribuida en el Perú, como si sobre ella pendiera algún tipo de censura.

Habiendo tantas páginas escritas sobre Banchero y una memoria viva tan presente —aunque una biografía bien documentada no vendría mal, especialmente para el necesario combate al culto a la personalidad y para el conocimiento del verdadero peso político y socioeconómico que tuvo el personaje—, consideramos que no es necesario extendernos en su figura. Nos interesa buscar los vínculos que pudiera haber tenido la actividad de Banchero con el entorno de Federico Schwend, y contribuir a aclarar la posibilidad de que efectivamente la mano del nazi estuviera detrás del crimen. Será necesario recordar algunas cosas que hemos descubierto a lo largo de esta investigación, como la visión de Banchero que tenían ciertos sectores como un líder “presidenciable” (Smith, 2016), o como el hecho de que la industria de la harina de pescado, aunque dominada por él, no era un monopolio en sus manos; había competidores —entre ellos algunos empresarios de la comunidad croata de Santa Clara—, y que las operaciones de exportación de la producción pesquera y de importación de insumos industriales pasaban por los espacios de operación de la red que Schwend y Barbie tejieron con La Estrella y Transmarítima Boliviana: el transporte de carga marítimo y la especulación financiera a través del intercambio transnacional de divisas. Podemos cerrar el círculo aún más al conocer que “Banchero consolidó su negocio al comprar el cincuenta por ciento de las acciones de la compañía Humboldt Internacional, con sede en la ciudad alemana de Hamburgo, que tenía el monopolio europeo de la harina de pescado” (Liza, 2016), precisamente el puerto en el que Klaus Georg Barbie representaba a la TMB, y uno de los puntos finales en el proceso de blanqueo de divisas. Visto con los ojos de don Federico, Banchero no podía ser otra cosa que el candidato perfecto para una extorsión. Distintas versiones han apuntado que, en sus grandes operaciones internacionales, el magnate también sabría darle la vuelta a los decretos gubernamentales de control de divisas.

Al morir Banchero, Andrés Castro Mendivil se había convertido en el nuevo presidente del directorio de Operaciones y Servicios S. A. (OYSSA), la organización del magnate, que agrupaba cinco empresas pesqueras con ocho fábricas; un astillero, un varadero, una agencia aduanera, una fábrica

de conservas de pescado —Florida— y una empresa de pesca para el consumo humano, entre otras. Además, OYSSA trabajaba en sociedad con “una compañía naviera, una empresa minera, una compañía de seguros, una constructora y otra pesquera con dos fábricas más en Trujillo” (*Caretas*, 450, enero de 1972). Junto a esta compleja organización, al morir Banchemero dejó acéfala la presidencia de la Sociedad Nacional de Pesquería (Archivo Penal de Lima, 9no Juzgado Penal, 1972). *Caretas*, siempre lista para amarrar navajas, publicaría que este imperio ya estaría siendo evaluado por el gobierno al día siguiente de la muerte del magnate. Algún tiempo después sería efectivamente estatizado, pero lo interesante aquí es que OYSSA fue víctima de un conato de atentado poco después del crimen: un telefonazo, una amenaza de bomba, un paquete que de explotar haría ruido pero no mucho daño, la evacuación de las instalaciones (*Caretas*, 451, febrero de 1972); evento que recuerda el bombazo cerca del Palacio de Justicia luego del asesinato de Sartorius.

El juez Santos Chichizola se esforzó por investigar el artefacto. El papel que lo envolvía tenía escrito a mano algo relacionado con cobros a Nelly Dueñas, amiga de Eugenia Sessarego a quien ella contó su primera versión de lo ocurrido en Chaclacayo. Las sospechas recayeron en Carlos Sessarego, quien finalmente fue llamado a declarar. *Caretas* reunió las especulaciones: Banchemero podría haber sido víctima de extorsionadores que lo acosarían para que revelara información de una cuenta cifrada en Suiza; la asesina material habría podido ser Eugenia Sessarego o bien ella habría seducido a Vilca, el hijo del jardinero, para que él lo asesinara. La revista citó como “delirante”, pero la citó, la versión de que había sido el gobierno, sostenida por Duilio Pallotelli, un periodista italiano. Otras voces señalaban la mano de algún desfalcador o indicaban otros cómplices de la cruel Eugenia e incluso que había sido su marido, celoso aunque ya estaban separados. Por último, *Caretas* apuntaba hacia Klaus Altmann, aunque descartaba la versión como “demasiado novelesca”. Al final, el semanario se inclinaba por la hipótesis de la demencia de Vilca, escenario en el que Eugenia sería una víctima de las circunstancias, la versión que prevaleció. La sospechosa era una mujer joven, inteligente, hermosa e “independiente”, según la retrató *Caretas*, madre de un niño, separada del padre, y empleada de OYSSA donde habría llamado la atención del patrón (*Caretas*, 452, marzo de 1972).

El 2 de marzo de 1972, *Correo*, el diario de Banchemero, publicó una nota sobre una nueva pista en el caso, de la que hay una copia en el archivo Schwend. El día anterior, el juez *ad hoc* Santos Chichizola había interrogado a dos prominentes ex nazis, uno de ellos Federico Schwend, y había citado

a declarar a un Alejandro Clavac Breanich, quien negó conocer a Schwend a pesar de que otras fuentes afirmaran que sí tenían una relación cercana desde la guerra. Sin embargo, el diario informaba que “la reserva de la investigación no ha permitido precisar la relación exacta entre Schwend, Altmann, Clavac y el asesinato de Banchemo” (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center). Existe la posibilidad de que este Clavac fuera nada menos que Alois Glavan.

Las especulaciones sobre el asesinato se entreveraron con los descubrimientos de la presencia de los nazis y con la atención global puesta sobre la cacería de Barbie emprendida por Beate Klarsfeld. El 1.º de marzo de 1972, *La Nueva Crónica* publicó tres notas sobre el caso Banchemo; la primera cubre las declaraciones de Schwend, que aducía no conocer a Banchemo, aunque a través de su relación con Herbert John sabemos que estaba al tanto de lo que el magnate hacía al menos desde mediados de los años 60. Por su parte, Mario Chávez Villanueva, abogado de don Federico, dijo que el juez debía aclarar las declaraciones sobre la intervención de los extranjeros. La nota añadía que Schwend había sido interrogado sobre la muerte de una mujer en Italia, pero que él lo había negado agregando “a mí no me gustan las mujeres italianas” (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center). Las otras dos notas de *La Nueva Crónica del* 1.º de marzo versaban sobre informaciones relacionadas con Eugenia Sessarego y Juan Vilca. Según una de ellas, Sessarego habría presentado un recurso, entre otros relacionados con la escena del crimen, pidiendo la investigación del “destino de cinco millones de dólares pagados por una compañía de Seguros de Inglaterra a Operaciones y Servicios S.A.”, según el cual OYSSA debía reconocer o negar la presencia de “enviados especiales” de la aseguradora inglesa en Lima para comprobar la naturaleza de la muerte de Banchemo. La exorbitante suma era un seguro que debía ser pagado automáticamente en caso de muerte del magnate de la pesca. Entre los documentos que Santos Chichizola encontró en la escena del crimen, estaba el organigrama de una empresa de seguros, acompañado de un manuscrito con cifras que comparaban los beneficios de varias empresas (Archivo Penal de Lima, 9no Juzgado Penal, 1972); da la impresión de que se trata de esbozos de estudios que Banchemo estaba realizando para evaluar la posibilidad de invertir en la industria de seguros. Uno de esos documentos sería indicador de que Banchemo no era ajeno a las estrategias de fuga de capitales que tantos empresarios usaron bajo la amenaza velasquista: una carta a nombre de una empresa inglesa, fechada en Paraguay el 6 de octubre de 1971, le sugería adquirir una empresa llamada “La Lima”; era conveniente “a causa de la

nueva ley” (Archivo Penal de Lima, 9no Juzgado Penal, 1972), y aumentar su capital o “salir del país”, referencia a establecerla en el exterior, u operar a través o junto a la “Compañía Panamericana”.

Expreso, por su parte, con evidente afán alarmista, cubrió la aparición de Schwend en el caso, ese mismo 1.º de marzo, recordando a sus lectores que se trataba del “padre de Ingrid”, para que no tuvieran problemas en identificarlo. Tres días después, *Expreso* asoció una supuesta visita de Mengele a Lima con el asesinato; el “médico” nazi habría llegado “en una misión secreta” días antes del crimen (HIS, Schwend Archiv, Wiesenthal Center).

Hacia mediados de marzo la noticia estaba en Europa. En Alemania, *Die Welt* informó sobre ella el día 14 de ese mes, enfatizando la línea de investigación que daba con los ex nazis, y reclamando algún tipo de respuesta de la fiscalía de Fráncfort (que se mostraba escéptica) sobre el descubrimiento de la posible participación de Mengele, Barbie, Schwend y ¡hasta Heinrich Müller! en el crimen. *Die Welt* añadió que al no existir pruebas irrefutables, la Interpol se limitaría a hacer un seguimiento a las investigaciones por parte de la policía peruana por intermedio de la embajada alemana en Lima, y que la justicia alemana sólo intervendría si se llegara a establecer la participación de Mengele así como una identificación positiva entre Klaus Altmann y Klaus Barbie (cit. en MfS HA).

Pero había sido en Francia, por obvias razones, donde la historia se había desatado. Una nota de *France Soir* del 24 de febrero de 1972, que probablemente envió Herbert John a Santos Chichizola, titulada “De Barbie a Altmann: las dos vidas del carnicero de Lyon”, firmada por el historiador y periodista Benoît Rayski, abordaba la negativa de Banzer a extraditar a Barbie para denunciar la protección que le daba el gobierno boliviano. Se extendía hasta la operación Bernhard y las cuentas secretas en Suiza para explicar la riqueza de Altmann y Schwend, y hablaba sobre la quinina y la TMB. También mencionaba su cercanía con el reciente asesinato, ocurrido en la “lujosa villa vecina a la de Altmann” (Rayski, 1972; copia en Archivo Penal de Lima). En este punto citaba a “un alemán” que había dado a conocer, en noviembre de 1971, la identidad de Klaus Barbie a la justicia. Este alemán, del que no daba el nombre, había sido colaborador de Bancharo en su empresa editorial: Herbert John.

El artículo del *Soir* establecía una conexión con Schwend a través de un trabajador de Bancharo, “un tal Aloys Glavan”, nombre que “no le dice nada a nadie, salvo al señor Schwend”, y seguía con la descripción del asesinato de Kamber, identificándolo como partisano, que había terminado en sentencia *in absentia* por veinticuatro años contra Schwend, de la que

había podido escapar en América del Sur. El empleado Glavan de Banchemo era un croata que había sido acosado durante años por Schwend, quien lo acusaba de ser el autor de aquel asesinato en la Italia de la guerra. El artículo finaliza diciendo que si Schwend había trabajado, después de la guerra, para los americanos; Glavan había sido recuperado por los soviéticos y se le había situado hacia 1965 en Cuba. “Hoy estaría entonces en Lima. Todas las rutas llevan aparentemente hacia América Latina. Pero, hay una ruta para salir de allí?” (Rayski, 1972). Nosotros sabemos que Glavan se refugió en Ecuador y que mantuvo relaciones “comerciales” con Schwend hasta que se enfrentaron y comenzaron a “pedalear” información el uno contra el otro a través de los servicios secretos que estuvieron a su alcance. Pero, ¿Glavan empleado de Banchemo? ¿Sería el Clavac al que se refieren ciertas declaraciones? Sobre este, una empleada de OYSSA confirmó que Alejandro Clavac tenía acceso a la oficina de Banchemo y su secretaria con una llave maestra, como personal de limpieza de OYSSA (Archivo Penal de Lima).

El 16 de febrero tocó el turno a *Le Monde*. Dedicó su cobertura a la identificación de Altmann/Barbie por Beate Klarsfeld y la Liga Internacional Contra el Antisemitismo (LICA) de París. Fantaseó con la posibilidad de que se ocultara en el Beni boliviano o en las fronteras de Paraguay o Brasil, donde “otros criminales de guerra nazis tuvieron la costumbre de jugar al escondite”, y mencionó el caso Banchemo como un segundo caso de interés en la prensa limeña: la versión del hijo del jardinero que parecería un caso de derecho común, y sin embargo, las “extrañas sospechas” y especulaciones que asociaban a Altmann/Barbie con el crimen, comenzando por la cercanía de sus respectivas mansiones. Al igual que el *Soir*, *Le Monde* también mencionaba al “colaborador de Banchemo” que había revelado la identidad de Barbie en noviembre anterior. Schwend aparecía como un amigo “locuaz” de Altmann, que juraba que no se trataba de Barbie, y comentaba como de paso su poder para liberar detenidos en el Perú (copia en Archivo Penal de Lima). Estas noticias hicieron correr en Francia el vuelo de las conspiraciones nazis protegidas por gorilesco dictadores latinoamericanos. No faltó referencia a aquella vieja siembra de don Federico, de Bormann disfrazado de cura en las selvas americanas, así como un viejo argumento de John y Schneider-Merck: que en la calle donde vivía en Santa Clara había más de treinta familias de origen “Ustachi”, es decir, fascistas croatas (Archivo Penal de Lima).

Transcendió que la detención de Schwend respondía a la acusación de encubrimiento del crimen. Incluso la Stasi recopiló información sobre el caso, para completar —o enredar aún más— el misterio. Sin que puedan

conocerse sus fuentes, aunque seguramente se trata de una síntesis de lo que publicaban diarios en el Perú y el mundo, los archivos del servicio secreto de Alemania Oriental hablan de “una camarilla de ex nazis” que antes del asesinato habían intentado apropiarse de bienes de Banchemo en el exterior, y que las huellas de los perpetradores “llevaron hasta una villa esplendorosa en la periferia de la capital peruana”, donde vivía Friedrich Schwend. Los policías fuertemente armados ingresaron a la villa para arrestar a Schwend, a quien encontraron quemando grandes cantidades de documentos. Ya hemos descrito esa dramática escena, explotada también por Farago, así como el testimonio de Santos Chichizola de que no existió fuego alguno, pero no hemos dicho que implica que *alguien* le avisó a don Federico, con poco tiempo, que el juez iba por él, lo que lo habría llevado a tratar tan desesperadamente de deshacerse de evidencias. ¿Evidencias de qué? ¿Era sólo previsión para cubrir sus muchos otros ilícitos, o había material inculpatario con respecto a Banchemo? La Stasi se limitó a registrar que la intervención policial pudo salvar mapas (*Stabskarten*) del periodo nazi y dos canastas con documentos en alemán (informe de julio de 1976, Stasi, Statistik über NS-Prozesse. VVN [Organización de perseguidos por el régimen nazi], cit. en MfS HA).

Mientras tanto, Schwend preparaba un memo sobre John, en el que establecía un posible móvil del periodista alemán para cometer el asesinato: un conflicto que habría tenido con Banchemo y que habría terminado con su despido. Esta estrategia de defensa y contraataque de Schwend crecería. Un documento identificado con el número 24 del folder “Elmar” en sus archivos, del 17 de marzo de 1972, informaba sobre un Jacques [sic] (Jacob) Schwartz, judío polaco-alemán que se había “hecho rico” junto con Banchemo, con quien además habría participado “en las maniobras contra el actual gobierno [...] gracias a las cuales ya no se pudo vender harina de pescado para Europa”. Dichas “maniobras” habrían sido obra de Herbert John, el susodicho Schwartz y dos supuestos miembros de la Sureté francesa, Albert Bruns y Nicole Bonnet (autora de las notas periodísticas en las que se señalaba la mano de Schwend), “protejidos [sic] bajo el manto de la France Presse”. Eran ellos quienes acusaban a los nazis del asesinato de Banchemo, “desinformación” que tenía dos propósitos: “enredar y enmarañar” las pistas que sigue Santos Chichizola para complicar y encubrir lo ocurrido, y perjudicar hasta donde fuese posible a Altmann y a Schwend, ya que era “bien sabido que ambos no cuentan entre los defensores de la judería internacional”. El informe añadía, como es predecible, que ni Altmann ni Schwend habían perjudicado nunca a sus queridas “segundas patrias” y que

jamás habían participado en “negocios turbios en agravio de dichos países”. Luego, nazi al fin, el documento acusaba en el vacío: “los peores contrabandistas y traficantes de divisas proceden de los círculos de aquellos judíos que llegaron al país sin un centavo, se enriquecieron inescrupulosamente y huyeron una vez que su fortuna se encontraba a salvo en el extranjero”. La conclusión consistía en instar al juez Santos Chichizola a que investigase los negocios de Banchemo y Schwartz y que indagase en los círculos “que rodean a Schwartz” en París, pues “en aquellos medios, el asesinato es común cuando uno u otro miembro trata de alejarse de la banda” (HIS, Schwend Archiv, NKZ Roo6).

Cuando John logró publicar la historia en el *Bildzeitung*, Schwend y sus abogados por fin entablaron contra el diario una demanda por difamación, pero su utilidad real estaba en colocarla en el expediente de Santos Chichizola para que desestimara a John como testigo, a través de un desprestigio sostenido por la demanda. El parte número 011-GI-DIC, del 30 de marzo de 1972 en el legajo del caso Banchemo contiene información sobre John y el artículo en que “desprestigia” a la policía en el caso de la muerte de Banchemo (Archivo Penal de Lima). El informe se tituló “Sobre informaciones tendenciosas y carentes de verdad, atribuidas a las autoridades policiales peruanas, por las revistas ‘Bildzeitung’ de Hamburgo, Alemania”; fue sellado por Alberto Zeballos, Comisario Superior PIP, y concluía que John desfiguraba la imagen de la nación y de sus autoridades policiales ante el extranjero y que probablemente había participado de la redacción de una carta anónima publicada en los diarios de la capital, en que se acusaba al gobierno peruano y a altas autoridades de ser autores intelectuales del homicidio de Luis Banchemo. Por las razones mencionadas se pedía gestionar una investigación contra Herbert John, “por la unidad especializada de la PIP para conocer sus actividades, considerando la posibilidad de extrañarlo del país” y tomando en cuenta, además, que no tenía un contrato de trabajo.

EL PROCESO

En el proceso por el asesinato de Banchemo, los inculpados eran Juan Vilca Carranza, Eugenia Cecilia Sessarego Melgar de Smith, Amelia N. N., John P. Hall de la Vega, Orlando Cerrutti Soto, José Morón Viscarra, [ilegible] R. R.

y Carlos Sessarego Melgar. Los agraviados: Luis Banchemo Rossi, el Estado y Nelly Dueñas Quesada, y los delitos: contra la vida, el cuerpo y la salud, contra la administración de justicia, contra la tranquilidad pública y contra la libertad individual. El juez instructor (*ad hoc*, nombrado por el gobierno militar) era José Antonio Santos Chichizola. El proceso se inició el 1.º de enero de 1972; el expediente contiene varios atestados policiales, declaraciones y diligencias. Los folios 2053 a 2066 contienen crudas fotografías de la inspección ocular en el interior de la casa de Banchemo en Chaclacayo, de la reconstrucción del crimen con un sujeto en el suelo sobre una colcha, atado y vendado (Eugenia Sessarego aparece en la reconstrucción), y las tomadas en la clínica Ricardo Palma al cadáver de Banchemo, atado con soguillas y con visibles muestras de tortura y heridas de objetos punzocortantes que parecían haber sido hechas con particular pericia. El informe de la autopsia (folio 707), firmado por “V2. PIP Teobaldo Pinillos Silva”, con fecha 5 de enero de 1972, también incluido en el legajo de más de quinientos folios, determinó que la muerte había sido causada por “herida por instrumento punzocortante, penetrante del tórax y abdomen inferida por mano ajena”.

Ya en sus primeras diligencias, Santos Chichizola procedió de modos no ortodoxos (*Caretas* informó de todo ello); se ganó una amonestación por actuar “con exhibicionismo” y reclamos informales por movilizar a un testigo sin la presencia del fiscal y su abogado (*Caretas*, 452). Se usarían como antecedentes después para separarlo del caso y nombrar al sustituto que lo resolvería con la sentencia contra Vilca y Sessarego (si bien la mujer sería exculpada después de un telenovelesco proceso de apelaciones que *Caretas* cubrió con obsesivo morbo).

Entre las pertenencias de Banchemo halladas en la suite permanente que el magnate ocupaba en el hotel Crillón, que Santos Chichizola registró, destaca un ejemplar de la edición en inglés del *Brown Book* sobre criminales de guerra nazis en posiciones de poder en Alemania Occidental, escrito por Albert Norden y editado en Alemania Oriental (Klug, 2015). El juez preguntó a alguno de los declarantes amigos de Banchemo si sabía por qué el magnate estaría interesado en eso pero no hubo respuesta. Lo que sí consiguió de ese testigo fueron los planes a mediano plazo que Banchemo estaba esbozando: incursionar en la pesca de atún (proyecto del que estaría informado el ministro Tantaleán Vanini), fundaciones de beneficio social, cultural y de esparcimiento para sus trabajadores, estudios profesionales. El confidente negó la acusación de que Banchemo estuviera vendiendo harina de pescado al bloque soviético así como la de que recortaba utilidades de lo comerciado con el mercado europeo. Dio señas, sin embargo, de que

Banchero podría haber pensado “meterse en política”, como pronto elucubraban Thorndike y cientos de simpatizantes más, a quienes les hubiese encantado ver a Banchero dirigir al país como dirigía su enlatadora de sardinas. Las únicas dos razones que este amigo encontraba para explicar la muerte de Banchero eran que se le hubiese forzado a “financiar con su propio dinero un derrocamiento gubernamental, ideado, dirigido y planeado por la CIA”, o que “hubiese sido sometido a cierto tipo de agresión física para obtener información” acerca de los temas referidos en los recortes periodísticos de la prensa francesa: la “conexión nazi”.

Sería Jacques Schwartz o Schwarz, el empresario que Schwend había acusado de enriquecerse con Banchero cuando preparaba su contraataque contra John, quien le hablara a Santos Chichizola sobre el ejemplar del *Brown Book* de Banchero. Escribió desde Madrid el 21 de marzo de 1972, para decirle al juez que era “probable” que él mismo hubiera conseguido el libro “entre 1963 y 1966” (se publicó por primera vez en 1965), “a pedido de Lucho”, porque —suponía— quería averiguar si el embajador de Alemania en Lima era un antiguo nazi o no, pues cuando Banchero apoyó a Renault para la venta de unos autobuses en Lima, en competencia con los alemanes, este “lo estaba *fregando*”. Sin embargo también decía que quizás lo había obtenido por intermedio “del periodista alemán empleado de Lucho”, Herbert John (folios 2583-2585 del legajo en el Archivo Penal de Lima).

Las investigaciones se extendieron al personal del hotel Crillón; la casa de Chaclacayo (la escena del crimen) era su lugar de descanso durante los fines de semana, cuando no tenía que viajar. También se registraron todos los documentos personales de los involucrados; la licencia de conducir de Banchero (manejaba un Pontiac Bonneville del 69 propiedad de Pesquera Humboldt S. A.) indicaba que tenía autorización para portar una pistola Browning calibre 6.35. Sin embargo, esta arma no era la misma de la escena del crimen, una Luger Parabellum 1634 de 9 mm, alemana, que Banchero había recibido como regalo, en noviembre de 1969, de Giulio Restivo Snai-derbauer, un italiano que había sido gerente del Banco de Crédito del Perú hasta 1970. Luego aparecería para el expediente la información respecto a una denuncia de robo del arma, interpuesta en Chaclacayo en febrero de 1971.

Juan Vilca cambió sus declaraciones hasta en siete ocasiones. En una de ellas, por ejemplo, imputó a Olga Roxana Banchero Rossi de Agois, hermana del occiso, quien lo habría “instigado e inducido” a cometer el homicidio. Ella le habría enseñado en una ocasión el lugar donde se guardaba la pistola, diciéndole que podía robarla e insinuando que con ella podría

matar a Banchero y a su compañera. Así, Olga se quedaría con la fortuna; a Vilca le había ofrecido a cambio ser su amante y darle cincuenta mil soles. Según ese, su propio testimonio, Vilca robó el arma y Olga le enseñó a usarla. Luego dijo que había mentido en perjuicio de Olga.

Los diarios y los testimonios de muchos testigos conducían a pensar que Vilca era inocente. *Expreso* citó el testimonio de su patrón en una fábrica de cerámica, Juan Francisco Villalobos: “es incapaz de matar”. Villalobos manifestó también que absorbería los gastos de la defensa de Vilca, a cargo del Dr. Dagoberto Ojeda de Arce. Sin embargo, el juez incautó una comprometedor carta dirigida a Vilca, recluso en El Sexto, de un Ronald Felipe B., del 23 de enero de 1972, que en un tono familiar pero oscuro parecía darle “consejos” al prisionero. Estaba dirigida a “Juan, el Fiel de la Balanza”, y llevaba timbres de correo aéreo del Perú, pero no es legible el sello del lugar de procedencia. La carta le recordaba a Vilca el caso de una “chica de Puente Piedra” que había sido asesinada por “soplona”, y seguía: “nada de arrepentimientos”, recomendándole que siguiera “fingiendo” su locura, sus conversaciones burlonas. Le enviaba “una moña” y unas pastillas que le pedía tomar antes de encontrarse con el juez “para calmar los nervios de pollo”, y le recordaba que al “celebrar el compromiso”, Vilca había asegurado que se encargaría de todo, es decir que “aparentara ser el criminal para que así no sospecharan nada”. De otro modo, lo amenazaba la carta, Guillermo, “el pelucón” era muy violento, capaz de cortarle el cuello, y agregaba que en “el Ministerio” donde trabajaban estaban solamente por un tiempo y que después de una “pequeña falta” los botarían. ¿Era real o había sido plantada?

Otro documento en el legajo, también probablemente un artificio para confundir al juez, era una carta dirigida a Orlando Cerruti (uno de los hombres a los que Eugenia llamó después del crimen para llevar el cuerpo a la clínica Ricardo Palma), del 18 de febrero de 1972, que en el sobre llevaba escrita la frase “Vale para Ud. algo, nuestro silencio?”. Tiene un tono amenazador, de chantaje:

Cerruti. Ud. está muy tranquilo confiando en que ka [sic] Sessarego no dirá nada. Tenemos pruebas de que Ud. formó parte importante del complot contra Banchero. Sabemos exactamente los motivos por los cuales Uds. decidieron asesinarlo. Podemos probar absolutamente todo. Vale para Ud. algo, nuestro silencio!?? Si Ud. cree que lo vale, publique en el Comercio, el día sábado el siguiente aviso: Pago 500 000 por informes industriales referentes a instalación de industrias para el área andina. razón O.C. y nos

comunicaremos nuevamente con Ud. (Folio 1513, Expediente Banchero, Archivo Penal de Lima)

La investigación se complicó con las declaraciones de Fernán Altuve, Herbert John y Volkmar Schneider-Merck. Altuve, a quien hemos conocido en el entorno de Schwend en transacciones con La Estrella y Transmarítima Boliviana y con el caso Strasser, declaró que lo habían extorsionado y amenazado. Dijo que había logrado poner en contacto a Altmann con Otto Skorzeny en Madrid para un posible negocio y que Schwend le había exigido que entregara sus archivos comerciales, especialmente aquellos en los que fuesen evidentes “las actividades conjuntas [...] con los mencionados Schwend, Altmann y Skorzeny”, ante lo que Altuve simplemente dio por terminada su visita a la residencia de Chaclacayo de Schwend “[...] sin conocer aún que las graves acusaciones pendientes sobre su cabeza habían sido habilidosamente fabricadas por Schwend durante muy largo tiempo”. Dijo que conocía

los múltiples contactos de Schwend con agentes y agencias extranjeras [...] principalmente de Alemania Occidental y la Oriental, así como con los Servicios de Paraguay y de Bolivia, conociendo además el señor Schwend información confidencial y muy importante originada en los Estados Unidos.

También ponía a Schwend en contacto con un supuesto coronel norteamericano. Habló de Herbert John y mencionó una grabación que habría hecho con él sobre las actividades de Schwend, que Santos Chichizola escuchó en su casa de la avenida Arenales. La grabación había sido preparada por John después de recibir “supuestas amenazas [...] en previsión de que pudiera ocurrirle algo”. Luego dijo que había visto a Altmann en noviembre, en el Bar Viena de Lima, que su presencia le había parecido extraña y que llamó a Herbert John para que “trajera un fotógrafo o una máquina de fotografiar”.

Mientras tanto, el 15 de marzo, *La Nueva Crónica* había publicado un texto del abogado de Schwend, Mario Chávez Villanueva, que acusaba a John del asesinato. John respondió solicitando la retractación; su respuesta fue publicada al día siguiente. Dijo ahí que en diez años de amistad con Banchero nunca habían tenido una discusión fuerte ni había sido despedido, sino que se movía entre las empresas de Banchero y eso significaba renunciar a una para ingresar a otra. Ahí contó que había pasado toda la tarde del 30 de diciembre de 1971 con Banchero “concertando citas con él

para el mes de enero” y despidiéndose “en la forma más amistosa”. Negó haber enviado anónimos al juez Santos Chichizola ni a Francia ni a Beate Klarsfeld: “pretender que el Dr. Santos comenzó a seguir una pista falsa sólo por haber recibido una carta anónima, es casi un insulto al Juez”, escribió. Chávez lo había acusado de “despistar y desinformar”, y John devolvió: fue precisamente su defendido, Schwend, quien “mintió de forma escandalosa sobre la identidad del asesino Barbie, entorpeciendo así las investigaciones sobre este sujeto”. Y es que mientras Schwend se defendía diciendo que Altmann no era Barbie, Barbie en Bolivia confesaba por fin que sí era y se acogía a la protección de Banzer, como informó la agencia EFE desde La Paz el 30 de enero de 1972. Al final, en un párrafo al que no le falta sarcasmo, John enumeró al aire las fechorías de Schwend y de Barbie como si se tratase de la misma persona:

Yo nunca he lucido los uniformes de la tenebrosa SS y tampoco del ejército americano. Yo nunca fui condenado por un juzgado italiano por haber matado al soldado Kamber. Jamás torturé a mujeres, niños, ancianos o héroes de la resistencia francesa [...]. La Gestapo nunca me encargó de descifrar cuentas secretas. Jamás estafé a cientos de miles de italianos, por cientos de millones de liras. Nunca he vivido bajo los nombres de Wendig, Kemp o Turi. Jamás me señalaron como cómplice del contrabando de armas de Bolivia a Israel que terminó con la muerte de por lo menos seis personas, algunas de ellas con las caras desfiguradas, igual como la cara del desafortunado señor Banhero. Y nunca denuncié al Dr. Franz Strasser, quien después de sufrir nueve meses de prisión salió inocente. Yo jamás he empleado a Juan Vilca Carranza como jardinero. Mi yerno no emplea al hermano de Vilca y tampoco el tío de Vilca cuida mi puerta. Yo nunca me he reunido con Juan Vilca en un café limeño. Mi ex chofer jamás fue señalado como empleado de la organización Banhero. Eugenia Sessarego en ninguna oportunidad me llevó a la casa del señor Banhero para mostrarme el sistema de alarma de esta casa y nunca me invitó a bañarme en la sauna. Pero tampoco me reunía con el hombre que habría hecho justamente esto. Y finalmente no tengo una casa en Chaclacayo frente a la del señor Banhero.

Santos Chichizola se haría un poco eco de estas ideas. En su declaración, tomada el 24 de marzo de 1972, John desmintió nuevamente la acusación que había hecho Schwend de que había sido despedido después de un enfrentamiento con Banhero. Había renunciado a la gerencia de Editoriales Unidas, por acuerdo con el propietario, el 23 de diciembre, para

hacerse cargo “de una imprenta para editar libros”. Nunca habría tenido un incidente con Banchemo y su relación era muy buena. Habiendo renunciado a la empresa, había seguido prestándole servicios hasta el 31 de enero de 1972.

Sobre Schwend, dijo haberlo conocido en 1959 y reconoció su inicial amistad con él hasta 1963 —reduciendo en dos años lo que conocemos—, pero que con el tiempo no consideró que fuese una “buena amistad” y se fue apartando de él. De Altmann sabía de sus vinculaciones con barcos, pero dijo que también era “por noticias periodísticas”; negó haber escrito sobre él, así como ser autor del artículo del *Bildzeitung* sobre la muerte de Banchemo, aunque sí había enviado recortes periodísticos e informado telefónicamente sobre el caso, como corresponsal. No conocía al coautor, Zegarra, del artículo que provocó la demanda por difamación emprendida por el abogado de Schwend.

En ampliaciones a su declaración, John se volvió más especulativo y pintó un panorama funesto. Dijo que en su reunión con Banchemo el 30 de diciembre lo había visto preocupado y que le preguntó si le ocurría algo. Banchemo habría respondido que “tenía problemas muy graves y que querían fregarlo”, pero no explicó nada más. John, a quien el juez le dio espacio para explayarse más allá de la relación de hechos, declaró que sospechaba desde el principio de la vinculación de Schwend y Altmann/Barbie en el asesinato de Banchemo. Describió casos de los años 30 en los que los nazis habían cometido crímenes y habían obligado a jóvenes como Vilca a inculparse por ellos. A Eugenia Sessarego la pintó como cómplice involuntaria al ser, sin saberlo, quien sincronizaría la presencia de Banchemo y los asesinos en el mismo lugar a la misma hora, justo como había sucedido en el asesinato de Sartorius. El juez subrayó esta parte de la declaración.

Luego John estableció sus “hipótesis” sobre el móvil del crimen. Descartaba sencillamente la causa pasional, daba por obvia la económica tratándose de un millonario y se preguntaba por lo que Banchemo le habría dicho un día antes de morir: “quién podría atemorizar a Banchemo?” En opinión del periodista alemán solamente alguien “que tuviera apoyo oficial o pretender tener[lo...] haciéndolo consentir”. El “único punto débil [de Banchemo] eran las cuentas en el extranjero”, y había “una mafia a la que puede pertenecer Schwend, Altmann, Mengel y Hertz”. Incluso dijo que Jorge Pinto Butrón, asistente y prestanombres de Schwend, le había manifestado en varias ocasiones que Banchemo “iba a ser eliminado, pues era demasiado peligroso y que iba a terminar en cualquier momento”. Todo ello coincidía con otra preocupación que Banchemo tenía desde aproximadamente marzo de

1971: “ciertas informaciones falsas de que él estaba complotando contra el gobierno”.

Por alocado que parezca, John opinaba que los asesinos pudieron “haber empujado al gobierno a una acción contra Banchemo y al fallar en su intento, actuaron solos”. Su base para esto era que Schneider-Merck y Fernán Altuve le habían dicho que González de la Rocha, comandante del ejército (también supuestamente al servicio del BND por recomendación de Schwend), había entrado “por cuenta propia en conversaciones y negociaciones” con don Federico. Habló de la “fascinación” de Schwend por las cuentas secretas y dijo que “la organización Schwend” era la “única mafia” con acceso a información de inteligencia, por lo que era plausible que se enterase de los datos sobre las cuentas de Banchemo. Schwend tenía “conexiones con la policía y contactos internacionales”, después de todo. Su teoría era que “la mafia trató de chantajear a Banchemo, tratando de apoderarse de su dinero en el extranjero, prometiéndole que podría [...] quedarse con su fortuna [...] en el Perú y amenazándole de denunciarlo en caso de no acceder”, lo que efectivamente suena como un proyecto “normal” en los negocios de don Federico. Si Banchemo aceptaba, de todas formas lo hubiesen denunciado “revelando quizás la cuenta más pequeña” para meterlo en prisión. Más tarde Farago haría eco de esta hipótesis, añadiendo que el dinero que obtuvieran de Banchemo iría directamente a las arcas del movimiento neonazi.

Como corolario, John sacaba ahora del sombrero lo que sabía desde años atrás sobre la ODESSA: “el fin del grupo nazi ha sido conseguir dinero para su organización y comprometer a personalidades peruanas” obligándolas a comprarles seguridad a ellos mismos como sucedía en “algún país de Sudamérica”. Era posible que hubiera “ambiciones políticas”, de modo que la persona detrás de la operación podría ser parte de una conspiración para derrocar al régimen o propiciar una revolución. Pinto Butrón decía que hablar “de preparar golpes” era el tema favorito de Schwend. Para reforzar su tesis, John se la había planteado a Fernán Altuve, que entonces tenía una buena relación con la Marina de Guerra, para la que comerciaba armamento. Este se habría puesto en contacto con algún alto oficial que confirmó frente a John que “según las informaciones de ellos, Schwend estaba involucrado en el complot”. Altuve declaró de modo similar cuando le tocó el turno.

Sobre los anónimos que, en su carta a *La Nueva Crónica*, John negó haber enviado, Santos Chichizola también registró uno de ellos en el parte 009-GI-DIC, de carácter reservado. Fechado el 27 de febrero de 1972, el

anónimo pretende dirigir la atención del juez hacia las pistas que sabemos que John, Schneider-Merck y Altuve estaban esgrimiendo: Altmann y la Transmarítima Boliviana; Hall, un amigo de Sessarego como empleado de la misma empresa, cuál sería la reacción de Vilca (que tenía miedo de que lo mataran) si se le enseñase una foto de Altmann, las relaciones entre Vilca y los alemanes de Chaclacayo, la cercanía entre la fábrica de cerámica y la casa de Altmann, la presencia, quizás de Hall, en la reconstrucción de los hechos con Vilca.

Hacia el 12 de abril de 1972, la atención del juez por fin llegó a Volkmar Schneider-Merck. Fue detenido por el personal de la dirección de Policía Fiscal al día siguiente. Había estado con Banchero en una ocasión, no conocía a Eugenia Sessarego ni a Juan Vilca, aunque era posible que “alguna vez le haya recogido de la casa de Villalobos”, ya que, como vecino, solía llevar en su auto a los chicos del taller. A Herbert John lo acababa de conocer, en febrero de ese año, con ocasión del caso Banchero: le había contado de la extorsión de Schwend con el tráfico de divisas. Se extendió sobre don Federico, empezando por el uso de las acciones falsas de Malto para traficar moneda peruana y sacarla del país.

Entonces vino el paso a ciegas en la estrategia de Schneider-Merck, que estaba ahogado en deudas por el desfaldo de que lo habían hecho objeto Barbie y Schwend: confesaría su parte en los ilícitos orquestados por ellos. Explicó que su trabajo como subgerente de la Cámara de Comercio Peruana-Alemana lo había puesto en contacto con “conocidos que en ocasiones le propusieron obtener dólares por soles peruanos y sus dólares irían al extranjero”, y aceptó una oferta que le había hecho Schwend a los pocos meses de haberse conocido: él recibía dinero de estos “conocidos”, se lo daba a Schwend y Schneider Merck les daba a cambio las obligaciones de Malto.

La siguiente parte de su declaración se enfocó en el caso específico de una maleta de dinero que transportaba Fritz Gölz, el contacto de Schwend en Juliaca, que llevaba “los dólares hacia la frontera con Bolivia donde intervenía Klaus Altmann”, pero que en esa ocasión habían informado que el dinero había sido robado. Más tarde Barbie asumiría la responsabilidad por el “extravío” del maletín y proporcionaría, para probarlo, una declaración policial por el objeto perdido en el aeropuerto de El Alto. También escribiría una carta a Schwend (firmada con el pseudónimo *Emilio*) que le pedía mostrar a Schneider-Merck. Interesante en este documento no sólo es el alias de Barbie sino también el hecho de que fue enviado a su propia casilla de correo, la 1993, y no a las acostumbradas 1201 de Lima o 1 de Santa Clara de Schwend. Fechada el 6 de julio de 1971, la carta decía, entre otras cosas:

[...] he estado como un loco en el [aeropuerto] acompañado por dos policías, a quienes conozco personalmente, para buscar [...] la maleta de mano, que no quería traer conmigo. [...] La pequeña maleta negra con todo su contenido me ha sido despojada en la sala de aduanas del aeropuerto. [...] fue tomada por alguien. O bien se trató de otro pasajero que se equivocó de maleta (la similitud de estas maletas llamadas “James Bond” es muy fuerte) o fue robada con una rapidez de segundos. Tal ladrón pudo haber venido de fuera de la sala de aduanas. Naturalmente, también puede ser un acto llevado a cabo con intención, porque en los últimos tiempos han sucedido robos de maletas, abertura de bolsas de correo. Se ha presumido que se trate de una operación del ELN, que se la toma contra algunas personas que son conocidas. No sé si te dije que durante mi última estadía en Lima hace unas cuatro semanas hubo una irrupción en mi oficina a plena luz del día. Fueron sustraídos dinero y algunos documentos. Fuera de ello (esto te lo dije), he recibido hasta ahora 4 llamadas (anónimas) con amenaza de un secuestro, porque entretanto soy conocido aquí como “fascista”. [...] He pensado sobre el contenido porque puede traer consecuencias, dado que aparecen mi nombre así como la casilla y otros datos. Muy en particular lamentando esta desgracia por Volkmar. Nadie tiene la culpa, estas cosas pasan. Nunca más, querido viejo, llevaré a cabo tal empresa de viaje. Lo peor es que no puedo decir qué contenía verdaderamente la maleta, porque de hacerlo sería de inmediato interrogado. Eso no le sirve a nadie. [...] No tiene sentido hacer un informe policial porque el robo de algo “desconocido” no es investigado. Para ayudar de inmediato a Volkmar, te pido que hables con César por si me puede adelantar 5.000 dólares hasta fin de mes. Por suerte no se trataba de propiedades tuyas o nuestras, porque de serlo no habría sabido qué hacer. Espero que no pase todavía algo peor, porque aquí las cosas no se ven nada bien. [...] Qué debo hacer? Esta es la situación. Deja a Volkmar leer esta carta y entrégale todos los documentos adjuntos. Pídele a Volkmar que bajo ninguna circunstancia utilice más mi casilla. También esta es abierta, como me informó hoy por la mañana un funcionario del correo. Una serie de cartas que esperaba no ha llegado y se ha perdido”. (HIS, Schwend Archiv, Lose Mappe IV)

Resalta ahí, como insertada sin querer, la hipótesis de que el robo había sido obra del ELN, así como las precauciones de Barbie, que son a la vez avisos a don Federico para que se cuide también.

En su declaración Schneider-Merk aclaró que el asunto de las divisas no era la causa del interrogatorio pero reconoció su responsabilidad. Si había

justicia, dijo, “debe actuarse con Federico Schwend, quien tiene mayor responsabilidad en esto”. También aseguró estar convencido de que Altmann era Barbie.

En el curso de la investigación de Santos Chichizola habían aparecido, así, pruebas de otros delitos. Las declaraciones de John y Schneider-Merck constituyeron un atestado policial ampliatorio y concluyeron en la necesidad de realizar un registro policial en el domicilio de Schwend a fin de buscar documentos que respaldasen los testimonios citados. El legajo penal de Santos Chichizola muestra que la imagen que nos ha acompañado hasta ahora de un don Federico apurado quemando papeles es parte de la leyenda construida por los diarios y por autores como Farago. Estaba efectivamente apurado pero lo que hacía era romper “papeles de una gran estantería”, no prenderles fuego. En una bodega detrás de la cocina había una gran colección de papeles. Además, en el registro se encontró un revólver Smith & Wesson de cañón corto calibre .38 y varios organigramas (*Aufbau des Bundesnachrichten-Dienstes, Struktur der Westdeutschen Geheim-Dienste*), del Servicio de Inteligencia de la República Federal de Alemania, los servicios secretos de Alemania Occidental, y “prensa sobre la investigación del caso Banquero”.

El legajo incluye una descripción detallada de los documentos que nosotros ya conocemos bien. La sorpresa de Santos Chichizola al pasear la mirada por esa “riqueza documental”, debe haber sido tremenda; no es casual su aseveración posterior de que Schwend y Barbie “habían puesto en venta todos los secretos de Estado de Perú y Bolivia”. Algunos de los folders lo llevarían a mantener la atención en esa línea de investigación, como el titulado “Bascow”, que guardaba recortes de noticias sobre el asesinato (como una nota de *Correo* del 17 de febrero de 1972) y documentos relativos a Herbert John y Banquero.

En el parte 010-OI-DIC de carácter reservado, apareció un eslabón más entre los dos universos, el de Banquero y el de Schwend, acerca de un John Hall De la Vega, ya antes mencionado en el expediente como amigo de Eugenia Sessarego y luego indicado por John como empleado de Transmarítima Boliviana, sólo que esta vez aparece con Juan Vilca en el bar Viena, el sitio favorito de Barbie en Lima. En síntesis, Altuve puso el ojo en Barbie ahí, le avisó a John y luego le pidió al gerente del local que se mantuviera alerta. Ceballos, el restaurantero del Viena, confirmó las frecuentes visitas de Altmann/Barbie desde finales de noviembre de 1971 hasta el 2 de enero de 1972. Se reunía ahí al mediodía con tres desconocidos, uno de los cuales sería Hall. Entre el 5 y el 12 de diciembre, Altmann y compañía se habían

reunido “con tres sujetos acholados”, uno de ellos “parecido a Juan Vilca Carranza”. Ceballos también conocía a Federico Schwend; había estado en el Viena tres veces por la mañana en diciembre de 1971, totalmente solo. Habría que agradecer a John, Altuve y Ceballos por tan eficiente trabajo de inteligencia, pero el tercero (que adujo cumplir la petición de Altuve porque este le había dicho que eran individuos “peligrosos”) nunca se animó a aseverar sin temor a error que uno de esos “sujetos acholados” era efectivamente Vilca. En su turno ante el juez, Hall negó toda relación con el mundo de Schwend y Barbie y calificó de tendenciosos a los medios de prensa que habían alentado la versión del bar Viena.

Un enlace más, aunque sin mayor consecuencia, se encontró en Hugo Sommerkamp, presidente del Consorcio Naviero Peruano S. A. y amigo de Banchemo que también declaró en el proceso. Su empresa, en el momento del asesinato, se encontraba, precisamente, en el trance de vender el vapor Lima a la TMB, a condición de que Consorcio seguiría administrando el buque, actuando como “agentes de la Transmarítima Boliviana”. El fin de esta transacción era “dar mayor movimiento a los puertos de Mollendo y Matarani para que los bolivianos los utilicen en lugar de hacerlo por Arica o Antofagasta”. Sin embargo, dijo, por inconvenientes económicos de la empresa boliviana, las gestiones estaban paralizadas en ese momento. Para entonces la TMB ya estaba en quiebra no declarada. Sommerkamp insistió en que sus relaciones con Altmann (desde 1970) habían sido estrictamente comerciales. A Schwend sólo lo conocía de vista, al igual que a Eugenia Sessarego porque visitaba con frecuencia a Banchemo, a quien también le brindaba servicios de transporte. Lo que no dijo Sommerkamp fue que en agosto de 1971 el nombre Consorcio Naviero Peruano se utilizó para justificar pagos a TMB que en realidad había hecho una empresa francesa. Además, en el registro de la casa de Schwend se incautó un cheque del Banco Central de Bolivia, fechado el 7 de junio de 1971, por sesenta y seis mil pesos bolivianos, girados por el gerente de TMB, Altmann, a la orden del Consorcio Naviero Peruano (HIS, Schwend Archiv, Lose Mapped IV).

Swend declaró el 29 de febrero de 1972, no ante el juez sino ante la Policía Judicial. Negó toda relación con Banchemo, de quien sabía solamente porque era una figura pública. Negó conocer a Vilca, a Hall y a Glavac. Dijo que había conocido a Altmann durante la guerra en Ámsterdam y que ocho años atrás, al enterarse de que vivía en Bolivia, le escribió para saber si se trataba de la misma persona. Desde entonces, Altmann lo visitaba en Lima cada vez que iba al Perú, a donde viajaba con frecuencia por negocios, hasta que decidió comprar una casa en octubre de 1971, donde vivió hasta que “se

vio precisado a abandonar el país”. También habló por Barbie, que ya estaba fuera del alcance de Santos Chichizola: no conocía a Bancharo ni tenía interés en la industria pesquera. De Schneider-Merk afirmó que “actualmente está sin trabajo desde octubre de 1971 a la fecha, desconociendo de qué pueda vivir”. Cuando se le preguntó expresamente por Glavan, aceptó que había sido su ayudante durante la guerra, pero lo había visto por última vez en 1955 en Guayaquil. No sabía dónde se encontraría en el momento, pero no creía que se encontrara en Perú, pues tenía miedo de Schwend, ya que le debía “mucho plata” y había sido denunciado por estafa.

El 21 de abril de 1972, la autoinculpación y el conjunto de denuncias de Schneider-Merck contra Schwend y Barbie se convirtió en una nueva causa penal, separada del caso Bancharo, en un documento remitido por el general de la Guardia Civil Jefe de la II-RGC (Óscar Olivares Montano) a Santos Chichizola. El oficio avisaba también de una “disposición de registro policial en el domicilio de Schwend”. El nuevo atestado 01-II-RGC/DAR-2S tenía ochenta folios y se fincaba por los delitos de “Defraudación en agravio del Estado (tráfico de dólares) y contrabando de especies arqueológicas”. Los responsables eran Volkmar Schneider-Merk, Klaus Altmann Hansen, Fritz Gözl, Federico Schwend y otros; el primero y el último debían permanecer detenidos. Para Santos Chichizola esto significaba perder la posibilidad de agotar las líneas de investigación abiertas hasta ahora, tomando en cuenta especialmente que aún estaba pendiente traducir gran parte de la documentación incautada en el primer registro en casa de Schwend. Hacia 1985 el juez todavía especulaba sobre la posibilidad de que Schwend y Barbie fuesen responsables del asesinato de Luis Bancharo, aunque admitía que “nunca podría probarlo” (Linklater *et al.*, 1985, p. 265). Para Schwend significaba que ahora sus amigos de la PIP tomaban las riendas de su caso; Schneider-Merck se hundiría sin remedio. Por lo pronto, el juez aseguró que Schwend y Schneider-Merck no estaban en calidad de detenidos por orden de su despacho, sino que comparecían como testigos; pero de todas formas consideraba que existían razones “más que suficientes” para mantenerlos recluidos “a fin de resguardar la posibilidad de que fuguen o se oculten para eludir [...] la justicia”, y pidió que “toda la documentación incautada en la diligencia de registro policial” de casa de Schwend, se mantuviese “bajo severas medidas de seguridad por tratarse de importantísima documentación”.

Cuando tocó el turno al cómplice de Schwend en Juliaca, Goels o Gözl, este acusó directamente a Schneider-Merck de haber tratado de utilizarlo sin decírselo para enviar cheques de viajero a Hamburgo desde Bolivia.

Dijo que dejó los cheques a Schwend para que este los devolviera a Schneider-Merck y que Schwend decidió utilizarlos para denunciarlo.

El caso era un laberinto interminable y, si bien las líneas de investigación que conducían hacia los ex nazis eran claras, estaban lejos de ser definitivas cuando la causa por tráfico de divisas interrumpió la investigación de Santos Chichizola. Para De Hoyos, que creía que Banchemo podía ser una especie de Feltrinelli (¿no era un editor a fin de cuentas?) y publicaría materiales sobre los nazis y la ODESSA, el asesinato no podía haber sido cometido por otros que Schwend y Barbie. Para Albert Chambon, embajador de Francia en Lima, Santos Chichizola tenía suficientes pruebas de la culpabilidad de los alemanes. La teoría del juez, según el diplomático, era que los nazis tenían amenazado a Banchemo y este decidió responder al chantaje denunciándolos públicamente. Por esa razón su cadáver fue encontrado como si hubiese sido torturado antes de ser asesinado, inspirado “en los métodos de la SS”. A Schwend no le gustó la opinión del francés y un día lo llamó: “¡Aquí el coronel Schwend! Usted me considera como un criminal de guerra... ¡Tenga mucho cuidado!”. Y algunas noches, la reja de la embajada francesa en San Isidro era volada por una carga explosiva (De Hoyos, 1984, p. 232).

El caso Banchemo, como todo el mundo sabe, siguió la línea Vilca-Sessarego. Eventualmente los procedimientos “heterodoxos” de Santos Chichizola, y su reclamo sobre el daño que se le haría a la investigación si se separaba el proceso a Schwend, Altmann/Barbie y Schneider-Merck por defraudación en contra del Estado —entre otras razones que desconocemos— le valió que fuera él mismo separado del caso. Otro juez, Luis Carnero Checa, dictaminó la culpabilidad de Vilca y Sessarego en un fallo lleno de dudas y cabos sueltos. Tal situación quedaría en evidencia después de que Eugenia apelara para iniciar el proceso en que fue finalmente absuelta y que *Caretas* convirtió en el melodrama del año.

CAMBIO DE CAUSA

Volkmar Johannes Schneider-Merck, joven empresario alemán y economista titulado, había llegado al Perú en noviembre de 1968 para, poco más de un año después, incorporarse como subgerente a la Cámara de Comercio

Alemana. Ahí conoció a Schwend y se hicieron amigos. Viviendo en Chacacayo, a donde se mudó en mayo de 1970, Santa Clara quedaba en el camino a su casa y con frecuencia aprovechaba para pasar a visitar a don Federico al volver del trabajo. En esas visitas conoció también a Altmann. Años después, con Barbie preso, el cienasta Marcel Ophüls realizó el famoso documental sobre Barbie, *Hôtel Terminus* (1988), en el que entrevistó a muchos de los protagonistas de esta historia, incluyendo a Beate Klarsfeld —quien declaró ahí que había sido Herbert John quien había generado la identificación definitiva de Altmann como Barbie— y a Schneider-Merck. Ante esas cámaras, el joven empresario relató una anécdota que se hizo célebre porque pintaba de cuerpo entero el recalcitrante nazismo de Barbie: en una reunión informal Schneider-Merck habló burlescamente sobre los nazis y provocó un furioso estallido de Altmann gritando que en su presencia nadie podía hablar negativamente del Tercer Reich. Veinte años después repitió la anécdota casi con las mismas palabras y expresiones para la cámara de Kevin Macdonald en *My Enemy's Enemy* (2007). Una vez fincado el proceso por tráfico de divisas y posesión de dólares, al que se añadió el de “contrabando de especies arqueológicas”, Schneider-Merck empezó a aportar información relacionada con ambos delitos.

El archivo de Schwend incluye la denuncia por el delito de defraudación emitida por el Procurador General de la República, José Ignacio Tello Campodónico, agregada probablemente después por los investigadores del instituto o por el propio Schneider-Merck. Está formulada contra Fritz Schwend Hermann, Klaus Altmann Hansen, Fritz Götz Benavente, Wolkmarm Johannes Schneider-Merck, Carlos Metzger Grossmann, Wilfredo Píñillos Ríos “y contra los que resulten responsables” (atestados atribuidos a la Guardia Civil y a la PIP, 01-II-RGC/DAR-2S y 01-EI/PIP-GC). El documento señala que Fritz Schwend Hermann fue intervenido con motivo de la investigación sobre el homicidio de Bancharo y que se incautó cuantiosa documentación en su vivienda de Santa Clara, en el kilómetro 13 de la Carretera Central.

Schneider-Merck y Schwend habrían convenido en “extraer ilegalmente del país moneda nacional y extranjera”. El dinero era remitido a Bolivia vía Juliaca-La Paz y se cambiaba a dólares, “operación a cargo de Klaus Altmann”, quien luego hacía los depósitos correspondientes a los interesados en cuentas corrientes de bancos extranjeros o enviaba moneda directamente. En el primer caso, Schneider-Merck depositaba soles en bancos peruanos a nombre de residentes en La Paz, entregaba a Schwend los comprobantes y este los enviaba a Altmann en La Paz, que se encargaba

de obtener el equivalente en dólares y de hacer los depósitos. Por ejemplo, en una de esas cuentas en el Banco Popular del Perú a nombre del peruano residente en La Paz Carlos Meltzer Grosman, Schneider-Merck reconoció primero haber hecho depósitos hasta por un millón seiscientos cuarenta y ocho mil soles, y después por más de dos millones y medio. Altmann tendría que haber cambiado este dinero a dólares para remitirlo a cuentas extranjeras.

Para la segunda modalidad, el envío de moneda nacional en efectivo, Schneider-Merck la entregaba a Schwend y este la enviaba a Altmann a través de Wilfredo Pinillos o Fritz Gözl. En La Paz, Altmann cambiaba los soles a dólares y depositaba en cuentas corrientes de los interesados en el extranjero. Con este sistema se habrían enviado fuera del país más de cuatro millones y medio de soles; en conjunto, un total de seis millones doscientos dieciocho mil soles, equivalentes a cerca de ciento cuarenta y dos mil dólares. Hasta aquí llegaba el esquema delictivo en el que Schwend, Altmann/Barbie, Schneider-Merck y los otros implicados estaban coordinados. Aparte de esta confesión, Schneider-Merck acusaba a Schwend, Altmann y Gözl de haberse apropiado ilícitamente, en agravio suyo, de seis millones setecientos setenta mil soles, cuatrocientos quince dólares y un kilogramo de oro. A estas acusaciones se sumaban otras por contrabando de piezas arqueológicas.

Schneider-Merk amplió la historia para *Caretas*. Sabía quién era Schwend cuando lo conoció pues su “afición por la historia contemporánea” lo había llevado a leer sobre la operación Bernhard. Dijo que también lo recordaba por el caso Sartorius, aunque este crimen había sucedido al menos un lustro antes de su llegada al Perú: quizás conoció la historia en la prensa alemana o confundió fechas y relatos; quizás efectivamente, hacia 1968, cuando llegó al Perú, aún había pasquines que mantenían viva la historia; después de todo, Ingrid no había sido puesta en libertad sino hasta 1967. Quizás alguien le contó. Quizás Herbert John.

Le sorprendía que don Federico tuviera siempre información sobre el comercio e industria del país; era evidente que “tenía muchísimos amigos y contactos en todos los ministerios y, en especial, con el Gobierno Militar”. Añadió en sus declaraciones que “en forma apenas indirecta”, Schwend decía “ser agente del Servicio de Inteligencia del Ejército (SIE), trabajar para el Ministerio de Economía, [tener] excelentes conexiones en la PIP y por lo tanto, poder solucionar cualquier problema”. El relato prosiguió con el detalle de muchos de los tratos, algunos de los cuales ya conocemos, en los que pronto empezaron a surgir quejas de los interesados por no recibir sus

depósitos, acciones falsas de Malto como garantía, cupones de intereses, intervención de supuestas organizaciones religiosas como “lavadoras” de activos, mentiras y medias verdades y otros artilugios (*Caretas*, 459).

La posición de Schneider-Merck al centro de este entorno fraudulento quedó comprometida: era responsable de las deudas ante los empresarios depositantes de dinero para sacarlo del Perú. La solución ofrecida por Schwend sería la ayuda de Altmann que aportaría documentos de embarque de TMB. Pronto vendría el asunto del maletín extraviado, en el que según Schwend, Gözl había sido descubierto y había tenido que esconderse dejando el maletín abandonado. Fue entonces cuando Schneider-Merck se decidió a enfrentar a don Federico. Le dijo “que era un grandísimo ladrón, así como Goelz y Altmann”. La inmediata respuesta del nazi fue denunciar la participación de Schneider-Merck en el esquema de fuga de divisas a sus superiores de la Cámara Alemana, con documentación probatoria supuestamente proporcionada por la PIP. Los directivos de la cámara habrían comprado las “cartas comprometedoras” a Schwend “para evitar escándalos”. Schneider-Merck trató de ganar tiempo: pidió vacaciones y se fue a Bogotá, desde donde trató, sin éxito, de arreglar las cosas con Schwend y Altmann. Schwend procedió a acosar a su esposa: debía irse con él y evitar que regresara, pues “los esposos no deben estar separados”. Pero Schneider-Merck volvió.

Fue a ver a Altmann, que se estaba instalando en su nueva casa en Chacacayo. El “carnicero de Lyon” negó todas las acusaciones y rechazó los reclamos. Luego fueron juntos a casa de Schwend, y este procedió a la amenaza: “todo se arreglaría” cuando la PIP arrestara a Schneider-Merk. Él aseguró que estaba dispuesto a ello. Paradójicamente, Altmann trató de conciliar ofreciendo trece mil dólares “para mostrar su buena voluntad” hacia Schneider-Merck pues había sido él quien había perdido el maletín. Pero no cumplió la oferta. Al contrario, intentaron chantajearlo con los cheques de viajero a su nombre que Gözl había fallado en depositar y luego había devuelto a Schwend. Schneider-Merck no se amedrentó y Schwend procedió a denunciarlo. Se defendió acusando a Schwend de chantaje, pero el monto de los cheques era tan reducido (doscientos quince dólares) que el comisario Vida desestimó la acusación de chantaje y archivó el caso.

Todo esto había sucedido antes del asesinato de Banchero. Schneider-Merck no creía que los nazis tuvieran algo que ver con el crimen, pero dijo a *Caretas* que le daba satisfacción ver a esos “honorables miembros de la sociedad” siendo motivo de las especulaciones de la prensa. Fue entonces cuando Herbert John, que había sido inculpado por don Federico como autor del asesinato, trabó contacto con él. Schneider-Merck decidió contarle

todo al periodista. Aunque le pidió “que guardara el secreto”, John denunció públicamente a Schwend como un delincuente con amplio prontuario. A continuación, el juez Santos Chichizola entró en la escena, aun antes de solicitar formalmente una declaración de Schneider-Merck.

En su versión para *Caretas*, Schneider-Merck relató que el juez lo citó y lo llevó a su casa en la avenida Arenales, donde también estaban John y uno de los instructores de la Guardia Civil en el caso Banquero, Félix Tuma. Santos Chichizola dijo que necesitaba razones de peso para allanar la casa de Schwend en busca de información que pudiera ayudar a esclarecer varios puntos del asesinato. Schneider-Merck firmó una manifestación completa ante el juez. Estuvo presente la madrugada del allanamiento:

Frente a la larga muralla habrían unos 100 policías. Que viva la justicia, pensé. Por primera vez en 5 años Federico Schwend alias “Wenceslav Turi” alias “Wendig” alias “Stroheim” alias “Emilie” alias “Nunciatura de Lima” [...] tenía que vérselas con la realidad que él había engendrado.

Pero el mismo día del allanamiento, 12 de abril de 1972, Schneider-Merck fue invitado a acompañar a la policía fiscal para declarar. A medio día había quedado en calidad de detenido “por orden del juez Santos”, y no le permitían hablar con su abogado o su esposa. Se le permitió ir a su casa en compañía de un guardia, donde permaneció hasta el 15 de abril.

Cinco meses después, *Caretas* denunciaba que Schneider-Merck seguía preso, no obstante que había confesado voluntariamente y colaborado con la justicia, gracias a lo cual se había registrado la casa de Schwend y descubierto “a una banda de ex nazis dedicados al tráfico de divisas y mil otras lindezas”. La nota, titulada “Un caso que no termina”, recordaba viejos casos en los que Schwend había conseguido la libertad de los inidiados (*Caretas*, 463). En enero de 1973, *Caretas* publicó un texto firmado por el propio Schneider-Merck en el que, además de difundir otras fechorías —fehacientes o sospechadas— de don Federico, como los casos de Strasser e Iro Petris, y un “misterioso suicidio” de Erich Grosse Müller, médico alemán que vivía cerca de la casa de Schwend, relataba el terrible acoso del que estaba siendo víctima en prisión. “Siguen la mala suerte de los ‘amigos’ de Schwend. Un episodio de barbarie y violencia se suma a la historia”, era el titular: un testimonio escrito de Schneider Merck, preso en El Sexto, que por denunciar a Federico Schwend, Klaus Altmann y sus cómplices, estaba siendo hostigado en la prisión”. Declaraba que el 19 de diciembre de 1972 alrededor de veinticinco miembros de la Guardia Republicana habían realizado una revisión de

las celdas de El Sexto, golpeando brutalmente a los reclusos. Al mando del conjunto estaban el capitán Miguel Sandoval Serna y el alférez Castro, y el grueso de los guardias eran alumnos del cuartel de la misma fuerza policial en el Rímac. Describió una golpiza brutal: los reos fueron puestos contra la pared con brazos y piernas separados mientras los guardias los golpeaban con varas y les daban puntapiés en los tobillos con las botas. Schneider-Merk habría protestado, por lo que fue obligado a desnudarse para una revisión personal; los golpes que le dieron en la cabeza, dijo, le dejaron lesiones en el oído y ojo derechos durante las siguientes semanas. Al volver a su celda encontró que todo había sido revuelto. Nuevamente Schneider-Merck protestó ante un subteniente Castro. El oficial regresó al cabo de unos minutos con diez guardias, gritando: “Ahora gringo liso, te vamos a enseñar a reclamar! Todavía parece que no has aprendido la lección!”. Los reos fueron arrinconados al fondo del pasillo a golpes, a Schneider Merk lo tomaron del pelo y lo golpearon durante mucho tiempo, lo hicieron descalzar y le dieron puntapiés en los tobillos y taconazos en los pies, lo amenazaron de muerte y lo dejaron completamente maltrecho y lleno de hematomas. Al día siguiente fue atendido en el hospital Dos de Mayo; una de las lesiones era una fractura en el pie producto de las patadas. El joven alemán atribuía todos estos “atropellos y abusos” a Schwend, en represalia por la denuncia contra él, aunque también podía ser por haber protestado, por medio de *Caretas*, por el maltrato y el abuso de la Guardia Republicana contra unos presos que iban a ser trasladados a la prisión El Frontón la madrugada del 28 de octubre de 1972.

Protegido hasta entonces por sus relaciones con la PIP y otras instancias del gobierno militar, Schwend logró evitar la detención por un tiempo (cuando por fin cayera preso, gozaría de comodidades) y emprendió acciones para desprestigiar a Schneider-Merck, como la acusación de que en su casa organizaba “fiestas raras, orgías de drogadictos y homosexuales”, igual que —dijo Schneider-Merck a *Caretas*— habría hecho “en 1966 con el Dr. Franz Strasser” y —añadimos nosotros— en 1969 contra Nannen.

Hacia mayo de 1973, Schneider-Merck contrató los servicios de un abogado germanoparlante, Roberto Ato del Avellanal, que fundaría sus alegatos en la voluntad de colaboración del alemán, representada por su confesión de complicidad, y en que ya había cumplido prisión: solicitó la reducción de la pena a un día de prisión simbólica. El fiscal había pedido dos años de prisión para Schneider-Merck, Meltzer (ausente) y Altmann/Barbie (ausente). Para Schwend, dieciocho meses y para Gölz y Pinillos, dieciséis meses.

Swend, según Schneider-Merck, trató de “sabotear y dificultar la labor de la justicia con mentiras burdas y calumnias viles”. Entre los documentos

falsos que Schneider-Merck lo acusó de presentar, estaba su pretendida colaboración con la LICA, por la que se hacía pasar como simpatizante de la justicia antinazi, que hemos conocido al describir los embates contra Karnatz y Nannen. El fiscal ignoraba todas las evidencias y antecedentes de los implicados y se empeñaba en afirmar que Schwend y Altmann solamente eran cómplices de los delitos de los que Schneider-Merck aparecía como principal orquestador. Para él, el fiscal era parcial, a favor de Schwend, y se negaba a tomar en consideración la probada experiencia de don Federico en tráfico de divisas y extorsión, adquirida desde el tiempo de la guerra. ¿Cómo era posible, preguntaba el acusado, que él, a sus veintinueve años, pudiera ser el líder, ideólogo y ejecutor del plan como jefe de Schwend, Altmann y todo el grupo que se conocía desde casi treinta años atrás? Dramático —evidentemente desesperado—, declaró el 4 de noviembre de 1973:

Si esto es justicia, entonces la mentira es la mejor defensa y mi experiencia al respecto debe quedar como ejemplo y antecedente en la jurisprudencia, con el fin que jamás nadie debería colaborar con la administración de la justicia o tener fe en la misma!!!

La respuesta de esa justicia, en agosto de 1974, fue un sorpresivo traslado de Schneider-Merck al Pabellón 12, de máxima seguridad, acusado de consumo de drogas en compañía de Denis Gumercal, Michael Cunnigan y otros norteamericanos que casualmente eran también clientes de Ato del Avellanal. Ya antes, en El Sexto, Schneider-Merck había acusado a Schwend de manipular a un preso para que pusiera marihuana en su frazada con el fin de incriminarlo (*Caretas*, 470). En su correspondencia con el abogado, Schneider-Merck, necesitando atención médica por una infección renal y otros padecimientos, se explayó dramáticamente sobre sus circunstancias. El 16 de junio de 1974 escribió:

Soy de la opinión que este país es un país de hipócritas y cobardes, que la detención de este crimen tiene que ver con el fiscal corrupto, quien evidentemente y sin duda se ha dejado sobornar por Schwend. [...] Creo que no hay un solo país en el mundo civilizado en donde no sea posible convalidar la prisión preventiva, en especial si son más de dos años, pero claro Perú no puede ser contado como un país civilizado!!! Este sinvergüenza del secretario de este Dr. Romero o como se llame ha puesto otra vez en espera la apelación sólo para que le pase algo bajo la mesa... esta, Dr. Ato, es la verdadera cara de Perú!!! sólo mentirosos, hipócritas, estafadores y fanfarrones!! [...]

Naturalmente, no puedo olvidar a este loco Dr. Santos [Chichizola], que es culpable de toda mi desgracia, porque me había prometido “todas las garantías” y luego me traicionó de forma infame!!! Debí haber cambiado mis declaraciones durante las audiencias, debí haberlo negado todo, debí haber sido cínico, pero ahora soy incluso más culpable que Goelz, que ha robado S/. 2.500.000 y ahora debo devolver unos 150.000.000? (HIS, Schwend Archiv, 138)

El juez instructor suplente, Jorge Morales, procedió a congelar las supuestas cuentas de los inculpados, pidiendo la retención legal de dinero hasta por ciento treinta y seis mil soles de Federico Schwend, Volkmar Schneider-Merck, cada uno, y en el caso de Gölz por ciento cincuenta mil soles. Envío la instrucción a veintitrés bancos y cajas de ahorros; todos acusaron recibo en marzo de 1975, pero sólo el Banco Comercial del Perú declaró que uno de los inculpados tenía cuenta ahí. Era Schneider-Merck y la institución procedió a congelar su saldo de quinientos ochenta y tres soles (Expediente Banquero, Archivo Penal de Lima).

El 27 de enero de 1975, el Cuarto Tribunal Correccional de Lima, con confirmación de la Corte Suprema, solicitó al Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores que tramitase la expulsión del país tanto de Schwend como de Schneider-Merck. El joven alemán había sido condenado a un año y medio de prisión y a pagar una multa que correspondía a un décuplo de la defraudación. Años después, con relativa celebridad por su aparición en *Hôtel Terminus*, se establecería en la poderosa Dubai donde se dedicaría a la crianza de caballos y donde vive hoy, lejos de todo aquel trágico hilo de acontecimientos.

Para Barbie, la sentencia comenzaría con un pedido de extradición a Bolivia por delitos de defraudación al Estado peruano. Con la protección de los presidentes Banzer y, más tarde, García Meza, Barbie evadiría esa extradición con aún mayor facilidad que la que Francia exigía por crímenes de guerra y contra la humanidad. Continuaría, como sabemos, prestando siniestros servicios a las dictaduras bolivianas, hasta ser entregado —no extraditado— a la justicia francesa diez años después.

Gölz pidió una “tregua de un año para el pago de la reparación civil” con que fue sentenciado. Argumentó que había sido sentenciado a un año de prisión, pero había estado preso durante veintiocho meses, es decir “indebidamente detenido 16 meses” (lo que constituía un “agravio” en su contra), por lo que su familia se encontraba “al borde de la indigencia”. También adujo que por su edad y condición de ex presidiario nadie le daría

trabajo (sin tomar en consideración, que era propietario de su taller mecánico en Juliaca). Finalmente advirtió que, “sin perjuicio del dinero que le debía al Estado”, iniciaría la acción correspondiente para ser indemnizado por los dieciséis meses que pasó detenido “indebidamente”.

Pinillos fue sentenciado por el Tribunal Supremo a pagar setenta y cinco mil soles, cincuenta mil correspondían a la multa y veinticinco mil a la reparación civil. Solicitó un plazo “prudencial” para pagar o que se le permitiese hacerlo por partes, pues tenía escasos recursos económicos y “una carga familiar numerosa”. Sus solicitudes fueron rechazadas.

SCHWEND EN PRISIÓN

El proceso por contrabando de divisas contra Schwend se inició en febrero de 1974 (MfS HA-IX/11, FV 270/68, Band 28b, f. 52), aunque había cumplido prisión preventiva en El Sexto y luego en Lurigancho. Schneider-Merck habló en *Caretas*, en enero de 1973, sobre los beneficios penitenciarios de Schwend: el director interino del penal (el titular estaba, casualmente, con licencia) Carlos Montero Guerra era amigo de César Suarez Osorio, su yerno. En El Sexto, mientras Schneider-Merck era incomunicado arbitrariamente y “sorpresivamente revisado”, Schwend se ufanaba de su “buena suerte” y recibía visitas a cualquier hora.

Antes de la “revisión especial” a Schneider-Merck, de la que salió tan mal parado, Schwend había ofrecido a un preso de una celda vecina una “buena propina” para que se robara sus cartas, lo que representó una justificación para que Montero argumentara ante Ato del Avellanal que los documentos encontrados en la celda tenían información comprometedor sobre “un complot contra el Estado y contra la seguridad del penal”. No sólo eso: Schwend también había dicho ante Luis Carnero Checa del VII Juzgado de Instrucción, que Schneider-Merk “seguía traficando con dólares en El Sexto, pero que esta vez los dólares eran falsos” y que se los llevaba una señora “Olga” metidos en tubos de pasta de dientes. Añadió que Schneider-Merk y Herbert John pertenecían a una organización sionista bajo las órdenes de Moshé Dayán, que se proponía derrocar a Golda Meir”.

Antes de esto, en agosto de 1971, *Caretas* había hecho eco de la acusación de Schneider-Merck acerca de que Schwend ocupaba una habitación

alfombrada junto a la Sala de Jueces, no una celda, y que tenía llave de su habitación y no estaba encerrado sino que se paseaba hasta media noche. También tenía libre acceso al teléfono del penal. A mediados de agosto de 1971, al igual que Schneider-Merck, Schwend fue trasladado a Lurigancho, a una celda común de la cuadra 232.

En Lurigancho Schwend recibió visitas como la de su amigo Hércules Marthans, nuevo director de la PIP, y la del jefe de la Policía Fiscal (*Caretas*, 460). Para fortalecer las “comodidades” de Schwend en la cárcel, el doctor Manuel Florián Herrera emitió un certificado médico según el cual sufría de várices en las piernas y debía ser sometido a “tratamiento quirúrgico o al menos médico permanente con tratamientos específicos”. Otro informe médico le diagnóstico, además de las várices, arteriosclerosis.

Mientras Ato del Avellanal cruzaba un infierno tratando de conseguir que la embajada alemana emitiera algún tipo de garantía a favor de su cliente, don Federico conseguía sin mayor esfuerzo que la misión diplomática expidiera un certificado a su favor sobre la ayuda económica de quince mil cien soles para subsistencia, que el “pobre” matrimonio Schwend recibía del gobierno teutón.

Por fin, el 22 de enero de 1975, tres años después del asesinato, Schwend se dirigió al Juzgado de Instrucción para responder por la sentencia de reparación civil del dinero defraudado al Estado. Dijo que no tenía ningún bien, pero que al ser su deseo “cumplir con la reparación civil”, a partir de febrero depositaría “pequeñas sumas, con el objeto de cumplir con lo ordenado en la sentencia”. Para ello utilizaría su pensión del gobierno alemán, único ingreso que se le podía probar, del que “separaría una parte para cumplir con el pago”, pero pedía al juzgado “ser tolerante y usar de la equidad, sobre todo tratándose de una persona bastante adulta” a la que le era difícil conseguir un trabajo.

Si el tiempo de “prisión preventiva” (fue sentenciado a dos años), le había permitido, aun encerrado, disfrutar de los beneficios que sus amistades podían ofrecerle, y aunque hubiese logrado esquivar el pago de sus responsabilidades económicas, sin importar que su verdadero patrimonio no hubiera siquiera resentido el gasto, el 27 de enero de 1975 don Federico recibió el balde de agua fría que había logrado esquivar durante treinta años: sería expulsado del Perú; quizá se vería obligado a volver a Europa donde tendría que enfrentar a sus viejos fantasmas.

ALEMANIA, TREINTA AÑOS DESPUÉS

La cronología de los archivos de Schwend se interrumpe en 1972, cuando fueron incautados por Santos Chichizola. Imaginamos las peripecias que permitieron a Schneider-Merck fotocopiarlo para entregarlo después a los institutos de investigación social de Hamburgo y Fráncfort, así como la posibilidad de que Farago haya tenido acceso a alguna parte de ellos, incluso antes de que se “perdieran” carpetas importantes. Dos investigadores completaron el archivo en HIS; por un lado Reinhart Schwarz, que añadió aquella hoja que le faltaba a la “Declaración de la ODESSA”, y por el otro, entre 1991 y 1993, Dieter Meier, que adjuntó los resultados de sus propias pesquisas: el material encontrado en el Centro Wiesenthal, los escasos documentos de la Stasi y lo que pudo conseguir entonces a través de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos y el programa FOIA. Para esta investigación hemos llevado más lejos las pesquisas en los archivos desclasificados de los Estados Unidos y en los archivos criminales del Perú, así como en la prensa de la época, tanto peruana como europea, y en numerosas fuentes secundarias. Sin embargo, ninguna de estas fuentes brinda información acerca de los meses que transcurrieron entre la sentencia de expulsión de Schwend del Perú, en enero de 1975, y su detención final en Alemania a mediados de 1976.

Según una nota de la revista *Quick* del 2 de septiembre de 1976 (incluida en los informes de la Stasi), el 4 de julio aterrizó en el aeropuerto de Fráncfort y partió a Bonn llevando una maleta, una bolsa de lona y 22,45 marcos en efectivo. El 6 de julio se presentó en la oficina de seguridad social de Beuel y declaró: “Vengo de América del Sur y quisiera asentarme nuevamente en mi patria alemana. Le pido que me ayude por un par de días hasta que tome contacto con mis amigos”. La propietaria del hotel *Schwarzen Kater* (Gato Negro), un pequeño establecimiento ubicado a unos diez kilómetros del centro de Bonn, donde se hospedó por tres días, dijo que Schwend vestía “pantalones rotos y una casaca muy usada”, que desayunaba a eso de las siete de la mañana y luego dejaba el hotel para volver tarde cada noche (Rowe, 1976, pp. 55-56). Al pedirle que pagara la cuenta, Schwend respondió con el documento que había conseguido en la oficina de seguridad social, la *Sozialamt*: ellos absorberían sus gastos. El documento decía que Schwend, en ese momento sin residencia fija, podía alojarse en un hotel de Bonn hasta por tres días o sesenta marcos a costa de la oficina. De cualquier modo, la

propietaria llamó a la policía y presentó una demanda por estafa de consumo. Los informes de la Stasi confirman la demanda en la primera mitad de julio de 1976: Schwend fue detenido bajo ese cargo (MfS, AV 2-83, f. 274). Luego la administradora del hotel declaró para *Quick* que había recibido una llamada anónima que le decía que Schwend no era ningún indigente sino un millonario.

En la comisaría, a donde fue llevado para una investigación de rutina, el sistema computarizado reveló una orden de aprehensión emitida diecisiete años antes, por un juzgado de Múnich, bajo el cargo de asesinato; la Interpol aún lo buscaba por la muerte de Kamber. Volvió a los argumentos de toda la vida: que él era inocente, que el asesino había sido Glavan (a quien nunca fue posible encontrar) y que todo era una fabricación de sus enemigos; dijo que presentaría a un testigo, pero el fiscal ya contaba con uno que había declarado bajo juramento que Schwend había sido el asesino (“Anklage gegen Hitlers Falschgelexperten“, 1979, cit. en MfS-HA IX). Testigos en el juicio que se llevó a cabo en 1979 declararon que ya en 1938, casado con “la millonaria baronesa von Gemmingen” habría hecho un viaje en su yate de lujo Aurora por las costas de Italia y Yugoslavia, durante el que hizo negocios millonarios contrabandeando oro. Otros (como *Stern*, el 10 de mayo de 1979, cit. en MfS, HA-IX/11) reforzaron lo que conocemos: hacia el fin de la guerra, y previendo su porvenir, había enterrado en Kaunzertal ochenta kilos de oro en sacos, ochenta mil dólares y cien mil francos suizos, y había huido al Perú con la ayuda de “personas prominentes”; por ejemplo, “el pasaporte de la Cruz Roja fue proporcionado por un ex comprador de libras del Vaticano”. El juzgado de Múnich determinó su culpabilidad: había disparado a su colaborador italiano Teofilio Kamber el 26 de agosto de 1944, cuando intentaba escapar (“Falschgeld-Experte verurteilt”, *Frankfurter Rundschau*, 11 de junio de 1979, cit. en MfS-HA IX). En agosto de 1979, fue sentenciado por un juzgado muniqués a dos años de prisión suspendida (MfS, AV 2-83, f. 274).

Quick relató que durante uno de sus traslados en Bonn, genio y figura, Schwend aceptó ser el falsificador de Hitler y dijo que una parte de las libras falsas aún estaba enterrada en Baviera; que había estado en la prisión de Stadelheim, y que sus amigos “lo consideraban un hombre de negocios genial, con relaciones por todo el mundo: un hombre que había cumplido su deber con su patria”. En cambio, sus enemigos —y tenía muchos— lo consideraban un astuto estafador, timador, falsificador de dinero, traficante de divisas, criminal de guerra y asesino. *Quick* logró entrevistar también a su hija Ingrid, quien no obstante el distanciamiento ocurrido después del

caso Sartorius, lo defendió: “conozco las recriminaciones contra mi padre. Pero también conozco su verdadero carácter. Se trata de una campaña de difamación contra un hombre que tiene muchos enemigos que lo quisieran eliminar” (Rowe, 1976).

Después de cumplir parte de esa sentencia, por su edad —setenta y un años— Fritz fue liberado y, enfermo y cansado, consiguió volver al Perú, al regazo de Hedda. Fue internado en la clínica Ricardo Palma donde murió el último día de marzo de 1981. De Hoyos cita un testimonio de su consuegra, la madre de César Suárez, que nos deja ver también lo extendido y natural que podía ser el antisemitismo local de un país católico latinoamericano: “no era sorprendente: no había más que judíos en esta clínica... Lo hicieron sufrir” (1984, p. 230).

EPÍLOGO

La mayor parte de los protagonistas de estas historias han muerto; los que siguen entre nosotros, en su mayoría se han recluso en un silencio que se parece a la calma posterior a una tormenta. Schneider-Merck (desde su residencia en Dubai), las hijas de Schwend, los acusados del asesinato de Banchemo, los que siguen con vida entre quienes intervinieron en los sucesos aquí narrados han dejado atrás esos días de incertidumbre, corrupción e impunidad. No así los militares que acompañaron y sucedieron a Velasco Alvarado en la loca aventura que cambió el rostro del Perú más profundamente de lo que las elites quisieran reconocer: Morales Bermúdez y Pedro Richter Prada (responsable del salvoconducto a Barbie para escapar de los procesos de Banchemo y de contrabando de divisas) han sido finalmente sentenciados en Italia por su papel en operativos asesininos que prueban la intervención del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú en la genocida operación Cóndor.

La pregunta, casi un viejo refrán, “¿quién mató a Banchemo Rossi?”, aún flota en el aire: Es uno de esos misterios que quedan impresos en la memoria y el imaginario colectivo como paradigmas de aquello que escapa de nuestras manos en el devenir social e histórico. Pero los pormenores, las consecuencias y los daños colaterales que destapó, tienden a ser olvidados. Unos días antes de que diésemos por terminada la redacción de este informe de investigación, *Caretas* publicaba un artículo de opinión de Luis Jochamowitz, desatinadamente titulado “Nuestro Nazi. Una ciudad donde hasta los criminales de guerra se adecentan”. No comentaremos el contenido: es una relación anecdótica, tergiversada y mal informada de la historia de Schwend. Basta el título: es desatinado porque plantea con falsa inocencia prejuicios que afectan lo que sabemos sobre el pasado. Al llamarlo “nuestro nazi”, su presencia se normaliza; es el primer paso para la banalización de la memoria: luego viene el olvido, y tras él la repetición. El Perú no debió haber cobijado criminales nazis fugitivos, la Argentina no debió haber tenido tantos, no tenían por qué venir a América. Se había firmado un pacto continental contra ellos; los “aliados” del Perú les permitieron salir aunque los buscara la justicia y los líderes locales, junto con la siempre entreguista

burguesía, los dejaron seguir siendo nazis. Al mencionar su presencia en “una ciudad”, además de incurrir en el viejo prejuicio según el cual Lima es el Perú, Jochamowitz hace a un lado que sus crímenes fueron contra un Estado, los comprobados y juzgados, y contra un pueblo los demás. Don Federico, además, no fue un criminal de guerra porque los Aliados decidieron no perseguir sus crímenes de guerra económicos. Sus fechorías pertenecen al fuero común. Y por último, Schwend jamás fue “decente”: fue un criminal, un extorsionador, un estafador, un falsificador, un traficante, un mentiroso, un manipulador, un asesino. Era un *V-Mann* nazi, el más temible de los mercenarios. El peor error que podemos cometer, entonces, es llamarlo “nuestro”. Pedimos disculpas por insistir en las palabras de Bettina Stangneth que habíamos usado como epígrafe al inicio de esta historia:

Cualquiera que haya trabajado bajo la ilusión de pertenecer a la nueva elite del mundo, y que haya contribuido a dar forma al Reich alemán que estrechó al planeta durante doce años, sería incapaz de resignarse a llevar una vida normal. (2014, pp. 134-135)

Si bien la revisión de la documentación no prueba la mano de los nazis en el asesinato de Banchemo, sí fortalece la hipótesis: existió más de un vínculo entre uno de los hombres más adinerados del Perú de los años 60 y la red nazi de don Federico. El más resaltante de ellos es el periodista alemán Herbert John, al mismo tiempo empleado de uno y socio del otro. En *Hôtel Terminus*, el documental de Ophüls sobre Barbie (1988), los Klarsfeld manifestaron que la carta en la que John denunció que Altmann era Barbie fue firmada también por Banchemo y, aunque es probable que haya procedido así para tratar de hacer justicia —más de un testimonio, entre ellos el de Thorndike, apunta a su interés por iniciar una carrera política—, también es probable que lo haya hecho al encontrarse bajo la presión de Schwend. Si don Federico hacía listas de personas extorsionables y procedía en consecuencia a diestra y siniestra, no tenemos motivos para rechazar la posibilidad de que lo hubiera hecho también con este carismático y poderoso empresario que tenía cuentas bancarias en el exterior con dinero producido en el Perú en una época en que eso era un delito. Era un candidato ideal para las maquinaciones de Schwend. No fue el único en morir asesinado en los alrededores del mundo de don Federico: el esquema del asesinato (suicidio o desaparición) no resuelto, con casos en los que aparecía el fantasmal comando de ex ustachas, enredados con informaciones contradictorias, declarantes que cambiaban sus versiones y bombas que explotaban en las

puertas de instituciones involucradas se repite varias veces desde los años 40: Gröbl, Kamber, Sartorius, Petris, Büttner, el vecino alemán de Barbie en Chaclacayo, Bancharo.

Nuestra documentación tampoco nos permite adoptar la posición que adoptó *Caretas* en relación con Schneider-Merck. Fue en este semanario donde se dibujó su rostro con los colores del heroísmo (ni siquiera *Hôtel Terminus* le daría esa prerrogativa): el hombre que se sacrificó a sí mismo para entregar a los nazis. Era tan culpable como ellos de haber defraudado al Estado y, mientras no fue él mismo estafado, colaboró de buen grado en la cadena delictiva. Basta ver una de las fotos reproducidas por la prensa de esos días y más recientemente por los periodistas McFarren e Iglesias: se ve a Schneider-Merck y a Barbie hombro con hombro, jubilosos, disfrutando en camaradería una fiesta de año nuevo en casa de Schwend en Santa Clara, quizá efectuada para recibir el año 1971. La denuncia que a él no lo salvaría, motivada por la revancha (pero también como parte de un plan para salvarse de las deudas en que incurrió con los otros cómplices de este delito, a quienes encubrió: los empresarios de cualquier confesión religiosa que le dieron dinero para que lo sacara del país) tampoco afectó dramáticamente a Schwend y a Barbie. El Estado peruano decidió no seguir la investigación hacia su posible participación en el asesinato y se redujo a procesarlos por los crímenes financieros. Barbie escapó con ayuda de las autoridades peruanas (para ser protegido por las bolivianas), mientras Schwend consiguió comodidades y siguió usando su poder durante el tiempo de prisión que cumplió por esos delitos.

Cuando Schwend volvió al Perú, reingresando por medio de mecanismos desconocidos dado que había sido expulsado del país —una especie de amnistía no declarada—, Sendero Luminoso acababa de hacer su presentación en sociedad, anunciando lo que nadie pudo o quiso ver: un movimiento armado fanático y asesino que excedía por todas partes las amenazas guerrilleras que don Federico había ayudado a desactivar en 1965 y cuya irracional violencia terrorista desataría una guerra interna que produciría decenas de miles de muertes. Desde la perspectiva de la confortable Lima, Ayacucho, inicial centro de acción de los terroristas, era un remoto lugar aislado en el corazón de la impenetrable cordillera de los Andes, y hasta que los terroristas se acercaron a la capital, no pareció ser motivo de preocupación. El marco político de este escenario fue una paulatina transición en la que la dictadura militar fue cediendo casi suavemente el paso al regreso de Belaúnde, el mismo presidente democráticamente electo que había sido depuesto doce años atrás. Su segunda gestión, sin embargo, tuvo la ingrata

fortuna de obligarlo a dirigir el Perú al interior de una de las más severas crisis económicas globales del siglo xx. Su sucesor, Alan García, entre un autoritarismo desesperado para tratar de combatir el terrorismo (con estrategias similares a las que usó la operación Cóndor), una apabullante ineficacia administrativa y la corrupción rampante (ese motor de nuestra historia), terminó por corroer los tejidos social, político y económico del país. El “desborde” popular de Matos Mar devino huaico y cambió el rostro del Perú en una inédita lucha de nuevas y viejas identidades que hasta los intelectuales del siglo xxi, con prejuiciosa y discriminante mirada, llamaron “cholificación”. Una aparentemente inédita clase política se constituyó en dictadura con las siniestras manipulaciones de ese otro *V-Mann* que fue el oscuro “asesor” de Fujimori, Vladimiro Montesinos. Decimos “aparentemente” porque sabemos que Montesinos ya era un peón en el tablero del poder, actuando desde el interior del gobierno militar en contra del gobierno militar desde tiempos de don Federico. Los sucios intersticios del poder —económico y político, de izquierda y de derecha por igual— que habían permitido a uno medrar desde los 50 hasta entrados los 70, permitieron al otro manipular a su antojo el patrimonio y las vidas de una nación. Sus métodos fueron similares, desde la manipulación de la prensa, el espionaje, el fraude y el soborno hasta la represión violenta de las disidencias y el asesinato (incluyendo siniestros crematorios clandestinos en el Pentagón). No están saldadas esas deudas. Al Perú le duelen esas heridas, todas esas heridas, las viejas y las nuevas, todos esos muertos, todo ese despojo.

Al iniciar este relato hemos elaborado un marco de interpretación histórica que la academia considerará al menos heterodoxo. Hemos privilegiado en todo momento la observación de los elementos de continuidad, los enlaces entre episodios, porque nos han permitido traspasar las barreras de la parcelización histórica (esto explica también por qué hemos sustituido la presentación de la historia mediante un hilo cronológico riguroso por una agrupación más bien temática que salta en el tiempo, que va y vuelve. Schwend se caracterizaba por “bombardear” sobre todas las cosas que le interesaban en todo momento, no esperaba a resolver un asunto para entrar en otro). Así hemos podido reconocer y hemos tratado de explicar su significado, especialmente en la vida de un individuo determinado al que nos habíamos propuesto seguir. Descubrimos que sí, que el conjunto de trayectorias de los individuos y sus acciones define la relación entre un momento y otro, determina sus desarrollos posteriores, prefigura consecuencias de largo plazo. Las relaciones entre los individuos y su desarrollo en el tiempo conectan, como una argamasa elástica, aque-

llos eventos destacados sobre los que la historia suele poner más atención. A través de ellos hemos podido representarnos la primera mitad del siglo xx como una gran periodo de conflicto armado global con dos momentos de clímax señalados por declaraciones explícitas de guerra. El “derecho” en que se fundan declaraciones de guerra y de rendición, sin embargo, es permanentemente transgredido en los intermedios, especialmente si ponemos atención en acciones como las de Friedrich Schwend porque no las protagonizó aislado. Una red de cómplices, unos más cercanos y otros más lejanos, unos evidentes y otros soterrados, unos conscientes y otros sin saberlo, en diversos países de todo el globo, especialmente el Medio Oriente y Sudamérica, puso en práctica “destrezas” adquiridas en el proceso de ascenso del nazismo, antes y durante la guerra. Después de ella, con la ayuda de propios y extraños, las extendieron hasta los albores del siglo xxi con autoritarismos y dictaduras que aún se están resolviendo.

Ante nuevos tiempos de incertidumbre, corrupción e impunidad en todo el continente, como muestran los escándalos transnacionales del caso Odebrecht, y de resurgimiento de tendencias políticas de extrema derecha, representada, entre muchos otros eventos por el ascenso de la Alt-Right, la presidencia de Donald Trump, el Brexit, la crisis de refugiados y el interminable conflicto en Medio Oriente, creemos que si este libro tiene alguna relevancia, será la de mantener viva la memoria.

NOTA SOBRE LOS ARCHIVOS

En el prefacio de *Los estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*, la politóloga J. Patrice McSherry (2005) hace una aclaración sobre las fuentes documentales (y orales) utilizadas en su investigación, válida especialmente para aquellos documentos provenientes de los servicios secretos de los países involucrados con los que trabaja:

La primera dificultad es el problema inherente a la documentación de operaciones encubiertas. Las operaciones encubiertas se diseñan de tal modo que puedan ser plausiblemente negadas y sus patrocinadores ocultos. [...] Los documentos desclasificados de los Estados Unidos deben ser utilizados con cautela; la naturaleza selectiva de los documentos aprobados para desclasificación puede constituir en sí misma una manipulación del registro histórico. De igual modo, la censura selectiva aplicada en cada documento puede dar la impresión de que el documento dice lo contrario de lo que realmente dice. La información muy sensible suele quedar fuera de los documentos oficiales.

Las precauciones enunciadas por la autora han sido válidas para nosotros en el transcurso de esta investigación, especialmente para aquellos temas en los que nos hemos apoyado en materiales desclasificados por la CIA. Similar precaución debemos tener en cuanto a la información contenida en el “archivo Schwend”, al que hemos accedido a través de la copia que guarda el Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo (HIS), de la que sabemos que es exacta —excepto por las adiciones de los archivos de la Stasi, la CIA y el Centro Wiesenthal descritas en el texto— a la que se conserva en Fráncfort. La razón de esta precaución es que no tenemos acceso al original, probablemente guardado en los sótanos del Palacio de Justicia de Lima, que nos permitiría establecer la autenticidad de las copias en Alemania así como saber si dichas copias están completas y resolver muchas dudas que dejan los papeles, fotocopiados apresuradamente en el fragor de los hechos.

El testimonio del juez Santos Chichizola, personaje clave en nuestra historia, indica que, luego del asesinato de Luis Banchemo Rossi, en el

momento en que efectivos de la policía acudieron a la casa de Friedrich Schwend en Santa Clara para arrestarlo, lo encontraron destruyendo papeles de su archivo; nunca se sabrá cuántos de sus registros ya habían desaparecido cuando la policía peruana lo incautó. Y sobre todo, nunca tendremos acceso a las conversaciones personales y telefónicas de Schwend con sus amigos y enemigos, “clientes”, asociados, prestanombres, colegas, cómplices y correligionarios, en las que, creemos, se habrán tomado decisiones fundamentales para los hechos que siguen las distintas tramas de esta historia; decisiones cuya existencia no puede ser sino sospechada. Es por ello que tomamos en consideración aquí las precauciones que describe McSherry: “Para evaluar la evidencia disponible, el investigador que trabaja sobre operaciones encubiertas debe ser cauteloso, usar el juicio y la experiencia y aplicar conocimiento y pericia para generar conclusiones plausibles, aun cuando sean sólo tentativas”.

El Archivo Schwend

El Archivo Schwend contiene documentación personal del ex nazi reunida desde antes de la guerra y hasta 1972, cuando fue incautado por el juez José Antonio Santos Chichizola como parte de la investigación por el asesinato de Luis Banchero Rossi. A partir de las declaraciones de Herbert John y Volkmar Johannes Schneider-Merck, Santos Chichizola formuló un atestado policial ampliatorio al caso Banchero y dispuso el allanamiento del domicilio legal de Schwend en busca de documentos que pudiesen respaldar esos dos testimonios: el expediente del caso en el Archivo Penal de Lima. La diligencia se realizó en la madrugada del 13 de abril de 1972 a las 3:00 am, en el kilómetro 13,9 de la Carretera Central, Santa Clara, donde el juez encontraría a Schwend “rompiendo papeles de una gran estantería”. Además, el juez descubrió una voluminosa colección de papeles.

Esta colección, el archivo Schwend, constaba aproximadamente de quince mil folios, la mayor parte de ellos organizados en carpetas de distintos colores, algunas de las cuales llevaban diferentes títulos (“Abrechnungen mit Cesar”, “Fertig”, “Rinar”, “6”, “Bascow”, “Javier C. M.”, “Bascow 7”). Había entre los papeles de Schwend cheques, documentos de identidad, bancarios y notariales, informes de inteligencia, planes de acción, recortes periodísticos y cartas personales y de negocios. La mayor parte de los documentos estaba en alemán, pero también había muchos en español e inglés y, en menor medida, en italiano, francés, croata, rumano y otros idiomas.

A pesar de haber sido incautado en una diligencia oficial, ni el original ni las copias del archivo Schwend han podido ser encontrados en el Archivo Penal de Lima, ni en ningún Archivo del Poder Judicial del Perú. Se conservan, sin embargo, dos copias en Alemania; una de ellas —la que fotografió Felipe Burstein para esta investigación— en el Hamburger Institut für Sozialforschung (Instituto de Investigaciones Sociales de Hamburgo, HIS) y otra en el Instituto Fritz Bauer de Fráncfort. En su mayoría, los documentos fotocopiados que conforman el archivo tienen un sello del Poder Judicial del Perú y dos rúbricas. Además de los documentos originales, también hay en el archivo copias de traducciones al español de algunos de los documentos en alemán. Algunas son oficiales del Poder Judicial, hechas por encargo del juez Santos Chichizola; otras fueron realizadas por Schneider-Merck, como la de la sentencia contra Schwend dictada en Bolzano, Italia, por el asesinato de Kamber.

Según Dieter Meier, primer investigador que estudió a profundidad los documentos de Hamburgo, Schneider-Merck dijo que la policía secreta peruana habría hecho desaparecer tres importantes carpetas que contendrían documentos sobre secretos militares peruanos (“Der SS Schatz”, notas de Dieter Meier, enero de 1991 en HIS, Schwend Archiv). Contrastando la información del acta de incautación con los documentos vistos en HIS, Felipe Burstein identificó algunas de las carpetas a las que se refería Schneider-Merck: las tituladas “Javier C. M.”, “Elmar” y alguno de los folders de la serie “Bascow”.

La carpeta “Javier C. M.”, desaparecida en su totalidad, se referiría a Javier Campos Montoya, titular de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP) entre abril de 1963 y mayo de 1968, con quien Schwend colaboraba estrechamente (seguiría contando con el apoyo del relevo de Campos Montoya, Hércules Marthans). En el acta de incautación de Santos Chichizola, esta carpeta fue descrita como “un folder amarillo identificado con la palabra *Javier C.M.* con cartas en alemán, direcciones, una fotografía de Luis Felipe de la Puente Uceda, documentos sobre comandos israelíes, actividades de Paz Estenssoro y 19 documentos enumerados y engrampados”.

La identificada como “Elmar” (referencia al general Elmar Casanave, mano derecha de Armando Artola en la jefatura del Servicio de Inteligencia del Ejército peruano) no se menciona en el acta de incautación pero sí se encuentra en el archivo en HIS, aunque su contenido está desordenado y, según se deduce de sus folios, incompleto. La información de sus documentos se relaciona con inteligencia sobre distintas personas en el Perú, Bolivia, España y otros países. Incluye planes de acción para la lucha contra

el comunismo (hay referencias sobre el Che Guevara, por ejemplo) y sobre personajes como Jacques Schwarz, empresario cercano a Banchemo Rossi.

Los documentos de la carpeta “Bascow”, que sí aparece en la relación de Santos Chichizola, se encuentran también dispersos e incompletos en el archivo Schwend en HIS. De ella habrían desaparecido un portafolios amarillo con la palabra “Bascow” escrita con tinta roja, que contenía dos libretas de apuntes, correspondencia, recortes de prensa y documentos sobre Herbert John y Luis Banchemo Rossi. Otro interesante documento desaparecido que habría formado parte de esta serie sería una declaración de Schwend sobre Klaus Altmann. La carpeta que figura en el acta de incautación como “Bascow 7”, también desaparecida, contenía, entre otros no identificados, documentos sobre La Estrella S. A.

Es difícil precisar en qué momento exacto desaparecieron las carpetas mencionadas y otros documentos que contenían información reservada, pues, en primer lugar, Schwend habría logrado destruir alguna parte del archivo antes de la incautación y, en segundo, la propia policía tuvo acceso a ellos inmediatamente después de la confiscación, durante un periodo de tiempo en el que el juez Santos Chichizola habría encargado a Schneider-Merck que tradujera del alemán ciertos documentos “en colaboración con la policía”.

Sigue siendo un misterio cómo y por qué los documentos se perdieron de la custodia original y cómo fue que las reproducciones llegaron a Hamburgo y Fráncfort. En el caso de Hamburgo, Reinhart Schwarz, director del Archivo de HIS, aseguró a Felipe Burstein que el instituto se lo había comprado a un anticuario belga, aunque sospechamos que esta información pretendía proteger la identidad del donante, probablemente Schneider-Merck, a quien apuntan las notas de Dieter Meier como comprador del archivo. Para fortalecer la hipótesis de que fue Schneider-Merck quien proporcionó las copias del archivo a los institutos alemanes, tenemos aquella hoja faltante en la “Declaración” de la ODESSA, que Schneider-Merck “se había encontrado” en 1991 y había enviado a Schwarz a través de un periodista. Meier creía que “todavía había una gran cantidad de documentos” en poder de Schneider-Merck. Nosotros creemos que fue efectivamente él el responsable de conservar el archivo y luego enviarlo a los institutos de investigación, pero consideramos que no pudo haberlo comprado pues su situación económica a mediados de los 70 simplemente no podía permitírselo.

Durante los 90 y los primeros años del siglo XXI, Schwarz y Meier añadieron al archivo Schwend documentos desclasificados por el Acta de Libertad de Información (Freedom of Information Act, FOIA) del gobierno

estadounidense, documentos del Centro Wiesenthal y otros, relacionados con personas que se mencionaban en los documentos ya en poder de HIS.

Hasta ahora, los documentos del archivo Schwend sólo habían sido consultados por investigadores interesados en Martin Bormann, Klaus Barbie, la ODESSA y otros temas, pero no para conocer al propio Schwend. Es el caso de Meier, para quien “la parte más importante del archivo es el folder 18” que trata sobre la reunión de ODESSA en España, y sobre Farago, cuya obsesiva búsqueda de Bormann lo llevó a asumir como real evidencia fabricada. Linklater *et al.* también dijeron haber tenido acceso al archivo para su investigación sobre Barbie antes de que fuera depositado en los institutos alemanes. Agradecieron en este sentido a Enrique Zileri y al equipo de *Caretas*, a Albert Brun y al juez Santos Chichizola, pero especialmente a Schneider-Merck, que les había dado información sobre los papeles de Schwend (1985, p. 6). De este modo, la vasta documentación existente en el archivo Schwend sólo ha sido aprovechada, de manera marginal, por investigaciones en las que su papel se relaciona con las acciones de otros criminales, las cuales dejan pasar de lado su papel específico en diversos procesos de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría. Al convertirlo en centro de nuestra atención, descubrimos el amplio espectro de sus acciones en entornos tan diversos como la política, el espionaje, el tráfico de armas y las redes internacionales de actividades ilícitas, de gran provecho económico, de las que formó parte y a las cuales sirvió. Así, la mirada sobre Schwend que conseguimos al cruzar el análisis exhaustivo de su archivo con las otras fuentes documentales disponibles, nos presentan a un personaje que fue algo más que el “caso trivial” que Wiesenthal vio, o que una simple comparsa de otros *big-shots* nazis como Barbie, Rudel o Skorzeny. Sus documentos, aunque incompletos, refuerzan las hipótesis sobre la persistencia de una red nazi internacional después de la guerra, con tentáculos en Sudamérica, Europa, Estados Unidos, el bloque soviético, el extremo Oriente y el mundo árabe, y sobre las formas en que esta mantuvo a sus miembros activos en la política, la sociedad y la economía de la Guerra Fría. El archivo Schwend es una fuente valiosa en el proceso de reconstrucción de la historia contemporánea del Perú, de América Latina y del mundo.

NARA/FOIA

En octubre de 1998, el Grupo de Trabajo Interagencias para los Registros de Crímenes de Guerra Nazis y del Gobierno Imperial de Japón (Nazi War

Crimes and Japanese Imperial Government Records Interagency Working Group, IWG) se dio a la tarea de desclasificar documentos de la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas. El IWG generó un gran volumen de legajos de los archivos de la CIA y de los organismos que sustituyó a partir de 1947: la OSS (Office of Strategic Services, 1942-1945), la SSU (Strategic Services Unit, 1945-1946) y el CIG (Central Intelligence Group, de 1946 hasta la creación de la CIA), así como del FBI, del Cuerpo de Contrainteligencia Militar (CIC), de la Inteligencia Militar (G-2) y de otras instancias (IWG, 2007).

Su informe final fue presentado ante el Congreso de los Estados Unidos en 2007, después de que se realizaran dos grandes desclasificaciones: la primera en 1998 y la segunda en 2001, cuando finalmente se reveló información que había sido extensamente censurada en la primera divulgación.

Dentro de la lista de ciento sesenta nombres que fueron desclasificados inicialmente se encontraba Friedrich Schwend, sobre quien la National Archives and Records Administration (NARA) conserva documentos desde 1945 hasta los 60 (y menciones posteriores), lo que prueba el interés de distintas agencias en sus actividades. Se han encontrado registros que indican que Schwend contactó a la CIA desde Sudamérica para informar sobre otros fugitivos. El CIC tenía datos de Schwend desde que fue capturado en Merano y del periodo durante el que cooperó con esa agencia en Múnich. Entre los documentos de NARA también hay información sobre Schwend proveniente de los archivos del Servicio Federal de Inteligencia de Alemania (BND, *Bundesnachrichtendienst.*), así como de servicios consulares, embajadas y agregadurías militares locales o estadounidenses en países latinoamericanos.

Para nuestra investigación hemos hecho un estrecho seguimiento de todos los documentos relativos a Friedrich Schwend encontrados en NARA bajo su nombre, y lo hemos complementado con los documentos desclasificados que Lawrence Malkin ha hecho públicos en *Krueger's Men*, y con los expedientes personales FOIA (Freedom of Information Act) de Georg Spitz, Georg Gyssling, Klaus Barbie, Johann von Leers, Otto Skorzeny, Walter Rauff, Hans-Ulrich Rudel, y documentos aislados de muchos otros perfiles más. Al no existir una desclasificación solamente dedicada al Perú, seguir los documentos que podrían complementar esta investigación quedará como tarea para futuros investigadores.

Una lectura atenta de los documentos de NARA ha permitido la elaboración de una larga lista de referencias cruzadas que apuntan hacia documentos que no están presentes en el corpus documental, sin contar la gran cantidad de referencias censuradas. El 19 de septiembre de 2013 Felipe

Burstein solicitó la liberación de información de varios sujetos relacionados con Schwend, adjuntando una lista de veintitrés referencias precisas y nombres, entre los que estaban los de Herbert John, Alois Glavan, Fritz Schwend, Adalbert Hertz Kleptow, Luis Bancharo Rossi y Joseph Palisi. La respuesta oficial a esa solicitud, emitida el 15 de enero de 2014 indicó que la información sobre oficiales nazis estaba disponible a través de la sala de lectura virtual del portal de la CIA en internet (que revisamos exhaustivamente). Sin embargo, los documentos buscados no están ahí, como tampoco cierta documentación de la que se supo por un cable filtrado por Wikileaks en 2010, que también contenía información sobre Schwend; el documento enlista: código D 226718 a nombre de Fritz Schwend (diez páginas); otro sobre Wndig [sic]-Sauter-Klemp-Schwendt (veintisiete páginas) y variantes (Major Klemp, Dr. Sauter, Wendig Stbfr, Wendig Sturmbanfuhrer); véase *The Global Intelligence Files*, “Fwd: The Army Investigative Files” (<http://search.wikileaks.org/gifiles/?viewemailid=1048915>).

Sobre los otros personajes la CIA hace saber en su carta que “no puede confirmar ni negar la existencia o inexistencia de los datos solicitados”, y para ello se vale de las exenciones b1 y b3 que indican que la clasificación de tal información se debe a una orden ejecutiva (b1) y que esos documentos están protegidos por otro Estatuto Federal (b3). En conclusión, el documento firmado por Michele Meeks, Coordinadora de Información y Privacidad, ha rechazado liberar la información precisamente solicitada.

A lo largo del libro citamos de dos formas diferentes los materiales hechos públicos por el IWG: donde se cita “NARA” y la localización de los archivos, la fuente fue recopilada por Felipe Burstein de manera presencial en los Estados Unidos antes de 2015; mientras que donde se cita “FOIA”, seguido del nombre de la persona sobre la que trata determinado archivo, la fuente fue recopilada por Carlos Maza a través del repositorio en línea del IWG entre 2015 y 2016. Se trata de los mismos archivos pero con diferente organización. En algunos casos nos fue posible confirmar que un mismo archivo en la recopilación física, aparecía en la digitalizada con diferentes intervenciones del censor (en ocasiones, con menos censura).

Stasi

La Stasi (abreviatura de *Ministerium für Staatssicherheit*, MsF, Ministerio para la Seguridad del Estado) surgió durante la Guerra Fría en la República Democrática Alemana, a “imagen de la KGB con una personalidad

alemana”. Fue un órgano único de inteligencia que velaba por los asuntos internos a la vez que los internacionales de Alemania Oriental. A partir de 1956, en ella se fusionaron los deberes propios de la Stasi, a cargo de Erich Mielke y los de la Primera Administración de Reconocimiento o Servicio de Inteligencia Política Extranjera (*Hauptverwaltung Aufklärung*, HVA), inicialmente a cargo del “espía sin rostro de la Guerra Fría” Markus (Misch) Wolf. Así, la Stasi unía en una sola institución las tareas de policía e inteligencia internas y externas (Macrakis, 2008, p. 3).

En 1989 casi todos los archivos de la HVA fueron destruidos. Lo poco que quedó fue recuperado por los Comités de Ciudadanos; algunas copias de provincias también se conservaron (Mellon, 2001). Lo que corresponde a asuntos de inteligencia interna sí ha sido desclasificado; su información está disponible para especialistas autorizados y para personas y descendientes involucrados en alguna actividad de la agencia.

La documentación que se ha encontrado de Friedrich Schwend en los archivos de la Stasi corresponde a la sección de Mielke, es decir, de asuntos interiores, específicamente de la oficina HA IX (*Haupabteilung IX*, División Principal IX). Esta división sustituyó a la Abt IX, o División IX, operativa entre 1950 y 1953. Su titular era Erich Mielke, y el segundo a cargo era el Inspector Alfred Scholz. Aquí se revisaban casos de espionaje, en particular el ocultamiento de contactos de agentes durante la guerra y la posguerra, así como sabotaje y trabajo encubierto. La Abt IX perseguía y aprehendía personas y miembros prominentes del SED (Partido Unitario Socialista de Alemania) que habían tenido contacto con “personas inadecuadas” durante los 30 y los 40. A partir de 1953, como HA IX, contaba con once subsecciones que se ocupaban de realizar las pesquisas previas a las acusaciones formales de delitos como traición contra la República Democrática Alemana, delitos contra la soberanía de la RDA, contra la paz, de lesa humanidad y contra los derechos humanos, y delitos de sabotaje y actos contra la economía popular, entre otras tareas (Wiedmann, 2012).

La sección 11 de HA IX es la que tiene más información sobre Schwend. Fue creada en 1968 para el esclarecimiento de crímenes de guerra, crímenes nazis y crímenes de lesa humanidad. También hay material sobre Schwend en los archivos de la Sección Administrativa, del Instituto para el Marxismo-Leninismo y de la Defensa de Aduanas (este archivo es particularmente extenso), entre otros. Entre sus entradas aparecen veintiocho films. Los datos de Schwend aparecen bajo el código FV 270/68; donde FV (*Fest Vorgesehener*) significa “firmemente provisto”, un término empleado por MfS para personas usadas en espionaje militar sin ser empleados oficiales. Schwend

era miembro de una extensa red de informantes no oficiales conocida como Netz, con alrededor de ciento ochenta y nueve mil miembros. Su participación en la Stasi era precedida por su actuación como *V-Mann* del SD en la Segunda Guerra Mundial. La documentación que la Stasi alberga sobre Schwend permite seguirlo desde los años de la guerra hasta los de la Guerra Fría.

Expediente Banchemo

El expediente judicial del asesinato de Luis Banchemo Rossi se encuentra en el Archivo Penal de Lima (Barrios Altos) con el número 0000571. Los legajos corresponden al Noveno Juzgado Penal y están cosidos en diez libros de más de tres mil folios enumerados, aunque no es un *corpus* documental completo. Contiene varios atestados policiales, informes de laboratorio y declaraciones, así como diligencias, fotografías y recortes de periódicos locales y extranjeros. A partir de las anotaciones de Santos Chichizola en el expediente se deduce que el juez detectó a un personaje que figura como una constante en la vida de Schwend desde su participación en la Segunda Guerra Mundial hasta el tiempo de su vida en Lima: Alois Glavan.

Además de las declaraciones de Friedrich Schwend y su socio Fritz Gölz, así como de políticos prominentes como Armando Villanueva, el expediente de Banchemo también contiene las manifestaciones de Fernán Altuve, Herbert John y Volkmar Johannes Schneider-Merck. A pesar de que el expediente está incompleto en un porcentaje desconocido, permite seguir los pormenores del asesinato, así como la metodología de investigación del juez y el interés que tuvo por una explicación alternativa a la confesión de Juan Vilca y la presunta complicidad de Eugenia Sessarego. Llama la atención la minuciosidad de su seguimiento de la pista nazi.

Archivos peruanos

El Archivo General de la Nación y el archivo del Poder Judicial guardan documentos relacionados con Schwend y otros personajes de nuestra investigación, pero no están abiertos aunque sean de interés público. En la sección “República” del Archivo General de la Nación indagamos en el Fondo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, periodo 1943-1955; revisamos los libros de “Control de Registro de inmigración (Ingresos)”

(Libro 118 [antiguo 151]), los de “Registro ingreso-salida” (Libro 119 [antiguo 182]), y los “Registros de inscripción de extranjeros residentes en el Perú” (Libros 134 [antiguo 179] y 135 [antiguo 133]). Una tarea pendiente será la de contrastar sus registros con los de los criminales nazis que mantiene la Oficina Central de la Administración de Justicia del Estado en Ludwisburg, Alemania, para tener una visión más precisa de los nazis que llegaron al Perú. Este fue uno de los métodos utilizados en 1997 por la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la República Argentina (CEANA) y dio resultados favorables para la investigación.

En el Archivo del Poder Judicial, los documentos relacionados con Schwend están repartidos en dos locales: uno de los sótanos del Palacio de Justicia y el edificio del jirón Áncash en Barrios Altos. Los documentos disponibles en el Palacio de Justicia no han sido revisados para esta investigación por considerarlos tangenciales; para los interesados en continuar las pesquisas que encuentren la forma de llegar a ellos, el expediente es el 1967-0000029, con treinta y tres folios, proveniente de la Tercera Sala Penal, por el delito de instigación al suicidio, en el que la víctima era Ingrid Schwend de Oliveira. El otro expediente es el 1974-0000176, proveniente de la Cuarta Sala Penal de Lima, por el delito Contra la salud, siendo el inculpado Juan Vilca Carranza, el asesino confeso de Luis Banchemero. Se trata de un expediente de treinta y ocho folios, distinto al de Banchemero, pues la agraviada es “La Sociedad”.

De los fondos de Barrios Altos hemos incluido en nuestra investigación los expedientes 1972-0000571, del Noveno Juzgado Penal de Lima, con tres mil ciento veintinueve folios, sobre el asesinato de Luis Banchemero. Es necesario aclarar que en la base de datos del Sistema de Archivos del Poder Judicial hay errores en la digitación de nombres por lo que la búsqueda electrónica puede resultar parcial o infructuosa. El expediente se encuentra en el anaquel 153, columna 4 de la segunda planta del local. Finalmente, el expediente 1975-0000050 del Séptimo Juzgado Penal de Lima que tiene sesenta y dos folios, en su mayoría intercambios de cartas entre el Juez y los Bancos sobre las cuentas de Federico Schwend y otros (Schneider-Merck, Fritz Gözl Benavente y Wilfredo Pinillos Ríos) por el delito de Defraudación de Divisas. El expediente no contiene la investigación en sí, sino las cartas y documentos presentados por Schwend y otros. No ha sido posible encontrar archivos sobre los pormenores del juicio en el Sistema del Archivo Penal; para nuestra investigación hemos tratado de completar esas carencias a partir de las cartas y declaraciones de Schneider-Merck en HIS y la prensa, siempre alertas respecto de los sesgos que pudieran tener.

FUENTES

Bibliografía

- Aguirre, Carlos; Drinot, Paulo (eds.) (2018). *La revolución peculiar. Repensando el gobierno militar de Velasco*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Aharoni, Zvi; Dietl, Wilhelm (1997). *Operation Eichmann. The Truth about the Pursuit, Capture and Trial*. EUA: John Wiley & Sons.
- Alford, Kenneth D. (2001). *Nazi Plunder: Great Treasure Stories of World War II*. Boston: Da Capo Press.
- (2012). *Hermann Göring and the Nazi Art Collection. The Looting of Europe's Art Treasures and Their Dispersal After World War II*. Carolina del Norte: Mc Farland & Co Inc.
- Alford, Theodore; Savas, P. (2002). *Nazi Millionaires. The Allied Search for Hidden SS Gold*. Havertown: Casemate.
- Amicucci, Ermanno (1948). *1600 giorni di Mussolini*. Roma: Faro.
- Anderson, Benedict (2016 [1983]). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Anónimo (s. f.). "Ejército de Liberación Nacional de Perú (ELN)". Crónica apócrifa (<http://perso.wanadoo.es/guerrillas/movguerrperueln.htm>).
- Archivo General de la Nación (2019, 11 de octubre a 14 de noviembre). *De la hacienda a la reforma. Documentos del Archivo Agrario*. Exposición documental en el Ministerio de Cultura, curaduría de Teresa Arias y Daniel Contreras).
- Arendt, Hannah (1998 [1951]), *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.
- (1999 [1963]). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- (2007). *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental seguido de Reflexiones sobre la Revolución húngara*. Madrid: Encuentro.
- Astor, Gerald (1985). *The "Last" Nazi. The life and times of Dr. Joseph Mengele*. Nueva York: D. Fine.
- Atkins, Stephen E. (2009). *Holocaust Denial as an International Movement*, Westport: Praeger Publishers.
- Automóvil Club Peruano (2017). Página en internet de la institución (http://www.acpperu.net/somos.php?id_menu=1).

- Bachhofer, Ulrike; Achi, Angela (s. f.). “¿Enfoque pragmático al pasado? Servicios de la Iglesia y pasos fronterizos”. En Bendel, Rauner (ed.). *Kirche der Sünder – Sündige Kirche? Beispiele für den Umgang mit Schuld nach 1945*.
- Baldoceda E., Ana (1998). “Notas sobre peruanismo”. *Alma Mater*, 1998(15). (http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/publicaciones/Alma_Mater/1998_n15/notas_peru.htm).
- Bascomb, Neal (2013). *The Nazi Hunters. How a team of spies and survivors captured the world's most notorious Nazi*. EUA: Arthur A. Levine Books.
- Béjar, Héctor (1969). *Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*. Lima: Campodónico Editores S.A.
- Berlin, Isahia (2007). *Karl Marx. Su vida y su entorno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bertagna, Federica; Sanfilippo, Matteo (2004). “Per una prospettiva comparata dell'emigrazione nazifascista dopo la seconda guerra mondiale”, *Studi Emigrazione*, 155.
- Bhargava, Kapil (Cap.) (2015). “Eyewitness to the Six Day War”. En el portal de las Fuerzas Armadas de la India (*Bharat Rakshak*) (<http://www.bharat-rakshak.com/IAF/history/1960s/1265-kapil-bhargava-6day-war.html>).
- Binet, Laurent (2011). *HHhH*. Barcelona: Seix Barral.
- Bisher, Jamie (2005). *White Terror. Cossack Warlords of the Trans-Siberian*. Oxford: Routledge.
- Blackman, Peter (1980 [1945]). “Stalingrad”. En SEARLE, Chris (ed.). *Bricklight: Poems from the Labour Movement in East London*. Londres: Pluto Press.
- Blanco Galdós, Hugo (2008). “¡Sí! El Perú fue parte del criminal ‘Plan Cóndor’”. En *Hugo Blanco* (blog del autor) (<http://hugoblancogaldos.blogspot.pe/2008/12/s-el-per-fue-parte-del-criminal-plan.html>).
- Bloom, Murray Teigh (1957). *Money of their own. The great counterfeiters*. Nueva York: Scribner.
- Bocquelet, David (2014, 1.º de diciembre). “Schützenpanzer Lang HS.30”. En *Tanks Encyclopedia* (http://www.tanks-encyclopedia.com/coldwar/West_Germany/Schutzenpanzer_Lang_HS-30).
- Bookbinder, Paul (1996). *Weimar Germany. The Republic of the reasonable*. Oxford: Manchester University Press.
- Bourricaud, François (1969). “Notas sobre la oligarquía peruana”. En Bourricaud, François; Bravo Bresani, Jorge; Favre, Henri; Piel, Jean. *La oligarquía en el Perú. 3 ensayos y una polémica*. Lima: IEP (serie Perú-Problema No. 2).
- Bradbury, Ray (1953). *Fahrenheit 451*. Nueva York: Ballantine Books.
- Bradsher, Greg (2002, primavera). “A Time to Act: The Beginning of the Fritz Kolbe Story, 1900-1943”. *Prologue Magazine*, 34(1) (<http://www.archives.gov/publications/prologue/2002/spring/fritz-kolbe-1.html>).

- Breitman, Richard (2005). "Follow the Money". En Breitman, Richard; Goda, Norman J.; Naftali, Timothy; Wolfe, Robert. *U.S. Intelligence and the Nazis*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Breitman, Richard; Goda, Norman J. W. (2010). *Hitler's Shadow. Nazi War Criminals, U.S. Intelligence, and the Cold War*. Wasinhgton: The National Archives.
- Breitman, Richard; Goda, Norman J. W.; Brown, Paul (2005). "The Gestapo". En Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- Buchheit, Gert (1975). *Spionage in zwei WeltkriegEn Schachspiel mit Menschen*. Ausg.: Verlag Politisches Archiv.
- Burke, Melvin (1987). *The Corporación Minera de Bolivia (Comibol) and the Triangular Plan: A Case Study in Dependency*. Universidad de Maine. Escuela de Economía, Faculty Scholarship. Paper 16 (http://digitalcommons.library.umaine.edu/eco_facpub/16).
- Burstein A., Zuño (2004). "Óscar Miró Quesada Cantuarias (1914-2004)". *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, 21(4).
- Burt, Jo-Marie (2011). *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori*. Lima: IEP/Asociación SER/Equipo Peruano de Antropología Forense (EPAF).
- Calloni, Stella (coord.) (2015). *Operación Cóndor 40 años después (informe)*. Buenos Aires: UNESCO/Centro Nacional para la Promoción de los Derechos Humanos/Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de Argentina/Infojus (Sistema Argentino de Información Jurídica).
- Camarasa, Jorge (2012 [1995]). *ODESSA al sur. La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*. Buenos Aires: Aguilar.
- Camarasa, Jorge; Basso Prieto, Carlos (2014). *América nazi. El último refugio de los hombres de Hitler*. Buenos Aires: Aguilar.
- Castro Leal, Antonio; Simone, André; Uhse, Bodo; Rejano, Juan; Seghers, Anna; Renn, Ludwig; Kisch, Egon Erwin (comité de redacción) (1943). *El libro negro del terror nazi en Europa. Testimonios de escritores y artistas de 16 naciones*. México: Editorial "El libro libre" (facsimilar digital en <https://archive.org/details/EILibroNegroDelTerrorNaziEnEuropa/page/n1/mode/2up>).
- Cedillo, Juan Alberto (2010). *Los nazis en México. La Operación Pastorius y nuevas revelaciones de la infiltración al sistema político mexicano*. México: Debolsillo.
- Center for Media Democracy (s. f.). *Sourcewatch* (http://www.sourcewatch.org/index.php/American_Institute_for_Free_Labor_Development).
- Central Intelligence Agency (CIA, Agencia Central de Inteligencia de los EUA) (1964, 31 de octubre). "Meeting between Vice President Barrientos and high Military Leaders". *Intelligence Information Cable* (https://www.cia.gov/library/readin-groom/docs/DOC_0000490447.pdf).

- (1971a, 25 de noviembre). "The President's Daily Brief" (https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0005992992.pdf).
- (1971b, 2 de diciembre). "The President's Daily Brief", 2 de diciembre de 1971, (https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_0005993006.pdf).
- (1993, 22 de septiembre). "The Last Days of Ernst Kaltenbrunner", *Center for the Study of Intelligence* 4(2) (https://www.cia.gov/library/center-for-the-study-of-intelligence/kent-csi/vol4no2/html/v04i2ao7p_0001.htm).
- (2007). "Research Aid: Cryptonyms and Terms in Declassified CIA Files. Nazi War Crimes and Japanese Imperial Government Records Disclosure Acts". National Archives and Records Administration (NARA) (www.archives.gov).
- Christiansen, Samantha; Scarlett, Zachary A. (eds.) (2015). *The Third World in the Global 1960s*. New York-Oxford: Berghahn.
- Christie, Stuart (1984). *Stefano Delle Chiaie. Portrait of a Black Terrorist*. Londres: Anarchy Magazine/Refract Publications, Black Papers No. 1.
- Ciano, Edda (1976). *Piquete de ejecución para un fascista*. Declaraciones recogidas por Albert Zarca. Madrid: A. Q. Ediciones.
- Cohn, Norman (1983). *El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Madrid: Alianza Editorial.
- Collier, David (1978). *Barriadas y élites: de Odría a Velasco*. Lima: IEP.
- Comisión de Estudio de las Actividades Nazis en la República Argentina (CEANA) (1999). *Informe final*. Buenos Aires.
- Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz (1956 [1945]). *Acta de Chapultepec*. En Biblioteca Digital Daniel Cosío Villegas. *Conferencias Internacionales Americanas*. Segundo Suplemento, 1945-1954. México: Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores (facsimilar digital en http://biblio2.colmex.mx/coinam/coinam_2_suplemento_1945_1954/base2.htm).
- Congreso del Perú (1967). "Resolución legislativa No. 16497" (<http://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/Leyes/16497.pdf>).
- Contreras, Carlos; Cueto, Marcos (1999). *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.
- Conway, Martin (2005). *Degrelle : Les années de collaboration*, Bruselas: Éditions Labor.
- Corrêa da Costa, Sergio (2004). *Crônica de uma guerra secreta*. Rio de Janeiro/São Paulo: Editora Record.
- Counter Intelligence War Room London (1945, 9 de noviembre). "Situation Report No. 11. Amt VI of the RSHA. Gruppe VI F" (www.foia.cia.gov).
- Cowden, Robert (2014, junio). "OSS Double-Agent Operations in World War II". *Studies in Intelligence*, 28(2) ("Extracts"), pp. 65-75.

- Cullather, Nick (1999). *Secret History. The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954*. Stanford: Stanford University Press.
- De Bruyne, Eddy; Rikmenspoel, Marc (2004). *For Rex and for Belgium. Léon Degrelle and Walloon Political & Military Collaboration 1940-45*. Solihull: Helion & Company Limited.
- De Felice, Renzo (1985). *Jews in an Arab Land. Libya, 1835-1970*. Translation Program of the National Endowment for the Humanities (edición electrónica). Texas: University of Texas Press.
- De Hoyos, Ladislav (1984). *Barbie*. París: Robert Laffont.
- De la Cadena, Marisol (1999). “De raza a clase: la insurgencia intelectual provinciana en el Perú (1910-1970)”. En Stern, Steve J. (ed.). *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y sociedad, 1980-1995*. Lima: IEP/Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- De Noriega, Edgardo (2013, 17 de junio). “50 años de ‘Correo’”. En el blog *Miscelánea* (<http://miscelanea-rafo.blogspot.pe/2013/06/50-anos-de-correo.html>).
- Decreto del Presidente della Repubblica (1953, 19 de diciembre). “N. 922. Concessione di amnistia e di indulto. (GU n.292 del 21-12-1953)” (<http://www.normattiva.it/uri-res/N2Ls?urn:nir:stato:decreto.repubblica:1953-00-00;922>).
- Degrelle, Léon (s. f.). *Mis aventuras en México*. Traducción apócrifa, edición digital atribuida a ediciones Rex, de *Mes aventures au Mexique*, Lovaina: Éd. Rex, 1933, con dibujos de Paul Wellens, fotografías de la original y una introducción de José Luis Jerez Riesco, “Asociación Cultural de Amigos de Léon Degrelle”.
- (1969). *Hitler pour 1000 ans*. La Table Ronde (no indica lugar, digitalizado en https://archive.org/stream/HitlerPour1000AnsRexHistorie/leon-degrelle-hitler-pour-1000-ans-rex-histoire_djvu.txt).
- (2000). *Tintin Mon Copain*. Klow, Syldavie: Editions Pelican d’Or (fotocopia digitalizada dividida en cuatro partes, en Scribd [usuario: bahrmanou], <https://es.scribd.com/document/37652086/Tintin-Mon-Copain-1>).
- Dick, Philip K. (2018 [1962]). *El hombre en el castillo*. Buenos Aires: Minotauro.
- Dinges, John (2004). *The Condor years: how Pinochet and his allies brought terrorism to three continents*, Nueva York: The New Press.
- (2015). “Los Estados Unidos de América y la Operación Cóndor: exposición y complicidad”. En Calloni, Stella (coord.) (2015). *Operación Cóndor 40 años después (informe)* (cit.), p, 170.
- Dirección Estratégica de Reivindicación Marítima de Bolivia (DIREMAR) (2014). *El libro del mar*. La Paz.
- Döblin, Alfred (2007 [1929]). *Berlin Alexanderplatz*, Madrid: Cátedra.
- Doerries, Reinhard R. (2003). *Hitler's Last Chief of Foreign Intelligence. Allied Interrogations of Walter Schellenberg*. Londres: Frank Cass Publishers.

- Doherty, Thomas (2013). *Hollywood and Hitler. 1933-1939*. Columbia University Press.
- Donovan, William J. (1945, 9 de febrero). "Memorandum for the President, 9 February 1945", en "Intelligence cables covering the capitulation of the Nazi armies in North Italy. Memoranda for the President: Sunrise." *Studies on Intelligence*, 7(2), pp. 74-75. Washington: CIA.
- Dulles, Allen (1966). *The Secret Surrender*, Nueva York: Harper & Row Publishers.
- Dulles, Allen; Von Gaevernitz, Gero (1945, 22 de mayo). "The First German Surrender. The End of the Italian Campaign". Berna, mecanografiado, secreto, desclasificado en 1992. CIA: Freedom of Information Act (FOIA).
- Dunkerley, James (2000). *Warriors and Scribes. Essays on the History and Politics of Latin America*. Londres: Verso.
- Durand, Francisco (2004, septiembre-octubre). "Los nuevos dueños del Perú", *Quehacer* 150. Lima: DESCO.
- Eco, Umberto (1989). *El péndulo de Foucault*. Barcelona: Lumen.
- (1996). *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona: Lumen.
- (2007). "Algunos recuerdos de mi infancia fascista", en *A paso de cangrejo. Artículos, reflexiones y decepciones, 2000-2006*. Barcelona: Debate.
- (2012a). "Construir al enemigo". En *Construir al enemigo y otros escritos*. Barcelona: Lumen.
- (2012b). *El cementerio de Praga*. Barcelona: DeBolsillo.
- Editorial Kamerad (2016). "Léon Degrelle" (etiqueta). *Editorial Kamerad* (blog: <https://editorialkamerad.wordpress.com/tag/leon-degrelle/>).
- Eizenstat, Stuart E. (coord.) (1997, mayo). *U.S. and Allied Efforts To Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden by Germany During World War II*. Estudio preliminar ["Eizenstat Report"], p. 15 (<https://fcit.usf.edu/holocaust/resource/gold/gold.pdf>).
- Elam, Shraga (2000). *Hitlers Fälscher. Wie jüdische, amerikanische und Schweizer Agenten der SS beim Falschgeldwaschen halfen*. Viena: Überreuter.
- Gómez Espelosin, Fco. Javier (2005). *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*. Madrid: Akal.
- Étienne, Jean-Michel (1968). "Le mouvement rexiste jusqu'en 1940", *Cahiers de la fondation nationale des sciences politiques*, 195. París: Armand Colin.
- Farago, Ladislav (1974). *Aftermath. Martin Bormann and the Fourth Reich*. Londres: Hodder and Stoughton.
- Fini, Marco; Faenza, Roberto (1976). *Gli americani in Italia*, Milán: Feltrinelli.
- Flores, Ángel (1998). *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981. Historia y antología*, vol. 7, "La generación de 1939 en adelante. Bolivia, Chile y Perú". México: Siglo XXI.
- Förster, Andreas (2014). *Schatzräuber: Die Suche der Stasi nach dem Gold der Nazi-zeit*. Ch. Links Verlag.

- Forsyth, Frederick (1972). *The ODESSA File*. Londres: Hutchinson.
- Fowkes, Jacqueline (ed.) (2015). *Prensa extranjera en el Perú. 50 años de historias*. Lima: APEP (<http://apepweb.org/libro/>).
- Friedlander, Henry; McCarrick, Erlean M. (1997). "The Extradition of Nazi Criminals: Ryan, Artukovic, and Demjanjuk". En Museum of Tolerance Online, Multimedia Learning Center, Los Ángeles: The Simon Wiesenthal Center (<http://motlc.wiesenthal.com/site/pp.asp?c=gvKVLcMVluG&b=395075>).
- Gaceta Oficial del Estado Plurinacional de Bolivia (2015). "Decreto supremo N.º 05866", 31 de agosto de 1961 (<http://www.gacetaoficialdebolivia.gob.bo/index.php/normas/descargar/235>).
- Gadea, R. (1988, 9 de junio). "Consecuencia revolucionaria", *Especial Cambio. MIR: 1965-1988*, p. 6. Cit. en Lust, Jan (2015). "50 años de guerrilla peruana: 9 junio 1965-9 junio 2015" (<http://www.rebellion.org/docs/199788.pdf>).
- Gagnon Jr., V. P. (2004), *The Myth of Ethnic War: Serbia and Croatia in the 1990s*. Londres: Cornell University Press.
- Gallagher, Clinton (1957, otoño). "Book review: The Labyrinth. The memoirs of Hitler's Secret Service chief, by Walter Schellenberg (New York: Harper, 1956)". *Studies in Intelligence*, I, pp. 119-136. Washington: CIA (http://www.foia.cia.gov/sites/default/files/document_conversions/89801/DOC_0000606545.pdf).
- Ganser, Daniele (2005). *NATO's Secret Armies. Operation Gladio and terrorism in Western Europe*. Londres/Nueva York: Frank Cass.
- Gerl P., Carlos; Chávez G., Randy (s. f. [2010]). *100 años de Emilio Luján*. Gobierno Autónomo Municipal de La Paz, Bolivia.
- Gibson, Hugh (ed.) (1945). *The Ciano Diaries, 1939-1943: The Complete, Unabridged Diaries of Count Galeazzo Ciano, Italian Minister of Foreign Affairs, 1936-1943*. EUA: Simon Publications.
- Gilbert, Dennis (1982). *La oligarquía peruana. Historia de tres familias*. Lima: Horizonte.
- Goda, Norman J. W. (2005a). "Manhunts". En Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- (2005b). "The Nazi Peddler". En Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- (2005c). "The Ustasa: Murder and Espionage", en Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- Godwin, Jack (2008). *The Arrow and the Olive Branch: practical idealism in U.S. foreign policy*. Westport/Londres: Praeger Security International.
- Goebbels, Joseph (1984). *The Goebbels Diaries. 1939-1941*. Nueva York: Penguin Books.
- Gómez Espelósín, Fco. Javier (2005). *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*. Madrid: Akal.

- González García, Juan Marcos (2010). *El crimen del cine Splendid. Stroessner, los nazis y el Paraguay de la década del 60*. Primer Premio del Concurso Nacional de Ensayos “Crónicas del Bicentenario”, Comisión Nacional del Bicentenario del Paraguay. Asunción: Intercontinental S.A. (http://www.portalguarani.com/968_juan_marcos_gonzalez_garcia/14363_el_crimen_del_cine_splendid_stroessner_los_nazis_y_el_paraguay_de_la_decada_del_60_juan_marcos_gonzalez_garcia_.html).
- Goñi, Uki (2002). *La auténtica ODESSA. La fuga nazi a la Argentina de Perón*. Buenos Aires: Paidós.
- Goodrick-Clarke, Nicholas (2000). *Hitler's Priestess: Savitri Devi, the Hindu-Aryan Myth, and Neo-Nazism*. Nueva York: New York University Press.
- (2002). *Black Sun: Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity*. Nueva York: New York University Press.
- (2004 [1985]). *The Occult Roots of Nazism. Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*. Londres: Tauris Parke Paperbacks.
- Halbrook, Stephen P. (2006). “Operation Sunrise: America's OSS, Swiss Intelligence, and the German Surrender 1945”. En Viganò, Marino; Pedrazzini, Dominic M. “Operation Sunrise”. *Atti del convegno internazionale* (Locarno, 2 maggio 2005). Lugano (http://www.stephenhalbrook.com/law_review_articles/sunrise.pdf).
- Hagen, Walter [Höttl, Wilhelm] (1955). *Unternehmen Bernhard. Ein historischer Tatsachenbericht über die größte Geldfälschungsaktion aller Zeiten*. Wels: Welsermühl Verlag.
- Hammerschmidt, Peter (2011). “‘Die Tatsache Allein, Daß V-43 118 SS-Hauptsturmführer War, Schließt Nicht Aus, Ihn Als Quelle Zu Verwenden’. Der Bundesnachrichtendienst Und Sein Agent Klaus Barbie.” *Zeitschrift Für Geschichtswissenschaft (ZfG)*, 4, pp. 333-348. Berlín: Metropol Verlag.
- (2012). “‘With the Backing of the BND’. Die Waffendeals Des Westdeutschen Auslandsnachrichtendienstes Mit Lateinamerikanischen Militärdiktaturen. Das Beispiel Merex.” *Journal for Intelligence, Propaganda and Security Studies* 6,(1).
- (2014). *Deckname Adler. Klaus Barbie und die westlichen Geheimdienste*. Alemania: S. Fischer Verlag GmbH.
- Harel, Isser (1997). *The House on Garibaldi Street*. Nueva York: Frank Cass Pub.
- Heatts, Dorothy J. (1995, 18 de septiembre). “Footnote to Cicero”. *CIA Historical Review Program*, 1-4. Washington: CIA, Center for the Study of Intelligence.
- Heller, Friedrich Paul; Maegerle, Anton (1995). *Thule. Von völkischen Okkultismus bis zur neuen Rechten*. Stuttgart: Schmetterling Verlag.
- Hitler, Adolf (1941 [1929]), *Mein Kampf*. Nueva York: Reynal & Hitchcock. Facsimilar digital en Internet Archive (<https://archive.org/stream/meinkampf035176mbp#page/n5/mode/2up/search/zeitung>).

- Höttl, Wilhelm (1953). *The Secret Front: Nazi Political Espionage 1938-1945*. Enigma Books.
- (1955). *Hitler's Paper Weapon*. Londres: R. Hart-Davis.
- Internationaler Militärgerichtshof Nürnberg (1989 [1949]). *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher vor dem Internationalen Militärgerichtshof. Nürnberg 14. November 1945-1. Oktober 1946*, Volume XLI, Amtlicher Text - Deutsche Ausgabe, Urkunden und anderes Beweismaterial. Núremberg, 1949. Múnich: Delphin Verlag.
- James, Daniel (ed.) (2000). *The Complete Bolivian Diaries of Che Guevara, and Other Captured Documents*. EUA: Cooper Square Press.
- Jaquette, Jane S.; Lowenthal, Abraham F. (1986, julio). *El experimento peruano en retrospectiva*, Lima: IEP, Serie Sociología/Política No. 4, Documento de Trabajo No. 19 (<http://repositorio.iep.org.pe/handle/IEP/338>).
- Johnson, Ian (2010). *A Mosque in Múnich. Nazis, the CIA, and the Rise of the Muslim Brotherhood in the West*. Boston/Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Joly, Maurice (2004 [1864]). *Dialogue aux enfers entre Machiavel et Montesquieu* (edición electrónica). Project Gutenberg.
- Klarén, Peter F. (2014). *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima: IEP.
- Klug, Thomas (2015). *Das Braunbuch. Albert Norden und die Kampagne zur Entlarvung von Kriegsverbrechern in Westdeutschland*. Berlín: Deutschlandradio Kultur.
- Kohen, Bárbara (2005). *La resistencia alemana contra Hitler, 1933-1945*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kruijt, Dirk (1994). *Revolution by Decree: Peru, 1968-1975*. Londres: Athlone Press.
- Kuby, Erich (1982). *Verrat auf deutsch. Wie das Dritte Reich Italien ruinierte*. Hamburgo: Hoffmann und Campe.
- Kuenzle, Anton; Shimron, Gad (2004). *The Execution of the Hangman of Riga: The Only Execution of a War Criminal by the Mossad*. Edgware, Portland: Vallentine Mitchell.
- Kuczynski, Pedro Pablo (1980). *Democracia bajo presión económica: el primer gobierno de Belaúnde*. Lima: Mosca Azul.
- La Vista, Vincent (1984). *Illegal Emigration Movements in and Through Italy*. Reporte secreto dirigido a Herbert J. Cummings [top-secret hasta 1984]. United States Holocaust Memorial Museum.
- Latin American Bureau (1982). *Narcotráfico y política. Militarismo y mafia en Bolivia*. La Paz: Icpala editorial. Versión digital reproducida por Equipo Nizkor y Derechos Human Rights, 2001 (<http://www.derechos.org/nizkor/bolivia/libros/cocacoup/index.html>).
- Levenda, Peter (2002). *Unholy Alliance: A History of the Nazi Involvement with the Occult*. Nueva York: Continuum.

- Levin, Ira (1976). *The Boys from Brazil*. Nueva York: Random House.
- Levy, Alan (2002 [1993]). *Nazi Hunter: The Wiesenthal File* (edición revisada). Londres: Constable & Robinson.
- Lipstadt, Deborah (2011). *The Eichmann Trial*. Nueva York: Schocken Books.
- Lichtblau, Eric (2014). *The Nazis Next Door: How America Became a Safehaven for Hitler's Men*. Boston-Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Linklater, Magnus; Hilton, Isabel; Ascherson, Neal (1985). *The Nazi Legacy. Klaus Barbie and the International Fascist Connection*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- Lust, Jan (2015). "50 años de guerrilla peruana: 9 junio 1965-9 junio 2015" (<http://www.rebelion.org/docs/199788.pdf>).
- Mader, Julius (s. f.). *Jagd nach dem Narbengesicht. Ein Dokumentarbericht über Hitlers SS-Geheimdienstchef Otto Skorzeny*. Berlín: Deutscher Militärverlag.
- (1966). *Der Banditenschatz. Ein Dokumentarbericht über Hitlers geheimen Gold- und Waffenschatz*. Berlín: Deutscher Militärverlag.
- Malkin, Lawrence (2006). *Krueger's Men. The secret Nazi counterfeit plot and the Prisoners of Block 19*. Nueva York: Little Brown and Co.
- Malraux, André (1936). *El tiempo del desprecio*. Santiago de Chile: Nascimento.
- Mann, Thomas (2009). *Confesiones del estafador Felix Krull*. Buenos Aires: Edhasa (publicado originalmente en alemán en 1955).
- Márai, Sandor (2006). *¡Tierra, Tierra!* Barcelona: Salamadra.
- Marcy, William L. (2010). *The Politics of Cocaine. How U.S. Foreign Policy has created a Thriving Drug Industry in Central and South America*. Chicago: Lawrence Hill Books.
- Marshall, Jonathan V. (2012). *The Lebanese Connection. Corruption, Civil War, and the International Drug Traffic*. Stanford: Stanford University Press.
- Martorell Linares, Miguel (1998, 23 de diciembre). "España y el expolio de las colecciones artísticas europeas durante la Segunda Guerra Mundial". En *El museo imaginado*, Madrid (<http://www.museoimaginado.com/TEXTOS/martorell.pdf>).
- Matos Mar, José (1976). *Yanaconaje y reforma agraria en el Perú. El caso del valle de Chancay*. Lima: IEP.
- (1986). *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP.
- McDonald, Lawrence H. (2002 [1992]). "The OSS and its records". En Chalou, George C. (ed.). *The Secrets War: The Office of Strategic Services in World War II*. Washington: NARA.
- McElligott, Anthony (2009). *Weimar Germany*. Oxford: Oxford University Press.
- (2014). *Rethinking the Weimar Republic: Authority and Authoritarianism, 1916-1936*. Londres: Bloomsbury.

- McFarren, Peter; Iglesias, Fadrique (2014). *Klaus Barbie. Un novio de la muerte. Vida y crímenes de un nazi no arrepentido*. La Paz: Plural editores.
- McGaha, Richard L. (2009, noviembre). *The Politics of Espionage: Nazi Diplomats and Spies in Argentina*. Disertación para el título de PhD, bajo la dirección de Norman J. W. Goda, Universidad de Ohio.
- McGaw Smyth, Howard (1993, septiembre). "The Ciano Papers: Rose Garden. How US intelligence obtained some remarkable documents", *CIA Historical Review Program*, 22.
- Macrakis, Kristie (2008). *Seduced by Secrets: Inside the Stasi's Spy-Tech World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- McSherry, J. Patrice (2005). *Predatory States: Operation Condor and Covert War in Latin America*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers Inc.
- (2015). "Estados Unidos, Contrainsurgencia y la Operación Cóndor". En Calloni, p. 163.
- Mellon, Jérôme (2001, 16 de octubre). "The Foreign Intelligence gathering of th MfS Hauptverwaltung Aufklärung" (<http://cv.jmellon.com/mfs.pdf>).
- Monson, Robert A. (1982, otoño). "The West German Statute of Limitations on Murder: A Political, Legal, and Historical Exposition", *The American Journal of Comparative Law*, 30(4), pp. 605-625.
- Moseley, Ray (1999). *Mussolini's Shadow: The Double Life of Count Galeazzo Ciano*. New Haven: Yale University Press.
- Murphy, Brendan (1983). *The Butcher of Lyon. The Story of Infamous Nazi Klaus Barbie*. Nueva York: Empire Books.
- Nachtstern, Moritz; Arntzen, Ragnar (2008). *Counterfeiter. How a Norwegian Jew survived the Holocaust*. Oxford/Nueva York: Osprey Pub.
- Naftali, Timothy (2005a). "Reinhard Gehlen and the United States", en Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- (2005b). "The CIA and Eichmann's Associates". En Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- (2006, junio). "New Information on Cold War Stay-Behind Operations in Germany and on the Adolph Eichmann Case" (documento de trabajo). Universidad de Virginia (<http://www.fas.org/sgp/eprint/naftali.pdf>).
- Naftali, Timothy; Goda, Norman J. W.; Breitman, Richard; Wolfe, Robert (s. f.). "Analysis of the Name File of Heinrich Mueller. Record Group 263: Records of the Central Intelligence Agency". Washington: NARA (<http://www.archives.gov/iwg/decclassified-records/rg-263-cia-records/rg-263-mueller.html>).
- Nagorsky, Andrew (2016). *The Nazi Hunters*. Nueva York: Simon & Schuster.
- National Archives and Records Administration (NARA) (1998, 8 de octubre). *Nazi War Crimes Disclosure Act* (<http://www.archives.gov/about/laws/nazi-war-crimes.html>).

- Nazi War Crimes & Japanese Imperial Government Records Interagency Working Group (IWG) (2007, abril). *Final Report to the United States Congress*. Washington, p. xi (<https://www.archives.gov/files/iwg/reports/final-report-2007.pdf>).
- Neira, Hugo (s. f.). “Semblanza”. Sitio oficial de Hugo Neira en internet (<http://www.bloghugoneira.com/bienvenido/quien-soy#Presentacion%20espanol>).
- Organización de Estados Americanos (OEA) (1947). *Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca*. Rio de Janeiro.
- Office of the United States Chief of Counsel for Prosecution of Axis Criminality (1948). *Nazi Conspiracy and Aggression, II*. Núremberg/Washington: United States Government Printing Office.
- Orwell, George (1949). *Nineteen Eighty-Four: A Novel [1984]*. Londres: Secker & Warburg.
- (2013). *George Orwell: A Life in Letters*, selección y notas de Peter Davison. Nueva York/Londres: Liveright.
- Otterman, Michael (2007). *American Torture: From the Cold War to Abu Ghraib and Beyond*. Melbourne: Melbourne University Press.
- Patterson, David (2011). *A Genealogy of Evil. Anti-Semitism from Nazism to Jihad*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pauwels, Jacques R. (s. f.). “May 1945: ‘Operation Sunrise’, Nazi Germany Surrenders, But... on May 7, 8 or 9?”. En *Global Research*. Centre for Research on Globalization.
- Pérez Ricart, Carlos A. (2014). “MEREX AG o la frontera de lo (i)legal en la política alemana de exportación de armamento”. *MvB Documentos de trabajo*. Berlín: México vía Berlín e. V. No. 3 , 2014:30.
- Pfeiffer Richter, Franz (1978). *Los neonazis en Sudamérica*. Santiago de Chile.
- Pichler, Monika; Gallo, Margit Adami (2013). *Manuale dell’Alto Adige*. Bolzano: Provincia Autonoma di Bolzano - Alto Adige.
- Pirie, Anthony (1962). *Operation Bernhard*. Nueva York: William Morrow & Co.
- Presidencia del Consejo de Ministros de Italia (2001), *Rapporto Generale. Commissione per la ricostruzione delle vicende che hanno caratterizzato in Italia le attività di acquisizione dei beni dei cittadini ebrei da parte di organismi pubblici e privati*. Roma. (Traducción al inglés: http://www.governo.it/Presidenza/DICA/7_ARCHIVIO_STORICO/beni_ebraici/english_version/163_200_cc.pdf).
- Quiroz, Alfonso W. (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: IEP/Instituto de Defensa Legal (IDL).
- Rabinowitz, Dorothy (1990). “The Holocaust as Living Memory”. En Wiesel, Elie; Davidowitz, Lucy S.; Rabinowitz, Dorothy; McAfee Browne, Robert. *Dimensions of the Holocaust*. Evanston: Northwestern University Press, pp. 35-46.
- Raykoff, Ivan; Tobin, Robert Deam (2007). *A song for Europe. Popular Music and Politics in the Eurovision Song Contest*. Ashgate Popular and Folk Music Series. Hampshire: Ashgate Publishing Limited.

- Robin, Marie-Monique (2004). *Escadrons de la mort, l'école française*. Paris: Éditions La Découverte.
- Rodas Morales, Hugo (2008). *Marcelo Quiroga Santa Cruz. El socialismo vivido* (tomo II, 1969-1977). La Paz: Plural editores.
- Roosevelt, Franklin D. (1945, enero-abril). "Map Room Papers. Box 9. Roosevelt to Stalin". EUA: National Archives and Records Service, Franklin D. Roosevelt Library (http://www.fdrlibrary.marist.edu/_resources/images/mr/mroo58.pdf).
- Rosenberg, Paul H. (2014, 18 de marzo). "Seven Decades of Nazi Collaboration: America's Dirty Little Ukraine Secret. An interview with Russ Bellant, author of *Old Nazis, the New Right, and the Republican Party*". En *Foreign Policy in Focus* (<http://fpif.org/seven-decades-nazi-collaboration-americas-dirty-little-ukraine-secret/>).
- Ruffner, Kevin C. (2003, abril). *Eagle and Swastika: CIA and Nazi War Criminals and Collaborators* (U). Draft Working Paper. Washington: History Staff, CIA.
- Ryan, Allan A. (1983). *Klaus Barbie and the United States Government. A Report to the Attorney General of the United States*. Washington: Departamento de Justicia de los Estados Unidos.
- Salazar, Jorge (1980). *La ópera de los fantasmas*. Lima: Mosca Azul/Treintaitrés.
- Sáñez, Miguel (2007). "Introducción". En Döblin, Alfred. *Berlin Alexanderplatz*. Madrid: Cátedra.
- Sanfilippo, Matteo (s. f.). "Ratlines and Unholy Trinities". En *Stiftung für Sozialgeschichte des 20. Jahrhunderts* (<http://www.stiftung-sozialgeschichte.de/joomla/index.php/de/component/content/article/95-zeitschrift-archiv/sozial-geschichte-extra/beitraege/182-ratlines-and-unholy-trinities>).
- (2009). "Fuga di nazisti o migrazioni? A propósito di un libro de Gerald Steinacher". *Studi emigrazione*, 173.
- Savitri Devi [Portas, Maximiani] (1989). *Recuerdos y reflexiones de una aria*. Madrid (<https://www.savitridevi.org/PDF/souvenirs-spanish.pdf>).
- Schellenberg, Walter (2000). *The Labyrinth: Memoirs of Walter Schellenberg, Hitler's Chief of Counterintelligence*. Cambridge: The Perseus Books Group.
- Schlesinger, Stephen; Kinzer, Stephen (1999 [1982]). *Bitter Fruit. The Story of an American Coup in Guatemala*. Cambridge: Harvard University Press.
- Segev, Tom (2010). *Simon Wiesenthal. The Life and Legends*. Nueva York: Schocken Books.
- Serrano, Miguel (1992 [1978]). *El cordón dorado: hitlerismo esotérico*. Bogotá: Editorial Solar.
- Silverstein, Ken (2000). *Private warriors*. Londres: Verso.
- Simon Wiesenthal Archive (s. f.). "Some significant cases. Adolf Eichmann" (http://www.simon-wiesenthal-archiv.at/o2_dokuzentrum/o2_faelle/eo1_eichmann.html).

- Simon Wiesenthal Center (s. f.). "About Simon Wiesenthal" (<http://www.wiesenthal.com/site/pp.asp?c=lsKWlPjLnF&b=4441293#.V3qKvhKm2n9>).
- Simon Wiesenthal Center (4 de mayo de 2016). "Wiesenthal Center 2016 Annual Report Praises Renewed Efforts by German Prosecutors" (<https://www.wiesenthal.com/about/news/wiesenthal-center-2016-annual.html>).
- Skorzeny, Otto (1976). *La guerra desconocida*. Madrid: AQ Ediciones, S. A.
- (2003 [1966]). *Luchamos y perdimos*. Barcelona: Editorial Acervo.
- Smith, Bradley F.; Agarossi, Elena (1979). *Operation Sunrise. The Secret Surrender*. EUA: Basic Books.
- Speer, Albert (2001 [1969]). *Memorias*. Barcelona: Acantilado.
- Spitzer, Leo (1998). *Hotel Bolivia. The Culture of Memory in a Refuge from Nazism*. Nueva York: Hill and Wang.
- Stangneth, Bettina (2014). *Eichmann before Jerusalem. The Unexamined Life of a Mass Murderer*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Staudenmayer, Peter (2012). "Hannah Arendt's analysis of antisemitism in *The Origins of Totalitarianism*: a critical appraisal". *Patterns of Prejudice*, 46(2), p. 157. Routledge.
- Stein, George H. (1996). *The Waffen SS: Hitler's Elite Guard at War, 1939-1945*. Nueva York: Cornell.
- Steinacher, Gerald (2011). *Nazis on the Run. How Hitler's Henchmen Fled Justice*. Nueva York: Oxford University Press.
- Steininger, Rolf (2009). *South Tyrol: A Minority Conflict of the Twentieth Century*. New Brunswick/Londres: Transaction Publishers.
- Stern, Steve J. (ed.) (1999). *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y sociedad, 1980-1995*. Lima: IEP/Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga.
- Steury, Donald P. (2000). "The OSS and Project SAFEHAVEN. Tracking Nazi "Gold"". *Studies in Intelligence*. Center for the Study of Intelligence.
- Susmel, Duilio (1962). *Vita Sbagliata di Galeazzo Ciano*. Italia: Aldo Palazzi editore.
- Sutton, Peter C. (s. f.). "An Appreciation of the Taste of Jacques Goudstikker", en la sección dedicada al galerista en el portal de internet de la casa de subastas Christie's (www.christies.com).
- Szabó, Ladislao (2006). *Hitler no murió en el bunker. El secreto mejor guardado de la historia*. Barcelona: Círculo Latino, S. L. Editorial.
- Tauber, Kurt P. (1967). *Beyond Eagle and Swastika: German Nationalism since 1945*. Middleton: Wesleyan University Press.
- Teacher, David (2015). *Rogue Agents. The Cercle and the 6I in the Private Cold War, 1951-1991*. Edición del autor (https://wikispooks.com/w/images/a/af/Rogue_Agents_%284th_edition%2C_2015%2C_full%29.pdf).
- Thorndike, Guillermo (1973). *El caso Banchemo*. Buenos Aires: Barral Editores.

- Trahair, Richard C. S. (2004). *Encyclopedia of Cold War Espionage, Spies, and Secret Operations*. Westport: Greenwood Press.
- United Nations War Crimes Commission (1949). *Law Reports of Trials of War Criminals*. Vol. IX. Londres: The United Nations War Crimes Commission/His Majesty's Stationary Office.
- Valdéz-Arroyo, Flor de María (2004). *Las relaciones entre el Perú e Italia (1821-2002)*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
- Valentine, Douglas (2004). *The Strength of the Wolf. The Secret History on America's War on Drugs*. Londres/Nueva York: Verso.
- Vargas Llosa, Mario (2013 [1969]). *Conversación en La Catedral*. Madrid: Alfaguara.
- Vásquez Bazán, César (2008, 17 de octubre). "Nixon apedreado en San Marcos.- Piedra le rozó el cuello.- Estudiantes lo empujan y abuchean.- Escupido en la cara al regresar al Gran Hotel Bolívar". En Vásquez, César. *PERÚ: Política, Economía, Historia* (blog del autor: <http://cavb.blogspot.pe/2008/09/nixon-apedreado-en-san-marcos-piedra-le.html>).
- Viganò, Marino; Pedrazzini, Dominic M. (curadores) (2006). "Operation Sunrise". Atti del convegno internazionale (Locarno, 2 maggio 2005). Lugano (http://www.stephenhalbrook.com/law_review_articles/sunrise.pdf).
- Von Sengbusch, R. (1951). "Geschichte des Max-Planck-Institutes für Kulturpflanzenzüchtung". En Max Planck Society (ed.). *Jahrbuch der Max-Planck-Gesellschaft*, pp. 511-521.
- Walters, Guy (2009). *Hunting Evil. The Nazi War Criminals Who Escaped and the Quest to Bring Them to Justice*. Nueva York: Broadway Books.
- Wiedmann, Roland (2012). *Die Dienstseinheiten des MfS 1950-1989. Eine organisatorische Übersicht (MfS-Handbuch)*. Berlín: Hg. BStU (<http://www.nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0292-97839421302889>).
- Weitz, Eric D. (2009). *La Alemania de Weimar: presagio y tragedia*. Madrid: Turner.
- Whiting, Charles (1996 [1973]). *The Hunt for Martin Bormann: The Truth*. Londres: Pen & Sword.
- Wiesel, Elie; Davidowitz, Lucy S.; Rabinowitz, Dorothy; McAfee Browne, Robert (1990). *Dimensions of the Holocaust*. Evanston: Northwestern University Press.
- Wiesenthal, Simon (1946). *KZ. Mauthausen. Bild und Wort*. Linz-Viena: Ibis.
- (1967). *Los asesinos entre nosotros. Memorias*. Barcelona-Madrid: Noguer S. A.
- (1998). *Los límites del perdón. Dilemas éticos y racionales de una decisión*. Barcelona: Paidós.
- Wilson, Robert (1984). *The confessions of Klaus Barbie, the Butcher of Lyon*. Vancouver: Arsenal Editions.
- Wingate Pike, David (2000). *Spaniards in the Holocaust. Mauthausen, the horror on the Danube*. Londres/Nueva York: Routledge.

- Winkler, Heinrich August (2000). *Germany. The Long Road West* (vol. 2: 1933-1990). Oxford: Oxford University Press.
- Wires, Richard (1999). *The Cicero Spy Affair. German Access to British Secrets in WWII*. Connecticut: Praeger.
- Wistrich, Robert S. (1995). *Who's Who in Nazi Germany*. Londres/Nueva York: Routledge.
- Wodak, Ruth; Pelinka, Anton (eds.) (2009). *The Haider Phenomenon in Austria*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Wolfe, Robert (2005). "Coddling a Nazi Turncoat". En Breitman *et al.* *U.S. Intelligence and the Nazis* (cit.).
- Ziemke, Earl Frederick (2003 [1975]). *The U.S. Army in the Occupation of Germany: 1944-1946*. Washington: Center of Military History, United States Army.

Prensa

- "Anklage gegen Hitlers Falschgelexperten" (1979, 3 de enero). *Süddeutsche Zeitung*. Cit. en MfS-HA IX, No. 23030, f. 238.
- "Aparece muerto embajador alemán Von Spreti" (1970, 6 de abril). *Prensa Libre*. Guatemala.
- Ariel, Ben (2015, 4 de marzo). "Fifth-Most Wanted Nazi Criminal Dies a Free Man". *Israel National News* (<http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/193606#.VurRekAmmPo>).
- "Banken / Lenz & Co. Spielbanken zu verkaufen" (1960, 6 de enero). *Der Spiegel* 1/1960.
- "Bookkeeper of Auschwitz' to Face Trial in Germany" (2015, 2 de febrero). *Israel National News* (<http://www.israelnationalnews.com/News/News.aspx/190814#.VurTQkAmmP1>).
- Bucerius, Gerd (1970, 23 de diciembre). "Der Fall Löwenthal". *Deutsche National Zeitung*. Copia en HIS Schwend Archiv Nr. 2 (22 HIS).
- Chueca, José Gabriel (2006, 19 de enero). "Héctor Vargas Haya, ex parlamentario". *Perú21*.
- Collave García, Yerson (2016, 13 de agosto). "Cuba: Fidel Castro y sus cinco momentos con el Perú", *El Comercio* (<http://elcomercio.pe/mundo/latinoamerica/cuba-fidel-casto-y-sus-cinco-momentos-peru-noticia-1921397>).
- "Das 'Magazin' entdeckt einen braunen Fleck bei Nannen" (1970, 5 de diciembre). *Stuttgarter Zeitung*.
- "Destino: el infierno" (1961, abril). *Caretas*, 218.
- "Die Unvollendete" (1967, 13 de noviembre). *Der Spiegel*, 47/1967.

- “Don Federico” (1963, 3 de noviembre). *Correo*. Cit. en Mader (1966).
- Durand, Francisco (2004, septiembre-octubre). “Los nuevos dueños del Perú”. *Quehacer*, 150. Lima: DESCO.
- Dwyer, Colin (2015, 31 de diciembre). “‘Mein Kampf’ Enters Public Domain; Arguably, Anne Frank’s Diary May, Too”. *National Public Radio*.
- “El escándalo Altmann Barbie. Frente a Frente” (1973, agosto). *Caretas*, 491.
- “El escándalo de los \$” (1972, 22 de junio-6 de julio). *Caretas*, 459.
- “El juicio del siglo” (1961, mayo). *Caretas*, 219.
- “Falschgeld-Experte verurteilt” (1979, 11 de junio). *Frankfurter Rundschau*. Cit. en MfS-HA IX, No. 23030, f. 236.
- Fernández, Javier (2012, 8 de octubre). “Tres meses que transformaron Italia”. *Diagonal* (<https://www.diagonalperiodico.net/saberes/tres-meses-transformaron-italia.html>).
- Gessler, Philipp (2011, 20 de junio). “Code-Name ‘Uranus’”. *Taz*.
- Ginsburg, Mitch (2014, 2 de diciembre). “Eichmann’s final barb: ‘I hope that all of you will follow me’”. *The Times of Israel* (<http://www.timesofisrael.com/eichmanns-final-barb-i-hope-that-all-of-you-will-follow-me/>).
- Gladwell, Malcolm (2010, 10 de mayo). “Pandora’s Briefcase”. *The New Yorker*.
- Hall, Alan (2016, 15 de marzo). “Former Nazi medic, 95, on duty when Anne Frank was transported to Auschwitz is deemed unfit to stand trial for mass murder”. *Mail Online* (<http://www.dailymail.co.uk/news/article-3491426/Former-Nazi-medic-95-duty-Anne-Frank-transported-Auschwitz-deemed-unfit-stand-trial-mass-murder.html>).
- Hersh, Seymour M. (2003, 15 de diciembre). “Moving Targets. Will the counter-insurgency plan in Iraq repeat the mistakes of Vietnam?”. *The New Yorker* (<http://www.newyorker.com/magazine/2003/12/15/moving-targets>).
- “Hombre de confianza de la Lloyd’s of London” (1972, 14-27 de enero). *Caretas*, 450.
- “Horno crematorio” (2016, 30 de septiembre). *La República* (<http://larepublica.pe/impresa/editorial/807555-horno-crematorio>).
- Howe, Marvin (1993, 24 de julio). “Joseph J. Palisi, 67; Brooklyn Historian Restored Monument”. *The New York Times* (<http://www.nytimes.com/1993/07/24/obituaries/joseph-j-palisi-67-brooklyn-historian-restored-monument.html>).
- Huaroto Offenhauser, Gregorio (2014) “‘Ya viene el Auto Popular’. (Recuerdos sobre la industria de ensambladoras de autos en el Perú)”. *Arkiv* (<http://www.arkivperu.com/ya-viene-el-auto-popular/>).
- “Hunters focus on 10 Nazi war criminals still believed at large” (1985, 17 de junio). *The Montreal Gazette*.
- Irujo, José María (1998, 29 de noviembre). “España sólo reconoce un ‘modesto’ papel en el robo de obras de arte judíos”. *El País*.

- “Japón compraría algas marinas peruanas si estudios resultan” (1970, 19 de noviembre). *El Comercio*. Copia de la nota en 27HIS Schwend Archiv, Lose Mappe I.
- John, Herbert (1963, abril). “Schwend el del lago”. *Caretas* 263.
- “Josephine Reichsgräfin Wrba-Kaunitz” (1959, 30 de septiembre). *Der Spiegel* 40/1959.
- Kummetz, Pablo (2007, 17 de mayo). “Entrevista a Uki Goñi, autor de *La auténtica ODESSA*”. *Deutsche Welle* (http://www.dw-world.de/popups/popup_printcontent/0,,2541762,00.html).
- “La scomparsa di Marcello Ongania” (1979, 31 de marzo). *L'Unità*, p. 23 (<http://dellarepubblica.it.s3.amazonaws.com/Partiti/Cartella%20PCI/PCI%20-%20CONGRESSI/XV/79U-%2031-3.pdf>).
- Lang, Werner (1964, 24 de mayo). “¿Federico Schwend es Federico Schwend?” *Correo*. Copia en 4HIS Schwend Archive NKZ-Roo6 FOIA Anfage (FBI) Gyssling, Georg. 1940-1942.
- Lepri, Sergio (s. f.). “Ma quant’è bello fare il giornalista”. Página del autor en internet (<http://www.sergiolepri.it/ma-quante-bello-fare-il-giornalista/>).
- Leyendecker, Hans (2013, 22 de mayo). “Rüstungsskandale Panzer für die Werkstatt, U-Boote fürs Süßwasser”, *Süddeutsche Zeitung*.
- Liza, Víctor (2016, 2 de enero). “El asesinato de Luis Banchemo Rosi 44 años después”. *La Mula*.
- Löhde, Wolfgang (1959, 18 de septiembre). “Der letzte Fund in Toplitz-See”. *Zeit Online* (<http://www.zeit.de/1959/38/der-letzte-fund-im-toplitz-see>).
- “Luis Banchemo Rossi, el empresario que se convirtió en leyenda” (2014, 27 de agosto). *El Comercio*.
- Mader, Julius (1969, 10 de enero). “Das Geheimnis des Blocks 18/19”. *Die Widerstandskämpfer*.
- Manrique, Nelson (2010, 30 de marzo). “¿Quién mató a Luis Banchemo Rossi?”. *La República* (<http://larepublica.pe/columnistas/en-construccion/quien-mato-luis-banchemo-rossi-i-30-03-2010>).
- “Morales Bermúdez recibe condena de cadena perpetua por Plan Cóndor” (2017, 17 de enero). *La República* (<http://larepublica.pe/politica/840492-morales-bermudez-recibe-condena-de-cadena-perpetua-por-plan-condor>).
- Moreno, Gloria (2015, 20 de abril). “El nazi danés que escapó”. *La Vanguardia* (<http://www.lavanguardia.com/obituarios/20150420/54430048472/soren-kam-nazi-danes-escapar.html>).
- Mujica Rojas, Herbert (2012, 14 de febrero). “El Sodalitium en crisis”. *Red Voltaire* (<http://www.voltairenet.org/article120598.html>).
- Müller, Enrique (2016, 17 de junio). “Condenado a cinco años de cárcel un guardia nazi de Auschwitz”. *El País* (http://internacional.elpais.com/internacional/2016/06/17/actualidad/1466167417_842804.html).

- “Nannens unberwältigte Vergangenheit” (1968, 15 de marzo). *Deutsche Wochen-Zeitung* 11, copia en HIS Schwend Archiv Nr. 2.
- “Nazi Ambassadors in Latin America” (1971, 1.º de diciembre). *Democratic German Report*, copia en HIS Schwend Archive N. 40-102.
- “Nazi Era Passports for Civilian Travel Abroad” (s. f.) USM Books (sitio especializado en coleccionismo de documentos históricos (http://www.usmbooks.com/nazi_passports.html).
- Olsen, Arthur J. (1964, 27 de abril). *The New York Times*, copia en FOIA ZECH, 0021.
- Olsztyn, Lennor (2005, 26 de marzo). “Victorias insidiosas”. *Rusia Soviética* (originalmente en http://www.sovross.ru/2005/40/40_3_12.htm [fuera de línea], copia en Internet Archive: http://web.archive.org/web/20061028154709/http://www.sovross.ru/2005/40/40_3_12.htm).
- O’Neill, Sean; Steele, John (2002, 19 de marzo). “Mein Kampf for sale, in Arabic”. *The Telegraph* (<http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/1388161/Mein-Kampf-for-sale-in-Arabic.html>).
- Orwell, George (1945, 19 de octubre). “You and the atomic bomb”. *Tribune*, Londres (<http://orwell.ru/library/articles/ABomb/english/>).
- Paterson, Tony (2007, 10 de noviembre). “Murder mystery of mad King Ludwig”. *The Independent* (<http://www.independent.co.uk/news/world/europe/murder-mystery-of-mad-king-ludwig-399742.html>).
- Pierini, Alicia; Jauretche, Ernesto (1999, 7 de febrero). “Guerra sucia en el Perú”. *Página 12*, p. 10 (<http://www.pagina12.com.ar/1999/99-02/99-02-07/pag10.htm>).
- Piñar, Blas (2013, 17 de febrero). “Mis recuerdos y contactos con... León [sic] Degrelle (XX)”. *Alerta Digital* (<http://www.alertadigital.com/2013/02/17/blas-pinar-mis-recuerdos-y-contactos-con-leon-degrelle-xx/>).
- Rayski, Benoît (1972, 24 de febrero). Sin título. *France Soir*, copia en Archivo Penal de Lima. 9no. Juzgado Penal. 1972. 0000571.
- “Report” [sin título] (1970, 28 de diciembre). Arbeitsgemeinschaft der öffentlich-rechtlichen Rundfunkanstalten der Bundesrepublik Deutschland (ARD) [TV alemana]. Transcripción en HIS Schwend Archive Nr. 2.
- Reynolds, Ruth (1966, 6 de febrero). “Recipe for a Murder. Mix Well: Erotic spying, oddball sex affairs and husband selecting his wife’s lovers”. *Reading Eagle*.
- Rowe, Harvey T. “Das ärmliche Ende des Falschgeld-Millionärs” [El pobre final del millonario falsificador de dinero] (1976, 2 de septiembre). *Quick* 37, p. 58. Cit. en MfS - HA IX, No. 23030, f. 263.
- Terry, Antony (1968, 8 de enero). “Die Spur Führt Zu Waldner 55”. *Der Spiegel*, 2/1968, pp. 22-24.
- Teruel, Ana (2011, 21 de enero). “La polémica puede con la celebración del aniversario de Céline. Francia retira al autor de los homenajeados del año por su antisemitismo”.

- El País* (http://cultura.elpais.com/cultura/2011/01/21/actualidad/1295564407_850215.html).
- Schneider, Volkmer Johannes (1972, 24 de agosto). “Barbarie en El Sexto”. *Caretas*, 462.
- “Sensationeller Fund in einer italienischen Kirchen-Orgel: Für 55 Millionen Falschgeld entdeckt” (1967, 14 de agosto). *BZ*, copia En MfS - HA IX, No. 23030, f. 0288 (Der Bundesbeauftragte für die Stasi-Unterlagen - BStU, Archiv der Zentraltstelle [Comisionado Federal para los Archivos de la Stasi, Archivos de la Oficina Central]).
- Simon Wiesenthal Center (2016, 4 de mayo). “Wiesenthal Center 2016 Annual Report Praises Renewed Efforts by German Prosecutors” (<http://www.wiesenthal.com/site/apps/nlnet/content2.aspx?c=lsKWLbPJLnF&b=9356941&ct=14848993#.VikyQU1JmbM>).
- Smith, Jorge (2016, 28 de octubre). “Luis Banchemo: el pez dorado”. *Red Voltaire* (<http://www.voltairenet.org/article193907.html>).
- “Sodalicio: ‘Luis Fernando Figari es culpable de los abusos’” (2016, 5 de febrero). *El Comercio*.
- Straten, Walter M. (2013, 30 de noviembre). “Ist dieser Mann ein Rembrandt?”. *Welt*.
- Wiedemann, Erich (2006, 11 de abril). “Nazi-Era Profiteering: Holland Returns Art Stolen from a Jewish Collector”. *Spiegel Online International* (<http://www.spiegel.de/international/spiegel/nazi-era-profiteering-holland-returns-art-stolen-from-a-jewish-collector-a-410900.html>).
- Wines, Michael; Rempel, William C. (1987, 31 de marzo). “CIAS’s Purchase of Smuggled Arms From North Aides Probed by Panels”. *Los Angeles Times*, p. 16. Copia en FOIA-CIA.
- Yatt, John (2002, 2 de diciembre). “Wraiths and race”. *The Guardian* (<https://www.theguardian.com/books/2002/dec/02/jrrtolkien.lordoftherings>).
- “Zech” (1964, 27 de abril). Cable de Reuters. Cit. en FOIA, 0020.

Otros números citados de la revista *Caretas*:

281 (1963, diciembre).

304 (1965, 14-28 de enero).

312 (1965, 8-18 de junio).

313 (1965, 25 de junio-6 de julio).

324 (1966, 20 de diciembre [de 1965]-13 de enero).

331 (1966, 27 de abril-6 de mayo).

344 (1967, 21 de diciembre [de 1966]-14 de enero).

- 450 (1972, 14-27 de enero).
 451 (1972, 31 de enero-10 de febrero).
 452 (1972, 22 de febrero-15 de marzo).
 455 (1972, 17-27 de abril).
 459 (1972, 20 de junio-6 de julio).
 460 (1972, 6-20 de junio).
 462 (1972, 11-24 de agosto).
 463 (1972, 31 de agosto-4 de septiembre).
 470 (1973, 11-25 de enero).

Otros medios periodísticos citados:

- Die Welt*, 62 (1972, 14 de marzo). Cit. en MfS HA IX/11, FV 270/68, Band 28b, f. 53.
Le Monde (1972, 16 de febrero). Copia en Archivo Penal de Lima. gno. Juzgado Penal, 0000571.
Quick, 9 (1970).
The New York Times (1964, 8 de agosto).
Stern, 20 (1979, 10 de mayo). Cit. en MfS, HA-IX/11, AV, f. 20.
Süddeutsche Zeitung (1979, 2 de marzo), p. 14.

Filmografía

- Antel, Franz (1959). *Der Schatz vom Toplitzsee*. Largometraje documental dramatizado. Alemania: Cinelux-Film.
 Benavente, Gonzalo (2019). *La revolución y la tierra*. Largometraje documental. Producción independiente.
 Chaplin, Charlie (1940). *The Great Dictator*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Estados Unidos: Charles Chaplin Film Corporation.
 Costa-Gavras (1972). *État de Siège*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Francia: Cinema 5.
 ----- (1982). *Missing*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. EUA: Universal.
 ----- (1989). *Music Box*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. EUA: TriStar Pictures.
 ----- (2002). *Amen*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Alemania/Rumania/Francia: Kino International/Pathé.

- Costelle, Daniel; Clarke, Isabelle (2007). *La traque des nazis*. Documental (consultor Serge Klarsfeld). Francia: France 2/Fundación para la Memoria de la Shoah.
- Daniels, Jeffrey R.; Lealos, Clint (2018). *Hunting Hitler*. Serie documental de TV, tres temporadas (2015-2018). EUA: Karga 7 Pictures/History Channel.
- Fassbinder, Rainer Werner (1980). *Berlin Alexanderplatz*. Miniserie de 14 episodios basada en la novela de Alfred Döblin. Alemania: TeleCultur.
- Gilliam, Terry (1985). *Brazil*. Inglaterra/Estados Unidos: Embassy International Pictures/Brazil Productions.
- Lombardi, Francisco J. (1981). *Muerte de un magnate*. Largometraje de ficción basado en Thorndike (1973); ambos basados en hechos reales. Perú: Inca Films.
- Lucas, George (1981). *Raiders of the Lost Arch*. Largometraje de ficción. Estados Unidos: Lucasfilm.
- MacDonald, Kevin (2007). *My Enemy's Enemy*. Documental. Francia: Wild Bunch/Yalla Film.
- Madden, John (2010). *The Debt*. Largometraje de ficción. Miramax/Marv Films/Pioneer Productions, EUA, Inglaterra, Hungría, Israel.
- Neame, Ronald (1974). *The ODESSA File*. Largometraje de ficción con elementos basados en hechos reales. EUA/Alemania: Columbia Pictures Corporation/Domino Productions/Oceanic Filmproduktion GmbH.
- Ophüls, Marcel (1988). *Hôtel Terminus*. Documental. EUA: The Samuel Goldwyn Company/The Memory Pictures Company.
- Pelley, Scott (1999). *Hitler's Lake*. Documental periodístico. EUA: CBS News.
- Puenzo, Lucía (2013). *Wakolda*. Largometraje de ficción. Argentina/España/Francia/Noruega: Historias Cinematográficas Cinemania/Dreamer Joint Venture Film-production/Hummelfilm/Pyramide Productions/Wanda Films/Telefe.
- Resnais, Alain (1956). *Nuit et brouillard*. Documental. Francia: Argos Films.
- Ricciarelli, Giulio (2014). *Im Labyrinth des Schweigens*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Alemania: Claussen Wöbke Putz Filmproduktion, Naked Eye Filmproduktion.
- Ruzowitzky, Stefan (2007). *Die Fälscher*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Austria/Alemania: Aichholzer Film/Magnolia/Filmproduktion.
- Schaffner, Franklin J. (1978). *The Boys from Brazil*. Largometraje de ficción. Inglaterra/EUA: Sir Lew Grade/Producers Circle/ITC Films.
- Soderbergh, Steven (2006). *The Good German*. Largometraje de ficción con elementos basados en hechos reales. EUA: Warner.
- Spielberg, Steven (2015). *Bridge of Spies*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. EUA: Walt Disney Studios Motion Pictures/20th Century Fox.
- Truffaut, François (1966). *Fahrenheit 451*. Largometraje de ficción basado en la novela de Ray Bradbury (1953). Inglaterra: Anglo Enterprises/Vineyard Film Ltd.

- Vuorensola, Timo (2012). *Iron Sky*. Largometraje de ficción. Finlandia/Alemania/Australia: Blind Spot Pictures/27 Films Production/New Holland Pictures.
- Wajda, Andrzej (2007). *Katyn*. Largometraje de ficción basado en hechos reales. Polonia: ITI Cinema.

